

Miguel de Cervantes



Los trabajos de Persiles y Sigismunda

Edición de
Carlos Romero Muñoz

CATEDRA
Letras Hispánicas

Una auténtica «sed de autonomía» caracteriza a todas las obras de Cervantes, abrumadas por el peso del *Quijote*, pero tal objetiva necesidad reviste en el *Persiles* una urgencia especialísima, si bien se recuerda que para el autor este libro *había de ser* su obra maestra. Al artista ya viejo, cansado, tal vez, del continuo sentirse llamar «escritor festivo» o «regocijo de las musas», le había de resultar imprescindible un triunfo de otro tipo,

menos clamoroso quizá, pero con una obra *seria*. Por ello es posible que se decidiera al final de su vida a terminar el viaje que hacen a Roma Periandro y Auristela, los dos jóvenes y enamorados protagonistas, obligados por las circunstancias a presentarse como hermanos, cuyo principal objeto parece ser servir de marco a otras historias y a otros personajes cuyas acciones les sirven, en más de un sentido, de enseñanza.



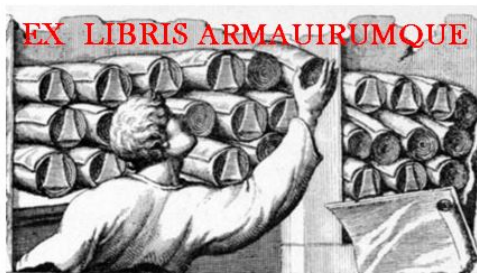
*Los trabajos de Persiles
y Sigismunda*

Letras Hispánicas

Miguel de Cervantes

Los trabajos de Persiles y Sigismunda

Edición de Carlos Romero Muñoz



CÁTEDRA

LETRAS HISPÁNICAS

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Cátedra, S. A., 1997
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 36.696-1997
I.S.B.N.: 84-376-1544-5
Printed in Spain
Impreso en Gráficas Rógar, S. A.
Navalcarnero (Madrid)

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. Un problema de relación	15
2. ¿Cuándo fue escrito el <i>Persiles</i> ?	17
3. El tiempo	31
4. El espacio	35
5. La estructura narrativa	37
6. Los personajes	42
7. La ideología	43
8. Los modelos y las fuentes	47
9. La fortuna	52
10. La crítica	53
ESTA EDICIÓN	61
SIGLAS UTILIZADAS	71
BIBLIOGRAFÍA	77
LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA	95
Preliminares	97
Libro primero	115
Capítulo primero	117
Capítulo II	123
Capítulo III.....	136
Capítulo IV.....	140
Capítulo V. De la cuenta que dio de sí el bárbaro español a sus nuevos huéspedes	150
Capítulo VI. Donde el bárbaro español prosigue su historia	162

Capítulo VII	173
Capítulo VIII. Donde Rutilio da cuenta de su vida ...	176
Capítulo IX. Donde Rutilio prosigue la historia de su vida	183
Capítulo X. De lo que contó el enamorado portugués ..	190
Capítulo XI	196
Capítulo XII. Donde se da cuenta de qué parte y quién eran los que venían en el navío	201
Capítulo XIII. Donde Transila prosigue la historia a quien su padre dio principio	209
Capítulo XIV. Donde se declara quién eran los que tan aherrojados venían	214
Capítulo XV	221
Capítulo XVI	224
Capítulo XVII. Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa	229
Capítulo XVIII. Donde Mauricio sabe por la astrología un mal suceso que les avino en el mar	232
Capítulo XIX. Donde se da cuenta de lo que dos soldados hicieron, y la división de Periandro y Auristela .	246
Capítulo XX. De un notable caso que sucedió en la isla nevada	252
Capítulo XXI	257
Capítulo XXII. Donde el capitán da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba a hacer en su reino el rey Policarpo	260
Capítulo XXIII. De lo que sucedió a la celosa Auristela cuando supo que su hermano Periandro era el que había ganado los premios del certamen	267
Libro segundo	273
Capítulo primero. Donde se cuenta cómo el navío se volcó, con todos los que dentro dél iban	275
Capítulo II. Donde se cuenta un extraño suceso	278
Capítulo III	287
Capítulo IV. Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa	293
Capítulo V. De lo que pasó entre el rey Policarpo y su hija Sinforosa	298
Capítulo VI	307
Capítulo VII. [Primera parte]	313
Capítulo VII. [Segunda parte]	319

Capítulo VIII. Da Clodio el papel a Auristela; Antonio, el bárbaro, le mata por yerro	325
Capítulo IX	332
Capítulo X. Cuenta Periandro el suceso de su viaje ...	336
Capítulo XI	348
Capítulo XII. Prosigue Periandro su agradable historia y el robo de Auristela	353
Capítulo XIII. Da cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar	361
Capítulo XIV	369
Capítulo XV	376
Capítulo XVI. Prosigue Periandro su historia	384
Capítulo XVII	388
Capítulo XVIII	395
Capítulo XIX. Cuenta Renato la ocasión que tuvo para irse a la isla de las Ermitas	405
Capítulo XX. Cuenta lo que le sucedió con el caballo tan estimado de Cratilo como famoso	411
Capítulo XXI	416

Libro tercero	425
---------------------	-----

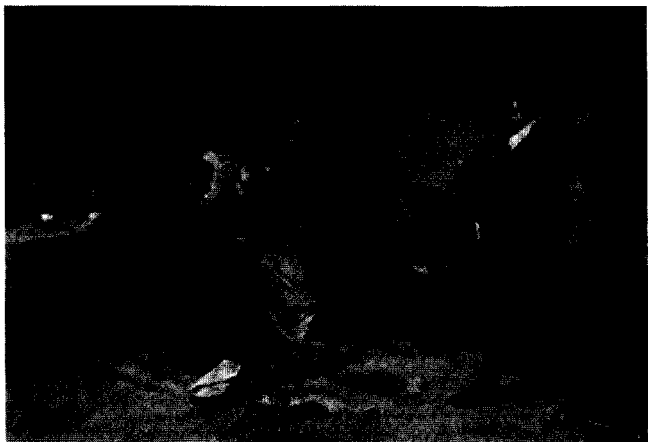
Capítulo primero	427
Capítulo II. Peregrinos. Su viaje por España. Sucédenles nuevos y estraños casos	440
Capítulo III. La doncella encerrada en el árbol: de quién era	452
Capítulo IV	458
Capítulo V	473
Capítulo VI	485
Capítulo VII	500
Capítulo VIII	506
Capítulo IX	517
Capítulo X	531
Capítulo XI	545
Capítulo XII	561
Capítulo XIII	572
Capítulo XIV	578
Capítulo XV	585
Capítulo XVI	590
Capítulo XVII	597
Capítulo XVIII	605
Capítulo XIX	612

Capítulo XX	620
Capítulo XXI	626
Libro cuarto	635
Capítulo primero	637
Capítulo II	646
Capítulo III	651
Capítulo IV	659
Capítulo V	662
Capítulo VI	671
Capítulo VII	679
Capítulo VIII	690
Capítulo IX	697
Capítulo X	701
Capítulo XI	706
Capítulo XII. Donde se dice quién eran Periandro y Au- ristela	711
Capítulo XIII	720
Capítulo XIV	725

Introducción

Esta edición ha sido realizada
con una ayuda del *Consiglio
Nazionale delle Ricerche* italiano.

*Para José María Casasayas,
amigo de Cervantes y Venecia*



*Cervantes en sus últimos días escribiendo la dedicatoria al
Conde de Lemos. Óleo de Eugenio Oliva (1883)*

1. UN PROBLEMA DE RELACIÓN*

Antes aún de ser efectivamente conocidos, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* plantean al lector un problema, de cuya solución —o, al menos, de cuya correcta formulación— dependerá, en buena parte, la eficacia de la aventura intelectual que se dispone a llevar a cabo. Problema —digámoslo enseguida— de *relación*, en cierto sentido común a todas las obras por este o aquel motivo consideradas «menores» en el *corpus* de los grandes creadores de la literatura universal, pero, en otros, por el contrario, exquisitamente característico del *Persiles*. No sorprenderá, pues, que me detenga a precisar los términos de la cuestión cuando la obra póstuma de Cervantes pasa a formar parte de la colección «Letras Hispánicas», sin duda destinada a contener en un día no lejano la producción completa del autor del *Quijote*.

«Producción completa», «autor del *Quijote*»: aquí está —me parece— el *punctum dolens*. A pesar del considerable aumento del interés constatable en los últimos treinta años, al menos en el ambiente universitario, el *Persiles* (como *La Galatea*, el *Viaje del Parnaso*, buena parte del teatro e, inclu-

* Los autores resultan citados con nombre y apellido(s) tan sólo en la primera aparición. Sus estudios van señalados —siempre entre paréntesis— con una A, si se trata de prólogos o comentarios a eds. del *Persiles*; con una B, si acompañan a traducciones de la novela; con una C, si constituyen volúmenes o artículos específicamente dedicados a la misma. En estos tres casos, a la letra sigue el año (que permitirá una inmediata identificación de la descripción completa de cada contribución en las respectivas secciones de la bibliografía) y la página a que hago concreta referencia. Los (pocos) estudios restantes son descritos aquí mismo, en nota.

so, no pocas de las *Novelas ejemplares*) se lee no ya por ser el libro que es o se presume que será, de manera por así decir espontánea, sino, casi únicamente, porque también él ha sido escrito por Miguel de Cervantes. O, mejor, por «el autor del *Quijote*». Una fórmula corriente en la jerga teatral (*succès d'estime*) se puede aplicar, pues, a la —relativa— atención que casi todas las «restantes» obras del escritor consiguen obtener en nuestro tiempo: *lecture d'estime*. No poco, a fin de cuentas, si se piensa en la posibilidad de que, si éstas no fueran de quien son, el número de los sensibles a su atractivo, *antes* del efectivo conocimiento de las mismas, sería aún más reducido (y en ello consiste el aspecto positivo de la condición, que las define, de ser, todas, individuos de la misma especie que el *Quijote*), pero bien poco, poquísimos, si se considera el riesgo que corren de ser consideradas de manera por así decir heterónoma, en cuanto partícipes de un *quijotismo* —o, si se prefiere, de un equivalente *cervantismo*— convertido en criterio casi exclusivo de valor. Léidas, en cuanto hermanas del *Quijote*, pero con desesperante frecuencia mal leídas, porque se las considera, o poco menos, como meras tentativas precedentes a la obra maestra indiscutible o de decepcionantes retornos, o incluso frustraciones, si se las imagina compuestas enteramente tras aquella. Cuando no reducidas a simple ilustración a la vida —¿qué parte de la vida?— de Cervantes.

Una auténtica «sed de autonomía» cabe afirmar que las caracteriza a todas, pero tal objetiva necesidad reviste en el *Persiles* una urgencia especialísima, perceptible no bien se recuerda que, para el autor, este libro (literalmente no acabado, carente de ese *coup de pousse* que es nada y puede ser todo) *había de ser* su obra maestra. No lo es, y en esto cabe hablar de unanimidad de valoración por parte de la crítica. Sin embargo, bien pocos se han preocupado por poner de relieve hasta qué punto el hecho de ser una «obra maestra intencional» ha pesado sobre ella, a lo largo de los siglos, como una especie de condena. Es fácil (y, entendámonos, siempre legítimo) establecer el paralelo entre la obra maestra real y la obra maestra de algún modo «fallida». Por desgracia, también las consecuencias del parangón han sido

siempre fatalmente previsibles: insistencia en la genialidad del *Quijote*, seguida de sistemática —o casi— denigración del pobre *Persiles*. El cual, a partir de cálculos en buena parte equivocados, ha sido durante mucho tiempo presentado como una «debilidad» del viejo Cervantes (el mismo que, un año antes —no se olvide— había concluido la segunda parte del *Ingenioso Hidalgo*): como una incomprensible «vuelta» —es la fórmula más usada— del creador de la novela moderna a los módulos de la novela tradicional.

La alusión a semejante estado de cosas me lleva naturalmente a precisar el último término del «problema del *Persiles*»: el de su anclaje en la diacronía o historia personal de su creador. Es evidente que, si nos equivocamos de manera disparatada en este punto, todo el discurso corre el riesgo de precipitar en lo gratuito —como, en efecto, ha ocurrido, con excesiva frecuencia. Una argumentada tentativa de datación —siquiera sea aproximada— de la obra que nos interesa resulta, pues, elemento indispensable para cualquier seria lectura. Lectura *autónoma*, desde luego, pero sólo tras haber precisado, en los límites permitidos por el estado de los estudios, la relación —ahora en el tiempo— con las restantes producciones cervantinas y, sobre todo —inútil decirlo— con ese demasiado invadente *Quijote*, que durante tanto tiempo nos ha impedido mirar a la *Historia septentrional* sin prejuicios.

2. ¿CUÁNDO FUE ESCRITO EL «PERSILES»?

Por desgracia, no disponemos de un documento parecido a la carta dirigida por Cervantes el 17 de enero de 1582 a Antonio de Eraso, secretario del rey, en que alude de manera explícita a la redacción de *La Galatea*. En espera de que un día —¿quién sabe?— aparezca un dato de parecida importancia, la única base para nuestras especulaciones consiste en las alusiones a su obra hechas por el propio autor, en época, por otra parte, muy tardía. La primera se halla en el prólogo a las *Novelas ejemplares*, fechado el 14 de julio de 1613:

Tras ellas, si la vida no me deja, te ofrezco los *Trabajos de Persiles*, libro que se atreve a competir con Eliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza, y primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de don Quijote y donaires de Sancho Panza, y luego las *Semanas del jardín*.

Añadiendo enseguida:

Mucho prometo con fuerzas tan pocas como las mías, pero ¿quién pondrá rienda a los deseos?

En rigor, el autor podría estar hablando de un libro sólo esbozado o, como mucho, sólo en pequeña parte compuesto realmente. Hay que añadir, sin embargo, que en el *Viaje del Parnaso*, publicado en 1614 pero concluido no más tarde de junio del año precedente, tras haber hablado de sus trabajos, dice a Apolo (IV, vv. 46-47):

Yo estoy, cual decir suelen, puesto a pique
para dar a la estampa el gran *Persiles*,
con que mi nombre y obras multiplique.

Lo que *parece* confortar la idea de que el libro estaba de veras casi listo. No mucho más tarde (pero, hay que recordarlo, ya en 1615), en la dedicatoria de las *Ocho comedias y ocho entremeses*, Cervantes declara:

Luego [tras la II Parte del *Quijote*] irá [a presentarse a «Vuestra Excelencia»: el conde de Lemos] el gran *Persiles*, y luego las *Semanas del jardín*, y luego la segunda parte de *La Galatea*, si tanta carga pueden llevar mis ancianos hombros.

Como se ve, la *Historia septentrional* aparece ahora ascendida al segundo lugar de las obras en astillero. (O al primero, si se tiene en cuenta que la continuación del *Quijote* debería haber sido ya concluida.) Poquísimos meses después, en la dedicatoria de la segunda parte de la obra maestra al mismo mecenas, el viejo escritor se siente con valor para afirmar:

...con esto me despido, ofreciendo a V. E. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro a quien daré fin dentro de cuatro meses, *Deo volente*; el cual ha de ser o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento¹; y digo que me arrepiento de haber dicho «el más malo», porque, según opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.

Y, en fin, en el prólogo al lector del mismo *Quijote* de 1615:

Olvidábaseme de decirte que esperes el *Persiles*, que estoy acabando, y la segunda parte de *Galatea*.

¿Qué se puede deducir de cuanto precede? No mucho, con certeza. Las alusiones —todas tardías e imprecisas— se prestan a cualquier tipo de interpretación. En realidad, para poder hablar con cierto fundamento hay que basarse en otros indicios más unívocos y firmes.

Como es natural, las varias hipótesis sobre el período —o los períodos— de la composición del *Persiles* formuladas en los últimos ochenta años tienen en común la pretensión de haber conseguido identificar un dato que permita establecer al menos el deseado *terminus a quo* o «punto de arranque» de la efectiva redacción de la novela. Lo curioso —y lo comprobaremos enseguida— es que todas se organizan en una serie cuyo aparante primer objetivo no es otro que adelantar cada vez más ese «punto».

Limitándome en un primer momento a resumir la parte «positiva» de las principales de dichas hipótesis (que a continuación serán objeto de, breve, discusión), diré que:

1) Para Rudolph Schevill y Adolfo Bonilla (A, 1916, I: ix-x), las varias semejanzas por ellos identificadas entre la novela y los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega inducen a pensar que Cervantes «debió de comenzar el *Persiles* después de 1608-1609, o que, por lo menos, lo escribió casi todo con posterioridad a esa fecha».

¹ Acerca del alcance de esta palabra, en el caso específico de la *Historia septentrional*, cfr. Romero (C, 1997 a).

2) Viljo Tarkiainen, en una monografía nunca «entrada en circuito», sin duda a causa de la lengua en que está escrita (C, 1918), supone que el *Persiles* ha sido redactado en dos fases y que la inicial es contemporánea, si no anterior, a la de la primera parte de la historia del *Ingenioso Hidalgo* (135). De todos modos, «el *Persiles* no ha podido ser comenzado antes de 1599, ya que precisamente en este año apareció en español el libro VIII de la *Historia natural* de Plinio, al que se alude en el cap. XVIII del libro I, hablando de los hombres lobos de Arcadia» (135, nota). En fin, la segunda fase de la composición de la novela, debe de haber comenzado hacia 1612, poco antes de los primeros anuncios que el autor hace de ella (136).

Con vistas, evidentemente, a hacerla accesible a un público más amplio, el propio Tarkiainen vuelve poco más tarde a formular su hipótesis (C, 1921), esta vez en lengua francesa. Cometiendo, sin embargo, el error de presentarla de manera tan escueta que en ella no aparece un solo argumento, positivo o negativo, en que basarse. A nadie puede sorprender, por tanto, que tampoco en esta ocasión haya tenido suerte —al menos durante casi medio siglo².

² Si no ando equivocado, fue Ludwig Tieck el primero que, en el prólogo a la trad. del *Persiles* realizada por su hija Dorothea (B, 1837), puso en relación la obra póstuma cervantina con la llamada «novela del canónigo de Toledo» (*Quijote*, I, 47-48). De cualquier manera, se debe precisamente a Tarkiainen (C, 1921: 41) el inequívoco lanzamiento de la idea de que la síntesis de las «cien hojas» escritas por el eclesiástico no constituyen tan sólo el *esbozo* de un «perfecto libro de caballerías», sino ni más ni menos que el *resumen* de algo ya de veras escrito por Cervantes: precisamente la parte septentrional del *Persiles*.

Sería demasiado largo para este momento trazar una historia detallada de semejante opinión. Ahora me limitaré a recordar que:

1) de manera más o menos explícita, la hacen suya Cesare De Lollis (C, 1924: 222), Konstantin N. Deržavin (C, 1958), Rafael Osuna (C, 1968: 63-64) y Juan Bautista Avallé-Arce (A, 1969: 16-17, más nota 77);

2) se inclinan a considerarla un proyecto o, como mucho, un «primer esbozo» de la futura novela Werner Krauss (C, 1966: 105, 187), Anton Rothbauer (B, 1963: 62), José Luis Alborg (*Historia de la Literatura Española*, Madrid, Gredos, 1983, II: 132-133), Alban K. Forcione (C, 1970: 107, 126, 133-134, 169, 258), Francisco Márquez Villanueva (*Fuentes literarias cervantinas*, Madrid, Gredos, 1973: 218) y Alberto Navarro González (C, 1981: 169-170);

3) Mack Singleton afirma de manera rotunda, en la *pars construens* de un artículo incluso demasiado famoso (C, 1947: 242) que el *Persiles*, considerado como un todo, no sólo no es la última obra de Cervantes, sino la primera en absoluto de las que de su mano nos quedan: anterior entre diez y quince años a *La Galatea*...³.

4) Rafael Osuna (C, 1968 y, sobre todo, 1970) considera que los libros I-II debieron de ser escritos después de 1580, año en que Cervantes, de nuevo en España, pudo razonablemente conocer el *Examen de ingenios* del Doctor Juan Huarte de San Juan, donde consta la «célula germinal» de la historia de Antonio «el bárbaro» (I, 5). Ello no quiere decir que se empezaran efectivamente a escribir ya en ese año, sino que la redacción de los mismos no es sencillamente imaginable antes de entonces (C, 1970: 401 y 428-429). El libro III parece escrito enteramente entre 1606 y 1609 (386-394) y, el IV, en los últimos meses de la vida del autor (433).

3) por muy distintos motivos (en realidad, en ningún caso suficientemente persuasivos), niegan la menor relación entre la «novela de canónigo» y el *Persiles* tanto Stanislav Zimic («El libro de caballerías de Cervantes», en *Acta Neophilologica*, 8, 1975: 3-46), donde afirma que las palabras del eclesiástico más bien prefiguran la comedia *El gallardo español*...) como Daniel Eisenberg, asertor —en el homónimo artículo— de que «El Bernardo de Cervantes fue su libro de caballerías» (*Anales Cervantinos*, XXI, 1983: 103-117).

Personalmente, presté atención a la posible relación del *Persiles* con la tal «novela» en C, 1968 (xix-xviii) y en B, 1971 (798-799). Ahora me inclino a pensar que el fantomático texto del canónigo, aun siendo en muchos detalles sin duda relacionable con los primeros dos libros del *Persiles*, más bien parece un puro esquema del «perfecto libro de caballerías», parecido a los que del perfecto poema heroico había publicado Torquato Tasso en los *Discorsi del Poema Eroico* del mismo título (en la ed. de Luigi Poma, Bari, Laterza, 1964: por la ed. de Ettore Mazzali, Turín, Einaudi, 1977: 206-211) y, en 1617, publicaría Francisco Cascales, en las *Tablas poéticas* (en la ed. de Benito Brancaforte, Madrid, Espasa Calpe, 1975: 292-293).

Cfr. también González Rovira (C, 1996: 229 y nota 9).

³ Siquiera en nota, conviene decir que a una muy parecida conclusión, por vía puramente «impresionista», había llegado, tres cuartos de siglo antes, Émile Chasles (C, 1866: 236), quien afirma sin ambages: «Il y a deux parties dans le *Persiles*, très distinctes. La seconde, toute philosophique, est, selon moi, l'oeuvre de la veillesse; la première, toute chevaleresque, dut être écrite trente ans plus tôt».

En fin, muchos olvidos y contradicciones en él constatables parecen sugerir que su composición fue espaciada, incluso dentro de cada uno de los períodos (433).

5) Alberto Navarro González (C, 1981: 52-53) no duda en afirmar que, en la década de 1580 a 1590, «Cervantes tenía muy avanzada la redacción del *Persiles* y trazado por completo el plan del mismo. En esta primera redacción y proyecto, el *Persiles* probablemente constaría de tres libros, y los personajes centrales no pasarían por Portugal y España, sino que, como resulta lógico suponer, tratándose de quienes, desde los mares norteros, se proponen llegar cuanto antes a Roma, bajarían desde el Norte de Francia por el Delfinado y el Piamonte. [...] Cuando el Cervantes maduro, que ya ha publicado la Primera Parte del *Quijote*, se propone concluir su novela idealista bizantina, hace que los héroes cambien de camino». Se nos presentan, así, los libros I, II, la parte final (francesa e italiana) del III y todo el IV, como un bloque homogéneo, contrapuesto al constituido por los primeros capítulos del libro III, que se desarrolla totalmente en la España de Felipe III (56-57).

6) Para Stephen Harrison (C, 1993), «Cervantes pudo haber empezado la composición del libro I años antes de la fecha de 1580 propuesta por Osuna, pero el aspecto autobiográfico del capítulo 5 no nos permite decir que escribiese más que los presentes capítulos 1-4 antes de finales de 1568. Dado que durante los últimos días de 1568 Cervantes estaría más preocupado en hacer las maletas que en componer literatura, tenemos que concluir que el libro I, por lo menos desde el capítulo 5 en adelante, se escribió a partir de 1568, o sea, durante el destierro de Cervantes en Italia. [...] La idea de que el libro I se redactase en Italia explicaría, además, el uso de traducciones italianas a las que algunos críticos y yo hemos aludido sin más comentario» (158). El relato de Periandro (II) pudo ser compuesto en el cautiverio de Argel (162) y la primera versión de la novela terminada varios años antes de de la composición de la I Parte del *Quijote*, tal vez entre 1585-1590 (165-166). A la novela hubo de volver después de la conclusión del *Quijote* de 1605 (172). La redacción del libro III debe de haber teni-

do lugar entre 1609-1510 (184-186). Todo parece indicar que la parte conclusiva del libro IV es bastante precoz (la misma estructura de la novela, *in medias res*, exige que el autor tenga bien presente la conclusión) (160-161). Lo que Cervantes haría bastante tarde es «zurcir» esta parte conclusiva con los primeros capítulos del actual libro IV, sin duda más tardíos (172, 182). Los conocidos «anuncios» de la inminente aparición del libro no indican más que una vuelta a la materia, consistente en una última serie de retoques, interpolaciones, redistribuciones de lo escrito, etc., que no pudo ser concluida, por la muerte del autor (184). Ello explica (junto con otras concausas) la falta de equilibrio constatable entre el libro IV y los precedentes, a más de otras no pocas cuestiones de detalle.

La hipótesis de Schevill y Bonilla ha gozado de amplia y sostenida fortuna. Más aún: ha constituido un punto de partida poco menos que fuera de discusión, codificado en manuales de historias de literatura, monografías cervantinas y artículos específicamente dedicados a la *Historia septentrional* desde el momento de su formulación hasta nuestros mismos días. Por supuesto, este solo hecho no demuestra que sea «inopugnable», ni mucho menos. Basta recordar que ha sido de veras «desmontada» en varias ocasiones, ya en 1947 (cuando Singleton, de manera a decir verdad demasiado perentoria, declara que el conocimiento de los *Comentarios reales* por parte de Cervantes no es de ningún modo imprescindible para la composición de la novela, C, 1947: 244-245) y, más tarde, con un creciente índice de aceptabilidad, por otros estudiosos (Osuna, C, 1970: 394-401; Romero, C, 1990: 137-150). Para explicarse tal mayoritaria y prolongada aceptación no hay más remedio que pensar en cierta dificultad de acceso a algunas de las citadas correcciones (o francas refutaciones) y, a la vez, en la evidencia de que el razonamiento de los dos beneméritos estudiosos ha parecido —y hasta sigue pareciendo— a los especialistas en cuestión del todo coherente con sus respectivas concepciones del desarrollo de la obra total cervantina —en ocasiones, muy distintas entre sí, pero, si bien se mira, coincidentes en la «conveniencia» de la aceptación de este dato esencial.

Las ideas de Tarkiainen, más o menos reconstruidas o reinventadas, a partir, en un primer momento, de las demasiado abstractas afirmaciones de 1921, empiezan a circular, sobre todo por medio de Osuna (C, 1968: 59, nota; 1970: 383-384) y Juan Bautista Avallé-Arce (A, 1969: 16, nota). El propio Osuna (C, 1970: 398-401) demuestra a su vez la no necesidad de 1599 como *terminus a quo* y lo mismo hará Romero (B, 1971: 787-788; C, 1990: 158-163).

El artículo de Singleton, a pesar de su ligereza, no ha dejado de seguir siendo considerado sustancialmente válido por varios estudiosos, alguno de ellos serio. Como lo es, sin duda alguna, Antonio Márquez, quien, aun no declarando de manera explícita su adhesión al mismo, acaba sosteniendo (C, 1985: 12) que la publicación —no ya tardía, sino póstuma— del *Persiles* ha de achacarse, más que a cualquier otra causa, a una prudente —¿y larguísima?— «retención» por parte de Cervantes, censor —e «inquisidor»— de sí mismo. Sea como fuere, la verdad es que aquel explosivo texto de 1947 ha producido, por natural reacción, numerosos benéficos efectos. Así lo reconocen, por ejemplo, Osuna (C, 1968: 57-58) y Harrison (C, 1993: 157).

El argumento base de la hipótesis de Osuna (Cervantes no habría escrito el capítulo 5 del libro I sin el conocimiento de la obra de Huarte de San Juan) ha sido refutado por Harrison, aunque, a mi parecer, de manera no del todo persuasiva (C, 1993: 154-156). Personalmente, no creo aceptable la idea de que buena parte del libro III haya sido escrito *antes* de 1609.

La precoz composición del libro IV, propuesta por Navarro González, merece, a mi entender, una atención sin duda mayor de la conseguida hasta ahora, con la excepción de Harrison. Menos me persuade la implícita aceptación de las ideas de Osuna para todo lo relativo a los libros I-II.

La misma ambición del volumen de Harrison, donde no falta una ilustración a casi ninguno de los momentos —reales o imaginados— del complicadísimo proceso de redacciones, revisiones, cortes e interpolaciones del *Persiles*, acaba convirtiéndose, a fin de cuentas, en su debilidad. Confieso

francamente no creer que la novela haya sido de algún modo comenzada en 1568 y continuada durante la ausencia de Cervantes de España (primero en Italia y luego en Argel), pero, al mismo tiempo, reconozco no disponer de pruebas realmente *decisivas* en que basar mi rechazo de este nuevo decidido adelantamiento del *terminus a quo*. (No es caso valor tiene, desde luego, la identificación de las «fuentes» de determinadas páginas del *Persiles*, a mi parecer poco menos que «inevitables» y, por supuesto, posteriores a 1568 y aun 1580, pero me imagino que, para Harrison, todo puede explicarse en términos de interpolaciones.) Lo mismo puedo decir sobre la época de redacción de todo el libro III. Objetivamente más afortunadas me parecen, en cambio, su propuesta acerca de los tiempos —precoces— de composición de los capítulos finales del libro IV y algunas precisiones de detalle, quizá menos vistosas, pero muy dignas de ser tenidas en cuenta.

Al llegar a este punto, no me queda más remedio que proponer mi propia hipótesis. O, para ser más exactos, de reproponerla, puesto que, todo sumado y ponderado, salvo alguna ligera modificación, aquí no haré sino repetir cosas ya dichas en 1968, 1971 y 1990. Claro que, en esta ocasión, apoyado en una serie de datos positivos mucho más amplia —y, sobre todo, articulada— que las precedentes.

A mi parecer, punto de arranque de la redacción del *Persiles* debe ser considerado el año 1596, en que vio la luz la *Filosofía antigua poética* de Alonso López Pinciano, donde tantas cosas creo que aprendió Cervantes y, sobre todo, tantas otras se aclaró. Entre ellas, las dimensiones ejemplares de una obra por él ya conocida y hasta probadamente imitada antes de esta fecha (por ejemplo, en *La Galatea*), pero sólo a partir de la misma imaginable como modelo de su nueva novela: la *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea*, de Heliodoro. Muy probablemente, el *Persiles* fue comenzado en Sevilla. El libro II podría haber sido concluido no más tarde de 1598 o a comienzos de 1599. Numerosos e importantes indicios cronológicos identificados a lo largo de los libros III-IV legitiman la opinión de que la segunda parte de los *Trabajos* (la «meridional») fue redactada

tarde, bastante más tarde de lo que se suele creer (quizá no antes de febrero-marzo de 1615) y concluida, al menos de la manera que hoy conocemos, en los últimos meses de la vida del autor, ya en 1616.

Éstas son —siguen siendo— mis ideas acerca de los «dos tiempos» de la composición del *Persiles*. Intentaré ahora salir al encuentro de las inevitables reservas del lector crítico. Que, por lo que consigo imaginar, serán de índole ideológica, estilística y hasta biográfica.

En los últimos años del siglo XVI y primeros del XVII, Cervantes vive en Sevilla (luego, en Toledo y en Madrid), en condiciones —se acostumbra a decir— bastante menos que «satisfactorias». Ello sólo justifica la objeción: ¿no irá contra el sentido común pensar que precisamente en esta época haya tenido nuestro autor el tiempo y las ganas para escribir una obra del carácter de la primera parte del *Persiles*, que, para colmo, presupone una no breve serie de lecturas de algún modo «especializadas» (en relación a la información, pero también, y antes, en relación a las ideas estéticas)?

No sólo. En la historia del pensamiento religioso de Cervantes se han notado tres épocas: en la primera, el catolicismo asume formas combativas, casi agresivas; en la segunda, se presenta más atenuado, muestra una clara tendencia a la «interiorización»; en la tercera, en fin, resulta evidente una activa ortodoxia, de signo —¿hace falta decirlo?— tridentino. Ahora bien, puesto que el *Persiles* (siquiera a primera vista) no es otra cosa que la exaltación de un catolicismo a su manera «reformado» —y, a su modo, triunfante— ¿no parecerá más lógico pensar que ha sido escrito íntegramente en los últimos años de la vida del autor?

Más aún. Los últimos años de la estancia sevillana coinciden con la afirmación del «realismo» cervantino, es decir, de su *manera* —como se suele repetir— más congenial. ¿No resulta extraño que el mismo hombre dedicado a redactar *Rinconete y Cortadillo* o *El celoso extremeño* escriba, al mismo tiempo, o casi, aquellas fantásticas aventuras boreales? ¿No parece del todo absurda tal propuesta si se piensa que, de 1598 a 1603, Cervantes trabaja también en lo que —bastantes años más tarde, por supuesto— se llamaría la I Parte del

Quijote, libro que, tanto estilística como ideológicamente, significa (al menos, para el «lector medio» de los últimos dos siglos) como *el revés* del mundo persiliano?

A las precedentes objeciones cabe contestar del siguiente modo:

Que las dificultades económicas por las que nuestro autor debió de pasar en los últimos años de su residencia en Sevilla y a los trancurridos tanto en Esquivias como en Madrid, ya a comienzos del siglo XVII, no consiguen imponer a nadie la «imposibilidad» de que precisamente entonces compusiera la primera parte del *Persiles* es algo evidente, incluso obvio. Basta, en efecto, pensar que si algunas novelas de las tarde tituladas «ejemplares», varias poesías y buena parte del primer *Quijote* fueron fruto de dicho difícil período, no se ve la razón por la que Cervantes no ha podido redactar también la parte propiamente septentrional de su *Historia*. Ni constituye un grave problema el recuerdo de las numerosas lecturas que hubo de realizar con este fin. Ante todo, conviene tener muy en cuenta que, en 1595, Cervantes renuncia a su condición de *criado del rey*, para dedicarse a actividades privadas personales (Luis Astrana Marín, C, 1948-1958: V, 156). A partir de entonces, creo que cabe perfectamente imaginarlo, de acuerdo con cierta declaración de su hermana doña Andrea, como «un hombre que escribe y se ocupa de negocios y que, por su buena habilidad, tiene amigos». Esta declaración —digámoslo enseguida— corresponde al período vallisoletano (189), pero las condiciones (de relativa independencia pecuniaria y, sobre todo, de abundante *tiempo libre* a disposición) para que hubiera sido válida también *nueve* años antes parece que existieron, si es que no se equivocan de plano sus más acreditados biógrafos. Tras un largo período de silencio, el escritor Cervantes debe de haber vuelto a la escena literaria precisamente en torno a 1595. Es verdad que en septiembre de 1597 entra en la cárcel de Sevilla, donde permanecerá hasta abril de 1598, pero no lo es menos que en esos nunca olvidados siete meses tuvo vagar, entre otras cosas, para «engendrar» el *Quijote*.

Entre marzo de 1596, cuando aparece la *Filosofía antigua poética* del Pinciano, y septiembre de 1597, Cervantes ha po-

dido, pues, madurar la «idea», el núcleo germinal del *Persiles*. No sólo: quizá también esbozar e incluso componer algo de la primera parte. Nada nos impide conjeturar que la haya continuado en la misma cárcel, aunque más verosímil resulta que lo haya hecho no bien hubo recuperado la libertad. Las condiciones culturales indispensables existían. El tratado del Pinciano (a mi parecer, imprescindible para explicarse la gestación de la obra) pudo llegar muy pronto a sus manos; los numerosos libros, de muy diversa índole, que constituyen la base «documental» de los *Trabajos* estaban a su alcance en la ciudad donde residía. En el caso de que la mayor parte de las referencias librescas identificables en la primera parte del *Persiles* no sean sencillamente el resultado de un constante interés por la literatura (entendida en términos muy amplios), importa recordar que la Sevilla de la época era uno de los centros editoriales más activos de España, que en ella abundaban las buenas bibliotecas particulares y que, en las reuniones literarias, Cervantes pudo tener múltiples ocasiones de ampliar y poner al día sus conocimientos, incluso en el muy específico terreno de la teorías en torno al «poema heroico» y lo que aún solemos llamar «novela bizantina».

En cuanto a la dificultad «ideológica», ¿qué puedo decir? Bastará recordar que la misma distinción de tres épocas en el pensamiento religioso cervantino se basa también —aunque, claro está, no sólo— en la creencia de que el *Persiles* ha sido comenzado no antes de 1609. Caído, al menos hipotéticamente, tal punto de referencia, no hay más remedio que volver a comenzar con las especulaciones. ¿Y si, en lugar del pensamiento religioso, se prefiere considerar el —por así decir— laico, regido por la sola *ratio philosophica*? ¿Cómo conciliar la modernidad del primer *Quijote* con el aparente total conformismo del *Persiles*? La explicación no me parece difícilísima. El propio lector tendrá ocasión de notar también la presencia continua y operante, en la primera parte de la *Historia septentrional*, de un sólido pensamiento laico; en el primer *Quijote*, por el contrario, no faltan signos de la *ratio theologica*. Ni podían faltar, pues, como creo, ambas obras, si no rigurosamente contemporáneas, son, por lo menos, *muy* próximas en el tiempo.

Por lo que se refiere, en fin, a la *vexata quaestio* del idealismo (también llamado por la crítica española italianismo) y el realismo, es preciso afirmar enseguida que nadie ha «demostrado» hasta ahora persuasivamente la existencia de un auténtico *proceso* de abandono del primero por el segundo o del segundo por el primero. Sólo atribuyendo a Cervantes una escala de valores más «modernos», pero discutibles (y, digámoslo sin ambages, ni siquiera «modernísimos») se puede proponer aún una secuencia en realidad enteramente discutible: primero, idalismo, de molde italiano; luego, realismo, «característicamente español». O viceversa (Ruth El Saffar, C, 1974: xi-xvi; 1984: 125). Si bien se mira, lo que Cervantes hace es *ir y venir* continuamente del uno al otro *estilo* (puesto que de esto, de *estilos*, no de *épocas*, pienso firmemente que se trata). Ello explica que ciertos pasajes del *Quijote* de 1615, juzgados con el solo criterio de la «progresión» de una fórmula artística a otra, podrían parecer incluso precedentes a tantos otros del de 1605. Los dos primeros libros del *Persiles* pueden ser contemporáneos del —o, quizá mejor, algo anteriores al— primer *Quijote*, como *Las dos doncellas* y *La señora Cornelia* lo son con toda probabilidad de —o a— *Rinococone* y *Cortadillo* y *El celoso extremeño*.

Pero otro problema llama nuestra atención: ¿por qué una obra que, al parecer, crecía con un ritmo expedito, en determinado momento queda detenida y no vuelve a ser continuada hasta ocho, diez, tal vez doce años más tarde? No sería imposible que Cervantes, constatada la poca atención que su *Persiles* cabía esperarse del público, haya preferido renunciar a la prosecución de su obra, hasta que... Hasta que dos razones —entrambas más que suficientes— le hicieron notar la oportunidad de concluirla. La primera pudo consistir en la necesidad, típica del escritor «que ha llegado», de recuperar cuanto recuperable hubiera entre sus propios originales inéditos, para no dejarse escapar la ocasión, por fin favorable en los últimos dos lustros de su vida (Cervantes, ya casi enteramente dedicado a la literatura, debió de llevar a cabo en repetidas ocasiones tal operación de «rescate» de material en más de un *sentido* inconcluso, quizá poco más que abocetado). Ima-

gino la segunda como algo del todo distinto: Cervantes, en 1613 (es decir, en el año de las primeras alusiones explícitas al *Persiles*) es el autor de *La Galatea* (obra que, a decir verdad, nunca gozó de gran difusión, si bien fue no poco estimada por los entendidos, dentro y fuera de España), de las *Novelas ejemplares* (que, aun haciéndole merecer el epíteto de «nuestro español Boccaccio», no fueron consideradas más que como composiciones de simple «pasatiempo», en alguna ocasión bastante menos que «honestísimo», aunque así lo asegurase el propio autor) y, sobre todo, de aquel clamoroso éxito editorial que fue el *Quijote* de 1605. Éxito —importa recordarlo— cómico (ni la época ni, ¿por qué no decirlo?, tal vez el propio autor pudieron ver en la obra maestra lo que hoy nota cualquier hombre culto e inteligente). Al artista ya viejo e incluso cansado del continuo sentirse llamar «escritor festivo», «regocijo de las musas», etc., le había de resultar *imprescindible* un triunfo de «otro tipo»: un éxito incluso menos clamoroso pero, esta vez, con una obra *seria*. Entonces, recordando el incompleto *Persiles* se habrá determinado a darle remate, ya enriquecido con esas nuevas dimensiones que lo inducirán a considerarlo la más perfecta de sus criaturas. ¿Cuándo ha podido volver a una materia durante tantos años abandonada? A la luz de las alusiones descifradas en los dos últimos libros, pienso que *muy* tarde. Por mucho que el autor anuncie la inminencia de la aparición de la obra desde mediados de 1613. En realidad, en dicho año está ocupado con otras cosas, entre otras la continuación de la II Parte del *Quijote*. Cuando, en el otoño de 1614, llega a su conocimiento la existencia de la continuación de su *Ingenioso Hidalgo*, firmada por un tal Alonso Fernández de Avellaneda, Cervantes no piensa más que en terminar, como quiera que sea, la más genial de sus producciones. Al *Persiles* no vuelve —no tiene materialmente el tiempo de hacerlo— antes de haber solicitado el Privilegio para la impresión de las nuevas aventuras de don Quijote y Sancho, a finales del mismo 1614 o quizá ya a comienzos de 1615. Después, demostrando una vez más que su capacidad de redacción es

considerable (pero *podría* haber «incorporado» cosas escritas mucho tiempo atrás), en poco más de un año le dará término.

3. EL TIEMPO

Un vez «situado» el *Persiles*, con un margen de probabilidad a mi parecer más que suficiente, en la historia personal del autor (en otras palabras: una vez establecida una relación mínimamente correcta entre éste y todos los demás Cervantes: el de *La Galatea*, el de las dos distintas —y tan distintas!— partes del *Quijote*, etc.), convendrá detenerse un momento a ilustrar la otra dimensión del problema cronológico: la del tiempo de la acción.

Cualquier lector dotado de una suficiente cultura histórica no puede dejar de sorprenderse ante ciertas «rupturas de la secuencia cronológica interna» constatables en la *Historia septentrional*. La crítica (que ya habría debido procurar disipar, o al menos rebajar, en la medida de lo posible, tales motivos de perplejidad) se detiene, sin notables excepciones, en el estadio de la mera «denuncia de anacronismos», en algún caso usados más tarde como indicios útiles para resolver el problema de la datación de la obra. No hallo mejor testimonio de esta actitud que ciertas palabras de Schevill y Bonilla (A, 1916, I: vii-viii): «el prurito de la “verisimilitud” hizo que el autor trajese a cuento caracteres y episodios históricos y semihistóricos que sólo sirven para confundir a los lectores»

Otra actitud —en principio más científica— consiste en considerar, *a priori*, inútil e incluso antihistórico cualquier esfuerzo de racionalización de este haz de aparentes incongruencias, en realidad todavía no bien sondeado, reconocido, limitado. Así piensan, por ejemplo, Joaquín Casaldueño (C, 1947: 207-108), Avallé-Arce (A, 1969: 72-73, nota 36) y, de manera más matizada, también Alban K. Forcione (C, 1972: 50), según el cual, a pesar de la preocupación cervantina por la plausibilidad temporal, las referencias al tiempo cronológico en el *Persiles* resultan inadecuadas, no

funcionantes. En una palabra: la novela es fundamentalmente atemporal y ahistórica⁴.

No faltan, en fin, quienes se esfuerzan en identificar el —breve— arco de tiempo en que, a pesar de ciertas «excepciones» o «contradicciones», parece haber sido elegido por Cervantes para hacer discurrir la acción de su *Persiles*. Si no me equivoco, el primero de todos es Tarkiainen (C, 1918: 145), para quien todo lo contado en la novela tiende a ocurrir entre 1558 y 1560, seguido por Pedro de Novo y Fernández Chicharro (C, 1928: 11-30), que en cambio piensa en el sexenio 1569-1575; Romero (C, 1968: lxix-lxxxix; B, 1971: 797-803) y Kenneth P. Allen (C, 1971: 87-100), quienes anclan la acción entre el verano de 1557 y el de 1559; Arthur A. Beringer (C, 1971: 4), para el que todo discurre entre 1574-1575, y, en fin —por ahora— Diana de Armas Wilson (C, 1981: 49), la cual acepta, claro está, el bienio (en realidad impuesto por el propio narrador), pero lo deja discurrir «libremente» dentro del período 1558-1572.

Al llegar a este punto, será útil recordar la primera tentativa de llegar a una explicación-superación de estas aparentes —y reales— contradicciones. Escribe Osuna (C, 1970: 411) que «la cronología del *Persiles*, con alguna levisima excepción, no puede ser más armónica. Para comprender esta chocante afirmación, basta pensar en el *Persiles* no como novela escrita en cuatro libros, sino como novela escrita en dos partes. Esto es, cada parte posee su propia y armónica crono-

⁴ Así piensa también, todavía, Aldo Ruffinatto (B, 1996). Para no exponerme inútilmente a fáciles críticas, declararé en seguida que conozco y estimo en lo mucho que vale la contribución de Luis Andrés Murillo, *The Golden Dial. Temporal Configuration in Don Quijote* (Oxford, The Dolphin Book Co. Ltd., 1975), pero que las reservas acerca de la real percepción del tiempo a finales del siglo XVI y comienzos del XVII y, sobre todo, la distinción en ella defendida entre tiempo histórico y tiempo mítico, no me parece que destruyan —ini mucho menos!— el alcance de la serie de indicios válidos para el anclaje cronológico de la acción de *Persiles*, que Cervantes se ha complacido en sembrar a lo largo de su novela, de manera bastante más abundante, más explícita y, también, mucho menos «ambigua» que en la historia del Ingenioso Hidalgo. Una vez más, cabe hablar de dos juegos distintos, protagonizados por el mismo jugador, en varios momentos de su larga actividad de creador.

logía. Si no es siempre absolutamente perfecta, ello se debe a la falta de rigurosidad propia del novelista, que no pretende ser historiador; caótica no lo es nunca». La justificación es sin duda ingeniosa (y legítimamente referible a las sendas secuencias temporales —autónomas... o sin más incongruentes: todo depende del punto de vista— constatable en las dos partes del *Quijote*), pero ¿es, además, de veras aceptable? Las dudas crecen si se piensa que el número de casos concretos manejados por el estudioso es muy reducido.

Así las cosas, no caben más que dos soluciones: rendirse a la —aparente— evidencia y aceptar, sin más, lo que ya denunciaron Schevill y Bonilla o bien proponer una nueva explicación, en términos, siquiera, hipotéticos: es decir, valederos en tanto en cuanto no se demuestre su absoluta insostenibilidad. Es lo que voy a hacer enseguida, no sin antes declarar que, en el *Persiles*, varios —incluso bastantes— de los anacronismos desde hace mucho *identificados* por la crítica no lo son en absoluto, si se los considera con la necesaria atención (y el lector tendrá ocasión de comprobarlo en mis notas al texto cervantino).

¿Qué decir de los otros? Para mí se dividen en dos tipos. Constituyen el primero cierto número de rupturas de la secuencia natural cronológica (casi nunca, o nunca, notados hasta ahora), que no dudo en calificar de auténticos anacronismos, pero de condición en muchos sentidos *neutra*, dada su escasa —o nula— capacidad de comprometer el fluir de la acción dentro del cauce al parecer elegido por el autor.

Tenemos después varios casos, registrados en el libro III (pero no falta alguno en el IV) de una índole muy especial. A primera vista, todo induce a pensar que nos encontramos ante nuevos testimonios de lo que acabo de llamar falsos anacronismos, los cuales dejan de serlo no bien se los consigue insertar, sin intolerables forzamientos, en la secuencia natural de los hechos narrados. Ahora bien, si nos fijamos con atención, esas mismas alusiones a hechos o a personas parecen *querer remitir a la vez* al período en que Cervantes está escribiendo. Insisto: no sólo no pretenden disimular, sino que más bien ostentan su condición de alusiones que pertenecen *también* a una época posterior. En estos casos,

Cervantes da la impresión de estar dedicándose a un ejercicio que —a falta de mejor fórmula— me decido a llamar, aquí y ahora, de la *doble cronología*. Dicho de otra manera: ofrece elementos que nada impide seriar, insertar en el año por el que discurre el presente de la historia por él narrada (hechos sucedidos, con notable coherencia, entre el verano de 1558 y el verano de 1559) o bien en el pasado inmediato de la misma historia, que no por nada comienza *in medias res* (se trata, pues, de acontecimientos fechables entre el verano de 1557 y el verano de 1558), pero que, *al mismo tiempo*, constituyen muy probables alusiones a acontecimientos o/y a personajes que el narrador tiene interés en poner de manifiesto, ya que, casi siempre, consisten —o podrían consistir— en refinadas *captationes benevolentiae*, en discretos homenajes a quien le conviene lisonjear (o, por el contrario, en algún más raro y tal vez no bien probado caso, a quien se propone exponer a la crítica del público) con unas palabras alusivas, perfectamente descifrables para los lectores «avisados» de su propia época —o por los de hoy, si las afrontan con el auxilio de sendas notas explicativas.

La razón por la que la parte *activa* de la historia, poema o novela (el presente) del *Persiles* discurre a partir del verano de 1558 y se concluye en el verano de 1559 y por la que la parte *pasiva* (recuperada de manera más o menos satisfactoria a base de relatos de los propios personajes) comienza en el verano de 1557 y acaba en el de 1558 es cosa que resultará lo suficientemente clara tras la lectura de la novela y de las notas ilustrativas, donde constan todos —o casi todos— los hechos históricos aludidos y, en no pocas ocasiones, también los silenciados, por el motivo que fuere. Aquí bastará decir que el eje cronológico de todo el *Persiles* está constituido por la muerte de Carlos V (21 de septiembre de 1558), de que se nos da noticia, como de algo reciente, en el capítulo conclusivo del libro II. El viaje de los protagonistas (en principio, debido tan sólo a complicaciones amorosas, aunque poco a poco se vaya transformando en una auténtica peregrinación a Roma, con explícitas dimensiones de depuración doctrinal y de perfeccionamiento espiritual) se inicia, pues, a mediados de 1557. A mediados del li-

bro III, ese viaje dual al centro del catolicismo acaba convirtiéndose en una peregrinación colectiva, en teoría universal, con motivo de un *jubileo*, que, no tratándose de manera inequívoca de uno de los regulares *años santos*, nada impide considerar como uno de los extraordinarios celebrados a lo largo del siglo XVI y «situarlo», de manera no más convencional que tantos otros elementos del *Persiles*, en 1559. Concluida la instrucción y cumplido el voto, los protagonistas regresan al punto de partida: Islandia.

4. EL ESPACIO

La división del *Persiles* en dos partes bien marcadas se justifica, ante todo, pensando en el traslado de la acción de un espacio a otro: de una zona nunca bien determinada, *brumosa* (el término, usado hasta el cansancio por la crítica, se revela, a fin de cuentas, insustituible), a otra relativamente conocida por el autor e incluso por no pocos de sus «naturales» lectores. Se comprende que la primera parte de la obra resulte caracterizada por la continua presencia en el Septentrión de los dos protagonistas, más un considerable número de personajes también nacidos en aquellas regiones, a los que se unirán otros originarios de países por así decir intermedios entre Norte y Sur, y, en fin, procedentes de las naciones más significativas del Mediodía europeo occidental. En la segunda parte, por el contrario, los personajes nórdicos son, ante todo, espectadores de toda una serie de peripecias comprensiblemente vividas por meridionales, sin que a pesar de todo deje de aparecer —o reaparecer— algún que otro septentrional, que en cierto modo equilibra la ya aludida presencia del Sur en la primera parte y, sobre todo, contribuye a soldar mejor una con otra.

En cuanto prueba de la preocupación cervantina de *sembrar* todo el *Persiles* de simetrías (por paralelo o por contraste: por identidad o por antífrasis) recordaré que Ricla y sus hijos, respectivamente convertida y educados por Antonio Villaseñor, «el bárbaro español» (I, 4-6), constituyen un nú-

cleo católico en un espacio pagano, a su vez rodeado por otro, en apariencia reducido, de signo pagano, y por otro, de dimensiones mucho mayores, que todo induce a imaginar protestante —aunque el narrador no lo llame nunca de este modo. En el libro III, capítulo 11, hallaremos a un exiguo núcleo de católicos de origen morisco (el jadraque Jarife y su sobrina Rafala), rodeados por una comunidad de mahometanos sólo al parecer católicos, a su vez enquistada en un espacio densamente fiel a la Iglesia romana. Ricla, Antonio el joven y Constanza desean dejar la isla bárbara (que, a fin de cuentas, es su patria) para instalarse en la patria elegida: la de la religión católica y, por antonomasia, España. Del mismo modo, los moriscos de la zona sudoriental de la península Ibérica, con las excepciones citadas, se esfuerzan por realizar un proyecto de liberación: el abandono de la que, sin duda alguna, es su patria, para instalarse en la de elección: el mundo mayoritariamente —y, sobre todo, declaradamente— islámico.

La historia de Manuel de Sosa Coitiño, portugués muerto entre los hielos del norte (I, 10) es comparable, en términos espaciales, a la de Ortel Banedre, polaco hispanizado que transcurre quince años en la India portuguesa. Y otro tanto se puede afirmar de Mauricio (I, 12-13) y Soldino (III, 18-19). El primero viaja, ensancha su espacio a causa, entre otras cosas, de sus estudios de astrología, que le han indicado dónde y cuándo encontrará a su perdida hija Transila; para el segundo, por el contrario, la práctica de la astrología constituye el resultado de un repliegue en sí mismo, tras muchos años de vida agitada, en parte transcurridos al servicio del emperador Carlos V, en un ámbito que abarca media Europa.

Muy parecidos son también los casos de Transila (I, 12-13) y de Ruperta (III, 16-17): entrambas, procedentes de la misma «zona intermedia» entre Norte y Sur de Europa, reencontrarán (o encontrarán, respectivamente) a sus compañeros después de un idéntico error por tierras extrañas, claro está que de muy diversa manera motivado.

Un rey de Inglaterra más ucrónico que histórico ha condenado a su fogosa amante, Rosamunda, a ser abandonada

en una isla desierta de los mares del Norte (I, 14). La generosa intervención de Arnaldo, no menos ucrónico príncipe heredero de Dinamarca, la salva de la muerte (al menos, del tipo de muerte previsto por el indignado monarca). Idéntico es el destino de la prometida de Leopoldio (II, 13), obligada a huir, a ampliar también ella el espacio donde se desarrolla su existencia.

Policarpo, en fin, se presenta como soberano de una isla que ha alcanzado un alto nivel de madurez civil. Si lo aceptamos como emblema de la cultura laica, con sus residuos de irracionalidad, bien podemos ponerlo a este nivel en relación directa —de contraste— con el Papa, jefe de una sociedad —siquiera por autodefinición— «perfecta», basada en principios literalmente sobrehumanos, pero en realidad también ella condicionada por notables franjas o residuos de una humanidad no poco material.

5. LA ESTRUCTURA NARRATIVA

La *fábula* de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* es, como se ha visto más arriba, muy sencilla. Para colmo, puede ser revelada enseguida, sin que le lectura se resienta en absoluto, dado que el elemento sorpresa, en el fondo, no cuenta, o cuenta bien poco, siquiera por lo que se refiere a esta su auténtica espina dorsal. El juego, en efecto, consiste menos en sorprender al lector que en hacer de éste un cómplice del narrador, del «conocedor absoluto» de la historia: un conocedor, en nuestro caso, con no pocos —y complacidos— límites, pero, de todos modos, mucho mejor informado de las interioridades del relato que cualquiera de los personajes —a excepción, en principio, de la pareja protagonista. Reducida, pues, a esta historia central, todo el *Persiles* consiste en el ya aludido viaje que los dos jóvenes y enamorados protagonistas, obligados por las circunstancias a presentarse como hermanos, hacen a Roma. En la capital del catolicismo, a un paso del final de la obra, tendrá lugar la inevitable escena de agnición, que, sin embargo, asumirá modos relativamente originales dentro de las tradiciones del género.

Sencillez de la fábula, contrapuesta a la complicación (en realidad, debida más al número que a la dificultad de las tramas) de los episodios: la una justifica a la otra, y viceversa.

El *Persiles* está dividido en cuatro libros, claramente agrupados en dos partes. No diré que la primera es la más *conseguida*, pero sí que es la más *importante*. El mismo título parece poner de relieve la única de veras «septentrional». Pero, cabe preguntarse: ¿por qué precisamente septentrional? ¿Es de veras determinante a los fines de la historia tal precisión? En el *nivel narrativo*, no mucho. La noche polar y el frío aparecen, sí, pronto en la obra, pero se debe reconocer que no con una intensidad y frecuencia tales como para invalidar la sospecha de que Cervantes, en un primer momento, ha escogido semejante escenario, más que por voluntad de exotismo, por consistentes razones de verosimilitud, confortadas también por la consideración de las ventajas que esas regiones, en su inconcreción (voluntaria o no, es asunto que ahora no interesa) podían aportar a la alegoría, más alto —o más profundo— que el de la pura literalidad del relato⁵.

⁵ Yo mismo escribía en C, 1968 (xlviil-il) que la división del *Persiles* en dos partes me ha recordado siempre el grandioso *Entierro del Conde de Orgaz*, del Greco. «En la parte inferior del mismo asistimos a la piadosa ceremonia propiamente dicha [...]. Arriba, en cambio, el pintor ha representado la Gloria. [...] *Trait d'union* entre los dos mundos, un ángel transporta el alma del muerto, en figura de recién nacido. [...] En determinado momento, la crítica, dominada por los prejuicios antibarrocos o, más genéricamente, realistas [...] desvalorizó decididamente la parte superior, potenciado la inferior. Tan sólo últimamente (si por «últimamente» entendermos, por supuesto, [unos sesenta o setenta] años, la parte superior está conociendo la revalorización a que tiene perfecto derecho. (En más de un sentido, se puede hablar de una semejanza con el proceso de recuperación crítica del *Paraíso* dantesco: del severo juicio de un De Sanctis a la exaltación de un T. S. Eliot pasa una parábola ejemplar.)

Para una crítica atenta como quizá nunca antes de ahora a la puesta en evidencia de los valores estructurales, de los elementos funcionantes en el objeto artístico examinado, la parte sobre la que ha de caer el énfasis es, a mi parecer sin la menor duda, la superior. Ello no quiere decir, claro está, que, en términos rigurosamente *pictóricos*, ella sea *la mejor*: aquí me limito a afirmar, ni más ni menos, que la estupenda parte inferior ha sido a fin de cuentas realizada —por un artista tan dado a especulaciones místicas— *en función* de la otra. [...]. Algo parecido —en todos los sentidos— ha ocurrido con el *Persiles*...»

A lo largo de los capítulos del libro I, el lector asiste al sistemático aumento de los personajes «en escena». La técnica, no poco eficaz en su misma elementalidad, se repite varias veces: alguien se presenta en el momento más oportuno, cuenta su vida (o un significativo segmento de la misma) y pasa a formar parte de una «columna» cada vez más nutrida, que se desplaza de un lugar a otro, hasta que el autor halla la manera de «deshacerse» de los comparsas, considerados ya innecesarios. En el libro II, abandonado el mundo de la barbarie, dicha «columna», más reducida, se mantiene compacta durante los numerosos capítulos transcurridos en una isla innominada, con una sola pérdida y el —decisivo— aumento de los personajes allí encontrados.

Hacia el final del libro II, los supervivientes del grupo constituido a mediados del I abandona este ambiente civilizado y, poco más tarde, se divide en dos secciones. De una de ellas no volveremos a saber nada hasta la conclusión de la obra. En compañía de la otra, el lector entra, al comienzo del libro III, en el mundo católico: Portugal, España, Francia, Italia. Quizá porque es consciente del carácter, a fin de cuentas, «apendicular» de cuanto se dispone a escribir, al menos hasta cuanto los protagonistas lleguen a Roma, Cervantes parece no preocuparse en un principio por hallar acompañantes duraderos a su ya escaso «escuadrón», que, al final del capítulo IX, sufrirá una nueva reducción, no equilibrada con la adquisición de nuevos personajes hasta el XVI, cuando se encuentran bien entrados en Francia. De ello deriva el hecho evidente de que, frente a la trama orgánica, con implicación de todo el *reparto*, que caracteriza al libro II, buena parte del III se desarrolla de una manera muy parecida un *Decamerón itinerante*, como acertadamente lo ha definido Jean Babelon (C, 1947: 117), en el sentido de que el discurrir del presente de los protagonistas y de sus compañeros de viaje se convierte ahora en simple marco de otras historias, que raramente interfieren con la suya (nuestros personajes, más que «participar en las historias secundarias, confundiéndose con ellas», se limitan a «presenciar» los momentos culminantes de las mismas). Este distinto corte de la narración se refleja también en el

modo de presentar los capítulos: si en los primeros dos libros, el discurso era, *en conjunto*, más fluyente, más unitario, y las divisiones, queridamente, resultaban a menudo arbitrarias, en el III cada capítulo constituye en varios sentidos un compartimento estanco, en el que toda una historia menor halla nanera de comenzar y concluir, de manera casi siempre plausible.

A partir del capítulo 16, el libro III tiende a parecerse al I. Y todo el IV, en buena parte urbano, a la primera y más extensa parte del II. En efecto, un grupo de nuevo cada vez más numeroso de personajes se dirige a Roma, donde concluirá la novela, tras la recuperación de algunos de los perdidos al final del II y la inesperada aparición de Magsimino, hermano del protagonista, auténtico *deus ex machina* al que se confía la conclusión de la obra.

Un atento análisis de la misma, ya en este nivel puramente narrativo, muestra la presencia de numerosos «descuidos» (no menos numerosos, aunque de más escasa relevancia, que los constatados desde hace siglos en el *Quijote*), los cuales, por sí solos, evidencian el carácter en más de un sentido «provisional» —no perfectamente «terminado»— de la novela. Cervantes, una vez más, careció del tiempo necesario para revisar con calma todos los detalles de este complejo organismo. Ello no quiere decir, por supuesto, que el *Periles* carezca de una sólida arquitectura. Por el contrario, se puede afirmar que el autor rara vez fue tan escrupuloso como ahora en la puesta a punto de su plan. No sólo a grandes líneas. Buena prueba de ello es la presencia de una densa red de simetrías, ya aludida al hablar del espacio, que ahora no hace sino enriquecerse.

Es obvio que a la figura de Arnaldo, tan importante en toda la parte septentrional, encuentra un *pendant* en la mediterránea: el duque de Nemurs (III, 13, y IV, 2-9). Rosamunda, la lujuriosa inglesa del libro I, «perdura» de algún modo, continuada en la más complicada Zenotia y en la amante del rey de Dania, en el II (8 y 13, respectivamente); en Luisa, «la Talaverana», en el III (6-7, 16, 18-19) y el IV (5, 8, 14), y en Hipólita, «la Ferreresca», en el IV (7-14). La ya citada Zenotia, en su dimensión de maga, tiene un preceden-

te en la bruja que, en el libro I, capítulo 8, traslada a Rutilio desde Roma a Noruega, más dos continuaciones en la esclava causante de cierta desgracia en el libro III, capítulo 15, y (en el IV, 8-10) en la judía que, en el propio centro del catolicismo (a imitación de lo ya hecho por aquélla con el joven Antonio en la corte de Policarpo), pone en peligro de muerte a Auristela por medio de sus hechizos. El episodio de las bodas de los pescadores septentrionales (I, 9) no deja de presentar paralelismos, incluso por contraste, con la escena de las danzas de los villanos de la Sagra toledana (III, 7).

Las simetrías entre la primera y la segunda parte no terminan aquí, ni mucho menos. Aquí me limitaré a recordar otras dos: la historia de Feliciano de la Voz (III, 3-5) contrasta queridamente con la ya recordada de los pescadores (II) y se parece no poco a la Isabela Castrucho (III, 20-21). Por no hablar del «conato de coincidencia» entre la historia de Leonora Pereira (I, 10) y la Auristela que, en determinado momento, juzga más conveniente un Paraíso «asegurado» por el retiro del mundo (IV, 10), que el matrimonio antes prometido a Periandro —pero bien pronto acabará convirtiéndose de que también por esta vía se puede llevar a perfección el cristianismo.

Hasta ahora he hablado de correspondencias entre las dos partes. Otras aún se pueden identificar en una sola de las mismas. De entre ellas, destacaré la más vistosa: en el libro II se nos habla de dos reyes, por largos años «fieles a las leyes de la viudez», los cuales, de pronto, resultan presas de una devastadora pasión senil que les producirá tan sólo ruina y amargo arrepentimiento. Que el objeto del deseo de Policarpo (II, 5) sea incomparablemente más alto del a punto de ser —o ya— poseído por Leopoldio (II, 13) es cosa secundaria. Lo importante es la identidad de la pretensión de cubrir, con el velo del matrimonio, lo que en el fondo no es más que tardía concupiscencia, como Cervantes, desde su ética natural, no puede dejar de denunciar sin medias tintas.

Para concluir, convendrá aludir a las simbólicas correspondencias entre simples situaciones e incluso detalles descriptivos. He hablado ya del vistoso paso del escenario «bár-

baro» del libro I al fuertemente civilizado del II. Como bien nota Casaldueiro, tanto del uno como del otro salen los protagonistas tras un incendio. Al relato de la «vana profecía» de los bárbaros, con el ritual previsto para la elección del padre de su futuro rey, conquistador del mundo (I, 2) corresponde (I, 23) el de la ejemplar manera con que Policarpo y sus antecesores fueron elevados al trono, etcétera.

6. LOS PERSONAJES

La cuidadosa presentación, por lo menos en el caso de los protagonistas, de una psicología compleja, matizada, bien puede no haber sido considerada por Cervantes como un elemento esencial para el logro artístico del *Persiles*. Ni quizá sea conveniente que la consideremos nosotros. Yo, por lo menos, creo que, en la *Historia septentrional*, más que el registro de las reacciones de los personajes a un determinado acontecimiento cuenta el acontecimiento por sí mismo. Si bien se mira, el principal objeto de la existencia de Periandro y de Auristela parece, precisamente, la acción —o, como he dicho más atrás, la contemplación de las acciones de los otros, que en más de un sentido les sirve de enseñanza. («Ser», aquí, viene a ser igual que «hacer» o «ver hacer».) No se olvide, además, que los dos jóvenes no agotan sus funciones en el nivel de la pura narración, sino que poseen otros significados, los cuales, si no salvan al cien por cien los valores de ésta, por lo menos a los ojos de un lector de nuestros días, al menos pueden justificar el «modo» en que han sido tratados.

Sería inútil detenerse en esta ocasión a considerar las figuras secundarias de la novela, algunas de veras interesantes. Me limitaré a recordar un fenómeno bien documentado en la historia del género: en el *Persiles* (y, no por nada, en el libro III, sobre todo) encontramos a numerosos héroes de un solo episodio, cuya psicología resulta más compleja, más rica, más «cervantina» que la de la pareja del título. Tal falta de «equilibrio» podría ser también el resultado de la tensión entre la «teoría del poema en prosa» (heterónomamente

asumida por nuestro autor, antes de la efectiva composición de su obra) y la «praxis de la novela» —y del relato breve— al que quizá no quiso —o no pudo— renunciar, especialmente en los últimos años de su vida.

7. LA IDEOLOGÍA

El narrador del *Persiles* deja hablar cuanto le es posible a sus personajes. Ahora bien, este uso comporta una necesidad de desdoblamiento (cosmovisión desdoblada, expresada en una lengua a su modo también desdoblada, personalizada), evidentemente mayor que el imaginable en —digamos— un libro de memorias. Y de ningún modo desdeñable cuando nos disponemos a ilustrar, siquiera a grandes rasgos, la estructura ideológica del *Persiles*, porque, *a priori*, resulta de grandísimo interés procurar distinguir cuándo habla un personaje por sí mismo y cuándo se trata de un simple portavoz del narrador.

Un interesante aspecto del perspectivismo del *Persiles* lo constituyen precisamente estos portavoces. Es decir, casi siempre, los personajes instalados en una visión del mundo regida por la razón, nunca los dominados por una pasionalidad incontrolada (lo que no significa culpar la voz del instinto, considerado *a radice* neutro, si no precisamente positivo). Por consiguiente, lo es a menudo Mauricio; lo es, en varias ocasiones, el propio Claudio, a pesar de la explícita condena que el narrador hace de su vicio característico, la maledicencia; lo son, en fin, los otros personajes menores que, según el caso, proponen la autocrítica. Por supuesto, no se trata en ningún caso de auténticos «dobles» del Cervantes que conocemos (o creemos conocer), encargados de representarlo constantemente en el mundo imaginario por él creado, sino de momentáneos encargados de vehicular un mensaje sustancialmente sostenido y, a su modo, coherente.

El contraste entre «verdad de razón» y «verdad de creencia» es, por definición, doloroso. De él no se libra nuestro autor en ciertos casos ejemplares, si bien lo más frecuente es

que se refugie en la cómoda —y bien poco original— solución de la *doble* verdad. Cosa por otra parte, comprensible, si pensamos, por un lado, en el empleo —se diría que programático— de lo «maravilloso» en el *Persiles* y, por otro, en la voluntad de encauzar ese mismo elemento en los términos de lo razonable, de lo «normal».

No estará de más considerar previamente la actitud —o las actitudes— de Cervantes ante algo tan natural —y, al mismo tiempo, susceptible de tantas «extraordinarias» variaciones— como el matrimonio. Hasta que no hayan cumplido su voto, en Roma, Periandro y Auristela no podrán casarse. Durante el largo, complicado viaje, los dos jóvenes se prohíben la menor confianza en materia sexual. El suyo es un paradigma del amor casto, que no osa realizarse en términos precisamente «naturales» hasta que el sacramento se lo permita. Un amor como el suyo, regido como está por la razón (aun cuando no deje de ser, al mismo tiempo, un amor «fatal»: amor, pues, *por destino*, a la vez que *por elección*), no corre el riesgo de transgredir las normas; es, por el contrario, un incansable ejemplo de un ideal —la continencia—, nuevo, a decir verdad, para Cervantes, aunque ya documentado en la literatura española de la segunda mitad del siglo XVI: la del período, y del estilo, no por nada denominado tridentino.

Periandro y Auristela indican un camino difícil, no por todos recorrible. Cervantes los admira, pero tal vez los comprende menos que a los otros personajes de su novela. Casi todos ellos se encuentran implicados en la misma cuestión, sólo que el resultado de sus proyectos será también muy distinto: algunos no verán nunca realizado su sueño de unión con la persona amada (así, Manuel de Sosa Coitiño, I, 10, y, por otros motivos, Renato y Eusebia, II, 20); otros, en cambio, lo verán incluso antes de su solemne santificación (de este tipo, pero por muy distintas causas, son los de Antonio y Ricla, I, 6—; de Rosanio y Feliciano de la Voz, III, 2-5; de Tozuelo y la Cobeña, III, 8, y, hasta cierto punto, de Contarino de Arbolánchez, III, 12), pero en circunstancias que nunca provocan una apriorística condena por parte del autor, como en cambio sucederá con un ter-

cer tipo de personajes, explícitamente criticados porque no tienen como meta el matrimonio (recuérdense los casos de Rutilio y la bruja, I, 8; de Rosamunda, I, 14 y 19; de Zenotia, II, 8; y de Hipólita la ferraresa, IV, 4; casos aparte son el casamiento con Ortel Banedre, impuesto a Luisa la Talaverana por el interés de sus propios padres, III, 6, y aquel otro a punto de ser consumado mediante un rito infame: historia de Transila, I, 12) o porque, aun teniéndola, no llegan a justificarlo en términos «naturales» (así, los matrimonios proyectados por Policarpo, II, 5, y hasta por Leopoldio, II, 14, que el narrador no duda en presentar como ejemplos, en el fondo, de incontinencia —y, en más de un sentido, como una auténtica «perversión del sacramento»).

Buenos ejemplos de cómo la razón filosófica se mide en el *Persiles* con una materia decididamente «maravillosa» me parecen los temas de la astrología, de la magia y de la brujería. Cervantes, en tales ocasiones, más que insistir en una excepcionalidad a primera vista elegida con complacencia, parece claro que (¿más tarde?) desea limitar su alcance, racionalizar lo que, en principio, deja bien estrecho margen para semejante operación.

A medio camino entre la interpretación de la realidad en clave de razón filosófica y de razón teológica se halla el motivo del «milagro aparente», puntualmente «reducido» por el narrador a su dimensión de «hecho extraordinario», y nada más. En clave de sola razón teológica se han de interpretar, por el contrario, la explícita sumisión a la fe de la experiencia y la dialéctica destino o hado / libre albedrío.

El contraste entre estas últimas tomas de posición con las precedentemente aludidas, más el conocimiento de la normalidad con que Cervantes recurre en otras de sus obras a la «doble verdad», sin olvidar la presencia en el *Persiles* de numerosos indicios de una devoción, formalmente muy activa, hacia la Iglesia romana, tal y como ésta se presenta tras la experiencia de la Contrarreforma o «Reforma católica»; la insistencia en el tema de las indulgencias que el Pontífice reserva a los peregrinos que convergerán en Roma con moti-

vo del Jubileo (pero, al mismo tiempo, ciertas alusiones críticas a determinados aspectos del catolicismo más exterior), explican con creces que el lector se plantee inevitablemente una pregunta, en realidad muy a menudo formulada, aunque, en demasiados casos, a partir de una documentación a todas luces insuficiente: ¿hay que ver en Cervantes —en todo Cervantes— a un escritor cristiano de tipo inmediata o mediatamente erasmista, que sólo con reservas —¿por conveniencia?— se adhiere a los modos del catolicismo oficial de la España de su madurez y vejez, o más bien se debe hablar de una sincera identificación con *este* catolicismo, cada vez más evidente con el paso de los años? Una respuesta de veras persuasiva no resulta hasta el momento ni siquiera imaginable. Tengo la sospecha de que, todo sumado y ponderado, el adelantamiento del primer tiempo de la composición del *Persiles* a los últimos años del siglo XVI y el retraso del segundo a los últimos dos de la vida del autor no hace más que complicar ulteriormente las cosas. Si bien se mira, aun no excluyendo de ningún modo revisiones de todo tipo en el *Persiles*, la verdad es que los esquemas tradicionales resultan superados. Es inútil decir ahora que *tras* el «momento crítico» constituido por el *Quijote*, Cervantes se repliega y escribe la *Historia septentrional* (como he procurado explicar, las dos partes del *Quijote* están en realidad comprendidas entre las dos partes del *Persiles*: de todos modos, no son tan distantes como para hacer impensables ciertas *frangias* de contemporaneidad, tanto a finales de siglo como en torno a 1614). E igualmente inútil es decir que, tras la «juvenil» experiencia del *Persiles*, el resto de la obra cervantina puede ser interpretada en términos de un progresivo enriquecimiento —y profundización— que conduce al definitivo logro del *Quijote*. Una vez más, el problemático devenir de «un hombre con su contradicción» no se deja agotar en una fórmula.

No parece imprescindible arrancar, hoy, de las páginas en que Cesare De Lollis, apoyándose especialmente en el *Persiles*, tachó a Cervantes de espíritu «reaccionario» (C, 1924). Ni siquiera de la brillante y polémica réplica a las mismas que —con tantas otras cosas, por supuesto— constituye el

primer *gran* libro de Américo Castro (C, 1925). Han pasado casi tres cuartos de siglo y sobre la ideología que sustancia la *Historia septentrional* se han ido publicando interpretaciones de muy distinto talante, en no pocos casos de positivo valor. Recordaré, ante todo, las relativas al fundamental catolicismo de Cervantes, sin reservas mentales dignas de nota, defendida por Casaldueiro (C, 1947), Rafael Lapesa (C, 1950), Avallé-Arce (C, 1961 y 1975; A, 1969) y Forcione (C, 1972).

A. Márquez (C, 1985: 13) habla taxativamente de un Cervantes escéptico, cuya obra póstuma le convertiría en un «Heliodoro pirronista». Una más problemática apertura a las cuestiones de la fe —en términos «cristianos», antes que característicamente católicos— nos muestra Mariarosa Scaramuzza Vidoni (C, 1993 y 1995), mientras que Maurice Molho ilustra algunos elementos de disidencia del —y aun de activa reacción al— catolicismo tridentino (B, 1994; C, 1995, 1996). En ese sentido, ténganse también presentes las opiniones (en principio, fascinantes, por lo audaces, pero, si bien se mira, poco o nada persuasivas) de Carlos Moreryra (C, 1976) y hasta de Cecilio Peña Martín (C, 1962 y 1988) y las más mesuradas —pero, ya, no precisamente nuevas— de Mercedes Blanco (C, 1996: 631-634).

8. LOS MODELOS Y LAS FUENTES

En un importante artículo de Schevill (C, 1907: 1), se lee que Cervantes decidió «competir con Heliodoro» no tanto para medir sus fuerzas con un clásico reverenciado, sino porque la *Historia etiópica* constituía una parte intrínseca de la ficción española contemporánea. Más que comentar las palabras del estudioso, me interesa recordar que, si en la *Filosofía antigua poética* del Pinciano se reconoce la fuente de buena parte de las ideas estéticas de nuestro autor, en el último y decisivo ventenio de su vida, yo mismo fui uno de los primeros, si no me engaño, en resaltar el hecho de que Alonso López es, sin la menor duda, el teórico de la poesía

que atribuye una mayor importancia ejemplar —en las más variados aspectos del poema heroico, en verso o en prosa— a *Teágenes y Cariclea* (Romero, C, 1968: xxviii-xxxv). Que Cervantes conocía la *Historia etiópica* antes de 1596 es cosa consabida (recuérdese, por ejemplo, que la tuvo de algún modo presente durante la composición de *La Galatea*). Sea como fuere, conviene insistir en la citada «peculiaridad» del libro del Pinciano, porque ayuda mucho a comprender por qué Cervantes hubo de decidirse a elegir a la *Historia etiópica* como modelo de la *Septentrional*, obra caracterizada por una evidente voluntad de «perfección». En su minuciosa investigación de las relaciones entre los dos escritores, Schevill no tiene en la debida consideración el papel «exaltador» del Pinciano. Ello explica en buena parte que tienda a disminuir la función estructurante de *Teágenes y Cariclea*. El número de las concretas imitaciones o reminiscencias de este auténtico «poema en prosa» identificables en el *Persiles* no es, a decir verdad, *muy* elevado. Sea como fuere, la importancia de la deuda inicial es, a mi parecer, sencillamente decisiva. Cervantes ha «forjado» el plan de su obra a partir del de la de Heliodoro. No es poco, pero no es todo. La incidencia de la *Historia etiópica* en la parte septentrional del *Persiles* es manifiesta, incluso en las imitaciones y las reminiscencias a que me acabo de referir. Es también verdad que el índice de la misma tiende a disminuir con el paso del libro I al II, pero tal hecho queda justificado no bien se recuerde que, en el II, entra en acción un nuevo y aún más ilustre modelo: la *Eneida* (Schevill, C, 1908). La cual no es que sustituya enteramente a la *Historia etiópica*, ni siquiera en los capítulos que se desarrollan en la corte de Policarpo, sino que más bien se trenza o imbrica con ella, por lo que, en ocasiones, nos es dado reconocer, como en filigrana, por debajo de la página cervantina, ora la de Heliodoro, ora la de Virgilio, ora las de ambos. La ausencia *casi* absoluta de ecos directos heliodoriano —pero también virgiliano— en la parte mediterránea del *Persiles* se comprende, de una parte, recordando los años dejados pasar por Cervantes antes de volver seriamente a su materia y, de otra, por el nuevo espacio —latino— de su obra, que vuelve cada vez más

difícil remitir una acción empapada de la «cotidianidad» realmente vivida por el autor a otra acción que ya no puede dejar de parecerle demasiado «literaria», o, peor, «libresca».

En la obra del Pinciano⁶, Heliodoro aparece una vez junto con los libros de caballerías (III, 164-166). Poco más adelante, se nos presenta como la prueba de la posibilidad de que un poema heroico carente de todo tipo de fundamento histórico resulte más convincente que otro basado en hechos reales (III, 194-195) y como modelo de prudencia, al situar toda la acción en tierra incógnita (III, 332). Por lo que se refiere a la forma, la *Historia etiópica* demuestra la conveniencia de comenzar el relato *in medias res* (III, 206-208) y se revela un excelente ejemplo del dominio de los artificios capaces de «manenter unidos», cada vez más apretadamente, los distintos componentes del poema (III, 85-86). Es, además, un ejemplo de bien preparada agnición o anagnórisis (III, 38), de feliz conclusión (III, 155) y de lenguaje apropiado a la materia (III, 184). Para acabar, permite sin esfuerzo una interpretación en clave alegórica, trascendente a la pura literalidad de la narración (III, 167). En una sola cosa admite el Pinciano una relativa inferioridad de *Teágenes y Cariclea*, al compararlo con los «perfectos poemas» en verso: la falta de proposición y de invocación (III, 193-194). Pero el defecto —añade enseguida— no caracteriza a esta obra, ya que se ha convertido en un rasgo común de todos los «poemas en prosa».

La relación de la *Historia etiópica* con la *Septentrional* ha sido estudiada, bastantes años más tarde, por Walter Boelich (C, 1956). Mucho más interés que dicho artículo —y no sólo para lo relativo a este específico tema— tiene la monografía de Tilbert D. Stegmann (C, 1971).

Acerca de la actitud de Cervantes ante el conjunto del *corpus* narrativo conocido como «novela bizantina», véanse las intervenciones, de muy distinto valor, de Emilio Carrilla (C, 1968), Stanislav Zimic (C, 1970), Deffis de Calvo (C, 1985) y, ahora, el excelente estudio de González Rovira (C, 1996), que arranca de una bien articulada historia de la presencia de Heliodoro y Aquiles Tacio en España y con-

⁶ Cito por la ed. de Alfredo Carvallo Picazo: Madrid, CSIC, 1953, 3 vols.

tinúa con el examen de la influencia de los mismos en Lope, Cervantes y en los demás exponentes del género, finalmente bien descrito, «serializado» y juzgado.

Como integración de todo lo anterior, sería interesante presentar aquí una lista razonada de los libros que, a lo largo del tiempo, han sido propuestos como modelos, siquiera parciales, del *Persiles*. Limitándome a los más importantes, indicaré que la incidencia de la *Historia de los amores de Clareo y Florisea*, de Alonso Núñez de Reinoso, fue ya notada por Marcelino Menéndez Pelayo⁷. Un no muy convincente cotejo entre ambos textos fue llevado a cabo por J. Palomo Roberto (C, 1938). Muchos años más tarde, Zimic ha vuelto a considerar la cuestión (C, 1975), tratada en fin de manera impecable por González Rovira (C, 1996: 165-182).

La literatura protagonizada por peregrinos a lo largo de los siglos XIV a XVII ha sido estudiada con particular perspicacia por Antonio Vilanova (C, 1949). Miguel A. Teijeiro ha trabajado sobre un concreto aspecto de varias de esas mismas novelas (C, 1985); Navarro González, sobre las relaciones entre el *Persiles* y la *Selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras (C, 1990), vuelto a tratar de manera más orgánica por González Rovira (C, 1996: 183-201); Deffis de Calvo, en fin, sobre el propio *Persiles*, en cuanto ilustre ejemplar de esa tradición (C, 1990). En estrecha relación con el tema del peregrino está el del ermitaño, objeto de un fino estudio de Aurora Egido (C, 1994)).

Las interesantísimas relaciones entre el *Persiles* y su predecesor (si nos atenemos al pie de imprenta...), *El peregrino en su patria*, de Lope de Vega (1604), han sido diversamente consideradas. Para Osuna (C, 1968: 64), este último es la clave de «cosas importantes» en la segunda parte de *la Historia septentrional*. Algo —no mucho— más dice Avalle-Arce, en su edición del texto lopiano en 1973. De cualquier modo, hasta el momento, la mejor síntesis de las relaciones de ambas novelas me parece la propuesta por González Rovira (C, 1996: 249-252). Como hace veinticinco años, yo sigo imaginando que Lope, enterado (¿en 1600-1602?), de

⁷ En *Orígenes de la novela* (NBAE, I: cccliv y cccxlv).

manera no necesariamente directa, detallada, de la existencia de la obra *in fieri* de Cervantes, se ha apresurado a escribir, con la increíble celeridad que lo caracteriza, una especie de anti-*Persiles*, ya no exótico, boreal, sino doméstico, fundamentalmente español, aunque, desde luego, no menos «extraordinario», como basado —también él— en el aprovechamiento de las franjas extremas de la verosimilitud, según se la entendía en la época. La publicación del *Peregrino*, en 1603 (pero acaso la sola noticia de su redacción) *podría* haber contribuido al abandono de la materia del *Persiles* por parte de Cervantes. El cual, al volver al mismo no pocos años más tarde, se dejaría influir por algún elemento de la novela lopiana, (por ejemplo, el del Jubileo universal: en el *Peregrino*, explícitamente, el de 1600) o, por el contrario (como ya escribí hace mucho tiempo en C, 1968: cxi-cxii, y B, 1971: 812), reaccionando, evitando con toda cuidado ciertos lugares y situaciones. Ahora me atrevo a añadir que tal vez todo el libro III del *Persiles* sea también —ya que no sólo— un reto a Lope, un plantarle cara en su propio terreno: España y determinados santuarios marianos, cuidadosamente escogidos para eludir o complementar, complacidamente, los visitados por Pánfilo de Luján en 1600.

Dos palabras bastarán para indicar las fuentes específicas de Cervantes en todo lo referente a la parte septentrional de su novela, donde la necesidad de datos —más o menos fidedignos, más o menos pintorescos— es, con toda evidencia, grande. Comenzaré con Olao Magno, autor de la *Historia de gentibus septentrionalibus* (pronto traducida al italiano), pero, antes, también de la *Opera breve*, con el comentario a su famosa carta del Norte europeo; parte de la colección de las *Navigazioni e viaggi* publicada por Giovanni Battista Ramusio, más crónicas españolas relativas a la conquista y la colonización de América. Stelio Cro (C, 1975) toma en consideración buena parte de las redactadas entre finales del siglo XVI —como los *Diarios* de Colón— y comienzos del XVII, incluyendo aún los *Comentarios reales* del inca Garcilaso; Romero (C, 1990) se limita —*et pour cause*— a las editadas con anterioridad a 1596; en fin, Wilson, (C, 1995), vuelve a considerar al Inca Garcilaso como texto

base del libro I del *Persiles* (ya lo había hecho, por ejemplo, en C, 1991: 123-125, 179-184...).

Entre los «escritores de cosas amenas y curiosas» que, con toda evidencia, han influido en este Cervantes hay que recordar (en orden de importancia de las deudas, no en el estrictamente cronológico) a Antonio de Torquemada (*Jardín de flores curiosas*), Pero Mejía (*Silva de varia lección*), Poliodoro Virgilio (*Anglica historia* y *El libro de los inventores de las cosas*), Francisco Támara (traductor y continuador de G. Bohemio en *El libro de las costumbres de todas las gentes del mundo*), etcétera.

9. LA FORTUNA

El éxito deseado por Cervantes (con una obra seria, que no sólo consolidara su fama, sino que lo hiciese finalmente entrar en el número de los autores de «alta literatura») llegó demasiado tarde, cuando el escritor había muerto hacía ya algunos meses. Pero llegó, inequívoco. Tan sólo en 1617, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* fueron publicados seis veces. En 1618 el libro conoció otra edición española y las primeras versiones a lenguas extranjeras: dos, casi contemporáneas, al francés. De 1619 es la primera traducción inglesa; de 1626, la primera italiana. Durante el resto del siglo, volverá a ser editado varias veces en castellano y en otros idiomas. No sólo. Su celebridad se afirma también por medio de imitaciones directas y, de manera mediata, contribuyendo al auge del propio género de la «novela bizantina». Entre las imitaciones cabe recordar la comedia de Francisco de Rojas Zorrilla titulada precisamente *Persiles y Sigismunda* (que, en realidad, sigue muy de lejos al original) y otra, limitada a un solo episodio, de los ingleses John Fletcher y Philip Massinger: *The Custom of the Country*. En el campo de la novela, algo —o bastante, según los casos— deben a la *Septentrional* las varias historias de *Los amantes peregrinos*, *Angelia* y *Luzenrique* (anónima y hasta el momento ms., pero Antonio Cruz Casado tiene ya preparada su edición), *Hipólito y Aminta* (de Francisco de Quintana), *Eustor-*

gio y Clorilene (de Enrique Suárez de Mendoza) y *Semprilis y Geronodano*, de Juan Enríquez de Zúñiga. (Cfr. ahora González Rovira, C, 1996: 249-252 y, por supuesto, los capítulos dedicados a cada una de ellas.)

A finales del siglo XVIII y a lo largo de todo el XIX se publican otras ediciones y traducciones: al alemán, al inglés, al francés, al italiano. Pero, a decir verdad, el éxito de la novela ya no es comparable al gozado en el XVII. Poco a poco, acaba convirtiéndose en una obra rara, cuyo conocimiento no hay por qué pretender ni siquiera de tantas y tantas personas que en la enseñanza de la literatura española han encontrado su *modus vivendi*. Sólo recientemente, primero con la oleada de recuperaciones de las obras consideradas más expresivas del Manierismo y del Barroco y, luego, con el incontenible *boom* de las publicaciones universitarias, el conocimiento —y la estima— del *Persiles* no sólo se está volviendo a extender, sino hasta considerando como algo en cierto sentido refinadamente «actual». Más vale así.

10. LA CRÍTICA

Una historia de veras razonada y, en lo posible, completa de la crítica sobre el *Persiles* está aún por escribir. Aquí y ahora parece preferible insistir tan sólo en las dos o tres cuestiones fundamentales en que, a fin de cuentas, se resume y caracteriza casi toda.

Destaca entre las mismas la doble y básica de la verosimilitud y del equilibrio entre las opuestas instancias de unidad y de variedad en un organismo de gran aliento, documentada casi sin excepción tanto en los numerosos «juicios» más bien ocasionales —y, precisamente por ello, casi siempre apodícticos— como en las —más raras— reflexiones sistemáticas. A partir, cabe decir, del mismo autor, quien, en las numerosas intervenciones autocríticas registradas en la *Historia septentrional*, superó con mucho los términos de un prudente consejo aristotélico, aprovechando la ocasión para aclararse el «índice de tolerabilidad» de ciertas ideas ad-

quiridas de la época, entre ellas las arriba citadas. Tales glosas «internas» a la acción del *Persiles* han sido objeto de un sutil análisis por parte de Forcione (C, 1970). Su libro pone en evidencia la originalidad de la reacción cervantina a la teoría y a la praxis del poema y de la novela del siglo XVI. De esa reacción deriva en buena parte lo que nosotros solemos llamar «novela moderna». Ahora bien, si se desea comprender la razón del éxito inmediato del *Persiles*, será preciso que tengamos presente *también* —y tal vez *ante todo*— el sistema de convenciones que Cervantes habría de *modificar* —no *derribar* o *invertir*— en el *Quijote* y en ciertas «novelas ejemplares». Nos daremos cuenta, así, de que, para los primeros lectores de la obra, las más «increíbles» aventuras en ella narradas entraban sin esfuerzo en los límites de la verosimilitud poética, con toda evidencia mucho más amplios entonces de lo que puede siquiera imaginar un hombre educado en la veneración del realismo decimonónico como valor literario poco menos que absoluto. No sólo. También la notable abundancia de episodios resultaba «autorizada» por la tradición novelesca, que la derivaba de una subespecie del poema heroico y, en el plano teórico, por no pocos tratadistas, aunque sea justo decir que, a finales del XVI y comienzos del XVII, las exigencias de unidad comenzaban a prevalecer tanto en las *Poéticas* como —más lentamente, y con recaídas en el «episodismo»— en la prosa y el verso narrativo.

En rigor, cuanto acabo de decir es sólo una simple —pero no gratuita— conjetura. De un testimonio crítico sobre el *Persiles* carecemos hasta cuando Gregorio Mayans y Siscar, en la primera biografía de Cervantes (Madrid, Espasa Calpe, 1972: 150, 180-181), alaba la *Historia septentrional*, que, en más de un sentido («la invención», «el artificio» y «el estilo») considera superior al propio *Quijote*. Téngase presente, para comprenderlo, que la idea del poema heroico —y, por ende, también la de la novela— es, en la primera mitad del siglo XVIII, casi idéntica a la en vigor en 1617, con la diferencia —si acaso— de que ahora se privilegia sin reservas la unidad de acción. Y, en efecto, lo que Mayans juzga «exagerado», en la obra póstuma cervantina, es precisamente la multiplicidad de los episo-

dios, los cuales, sin embargo, «son casi siempre verosímiles» (180).

Recordemos estas palabras. No pasarán muchos años y el lector culto occidental comenzará a expresar su fastidio ante lo que *ya* le parece producto de una fantasía «desenfrenada» o bien aparatosa «literatura», enteramente desinteresada de la auténtica «vida». Estamos a finales del setecientos; es decir, en una época de difusión del gusto neoclásico pero, al mismo tiempo, de preparación a la gran revolución romántica. Soden, en el prólogo a su traducción alemana del *Persiles* (B, 1782), nota que la novela tiene «los defectos habituales en el autor, y especialmente la exuberancia de los episodios y, todavía más numerosas, las contradicciones y las inverosimilitudes». Poco tiempo más tarde, otro traductor alemán, Buttenschoen (B, 1789) eleva el tono de la censura: para él, el *Persiles*, como invención, es «monstruoso, extravagante». Sería inútil catalogar aquí todas las ácidas denuncias de este «defecto» de la obra (vuelvo a repetir que no sentido como tal por los contemporáneos de Cervantes) formuladas a lo largo de todo el siglo XIX y prolongadas, desde distintas posiciones ideológicas, por los críticos de la primera mitad del XX: Francisco Navarro Ledesma (C, 1905: 328-329), Paolo Savj-Lopez (C, 1909: 207), etc. Para que la actitud del lector cambie, para que las «inverosimilitudes» del *Persiles* sean excusadas —y hasta apreciadas— ha habido que aguardar a que en la sensibilidad literaria occidental se haya producido un notable cambio. A ello ha contribuido sin duda la crisis de confianza en las capacidades expresivas del «realismo», pero, sobre todo, el general esfuerzo de comprensión que ha llevado a reexaminar y revalorizar la visión manierista y barroca del mundo.

Resulta evidente que el punto de inflexión, la fe de nacimiento de un modo nuevo (y, al mismo tiempo, bien arraigado en ciertos usos de los siglos XVI y XVII) de entender el *Persiles* desde una perspectiva unificadora, basada en el ejercicio de la alegoría, está constituida por cierta intervención (a decir verdad, ocasional) del en sus tiempos tan atacado —y hoy tan ignorado— Nicolás Díaz de Benjumea, para quien todo el *Persiles* no es otra cosa que «una alegoría de la

peregrinación de la humanidad desde los primitivos tiempos salvajes, cuya primera escena se coloca en los antros de la tierra y en las oscuridades de la ignorancia, hasta llegar, por medio de los sucesos más extraños y varios, a la cúspide de la luz que busca, y en torno de la cual ha girado como buscando su centro y su reposo»⁸. Muchos años más tarde, la idea fue recogida por Casaldüero (C, 1947), en un libro no sólo polémico sino provocador, «excesivo», pero que, a pesar de todo, tiene el gran mérito de «hacer funcionar» numerosos detalles —y hasta episodios completos— de la obra hasta entonces considerados «inertes», por no decir fuera de lugar e incluso impertinentes. Las precisiones, las correcciones de ruta son inevitables, pero, a partir de ahora, resulta claro que no se puede ignorar este camino⁹.

⁸ *La verdad sobre el Quijote*, Madrid, Imprenta de Gaspar, 1878 (333).

⁹ La interpretación de Díaz de Benjumea fue rechazada, entre otros, por Manuel de la Revilla (ya en 1879; cfr. *Obras*, Madrid, 1883: 411), dentro de una comprensible reacción a los excesos de la llamada «crítica esotérica», y la de Casaldüero, atacada con vehemencia por Benedetto Croce C, 1948: 54-57), coherentemente con su bien conocida antipatía hacia esta dimensión tradicional de la interpretación —y aun de la fruición— artística.

Convendrá recordar, sin embargo, que este *nivel de lectura* no sólo no constituye un «capricho» (o, peor, una regresión, una vuelta atrás de la crítica de nuestros días), sino, más bien, la *necesaria consideración* de un aspecto del objeto —en nuestro caso, literario—, sin duda alguno *previsto* por los autores durante milenios. Por supuesto, todavía en la época de Cervantes... y por el propio Cervantes.

Sin necesidad de remitir a bien conocidas monografías dedicadas al tema, aquí bastará recordar las palabras —más atrás citadas— del Pinciano a propósito de esa auténtica «alma del poema» y... la práctica de numerosos poetas heroicos e incluso simples *novellieri* del Renacimiento y el Manierismo, claro está que no sólo español. Entre los muchos testimonios disponibles, recordaré las *alegorías* o *moralidades* (este último era, entre nosotros, el término alternativo y, a pesar de su ambigüedad, incluso más corriente), propuestas, al final de cada uno de los cantos de *Las lágrimas de Angélica*, por su propio autor, Luis Barahona de Soto; por Bernardo de Balbuena, tras cada uno de los libros del *Bernardo*, o por Diego de Ágreda, en la conclusión de buena parte de sus novelas.

En una palabra, la dimensión alegórica es lógico pensar que existiera ya en la «interpretación» del *Persiles* atribuible al propio Cervantes. La crítica de nuestros días tiene, pues, derecho a sondearla —como, en efecto, está haciendo— no sólo en la fábula de la obra, sino en todos y cada uno de sus episodios. Que los resultados puedan dejar en más de una ocasión perple-

Avalle-Arce lo sigue relativamente pronto (C, 1961), hasta obtener, no mucho más tarde, la mejor formulación de sus lecturas del *Persiles* (A, 1969; C, 1973, 1989, 1990): según él, la novela «descansa sobre un supuesto mental no privativo de Cervantes, sino característico de toda su época: me refiero a lo que, más de un siglo más tarde, Alexander Pope llamará en su *Essay on Man* (1733) "the vast chain of being" [...] Sin este architradicional presupuesto metafísico de la cadena y la escala ontológicas, el *Persiles* no podría ser lo que es. [...] Hasta la geografía de la cadena está ordenada en forma análoga a la cadena del ser» (A, 1969: 20-21). Como el mismo crítico reconoce, la idea de este progreso no tiene, en sí, nada de nuevo, pero, gracias a la preñada eficacia de la definición, acabará convirtiéndose en un lugar poco menos que común (en una sana «idea adquirida») de la crítica posterior.

Forcione (C, 1972) desarrolla sistemáticamente algo ya declarado en su precedente estudio (en el *Persiles* puede observarse, en concentración simbólica, el conjunto de la historia como lo presenta la mitología cristiana), ahora integrado con la declaración fundamental de que la novela consiste sobre todo en un continuo ir y venir de los aspectos positivos a los negativos del «símbolo del centro» (44-45).

Wilson (C, 1981) pone en evidencia un aspecto, según ella, «radicalmente descuidado» hasta el momento por la crítica: el amor platónico, según se manifiesta no sólo en la Periandro-Persiles y en Auristela-Sigismunda, sino en las trece parejas secundarias que, de alguna manera, glosan o varían el tema de la protagonista (v). Si, para Avalle-Arce, lo importante era el perfeccionamiento, la ascensión, para Wilson el objeto de la peregrinación de los héroes de la novela no es otro que una búsqueda de la unidad del ser: del retorno a su estado originario, tras la escisión de que nos habla Platón en el *Banquete* (20). En cuanto a alegoría de la pare-

jos es cosa distinta, aunque evidente (yo mismo no he dudado en indicarlo, cuando la arbitrariedad me parece que alcanza índices literalmente intolerables), pero insisto en que la actitud indagatoria no debe ser reducida ni —menos— vanificada como algo de por sí inútil y aun deletéreo.

ja, el *Persiles* es la novela de la condición andrógina (245) Cervantes, en conclusión, trata su materia de manera en más de un sentido equivalente al que de la mitología de la pareja que la psicología profunda del siglo xx ha decubierto como innata a la mente humana (248).

Cuando, años más tarde, Wilson reformula su tesis (C, 1991), las novedades sustanciales no son en realidad muchas, pero la eficacia expresiva es mucho mayor. Una escisión —nos dice— no necesita ser colmada o superada, si se revela una estrategia, una fuerza estructurante. El *Persiles*, para ella, constituye un diálogo estratégicamente escindido, un inteligente homólogo de la antigua escisión entre los sexos, que se convierte en el objeto de la exploración cervantina (81). No faltan, a lo largo del libro, páginas (pero se podría decir más de un capítulo completo) que pueden provocar la perplejidad y, en algún caso, el total desacuerdo de un lector no dispuesto a aceptar lecturas o actualizaciones, a su parecer, demasiado forzadas del texto cervantino. Queda, sin embargo, la feliz propuesta de una clave de lectura, a fin de cuentas, sencilla y llena de productividad.

Si Wilson recurre a Platón, El Saffar (C, 1984) entiende el *Persiles* como el proceso —totalmente desarrollado a nuestra vista— de unión de dos seres distintos, que se corresponde con el símbolo alquímico de la pareja real (130). Puesto que todo el viaje del *Persiles* comporta la unificación de los aspectos más altos y más bajos del ser, Periandro y Auristela tienen que ganarse la amistad de sus rivales y, haciéndolo, descubren que el rival es una parte del propio ser antes de que aquéllos puedan aceptarse el uno al otro (168). (Sobre el proceso de fusión alquímica vuelve El Saffar en uno de sus más agudos y, por desgracia, últimos estudios: C, 1990.)

No es de extrañar que numerosos ecos de los dos (o cuatro) precedentes trabajos sean perceptibles en los últimos escritos de Molho (B, 1994, y C, 1995, 1996), ricos en páginas audaces, innovadoras y —en algún caso— también muy discutibles. De él recordaré, sobre todo, la distinción en el *Persiles* de una triple historia (de la sabiduría, de la fe, de la persona en busca de su razón moral), tan hábilmente entre-

lazadas que llegan a parecer una sola (B, 1994: 60). Para el agudo estudioso, la novela no se agota, ni mucho menos, en los términos de una pura exaltación cristiana. Para creerlo, habría que pasar por encima de muchas omisiones, reticencias, reservas mentales del autor.

Dicho cuanto precede, también yo podría ofrecer a continuación, siquiera a grandes líneas, cuanto falta para que el lector conozca mi propia interpretación del *Persiles*, en la que no deja de haber un moderado índice de alegorismo. Reducido a lo esencial, creo (en más de un sentido de acuerdo con el Forcione de 1972 y hasta con el Díaz de Benjumea de 1878) que toda la novela se explica a partir de las palabras —mediatamente platónicas, pero, en Cervantes, inmediatamente agustinianas— «Nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (*Confesiones*, I, 1). De cualquier modo, mi lectura —siempre atenta al dato positivo, nunca sorda a las razones más exquisitamente «narrativas» de la *Historia*— quedará mucho más clara a lo largo de las notas. Lo que al llegar a este momento importa es que ese mismo lector pase, sin otro inútil retraso, a tomar contacto (primero o renovado) con la obra más importante de Miguel de Cervantes —después del *Quijote*, por supuesto, pero, *como conjunto*, sólo después del *Quijote*. A pesar de todos los pesares, aludidos o no a lo largo de estas páginas introductorias.

Esta edición

A falta del manuscrito original o, por lo menos, de un apógrafo, cualquier tipo de edición imaginable de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* ha de partir de la *princeps* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1617 = M1), única fuente de la tradición. Tal situación no es, desde luego, privativa de esta novela, dentro de la producción total de nuestro autor. Lo característico del *Persiles* reside, si acaso, en su condición de obra póstuma que es, también, inconclusa en no pocos aspectos. Si a esto se añade la misma calidad de la *princeps*, un exponente típico de la época (ni irreparablemente plagado de erratas o gazapos ni por completo libre de insidias), se empezará a comprender el hecho, a primera vista increíble, de que hasta hoy no se pueda hablar de una auténtica edición crítica de esta gran novela del máximo escritor en lengua castellana. Puesto que la *princeps* presenta una lección relativamente correcta, las intervenciones del filólogo no se consiguen imaginar prometedoras de particular lucimiento, pero, en cambio, conllevan un riesgo no indiferente, dada la categoría del texto. Así las cosas, cabe incluso justificar que el *Persiles* haya quedado durante siglos en manos de personas a veces dotadas de perspicacia y cultura (es el caso, por ejemplo, de Sancha, responsable de la edición de Madrid, 1781), pero, con mucha mayor frecuencia, por desgracia, desprovistas de la suficiente preparación para la tarea que tan animosamente emprendían (baste recordar a Sanz, a quien se debe la de Madrid, 1719). Los resultados están a la vista. Más que «depurada»,

la lección de la *princeps* ha sido «actualizada», corregida casi siempre con el más superficial de los criterios. A una «enmienda» se viene a añadir muy pronto otra, y luego otra. Así se llega a las ediciones de dos literatos famosos: la de Aribau (1846) y la de Rosell (1864), con las que podemos afirmar que se alcanza el límite de esta tendencia equívocamente «perfeccionista».

La reacción, inevitable, se hace esperar, pero llega, al fin, representada por Schevill y Bonilla, quienes, en 1916, vuelven de manera programática a la *princeps*. El propósito es, en sí, digno de todo elogio. Su realización, sin embargo, se presta no pocas veces a la censura, ora por la sumisión ciega a la lección de M1, que induce a los editores a rechazar más de una plausible enmienda de otras posteriores, ora por la sorprendente —y contradictoria— aparición de otras muy discutibles, cuando no rechazables de plano.

Ninguna novedad cabe registrar hasta 1969, cuando ve la luz la edición de Avallé-Arce, por varias razones importante, pero que, en el aspecto textual, bien poco hace adelantar el «proceso de restituciones» tan polémicamente emprendido por Schevill y Bonilla y, más a menudo de lo que se habría deseado —y de lo que el mismo editor promete— insiste en la práctica de las enmiendas *faciliores*, que ya nos parecía superada para siempre.

En 1977, yo mismo publiqué un libro, cuyo título, adrede restrictivo, convendrá explicar en dos palabras. Anuncio en la portada *Para la edición crítica del «Persiles»*, pero, a decir verdad, se trata de una revisión sistemática de *todos* los lugares que, a la vista de *todos* los testimonios de la tradición en castellano (y aun en otras lenguas) han sido de veras discutidos, con el añadido de otros que muy bien habrían podido serlo, dada su intrínseca opinabilidad. La razón de no llamarlo, sin más, *Edición crítica del «Persiles»* es obvia: en él no se ofrece el texto íntegro de la novela, sino —precisamente— el conjunto de los *loci critici*. Tal decisión tuvo una sola causa. A lo largo de los años, había ido dedicando no poco tiempo a la preparación de un amplio comentario a la obra póstuma de Cervantes, pero su conclusión, como tantas otras cosas en la vida, resultaba una y otra vez impedida por

LOS TRABAJOS
DE PERSILES, Y
SIGISMUNDA, HISTO-
ria Setentrional.

POR MIGUEL DE CERVANTES
Saavedra.

*DIRIGIDO A DON PEDRO FERNANDEZ DE
Castro Conde de Lemos, de Madrid, de Villalón, Marqués de
Sagua, Gentilhombre de la Cámara de su Magestad, Presiden-
te del Consejo supremo de Italia, Comendador de la
Encomienda de la Zorca de la Orden
de Alcántara.*



Año

1617

Con privilegio. En Madrid Por Juan de la Cuesta.

A los de la Casa de Villalón por cada de libras en la Platería.

compromisos de mayor urgencia. Ello me indujo a publicar de manera autónoma estas páginas, que, en principio, constituían sólo una parte, importante, por supuesto, pero, a fin de cuentas, ni siquiera la fundamental dentro de mi proyecto.

Base de mi trabajo fue una lista de más trescientas preguntas¹. Esta paciente interrogación hizo posible confirmar, en muchos casos, las relaciones de causa y efecto ya indicadas, sin pruebas explícitas, por Leopoldo Rius² y, en alguno que otro, con argumentos en sí no convincentes, por Joan Givanel y Mas³. También, integrarlas y hasta sustituirlas por otras más persuasivamente fundamentadas. Quedaron manifiestas repetidas y significativas intervenciones censorias, desconocidas hasta el momento por los bibliógrafos, en la edición de Lisboa, 1617 (L). Entre los innumerables cortes y añadidos operados por Mme Le Givre de Richebourg, en su traducción de París, 1738 (Par4), todos ellos propagados a la de Londres, 1741 (Lon2) y la de Ludwigburg, 1746 (Lud), fue puesta en evidencia la abusiva interpolación de dos *novelas* o «historias personales» que, durante mucho tiempo, circularon por Europa como cervantinas, y que tampoco consta hubieran sido ya denunciadas como «apócrifas».

Si se desea resumir qué es lo que este libro aportó a la filología cervantina, a más de la minuciosa historia del texto del *Persiles* hasta 1976, yo diría que consistió en la asunción de algunas restituciones o enmiendas debidas a otros editores de siglos pasados, pero indebidamente ignoradas por los del nuestro y, claro está, en la propuesta de otras cuya responsabilidad es mía por completo. En esta lista de contri-

¹ Decidí excluir del aparato las más de cien erratas puramente materiales (algunas, por cierto, mantenidas a lo largo de varias ediciones), que, de cualquier modo, di en apéndice.

² *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, I (Madrid, Librería de M. Murillo, 1895), secciones VI y XVIII.

³ *Catálogo de la Colección Cervantina de la Biblioteca Central de Cataluña. Años 1590 a 1930*, Barcelona, Diputación Provincial, 1941-1964, 5 vols. (La obra fue concluida por Luis M. Plaza Escudero.)

buciones personales cabe incluir también la cumplida autorización con testimonios coetáneos de restituciones o enmiendas que, en alguna que otra edición, se nos presentan como caídas del cielo y que, en varias ocasiones, han sido rechazadas precisamente por ello, a pesar de su sustancial plausibilidad.

En 1994 tuve la satisfacción de ver que los resultados de este mi primer ejercicio de ecdótica cervantina eran ampliamente aceptados (con alguna que otra justificada reserva y aun motivado rechazo) en la edición que del *Persiles* publicaron Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas (AH).

Hoy, por fin, doy a la luz el resultado *completo* de esta larga empresa⁴. Huelga decir que he puesto al día mis datos, sometiendo a un cuestionario en varios sentidos dilatado no sólo las ediciones y traducciones ya interrogadas, sino las aparecidas a partir de 1976. Al llegar a este momento, me quedan por aclarar tan sólo dos cosas: la legitimidad del uso del adjetivo *crítica* (tan sólo idealmente antepuesto a mi edición) y el por qué de una anotación de dimensiones más bien inusuales en nuestros días.

A partir de la publicación, por Robert M. Flores, de *The Compositors of the First and Second Madrid Edition of «Don Quijote»*⁵, se ha difundido entre los —no muchos— especialistas en filología cervantina una especie de desolador escepticismo, que los induce a considerar poco o menos que imposible una edición de veras digna de ser calificada de este modo⁶. Puesto

⁴ He tenido siempre a la vista los dos ejemplares de la edición *princeps* presentes en la Biblioteca Nacional de Madrid: Cervantes-87 y R-32.700.

⁵ Londres, The Modern Humanities Research Association, 1975.

⁶ En este sentido, cfr. Avallé-Arce, prólogo a su ed. de las *Novelas ejemplares* (Madrid, Castalia, 1982, I: 47-48), y Sevilla Arroyo y Rey Hazas, «Criterios generales de la edición», antepuestos al vol. I de la *Obra completa* de Cervantes (Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1993: xciv-c). Estos dos últimos editores, tras reconocer que «Flores ha elegido, y aun abierto, el camino más responsable y con mayores garantías, logrando establecer conclusiones indiscutibles», no pueden dejar de hacer notar que «las correcciones que propone para el *Quijote* no rebasan —de nuevo— el terreno resbaladizo de la simple conjetura, por más que bien fundamentada; muchas de ellas, incluso, coinciden con las que se venían haciendo desde siempre, y algunas resultan claramente discutibles y no aceptables».

que no me duelen prendas, yo mismo aduciré un argumento objetivamente favorable a esta actitud, de radical desconfianza acerca de nuestras posibilidades de reconstruir la *vera lectio* del póstumo (y, como ya he tenido ocasión de decir, inconcluso) *Persiles*, o de cualquier otra de las obras de nuestro autor. Me refiero a las aludidas intervenciones censorias por mí detectadas en L. Intervenciones numerosas y relevantes (de que dejo puntual constancia en el aparato)⁷, por suerte «anunciadas» de algún modo en su *aprobación* por el responsable, frei Tomás de São Domingos⁸. Es evidente que si un dominico, por orden de la autoridad competente, ha podido alterar de esta manera el texto de M1, el lector tiene derecho a suponer parecidas manipulaciones (por supresión, cambio y hasta añadido) en el desaparecido manuscrito (autógrafo o apógrafo) cervantino presentado por su viuda al Consejo de Castilla para la obtención del *privilegio* de publicación. ¿Y después? El comportamiento del maestro Valdivielso *podría* haber sido en cierto modo equivalente al de frei Tomás. Lo más verosímil es, con mucho, que no haya intervenido, pero ¿cómo demostrarlo? Figurémonos, por un solo momento, que del *Persiles* no nos quedara más que un ejemplar, precisamente de L, que, para colmo, por los motivos que fueren, careciese de la página en que consta la declaración del censor. Pues bien, ese ejemplar (que nosotros sabemos ha sido con toda certeza alterado) se convertiría, *ipso facto*, en la base de las futuras ediciones de la obra...

⁷ El censor se propuso depurar el texto de toda descripción de los extraordinarios poderes de las brujas o de las magas; cualquier alusión a una doctrina no ya discutible, sino formalmente condenada por la Iglesia; ciertas profecías (naturalmente, *post eventum*) que Cervantes se complace en enzarzar en los varios lugares de su obra; las referencias a costumbres literalmente repugnantes para un cristiano; los elogios hiperbólicos en que la mujer amada resulta referida a la esfera de lo sacro; alguna que otra expresión, con toda certeza de uso general en el castellano de la época, que tal vez parecían «atrevidas» al fraile portugués. Añádanse a lo anterior otras intervenciones «atípicas» que, de todos modos, contribuyen a delinear su silueta.

⁸ «Este livro, emendado como está, não tem cousa que impida poder-se imprimir...»

En realidad, las fundadas reservas de Flores se refieren más bien al *usus scribendi* del autor y las deturpaciones del mismo por parte de los tipógrafos. Se trata, por otra parte, de cosas desde hace mucho tiempo sospechadas y aun sabidas⁹, cuyo alcance creo que hoy exageramos. Sobre todo si las consideramos *después* de la serie de nada inverosímiles manipulaciones, precedentes a la impresión, a que me acabo de referir. Y que podrían ser las *únicas* de veras importantes, aunque, por desgracia, no hay manera de «documentarlas».

En el estado actual de la cuestión, M1 constituye, pues, el insustituible punto de partida de cualquier edición con pretensiones de rigor «científico» —dentro de lo objetivamente posible. Pero el filólogo dispone de un elevado número de datos, contemporáneos o posteriores, que, usados con prudencia, pueden ayudarle mucho en su tarea. El fin de la cual no consistirá, por supuesto, en la propuesta de una lección *ne varietur*, sino en un ponderado acercamiento a un arquetipo puramente virtual. Acercamiento (se me reconocerá) más probable, y hasta tangible, al final de una interrogación como la por mí llevada a cabo en 1977 —y en 1997— que la basada en el puntual escrutinio de M1 y, si acaso, en su cotejo con las restantes *principes* cervantinas. Es decir, lo único que se venía haciendo hasta hace bien poco, y, para colmo, no siempre con un escrúpulo a toda prueba.

Edición, pues, sin la menor pretensión de que sea «definitiva» (ifaltaría más!), pero, todo sumado y ponderado, legítimamente considerable como *crítica*, al menos por quien la presenta ahora al lector.

De acuerdo con la práctica de la colección que la acoge, he modernizado las grafías, aunque, como es natural, respe-

⁹ A las mismas conclusiones que Flores (cuando considera de total responsabilidad de los cajistas ciertas «peculiaridades» que durante mucho tiempo se han atribuido a los autores) había llegado más de medio siglo antes —por vías, eso sí, mucho menos sistemáticas, aunque no por ello menos persuasivas— Rodríguez Marín (cfr., por ejemplo, su edición de *El diablo cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara, Madrid, La Lectura, 1918: xxxix-xl).

tando todas las *divergencias* que de algún modo puedan tener relevancia (una cosa es transcribir sistemáticamente *invidia* o *envidia* —en lugar de los correspondientes *inuidia* y *embidia* de M1— y otra muy distinta mantener las oscilaciones registradas en la misma *princeps* entre *vaxel*, *vajel*, *ba-xel*, etc.). Hago constar en nota las formas registradas en M1 de ciertos nombres propios: ora también oscilantes a lo largo del texto, ora sencillamente «peculiares», en sus únicas apariciones. (Modernizo asimismo las citas de autores preclásicos y clásicos españoles, pero conservo las grafías «antiguas», originales, en los textos escritos en otras lenguas.)

En general, acepto la división en párrafos propuesta por M7. Puntuo y uso las mayúsculas y minúsculas al modo actual. He puesto un especial escrúpulo en la averiguación de la recta pronunciación, en tiempos de Cervantes, de no pocos términos hoy acentuados de otro modo, «autorizando» este tipo de restituciones —a fin de cuentas, lo son— tan cumplidamente como, caso por caso, me ha sido posible.

Evidencio los versos citados por el autor, a sabiendas de que no todos estarán de acuerdo con este criterio, a mi parecer, en cambio, irreprochable y utilísimo.

Dos palabras acerca de las notas del comentario. He procurado ser conciso siempre que he podido; me he permitido, en cambio, un tono más discursivo cuando lo opinable de la materia (geográfica, histórica, ideológica, lexicológica...) a mi parecer lo aconsejaba y aun exigía. Espero, de todos modos, no haber cansado al lector, a quien sólo he procurado ofrecer, lealmente, los instrumentos indispensables para tomar una posición activa en los numerosos problemas —grandes o pequeños— aquí y allá tratados.

Las descripciones bibliográficas están hechas con el necesario escrúpulo. Sin embargo, por motivos de espacio, me he tomado la libertad de simplificar y eliminar las de obras conocidísimas, sobre todo de los siglos XVI y XVII. En estas ocasiones me limito a indicar el acto o la Parte (por extenso), el libro o el canto (en números romanos) y el capítulo o la página (en números árabes). En raros casos (recuerdo, p. ej., el de *La Galatea*), el número árabe no

puede corresponder más que a la página; en el específico del *Persiles*, tras el árabe del capítulo aparece otro árabe, indicador de la página, pero siempre después de dos puntos o entre paréntesis. Cuando aludo a largos poemas narrativos, indico, como norma, oct. (o terc.), pero no faltan ocasiones en que me he atenido al uso generalizado de dar, sin más, el número de los versos en cuestión.

Pero ya es hora de acabar estas aclaraciones. No sin antes decir que, si la edición está explícitamente dedicada a un gran amigo, el sincero agradecimiento por la comprensión y la larga paciencia me inducen a inscribir en este punto conclusivo —simétrico al liminar— los nombres siempre propicios de Gustavo Domínguez y de Josune García.

Siglas utilizadas*

(en orden alfabético)

SIGLAS DE LAS TRADUCCIONES Y EDICIONES

AH	= Alcalá de Henares, 1994
An	= Anspach, trad. de F. J. H. B. von Soden, 1782
B1	= Barcelona, 1617
B2	= Barcelona, 1734
B3	= Barcelona, 1760
B4	= Barcelona, 1768
B5	= Barcelona, 1833
B6	= Barcelona, 1881
B7	= Barcelona, 1883
B8	= Barcelona, 1884
B9	= Barcelona, 1915
B10	= Barcelona, 1963
B11	= Barcelona, 1965
BA1	= Buenos Aires (selección), 1946
BA2	= Buenos Aires (selección), 1952
B-LA	= Berkeley-Los Ángeles, trad. de C. Weller y C. A. Colahan, 1989
Ber	= Berlín, trad. de F. Theremin, 1808
Bru	= Bruselas, 1617
Bu	= Bucarest, 1980. <i>Muncile lui Persiles, si ale Sigismundei</i> , trad. de Sorin Mărculescu.

* La descripción completa de los volúmenes o artículos aquí presentados tan sólo con título y nombre de autor se hallará en las correspondientes secciones (A, B, C) de la Bibliografía, o en la primera aparición de los mismos en la Introducción o en las notas al texto cervantino.

Du	=	Dublín, trad. anónima, 1742
F	=	Florenia, trad. (parcial) de L. Banal, 1935
Ha	=	La Habana, 1975.
He	=	Heidelberg, trad. (parcial) de J. F. Buttenschoen, 1789
L	=	Lisboa, 1617
Lei	=	Leipzig, trad. de D. Tieck, 1837
Lon1	=	Londres, trad. anónima, 1619
Lon2	=	Londres, trad. anónima, 1741
Lon3	=	Londres, trad. de L. D. Stanley, 1854
Lud	=	Ludwigsburg, trad. anónima, 1746
M1	=	Madrid, 1617 (<i>princeps</i>)
M2	=	Madrid, 1619
M3	=	Madrid, 1625
M4	=	Madrid, 1617 (pero, en realidad, entre 1650-1670)
M5	=	Madrid, 1719
M6	=	Madrid, 1728
M7	=	Madrid, 1781
M8	=	Madrid, 1799
M9	=	Madrid, 1805
M10	=	Madrid, 1829
M11	=	Madrid, 1846
M12	=	Madrid, 1859
M13	=	Madrid, 1864
M14	=	Madrid, 1866
M15	=	Madrid, 1880
M16	=	Madrid, 1914
M17	=	Madrid, 1920
M18	=	Madrid, 1928
M19	=	Madrid, s. a. (ed. Aleu)
M20	=	Madrid, s. a. (ed. Calleja)
M21	=	Madrid, 1946
M22	=	Madrid, 1956
M23	=	Madrid, 1959
M24	=	Madrid, 1996
MBNL1	=	Manuscrito de la Biblioteca Nacional de Lisboa, trad. de frei José da N. S. da Consolação, primera mitad del siglo XVIII
MBNL2	=	Manuscrito de la Biblioteca Nacional de Lisboa, trad. anónima, segunda mitad del siglo XVIII
Mi1	=	Milán, trad. de C. Vian, 1966
Mi2	=	Milán, trad. de C. Romero, 1971
Mos	=	Moscú, trad. N. Liubímov, 1961

N	= Nápoles, trad. de E. Zezion, 1854
NY	= Nueva York, 1827
P1	= Pamplona, 1617
P2	= Pamplona, 1629
Par1	= París, 1617
Par2	= París, trad. de F. Rosset, 1617
Par3	= París, trad. de V. d'Audiguier, 1618 (reeditada en 1947)
Par4	= París, trad. de Mme Le Givre de Richebourg, 1738
Par5	= París, trad. de H. Bouchon Dubournial, 1822
Par6	= París, 1835
Par7	= París, 1841
Par8	= París, trad. de M. Molho, 1994
<i>princeps</i>	= cfr. M1
Q-L	= Quedlinburg-Leipzig, trad. de Förster, 1835
Sa	= Salamanca (selección), 1971
Stu1	= Stuttgart, trad. de F. Notter, 1837
Stu2	= Stuttgart, trad. de A. M. Rothbauer, 1963
V	= Valencia, 1617
Vall	= Valladolid, 1875
Ven1	= Venecia, trad. de F. Ellio, 1626
Ven2	= Venecia, trad. de A. Ruffinatto, 1996
W-C	= WELLER, Celia E. y COLAHAN, Clark, trad. del <i>Persiles</i>
Z	= Zaragoza (selección), 1943
Zwi	= Zwickau, trad. de H. Müller, 1827

SIGLAS DE LOS NOMBRES, OBRAS Y REVISTAS
MÁS FRECUENTEMENTE CITADOS

AA	= AVALLE-ARCE, Juan Bautista, ed. del <i>Persiles</i>
ACer	= <i>Anales Cervantinos</i>
Allen	= ALLEN, Kenneth P., «Aspects of Time in <i>Los trabajos</i> » (1971)
AM	= ASTRANA MARÍN, Luis, <i>Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra</i> (1948)
BAC	= Biblioteca de Autores Cristianos
BAE	= Biblioteca de Autores Españoles
BDEL C	= COROMINAS, Joan, <i>Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana</i> , Madrid, Gredos, 1990 (3. ^a ed.)
BH	= <i>Bulletin Hispanique</i>
BHS	= <i>Bulletin of Hispanic Studies</i>
BRAE	= <i>Boletín de la Real Academia Española</i>

- C. = Cervantes
- Casaldüero = CASALDUERO, Joaquín, «Sentido y forma de *Los trabajos...*» (1997)
- CCE = CASTRO, Américo, *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid, Alfaguara, 1966
- CdP = C., *Coloquio de los perros*
- CIDAC = Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas
- Col. IDAC = Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas, Barcelona, Anthropos
- Correas = CORREAS, Gonzalo, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras frases comunes de la lengua castellana...* Prólogo del P. Miguel Mir, Madrid, Real Academia Española, 1906
- Cov. = COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián de, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Madrid, Luis Sánchez, 1611. Cfr. también la ed. con el añadido por el P. Benito Remigio Noydens..., Madrid, Melchior Sánchez, 1674
- DA = REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de Lengua Castellana*, Madrid, Imprenta de la RAE, 1726-1739, 6 vols. Más conocido como *Diccionario de Autoridades*
- DCELC = COROMINAS, Joan, *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*, Madrid (Gredos)-Berna (Franke), 1954-1957, 5 vols.
- DCECLIC = COROMINAS, Joan, *Diccionari Crític Etimològic i Complementari de la Llengua Catalana*, Barcelona, Curial, 1980-1991, 9 vols.
- DEI = BATTISTI, Carlo y ALESSIO, Giovanni, *Dizionario Etimologico Italiano*, Florencia, G. Barbèra ed., 1950-1957, 5 vols.
- DHLE = REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario Histórico de la Lengua Española*, Madrid, 1972 (en prensa)
- DRAE = REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, 21ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1992
- EAD = C., *La elección de los alcaldes de Daganzo*
- EAL = C., *El amante liberal*
- ECE = C., *El casamiento engañoso*
- ECE_x = C., *El celoso extremeño*
- ECN = C., *El cerco de Numancia*
- EGE = C., *El gallardo español*
- ELA = C., *El laberinto de amor*
- ERD = C., *El rufián dichoso*
- ERV = C., *El rufián viudo*
- ELV = C., *El Licenciado Vidriera*

ETA	= C., <i>El trato de Argel</i>
EVF	= C., <i>El vizcaíno fingido</i>
ISDALCV	= <i>L'Imppatto della scoperta d'America nella cultura veneziana</i> , a cura di Angela Caracciolo-Aricò, Roma, Bulzoni, 1990
LBA	= C., <i>Los baños de Argel</i>
LCC	= C., <i>La casa de los celos</i>
LCS	= C., <i>La cueva de Salamanca</i>
LDD	= C., <i>Las dos doncellas</i>
LEI	= C., <i>La española inglesa</i>
LEn	= C., <i>La entretenida</i>
LFS	= C., <i>La fuerza de la sangre</i>
LG	= C., <i>La Galatea</i>
LGC	= C., <i>La guardia cuidadosa</i>
LGi	= C., <i>La gitanilla</i>
LGS	= C., <i>La gran sultana</i>
LIF	= C., <i>La ilustre fregona</i>
LSCo	= C., <i>La señora Cornelia</i>
NBAE	= Nueva Biblioteca de Autores Españoles
NE	= C., <i>Novelas ejemplares</i>
NRFH	= <i>Nueva Revista de Filología Hispánica</i>
OCom	= C., <i>Ocho comedias y ocho entremeses nuevos</i>
OD	= <i>Obras dramáticas</i> de Tirso de Molina, ed. crítica de Blanca de los Ríos, Madrid, Aguilar, 1946, 1952, 1959
OS	= <i>Colección de las obras sueltas, así en prosa como en verso, de D. frey Lope de Vega Carpio</i> [ed. de Vicente de los Ríos], Madrid, Sancha, 1776-1779, 14 vols.
PdU	= C., <i>Pedro de Urdemalas</i>
PECP	= ROMERO, C., <i>Para la edición crítica del «Persiles» (Bibliografía, aparato y notas)</i> (1977)
RAE	= Real Academia Española
RdM	= C., <i>El retablo de las maravillas</i>
RFE	= <i>Revista de Filología Española</i>
RH	= <i>Revue Hispanique</i>
RHM	= <i>Revista Hispánica Moderna</i>
RM	= RODRÍGUEZ MARÍN, Francisco. Sin más precisiones: ed. (póstuma) del <i>Quijote</i> , Madrid, Atlas, 1947-1949, 10 vols.
RyC	= C., <i>Rinconete y Cortadillo</i>
S	= SCHEVILL, Rudolph
SA-RH	= SEVILLA ARROYO, Florencio y REY HAZAS, Antonio, ed. del <i>Persiles</i>
S-B	= SCHEVILL, Rudolph y BONILLA, Adolfo, ed. del <i>Persiles</i>

- Terlingen = TERLINGEN, J. H., *Los italianismos en español, desde la formación del idioma hasta principios del siglo XVII*, Amsterdam, N. V. Noord-Hollandsche, Vitgevers Maatschapij, 1941
- TL = GILI Y GAYA, Samuel, *Tesoro Lexicográfico (1492-1726)*, coordinado por Samuel Gili y Gaya, tomo I: A-E, Madrid, CSIC, 1960
- VC = FERNÁNDEZ GÓMEZ, Carlos, *Vocabulario de Cervantes*, Madrid, Real Academia Española, 1962
- VdP = C., *Viaje del Parnaso*
- VLV = FERNÁNDEZ GÓMEZ, Carlos, *Vocabulario de Lope de Vega*, Madrid, Real Academia Española, 1971, 3 vols.

Bibliografía*

A. EDICIONES DEL «PERSILES»

- 1617 Madrid. Por Juan de la Cuesta. A costa de Juan de Villarroel, mercader de libros en la Platería [= M1].
Barcelona. Por Bautista Sorita. A costa de Miguel Gracián. (Otras dos tiradas, a costa de Rafael Vives y de Juan Simón) [= B1].
Valencia. Por Pedro Patricio Mey. A costa de Roque Sonzonio [= V].
Pamplona. Por Nicolás de Assiayn, impressor de libros y a su costa [= P1].
Lisboa. Por Jorge Rodríguez [= L].
París. Por Juan de la Cuesta. A costa de Estevan Richer [= Par1].
Bruselas. Por Norberto Antonio [= Bru].

* Para las secciones A y B remito a Romero, *Para la edición crítica del Persiles* (Bibliografía, aparato y notas), Milán, Cisalpino-La Goliardica, 1977, donde se hallará una pormenorizada descripción, y valoración, de todas las ediciones de la obra en castellano y de sus traducciones a otras lenguas hasta 1976. Aquí me limito a añadir los datos tipográficos de las eds. y trads. aparecidas en los últimos veinte años. No estoy enteramente seguro de haber conseguido identificarlas *todas*; sí puedo decir, en cambio, que las ahora añadidas a las dos listas han sido examinadas por mí con igual escrúpulo que las precedentes, como se podrá comprobar examinando el aparato.

He preferido extender a la sección C el mismo criterio de presentación de A y B: orden cronológico, ante todo, y, dentro de cada año, orden alfabético. De este modo resulta más evidente el crecimiento de la atención hacia el *Persiles* por parte de la crítica, que, en las tres últimas décadas, bien puede calificarse de muy notable.

- 1619 Madrid. Por la viuda de Alonso Martín. A costa de Miguel de Siles [= M2].
- 1625 Madrid. Por la viuda de Alonso Martín. A costa de Domingo González [= M3].
- 1629 Pamplona. Por Nicolás de Assiayn, Impresor de Libros, y a su costa [P2].
Fue Stegmann [C, 1971] el primero en dar noticia de la existencia de esta ed., puesta en duda por prestigiosos bibliógrafos.
- 1650-1670 En la portada, los mismos datos de la *princeps*. Se trata, en realidad, de una superchería: la ed. conocida por los bibliógrafos como «la del canastillo», probablemente impresa por Melchor Fernández [= M4].
- 1719 Madrid. Por Juan Sanz, Impresor de libros y Portero de Cámara de Su Majestad [= M5].
- 1728 Madrid. A costa de don Pedro Joseph Alonso de Padilla [= M6].
- 1734 Barcelona. Por Pedro Campins, Impresor [= B2].
- 1760 Barcelona. Por Juan Nadal, Impresor [= B3].
- 1768 Barcelona. Por Juan Nadal, Impresor [= B4].
- 1781 Madrid. En la Imprenta de Sancha [= M7].
- 1799 Madrid. Por don Fermín Villapando [= M8].
- 1802 Madrid. En la Imprenta de Sancha. Copia «a renglón seguido» de M7.
- 1805 Madrid. Por la viuda de Ibarra [= M9].
- 1827 Nueva York. Lanuza [= NY].
- 1829 Madrid. Por los hijos de doña Catalina Peñuela [= M10].
- 1833 Barcelona. Imprenta de A. Bergnes y Cía [= B5].
- 1835 París. Baudry, Librería Europea [= Par6].
Hay reimpresión en 1841.
- 1846 Madrid. En el tomo *Obras de C.*, núm. 1 de la Biblioteca de Autores Españoles, editada por don Manuel de Ribadeneyra, págs. 487-586 [= M11].
Hay reimpressiones en 1849, 1851, 1903, 1916, 1924...
- 1859 Madrid (Librería San Martín)-Barcelona (en el Non Plus Ultra) (Van añadidos *La Gitanilla* y *Rinconete y Cortadillo*) [= M12].
- 1864 Madrid. Tomo IX de las *Obras completas de C.* El *Persiles* ha sido editado por Cayetano Rosell. Imprenta de don Manuel de Ribadeneyra [= M13].
- 1866 Madrid. *Obras completas de C.*, págs. 342-503. Gaspar y Roig [= M14].
- 1875 Valladolid. Hijos de Rodríguez (al final sigue el texto de *La Gitanilla* y *Rinconete y Cortadillo*) [= Vall].

- 1880 Madrid. Moya y Plaza, editores [= M15].
- 1883 Barcelona. Cristóbal Miró (viene después de las *Novelas ejemplares*, la *Galatea* y el *Viaje del Parnaso*) [= B7].
- s. a. (¿1884?) Barcelona. José Serra y Rabassa, editor. Viene después de las *Novelas ejemplares* [= B8].
- s. a. pero 1915 Barcelona. Ramón Sopena, editor [= B9].
- 1916 Madrid. Imprenta de Bernardo Rodríguez. Forma parte de las *Obras completas de Miguel de C. Saavedra*, en edición de Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla (2 vols.) [= M16].
- 1917 Madrid. Fotograbados de Laporta. Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Reproducción facsimilar de M1, patrocinada por la RAE (el vol. contiene también el facsímil del *Viaje del Parnaso*).
- 1920 Madrid. En la *Colección Universal*, núms. 237-240 (vol. I) y 241-241-243 (vol. II). Tipográfica Renovación (Calpe) [= M17]. Hay reimpresiones en 1935-1936, 1945.
- 1922 Madrid. Tomo XXI de la «Biblioteca Literaria del Estudiante», dirigida por Ramón Menéndez Pidal. *Cervantes. Novelas y teatro*. Selección hecha por Josefina Sela. Instituto Escuela. Junta de Ampliación de Estudios.
- 1928 Madrid. En *Obras completas de C. Prólogo* de Lorenzo Herráiz. M. Aguilar, editor, págs. 885-1143 [= M18]. Reimpresión en 1943.
- s. a. Madrid. Aleu, editor [= M19].
- s. a. Madrid. Editorial Calleja (Biblioteca Perla) [= M20].
- 1943 Zaragoza. Selección, estudio y notas de Nicolás González Ruiz. «Clásicos Ebro», núm. 48 [= Z]. Hay reimpresiones en 1950, 1955, 1962, 1969, 1971... Privilegia la «fábula», renunciando a los numerosos episodios.
- 1946 Madrid. *Obras completas de C.* Introd., prólogos y notas de Ángel Valbuena Prat. Aguilar, editor, págs. 1657-1864 [= M21]. Hay reimpresiones en 1949 y 1952.
- 1946 Buenos Aires. Selección, estudio y notas de P. A. Salcines. Editorial Marcos Sastre, colección «Clásicos Castellanos», núm. 3 [= BA1]. Ofrece tan sólo diecisiete capítulos, de un total de setenta y ocho.
- 1952 Buenos-Aires. Espasa-Calpe Argentina, colección «Austral», núm. 1065 [= BA2]. Hay tres reimpresiones en el mismo año. Nueva reimpresión en Madrid, Espasa-Calpe, 1968, y sucesivamente.

- 1956 Madrid. En *Obras completas de C.* Recopilación, estudio preliminar, prólogos y notas de Ángel Valbuena Prat. Aguilar, editor, págs. 1525-1714 [= M22].
Hay reimpresiones en 1960, 1963, 1964, 1965, 1970, 1970, 1975...
- 1963 Barcelona. En C.: *Obras*. Ed. Maucci. Colección «Obras Estelares», págs. 9-441 [= B10].
- 1965 Barcelona. En C.: *Obras completas*, en dos vols. Prólogo de Germán de Argumosa. Colección «Clásicos modernos». Editorial Juventud. Vol. II, págs. 509-877 [=B11].
- 1969 Madrid. Edición de Juan Bautista Avalle-Arce. Colección «Clásicos Castalia», núm. 12. Editorial Castalia [= M23].
Hay varias reimpresiones.
- 1971 Salamanca. Introducción, selección y notas de Emilio Carilla. «Biblioteca Anaya», núm. 33. Ediciones Anaya [= S].
- 1975 La Habana. Introducción de Myrta Aguirre. Editorial Arte y Cultura [Ha].
- 1976 Madrid. Ed. facsímil de MI, a cargo de la RAE. Como en 1917, el vol. contiene también la *princeps* del *Viaje del Parnaso*.
- 1994 Alcalá de Henares. En M. de C., *Obra completa*, vol. II, páginas 963-1383. Ed. y notas de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas. Centro de Estudios Cervantinos [=AH].

B. TRADUCCIONES DEL «PERSILES»

- 1618 *Les Travaux de Persiles et de Sigismonde, Histoire septentrionale...*
Trad. de François Rosset. Paris, chez Jean Richer [=Par2].
Les Travaux de Persiles et de Sigismonde, sous les noms de Perian-dre & d'Auristele. Histoire septentrionale... Trad. de le Sieur d'Audiguier... Paris, chez la Veusve Giuillermot... [=Par3].
- 1619 *The Travels of Persiles and Sigismunda. A Northern History...* The First Copie Beeing Written in Spanish. Translated afterward into French, and nowlast, into English... London, Printed by H. L. for M. L. [=Lon1].
- 1626 Paris. Reimpresión de Par3.
Istoria settentrionale de' travagli di Persile e Sigismonda..., tradotta dal Signor Francesco Ellio Milanese. Venezia, Per Bartolomeo Fontana [=Ven1].
- 1738 *Persile et Sigismonde, histoire septentrionale*. Tirée de l'espagnol... par Madame L[e] G[ivre]D[u] R[ichebourg]... Paris, chez Michel Gandouin... [=Par4].

- 1740 Reimpresión de Par4, «augmentée de la vie de l'auteur». Paris, chez François Changuion.
- 1741 *Persiles and Sigismunda. A Celebrated Novel...* Translated into English from the Original... London, Printed for C. Ward and R. Chandler [=Lon2].
- 1742 *Persiles and Sigismunda: A Celebrated Novel...* Dublin, Printed by and for Ol. Nelson, at Milton's Head, in Skinner-Row [Ou].
[Primera mitad del siglo XVIII] *História dos trabalhos de Persiles e Segismunda*. Trad. portuguesa de frei José de Nossa Senhora da Consolação, conservada manuscrita en la Biblioteca Nacional de Lisboa (Cod. 6.356), donde se la considera «de finales del siglo XVII» [=MLBN1].
- 1746 *Persilus und Sigismunda. Nordische Historie*. Trad. anónima. Ludwigsburg, Bei Christian Heinrich Pfotenhauem [=Lud].
[Segunda mitad del siglo XVIII] *História dos trabalhos de Persiles e Sigismunda*. Trad. portuguesa anónima, conservada manuscrita en la Biblioteca Nacional de Lisboa (Cod. 6.728) [=MBNL2].
- 1782 *Abentheure des Persiles und der Sigismunda. Eine nordische Geschichte...* Zum erstenmal aus dem spanischen Original verdeutsch [von F. J. H. B. von Soden]. Anspach, Verlegs Benedict Friedrich Haueisen [=An].
- 1789 *Leyden zweyer edlen Liebenden*. Nach dem Spanischen des don Miguel de C. Saavedra, nebst dem merkwürdigen Leben dieses berühmten Spaniers und eine Versuche über die spanische schöne Literatur, von Johan Friedrich Butenschoen. Heidelberg, bei Friedrich Ludwig Pfähler [=He].
El libro I está completo, «salvo el recorte de algunas frases acá y acullá. El II está tan condensado, que queda reducido a cuatro capítulos [...]. Y, por último, los libros III y IV solamente pueden ser considerados como abreviadísimos extractos, puesto que se componen tan sólo de dos no muy largos capítulos» (Rius).
- 1808 *Die Drangsale des Persiles und der Sigismunda... Eine nordische Geschichte*. Uebersetzt von Franz Theremin. Berlin, im Verlage der Realschulbuchhandlung. (Comprende tan sólo los libros I y II) [=Ber].
- 1822 *Persiles et Sigismonde, ou Les Pèlerins du Nord*. Trad. de H. Bouchon Dubournial. Paris, chez Méquignon-Marvis, libraire [=Par5].
- 1825-1816 *Irrfahrten des Persiles und der Sigismunda. Eine nordische Geschichte...* (Trad. de Förster). Quedlinburg-Leipzig, bey G. Basse [=Q-L].

- Se trata de los tomos X y XI de los *C. Saemmtliche Werke* publicados por el mismo editor.
- 1827 *Die Drangsale des Persiles und der Sigismunda. Eine nordische Geschichte.* Uebersetzt von H. Müller. Zwickau, im Verlage der Gebrüder Schuman [=Zwi].
Se trata de los vols. XIII, XIV y XV de los *Werke von M. de Cervantes Saavedra*.
- 1837 *Die Leiden des Persiles und der Sigismunda...*(Trad. de Dorothea Tieck) Mit einer Einleitung von Ludwig Tieck. Leipzig, F. A. Brockhaus [=Lei].
- 1839 *Die Pruefungen des Persiles und der Sigismunda. Eine nordische Geschichte...* Aus dem spanischem von Friedrich Notter... Stuttgart, Verlag der J. B. Mezlerschen Buchhandlung [=Stu1].
Se trata de los tomos XII y XII de la colección *Miguels de C. saemmtliche Romane und Novellen*.
- 1841 Reimpresión de Par5.
- 1854 *The Wanderings of Persiles and Sigismunda. A Northern History...* Trad. de L[ouisa] D[orothea] S[tanley]... London, Joseph Cundall [=Lon3].
La autora confiesa haberse «tomado en su versión algunas libertades, omitido algunas páginas y en ciertas ocasiones abreviado algunas frases» (Rius). En realidad, los cortes llegan a abarcar capítulos enteros (por ejemplo, los 5, 7, 8, 18, 19, 20 y 21 del libro III y *todo* lo referente a ciertos personajes, como Ortel Banedre, Luisa la Talaverana y Bartolomé «el Manchego».
- Le sventure di Persile e Sigismonda. Istoria settentrionale.* Prima versione italiana di Enrico Zeson. Napoli, nel Gabinetto Letterario. 4 vols. [=N].
- 1935 *Le peripezie di Persile e Sigismonda. Storia settentrionale.* Riduzione, trasduzione e note di Luisa Banal. Firenze, G. C. Sansoni, editore [=F].
En la reducción han sido privilegiados los «episodios», que se nos dan en buena parte traducidos íntegramente, a costa de la «fábula», que en cambio resulta muy comprimida.
- 1947 *Les travaux de Persiles et de Sigismonde.* Trad. de Daudiguier, revue par Mathilde Pomès. Préface de Mathilde Pomès. Paris, Éditions Stock. Delemain et Boutelleau. «Collection des Voyages Imaginaires».
- 1961 *Stranstvoia Persilesa i Sigismundy.* Trad. de N. Liubimov. Moksvá, Biblioteka «Ogonëk», Izdatel'svo «Pravda». Tomo V de las *Sobranie Sočenenii* (en cinco) [=Mos].

- 1963 *Die Mühen und Leiden des Persiles und der Sigismunda*. En el vol. I de la *Gesamtausgabe* (en cuatro), tras las *Exemplarische Novellen*. Trad. de Anton M. Rothbauer. Stuttgart, Goverts, «Neue Bibliothek der Weltliteratur» [=Stu2].
- 1966 *Travagli di Persile e Sigismonda. Storia settentrionale*. Trad. de Cesco Vian. Milano, Club del Libro. (Ed. no venal) [Mi1].
- 1971 *Le traversie di Persile e Sigismonda. Storia settentrionale*. En *Tutte le Opere di C.*, a cura di Franco Meregalli. Milano, Mursia, «Le corone», vol. II, págs. 783-1110. Introd., trad. y notas de Carlos Romero [=Mi2].
- 1980 *Muncile lui Persiles și ale Sigismundei. Istorie septentrională*. Traducerea, prefața și note de Sorin Mărculescu. București, Editura Univers. [=Bu].
- 1989 *The Trials of Persiles and Sigismunda*: Translated by Celia E. Weller and Clark A. Colahan. Berkeley, University of California Press [=B-LA].
- 1994 *Les travaux de Persille et Sigismonde, Histoire septentrionale*. Traduit et présenté par Maurice Molho. Paris, José Corti, «Ibériques» [=Par8].
- 1996 *I travagli di Persiles e Sigismunda*. Introduzione e traduzione a cura di Aldo Ruffinatto. Venezia, Marsilio [=Ven²].

C. BIBLIOGRAFÍA ESPECÍFICA

- 1866 CHASLES, Émile, *Michel de C. Sa vie, son temps, son oeuvre politique et littéraire*, Paris, Didier et Cie.
- 1905 NAVARRO LEDESMA, FRANCISCO, *El ingenioso hidalgo Miguel de C. Saavedra*, Madrid, Imprenta Alemana.
- 1906 LARSEN, C., «Ideas de C. acerca de los países septentrionales» (trad. del danés por Miguel de Unamuno), en *La España Moderna*, CCVII, marzo: 21-46.
- SCHEVILL, Rudolph, «Studies in C. I. *Persiles y Sigismunda*. I. Introduction», en *Modern Philology*, IV: 1-24.
- 1907 SCHEVILL, R., «Studies in C. I. *Persiles y Sigismunda*. II. The Question of Heliodorus», en *Modern Philology*, IV: 677-704.
- 1908 SCHEVILL, R., «Studies in C. I. *Persiles and Sigismunda*. III. Virgil's *Aeneid*», en *Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences*, XIII: 475-548.
- 1909 SAVJ-LOPEZ, Paolo, «L'ultimo romanzo di C.», en *Studi di Filologia Moderna* (Catania), I: 54-77. Vuelto a publicar en el vol. C., Napoli, Riccardo Ricciardi, 1913: 203-243.

- 1915 AZORÍN, *Al margen de los clásicos*, Madrid, Residencia de Estudiantes: 109-119 y 121-146.
- 1918 TARKIAINEN, Viljo, *Miguel de C. Saavedra. Elämä ja Teokset*, Porvoo, Werner, Söderström Osakeyhtiö: 132-158.
- 1921 TARKIAINEN, V., «Quelques observations sur le roman *Persiles y Sigismunda* de Miguel de C.», en *Neuphilologische Mitteilungen*, XXII (Helsingfors): 41-44.
- 1922 FARINELLI, Arturo, «El último sueño romántico de C.», en *Boletín de la Real Academia Española*, IX: 149-162.
- 1924 BELTRÁN Y RÓPZIDE, Ricardo, «La pericia geográfica de C. demostrada en la *Historia de los trabajos de Persiles y Sigismunda*», en *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, LXIV: 270-293.
- DE LOLLIS, C., *C. reazionario*, Roma, Fratelli Treves, 241 págs. (En la ed. al cuidado de Silvio Peregrini —por la que cito—, Florencia, G. C. Sansoni, 1947: 11-217; específicamente dedicadas al *Persiles*, 117-227.)
- 1925 CASTRO, Américo, *El pensamiento de C.*, Madrid, RFE, Anejo VI. (Cfr. 2.ª ed.: 1972).
- 1928 NOVO Y FERNÁNDEZ CHICHARRO, Pedro de, *Bosquejo para una edición crítica de «Los trabajos...»*, Madrid, Gráficas Reunidas.
- 1938 PALOMO, Roberto J., «Una fuente española del *Persiles*», en *Hispanic Review*, VI: 57-68.
- 1945 TERZANO, Enriqueta, «Los trabajos de Persiles», en *Revista de Filología Hispánica*, VIII: 51-57.
- 1947 ATKINSON, W. C., «The Enigma of the *Persiles*», en *Bulletin of Spanish Studies*, XXIV: 242-253.
- BABELON, Jean, «C. y lo maravilloso nórdico», en *Miguel de C. Saavedra. Homenaje de «Ínsula» en el cuarto centenario de su nacimiento*, Madrid, Ínsula: 117-130.
- BAQUERO GOYANES, Mariano, «Sobre el realismo del *Persiles*», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXIII, 1947: 212-218.
- CASALDUERO, Joaquín, *Sentido y forma de «Los trabajos de Persiles y Sigismunda»*, Buenos Aires, Sudamericana.
- DE LOLLIS, C., *C. reazionario e altri scritti d' ispanistica*, al cuidado de Silvio Pellegrini, Florencia, Sansoni. Cfr. 124.
- GAVIRA, J., «La geografía de C.», en *Arbor*, núm. 23, septiembre: 241-258.
- SINGLETON, Mack, «El misterio del *Persiles*», en *Realidad* (Buenos Aires), III: 237-253. (Cfr. también «The *Persiles* Mystery», en *C. Across the Centuries. A Quadricentennial Volu-*

- me Edited by Angel Flores and M- J. Benardete, New York, The Dryden Press: 227-238.)
- 1948 ASTRANA MARÍN, Luis, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de C. Saavedra*, Madrid, Reus, 7 vols. (h. 1958).
- CROCE, Benedetto, «C.: *Persiles y Sigismunda*», en *Quaderni della La Critica*, XII. Hoy en *Letture di poeti e riflessioni sulla teoria e la critica della poesia*, Bari, Laterza, 1950: págs. 52-62.
- 1949 CROCE, B. (cfr. 1948).
- VILANOVA, Antonio, «El peregrino andante en el *Persiles*», en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXII: 97-159. (Reimpreso en *Erasmus y C.*, Barcelona, Lumen, 1989: 326-409.)
- 1950 GARCÍA BLANCO, Manuel, «C. y el *Persiles*: un aspecto de su difusión», en *Homenaje a C.*, ed. de Francisco Sánchez-Castañer, Valencia, Mediterráneo, 1950: II, 87-115.
- LAPESA, Rafael, «En torno a *La española inglesa* y el *Persiles*», en *Homenaje a C... II*: 365-388. (Reimpreso en *De la Edad Media a nuestros días*, Madrid, Gredos, 1967: 242-263.)
- 1951 LUBAC, André, «La France et les Français dans le *Persiles*», en *ACer*, I: 111-130.
- 1954 CARILLA, Emilio, «Naturaleza y retórica en el *Persiles*», en *Universidad Pontificia Bolivariana* (Medellín, Col.), XIX (núm. 70): 209-215.
- 1955 SÁNCHEZ, Alberto, «El *Persiles* como repertorio de moralidades», en *ACer*, IV: 199-223.
- 1956 BOELICH, Walter, «Heliodorus christianus», en *Freundesgabe für E. R. Curtius*, Bern, Franke: 103-124.
- LIDA DE MAKIEL, María Rosa, «Dos huellas del *Esplandián* en el *Quijote* y en el *Persiles*», en *Romance Philology*, IX: 156-162.
- 1958 DERŽAVIN, K. N., *C. Žizn' i tvorčerstvo*, Moskvá, Gosudarsvennoe Izadel'svo Khudožestvennoi Literatury, cap. IX.
- 1960 SLETSJÖE, Leif, «C., Torquemada y Olao Magno», en *ACer*, VIII: 139-150.
- 1961 AVALLE-ARCE, Juan Bautista (a), «Conocimiento y vida en C.», en *Deslindes cervantinos*, Madrid, Eds. de Historia, Geografía y Arte: 15-80.
- (b), «Tres vidas del *Persiles* (La verdad absoluta)», en la *op. cit.*: 81-96.
- 1962 GINER, Francisco, «C. y los moriscos valencianos», en *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, Valencia.
- PEÑA MARTÍN, Cecilio, «En el último mundo de C.», en *Aso-mante*, XVIII: 61-68.

- 1966 KRAUSS, Werner, *Miguel de C. Leben und Werken*, Luchterland-Ost Berlin.
- 1967 LAPESA, R. (cfr. 1950).
 LOWE, Jennipher, «Themes and Structure in C.'s *Persiles y Sigismunda*», en *Forum for Modern Language Studies* (University of Saint Andrews): 334-351.
- 1968 CARILLA, Emilio, «C. y la novela bizantina», en *RFE*, LI: 155-167.
 OSUNA, Rafael, «El olvido del *Persiles*», en *BRAE*, XLVIII: 55-75.
 ROMERO, Carlos, *Introduzione al «Persiles» di Miguel de C.*, Venezia, C.N.R.
- 1969 CARILLA, Emilio, «El humor en el *Persiles*», en *Filología* (Buenos Aires), XIII: 112-119.
 OSUNA, Rafael (a), «Dos olvidos de C.: el rucio de Sancho y el bagaje de Bartolomé», en *Hispanófila*, 36: 7-9.
 — (b), «La expulsión de los moriscos en el *Persiles*», en *NRFH*, XIX: 388-393.
- 1970 FORCIONE, Alban K., *C., Aristotle, and the Persiles*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
 OSUNA, Rafael, C. (a), «La expulsión de los moriscos en el *Persiles*», en *NRFH*, XIX: 388-393.
 — (b), «Las fechas del *Persiles*», en *Thesaurus (Boletín del Instituto Caro y Cuervo)*, XXV: 383-433.
 ZIMIC, Stanislav, «El *Persiles* como crítica de la novela bizantina», en *Acta Neophilologica* (Ljubljana), III: 49-64.
- 1971 ALLEN, Kenneth P., «Aspects of Time in *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*», en *RHM*, XXXVI: 77-107 (realmente publicado en 1974).
 BERINGER, Arthur A., «*Persiles* and the Time Labyrinth», en *Hispanófila*, 41: 1-11.
 RIZK, S. y OSUNA, R., «An Obscene Expression in C.», en *Thesaurus (BICC)*, XXVI: 620-622.
 STEGMANN, Tilbert, Diego, *C. Musterroman Persiles. Epentheorie und Romanpraxis um 1600* (El Pinciano, Heliodor, «Don Quijote»), Hamburg, Hartmut Lüdke Verlag.
- 1972 CASTRO, Américo, *El pensamiento de C.* Nueva ed. ampliada y con notas del autor y de Julio Rodríguez Puértolas, Barcelona-Madrid, Noguer.
 FORCIONE, Alban K., *C.' Christian Romance*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 167 págs.
 OSUNA, Rafael, «Vacilaciones y olvidos de C. en el *Persiles*», en *ACer*, XI: 69-85.
- 1973 AVALLE-ARCE, Juan Bautista, «*Los trabajos de...*», en *Suma cer-*

- vantina*, editada por J. B. Avallé-Arce y E. C. Riley, London, Tamesis Book: 199-212.
- 1974 BOTTIN-FOURCHETTE, Colin, «Cosmolitisme et fantastique dans le *Persiles* de C.», en *Études et recherches de littérature générale et comparée. Annales de la Faculté de Lettres et Sciences Humaines de Nice*, XXII: 69-80.
- DURÁN, Manuel, C., Boston, Twayne Pub.: 147-171 («C.' Swan Song: «Persiles y Sigismunda»).
- EL SAFFAR, Ruth, «*Don Quixote* and the *Persiles*: Points in Common», en *Estudios literarios de hispanistas norteamericanos dedicados a Helmut Hatzfeld con motivo de su 80 aniversario*. Compilados y editados por Josep M. Solà-Solé, Alessandro Crisafulli y Bruno Damiani, Barcelona, Eds. Hispam.: 173-182.
- OSUNA, Rafael, «C. y Tirso de Molina: se aclara un enigma del *Persiles*», en *Hispanic Review*, 42: 359-368.
- POPE, R. H., «The Autobiographical Form in the *Persiles*», en *ACer*: 93-106.
- 1975 AVALLE-ARCE, Juan Bautista, «Tres vidas en el *Persiles* (C. y la verdad absoluta)», en *Nuevos deslindes cervantinos*, 2.^a ed., renovada, Barcelona, Ariel: 73-87.
- BANDERA, Cesáreo, «El final del itinerario de *Persiles* y *Sigismunda*», en *Mímesis conflictiva*, Madrid, Gredos: 126-132.
- CASALDUERO, Joaquín, *Sentido y forma de «Los trabajos de...»*, 2.^a ed., Madrid, Gredos, 235 págs.
- CHECA, Jorge, «Lenguaje y ética verbal en el libro II del *Persiles*», en *ACer*, XXIII: 133-150.
- CRO, S., «C., el *Persiles* y la historiografía indiana», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, IV: 5-25.
- POPE, R.-J., «The Autobiographical Form in the *Persiles*», en *ACer*, XII-XIV: 93-106.
- ZIMIC, Stanislav, «*Leucipe* y *Clitofonte* y *Clareo* y *Florisea* en el *Persiles* de C.», en *Acer*, XIII-XIV: 37-58.
- 1976 MOREYRA, Carlos Alberto, «Los credos del *Persiles*», en *Megafón*, II, 4: 157-179.
- MORÓN ARROYO, Ciriaco, «El todo en el *Persiles*», en *Nuevas meditaciones del «Quijote»*, Madrid, Gredos: 164-178.
- 1977 ROMERO, C., *Para la edición crítica del «Persiles». Bibliografía, aparato y notas*, Milano, Cisalpino-La Goliardica.
- 1979 EL SAFFAR, Ruth. «Tres imágenes clave de lo femenino en el *Persiles*», en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, III: 219-236.
- GONZÁLEZ, Eduardo, «Del *Persiles* y la isla bárbara. Fábulas y

- reconocimientos», en *Modern Language Notes*, XCIV: 222-257.
- 1980 BERMEJO CABRERO, José Luis, «En torno al *Persiles*», en *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, 12: 157-164.
- EL SAFFAR, Ruth, «Periandro: Exemplary Character - Exemplary Narrator», en *Hispanófila*, 69: 10-16.
- GARROSA, Antonio, «Algunas reflexiones sobre el tema de lo inverosímil y maravilloso en el *Persiles* de C.», en *Castilla. Boletín del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Valladolid*, 1: 23-48
- 1981 ALONSO, José Luis, *Ortodoxia y heterodoxia en «Los trabajos...»*, (PHD, University of Washington, 1975), Ann Arbor (Mi.).
- COMBET, Louis, *C. et les incertitudes du désir*, Lyon, Presses Universitaires de France.
- HUTTON, Lewis J., «El enamorado portugués del *Persiles* de C.», en *C.: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre C.* Dirección, Manuel Criado de Val, Madrid, EDI-6: 465-469.
- NAVARRO GONZÁLEZ, Alberto, *C. ante el «Persiles» y el «Quijote»*, Salamanca, Universidad, 178 págs.
- WILSON, Diana de Armas, *C.'s «Persiles y Sigismunda»: An Allegory of Couple*, (PHD, University of Denver, 1981), Ann Arbor (Mi.).
- 1982 ARATA, Stefano, «I primi capitoli del *Persiles*. Armonie e fracture», en *Studi Ispanici*: 71-86.
- NAVARRO GONZÁLEZ, Alberto, «Cambio de itinerario en el *Persiles* y en el *Quijote* de C.», en *Essays on Narrative in the Iberian Peninsula in Honour of Frank Pierce*. Ed. by Robert B. Tate, Oxford, The Dolphin Book: 89-93.
- 1983 MARTÍ ALANÍS, Antonio, «Platonismo agustiniano en el *Persiles*», en *Estudios*, Revista cuatrimestral publicada por los PP. de la Merced (Madrid), XXXIX: 379-487.
- RANDELL, C. M. Gaylord, «Ending and Meaning in C.'s *Persiles y Sigismunda*», en *Romanic Review*, LXXXIV: 152-169.
- SQUIRE, Donald Howman, *C. «La Galatea» and «Persiles and Sigismunda». A Frequency Analysis of Selected Features of Language and Style* (PHD, University of Florida, 1972), Ann Arbor (Mi.).
- WILSON, Diana de Armas, «C.' Last Romance: Deflating the Myth of Female Sacrifice», en *C.*, III: 103-120.
- 1984 DI SALVO, Angelo, «St. Augustine and the *Persiles* of C.», en *Studies on «Don Quixote» and Other Cervantine Works*. Ed.

- by Donald W. Bleznik, New York, Spanish Publications: 55-64.
- EISENBERG, Daniel, «C. and Tasso Reexamined», en *Kentucky Romance Quarterly*, XXXI: 305-317.
- EL SAFFAR, Ruth, *Beyond the Fiction: The Recovery of the Feminine in the Novels of C.*, Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press: 127-169.
- 1985 BARBINI, Giorgio, «C. contra el *establishment* en la traducción del *Persiles* por Notter (1839)», en *ACer*, XXIII: 151-159.
- BLECUA, Alberto, «C. y la retórica (*Persiles*, III, 17)», en *Lecciones Cervantinas*. Estudios coordinados por Aurora Egido, Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja: 131-147.
- DEFFIS DE CALVO, Emilia., «Las historias intercaladas en la novela bizantina española: de Lope a C.», en *Filología* (Buenos Aires), XXII: 19-35.
- MÁRQUEZ, Antonio, «La ideología de C. El paradigma del *Persiles*», en *Ínsula*, núm. 467.
- TEJEIRO, Miguel A., «Narrativa áurea, erotismo contenido. El caso de los peregrinos enamorados», en *Edad de Oro*, IX: 311-321.
- 1986 FORESTIERI BRASCHI, Eduardo, «Los mundos posibles del perspectivismo cervantino», en *Revista de Estudios Hispánicos. Universidad de Puerto Rico*: 9-25.
- 1987 ROTERMUND, Joanne, «Pecado y virtud en el *Persiles*», en *Homenaje a Justo García Morales*, Madrid, 1021-1039.
- 1988 BAENA, Julio, «*Los trabajos [...]*; la utopía del novelista», en *Cervantes*, VIII: 127-140.
- HERRÁIZ DE TRESCA, Teresa, «Humor y muerte en el prólogo del *Persiles*», en *Criticón*, XLIV: 55-59.
- MANCINI, Guido, «L'inverosimile viaggio di Persiles e Sigismonda», en *Studi Ispanici*: 63-82.
- MEREGALLI, Franco, «Relectura del *Persiles*», en *ACer*, XXV-XXVI: 327-337.
- PEÑA MARTÍN, Cecilio, *Hacia el sentido del «Persiles»*, Montevideo, ed. del autor.
- WILLIAMSEM, Amy R., «Comic Subversion: Humor and Irony in the *Persiles*», en *Neophilologus*, LXXVII, 2: 218-226.
- 1989 AVALLE-ARCE, Juan Bautista, «La alegoría del *Persiles*», en *Homenaje al Prof. Antonio Vilanova*. Adolfo Sotelo Vázquez (coord.), Marta Cristina Carbonell (ed.), Barcelona, Universidad de Barcelona, 1988: I, 45-55.

- VILANOVA, Antonio, «El peregrino andante en el *Persiles* de C.», reeditado en *Erasmus y C.*, Barcelona, Lumen: 326-409.
- WOLF-FELDER, Martin, C., *Ichthyosaura y el estudiante de medicina. Primera introducción al lapsus «13» de Freud*, Montevideo, De Roca Viva-Gnosos Ltda.
- 1990 ANDRÈS, Christian, «Insularidad y barbarie en *Los trabajos...*», en *ACer*, XXVIII: 109-123.
- AVALLE-ARCE, Juan Bautista, «*Persiles* and the Allegory», en *Cervantes*, X, 1: 7-16.
- BAENA, J., «Trabajo y aventura: el criterio del caballo», en *Cervantes*, X, 1: 51-57.
- BOYER, H. Patsy, «The "Other" Woman in C.' *Persiles* and Zayas' *Novelas*», en *Cervantes*, X, 1: 59-68.
- COLLAHAN, Clar A. y WILLER, Celia E., «The Persistence of Cervantine Romance in Nicholas Wrigt's *The Custom in the Country*», en *Cervantes*, X: 69-78.
- DEFFIS DE CALVO, Emilia, «El cronotopo de la novela española de peregrinación. Miguel de C.», en *ACer*, XXVIII: 99-108.
- EGIDO, Aurora, «La memoria y el arte narrativo del *Persiles*», en *NRFH*, XXXVIII, 2: 621-641.
- EL SAFFAR, Ruth, «*Persiles*' Retort: An Alchemical Angle on the Lover's Labors», en *Cervantes*, X, 1: 17-33.
- HENRY, P., «Old and New Mimesis in *Cervantes*», en *Cervantes*, X: 79-8.
- LUKAS, Karen, «Rosemunda. A Cervantine Mingling of History and Fiction in *Persiles*», en *Cervantes*, X, 1: 87-92.
- MANCINI, Guido, «Una nota sulla religiosità del *Persiles*», en *Dialogo. Studi in onore di Lore Terracini*. A cura di Inoria Pepe Sarno, Roma, Bulzoni: 343-351.
- MARISCAL, George, «*Persiles* and the Remaking of Spanish Culture», en *Cervantes*, X, 1: 93-102.
- NAVARRO GONZÁLEZ, Alberto, «La *Selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras y *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* de C.», en *I Col. LAC*: 62-82.
- RODRÍGUEZ, Alfred, «Algo más sobre las "bodas rústicas" del *Persiles* y el *Quijote*», en *Cervantes*, X, 1: 103-107.
- ROMERO MUÑOZ, Carlos, «Oviedo, Olao Magno, Ramusio. Note sulla "mediazione veneziana" nel primo tempo della composizione del *Persiles*», en *ISDALCV*: 135-173.
- SOCRATE, Mario, «Il narrare e il recitar *pintando* dei *lienzos* del *Persiles*», en *Dialogo. Studi in onore di Lore Terracini...*: 709-720.
- SERVERA BAÑO, José, «El paisaje soñado en *Los trabajos...*», en *I Col. IDAC*: 295-305.

- SORIANO, Cathérine, «*Los trabajos (...)*. Tiempo mítico y tiempo histórico», en *I Col. IDAC*: 307-313.
- WILLIAMSEN, A. R., «Beyond Romance: Metafiction in *Persiles*», en *Cervantes*, X, 1: 109-120.
- WILSON, Diana de Armas, «Splitting the Difference: Dualisms in *Persiles*», en *Cervantes*, X, 1: 35-50.
- 1991 CASCARDI, A. J., «Reason and Romance: An Essay on C.' *Persiles*», en *Modern Language Notes*, CVI, 2: 279-293.
- CRUZ CASADO, Antonio, «Una revisión del desenlace del *Persiles*», en *II Col. IDAC*: 719-726.
- EGIDO, Aurora (a), «El *Persiles* y la enfermedad de amor», en *II Col. IDAC*: 201-224.
- (b), «Los silencios del *Persiles*», en *On C. Essays for L. A. Murillo*. Edited by James A. Parr. Juan de la Cuesta, Newark, Delaware: 21-46.
- EISENBERG, D., *Estudios cervantinos*, Barcelona, Sirmio. (El vol. contiene, entre otros arts., el aquí registrado en 1984).
- MEREGALLI, Franco, *Introduzione a C.*, Bari, Laterza: 162-175.
- MICOZZI, Patrizia, «Tradición literaria y creencia popular: el tema del licántropo en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* de C.», en *Quaderni di Filologia e Lingue Romanze* (Macerata), 3.^a serie, VI: 107-152.
- SORIANO, C., «Tiempo, modo y voz en *Los trabajos...*», en *Col. IDAC*: 709-718.
- WILSON, Diana de Armas, *Allegories of Love: C.' «Persiles and Sigismunda»*, Princeton, P. University Press.
- 1992 ANDRÈS, C., «Fantasías brujeriles, metamorfosis animales y licantropía en la obra de C.», en *III Col. IDAC*: 527-540.
- CRUZ CASADO, A. (a), «Auristela rechazada: Un caso de "maleficia" en el *Persiles*», en *Cervantes*, XII: 52-62.
- (b), «Auristela hechizada: un caso de maleficio en el *Persiles*», en *Cervantes*, XII, 3: 91-104.
- (c), «*Persiles y Sigismunda*. De C. a Rojas Zorrilla», en *III Col. IDAC*: 541-551.
- CULL, J. T., «Emblem Motifs in *Persiles y Sigismunda*», en *Romance Notes*, XXXII, 3: 200-208.
- 1993 ARMAS, Frederick, A. de, «A Banquet of Senses: The Mythological Structure of *Persiles y Sigismunda*», en *BHS*, LXX: 403-414.
- BERMEJO CABRERO, José Luis, «Ambientación histórica del *Persiles*», en *ACer*, XXXI: 261-267.
- DÍEZ FERNÁNDEZ, José Ingacio, y AGUIRRE DE CÁRCER, Luisa Fernanda, «Contexto histórico y tratamiento literario de la

- “hechicería” morisca y judía en el *Persiles*», en *Cervantes*, XII, 2: 33-62.
- HARRISON, Stephen, *La composición de «Los trabajos de Persiles y Sigismunda»*, Madrid, Pliegos.
- ROMERO MUÑOZ, Carlos, «Más luz sobre un pasaje del *Persiles* (II, 2)», en *El Girador. Studi di Letterature Iberiche e Ibero-americane offerti a Giuseppe Bellini*. A cura di G. B. De Cesare e Silvana Serafin, Roma, Bulzoni: 847-860.
- SCARAMUZZA VIDONI, Mariarosa, «Sul tema centrale del *Persiles*», en *El Girador*: 895-909.
- 1994 COLAHAN, Clark, «Towards an Onomastics of *Persiles* /*Periandro* and *Sigismunda*/*Auristela*», en *Cervantes*, XIV: 19-40.
- EGIDO, Aurora, «El eremitismo ejemplar. De *La Galatea* al *Persiles*», en *C. y las puertas del sueño*, Barcelona, PPU: 333-348. (El vol. contiene, entre otros estudios, los aquí señalados en 1991).
- GOREJKLE, Laura y WILLIAMSEN, Amy R., «Mimetic Desire and the narcissistic (Wo)man in *La ilustre fregona* and the *Persiles* y *Sigismunda*: Strategies for Reinterpretation», en *Hispania*, 77: 11-22.
- WILLIAMSEN, Amy R., *Co(s)mic Vision. Exploring «Los Trabajos de Persiles y Sigismunda»*, Newark, DE, Juan de la Cuesta.
- 1995 BLANCO, Mercedes, «Literatura e ironía en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*», en *II CIDAC* (realmente publicado en 1996): 625-635.
- CRUZ CASADO, A., «Periandro/*Persiles*: las raíces clásicas del personaje y la aportación cervantina», en *Cervantes*, XV, 1: 60-69.
- DARBY, T. L., «Resistance to Rape in *Persiles* y *Sigismunda* and *The Custom of the Country*», en *Modern Languages Review*, 90 (1995): 273-284.
- LOZANO ALONSO, María Blanca, «La expresión del tiempo en el *Persiles* y *Sigismunda*», en *II CIDAC*: 637-671.
- MARTÍ, Antonio, «Ecos de utopías de Platón en el *Persiles*», en *II CIDAC*: 681-697.
- MICOZZI, Patrizia, «Imágenes metafóricas en la Canción a la Virgen de Guadalupe», en *II CIDAC*: 711-723.
- MOLHO, Maurice, «Algunas observaciones sobre la religión en C.», en *Atti delle Giornate Cervantine*. A cura di C. Romero Muñoz, Donatella Pini Moro, Antonella Cancellier, Padova, Unipress: 11-24.
- «Filosofía natural o filosofía racional. sobre el concepto de astrología en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*», en *II CIDAC*: 673-679.

- RUFFINATTO, A., «La ficción más allá de la muerte (Autor, lector y personajes como "cibernautas" en la realidad virtual del *Persiles*», en *Teoría e interpretación del cuento*. Estudios editados por P. Fröhlicher y G. Güntert, Bern-Berlin-Frankfurt a. M.-New York-Paris-Wien: 155-177.
- SCARAMUZZA VIDONI, Mariarosa, «Mondi cristiani del *Persiles*», en *Atti delle Giornate Cervantine...*: 75-92.
- «Los trabajos del deseo», en *II CIDAC*: 699-710.
- WILSON, Diana de Armas, «The Matter of America: C. Romanes Inca Garcilaso de la Vega», en Brownlee, Marin, and Sunbrecht, Harno Ulrich, *Cultural Authority in Golden Age Spain*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1995.
- 1996 GONZÁLEZ ROVIRA, Javier, *La novela bizantina española*, Madrid, Gredos: 227-247
- MÜLLER-BORCHAT, Eberhardt, «Von Heliodor zu C. Geographische Räume des byzantinischen Romans», en *Spanische Literatur - Literatur Europas. Wido Hempel zum 65. Geburtstag*, herausgegeben von Frank Baasner, Tübingen, Max Niemeyer Verlag: 200-232.
- 1997 ROMERO MUÑOZ, C. (a), «El *Persiles*, libro de entretenimiento», en *El Cuaderno del Universitario* (Suplemento monográfico de *El Universitario Europeo* (VII, 19) dedicado a C. (II, 3 [1997]): 31.
- (b), «Ecos de la *Topografia e historia general de Argel* en el *Persiles*», en *Un lume nella notte*, Studi di Iberistica offerta Giuseppe Bellini. A cura di Silvana Serafin, Roma, Bulzoni, 1997: 269-278.
- (c), «¿Feliz Flora / Félix (Félix) Flora? (*Persiles*, III-IV)», en *RIbe* 62 (1997). En prensa.

Los trabajos de Persiles y Sigismunda

^a M9 y NY, *PERSILES*, pero, en el interior de la novela, siempre *Pérsiles*
M15: *PERSÍLES*.

^b B9: *SEGISMUNDA*

^c M2, M4, M5, M6, M18, M22: *Historia Septentrional*

M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, Z, BA2, B10 y M23 eliminan las
dos palabras del subtítulo.

Ven1 lo convierte en el título propiamente dicho (MBNL1, no en la portada, sino en la primera página de la versión).

LOS TRABAJOS¹ DE PERSILES^{a,2} Y SIGISMUNDA^b, HISTORIA³ SETENTRIONAL^c

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

¹ Para S-B (I, xi) *trabajos* equivale también a 'peregrinaciones'. E. Terzano (C, 1945: 51-57) demuestra la insostenibilidad de tal afirmación. Seguro, en cambio, es que con *peregrinación* se designaba no sólo la 'romería' o el 'traslado a un lugar santo' sino, también el 'viaje', sin más, e incluso el 'exilio'. Entre los traductores, algunos insisten en *trabajos* = 'dificultades, angustias, pruebas'; otros privilegian los 'viajes' o las 'aventuras'; no faltan, en fin, los casos de conservación en el término de la lengua de llegada las dos valencias presentes en el de la de partida (Banal, B: 1935; Romero, B: 1971).

² En las eds. publicadas entre 1835 y aun más allá de 1881, la *-í* de *Persiles* corresponde a la normas entonces en vigor de la Real Academia Española («las voces [llanas] que, no siendo plurales, acaban en consonantes y tienen larga la penúltima [sílabas], llevarán acento en ella»). Los *Persiles* registrados en el cuerpo de M7 hacen pensar en el deseo, por parte del editor, de dejar bien clara la única pronunciación aceptable del nombre, quizá para hacer frente a la creciente tendencia a considerarlo esdrújulo. Como efectivamente hicieron muchos en el siglo XIX e incluso en los primeros años del XX. A los argumentos «internos al corpus cervantinos» pueden añadirse el de la analogía con *Aquiles*, *Arquiles*, *Gastiles*, *Granfiles*, *Pransiles*, *Sarquiles* (cfr. PECP: 79-80).

Sobre las variadas interpretaciones del nombre *Persiles*, cfr. II, 6 (308 y nota 2).

³ Acerca de la ambigüedad (todo sumado, productiva) del término *historia* en las lenguas románicas, frente a la clara distinción de, p. ej., el inglés, cfr. Bruce W. Wardropper, «Don Quixote: *History or Story?*» (en *Modern Philology*, 63 [1965]: 1-11).

DIRIGIDO A DON PEDRO FERNÁNDEZ DE
Castro, Conde de Lemos, de Andrade, de Villalba;
Marqués de Sarria, Gentilhombre de la Cámara
de Su Majestad, Presidente del Consejo Supremo de Italia,
Comendador de la Encomienda de la Zarza,
de la Orden de Alcántara

«Post tenebras
spero lucem»
1617

Con privilegio. En Madrid. Por Juan de la Cuesta⁴
A costa de Juan de Villarroel, mercader de libros en la
Platería⁵.

TASA^d

Yo, Jerónimo Núñez de León, escribano de Cámara del
Rey nuestro señor, de los que en su Consejo residen⁶, doy fee

^d Prescinden de ella B1, V, P1, Bru, P2, B4, M7, M8, M9, M10, B5, Par7, M11, M13, M14, M15.

L, B2, B3 presentan similares documentos, con otras firmas.
M3, M5, M6, una simple *Suma*, sin firma.

⁴ Sobre el impresor Juan de la Cuesta y su mote *Post tenebras spero lucem*, cfr., p. ej., Richard W. Clement, «J. de la C., the Hispanic Book Trade, and a New Issue of the First Edition of C.'s *Persiles y Sigismunda*» (en *Journal of Hispanic Philology*, XVI [1991-1992]: 23-41, esp. 30).

⁵ Cfr. nota 11.

⁶ AA recuerda que este «escribano de Cámara» era poeta y señala su presencia en la *Justa...al bienaventurado San Isidro...recopilada por Lope de Vega Carpio* (1620). Añadiré, por mi cuenta, que un soneto suyo está publicado ya en 1603, en los preliminares de *El viaje entretenido*, de Agustín de Rojas Villandrando.

Jerónimo Núñez de León es el firmatario de la tasa de *El pasajero*, de Cristóbal Suárez de Figueroa (1617). En 1603 rubricaba este tipo de documentos un Cristóbal Núñez de León. Ignoro el exacto parentesco

que, habiéndose visto por los señores dél un libro intitulado *Historia de los trabajos de Persiles y Sigismunda*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, que, con licencia de los dichos señores, fue impreso, tasaron cada pliego de los del dicho libro a cuatro maravedís, y parece tener cincuenta y ocho pliegos, que, al dicho respeto, son docientos y treinta y dos maravedís, y a este precio mandaron se vendiese, y no a más, y que esta tasa se ponga al principio de cada libro de los que se imprimieren. E para que de ello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo y de pedimiento de la parte del dicho Miguel de Cervantes, doy esta fee. En Madrid, a veinte y tres de diciembre, de mil y seiscientos y diez y seis años.

Jerónimo Núñez de León

Tiene cincuenta y ocho pliegos, que, a cuatro maravedís, monta seis reales y veinte y ocho maravedís.

FEE DE ERRATAS^e

Este libro, intitulado *Historia de los trabajos de Persiles y Sigismunda*⁷, corresponde con su original.

^e Prescinden de ella B1, V, P1, Bru, P2, B4, M7, M8, M9, M10, B5, Par7, M11, M13, M14, M15.

M5, B2, B3 presenten similares documentos, con otras firmas.

M6, una sin firma.

existente entre ambos, pero todo hace pensar en una «dinastía burocrática», parecida a la de los Murcia de la Llana (cfr. notas 8 y 14).

⁷ El título coincide con el registrado en la *Tasa*. En el *Privilegio*, por el contrario, se habla de *Los trabajos de Persiles*. La diferencia entre el tal vez originario y el definitivo, sancionado por la impresión, no era infrecuente. En el caso del propio C., es casi seguro que el de las *NE*, en el ms. presentado a aprobación, continuaba con las palabras *de honestísimo entretenimiento*. Cfr., p. ej., Romero, «*NE*: Cuestiones ecdóticas. I. Los paratextos y *LGi*» (en *II CIDAC*: 539-540).

Dada en Madrid, a quince días del mes de diciembre de mil y seiscientos y diez y seis años.

El Licenciado Murcia de la Llana^{f,8}

EL REY⁸

Por cuanto por parte de vos, doña Catalina de Salazar, viuda de Miguel de Cervantes Saavedra, nos fue fecha relación que el dicho Miguel de Cervantes había dejado compuesto un libro intitulado *Los trabajos de Persiles*, en que había puesto mucho estudio y trabajo⁹, y nos suplicastes os mandásemos dar licencia para le poder imprimir y privilegio por veinte años, o como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la premática por nos últimamente fecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula

^f M1: *Licencado Murcia de la Llania*

⁸ Prescinden del *Privilegio* B1, V, P1, Bru, P2, B4, M7, M8, M9, M10, B5, Par7, M11, M13, M14, M15.

P1 y P2, L, Bru, M3, M5, B2, B3 presentan similares documentos con otras firmas.

M3, M6, sin firma.

⁸ RM (IV: 10) advierte que «este Licenciado Murcia de la Llana no es el mismo sujeto de tal nombre, corrector de la parte primera del *Quijote*, sino un deudo suyo, médico [...] Todavía no se acabó con él la casta de los pésimos correctores Murcia de la Llana, pues, fallecido el 24 de noviembre de 1639, le sucedió en el empleo su hijo don Francisco». Y luego —añado yo— un Ldo. Carlos Murcia de la Llana, activo aún en el tercer tercio del siglo. La errata que se le escapa al tipógrafo precisamente en el nombre del corrector oficial parece un justo castigo por los muchos desafueros cometidos a lo largo de tantos años de —discutible— actividad.

⁹ A primera vista, podría parecer que, al presentar su instancia para la publicación del *Persiles*, la viuda del escritor ha insistido en los particulares esfuerzos por éste dedicados a la composición del libro, con lo que la frase constituiría un curioso documento de la importancia que C. daba a esta obra. En realidad, se trata de una fórmula burocrática, repetida, con mínimas variantes, en todos los *privilegios* de la época.

para vos en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien¹⁰. Por lo cual os damos licencia y facultad para que, por tiempo de diez años primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la fecha della, vos, o la persona que vuestro poder hubiere, y no otro alguno, podáis imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención¹¹ por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin de Jerónimo Núñez de León, nuestro escribano de Cámara, de los que en él residen, con que, antes que se venda, lo traigáis ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, y traigáis fee en pública forma en cómo por corretor por nos nombrado se vio y corrigió la dicha impresión por su original¹².

Y mandamos al impresor que imprimiere el dicho libro no imprima el principio y primer pliego, ni entregue más de un solo libro, con el original, al autor o persona a cuya costa se imprimiere, y no otro alguno, para efeto de la dicha corrección y tasa, hasta que primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estando así, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho libro, principio y

¹⁰ Nos encontramos, una vez más, ante la repetición pasiva de un patrón. La pragmática aquí aludida es la publicada en 1554 por el Emperador y el Príncipe Felipe, perfeccionada por doña Juana, hija y hermana de los anteriores, en cuanto Gobernadora de Castilla, el 17 de septiembre de 1558 (cfr. A. G. de Amezúa, «Cómo se hacía un libro en el Siglo de Oro», en *Opúsculos histórico-literarios*, Madrid, CSIC, 1951, 3 vols, II: 334-335).

¹¹ Amezúa («Cómo se hacía...»: 342-346) habla de las varias posibilidades que se le ofrecían al autor de un libro para su publicación: pagarse él mismo los gastos de imprenta, encontrar un mecenas que los abonase o, en fin, vender el *privilegio* a un librero. La última solución era la más corriente —y la seguida siempre por C., con la excepción del VP, que vio la luz a costa de don Rodrigo de Tapia (cfr. AM, VII: 101). Doña Catalina de Salazar continúa esta práctica y vende el *privilegio* del *Persiles* a Juan de Villarroel, por una suma que ignoramos (AM, VII: 470-471).

¹² No será impertinente recordar que esta praxis comportaba la posibilidad de que un libro ya impreso, pero oficialmente todavía no publicado, pasara por bastantes manos y fuera, por tanto, objeto de referencias muy concretas, que suponen un conocimiento directo, no sólo «de oídas». Tal consideración ayuda a comprender ciertas «fugas de noticias», ciertas sorprendentes «coincidencias» entre obras en apariencia separadas entre sí por un margen de meses.

primer pliego, en el cual seguidamente se ponga esta licencia y privilegio, y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la premática y leyes de nuestros reinos que sobre ello disponen.

Y mandamos que, durante el tiempo de los dichos diez años, persona alguna, sin vuestra licencia, no le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere haya perdido y pierda todos^h y cualesquier libros, moldes y aparejos que del dichoⁱ libro tuviere y, más, incurra en pena de cincuenta mil maravedís, la cual dicha pena sea, la tercia parte, para la nuestra Cámara y, la otra tercia parte, para el juez que lo sentenciare y, la otra tercia parte, para la persona que lo denunciare.

Y mandamos a los del nuestro Consejo, Presidentes, Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillerías, y a todos los Corregidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios, y otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de nuestros reinos y señoríos, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula, y contra su tenor y forma no vayan ni pasen en manera alguna.

Fecha en San Lorenzo, a veinte y cuatro días del mes de setiembre de mil y seiscientos y diez y seis años¹³.

YO, EL REY

Por mandado del Rey, nuestro señor,
*Pedro de Contreras*¹⁴

^h M1: *didós*

ⁱ M1: *tocho*

¹³ La corte residía en San Lorenzo de El Escorial de primeros de septiembre a la «Pascua de Reyes».

¹⁴ La firma de Pedro de Contreras sigue apareciendo al pie de *privilegios* concedidos a finales de 1621. En el del *Orfeo* de Juan de Jáuregui, fechado el 26 de junio de 1624, consta la de Sebastián de Contreras. Casi seguramente nos encontramos ante otra «dinastía burocrática», como la de los Núñez de León o la de los Murcia de la Llana.

APROBACIÓN^j

Por mandado de Vuesa Alteza¹⁵ he visto el libro de *Los trabajos de Persiles*, de Miguel de Cervantes Saavedra, ilustrado^{k,16} hijo de nuestra nación y padre ilustre de tantos buenos hijos con que dichosamente la enobleció, y no hallo en él cosa contra nuestra Santa Fe Católica y buenas costumbres, antes muchas de honesta y apacible recreación, y por él se podría decir lo que San Jerónimo de Orígenes, por el comentario sobre los *Cantares*: *Cum in omnibus omnes, in hoc seipsum superavit Origenes*¹⁷, pues, de cuantos nos dejó escritos, ninguno es más ingenioso, más culto ni más entretenido; en fin, cisne de su buena vejez, casi entre los aprietos de la muerte cantó este parto de su venerando ingenio¹⁸. Éste es mi parecer. Salvo, etc.

^j La reproducen B1, Bru, M2, M3, M4, M5, M6, B2, B3, M7, NY, Par7, M16, B11, M23, AH.

B1, Bru añaden cada una otra nueva.

V, L sustituyen la de Valdivielso con una nueva.

Ply P2, con dos nuevas.

^k M1: *illustre*

¹⁵ Es el tratamiento que «se da al Consejo, en cuanto representante de la persona real» (Cov., a. v. *alteza*).

¹⁶ La -ll- etimológica latina de este y otros términos (*colloquio*, etc.), nunca pronunciada «a la castellana», constituía un toque de cultismo que a más de uno resultaba insoportable, precisamente por lo asistemático. Cfr., p. ej., P. Pedro Malón de Chaide, dedicatoria del *Libro de la conversión de la Magdalena*.

¹⁷ SA-RH y W-C traducen las palabras de San Jerónimo, sin más comentario. No indican que la cita es incorrecta, como hecha, con toda probabilidad, de memoria. El texto exacto es: *Origenes cum in caeteris libris omnes vicerit, in Cantico Canticorum ipse se vicit*. (Cfr., p. ej., Johannes Quasten, *Patrology*, Madrid, BAC, 1968-1973, 2.^a ed., 2 vols., I: 365.)

¹⁸ Acerca de este cansino lugar común, cfr. Erasmo, *Adagiarum chiliades libri quatuor*, Venetia, Aldo Manutio, 1520 (chil. I, 2, 55: con numerosos testimonios griegos y latinos) y Cov. (a. v. *cisne*: con los de Marcial y Ovidio). El Brocense no tiene la menor dificultad en demostrar la falsedad de la creencia tradicional (cfr. Antonio Gallego Morell, *Garcilaso y sus comentaristas*, Madrid, Gredos, 1972: 291). Lo mismo hará, pocos años después, F. de Herrera (*ibidem*: 519-520).

En Madrid, a nueve de setiembre de mil y seiscientos y diez y seis años.

*El Maestro Josef de Valdivieso*¹⁹

DE DON FRANCISCO DE URBINA^{1,20}

*a Miguel de Cervantes, insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos, a quien llevaron los Terceros de San Francisco a enterrar con la cara descubierta, como a Tercero que era*²¹.

EPITAFIO

Caminante, el peregrino
Cervantes aquí se encierra:
su cuerpo cubre la tierra,

¹ Reproducen la décima B1, V, P1, Bru, M2, M3, P2, M5, M6, B2, B3, M7, M10, B5, Par 7, M11, M12, M13, M14, M15, M16, B11, M23, AH.

¹⁹ J. de Valdivieso (o Valdivielso) nació en Toledo, entre 1560-1565, y murió en Madrid, el 12 de junio de 1638. Capellán del cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas, fue poeta de corte tradicional y amigo íntimo de Lope de Vega, pero —cabe decir— al mismo tiempo admirador de C. En la *aprobación* al *VdP* había escrito que «es obra conforme a las que del mismo autor honran la nación y celebra el mundo» y, en la de la II parte del *Quijote*, que «es obra muy digna de su grande ingrenio, honra y lustre de nuestra nación». Ahora, en la del *Persiles*, extrema los elogios. Conviene, sin embargo, tomar estos textos preliminares por razonados juicios de valor. Si el *prólogo* se ha podido considerar un auténtico «género literario» (cfr., para la literatura española de los Siglos de Oro, la monografía y las antologías de A. Porqueras Mayo), poco menos cabe hacer con la *aprobación*. Una de cuyas características es, sin duda, la fuerte, casi irreprimible tendencia a la hipérbole encomiástica.

²⁰ Sobrino de doña Isabel de Urbina, primera mujer de Lope de Vega. Junto con su hermano don Martín, fue evocado por «el Fénix» en *El Laurel de Apolo* (cfr. AM, VII: 465-466). Añadiré, por mi cuenta, otro elogio de su pariente político, contenido en el romance para los «premios de la justa poética en la canonización de San Isidro» (OS, XII: 402).

²¹ C. había ingresado como novicio en la orden tercera franciscana en 1613. El 2 de abril de 1616, «sábado santo», pronunció los votos definitivos. La ceremonia tuvo lugar en casa del escritor.

no su nombre, que es divino.
En fin, hizo su camino,
pero su fama no es muerta,
ni sus obras, prenda cierta
de que pudo, a la partida
desde ésta a la eterna vida,
ir la cara descubierta.

A EL SEPULCRO DE
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA^m,

ingenio cristiano, por Luis Francisco Calderón²²

SONETO

En este, ¡oh caminante!, mármol breve,
urna funesta, si no excelsa pira,
cenizas de un ingenio santas mira,
que olvido y tiempo a despreciar se atreve.

No tantas en su orilla arenas mueve
glorioso el Tajo cuantas hoy admira
lenguas la suya, por quien grata aspira
a el lauro España que a su nombre debe.

Lucientes de sus libros gracias fueron,
con dulce suspensión, su estilo grave,
religiosa invención, moral decoro.

A cuyo ingenio los de España dieron
la sólida opinión que el mundo sabe
y, a el cuerpo, ofrenda de perpetuo lloro.

^m Reproducen el soneto V, P1, Bru, M2, M3, P2, M5, M6, B2, B3, M7, M10, B5, Par7, M11, M12, M13, M14, M15, M16, B11, M23, AH

²² Dejándose llevar por la fantasía, AM (VII: 465) asegura que este Luis Francisco Calderón es el mismo «estudiante pardal» que aparecerá dentro de un momento, en el *Prólogo al lector*. En realidad nada sabemos de él, salvo que en 1625 era «clérigo presbítero» (467).

A DON PEDRO FERNÁNDEZ DE CASTROⁿ

*Conde de Lemos*²³, *de Andrade, de Villalba; Marqués de Sarria*^{o,24}; *Gentilhombre de la Cámara de su Majestad*²⁵; *Presi-*

ⁿ No reproducen la dedicatoria M5, M6, B2, B3, M9, B4, B6, B7, B8.

Par1 la sustituye con un *Advertissement* al lector.

Entre las trads., prescinden de ella Par2, Par3, Lon1, Ven1, MBNL1, MBNL2, Par4, Lon2, Lud y H.

^o M13, M18, B11, S y AH: *Sarriá*

BA1: *Sarria*

²³ Al séptimo conde de Lemos (1576-1622), C. había dedicado ya las *NE* (1613), las *OCom* (1615) y la II Parte del *Quijote* (1615). Cfr. Alfonso Pérez Pardo de Villena, marqués de Rafal, *Un meeenas del siglo XVII: el Conde de Lemos*, (Madrid, Impr. Jaime Rates Martín, 1911) y los arts. de Azorín, «Una noble indignación» en *OC* (Madrid, Aguilar, II [1944]: 946-951), «Lemos y C.», en *Los valores literarios* (cfr. *OC*, II [Madrid, Aguilar, 1959²]: 946-951) y «El Conde de Lemos», en *Con permiso de los cervantistas* (en *OC*, IX [1963²]: 302-304). La ayuda del titulado a C. podría haber consistido en una pensión fija.

El parentesco con el omnipotente privado de Felipe III, el duque de Lerma (de quien era sobrino y yerno), le valió, en 1610, el nombramiento de virrey de Nápoles, donde residió de 1611 a 1616. Fue protector de artistas y hombres de letras (como Lope de Vega, los Argensolas, etc.). Él mismo tradujo a Claudiano y compuso una comedia hoy perdida: *La casa confusa*.

²⁴ Se tratará de «descuido» del impresor o de ultracorrección no del todo consciente, por parte del responsable de la ed. En efecto, resulta difícil de creer que especialistas confundan *Sarria*, lugar en la actual provincia de Lugo y cabeza del marquesado, con la localidad de *Sarriá*, hoy englobada en la gran Barcelona. Y, sin embargo, la confusión ocurre más de una vez, donde menos lo esperamos.

Don Pedro Fernández de Castro usó este título desde la conclusión de sus estudios, y con él «empezó a conocerse en el ambiente literario, principalmente madrileño», desde los últimos años del Quinientos (cfr. Joaquín de Entrambasaguas, «Una guerra literaria del Siglo de Oro» [cito por la 2.^a ed., *Estudios sobre Lope de Vega*, Madrid, CSIC, 1967]: I, 488, nota). Tan sólo en 1601, a la muerte de su padre, don Fernando Ruiz de Castro, se convirtió en conde de Lemos, título principal de su linaje.

²⁵ A propósito de este codiciado empleo y de las diferencias existentes en el mismo, a partir de la posesión o no de la llave y de su uso, efectivo o sólo teórico, cfr. François Bertaut, *Voyage d'Espagne* [1659], ed. de F. Cassan, en *RH*, XLVII (1919): 202.

dente del Consejo Supremo de Italia²⁶; Comendador de la Encomienda de la Zarza, de la Orden de Alcántara²⁷

Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan:

Puesto ya el pie en el estribo,

quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras las puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo^{p,28}.

^p A partir de M7 se destacan como versos los tres de las *coplas antiguas*. A partir de M16, se evidencia también como verso la primera alusión a las coplas.

²⁶ Acerca de la organización y funciones de dicho Consejo, cfr., p. ej., *Voyage fait par Barthélemy Joly, Conseiller et Aumonier du Roy, en Espagne, avec M. Boucherat, Abbé et general de l'Ordre de Cisteaux (1603-1604)* (ed. de L. Barrau-Dihigo, en *RH*, XX [1908]: 459-618). La orden de Alcántara reunía a los miembros de la «nobleza antigua»; la de Calatrava, a los de la «nueva»; la de Santiago seguía siendo la militar por excelencia. (Cfr. Elena Postigo Serrano, *Honor y privilegio en la corona de Castilla. El Consejo de las Órdenes y los Caballeros de Hábito en el siglo XVII*, Madrid, Junta de Castilla-León, 1988: 194-195; cito de Angelantonio Spagnoletti, *Principi italiani e Spagna nell'età barocca*, Milán, Bruno Mondadori, 1996: 211.)

²⁷ Las encomiendas de las órdenes militares constituían (siempre por el honor y con frecuencia por los ingresos que comportaban) una recompensa codiciada por la nobleza española. François Bertaut nos ha dejado una curiosa relación de las rentas anuales devengadas por cada unas de ellas (*op. cit.*, 272). A juzgar por esos datos, la de la Zarza (en Extremadura) era «de poca satisfacción», al menos desde el punto de vista pecuniario.

²⁸ En los libros del Siglo de Oro, las citas solían estar enmarcadas por dos puntos; las en verso, además, no se solían distinguir de la prosa.

C. recuerda —y varía, conscientemente— una quintilla muy difundida a finales del siglo XVI y aun más adelante: «Puesto ya el pie en el estribo, / con las ansias de la muerte, / señora, aquesta os escribo: / pues partir no puedo vivo, / cuánto más volver a verte». Cfr. Raymond Foulché-Delbosch, «Puesto ya el pie en el estribo», en *RH*, VI (1899): 319-321; León Medina, «Otra glosa de *Puesto ya el pie en el estribo*», en *RH*, XV (1899): 507-508; de nuevo Foulché-Delbosch, «Deux gloses de *Puesto ya el pie en el estribo*» en VIII (1901): 312, y, en fin, S-B, AA y SA-RH. Por mi cuenta,

Ayer me dieron la estremaunción y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir. Y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies a Vuesa Excelencia, que podría ser fuese tanto el contento de ver a Vuesa Excelencia bueno en España, que me volviese a dar la vida²⁹. Pero, si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos y, por lo menos, sepa Vuesa Excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle que quiso pasar aun más allá de la muerte mostrando su intención.

Con todo esto, como en profecía, me alegro de la llegada de Vuesa Excelencia, regocíjome de verle señalar con el dedo y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de Vuesa Excelencia³⁰.

Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de *Las semanas del jardín*³¹ y del *Famoso Bernardo*³². Si, a di-

²⁹ M13: *ellas el fin*

añadiré que también aparece registrada, con glosa, en el *Cancionero de Sommaia* (Florenia, Biblioteca Nazionale Centrale, Ms. Classe VII, 353, núm. 153, fol. 92 r.a.) y en *El príncipe perfecto*, de Lope de Vega (Parte I, acto II).

²⁹ C. no volvería a ver al conde, el cual, desembarcado en Barcelona tan sólo en el mes de julio, no llegó a Madrid hasta agosto.

³⁰ Una frase parecida ocurre también en la dedicatoria de *LG* (por la ed. de Francisco López Estrada y María Teresa López García-Bedoy, Madrid, Cátedra, 1995) a Ascanio Colonna, escrita en 1585.

³¹ C. había aludido a *Las semanas del jardín* en el prólogo de las *NE* y en la dedicatoria de las *OCom*. A juzgar por el título, las *Semanas* habrían podido constituir una colección de novelas cortas, ligadas entre sí, al modo del *Decamerón*, por una tenue trama externa o bien por un simple «marco». En 1874, Adolfo de Castro (*Varias obras inéditas de C. sacadas de códices de la Biblioteca Colombina...*, A. de Carlos e Hijo, 1874: ix-xxxv) publicó, como un fragmento de dicho libro, cierto «Diálogo de Sillenia y Selanio sobre la vida del campo», pero la atribución no llegó a cuajar entre los especialistas. El diálogo ha sido recientemente reeditado y reatribuido por Daniel Eisenberg. Reacio a aceptar la paternidad cervantina se muestra C. Romero (en *Il confronto letterario*, VII [1990]: 219-221); no duda en hacerlo, por el contrario, Antonio Cruz Casado (en *Angélica*, 2 [1991]: 239-248).

³² Resulta algo más difícil hacer conjeturas en torno al *Bernardo*. ¿Era —o, mejor, habría podido llegar a ser— una novela larga, tal vez de tipo «cortesano»? ¿Se trataba de una tentativa (anterior o posterior a la constituida, a su manera, por el propio *Persiles*) de «poema heorico en prosa», en esta

cha, por buena ventura mía (que ya no sería ventura, sino milagro), me diese el cielo vida, las verá y, con ellas, fin^a de *La Galatea*, de quien se está aficionado Vuesa Excelencia.

Y con estas obras, continuando mi deseo, guarde Dios a Vuesa Excelencia como puede.

De Madrid, a diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años³³.

Criado de Vuesa Excelencia,
*Miguel de Cervantes*³⁴

PRÓLOGO^r

Sucedió, pues, lector amantísimo, que, viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso (una, por sus ilustres linajes y, otra, por sus ilustrísimos vinos)³⁵, sentí que a mis espaldas venía picando con

^r No lo reproducen M14, B6, B7, B8.

Lo saltan también todas las trads. anteriores a A, más H y Par5.

oportunidad dedicado a tratar una materia que, para la época, eran tan histórica como legendaria: las gestas del Bernardo más «famoso» de España, el del Carpio? El lector es dueño de fantasear a su gusto. Como (al precisar ciertos detalles) hace D. Eisenberg en «El Bernardo de Cervantes fue su libro de caballerías (en *ACer*, XXI [1983]: 103-117).

³³ Tan sólo las NE, la II Parte del *Quijote* y el *Persiles* llevan dedicatoria fechada, de todas las obras publicadas por C. El cual moriría el 22, sábado, «no el 23, como erróneamente ha sido creído», según escribe AM (VII: 458). El error derivaría del hecho de que «todas las fes de entonces, ahora llamadas de muerte, lo son en cambio de entierro».

³⁴ En los documentos autógrafos, o al menos con firma autógrafa, C. siempre escribió *Cervantes*. Como se ve, las infidelidades tipográficas, las «normalizaciones» —en este caso, de tipo etimológico— no salvan ni siquiera el signo caligráfico más peculiar de una persona.

³⁵ C. escribe siempre *illustre(s)*. Tras haberlo indicado, yo simplifiqué —también sistemáticamente— la doble -ll- (cfr. nota 16).

Al vino de Esquivias alude C. en *CdP* y *LCS*. Acerca de sus cualidades y prestigios, cfr., p. ej., A. G. de Amezúa, ed. crít. de *CE* y *CdP* (Madrid, Bailly-Baillière, 1912), nota 244.

Cuanto a los linajes, es ésta la única alusión en todo el *corpus* cervantino. ¿De veras elogiosa? ¿No matizada, en cambio, de una maliciosa ironía? Del socarrón artista podríamos esperármolo, desde luego. «Quienes, en 1576,

gran prisa uno que, al parecer, traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró, dándonos voces que no picásemos tanto. Esperámosle y llegó sobre una borrica un estudiante pardal³⁶, porque todo venía vestido de pardo: antiparas³⁷, zapato redondo³⁸ y espada con contera, valona bruñida³⁹ y con trenzas iguales⁴⁰; verdad es no traía mas de dos, porque se le venía a un lado la valona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla. Llegando a nosotros, dijo:

—¿Vuestas mercedes van a alcanzar algún oficio o prebenda a la corte, pues allá está Su Ilustrísima de Toledo⁴¹ y

³ A partir de M10, todas las eds. traen *antiparras*, a excepción de Par6, M13, M16, *PECP* y AH.

informaban acerca de Esquivias en las *Relaciones topográficas*, compuestas por orden de Felipe II, dicen haber 37 hijosdalgo en aquel lugar, pero aquellos informantes 'no sabrían explicar claramente, de los más dellos, por qué razón tienen aquellas armas y blasones' (AM, III: 400). Los linajes de Esquivias (abundante en confesos) «eran tan famosos para C. como los del Toboso (lleno de moriscos)», escribe Castro en *CCE* (168).

³⁶ *pardal* significa, por un lado, 'pueblerino' (ya que de pardo solía vestir la gente de las aldeas) y, por ende, 'humilde', 'de poca importancia'; por otro, 'bellaco, astuto' (*DA*).

³⁷ *antipara*. C. se refiere a aquellas 'polainas de cuero o paño que cubren las piernas y el pie tan sólo por la parte de delante' y que eran muy usadas por los campesinos, pastores y, por lo general, aldeanos, no sólo para segar, como en cambio precisan los diccionarios del siglo XVII (cfr. *TL*). El vocablo ocurre en *LG* (IV) y en un conocido pasaje de *RyC*.

El error «latente» en la confusión entre *antiparas* y *antiparras* se manifiesta, sin el menor lugar a dudas, en algunas traducciones. Así Par3 y Par8 entienden —malamente— *lunettes*; N, F y M11, *occhiali*.

³⁸ «Porque el puntiagudo era propio de lindos», anotan SA-RH, aduciendo un testimonio de Salas Barbadillo. Cierto, pero, en nuestro caso, mucho más oportuno parece recordar que el zapato redondo era muy propio del campesino, del «aldeano». Como demuestra el estudiante pardal. EL mismo C. lo pone en evidencia en *LG* (III: 338): «A esta sazón salió el rico pastor Daranio a la serrana vestido. Traía (...) antiparas azules, zapato redondo...»

³⁹ *valona*. 'Cuello grande y vuelto sobre la espalda, hombros y pechos' (*DA*). Cfr. *Quijote*, II, 18; *Adjunta* al *VdP* y *RyC*.

⁴⁰ La valona se cosía a la camisa o bien se sujetaba por medio de cuerdas trenzadas o de tiras de lienzo, llamadas *cabezones*.

⁴¹ A su cargo de arzobispo de Toledo, el cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas (1546-1618) unía el de presidente del Supremo Consejo de la Inquisición, con residencia en Madrid. Era tío del duque de Lerma y familiar del conde de Lemos. Como este último, fue generoso protector de

Su Majestad, ni más ni menos, según la priesa con que caminan? Que en verdad que a mi burra se le ha cantado el víctor⁴² de caminante más de una vez.

A lo cual respondió uno de mis compañeros:

—El rocín del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algoqué^{t,43} pasilargo.

Apenas hubo oído el estudiante el nombre de Cervantes cuando, apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cojín⁴⁴ y allí el portamanteo⁴⁵ (que con toda esta autoridad caminaba), arremetió a mí y, acudiendo asirme^{u,46} de la mano izquierda, dijo:

—¡Sí, sí, éste, éste es el manco sano; el famoso todo⁴⁷, el escritor alegre y, finalmente, el regocijo de las Musas!

^t M1, P1, P2, M16, M23: *algo que*; AH: *algo qué*

^u A partir de P2, todas los eds. leen *acudiendo a asirme*, con excepción de M4, M16, M17, Z, BA1, A1, BA2, B10, B11, S, PECP y AH.

C. (el Marqués de Rafal, *Un mecenas...* [264], habla de una pensión fija), pero tales mercedes llegaron, por desgracia, muy tarde. Una emocionada referencia a los dos benefactores se encontrará en el prólogo a la II Parte del *Quijote*. Cfr. la monografía de Rafael Láinez Alcalá, *Don Bernardo de Sandoval y Rojas, protector MC. (1546-1618)*, Salamanca, Anaya, 1958 y AM (VII: 251 y 305-307).

⁴² *víctor* (lat. '*vencedor*'), o bien su variante *vítor* (hoy aún, relativamente, en uso, como el verbo *vitorear*) equivalían a nuestro 'viva'. Era palabra corriente en los ambientes universitarios, donde se aplicaba al ganador de una cátedra y, por extensión, andando el tiempo, también al nuevo doctor. De los claustros universitarios, el término pasó a los corrales de comedias.

⁴³ Para *algoqué* (= 'algún tanto, un poco'), cfr. S-B, más RM (IV: 125-126).

⁴⁴ *cojín* = 'bolsa de viaje'. Cfr. AA, «Tres notas al *Quijote*» (en *NRFH*, I [1947]): 86-87. De todos modos, el propio C. se autocomenta en cierto pasaje de *LIF*.

⁴⁵ *portamanteo*. 'Manga' o 'maleta' (entendida como 'bolsa larga de cuero, cerrada por la boca con un candado') y, por tanto, casi sinónimo de 'cojín'. Es frecuente encontrar el término precisamente en compañía de los aquí citados.

⁴⁶ Primer caso registrado en el *Persiles* de *a* (preposición) «embebida» en la *a-* (en ocasiones, también *ha-*) inicial de la palabra siguiente. Es cosa frecuente en el castellano escrito de la época.

⁴⁷ Roger Garaudy (*La poesía vivida: Don Quijote*, Córdoba, El Almendro, 1989: 13) entiende este clarísimo sintagma en los siguientes —abusivos— términos: «C. evoca a un estudiante que le saluda llamándolo el 'Todo'. 'Todo' es la única patria de Don Quijote, su título de nobleza es servirle, su fe ser responsable de todos y del Todo...»

Yo, que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder a ellas y, así, abrazándole por el cuello (donde⁴⁸ le eché a perder de todo punto la valona), le dije:

—Ése es un error donde han caído muchos aficionados ignorantes. Yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna^v de las demas baratijas que ha dicho⁴⁹. Vuesa merced vuelva a cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversación lo poco que nos falta del camino.

Hízolo así el comedido estudiante; tuvimos algún tanto más las riendas y, con paso asentado⁵⁰, seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento, diciendo:

—Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará⁵¹ toda el agua del mar Oceano⁵² que dulcemente se bebiese.

^v M1: *ninguno*

⁴⁸ *donde*. Tenía en español preclásico y clásico valores explicativos, consecutivos, instrumentales, causales, finales..., que el moderno y contemporáneo ha perdido, a causa del énfasis dado al locativo. A lo largo del *Persiles* se irán presentando ejemplos muy variados de cuanto acabo de decir. Aquí bastará recordar, p. ej., sendos testimonios de la *Celestina* (actos II y VI) y Juan de Jáuregui («Paráfrasis del Salmo 136»).

⁴⁹ La respuesta de C. a su admirador se suele interpretar como un nuevo indicio de la desencantada sencillez del autor. No ha faltado, sin embargo, quien justamente ha reconocido en ellas una tentativa de protesta por parte del creador consciente de la «seriedad» de su propia obra, en relación con cuantos la reducían a la dimensión del puro *divertimento*, falto de cualquier instancia trascendental. Cfr., p. ej., Sebastián Juan Arbó, *Cervantes*, Barcelona, José Janés, 1951: 435.

⁵⁰ Cfr. Lope de Vega, *El hijo de la Iglesia* (cito de VLV): «Tiempo, asienta un poco el paso, / que has hecho trote el portante».

⁵¹ La tradición es unánime, pero C. habría podido escribir *sanara*, no *sanará*, forma que se repite poco más adelante y que cabe suponer ha influido en la composición tipográfica de la presente.

⁵² En la época de C. era raro el autor que usaba inequívocamente la forma etimológica *océano* (casi siempre debido a motivos de rima o ritmo). En general se pronunciaba como palabra llana. (Poco prueban los testimonios registrados en el VC; cfr., en cambio, VLV, donde no faltan buenos ejemplos de *océano* debido evidentemente a los citados motivos rítmicos.) En los Siglos de Oro era frecuente, incluso, escribir *oceano*, como todavía lamenta DA. (Así hace el propio C., o el tipógrafo, en LG [I: 103, por la ed. de AA, Madrid, Espasa-Calpe, 1987] y en ECE.)

Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará, sin otra medicina alguna.

—Eso me han dicho muchos —respondí yo—; pero así puedo dejar de beber a todo mi beneplácito, como si para sólo eso hubiera nacido⁵³. Mi vida se va acabando, y, al paso de las efeméridas^{w,54} de mis pulsos (que, a más tardar, acabarán su carrera este domingo), acabaré yo la de mi vida⁵⁵. En fuerte punto ha llegado vuesa merced a conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido a la voluntad que vuesa merced me ha mostrado.

En esto llegamos a la puente de Toledo, y yo entré por ella y él se apartó a entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decilla y yo mayor gana de escuchalla⁵⁶.

^w Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, M18, M21, BA1, BA2, M22, M23: *efemérides*

⁵³ Cubrir incluso demasiadas cosas con esta genérica declaración (*hidropesía*) era cosa normal en la época. Para AM (VII: 448-449), la dolencia de C. era diabetes. El doctor Álvarez Sierra, en un art. publicado en la *Hoja del Lunes* de Madrid (24 de abril de 1972) se inclina por la versión del doctor Sánchez Ocaña, formulada a principios del siglo: cirrosis hepática, «con el complejo síndrome terminal de disnea, estertores, sed insaciable, ansiedad, convulsiones y sopor comatoso». En fin, Maurice Molho (B, 1994) opina que aquí se trata de una dolencia «vraisemblablement d'origine tuberculeuse ravageant un organisme peut-être miné par l'alcool».

⁵⁴ *efeméridas*. Los diccionarios se limitan a dar, junto a la forma más difundida [*efemérides*], la variante *efeméride*, pero en la literatura de la época no faltan testimonios de la usada por C. Cfr. *PECP* (86), con textos de Lope de Vega. Las *efemérides* (o *efeméridas*) son «los cómputos de los movimientos celestes, que por tablas cuentan los movimientos del día, en los cuales se gobiernan los astrólogos» (Cov.).

⁵⁵ C., pues, consultando «el libro de las revoluciones de sus pulsos», pronostica (como los astrólogos, y con una precisión extraordinaria) el inminente acabamiento de su vida.

⁵⁶ Tras una primera conclusión, C. parece haberse arrepentido. La evidente falta de lima de casi todo el *Persiles*, y más aún de estos «paratextos autoriales» (verdaderas *ultima verba* del autor), explican la incongruente reiteración de la despedida.

Tornéle a abrazar, volvióseme a ofrecer^{x,57}, picó a su burra y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien^{y,58} había dado gran ocasión a mi pluma para escribir donaires, pero no son todos los tiempos unos. Tiempo vendrá, quizá, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que sé convenía.

¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos! Que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida⁵⁹.

^x M1, B1, V, Par1, Bru: *voluióseme ofrecer*

^y M1, P1, P2, M16, B9, M17, M18, M21, BA1, BA2, M22, B10, B11, M22, M23, AH: *burra, a quien*

⁵⁷ S-B escriben que «a pesar de algunos casos en que *volver* toma el infinitivo sin mediar la preposición *a* (*los volvió anudar*) [fol. 90 v., 9], no nos parece caso análogo el de un infinitivo que no empiece con *a*». No lo es, con toda evidencia. Aquí se trata de una letra saltada, que debe ser añadida.

⁵⁸ En teoría, el *quien* puede ser referido tanto al estudiante como a la burra (en la época, este pronombre relativo no era exclusivamente «personal»), pero del contexto parece desprenderse que el antecedente es la caballería, no el que la monta.

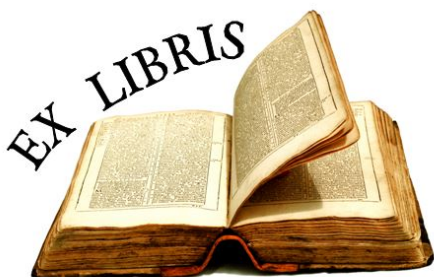
La lección de M1 me parece estragada. Adopto, pues, la mínima enmienda de M5.

⁵⁹ Si bien se mira, la formulación del «deseo» por parte de C. contiene todos los elementos para preocupar a más de un lector-amigo supersticioso, que habrá tocado madera, hierro o lo que fuere.

En su ed. de *El pasajero* (Madrid, Aguilar, 1945), Justo García Morales nota que el malicioso Suárez de Figueroa parece aludir precisamente a C. cuando (en el «alivio» II), escribe: «No sé qué tiene la pluma de aduladora, de hechicera, que encanta y liga los sentidos luego que se comienza a ejercitar. Arráigase este afecto en el alma: un librico después de otro, y sea de lo que fuere. [...] Dura en no pocos esta flaqueza hasta la muerte, haciendo prólogos y dedicatorias a punto de expirar. Dios nos libre de tanta desdicha.»

¿Constituye el bellissimo prólogo la relación de un viaje realmente llevado a cabo por el casi moribundo C. o se trata, en cambio, de una ingeniosa ficción, con dimensiones claramente simbólicas? Por relato auténtico lo tienen Azorín («Al salir del olivar», en *Pensando en España* [ahora en OC, V, Madrid, Aguilar, 1960: 953] y en «Epílogo», *op.* y vol. cit.: 1082-1083), más AM (VII: 448-449). Por la ficción se declaran en cambio Ramón León Mainez («C. y su época. Educación y adolescencia de C.», en *La España moderna*, XII [septiembre de 1906], núm. 141: 98-113) y Mack Singleton (C, 1947: donde en el «estudiante pardal» se reconoce al mismísimo autor, joven). Alban K. Forcione (C, 1970: 157-158) propone una fecunda síntesis de ficción y alegoría.

Libro primero
de la historia de los trabajos
de Persiles y Sigismunda^a



^a M2, M7, M8, B5, Par6, M11, M12, M14, Vall, M15, B6, B7, B8: *TRABAJOS DE*

B2, B3, B4, M9 (más MBNL1 y MBNL2): *HISTORIA DE LOS TRABAJOS DE*

B5: *PÉRSILES*

M15: *PERSÍLES*

B9: *SEGISMUNDA*

CAPÍTULO PRIMERO^{a,1}

Voces daba el bárbaro Corsicurvo^{b,2} a la estrecha boca de una profunda mazmorra, antes sepultura que prisión de muchos cuerpos vivos que en ella estaban sepultados, y, aunque su terrible y espantoso estruendo cerca y lejos se escuchaba, de nadie eran entendidas articuladamente las razo-

^a Sin título en M1, como otros ocho del libro I, siete del libro II, todos los del libro III (a excepción del segundo y del tercero) y todos los del libro IV (a excepción del doce). M5 colma estas «lagunas». Todas las eds. posteriores reproducen dichos títulos no cervantinos, con las excepciones de M7, M8, NY, Par6, M16, B9, M17, M18, Z, M21, B10, B11, M23, PECP, AH.

M5 y seguidoras: *Sacan a Periandro de prisión; échanle al mar en una balsa; corre tormenta y es socorrido de un navío*

^b M1 y toda la tradición: *Corsicurbo*

¹ El *Persiles* no empieza *ex ovo* (como el *Quijote* y casi todas las NE), sino *in medias res* (como *LGi* o *EAL*). C. hace aquí suya (¿por primera, segunda o tercera vez?) una fórmula narrativa de rancio prestigio (Homero, Virgilio, Heliodoro...), exaltada, además, en un nivel teórico, por numerosos tratadistas de poética del siglo xvi, entre los que se destaca uno al menos por él conocido con certeza: Alonso López, el Pinciano. Antípoda del libro «que se escribe solo», del libro —siquiera a primera vista— «poco construido», «sin plan» (¿cuántas veces se ha dicho esto de la I Parte del *Quijote*... y hasta de la II?), la *Historia septentrional* no sólo no disimula, sino que ostenta una fuerte voluntad de perfección formal. Tan constante, tan inequívoca, que no se deja ofuscar por los descuidos de detalle —numerosos, por cierto, como tendremos ocasión de ir comprobando.

² No veo por qué razón se ha de conservar el *Corsicurbo* de M1. C. (ya lo he dicho: cfr. *Prólogo*, nota 34) escribía su apellido con *-b-*, pero nosotros usamos normalmente la forma etimológica, con *-v-*. Para colmo, los *curbo(s)* y *curba(s)* de las *principes* cervantinas (cfr., p. ej., VC) hace mucho que se transcriben con *-v-*.

nes que pronunciaba sino de la miserable Cloelia³, a quien sus desventuras en aquella profundidad tenían encerrada.

—Haz, ¡oh Cloelia! —decía el bárbaro—, que, así como está, ligadas las manos atrás, salga acá arriba, atado a esa cuerda que descuelgo, aquel mancebo que habrá dos días que te entregamos. Y mira bien si, entre las mujeres de la pasada presa, hay alguna que merezca nuestra compañía y gozar de la luz del claro cielo que nos cubre y del aire saludable que nos rodea.

Descolgó en esto una gruesa cuerda de cáñamo y, de allí a poco espacio, él y otros cuatro bárbaros tiraron hacia arriba; en la cual cuerda, ligado por debajo de los brazos, sacaron asido fuertemente a un mancebo, al parecer⁴ de hasta diez y nueve o veinte años, vestido de lienzo basto, como marinero, pero hermoso sobre todo encarecimiento. Lo primero que hicieron los bárbaros fue requerir⁵ las esposas y cordeles con que a las espaldas traía ligadas las manos; luego le sacudieron los cabellos, que, como infinitos anillos de puro oro, la cabeza le cubrían; limpiáronle el rostro, que cubierto de polvo tenía, y descubrió una tan maravillosa hermosura que suspendió y enterneció los pechos de aquellos que para ser sus verdugos le llevaban. No mostraba el gallardo mozo en su semblante género de aflicción alguna; antes, con ojos al parecer alegres, alzó el rostro y miró al cielo por todas partes y, con voz clara y no turbada lengua, dijo:

³ Para S-B (xxxvi), este nombre «recuerda el romance 'Cloelia, virgen romana' del *Coro febeo* de Juan de la Cuesta (Sevilla, 1587)». Sin duda, pero ello no implica segura relación de causa y efecto entre el poeta sevillano y C. En realidad, *Cloelia*, a la latina, en vez del *Clelia* (presente, p. ej., en Gregorio Hernández de Velasco, trad. de la *Eneida* [1555], VIII, 1312), es la única forma registrada en todas las traducciones de las *Décadas* de Tito Livio (2, 13, 6) anteriores a 1616 que he podido consultar, con la excepción del «pie» de un grabado de la de Toledo de 1616 (versión de Fray Pedro de Vega). *Cloelia* dice también, p. ej., Lope de Vega, en *La Jerusalén conquistada* (II, oct. 123) y en *La Dorotea* (acto I, esc. 5).

⁴ *al parecer* (= 'por lo que se veía, por el aspecto') constituye un auténtico tranquilo cervantino, muy característico de su técnica narrativa, en más de un sentido «comportamentista».

⁵ *requerir*. Aquí, 'examinar, controlar, probar'.

Gracias os hago⁶, ¡oh inmensos y piadosos cielos!, de que me habéis traído a morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos oscuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran. Bien quería yo no morir desesperado⁷, a lo menos porque soy cristiano, pero mis desdichas son tales que me llaman y casi fuerzan a desearlo.

Ninguna destas razones fue entendida de los bárbaros, por ser dichas en diferente lenguaje que el suyo, y, así, cerrando primero la boca de la mazmorra con una gran piedra y cogiendo al mancebo, sin desatarle, entre los cuatro⁸ llegaron con él a la marina, donde tenían una balsa de maderos, y atados^c unos con otros con fuertes bejucos y flexibles mimbres⁹. Este artificio les servía, como luego pareció,

^c M5, M6, B2, B3, B4, M9, M12: *maderos, atados*

⁶ *hacer gracias* (hoy diríamos *dar gracias*) es continuación de la fórmula latina *gratias agere*. Cuando hoy decimos *acción de gracias*, en la época de C. se usaba preferentemente *hacimiento de gracias*.

⁷ *morir desesperado* (o *desesperarse*) = 'matarse a sí mismo', 'suicidarse'.

⁸ Rafael Osuna (C, 1972: 78) nota el descuido de C., que ahora habla de *los cuatro* [bárbaros], después de haber dicho hace un momento que eran *cinco*, contando a Corsicurvo.

⁹ Las balsas no parecen, a primera vista, el medio de transporte más adecuado, siquiera sea entre islas vecinas, para los duros mares septentrionales. Por lo que se refiere al término usado por C., hay que decir enseguida que se halla atestiguado mucho antes de 1492, si bien es verdad que, más tarde, fue también aplicado muy a menudo a las parecidas embarcaciones usadas por ciertos aborígenes americanos (cfr. *DCELC*). Es de todos modos «excesivo» pensar en una sola fuente y, más aún, pretender que lo sean precisamente los *Comentarios reales* de Garcilaso de la Vega, el Inca (1609), como hacen S-B (xxvii-xxix). Para ellos, se trataría del pasaje III, 16, donde Garcilaso ilustra las distintas invenciones de los peruanos para atravesar los ríos.

Lo mismo se puede decir en relación con *bejuco* y con *mimbres*. El Inca, que usa con frecuencia *mimbre*, no recurre nunca, en cambio, a *bejuco*, término de origen caribe, no peruano (ni aniquila el razonamiento el hecho de que sí la emplee —por analogía del objeto, no por identidad del término— un autor como Pedro Cieza de León, activo medio siglo antes que Garcilaso, en su *Parte primera de la crónica del Perú* (X).

No será del todo inútil recordar al menos una de las numerosas descripciones de balsas usadas en el mar, no ya en los ríos, debida a un

de bajel¹⁰, en que pasaban a otra isla que no dos millas o tres de allí se parecía. Saltaron luego en los maderos y pusieron en medio dellos, sentado, al prisionero y luego uno de los bárbaros asió de un grandísimo arco que en la balsa estaba y, poniendo en él una desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal¹¹, con mucha presteza le flechó y, encarando al mancebo, le señaló por su blanco, dando señales y muestras de que ya le quería pasar el pecho. Los bárbaros que quedaban asieron de tres palos gruesos, cortados a manera de remos y el uno se puso a ser timonero y, los dos, a encaminar la balsa a la otra isla. El hermoso mozo, que por instantes esperaba y temía el golpe de la flecha amenazadora, encogía los hombros, apretaba los labios, enarcaba las cejas y, con silencio profundo, dentro en su corazón pedía al cielo, no que le librase de aquel tan cercano como cruel peligro, sino que le diese ánimo para sufrirlo. Viendo lo cual el bárbaro flechero, y sabiendo que no había de ser aquél el género de muerte con que le habían de quitar la vida, hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazón, no quiso darle dilatada muerte teniéndole siem-

autor que recurre también a *bejuco*, si bien en otros lugares de su propia obra. Es éste el caso, p. ej., de Francisco López de Gómara, *Primera y segunda parte de la historia general de las Indias* (por la ed. de Enrique Vedia en BAE, XXII: 226b), capítulo dedicado a «La guerra que Francisco Pizarro hizo en la isla Puna».

¹⁰ Evidentemente, un *bajel* era cosa mucho más imponente, ya en tiempos de C., cuando se iba extendiendo el uso de llamar con este nombre a las 'naves de guerra armadas de artillería'. Pero está claro que el autor quiere sorprender al lector con una imagen de algún modo «audaz».

¹¹ Las flechas con punta de pedernal (como los puñales de que se hablará poco más adelante) no son características del septentrion europeo en la época de la acción del *Persiles*. Tales —o parecidas— armas están en cambio atestiguadas en casi todos los libros de materia americana publicados en el siglo XVII. En la *Historia delle genti et della natura delle cose settentrionali di Olao Magno, Gotho, Arcivescovo di Upsala nel regno di Svezia e Gothia, descritta in XXII libri* (Venecia, Giunti, 1565: trad. de la *Historia de gentibus septentrionalibus...*, Roma, Iohannes Maria De Viottis, 1555), libro IV, capítulo 4, se habla, si bien *en passant*, del arte del «saettare». Pero, cfr. sobre todo el libro VII, titulado «De li strumenti di guerra, del modo, de le cause e le cautele per guerreggiare». En la *Historia* abundan los grabados ilustrativos de las armas empleadas por diferentes pueblos del Norte, mucho más «modernas» que las de la «isla bárbara» del *Persiles*.

pre encarada la flecha al pecho y, así, arrojó de sí el arco y, llegándose a él, por señas, como mejor pudo, le dio a entender que no quería matarle.

En esto estaban cuando los maderos llegaron a la mitad del estrecho que las dos islas formaban, en el cual, de improviso, se levantó una borrasca que, sin poder remediallo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligaron y dividieron en partes, quedando en la una (que sería de hasta seis maderos compuesta) el mancebo, que de otra muerte que de ser anegado tan poco había que estaba temeroso. Levantaron remolinos las aguas; pelearon entre sí los contrapuestos vientos; anegáronse los bárbaros; salieron los leños del atado prisionero al mar abierto. Pasábanle las olas por cima, no solamente impidiéndole ver el cielo, pero negándole el poder pedirle tuviese compasión de su desventura. Y si tuvo, pues las continuas y furiosas ondas, que a cada punto le cubrían, no le arrancaron de los leños y se le llevaron consigo a su abismo: que, como llevaba atadas las manos a las espaldas, ni podía asirse ni usar de otro remedio alguno.

Desta manera que se ha dicho salió a lo raso del mar, que se mostró algún tanto sosegado y tranquilo al volver una punta de la isla, adonde los leños milagrosamente se encaminaron y del furioso mar se defendieron. Sentóse el fatigado joven y, tendiendo la vista a todas partes, casi junto a él descubrió un navío que en aquel redoso^{d,12} del alterado mar

^d Como M1 leen B1, V, P1, L, Par1, Bru, M3, P2, M4, M5, M6, *PECP*, AH. Todas las demás traen *reposo*

¹² En cierto modo, la insistencia en la enmienda (ultracorrectiva) se justifica con el hecho de que ningún diccionario general de la lengua española —que me conste— registra *redoso*. (Lo trae, sí, la *Enciclopedia del Idioma*, de Martín Alonso, pero como 'revés, dorso' y... autorizado precisamente con este pasaje del *Persiles*). Una primera definición se hallará en el *Diccionario marítimo español*, de Martín Ferreiro, Gonzalo de Murga y José de Lorenzo (Madrid, Est. Tip. de Fontanet, 1864), donde, a vuelta de no pocas complicaciones, se viene a decir que «se equivoca con *abrigo*, o le es equivalente en el uso general». Acerca de su posible derivación catalana o italiana, cfr. *PECP* (88-89) y *DECLIC*. Aquí me limitaré a recordar otros testimonios (*todos* de autores presentes en el Mediterráneo oriental): *Cautiverio y trabajos de Diego Galán*, ed. de Manuel Serrano y Sanz

como en seguro puerto se reparaba. Descubrieron asimismo los del navío los maderos y el bulto que sobre ellos venía y, por certificarse qué podía ser aquello, echaron el esquisfe al agua¹³ y llegaron a verlo y, hallando allí al tan desfigurado como hermoso mancebo, con diligencia y lástima le pasaron a su navío, dando con el nuevo hallazgo admiración a cuantos en él estaban.

Subió el mozo en brazos ajenos y, no pudiendo tenerse en sus pies de puro flaco, porque había tres días que no había comido, y de puro molido y maltratado de las olas, dio consigo un gran golpe sobre la cubierta del navío, el capitán del cual, con ánimo generoso y compasión natural, mandó que le socorriesen. Acudieron luego unos a quitarle las ataduras, otros a traer conservas¹⁴ y odoríferos vinos, con cuyos remedios volvió en sí, como de muerte a vida, el desmayado mozo. El cual, poniendo los ojos en el capitán, cuya gentileza y rico traje le llevó tras sí la vista y aun la lengua, y le^{e,15} dijo:

—Los piadosos cielos te paguen, piadoso señor, el bien que me has hecho, que mal se pueden llevar las tristezas del ánimo si no se esfuerzan los descaecimientos del cuerpo. Mis desdichas me tienen de manera que no te puedo hacer ninguna recompensa deste beneficio, si no es con el agradecimiento; y, si se sufre que un pobre afligido pueda decir de

^e M2, M10, M13, M15, M16, B9, M17, M21, B10, B11: *la lengua, le dixo*

(Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1913: 124-125); *Derrotero Universal de Alonso de Contreras*, en *Autobiografías de soldados*, ed. de José María de Cossío (BAE, XC: 242); *Comentarios del desengañado Diego Duque de Estrada* (op. cit.: 388 b); y *Vida del soldado español Miguel de Castro* (op. cit., 503).

¹³ *esquisfe* = «barquillo, a manera de botequín pequeño» (García de Palacios, cito del TL).

¹⁴ En los textos españoles de los siglos xv al xvii encontramos la confirmación de un largo uso de las conservas con esta misma finalidad de hacer recuperarse al debilitado. Así ocurre, p. ej., en el *Libro de los inventores del arte de marear*, de fray Antonio de Guevara (por la ed. de Amberes, Martín Nucio, s. a.: xxviii vº) y en *El peregrino en su patria*, de Lope de Vega (por la ed. de AA, Madrid, Castalia, 1973: 1, 95).

¹⁵ La y aparentemente superflua de M1 debe conservarse. Este tipo de construcciones es frecuente en C. Cfr. Angel Rosenblat, *La lengua del «Quijote»* (Madrid, Gredos, 1971: 297).

sí mismo alguna alabanza, yo sé que en ser agradecido ninguno en el mundo me podrá llevar alguna ventaja.

Y en esto probó a levantarse para ir a besarle los pies, mas la flaqueza no se lo permitió, porque tres veces lo probó y otras tantas volvió a dar consigo en el suelo; viendo lo cual, el capitán mandó que le llevasen debajo de cubierta y le echasen en dos traspontines^{f,16}, y que, quitándole los mojados vestidos, le vistiesen otros enjutos y limpios y le hiciesen descansar y dormir. Hízose lo que el capitán mandó; obedeció, callando, el mozo y en el capitán creció la admiración de nuevo, viéndolo levantar en pie, con la gallarda disposición que tenía, y luego le comenzó a fatigar el deseo de saber dél, lo mas presto que pudiese, quién era, cómo se llamaba y de qué causas había nacido el efeto que en tanta estrechez le había puesto; pero, excediendo su cortesía a su deseo, quiso que primero se acudiese a su debilidad que cumplir la voluntad suya.

CAPÍTULO SEGUNDO^a DEL LIBRO PRIMERO

Reposando dejaron los ministros de la nave al mancebo, en cumplimiento de lo que su señor les había mandado; pero, como le acosaban varios y tristes pensamientos, no

^f M5, M6, B2, B3, B4, M9: *transportines*

M15: *traspuntines*

^a Del segundo al último de cada libro, los caps. están indicados con números romanos en todas las eds., a excepción de M7, M8, NY, Par6, M16, B9, M17, Z, M21, B10, B11, M23, AH.

P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Dase noticia de quién es el capitán del navío. Quenta Taurisa a Periandro el robo de Auristela. Ofrecese él, para buscarla, a ser vendido a los bárbaros*

¹⁶ La forma «enmendada» de M15 está perfectamente de acuerdo con el étimo (italiano *strapuntino*), pero la más difundida en la España de la época es, con mucho, la registrada en el *Persiles*. *Traspontín* empezó a usarse entre nosotros con un valor muy concreto (precisamente el de 'colchoncillo de marineros', como en el presente pasaje), pero no tardó en ser también sinónimo de 'colchón de campaña'. Para los usos metafóricos del término y las subsiguientes deformaciones de su forma (*transpontín* y *transportín*), cfr. PÉCP: 89-90.

podía el sueño tomar posesión de sus sentidos, ni menos lo consintieron unos congojosos suspiros y unas angustiadas lamentaciones que a sus oídos llegaron, a su parecer salidos de entre unas tablas de otro apartamiento que junto al suyo estaba. Y, poniéndose con grande atención a escucharlas, oyó que decían¹:

—En triste y menguado signo² mis padres me engendraron, y en no benigna estrella mi madre me arrojó a la luz del mundo³; y bien digo arrojó, porque nacimiento como el mío antes se puede decir arrojar que nacer. Libre pensé yo que gozara de la luz del sol en esta vida, pero engañóme mi pensamiento, pues me veo a pique de ser vendida por esclava: desventura a quien ninguna puede compararse.

—¡Oh tú, quienquiera que seas! —dijo a esta sazón el mancebo— Si es, como decirse suele, que las desgracias y trabajos, cuando se comunican, suelen aliviarse⁴, llégate aquí y, por entre los 'espacios descubiertos destas tablas, cuéntame los tuyos, que, si en mí no hallares alivio, hallarás quien dellos se compadezca.

—Escucha, pues —le fue respondido—, que, en las más breves razones, te contaré las sinrazones que la fortuna me ha

¹ Para S (C, 1907: 700-701), nuestro autor podría haber imitado en esta escena otra del libro V de la *Historia etiópica* de Heliodoro. S utiliza para su trabajo de comparación la traducción castellana del anónimo de Amberes (1554); yo prefiero citar por la de Fernando de Mena, *La historia etiópica de los amores de Teógenes y Clariclea* (1587), en la ed. de Francisco López Estrada (Madrid, RAE, 1954): 177-178.

² *signo*, o *sino*, *menguado* equivale a 'últimos días de la presencia del sol en cada una de las doce casas del zodiaco'. Se creía que los nacidos en tal tiempo estaban sujetos a destino infausto. Idénticos influjos negativos se atribuían a la última parte de cada hora, llamada precisamente *hora menguada* (= 'en fase menguante'). Sobre esta última, cfr. RM, ed. del VdP (Madrid, Impr. RABM, 1935), III, v. 340.

³ Es decir: la *estrella* (= 'el planeta') que influyó en su nacimiento no estaba en posición favorable para el dolorido personaje.

⁴ Para el topos de las «desdichas comunicadas que alivian el dolor del que las cuenta», cfr. Tilbert D. Stegmann (C, 1971: 106-107). Por mi cuenta, entre los tantos testimonios españoles disponibles, recordaré uno de Garcilaso (*Égloga II*, v. 142) y otro de Jorge de Montemayor, *Diana*, ed. de Francisco López Estrada y M.^a Teresa López-García Berdoy, Madrid, Espasa-Calpe, 1993.

hecho⁵. Pero querría saber primero a quién las cuento. Dime si eres, por ventura, un mancebo que poco ha hallaron medio muerto en unos maderos que dicen sirven de barcos⁶ a unos bárbaros que están en esta isla donde habemos dado fondo, reparándonos de la borrasca que se ha levantado.

—El mismo soy —respondió el mancebo.

—Pues ¿quién eres? —preguntó la persona que hablaba.

—Dijératelo, si no quisiera que primero me obligaras con contarme tu vida, que, por las palabras que poco ha que te oí decir, imagino que no debe de ser tan buena como quisieras.

A lo que le respondieron:

—Escucha, que en cifra te diré mis males. El capitán y señor deste navío se llama Arnaldo⁷; es hijo heredero del rey de Dinamarca⁸, a cuyo poder vino, por diferentes y estraños acontecimientos, una principal doncella, a quien yo tuve por señora, a mi parecer, de tanta hermosura que, entre las

⁵ Es difícil no recordar aquí la frase de Feliciano de Silva que tanto gustaba a don *Quijote* (cfr. II, 1): «la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura...»

⁶ *barco* = 'barquilla'. Recuérdese «la aventura del barco encantado» (*Quijote*, II, 29).

⁷ *Arnaldo* (forma italiana y española de *Arnoldo*), como *Arnoldo*, deriva del germánico *arn*, 'águila', más *walda*, 'potencia', o *waldaz*, 'potente, que domina o manda'. Es decir, 'potente como un águila' o 'águila dominadora'.

⁸ A *Dinamarca* se la llamaba también *Dánae* o *Dania*. En ocasiones, se confunde con *Gotia* e incluso con *Lituania*. Para los pueblos ibéricos tenía el prestigio de una tierra en más de un sentido fabulosa: recuérdese las «doncellas de Dinamarca», en el *Amadís* o en el *Patrañuelo* de Juan Timoneda (patraña VII) y claro está, en *Quijote*, I, 10, y *LIF*. Dicho lo anterior, es conveniente no olvidar que el «índice de exotismo» de la *marca dánica*, había disminuido sensiblemente a causa de las intensas relaciones con el Imperio (valga como muestra un detalle: Isabel, hermana de Carlos V, casó con Cristián II).

Sería inútil buscar en la historia danesa la presencia de *este* «príncipe heredero». El cual no es más que la manifestación de una pseudohistoricidad tan vieja como la literatura. A este propósito, cabe recordar que C. no tuvo nunca escrúpulos en hacer protagonistas de sus ficciones a personajes —personas— importantes de la historia «verdadera», incluso rigurosamente contemporáneos, cuando cualquier lector informado habría podido contradecirlo, aunque ello vaya contra los consejos de los más prudentes tratadistas de la época.

que hoy viven en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginación el más agudo entendimiento, puede llevar la ventaja. Su discreción iguala a su belleza y, sus desdichas a su discreción y a su hermosura; su nombre es Auristela⁹; sus padres, de linaje de reyes y de riquísimo estado. Esta, pues, a quien todas estas alabanzas vienen cortas, se vio vendida y comprada de Arnaldo, y con tanto ahínco y con tantas veras la amó y la ama, que mil veces de esclava la quiso hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esto con voluntad del rey, padre de Arnaldo, que juzgó que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho más que ser reina merecían; pero ella se defendía, diciendo no ser posible romper un voto que tenía hecho de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaba quebrarle en ninguna manera, si bien la solicitasen promesas o la amenazasen muertes¹⁰. Pero no por esto ha dejado Arnaldo de entrete-
ner sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimándolas a la variación de los tiempos y a la mudable condición de las mujeres¹¹, hasta que sucedió que, andando mi señora

⁹ Como recuerda J. Roberto Palomo (C, 1938: 64), *Auristela* (y su ortónimo *Sigismunda*) parece(n) derivar de la *Aurismunda* registrada en *Los amores de Clareo y Florisea y los trabajos de la sin ventura Isea*, de Alonso Núñez de Reinoso (cc. XXVI y XXIX). Dada su eufonía y sus potencialidades simbólicas, es muy posible que haya otros precedentes, quién sabe si numerosos. En época más tardía, Calderón no fue insensible a los mismos: recuérdese la comedia *Auristela y Lisidante*.

La más obvia de las funciones de este nombre «alternativo» de la protagonista de la novela es la de guía espiritual de su compañero de trabajos, sobre todo si se tiene en cuenta el legítimo parangón con María, invocada, entre otros títulos, a partir de san Jerónimo, como *stella maris*. Cfr. también Clark Colahan (C, 1994: 20-22).

¹⁰ A este voto de virginidad perpetua no se volverá a aludir en todo el *Persiles*. (Es más, en IV, 10 [705 y nota 9], la decisión de Auristela de conservar su «entereza» resulta una verdadera «novedad».) No hay por qué hablar, sin embargo, de descuido del autor. Todo parece agotarse en los límites de una «excusa» —a decir verdad, no muy convincente— de la joven «comprada», para no acceder a los deseos del príncipe.

¹¹ Sobre la *mudable condición de las mujeres*, uno de los lugares comunes de mayor persistencia en la literatura occidental, cfr., p. ej., León Medina, «Frasas literarias afortunadas. VII-XIII», en *RH*, XX [1909]: 271-272, con testimonios que van del virgiliano «Varium et mautabile semper / Femina» (*Eneida*, IV, 569-570) a Gaspar de Aguilar, Villamediana y Quevedo.

Auristela por la ribera del mar, solazándose no como esclava, sino como reina, llegaron unos bajeles de cosarios y la robaron y llevaron no se sabe adónde. El príncipe Arnaldo, imaginando que estos cosarios eran los mismos que la primera vez se la vendieron¹²; los cuales cosarios andan por todos estos mares, ínsulas y riberas robando o comprando las más hermosas doncellas que hallan, para traellas por granjería a vender a esta ínsula¹³ donde dicen que estamos. La cual es habitada de unos bárbaros, gente indómita y cruel, los cuales tienen entre sí por cosa inviolable y cierta (persuadidos, o ya del demonio, o ya de un antiguo hechicero a quien ellos tienen por sapientísimo varón) que de entre

¹² El corsario (o, sin más, el pirata) es un personaje casi imprescindible en la novela occidental, desde sus comienzos. Por desgracia, esa presencia superaba el ámbito de la literatura, puesto que fue parte de la realidad europea —meridional y septentrional— hasta tiempos increíblemente próximos a los nuestros. Noticias sobre la piratería de los mares del Norte en tiempos no muy anteriores a C. se encontrarán en Olao Magno, *Historia...* (XII, 40), donde precisamente se trata del respeto que de la virginidad de las prisioneras tenían los corsarios: en parte, claro está, con vistas a su venta, pero en parte en obsequio a determinadas convenciones de un embrionario «derecho internacional». Hay que recordar, sin embargo, la existencia de una tradición diametralmente contraria. Así, en el *Clareo y Florisea*, de Núñez de Reinoso (XVI) leemos: «Doncella tú —dijo Tesiandro—, habiendo andado entre cosarios? Por Dios que sí, si no si por ventura se tornaron eunucos o filósofos».

¹³ En esta primera parte del *Persiles* se observa una curiosa alternancia entre las formas *ínsula* / *isla*. Por supuesto, podría carecer de la menor relevancia y ser achacable, sin más, al tipógrafo. Recuérdese, de todos modos, que exactamente igual ocurre a lo largo de toda la traducción de la *Historia etiópica* por Fernando de Mena (cfr., p. ej., 60, 71, 89, 174, etc.) ¿No pasa de ser una simple casualidad que esta oscilación no se dé nunca en los libros III-IV de la *septentrional*? En los cuales es verdad que se habla mucho menos de mares y de islas, pero no por ello deja de haber ocasiones en que es preciso «elegir» entre las dos posibilidades. Recuérdese que en el *Quijote* aparece con insistencia el término *ínsula*. Sin duda, en un tono siempre irónico, como préstamo inequívoco de la «lengua especial» de los libros de caballerías. En los libros I-II del *Persiles*, por el contrario, *ínsula* (si es que de veras se puede atribuir esta forma a C.) resulta usada de una manera por así decir «aséptica»: exactamente igual que en la *Historia etiópica*. Tal vez sea legítimo deducir, partiendo también de este pequeño hecho (a primera vista del todo insignificante, pero que se inserta sin esfuerzo en un vasto sistema de indicios de mayor relevancia), que la primera parte del *Persiles* ha sido compuesta antes que la hoy llamada I Parte del *Quijote*.

ellos ha de salir un rey que conquiste y gane gran parte del mundo. Este rey que esperan no saben quién ha de ser y, para saberlo, aquel hechicero les dio esta orden: que sacrificasen todos los hombres que a su ínsula llegasen, de cuyos corazones (digo, de cada uno de por sí) hiciesen polvos y los diesen a beber a los bárbaros más principales de la ínsula, con expresa orden que el que los pasase, sin torcer el rostro ni dar muestras de que le sabía mal, le alzasen por su rey¹⁴. Pero no ha de ser este el que conquiste el mundo,

¹⁴ S-B escriben (xxviii): «Trátase también en la obra de Garcilaso [el Inca] de las maneras de sacrificios que hacían los anriguos indios, los cuales 'vivos les abrían por los pechos y sacaban el corazón por los pulmones' (I, 11)». A mi parecer, es fácil demostrar que tal fuente no es de ningún modo «necesaria». En efecto, C. pudo tener conocimiento de otros sacrificios en que el corazón constituía la parte fundamental en otros autores. Si queremos (pero, en realidad no es imprescindible) limitarnos a los que tratan de materia americana, conviene decir enseguida que, sin esperar a 1609, nuestro novelista pudo hallar noticias suficientes, e incluso más detalladas que las ofrecidas por Garcilaso, en las *Cartas de relación*, de Hernán Cortés (tres de las cuales fueron recogidas en la colección de Giovanni Battista Ramusio *Navigazioni e viaggi* [1.^a ed.: 1550-1559], y en las sendas *Historia(s)*, de Gonzalo Fernández de Oviedo (*BAE*, XVII, 14: donde el instrumento es precisamente una de aquellas navajas de pedernal de que ya ha habido ocasión de hablar), de F. López de Gómara (284 a, 315 b y 443 b) y del P. José de Acosta (V, 20).

Entre los estudiosos de nuestros días, Diana de Armas Wilson (C, 1991) insiste en una antropofagia propia de los indios americanos (110-111, 117-118, 121-122).

Acerca del rito de beber las cenizas del rey o cacique muerto, disueltas en vino o en otro líquido, cfr. López de Gómara (182 a y 203 a). SA-RH citan a fray Antonio de Guevara (*Epístolas familiares*, por la ed. de J. M. de Cossío, Madrid, RAE, 1950: I, 461). En realidad, lo mismo se cuenta de la reina Artemisia con las cenizas de su marido Mausolo (o Mauseolo o Mausoleo...). Cfr. también el *Espejo de príncipes y caballeros* (más conocido como *El caballero del Febo*), de Diego Ortúñez de Calahorra (III, 36).

Para Molho (B, 1994: 28, nota 59), «il n'est pas exclu qu'il subsiste dans le rite du sang séché et ingéré par les chefs un souvenir du *blot*, qui consistait à tuer un animal (boeuf ou cheval) et d'en boire le sang à des fins votives et religieuses. Sur le *blot*, voir Régis Boyer, *Le Monde et le Diable. La magie chez les anciens Scandinaves* [...]: 176-182 et 18-188)».

«La isla bárbara —escribe Casaldueiro (31)— mostraría su aspecto luciferino precisamente en esta voluntad de los indígenas de apoderarse de la tierra».

Tiene razón Osuna (C, 1972: 81) cuando nota que en I, 6 (169-170), se reconoce que los bárbaros no saben navegar y que la balsa evocada en el cap. 1 «no es muy propia del norte». Resulta, pues, incongruente que ahora

sino un hijo suyo. También les mandó que tuviesen en la isla todas las doncellas que pudiesen o comprar o robar y que la más hermosa dellas se la entregasen luego al bárbaro cuya sucesión valerosa prometía la bebida de los polvos. Estas doncellas compradas o robadas son bien tratadas de ellos, que sólo en esto muestran no ser bárbaros, y las que compran son a subidísimos precios, que los pagan en pedazos de oro sin cuño y en preciosísimas perlas, de que los mares de las riberas destas islas abundan¹⁵ y, a esta causa¹⁶, llevados deste interés y ganancia, muchos se han hecho co-sarios y mercaderes.

»Arnaldo, pues, que, como te he dicho, ha imaginado que en esta isla podría ser que estuviese Auristela, mitad de su alma¹⁷, sin la cual no puede vivir, ha ordenado, para certificarse desta duda, de venderme a mí a los bárbaros, porque, quedando yo entre ellos, sirva de espía de saber lo que desea, y no espera otra cosa sino que el mar se amanse para

el personaje (no el narrador) se refiera a las doncellas «que pudiesen o comprar o robar». ¿Dónde? ¿Cómo?

¹⁵ Los pedazos de oro sin cuño y las preciosísimas perlas han hecho pensar en más de una ocasión en los «cronistas de Indias» (cfr., p. ej., S-B: xxvi). Con razón, desde luego, con tal de que todo se limite a la constatación de la coincidencia de los objetos de intercambio y no se busque —vanamente— la fuente.

Conviene, en efecto, no olvidar que, si bien de calidad inferior a la de los mares del Sur o al Caribe, los del Norte, e incluso los ríos de la región, las producían, como consta en libros que C. pudo conocer sin particulares dificultades. Cfr., p. ej., Olao Magno (*Historia*, XXII, 21, «De le margherite o perle, e de la loro generazione»), sin que en sus páginas falte una preferencia precisamente a los citados ríos perlíferos del septentrión, y Pedro de Novo y Fernández Chicharro (C, 1928: 56-57).

¹⁶ a esta causa. Es construcción frecuente en los siglos XVI-XVII. Cfr., p. ej., *Historia etiópica* (I, 2).

¹⁷ mitad de su alma. AA recuerda justamente que esta ponderación «abunda mucho en la obra cervantina». Para él, se trata de una fórmula «de remoto origen horaciano (*Odas*, III, 8)» y remite a una nota de su ed. de LG (I). Yo creo que es mejor pensar también, mediatamente, en Platón, *Banquete* (575 a-577 b, según la trad. de Luis Gil, en OC, Madrid, Aguilar, 1974). Todo el libro de Wilson (C, 1991) gira, en último análisis, en torno a esta aserción, que sin duda contribuye a iluminar el sentido de *Persiles*, aunque tal vez no sea la que «insuperablemente» lo caracteriza (cfr., p. ej., 82-90).

hacer escala y concluir su venta. Mira, pues, si con razón me quejo, pues la ventura que me aguarda es venir a vivir entre bárbaros, que de mi hermosura no me puedo prometer venir a ser reina, especialmente si la corta suerte hubiese traído a esta tierra a mi señora, la sin par Auristela¹⁸. De esta causa nacieron los suspiros que me has oído y, destos temores, las quejas que me atormentan.

Calló en diciendo esto, y al mancebo se le atravesó un ñudo en la garganta; pegó la boca con las tablas, que humedeció con copiosas lágrimas, y, al cabo de un pequeño espacio, le preguntó si por ventura tenía algunos barruntos de que Arnaldo hubiese gozado de Auristela o ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada¹⁹, desdeñase a Arnaldo y no admitiese tan gran dádiva como la de un reino, porque a él le parecía que tal vez²⁰ las leyes del gusto humano tienen más fuerza que las de la religión. Respondióle que, aunque ella imaginaba que el tiempo había podido dar a Auristela ocasión de querer bien a un tal Periandro²¹, que la había sacado de su patria, caballero generoso, dotado de todas las partes que le podían hacer amable de todos aque-

¹⁸ *la sin par*. Es un auténtico epíteto de las damas de los caballeros andantes (cfr. Clemencín, nota núm. 32 a *Quijote*, I, 4, y nota núm. 13 a II, 3). En el *Amadís* (por citar tan sólo el más ilustre libro del género) se habla siempre de *la sin par Oriana*. En términos absolutos, en el *Persiles* lo será únicamente la casi sobrehumana Auristela. Con algunas excepciones, explicables —y aun explicadas— caso por caso.

¹⁹ *prendada*. Es decir, 'empeñada', 'depositada' o 'entregada' en otro lugar, o, mejor, a otra persona.

²⁰ *tal vez* = 'tal cual vez', 'a veces'.

²¹ El único *Periandro* conocido en la historia universal es el tirano de Corinto que fue también considerado «el último de los siete sabios de Grecia». C. pudo tomar noticia de este nombre, p. ej., en la *Silva de varia lección* de Pedro Mejía (Parte IV, 11), pero también es posible (como asegura Palomo Roberto: C, 1938: 64) que derive del *Periandro* —y la *Periandra*— registrados en el *Clareo y Florisea* de Núñez de Reinoso (X y XXII).

Sobre el significado del nombre del personaje cervantino se han escrito algunas cosas sensatas y otras que lo son —o lo parecen— mucho menos. Antonio Martí Alanís lo define 'el hombre que va de periplo, de peregrinación, en persecución de un ideal' (C, 1983: 385) o como «el hombre que va alrededor, que va buscando algo, peregrino en pos de algo»

llos que le conociesen, nunca se le había oído nombrar en las continuas quejas que de sus desgracias daba al cielo ni en otro modo alguno. Preguntóle si conocía ella a aquel Periandro que decía. Díjole que no, sino que por relación sabía ser el que llevó a su señora, a cuyo servicio ella había venido después que Periandro, por un estraño acontecimiento, la había dejado. En esto estaban, cuando de arriba llamaron a Taurisa²² (que éste era el nombre de la que sus desgracias había contado), la cual, oyéndose llamar, dijo:

—Sin duda alguna, el mar está manso y la borrasca quieta, pues me llaman para hacer de mí la desdichada entrega. Adiós te queda, quienquiera que seas, y los cielos te libren de ser entregado para que los polvos de tu abrasado corazón testifiquen esta vanidad e impertinente profecía, que tan bien²³ estos insolentes moradores desta ínsula buscan corazones que abrasar como doncellas que guardar para lo que procuran.

Apartáronse; subió Taurisa a la cubierta; quedó el mancebo pensativo y pidió que le diesen de vestir, que quería levantarse. Trujéronle un vestido de damasco ver-

(C, 1996: 686). Para Wilson (C, 1991: 86) el nombre alude en cambio a una «region or place lying around the fixed gender of masculinity, much as the region about the heart is called the *pericardium*». Para Colahan (C, 1994: 32) es 'el hombre completo o redondo', en el sentido de 'perfecto'. Molho (B, 1944: 30) lo entiende como «un homme au-dessus des hommes, un 'sur-homme'». Para acabar, Cecilio Peña Martín (C, 1988: 12), tras declarar que el nombre auténtico del protagonista de la novela viene de *Per-silens*, 'el más callado' («Es el más callado y secreto de los hombres, el de Jesucristo en su esencia divina, que debía ocultarse en tanto vivió como hombre»), afirma que en la «historia» se oculta bajo otro que, a fin de cuentas, significa 'del hombre', «como el título de la obra de Lucrecio *De la naturaleza de las cosas*».

²² Una Taurisa aparece en la *Diana enamorada*, de Gaspar Gil Polo, como ya indicaron S-B (xxxiv).

²³ En M1 y en las eds. antiguas, también, con el valor de 'tanto, así'. Como en *LGi* («que también hay poetas que se acomodan con gitanos, y les venden sus obras, como los hay para ciegos...») o *Quijote*, II, 9 («Todo puede ser —respondió Sancho—, porque también me turbó a mí su hermosura como a vuesa merced su fealdad»).

de²⁴, cortado al modo del que él había traído de lienzo; subió arriba; recibióle Arnaldo con agradable semblante; sentóle junto a sí. Vistieron a Taurisa rica y gallardamente, al modo que suelen vestirse las ninfas de las aguas o las hama-driades de los montes. En tanto que esto se hacía, con admiración del mozo, Arnaldo le contó todos sus amores y sus intentos, y aun le pidió consejo de lo que haría, y le preguntó si los medios que ponía para saber de Auristela iban bien encaminados. El mozo, que, del razonamiento que había tenido con Taurisa y de lo que Arnaldo le contaba, tenía el alma llena de mil imaginaciones y sospechas, discutiendo con velocísimo curso del entendimiento lo que podía suceder si acaso Auristela entre aquellos bárbaros se hallase, le respondió:

—Señor, yo no tengo edad para saberte aconsejar, pero tengo voluntad que me mueve a servirte, que la vida que me has dado, con el recibimiento y mercedes que me has hecho, me obligan a emplearla en tu servicio. Mi nombre es Periandro, de nobilísimos padres nacido, y al par de mi nobleza corre mi desventura y mis desgracias²⁵, las cuales, por ser tantas, no conceden ahora lugar para contártelas²⁶. Esa Auristela que buscas es una hermana mía que también yo ando buscando²⁷, que, por varios acontecimientos, ha un

²⁴ Acerca de la preferencia que nuestro novelista muestra tener por este color, cfr., p. ej., Mariano Pardo de Figueroa («el Doctor Thebussem»), «Lo verde», en *La España Moderna*, VI (1894): 43-60. En los últimos treinta años, la crítica cervantina ha especulado no poco acerca del alcance del significado de este color en don Diego de Miranda, personaje del *Quijote*, II, 16-18. Cfr., sobre todo, Francisco Márquez Villanueva, «El Caballero del Verde Gabán y su reino de paradoja», en *Personajes y temas del Quijote* (Madrid, Taurus, 1975: 147-227) y Helena Percas de Ponseti, «El caballero del Verde Gabán», en *C. y su concepto del arte* (Madrid, Gredos, 1975: 322-382).

²⁵ AA recuerda que esta concordancia es normal en la época, «cuando el verbo precede al sujeto compuesto, v. H. Keniston (...), párrafos 36.4 y ss.»

²⁶ Stegmann (C, 1972: 119) compara muy oportunamente esta frase del joven protagonista con las palabras de Ulises a la reina Aretes (*Odisea*, VIII, 241).

²⁷ Acerca del motivo de «la hermandad fingida», truco tan antiguo como la literatura, aquí bastará recordar algunos precedentes con toda probabilidad conocidos por C.: Abrahán y Sara (Génesis, 20); las parejas protagonistas de *Leucipe y Clitofonte* y de *Teágenes y Cariclea*; *Clareo y Florisea*,

año que nos perdimos²⁸. Por el nombre y por la hermosura que me encareces, conozco, sin duda, que es mi perdida hermana, que daría por hallarla no sólo la vida que poseo, sino el contento que espero recibir de haberla hallado, que es lo más que puedo encarecer. Y, así, como tan interesado en este hallazgo, voy escogiendo, entre otros^b muchos medios que en la imaginación fabrico, este, que, aunque venga a ser con más peligro de mi vida, será más cierto y más breve. Tú, señor Arnaldo, estás determinado de vender esta doncella a estos bárbaros, para que, estando en su poder, vea si está en el suyo Auristela, de que te podrás informar volviendo otra vez a vender otra doncella a los mismos bárbaros, y a Taurisa no le faltará modo, o dará señales si está o no Auristela con las demás que, para el efeto que se sabe, los bárbaros guardan y con tanta solicitud compran.

—Así es la verdad —dijo Arnaldo—; y he escogido antes a Taurisa que a otra, de cuatro que van en el navío para el mismo efeto, porque Taurisa la conoce, que ha sido su doncella.

—Todo eso está muy bien pensado —dijo Periandro—; pero yo soy de parecer que ninguna persona hará esa diligencia tan bien como yo, pues mi edad, mi rostro, el interés que se me sigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auristela, me está incitando a aconsejarme que

^b M1, B1, V, P1, L, Par1, Bru, M2, M3, P2, M4, M6, B2, M7, M8, NY, M10, B: *escogiendo otros muchos*

M6, B2, B4: *escogiendo, entre muchos*

en la homónima novela de Alonso Núñez de Reinoso; el *Abencerraje y la hermosa Jarifa* (a este propósito, cfr. Claudio Guillén, «Literature as Historical Contradiction: El Abencerraje, the Moorish Novel, and the Eclogue», en *Literature as System*, Princeton University Press, 1971: 196-197) y Pánfilo y Nise, en *El peregrino en su patria*, de Lope de Vega.

²⁸ Esta declaración de Periandro constituye el primer dato válido para fijar la duración atribuida por C. a cuanto relata en el *Persiles*: algo más de dos años, uno de los cuales ya transcurrido en el momento en que empieza la narración en «el presente de la historia», más o menos exactamente *in medias res*. Por supuesto, no faltará alguna que otra incoherencia, en su momento objeto de nota.

tome sobre mis hombros esta empresa. Mira, señor, si vienes en este parecer, y no lo dilates, que, en los casos arduos y dificultosos, en un mismo punto han de andar el consejo y la obra.

Cuadráronle a Arnaldo las razones de Periandro y, sin reparar en algunos inconvenientes que se le ofrecían, las puso en obra y, de muchos y ricos vestidos de que venía proveído, por si hallaba a Auristela, vistió a Periandro, que quedó al parecer la más gallarda y hermosa mujer que hasta entonces los ojos humanos habían visto, pues, si no era la hermosura de Auristela, ninguna otra podía igualársele. Los del navío quedaron admirados; Taurisa, atónita; el príncipe, confuso. El cual, a no pensar que era hermano de Auristela, el considerar que era varón le traspasara el alma con la dura lanza de los celos, cuya punta se atreve a entrar por las del más agudo diamante²⁹: quiero decir³⁰ que los celos rompen

²⁹ «Leyendo el *Persiles* —escriben S-B (xxx)— se nos antoja evidente que su autor volvió a hojear más de una vez su primera producción: [LG]. El espíritu de ciertas narraciones, la manera de intercalar determinados episodios, hasta las frases son a veces idénticos.» Y más adelante (xxxii): «Pero lo que más sorprende es la enfadosa y reiterada discusión acerca de los celos. Ya en [LG] insistió C. con demasiado empeño en la 'incurable pestilencia de los celos' y en las maldita *dolencia* de los celos', que le inspiró, según confiesa, el romance que más estimaba; mas en el *Persiles* vuelve a la carga con singular tenacidad...» Los dos estudiosos registran a continuación una serie de lugares de la *Historia septentrional* en que aparecen alusiones a este frecuente compañero del amor (I, 23 [267-268]; II, 2 [282], 6 [308], 19 [405]; IV, 4 [659]). No es difícil, desde luego, ampliar sensiblemente dicha serie (cfr., I, 10 [194], 15 [222]; II, 1 [275], 2 [284], 5 [299], 6 [312], 7 [138], 11 [353]; III, 19 [618]; IV, 8 [690-691]). En conjunto: son numerosas en el libro II; vienen *después* el I, el IV y, con una alusión en el III. Dato de veras curioso —y, de algún modo, útil para quien se interese por las épocas de redacción de la novela.

³⁰ *quiero decir*. Por primera vez, el *yo* del narrador se insinúa en el relato. No será la última, desde luego. Pero se debe declarar enseguida que lo de veras lo caracteriza no son estas —abundantes— intromisiones, sino más bien la tendencia a una objetividad tan perfecta como sea posible. Distinto es el caso de Lope de Vega, en el *Peregrino en su patria* (no hace falta hablar ahora de las *Novelas a Marcia Leonarda*, culmen de la fortísima inclinación del «Fénix» a experimentar con las variadas potencialidades expresivas de la presencia explícita en el texto del *yo* narrador). Cfr. AA (en varias notas de su ed. del *Peregrino*) y González Rovira (C, 1996: 216-217, 219, 225).

toda seguridad y recato, aunque dél se armen los pechos enamorados. Finalmente, hecho el metamorfosis de Perianandro, se hicieron un poco a la mar, para que de todo en todo de los bárbaros fuesen descubiertos.

La priesa con que Arnaldo quiso saber de Auristela no consintió en que preguntase primero a Periandro quién eran él y su hermana³¹ y por qué trances habían venido al miserable en que le había hallado: que todo esto, según buen discurso, había de preceder a la confianza que dél hacía; pero, como es propia condición de los amantes ocupar los pensamientos antes en buscar los medios de alcanzar el fin de su deseo que en otras curiosidades, no le dio lugar a que preguntase lo que fuera bien que supiera y lo que supo después, cuando no le estuvo bien el saberlo.

Alongados³², pues, un tanto de la isla, como se ha dicho, adornaron la nave con flámulas y gallardetes, que, ellos azotando el aire y ellas besando las aguas, hermosísima vista hacían. El mar tranquilo, el cielo claro, el son de las chirimías y de otros instrumentos, tan bélicos como alegres, suspendían los ánimos y los bárbaros³³, que de no muy lejos lo miraban^{c,34}, quedaron más suspensos y, en un momento,

^c M3: *los*

³¹ El plural analógico de *quien*, como tantas de las innovaciones en el campo lingüístico, empezó siendo sentido como vulgar. Aunque, a fin de cuentas, resultara cómodo, *funcional* (de ahí su éxito), la verdad es que no se impuso en todos los niveles de la lengua *escrita* hasta muy tarde. Ello no quiere decir, por supuesto, que sea difícil encontrar testimonios de su empleo por parte de escritores sensibilísimos al decoro, en época relativamente temprana. En C., los *quienes* se pueden contrar con los dedos de las manos. Y, sintomáticamente, se hallan casi todos en las obras (o las partes de las obras) escritas con toda probabilidad en los últimos años de su vidas. En el *Persiles*, si no me equivoco, hay sólo tres —¿de veras de C.?—: en II, 12 y III, 1. Para los del *Quijote*, cfr. RM (V: 150).

³² *alongarse*. Como *alargarse*. Cfr. I, 5 (158 y nota 33).

³³ Para idénticas escenas de entrada en rada o puerto, cfr. *LBA* (acto I) y *EGE* (acto III).

³⁴ Si, como parece, el *lo* está referido al «espectáculo» que se ofrece a la vista de los isleños, más que precisamente a las personas que se preparan a desembarcar, no hay por qué intervenir en la lección de M1.

coronaron la ribera³⁵, armados de arcos y saetas de la grandeza que otra vez se ha dicho. Poco menos de una milla llegaba la nave a la isla, cuando, disparando toda la artillería, que traía mucha y gruesa, arrojó el esquife al agua³⁶ y, entrando en él Arnaldo, Taurisa y Periandro y otros seis marineros, pusieron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venían de paz, como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra. Y lo que en ésta les sucedió se cuenta en el capítulo que se sigue³⁷.

CAPÍTULO TERCERO DEL PRIMER LIBRO^a

Como se iba acercando el barco a la ribera, se iban apiñando los bárbaros, cada uno deseoso de ser el primero que

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Vende Arnaldo a Periandro en la isla bárbara, vestido de muger*

³⁵ *coronar* = 'rodear'. En esta acepción, el verbo volverá a aparecer en I, 10 (195) y IV, 4 (659). La más difundida —hoy— de 'poner o ponerse personas o cosas en la parte superior de una fortaleza, eminencia, etc.', está registrada en I, 5 (160).

³⁶ Los bárbaros, acostumbrados a tratar con corsarios, no se asustan ya con el estruendo de los cañones, como en cambio hacían los pobladores de América en los primeros contactos con los españoles. La situación, más que a los cronistas de Indias, remite, si acaso, a la de ciertos viajes por el septentrión europeo recogidos por Giovanni Battista Ramusio (y/o por sus continuadores) en la gran colección de las *Navigazioni e viaggi*.

³⁷ El capítulo 1 había concluido sin «previo aviso» por parte del narrador. Ahora, en cambio, éste siente la conveniencia de anunciar al lector que la importancia de las cosas que está a punto de contar merecen «capítulo aparte». Sobre el comportamiento en este sentido de C. en la obra maestra, cfr. Raymond S. Willis Jr., *The Phantom Chapters of «Quijote»*, Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1953; acerca de los del *Persiles*, Stephen Harrison (C, 1991: esp. 63-65 y 69): Harrison cree que la división en capítulos de la parte ya escrita del *Persiles* es posterior a 1605 (83-84).

viese^b lo que en él venía¹; y, en señal que lo recibirían de paz y no de guerra, sacaron muchos lienzos y los campearon por el aire², tiraron infinitas flechas al viento y, con increíble ligereza, saltaban algunos de unas partes en otras. No pudo llegar el barco a bordas con la tierra, por ser la mar baja, que en aquellas partes crece y mengua como en las nuestras; pero los bárbaros, hasta cantidad de veinte, se entraron a pie por la mojada arena y llegaron a él casi a tocarse con las manos. Traían sobre los hombros a una mujer bárbara, pero de mucha hermosura, la cual, antes que otro alguno hablase, dijo en lengua polaca³:

^b M1: *desseoso de saber primero que viesse*

P2: *deseoso de saber primero lo*

Adopto la enmienda registrada en M7, M8, M10, NY, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B8, M19, *PECP* y (sólo en nota a pie de pág.) M16 y M23.

¹ S-B, que dejan inmutada la lección de M1, escriben: «Caso de enmendar el texto, nosotros leeríamos...» AA acepta la propuesta, pero sólo en nota. SA-RH, tras aludir a *PECP*, dicen: «No obstante, la corrección es más que discutible, pues [M1] no deja de hacer sentido cabal: 'ansioso de conocer, antes de verlo, lo que en él venía'». Pero ¿podemos decir de veras que *eso* «hace sentido» y para colmo, «cabal»?

² *campear* = 'tremolar banderas o estandartes'? Así, p. ej., Ercilla, *La Araucana* (XXVI, oct. 9).

³ El polaco hace el papel de «lengua general» en estos primeros capítulos del *Persiles*. Lo cual no quiere decir, naturalmente, que lo fuera en realidad, sobre todo si tenemos en cuenta que la acción parece desarrollarse en el *lado occidental* de la península Escandinava. Olao Magno, *Historia...* (IV, 3), trata de los idiomas de las gentes del norte (lapones, moscovitas, rutenos, finnicos, suecos, «godos» y alemanes), sin dedicar una sola palabra a esta pretendida difusión del polaco. Poco aclaran la cuestión las palabras de Maria Strzałkowska («La Pologne vue par C. et Estebanillo González», en *Bulletin Hispanique*, LXXIV [1972]: 130). Sea como fuere, una cosa es cierta: de 1592 a 1599, con la reunión, en la persona de Sigismundo III Vasa, de las coronas de Suecia (independiente de Dinamarca desde 1570) y Polonia, esta última alcanza una notable fuerza en toda la región báltica.

No se olvide, de cualquier modo, que Polonia, al igual —y aún más— que Dinamarca, fue vista por los españoles contemporáneos a C. como algo misterioso, casi míticamente lejano. En todo el siglo XVI, el único, aunque, eso sí, importante, acontecimiento polaco que pudo interesarles fue la derrota del protestantismo y la sucesiva ascensión de aquel país a la categoría de paladín del catolicismo en la parte centrooriental de Europa.

—A vosotros, quienquiera que seáis, pide nuestro príncipe (o, por mejor decir, nuestro gobernador) que le digáis quién sois, a qué venís y qué es lo que buscáis. Si por ventura traéis alguna doncella que vender, se os será muy bien pagada, pero, si son otras mercancías, las vuestras no las hemos menester, porque en esta nuestra isla, merced al cielo, tenemos todo lo necesario para la vida humana, sin tener necesidad de salir a otra parte a buscarlo.

Entendióla muy bien Arnaldo, y preguntóle si era bárbara de nación⁴ o si acaso era de las compradas en aquella isla. A lo que le respondió:

—Respóndeme tú a lo que he preguntado, que estos mis amos no gustan que en otras pláticas me dilate, sino en aquellas que hacen al caso para su negocio.

Oyendo lo cual, Arnaldo respondió:

—Nosotros somos naturales del reino de Dinamarca; usamos el oficio de mercaderes y de cosarios; trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran y despachamos lo que hurtamos y, entre otras presas que a nuestras manos han venido, ha sido la de esta doncella —y señaló a Periandro—, la cual, por ser una de las más hermosas, o, por mejor decir, la más hermosa del mundo, os la traemos a vender, que ya sabemos el efeto para que las compran en esta isla. Y, si es que ha de salir verdadero el vaticinio que vuestros sabios han dicho, bien podéis esperar desta sin igual belleza y disposición gallarda que os dará hijos hermosos y valientes.

Oyendo esto, algunos de los bárbaros preguntaron a la bárbara les dijese lo que decía. Díjolo ella y al momento se partieron cuatro dellos y fueron, a lo que pareció, a dar aviso a su gobernador. En este espacio que volvían, preguntó Arnaldo a la bárbara si tenían algunas mujeres compradas en la isla y si había alguna entre ellas de belleza tanta que pudiese igualar a la que ellos traían para vender.

—No —dijo la bárbara—, porque, aunque hay muchas, ninguna dellas se me iguala, porque, en efeto, yo soy una de

⁴ *nación* = 'nacimiento' (rec. *ser ciego de nación*).

las desdichadas para ser reina destos bárbaros, que sería la mayor desventura que me pudiese venir.

¡ Volvieron los que habían ido a la tierra y, con ellos, otros muchos y su príncipe, que lo mostró ser en el rico adorno que traía. Habíase echado sobre el rostro un delgado y transparente velo Periandro, por dar de improviso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aquellos bárbaros, que con grandísima atención le estaban mirando⁵. Habló el gobernador con la bárbara, de que resultó que ella dijo a Arnaldo que su príncipe decía que mandase alzar el velo a su doncella. Hízose así: levantóse en pie Periandro, descubrió el rostro, alzó los ojos al cielo, mostró dolerse de su ventura, extendió los rayos de sus dos soles a una y otra parte, que, encontrándose con los del bárbaro capitán, dieron con él en tierra. A lo menos, así lo dio a entender el hincarse de rodillas, como se hincó, adorando a su modo en la hermosa imagen que pensaba ser mujer. Y hablando con la bárbara, en pocas razones concertó la venta y dio por ella todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna.

Partieron todos los bárbaros a la isla; en un instante volvieron con infinitos pedazos de oro y con luengas sargas de finísimas perlas, que, sin cuenta y a montón confuso, se las entregaron a Arnaldo; el cual luego, tomando de la mano a Periandro, le entregó al bárbaro y dijo a la intérprete dijese a su dueño que dentro de pocos días volvería a venderle otra doncella, si no tan hermosa, a lo menos tal que pudiese merecer ser comprada. Abrazó Periandro a todos los que en el barco venían, casi preñados los ojos de lágrimas, que no le nacían de corazón afeminado, sino de la consideración de los rigurosos trances que por él habían pasado.

⁵ Cfr. Heliodoro (I, 15-16): los bárbaros salteadores se sienten sobrecogidos ante la vista de Cariclea. (El traductor no ha dejado de notar el parecido del pasaje con otros de la *Iliada*, XII, 233-235, y de la *Eneida*, XI, 1-22.) En el mismo libro de la *Historia etiópica* (44-45: pasaje recordado también por SARH) vuelve el motivo, con una eficacia incluso mayor: Tíamis, el capitán de los bandidos, se siente completamente turbado ante la joven, «como si su hermosura fuera algún rayo». En el *Persiles* reaparecerá esta escena del deslumbramiento, pero ya referido, como parece más natural, a Auristela (cfr. II, 10: 338). Una situación semejante está, en fin, documentada en *EAL*.

Hizo señal Arnaldo a la nave que disparase la artillería y el bárbaro a los suyos que tocasen sus instrumentos, y en un instante atronó el cielo la artillería y la música de los bárbaros, [y] llenaron^c los aires de confusos y diferentes sonos⁶.

Con este aplauso, llevado en hombros de los bárbaros, puso los pies en tierra Periandro. Llegó a su nave Arnaldo y los que con él venían, quedando concertado entre Periandro y Arnaldo que, si el viento no le forzase, procuraría no desviarse de la isla sino lo que bastase para no ser de ella descubierto y volver a ella a vender, si fuese necesario, a Taurisa, que, con la seña que Periandro le hiciese, se sabría el sí o el no del hallazgo de Auristela; y, en caso que no estuviese en la isla, no faltaría traza para libertar a Periandro, aunque fuese moviendo guerra a los bárbaros con todo su poder y el de sus amigos^d.

CAPÍTULO CUARTO DEL LIBRO PRIMERO^a

Entre los que vinieron a concertar la compra de la doncella, vino con el capitán un bárbaro llamado Bradamiro, de los más valientes y más principales de toda la isla, menospreciador de toda ley, arrogante sobre la misma arrogan-

^c M1: *bárbaros llenaron los*

A partir de M11, todas las eds. traen *bárbaros, y llenaron los*, con la excepción de AH, que lee *bárbaros llenó los*

^d P2 suprime cuanto sigue a *guerra a los bárbaros*

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Traen a Auristela de la prisión en traje de varón, para sacrificarla. Muévase guerra entre los bárbaros y pónese fuego a la isla. Lleva un bárbaro español a su cueva a Periandro, Auristela, Cloelia y la intérprete*

⁶ Las justas reservas hechas por SA-RH a mi enmienda de hace años me persuaden no sólo a abandonarla, sino a adoptar la que ellos mismos proponen. En efecto, mi solución de *PECP* «arregla el texto satisfactoriamente [...] pero tampoco se adapta al sentido del original, el cual descansa en una clara correlación [...]: *Arnaldo...artillería...atronó y, paralelamente bárbaros...instrumentos...atronaron...* [...] Al menos, *la música* cuadra mal con *atronó*, a la vez que el plural del segundo verbo (*llenaron*) encaja bien con *instrumentos* y con *bárbaros*».

cia y atrevido tanto como él mismo, porque no se halla con quien compararlo¹. Éste, pues, desde el punto que vio a Periandro, creyendo ser mujer, como todos lo creyeron, hizo disinio en su pensamiento de escogerla para sí, sin esperar a que las leyes del vaticinio se probasen o cumpliesen². Así como puso los pies en la ínsula Periandro, muchos bárbaros, a porfía, le tomaron en hombros y, con muestras de infinita alegría, le llevaron a una gran tienda que, entre otras muchas pequeñas, en un apacible y deleitoso prado estaban puestas, todas cubiertas de pieles de animales, cuales do-

¹ En la creación de este curioso personaje, cuyo nombre parece deformación de *Vladimir* (eslavo antiguo *vlad*, 'poder, señorío', y *mari*, 'grande, famoso' = 'ilustre por su poder', o, de algún modo, 'príncipe de la paz'). Bien pronto tendremos ocasión de comprobar lo «apropiado» —por antifrasis— de esta última acepción. C. puede haber tenido en cuenta a otros grandes «violentos» de la tradición occidental (recuérdese, p. ej., al Mezenzio de la *Encida* [VII, 647-648: en la trad. de G. Hernández de Velasco, 1363-1364] y a Argante y a Alcastro, en la *Jerusalén libertada* [II, oct. 59, y XIII, oct. 24]).

De todos modos, más que la identificación del modelo, si lo hubiere, interesa aquí insistir en la existencia de una serie de personajes asimilables a este bárbaro desmesurado, no sólo en los poemas épicos propiamente dicho, sino en los *patrones*, *plantillas* o *recetas* de esas mismas obras, documentados en la preceptiva del siglo XVI (el Tasso de los *Discorsi del poema eroico*, p. ej.). Ello nos lleva, naturalmente, a plantearnos la cuestión de si las frases de presentación de un personaje en cierto modo idéntico a Bradamiro, en *Quijote*, I, 47 (se trata de la llamada «novela del canónigo de Toledo», donde se habla precisamente de un «desaforado bárbaro fanfarrón...») constituyen la prueba de que C. se ha limitado a trazar, a grandes rasgos, lo que será, más tarde, el *Persiles* o si, por el contrario, está dándonos en estas páginas de un resumen de algo ya realmente escrito en 1604 (cfr. *Introducción*, 20-21, nota 2).

La «imposibilidad de comparación» —por la «unicidad de lo ponderado»— constituye un auténtico topos, bien documentado en la literatura de la época. Cfr., p. ej., Fray Antonio de Guevara, *Oratorio de religiosos* (XLVII) y T. Tasso, la *Jerusalén libertada* (IV, oct. 146).

² Casaldueiro (C, 1947: 34) interpreta esta escena del repentino encenderse de Bradamiro por el joven (que —no lo olvidemos— cree doncella) nada menos que como una manifestación de la «naturaleza indiferenciada de los ángeles rebeldes». Y, tras él, entre otros, Eduardo González (C, 1979: 233), Wilson (C, 1991: 158) y Molho (B, 1994: 28) llegan a hablar de una declarada homosexualidad, más o menos «primigenia». A mi parecer, del modo más gratuito (y, a estas alturas, ya de veras *poncif*) que imaginarse pueda.

Sobre el carácter andrógino de Periandro, cfr., p. ej., Louis Combet (C, 1981: 158) y, como fundamento de todo el *Persiles*, Wilson (C, 1991: iv).

mésticos, cuales selváticos. La bárbara que había servido de intérprete de la compra y venta no se le quitaba del lado y, con palabras y en lenguaje que el no entendía, le consolaba.

Ordenó luego el gobernador que pasasen a la ínsula de la prisión y trajesen de ella algún varón, si le hubiese, para hacer la prueba de su engañosa esperanza. Fue obedecido al punto y, al mismo instante, tendieron por el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias y lisas de animales, para que de manteles sirviesen, sobre las cuales arrojaron y tendieron, sin concierto ni policía alguna, diversos géneros de frutas secas y, sentándose él y algunos de los principales bárbaros que allí estaban, comenzó a comer y a convidar por señas a Periandro que lo mismo hiciese³. Sólo se quedó en pie Bradamiro, arrimado a su arco, clavados los ojos en la que pensaba ser mujer; rogóle el gobernador se sentase, pero no quiso obedecerle, antes, dando un gran suspiro, volvió las espaldas y se salió de la tienda.

En esto llegó un bárbaro que dijo al capitán que, al tiempo que habían llegado él y otros cuatro para pasar a la prisión, llegó a la marina una balsa, la cual traía un varón y a la mujer guardiana de la mazmorra, cuyas nuevas pusieron fin a la comida y, levantándose el capitán, con todos los que allí estaban, acudió a ver la balsa. Quiso acompañarle Periandro, de lo que él fue muy contento.

Cuando llegaron, ya estaban en tierra el prisionero y la custodia. Miró atentamente Periandro, por ver si por ventura conocía al desdichado a quien su corta suerte había puesto en el mismo extremo en que él se había visto; pero no

³ S-B (xxvi) remiten, una vez más, a los escritores de materia «americana». Pero tanto —o más— verosímil parece pensar en los tratadistas del septentrión europeo. Debo confesar que no me ha sido posible encontrar textos de veras persuasivos entre ellos, aunque, si bien se mira, tal vez no sean lo que se dice imprescindibles. Olao Magno dedica todo el libro XI de su *Historia* a hablar «De le struture e fabbriche aquilonari», pero en él no trata de las viviendas de los pueblos más primitivos, de algún modo comparables a las de los habitantes de la «isla bárbara». Ahora bien, un escritor como C. no tiene que depender *por fuerza*, en ocasiones como ésta, de una página impresa. Cuanto aquí afirma tal vez derive, sencillamente, de su propia fantasía y, *mutatis mutandis*, de posibles experiencias —inmediatas o mediatas— de los aduares berberiscos.

pudo verle el rostro de lleno en lleno⁴, a causa que tenía inclinada la cabeza y, como de industria, parecía que no dejaba verse de nadie; pero no dejó de conocer a la mujer que decían ser guardiana de la prisión, cuya vista y conocimiento le suspendió el alma y le alborotó los sentidos, porque claramente, y sin poner duda en ello, conoció ser Cloelia, ama de su querida Auristela⁵. Quisiérala hablar, pero no se atrevió, por no entender si acertaría o no en ello; y, así, reprimiendo su deseo como sus labios, estuvo esperando en lo que pararía semejante acontecimiento.

El gobernador, con deseo de apresurar sus pruebas y dar felice compañía a Periandro, mandó que al momento se sacrificase aquel mancebo, de cuyo corazón se hiciesen los polvos de la ridícula y engañosa prueba. Asieron al momento del mancebo muchos bárbaros y, sin más ceremonia que atarle un lienzo por los ojos, le hicieron hincar de rodillas, atándole por atrás las manos. El cual, sin hablar palabra, como un manso cordero, esperaba el golpe que le había de quitar la vida. Visto lo cual por la antigua Cloelia⁶, alzó la voz y, con más aliento que de sus muchos años se esperaba, comenzó a decir:

—Mira, ¡oh gran gobernador!, lo que haces, porque ese varón que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprovechar ni servir en cosa alguna a tu intención, porque es la más hermosa mujer que puede imaginarse. Habla, hermosísima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus des-

⁴ *de lleno en lleno*. 'Frase proverbial que significa *de medio a medio*, enteramente, y sin que falte nada' (DA, que «autoriza» la construcción precisamente con esta del *Persiles*).

⁵ No deja de tener razón Osuna cuando afirma (C, 1972: 81) que Periandro habría debido reconocer a —y ser reconocido por— Cloelia durante los dos o pocos más días que estuvo en la «isla de las prisiones» (cfr. I, 1: 118). Algo dirá al respecto el narrador en el III, 9 (530).

⁶ *antigua* (cultismo, por 'vieja') no desentona en el *Persiles*, tan obsequioso del estilo elevado. El adjetivo, que volverá a aparecer varias veces a lo largo de la novela, referido a personas, está registrado en otras obras de C., como LG (I, 134), VdP (II, terc. 1). Nuestro autor podría haber tenido presentes, para este uso del adjetivo, a los grandes épicos italianos del xvi. Cfr., p. ej., *Orlando furioso* (XVIII, oct. 14) y la *Jerusalén libertada* (II, oct. 54; VII, oct. 7; XI, oct. 75).

gracias, que te quiten la vida, poniendo tasa a la providencia de los cielos, que te la pueden guardar y conservar para que felicemente la goces.

A estas razones, los crueles bárbaros detuvieron el golpe, que ya ya^{b,7} la sombra del cuchillo se señalaba en la garganta del arrodillado. Mandó el capitán desatarle y dar libertad a las manos y luz a los ojos y, mirándole con atención, le pareció ver el más hermoso rostro de mujer que hubiese visto, y juzgó, aunque bárbaro, que, si no era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podría igualársele.

¿Qué lengua podrá decir, o qué pluma escribir, lo que sintió Periandro cuando conoció ser Auristela la condenada y la libre?⁸ Quitósele la vista de los ojos, cubriósele el corazón y, con pasos torcidos y flojos, fue a abrazarse con Auristela, a quien dijo, teniéndola estrechamente entre sus brazos:

—¡Oh, querida mitad de mi alma!⁹. ¡Oh, firme columna de mis esperanzas! ¡Oh, prenda, que no sé si diga por mi bien o por mi mal hallada, aunque no será sino por bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno!¹⁰. Ves aquí a tu hermano Periandro¹¹.

^b Así en M1, L, P2, M4, M5, M16, M23, PECP, AH.

Todas las demás eds.: *que ya la*

⁷ No es rara, en la obra de C., la repetición del adjetivo con efectos dinámicos: cfr. I, 20 (256: de nuevo, *ya ya*); I, 16 (226), II, 11 (352), y III, 3 (455: *luego luego*), etc. Se trata, desde luego, de un uso milenario, bien documentado desde el latín clásico (cfr., p. ej., para *iam iam* o *iam iamque*, la *Encida*, II, 530, 701; XII, 676, 750, 875, 940) y, más tarde, en italiano, en castellano y otras lenguas modernas.

⁸ Para el topos de «la infabilidad», cfr. Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México, FCE, 1955 (231-235). A lo largo del *Persiles*, reaparecerá varias veces, muy hábilmente variado.

⁹ *mitad de su alma*. Cfr. I, 2 (129 y nota 17).

¹⁰ Las palabras de Periandro no pueden dejar de traer a la memoria el principio del soneto X de Garcilaso: «Oh, dulces prendas, por mi mal halladas...». *Incipit*, como ya notó el primer comentarista del toledano, Francisco Sánchez de las Brozas, «el Brocense», imitado del virgiliano «Dulces exuviae, dum fata deusque sinebant...» (*Encida*, IV, 651).

C. recuerda con frecuencia los versos del «gran poeta castellano nuestro»: cfr. *LBA* (acto II); *LGC* y *Quijote*, II, 18. RM (V: 58) aduce testimonios suficientes para comprender que las tales «dulces prendas» se

Y esta razón dijo con voz tan baja que de nadie pudo ser oída, y prosiguió diciendo:

—Vive, señora y hermana mía, que en esta isla no hay muerte para las mujeres, y no quieras tú para contigo ser más cruel que sus moradores; confía en los cielos, que, pues te han librado hasta aquí de los infinitos peligros en que te debes de haber visto, te librarán de los que se pueden temer de aquí adelante.

—¡Ay, hermano! —respondió Auristela, que era la misma que por varón pensaba ser sacrificada— ¡Ay, hermano —replicó otra vez—, y cómo creo que éste en que nos hallamos ha de ser el último trance que de nuestras desventuras puede temerse! Suerte dichosa ha sido el hallarte, pero desdichada ser en tal lugar y en semejante traje.

Lloraban entrambos, cuyas lágrimas vio el bárbaro Bradamiro y, creyendo que Periandro las vertía del dolor de la muerte de aquel que pensó ser su conocido, pariente o amigo, determinó de libertarle, aunque se pusiese a romper por todo inconveniente; y, así, llegándose a los dos, asió de la una mano a Auristela y de la otra a Periandro y, con semblante amenazador y ademán soberbio, en alta voz dijo:

—Ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar a estos dos, aun en un solo cabello. Esta doncella es mía, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere.

Apenas hubo dicho esto, cuando el bárbaro gobernador,

habían acabado convirtiendo, ya finales del siglo xvi, en un auténtico lugar común, tanto en verso como en prosa.

¹¹ E. C. Riley, *Teoría de la novela en C.*, Madrid, Taurus, 1971 (292), se pregunta «si no será algo más que una mera coincidencia el hecho de que los capítulos iniciales del *Persiles* guarden semejanza, más que con la *Historia etiópica*, con la historia de Ifigenia, que Aristóteles utilizó como ejemplo para ilustrar estos puntos [la «suspensión» y la «admiración»]». Pasando de lado mi personal reserva acerca del papel «estructurante» que la historia de Ifigenia haya podido tener —o no tener— en el *Persiles* (yo hablaría más bien de una imitación de detalle), me importa poner en evidencia que el año 1596 (el de la aparición de la *Filosofía antigua poética*, de Alonso López Pinciano, quien —en II, 18-19— también trata de Ifigenia, como el propio Riley recuerda) se presenta como casi seguro *terminus post quem* ha sido concebida y llevada cabo la novela cervantina.

indignado e impaciente sobremanera, puso una grande y aguda flecha en el arco y, desviándole de sí cuanto pudo estenderse el brazo izquierdo, puso la empulguera con el derecho junto al diestro oído¹² y disparó la flecha, con tan buen tino y con tanta furia que en un instante llegó a la boca de Bradamiro y se la cerró, quitándole el movimiento de la lengua y sacándole el alma, con que dejó admirados, atónitos y suspensos a cuantos allí estaban. Pero no hizo tan a su salvo el tiro, tan atrevido como certero, que no recibiese por el mismo estilo la paga de su atrevimiento, porque un hijo de Corsicurvo, el bárbaro que se ahogó en el pasaje de Periandro¹³, pareciéndole ser más ligeros sus pies que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al capitán y, alzando el brazo, le envainó en el pecho un puñal¹⁴ que, aunque de piedra, era más fuerte y agudo que si de acero forjado fuera¹⁵. Cerró el capitán en sempiterna noche los ojos y dio con su muerte venganza a la de Bradamiro, alborotó los pechos y los corazones de los parientes de entrambos, puso las armas en las manos de todos y, en un instante, incitados de la venganza y cólera, comenzaron a enviar muertes en las flechas de unas partes a otras. Acabadas las flechas, como no se acabaron las manos ni los puñales, arremetieron los unos a los otros, sin respetar el hijo al padre, ni el hermano al hermano: antes, como si de muchos

¹² *empulguera*. Tiene razón AA al tachar de incompleta la definición que del término daba el *DRAE* («los cabos de la verga de la ballesta en que entran las extremidades de la cuerda») y al afirmar que «hay que ampliar[la], para incluir la cuerda del arco sencillo». Pero AA (y SA-RH) podría(n) haber recordado otros diccionarios que sí contienen el detalle: los de Nebrija (ed. de 1581) y de Percival (1599; cfr. *TL*). Por no hablar de la rica documentación registrada en la literatura de la época. Cfr., p. ej., la traducción de la *Eneida* por Gregorio Fernández de Velasco (XI, 1638-1645) y la fábula de *Adonis, Hipómanes y Atalanta*, de don Diego Hurtado de Mendoza.

¹³ Cfr. I, 1 (119 y nota 9).

¹⁴ En el mismo *Persiles* reaparecerá más de una vez esta fórmula, que parece haber gustado no poco a C. (recuérdese *LGit*) y, en general, a los escritores del Siglo de Oro, si tan fácil es hallar testimonios de su uso. Cfr., p. ej., Vicente Espinel, *Marcos de Obregón*, libro I, proemio; Guillén de Castro, *La fuerza de la sangre* (acto I), y Lope de Vega, *El valiente Céspedes* (acto III).

¹⁵ Sobre estos *cuchillos de piedra*, cfr. I, 1 (120 y nota 11).

tiempos atrás fueran enemigos mortales por muchas injurias recibidas, con las uñas se despedazaban y con los puñales se herían, sin haber quien los pusiese en paz¹⁶.

Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes y entre estas muertes, estaban juntos la antigua Cloelia, la doncella intérprete, Periandro y Auristela, todos apiñados y todos llenos de confusión y de miedo. En mitad desta furia, llevados en vuelo algunos bárbaros de los que debían de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda y fueron a poner fuego a una selva que estaba allí cerca, como a hacienda del gobernador. Comenzaron a arder los árboles y a favorecer la ira el viento, que, aumentando las llamas y el humo, todos temieron ser ciegos y abrasados.

Llegábase la noche, que, aunque fuera clara, se escureciera, cuanto más siendo oscura y tenebrosa. Los gemidos de los que morían, las voces de los que amenazaban, los estallidos del fuego, no en los corazones de los bárbaros ponían miedo alguno, porque estaban ocupados con la ira y la venganza; poníanle, sí, en los de los miserables apiñados¹⁷, que no sabían qué hacerse, adónde irse o cómo valerse. Y, en esta sazón tan confusa, no se olvidó el cielo de socorrerles, por tan estraña novedad que la tuvieron por milagro. Ya casi cerraba la noche y, como se ha dicho, oscura y temerosa, y solas las llamas de la abrasada selva daban luz bastante para divisar las cosas, cuando un bárbaro mancebo se llegó a Periandro y, en lengua castellana, que dél fue bien entendida, le dijo:

—Sígueme, hermosa doncella, y di que hagan lo mismo las personas que contigo están, que yo os pondré en salvo, si los cielos me ayudan.

¹⁶ La escena de los bárbaros que se matan entre sí es casi segura imitación de Heliodoro, y precisamente del IV, 26. La diferencia, si acaso, consiste en que, en la *Historia etiópica*, los que se matan no son bárbaros, sino griegos «civilizados», aunque piratas.

¹⁷ También la escena del incendio de la isla parece imitación de Heliodoro (I, 54), aunque no excluyo la compresencia de otros modelos. (SA-RH indican la imitación, pero remitiendo a unas páginas más adelante).

No le respondió palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloelia y la intérprete se animasen y le siguiesen; y, así, pisando muertos y hollando armas, siguieron al joven bárbaro que les guiaba. Llevaban las llamas de la ardiente selva a las espaldas, que les servían de viento que el paso les aligerase. Los muchos años de Cloelia y los pocos de Auristela no permitían que al paso de su guía tendiesen el suyo; viendo lo cual el bárbaro, robusto y de fuerzas, asió de Cloelia y se la echó al hombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela¹⁸; la intérprete, menos tierna, más animosa, con varonil brío los seguía.

Destá manera, cayendo y levantando, como decirse suele, llegaron a la marina y, habiendo andado como una milla por ella, hacia la banda del norte, se entró el bárbaro por una espaciosa cueva, en quien la saca del mar entraba y salía. Pocos pasos anduvieron por ella, torciéndose a una y otra parte, estrechándose en una y alargándose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo y ya en pie y derechos, hasta que salieron, a su parecer, a un campo raso, pues les pareció que podían libremente enderezarse, que así se lo dijo su guiador, no pudiendo verlo ellos por la oscuridad de la noche y porque las luces de los encendidos montes, que entonces con más rigor ardían, allí llegar no podían.

—¡Bendito sea Dios —dijo el bárbaro en la misma lengua castellana—, que nos ha traído a este lugar, que, aunque en él se puede temer algún peligro, no será de muerte!

En esto vieron que hacia ellos venía corriendo una gran luz, bien así como cometa, o, por mejor decir, exalación que por el aire camina. Esperáranla con temor, si el bárbaro no dijera:

—Éste es mi padre, que viene a recebirme.

Periandro, que, aunque no muy despiertamente, sabía hablar la lengua castellana, le dijo:

¹⁸ Curioso espectáculo, de veras: Periandro, aún vestido de mujer (hace un momento que el desconocido le ha dicho, en castellano: «hermosa doncella») «se echa al hombro» a Auristela, quien, por su parte, sigue vestida de hombre. Ya lo puso de relieve, hace un siglo y medio, Notter.

—El cielo te pague, ¡oh ángel humano, o quienquiera que seas!, el bien que nos has hecho, que, aunque no sea otro que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio.

Llegó en esto la luz, que la traía uno al parecer bárbaro, cuyo aspecto la edad de poco mas de cincuenta años le señalaba. Llegando, puso la luz en tierra, que era un grueso palo de tea, y a brazos abiertos se fue a su hijo, a quien preguntó en castellano que qué le había sucedido que con tal compañía volvía.

—Padre —respondió el mozo—, vamos a nuestro rancho¹⁹, que hay muchas cosas que decir y muchas más que pensar. La isla se abrasa; casi todos los moradores della quedan hechos ceniza o medio abrasados; estas pocas reliquias que aquí veis, por impulso del cielo las he hurtado a las llamas y al filo de los bárbaros puñales. Vamos, señor, como tengo dicho, a nuestro rancho, para que la caridad de mi madre y de mi hermana se muestre y ejercite en acariciar a estos mis cansados y temerosos huéspedes²⁰.

Guió el padre; siguiéronle todos; animóse Cloelia, pues caminó a pie; no quiso dejar Periandro la hermosa carga que llevaba, por no ser posible que le diese pesadumbre, siendo Auristela único bien suyo en la tierra. Poco anduvieron, cuando llegaron a una altísima peña, al pie de la cual descubrieron un anchísimo espacio o cueva, a quien servían de techo y de paredes las mismas peñas. Salieron, con teas encendidas en las manos, dos mujeres vestidas al traje bárbaro: la una, muchacha de hasta quince años y, la otra, hasta treinta; ésta, hermosa, pero, la muchacha, hermosísima. La una dijo:

¹⁹ *rancho*. En la acepción de 'habitación pequeña y pobremente construida' (DCELC).

²⁰ *acariciar*. En la acepción de 'tratar con afabilidad, amor y blandura', 'festejar'. Según el DCELC, tanto *caricia* como el verbo derivado son italianismos entrados en español, tal vez por mediación del catalán, en el siglo XVI. (Las palabras empleadas antes eran *mimo*, *halago*, *regalo*.) C. lo usa, de manera que podría resultar «extraña» para el lector no acostumbrado a la lengua de la época, en ECEx: en la casa sevillana cerrada a cal y canto, Carrizales se entretiene en «en regalar a su esposa y acariciar a sus criadas». Cfr., p. ej., *Persiles* IV, 14 (728).

—¡Ay, padre y hermano mío!

Y la otra no dijo más sino:

—¡Seáis bien venido, regalado hijo de mi alma!²¹.

La intérprete estaba admirada de oír hablar en aquella parte, y a mujeres que parecían bárbaras, otra lengua de aquella que en la isla se acostumbraba; y cuando les iba a preguntar qué misterio tenía saber ellas aquel lenguaje, lo estorbó mandar el padre a su esposa y a su hija que aderezasen con lanudas pieles el suelo de la inculta cueva. Ellas le obedecieron, arrimando a las paredes las teas; en un instante, solícitas y diligentes, sacaron de otra cueva que más adentro se hacía pieles de cabras y ovejas y de otros animales, con que quedó el suelo adornado y se reparó el frío, que comenzaba a fatigarles.

CAPÍTULO QUINTO

*De la cuenta que dio de sí el bárbaro español
a sus nuevos huéspedes^{a,1}*

Presta y breve fue la cena, pero, por cenarla sin sobresalto, la hizo sabrosa. Renovaron las teas y, aunque quedó ahumado el aposento, quedó caliente. Las vajillas que en la cena sirvieron ni fueron de plata ni de pisa²: las manos de

^a P2 lo presenta como II

²¹ Cfr. lo dicho a propósito de Carrizales, su esposa y sus criadas en la nota precedente. Para indicar lo que expresamos con *regalo* se recurría en la época de C. a *dádiva*, *presente*, *don*...

¹ Acerca de la asistematicidad de los capítulos con o sin epígrafe, cfr. Harrison (C, 1993: 35-36, 53, 83-84).

² S-B ilustran este pasaje con una frase de Suárez de Figueroa, *Plaza universal de todas las ciencias y artes* como se sabe traducción-reelaboración de la casi homónima obra de Tommaso Garzoni: «Cuanto al vidriado, es bueno el de Pisa y el de Talavera de la Reina» (206). Cfr. los testimonios reunidos en *PECP* (92-93), donde indico que en Italia Pisa nunca tuvo una particular fama en esta actividad. Baste decir que las eds. originales de la *Piazza*... de T. Garzoni (discurso XLVII: «De' figuli, o

la bárbara y bárbaro pequeños fueron los platos y unas cor-
tezas de árboles, un poco más agradables que de corcho,
fueron los vasos³. Quedóse Candia^{b,4} lejos, y sirvió en su lu-
gar agua pura, limpia y frigidísima. Quedóse dormida Cloe-
lia, porque los luengos años más amigos son del sueño que
de otra cualquiera conversación, por gustosa que sea⁵. Aco-
modóla la bárbara grande en el segundo apartamiento, ha-
ciéndole de pieles así colchones como frazadas; volvió a
sentarse con los demás, a quien el español dijo en lengua
castellana desta manera:

—Puesto que⁶ estaba en razón que yo supiera primero,
señores míos, algo de vuestra hacienda⁷ y sucesos antes que
os dijera los míos, quiero, por obligaros, que los sepáis, por-
que los vuestros no se me encubran después que los míos

^b M5: *Cándia*; M13, B10, M23: *Candía*; todas las demás eds., por un motivo o por otro: *Candia*

vasari, o pignattari, o boccalari») la ignoran en absoluto. El vocablo, con minúscula (como a mi parecer hay que escribirlo, puesto que de un auténtico nombre común se trata, al modo que el francés y el portugués hacen con *faïance* y *faiança* —respectivamente derivados de Faenza— o nosotros mismos con *china* y aun *talavera*) sigue vivo en catalán, aunque hoy corresponda a un género de loza no muy refinado.

³ Para S-B (xxvi) también aquí es posible referirse a un paralelo «americano». Y también aquí parece tanto —o más— lógico pensar en otras fuentes. No necesariamente «septentrionales», por supuesto. La corteza de los árboles, y especialmente aquel corcho aquí de manera explícita considerado menos tosco y desapacible, aparece unas y otra vez en la riquísima tradición de la bucólica, tanto en prosa como en verso, cultivada también por C. en LG.

⁴ En los siglos xcv-xvii (y aun en la primera mitad del xviii) se pronunciaba *Candia*, no *Candía*. Cfr. *PECP* (93-95). En la isla se producía un vino renombrado.

⁵ Stegmann (C, 1972: 101) relaciona este pasaje con otro de Heliodoro, (V, 175), en que Calasiris, el mentor de Teágenes y Cariclea, decide cortar el hilo de la conversación. El propio Stegmann (98-99) nota que el relato, después de la comida y, más aún, de la cena, son ya un tópico en la literatura grecolatina, y no deja de recordar una situación parecida en la misma *Historia etiópica* (V, 193-104).

⁶ *puesto que* = 'aunque'. Como siempre, a lo largo de todo el *Persiles*.

⁷ *hacienda*. En la acepción de 'negocio, asunto' e incluso 'ocupación habitual' (= 'lo que se ha de hacer': del latín *facenda*).

hubiéredes oído⁸. Yo, según la buena suerte quiso, nací en España, en una de las mejores provincias de ella; echáronme al mundo padres medianamente nobles; criáronme como ricos. Llegué a las puertas de la Gramática, que son aquéllas por donde se entra a las demás ciencias⁹; inclinóme mi estrella, si bien en parte a las letras, mucho más a las armas. No tuve amistad en mis verdes años ni con Ceres ni con Baco y, así, en mí siempre estuvo Venus fría¹⁰. Llevado, pues, de mi inclinación natural, dejé mi patria y fuime a la guerra que entonces la majestad del César Carlo Quinto^{c,11}

^c P1, M3, P2, M4, M5, M6, B2, B3, B4, M7, M9, M10, M21: *Carlos Quinto*

A partir de M8, todas las eds. (a excepción de M16, M17, M18, BA2, B10, B11, AH, que leen como M1) traen *Carlos V*

⁸ En la *Historia etiópica* (I, 86), Calasiris hace algunas preguntas a Gnemón. El cual responde: «—Cosa de donaire es lo que pedís en querer saber mis cosas, antes que yo entienda las vuestras, especialmente habiéndoolas yo demandado primero.» Y Calasiris, en efecto, cuenta su odisea y la de Teágenes y Cariclea, sin salirse por la tangente, sin duda porque así conviene en ese otro «poema en prosa», en el presente particular mucho más verosímil que el *Persiles*, donde la reticencia de los protagonistas no siempre resulta satisfactoriamente justificada.

⁹ Se trata de un cliché a que el propio C. recurre en *ELV* y, variándolo de algún modo, en *Quijote*, II, 16.

¹⁰ S-B citan una frase de Terencio (*Los eunucos*, acto IV): «Verbum, hercle, hoc verum erit: sine Cerere et Baccho friget Venus.» Y añaden el refrán (que, a decir verdad, más bien parece *empresa* o *mote* de justa o fiesta cortesana): «Vulcano ni Venus, sin Ceres ni Baco, no valen un caco.» Más populares —*proverbiales*— se me figuran, entre las innumerables testimonios disponibles, las formas usadas por el P. Juan de Pineda en sus *Discursos muy apacibles de agricultura cristiana* (diálogo IV, secc. 16, y diál. XXII, secc. 35). A. Castro (C, 1925: 283) llama la atención sobre el hecho de la sentencia terenciana figura también en los *Adagios* de Erasmo (chil. II, cent., III, n. 97), pero, a la vista de lo dicho, ¿hace falta de veras remontarse al Roterodamense para ilustrar identificar la fuente de una frase de veras *mostrenca* en la época? La sentencia, en su latín original, consiguen colocarla en sendas composiciones Bartolomé Cairasco de Figueroa («En tanto que los árabes...», canción en esdrújulos: BAE, XLII: 498 b) y Lope de Vega (*El divino africano*, acto I).

¹¹ En realidad, tanto la primera como la segunda «enmienda» se pueden justificar, sobre todo si se tiene en cuenta que en el mismo *Persiles* ocurrirá precisamente *Carlos V* en no menos de tres ocasiones (II, 19 [411], y 21 [420]; III, 18 [610]). De cualquier modo, este *Carlo* no se debería haber tocado en

hacia en Alemania contra algunos potentados de ella¹². Fui Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el emperador, tuve amigos y, sobre todo, aprendí a ser liberal y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte cristiano. Volví a mi patria honrado y rico, con propósito de estarme en ella algunos días gozando de mis padres, que aún vivían, y de los amigos, que me esperaban; pero esta que llaman fortuna, que yo no sé lo que se sea¹³, envidio-

ningún caso, puesto que no es sólo «verosímil», sino que consituye un interesante «rasgo estilístico» digno de ser conservado.

Para las alternativas *Carlos / Carlo* (y aun *Carolo-Cárolo*), *Felipe / Filipo*, *Enrique / Enrico*, *Luis / Ludovico*, etc., cfr. *PECP* (95-96); para el comportamiento del propio C., en el resto de sus obras, cfr. C. Romero, «NE. I. Los paratextos y *LGi*» (543, nota 34).

¹² En mis dos eds. italianas del *Persiles* (B, 1968 y 1971) me inclinaba a identificar esta guerra con la sostenida por el Emperador contra la Liga de Smalkalda, coronada con la captura del Elector de Sajonia en Mühlberg (1547) y con la sucesiva capitulación de Wittenberg. Así opinan, antes y después, Novo y Fernández Chicharro (C, 1928), Rothbauer (B, 1963), AA, Márculescu (B, 1980), Wilson (C, 1991), Harrison (C, 1993), SA-RH y Ruffinatto (B, 1996). S-B y W-C no expresan ninguna opinión explícita al respecto. Pero, por los motivos que se irán viendo, 1547 es fecha demasiado tardía, incongruente con los hechos narrados por Antonio. En realidad, como nota Kenneth J. Allen (87-78), el «bárbaro español» alude a la victoriosa guerra que el Emperador sostuvo en el verano de 1543 contra el duque de Kleve (o Clèves), en un territorio —preciso yo— que todos los mapas y tratados de geografía de la época denominan precisamente *Germania Inferior* (o *Alemania la Baja*). Añadiré que de los precedentes de la guerra y de los principales acontecimientos de la misma hace una minuciosa relación Luis Zapata en el *Carlo famoso*, poema-crónica sin duda alguna conocido por C.: XLVI (guerra con Francia, movimientos en Luxemburgo), XLVII (rebelión del duque de Kleve, recientemente convertido al protestantismo; acciones del ejército imperial; rendición del duque en Venloo y reducción al catolicismo; guerra contra Francia, ya en 1544), XLVIII (conclusión victoriosa de la misma) y IL (paz con el rey francés y despedida, por parte de Carlos V, de su ejército, todavía en 1544).

¹³ «A la diosa de fortuna —escribe AA— le queda muy poco de pagana (pronto dirá Calderón: *No hay más fortuna que Dios*), se ha convertido, en general, en instrumento de la Providencia cristiana.» Convendrá añadir, de todos modos, que, en el mismo *Persiles*, junto a rotundas afirmaciones de que la fortuna es «un simple disponer del cielo», no faltan apasionadas declaraciones en favor de la *virtus* humana, domeñadora, al menos en parte, de la loca suerte (II, 5 [304] y IV, 1 [639]). Como de costumbre en C., depende del personaje que habla o, si se trata del propio narrador, de la perspectiva por éste asumida.

sa de mi sosiego, volviendo la rueda que dicen que tiene, me derribó de su cumbre¹⁴, adonde yo pensé que estaba puesto, al profundo de la miseria en que me veo, tomando por instrumento para hacerlo a un caballero, hijo segundo de un titulado que junto a mi lugar el de su estado tenía.

»Éste, pues, vino a mi pueblo a ver unas fiestas. Estando en la plaza en una rueda o corro de hidalgos y caballeros¹⁵, donde yo también hacía número, volviéndose a mí, con ademán arrogante y risueño, me dijo: «Bravo¹⁶ estáis, señor Antonio; mucho le ha aprovechado la plática¹⁷ de Flandes y de Italia, porque en verdad que está bizarro; y sepa el buen Antonio que yo le quiero mucho.» Yo le respondí: «Porque yo soy aquel Antonio, beso a vuesa señoría las manos mil veces por la merced que me hace; en fin, vuesa señoría hace como quien es en honrar a sus compatriotas^{d,18} y servidores; pero, con todo eso, quiero que vuesa señoría entienda que las galas yo me las llevé de mi tierra a Flandes¹⁹, y

^d A partir de M3, todas las eds. (con las excepciones de M16, B11, *PECP* y AH) leen *compatriotas*

¹⁴ Cfr. *Quijote*, II, 49.

¹⁵ ¿En qué consistía la diferencia entre *hidalgos* y *caballeros*? Casi tan sólo en los bienes, más abundantes en los caballeros —categoría, por otra parte, prevalentemente urbana, frente a la más bien rural o aldeana de los hidalgos. Cfr. P. Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (diál. II, secc. 4) y Lope de Vega (*Servir a señor discreto*, acto I). Sin olvidar, por supuesto, *Quijote*, II, 2.

¹⁶ «Al hombre llamamos bravo cuando es valiente, o cuando está enojado, o cuando sale muy galán y bizarro» (Cov.).

¹⁷ *plática* = 'práctica'. Antonio es, pues, ahora, un auténtico *soldado plático* (cfr. nota 19) o 'veterano'.

¹⁸ *compatrioto* alternaba en la época con *compatriota* y *compatriote*, como demuestra, con buenos testimonios, RM (II: 380, y III: 365). En el *corpus* cervantino no aparece nunca *compatriota*.

¹⁹ Lucas Gracián Dantisco, tras aconsejar, en su *Galateo español*, el uso de vestidos apropiados al momento, escribe (c. XIV): «...y en las nobles conversaciones de hombres graves, mal parecerían las plumas y penachos que usan los soldados en la guerra, ni las brodaduras y recamados, y mucho menos las armas y mallas, que en la guerra parecen tan bien. Antes los curiosos caballeros y los soldados que son pláticos, cuando se hallan en las cortes y ciudades, se moderan de tanta bizarria...»

Importa tener presente ese Flandes, ya evocado en su intervención por el

con la buena crianza nació del vientre de mi madre; así que, por esto, ni merezco ser alabado ni vituperado; y, con todo, bueno o malo que yo sea, soy muy servidor de vuesa señoría, a quien suplico me honre como merecen mis buenos deseos.» Un hidalgo que estaba a mi lado, grande amigo mío, me dijo, y no tan bajo que no lo pudo oír el caballero: «Mirad, amigo Antonio, cómo habláis, que al señor don fulano no le llamamos acá señoría»²⁰. A lo que respondió el caballero, antes que yo respondiese: «El buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde, [en] el lugar^e de merced, dicen señoría»²¹. «Bien sé —dije yo— los usos y las ceremonias de cualquiera buena crianza; y el llamar a vuesa señoría no es al modo de Italia, sino porque en-

^e M1: *donde el lugar*

A partir de M4, todas las eds. enmiendan *donde en lugar*

aristócrata. Antonio admite haber estado allí. Lo que potencia, *a posteriori*, cuanto afirmado en la nota 12.

²⁰ El *tú* se usaba con los niños y las personas de gran confianza. El *vos* se empleaba entre iguales, con el expreso deseo de mostrar esa igualdad o, más frecuentemente, con inferiores. El *él* o *ella* constituía una forma más bien neutra, que se teñía de *medio respeto* o de *desdoro* según la circunstancia —pero más bien se decantaba hacia lo último. El *vuesa merced*, con sus variantes, constituía la fórmula más extendida de respeto (a nadie podía ofender). El *señoría* empezó siendo un tratamiento de uso muy restringido, que la vanidad de unos y el servilismo de otros fue propagando hasta límites, según parece, «escandalosos» (la misma autoridad real tuvo que intervenir, dedicando a este concreto abuso buena parte de las *pragmáticas de las cortesías* promulgadas en 1584, 1588 y 1611). Este «grado», a finales del siglo XVI y comienzos del XVII, se debía usar tan sólo al dirigirse a condes, marqueses, obispos, embajadores, presidentes y oidores. (Los transgresores podían ser castigados, incluso severamente, al menos en teoría —lo que explica las palabras del hidalgo a Antonio.) El *excelencia*, en fin, estaba reservado a los duques, los virreyes y generales de armada.

Volviendo ahora al texto cervantino, observamos que el joven noble ha tratado a Antonio primero de *vos* y, enseguida, de *él*. Viene luego su propia réplica y, a continuación, la intervención de un innominado presente, que lo trata de nuevo de *vos*, sin que el airado se sienta aún más ofendido: señal de que se trata de un amigo, de un «igual».

²¹ Para [en] *el lugar* de cfr., en el propio *Persiles*, III, 10 (337 y nota 1). Suárez de Figueroa, *El pasajero* (alivio III), se refiere —con escándalo— al «uso de otras provincias, en especial de Italia, donde llaman al médico *excelencia* y *señoría* al zapatero». Al mismo «abuso italiano» se refiere, p. ej., Lope de Vega en *La portuguesa y dicha del forastero* (acto I).

tiendo que el que me ha de llamar vos ha de ser señoría a modo de España. Y yo, por ser hijo de mis obras y de padres hidalgos, merezco el merced de cualquier señoría²². Y quien otra cosa dijere —y esto echando mano a mi espada— está muy lejos de ser bien criado»²³.

»Y, diciendo y haciendo, le di dos cuchilladas en la cabeza muy bien dadas, con que le turbé de manera que no supo lo que le había acontecido, ni hizo cosa en su desagravio que fuese de provecho, y yo sustenté la ofensa, estándome quedo con mi espada desnuda en la mano²⁴. Pero, pasándosele la turbación, puso mano a su espada y, con gentil brío, procuró vengar su injuria; mas yo no le dejé poner en efeto su honrada determinación, ni a él la sangre que le corría de la cabeza, de una de las dos heridas. Alborotáronse los circunstantes; pusieron mano contra mí; retiréme a casa de mis padres, contéles el caso y, advertidos del peligro en que estaba, me proveyeron de dineros y de un buen caballo, aconsejándome a²⁵ que me pudiese en cobro, porque me había granjeado muchos, fuertes y poderosos enemigos. Hícelo así y en dos días pisé la raya de Aragón, donde respiré algún tanto de mi no vista priesa²⁶.

²² Una *facecia*, de las muchas recogidas en la *Floresta española* de Melchor Santa Cruz Dueñas (ed. de Maximiliano Cabañas, Madrid, Cátedra, 1996; nota 399) aclarará más todavía las palabras del soldado: «Un estudiante, preciándose de muy privado de una señora, fuela a visitar con otro. Y ella llamábale *vos*, y él llamóla *señoría*. La señora, muy enojada, le preguntó por qué la llamaba *señoría*. Respondió el estudiante. Suba vuesa merced un punto, y abajaré yo otro, y andará la música concertada.»

Como bien recuerda AA (C, 1961: 82-84), «esta anécdota seminal de la biografía de Antonio está tomada del divulgadísimo *Examen de ingenios* del doctor Juan Huarte de San Juan (Baeza, 1575), hecho que, *en passant*, fue ya notado por otros estudiosos». El pasaje en cuestión se hallará en el cap. XIII (XV de la ed. de 1594). Otro caso, extrañamente parecido, pero demasiado tardío, se hallará en la *Vida* de Miguel de Castro (615 b-616 a).

²³ Se trata de una fórmula para afianzar la propia opinión, que no deja de recordar la mucho más famosa del soneto cervantino al túmulo de Felipe II en Sevilla: «Y quien dijere lo contrario, miente.»

²⁴ Para más detalles acerca del alcance de este gesto, en el código del honor caballeresco, cfr. III, 9 (517-518 y nota 5).

²⁵ *aconsejar a* = 'inducir, persuadir a'. Cfr. *DHLE*, 7ª acepción (entre las autoridades aducidas figura precisamente esta frase del *Persiles*).

²⁶ Los privilegios de Aragón, en materia jurídica, ofrecían al detenido, fuera o no nativo del reino, garantías desconocidas en Castilla —y, al

»En resolución, con poco menos diligencia me puse en Alemania, donde volví a servir al emperador²⁷. Allí me avisaron que mi enemigo me buscaba, con otros muchos, para matarme del modo que pudiese. Temí este peligro, como era razón que lo temiese; volvíme a España, porque no hay mejor asilo que el que promete la casa del mismo enemigo²⁸. Vi a mis padres de noche; tomáronme a proveer de dineros y joyas, con que vine²⁹ a Lisboa y me embarqué en una nave que estaba con las velas en alto para partirse en Inglaterra³⁰, en la cual iban algunos caballeros ingleses que habían venido, llevados de su curiosidad, a ver a España y,

^f A partir de M3, todas las eds. (con las excepciones de P2, M13, M16, M17, M18, M21, BA2, M23, PECP, AH) enmiendan *partirse a Inglaterra*

mismo tiempo, magníficas ocasiones de huida para cuantos desaban salir de ésta, por los motivos que fueren. Tras los gravísimos acontecimientos de Zaragoza, originados por la presencia de Antonio Pérez, antiguo secretario de Felipe II, éste limitó sensiblemente los fueros. No los suprimió, sin embargo. Ello sucedería tan sólo con Felipe V. Hasta el decreto borbónico de Nueva Planta, la *huida a Aragón* constituirá, pues, un motivo frequentísimo en la literatura castellana. En el propio C. encontramos otras referencias a tal aventura: cfr. *Quijote*, II, 27. Cierta pasaje de LG (V, 513-516) ilustra, en cambio, la dificultad de hacer salir de su tierra por la fuerza a un aragonés. Cfr. también, p. ej., Lope de Vega: *Guardar y guardarse a un tiempo* (acto I) y *La Dorotea* (acto IV, esc. 3). Los aspectos negativos de los citados privilegios para el ofendido, sobre todo cuando el ofensor era un noble, quedan bien bien ilustrados en *Antonio Roca*, comedia del mismo Lope (acto I).

²⁷ ¿Cuánto tiempo ha podido pasar entre el primero y el segundo período de servicio de Antonio en el ejército imperial? Tal vez tan sólo de un par de meses (con lo que estaríamos todavía en 1543). O más —y, entonces, habría que pensar en unas fuerzas que se preparan para la campaña contra Francia en 1544.

²⁸ Se trata de una frase proverbial, que ocurre también, p. ej., en Lope de Vega (*El molino*, acto I) y en Calderón (*El monstruo de los jardines*, acto II).

²⁹ *venir*. No necesariamente, como hoy, 'moverse de allí a aquí', sino más bien 'moverse, de una parte a otra', sin más precisiones. Cfr. RM (I: 396; III: 252; VII: 120).

³⁰ No hay ningún motivo para intervenir en la lección de M1. Carezco por el momento de otros testimonios de *partirse en*, pero ello no quiere decir que no existan, ni siquiera que sean rarísimos. Así me lo hace suponer la facilidad con que se encuentran de los paralelos *arribar en*, *llegar en*, *pasar(se) en*, *venir en*, *volver en*... (cfr. PECP: 97).

habiéndola visto toda o, por lo menos, las mejores ciudades della, se volvían a su patria³¹.

»Sucedió, pues, que yo me revolví sobre una cosa de poca importancia con un marinero inglés, a quien fue forzoso darle un bofetón. Llamó este golpe la cólera de los demás marineros de toda la chusma de la nave, que comenzaron a tirarme todos los instrumentos arrojadizos que les vinieron a las manos. Retiréme al castillo de popa y tomé por defensa a uno de los caballeros ingleses, poniéndome a sus espaldas, cuya defensa me valió de modo que no perdí luego la vida³². Los demás caballeros sosegaron la turba, pero fue con condición que me arrojasen a la mar o que me diesen el esquite o barquilla de la nave, en que me volviese a España o adonde el cielo me llevase. Hízose así: diéronme la barca, proveída con dos barriles de agua, uno de manteca y alguna cantidad de bizcocho. Agradecí a mis valedores la merced que me hacían; entré en la barca con solos dos remos; alargóse la nave³³; vino la noche oscura; halléme solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas, sin tomar otro camino que aquel que le concedía el no contrastar contra las olas ni contra el viento. Alcé los ojos al cielo; encomendéme a Dios con la mayor devoción que pude; miré al norte, por donde distinguí el camino que hacía, pero no supe el paraje en que estaba.

»Seis días y seis noches anduve desta manera, confiando más en la benignidad de los cielos que en la fuerza de mis

³¹ La presencia de estos *turistas* en la España de los años 1540-1558 no resulta de ningún modo sorprendente. Carlos V mantuvo siempre una política filoinglesa, en función antifrancesa, superando, en sus últimos años, incluso las graves cuestiones religiosas que separaban a aquel reino del Imperio y —sobre todo— de España. También su hijo, Felipe II, siguió esta política hasta el momento, relativamente tardío, en que la ruptura con la Inglaterra isabelina resultó inevitable. Desde entonces hasta el restablecimiento de la paz, en 1605, no es fácil imaginar un viaje de ingleses por España llevados del mero deseo de conocer sus principales ciudades.

³² *luego* = 'enseguida'.

³³ *alargarse* = 'alejarse' y, con frecuencia, 'entrarse en el mar abierto'. Cfr. III, 11 [558] y 12 [571]. Alternaba con *alongarse*. Cfr. I, 2 (135).

brazos, los cuales, ya cansados y sin vigor alguna⁸ del continuo trabajo, abandonaron los remos, que quité de los escálamosh,³⁴ y los puse dentro la barca, para servirme dellos cuando el mar lo consintiese o las fuerzas me ayudasen. Tendíme luego de largo a largo³⁵ de espaldas en la barca, cerré los ojos y en el secreto de mi corazón no quedó santo en el cielo a quien no llamase en mi ayuda. Y en mitad deste aprieto, y en medio desta necesidad (cosa dura de creer), me sobrevino un sueño tan pesado que, borrándome de los sentidos el sentimiento, me quedé dormido (tales son las fuerzas de lo que pide y ha menester nuestra naturaleza); pero, allá en el sueño, me representaba la imaginación mil géneros de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas dellas me parecía que me comían lobos y despedazaban fieras, de modo que, dormido y despierto, era una muerte dilatada mi vida.

»Deste no apacible sueño me despertó con sobresalto una furiosa ola del mar que, pasando por cima de la barca, la llenó de agua. Reconocí el peligro, volví como mejor pude el mar al mar³⁶, torné a valerme de los remos, que ninguna cosa me aprovecharon. Vi que el mar se ensoberbecía, azotado y herido de un viento ábrego³⁷, que en aquellas partes parece que más que en otros mares muestra su poderío; vi que era simpleza oponer mi débil barca a su furia y,

⁸ M1: *alguna*

Par1 y, a partir de M3, todas las eds. enmiendan *alguno*, con las excepciones de M16, M17, B10, B11, AH.

^h Así M5, M6, B2, B3, B4, Par6, Vall, B11, M23, *PECP*, AH. Por uno u otro motivo, todas las demás traen *escalamos*

³⁴ «A las clavijas de palo llaman escálamosh», escribe fray Antonio de Guevara en el *Libro de los inventores del arte de marear* (xxiii). Tales clavijas, encajadas en el borde las barcas, para sujetar los remos, son hoy conocidas también con el nombre de *tolete*.

³⁵ *de largo a largo*. Referido a alguien que cayó en tierra, 'tendido en ella enteramente' (*DA*).

³⁶ La misma fórmula reaparecerá en II, 15. Mucho antes la había usado, p. ej., Ariosto, *Orlando Furioso* (XIX, oct. 9).

³⁷ *ábrego* (= 'viento del sur') alterna en español clásico con *ábrigo* (Guevara, *Libro de los inventores* ...: xxiii v) y con el cultismo *áfrico* (Pedro Mejía, *Silva*, Parte IV, 22).

con mis flacas y desmayadas fuerzas, a su rigor y, así, tomé a recoger los remos y a dejar correr la barca por donde las olas y el viento quisiesen llevarla.

»Reiteré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos³⁸, no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraba, sino por el de la pena que mis malas obras merecían. Finalmente, no sé a cabo³⁹ de cuántos días y noches que anduve vagamundo por el mar, siempre más inquieto y alterado, me vine a hallar junto a una isla despoblada de gente humana, aunque llena de lobos, que por ella a manadas discurrían. Lleguéme al abrigo de una peña que en la ribera estaba, sin osar saltar en tierra, por temor de los animales que había visto. Comí del bizcocho, ya remojado, que la necesidad y la hambre no reparan en nada. Llegó la noche, menos oscura que había sido la pasada; pareció que el mar se sosegaba y prometía más quietud el venidero día; miré al cielo; vi las estrellas con aspecto de prometer bonanza en las aguas y sosiego en el aire.

»Estando en esto, me pareció, por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servía de puerto se coronaba de los mismos lobos que en la marina había visto y que uno dellos (como es la verdad) me dijo en voz clara y distinta y en mi propia lengua: «Español, hazte a lo largo y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en ésta morir hecho pedazos por nuestras uñas y dientes. Y no preguntes quién es el que esto te dice, sino da gracias al cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras.» Si quedé espantado o no, a vuestra consideración lo dejo, pero no fue bastante la turbación mía para dejar de poner en obra el consejo que se me había dado. Apreté los escálamos, até los remos, esforcé los brazos y salí al mar descubierto; mas, como suele acon-

³⁸ La frase, de origen latino, constituye un auténtico topos, bien documentado en la literatura española precedente y contemporánea a C.: cfr. p. ej., Pedro Laynez, *Obras* (ed. de J. de Entrambasaguas, Madrid, CSIC, 1951): I, 450.

³⁹ *a cabo* (como y aun más frecuentemente que *al cabo*) se decía en los siglos XVI y XVII. Cfr., p. ej., Lope de Rueda (*El convidado*) y Felipe II (*Epistolario familiar. Cartas a su hija, la Infanta doña Catalina [1585-1596]*, ed. de Erika Spivakovsky, Madrid, Espasa-Calpe, 1975: 152).

tecer que las desdichas y aflicciones turban la memoria de quien las padece, no os podré decir cuántos fueron los días que anduve por aquellos mares, tragando no una sino mil muertes a cada paso, hasta que, arrebatada mi barca en los brazos de una terrible borrasca, me hallé en esta isla, donde di al través con ella⁴⁰ en la misma parte y lugar adonde está la boca de la cueva por donde aquí entrastes.

»Llegó la barca a dar casi en seco por la cueva adentro, pero volvíala a sacar la resaca; viendo yo lo cual, me arrojé della y, clavando las uñas en la arena, no di lugar a que la resaca al mar me volviese; y, aunque con la barca me llevaba el mar la vida, pues me quitaba la esperanza de cobrarla⁴¹, holgué de mudar género de muerte y quedarme en tierra: que, como se dilate la vida, no se desmaya la esperanza.

A este punto llegaba el bárbaro español (que este título le daba su traje), cuando, en la estancia más adentro, donde habían dejado a Cloelia, se oyeron tiernos gemidos y sollozos. Acudieron al instante con luces Auristela, Periandro y todos los demás a ver qué sería y hallaron que Cloelia, arriadas las espaldas a la peña, sentada en las pieles, tenía los ojos clavados en el cielo y casi quebrados⁴². Llegóse a ella Auristela, y, a voces compasivas y dolorosas, le dijo:

—¿Qué es esto, ama mía? Cómo, ¿y es posible que me queréis dejar en esta soledad, y a tiempo que más he menester valerme de vuestros consejos?

Volvió en sí algún tanto Cloelia y, tomando la mano de Auristela, le dijo:

—Ves ahí, hija de mi alma, lo que tengo tuyo. Yo quisiera que mi vida durara hasta que la tuya se viera en el sosiego que merece, pero, si no lo permite el cielo, mi voluntad se ajusta con la suya y de la mejor que es en mi mano le ofrezco mi vida. Lo que te ruego es, señora mía, que, cuando la buena suerte quisiere (que sí querrá) que te veas en tu estado y mis padres aún fueren vivos, o alguno de mis pa-

⁴⁰ *dar al través* = 'padecer naufragio'.

⁴¹ *cobrar* = 'recobrar'.

⁴² *ojos quebrados*. 'Se dice también de los moribundos, cuando se les turba la vista, que es señal de estar en los últimos' (DA).

rientes, les digas cómo yo muero cristiana en la fe de Jesucristo y en la que tiene, que es la misma, la santa Iglesia Católica Romana. Y no te digo más, porque no puedo.

Esto dicho, y muchas veces pronunciando el nombre de Jesús, cerró los ojos en tenebrosa noche, a cuyo espectáculo también cerró los suyos Auristela con un profundo desmayo, hizieronse fuentes los de Periandro y ríos los de todos los circunstantes. Acudió Periandro a socorrer a Auristela, la cual, vuelta en sí, acrecentó las lágrimas y comenzó sospiros nuevos, y dijo razones que movieran a lástima a las piedras⁴³. Ordenóse que otro día⁴⁴ la sepultasen y, quedando en guarda del cuerpo muerto la doncella bárbara y su hermano, los demás se fueron a reposar lo poco que de la noche les faltabaⁱ.

CAPÍTULO SEXTO^a

Donde el bárbaro español prosigue su historia

Tardó aquel día en mostrarse al mundo, al parecer, más de lo acostumbrado, a causa que el humo y pavesas del in-

ⁱ P2: *les quedava*

^a P2 lo presenta como III

⁴³ A lo largo del *Persiles* aparecerá documentado una y otra vez lo que muy bien podríamos denominar «hipérbole de las lágrimas». Creo que Notter se equivoca cuando insinúa, anotando precisamente esta página, que C. puede estar ironizando, al poner en evidencia el excesivo sentimentalismo de los personajes.

En realidad, el *don de lágrimas* ha tenido siempre un gran prestigio en la tradición cristiana. (Y no sólo en la cristiana: ¿no decía Ovidio en las *Tristes*, IV, III, 37, «est quaedam flere voluptas»?.) Pero hay más. Por arrastre cultural, por convención social, estas escenas se justifican aun a nivel de absoluta seriedad. Virgilio, Ariosto, Garcilaso y otros nombres de veras ilustres insisten en estas efusiones. El llanto era «edificante y bello», afirma Johan Huizinga, en *Autunno del MedioEvo* (Florenia, Sansoni, 1944): 9. Lo fue todavía en el Renacimiento y, más aún, en el Barroco.

⁴⁴ *otro día* = 'al día siguiente'.

cendio de la isla¹, que aún duraba, impedía que los rayos del sol por aquella parte no pasasen a la tierra. Mandó el bárbaro español a su hijo que saliese de aquel sitio, como otras veces solía, y se informase de lo que en la isla pasaba.

Con alborotado sueño pasaron los demás aquella noche, porque el dolor y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia no consintió que Auristela dormiese, y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia a Periandro. El cual, con Auristela, salió al raso de aquel sitio y vio que era hecho y fabricado de la naturaleza como si la industria y el arte le hubieran compuesto². Era redondo, cercado de altísimas y peladas peñas y, a su parecer, tanteó que bojava³ poco más de una legua, todo lleno de árboles silvestres, que ofrecían frutos, si bien ásperos, comestibles a lo menos. Estaba crecida la yerba, porque las muchas aguas que de las peñas salían las tenían en perpetua verdura; todo lo cual le admiraba y suspendía⁴. Y llegó en esto el bárbaro español, y dijo:

—Venid, señores, y daremos sepultura a la difunta y fin a mi comenzada historia.

¹ Casaldueiro (32) llama «bíblico» al fuego que destruye la isla de los bárbaros. Forcione (C, 1972: 30-40) insiste en el concepto, que amplía considerablemente.

² En torno al contraste arte / naturaleza (y a la posible síntesis de ambos términos), cfr. Forcione (C, 1970: 121 y ss., pero también 219, 223, 23).

³ *bojar*. Como transitivo, equivale a 'recorrer el perímetro de una isla, península o cabo'; como intransitivo, 'tener un lugar tal o cual dimensión en circuito'.

⁴ Forcione (C, 1972: 42) ilustra eficazmente el contraste entre el ámbito hostil de que los protagonistas han escapado y el hospitalario en que ahora se encuentran. Por mi cuenta, añadiré que la misma cueva de Antonio (dejando ahora de lado la amenidad del espacio que ante ella se despliega) podría constituir un contraste, querido y evidentísimo, con la laberíntica gruta que, en la *Historia etiópica*, sirve a los ladrones del Nilo para esconder sus riquezas —y donde alguien (Tisbe) puede perder la vida, o bien otros (Teágenes y Cariclea) correr el riesgo del «pecado carnal» (cfr., p. ej., II, 66-67). El refugio de Antonio representa, en efecto, para los protagonistas de la novela, no sólo la salvación de la muerte, sino el hallazgo de una célula de religiosidad católica, tras la experiencia de las estancia en las mazmorras de los bárbaros paganos. Hasta cierto punto tiene, pues, razón Casaldueiro (45) cuando afirma que esta cueva representa a la «Iglesia de las catacumbas» e incluso la Iglesia de la Contrarreforma, asediada por la herejía.

Hiciéronlo así, y enterraron a Cloelia en lo hueco de una peña, cubriéndola con tierra y con otras peñas menores. Auristela le rogó que le pusiese una cruz encima, para señal de que aquel cuerpo había sido cristiano. El español respondió que él traería una gran cruz que en su estancia tenía y la pondría encima de aquella sepultura. Diéronle todos el último vale; renovó el llanto Auristela, cuyas lágrimas sacaron al momento las de los ojos de Periandro.

En tanto, pues, que el mozo bárbaro volvía, se volvieron todos a encerrar en el cóncavo de la peña donde habían dormido, por defenderse del frío, que con rigor amenazaba, y, habiéndose sentado en las blandas pieles, pidió el bárbaro silencio y prosiguió su cuento en esta forma:

—Cuando me dejó la barca en que venía en la arena y la mar tornó a cobrarla (ya dije que con ella se me fue la esperanza de la libertad, pues aun ahora no la tengo de cobrarla), entré aquí dentro, vi este sitio y parecióme que la naturaleza le había hecho y formado para ser teatro donde se representase la tragedia de mis desgracias⁵. Admiróme el no ver gente alguna, si no algunas cabras monteses⁶ y animales pequeños de diversos géneros. Rodeé todo el sitio, hallé esta cueva cavada en estas peñas y señaléla para mi morada. Finalmente, habiéndolo rodeado todo, volví a la entrada que aquí me había conducido, por ver si oía voz humana o descubría quién me dijese en qué parte estaba, y la buena suerte y los piadosos cielos, que aún del todo no me tenían olvidado, me depararon una muchacha bárbara, de hasta edad de quince años, que, por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaba buscando. Pasmóse viéndome; pegáronsele los pies en la arena; soltó las cogidas conchuelas y derramósele el marisco; y, cogiéndola entre mis brazos, sin decirle palabra ni

⁵ Recuérdese LFS: «...díjoles lo que había visto en el teatro donde se representó la tragedia de su desventura».

⁶ Las *cabras monteses* aparecen, p. ej., en G. Hernández de Velasco (trad. de la *Eneida*, XII, 759) y, todavía, en el *DA*. Era, en efecto, la forma usual en la época de C., cuando, con toda evidencia, *montesa* sonaba aún a vulgarismo. Ello no obsta, sin embargo, para que Lope de Vega, p. ej., use esta última al menos en *La campana de Aragón* (probablemente compuesta entre 1598-1600).

ella a mí tampoco, me entré por la cueva adelante y la truje a este mismo lugar donde agora estamos. Púsela en el suelo, beséle las manos, halaguéle el rostro con las mías, y hice todas las señales y demostraciones que pude para mostrarme blando y amoroso con ella. Ella, pasado aquel primer espanto, con atentísimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo y, de cuando en cuando, ya perdido el miedo, se reía y me abrazaba, y, sacando del seno una manera de pan hecho a su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca⁷, y en su lengua me habló, y, a lo que después acá he sabido, en lo que decía me rogaba que comiese. Yo lo hice así, porque lo había bien menester; ella me asió por la mano y me llevó a aquel arroyo que allí está, donde, ansimismo por señas, me rogó que bebiese. Yo no me hartaba de mirarla, pareciéndome antes ángel del cielo que bárbara de la tierra. Volví a la entrada de la cueva y, allí, con señas y con palabras que ella no entendía, le supliqué, como si ella las entendiera, que volviese a verme. Con esto la abracé de nuevo y ella, simple y piadosa, me besó en la frente y me hizo claras y ciertas señas de que volvería a verme. Hecho esto, torné a pisar este sitio y a requerir y probar la fruta de que algunos árboles estaban cargados, y hallé nueces y avellanas y algunas peras silvestres⁸. Di gracias a Dios del hallazgo y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio. Pasé aquella noche en este mismo lugar; esperé el día y en él esperé también la vuelta de mi bárbara

⁷ S-B (xxvi-xvii) remiten a los cronistas de Indias. Para Stelio Cro (C, 1975: 13-14), ese pan no hecho de trigo «nos permite imaginar que sería pan de maíz, el alimento principal de las Indias al tiempo de la conquista y, en muchas regiones, aún hoy». Pero ¿quién ha dicho que, al no ser de trigo, haya de ser por fuerza de maíz? En realidad, de un pan no necesariamente de trigo hablan también los historiadores del Septentrión europeo. Olao Magno, p. ej., dedica tres caps. de su *Historia* (16 al 18 del libro XIII) a tratar de los tipos consumidos por las gentes del Norte.

⁸ Las últimas frutas citadas recuerdan a un estudioso (de cuyo nombre no quiero —de veras— acordarme) nada menos que los *aguacates*. Tal vez porque piensa en Fernández de Oviedo, quien, en su *Historia*, libro IX, tiene todo un cap. (el 25) dedicado a los «perales salvajes de la Tierra Firme». Pero no se puede olvidar cuanto Olao Magno escribe en la suya (XII, 16) acerca de las frutas crecidas espontáneamente.

hermosa, de quien comencé a temer y a recelar que me había de descubrir y entregarme a los bárbaros, de quien imaginé estar llena esta isla, pero sacóme deste temor el verla volver algo entrado el día, bella como el sol, mansa como una cordera, no acompañada de bárbaros que me prendiesen, sino cargada de bastimentos que me sustentasen.

Aquí llegaba de su historia el español gallardo, cuando llegó el que había ido a saber lo que en la isla pasaba. El cual dijo que casi toda estaba abrasada y todos o los más de los bárbaros muertos, unos a hierro y otros a fuego, y que si algunos había vivos eran los que en algunas balsas de maderos se habían entrado al mar^b, por huir en el agua el fuego de la tierra; que bien podían salir de allí y pasear la isla por la parte que el fuego les diese licencia, y que cada uno pensase qué remedio se tomaría para escapar de aquella tierra maldita, que por allí cerca había otras islas de gente menos bárbara habitadas: que quizá, mudando de lugar, mudarían de ventura.

—Soségate, hijo, un poco, que estoy dando cuenta a estos señores de mis sucesos y no me falta mucho, aunque mis desgracias son infinitas.

—No te canses, señor mío —dijo la bárbara grande—, en referirlos tan por estenso, que podrá ser que te canses, o que canses; déjame a mí que cuente lo que queda, a lo menos hasta este punto en que estamos¹⁰.

—Soy contento —respondió el español—, porque me le dará muy grande el ver cómo las relatas.

—Es, pues, el caso —replicó la bárbara— que mis muchas entradas y salidas en este lugar le dieron bastante para que de mí y de mi esposo naciesen esta muchacha y este

^b M1: *entrado del mar*

P1, M3, M7, M8, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19, M23, *PECP*, AH: *entrado al mar*

⁹ Cfr. *PECP* (98), donde se registran testimonios, si no de *entrarse al mar* (nunca hallado en mis lecturas) sí de *entrarse a una cámara* (Jerónimo de Huerta) y de *entrarse a un jardín* (Bernardo de Balbuena).

¹⁰ Para el topos de «la brevedad como prestigio estilístico», cfr. E. R. Curtius, *Literatura europea...* (682) y, en el mismo *Persiles*, II, 21 (416-417). Para el cambio de narrador, como expediente con que evitar la monotonía, cfr. I, 12 (209).

niño¹¹. Llamo esposo a este señor, porque, antes que me conociese del todo, me dio palabra de serlo, al modo que él dice que se usa entre verdaderos cristianos. Hame enseñado su lengua, y yo a él la mía, y en ella ansimismo me enseñó la ley católica cristiana¹². Diome agua de bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran; declaróme su fe como él la sabe, la cual yo asenté en mi alma y en mi corazón, donde le he dado el crédito que he podido darle. Creo en la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero, y que, aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espíritu santo, no son tres dioses distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero. Finalmente, creo todo lo que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana, regida por el Espíritu Santo y gobernada por el Sumo Pontífice, vicario y visorrey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de San Pedro, su primer pastor después de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa, la Iglesia. Díjome grandezas de la siempre Virgen María, reina de los cielos y señora de los ángeles y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de los pecadores. Con éstas me ha enseñado otras cosas, que no las digo, por parecerme que las dichas bastan para que entendáis que soy católica cristiana¹³. Yo, simple y compasiva, le entregué un

¹¹ Las palabras de la bárbara castellanizada, con su discreta alusión al acto sexual, no son menos eficaces que las de Virgilio (*Eneida*, IV, 165-166) o de Dante (*Infierno*, V, 138). Cfr. también *Persiles*, III, 3, con fórmula bastante más explícita. Entre crudeza y elegante levedad oscilan otras «alusiones» documentadas en el *corpus* cervantino, en *Quijote*, I, 18 (palabras de Dorotea) y en *LFS* (palabras del narrador). Finísimas resultan las de la protagonista de *LSC*; no poco vulgares —aunque en parte justificadas por la situación «farsesca» en que finge hallarse— las de Zaida en *LGS* (acto II).

¹² Casaldueiro (46) observa que el castellano sirve aquí de vehículo de la evangelización, como en las empresas de Indias: «De la rusticidad a la discreción, a través de España.»

¹³ Tras la sintética profesión de fe de la moribunda Cloelia (I, 5: 161-162), C. nos ofrece ahora otra más detallada, por parte de una «bárbara» que quiere mostrar a sus huéspedes la parte más valiosa de sí misma: un alma cristianizada. No será la última vez que los personajes o el propio narrador

alma rústica, y él, merced a los cielos, me la ha vuelta^{c,14} discreta y cristiana; entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendía a nadie, y deste entrego¹⁵ resultó haberle dado dos hijos, como los que aquí veis, que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero.

»En veces¹⁶ le truje alguna cantidad de oro, de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el día que ha de ser tan dichoso que nos saque desta prisión y nos lleve adonde, con libertad y certeza, y sin escrúpulo, seamos unos de los del rebaño de Cristo, en quien adoro en aquella cruz que allí veis. Esto que he dicho me pareció a mí era lo que le faltaba por decir a mi señor Antonio —que así se llamaba el español bárbaro.

El cual dijo:

^c A partir de M2, todas las eds. (con las excepciones de *PECP* y *AH*) enmiendan *buelto*

se expresen en estos términos. Como no es el *Persiles* la única obra de C. en que se halla parecida confesión de fe cristiana (dejando ahora de lado pasajes en cierto modo semejantes de *LEI*, prefiero recordar el acto IV de *ETA*, donde el fugitivo Saavedra da una larga lección de «catecismo» a un compañero de desventura demasiado inclinado al «compromiso»), ni es precisamente C. el único escritor con esta preocupación en una época marcada por las directrices tridentinas. En no pocas comedias de, p. ej., Lope de Vega encontramos síntesis de la doctrina cristiana hechas por misioneros, cristianos que se hallan entre paganos, paganos (en clave, alguna vez, sarcástica), etc. Cfr. *Barlaán y Josafat* (acto II), *Los locos por el cielo* (acto I), *El nuevo mundo* (acto III), *Roma abrasada* (acto III), y *La fianza satisfecha* (acto III).

¹⁴ «En los tiempos compuestos con *haber*, la concordancia entre el participio y el objeto directo ofrece aún algunos ejemplos en la primera mitad del siglo XVI: 'la ropa de algodón que había allegada' (Cervantes de Salazar), pero después sólo se da el participio invariable» (R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos, 1981⁸: 400). A excepción de éste, de autenticidad dudosa, C. no tiene —que me conste— ningún ejemplo de participio concordado con el objeto directo.

¹⁵ En C., *entrego* alterna con la forma más generalizada, *entrega* (cfr. en el mismo *Persiles*, I, 2 [131]). Se halla registrado, p. ej., en *Quijote*, II, 1. Ha sobrevivido en Hispanoamérica.

¹⁶ *en veces* = 'poco a poco', 'en [varias] ocasiones'. No está registrado en *DA* ni en *DRAE*. Pero cfr., p. ej., G. Fernández de Oviedo, *Historia...* (XXIX, 2): «...se hobieron, en veces, más de treinta mil pesos de oro».

—Dices verdad, Ricla mía —que éste era el propio nombre de la bárbara¹⁷.

Con cuya variable historia admiraron a los presentes y despertaron mil alabanzas que les dieron y mil buenas esperanzas que les anunciaron, especialmente Auristela, que quedó aficionadísima a las dos bárbaras, madre y hija.

El mozo bárbaro (que también, como su padre, se llamaba Antonio) dijo a esta sazón no ser bien estarse allí ociosos, sin dar traza y orden cómo salir de aquel encerramiento, porque si el fuego de la isla, que a más andar ardía, sobrepujase las altas sierras o, traídas del viento, cayesen en aquel sitio, todos se abrasarían.

—Dices verdad, hijo —respondió el padre.

—Soy de parecer —dijo Ricla— que aguardemos dos días, porque de una isla que está tan cerca desta que, algunas veces, estando el sol claro y el mar tranquilo, alcanzó la vista a verla, della vienen a ésta sus moradores a vender y a trocar lo que tienen con lo que tenemos, y a trueco por trueco¹⁸. Yo saldré de aquí y, pues ya no hay nadie que me escuche o que me impida, pues ni oyen ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca por el precio

¹⁷ *Ricla*. A primera vista, el nombre de la «bárbara» parece incaico. No consta, sin embargo, en aquellos *Comentarios reales* que todavía algún estudioso se empeña en considerar fuente (¡y fundamental!) del *Persiles*. Así se llama, en cambio, un pueblo zaragozano próximo a la Almunia de doña Godina, que C. pudo oír más de una vez, ya que existía un conde con «estado» en el mismo.

¹⁸ *trueco por trueco*. No he visto en ningún texto de la época tal expresión. De cualquier modo, la usanza sí era corriente entre las poblaciones de las Indias españolas, pero también en las del Septentrión europeo. Para éstas últimas (el *natural* modelo para C.), cfr. Olao Magno, *Historia...*, IV, 5, titulado, precisamente, «De la commutazione e scambiamiento che si fa di robe a robe, senza altri denari».

Osuna no ha notado lo que sí constituye una contradicción, al menos aparente, con algo dicho más atrás (cfr. I, 3: 138), cuando Transila asegura que los bárbaros no tienen ninguna necesidad de trato con extraños, por lo que se refiere a la vida cotidiana. Por supuesto, cabe superar la contradicción (y deber del comentarista es intentarlo, en la medida de lo posible y sensato), pensando que la intérprete exagera allí el índice de autarquía económica de la isla bárbara, por motivos —digamos— de prestigio, ante el extranjero que viene a venderles una mujer.

que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en una cueva tengo de la riguridad del fuego. Pero quiero que sepáis que estas barcas son fabricadas de madera y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes a defender que no entre agua por los costados; pero, a lo que he visto y notado, nunca ellos navegan sino con mar sosegado y no traen aquellos lienzos que he visto que traen otras barcas que suelen llegar a nuestras riberas a vender doncellas o varones para la vana superstición que habréis oído decir que en esta isla ha muchos tiempos que se acostumbra, por donde vengo a entender que estas tales barcas no son buenas para fiarlas del mar grande y de las borrascas y tormentas que dicen que suceden a cada paso¹⁹.

A lo que añadió Periandro:

—¿No ha usado el señor Antonio deste remedio en tantos años como ha que está aquí encerrado?

—No —respondió Ricla—, porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar excusa que dar para la compra.

—Así es —dijo Antonio—, y no por no fiarme de la debilidad de los bajeles; pero agora que me ha dado el cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Ricla estará atenta a ver cuándo vengan los mercaderes de la otra isla y, sin reparar en precio, comprará una barca con todo el necesario matalotaje²⁰, diciendo que la quiere para lo que tiene dicho.

En resolución, todos vinieron en este parecer y, saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver el estrago que el

¹⁹ Como en otros casos, S-B piensan en modelos americanos, en realidad innecesarios para un C. que demuestra conocer bien los libros dedicados a las usanzas de los habitantes del Norte de Europa. Olao Magno, *Historia...* (II, 9) describe con riqueza de particulares las barcas «fatte di pelli, ovvero di corami, ne la Grunthlandia». Cfr. también el *Viaggio de Nicolò e Antonio Zeno*, con toda seguridad conocido por C. (en Ramusio, *Navigazioni e viaggi*, por la ed. de Monica Milanese [Turín, Einaudi, 1978-1988], IV: 193).

²⁰ *matalotaje* = 'provisión de comida que llevan en la embarcación' (DA) o 'provisiones, en general'.

fuego había hecho y las armas. Vieron mil diferentes géneros de muertes, de quien la cólera, sinrazón y enojo suelen ser inventores²¹; vieron asimismo que los bárbaros que habían quedado vivos, recogiendo a sus balsas, desde lejos estaban mirando el riguroso incendio de su patria y algunos se habían pasado a la isla que servía de prisión a los cautivos. Quisiera Auristela que pasaran a la isla, a ver si en la oscura mazmorra quedaban algunos; pero no fue menester, porque vieron venir una balsa y, en ella, hasta veinte personas, cuyo traje dio a entender ser los miserables que en la mazmorra estaban. Llegaron a la marina, besaron la tierra y casi dieron muestras de adorar el fuego, por haberles dicho el bárbaro que los sacó del calabozo oscuro que la isla se abrasaba y que ya no tenían que temer a los bárbaros. Fueron recibidos de los libres amigablemente y consolados en la mejor manera que les fue posible; algunos contaron sus miserias y otros las dejaron en silencio, por no hallar palabras para decirlas.

Ricla se admiró de que hubiese habido bárbaro tan piadoso que los sacase y de que no hubiesen pasado a la isla de la prisión parte de aquellos que a las balsas se habían recogido. Uno de los prisioneros dijo que el bárbaro que los había libertado, en lengua italiana les había dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla, aconsejándoles que pasaran a ella a satisfacerse de sus trabajos con el oro y perlas que en ella hallarían, y que él vendría, en otra balsa que allá quedaba, a tenerles compañía y a dar traza en su libertad. Los sucesos que contaron fueron tan diferentes, tan extraños y tan desdichados que, unos, les sacaban las lágrimas a los ojos y, otros, la risa del pecho²².

En esto vieron venir hacia la isla hasta seis barcas de aquellas de quien Ricla había dado noticia; hicieron escala,

²¹ Cfr. *Historia etiópica* (I, 3): «... la repentina y no pensada revuelta halló estos nuevos usos y maneras de pelear».

²² Fina notación psicológica, formalizada desde hace mucho tiempo en un topos. Cfr. Curtius, *Literatura europea...* (598-601) y Huizinga, *op. cit.*, (423: con la variante de la «sonrisa entre lágrimas»), sin olvidar, por supuesto, a Heliodoro (IV, 155). C. volverá a insistir en ello en esta misma página y en el II, 14 (375).

pero no sacaron mercadería alguna, por no parecer bárbaro que la comprase. Concertó Ricla todas las barcas con las mercancías, sin tener intención de llevarlas. No quisieron venderle sino las cuatro, porque les quedasen dos para volverse. Hízose el precio con liberalidad notable, sin que en él hubiese tanto más cuanto²³. Fue Ricla a su cueva y en pedazos de oro no acuñado, como se ha dicho, pagó todo lo que quisieron. Dieron dos barcas a los que habían salido de la mazmorra y en otras dos se embarcaron: en la una, todos los bastimentos que pudieron recoger, con cuatro personas de las recién libres²⁴, y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el padre y Antonio el hijo, con la hermosa Ricla y la discreta Transila²⁵, y la gallarda Constanza, hija de Ricla y de Antonio.

Quiso Auristela ir a despedirse de los huesos de su querida Cloelia. Acompañáronla todos; lloró sobre la sepultura y, entre lágrimas de tristeza y entre muestras de alegría, volvieron a embarcarse, habiendo primero en la marina hincándose de rodillas y suplicado al cielo, con tierna y devota oración, les diese felice viaje y los enseñase el camino que tomarían. Sirvió la barca de Periandro de capitana, a quien siguieron los demás, y, al tiempo que querían dar los remos al agua, porque velas no las tenían, llegó a la orilla del mar un bárbaro gallardo, que a grandes voces, en lengua toscana, dijo:

—Si por ventura sois cristianos los que vais en esas barcas, recoged a este que lo es y por el verdadero Dios os lo suplica.

Uno de las otras barcas dijo:

²³ *sin que hubiese tanto más cuanto* = 'sin que se discutiese el precio'. Para otro caso idéntico, mal entendido por no pocos editores, cfr., en el propio *Persiles*, II, 12 (355-356).

²⁴ AA anota que «*recién* solía usarse ante participios pasados (...) pero podía usarse, como aquí, ante palabras con valor de participio». Y aduce un buen testimonio de Jerónimo de Covarrubias Herrera (1594).

²⁵ Osuna (C, 1972: 78) nota que hasta ahora se ha dicho el nombre de la intérprete. Referirse ahora, sin más a *la discreta Transila* podría constituir, en efecto, un —leve— descuido de C.

—Este bárbaro, señores, es el que nos sacó de la mazmorra. Si queréis corresponder a la bondad que parece que tenéis —y esto encaminando su plática a los de la barca primera—, bien será que le paguéis el bien que nos hizo con el que le hacéis recogién-dole en nuestra compañía.

Oyendo lo cual Periandro, le mandó llegase su barca a tierra y le recogiese en la que llevaba los bastimentos. Hecho esto, alzaron las voces con alegres acentos y, tomando los remos en las manos, dieron alegre principio a su viaje.

CAPÍTULO SÉPTIMO DEL PRIMER LIBRO^a

Cuatro millas, poco más o menos, habrían navegado las cuatro barcas, cuando descubrieron una poderosa nave que, con todas las velas tendidas y viento en popa, parecía que venía a embestirles. Periandro dijo, habiéndola visto:

—Sin duda, este navío debe de ser el de Arnaldo, que vuelve a saber de mi suceso, y tuviéralo yo por muy bueno agora no verle.

Había ya contado Periandro a Auristela todo lo que con Arnaldo le había pasado y lo que entre los dos dejaron concertado. Turbóse Auristela, que no quisiera volver al poder de Arnaldo, de quien había dicho, aunque breve y sucintamente, lo que en un año que estuvo en su poder le había acontecido. No quisiera ver juntos a los dos amantes, que, puesto que Arnaldo estaría seguro con el fingido hermanazgo suyo y de Periandro, todavía¹ el temor de que podía ser descubierto el parentesco la fatigaba, y más que ¿quién le quitaría a Periandro no estar celoso, viendo a los ojos tan poderoso contrario? Que no hay discreción que

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Navegan desde la isla bárbara a otra isla que descubrieron*

¹ *todavía* = 'sin embargo'.

valga ni amorosa fee que asegure al enamorado pecho, cuando, por su desventura, entran en él celosas sospechas. Pero de todas éstas le aseguró el viento, que volvió en un instante el soplo, que daba de lleno y en popa a las velas, en contrario, de modo que, a vista suya y en un momento breve, dejó la nave derribar las velas de alto abajo y en otro instante casi invisible las izaron y levantaron hasta las gavias, y la nave comenzó a correr en popa por el contrario rumbo que venía, alongándose de las barcas con toda priesa.

Respiró Auristela, cobró nuevo aliento Periandro; pero los demás que en las varcas iban quisieran mudarlas entrándose en la nave, que, por su grandeza, más seguridad de las vidas y más felice viaje pudiera prometerles. En menos de dos horas se les encubrió la nave, a quien quisieran seguir, si pudieran; mas no les fue posible, ni pudieron hacer otra cosa que encaminarse a una isla, cuyas altas montañas, cubiertas de nieve, hacían parecer que estaba cerca, distando de allí más de seis leguas. Cerraba la noche, algo oscura; picaba el viento, largo y en popa, que fue alivio a los brazos, que, volviendo a tomar los remos, se dieron priesa a tomar la isla.

La media noche sería, según el tanteo que el bárbaro Antonio hizo del norte y de las guardas², cuando llegaron a ella y, por herir³ blandamente las aguas en la orilla y ser la resaca de poca consideración, dieron con las barcas en tierra y, a fuerza de brazos, las vararon. Era la noche fría, de tal modo, que les obligó a buscar reparos para el yelo, pero no hallaron ninguno. Ordenó Periandro que todas las mujeres se entrasen en la barca capitana y, apiñándose en ella, con la compañía y estrechez, templasen el frío. Hízose así, y los hombres hicieron cuerpo de guarda a la barca, paseándose como centinelas de una parte a otra, esperando el día para

² *guardas* = 'nombre vulgar de las estrellas posteriores del cuadrilátero de la Osa Mayor' (DRAE, 15ª acepción).

³ *herir* = 'golpear'.

descubrir en qué parte estaban, porque no pudieron saber por entonces si era o no despoblada la isla. Y, como es cosa natural que los cuidados destierran el sueño, ninguno de aquella cuidadosa compañía pudo cerrar los ojos. Lo cual visto por el bárbaro Antonio, dijo al bárbaro italiano que, para entretener el tiempo y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche, fuese servido de entretenerles contándoles los sucesos de su vida, porque no podían dejar de ser peregrinos y raros, pues en tal traje y en tal lugar le habían puesto.

—Haré yo eso de muy buena gana —respondió el bárbaro italiano—, aunque temo que, por ser mis desgracias tantas, tan nuevas y tan extraordinarias, no me habéis de dar crédito alguno⁴.

A lo que dijo Periandro:

—En las que a nosotros nos han sucedido, nos hemos ensayado y dispuesto a creer cuantas nos contaren, puesto que tengan más de lo imposible que de lo verdadero.

—Lleguémonos aquí —respondió el bárbaro—, al borde desta barca donde están estas señoras; quizá alguna, al son de la voz de mi cuento, se quedará dormida, y quizá alguna, desterrando el sueño, se mostrará compasiva: que es alivio al que cuenta sus desventuras ver o oír que hay quien se duela dellas⁵.

—A lo menos por mí —respondió Ricla de dentro de la barca—, y a pesar del sueño, tengo lágrimas que ofrecer a la compasión de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas⁶.

Casi lo mismo dijo Auristela y, así, todos rodearon la barca y con atento oído estuvieron escuchando lo que el que parecía bárbaro decía. El cual comenzó su historia desta manera:

⁴ Para el topos «traigo cosas nunca oídas», cfr. Curtius, *Literatura europea...* (132). En el mismo *Persiles*, I, 23 (272).

⁵ Cfr. I, 2 (124).

⁶ Para Stegmann (C, 1971: 107), cabe relacionar estas palabras de Ricla con la idea aristotélica del valor catártico o purgativo de la tragedia.

CAPÍTULO OCTAVO^a

Donde Rutilio da cuenta de su vida

—Mi nombre es Rutilio¹; mi patria, Sena², una de las más famosas ciudades de Italia; mi oficio, maestro de danzar, único en él y venturoso, si yo quisiera. Había en Sena un caballero rico, a quien el cielo dio una hija más hermosa que discreta, a la cual trató de casar su padre con un caballero florentín y, por entregársela adornada de gracias adquiridas (ya que las del entendimiento le faltaban) quiso que yo la enseñase a danzar: que la gentileza, gallardía y disposición del cuerpo en los bailes honestos más que en otros pasos se señalan y a las damas principales les está muy bien saberlos, para las ocasiones forzosas que les pueden suceder. Entré a enseñarla los movimientos del cuerpo, pero movíla los del alma, pues, como no discreta, como he dicho, rindió la suya a la mía³, y la suerte, que de corriente larga traía encaminadas mis desgracias⁴, hizo que, para que los dos nos gozásemos, yo la sacase de en casa de su padre y la llevase a Roma. Pero como el amor no da baratos sus gustos

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

¹ *Rutilio*. Del latino *rutilus*, 'de cabellos brillantes, pelirrojo'. Es nombre documentado también en *ELA*.

² *Sena*, no *Siena* (como, a la italiana, decimos modernamente) es la forma «castiza» española (y, antes, latina) de la ciudad toscana.

³ Casos como éste, en que *el maestro de danzar* resulta la ocasión del «error» de la discípula, no debían de ser raros en la época. Entre los muchos cargos que el P. Pedro de Ribadeneira hace a Ana Bolena en *El Cisma de Inglaterra* I, 34) no falta el adulterio cometido «con un músico o maestro de danzar, que se llamaba Marcos». Cfr., p. ej., Alonso Jerónimo de Castillo Solórzano, *Las harpías de Madrid* (XIII) y Lope de Vega, *El maestro de danzar*. (En la homónima comedia de Calderón, el pretendido maestro es ya en realidad el galán de la «alumna».)

⁴ Recuerdese *EAL*: «... imagino que de atrás traen la corriente tus desgracias».

y los delitos llevan a las espaldas el castigo, pues siempre se teme, en el camino nos prendieron a los dos, por la diligencia que su padre puso en buscarnos. Su confesión y la mía, que fue decir que yo llevaba a mi esposa y ella se iba con su marido, no fue bastante para no agravar mi culpa, tanto, que obligó al juez, movió y convenció a sentenciarme a muerte.

»Apartáronme en la prisión con los ya condenados a ella por otros delitos no tan honrados^b como el mío. Visitóme en el calabozo una mujer que decían estaba presa por *fattucherie*, que en castellano se llaman hechiceras⁵, que la alcaidesa de la cárcel había hecho soltar de las prisiones llevándola a su aposento, a título de que con yerbas y palabras había de curar a una hija suya de una enfermedad que los médicos no acertaban a curarla. Finalmente, por abreviar mi historia (pues no hay razonamiento que, aunque sea bueno, siendo largo, lo parezca)⁶ viéndome yo atado y con el cordel a la garganta, sentenciado al suplicio, sin orden ni esperanza de remedio, di el sí a lo que la hechicera me pidió de ser su marido, si me sacaba de aquel trabajo. Díjome que no tuviese pena, que, aquella misma noche del día que sucedió esta plática, ella rompería las cadenas y los cepos y, a pesar de otro cualquier impedimento, me pondría en libertad y en parte donde no me pudiesen ofender mis enemigos, aunque fuesen muchos y poderosos. Túvela, no por hechicera, sino por ángel que enviaba el cielo para mi remedio; esperé la noche y, en la mitad de su silencio, llegó a mí y me dijo que asiese de la punta de una caña que me puso en la mano, diciéndome la siguiese⁷. Turbéme algún tanto;

^b L: *no tan condenables*

⁵ En italiano, si acaso, *fattucchierie* (= 'hechicerías'). Pero, a juzgar por la traducción ofrecida por el personaje, cabe pensar que C., en realidad, haya escrito *fattucchiere* (= 'hechiceras'), como bien indica Ruffinatto (B, 1996).

⁶ Cfr. I, 6 (166 y nota 10).

⁷ Una escena parecida, en que una caña constituye el instrumento del prodigio, ocurre en el acto III de *LCC*. José Deleito Piñuela escribe en *La vida religiosa bajo el cuarto Felipe* (Madrid, Espasa-Calpe, 1963²: 255) que, para recorrer grandes distancias, magos y brujas podían servirse de «una caña de siete nudos, que tuviese dentro un pergamino virgen con ciertos signos y palabras».

pero como el interés era tan grande, moví los pies para seguirla y hallélos sin grillos y sin cadenas, y las puertas de toda la prisión de par en par abiertas y los prisioneros y guardas en profundísimo sueño sepultados⁸.

»En saliendo a la calle, tendió en el suelo mi guiadora un manto y, mandándome que pusiese los pies en él, me dijo que tuviese buen ánimo, que por entonces dejase mis devociones. Luego vi mala señal; luego conocí que quería llevarme por los aires y aunque, como cristiano bien enseñado, tenía por burla todas estas hechicerías, como es razón que se tengan, todavía el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dejó atropellar por todo y, en fin, puse los pies en la mitad del manto, y ella ni más ni menos, murmurando unas razones que yo no pude entender, y el manto comenzó a levantarse en el aire, y yo comencé a temer poderosamente, y en mi corazón no tuvo santo la letanía a quien no llamase en mi ayuda. Ella debió de conocer mi miedo y presentir mis rogativas, y volvíome a mandar que las dejase. «¡Desdichado de mí! —dije— ¿Qué bien puedo esperar si se me niega el pedirle a Dios, de quien todos los bienes vienen?» En resolución, cerré los ojos y dejéme llevar de los diablos (que no son otras las postas⁹ de las hechiceras) y, al parecer, cuatro horas o poco más había volado cuando me hallé al crepúsculo del día en una tierra no conocida¹⁰.

⁸ Ladislao Zimic (C, 1970: 62) cree posible reconocer en esta página una reminiscencia de la liberación del protagonista por Melita, en *Los amores de Leucipe y Clitofonte*, de Aquiles Tacio, o de Iseo, en la reelaboración de la novela por Núñez de Reinoso.

⁹ *postas* = 'caballos para viajes rápidos' (cfr. *DA*). La metáfora (brujas, postas del demonio) trae a la memoria la más conocida que llama a las 'mancebas de los curas' *mulas del diablo*.

¹⁰ La caña agota aquí su eficacia en la liberación del prisionero. Para el vuelo, la bruja recurre al manto, pariente próximo de la alfombra de *Las mil y una noches* (cfr. S-B). Rutilio cuenta lo que le ha ocurrido. Bien podría mentir. El narrador no se compromete en absoluto (Riley, *Teoría de la novela...*: 305). Pero no se debe olvidar que toma partido, a propósito de estas acciones brujeles —si bien por boca de un personaje— en *CdP*, donde se atiene a la doctrina agustiniana del «sueño imaginativo».

En relación con la orden de la enamorada liberadora de no decir una sola palabra devota ni, mucho menos, el nombre de Dios (orden idéntica

»Tocó el manto el suelo, y mi guiadora me dijo: «En parte estás, amigo Rutilio, que todo el género humano no podrá ofenderte.» Y, diciendo esto, comenzó a abrazarme no muy honestamente. Apartéla de mí con los brazos y, como mejor pude, divisé que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya vision me heló el alma, me turbó los sentidos y dio con mi mucho ánimo al través. Pero, como suele acontecer que, en los grandes peligros, la poca esperanza de vencerlos saca del ánimo desesperadas fuerzas, las pocas mías me pusieron en la mano un cuchillo que acaso en el seno traía, y con furia y rabia se le hiqué por el pecho a la que pensé ser loba, la cual, cayendo en el suelo, perdió aquella fea figura, y hallé muerta y corriendo sangre a la desventurada encantadora¹¹.

»Considerad, señores, cuál quedaría yo, en tierra no conocida y sin persona que me guiase. Estuve esperando el día muchas horas, pero nunca acababa de llegar, ni por los horizontes se descubría señal de que el sol viniese. Apartéme de aquel cadáver, porque me causaba horror y espanto el tenerle cerca de mí. Volvía muy a menudo los ojos al cielo, contemplaba el movimiento de las estrellas y parecíame, según el curso que habían hecho, que ya había de ser de día. Estando en esta confusión, oí que venía^c hablando, por

^c L corta desde *Visitóme en el calabozo una muger* (fols. 22 v., línea 2 de M1) hasta *oí, que venía* (22 v., línea 7).

a la que Malgesí da a Roldán en *LCC*: cfr. nota núm. 7), conviene recordar que la transgresión de la misma por parte del «maestro de danzar» podía tener graves consecuencias para él e incluso, tal vez, para su portadora. Cfr. el *Tractatus de hereticis et sortilegiis...* de Paulo Grillando (39-40, *apud* Julio Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza, 1968: 141-142). Añadiré que este tratado de Grillando fue aprovechado por Antonio de Torquemada en el *Jardín de flores curiosas* (por la ed. de Giovanni Allegra, Madrid, Castalia, 1983: 309), libro sin duda conocido por C.

¹¹ Muy acertadamente, el narrador deja en suspenso el juicio: lo mismo *podría* haberse tratado de una alucinación que de una «auténtica» transformación. Igual ha ocurrido ya en I, 5 (160), cuando Antonio cuenta que un lobo se dirigió a él en castellano, aconsejándole volver a embarcarse.

Para El Saffar (C, 1984: 132), Rutilio constituye un continuo aviso para Periandro: a estos y otros peligros puede llegar la lascivia sin freno.

junto de donde estaba, alguna gente, y así fue verdad; y, saliéndoles al encuentro, les pregunté en mi lengua toscana que me dijese qué tierra era aquella, y uno de ellos, asimismo en italiano, me respondió: «Esta tierra es Noruega; pero ¿quién eres tú que lo preguntas, y en lengua que en estas partes hay muy pocos que la entiendan?» «Yo soy —respondí— un miserable que, por huir de la muerte, he venido a caer en sus manos.» Y en breves razones le di cuenta de mi viaje, y aun de la muerte de la hechicera. Mostró condolerse el que me hablaba, y díjome^d: «Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al cielo por haberte librado del poder destas maléficas hechiceras, de las cuales hay mucha abundancia en estas setentrionales partes. Cuéntase dellas que se convierten en lobos, así machos como hembras, porque de entrambos géneros hay maléficos y encantadores¹². Cómo esto pueda ser, yo lo ignoro y, como cristiano que soy católico, no lo creo; pero la experiencia me muestra lo contrario. Lo que puedo alcanzar es que todas estas transformaciones son ilusiones del demonio y permisión de Dios y castigo de los abominables pecados deste maldito género de gente»¹³. Preguntéle qué hora podría ser, porque me pa-

^d L: y en breves razones le di cuenta de mi viaje, mostró condolerse el que hablaba, y díxome: Puedes, buen hombre, dar infinitas graxias al cielo, por te haver librado de tantos peligros, como hasta aquí avrás pasado. Preguntéle

¹² Acerca de las pretendidas transformaciones de seres humanos en lobos habrá ocasión de volver con detalle al ilustrar cierto importantísimo pasaje del I, 18 (239-240 y nota 15).

¹³ La angustiosa oposición entre una *doctrina* que niega sin la menor duda la existencia de fenómeno de la transformación y la *evidencia* —¿es tal?— del mismo ¿podría ser un eco, o un síntoma, de parecidos contrastes en la mente de C.? Lo único que cabe afirmar es que, en el presente caso, la experiencia *no* constituye el criterio supremo de juicio, como lo era ya, en cambio para los «filósofos naturales» de la época.

Para los críticos que más decididamente han potenciado la *modernidad* del pensamiento, el racionalismo consecuente de nuestro autor, la desvalorización de la experiencia aquí testimoniada no sólo no es característica sino que resulta de veras excepcional en él. (Cfr., p. ej., A. Castro, C, 1925: 88-92). Más recientemente, AA (C, 1961: 23-24) se esfuerza por

recía que la noche se alargaba y el día nunca venía. Respondíome que en aquellas partes remotas se repartía el año en cuatro tiempos: tres meses había de noche oscura, sin que el sol pareciese en la tierra en manera alguna, y tres meses había de crepúsculo del día, sin que bien fuese noche ni bien fuese día; otros tres meses había de día claro continuado, sin que el sol se escondiese, y otros tres de crepúsculo de la noche, y que la sazón en que estaban era la del crepúsculo del día. Así que esperar la claridad del sol por entonces era esperanza vana¹⁴, y que también lo sería esperar yo volver a mi tierra tan presto, si no fuese cuando llegase la sazón del día grande, en la cual parten navíos de estas partes a Inglaterra, Francia y España con algunas mercancías. Preguntóme si tenía algún oficio en que ganar de comer, mientras llegaba tiempo de volverme a mi tierra. Díjele que era bailarín y grande hombre de hacer cabriolas¹⁵, y que sabía jugar de manos sutilísimamente. Rióse de gana el hombre¹⁶ y me dijo que aquellos ejercicios, o oficios, o como llamarlos quisiere, no corrían en Noruega ni en todas aquellas partes.

limitar el alcance de semejantes afirmaciones. Para C. —escribe— la experiencia «es válida como *elemento de juicio a posteriori* en la esfera de los acontecimientos humanos, que luego podrá proyectar en el futuro con ciertos visos de probabilidad, eso sí, pero no es válida como forma cognoscitiva independiente». Las citas que siguen —esp. en 27— son oportunas e incluso, de algún modo, convincentes, pero... dejan intacta la íntima angustia de la frase del personaje.

¹⁴ Para el *día largo*, cfr. IV, 12, donde un nuevo personaje promete explicar «científicamente» la cuestión al propio Rutilio.

¹⁵ Para *cabriolas*, movimiento de la danza, cfr. Juan de Esquivel Navarro, *Discursos sobre el arte del dançado* (Sevilla, Juan Gómez de Blas, 1642: 13 v 14 —*cabriolas enteras*—; 14-14 v —*c. atravesadas*— y 14 v: *medias c.*); Adolfo Salazar, «Música, instrumentos y danzas en las obras de C.» (en *La música en Cervantes y otros ensayos*, Madrid, Ínsula, 1950: 345) y J. Deleito Piñuela, ...*También se divierte el pueblo* (Madrid, Espasa-Calpe, 1966³: 71, nota).

¹⁶ *de gana*. Alterna en nuestros clásicos con el *de buena gana* que acabará imponiéndose, junto a *con todas sus ganas*, etc., tan sólo en el siglo XIX. Cfr. fray Diego de Estella en las *Meditaciones del amor de Dios* (en *Místicos franciscanos españoles*, ed. de fray Juan Bautista Gomis, O. F., Madrid, BAC, 1948: III, 180) y Santa Teresa, en una de sus cartas (OC, ed. de Efrén de la Madre de Dios, OC.D., y Otger Steggink, O. Carm., Madrid, BAC, 1967, 2.^a ed.: 768 b).

Preguntóme si sabría oficio de orífice. Díjele que tenía habilidad para aprender lo que me enseñase. «Pues veníos, hermano, conmigo, aunque primero será bien que demos sepultura a esta miserable»^c.

»Hicímoslo así, y llevóme a una ciudad donde toda la gente andaba por las calles con palos de tea encendidos en las manos, negociando lo que les importaba¹⁷. Preguntéle en el camino que cómo o cuándo había venido a aquella tierra y que si era verdaderamente italiano. Respondió que uno de sus pasados abuelos se había casado en ella, viniendo de Italia a negocios que le importaban, y a los hijos que tuvo les enseñó su lengua, y de uno en otro se extendió por todo su linaje, hasta llegar a él, que era uno de sus cuartos nietos. «Y, así, como vecino y morador tan antiguo, llevado de la afición de mis hijos y mujer, me he quedado hecho carne y sangre entre esta gente, sin acordarme de Italia ni de los parientes que allá dijeron mis padres que tenían.»

^c L suprime a partir de *aunque*

¹⁷ A. Castro («Noruega, símbolo de oscuridad», en *RFE*, VI [1919]: 184-186) afirma que, en la Edad Media, esta región septentrional aparece citada tan sólo como tierra abundante en buenos halcones y que, en la última novela cervantina, es apenas símbolo de «tierra fría». A la vista está que para C. es *también* (si ya no *más bien*) símbolo —precisamente— de oscuridad. La documentación aducida por Castro procede, en su totalidad, del teatro de Rojas Zorrilla. En otras palabras, es posterior, sin excepciones, al *Persiles* —que, como es sabido, el dramaturgo toledano imitó libérrimamente en una obra del mismo título. Al llegar a este punto, es obvio preguntarse: ¿no se deberá precisamente al libro póstumo de C. la afirmación de la nueva identidad Noruega = 'oscuridad'? Manuel García Blanco (C, 1950) demuestra cumplidamente que la duplicidad de valencias de Noruega (= 'tierra oscura' y 'tierra fría') registrada por primera vez en la *Historia septentrional*, se afirma en castellano, aunque la primera prevalece claramente sobre la segunda (de 20 testimonios recogidos, 16 hablan de 'oscuridad' y sólo 4 de 'fríos glaciales').

En la parte final del relato de Rutilio, C. depende, con certeza, de Olao Magno, quien, en II, 17 (*Historia...*, «De li lumi e fiaccole, del legno e de la pece») escribe: «Inoltre in tutto il Settentrione usano certe fiaccole di legno di pino, il quale ritiene in se qual certa grassezza, in molte maniere variate, sí come, ne le parti in qua, ci serviamo noi de le candelee...» No sólo: en un grabado se ve a un mujer que, con dos teas encendidas sostenidas con los dientes, lleva a cabo las tareas de la casa durante la «noche larga».

»Contar yo ahora la casa donde entré, la mujer e hijos que hallé y criados (que tenía muchos), el gran caudal, el recibimiento y agasajo que me hicieron, sería proceder en infinito. Basta decir, en suma, que yo aprendí su oficio y, en pocos meses, ganaba de comer por mi trabajo. En este tiempo se llegó el de llegar el día grande y mi amo y maestro (que así le puedo llamar) ordenó de llevar gran cantidad de su mercancía a otras islas por allí cercanas y a otras bien apartadas. Fuime con él, así por curiosidad como por vender algo que ya tenía de caudal, en el cual viaje vi cosas dignas de admiración y espanto, y otras de risa y contento; noté costumbres, advertí en ceremonias no vistas y de ninguna otra gente usadas. En fin, a cabo de dos meses, corrimos una borrasca que nos duró cerca de cuarenta días, al cabo de los cuales dimos en esta isla de donde hoy salimos, entre unas peñas, donde nuestro bajel se hizo pedazos, y ninguno de los que en él venían quedó vivo, sino yo.

CAPÍTULO NONO^a

Donde Rutilio prosigue la historia de su vida

»Lo primero que se me ofreció a la vista, antes que viese otra cosa alguna, fue un bárbaro pendiente y ahorcado de un árbol, por donde conocí que estaba en tierra de bárbaros salvajes, y luego el miedo me puso delante mil géneros de muertes y, no sabiendo qué hacerme, alguna o todas juntas las temía^b y las esperaba. En fin, como la necesidad, según se dice, es maestra de sutilizar el ingenio, di en un pensamiento harto extraordinario, y fue que descolgué al bárbaro del árbol y, habiéndome desnudado de to-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

^b M1: *tenía*

A partir de M3, todas las eds. enmiendan, con las solas excepciones de P2, M16, M18, M21, BA2, M22, B10, B11.

dos mis vestidos, que enterré en la arena, me vestí de los suyos, que me vinieron bien, pues no tenían otra hechura que ser de pieles de animales, no cosidos ni cortados a medida, sino ceñidos por el cuerpo, como lo habéis visto¹. Para disimular la lengua, y que por ella no fuese conocido por extranjero, me fingí mudo y sordo y, con esta industria, me entré por la isla adentro, saltando y haciendo cabriolas en el aire².

»A poco trecho descubrí una gran cantidad de bárbaros, los cuales me rodearon y, en su lengua, unos y otros con gran priesa me preguntaron (a lo que después acá he entendido) quién era, cómo me llamaba, adónde venía y adónde iba³. Respondíles con callar y hacer todas las señales de mudo más aparentes que pude, y luego reiteraba los saltos y menudeaba las cabriolas. Salíme de entre ellos; siguiéronme los muchachos, que no me dejaban adondequiera que iba. Con esta industria pasé por bárbaro y por mudo, y los muchachos, por verme saltar y hacer gestos, me daban de comer de lo que tenían. Desta manera he pasado tres años

^c P2, M5, M6, B2, B3, B4, M9, B5: *de donde venía y adonde y va*

¹ Al *traje bárbaro* había aludido ya C. en I, 4 (149), aunque sin describirlo. Basándose —pienso— en estas palabras de Rutilio y en posteriores descripciones del aspecto de la familia de Antonio (cfr. II, 5 [306], y III, 1 [404]) S-B (xxviii) no dejan de referirse al Inca Garcilaso. Una vez más, a mi parecer, innecesariamente. Basta, en efecto, recordar que Olao Magno, *Historia...*, IV, 4, dice que «i Lapponi selvaggi si cuoprano di pelli preziose di diverse fiere, senza ornamento alcuno, ma solo per soccorrere con esse le necessità». Hay que añadir, de todos modos, que el *salvaje* presente en los libros de caballerías, en las *danzas* y en el teatro español de la época se presenta a menudo vestido precisamente como los habitantes de la «isla bárbara».

² El ardid de fingirse mudo, para no descubrirse, está ironizado, como cosa archisabida y aun sospechosa, en el *Viaje de Turquía* (por la ed. de Fernando García Salinero, Madrid, Cátedra, 1980: 260-261). A pesar de lo cual, los escritores del Siglo de Oro, y sobre todo los dramaturgos, recurrieron al mismo una y otra vez. Cfr., p. ej., *El gran duque de Moscovia*, de Lope de Vega (acto I) y *El encanto sin encanto*, de Calderón (acto II).

³ No hay razón para alejarse de la lección de M1. En realidad, *adonde* podía indicar las dos direcciones: 'desde' y 'hacia', a más de lo que hoy expresamos con *donde* o *en donde*. Cfr. PECP (100-101).

entre ellos, y aún pasara todos los de mi vida sin ser conocido. Con la atención y curiosidad, noté su lengua y aprendí mucha parte de ella; supe la profecía que de la duración de su reino tenía profetizada un antiguo y sabio bárbaro a quien ellos daban gran crédito. He visto sacrificar algunos varones para hacer la experiencia de su cumplimiento y he visto comprar algunas doncellas para el mismo efeto, hasta que sucedió el incendio de la isla que vosotros, señores, habéis visto. Guardéme de las llamas; fui a dar aviso a los prisioneros de la mazmorra donde vosotros, sin duda, habréis estado. Vi estas varcas, acudí a la marina; hallaron en vuestros generosos pechos lugar mis ruegos; recogístesme en ellas, por lo que os doy infinitas gracias, y agora espero en la del cielo, que, pues nos sacó de tanta miseria a todos, nos ha de dar, en este que pretendemos, felicísimo viaje⁴.

Aquí dio fin Rutilio a su plática, con que dejó admirados y contentos a los oyentes. Llegóse el día, áspero, turbio y con señales de nieve muy ciertas. Diole Auristela a Periandro lo que Cloelia le había dado la noche que murió, que fueron dos pelotas de cera, que la una, como se vio, cubría una cruz de diamantes, tan rica, que no acertaron a estimarla, por no agraviar su valor, y, la otra, dos perlas redondas, asimismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiento de que Auristela y Periandro eran gente principal, puesto que mejor declaraba esta verdad su gentil disposición y agradable trato⁵. El bárbaro Antonio, viniendo el

⁴ A Osuna (C, 1972: 81-82) le parece extraño que Rutilio y Ricla no se conozcan. Como de costumbre, lo achaca a descuido del autor. Téngase en cuenta, sin embargo, que —como él mismo acaba de decir— Rutilio ha pasado *tres* años entre los bárbaros y que Ricla hace más de *quince* —tal vez ya *dieciséis*— que vive retirada de ellos. Ni le convenía, de ninguna manera, dejarse ver de los otros isleños, porque esto podría haber acarreado la pérdida de Antonio, acaso también la de sus hijos e incluso la propia.

⁵ La cruz de diamantes y las dos inestimables perlas reaparecerán varias veces a lo largo de la novela. Tienen, evidentemente, una importante función, no ya como elementos determinantes de una aparatosa escena de anagnórisis (que, en realidad, falta en el *Persiles*, al menos en los modos tradicionales del género), sino porque, mediante su oportuna exhibición,

día, se entró un poco por la isla, pero no descubrió otra cosa que montañas y sierras de nieve y, volviendo a las barcas, dijo que la isla era despoblada y que convenía partirse de allí luego a buscar otra parte donde recogerse del frío que amenazaba y proveerse de los mantenimientos que presto le harían^d falta⁶. Echaron con presteza las barcas al agua, embarcáronse todos y pusieron las proas en otra isla que no lejos de allí se descubría.

En esto, yendo navegando con el espacio que podían prometer dos remos, que no llevaba más cada barca, oyeron que de la una de las otras dos⁷ salía una voz blanda, suave, de manera que les hizo estar atentos a escuchalla. Notaron, especialmente el bárbaro Antonio el padre, que notó que lo que se cantaba era en lengua portuguesa, que él sabía muy bien. Calló la voz y, de allí a poco, volvió a cantar en castellano, y no a otro tono de instrumentos que al de remos, que sesgamente por el tranquilo mar las barcas impelían, y notó que lo que cantaron fue esto:

^d M5, M6, B3, B4, M9, M10, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B8, B9, M22, B10: *presto les harían*

los protagonistas darán a entender (como ahora) a los presentes que son personas «de alto estado».

La cruz se relaciona dialécticamente con el anillo prodigioso que, en la *Historia etiópica* lleva consigo Cariclea como indicio de su origen real. Este *pentarbe*, que en una ocasión la salvará del fuego (cfr. IV, 151; VIII, 318-321; X, 391) es la señal, el símbolo de la «vuelta al hogar», a la religión de sus padres, tras muchos años de ausencia y de dedicación a otros dioses. La cruz de diamantes es también eso, y mucho más, para Auristela y Periandro. Es el símbolo de Cristo, que ella espera conocer mejor en Roma, y está adornada con piedras que, según creencias muy divulgadas en la época (cfr., p. ej., el P. Juan de Pineda, *Agricultura...*, diálogo III, secc. 24), «pon[en] tanto ánimo y corazón al que [los trae] que no le deja temer peligro alguno». Por lo que se refiere a las perlas, bastará recordar las palabras de Saavedra Fajardo, en las *Empresas* (núm. XXIII): en el seno de la concha, «resplandece la perla, símbolo de la virtud por su pureza y por ser concebida del rocío del cielo».

⁶ Para *le por les* en C., cfr. RM (I: 253; II: 74, 183, 391; III: 404; VII: 214, 290).

⁷ Osuna (C, 1972: 78) no deja de notar que las cuatro barcas compradas por Ricla, de que se nos habla en los capítulos 1, 6 (171-172) y I, 7 (173), se han reducido, sin más, a tres.

Mar sesgo⁸, viento largo⁹, estrella clara,
camino, aunque no usado, alegre y cierto,
al hermoso, al seguro, al capaz puerto
llevan la nave vuestra, única y rara¹⁰.

En Scilas ni en Caribdis no repara
ni en peligro que el mar tenga encubierto,
siguiendo su derrota al descubierta,
que limpia honestidad su curso para¹¹.

Con todo, si os faltara la esperanza
del llegar^{e,12} a este puerto, no por eso
giréis las velas, que será simpleza.

Que es enemigo amor de la mudanza
y nunca tuvo próspero suceso
el que no se quilata en la firmeza¹³.

^e M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B8, B9, B10, M22, M23: *de llegar*

⁸ *sesgo* significa, por una parte, 'oblicuo' y, por otra, 'tranquilo, calmoso, sosegado'. *Sesgo* (o *sesga*) *mar* es sintagma que aparece con frecuencia en la literatura de la época: cfr. *LG* (II).

⁹ *viento largo* = 'el que sopla perpendicular al rumbo que lleva la nave, hasta la popa, y es más o menos largo según se aproxima o se aleja más a ser en popa' (*DRAE*).

¹⁰ *única y rara*. Si no me equivoco, el curioso sintagma se presenta primero en la tradición occidental con la forma *único y solo*. Cfr., p. ej., Petrarca (*Canzoniere*, CCCLXVI), Gutierre de Cetina (*Obras*, ed. de Joaquín Hazañas de la Rúa, Sevilla, 1895, I: 217) y el propio C., en *LG* (III, 321), y *VdP* (V, 319). La variante que ahora nos interesa se halla registrada, p. ej., en Pedro Laynez (*Obras*, II: 331).

¹¹ *parar* = 'preparar, disponer'.

¹² *del llegar*. Es posible que C. haya escrito *de llegar* (en cuyo caso, el *del* se explicaría como cotaminación de la *ll*-siguiente), pero la poca —nula— relevancia de la intervención y la verosimilitud de la lección de M1 aconsejan mantener esta última.

¹³ En el «soneto del portugués», afirma Casaldueiro (56) que se cristaliza el significado de todo el *Persiles*. Es decir: «en la nave de la vida, guiados por la honestidad, aquilatarse en la firmeza y en la lealtad, que nos conducen al puerto quieto». Conviene recordar, de todos modos, que la imagen de la vida, del amor, etc., como una nave se había convertido en tópico más que sobado desde siglos antes. El más famoso tratamiento del mismo se hallará en el soneto de Petrarca (*Canzoniere*, CLXXXIX), donde no faltan Escila y Caribdis, otro lugar común, parece que inevitable.

La bárbara Ricla dijo, en callando la voz:

—Despacio¹⁴ debe de estar y ocioso el cantor que en semejante tiempo da su voz a los vientos¹⁵.

Pero no lo juzgaron así Periandro y Auristela, porque le tuvieron por más enamorado que ocioso al que cantado había: que los enamorados fácilmente reconcilian los ánimos y traban amistad con los que conocen que padecen su misma enfermedad. Y, así, con licencia de los demás que en su barca venían (aunque no fuera menester pedirla), hizo que el cantor se pasase a su barca, así por gozar de cerca de su voz como saber de sus sucesos, porque persona que en tales tiempos cantaba o sentía mucho o no tenía sentimiento alguno. Juntáronse las barcas, pasó el músico a la de Periandro y todos los della le hicieron agradable recogida. En entrando el músico, en medio portugués y en medio castellano, dijo:

—Al cielo, y a vosotros, señores, y a mi voz agradezco esta mudanza y esta mejora de navío, aunque creo que con mucha brevedad le dejaré libre de la carga de mi cuerpo, porque las penas que siento en el alma me van dando señales de que tengo la vida en sus últimos términos.

—Mejor lo hará el cielo —respondió Periandro—, que, pues yo soy vivo, no habrá trabajos que puedan matar a alguno¹⁶.

—No sería esperanza aquella —dijo a esta sazón Auristela— a que pudiesen contrastar y derribar infortunios, pues, así como la luz resplandece más en las tinieblas, así la esperanza ha de estar más firme en los trabajos: que el desesperarse en ellos es acción de pechos cobardes y no hay mayor pusilanimidad ni bajeza que entregarse el trabajado, por mas que lo sea, a la desesperación.

—El alma ha de estar —dijo Periandro— el un pie en los labios y el otro en los dientes, si es que hablo con propie-

¹⁴ *despacio* = 'con tiempo (*de espacio*), sin prisa'.

¹⁵ Recuerdese *EAL*: «Bien me suenan —dijo Mahamut— y mejor me suena y me parece que estés para decir versos, Ricardo, porque el decirlos o el hacerlos requiere ánimos desapasionados.»

¹⁶ Para *alguno* (o *alguien*) por 'ninguno (o nadie)', cfr. RM (II: 327).

dad, y no ha de dejar de esperar su remedio, porque sería agraviar a Dios, que no puede ser agraviado, poniendo tasa y coto a sus infinitas misericordias.

—Todo es así —respondió el músico—, y yo lo creo, a despecho y pesar de las experiencias que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas.

No por estas pláticas dejaban de bogar, de modo que, antes de anochecer, con dos horas, llegaron a una isla también despoblada, aunque no de árboles, porque tenía muchos, y llenos de fruto que, aunque pasado de sazón y seco, se dejaba comer. Saltaron todos en tierra, en la cual vararon las barcas, y con gran priesa se dieron a desgajar árboles y hacer una gran barraca para defenderse aquella noche del frío. Hicieron asimismo fuego, ludiendo dos secos palos el uno con el otro, artificio tan sabido como usado¹⁷, y, como todos trabajaban, en un punto se vio levantada la pobre máquina, donde se recogieron todos, supliendo con mucho fuego la incomodidad del sitio, pareciéndoles aquella choza dilatado alcázar. Satisfacieron la hambre y acomodáranse a dormir luego si el deseo que Periandro tenía de saber el

¹⁷ A S-B (xxix) les parece probada una relación entre el pasaje cervantino y otro de los *Comentarios* de Garcilaso «el Inca» donde se lee que los peruanos obtenían el fuego «con palillos rollizos delgados [como el dedo merguerite y largos de media vara], barrenando uno con otro». Conviene llamar enseguida la atención sobre el hecho de que, en el *Persiles*, la operación resulta explícitamente obvia, *consabida*, y que, al mismo tiempo, se la describe con ayuda de un verbo (*ludir*), de uso no muy frecuente en la lengua literaria de la época (cfr. DCELC).

De muy parecidas descripciones trata Romero (C, 1990: 145-147), con testimonios de Fernández de Oviedo, López de Gómara y J. de Acosta. Por sí solo, pues, el primer elemento induciría a abandonar sin más la búsqueda de posibles inequívocas fuentes, visto que todas, sin excepción, parecen «innecesarias»; el segundo, por el contrario, hace pensar que, si de una fuente resulta lícito hablar, lo más probable será que se deje reconocer por las compresencia del verbo *ludir* (sólo en esta ocasión usado por C.) y por la afirmación de que el método ilustrado para la obtención del «fuego nuevo» no constituye ya una novedad para quien escribe ni para quien lee. Pero, ¿existe de veras un texto que satisfaga entrambas condiciones? A mi parecer, sí. Fernández de Oviedo, en el *Sumario de la natural historia de las Indias* (LXXVIII) y —más ampliamente— en la Primera Parte de la *Historia* (VI, 5).

suceso del músico no lo estorbara, porque le rogó, si era posible, les hiciese sabidores de sus desgracias, pues no podían ser venturas las que en aquellas partes le habían traído. Era cortés el cantor y, así, sin hacerse de rogar, dijo:

CAPÍTULO DIEZ^a

De lo que contó el enamorado portugués

—Con más breves razones de las que sean posibles daré fin a mi cuento con darle al de mi vida¹, si es que tengo de dar crédito a cierto sueño que la pasada noche me turbó el alma. Yo, señores, soy portugués de nación, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna y no pobre en los de naturaleza. Mi nombre es Manuel de Sosa Coitiño^b; mi patria, Lisboa y, mi ejercicio, el de soldado². Junto a las casas de mis padres, casi pared en medio, estaba la de otro caballero del antiguo linaje de los Pereiras, el cual tenía sola una hija, única heredera de sus bienes, que eran muchos, báculo y esperanza de la prosperidad de sus padres; la cual, por el linaje, por la riqueza y por la hermosura, era deseada de todos los mejores del reino de Portugal; y yo, que, como más ve-

^a P2 lo presenta como IIII

^b M4, M5, M6, B3, B4, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B9, M19, M22: *Coutiño*

¹ Recuérdese *Quijote*, I, 27 («Os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras..») y 28: «... para acabar el cuento, que no le tiene, de mis desdichas».

² La identificación de este *Manuel de Sosa Coitiño* / *Sousa Coitinho* (o *Coutinho*) con el homónimo ilustre escritor en latín y en portugués (sobre cuyas vicisitudes matrimoniales se basa el más famoso drama de Almeida Garrett) se halla ya en Diogo Barbosa Machado, *Biblioteca Lusitana* (Lisboa, 1731-1759, 4 vols., III: 144). En nuestros días, la acepta Manuel Rodrigues Lapa (cfr. AM, II: 580-581). Contrarios a tal hipótesis se muestran, en cambio, Camilo Castelo Branco («Manuel de Sosa Coutinho e Miguel de C.», en *Obra selecta*, Río de Janeiro, Aguilar: II [1968], 1.035-1.041) y Aquilino Ribeiro (*No cavalo de pau com Sancho Pança*, Lisboa, Livraria Bertrand, 1950: 60).

cino de su casa, tenía más comodidad de verla, la miré, la conocí y la adoré con una esperanza, más dudosa que cierta, de que podría ser viniese a ser mi esposa. Y, por ahorrar de tiempo y por entender que con ella habían de valer poco requiebros, promesas ni dádivas, determiné de que un pariente mío se la pidiese a sus padres para esposa mía, pues ni en el linaje, ni en la hacienda, ni aun en la edad, diferenciábamos en nada. La respuesta que trujo fue que su hija Leonora aún no estaba en edad de casarse; que dejase pasar dos años, que le daba la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo sin hacerme sabidor dello. Llevé este primer golpe en los hombros de mi paciencia y en el escudo de la esperanza, pero no dejé por esto de servirla públicamente a sombra de mi honesta pretensión, que luego se supo por toda la ciudad; pero ella, retirada en la fortaleza de su prudencia³ y en los retretes de su recato, con honestidad y licencia de sus padres, admitía mis servicios y daba a entender que, si no los agradecía con otros, por lo menos no los desestimaba.

»Sucedió que, en este tiempo, mi rey me envió por capitán general a una de las fuerzas⁴ que tiene en Berbería, oficio de calidad y de confianza⁵. Llegóse el día de mi partida y, pues en él no llegó el de mi muerte, no hay ausencia que

³ Estas imágenes «militares» del recato femenino, comunes a la lírica medieval (provenzal, italiana, castellana...), se vieron potenciadas en el siglo XVI, en nuestra lengua, por el Renacimiento petrarquizante.

⁴ fuerza = 'plaza fuerte, fortaleza'.

⁵ AA indica que, al referirse a «su rey», el enamorado portugués alude a una época anterior a 1581, y lo mismo repiten W-C. Por supuesto. Algo más dice Allen (89-90), al recordar que, entre 1539 y 1578, Portugal poseía dos plazas en el África del Norte: Tánger y Ceuta.

Ahora bien, *Berbería* abarcaba toda la faja occidental, plenamente atlántica, del actual reino de Marruecos. Las plazas de soberanía portuguesa, durante los reinados de don Juan III, don Sebastián y don Enrique, fueron más numerosas: Ceuta, de 1415 a 1640; Alcázarseguer, 1458 a 1550; Tánger, de 1470 a 1622; Arcila, de 1471 a 1550 y de 1577 a 1589; Azamor, de 1513 a 1541; Mazagán, de 1514 a 1769; Safin, de 1508 a 1541; Santa Cruz do Cabo de Gué (= Agadir), de 1505 a 1545 (cfr., p. ej., A. H. de Oliveira, *História de Portugal*, Lisboa, Palas Editores, 1985, I: 369). Nuestro Sosa Coitiño bien habría podido ser capitán general de una cualquiera de las poseídas entre 1555-1557.

mate ni dolor que consuma. Hablé a su padre, hícele que me volviese a dar la palabra de la espera de los dos años; túvome lástima, porque era discreto, y consintió que me despidiese de su mujer y de su hija Leonor, la cual, en compañía de su madre, salió a verme a una sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardía y el silencio. Pasméme⁶ cuando vi tan cerca de mí tanta hermosura; quise hablar y anudóseme la voz a la garganta y pegóseme al paladar la lengua⁷ y ni supe ni pude hacer otra cosa que callar y dar con mi silencio indicio de mi turbación. La cual vista por el padre, que era tan cortés como discreto, se abrazó conmigo y dijo: «Nunca, señor Manuel de Sosa, los días de partida dan licencia a la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio hable en su favor de vuesa merced más que alguna otra retórica. Vuesa merced vaya a ejercer su cargo y vuelva en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que tocara a servirle. Leonora, mi hija, es obediente y mi mujer desea darme gusto, y yo tengo el deseo que he dicho: que, con estas tres cosas, me parece que puede esperar vuesa merced buen suceso en lo que desea.» Estas palabras todas me quedaron en la memoria y en el alma impresas de tal manera que no se me han olvidado, ni se me olvidarán en tanto que la vida me durare. Ni la hermosa Leonora ni su madre me dijeron palabra, ni yo pude, como he dicho, decir alguna. Partíme a Berbería; ejercité mi cargo, con satisfacción de mi rey, dos años; volví a Lisboa; hallé que la fama y hermosura de Leonora había salido ya de los límites de la ciudad y del reino y estendiéndose por Castilla y otras partes, de las cuales venían embajadas de príncipes y señores que la pre-

⁶ *Pasméme*. En el mismo *Persiles*, III, 1 (431), Antonio el padre afirma que los portugueses insisten en el uso de este verbo.

⁷ Es fórmula de abolengo bíblico (cfr., p. ej., salmo 136, *Super flumina Babyloniae*) muy frecuente en la literatura de la época. Aquí bastará recordar, entre tantos testimonios, los registrados en fray Diego de Estella, *Meditaciones del amor de Dios* (XLVI y LXXXV) o el mismo C. (*EAL*).

Más lejano parece el otro modelo, latino clásico («vox faucibus haesit»), documentado, p. ej., en la *Eneida* (II, 774; IV, 280; XII, 868), que, sin embargo, G. Hernández de Velasco vuelve a acercar a la forma derivada de la Biblia, cuando, al menos en un caso (XII, 1600), interpreta «pegósele la voz a la garganta».

tendían por esposa; pero, como ella tenía la voluntad tan sujeta a la de sus padres, no miraba si era o no solicitada.

»En fin, viendo yo pasado el término de los dos años, volví a suplicar a su padre me la diese por esposa. ¡Ay de mí, que no es posible que me detenga en estas circunstancias, porque a las puertas de mi vida está llamando la muerte y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desventuras: que, si así fuese, no las tendría yo por tales! Finalmente, un día me avisaron que, para un domingo venidero, me entregarían a mi deseada Leonora, cuya nueva faltó poco para no quitarme la vida de contento. Convidé a mis parientes, llamé a mis amigos, hice galas⁸, envié presentes, con todos los requisitos que pudiesen mostrar ser yo el que me casaba y Leonora la que había de ser mi esposa. Llegóse este día y yo fui, acompañado de todo lo mejor de la ciudad, a un monasterio de monjas que se llama de la Madre de Dios, adonde me dijeron que mi esposa, desde el día de antes, me esperaba: que había sido su gusto que en aquel monasterio se celebrase su desposorio, con licencia del arzobispo de la ciudad⁹.

Detúvose algún tanto el lastimado caballero, como para tomar aliento de proseguir su plática, y luego dijo:

—Llegué al monasterio, que real y pomposamente estaba adornado; salieron a recebirme casi toda la gente principal del reino, que allí aguardándome estaba, con infinitas señoras de la ciudad, de las más principales. Hundíase el templo

⁸ DA define *gala* como «vestido alegre, sobresaliente, rico y vistoso, para las funciones de fiesta, lucimiento, y fuera del modo ordinario de vestir cada uno». Cualquier pretexto era bueno para hacerlas, derrochando dinero y, cuando se podía, ingenio: justas, torneos, «sortijas», bautismos o, como en el presente pasaje, casamientos.

⁹ Frei Nicalau de Oliveira (*Livro das grandezas de Lisboa*, Lisboa, Jorge Rodriguez, 1620) habla de los conventos de la capital portuguesa en tiempos de C. Entre los 18 de monjas, «o segundo he de capuchas descalças com título de Madre de Deos, e tem trinta religiosas sem servidora alguna, que todas se servem ás semanas en os officios communes de suas comunidades» (69). El convento, fundado en 1509, fue ampliado en tiempos de Juan III. La iglesia (pequeña, armoniosa, hoy adornada con bellos azulejos y maderas estofadas del pleno barroco) fue muy damnificada por el terremoto del 5 de noviembre de 1755, por lo que hubo de ser sometida a grandes trabajos de restauración (cfr. Raul Proença, *Guia de Portugal. I. Lisboa e arredores*, Lisboa, Fundação Gulbenkian, 1979: 318-322). Otros ha conocido en los años 80 del siglo xx.

de música, así de voces como de instrumentos, y en esto salió por la puerta del claustro la sin par Leonora¹⁰, acompañada de la priora y de otras muchas monjas, vestida de raso blanco acuchillado, con saya entera a lo castellano¹¹, tomadas las cuchilladas con ricas y gruesas perlas¹². Venía forrada la saya en tela de oro verde; traía los cabellos sueltos por las espaldas, tan rubios, que deslumbraban los del sol y, tan luengos, que casi besaban la tierra; la cintura, collar y anillos que traía, opiniones hubo que valían un reino. Torno a decir que salió tan bella, tan costosa, tan gallarda y tan ricamente compuesta y adornada, que causó envidia en las mujeres y admiración en los hombres. De mi sé decir que quedé tal con su vista, que me hallé indigno de merecerla, por parecerme que la agraviaba, aunque yo fuera el emperador del mundo.

»Estaba hecho un modo de teatro¹³ en mitad del cuerpo de la iglesia, donde desenfadadamente y sin que nadie lo empachase, se había de celebrar nuestro desposorio. Subió en él primero la hermosa doncella, donde al descubierto mostró su gallardía y gentileza; pareció a todos los ojos que la miraban lo que suele parecer la bella aurora al despuntar del día, o lo que dicen las antiguas fábulas que parecía la casta Diana en los bosques, y algunos creo que hubo

¹⁰ *la sin par Leonora*. Nótese que aquí no habla el narrador, más o menos «neutro», sino precisamente el personaje enamorado de la joven lisboeta. No hay, pues, la menor contradicción con lo afirmado en el I, 2 (130, nota 18).

¹¹ 'Las sayas que llaman enteras las damas, tienen largas mangas en puntas y grandes faldas' (Cov.).

¹² Tras la *saya entera de pardilla raja* vestida por Venus en *VdP* (c. V, terc. 33), C. vuelve a referirse a la misma prenda en *Quijote*, I, 29, donde es de *telilla verde*. Al menos el segundo de los dos textos no da la inequívoca sensación de cosa rica, ostentosa, que producía en quienes veían tal prenda, a juzgar por ciertos testimonios rigurosamente contemporáneos (cfr., p. ej., Quevedo, *OC. I. Poesía original* (ed. de José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1961³), núm. 778, 213-216; Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache* (Parte I, II, 8), etc. Pero claro está que este pasaje del *Persiles* pide ser comparado ante todo y sobre todo con otro de *LEI*: «Otro día vistieron a Isabela a la española, con una saya entera de raso verde acuchillada y forrada de una rica tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda bordada de riquísimas perlas (...); sus mismos cabellos, entretejidos y sembrados de perlas, le servían de tocado...»

¹³ *teatro* = 'tribuna, tablado'. Cfr. RM, V: 132, y VIII: 178.

tan discretos que no la acertaron a comparar sino a sí misma¹⁴. Subí yo al teatro pensando que subía a mi cielo y, puesto de rodillas ante ella, casi di demostración de adorarla. Alzóse una voz en el templo, procedida de otras muchas, que decía: «Vivid felices y luengos años en el mundo, ioh dichosos y bellísimos amantes! Coronen presto hermosísimos hijos vuestra mesa y, a largo andar, se dilate vuestro amor en vuestros nietos. No sepan los rabiosos celos ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos; ríndase la invidia a vuestros pies y la buena fortuna no acierte a salir de vuestra casa»¹⁵. Todas estas razones y deprecaciones santas me colmaban el alma de contento, viendo con qué gusto general llevaba el pueblo mi ventura. En esto, la hermosa Leonora me tomó por la mano y, así, en pie, como estábamos, alzando un poco la voz, me dijo: «Bien sabéis, señor Manuel de Sosa, cómo mi padre os dio palabra que no dispondría de mi persona en dos años, que se habían de contar desde el día que me pedistes fuese yo vuestra esposa; y también, si mal no me acuerdo, os dije yo, viéndome acosada de vuestra solicitud y obligada de los infinitos beneficios que me habéis hecho, más por vuestra cortesía que por mis merecimientos, que yo no tomaría otro esposo en la tierra si no a vos. Esta palabra mi padre os la ha cumplido, como habéis visto, y yo os quiero cumplir la mía, como veréis. Y, así, porque sé que los engaños, aunque sean honrosos y provechosos, tienen un no sé qué de traición cuando se dilatan y entretienen, quiero, del que os parecerá que os he hecho, sacaros en este instante. Yo, señor mío, soy casada y en ninguna manera, siendo mi esposo vivo, puedo casarme con otro. Yo no os dejo por ningún hombre de la tierra, sino por uno del cielo, que es Jesucristo, Dios y hombre verdadero: él es mi esposo, a él le di la palabra primero que a vos; a él, sin engaño y de toda mi voluntad y, a vos, con disimulación y sin firmeza alguna. Yo confieso que, para escoger

¹⁴ Para el topos de «la imposibilidad de comparación», cfr. I, 4 (141 y nota 1).

¹⁵ En la literatura de la época hay numerosos ejemplos de parecidos (casi idénticos) «votos de felicidad» expresados a los esposos por uno de sus deudos o amigos, que hace el papel del coro. El mismo C., en *LEn* (acto II), nos ofrece uno, aderezado con una buena dosis de parodia del lugar común.

esposo en la tierra, ninguno os pudiera igualar; pero, habiéndole de escoger en el cielo, ¿quién como Dios? Si esto os parece traición o descomedido trato, dadme la pena que quisiéredes y el nombre que se os antojare, que no habrá muerte, promesa o amenaza que me aparte del crucificado esposo mío.» Calló, y al mismo punto la priora y las otras monjas comenzaron a desnudarla y a cortarle la preciosa madeja de sus cabellos. Yo enmudecí y, por no dar muestra de flaqueza, tuve cuenta con reprimir las lágrimas que me venían a los ojos y, hincándome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza le besé la mano; y ella, cristianamente compasiva, me echó los brazos al cuello. Alcéme en pie y, alzando la voz de modo que todos me oyesen, dije: *Maria optimam partem elegit*¹⁶. Y, diciendo esto, me bajé del teatro y, acompañado de mis amigos, me volví a mi casa, adonde, yendo y viniendo con la imaginación en este estraño suceso, vine casi a perder el juicio y, ahora, por la misma causa, vengo a perder la vida.

Y, dando un gran suspiro, se le salió el alma y dio consi-go en el suelo¹⁷.

CAPÍTULO ONCENO DEL PRIMER LIBRO^a

Acudió con presteza Periandro a verle y halló que había espirado de todo punto, dejando a todos confusos y admirados del triste y no imaginado suceso.

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Llegan a otra isla, donde hallan buen acogimiento*

¹⁶ Ya S-B recuerda la clara cita: Lucas, 10, 41-42 («Martha, Martha, sollicita es, et turbari erga plurima. Porro unum est necessarium, Maria optimam partem elegit, quae non auferetur ab ea»).

¹⁷ El enamorado portugués muere muy oportunamente. Como no pocos de los personajes cervantinos. Tal «oportunidad» puede parecer, en más de una ocasión, no ya un progreso en el arte de la novela sino, en cierto sentido, un residuo de etapas más primitivas. De cualquier modo, conviene recordar que, en la época de C., que precisamente un portugués muriera de amor era algo que entraba sin más en el «horizonte de expectativas» del lector. Cfr., p. ej., Miguel Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1966² (167-178).

—Con este sueño —dijo a esta sazón Auristela— se ha escusado este caballero de contarnos qué le sucedió en la pasada noche, los trances por donde vino a tan desastrado término y a la prisión de los bárbaros, que, sin duda, debían de ser casos tan desesperados como peregrinos.

A lo que añadió el bárbaro Antonio:

—Por maravilla hay desdichado solo que lo sea en sus desventuras. Compañeros tienen las desgracias, y por aquí o por allí siempre son grandes, y entonces lo dejan de ser cuando acaban con la vida del que las padece.

Dieron luego orden de enterrarle como mejor pudieron. Sirvióle de mortaja su mismo vestido; de tierra, la nieve y, de cruz, la que le hallaron en el pecho en un escapulario, que era la de Christus^b, por ser caballero de su hábito¹; y no fuera menester hallarle esta honrosa señal para enterarse de su nobleza, pues las habían dado bien claras su grave presencia y razonar discreto. No faltaron lágrimas que le acompañasen, porque la compasión hizo su oficio y las sacó de todos los ojos de los circunstantes².

Amaneció en esto; volvieron las barcas al agua, pareciéndoles que el mar les esperaba sosegado y blando y, entre tristes y alegres, entre temor y esperanza, siguieron su camino, sin llevar parte cierta adonde encaminalle.

Están todos aquellos mares casi cubiertos de islas, todas o las más despobladas y, las que tienen gente, es rústica y medio bárbara, de poca urbanidad y de corazones duros e insolentes; y, con todo esto, deseaban topar alguna que los acogiese, porque imaginaban que no podían ser tan crueles su moradores que no lo fuesen más las montañas de nieve y los duros y ásperos riscos de las que atrás dejaban. Diez

^b A partir de M11: *Cristo*, a excepción de M16, B11, M23, *PECP*, AH.

¹ No hay por qué «modernizar». En el Siglo de Oro hallamos a menudo escrito a la latina el nombre de la orden militar portuguesa, fundada en 1318 por el rey Don Dionís, que la dotó con todos los bienes poseídos por la del Temple, extinguida por el papa siete años antes. (Cfr. *PECP*: 103). Como C. indica, sobre el escapulario, con una cruz roja, los caballeros llevaban otra, de plata.

² Para la «hipérbole de las lágrimas», cfr. I, 5 (162 con nota 43), y 6 (164).

días más navegaron, sin tomar puerto, playa o abrigo alguno, dejando a entrambas partes, diestra y siniestra, islas pequeñas que no prometían estar pobladas de gente, puesta la mira en una gran montaña que a la vista se les ofrecía, y pugnaban con todas sus fuerzas llegar a ella con la mayor brevedad que pudiesen, porque ya sus barcas hacían agua y los bastimentos a más andar iban faltando.

En fin, más con la ayuda del cielo, como se debe creer, que con las de sus brazos, llegaron a la deseada isla y vieron andar dos personas por la marina, a quien con grandes voces preguntó Transila qué tierra era aquélla, quién la gobernaba y si era de cristianos católicos. Respondiéronle, en lengua que ella^c entendió, que aquella isla se llamaba Golandia, y que era de católicos, puesto que estaba despoblada, por ser tan poca la gente que tenía, que no ocupaba más de una casa que servía de mesón a la gente que llegaba a un puerto detrás^d de un peñón que señaló con la mano³.

^c M1: *que el entendió*

A partir de M5, todas las eds. enmiendan, con las excepciones de M17, BA2, B10.

^d M1: *que detrás de un peñón, que señaló*

Adopto la enmienda registrada en P2, M5, M6, B2, B3, B4, M9, M16, B9, M17, M18, M21, M22, B10, B11, M23, PECP, AH.

M3: *que detrás de un peñón avía, que señaló*

M7, M8, M10, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B8, M19: *que estaba detrás de un peñón que señaló*

³ Para S-B (xiii-xiv), la isla de que C. nos habla es, sin duda, Gotland, «a pesar de su situación al Este de Suecia. Las especies de que había en ella una gran montaña, de que sus habitantes eran católicos y de que cabían todos en un mesón pudieron nacer de que en ciertos mapas septentrionales se vieran dibujadas en esta isla, como en otras muchas, una sola montaña, una iglesia con su cruz y a veces una sola casa, lo cual solía significar que en el lugar había un monasterio y que se hallaba poblada de cristianos».

La explicación es ingeniosa, pero dista de ser persuasiva. Gotland era generalmente considerada como la cuna de la stirpe de los godos: de ello habla, p. ej., Olao Magno, *Historia...*, II, 24. Además, tanto en el original latino como en la trad. italiana (la misma que, según S-B, debió de consultar C.), hay un grabado de la «famosissima isola de' Gothi, detta Gothlandia», donde aparecen *muy numerosas casas*, un *gran castillo* y una *nave* de notables proporciones, pero *nada* de cuanto se lee, como característico de la misma, en la novela. Es indubable que C. puede aquí

—Y si vosotros, quienquiera que seáis, queréis repararos de algunas faltas, seguidnos con la vista, que nosotros os pondremos en el puerto.

Dieron gracias a Dios los de las barcas y siguieron por la mar a los que los guiaban por la tierra y, al volver del peñón que les habían señalado, vieron un abrigo que podía llamarse puerto y, en él, hasta diez o doce bajeles, dellos chicos, dellos medianos y dellos grandes, y fue grande la alegría que de verlos recibieron, pues les daba esperanza de mudar de navíos y seguridad de caminar con certeza a otras partes. Llegaron a tierra; salieron así gente de los navíos como del mesón a recibirles. Saltó en tierra, en hombros de Perian-dro y de los dos bárbaros, padre e hijo, la hermosa Auristela, vestida con el vestido y adorno con que fue Periandro vendido a los bárbaros por Arnaldo; salió con ella la gallarda Transila y la bella bárbara Constanza, con Ricla, su madre, y todos los demás de las barcas acompañaron este escuadrón gallardo.

De tal manera causó admiración, espanto y asombro la bellísima escuadra en los de la mar y la tierra, que todos se postraron en el suelo y dieron muestras de adorar a Auristela; mirábanla callando y con tanto respeto, que no acertaban a mover las lenguas, por no ocuparse en otra cosa que en mirar. La hermosa Transila, como ya había hecho experiencia de que entendían su lengua, fue la primera que rompió el silencio, diciéndoles:

estar haciendo uso de su derecho a la fantasía, pero no estará de más procurarse otras soluciones alternativas.

Beltrán y Rózpide (C, 1924: 40) opina que los personajes deben de encontrarse en el sur del actual reino de Noruega y recuerda que esa parte inferior de Escandinavia se llamaba *Golandia*, *Gotland* o *Gotia*, «a que C. supone isla» (43). Tales palabras están algo más de acuerdo con la dirección que hasta ahora *parece* que llevan los protagonistas de la novela y sus acompañantes. Para mí tengo que el problema (de inverosimilitud *vs.* precisión) consiste sencillamente en un errata, tal vez en una verdadera «ultracorrección» (como de costumbre, igual a «banalización») de quien tuvo a su cargo la revisión de las pruebas del *Persiles*. Es muy probable que, con un poco de paciencia, acabemos hallando el nombre exacto de la isla realmente aludida por C.

—A vuestro hospedaje nos ha traído la nuestra, hasta hoy, contraria fortuna. En nuestro traje y en nuestra manse-dumbre echaréis de ver que antes buscamos paz que guerra, porque no hacen batalla las mujeres ni los varones afligidos. Acogednos, señores, en vuestro hospedaje y en vuestros na-víos, que las barcas que aquí nos han conducido aquí dejan el atrevimiento y la voluntad de tornar otra vez a entregarse a la inestabilidad del mar. Si aquí se cambia por oro o por plata lo necesario que se busca, con facilidad y abundancia seréis recompensados de lo que nos diéredes, que, por subi-dos precios que lo vendáis, lo recibiremos como si fuese dado.

Uno, ¡milagro extraño!, que parecía ser de la gente de los navíos, en lengua española respondió:

—De corto entendimiento fuera, hermosa señora, el que dudara la verdad que dices, que, puesto que la mentira se disimula y el daño se disfraza con la máscara de la verdad y del bien, no es posible que haya tenido lugar de acogerse a tan gran belleza como la vuestra. El patrón deste hospedaje es cortesísimo y, todos los destas naves, ni más ni menos. Mirad si os da más gusto volveros a ellas o entrar en el hos-pedaje, que en ellas y en él seréis recibidos y tratados como vuestra presencia merece.

Entonces, viendo el bárbaro Antonio (o oyendo, por me-jor decir) hablar su lengua, dijo:

—Pues el cielo nos ha traído a parte que suene en mis oídos la dulce lengua de mi nación, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias. Vamos, señores, al hospedaje y, en reposando algún tanto, daremos orden en volver a nuestro camino, con más seguridad que la que hasta aquí hemos traído.

En esto, un grumete que estaba en lo alto de una gavia dijo a voces en lengua inglesa:

—Un navío se descubre que, con tendidas velas y mar y viento en popa, viene la vuelta deste abrigo.

Alborotáronse todos y, en el mismo lugar donde estaban, sin moverse un paso, se pusieron a esperar el bajel que tan cerca se descubría y, cuando estuvo junto, vieron que las hinchadas velas las atravesaban unas cruces rojas y conocie-

ron que, en una bandera que traía en el peñol^{c,4} de la mayor gavia, venían pintadas las armas de Inglaterra⁵. Disparó, en llegando, dos piezas de gruesa artillería y luego hasta otra de veinte arcabuces; de la tierra les fue hecha señal de paz y de alegres voces, porque no tenían artillería con que responderle.

CAPÍTULO DOCE DEL PRIMER LIBRO^a

*Donde se cuenta de qué parte y quién eran
los que venían en el navío*

Hecha, como se ha dicho, la salva de entrambas partes, así del navío como de la tierra, al momento echaron áncoras los de la nave y arrojaron el esquife al agua, en el cual el primero que saltó, después de cuatro marineros que le adornaron con tapetes¹ y asieron de los remos, fue un anciano varón, al parecer de edad de sesenta años, vestido de una ropa² de terciopelo negro que le llegaba a los pies, forrada en felpa negra³ y ceñida con una de las que llaman colonias

^c M1: *peñolo*

Adopto la enmienda de P2.

M12: *péñolo*

^a P2 lo presenta como V

⁴ Ningún diccionario general de la lengua castellana ni los especiales de términos marítimos registran la forma impresa en M1. Todos se limitan a *penol* y *peñol*. Más aún, *DA* ilustra *peñol* —y no *peñolo*— con el presente pasaje del *Persiles*. Puesto que la forma *peñolo* no puede tampoco apoyarse en variantes italianas, catalanas o portuguesas, me decido a intervenir, adoptando la forma ya propuesta, sin explicaciones, por *DA*. *Peñol*, en fin, tiene la ventaja sobre *penol* de estar testimoniada en *EAL* (cfr. *VC*).

⁵ Es decir, tres leones de oro en campo carmesí. Cfr., p. ej., Polidoro Vergilio, *Anglica historia*, 129.27 y 162.16.

¹ Cfr. *VdP*, I, terc. 59-61, *Quijote*, II, 62, y, en fin, en el propio *Persiles*, III, 12 (563).

² *ropa* = 'vale también vestidura larga y suelta, que se trae sobre los demás vestidos ajustados al cuerpo' (*DA*).

³ *felpa*. Tela rica, de seda, 'toda de cabos de hilo' (Cov.).

de seda⁴; en la cabeza traía un sombrero alto y puntiagudo, asimismo, al parecer, de felpa. Tras él bajo al esquife un gallardo y brioso mancebo, de poco más edad de veinte y cuatro años, vestido, a lo marinero, de terciopelo negro, una espada dorada en las manos y una daga en la cinta. Luego, como si los arrojaran, echaron de la nave al esquife un hombre lleno de cadenas y una mujer con él enredada y presa con las cadenas mismas: él, de hasta cuarenta años de edad y, ella, de más de cincuenta; él, brioso y despechado y, ella, malencólica y triste. Impelieron el esquife los marineros; en un instante llegaron a tierra, adonde, en sus hombros y en los de otros soldados arcabuceros que en el barco venían, sacaron a tierra al viejo y al mozo y a los dos prisioneros. Transila, que, como los demás, había estado atentísima mirando los que en el esquife venían, volviéndose a Auristela, le dijo:

—Por tu vida, señora, que me cubras el rostro con ese velo que traes atado al brazo, porque o yo tengo poco conocimiento o son algunos de los que vienen en este barco personas que yo conozco y me conocen.

Hízolo así Auristela y en esto llegaron los de la barca a juntarse con ellos, y todos se hicieron bien criados recibimientos. Fuese derecho el anciano de la felpa a Transila, diciendo:

—Si mi ciencia no me engaña y la fortuna no me desfavorece, próspera habrá sido la mía con este hallazgo.

Y, diciendo y haciendo, alzó el velo del rostro de Transila y se quedó desmayado en sus brazos, que ella se los ofreció y se los puso, porque no diese en tierra. Sin duda se puede creer que este caso de tanta novedad y tan no esperado

⁴ *colonia* = 'cinta', aquí, al parecer, relativamente ancha. No conozco otros textos de la época en que aparezca usada como 'fajín' o 'cinturón'. Por lo general, los autores del siglo XVII —pues es entonces cuando se encuentra abundantemente documentada— se refieren a una más bien estrecha para colgar medallas (Ruiz de Alarcón, *El dueño de las estrellas*, acto II), para sujetar el cabello (Castro y Anaya, *Las auroras de Diana* [por la ed. de Luis González Simón, Madrid, CSIC, 1948], 159-160) o para sujetar las medias, como ligas (Francisco de Santos, *Día y noche de Madrid*, discurso III).

puso en admiración a los circunstantes, y más cuando le oyeron decir a Transila:

—¡Oh padre de mi alma! ¿Qué venida es ésta? ¿Quién trae a vuestras venerables canas y a vuestros cansados años por tierras tan apartadas de la vuestra?

—¿Quién le ha de traer —dijo a esta sazón el brioso mancebo—, sino el buscar la ventura que sin vos le faltaba? Él y yo, dulcísima señora y esposa mía, venimos buscando el norte que nos ha de guiar adonde hallemos el puerto de nuestro descanso; pero, pues ya (gracias sean dadas a los cielos) le habemos hallado, haz, señora, que vuelva en sí tu padre Mauricio y consiente que de su alegría reciba yo parte, recibéndole a él como a padre y a mí como a tu legítimo esposo.

Volvió en sí Mauricio y sucedióle en su desmayo Transila. Acudió Auristela a su remedio, pero no osó llegar a ella Ladislao, que éste era el nombre de su esposo, por guardar el honesto decoro que a Transila se le debía. Pero como los desmayos que suceden de alegres y no pensados acontecimientos o quitan la vida en un instante o no duran mucho, fue pequeño espacio el en que estuvo Transila desmayada.

El dueño de aquel mesón o hospedaje dijo:

—Venid, señores, todos adonde, con más comodidad y menos frío del que aquí hace, os deis cuenta de vuestros sucesos.

Tomaron su consejo y fuéronse al mesón, y hallaron que era capaz de alojar una flota. Los dos encadenados se fueron por su pie, ayudándoles a llevar sus hierros los arcabuceros que, como en guarda, con ellos venían. Acudieron a sus naves algunos y, con tanta priesa como buena voluntad, trujeron dellas los regalos que tenían. Hízose lumbre, pusieron las mesas y, sin tratar entonces de otra cosa, satisficieron todos la hambre, más con muchos géneros de pescados que con carnes, porque no sirvió otra que la de muchos pájaros que se crían en aquellas partes, de tan estraña manera que, por ser rara y peregrina, me obliga a que aquí la cuente. Híncanse unos palos en la orilla de la mar y entre los escollos donde las aguas llegan, los cuales palos, de allí a poco tiempo, todo aquello que cubre el agua se convierte en dura

piedra y, lo que queda fuera del agua, se pudre y se corrompe, de cuya corrupción se engendra un pequeño pajarillo que, volando a la tierra, se hace grande y tan sabroso de comer que es uno de los mejores manjares que se usan. Y donde hay mas abundancia dellos es en las provincias de Hibernia^b y de Irlanda^c, el cual pájaro se llama *barnaclas*^{c,6}.

^b M1: *Ybernia* (así, en las sucesivas apariciones).

^c M17, M18, M21, M22, BA2, B10: *barnacias*

⁵ Acerca de la distinción entre *Hibernia* e *Irlanda* (para nosotros, sorprendente pero, como se ve, inequívoca en el texto), cfr. nota 7 de este capítulo.

⁶ Sobre el legendario origen del pájaro *barnacla(s)* (se trata de la *barnack* o *barnacle goose* de los angloparlantes), más conocida entre los hombres de ciencia como *Branta Leucopsis*, han tratado, más o menos de paso, F. Notter (B, 1839), C. Larsen (C, 1906), C. de Lollis (C, 1924), AA, yo mismo (B, 1968), W-C y Molho (B, 1994). Aquí me limito a remitir a Romero (C, 1990: 151-156), repitiendo que el pequeño problema queda todavía abierto a discusión, puesto que ninguno de los testimonios hasta el momento conocidos puede considerarse la fuente indiscutible del pasaje cervantino.

Casi todos los autores que tratan del tal pájaro se refieren a Hibernia, por supuesto que en cuanto sinonimo de Irlanda. Sin embargo, no falta quien afirma que el lugar privilegiado por estas ánades son las Órcadas, Escocia, Inglaterra y/o las Hébridas.

Tanto C. Larsen (C, 1906: 43-44) como K. N. Deržavin (C, 1958: 546 y 555-556) dan por seguro el conocimiento por parte del autor del *Persiles* de los viajes de descubrimiento de Willem Barents, relatados por uno de sus compañeros: Gerrit De Veer. En el curso de los cuales, éste tiene ocasión de «explicarse» y de explicar al mundo un aparente enigma de la naturaleza. (Cfr. la trad. italiana de los *Waerachtighe Beschryvinghe...* en Ramusio, *Navigazioni e viaggi* —ed. de 1606—, vol. III; en la de Marica Milanese, VI, 1139-1140).

La página de De Veer rebosa la satisfacción del viajero que, con la experiencia, ha hecho reducirse, al menos un milímetro, lo «fantástico de la ignorancia» (cfr. Edgar Papu, *Călătoriile Renaşterii şi noi structure literare*, Bucarest, Editura pentru Literatură Universală, 1967: 14, 68, 103 y ss.). Ahora bien, C. no habría desperdiciado la ocasión de demostrar hasta qué punto su información era más completa que la de tantos otros ingenios de la época acerca de una creencia no poco difundida. Si no lo hace es, con toda evidencia, porque ignora el libro del compañero de Barents y porque cree —o al menos parece creer— lo que dice. Muy indicativas son en tal sentido las palabras del Pinciano: «En lo que toca a la natural Historia es mal hecho escribir mala doctrina y falsa; y así no conviene que el poeta la altere, porque lo natural es perpetuo.» Por más que —pero no parece ser éste el caso de C.— «alguna vez se le permite, por deleitar, algún prodigio». (Cito de Tilbert D. Stegmann, C, 1971: 55, donde se hallarán también las

El deseo que tenían todos de saber los sucesos de los recién llegados les hacía parecer larga la comida; la cual acabada, el anciano Mauricio dio una gran palmada en la mesa, como dando señal de pedir que con atención le escuchasen. Enmudecieron todos, y el silencio les selló los labios y la curiosidad les abrió los oídos; viendo lo cual, Mauricio soltó la voz en tales razones:

—En una isla, de siete que están circunvecinas a la de Hibernia⁷, nació yo y tuvo principio mi linaje, tan antiguo, bien como aquel que es de los Mauricios⁸, que, en decir este apellido, le encarezco todo lo que puedo. Soy cristiano católico, y no de aquellos que andan mendigando la fee verdade-

palabras que Amyot escribió en el prólogo a su trad. francesa de la *Historia etiópica* de Heliodoro, reproducidas por el anónimo traductor español [Anvers, Martín Nucio, 1534]: «... no es lícito a los poetas, cuando hablan de las cosas de la natura, escribir de otra suerte que la verdad, porque esto les sería imputado no a licencia o a artificio, sino a ignorancia».)

⁷ En el pasaje precedente, de *Irlanda e Hibernia* habla el narrador; ahora, un personaje —como enseguida se verá— muy «autorizado» cita la segunda isla como implícitamente distinta de la primera. Ni será la última vez que ello ocurra en *el Persiles*. ¿Por descuido o —peor— por ignorancia? Conviene decir sin más que C. se encuentra en la buena compañía de numerosos autores, antiguos y también modernos, ya del siglo xvi. Cfr. Romero (C, 1990: 156-157), donde se indica que *Hibernia* fue identificada con Escocia (por san Isidoro de Sevilla y Polidoro Vergilio) o con islas más septentrionales, en realidad de difícil identificación (Martín Fernández de Enciso, Olao Magno, G. Fernández de Oviedo, A. de Torquemada y A. de Ercilla). No conozco, en cambio, testimonios de *segura* diferencia entre las dos islas en los autores del siglo xvii. Puede interesar, de todos modos, cierto pasaje de Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo* (Parte I, 13).

Para Novo y Fernández Chicharro, el único que toma partido en esta cuestión (C, 1928: 73), la isla de Mauricio es «una de las Horcadas o de las Hébridas, próximas a Irlanda o Hibernia». Pero... acabamos de ver que, para C., Irlanda *no* es Hibernia.

⁸ Para S-B (xxxvi), el nombre de *Mauricio* podría haber sido sugerido a C. por James Fitzmaurice, «que fomentó una rebelión en Irlanda, y vino a España en 1577 a ofrecer a don Juan de Austria la corona de aquel reino, ofrecimiento que no prosperó por causa de Felipe II». SA-RA escriben: «entiéndase Fitzmaurice» ¿Por qué? ¿Es que C. no había oído nunca el nombre de Mauricio, antes de ponerse a escribir *el Persiles*? Si además se tiene presente el papel que en la novela representa este personaje y, sobre todo, que en ella —como se acaba de ver— *Hibernia* no es igual a *Irlanda*, las dudas aumentarán sensiblemente.

ra entre opiniones⁹. Mis padres me criaron en los estudios, así de las armas como de las letras (si se puede decir que las armas se estudian); he sido aficionado a la ciencia de la astrología judiciaria¹⁰, en la cual he alcanzado famoso nombre. Caséme, en teniendo edad para tomar estado, con una hermosa y principal mujer de mi ciudad, de la cual tuve esta hija que está aquí presente. Seguí las costumbres de mi patria, a lo menos en cuanto a las que parecían ser niveladas con la razón, y, en las que no, con apariencias fingidas mostraba seguirlas, que tal vez la disimulación es provechosa¹¹. Creció esta muchacha a mi sombra, porque le faltó la de su madre a dos años después de nacida, y a mí me faltó el arrimo de mi vejez y me sobró el cuidado de criar la hija. Y por salir dél (que es carga difícil de llevar de cansados y ancianos hombros), en llegando a casi edad de darle esposo en que le diese arrimo y compañía, lo puse en efeto y el que le escogí fue este gallardo mancebo que tengo a mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi

⁹ La animosidad antiprotestante del personaje (*protestante* es término literalmente *vitando* —y tal vez de veras *vedado*...no sólo por el autor— en el *Persiles*) es en esta ocasión evidente. Y digna de ser puesta de relieve, porque no resulta característica de C. El cual insiste (ya lo hemos visto en el *credo* de Ricla — I, 6 (167)— y volveremos a verlo en otras ocasiones, a lo largo de la novela) en lo específico católico, en el papismo, etc., pero sin encarnizarse con los que no consideran todo ello esencial para llamarse, legítimamente, *cristianos*.

¹⁰ Para *astrología judiciaria*, cfr. nota núm. 2 del capítulo siguiente.

¹¹ Con el fin de ilustrar no tanto la pretendida *hipocresía* cervantina (en este sentido, cfr. A. Castro, C, 1925: 240-241, y, por lo que se refiere a los «alardes de ortodoxia», 236 y ss.), sino más bien el difundido culto del prudente —y a su modo, «virtuoso»— *disimulo*, Alessandro Martinengo, en «C. contro il Rinascimento» (en *Studi Mediolatini e Volgari*, IV [1966]: 207-208), recuerda el tratado *Della dissimulazione onesta*, de Tommaso Accetto, posterior, sin duda, a C. (1641), pero «prodotto caratteristico di una certa mentalità secentesca, timorosa del pieno fulgore del vero e profondamente aliena dall'ottimismo e dall'orgoglio rinascimentali». En términos generales, no parece que se puedan abrigar reservas al respecto. Convendrá tener presente, de todos modos, el elogio del *disimulo* hecho por aquel Ariosto siempre caro a C. (*Orlando furioso*, IV, oct. 1). Y el que el propio C. propone, en términos muy ariostescos, en *VaP* (VIII, terc. 138): «No dudes, ioh lector caro!, no dudes, / sino que suele el *Disimulo* a veces / servir de aumento a las demás virtudes.»

hija, por parecerme acertado y aun conveniente que los padres casen a sus hijas con su beneplácito y gusto, pues no les dan compañía por un día, sino por todos aquellos que les durare la vida. Y de no hacer esto ansí, se han seguido, siguen y seguirán millares de inconvenientes, que los más suelen parar en desastrados sucesos.

»Es, pues, de saber que en mi patria hay una costumbre, entre muchas malas la peor de todas, y es que, concertado el matrimonio y llegado el día de la boda, en una casa principal, para esto diputada, se juntan los novios y sus hermanos, si los tienen, con todos los parientes más cercanos de entrambas partes, y con ellos el regimiento de la ciudad: los unos para testigos y los otros para verdugos, que así los puedo y debo llamar. Está la desposada en un rico apartamiento, esperando lo que no sé cómo pueda decirlo sin que la vergüenza no me turbe la lengua; está esperando, digo, a que entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus parientes más cercanos, de uno en uno, a coger las flores de su jardín y a manosear los ramilletes que ella quisiera guardar intactos para su marido¹²: costumbre bárbara y maldita, que va contra todas las leyes de la honestidad y del buen decoro, porque ¿qué dote puede llevar más rico una doncella que serlo, ni qué limpieza puede ni debe agradar más al esposo que la que la mujer lleva a su poder en su entereza? La honestidad^d siempre anda acompañada con la vergüenza, y la vergüenza con la honestidad, y, si la una o la otra comienzan a desmoronarse y a perderse, todo el edificio de la hermosura dará en tierra y será tenido en precio bajo y asqueroso¹³. Muchas veces había yo intentado

^d L: *y algunos de sus parientes mas cercanos, de uno en uno a hacer algunas experiencias della: costumbre bárbara y maldita, que va contra todas las leyes de la honestidad y del buen decoro, porque la honestidad*

¹² Era corriente llamar *flores* o *flor* a la virginidad (cfr. *DA*). Acerca de la virginidad como 'rosa o flor no tocada', recuérdese el «*Ut flos in septis*» de *Catulo*.

¹³ Para S-B (xxvii) no hay duda de que C. depende también en este caso de Garcilaso de la Vega «el Inca». El gran argumento consiste en la «semejanza de expresión de ambos autores. Dos veces dice C. que los

de persuadir a mi pueblo dejase esta prodigiosa^e,¹⁴ costumbre, pero, apenas lo intentaba, cuando se me daba en la boca con mil amenazas de muerte, donde vine a verificar aquel antiguo adagio que vulgarmente se dice: que la costumbre es otra

^e M5, M6, B2, B3, B4, B5, M13, M15: *perniciosa*

parientes más cercanos principian el torpe trato de la desposada. Garcilaso escribe (XIV): 'En estas provincias corrompían la virgen que se avía de casar los parientes más cercanos al novio y sus mayores amigos, y con esta condición concertavan en matrimonio, y así la recibía después el marido.' El lenguaje de Pedro Cieza de León (*La crónica del Perú nuevamente escrita*, Anvers, 1554), que trata del mismo asunto, es bastante diferente (cap. XLIX, fol. 99). Además, no es de suponer que C. llegase nunca a ver el rarísimo libro de Cieza de León. Sobre costumbres análogas de los habitantes de las islas Baleares, a quienes alude Diodoro Sículo, habla largamente Francisco Thámara en *El libro de las costumbres de todas las gentes del mundo*, Anvers, 1556, cap. VIII, fol. 40».

Pero, a propósito del libro de Cieza de León, cabe decir, ante todo, que no era tan extraordinariamente raro (el original español fue publicado otras dos veces: en el mismo año y en la misma ciudad flamenca, aunque por distintos tipógrafos; ni se deben olvidar las trads. italianas de la obra, publicadas en Roma, 1555, y Venecia, 1556, 1560 (dos), 1564 y 1596) y, enseguida, que en él pudo encontrar C. una fórmula *muy parecida* a la usada por «el Inca» (el cual, en el pasaje que nos interesa, citado de manera incompleta por S-B, lo recuerda explícitamente). Dice el autor de la *Crónica* (II): «Casábanse como lo hacían sus comarcanos y aun oí afirmar que algunos, o los más, antes que se casasen, a la que había de tener marido la corrompían, usando con ella de sus lujurias. [...] Ya de la una costumbre o de la otra, mejor era la que usan algunos destas tierras, y es que *los más parientes y amigos* toman dueña a la que está virgen, y con esta condición las casan y los maridos la reciben.»

Lo mismo se puede decir de la empleada por Támara, cuando, al traducir a Bohemo, refiere una extraña usanza de las islas Baleares: «Maravillosa cosa es la costumbre que guardaban en sus bodas: hacían ciertos convites con *sus parientes y amigos*, y todos los mayores, según la edad, conocían primero a la desposada, y el último que llegaba a ella era el desposado» (*De las costumbres....* en el ejemplar, sin portada, de la Biblioteca Nacional de Madrid —signatura R/13.359— VIII, fols. 30 v-31 r).

Para AA (y, siguiéndole, también para Wilson [C,1991: 23, 179 y184] y Molho [B, 1994: 144, nota 3]), ésta es la más probable de las fuentes del pasaje persiliano. Podría ser, aunque, con mayor prudencia, yo añadiría que lo es «entre las por nosotros conocidas hasta el momento».

¹⁴ La enmienda propuesta por M5 y seguidoras es enteramente gratuita. En *perniciosas* hay un juicio moral «inmediato» ausente en el *prodigiosas* de M1. No porque Mauricio no esté contra tal costumbre (acaba de decirlo), sino porque lo que él quiere poner ahora de relieve es lo «increíble», lo «asombroso» de la misma.

naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte¹⁵. Finalmente, mi hija se encerró en el retraimiento dicho y estuvo esperando su perdición; y, cuando quería ya entrar un hermano de su esposo a dar principio al torpe trato, veis aquí donde veo^f salir, con una lanza terciada en las manos, a la gran sala donde toda la gente estaba, a Transila¹⁶, hermosa como el sol, brava como una leona y airada como una tigre.

Aquí llegaba de su historia el anciano Mauricio, escuchándole todos con la atención posible, cuando, revistiéndosele a Transila el mismo espíritu que tuvo al tiempo que se vio en el mismo acto y ocasión que su padre contaba, levantándose en pie, con lengua a quien suele turbar la cólera, con el rostro hecho brasa y los ojos fuego, en efeto, con ademán que la pudiera hacer menos hermosa (si es que los accidentes tienen fuerzas de menoscabar las grandes hermosuras)¹⁷, quitándole a su padre las palabras de la boca, dijo las del siguiente capítulo.

CAPÍTULO TRECE

Donde Transila prosigue la historia a quien su padre dio principio^a

—Salí —dijo Transila—, como mi padre ha dicho, a la gran sala y, mirando a todas partes, en alta y colérica voz dije: «Haceos adelante vosotros, aquellos cuyas deshonestas

^f L: *Finalmente mi hija se encerró en el retraimiento dicho y estuvo esperando su perdición, y quando quería ya entrar un hermano de su esposo, a dar principio al torpe trato, veis aquí, donde veo*

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad; consecuentemente, en esta ocasión elimina el resumen de M1.

¹⁵ Sentencia repetidamente documentada en las literaturas clásicas y, luego, en las modernas europeas. Recuérdese el conocidísimo adagio latino «Usus, altera natura»; y después —por no dar más que ejemplos españoles— Torquemada, *Jardín...* (237) y Mateo Alemán, *Guzmán* (II Parte, III, 7).

¹⁶ Combet (C, 1981: 76) no deja de parangonar a Transila con una ninfa viril y —obviamente— de llamar la atención sobre la lanza-falo.

¹⁷ C. gusta de este topos. Cfr III, 11 (558) y IV, 14 (726).

y bárbaras costumbres van contra las que guarda cualquier bien ordenada república. Vosotros, digo, más lascivos que religiosos^b, que, con apariencia y sombra de ceremonias vanas, queréis cultivar los ajenos campos sin licencia de sus legítimos dueños. Veisme aquí, gente mal perdida y peor aconsejada; venid, venid, que la razón, puesta en la punta desta lanza, defenderá mi partido y quitará las fuerzas a vuestros malos pensamientos^c, tan enemigos de la honestidad y de la limpieza.» Y, en diciendo esto, salté en mitad de la turba y, rompiendo por ella, salí a la calle, acompañada de mi mismo enojo, y llegué a la marina, donde, cifrando mil discursos que en aquel tiempo hice en uno, me arrojé en un pequeño barco que, sin duda, me deparó el cielo. Asiendo de dos pequeños remos, me alargué de la tierra todo lo que pude, pero, viendo que se daban prisa a seguirme en otros muchos barcos, más bien parados y de mayores fuerzas impelidos, y que no era posible escaparme, solté los remos y volví a tomar mi lanza, con intención de esperarles y dejar llevarme a su poder, si no perdiendo la vida, vengando primero en quien pudiese mi agravio. Vuelvo a decir otra vez que el cielo, conmovido de mi desgracia, avivó el viento y llevó el barco, sin impelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegó a una corriente o raudal, que le arrebató como en peso y le llevó más adentro, quitando la esperanza a los que tras mí venían de alcanzarme, que no se aventuraron a entrarse en la desenfrenada corriente que por aquella parte el mar llevaba.

—Así es verdad —dijo a esta sazón su esposo Ladislao—, porque, como me llevabas el alma, no pude dejar de seguirte. Sobrevino la noche y perdímoste de vista, y aun perdimos la esperanza de hallarte viva, si no fuese en las lenguas de la fama, que desde aquel punto tomó a su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos.

—Es, pues, el caso —prosiguió Transila— que, aquella noche, un viento que de la mar soplabá me trujo a la tierra y, en la marina, hallé unos pescadores que benignamente

^b L: *curiosos*

^c L: *y quitará las fuerzas a vuestros malos costumbres*

me recogieron y albergaron, y aun me ofrecieron marido, si no le tenía, y creo sin aquellas condiciones de quien yo iba huyendo. Pero la codicia humana, que reina y tiene su señorío aun entre las peñas y riscos del mar y en los corazones duros y campestres, se entró aquella noche en los pechos de aquellos rústicos pescadores, y acordaron entre sí que, pues de todos era la presa que en mí tenían y que no podía ser dividida en partes para poder repartirme, que me vendiesen a unos cosarios que aquella tarde habían descubierto no lejos de sus pesquerías. Bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pudieran pedir a los cosarios, pero no quise tomar ocasión de recibir bien alguno de ninguno de mi bárbara patria y, así, al amanecer, habiendo llegado allí los piratas, me vendieron no sé por cuánto, habiéndome primero despojado de las joyas que llevaba de desposada. Lo que sé decir es que me trataron los cosarios con mejor término que mis ciudadanos, y me dijeron que no fuese malencónica, porque no me llevaban para ser esclava, sino para esperar ser reina y aun señora de todo el universo, si ya no mentían ciertas profecías de los bárbaros de aquella isla de quien tanto se hablaba por el mundo. De cómo llegué, del recibimiento que los bárbaros me hicieron, de cómo aprendí su lengua en este tiempo que ha que falté de vuestra presencia, de sus ritos y ceremonias y costumbres, del vano asunto de sus profecías y del hallazgo destes señores con quien vengo y del incendio de la isla, que ya queda abrasada, y de nuestra libertad diré otra vez, que, por ahora, basta lo dicho y quiero dar lugar a que mi padre me diga qué ventura le ha traído a dármele tan buena cuando menos la esperaba¹.

Aquí dio fin Transila a su plática, teniendo a todos colgados de la suavidad de su lengua y admirados del extremo de su hermosura, que, después de la de Auristela, ninguna se le igualaba. Mauricio, su padre, entonces dijo:

¹ Para R. El Saffar (C, 1984: 138), Transila es como un ejemplo —llevado al límite— para Auristela, siempre empeñada en la defensa a ultranza de su honor (o *entereza*).

—Ya sabes, hermosa Transila, querida hija, cómo mis estudios^d y ejercicios, entre otros muchos gustosos y loables, me llevaron tras sí los de la astrología judiciaria, como aquellos que, cuando aciertan, cumplen el natural deseo que todos los hombres tienen, no sólo [de saber] todo lo^e pasado y presente, sino lo por venir². Viéndote, pues, perdida, noté el punto, observé los astros, miré el aspecto de los planetas, señalé los sitios y casas necesarias para que respondiese mi trabajo a mi deseo, porque ninguna ciencia, en cuanto a ciencia, engaña: el engaño está en quien no la sabe, principalmente la del astrología, por la velocidad de los cielos, que se lleva tras sí todas las estrellas, las cuales no influyen en este lugar lo que en aquél, ni en aquél lo que en éste; y, así, el astrólogo judiciario, si acierta alguna vez en sus juicios, es por arrimarse a lo más probable y a lo más esperi-

^d M1: *como mis estudios*

A partir de M7, todas las eds. (con las excepciones de M16 y AH) leen *en mis estudios*

^e M1 [...]: *tienen, no todo lo*

M5: *tienen, no sólo de saber todo lo*

Adopto la enmienda registrada en M7, M8, NY, M10, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M19, *PECP*, AH.

² La enmienda adoptada comporta una intervención más leve en el texto de M1 y no resulta menos esclarecedora que la precedente.

La *astrología judiciaria* equivalía a lo que nosotros llamamos hoy, sin más, *astrología*, al paso que este último término, sin el adjetivo, solía designar lo que hoy llamamos *astronomía*. El *astrólogo* (= 'astrónomo') era con mucha frecuencia también *judiciario* (= nuestro 'astrólogo'). La coincidencia de intereses, y aun de profesiones, podía hallarse no sólo en oscuras personalidades, hoy enteramente olvidadas, sino también en individuos que han dado una contribución decisiva al desarrollo de la «primera de las artes liberales». El más ilustre nombre que me viene a la memoria es el de Johann Kepler, autor de obras como el *Prodromus dissertationum cosmographicarum* (1596), la *Astronomia nova* (1609) y, sobre todo, el *De harmonia mundi* (1619), pero también del *De fundamentis astrologiae certioribus* (1602) y de los horóscopos del emperador Rodolfo II, de Wallenstein y de no pocos magnates de la corte imperial, en Praga.

Acerca de la difusión de la *astrología judiciaria* en España, de sus defensores y detractores, cfr. Otis H. Green, *Spain and the Western Tradition*, Madison, University of Wisconsin Press, 1968, 2.^a ed.: II, 227-252.

mentado³, y el mejor astrólogo del mundo, puesto que muchas veces se engaña, es el demonio, porque no solamente juzga de lo por venir por la ciencia que sabe, sino también por las premisas y conjeturas. Y, como ha tanto tiempo que tiene experiencia de los casos pasados y tanta noticia de los presentes^f, con facilidad se arroja a juzgar de los por venir, lo que no tenemos los aprendices desta ciencia, pues hemos de juzgar siempre a tiento y con poca seguridad⁴. Con todo

^f L: *...el demonio, por la ciencia que sabe, y también por las premisas*

³ Magos y adivinos constituyen un motivo casi constante del género épico, al que el *Persiles* es en más de un sentido referible. De cualquier modo, la astrología no parece que se agote *aquí* en los términos del simple homenaje a la tradición «literaria». Hay en esta declaración de Mauricio una salvedad, un distingo de grandísima importancia, que no es posible soslayar: la astrología, como ciencia, es segura, exacta; lo que ocurre es que quienes la practican suelen equivocarse, por imperfecta interpretación de los datos, en parte justificada por la objetiva dificultad de «poseerlos». En este sentido, cfr. *Quijote* (I, 12; II, 25) y *LEn* (acto I).

Acerca de la conciliación entre el uso de las indicaciones astrológicas y el libre albedrío, cfr., p. ej., Juan de Pineda, *Agricultura...* (diál. XXII, secc. 10), expresivo testimonio de la «sana doctrina» de la época.

⁴ Acerca de la «experiencia del demonio», AA recuerda cierta frase de Torquemada, *Jardín...* (225: por la ed. de A. G. de Amezúa, Madrid, 1943), muy próxima, en efecto, a lo que acaba de exponer Mauricio. Conviene decir, de todos modos, que se trataba de algo consabido, documentado en tantos libros de la época (por no hablar del refrán castellano que reza *más sabe el diablo por viejo que por diablo*). En el *Examen de ingenios*, de Huarte de San Juan, hay una alusión, si bien marginal, no poco indicativa a la objeción que el doctor atribuye a ciertas personas demasiado dispuestas a creer en «posiciones» diabólicas, en lugar de rendirse a la evidencia de la «enfermedad» psíquica (c. IV: VII de 1594). Pero no hay por qué buscar en otros autores lo que el mismo C. se ha encargado de dejar bien claro. En el *CdP*, Berganza refiere las palabras de la Camacha, la bruja de Montilla: «A este nuestro señor no hay que preguntarle nada, porque con una verdad mezcla mil mentiras, y, a lo que yo he colegido, él no sabe nada de lo porvenir ciertamente, sino por conjeturas.» En *Quijote*, II, 25, es el protagonista quien nos «pasa» la doctrina de C. (o, mejor, la general de la época) sobre el particular. El hidalgo sospecha, en efecto, que exista un pacto entre maese Pedro y el demonio: «Y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino a las cosas pasadas y presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender a más, que las por venir no las sabe, si no es por conjeturas, y no todas veces, que a solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para Él no hay pasado ni porvenir, que todo es presente. Y siendo esto así, como lo es, está claro que el

eso, alcancé que tu perdición había de durar dos años y que te había de cobrar este día y en esta parte, para remozar mis canas y para dar gracias a los cielos del hallazgo de mi tesoro, alegrando mi espíritu con tu presencia, puesto que sé que ha de ser a costa de algunos sobresaltos: que, por la mayor parte, las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de desdichas, las cuales tienen jurisdicción y un modo de licencia de entrarse por los buenos sucesos, para darnos a entender que ni el bien es eterno ni el mal durable⁵.

—Los cielos serán servidos —dijo a esta sazón Auristela, que había gran tiempo que callaba— de darnos próspero viaje, pues nos le promete tan buen hallazgo.

La mujer prisionera, que había estado escuchando con grande atención el razonamiento de Transila, se puso en pie, a pesar de sus cadenas y al de la fuerza que le hacía para que no se levantase el que con ella venía preso, y, con voz levantada, dijo:

CAPÍTULO CATORCE DEL PRIMER LIBRO^a

*Donde se declara quién eran los que tan
aherrojados venían*

—Si es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos¹, concédaseme a mí por esta vez, donde la brevedad de mis razones templará el fastidio queuviéredes de escuchallas. Haste quejado —dijo, volviéndose a Transi-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio y, examinándole, sacádole de cuajo a luz en virtud de quién adivina.»

⁵ Recuérdese *Quijote* (I, 18): «No es posible que el bien y el mal sean durables.»

¹ Topos documentado, p. ej., en *LG* (I, 188): «Esto te digo, porque sé que no hay cosa más excusada y aun perdida que el contar el miserable sus desdichas a quien tiene el pecho colmo de contentos.»

la—, señora doncella, de la bárbara costumbre de los de tu ciudad, como si lo fuera aliviar el trabajo a los menesterosos y quitar la carga a los flacos. Sí, que no es error, por bueno que sea un caballo, pasearle la carrera primero que se ponga en él², ni va contra la honestidad el uso y costumbre si en él no se pierde la honra y se tiene por acertado lo que no lo parece; sí, que mejor gobernará el timón de una nave el que hubiere sido marinero que no el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto. La experiencia en todas las cosas es la mejor maestra de las artes y, así, mejor te fuera entrar experimentada en la compañía de tu esposo que rústica e inculta³.

Apenas oyó esta razón última el hombre que consigo venía atado, cuando dijo, poniéndole el puño cerrado junto al rostro, amenazándola:

—¡Oh Rosamunda o, por mejor decir, Rosa inmunda, porque munda, ni lo fuiste, ni lo eres, ni lo serás en tu vida, si⁴ vivieses más años que los mismos tiempos! Y, así, no me maravillo de que te parezca mal la honestidad ni el buen recato a que están obligadas las honradas doncellas. Sabed, señores —mirando a todos los circunstantes, prosiguió—, que esta mujer que aquí veis, atada como loca y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido concubina y amiga del rey de Inglaterra, de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias y longísimas^{b,5} memo-

^b P1, L y, a partir de M7, todas las eds. enmiendan *longuíssimas*, con las únicas excepciones de M16, B11, *PECP*, AH.

² La mujer hasta ahora innominada juega con el vocablo con notable desenvoltura. En efecto, a ningún lector de la época podía escapársele el «otro sentido» de *pasear la carrera* (o *correr una carrera*). Cfr., p. ej., Pierre Alzieu, Robert Jammes e Yvan Lissorgues, *Poesía erótica del siglo de oro*, Barcelona, Crítica, 1983, núm. 36.

³ Cfr. I, 8 (180 y nota 13). Ahora, por boca de la mujer encadenada, habla otra experiencia. «Culpable» tan sólo en relación con *una* moral, pero con la ventaja de haber revelado a quien la posee la otra cara de la realidad: la descrita por Mauricio y Transila. El relativismo de C., su capacidad de desdoblarse, llega aquí a un límite a su manera «ejemplar».

⁴ *si* = 'aunque'.

⁵ Hay que volver a la lección de M1, que no tiene sombra de incorrección: *longíssimo* es un cultismo por los cuatro costados. Cfr. *PECP* (106).

rias entre todas las gentes del mundo. Ésta mandó al rey y, por añadidura, a todo el reino; puso leyes, quitó leyes; levantó caídos viciosos y derribó levantados virtuosos; cumplió sus gustos, tan torpe como públicamente, en menosca-bo de la autoridad del rey y en muestra de sus torpes apetitos, que fueron tantas las muestras, y tan torpes y tantos sus atrevimientos, que, rompiendo los lazos de diamantes y las redes de bronce con que tenía ligado el corazón del rey, le movieron a apartarla de sí y a menospreciarla en el mismo grado que la había tenido en precio⁶. Cuando ésta estaba en

⁶ S-B (pero antes se había pronunciado claramente Notter) precisan que esta Rosamunda no puede ser otra que Rosemonde Clifford, «la célebre dama de Enrique II de Inglaterra, envenenada (según cierta leyenda, que nació mucho después) por la reina Leonora en Wodstock, hacia el año 1177 [...]. El juego de palabras *rosamunda*, *rosa inmund* recuerda el epitafio que, según la tradición, conservada por varios autores, se puso en el convento de Godstock: 'Hic iacet in tumulo Rosa mundi non Rosa munda, / non redolet, sed olet, quae redolere solet'».

(Pero se debe decir enseguida que tal etimología es enteramente fantástica. En realidad, estamos ante un nombre —*Rodamunda*— de origen germánico, compuesto de *ahd hrvom*, 'fama, honor', y *mund*, 'defensa, salvaguardia'. Atraído por *Rosalind*, acabó convirtiéndose en *Rosamunda*. Pero no se descarta la posibilidad de que la primera parte del nombre sea, en cambio, *hros*, 'caballo poderoso'.)

Acerca del anacronismo —lampante— y el tratamiento que C. da a una historia en realidad no poco diferente, cfr., p. ej., Elisabeth Frenzel, *Stoffe der Weltliteratur. Ein Lexicon der Dichtungsgeschichte* (Stuttgart, Alfred Kröner Verlag, 1988: 661-664) y K. Lukas (C, 1990). Según la historia, Enrique II encarceló en 1173 a su esposa, Leonor de Aquitania, por considerarla implicada en la conjuración urdida por sus hijos contra él. Rosamunda muere poco después, en 1176. Hasta el siglo XVI no se dramatiza esta historia de amor, bansándose en otra tradición, según la cual la reina manda asesinar a la amante del rey, quien, más tarde, encierra a Leonor en una prisión.

Del todo innecesaria me parece la relación propuesta por Palomo Roberto (C, 1938: 64) entre la *Rosamunda* persiliana y el *Rasimundo* presente en *Floreo* y *Clarisea*.

Al referirse al rey de Inglaterra y su amante, el narrador deja de lado, porque así le conviene, la realidad histórica. Desde mediados de 1553 al 17 de noviembre de 1558 (téngase en cuenta que en este último se desarrollan los hechos en el presente de la novela o poema en prosa), en dicho país gobierna una mujer: María I, hija de Enrique VIII, a la que más tarde sucedería su hermana Isabel I. No sólo: el 25 de julio de 1554 María se había casado con su primo, Felipe, Príncipe de España. El cual, en 1558, seguía siendo, pues, *el rey* —siquiera consorte— *de Inglaterra*. (Después de

la cumbre de su rueda y tenía asida por la guedeja a la fortuna, vivía yo despechado y con deseos de mostrar al mundo cuán mal estaban empleados los de mi rey y señor natural. Tengo un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre; deléitanme las maliciosas agudezas y, por decir una, perderé yo, no sólo un amigo, pero cien mil vidas. No me ataban la lengua prisiones, ni enmudecían destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos. Finalmente, a entrambos a dos llegó el día de nuestra última paga: a ésta mandó el rey que nadie, en toda la ciudad ni en todos sus reinos y señoríos, le diese, ni dado ni por dineros, otro algún sustento que pan y agua, y que a mí, junto con ella, nos trajesen a una de las muchas islas que por aquí hay, que fuese despoblada, y aquí nos dejasen: pena que para mí ha sido más mala que quitarme la vida, porque la que con ella paso es peor que la muerte.

—Mira, Clodio —dijo a esta sazón Rosamunda—, cuán mal me hallo yo en tu compañía, que mil veces me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar y, si lo he dejado de hacer, es por no llevarte conmigo, que, si en el infierno pudiera estar sin ti, se me aliviaran las penas. Yo confieso que mis torpezas han sido muchas, pero han caído sobre sujeto flaco y poco discreto; mas las tuyas han cargado sobre varoniles hombros y sobre discreción experimentada, sin sacar de ellas otra ganancia que una delectación más ligera que la menuda paja que en volubles remolinos revuelve el viento. Tú has lastimado mil ajenas honras, has aniquilado ilustres créditos, has descubierto secretos escondidos y contaminado linajes claros; haste atrevido a tu rey, a tus ciudadanos, a tus amigos y a tus mismos parientes y, en son de decir gracias, te has desgraciado con todo el mundo. Bien quisiera yo que quisiera el rey que, en pena de mis delitos, acabara con otro género de muerte la vida en

las sucesivas abdicaciones de Carlos V en Bruselas —finales de 1555 y principios de 1556—, Felipe II siguió residiendo en Flandes, en buena parte debido a la guerra contra Francia y el papado, en la que, por cierto, pudo contar con la ayuda militar inglesa. A España no volvería hasta octubre de 1559.)

mi tierra, y no con el de las heridas que a cada paso me da tu lengua, de la cual tal vez no están seguros los cielos ni los santos⁷.

—Con todo eso —dijo Clodio—, jamás me ha acusado la conciencia de haber dicho alguna mentira.

—A tener tú conciencia —dijo Rosamunda— de las verdades que has dicho, tenías hartos de que acusarte: que no todas las verdades han de salir en público ni a los ojos de todos.

—Sí —dijo a esta sazón Mauricio—, sí que tiene razón Rosamunda, que las verdades de las culpas cometidas en secreto nadie ha de ser osado de sacarlas en público, especialmente las de los reyes y príncipes que nos gobiernan; sí, que no toca a un hombre particular reprehender a su rey y señor, ni sembrar en los oídos de sus vasallos las faltas de su príncipe, porque esto no será causa de enmendarle, sino de que los suyos no le estimen. Y, si la corrección ha de ser fraterna entre todos, ¿por qué no ha de gozar deste privilegio el príncipe? ¿Por qué le han de decir públicamente y en el rostro sus defectos? Que tal vez la reprehensión pública y mal considerada suele endurecer la condición del que la recibe y volverle antes pertinaz que blando; y como es forzoso que la reprehensión caiga sobre culpas verdaderas o imaginadas, nadie quiere que le reprehendan en público y, así, dignamente los satíricos, los maldicientes, los malintencio-

⁷ Como Rosamunda, Clodio es, ante todo, un símbolo. No han faltado, sin embargo, tentativas de encontrarle, también a él, un modelo histórico. Así, Azorín (C, 1915: 126-127) y, más tarde, Anton Rothbauer (B, 1963) piensan en Pietro Aretino. Blanca de los Ríos, por su parte («con más imaginación que buenas razones», como atinadamente escribe AA) no pudo dejar de referirse a su adorado Tirso de Molina (cfr. la ed. de las *OD* del «fraile de la Merced», I: 1035).

Puestos a conjeturar, me atrevería a llamar la atención sobre un «malvaldo Clodio», de que hablan las historias romanas y, aludiendo a ellas, escritores españoles de los siglos XVI y XVII. Fray Antonio de Guevara, en sus *Epístolas familiares* (I, 470) escribe: «Fue pues el caso que el malvaldo Clodio [...] de manera que el traidor Clodio [...] el infame Clodio...» Pero Mejía (*Silva*, Parte I, 21) recuerda que hubo un Clodio enemigo de Cicerón, quien lo hizo desterrar de Roma. Diego de Ágreda, en fin, en sus *Lugares comunes de letras humanas* (Madrid, Vda. de Alonso Martín, 1616: 74), precisa que se trata de «un caballero romano, malo y adúltero, desterrado por Cicerón.»

nados son desterrados y echados de sus casas, sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre bellacos y bellacos sobre agudos; y es como lo que suele decirse: la traición contenta, pero el traidor enfada. Y hay más: que las honras que se quitan por escrito, como vuelan y pasan de gente en gente, no se pueden reducir a restitución, sin la cual no se perdonan los pecados.

—Todo lo sé —respondió Clodio—, pero, si quieren que no hable o escriba, córtense la lengua y las manos, y aun entonces pondré la boca en las entrañas de la tierra, y daré voces como pudiere, y tendré esperanza que de allí salgan las cañas del rey Midas⁸.

—Ahora bien —dijo a esta sazón Ladislao—, háganse estas paces; casemos a Rosamunda con Clodio: quizá con la bendición del sacramento del matrimonio y con la discreción de entrambos, mudando de estado, mudarán de vida.

—Aún bien —dijo Rosamunda— que⁹ tengo aquí un cuchillo con que podré hacer una o dos puertas en mi pecho por donde salga el alma, que ya tengo casi puesta en los dientes en sólo haber oído este tan desastrado y desatinado casamiento¹⁰.

—Yo no me mataré —dijo Clodio—, porque, aunque soy murmurador y maldiciente, el gusto que recibo de decir mal, cuando lo digo bien, es tal, que quiero vivir porque

⁸ En la *Historia etiópica* (II: 86), Calasiris se decide a contar a Gnemón «sus cosas»: «las cuales mucho ha que deseo descubrir a alguno, y descargarme de un preñado y pesadumbre grande que tengo con ellas. Y las contara, como dice la fábula, a estas cañas, si no me encontrara con vos.» El traductor Fernando de Mena ha añadido al margen: «La fábula es del rey Midas, cuyo barbero contó a las cañas que su rey tenía orejas de asno.» Persio, en la *Primera sátira*, y Ovidio, *Metamorfosis*, I, vv. 483-485.

⁹ *aun bien que* = 'menos mal que'. Es la fórmula tradicional castellana, perfectamente alineada con la portuguesa *ainda bem que* y la catalana *encara bé* (o *encara sortí*) *que*.

¹⁰ *tener el alma en los dientes* es fórmula tópica para expresar que el sujeto se encuentra a punto de 'exhalar el último suspiro'. Reaparecerá en el *Persiles* (IV, 13: 724). Creo que Molho (B, 1994: 55) da a estas frases un alcance exagerado, cuando las pone en relación con el materialismo de Pomponazzi. En parecida situación de ansiedad, recurren a la misma fórmula, p. ej., Suárez de Figueroa, en *El pasajero* (alivio VII) y Tirso de Molina, en *Desde Toledo a Madrid* (acto II).

quiero decir mal¹¹. Verdad es que pienso guardar la cara a los príncipes, porque ellos tienen largos brazos y alcanzan adonde quieren y a quien quieren¹², y ya la experiencia me ha mostrado que no es bien ofender a los poderosos y la caridad cristiana enseña que por el príncipe bueno se ha de rogar al cielo por su vida y por su salud y, por el malo, que le mejore y enmiende.

—Quien todo eso sabe —dijo el bárbaro Antonio— cerca está de enmendarse. No hay pecado tan grande ni vicio tan apoderado que, con el arrepentimiento, no se borre o quite del todo. La lengua maldiciente es como espada de dos filos, que corta hasta los huesos¹³, o como rayo del cielo, que, sin romper la vaina, rompe y desmenuza el acero que cubre¹⁴; y, aunque las conversaciones y entretenimientos se hacen sabrosos con la sal de la murmuración, todavía suelen tener los dejos las más veces amargos y desabridos.

¹¹ Se trata de un juego de palabras abundantemente documentado en la literatura, no sólo española, de la época. Lo usan, p. ej., el canónigo Tárrega, *El prado de Valencia* (acto I); Lope de Vega, *Lo fingido verdadero* (acto I) y Baltasar Gracián, *El criticón* (Parte III crisis 9: referido a Traiano Boccalini).

¹² Otro lugar común, con toda probabilidad derivado de un pasaje de las *Heroides* ovidianas (XVII, v. 166): «An nescis longas regibus esse manus?» Pero Mejía lo recoge en su *Silva de varia lección* (Parte II, 7).

¹³ Cfr. John T. Cull (C, 1992: 202).

¹⁴ Para S-B, «semejante consejo procede, probablemente, de Plinio el Mayor, el cual refiere que el rayo que llaman *claro* 'es de una naturaleza grandemente maravillosa: con éste quedan vacías de su licor las tinajas, sin tocar a las tapaderas, ni dejar en ellas otra señal. El oro, y el metal, y la plata se derrite en sus bolsas, sin que de alguna manera ellas reciban fuego» (*Historia natural*, II, 51: traducción de Gerónimo de Huerta, 1624). Dado lo tardío de esta versión, C. hubo de tomar la noticia del original latino o, mucho más probablemente, de una de las precedentes versiones italianas (Landino, Domenichi). Todavía más verosímil es que, para este detalle, dependa de otros textos. A la segunda hipótesis me inclina la constatación de que, cuando puede, nuestro autor no se priva de hacer un pequeño alarde de erudición (cfr. en el propio *Persiles*, I, 18 [240], precisamente en relación con Plinio). Por otra parte, si hubiera tenido presente, en la lengua que fuere, la *Historia natural*, es imaginable que no habría dejado de insistir en el *rayo claro*, y no otro cualquiera.

Añadiré, por mi cuenta, que Olao Magno, *Historia...* (I, 13) cita *otra fuente* (que muy bien podría ser la cervantina, a través de la obra del obispo de Upsala): las *Quaestiones naturales* de Séneca (II, 31).

Es tan ligera la lengua como el pensamiento y, si son malas las preñeces de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua¹⁵ y, como sean las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden revocar ni volver a la parte donde salieron hasta que han hecho su efeto¹⁶, pocas veces el arrepentirse de haberlas¹⁷ dicho menoscaba la culpa del que las dijo, aunque ya tengo dicho que un buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.

CAPÍTULO QUINCE DEL PRIMER LIBRO DESTA GRANDE HISTORIA^a

En esto estaban, cuando entró un marinero en el hospedaje, diciendo a voces:

—Un bajel grande viene con las velas tendidas encaminado a este puerto y hasta agora no he descubierto señal que me dé a entender de qué parte sea.

Apenas dijo esto, cuando llegó a sus oídos el son horrible de muchas piezas de artillería que el bajel disparó al entrar del puerto, toda limpias y sin bala alguna, señal de paz y no de guerra; de la misma manera le respondió el bajel de Mauricio y toda la arcabucería de los soldados que en él ve-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Llega Arnaldo a la isla donde están Periandro y Auristela*

¹⁵ A propósito de *preñeces de pensamientos y partos de la lengua*, cfr. el pasaje de la *Historia etiópica* cit. en la nota 8 de este capítulo.

¹⁶ Bajo el título «Levissima res oratio» se encontrarán, en los *Adagia* de Erasmo, Venecia, Aldo Manuzio, 1520 (chil. III, cent. I, 18) una sentencia de Homero, a propósito de las «palabras aladas», y otra de Horacio (*Epist.*, I, 18, v. 71): «Et semel emissum vocat irrevocabile verbum», a su vez tomada de Menandro, quien dice no ser posible que la piedra vuelva a la mano que la arrojara ni la palabra a la boca que la profiniera.

¹⁷ Escriben SA-RH: «Suele editarse *haberlas* (S-B, AA, etc.) pero en [MI] se lee *aveilas*, cuya *i* parece una *l* partida, pero nunca una *r*.»

nían. Al momento, todos lo que estaban en el hospedaje salieron a la marina y, en viendo Periandro el bajel recién llegado, conoció ser el de Arnaldo, príncipe de Dinamarca, de que no recibió contento alguno, antes se le revolvieron las entrañas y el corazón le comenzó a dar saltos en el pecho. Los mismos accidentes y sobresaltos recibió en el suyo Auristela, como aquella que por larga experiencia sabía la voluntad que Arnaldo le tenía y no podía acomodar su corazón a pensar cómo podría ser que las voluntades de Arnaldo y Periandro se aviniesen bien, sin que la rigurosa y desesperada flecha de los celos no les atravesase las almas¹. Ya estaba Arnaldo en el esquife de la nave y ya llegaba a la orilla, cuando se adelantó Periandro a recebille, pero Auristela no se movió del lugar donde primero puso el pie, y aun quisiera que allí se le hincaran en el suelo y se volvieran en torcidas raíces, como se volvieron los de la hija de Peneo cuando el ligero corredor Apolo la seguía². Arnaldo, que vio a Periandro, le conoció y, sin esperar que los suyos le sacasen en hombros a tierra, de un salto que dio desde la popa del esquife se puso en ella y en los brazos de Periandro, que con ellos abiertos le recibió, y Arnaldo le dijo:

—Si yo fuese tan venturoso, amigo Periandro, que contigo hallase a tu hermana Auristela, ni tendría mal que temer ni otro bien mayor que esperar.

—Conmigo está, valeroso señor —respondió Periandro—, que los cielos, atentos a favorecer tus virtuosos y honestos pensamientos, te la han guardado con la entereza que también ella por sus buenos deseos merece.

Ya en esto se había comunicado por la nueva gente y por

¹ Para *celos*, cfr. I, 2 (134-135).

² La hija de Peneo, dios fluvial, es Dafne. Para la historia de su transformación en laurel, cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, I, 452 y ss. Las frases cervantinas podrían derivar de este conocidísimo relato; de todos modos, pienso que la «fuente» más directa es el soneto XIII de Garcilaso, donde se encuentran frases idénticas a las que ahora se ilustran: «los blandos pies en tierra se hincaban / y en torcidas raíces se volvían...».

la que en la tierra estaba quién era el príncipe que en la nave venía y todavía estaba Auristela como estatua, sin voz, inmóvil, y, junto a ella, la hermosa Transila y las dos al parecer bárbaras, Ricla y Constanza. Llegó Arnaldo y, puesto de hinojos ante Auristela, le dijo:

—¡Seas bien hallada, norte por donde se guían mis honestos pensamientos y estrella fija que me lleva al puerto donde han de tener reposo mis buenos deseos!

A todo esto no respondió palabra Auristela, antes le vinieron las lágrimas a los ojos, que comenzaron a bañar sus rosadas mejillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse si de pesar o de alegría podía proceder semejante acontecimiento, mas Periandro, que todo lo notaba y en cualquier movimiento de Auristela tenía puestos los ojos, sacó a Arnaldo de duda, diciéndole:

—Señor, el silencio y las lágrimas de mi hermana nacen de admiración y de gusto: la admiración, del verte en parte tan no esperada y, las lágrimas, del gusto de haberte visto. Ella es agradecida, como lo deben ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones en que la has puesto de servirte, con las mercedes y limpio tratamiento que siempre le has hecho.

Fuéronse con esto al hospedaje. Volvieron a colmarse las mesas de manjares; llenáronse de regocijo los pechos, porque se llenaron las tazas de generosos vinos, que, cuando se trasiegan por la mar de un cabo a otro, se mejoran de manera que no hay néctar que se les iguale³. Esta segunda comida se hizo por respeto del príncipe Arnaldo. Contó Periandro al príncipe lo que le sucedió en la isla bárbara, con la libertad de Auristela, con todos los sucesos y puntos que hasta aquí se han contado, con que se suspendió Arnaldo y de nuevo se alegraron y admiraron todos los presentes.

³ S-B presentan un texto interesante, 1818, ilustrativo de las ventajas del viaje para los buenos vinos. Por su parte, Novo y Fernández Chicharro (C, 1928) recuerda que «no habrá muchos años que perduraba la costumbre de mandar a *viajar* una pipa de jerez, para mejorarla».

En esto, el patrón del hospedaje dijo:

—No sé si diga que me pesa de la bonanza que prometen en el mar las señales del cielo: el sol se pone claro y limpio, cerca ni lejos no se descubre celaje alguno, las olas hieren la tierra blanda y suavemente y las aves salen al mar a espaciarse; que todos estos son indicios de serenidad firme y duradera, cosa que ha de obligar a que me dejen solo tan honrados huéspedes como la fortuna a mi hospedaje ha traído.

—Así será —dijo Mauricio—, que, puesto que vuestra noble compañía se ha de tener por agradable y cara, el deseo de volver a nuestras patrias no consiente que mucho tiempo la gocemos. De mí sé decir que esta noche, a la primera guarda¹, me pienso hacer a la vela, si con mi parecer viene el de mi piloto y el de estos señores soldados que en el navío vienen.

A lo que añadió Arnaldo:

—Siempre la pérdida del tiempo no se puede cobrar, y la que se pierde en la navegación es irremediable².

En efeto, entre todos los que en el puerto estaban quedó de acuerdo que en aquella noche fuesen de partida la vuelta de Inglaterra, a quien todos iban encaminados³.

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Determinan todos salir de la isla, prosiguiendo su viaje*

¹ *la primera guarda* (o, modernamente, *guardia*)= 'el turno que va de ocho a once de la noche'.

² Cfr. la *Historia etiópica* (IV, 172): «Dejar perder la ocasión es siempre grave, pero sobre todo en la guerra.»

³ Tiene razón Osuna cuando (C, 1972: 70-71) nota que no todos los personajes iban encaminados a Inglaterra. No lo iban, por ejemplo, Rosamunda y Clodio, quienes, por el contrario, procedían de aquella isla, de donde habían sido expulsados, so pena de perder la vida si se atrevían a volver a ella. Tan sólo un poco más adelante se justificará explícitamente esta frase, *aquí* sin duda prematura.

Levantóse Arnaldo de la mesa y, asiendo de la mano a Periandro, le sacó fuera del hospedaje, donde, a solas y sin ser oído de nadie, le dijo:

—No es posible, Periandro amigo, sino que tu hermana Auristela te habrá dicho la voluntad que, en dos años que estuvo en poder del rey, mi padre, le mostré, tan ajustada con sus honestos deseos que jamás me salieron palabras a la boca que pudiesen turbar sus castos intentos⁴. Nunca quise saber más de su hacienda de aquello que ella quiso decirme, pintándola en mi imaginación, no como persona ordinaria y de bajo estado, sino como a reina de todo el mundo, porque su honestidad, su gravedad, su discreción, tan en extremo estremada, no me daba lugar a que otra cosa pensase. Mil veces me le ofrecí por su esposo, y esto con voluntad de mi padre, y aun me parecía que era corto mi ofrecimiento. Respondióme siempre que, hasta verse en la ciudad de Roma, adonde iba a cumplir un voto, no podía disponer de su persona⁵; jamás me quiso decir su calidad ni la de sus padres, ni yo, como ya he dicho, le importuné me la dijese, pues ella sola, por sí misma, sin que traiga dependencia de otra alguna nobleza, merece, no solamente la corona de Dinamarca, sino de toda la monarquía de la tierra. Todo esto te he dicho, Periandro, para que, como varón de discurso y entendimiento, consideres que no es muy baja la ventura que está llamando a las puertas de tu comodidad y la de tu hermana, a quien desde aquí me ofrez-

⁴ En la primera conversación que Periandro mantuvo con Arnaldo (I, 2: 132), el primero dijo que había pasado *un año* desde el momento en que «varios acontecimientos» lo habían separado de su hermana Auristela. No cabe duda: en aquel pasaje o en éste se ha deslizado un descuido.

⁵ Osuna (C, 1972: 71) hace notar que, hasta ahora, nunca se nos ha dicho que la meta del viaje de Periandro y Auristela sea Roma. De acuerdo, pero esto no quiere decir nada. Se nos declara ahora, y basta, sin incurrir en contradicción alguna. El descuido (pues, de todos modos, lo hay) consiste más bien en el hecho de que, en I, 2 (126), Taurisa haya hablado a Periandro de un voto de *virginidad perpetua*, mientras que ahora se nos hace saber que el vínculo que impide el casamiento de la joven cesará cuando haya llegado a la capital del catolicismo. Como veremos, ésta es la más probable «verdad»: lo del voto fue una mera —y más bien banal— excusa de Auristela, no ya un promesa *imprudente* hecha por la joven, durante la separación de su «hermano», en la corte danesa.

co por su esposo, y prometo de cumplir este ofrecimiento cuando ella quisiere y adonde quisiere: aquí, debajo destos pobres techos, o en los dorados de la famosa Roma⁶; y asimismo te ofrezco de contenerme en los límites de la honestidad y buen decoro, si bien viese consumirme^{b,7} en los ahíncos y deseos que trae consigo la concupiscencia desenfrenada y la esperanza propincua, que suele fatigar más que la apartada.

Aquí dio fin su plática Arnaldo, y estuvo atentísimo a lo que Periandro había de responderle, que fue:

—Bien conozco, valeroso príncipe Arnaldo, la obligación en que yo y mi hermana⁸ te estamos por las mercedes que hasta aquí nos has hecho y por la que agora de nuevo nos haces: a mí, por ofrecerte por mi hermano y, a ella, por esposo; pero, aunque parezca locura que dos miserables peregrinos, desterrados de su patria, no admitan luego luego⁹ el bien que se les ofrece, te sé decir no ser posible el recibirle, como es posible el agradecerle. Mi hermana y yo¹⁰ va-

^b M15, B6, B7 y B8: *si bien viese consumirse*

⁶ Contraste tópico entre pobreza y riqueza, este de los pobres (*pajizos*) y los *dorados techos*. Los últimos (más exactamente como *doradas vigas*) están registrados ya en Horacio (*Odas*, II, 16, 18). En la literatura española aparecen repetidamente. También C. se refiere a los *dorados techos* en «Los éxtasis de la beata madre Teresa de Jesús», en *LGi* y en *Quijote*, II, 19. Reaparecerá en el mismo *Persiles*: III, 18 (607) y IV, 1 (640).

⁷ Otra lección (ya propuesta en *PECP*: 106-107) es ... *si bien debiese consumirme...*, pero la lección de M1 no es, si bien se mira, incorrecta.

⁸ *yo y mi hermana*. No se sentía como inelegante esta construcción, con el *yo* en primer lugar. Por el contrario (como recuerda RM, II: 217), Nebrija llega a condenar la cortesía del *yo* en último lugar, declarando que «en ninguna manera se puede sufrir que el orden natural de las personas se perturbe». En dicho lugar se encontrarán ejemplos persuasivos y más que suficientes. Yo añadiré, si acaso, uno que demuestra la existencia de otra «escuela», poco más de medio siglo más tarde. Juan Tomoneda, en su versión-adaptación de los *Menemnos* plautinos escribe: «—El señor Duarte [...] le ruega que le perdone y que coma a su placer con la señora, porque yo y... —Siempre el ruin delantero. —Tiene razón. Que el señor Menemno y yo quiere que manduquemos con él.»

⁹ *luego luego*. Para doble adverbio, con valor intensificativo, cfr. I, 4 (144 y nota 7).

¹⁰ *Mi hermana y yo*... Como se ve, la época de la rígida observancia del «orden natural de los pronombres» estaba pasando y ya lo «normal» empiezan a ser fórmulas más de acuerdo con la «nueva cortesía».

mos, llevados del destino y de la elección¹¹, a la santa ciudad de Roma y, hasta vernos en ella, parece que no tenemos ser alguno ni libertad para usar de nuestro albedrío. Si el cielo nos llevare a pisar la santísima tierra y adorar sus reliquias santas, quedaremos en disposición de disponer de nuestras hasta agora impedidas voluntades, y entonces será la mía toda empleada en servirte. Séte decir también que, si llegares al cumplimiento de tu buen deseo, llegarás a tener una esposa de ilustrísimo linaje nacida y un hermano que lo sea mejor que cuñado, y, entre las muchas mercedes que entrambos a dos hemos recibido, te suplico me hagas a mí una y es que no me preguntes más de nuestra hacienda y de nuestra vida, porque no me obligues a que sea mentiroso, inventando quimeras que decirte mentirosas y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia.

—Dispón de mí —respondió Arnaldo—, hermano mío, a toda tu voluntad y gusto, haciendo cuenta que yo soy cera y tú el sello que has de imprimir en mí lo que quisieres. Y, si te parece, sea nuestra partida esta noche a Inglaterra, que de allí fácilmente pasaremos a Francia y a Roma, en cuyo

¹¹ La dialéctica *hado, destino / libre albedrío* está siempre presente en C. Más en general, podríamos decir que es una de las características de una época, como la suya, profundamente marcada por la polémica entre la libertad del hombre, defendida por la teología tradicional, y el *servum arbitrium*, en que tanto hincapié hizo la luterana —y no sólo la luterana. Aquí, com en otras ocasiones, se trata de una feliz «coincidencia» entre predestinación —io, más humanamente, determinismo? — y ejercicio de la volición individual. En *Quijote*, II, 14, hallamos una frase parecida, no idéntica, en boca del socarrón Sansón Carrasco. Pero Periandro habla perfectamente en serio: *para él*, la oposición entre los dos términos no existe; por el contrario, se trata de una feliz «conjunción». En el propio *Persiles* volveremos a oír hablar del tema, con soluciones variadas. Cfr., p. ej., I, 17 (230) y II, 6 (309).

Es importante cuanto sobre el particular escribe A. Castro (C, 1925: 332-333). Por si hiciera falta, recordaré que de *amores por elección o/y por destino* está llena la literatura de la época. No se olvide, en fin, cuanto al respecto dice sor Juana Inés de la Cruz (*Obras*, ed. de Alfonso Méndez Plancarte, México-Buenos Aires, FCE, 1951-1954, I: 242): «Al amor cualquier curioso / hallará un distinción:/ que uno nace de elección / y otro de influjo imperioso. / Éste es más afectuoso,/ porque es el más natural, / y así es más sensible: al cual / llamaremos afectivo, / y al otro, que es electivo, / llamaremos racional.»

viaje, y del modo que quisiéredes, pienso acompañaros, si dello gustáredes.

Aunque le pesó a Periandro deste último ofrecimiento, le admitió, esperando en el tiempo y en la dilación, que tal vez mejora los sucesos; y, abrazándose, los dos cuñados en esperanza¹² se volvieron al hospedaje a dar traza en su partida.

Había visto Auristela cómo Arnaldo y Periandro habían salido juntos y estaba temerosa del fin que podía tener el de su plática y, puesto que conocía la modestia en el príncipe Arnaldo y la mucha discreción de Periandro, mil géneros de temores la sobresaltaban^{c,13}, pareciéndole que, como el amor de Arnaldo igualaba a su poder, podía remitir a la fuerza sus ruegos, que tal vez, en los pechos de los desdeñados amantes, se convierte la paciencia en rabia y la cortesía en descomedimiento; pero, cuando los vio venir tan sosegados y pacíficos, cobró casi los perdidos espíritus.

Clodio el maldiciente, que ya había sabido quién era Arnaldo, se le echó a los pies y le suplicó le mandase quitar la cadena y apartar de la compañía de Rosamunda. Mauricio le contó luego la condición, la culpa y la pena de Clodio y la de Rosamunda. Movido a compasión dellos, hizo, por un capitán que los traía a su cargo, que los desherrasen y se los entregasen, que él tomaba a su cargo alcanzarles perdón de su rey, por ser su grande amigo; viendo lo cual, el maldiciente Clodio dijo:

—Si todos los señores se ocupasen en hacer buenas obras, no habría quien se ocupase en decir mal dellos, pero ¿por qué ha de esperar el que obra mal que digan bien dél? Y si las obras virtuosas y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, ¿por qué no lo serán las malas? ¿Por qué

^c M1, M16, AH: *sobresalteavan*

¹² *en esperanza*. Cfr. *LGi* y, en el propio *Persiles*, IV, 14 (728).

¹³ *sobresaltar*. No creo que la presencia de *saltear* en el *Persiles* y en otras obras de C. justifique la conservación de la forma registrada en M1. Por supuesto, un día podríamos encontrarla en situación que no deje el menor lugar a dudas (p. ej., como palabra rima o con acento forzado en el interior de un verso). Mientras tanto, lo más sensato me parece indicarla, y basta.

ha de esperar el que siembra cizaña y maldad dé buen fruto su cosecha? Llévame contigo, ioh príncipe!, y verás cómo pongo sobre el cerco de la luna tus alabanzas.

—No, no —respondió Arnaldo—; no quiero que me alabes por las obras que en mí son naturales; y, más, que la alabanza tanto es buena cuanto es bueno el que la dice, y tanto es mala cuanto es vicioso y malo el que alaba: que, si la alabanza es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabanza y, si vicioso, vituperio¹⁴.

CAPÍTULO DIECISIETE DEL PRIMER LIBRO

Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa^a

Con gran deseo estaba Auristela de saber lo que Arnaldo y Periandro pasaron en la plática que tuvieron fuera del hospedaje y aguardaba comodidad para preguntárselo a Periandro, para saber de Arnaldo qué se había hecho su doncella Taurisa y, como si Arnaldo le adivinara los pensamientos, le dijo:

—Las desgracias que has pasado, hermosa Auristela, te habrán llevado de la memoria la que tenías en obligación de acordarte dellas, entre las cuales querría que hubiesen borrado de ella a mí mismo, que, con sola la imaginación de pensar que algún tiempo he estado en ella, viviría contento, pues no puede haber olvido de aquello de quien no se ha tenido acuerdo: el olvido presente cae sobre la memoria del acuerdo pasado¹. Pero, como quiera que sea, acuér-

^a P2 lo presenta como VII y reproduce el «resumen» de M1 con una variante: *Cuenta Arnaldo*

¹⁴ «Dice Séneca que es torpe cosa darse por alabado de aquel a quien no podemos alabar» (Gabriel de Bocángel, en su discurso *Contra la lisonja*, en *Obras*, ed. de Rafael Benítez Claros, Madrid, CSIC, 1946: II, 340).

¹ Cfr., p. ej., Lope de Vega, *¡Ay, verdades, que en amor..!* (acto III): «—¿Haste acordado de mí? / —No, García, ipor tu vida!, / que quien se acuerda se olvida, / y yo no te olvido a ti».

deste de mí o no te acuerdes, de todo lo que hicieres estoy contento, que los cielos, que me han destinado para ser tuyo, no me dejan hacer otra cosa. Mi albedrío lo es para obedecerte. Tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas que después que te robaron de mi reino te han sucedido: unas me han admirado, otras suspendido y, éstas y aquéllas, espantado. Veo asimismo que tienen fuerza las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones que parecen forzosas: ni me has preguntado por mi padre ni por Taurisa, tu doncella. A él dejé yo bueno y con deseo de que te buscase y te hallase; a ella la traje conmigo, con intención de venderla a los bárbaros, para que sirviese de espía y viese si la fortuna te había llevado a su poder. De cómo vino al mío tu hermano Periandro, ya él te lo habrá contado, y el concierto que entre los dos hicimos; y, aunque muchas veces he probado volver a la isla bárbara, los vientos contrarios no me han dejado y ahora volvía con la misma intención y con el mismo deseo, el cual me ha cumplido el cielo con bienes de tantas ventajas como son de tenerte en mi presencia, alivio universal de mis cuidados. Taurisa, tu doncella, habrá dos días que la entregué a dos caballeros amigos míos que encontré en medio del mar, que en un poderoso navío iban a Irlanda, a causa que Taurisa iba muy mala y con poca seguridad de la vida, y, como este navío en que yo ando más se puede llamar de cosario que de hijo de rey, viendo que en él no había regalos ni medicinas que piden los enfermos, se la entregué para que la llevasen a Irlanda y la entregasen a su príncipe²,

² ¿A qué *príncipe* se refiere Arnaldo? ¿A un «señor de toda Irlanda»? ¿A uno de los nobles que dominaban en las distintas regiones de la isla? Ésta, ya casi enteramente controlada por los Tudor, fue elevada a la categoría de reino, como un todo, en 1555 (pero, a decir verdad, Enrique VIII se titulaba desde 1542 «rey de Inglaterra e Irlanda»). La situación no cambia entre 1557-1559. Claro que Arnaldo puede referirse al «señor natural» de los dos caballeros, con lo que nos encontraríamos en el segundo de los casos propuestos al comienzo de la nota. Si, por el contrario, C. ha pensado de veras en un príncipe o rey —independiente— de toda Irlanda (como Lope de Vega, en algunas de sus comedias: p. ej., en *La fuerza lastimosa*), no nos queda más remedio que constatar un nuevo recurso a la «manipulación de

que la regalase, curase y guardase hasta que yo mismo fuese por ella. Hoy he dejado apuntado³ con tu hermano Periandro que nos partamos mañana, o ya para Inglaterra, o ya para España o Francia⁴: que, a doquiera que arribemos, tendremos segura comodidad para poner en efeto los honestos pensamientos que tu hermano me ha dicho que tienes; y yo, en este entretanto, llevaré sobre los hombros de mi paciencia mis esperanzas, sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento. Con todo esto, te ruego, señora, y te suplico, que mires si con nuestro parecer viene y ajusta el tuyo, que, si algún tanto disuena, no le pondremos en ejecución.

—Yo no tengo otra voluntad —respondió Auristela— sino la de mi hermano Periandro, ni él, pues es discreto, querrá salir un punto de la tuya.

—Pues, si así es —replicó Arnaldo—, no quiero mandar, sino obedecer, porque no digan que, por la calidad de mi persona, me quiero alzar con el mando a mayores⁵.

Esto fue lo que pasó a Arnaldo con Auristela, la cual se lo contó todo a Periandro, y aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao y los dos capitanes del navío

la realidad histórica». O un auténtico —aunque no gravísimo— anacronismo, si C. ha querido aludir (pero no lo parece, en absoluto) al protagonista de la gran rebelión de 1561, Shane O'Neil, conde de Tyrone, muerto en 1567. Más comprobable aún me parece que C. aluda aquí a la rebelión de 1595-1603, alentada por España.

³ *dejar apuntado* = 'trazar a grandes líneas' (para Franciosini [1620: cfr. *TLJ*], *apuntar solamente un negocio* equivale a 'accennar solamente la cosa'), pero también 'dejar acordado, fijado, prevenido' como indican SA-RH, quienes se basan en sendos pasajes de *LGi* y *EAL*.

⁴ Para Osuna (C, 1972: 71) las vacilaciones acerca del lugar de destino son indicio de dudas del propio autor del *Persiles*. «Comienza a hacerse evidente en estas páginas algo que poco a poco se va a convertir en evidentísimo. Y todo ello porque C. se encuentra temeroso en un mar de dudas sobre el escenario que va a levantar para las aventuras de sus personajes.»

⁵ *alzarse a mayores* = 'imponerse a los restantes'. Según Correas, 'dícese de los que quieren tener mayoría en otros' (*mayor* = 'principal, jefe').

inglés^{b,6}, con todos los que salieron de la isla bárbara, entraron en consejo y ordenaron su partida en la forma siguiente:

CAPÍTULO DIECIOCHO^a DEL PRIMER LIBRO

*Donde Mauricio sabe por la astrología un mal
suceso que les avino en el mar*

En la nave donde vinieron Mauricio y Ladislao, los capitanes y soldados que trajeron a Rosamunda y a Clodio, se embarcaron todos aquellos que salieron de la mazmorra y prisión de la isla bárbara y en el navío de Arnaldo se acomodaron [Periandro, Auristela], Ricla y Constanza y los dos Antonios, padre y hijo, Ladislao, Mauricio y Transila^{b,1}, sin consentir Arnaldo que se quedasen en tierra Clodio y Rosamunda; Rutilio se acomodó con Arnaldo.

Hicieron agua aquella noche, recogiendo y comprando del huésped todos los bastimentos que pudieron, y, habiendo mirado los puntos más convenientes para su partida,

^b MI, *capitanes, y el navío inglés*

M7, M8, NY, M10, B5, Par6, M11, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M19: *capitanes, el del navío inglés*

M9: *capitanes, y el del navío inglés*

Adopto la enmienda propuesta por Ven1 y An.

^a P2 lo presenta como VIII

^b MI: *se acomodaron Mauricio, Transila, Ricla y Constança, y los dos Antonios padre, e hijo; Ladislao, Mauricio, y Transila*

A partir de M7, todas las eds. enmiendan en los términos aquí también adoptados, con las excepciones de M16, M17, M21, BA2, B10, B11, M23, AH.

⁶ El navío inglés tiene su capitán (*uno*); el *otro* es el encargado de custodiar a Rosamunda y Clodio, hasta el momento en que los abandone en una isla desierta.

¹ Como SA-RH, admito la posibilidad de que no se trate de una errata indiscutible, achacable al tipógrafo, sino de un «*lapsus calami* del autor», pero, tras haber dejado constancia en nota, enmiendo.

dijo Mauricio que, si la buena suerte les escapaba² de una mala que les amenazaba muy propincua, tendría buen suceso su viaje; y que el tal peligro, puesto que era de agua, no había de suceder, si sucediese, por borrasca ni tormenta del mar ni de tierra, sino por una traición, mezclada y aun forjada del todo de deshonestos y lascivos deseos. Periandro, que siempre andaba sobresaltado con la compañía de Arnaldo, vino a temer sí aquella traición había de ser fabricada por el príncipe para alzarse con la hermosa Auristela, pues la había de llevar en su navío, pero opúsose a todo este mal pensamiento la generosidad de su ánimo, y no quiso creer lo que temía, por parecerle que en los pechos de los valerosos príncipes no deben hallar acogida alguna las traiciones, pero no por esto dejó de pedir y rogar a Mauricio mirase muy bien de qué parte les podía venir el daño que les amenazaba. Mauricio respondió que no lo sabía, puesto que le tenía por cierto, aunque templaba su rigor con que ninguno de los que en él se hallasen había de perder la vida, sino el sosiego y la quietud, y habían de ver rompidos la mitad de sus disinius sus más bien encaminadas esperanzas. A lo que Periandro le replicó que detuviesen algunos días la partida: quizá, con la tardanza del tiempo, se mudarían o se templarían los influjos rigurosos de las estrellas.

—No —replicó Mauricio—; mejor es arrojarnos en las manos deste peligro, pues no llega a quitar la vida, que no intentar otro camino que nos lleve a perderla.

—Ea, pues —dijo Periandro—: echada está la suerte. Partamos en buen hora, y haga el cielo lo que ordenado tiene, pues nuestra diligencia no lo puede escusar³.

Satisfizo Arnaldo al huésped magníficamente con muchos dones el buen hospedaje y, unos en unos navíos y otros en otros, cada cual según y como vio que más le convenía, dejó el puerto desembarazado y se hizo a la vela. Sa-

² Ni *TL* ni *DA* recogen este uso transitivo del verbo *escapar*, frequentísimo en la época. Cfr. en el propio *Persiles*, III, 6 (493): «que me escapéis del rigor de la justicia».

³ A propósito del «gélido determinismo» de ciertos pasajes de C., cfr. A. Castro (C, 1925: 347).

lió el navío de Arnaldo adornado de ligeras flámulas y banderetas y de pintados y vistosos gallardetes. Al zarpar los hierros y tirar las áncoras, disparó así la gruesa como la menuda artillería; rompieron los aires los sonos de las chirimías y los de otros instrumentos músicos y alegres; oyéronse las voces de los que decían, reiterándolo a menudo:

—¡Buen viaje, buen viaje!

A todo esto, no alzaba la cabeza de sobre el pecho la hermosa Auristela, que, casi como presaga^{c4} del mal que le había de venir, iba pensativa. Mirábala Periandro y remirábala Arnaldo, teniéndola cada uno hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos y principio de sus alegrías.

Acabóse el día; entróse la noche, clara, serena, despejando un aire blando los celajes, que parece que se iban a juntar, si los dejaran. Puso los ojos en el cielo Mauricio y de nuevo tornó a mirar en su imaginación las señales de la figura que había levantado⁵, y de nuevo confirmó el peligro que les amenazaba, pero nunca supo atinar de qué parte les vendría. Con esta confusión y sobresalto se quedó dormido encima de la cubierta de la nave y, de allí a poco, despertó despavorido, diciendo a grandes voces:

—¡Traición, traición, traición! ¡Despierta, príncipe Arnaldo, que los tuyos nos matan!

A cuyas voces se levantó Arnaldo, que no dormía, puesto que estaba echado junto a Periandro en la misma cubierta, y dijo:

—¿Qué has, amigo Mauricio? ¿Quién nos ofende o quién nos mata? Todos los que en este navío vamos ¿no somos amigos? ¿No son todos los más vasallos y criados míos? ¿El cielo no está claro y sereno, el mar tranquilo y blando, y el bajel, sin tocar en escollo ni en bajío, no nave-

^c M5, B2, B3, B4, M7, M8, M10: *presága*

M9, B5: *presaga*

Todas las restantes eds. modernas: *présaga*

⁴ *presaga*. Igual da, en español moderno, pronunciar la palabra como esdrújula o como llana. En la época de C., sin embargo, parece que prevalecía netamente el segundo modo. Cfr. *PECP* (108-109).

⁵ *Levantar figura*, 'hacer el horóscopo'. Como el propio Mauricio hace con las operaciones enumeradas en I, 13 (212).

ga? ¿Hay alguna rémora que nos detenga? Pues, si no hay nada desto, ¿de qué temes, que ansí con tus sobresaltos nos aterrorizas?

—No sé —replicó Mauricio—; haz, señor, que bajen los búzanos^{d,6} a la sentina, que, si no es sueño, a mí me parece que nos vamos anegando.

No hubo bien acabado esta razón, cuando cuatro o seis marineros se dejaron calar al fondo del navío⁷ y le requirieron todo, porque eran famosos búzanos, y no hallaron^e costura alguna por donde entrase agua al navío y, vueltos a la cubierta, dijeron que el navío iba sano y entero y que el agua de la sentina estaba turbia y hedionda, señal clara de que no entraba agua nueva en la nave.

—Así debe de ser —dijo Mauricio—, sino que yo, como viejo, en quien el temor tiene su asiento de ordinario, hasta los sueños me espantan; y plega a Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaría de parecer viejo temeroso antes que verdadero judicario⁸.

Arnaldo le dijo:

—Sosegaos, buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan a estas señoras.

—Yo lo haré así, si puedo —respondió Mauricio.

^d Las eds. modernas que acentúan traen todas *buzanos*, a excepción de NY y M13.

^e M1: *allanaron*

Todas las eds. enmiendan, a excepción de B1, L, Bru, M17, M18, M21 y B10.

⁶ Así, no *buzano*. Cfr. *PECP* (109-110), y, p. ej., Luis Barahona de Soto, *Las lágrimas de Angélica* (IX, oct. 70).

⁷ Entre las numerosas acepciones de *calar*, *calarse* ilustradas en *TL*, *DA* y *DRAE* no encuentro ninguna que de veras «calce» a la frase cervantina. Cosa de veras curiosa, ya que *calarse* (una persona, no *calar las redes*, etc.), con el valor de 'dejarse ir al fondo del agua' y, por extensión, 'dejarse caer al fondo de una abertura en tierra' o, incluso, 'dejarse caer por una pendiente', abunda en la literatura del Siglo de Oro (con toda evidencia, se trata de un italianismo).

⁸ *judicario*. Así, sin necesidad de *astrólogo* delante, ocurre con mucha frecuencia en la literatura de la época. Cfr., en el mismo *Persiles*, III, 18 (606).

Y tornándose a echar sobre la cubierta, quedó el navío lleno de muy sosegado silencio. En el cual Rutilio, que iba sentado al pie del árbol mayor, convidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo o de la voz, que la tenía estremada, al son del viento, que dulcemente hería en las velas, en su propia lengua toscana comenzó a cantar esto, que, vuelto en lengua española, así decía:

Huye el rigor de la invencible mano,
advertido, y enciérrese en el arca
de todo el mundo el general monarca
con las reliquias del linaje humano.

El dilatado asilo, el soberano
lugar rompe los fueros de la Parca,
que entonces, fiera y licenciosa, abarca
cuanto alienta y respira el aire vano.

Vense en la excelsa máquina encerrarse
el león y el cordero y, en segura
paz, la paloma al fiero halcón unida;

sin ser milagro, lo discorde amarse:
que, en el común peligro y desventura,
la natural inclinación se olvida⁹.

El que mejor entendió lo que cantó Rutilio fue el bárbaro Antonio, el cual le dijo asimismo:

—Bien canta Rutilio, y, si por ventura, es suyo el soneto que ha cantado, no es mal poeta, aunque ¿cómo lo puede ser bueno un oficial?¹⁰. Pero no digo bien, que yo me acuer-

⁹ Si el soneto del enamorado portugués era para Casaldueiro la síntesis de todo el sentido del *Persiles*, este de Rutilio «aclara el significado de cuantos se hallan en la nave» (80). En él resuenan voces del Génesis (7, 1-16) y, tal vez, Isaías, a propósito de los tiempos mesiánicos (11, 6-9). Pero no conviene descartar una reminiscencia de la *Égloga IV* de Virgilio (*A Polión*).

¹⁰ Véase *Celestina* (acto XII): «Vivo de mi oficio, como cada oficial del suyo, muy limpiamente», y, mucho más tarde, F. Bertaut (*Voyage*: 192: «les moindres marchands et artisans, qu'ils nomment *oficiales*...»). Para más datos, cfr. RM (I: 25).

do haber visto en mi patria, España, poetas de todos los oficios.

Esto dijo en voz que la oyó Mauricio, el príncipe y Peirandro, que no dormían, y Mauricio dijo:

—Posible cosa es que un oficial sea poeta, porque la poesía no está en las manos, sino en el entendimiento, y tan capaz es el alma del sastre para ser poeta como la de un maese de campo¹¹; porque las almas todas son iguales y de una misma masa en sus principios criadas y formadas por su hacedor, y, según la caja y temperamento del cuerpo donde las encierra, así parecen ellas más o menos discretas y atienden y se aficionan a saber las ciencias, artes o habilidades a que las estrellas más las inclinan; pero más principalmente y propia¹² se dice que el poeta *nascitur*¹³. Así que no hay

¹¹ *maese* (o *maestre*) *de campo* era el jefe de un tercio.

¹² *más principalmente y propia*. Estas series —o, al menos, parejas— de adverbios en que, contra la costumbre castellana, el *mente* aparece no tras el último adjetivo sino tras el primero (es decir, como hace el catalán: *principalment i pròpia...*), son insólitas, pero no por eso dejan de encontrarse de vez en cuando en la literatura de los siglos xv-xvii. Cfr. el *Arcipreste de Talavera* (Parte IV, c. 3, por la ed. crít. de Marcella Ciceri [Módena, S.T.G.M.-Mucchi, 1975], I, 298), la *Reprobación de supersticiones*, de Pedro Ciruelo (145: cit. por Wilson, en C, 1991: 243), el *Viaje de Turquía* (378) y, todavía, Rojas Zorrilla, *Lo que son mujeres* (acto II).

¹³ El problema planteado por Antonio y la cuerda réplica de Mauricio podrían parecer hoy gratuitos, de puro obvios. No lo eran, en cambio, en una época, como la de C., en que una amplia cultura general —no sólo la imprescindible posesión de una técnica específica— se consideraba condición previa a cualquier actividad poética digna de tal nombre. Simplificando, tal vez incluso demasiado, diré que, con la excepción del *revival* platónico de finales del siglo xvi y, sobre todo, de principios del xvii, con su potenciación del *divino o heroico furor*, del poeta entusiasta (= 'invadido, poseído por el dios'), la Poética generalmente aceptada, desde el Humanismo hasta la «gran ruptura» constituida por el Romanticismo, insiste en el carácter reflexivo de la poesía y en su cualidad de *ciencia* general, germen (o resumen, según el tratadista de turno) de todas las demás. El poeta debe, pues, al menos en teoría, ser un omnisciente: debe, siquiera, 'conocer los principios de todas las ciencias', puesto que a todos los campos imaginables del conocimiento se extiende su actividad.

No hay mucho que decir acerca del docto aforismo evocado —a medias— por Mauricio. C., lector de Huarte de San Juan, pudo encontrar en el *Examen de ingenios* (comienzo del c. VIII [X de la ed. de 1594]) una frase muy parecida, sacada del ciceroniano *Pro Archia poeta* («Poeta natura ipsa

qué admirar de que Rutilio sea poeta, aunque haya sido maestro de danzar.

—Y tan grande —replicó Antonio—, que ha hecho cabriolas en el aire más arriba de las nubes.

—Así es —respondió Rutilio, que todo esto estaba escuchando—, que yo las hice casi junto al cielo cuando me traje, caballero en el manto, aquella hechicera desde Toscana, mi patria, hasta Noruega, donde la maté, que se había convertido en figura de loba, como ya otras veces he contado^f.

—Eso de convertirse en lobas y lobos algunas gentes destas setentrionales es un error grandísimo —dijo Mauricio—, aunque admitido de muchos.

—Pues ¿cómo es esto —dijo Arnaldo—, que comúnmente se dice y se tiene por cierto que en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos que de gentes humanas se han convertido en ellos?

—Eso —respondió Mauricio— no puede ser en Inglaterra, porque en aquella isla templada y fertilísima no sólo no se crían lobos, pero ninguno otro animal nocivo^g, como si dijésemos serpientes, víboras, sapos, arañas y escorpiones; antes es cosa llana y manifiesta que, si algún animal ponzo-

^f L: *que yo las hize casi junto al cielo, quando yo soñava que*, con supresión de cuanto sigue a *loba*

^g L: *Esso de convertirse en lobos y lobas algunos destas gentes Setentrionales bien parece extraño, dixo Mauricio [...] Esso, respondio Mauricio, es fábula, y quando no lo fuera, no lo puede ser en Inglaterra, porque*

valet, et mentis viribus exercitatur, et quasi divino quodam spiritu afflatur»), pero lo más sensato es pensar, tanto para este pasaje del *Persiles* como para otro parecido de *Quijote*, II, 17, en una variante de la sentencia latina *Poeta nascitur, orator fit*. (Cfr., p. ej., William Ringler, «*Poeta nascitur*: Some Notes on the History of an Aphorism», en *Journal of the History of Ideas*, II [1941].)

En relación, para acabar, con la cuestión «si un oficial pueda ser poeta» es curioso recordar cierto pasaje de *VdP* (II, terc. 135-145), donde Mercurio arroja al agua a los malos poetas. Entre ellos se encuentran un sastre, un zapatero, un tundidor de paños... Poetas idénticos, más o menos, como nivel social, a Rutilio. Y casos no precisamente extraordinarios en la literatura española anterior y contemporánea a C. Baste, en efecto, recordar a Andrés de Montoro («el ropero de Córdoba») y Agustín Castellanos, «el poeta sastre» de Toledo, amigo de Lope de Vega.

ñoso traen de otras partes a Inglaterra, en llegando a ella muere y, si de la tierra desta isla llevan a otra parte a alguna tierra y cercan con ella a alguna víbora, no osa ni puede salir del cerco que la aprisiona y rodea, hasta quedar muerta¹⁴. Lo que se ha de entender desto de convertirse en lobos es que hay una enfermedad, a quien llaman los médicos manía lupina, que es de calidad que, al que la padece, le parece que se ha convertido en lobo, y aúlla como lobo, y se junta con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y por los montes, ladrando ya como perros o ya aullando como lobos; despedazan los árboles, matan a quien encuentran y comen la carne cruda de los muertos, y hoy día sé yo que hay en la isla de Sicilia (que es la mayor del Mar Mediterráneo) gentes deste género, a quien los sicilianos llaman lobos *menar*^{h,15}, los cuales, antes que les dé tan pestífera enfermedad, lo sienten y dicen a los

^h M4, M5, M6, B2, B3, B4, M9: *lobos menares*

¹⁴ S-B ilustran este pasaje con citas tomadas de Diego de Valera, Cayo Julio Solino (en trad. de Cristóbal de las Casas), Francisco de Támara y Plinio (trad. y anotación de J. de Huerta). De las cuatro, la única de veras pertinente resulta ser la de Solino: las otras, en efecto, se refieren a la isla de Hibernia. Debe notarse, también, que estos autores hablan de víboras y otras alimañas, no de lobos, como en cambio afirma Mauricio, uno de los portadores de la racionalidad y aun de la verdad en esta parte del *Persiles*. Con toda evidencia, ignoramos la fuente exacta de estas líneas cervantinas —si es que de veras la hay y no se debe hablar mejor de una contaminación entre varias.

¹⁵ La enmienda propuesta por M4 y seguidores es plausible tan sólo a primera vista. S-B piensan que C. «parece equivocarse atribuyendo a los sicilianos esta creencia» del *lupo mannaro*, u 'hombre lobo', muy difundida en el Lacio. Así opina también Armando Cotarelo Valledor (*Cervantes lector*, Madrid, Atlas, 1943: 39). Yo mismo (en sendas notas de C, 1968 y B, 1971) despaché la cuestión con suficiencia, hablando del «italiano aproximativo» de nuestro novelista. Ahora (o, mejor, al menos desde 1977; cfr. *PECP*: 110-111), pienso que éste tal vez no dominaba por completo el toscano, pero que tendría oído y memoria suficiente para recordar un término *siciliano*, aunque no privativo, desde luego, de «la mayor isla del Mediterráneo», en la que —no lo olvidemos— vivió bastantes meses y pudo tener efectivo conocimiento de casos de *licantropía* o *manía lupina*. En *DEI*, art. *lupo mannaro*, se lee: «V[oce] di orig. merid., che raggiunge la Sicilia, cfr. abr[uzzese] *lopëpëmënë*, dal molfett[ano] *lëpömene*, cal[alabrese] sett. *lëpuómminé*, da un lat. regionale *lupus homines*, che calca il greco

que están junto a ellos que se aparten y huyan dellos, o que los aten o encierren, porque, si no se guardan, los hacen pedazos a bocados y los desmenuzan, si pueden, con las uñas, dando terribles y espantosos ladridos. Y es esto tanta verdad que entre los que se han de casar se hace información bastante de que ninguno dellos es tocado desta enfermedad y si, después, andando el tiempo, la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. También es opinión de Plinio, según lo escribe en el lib. 8, cap. 22, que entre los árcades hay un género de gente, la cual, pasando un lago, cuelga los vestidos que lleva de una encina y se entra desnudo la tierra dentro y se junta con la gente que allí halla de su linaje en figura de lobos, y está con ellos nueve años, al cabo de los cuales vuelve a pasar el lago y cobra su perdida figura; peroⁱ todo esto se ha de tener por mentira y, si algo hay, pasa en la imaginación, y no realmente¹⁶.

—No sé —dijo Rutilio—; lo que sé es que maté la loba y hallé muerta a mis pies la hechicera^j.

ⁱ V, P1, M3, P2, M4, M5, M6, B2, B3, B4, M9: *figura: pero*

M7, M8, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, M15, B6, B7, B8: *figura; pero*

M16, M17, M18, M21, M22, B10, B11, M23: *figura. Pero*

^j L: *No sé, dixo Rutilio, lo que sé, es que yo pensé que maté una loba, y hallé muerta a mis pies una muger a lo que me parecía. Todo esso, replicó Mauricio, haze la fuerça de los hechizos*

lykanthrótopoi, m. pl. Il calco torna nelle regioni germaniche...» Si error de transcripción sigue habiendo, por parte de C., es ahora mínimo —y comprensible, dada la ardua fonética de los dialectos del sur de Italia. (Cfr. también Carlos Lapucci, *Dizionario delle figure fantastiche*, Milán, A. Vallardi, 1991, donde se recogen, entre otras, las variantes *lupenaro* [propia de la Irpinia: 197-199], *lupo minario* [Calabria: 199] y *luponaro* [Sicilia: 199].)

Acerca del fenómeno, cfr., p. ej., Christian Andrés (C, 1992) y Patrizia Micozzi (C, 1996).

¹⁶ Para S-B es muy probable que C. haya tenido presente para la redacción de este pasaje la traducción de Plinio (libros VII-VIII), publicada por Jerónimo Gómez de Huerta en 1599. Por su parte, AA (15-16) no sólo acepta la opinión de S-B, sino que reconoce en 1599 el *terminus a quo* ha sido escrita la parte propiamente septentrional del *Persiles*. Osuna (C, 1970: 399), aun declarando su desacuerdo con el alcance atribuido a este indicio, imagina que también Tarkiainen podría haberse basado en el mismo para proponer (en C, 1921) precisamente el año 1599 como punto de arranque de la re

—Todo eso puede ser —replicó Mauricio—, porque la fuerza de los hechizos de los maléficos y encantadores (que los hay)¹⁷ nos hace ver una cosa por otra; y quede desde aquí asentado que no hay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza¹⁸.

—Gusto me ha dado grande —dijo Arnaldo— el saber esta verdad, porque también yo era uno de los crédulos deste error; y lo mismo debe de ser lo que las fábulas cuentan de la conversión en cuervo del rey Artus^{k,19} de Inglaterra, tan creída de aquella discreta nación, que se abstienen de matar cuervos en toda la isla.

^k B10, M23: *Artús*. Por diversos motivos, todas las otras eds. traen *Artus*

dacción de un primer segmento del *Persiles*. (La sensata conjetura resulta acreditada por ciertas frases del mismo Tarkiainen, en C, 1918: 135, nota 1.) Ahora bien, la tesis de S-B, AA y Tarkiainen no resulta enteramente persuasiva. (Cfr. Romero, B, 1971 [878, con nota 47] y, sobre todo, C, 1990: 160-163). Si no me equivoco, Huerta no tiene nada que ver con estas importantes frases del *Persiles*. Y, a fin de cuentas, ni siquiera los traductores italianos de Plinio: Cristoforo Landino y Lodovico Domenichi. Mucho más probable, por no decir seguro, es que la fuente de las palabras puestas por el narrador en boca de Mauricio sea Olao Magno, quien en la *Historia* (XVIII, 46) cita por extenso a Plinio, pero, al parecer, «desmarcándose» de él —y este hecho, con la consiguiente «necesidad» de contradecir a Olao, podría explicar la falta de univocidad del texto cervantino.

¹⁷ Cfr. I, 8 (180, nota 13).

¹⁸ Cfr. I, 6 (166). Dos actitudes —no contradictorias, pero tampoco idénticas, desde luego— ante un mismo fenómeno. Y ambas sostenidas por personajes, no por el narrador, que así evita comprometerse directamente.

¹⁹ RM (I: 353-354), apoyándose en un testimonio de Gregorio Morillo, deduce que la pronunciación de la época era, sin duda, *Artur* y *Artus*. Martín de Riquer acentúa *Artús* en su ed. del *Quijote* (Barcelona, Planeta, 1968³: cfr. I, 13, nota 3), explicando que la forma está tomada directamente del nominativo, o caso sujeto, de este nombre en francés antiguo.

Ahora bien, la cuestión dista mucho de estar resuelta en favor de uno u otro de los dos opinantes (cfr. *PECP*: 112-115). En realidad, yo creo que nos encontramos ante un caso parecido a los del *Beltenebrós* / *Beltenebros*, *Partinuplés* / *Partinuples*, etc., por no hablar más que de nombres de la tradición caballeresca, ya que los de la clásica pueden presentar aun más variantes (del tipo de *Penélope* / *Penelope* / *Penelopé*; *Semíramis* / *Semiramis* / *Semiramís*, etc.). Todo hace pensar que las dos pronunciaciones, llana y aguda, convivían. Para llegar a convencerse de cuál de las dos era la preponderante haría falta aducir no uno o dos, sino diez o veinte testimonios verdaderamente persuasivos.

—No sé —respondió Mauricio— de dónde tomó principio esa fábula, tan creída como mal imaginada²⁰.

En esto fueron razonando casi toda la noche y, al despuntar del día, dijo Clodio, que hasta allí había estado oyendo y callando:

—Yo soy un hombre a quien no se le da por averiguar estas cosas un dinero. ¿Qué se me da a mí que haya lobos hombres o no, o que los reyes anden en figura de cuervos o de águilas? Aunque, si se hubiesen de convertir en aves, antes querría que fuesen en palomas que en milanos.

²⁰ En una docta nota, rica en detalles folclóricos, S-B presentan dos textos poéticos de Agustín de Tejada y de Gregorio Morillo, ambos publicados en las *Flores de poetas ilustres de España* (compiladas por Pedro Espinosa, Valladolid, Luis Sánchez, 1605). En los versos de Morillo está presente el solo motivo de la conversión en cuervo; en los de Tejada, junto a él, aparece el de la esperanza del pueblo inglés en la vuelta de su rey. Exactamente como en dos pasajes del *Quijote*, I, 13 y 49. S-B encontraron una alusión «española» a la creencia de la vuelta del rey en un texto precedente a los arriba reproducidos: el *Enchiridion de los tiempos*, de fray Alonso de Venero (Sevilla, Andrés de Burgos, 1554: 265 r), pero —se preguntan— «¿de dónde sacaron Morillo, Tejada y C. la especie de la metamorfosis en cuervo?»

A. Ruffinatto, en general muy prudente, escribe (B, 1996): «È interessante notare come, a proposito della leggenda di re Artù, non si riscontrino in Spagna attestazioni anterior al 1602-1603. Il che potrebbe deporre a favore di una redazione dei primi libri del *Persiles* posteriori a questa data.» Ahora bien, una investigación a fondo (en principio, ni siquiera complicada, por lo que parece) podría darnos una respuesta de veras satisfactoria... que, a lo que entiendo, de ningún modo comprometería la tesis de una redacción de los primeros libros de la novela anterior a 1600. Ya hoy (en realidad, desde 1971) puedo recordar un interesante testimonio también «español» del doble motivo, fechado, como muy tarde, en 1582: Julián del Castillo, en su *Historia de los reyes godos que vinieron de la Scythia de Europa contra el Imperio Romano y a España...* (Burgos, Felipe de Junta: IV, discurso xviii, fol. clvj, r y v: tomo parte de las frases de Castillo de R. L. Loomis, en «The Legend of Arthur's Revival», en *Arturian Literature in the Middle Age*, Oxford, Clarendon Press, 1948: 65) escribe: «...y en el año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro, estando viudo el Católico Rey nuestro señor Don Filipe, por ser muerta la princesa de Portugal [...] se casó en Inglaterra, y ciudad o villa de Hunchistre, donde está la tabla redonda de los veinticuatro caballeros que instituyó el Rey Artus de Inglaterra, como atrás se tocó [...] y es fama común que el rey Artus está encantado en aquella tierra, en figura de cuervo, y hay entre ellos grandes penas para que el que mata cuervo, y que ha de volver a reinar. Y cierto dicen que su majestad el Rey don Filipe nuestro rey juró que, si el Rey Artus viniese en algún tiempo, le dejaría el reino...»

—Paso²¹, Clodio; no digas mal de los reyes, que me parece que te quieres dar algún filo a la lengua para cortarles el crédito²².

—No —respondió Clodio—, que el castigo me ha puesto una mordaza en la boca o, por mejor decir, en la lengua, que no consiente que la mueva, y, así, antes pienso de aquí adelante reventar callando que alegrarme hablando. Los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas, si a unos alegran, a otros entristecen. Contra el callar no hay castigo ni respuesta. Vivir quiero en paz los días que me quedan de la vida a la sombra de tu generoso amparo, puesto que por momentos me fatigan ciertos ímpetus maliciosos que me hacen bailar la lengua en la boca y malográrseme entre los dientes más de cuatro verdades, que andan por salir a la plaza del mundo. ¡Sírvasse Dios con todo!

A lo que dijo Auristela:

—De estimar es, ¡oh Clodio!, el sacrificio que haces al cielo de tu silencio.

Rosamunda, que era una de las llegadas a la conversación, volviéndose a Auristela, dijo:

—El día que Clodio fuere callado seré yo buena, porque en mí la torpeza y en él la murmuración son naturales, puesto que más esperanza puedo yo tener de enmendarme que no él, porque la hermosura se envejece con los años y, faltando la belleza, menguan los torpes deseos; pero sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdicción el tiempo y, así, los ancianos murmuradores hablan más cuanto más viejos, porque han visto más y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado y recogido a la lengua.

—Todo es malo —dijo Transila—. Cada cual por su camino va a parar a su perdición.

—El que nosotros ahora hacemos —dijo Ladislao— próspero y felice ha de ser, según el viento se muestra favorable y el mar tranquilo.

—Así se mostraba esta pasada noche —dijo la bárbara

²¹ Paso = 'despacio' o 'en voz baja, y, por extensión, 'cuidado, atención'.

²² dar (o darse) un filo = 'afilarse, aguzarse', y, por extensión, 'poner a punto'. Ocurre en EVF y en RdM.

Constanza—, pero el sueño del señor Mauricio nos puso en confusión y alboroto tanto, que ya yo pensé que nos había sorbido el mar a todos.

—En verdad, señora —respondió Mauricio—, que, si yo no estuviera enseñado en la verdad católica y me acordara de lo que dice Dios en el *Levítico*: «No seáis agoreros, ni deis crédito a los sueños», porque no a todos es dado el entenderlos²³, que me¹ atreviera a juzgar del sueño que me puso en tan gran sobresalto. El cual, según a mi parecer, no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños, que, cuando no son revelaciones divinas o ilusiones del demonio, proceden o de los muchos manjares, que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido común, o ya de aquello que el hombre trata más de día²⁴. Ni el sueño que a mí me turbó cae debajo de la observación de la astrología, porque, sin guardar puntos ni observar astros, señalar rumbos ni mirar imágenes, me pareció ver visiblemente que, en un gran palacio de madera, donde estábamos todos los que aquí vamos, llovían rayos del cielo que le abrían todo y, por las bocas que hacían, descargaban las nubes no sólo un mar, sino mil mares de agua; de tal manera, que,

¹ M1: en el *Levítico*: No seáis agoreros ni deis crédito a los sueños, porque no a todos es dado, el entenderlos: que me

M5, M6, B2, B3, B4, M10, M11, M14 quitan los dos puntos que, en la *princeps*, cierran la «cita».

B5, M13, M16, B9, M17, M18, BA2, M21, M22, B10, B11 colocan comillas en lugar de los dos puntos iniciales y finales.

M23, *PECP*, AH usan también comillas, pero cerrando la cita tras *sueños*

²³ Como ya indica A. Castro (C, 1925: 102-103) y más tarde AA, la cita del *Levítico* (19, 26) es, en realidad, más corta: «Non augurabimini nec observabitis somnia.»

²⁴ En *VdP* (c. VI, terc. 1-3), C. vuelve a repetir, casi literalmente, la doctrina aquí expuesta por Mauricio. Contra la «antihistórica posición» de De Lollis, que se burla de la explicación de C., A. Castro responde muy incisivamente en C, 1925 (103). Yo recordaré las palabras del P. Pineda, quien, con razón, considera a Aristóteles y a Macrobio como las grandes autoridades en la materia (diál. IV, secc. 3, y diál. V, secc. 2) y el importante tratado de Gerolamo Cardano, *Synesiourum somniorum omnis generis insomnia explicantes libri III* (1.^a ed., 1562. Cfr. ahora la trad. ital.: *Sul sonno e sul sognare*, a cura di Mauro Mancia e Agnese Grieco, Venecia, Marsilio, 1989).

creyendo que me iba anegando, comencé a dar voces y a hacer los mismos ademanes que suele hacer el que se anega; y aún no estoy tan libre deste temor que no me queden algunas reliquias en el alma. Y como sé que no hay más cierta astrología que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, ¿qué mucho que, yendo navegando en un navío de madera, tema rayos del cielo, nubes del aire y aguas de la mar? Pero lo que más me confunde y suspende es que, si algún daño nos amenaza, no ha de ser de ningún elemento que destinada y precisamente se disponga a ello, sino de una traición, forjada, como ya otra vez he dicho, en algunos lascivos pechos.

—No me puedo persuadir —dijo a esta sazón Arnaldo— que, entre los que van por el mar navegando, puedan entremeterse las blanduras de Venus ni los apetitos de su torpe hijo; al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte, guardándose para mejor vida.

Esto dijo Arnaldo, por dar a entender a Auristela y a Perandro, y a todos aquellos que sus deseos conocían, cuán ajustados iban sus movimientos con los de la razón²⁵. Y prosiguió, diciendo:

—El príncipe justo razón es que viva seguro entre sus vasallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del príncipe.

—Así es —respondió Mauricio— y aun es bien que así sea; pero dejemos pasar este día, que, si él da lugar a que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pediré (y las daré) albri-cias del buen suceso.

Iba el sol a esta sazón a ponerse en los brazos de Tetis²⁶ y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta allí había tenido; soplabla favorable el viento; por parte ninguna se descubrían celajes que turbasen los marineros; el cielo, la

²⁵ No se olviden, de cualquier modo, las palabras del propio Arnaldo en I, 16 (226), acerca de la vehemencia en él ejercida por el deseo concupiscente.

²⁶ Osuna (C, 1972: 83) constata que en 242 se nos habla de un alba y ahora de la puesta del sol. «¿Existirían entre estas páginas otras que el novelista relegó luego?» Cabe responder que la densa conversación sostenida por los personajes justifica de algún modo —dentro de la convención que es *toda* obra literaria— el paso de unas horas.

mar, el viento, todos juntos y cada uno de por sí, prometían felicísimo viaje, cuando el prudente Mauricio dijo en voz turbada y alta:

—¡Sin duda nos anegamos! ¡Anegámonos sin duda!

CAPÍTULO DIECINUEVE DEL PRIMERO LIBRO^a

*Donde se da cuenta de lo que dos soldados
hicieron, y la división de Periandro y Auristela*

A cuyas voces respondió Arnaldo:

—¿Cómo es esto, oh gran Mauricio? ¿Qué aguas nos sorben o qué mares nos tragan? ¿Qué olas nos embisten?

La respuesta que le dieron a Arnaldo fue ver salir debajo de la cubierta a un marinero despavorido, echando agua por la boca y por los ojos, diciendo con palabras turbadas y mal compuestas:

—Todo este navío se ha abierto por muchas partes; el mar se ha entrado en él tan a rienda suelta que presto le veréis sobre esta cubierta. Cada uno atienda a su salud y a la conservación de la vida. Acógete, ¡oh príncipe Arnaldo!, al esquife o a la barca y lleva contigo las prendas que más estimas, antes que tomen entera posesión dellas estas amargas aguas.

Estancó en esto el navío¹, sin poderse mover por el peso de las aguas, de quien ya estaba lleno; amainó el piloto todas las velas de golpe y todos, sobresaltados y temerosos, acudieron a buscar su remedio. El príncipe y Periandro fueron al esquife y, arrojándole al mar, pusieron en él a Auristela, Transila, Ricla y a la bárbara Constanza, entre las cuales, viendo que no se acordaban della, se arrojó Rosamunda y, tras ella, mandó Arnaldo entrarse Mauricio. En este

^a P2 lo presenta como IX

¹ *estancar* = 'pararse' (Nebrija: en *TL*); 'fermarsì e posarsi una cosa e non passar piú innanzi' (Franciosini: en *TL*).

tiempo andaban dos soldados descolgando la barca que al costado del navío venía asida y, el uno dellos, viendo que el otro quería ser el primero que entrase dentro, sacando un puñal de la cinta, se le envainó en el pecho, diciendo a voces:

—Pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva a ti de castigo y a mí de escarmiento, a lo menos, el poco tiempo que me queda de vida.

Y, diciendo esto, sin querer aprovecharse del acogimiento que la barca les ofrecía, desesperadamente se arrojó al mar, diciendo a voces y con mal articuladas palabras:

—Oye, ¡oh Arnaldo!, la verdad que te dice este traidor, que en tal punto es bien que la diga: yo y aquel a quien me viste pasar el pecho por muchas partes abrimos y taladramos este navío, con intención de gozar de Auristela y de Transila, recogiénolas en el esquife, pero, habiendo visto yo haber salido mi disinio contrario de mi pensamiento, a mi compañero quité la vida y a mí me doy la muerte.

Y, con esta última palabra, se dejó ir al fondo de las aguas, que le estorbaron la respiración del aire y le sepultaron en perpetuo silencio. Y, aunque todos andaban confusos y ocupados, buscando, como se ha dicho, en el común peligro algún remedio, no dejó de oír las razones Arnaldo del desesperado y él y Periandro acudieron a la barca y, habiendo, antes que entrasen en ella, ordenado que entrase en el esquife Antonio el mozo, sin acordarse de recoger algún bastimento, él, Ladislao^b, Antonio el padre, Periandro y Clodio se entraron en la barca y fueron a abordar con el esquife, que algún tanto se había apartado del navío, sobre el cual ya pasaban las aguas y no se parecía dél sino el árbol mayor, como en señal que allí estaba sepultado.

Llegóse en esto la noche, sin que la barca pudiese alcanzar al esquife, desde el cual daba voces Auristela llamando

^b M1 y todas las eds. del siglo XVII: *bastimento*. *El Ladislao*

M5, M6, B2, B3, B4, M7, M8, NY, M10, Par6, M15: *bastimento*. *El Ladislao*

Adopto la puntuación registrada en M9, M11, M12, M13, Vall, B6, B7, B8, M16, M17, M18, M19, M21, M22, B10, B11, M23, *PECP*, AH.

a su hermano Periandro, que la respondía, reiterando muchas veces su para él dulcísimo nombre. Transila y Ladislao hacían lo mismo y encontrábanse en los aires las voces de «¡Dulcísimo esposo mío!» y «¡Amada esposa mía!», donde se rompían sus disinius y se deshacían sus esperanzas con la imposibilidad de no poder juntarse, a causa que la noche se cubría de escuridad y los vientos comenzaron a soplar de partes diferentes.

En resolución, la barca se apartó del esquife y, como más ligera y menos cargada, voló por donde el mar y el viento quisieron llevarla; el esquife, más con la pesadumbre que con la carga de los que en él iban, se quedó, como si a posta^c quisieran que no navegara². Pero, cuando la noche cerró con más escuridad que al principio, comenzaron a sentir de nuevo la desgracia sucedida; viéronse en mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del cielo y faltos de la comodidad que les podía ofrecer la tierra; el esquife, sin remos y sin bastimentos y, la hambre, sólo detenida de la pesadumbre que sintieron.

Mauricio, que había quedado por patrón y por marinero del esquife, ni tenía con qué ni sabía cómo guialle, antes, según los llantos, gemidos y suspiros de los que en él iban, podía temer que ellos mismos le anegarian. Miraba las estrellas y, aunque no parecían de todo en todo, algunas, que por entre la oscuridad se mostraban, le daban indicio de venidera serenidad, pero no le mostraban en qué parte se hallaba.

No consintió el sentimiento que el sueño aliviase su angustia, porque se les pasó la noche velando y se vino el día, no a más andar, como dicen, sino para más penar, porque con él descubrieron por todas partes el mar cerca y lejos³,

^c B1, Bru, M2, M3, M8, B5, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M16, B9, M17, M18, M19, M21, M23: *se quedó como si apostara*

² La puntuación adoptada por varios eds. demuestra que no han tenido en cuenta lo que significa exactamente *se quedó* en este pasaje. Tomado, como es natural, en su acepción náutica (a decir verdad, ausente tanto de *DA* como de *DRAE*) equivale a 'detenerse, no poder seguir navegando'.

³ *descubrieron... el mar*. Aquí, 'mirarlo con atención', 'escrutarlo'. Cfr. nota 6.

por ver si topaban los ojos con la barca que les llevaba las almas o algún otro bajel que les prometiese ayuda y socorro en su necesidad, pero no descubrieron otra cosa que una isla a su mano izquierda, que juntamente los alegró y los entristeció. Nació la alegría de ver cerca la tierra y, la tristeza, de la imposibilidad de poder llegar a ella, si ya el viento no los llevase. Mauricio era el que más confiaba de la salud de todos, por haber hallado, como se ha dicho, en la figura que como judicario había levantado que aquel suceso no amenazaba muerte, sino descomodidades casi mortales.

Finalmente, el favor de los cielos se mezcló con los vientos, que poco a poco llevaron el esquife a la isla y les dio lugar de tomarle en la tierra en una espaciosa playa, no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve, que toda la cubría. Miserables son y temerosas las fortunas del mar⁴, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrezcan. La nieve de la desierta playa les pareció blanda arena y, la soledad, compañía. Unos en brazos de otro desembarcaron. El mozo Antonio fue el Atlante de Auristela y de Transila, en cuyos hombros también desembarcaron Rosamunda y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de un peñón que no lejos de la playa se mostraba, habiendo antes, como mejor pudieron, varado el esquife en tierra, poniendo en él, después de en Dios, su esperanza⁵.

Antonio, considerando que la hambre había de hacer su oficio y que ella había de ser bastante a quitarles las vidas, aprestó su arco, que siempre de las espaldas le colgaba, y

⁴ *fortunas*. Para Terlingen se trata de un italianismo, en su acepción de 'tempestad marítima'. A mi parecer, es más persuasivo DCELC, cuando lo considera un vocablo esencialmente mediterráneo, que surge en Italia, Occitania y Cataluña. En castellano es corriente desde siglo xv.

⁵ Esta «isla nevada» —dicen S-B— recuerda la aventura del caballero Pietro Querino (cfr. Ramusio, *Navigazioni e viaggi*, ed. cit., IV, 61 y ss.). Para Novo y Fernández Chicharro (C, 1928: 26) podría tratarse de «los Dofrines, enlazados con la parte de la península escandinava llamada Godandia o Gotia, y que C. supone una isla».

dijo que él quería ir a descubrir la tierra⁶, por ver si hallaba gente en ella o alguna caza que socorriese su necesidad. Vinieron todos con su parecer y, así, se entró con ligero paso por la isla, pisando, no tierra, sino nieve, tan dura, por estar helada, que le parecía pisar sobre pedernales. Siguióle, sin que él lo echase de ver, la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los demás, que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba a dejallos. Volvió la cabeza Antonio a tiempo y en lugar donde nadie los podía ver y, viendo junto a sí a Rosamunda, le dijo:

—La cosa de que menos necesidad tengo, en esta que agora padecemos, es la de tu compañía. ¿Qué quieres, Rosamunda? Vuélvete, que ni tú tienes armas con que matar género de caza alguna ni yo podré acomodar el paso a esperarte. ¿Qué⁷ me sigues?

—¡Oh inesperto mozo —respondió la mujer torpe—, y cuán lejos estás de conocer la intención con que te sigo y la deuda que me debes!

Y en esto se llegó junto a él y prosiguió diciendo:

—Ves aquí, ¡oh nuevo cazador, más hermoso que Apolo!, otra nueva Dafne, que no te huye, sino que te sigue⁸. No mires que ya a mi belleza la marchita el rigor de edad ligera siempre, sino considera en mí a la que fue Rosamunda, domadora de las cervices de los reyes y de la libertad de los más esentos hombres⁹. Yo te adoro, generoso joven, y aquí, entre estos yelos y nieves, el amoroso fuego me está haciendo ceniza el corazón. Gozémonos, y tenme por tuya, que yo te llevaré a parte donde llenes las manos de tesoros, para ti, sin duda alguna, de mí recogidos y guardados, si llegamos a Inglaterra, donde mil bandos de muerte tienen amenazada mi vida. Escondido te llevaré adonde te entregues¹⁰

⁶ *descubrir la tierra* = 'es hacer entrada por algún país oculto o ignorado' (DA).

⁷ *qué* = 'por qué, para qué'.

⁸ Cfr. 1I, 15 (222 y nota 2).

⁹ *esento* = 'Significa a veces libre, desahogado y desembarazado en su modo de vida, y que no tiene vergüenza ni empacho' (DA).

¹⁰ *entregarse en* = 'significa también tomar y aprehender alguna hacienda, bienes, etc.' (DA). Cfr. también DCELC.

en más oro que tuvo Midas¹¹ y en mas riquezas que acumuló Craso^{d,12}.

Aquí dio fin a su plática, pero no al movimiento de sus manos, que arremetieron a detener las de Antonio, que de sí las apartaba, y, entre esta tan honesta como torpe contienda, decía Antonio:

—¡Detén-te, oh harpía! ¡No turbes ni afees las limpias mesas de Fineo!¹³. ¡No fuerces, oh bárbara egipcia, ni inci-

^d P2, M4, M5, M6, B2, B3, B4, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M17, B9, M18, M19, M21, BA2, M22, B10: *Cresso* (o *Creso*)

Entre las traducciones ultracorrigen Par4, Lon2, Lud, MBNL2, A, Ber, Q-L, Mos, Mi1, Bu, (¿Par8?), Ven3.

¹¹ Del mismo *Midas* a que ya tuvo ocasión de referirse el «maldiciente Clodio» (I, 14: 219) aparece ahora la dimensión más conocida: la del *rico* paradigmático. En este sentido, cfr. de nuevo Ovidio, *Metamorfosis*, XI, 90-145, donde narra la leyenda de su poder —que al fin le fue falta— de transformar en oro cuanto tocaba.

¹² AA anota: «Entiéndase Creso». Lo mismo hacen, sin decirlo, Márculescu y Ruffinatto. Pero es sabido que Marco Licinio Craso, triunviro con César y Pompeyo, reunió enormes riquezas y llegó a convertirse en una de las personificaciones de la abundancia desmedida, en competencia con Creso, rey de Lidia. (Cfr., p. ej., Plutarco, *Vidas paralelas*). Erasmo recoge en sus *Adagios* (chil. I, cent. VI, 74) uno que debió de tener gran circulación, donde ambos nombres paradigmáticos aparecen unidos, sin duda también a causa de la proximidad fonética: *Croeso, Crasso ditior*.

Las alusiones al primero o al segundo, separadamente, o a los dos juntos, o a uno —o a los dos— en unión de Midas, son innumerables en la literatura —no sólo castellana, por supuesto— de los siglos XVI y XVII. En algunas ocasiones, cuando se trata de versos, la elección entre *Crasso* (también escrito, ya, *Craso*) y *Creso* se explica, sin duda, por razones puramente rítmicas. Cfr. *PECP* (116-117), donde se hallarán testimonios —también cervantinos— de *Craso* —no *Creso*—, sin otro nombre paradigmático que lo acompañe; de *Craso* y *Creso*, compresentes; de *Craso* (no *Creso*) junto a *Mida(s)* y, en fin, de *Cras(s)o*, *Creso* y *Mida(s)*, todos juntos.

¹³ Apolonio de Rodas cuenta en las *Argonáuticas* (II, 285-297) la historia de Fineo, rey de Tracia, quien, culpable de haber revelado una decisión de los dioses y de haber perseguido a los hijos de su primer matrimonio, fue atormentado por las (H)arpías, monstruos con rostro de mujer y cuerpo de buitres. Diariamente aparecían éstas en el palacio, robando los manjares y ensuciando la mesa real, hasta que la intervención de Cetes y Calais liberó a la pobre víctima del hambre. Obligadas a alejarse de Tracia, cuenta Virgilio (*Eneida*, III, 209-268) que las Arpías se refugiaron en las islas Estrófades, donde molestan a los exiliados troyanos y los amenazan con crudas guerras. En el *Orlando furioso* (XXIII, 107-144 y XXXIV, 1 y ss.), Ariosto aplica la historia a un rey de Etiopía.

tes la castidad y limpieza deste que no es tu esclavo!¹⁴. ¡Tarázate la lengua, sierpe maldita; no pronuncies con deshonestas palabras lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos! Mira el poco lugar que nos queda desde este punto al de la muerte, que nos está amenazando con la hambre y con la incertidumbre de la salida deste lugar, que, puesto que fuera cierta, con otra intención la acompañara que con la que me has descubierto. ¡Desvíate de mí y no me sigas, que castigaré tu atrevimiento y publicaré tus locuras! Si te vuelves, mudaré propósito y pondré en silencio tu desvergüenza; si no me dejas, te quitaré la vida.

Oyendo lo cual la lasciva Rosamunda, se le cubrió el corazón¹⁵, de manera que no dio lugar a suspiros, a ruegos ni a lágrimas. Dejóla Antonio, sagaz y advertido; volvióse Rosamunda y él siguió su camino, pero no halló en él cosa que le asegurase, porque las nieves eran muchas, y los caminos ásperos, y la gente ninguna; y advirtiéndole que, si adelante pasaba, podía perder el camino de vuelta, se volvió a juntar con la compañía.

Alzaron todos las manos al cielo y pusieron los ojos en la tierra, como admirados de su desventura. A Mauricio dijeron que volvieran al mar el esquife, pues no era posible remediarse en la imposibilidad y soledad de la isla.

CAPÍTULO VEINTE^a

De un notable caso que sucedió en la isla nevada

A poco tiempo que pasó el día, desde lejos vieron venir una nave gruesa, que les levantó las esperanzas de tener remedio. Amainó la velas y pareció que se dejaba detener las

^a P2 lo presenta como X

¹⁴ Cfr. Génesis, 39, 7-15, con la historia de la tentación de José por parte de la mujer de Putifar.

¹⁵ *cubrírsele a uno el corazón* = 'entristecerse profundamente'. La fórmula ocurre también en *EAL*.

áncoras, y con diligencia presta arrojaron el esquife a la mar y se vinieron a la playa, donde ya los tristes se arrojaban al esquife. Auristela dijo que sería bien que aguardasen los que venían, por saber quién eran. Llegó el esquife de la nave y encalló en la fría nieve, y saltaron en ella dos al parecer gallardos y fuertes mancebos, de estremada disposición y brío, los cuales sacaron encima de sus hombros a una hermosísima doncella, tan sin fuerzas y tan desmayada que parecía que no le daba lugar para llegar a tocar la tierra. Llamaron a voces los que estaban ya embarcados en el otro esquife y les suplicaron que se desembarcasen, a ser testigos de un suceso que era menester que los tuviese. Respondió Mauricio que no había remos para encaminar el esquife, si no les prestaban los del suyo. Los marineros, con los suyos, guiaron los del otro esquife y volvieron a pisar la nieve.

Luego los valientes jóvenes asieron de dos tablachinas¹, con que cubrieron los pechos, y, con dos cortadoras espadas en los brazos, saltaron de nuevo en tierra. Auristela, llena de sobresalto y temor, casi con certidumbre de algún nuevo mal, acudió a ver la desmayada y hermosa doncella, y lo mismo hicieron todos los demás. Los caballeros dijeron:

—Esperad, señores, y estad atentos a lo que queremos deciros.

—Este caballero y yo —dijo el uno— tenemos concertado de pelear por la posesión de esa enferma doncella que ahí veis; la muerte ha de dar la sentencia en favor del otro, sin que haya otro medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia, si ya no es que ella, de su voluntad, ha de escoger cuál de nosotros dos ha de ser su esposo, con que hará envainar nuestras espadas y sosegar nuestros espíritus. Lo que pedimos es que no estorbéis en manera alguna nuestra porfía, la cual lleváramos hasta el cabo, sin tener temor que nadie nos la estorbara, si no os hubiéramos menester para que miráades. Si estas soledades pueden ofrecer algún remedio para dilatar siquiera la vida de esa doncella, que es tan poderosa para acabar las nuestras, la priesa que nos obliga a dar conclusión a nuestro ne-

¹ *tablachina* = 'especie de adarga de madera'.

gocio no nos da lugar para preguntaros por agora quién sois, cómo estáis en este lugar tan solo y tan sin remos que no los tenéis, según parece, para desviaros desta isla tan sola que aun de animales no es habitada.

Mauricio les respondió que no saldrían un punto de lo que querían; y luego echaron los dos mano a las espadas, sin querer que la enferma doncella declarase primero su voluntad, remitiendo antes su pendencia a las armas que a los deseos de la dama. Arremetieron el uno contra el otro y, sin mirar reglas, movimientos, entradas, salidas y compases², a los primeros golpes el uno quedó pasado el corazón de parte a parte y el otro abierta la cabeza por medio; éste le concedió el cielo tanto espacio de vida, que le tuvo de llegar a la doncella y juntar su rostro con el suyo, diciéndole:

—¡Vencí, señora! ¡Mía eres! Y, aunque ha de durar poco el bien de poseerte, el pensar que un solo instante te podré tener por mía, me tengo por el más venturoso hombre del mundo. Recibe, señora, esta alma, que envuelta en estos últimos alientos te envió; dales lugar en tu pecho, sin que pidas licencia a tu honestidad, pues el nombre de esposo a todo esto da licencia.

La sangre de la herida bañó el rostro de la dama, la cual estaba tan sin sentido que no respondió palabra. Los dos marineros que habían guiado el esquife de la nave saltaron en tierra y fueron con presteza a requerir así al muerto de la estocada como al herido en la cabeza. El cual, puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, envió su alma a los aires y dejó caer el cuerpo sobre la tierra.

Auristela, que todas estas acciones había estado mirando antes de descubrir y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegó de propósito a mirarla y, limpiándole la sangre que había llovido del muerto enamorado, conoció ser su doncella Taurisa, la que lo había sido al tiempo que ella estuvo en poder del príncipe Arnaldo, que le había di-

² Por antífrasis, C. parece aludir a la *Filosofía de las armas*, manual de «esgrima científica» de Jerónimo de Carranza, elogiado en LG (libro VI, «canto de Calíope»). Cfr. también *Quijote*, II, 19.

cho la dejaba en poder de dos caballeros que la llevasen a Irlanda, como queda dicho. Auristela quedó suspensa, quedó atónita, quedó más triste que la tristeza misma, y más cuando vino a conocer que la hermosa Taurisa estaba sin vida.

—¡Ay —dijo a esta sazón—, con qué prodigiosas señales me va mostrando el cielo mi desventura, que, si se rematara con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa, que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten y entretengan, hacen dichosa la vida! ¿Qué red barredera es esta con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? ¿Qué imposibles son estos que descubro a cada paso de mi remedio? Mas, pues aquí son escusados los llantos y son de ningún provecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos por ahora a la piedad y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos.

Y luego pidió a Mauricio pidiese a los marineros del esquiife volviesen al navío por instrumentos para hacer las sepulturas. Hízolo así Mauricio, y fue a la nave con intención de concertarse con el piloto o capitán que hubiese para que los sacase de aquella isla y los llevase adondequiera que fuesen. En este entretanto tuvieron lugar Auristela y Tránsila de acomodar a Taurisa para enterralla, y la piedad y honestidad cristiana no consintió que la desnudasen. Volvió Mauricio con los instrumentos, habiendo negociado todo aquello que quiso. Hízose la sepultura de Taurisa, pero los marineros no quisieron, como católicos, que se hiciese ninguna a los muertos en el desafío³.

³ AA recuerda que el Concilio Toledano de 1473 había prohibido ya la sepultura de los muertos en desafío, pero que la misma «se afirmó solemnemente en el Concilio de Trento, sesión XXV, cap. XIX, donde se lee. 'Si in ipsu conflictu decesserint, perpetuo careant ecclesiasticae sepulturae'». SA-RH y Molho (B, 1994) se hacen eco de estas frases. Lo curioso es que ni los editores ni el traductor hayan notado que una cosa es negar la sepultura eclesiástica (en cementerio de iglesia o en la iglesia misma, como se usaba en la época) y otra, muy distinta —e impensable— negarla en absoluto. Si bien se mira, C. abona aquí una interpretación excesiva, pero no insólita, del canon en cuestión, testimoniada, también, p. ej., en Pedro Manuel de Urrea, *La penitencia de amor* (en José Luis Canet Vallés, *De la comedia humanística al teatro representado*, UNED-Universidad de Sevilla-Universitat de València, 1993: 139) y M. de Santa Cruz, *Floresta española* (n. 552).

Rosamunda, que, después que volvió de haber declarado su mal pensamiento al bárbaro Antonio, nunca había alzado los ojos del suelo (que sus pecados se los tenían aterrados)⁴, al tiempo que iban a sepultar a Taurisa, levantando el rostro, dijo:

—Si os preciáis, señores, de caritativos, y si anda en vuestros pechos al par la justicia y la misericordia, usad destas dos virtudes conmigo. Yo, desde el punto que tuve uso de razón, no la tuve, porque siempre fui mala. Con los años verdes y con la hermosura mucha, con la libertad demasiada y con la riqueza abundante, se fueron apoderando de mí los vicios, de tal manera, que han sido y son en mí como accidentes inseparables. Ya sabéis, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pie sobre las cervices de los reyes y he traído a la mano que he querido las voluntades de los hombres; pero el tiempo, salteador y robador de la humana belleza de las mujeres, se entró por la mía tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea que desengañada. Mas, como los vicios tienen asiento en el alma, que no envejece, no quieren dejarme; y, como yo no les hago resistencia, sino que me dejo ir con la corriente de mis gustos, heme ido ahora con el que me da el ver siquiera a este bárbaro muchacho, el cual, aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde a la mía, que es de fuego, con la suya, que es de helada nieve⁵. Véome despreciada y aborrecida, en lugar de estimada y bien querida: golpes que no se pueden resistir con poca paciencia y con mucho deseo. Ya ya la muerte me va pisando las faldas y estiende la mano para alcanzarme de la vida; por lo que veis que debe la bondad del pecho que la tiene al miserable que se le encomienda, os suplico que cubráis mi fuego con yelo y me enterréis en esa sepultura; que, puesto que mezcléis mis lascivos huesos con los de esa casta doncella, no los contaminarán, que las reliquias buenas siempre lo son dondequiera que estén.

⁴ *aterrados* = 'echados por tierra, puestos en el suelo'. Recuérdese, p. ej., *Quijote*, I, 14.

⁵ Para el tópico contraste *fuego* / *nieve* como efecto del amor (es el petrarquesco *ardere ed algere*) y/o de la pasión sensual, cfr. I, 19 (250).

Y, volviéndose al mozo Antonio, prosiguió:

—Y tú, arrogante mozo, que agora tocas o estás para tocar los márgenes y rayas del deleite, pide al cielo que te encamine de modo que ni te solicite edad larga ni marchita belleza; y, si yo he ofendido tus recientes oídos (que así los puedo llamar)⁶ con mis inadvertidas y no castas palabras, perdóname, que los que piden perdón en este trance, por cortesía siquiera merecen ser, si no perdonados, a lo menos escuchados.

Esto diciendo, dio un suspiro, envuelto en un mortal desmayo.

CAPÍTULO VEINTE Y UNO DEL PRIMER LIBRO

de los Trabajos de Persiles y Sigismunda^a

—Yo no sé —dijo Mauricio a esta sazón— qué quiere este que llaman amor por estas montañas, por estas soledades y riscos, por entre estas nieves y yelos, dejándose allá los Pafos, Gnidos^b, las Cipres¹, los Elíseos Campos, de quien huye la hambre y no llega incomodidad alguna. En el cora-

^a P2 lo presenta como XI

M5 y seguidoras: *Salen de la isla nevada en el navío de los cosarios*

^b M1: *Noydos*

M3: *Gnidios*

A partir de M7, todas las eds. traen *Gnydos* o *Gnidos* (pero la errata está ya corregida en las primeras traducciones: Par3, Lon1 y Ven1).

⁶ Obsérvese la oposición ostentadamente «culta»: *reciente* ('joven') / *antiguo* ('viejo': cfr. I, 4: 143 y nota 6). Con esta precisa acepción, *reciente* ocurre también, p. ej., en *El pastor de Fílida*, de Luis Gálvez de Montalvo (en NBAE, 495).

¹ Sorprende que la errata *Noydos* haya podido durar tanto, aun teniendo en cuenta el descuido con que solían hacerse las impresiones. Basta pensar en la oda de Horacio (I, 30) donde aparecen tres de los cuatro topónimos evocados por C. o en una de las numerosas imitaciones —por no hablar de las traducciones— de la misma (cfr., p. ej., la *Égloga amorosa*, de Lope de Vega).

Cipre / Cypre es forma bien documentada en la literatura de la época. Cfr. PECP (118).

zón sosegado, en el ánimo quieto tiene el amor deleitable su morada, que no en las lágrimas ni en los sobresaltos.

Auristela, Transila, Constanza y Ricla quedaron atónitas del suceso y, con callar, le admiraron, y, finalmente, con no pocas lágrimas enterraron a Taurisa; y, después de haber vuelto Rosamunda del pesado desmayo, se recogieron y embarcaron en el esquife de la nave, donde fueron bien recibidos y regalados de los que en ella estaban, satisfaciendo luego todos la hambre que les aquejaba [sino] Rosamunda, que estaba tal, que^{c,2} por momentos llamaba a las puertas de la muerte³. Alzaron velas, lloraron algunos los capitanes muertos y instituyeron luego uno que lo fuese de todos, y siguieron su viaje, sin llevar parte conocida donde le encañasen, porque era de cosarios, y no irlandeses, como a Arnaldo le habían dicho, sino de una isla rebelada contra Inglaterra⁴. Mauricio, mal contento de aquella compañía, siempre iba temiendo algún revés de su acelerada⁵ costum-

^c MI: solo Rosamunda, que estaba tal, que
M13: sólo Rosamunda estava tal que

² La enmienda aquí propuesta, sobre ser más leve que la precedente, tiene la ventaja de calcar una construcción frequentísima en el español preclásico y clásico. Cfr. *PECP* (119).

³ Cfr. I, 10 (193)

⁴ Cfr. I, 17 (230). Existe una vistosa contradicción entre lo allí escrito y lo que ahora leemos. Arnaldo hablaba entonces, en términos inequívocos, de *amigos*, y justificaba la entrega de Taurisa a los mismos con el hecho de que su propio bajel parecía «más de cosario que de hijo de rey». Aquí, C. corrige conscientemente una sola de las anteriores especies, pero deja el resto inexplicado. No hay más remedio que pensar en un «descuido» —y esta vez muy vistoso.

¿Cuál será esa «isla rebelada contra Inglaterra»? Teniendo bien presente que, en el *Persiles*, Hibernia *no* es Irlanda, he consultado muchas historias de Inglaterra, de Escocia, incluso de las islas Hébridas, Feroe, Orcadas, Shetland..., sin encontrar solución conveniente. Las únicas «rebeliones» de la época que han pasado a los libros de referencia —si se excluyen, claro está, las de Irlanda— tienen lugar no contra Inglaterra, sino contra Escocia, de 1605 a 1607 (en las llamadas «islas del sur» y en las «islas occidentales») y, de 1609 a 1615, en las Orcadas. Con toda evidencia, C. ha puesto en juego una vez más, su fantasía.

⁵ *acelerada*. En el adjetivo estaban copresentes, desde mucho tiempo atrás, dos diferentes —si bien parecidos— términos latinos: *accelerata* y *scelerata*. C. recurre mucho a él, siempre en la acepción (propia del segundo) de 'criminal, malvada'.

bre y mal modo de vivir y, como viejo y experimentado en las cosas del mundo, no le cabía el corazón en el pecho, temiendo que la mucha hermosura de Auristela, la gallardía y buen parecer de su hija Transila, los pocos años y nuevo traje de Constanza no despertasen en aquellos cosarios algún mal pensamiento. Servíales de Argos el mozo Antonio, de lo que sirvió el pastor de Anfriso⁶; eran los ojos de los dos centinelas no dormidas, pues por sus cuartos la hacían a las mansas y hermosas ovejuelas, que debajo de su solícitud y vigilancia se amparaban.

Rosamunda, con los continuos desdenes, vino a enflaquecer de manera que una noche la hallaron en una cámara del navío sepultada en perpetuo silencio. Harto habían llorado, mas no dejaron de sentir su muerte compasiva y cristianamente. Sirviola el ancho mar de sepultura, donde no tuvo harta agua para apagar el fuego⁷ que causó en su pecho el gallardo Antonio⁸.

El cual y todos rogaron muchas veces a los cosarios que

⁶ *Argos* es el boyero, que, por encargo de Júpiter, custodiaba en los prados celestes a Io, convertida por celos de Juno en blanca ternera. Tenía innumerables ojos en todo el cuerpo o, según otra tradición, sólo en las partes anterior y posterior del mismo. (Muchos entienden que Argos equivale a 'pavo real', cuya cola está «llena de ojos» y es ave emblemática, precisamente, de Juno).

El pastor de Anfriso es Apolo, quien hizo pastar, en las riberas de este río, al rebaño de Admeto. (Notter recuerda que las palabras «pastor ab Amphryso» están en la *Geórgica* II, 2.)

⁷ Una vez más, el tópico contraste: ahora, con la variante del agua, elemento contrario al fuego. Calderón, p. ej., lo revive a su manera en *Ni amor se libra de amor* (acto II): «Echado al mar, cuyo fuego / aun no apagó nieve tanta.»

⁸ La irrefrenable pasión que Rosamunda sintiera por el adolescente Antonio no deja de encontrar en los personajes cervantinos una profunda comprensión. En realidad, la propia desventurada había reconocido no mucho antes la «naturalidad» de su torpeza (cfr. I, 18: 256). Al lector del *Persiles* que es a la vez lector de la *Historia etiópica* esta actitud no puede sorprenderle. También Heliodoro, en su papel de «narrador», muestra comprensión y tolerancia hacia su personaje «tentador», Ársace, esposa del sátrapa de Babilonia (VII, 260): «Y como la pobrecilla era de condición que fácilmente se dejaba arrastrar en las cosas de sensualidad, agora principalmente estaba inflamada con la vista de la escelente hermosura de Teágenes...»

los llevasen de una vez a Irlanda o a Hibernia⁹, si ya no quisiesen a Inglaterra o Escocia; pero ellos respondían que, hasta haber hecho una buena y rica presa, no habían de tocar en tierra alguna, si ya no fuese a hacer agua o a tomar bastimentos necesarios. La bárbara Ricla bien comprara a pedazos de oro que los llevaran a Inglaterra; pero no osaba descubrirlos, porque no se los robasen antes que se los pidiesen. Dioles el capitán estancia aparte y acomodóles de manera que les aseguró de la insolencia que podían temer de los soldados.

Desta manera anduvieron casi tres meses por el mar, de unas partes a otras: ya tocaban en una isla, ya en otra, y ya se salían al mar descubierta, propia costumbre de cosarios que buscan su ganancia. Las veces que había calma y el mar sosegado no les dejaba navegar, el nuevo capitán del navío se iba a entretener a la estancia de sus pasajeros y con pláticas discretas y cuentos graciosos, pero siempre honestos, los entretenía, y Mauricio hacía lo mismo. Auristela, Transila, Ricla y Constanza más se ocupaban en pensar en la ausencia de las mitades de su alma que en escuchar al capitán ni a Mauricio; con todo esto, estuvieron un día atentas a la historia que en este siguiente capítulo se cuenta que el capitán les dijo.

CAPÍTULO VEINTE Y DOS^a

Donde el capitán da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba a hacer en su reino el rey Policarpo

—Una de las islas que están junto a la de Hibernia me dio el cielo por patria. Es tan grande que toma nombre de reino¹, el cual no se hereda ni viene por sucesión de padre

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

⁹ Cfr. I, 12 (205, notas 7 y 8).

¹ Cfr. 12 (77). Mauricio declara haber nacido en una de las «siete islas circunvecinas a Hibernia». Evidentemente, la suya no es la misma de que ahora habla el capitán. (En I, 22 [263], aparece *Scinta*, isla «que no está lejos» de ésta: cfr. nota 9.)

a hijo; sus moradores le eligen a su beneplácito, procurando siempre que sea el más virtuoso y mejor hombre que en él se hallara y, sin intervenir de por medio ruegos o negociaciones, y sin que los soliciten promesas ni dádivas, de común consentimiento de todos sale él rey y toma el cetro absoluto del mando, el cual le dura mientras le dura la vida o mientras no se empeora en ella. Y con esto, los que no son reyes procuran ser virtuosos para serlo y, los que lo son, pugnan serlo más, para no dejar de ser reyes. Con esto se cortan las alas a la ambición, se atierra la codicia y, aunque la hipocresía suele andar lista, a largo andar se le cae la máscara y queda sin el alcanzado premio; con esto los pueblos viven quietos, campea la justicia y resplandece la misericordia, despáchanse con brevedad los memoriales de los pobres y, los que dan los ricos, no por serlo son mejor despachados; no agobian la vara de la justicia las dádivas ni la carne y sangre de los parentescos; todas las negociaciones guardan sus puntos y andan en sus quicios. Finalmente, reino es donde se vive sin temor de los insolentes y donde cada uno goza lo que es suyo².

»Esta costumbre, a mi parecer justa y santa, puso el cetro del reino en las manos de Policarpo³, varón insigne y famoso así en las armas como en las letras, el cual tenía, cuando vino a ser rey, dos hijas de estremada belleza, la mayor llamada Policarpa y, la menor, Sinforosa⁴. No tenían madre, que no les hizo falta, cuando murió, sino en la compañía: que sus virtudes y agradables costumbres eran ayas de sí mismas, dando maravilloso ejemplo a todo el reino. Con estas buenas partes, así ellas como el padre se hacían ama-

² Julio Baena (C, 1988: 135) deja una puerta abierta cuando dice que la isla de Policarpo no tiene nombre porque es... una utopía, un «no lugar». Mariarosa Scaramuzza Vidoni (C, 1995: 77, 81 y 86) refiere la isla a la idea de «utopía americana» que, en su opinión, sustancia no pocas páginas de esta primera parte del *Persiles*.

³ *Policarpo*. Literalmente, '[hombre] que da (o que dé) de muchos frutos'. No tardaremos en ver cuáles.

⁴ *Sinfororosa* = del griego *symphoros*, 'que es útil, de provecho'. Como habrá ocasión de ver, la princesa no dejará de serlo, y mucho, para los héroes de la novela.

bles, se estimaban de todos. Los reyes, por parecerles que la malencolía en los vasallos suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el pueblo y entretenido con fiestas públicas y, a veces, con ordinarias comedias; principalmente solenizaban el día que fueron asuntos al reino con hacer que se renovasen los juegos que los gentiles llamaban Olímpicos en el mejor modo que podían. Señalaban premio a los corredores, honraban a los diestros⁵, coronaban a los tiradores y subían al cielo de la alabanza a los que derribaban a otros en la tierra. Hacíase este espetáculo junto a la marina, en una espaciosa playa, a quien quitaban el sol infinita cantidad de ramos entretejidos, que la dejaban a la sombra; ponían en la mitad un suntuoso teatro, en el cual sentado el rey y la real familia, miraban los apacibles juegos.

»Llegóse un día destes y Policarpo procuró aventajarse en magnificencia y grandeza en solenizarle sobre todos cuantos hasta allí se habían hecho; y cuando ya el teatro estaba ocupado con su persona y con los mejores del reino, y cuando ya los instrumentos bélicos y los apacibles querían dar señal que las fiestas se comenzasen, y cuando ya cuatro corredores, mancebos ágiles y sueltos, tenían los pies izquierdos delante y los derechos alzados, que no les impedía otra cosa el soltarse a la carrera sino soltar una cuerda que les servía de raya y de señal que, en soltándola, habían de volar a un término señalado, donde habían de dar fin a su carrera, digo que en este tiempo vieron venir por la mar un barco que le blanqueaban los costados el ser recién despalmado⁶ y le facilitaban el romper del agua seis remos que de cada banda traía, impelidos de doce al parecer gallardos mancebos, de dilatadas espaldas y pechos y de nervudos brazos. Venían vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timón, que venía de encarnado, como marinero. Llegó con furia el barco a la orilla y el encallar en ella y el saltar todos los que en él venían en tierra fue una misma cosa. Mandó Policarpo que no saliesen a la carrera hasta saber

⁵ Por antonomasia, 'en el dominio de la espada'. *Diestros* o *espadas* se sigue llamando a hoy a los matadores de toros o novillos.

⁶ *despalmado* = 'untado' (de brea, sebo, etc.).

qué gente era aquélla y a lo que venía, puesto que imaginó que debían de venir a hallarse en las fiestas y a probar su gallardía en los juegos.

»El primero que se adelantó a hablar al rey fue el que servía de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mejillas, desembarazadas y limpias, mostraban ser de nieve y de grana; los cabellos, anillos de oro y, cada una parte de las del rostro, tan perfecta, y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable⁷. Luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista y aun los corazones de cuantos le miraron, y yo desde luego le quedé aficionadísimo. [El cual] dijo al rey^{b,8}:

«—Señor, estos mis compañeros y yo, habiendo tenido noticia destos juegos, venimos a servirte y hallarnos en ellos, y no de lejas tierras, sino desde una nave que dejamos en la isla Scinta, que no está lejos de aquí⁹; y como el viento no hizo a nuestro propósito para encaminar aquí la nave, nos aprovechamos de esta barca y de los remos y de la fuerza de nuestros brazos. Todos somos nobles¹⁰ y deseosos de

^b M1: *aficionadísimo. Lo que dixo al Rey*

M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M14, Vall, M15, M19, M22: *aficionadísimo. Luego dijo al rey*

Adopto la enmienda registrada en M13 y M18.

⁷ Sobre el parecido entre estas palabras y otras de Teágenes, el protagonista de la *Historia etiopica*, cfr. S (C, 1907: 7).

⁸ La lección de M1 tiene, a decir verdad, más aire de «acotación dramática» que de introducción a parlamento novelístico. No parece que se trate de descuido cervantino, sino más bien de pura errata material, que conviene enmendar.

⁹ Según S-B (xiv), «huelga decir que no se encuentra ninguna *Scinta* ni nada parecido en los mapas, como no sea *Schia*, [es decir, *Skye*], isla que figura al oeste de Escocia en algunos Tolomeos de mediados del siglo XVI». Puede que tengan razón, aunque más acertado podría estar Novo y Fernández Chicharro (C, 1928) cuando alude a la posibilidad de que la tal isla sea una de las *Shetland*. Examinando numerosos mapas de los siglos XVI y XVII, en el lugar de las *Shetland* encuentro, sí, *Shetlandia*, pero también, no pocas veces, *Schetlat* y hasta *Hitlat* (el nombre originario, en viejo noruego, era *Hjatland*). De propósito o no, C. (¿o el tipógrafo?) podría haber contaminado una forma con otra.

¹⁰ Para ser exactos, *noble* lo es sólo quien habla. Los otros (lo sabremos en el II, 20 (415) no pasan de sencillos pescadores.

ganar honra y, por la que debes hacer, como rey que eres, a los extranjeros que a tu presencia llegan, te suplicamos nos concedas licencia para mostrar o nuestras fuerzas o nuestros ingenios, en honra y provecho nuestro y gusto tuyo.

«—Por cierto —respondió Policarpo—, agraciado joven, que vos pedís lo que queréis con tanta gracia y cortesía que sería cosa injusta el negároslo. Honrad mis fiestas en lo que quisiéredes; dejadme a mí el cargo de premiároslo, que, según vuestra gallarda presencia muestra, poca esperanza dejáis a ninguno de alcanzar los primeros premios

»Dobló la rodilla el hermoso mancebo y inclinó la cabeza, en señal de crianza y agradecimiento, y en dos brincos se puso ante la cuerda que detenía a los cuatro ligeros corredores; sus doce compañeros se pusieron a un lado, a ser espectadores^{c,11} de la carrera. Sonó una trompeta, soltaron la cuerda y arrojáronse al vuelo los cinco, pero aún no habrían dado veinte pasos, cuando con más de seis se les aventajó el recién venido y, a los treinta, ya los llevaba de ventaja más de quince. Finalmente, se los dejó a poco más de la mitad del camino, como si fueran estatuas inmovibles, con admiración de todos los circunstantes, especialmente de Sinforosa, que le seguía con la vista, así corriendo como estando quedo, porque la belleza y agilidad del mozo era bastante para llevar tras sí las voluntades, no sólo los ojos^d de cuantos le miraban. Noté yo esto porque tenía los míos atentos a mirar a Policarpo, objeto dulce de mis deseos, y, de camino, miraba los movimientos de Sinforosa.

^c A partir de M4 (con las solas excepciones de M16, B11, *PECP*, AH) todas las eds. traen *espectadores*

^d M1: *no sólo de los ojos*

Adopto la enmienda de M7, presente en todas las eds. posteriores.

¹¹ *DCELC* autoriza esta forma (y la muy próxima *aspectadores*) con dos citas, respectivamente, del *Persiles* (este pasaje) y del *Quijote*, II, 19. Cfr. *PECP* (119-120) con otras formas inicialmente en *-tor*, como crudos cultismos que eran, sólo más tarde castellandizados en *-dor* (es el caso de *gladiator*, *prestigiator*, *ecuador*, etc.) y Pedro Álvarez de Miranda, «Una tardía incorporación a la lengua: la palabra *espectador* en el siglo XVIII», en *Coloquio Internacional sobre el teatro español del siglo XVIII*, Abano Terme, Piován Ed., 1988.

»Comenzó luego la envidia a apoderarse de los pechos de los que se habían de probar en los juegos, viendo con cuánta facilidad se había llevado el extranjero el precio de la carrera. Fue el segundo certamen el de la esgrima: tomó el ganancioso la espada negra¹², con la cual, a seis que le salieron, cada uno de por sí, les cerró las bocas, mosqueó las narices¹³, les selló los ojos y les santiguó las cabezas¹⁴, sin que a él le tocasen, como decirse suele, un pelo de la ropa. Alzó la voz el pueblo y, de común consentimiento, le dieron el premio primero.

»Luego se acomodaron otros seis a la lucha, donde con mayor gallardía dio de sí muestra el mozo: descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos y fortísimos pechos y los nervios y músculos de sus fuertes brazos, con los cuales, y con destreza y maña increíble, hizo que las espaldas de los seis luchadores, a despecho y pesar suyo, quedasen impresas en la tierra.

»Asió luego de una pesada barra que estaba hincada en el suelo, porque le dijeron que era el tirarla el cuarto certamen. Sompesóla y, haciendo de señas a la gente que estaba delante para que le diesen lugar donde el tiro cupiese, tomando la barra por la una punta, sin volver el brazo atrás, la impelió con tanta fuerza que, pasando los límites de la marina, fue menester que el mar se los diese, en el cual bien adentro quedó sepultada la barra. Esta mostruosidad¹⁵ nota-

¹² La *espada negra* era la de punta redonda, usada para ejercitarse en la esgrima o, como ahora se ve, para pruebas puramente deportivas. El nombre le viene de que solía tener filos negros. También se las llamaba *morenas* (cfr. Herrero García, ed. de los entremeses cervantinos, Madrid, Espasa-Calpe; por la reimposición de 1966: 29). La «de combate» se llamaba en cambio, por contraposición —y por el brillo del acero— *espada blanca*. En la literatura del siglo de Oro es frecuentísimo que un personaje contraponga una a otra (como si dijéramos, el juego a la seriedad, la mentira a la verdad): cfr., p. ej., Lope de Vega en *El valiente Juan de Heredia* (acto III)

¹³ *mosquear* = 'dar golpes ligeros, como para espantar las moscas, como en RyC. En el presente pasaje se alude a un auténtico alarde de espadachín, que toca a su adversario en el rostro, casi burlándose de él.

¹⁴ *santiguar las cabezas*, tocándoselas o golpeándoselas. Cfr. IV, 7 (688).

¹⁵ *mostruosidad* (= 'cosa, literalmente, extraordinaria, fuera de lo normal') no siempre tenía connotaciones negativas. Por el contrario, solía tenerlas meliorativas. Cfr., p. ej., el prólogo del *Reloj de príncipes*, de Guevara.

da de sus contrarios, les desmayó los bríos y no osaron probarse en la contienda.

»Pusiéronle luego la ballesta en las manos y algunas flechas, y mostráronle un árbol muy alto y muy liso, al cabo del cual estaba hincada una media lanza y, en ella, de un hilo, estaba asida una paloma, a la cual habían de tirar no más de un tiro los que en aquel certamen quisiesen probarse. Uno, que presumía de certero¹⁶, se adelantó y tomó la mano¹⁷, creo yo, pensando derribar la paloma antes que otro; tiró, y clavó su flecha casi en el fin de la lanza, del cual golpe azorada la paloma, se levantó en el aire; y luego otro, no menos presumido que el primero, tiró, con tan gentil certería que rompió el hilo donde estaba asida la paloma, que, suelta y libre del lazo que la detenía, entregó su libertad al viento y batió las alas con priesa. Pero él ya acostumbrado a ganar los primeros premios disparó su flecha y, como si mandara lo que había de hacer y ella tuviera entendimiento para obedecerle, así lo hizo, pues, dividiendo el aire con un rasgado y tendido silbo, llegó a la paloma y le pasó el corazón de parte a parte, quitándole a un mismo punto el vuelo y la vida¹⁸.

»Renováronse con esto las voces de los presentes y las alabanzas del extranjero, el cual en la carrera, en la esgrima, en la lucha, en la barra y en el tirar de la ballesta, y entre otras^e muchas pruebas que no cuento, con grandísimas ventajas se llevó los primeros premios, quitando el trabajo a sus compañeros de probarse en ellas.

^e M1: *ballesta, y entre otras*

M6, M7, M8, M9, NY, Par6, M11, Vall, B6, B7, B8, M19: *ballesta, entre otras*

¹⁶ *certero*. En la época, era, ante todo, sustantivo. Cfr. *TL* y, en el propio *Persiles*, II, 9 (332).

¹⁷ *tomar la mano* = 'se dice el que se adelanta a los demás' (*DA*).

¹⁸ En el relato de las sucesivas victorias del hasta ahora innominado joven, C. sigue (como dejó bien claro S, en C, 1907) los juegos funerales en honor de Anquises, narrados por Virgilio en el libro V de su poema. El mismo estudioso pone de relieve el influjo de estos juegos en los libros de pastores. Notable eco tuvo el episodio de la paloma (500-525: en la trad. de G. Hernández de Velasco, 937-1019), imitado, p. ej., en el *Laberinto de Fortuna*, de Juan de Mena (estr. 88) y en la *Arcadia* de Sannazaro (prosa XI).

»Cuando se acabaron los juegos sería el crepúsculo de la noche y cuando el rey Policarpo quería levantarse de su asiento, con los jueces que con él estaban, para premiar al vencedor mancebo, vio que, puesto de rodillas ante él, le dijo:

«—Nuestra nave quedó sola y desamparada; la noche cierra algo oscura; los premios que puedo esperar (que, por ser de tu mano, se deben estimar en lo posible), quiero, ¡oh gran señor!, que los dilates hasta otro tiempo, que con más espacio y comodidad pienso volver a servirte.

»Abrazóle el rey, preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba Periandro. Quitóse en esto la bella Sinforosa una guirnalda de flores con que adornaba su hermosísima cabeza y la puso sobre la del gallardo mancebo; y, con honesta gracia, le dijo al ponérsela:

«—Cuando mi padre sea tan venturoso de que volváis a verle, veréis cómo no vendréis a servirle, sino a ser servido.

CAPÍTULO VEINTE Y TRES^a

De lo que sucedió a la celosa Auristela cuando supo que su hermano Periandro era el que había ganado los premios del certamen

¡Oh poderosa fuerza de los celos! ¡Oh enfermedad que te pegas al alma de tal manera que sólo te despegas con la vida! ¡Oh hermosísima Auristela! ¡Detén-te, no te precipites a

^a P2 lo presenta como XII

El mismo S no deja de reconocer, sin embargo, que en estas páginas hay también reminiscencia de los juegos celebrados en Delos, de que habla Heliodoro (IV). Stegmann, por su parte (C, 1971: 131), hace más estrecha la relación entre la *Historia etiópica* y la *septentrional* notando, entre otras cosas, el hecho curioso de que, en ambos, el protagonista está ausente cuando otro personaje narra sus hazañas (en Heliodoro, Calasiris; en C., como estamos viendo, el capitán de la nave). Quizá sea conveniente indicar, para concluir, que Heliodoro es más «discreto» que C. en estas escenas deportivas. Teágenes toma parte en un juego, que naturalmente gana. Pero en *uno* solo. Los cinco de *este joven* del *Persiles* son quizá —o sin quizá— demasiados.

dar lugar en tu imaginación a esta rabiosa dolencia! Pero ¿quién podrá tener a raya los pensamientos, que suelen ser tan ligeros y sutiles que, como no tienen cuerpo, pasan las murallas, traspasan los pechos y veen lo más escondido de las almas? Esto se ha dicho porque, en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Periandro, su hermano, y habiendo oído antes las alabanzas de Sinforosa y el favor que en ponerle la guirnalda le había hecho, rindió el sufrimiento a las sospechas y entregó la paciencia a los gemidos y, dando un gran suspiro y abrazándose con Transila, dijo:

—Querida amiga mía, ruega^b al cielo que, sin haberse perdido tu esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro. ¿No le ves en la boca deste valeroso capitán, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento más a los favores de una doncella que a los cuidados que le debían dar los destierros y pasos desta su hermana? Ándase buscando palmas y trofeos por las tierras ajenas y déjase entre los riscos, y entre las peñas, y entre las montañas que suele levantar la mar alterada, a esta su hermana que, por su consejo y por su gusto, no hay peligro de muerte donde no se halle.

Estas razones escuchaba atentísimamente el capitán del navío y no sabía qué conclusión sacar de ellas; sólo paró en decir... Pero no dijo nada, porque, en un instante y en un momentáneo punto le arrebató la palabra de la boca un viento que se levantó, tan súbito y tan recio que le hizo poner en pie sin responder a Auristela, y dando voces a los marineros que amainasen las velas y las templasen y asegurasen. Acudió toda la gente a la faena; comenzó la nave a volar en popa, con mar tendido y largo, por donde el viento quiso llevarla. Recogióse Mauricio, con los de su compañía, a su estancia, por dejar hacer libremente su oficio a los marineros. Allí preguntó Transila a Auristela qué sobresalto era aquel que tal la había puesto, que a ella le había parecido haberle causado el haber oído nombrar el nombre de Periandro, y no sabía por qué las

^b P2, B2, B4: *ruego*

alabanzas y buenos sucesos de un hermano pudiesen dar pesadumbre.

—¡Ay, amiga! —respondió Auristela— De tal manera estoy obligada a tener en perpetuo silencio una peregrinación que hago, que, hasta darle fin, aunque primero llegue el de la vida, soy forzada a guardarle. En sabiendo quién soy (que sí sabrás, si el cielo quiere), verás las disculpas de mis sobresaltos; sabiendo la causa de do nacen, verás castos pensamientos acometidos, pero no turbados; verás desdichas sin ser buscadas y laberintos que, por venturas no imaginadas, han tenido salida de sus enredos. ¿Ves cuán grande es el nudo del parentesco de un hermano? Pues sobre éste tengo yo otro mayor con Periandro. ¿Ves ansimismo cuán propio es de los enamorados ser celosos? Pues con más propiedad tengo yo celos de mi hermano. Este capitán, amiga, ¿no exageró la hermosura de Sinforosa, y ella, al coronar las sienas de Periandro, no le^c miró? Sí, sin duda. Y mi hermano, ¿no es del valor y de la belleza que tú has visto? Pues ¿qué mucho que haya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno que le haga olvidar de su hermana?

—Advierte, señora —respondió Transila—, que, todo cuanto el capitán ha contado sucedió antes de la prisión de la ínsula bárbara y que después acá os habéis visto y comunicado, donde habrás^d hallado que, ni él tiene amor a nadie, ni cuida de otra cosa que de darte gusto; y no creo yo que las fuerzas de los celos lleguen a tanto que alcancen a tenerlos una hermana de un su hermano.

—Mira, hija Transila —dijo Mauricio—, que las condiciones de amor son tan diferentes como injustas y sus leyes tan muchas como variables; procura ser tan discreta que no apures los pensamientos ajenos, ni quieras saber más de nadie de aquello que quisiere decirte. La curiosi-

^c M1: *no os miró?*

V, P1, M3: *no la miró?*

Adopto la enmienda de M5 y todas las eds. posteriores.

^d M1: *avrá*

Adopto la enmienda de M5, M6, B2, B3, B4, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, M19.

dad en los negocios propios se puede sutilizar y atildar, pero en los ajenos, que no nos importa^{e,1}, ni por pensamiento.

Esto que oyó Auristela a Mauricio la hizo tener cuenta con su discreción y con su lengua, porque la de Transila, poco necia, llevaba camino de hacerle sacar a plaza toda su historia².

Amansó en tanto el viento, sin haber dado lugar a que los marineros temiesen ni los pasajeros se alborotasen. Volvió el capitán a verlos y a proseguir su historia, por haber quedado cuidadoso del sobresalto que Auristela tomó oyendo el nombre de Periandro. Deseaba Auristela volver a la plática pasada y saber del capitán si los favores que Sinforosa había hecho a Periandro se estendieron a más que coronarle y, así, se lo preguntó modestamente y con recato de no dar a entender su pensamiento. Respondió el capitán que Sinforosa no tuvo lugar de hacer más merced (que así se han de llamar los favores de las damas) a Periandro, aunque, a pesar de la bondad de Sinforosa, a él le fatigaban ciertas imaginaciones que tenía de que no estaba muy libre de tener en la suya a Periandro, porque siempre que, después de partido, se hablaba de las gracias de Periandro, ella las subía y las levantaba sobre los cielos, y por haberle ella mandado que saliese en un navío a buscar a Periandro y le

^e M7, M8, M9, NY, B5, Par6, M11, M12, M14, M15, B6, B7, B9, M19, M22, M23, AH: *que no nos importan*

¹ *importa* está usado en forma impersonal y debe, por tanto, conservarse.

² Para De Lollis (C, 1924), toda la historia de Periandro y Auristela tiene el gusto de lo incestuoso. No creo que sea necesario recordar, como él hace, el *Torrismondo*, de Tasso, que no tiene nada que ver con la fingida hermandad de los protagonistas, sino más bien todo lo contrario. De cualquier modo, justo es reconocer que en el *Persiles* serpea, de manera al parecer inconsciente, por parte de C., una insistencia demasiado complacida en el *hermano* y el *hermana* en labios de quien sabe muy bien que no lo es del otro. Tan complacida que, en ocasiones, como en la presente (pero encontraremos otras más clamorosas, a lo largo de la obra), podría turbar la limpiez, queridamente ejemplar, del relato.

hiciese volver a ver a su padre, confirmaba más sus sospechas³.

—¿Cómo? ¿Y es posible —dijo Auristela— que las grandes señoras, las hijas de los reyes, las levantadas sobre el trono de la fortuna, se han de humillar a dar indicios de que tienen los pensamientos en humildes sujetos colocados? Y siendo verdad, como lo es, que la grandeza y majestad no se aviene bien con el amor, antes son repugnantes entre sí el amor y la grandeza, hase de seguir que Sinforosa, reina hermosa y libre, no se había de cautivar de la primera vista de un no conocido mozo, cuyo estado no prometía ser grande el venir guiando un timón de una barca, con doce compañeros desnudos⁴, como lo son todos los que gobiernan los remos.

—Calla, hija Auristela —dijo Mauricio—, que en ningunas otras acciones de la naturaleza se veen mayores milagros ni más continuos que en las del amor, que, por ser tantos y tales los milagros, se pasan en silencio y no se echa de ver en ellos, por extraordinarios que sean. El amor junta los cetros con los cayados, la grandeza con la bajeza, hace posible lo imposible, iguala diferentes estados y viene a ser poderoso como la muerte. Ya sabes tú, señora, y sé yo muy bien, la gentileza, la gallardía y el valor de tu hermano Perandro, cuyas partes forman un compuesto de singular hermosura; y es privilegio de la hermosura rendir las volunta-

³ En I, 21 (258) se habla de la elección de un nuevo capitán por parte de los corsarios; poco más adelante (260) se insiste en hablar del «nuevo capitán del navío». Lo que ahora nos cuenta él mismo constituye otro pequeño problema, que se complicará aún en el II, 2 (281-282), y sobre todo 4 (294). Pienso en un Clemencin, que no habría dudado un momento en echar en cara a C. su descuido. Pienso también, claro está, en un Osuna que *no* se ha dado cuenta de éste, más bien vistoso, tras haber notado algunos literalmente insignificantes. Y en otros críticos, noblemente empeñados en justificar todo lo justificable. Ahora bien, ¿hay modo de conciliar estos cuatro pasajes del *Persiles*? Por completo, creo sencillamente que no. Según Harrison (C, 1993: 77 y ss., 133, 139, 149) tal confusión indica que estas páginas han sido escritas en un momento posterior a cuanto precede.

⁴ *desnudos*. Aquí, 'con el torso descubierto'. Para las no pocas gradaciones documentadas en la época, cfr., p. ej., RM (II: 368).

des y atraer los corazones de cuantos la conocen⁵, y cuanto la hermosura es mayor y más conocida, es más amada y estimada; así que no sería milagro que Sinforosa, por principal que sea, ame a tu hermano, porque no le amaría como a Periandro a secas, sino como a hermoso, como a valiente, como a diestro, como a ligero, como a sujeto donde todas las virtudes están recogidas y cifradas.

—¿Que Periandro es hermano desta señora? —dijo el capitán.

—Sí —respondió Transila—; por cuya ausencia ella vive en perpetua tristeza y todos nosotros, que la queremos bien y a él le conocimos, en llanto y amargura.

Luego le contaron todo lo sucedido del naufragio de la nave de Arnaldo, la división del esquife y de la barca, con todo aquello que fue bastante para darle a entender lo sucedido hasta el punto en que estaban.

En el cual punto deja el autor el primer libro desta grande historia y pasa al segundo⁶, donde se contarán cosas que, aunque no pasan de la verdad, sobrepujan a la imaginación, pues apenas pueden caber en la más sutil y dilatada sus acontecimientos⁷.

FIN DEL PRIMER LIBRO DE LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

⁵ La frase (registrada varias veces en el *corpus* cervantino: recuérdese, p. ej., la conclusión de *LEI*) tiene el aspecto de ser un auténtico topos. De cualquier manera, C. pudo tener presente ciertos pasajes de la *Historia etiópica* (I, 19; V, 185 y 198; VIII, 311...), donde Heliodoro habla del don —en realidad, «funesto»— de la mirada de Cariclea, que a todos enamora y a todos enciende.

⁶ Si no pasamos adelante, el hecho de que C. hable del «autor» en tercera persona podría agotarse en los términos del elemental cliché objetivador, en línea con otros ya ilustrados a lo largo de este libro I del *Persiles*. Muy pronto, sin embargo (ya en II, 1: 275), resultará clara, siquiera sea *a posteriori*, una nueva e importante dimensión del sintagma.

⁷ Variante del topos «traigo cosas nunca dichas» (cfr. I, 7: 175).

Acerca de los finales de capítulo, con explícito anuncio por parte del autor de que la materia, por su importancia, requiere una pausa antes de entrar a tratarla como se merece, cfr. I, 2 (136).

Libro segundo
de los trabajos de Persiles y Sigismunda



CAPÍTULO PRIMERO

*Donde se cuenta cómo el navío se volcó,
con todos los que dentro dél iban*

Parece que el autor desta historia sabía más de enamorado que de historiador, porque casi este primer capítulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una definición de celos, ocasionados de los que mostró tener Auristela por lo que le contó el capitán del navío; pero en esta traducción (que lo es) se quita, por prolija y por cosa en muchas partes referida y ventilada, y se viene a la verdad del caso, que fue que, cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos, dando por mensajeros a los relámpagos, tras quien se siguen, comenzaron a turbar los marineros y a deslumbrar la vista de todos los de la nave. Y comenzó la borrasca, con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros y, así, a un mismo tiempo les cogió la turbación y la tormenta; pero no por esto dejó cada uno de acudir a su oficio y a hacer la faena que vieron ser necesario, si no para escusar la muerte, para dilatar la vida: que los atrevidos que de unas tablas la fian, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan y tienen a gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila, su hija; Antonio, con Ricla y con Constanza, su madre y hermana; sola la desgraciada Auristela quedó sin arri-mo, si no el que le ofrecía su congoja, que era el de la muerte, a quien ella de buena gana se entregara si lo permitiera la cristiana y católica religión, que con muchas veras procuraba

guardar; y, así, se recogió entre ellos y hechos un ñudo o, por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar casi hasta la postrera parte del navío, por escusar el ruido espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros. Y en aquella semejanza del limbo se escusaron de no verse unas veces tocar el cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo¹. Esperaban la muerte cerrados los ojos, o, por mejor decir, la temían sin verla: que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga, es espantosa y, la que coge a un desapercibido en todas sus fuerzas y salud, es formidable.

La tormenta creció de manera que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitán y, finalmente, la esperanza de remedio en todos. Ya no se oían voces que mandaban hágase esto o aquello, sino gritos de plegarias y votos que se hacían y a los cielos se enviaban²; y llegó a tanto esta miseria y estrechez, que Transila no se acordaba de Ladislao, Auristela de Periandro: que uno de los efectos poderosos de la muerte es borrar de la memoria todas las cosas de la vida, y, pues llega a hacer que no se sienta la pasión celosa, téngase por dicho que puede lo imposible. No había allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban: todo era confusión, todo

¹ La «descripción de una tempestad» —seguida o no de naufragio— es algo casi inevitable en un poema heroico o en una novela de aventuras y no poco frecuente en las relaciones de las comedias de la época. En general, constituye una de las ocasiones privilegiadas para el ejercicio de la *imitatio*: el autor, en ella, exhibe no sólo su propia habilidad descriptiva, sino también su capacidad de incorporar en el relato detalles de otras descripciones anteriores, justamente famosas. (Ello explica que algunos escritores de la época lleguen a ironizar al respecto. Tirso de Molina, p. ej., en *Cigarrales de Toledo* (cigarral III), alude a la susodicha abundancia y «hace gracia» al lector de la narración de la padecida por un personaje de su libro.) Cuando C. escribe estas páginas es, pues, no ya posible sino casi seguro que tenga presentes otras parecidas de la *Encida* I, 86-123), el *Orlando furioso* (XVIII, oct. 14; XVIII, 141-145; XIX, 45-54; XLI, 6-44), *La Araucana* (XV, oct. 66-83), etc. También podría haber tenido eficacia sobre la suya la descrita por Gaspar Gil Polo en la *Diana enamorada* (II: 47-51, por la ed. de Rafael Ferreres, Madrid, Espasa-Calpe, 1962).

² Bien dice el refrán «Si quieres aprender a orar, entra en el mar.»

era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitán, abandonáronse lo marineros, rindiéronse las humanas fuerzas y, poco a poco, el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los más de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente a pasearse por cima de la cubierta del navío y aun a visitar las más altas gaviás, las cuales también ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad³. Finalmente, al parecer del día (si se puede llamar día el que no trae consigo claridad alguna) la nave se estuvo queda y estancó⁴, sin moverse a parte alguna, que es uno de los peligros⁵, fuera del de anegarse, que le puede suceder a un bajel. Finalmente, combatida de un huracán furioso, como si la volvieran con algún artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió a los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban⁶.

¡Adiós, castos pensamientos de Auristela! ¡Adiós, bien fundados disinios! Sosegaos, pasos, tan honrados como santos; no esperéis otros mauseolos^{a,7} ni otras pirámides⁸ ni agujas⁹

^a B5, Par6, MI2, Vall, B9, M17, M18, M21, BA2, B10: *mauseolos*

³ Vuelven las imágenes usadas pocas líneas más arriba. ¿Indicio de que la escena ha sido compuesta en dos momentos distintos? ¿Reiteración consciente, entendida como «elegancia»? Cfr. *infra* nota núm. 6.

⁴ Buen ejemplo de *reduplicatio*, figura a que tan aficionado se muestra siempre C. Para *quedarse*, en esta acepción, cfr. I, 19 (248); para *estancar*, I, 19 (246).

⁵ Superlativo en simple positivo, usadísimo en español arcaico, preclásico y clásico.

⁶ La imagen era —y seguirá siéndolo, después de C.— tradicional. Cfr., p. ej., Lucano, *Farsalia*, traducción-recreación de Juan de Jáuregui (VI, oct. 65-66), donde se habla del vuelco de una nave griega en la batalla del golfo de Marsella.

⁷ *mauseolo*. En la época de C. estaba aún muy difundida la metátesis *mauseolo*. (En realidad, la forma etimológica —documentada ya a finales del siglo XVI— no se impondrá hasta bastante más tarde.)

⁸ *pirámides* = aquí, 'obeliscos'. Como en *Quijote*, II, 8, o en Lope de Vega, *La mayor victoria* (acto III).

⁹ *agujas* = 'obeliscos'. Cfr. *Andanzas e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo habidos* (1435-1439) (por la ed. de Marcos Jiménez de la Espada, Madrid, 1874: 26-27 y 178-179); *Viaje de Turquía* (358-359). C. —no se olvide— pudo ver personalmente los obeliscos egipcios que ilustran varias plazas de Roma.

que las que os ofrecen esas mal breadas tablas. Y vos, ioh Transila!, ejemplo claro de honestidad, en los brazos de vuestro discreto y anciano padre podéis celebrar las bodas, si no con vuestro esposo Ladislao, a lo menos con la esperanza, que ya os habrá conducido a mejor tálamo. Y tú, ioh Ricla!, cuyos deseos te llevaban a tu descanso, recoge en tus brazos a Antonio y a Constanza, tus hijos, y ponlos en la presencia del que agora te ha quitado la vida para mejorártela en el cielo¹⁰.

En resolución, el volcar de la nave y la certeza de la muerte de los que en ella iban puso las razones referidas en la pluma del autor desta grande y lastimosa historia, y ansimismo puso las que se oirán en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO SEGUNDO DEL SEGUNDO LIBRO

Donde se cuenta un extraño suceso

Parece que el volcar de la nave volcó o, por mejor decir, turbó el juicio del autor de esta historia, porque a este segundo capítulo le dio cuatro o cinco principios, casi como dudando qué fin en él tomaría. En fin, se resolvió diciendo que las dichas y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no hay medio que las divida; andan el pesar y el placer tan apareados que es simple el triste que se desespera y el alegre que se confía, como lo da fácilmente a entender este extraño suceso.

Sepultóse la nave, como queda dicho, en las aguas; quedaron los muertos sepultados sin tierra; deshiciéronse sus esperanzas, quedando imposibil[ita]do^a su remedio; pero

^a M1: *impossibil a todo*

M3, M16, M17, M18, M21, BA2: *impossible a todo*

Adopto la enmienda de P2, M4, M5, M6, B2, B3, B4, PECP, AH.

M7 y las restantes eds.: *impossible a todos*

¹⁰ Para el apóstrofe del autor a los personajes, tan característico de la tradición épica, cfr. I, 23 (267-268), y III, 17 (601).

los piadosos cielos, que de muy atrás toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenaron que la nave, llevada poco a poco de las olas, ya mansas y recogidas, a la orilla del mar, [diese] en una playa^b, que por entonces su apacibilidad y mansedumbre podía servir de seguro puerto; y no lejos estaba un puerto capacísimo de muchos bajeles, en cuyas aguas, como en espejos claros, se estaba mirando una ciudad populosa, que, por una alta loma, sus vistosos edificios levantaba.

Vieron los de la ciudad el bulto de la nave y creyeron ser el de alguna ballena o de otro gran pescado que, con la borrasca pasada, había dado al través¹. Salió infinita gente a verlo y, certificándose ser navío, lo dijeron al rey Policarpo, que era el señor de aquella ciudad. El cual, acompañado de muchos y de sus dos hermosas hijas, Policarpa y Sinforosa, salió también y ordenó que, con cabestrantes, con tornos y con barcas, con que hizo rodear toda la nave, la tirasen y encaminasen al puerto. Saltaron algunos encima del buco² y dijeron al rey que dentro dél sonaban golpes, y aun casi se oían voces de vivos. Un anciano caballero que se halló junto al rey le dijo:

^b A partir de M9, todas las eds. leen: *la nave fuesse lleuada [...] a la orilla*, con las excepciones de M16, M17, M19, M21, BA2, M22, B10, B11, M23, PECP, AH, cuya enmienda adopto.

¹ Para S (C, 1907: apéndice VI, sección 3), hay en estas líneas una reminiscencia de la *Eneida* (V, 35-41: en la trad. de G. Hernández Velasco, 66-69), donde leemos cómo el rey Alceste ve llegar a los troyanos desde su ciudad, también construida sobre una colina. Para Forcione (C, 1972: 74-75, nota), la nave volcada se presenta como un leviatán, el monstruo marino de los mares septentrionales de que habla la Biblia. Personalmente, opino que, por debajo de las palabras de C., hay que tener presentes ante todo las que Olao Magno trae en su *Historia* (XXI, 15): «Avviene ne le tempeste, che essendo qualche crudel bestia ferita da la nimica fiera, o affaticata, o stanca, o da tutte le sue forze abbandonata, per forza de' venti è al lito gettata, e quivi divien preda di quelli che prima lo occupano. [...] Accade ancora, e ciò più agevolmente, che mentre la balena contra il sole profondissimamente si dorme, con le funi, e con le ancore, in guisa si fermi che è poi preda de li pescatori.»

² *buco*. Deriva del fránico *buk* (cfr. el alemán *Bauch*, 'vientre'), por mediación, según DCELC, del catalán. El mismo C. usa el término, con la misma acepción, en *VdP* (V, terc. 3). No tardó en significar, sin más, 'navío' o *buque*, como se dirá más adelante (cfr. LGS, acto I).

—Yo me acuerdo, señor, haber visto en el mar Mediterráneo, en la ribera de Génova, una galera de España que, por hazer el car^{c3} con la vela se volcó como está agora este baje, quedando la gavia en la arena y la quilla al cielo; y, antes que la volviesen o enderezasen, habiendo primero oído rumor, como en éste se oye, aserraron el baje por la quilla, haciendo un buco⁴ capaz de ver lo que dentro estaba; y el entrar la luz dentro, y el salir por él el capitán de la misma galera y otros cuatro compañeros suyos fue todo uno. Yo vi esto, y está escrito este caso en muchas historias españolas⁵,

^c M1: *cur*

Adopto la enmienda de B1 P2, *PECP*, AH.

M6, B6, B7, B8: *caro*

M23 (en nota): *escora*

³ Es por lo menos curioso comprobar cuánto se ha tardado en enmendar de manera plausible esta lección errada de M1. Los diccionarios traen *car* y *caro*, dos términos idénticos, en todo intercambiables. Elijo *car* porque precisamente ésta parece ser la forma estropeada. He aquí la descripción que de *hacer el caro* da Cov., en el suplemento manuscrito al *Tesoro* (¿1612? Cfr. *TL*): «Término náutico. Es volver la antena de la otra parte del árbol, y está prohibido que no se haga con la vela tendida, por ser cosa muy peligrosa y que suele costar caro, de donde pienso que tomó el nombre.» Para más datos, cfr. *PECP* (122-124). Aquí me limitaré a añadir que aún hoy sigue vivo en italiano el verbo *scarroggiare* (= 'escorarse fuertemente una embarcación a causa del viento que la empuja por un costado').

⁴ *buco*. Según *DA*, 'se suele tomar también por abertura', pero no aduce más testimonio que la presente frase del *Persiles*. Yo no he vuelto a encontrarla en ningún otro texto español, antiguo moderno. Parece venir del (o será la misma cosa que) el italiano *buco* = 'cualquier tipo de agujero u orificio'.

Es posible que C. haya recurrido a *buco* ('agujero'), cuando aún resuena en nuestros oídos *buco* ('casco de navío' o, ya, 'navío') con una precisa voluntad estilística, en cierto sentido homologable a una «elegancia» muy difundida en la poesía española de la época: la rima isófona o autorrima. Es decir, al uso de una palabra en rima consigo mismo, pero a condición —en algunos casos, ignorada— de que varíen las acepciones.

⁵ Cfr. Romero (C, 1993), donde creo queda demostrado que el cortésno alude a ciertas características del imprevisto naufragio ocurrido en la *ribera de Génova*, el 13 de marzo de 1562, en el que encontraron la muerte más de cuatrocientas personas, entre ellas el ilustre marino don Íñigo de Mendoza.

Como se irá viendo, la acción de esta primera parte de los *Trabajos* se desarrolla en 1558. La referencia a un suceso de 1562 constituye, sin duda, un anacronismo, a decir verdad no imperdonable.

y aun podría ser vi[v]iesen^{d,6} agora las personas que segunda vez nacieron al mundo del vientre desta galera. Y, si aquí sucediese lo mismo, no se ha de tener a milagro, sino a misterio, que los milagros suceden fuera del orden de la naturaleza, y los misterios son aquellos que parecen milagros y no lo son, sino casos que acontecen raras veces.

—¿Pues a qué aguardamos? —dijo el rey—. Siérrese luego el buco y veamos este misterio: que, si este vientre vomita vivos, yo lo tendré por milagro⁷.

Grande fue la priesa que se dieron a serrar el bajel y grande el deseo que todos tenían de ver el parto. Abrióse, en fin, una gran concavidad, que descubrió muertos muertos^e y vi-

^d M1: *viuissen*

Adopto la enmienda de L, M3, M11, M12, M13, M14, Vall, B6, B7, B8, B9, M19, M23, *PECP*: *viuissen*

^e M2 y, a partir de M7, todas las eds. (con las excepciones de M16, M17, B11, M23, *PECP*, AH) leen *muertos y vivos que*

⁶ Está claro que el caballero no puede pensar que esas mismas personas que él vio salir del vientre de la galera española sean las protagonistas de la nueva —idéntica— aventura. Ni me persuade a mantener la lección de M1 la opinión de SA-RH, según los cuales *viviesen* está aquí empleado «con el valor de 'apareciesen, se les viese', sin necesidad de restringir su significación».

⁷ A. Castro (C, 1925: 64-65) indica en el Cicerón del *De divinatione* y en el Pomponazzi del *De incantationibus* la base de la doctrina moderna acerca de estos fenómenos y concluye que la solución, para C., como para Montaigne, será «confiarse en el criterio de la Iglesia, por definición indiscutible». En la ed. revisada de 1972 (56-57), Castro amplía su tratamiento del tema, a base de textos del doctor Huarte de San Juan.

Añadiré, por mi cuenta, otros pasajes del *Examen de ingenios* acerca del tema: caps. 1 (de 1594) y 2 (4 de 1594). Por si todo lo anterior no bastara, recordaré otro pasaje de otro libro bien conocido por C.: la *Filosofía antigua poética*, de A. López Pinciano (I, 223-224). El mismo Pinciano podría servir egregiamente como introductor al tema de lo «milagroso» en la poesía. Prefiero, sin embargo, remitir aquí a sendos testimonios de la actitud de prudente despego de dos grandes poetas —sin duda— conocidos y amados por C. en relación con esta dimensión de la materia que con toda libertad están tratando. Es el primero uno de la *Eneida* (III, 337-338), por lo que tiene de «nivelación» de lo sobrenatural y lo natural (que, con la inversión de los términos, resulta aún más enfatizada en la versión castellana de Hernández de Velasco: 619-620), el segundo, otro de la *Jerusalén libertada* (II, oct. 9). Pero cfr. también Lope de Vega, *El peregrino en su patria* (II, 151-152).

vos que lo parecían; metió uno el brazo y asió de una doncella, que el palparle el corazón daba señales de tener vida; otros hicieron lo mismo, y cada uno sacó su presa, y algunos, pensando sacar vivos, sacaban muertos: que no todas veces los pescadores son dichosos. Finalmente, dándoles el aire y la luz a los medio vivos, respiraron y cobraron aliento; limpiáronse los rostros, fregáronse los ojos, estiraron los brazos y, como quien despierta de un pesado sueño, miraron a todas partes. Y hallóse Auristela en los brazos de Arnaldo, Transila en los de Clodio, Ricla y Constanza en los de Rutilio y Antonio el padre, y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salió por sí mismo, y lo mismo hizo Mauricio^f.

Arnaldo quedó más atonito y suspenso que los resucitados y más muerto que los muertos. Miróle Auristela y, no conociéndole, la primera palabra que le dijo fue (que ella fue la primera que rompió el silencio de todos):

—¿Por ventura, hermano, está entre esta gente la bellísima Sinforosa?

—¡Santos cielos! ¿Qué es esto? —dijo entre sí Arnaldo—. ¿Qué memorias de Sinforosa son éstas, en tiempo que no es razón que se tenga acuerdo de otra cosa que de dar gracias al cielo por las recibidas mercedes?

Pero, con todo esto, la respondió y dijo que sí estaba, y le preguntó que cómo la conocía; porque Arnaldo ignoraba lo que Auristela con el capitán del navío, que le contó los triunfos de Periandro, había pasado, y no pudo alcanzar la causa por la cual Auristela preguntaba por Sinforosa: que, si la alcanzara, quizá dijera que la fuerza de los celos es tan poderosa y tan sutil, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte y va a buscar al alma enamorada en los últimos trances de la vida.

Ya después que pasó algún tanto el pavor en los resucita-

^f M1: *Antonio el padre, y Antonio el hijo [...] salió por sí mismo*

Adopto la solución de M5, M6, M7, M8, NY, M10, Par 6, M15, PECP, AH.

M12, M13, M14, Vall, B6, B7, B8, B9, M18, M19, M21, M22, M23: *Antonio el padre y Antonio el hijo [...] se salieron por sí mismos*

dos (que así pueden llamarse) y la admiración en los vivos que los sacaron, y el discurso en todos dio lugar a la razón, confusamente unos a otros se preguntaban cómo los de la tierra estaban allí y los del navío venían allí.

Policarpo, en esto, viendo que el navío, al abrirle la boca, se le había llenado de agua en el lugar del aire que tenía, mandó llevarle a jorro al puerto⁸ y que con artificios le sacasen a tierra, lo cual se hizo con mucha presteza. Salieron asimismo a tierra toda la gente que ocupaba la quilla del navío, que fueron recibidos del rey Policarpo y de sus hijas, y de todos los principales ciudadanos, con tanto gusto como admiración. Pero lo que más les puso en ella, principalmente a Sinforosa, fue ver la incomparable hermosura de Auristela. Fue también a la parte de esta admiración la belleza de Transila y el gallardo y nuevo traje, pocos años y gallardía de la bárbara Constanza, de quien no desdecía el buen parecer y donaire de Ricla, su madre⁹; y, por estar la ciudad cerca, sin prevenirse de quien los llevase, fueron todos a pie a ella.

Ya en este tiempo había llegado Periandro a hablar a su hermana Auristela; Ladislao, a Transila y, el bárbaro padre, a su mujer y a su hija, y los unos a los otros se fueron dando cuenta de sus sucesos. Sola Auristela, ocupada toda en mirar a Sinforosa, callaba, pero, en fin, habló a Periandro y le dijo:

—Por ventura, hermano, esta hermosísima doncella que aquí va ¿es Sinforosa, la hija del rey Policarpo?

—Ella es —respondió Periandro—, sujeto donde tienen su asiento la belleza y la cortesía.

—Muy cortés debe de ser —respondió Auristela—, porque es muy hermosa.

—Aunque no lo fuera tanto —respondió Periandro—,

⁸ *llevar a jorro* (o *ajorro*) = 'remolcar'. Se trata de un arabismo (cfr. DCELC) que aparece con cierta frecuencia en la literatura de los Siglos de Oro.

⁹ Cfr. esta «gradación de hermosuras» de los cuatro personajes femeninos con la documentada en I, 11 (199). Dentro de poco, los adjetivos «cuajarán», acabarán funcionando como verdaderos epítetos.

las obligaciones que yo la tengo me obligaran, ¡oh querida hermana mía!, a que me lo pareciera.

—Si por obligaciones va, y vos por ellas encarecéis las hermosuras, la mía os ha de parecer la mayor de la tierra, según os tengo obligado.

—Con las cosas divinas —replicó Periandro— no se han de comparar las humanas⁸; las hipérboles alabanzas¹⁰, por más que lo sean, han de parar en puntos limitados. Decir que una mujer es más hermosa que un ángel es encarecimiento de cortesía, pero no de obligación; sola en ti, dulcísima hermana mía, se quiebran reglas y cobran fuerzas de verdad los encarecimientos que se dan a tu hermosura.

—Si mis trabajos y mis desasosiegos, ¡oh hermano mío!, no turbaran la mía, quizá creyera ser verdaderas las alabanzas que de ella dices; pero yo espero en los piadosos cielos que algún día ha de reducir a sosiego mi desasosiego y a bonanza mi tormenta, y, en este entretanto, con el encarecimiento que puedo, te suplico que no te quiten ni borren de la memoria lo que me debes otras ajenas hermosuras ni otras obligaciones, que en la mía y en las mías podrás satisfacer el deseo y llenar el vacío de tu voluntad, si miras que, juntando a la belleza de mi cuerpo, tal cual ella es, a la de^{h,11} mi alma, hallarás un compuesto de hermosura que te satisfaga.

Confuso iba Periandro oyendo las razones de Auristela. Juzgábala celosa, cosa nueva para él, por tener por larga es-

⁸ L: *Con las cosas del cielo [...] las de la tierra*

^h M3, M16, B9, M17, M18, M21, M22, B11: *la de*

M5 y las restantes eds. (menos M16, B1, M17, M18, M21, M22): *juntando a la belleza de mi alma [...] la de mi cuerpo*

¹⁰ *hipérbole*. Aquí, usado como adjetivo ('hiperbólica'). Cfr., p. ej., *Quijote*, II, 73, y, en el propio *Persiles*, IV, 3 (658). No tiene, pues, nada de extraordinario ni, por consiguiente, hay por qué suponer la lección *hipérboles y alabanzas*, como hacen SA-RH, por suerte tan sólo en nota.

¹¹ Creo, con SA-RH, que la doble preposición, resultado de «un cruce de construcciones», puede y aun debe conservarse. Pero, para resultar de veras persuasivos, los eds. habrían debido aducir testimonios de otros cruces del mismo tipo, según ellos no infrecuentes en C.

perencia conocido que la discreción de Auristela jamás se atrevió a salir de los límites de la honestidad; jamás su lengua se movió a declarar sino honestos y castos pensamientos, jamás le dijo palabra que no fuese digna de decirse a un hermano, en público y en secreto.

Iba Arnaldo envidioso de Periandro; Ladislao, alegre con su esposa Transila; Mauricio, con su hija y yerno; Antonio el grande, con su mujer y hijos; Rutilio, con el hallazgo de todos y, el maldiciente Clodio, con la ocasión que se le ofrecía de contar, dondequiera que se hallase, la grandeza de tan extraño suceso.

Llegaron a la ciudad y el liberal Policarpo honró a sus huéspedes real y magníficamente, y a todos los mandó alojar en su palacio, aventajándose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabía que era el heredero de Dinamarca y que los amores de Auristela le habían sacado de su reino¹²; y, así como vio la belleza de Auristela, halló su peregrinación en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo cuarto Policarpo y Sinforosa alojaron a Auristela, de la cual no quitaba la vista Sinforosa, dando gracias al cielo de haberla hecho, no amante, sino hermana de Periandro; y, así por su estremada belleza como por el parentesco tan estrecho que con Periandro tenía, la adoraba y no sabía un punto desviarse de ella: desmenuzábale sus acciones, notábale las palabras, ponderaba su donaire, hasta el sonido y órgano de la voz le daba gusto. Auristela casi por el mismo modo y con los mismos afectos miraba a Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intenciones: Auristela miraba con celos y, Sinforosa, con sencilla benevolencia.

¹² Las precedentes palabras de Periandro (cfr. 283-284), más el simple sentido común, inducen a pensar que el joven, junto con Arnaldo, Ladislao, Clodio y Rutilio, eran huéspedes de Policarpo antes de que la nave volcada arribase a la playa. ¿A qué viene, entonces, decir que el rey «[aventajóse] en el tratamiento de quien ya sabía que era príncipe de Dinamarca»? Cabe suponer, por supuesto, que Arnaldo no se había querido dar a conocer antes. El anterior hospedaje, pues, no fue debido a su stirpe real, sino al hecho de que acompañaba a Periandro, tan estimado por Policarpo —y tan amado por Sinforosa— desde que ganara los juegos. Si es que no se prefiere pensar que C. se ha descuidado y, por un momento, ha contado a Arnaldo entre los recién rescatados del vientre de la nave.

Algunos días estuvieron en la ciudad, descansando de los trabajos pasados y dando traza de volver Arnaldo a Dinamarca o adonde Auristela y Periandro quisieran, mostrando, como siempre mostraba, no tener otra voluntad que la de los dos hermanos. Clodio, que, con ociosidad y vista curiosa, había mirado los movimientos de Arnaldo y cuán oprimido le tenía el cuello el amoroso yugo, un día que se halló solo con él le dijo:

—Yo, que siempre los vicios de los príncipes he reprehendido en público, sin guardar el debido decoro que a su grandeza se debe, sin temer el daño que nace del decir mal, quiero agora sin tu licencia decirte en secreto lo que suplico con paciencia me escuches, que, lo que se dice aconsejando, en la intención halla disculpa lo que no agrada.

Confuso estaba Arnaldo, no sabiendo en qué iban a parar las prevenciones del razonamiento de Clodio y, por saberlo, determinó de escuchalle y, así, le dijo que dijese lo que quisiese; y Clodio, con este salvoconduto, prosiguió diciendo:

—Tú, señor, amas a Auristela (mal dije amas: adoras, dijera mejor) y, según he sabido, no sabes más de su hacienda ni de quien es que aquello que ella ha querido decirte, que no te ha dicho nada. Hasla tenido en tu poder más de dos años¹³, en los cuales has hecho, según se ha de creer, las diligencias posibles por enternecer su dureza, amansar su rigor y rendir su voluntad a la tuya por los medios honestísimos y eficaces del matrimonio, y en la misma entereza se está hoy que el primero día que la solicitaste, de donde arguyo que cuanto a ti te sobra de paciencia le falta a ella de conocimiento. Y has de considerar que algún gran misterio encierra desechar una mujer un reino y un príncipe que merece ser amado. Misterio también encierra ver una doncella vagamunda, llena de recato de encubrir su linaje, acompañada de un mozo que, como dice que lo es, podría no ser su hermano, de tierra en tierra, de isla en isla, sujeta a las inclemencias del cielo y a las borrascas de la tierra, que suelen

¹³ *dos años*. ¿Descuido de Clodio, mal informado, o del propio C.? Cfr. I, 2 (132) y 16 (225 y nota 4).

ser peores que las del mar alborotado. De los bienes que reparten los cielos entre los mortales, los que más se han de estimar son los de la honra, a quien se posponen los de la vida; los gustos de los discretos hanse de medir con la razón y no con los mismos gustos¹⁴.

Aquí llegaba Clodio, mostrando querer proseguir con un filosófico y grave razonamiento, cuando entró Periandro y le hizo callar con su llegada, a pesar de su deseo y aun del de Arnaldo, que quisiera escucharle; entraron asimismo Mauricio, Ladislao y Transila y, con ellos, Auristela, arrimada al hombro de Sinforosa, mal dispuesta, de modo que fue menester llevarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos y temores en los pechos de Periandro y Arnaldo, que, a no encubrirlos con discreción, tan bien tuvieran necesidad de los médicos como Auristela.

CAPÍTULO TERCERO DEL SEGUNDO LIBRO^a

Apenas supo Policarpo la indisposición de Auristela, cuando mandó llamar sus médicos que la visitasen y, como los pulsos son lenguas que declaran la enfermedad que se padece, hallaron en los de Auristela que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma¹; pero antes que ellos conoció su enfermedad Periandro, y Arnaldo la entendió en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron los médicos que en

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Sinforosa cuenta sus amores a Auristela*

¹⁴ Cuanto ha dicho Clodio, un «portador de la racionalidad» (y de otros valores... o no-valores) tiene, como de costumbre, en C., más de un significado. En primer plano destaca la función «reveladora»; en segundo, podemos reconocer la no muy secreta voluntad de crítica a la historia que se está contando.

¹ Cfr. la *Historia etiópica* (V, 149-150). Junto a esa probable fuente, conviene considerar las difundidísimas descripciones ovidianas del mal de amor e incluso las documentadas en la novela sentimental del siglo xv.

ninguna manera la dejaran sola y que procurasen entreternerla y divertirla con música, si ella quisiese, o con otros algunos alegres entretenimientos. Tomó Sinforosa a su cargo su salud y ofrecióle su compañía a todas horas, ofrecimiento no de mucho gusto para Auristela, porque quisiera no tener tan a la vista la causa que pensaba ser de su enfermedad, de la cual no pensaba sanar, porque estaba determinada de no decillo, que su honestidad le ataba la lengua, su valor se oponía a su deseo.

Finalmente, despejaron todos la estancia donde estaba y quedáronse solas con ella Sinforosa y Policarpa, a quien con ocasión bastante despidió Sinforosa y, apenas se vio sola con Auristela, cuando, poniendo su boca con la suya y apretándole reciamente las manos, con ardientes suspiros pareció que quería trasladar su alma en el cuerpo de Auristela; afectos que de nuevo la turbaron y, así, le dijo:

—¿Qué es esto, señora mía? Que estas muestras me dan a entender que estáis más enferma que yo, y más lastimada el alma que la mía. Mirad si os puedo servir en algo, que, para hacerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad.

—Dulce amiga mía —respondió Sinforosa—, cuanto puedo agradezco tu ofrecimiento y, con la misma voluntad con que te obligas, te respondo, sin que en esta parte tengan alguna comedimientos fingidos ni tibias obligaciones. Yo, hermana mía (que con este nombre has de ser llamada, en tanto que la vida me durare) amo, quiero bien, adoro². ¿Díjelo? No, que la vergüenza y el ser quien soy son mordazas de mi lengua. Pero ¿tengo de morir callando? ¿Ha de sanar mi enfermedad por milagro? ¿Es, por ventura, capaz de palabras el silencio? ¿Han de tener dos recatados y vergonzosos ojos virtud y fuerza para declarar los pensamientos infinitos de un alma enamorada?

Esto iba diciendo Sinforosa, con tantas lágrimas y con tantos suspiros, que movieron a Auristela a enjugalle los ojos y a abrazarla y a decirla:

² «A esta Lucinda amé, quise y adoré», dice Cardenio en *Quijote*, I, 24. Gradaciones igualmente trimembres (y aun tetramembres), variadas según las conveniencias, son frecuentes en la literatura de la época.

—No se te mueran, ¡oh apasionada señora!, las palabras en la boca; despidе de ti por algún pequeño espacio la confusión y el empacho y hazme tu secretaria: que los males comunicados, si no alcanzan sanidad, alcanzan alivio³. Si tu pasión es amorosa, como lo imagino sin duda, bien sé que eres de carne, aunque pareces de alabastro, y bien sé que nuestras almas están siempre en continuo movimiento, sin que puedan dejar de estar atentas a querer bien a algún sujeto a quien las estrellas las inclinan⁴, que no se ha de decir que las fuerzan⁵. Dime, señora, a quién quieres, a quién amas y a quién adoras: que, como no des en el disparate de amar a un toro⁶, ni en el que dio el que adoró el plátano⁷,

³ Cfr. I, 2 (124).

⁴ Auristela recuerda, adaptándolas a las circunstancias de un concreto amor «mundano», las conocidísimas palabras de san Agustín sobre la inquietud fundamental del alma, mientras no repose en su centro, Dios (*Confessiones*, I, 1). Como, por otra parte, se solía hacer en la época. La frase volverá a ocurrir —y con mayor propiedad— en otros lugares del *Persiles*: III, 1 (427), 21 (631); IV, 2 (649-650), 10 (704) y 14 (730 y nota 10).

⁵ Auristela no olvida referirse enseguida al «poder de las estrellas», pero haciendo notar, como ya hiciera antes Mauricio (cfr. I, 13:212-213), que éstas *agunt, non cogunt*.

⁶ Auristela se refiere, claro está, a *Pasifae* (o *Pasífae*, o *Pasífe*), esposa de Minos, rey de Creta, que, habiendo concebido una vehemente pasión por un toro indebidamente dejado de sacrificar a Neptuno, consiguió satisfacer su innatural deseo gracias a un artefacto construido por el ingenioso Dédalo. De la unión de la reina con el animal nacería el Minotauro. (Otra versión más «racionalista» dan otros escritores —p. ej., el P. Pineda, *Agricultura...*, diál. VIII, secc. 1-2—, según los cuales, más que de un toro, se trataría de un criado llamado *Tauro*.) En la literatura de los Siglos de Oro, la reina de Creta aparece con bastante frecuencia, ya sea sola ya en compañía de otras protagonistas de «amores bestiales» o, de cualquier modo, «fuera de lo natural». Lope de Vega, p. ej., la coloca junto a Semíramis, a la que también se atribuía haber «yacido» no sólo con su hijo sino con un caballo: cfr. *Roma abrasada* (acto II), *Don Juan de Castro* (Parte I, acto I) y *El castigo sin venganza* (acto II).

⁷ La fuente de todas las alusiones «al que se enamoró de un plátano» es, si no me equivoco, Eliano. En la versión latina de sus *diversas historias*, que obtuvo una grandísima difusión en los siglos XVI y XVII, se encuentra una sección dedicada a «De ridiculis et absurdis amoris». Allí se lee: «Quis est tam stupidus qui non hos aores, et ob stultitiam ridendos, et ob absurditatem vituperandos patet? Primun Xerxis, quod platani amore capiebatur...» Pero Mejía, por su parte, en la *Silva* (Parte II, 14), da pocos más detalles de este hecho. Cfr. también el P. Pineda, *Agricultura...* (diál. XV, secc. 22), donde el hecho resulta atribuido a Artajerjes.

como sea hombre el que, según tú dices, adoras, no me causará espanto ni maravilla. Mujer soy como tú; mis deseos tengo y, hasta ahora, por honra del alma, no me han salido a la boca, que bien pudiera, como señales de la calentura; pero al fin habrán de romper por inconvenientes y por imposibles y siquiera en mi testamento procuraré que se sepa la causa de mi muerte⁸.

Estábala mirando Sinforosa. Cada palabra que decía, la estimaba como si fuera sentencia salida por la boca de un oráculo.

—¡Ay, señora —dijo—, y cómo creo que los cielos te han traído, por tan extraño rodeo que parece milagro, a esta tierra, condolidos de mi dolor y lastimados de mi lástima! Del vientre oscuro de la nave te volvieron a la luz del mundo, para que mi oscuridad tuviese luz y mis deseos salida de la confusión en que están. Y, así, por no tenerme ni tenerte más suspenso, sabrás que a esta isla llegó tu hermano Periandro.

Y sucesivamente le contó del modo que había llegado, los triunfos que alcanzó, los contrarios que venció y los premios que ganó, del modo que ya queda contado; díjole también cómo las gracias de su hermano Periandro habían despertado en ella un modo de deseo que no llegaba a ser amor, sino benevolencia⁹, pero que después, con la soledad y ociosidad, yendo y viniendo el pensamiento a contemplar sus gracias, el amor se le fue pintando, no como hombre particular, sino como a un príncipe: que, si no lo era, merecía serlo.

—Esta pintura me la grabó en el alma, y yo, inadvertida, dejé que me la grabase, sin hacerle resistencia alguna y, así, poco a poco, vine a quererle, a amarle y aun a adorarle, como he dicho.

⁸ Para formalizar esta *captatio benevolentiae* de Sinforosa por parte de Auristela, C. podría haber tenido presente un pasaje bastante parecido de la *Historia etiópica* (IV, 157), en que Calasiris se esfuerza por convencer a Cariclea de la «honorabilidad» del amor que la joven siente por Teágenes.

⁹ Es tradicional esta distinción entre los dos momentos del complicado proceso. Cfr. *Orlando furioso* (XXXVI, oct. 27). En *LGi*, el propio narrador dice que Preciosa «algo aficionada, más con benevolencia que con amor, a la gallarda disposición de Andrés, ya deseaba informarse si era el que había dicho».

Más dijera Sinforosa, si no volviera Policarpa, deseosa de entretener a Auristela, cantando al son de una arpa¹⁰ que en las manos traía. Enmudeció Sinforosa, quedó perdida Auristela, pero el silencio de la una y el perdimiento de la otra no fueron parte para que dejasen de prestar atentos oídos a la sin par en música Policarpa, que desta manera comenzó a cantar en su lengua lo que después dijo el bárbaro Antonio que en la castellana decía:

Cintia, si desengaños no son parte
para cobrar la libertad perdida,
da riendas al dolor, suelta la vida,
que no es valor ni es honra el no quejarte.

Y el generoso ardor que, parte a parte,
tiene tu libre voluntad rendida,
será de tu silencio el homicida
cuando pienses por él eternizarte.

Salga con la doliente ánima fuera¹¹
la enferma voz, que es fuerza y es cordura
decir la lengua lo que al alma toca.

Quejándote, sabrá el mundo siquiera
cuán grande fue de amor tu calentura,
pues salieron señales a la boca.

Ninguno como Sinforosa entendió los versos de Policarpa, la cual era sabidora de todos sus deseos, y, puesto que tenía

¹⁰ El arpa era instrumento muy difundido entre las damas de los siglos XVI-XVII. Con ella acompañaban —com ahora Policarpa— el canto de poesías, generalmente de «escuela italiana» (sonetos, madrigales, canciones petrarquescas). Así sucede, p. ej., en *Quijote*, I, 28. Cfr. Salazar "Música e instrumentos..." (245 y nota xxix).

¹¹ Más que de reminiscencia, se trata de la cita, casi literal, de un verso de Garcilaso: el 606 de la *Égloga II*. No es ésta la única vez que C. lo incrusta entre los suyos. Más aún: en las tres ocasiones que lo hace repetirá siempre, puntualmente, la misma forma, en apariencia «personalizada» —pero dentro de un momento se verá que no es así. Recuérdese la «canción de Mireno» en *LG* (III, 320) y la «desesperada» de Grisóstomo (*Quijote*, I, 14).

determinado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprovecharse del consejo de su hermana, diciendo a Auristela sus pensamientos, como ya se los había comenzado a decir.

Muchas veces se quedaba Sinforosa con Auristela, dando a entender que más por cortés que por su gusto propio la acompañaba. En fin, una vez, tomando a anudar la plática pasada, le dijo:

—Oyeme otra vez, señora mía, y no te cansen mis razones, que las que me bullen en el alma no dejan sosegar la lengua. Reventaré si no las digo, y este temor, a pesar de mi crédito, hará que sepas que muero por tu hermano, cuyas virtudes, de mí conocidas, llevaron tras sí mis enamorados deseos y, sin entremeterme en saber quién son sus padres, la patria o riquezas, ni el punto en que le ha levantado la fortuna, solamente atiendo a la mano liberal con que la naturaleza le ha enriquecido. Por sí solo le quiero, por sí solo le amo y por sí solo le adoro; y por ti sola, y por quien eres, te suplico que, sin decir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudieres. Innumerables riquezas me dejó mi madre en su muerte, sin sabiduría de mi padre; hija soy de un rey, que, puesto que sea por elección, en fin es rey; la edad, ya la ves; la hermosura no se te encubre que, tal cual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida. Dame, señora, a tu hermano por esposo; daréte yo a mí misma por hermana, repartiré contigo mis riquezas, procuraré darte esposo que después (y aun antes) de los días de mi padre¹², le elijan por rey los de este reino; y, cuando esto no pueda ser, mis tesoros podrán comprar otros reinos.

Teníale a Auristela de las manos Sinforosa, bañándoselas en lágrimas, en tanto que estas tiernas razones la decía; acompañábale en ellas Auristela, juzgando en sí misma cuáles y cuántos suelen ser los aprietos de un corazón enamorado y, aunque se le representaba en Sinforosa una enemiga, la tenía lástima, que un generoso pecho no quiere vengarse cuando puede, cuanto más que Sinforosa no la había ofendido en cosa alguna que la obligase a venganza: su cul-

¹² *después [...] de los días de mi padre* = 'después de que haya cumplido el número de sus días', 'después de su muerte'.

pa era la suya; sus pensamientos, los mismos que ella tenía; su intención, la que a ella traía desatinada; finalmente, no podía culparla, sin que ella primero no quedase convencida del mismo delito. Lo que procuró apurar fue si la había favorecido alguna vez, aunque fuese en cosas leves, o si, con la lengua o con los ojos, había descubierto su amorosa voluntad a su hermano. Sinforosa la respondió que jamás había tenido atrevimiento de alzar los ojos a mirar a Perianandro, sino con el recato que a ser quien era debía y que, al paso de sus ojos, había andado el recato de su lengua.

—Bien creo eso —respondió Auristela—, pero ¿es posible que él no ha dado muestras de quererte? Sí habrá, porque no le tengo por tan de piedra que no le enternezca y ablande una belleza tal como la tuya y, así, soy de parecer que, antes que yo rompa esta dificultad, procures tú hablarle, dándole ocasión para ello con algún honesto favor, que tal vez los impensados favores despiertan y encienden los más tibios y descuidados pechos; que, si una vez él responde a tu deseo, seráme fácil a mí hacerle que de todo en todo le satisfaga. Todos los principios, amiga, son dificultosos y, en los de amor, dificultosísimos. No te aconsejo yo que te deshonestes ni te precipites, que los favores que hacen las doncellas a los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero, con todo esto, puede mucho la discreción y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos a los más turbados, ofrece lugar y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su crédito.

CAPÍTULO CUARTO DEL SEGUNDO LIBRO^a

Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa

Atenta estaba la enamorada Sinforosa a las discretas razones de Auristela y, no respondiendo a ellas, sino volviendo a anudar las del pasado razonamiento, le dijo:

^a P2 lo presenta como III

—Mira, amiga y señora, hasta dónde llegó el amor que engendró en mi pecho el valor que conocí en tu hermano, que hice que un capitán de la guarda de mi padre le fuese a buscar y le trajese, por fuerza o de grado, a mi presencia, y el navío en que se embarcó es el mismo en que tú llegaste, porque en él, entre los muertos, le han hallado sin vida¹.

—Así debe de ser —respondió Auristela—, que él me contó gran parte de lo que tú me has dicho, de modo que ya yo tenía noticia, aunque algo confusa, de tus pensamientos; los cuales, si es posible, quiero que sosiegues hasta que se los descubras a mi hermano o hasta que yo tome a cargo tu remedio, que será luego que me descubras lo que con él te hubiere sucedido, que ni a ti te faltará lugar para hablarle ni a mí tampoco.

De nuevo volvió Sinforosa a agradecer a Auristela su ofrecimiento y de nuevo volvió Auristela a tenerla lástima.

En tanto que entre las dos esto pasaba, se las había Arnaldo con Clodio, que moría por turbar o por deshacer los amorosos pensamientos de Arnaldo. Y, hallándole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dijo:

—El otro día te dije, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble^b condición de las mujeres, y que Auristela, en efeto, es mujer, aunque parece un ángel, y que Periandro es hombre, aunque sea su hermano; y no por esto quiero decir que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que críes algún discreto recato y, si por ventura te dieren lugar de que discurras por el camino de la razón, quiero que tal vez consideres quién eres, la soledad de tu padre, la falta que haces a tus vasallos, la contingencia en que te pones de perder tu reino, que es la misma en que está la nave donde falta el piloto que la gobierne. Mira que los

^b M1, P2, M4: *de voluble*

¹ Con la intervención de la princesa, C. no sólo no resuelve sino que complica definitivamente los pequeños enigmas puestos en evidencia en I, 23 (271 y nota 4).

reyes están obligados a casarse, no con la hermosura, sino con el linaje; no con la riqueza, sino con la virtud, por la obligación que tienen de dar buenos sucesores a sus reinos. Desmengua y apoca el respeto que se debe al príncipe el verle cojear en la sangre, y no basta decir que la grandeza de rey es en sí tan poderosa que iguala consigo misma la baja-za de la mujer que escogiere. El caballo y la yegua de casta generosa y conocida prometen crías de valor admirable, más que las no conocidas y de baja estirpe²; entre la gente común tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto, pero no le ha de tener entre la noble; así que, ¡oh señor mío!, o te vuelve a tu reino o procura con el recato no dejar engañarte. Y perdona este atrevimiento, que, ya que tengo fama de maldiciente y murmurador, no la quiero tener de malintencionado; debajo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida; con tu sombra no temo las inclemencias del cielo, que ya con mejores estrellas parece que va mejorando mi condición, hasta aquí depravada³.

—Yo te agradezco, ¡oh Clodio! —dijo Arnaldo—, el buen consejo que me has dado, pero no consiente ni permite el cielo que le reciba. Auristela es buena, Periandro es su hermano y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es, que, para mí, cualquiera cosa que dijere ha de ser verdad. Yo la adoro^c sin disputas, que el abismo casi infinito de su hermosura lleva tras sí el de mis deseos, que no pueden parar sino en ella⁴, y por ella he tenido, tengo y he de tener vida. Ansí que, Clodio, no me aconsejes más, porque tus palabras se llevarán los vientos y mis obras te mostrarán cuán vanos serán para conmigo tus consejos.

Encogió los hombros Clodio, bajó la cabeza y apartóse de su presencia, con propósito de no servir más de conseje-

^c L: *Yo la accepto*

² Cfr. Horacio, *Epodo I*, 76-78. En castellano, p. ej., Pero Mejía, *Silva* (Parte II, 14) y el P. Pineda, *Agricultura...* (diál. V, secc. 2).

³ Para S (C, 1907: 505) podrían ser de origen virgiliano las palabras dirigidas a Arnaldo por Clodio como «personificación de la Fama, la misma que en la *Eneida* (I, 156) incita a Eneas a abandonar Cartago».

⁴ Cfr. II, 3 (289 y nota 4).

ro, porque el que lo ha de ser requiere tener tres calidades: la primera, autoridad; la segunda, prudencia y, la tercera, ser llamado.

Estas revoluciones, trazas y máquinas amorosas andaban en el palacio de Policarpo y en los pechos de los confusos amantes: Auristela, celosa; Sinforosa, enamorada; Periandro, turbado y, Arnaldo, pertinaz; Mauricio, haciendo disinnios de volver a su patria contra la voluntad de Transila, que no quería volver a la presencia de gente tan enemiga del buen decoro como la de su tierra; Ladislao, su esposo, no osaba ni quería contradecirla; Antonio el padre moría por verse con sus hijos y mujer en España, y Rutilio en Italia, su patria. Todos deseaban, pero a ninguno se le cumplían sus deseos: condición de la naturaleza humana, que, puesto que Dios la crió perfecta, nosotros, por nuestra culpa, la hallamos siempre falta; la cual falta siempre la ha de haber, mientras no dejáremos de desear⁵.

Sucedió, pues, que, casi de industria, dio lugar Sinforosa a que Periandro se viese solo con Auristela, deseosa que se diese principio a tratar de su causa y a la vista de su pleito, en cuya sentencia consistía la de su vida o muerte⁶. Las primeras palabras que Auristela dijo a Periandro fueron:

—Esta nuestra peregrinación⁷, hermano y señor mío, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada día y cada momento me hace temer los de la muerte y querría que diésemos traza de asegurar la vida, so-

⁵ Para Azorín (C, 1915: 130), en las primeras frases de este pasaje está la clave de toda la novela cervantina. No le falta razón, desde luego. De cualquier modo, las palabras siguientes, que claramente las complementan, trascienden el ámbito del *Persiles*. Asumiendo, una vez más, la sentencia agustiniana, C. no se limita a ilustrar una «situación», un *estar* de determinados personajes, sino que apunta a la condición, al *ser* de todos los humanos.

⁶ C. recurre con relativa frecuencia al lenguaje especial forense (cfr., en el propio *Persiles*, p. ej., II, 5 (299-300), y 6 (310). No se trata, desde luego, de algo que lo «caracterice» a él precisamente. La literatura de la época está llena de frases parecidas.

⁷ *peregrinación*. La dimensión propiamente religiosa de la misma no ha desaparecido (dentro de un momento, la hará explícita el protagonista), pero, en esta frase, no es de primaria importancia (cfr. II, 2: 285).

segándola en una parte, y ninguna hallo tan buena como ésta donde estamos: que aquí se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, sino en verdad, y mujer noble y hermosísima en todo extremo, digna, no de que te ruegue, como te ruega, sino de que tú la ruegues, la pidas y la procures.

En tanto que Auristela esto decía, la miraba Periandro con tanta atención que no movía la pestañas de los ojos; corría muy apriesa con el discurso de su entendimiento, para hallar adónde podrían ir encaminadas aquellas razones, pero, pasando adelante con ellas, Auristela le sacó de su confusión, diciendo:

—Digo, hermano (que con este nombre te he de llamar en cualquier estado que tomes)⁸, digo que Sinforosa te adora y te quiere por esposo; dice que tiene riquezas increíbles y yo digo que tiene creíble hermosura (digo creíble porque es tal, que no ha menester que exageraciones la levanten ni hipérboles la engrandezcan) y, en lo que he echado de ver, es de condición blanda, de ingenio agudo y de proceder tan discreto como honesto. Con todo esto que te he dicho, no dejo de conocer lo mucho que mereces, por ser quien eres; pero, según los casos presentes, no te estará mal esta compañía. Fuera estamos de nuestra patria; tú, perseguido de tu hermano y, yo, de mi corta suerte; nuestro camino a Roma, cuanto más le procuramos más se dificulta y alarga⁹; mi intención no se muda, pero tiembla, y no quería que, entre temores y peligros, me saltease la muerte y, así, pienso acabar la vida en religión, y quería que tú la acabases en buen estado.

Aquí dio fin Auristela a su razonamiento y principio a unas lágrimas que desdecían y borraban todo cuanto había dicho. Sacó los brazos honestamente fuera de la colcha, tendiéndolos por el lecho y volvió la cabeza a la parte contraria de donde estaba Periandro. El cual, viendo estos extremos, y habiendo oído sus palabras, sin ser poderoso a otra cosa, se

⁸ Cfr. I, 23 (270 y nota 2).

⁹ Es la primera admisión de que el viaje a Roma tiene *también* como base un «problema familiar».

le quitó la vista de los ojos, se le añudó la garganta y se le trabó la lengua y dio consigo en el suelo de rodillas, y arri-mó la cabeza al lecho. Volvió Auristela la suya y, viéndole desmayado, le puso la mano en el rostro y le enjugó las lá-grimas, que, sin que él lo sintiese, hilo a hilo le bañaban las mejillas.

CAPÍTULO QUINTO DEL SEGUNDO LIBRO^a

De lo que pasó entre el rey Policarpo y su hija Sinforosa

Efetos vemos en la naturaleza de quien ignoramos las causas: adormécense o entorpécense a uno los dientes de ver cortar con un cuchillo un paño; tiembla tal vez un hom-bre de un ratón¹ y yo le he visto temblar de ver cortar un rá-bano y a otro he visto levantarse de una mesa de respeto, por ver poner unas aceitunas². Si se pregunta la causa, no hay saber decirla, y los que más piensan que aciertan a de-cilla es decir que las estrellas tienen cierta antipatía con la complesión de aquel hombre, que le inclina o mueve a ha-cer aquellas acciones, temores y espantos, viendo las cosas sobredichas y otras semejantes que a cada paso vemos.

Una de las difiniciones del hombre es decir que es animal risible, porque sólo el hombre se ríe y no otro ningún ani-mal; y yo digo que también se puede decir que es animal llo-

^a P2 lo presenta como IIII

¹ Uno de éstos era nada menos que el emperador Carlos V (de bien pro-bado valor personal), si es verdad lo que nos cuenta Filippo Sassetti, en una de sus cartas desde Goa (*Lettere indiane*, ed. de Arrigo Benedetti, Turín, Ei-naudi, 1961²: 217-218).

² Cfr., p. ej., Alonso López Cornejo, *Galeno ilustrado, Avicena explicado y doctores sevillanos defendidos*. 'Pregunta 1' (*apud* Antonio Domínguez Ortiz, *Hechos y figuras del siglo XVIII español*, Madrid, Siglo XXI, 1973: 175) y Modes-to Lafuente (= «Fray Gerundio»), «Madrid en 1850» («acto IV, escena 1»).

nable, animal que llora³; y, así como por la mucha risa se descubre el poco entendimiento⁴, por el mucho llorar el poco discurso. Por tres cosas es lícito que llore el varón prudente: la una, por haber pecado; la segunda, por alcanzar perdón dél; la tercera^b, por estar celoso. Las demás lágrimas no dicen bien en un rostro grave⁵. Veamos, pues, desmayado a Periandro y, ya que no llore de pecador ni arrepentido, llore de celoso, que no faltará quien disculpe sus lágrimas, y aun las enjague, como hizo Auristela, la cual, con más artificio que verdad, le puso en aquel estado.

Volvió en fin en sí y, sintiendo pasos en la estancia, volvió la cabeza y vio a sus espaldas a Ricla y a Constanza, que entraban a ver a Auristela, que lo tuvo a buena suerte, que, a dejarle solo, no hallara palabras con que responder a su señora y, así, se fue a pensarlas y a considerar en los consejos que le había dado.

Estaba también Sinforosa con deseo de saber qué auto se había proveído en la audiencia de Amor en la primera vista

^b L: ... la tercera (si me dan licencia) es por estar zeloso

³ Cfr. Aristóteles (*De partibus animalium*, III, 10). Innumerables autores aprovechan esta feliz caracterización. Cfr., p. ej., François Rabelais (versos preliminares al *Gargantua*) y el Pinciano (II, 117). La forma *risible* no es infrecuente en la época. Comprensiblemente, aparece en «definiciones —aristotélicas— del hombre», como son las contenidas en *El cortesano*, de Baldassare Castiglione (l. II, cap. 45: *risible*) y en la *Miscelánea* de Luis Zapata (ed. Pascual Gayangos, *Memorial histórico español*, t. XI, Madrid, Real Academia de la Historia, 1859: 22).

También a partir de Aristóteles (v. s.) de un «animal que llora» hablan, p. ej., Plinio (*Historia natural*: VII) y, entre los españoles, p. ej., el doctor Villalobos, *Problemas* (en BAE, XXXVI: 454 a) y Antonio de Guevara, *Epístolas familiares* (I, 469), etc. Lo que no hacen estos autores ni J. de Huerta, traductor de Plinio, es usar la forma *llorable*.

⁴ SA-RH citan muy oportunamente a este propósito un pasaje del *Guzmán de Alfarache* (Parte I, I, 4)

⁵ Del marqués de Santillana refiere Hernando del Pulgar (*Claros varones de Castilla*) que «como viese llorar a un caballero en el infortunio en que estaba, movido con alguna ira le dijo: ¡Oh, cuán digno de reprehensión es el caballero que por ningún grave infortunio que le venga derrama lágrimas, sino a los pies del confesor!» Cfr. también, p. ej., Lope de Vega, *El castigo sin venganza* (acto II) y *La Dorotea* (acto II, esc. 3). En *La constante cordobesa*, Gonzalo Céspedes de Meneses, por el contrario, no deja de admitir el llanto del varón enamorado.

de su pleito⁶, y sin duda que fuera la primera que entrara a ver a Auristela, y no Ricla y Constanza, pero estorbóselo llegar un recado de su padre el rey, que la mandaba ir a su presencia luego y sin excusa alguna. Obedecióle, fue a verle, y hallóle retirado y solo; hízola Policarpo sentar junto a sí y, al cabo de algún espacio que estuvo callando, con voz baja, como que se recataba de que no le oyesen, la dijo:

—Hija, puesto que tus pocos años no están obligados a sentir qué cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos míos estén ya sujetos a su jurisdicción, todavía, tal vez sale de su curso la naturaleza y se abrasan las niñas verdes⁷ y se secan y consumen los viejos ancianos⁸.

Cuando esto oyó Sinforosa imaginó, sin duda, que su padre sabía sus deseos, pero, con todo eso, calló y no quiso interrumpirle^{c,9} hasta que más se declarase; y, en tanto que él se declaraba, a ella le estaba palpitando el corazón en el pecho. Siguió, pues, su padre diciendo:

—Después, ¡oh hija mía!, que me faltó tu madre, me acogí a la sombra de tus regalos, cubríme con tu amparo, goberneme por tus consejos y he guardado, como has visto, las leyes de la viudez con toda puntualidad y recato, tanto por el crédito de mi persona como por guardar la fe católica

^c A partir de B3, todas las eds. (con las únicas excepciones de MI6, B11, PECP, AH) leen *interrumpirle*

⁶ Primera aparición de una fórmula propia del lenguaje forense aplicado al amor (no será la última: cfr., p. ej., II, 6: 310). Es cosa frecuente en la literatura de la época. Cfr., p. ej., Lope de Vega, *El peregrino en su patria* (V, 461).

⁷ *niñas verdes* = 'de tiernos, frescos, jóvenes, pocos años'.

⁸ *viejos ancianos*. No es raro hallar en nuestra literatura preclásica y clásica esta *reduplicatio*: cfr., p. ej., D. de San Pedro, *Cárcel de amor* (Obras, ed. de Samuel Gili y Galla, Madrid, Espasa-Calpe, 1967³: 121), y Antonio de Saavedra Guzmán, *El peregrino indiano* (VII, oct. 87).

⁹ *interrumper*. RM (II: 226) escribe: «*Interromperis* no es italianismo, contra lo que imaginaba Cejador; antes está dicho muy a la castellana, como en el refrán: 'Ocasiones de placer suelen cartas interrumpir'. C. lo usa, y asimismo, en otros lugares, *interrotos* (*Quijote*, II, 49) e *interrompiendo* (51).» Y añade dos testimonios de *La Celestina* y de Diego de Álava y Viamonte. Otros ofrezco yo en PECP (126-127). Para *interrumpir*, cfr. José Luis Herretero Ingelmo, «Cultismos léxicos y semánticos en la poesía del Siglo de Oro» (en *BRAE*, LXXIV [1994] a. v.).

que profeso¹⁰; pero, después que han venido estos nuevos huéspedes a nuestra ciudad, se ha desconcertado el reloj de mi entendimiento¹¹, se ha turbado el curso de mi buena vida y, finalmente, he caído desde la cumbre de mi presunción discreta hasta el abismo bajo de no sé qué deseos, que, si los callo, me matan y, si los digo, me deshonoran. No más suspensión, hija; no más silencio, amiga; no más. Y, si quieres que más haya, sea el decirte que muero por Auristela. El calor de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura; en las estrellas de sus ojos han tomado lumbré los míos, ya oscuros; la gallardía de su persona ha alentado la flojedad de la mía¹². Querría, si fuese posible, a ti y a tu hermana daros una madrastra que su valor disculpe el dárosela¹³. Si tú vienes con mi parecer, no se me dará nada del qué dirán y, cuando por esta (si pareciere) locura me quitaren el reino, reine yo en los brazos de Auristela, que

¹⁰ Aunque, por supuesto, no hay modo de demostrarlo, vienen ganas de pensar que esta alusión al *catolicismo* del rey podría ser un añadido no cervantino. Al menos, como «innecesaria» fue saltada por varios traductores. A este propósito, cfr. Scaramuzza Vidoni (C, 1995: 9).

¹¹ *desconcertar(se)* / *concertar* un reloj = 'estropear(se) / arreglarlo'. Cfr., p. ej., Lope de Vega, *El guante de doña Blanca* (acto I). En español moderno se ha perdido esta acepción, que en cambio conserva la pareja portuguesa *consertar* / *desconsertar* (o *desconsertar-se*).

¹² Abundan en la literatura de la época frases epigramáticas que muy bien podrían aplicarse a este Policarpo perdidamente abrasado por Auristela. En las *empresas*, entonces tan de moda, era frecuente simbolizar por medio del Etna —volcán cubierto de nieve perenne— la pasión arrebatada (cfr., p. ej., Giuseppina Ledda, *Contributo allo studio della letteratura emblematica in Spagna: 1549-1613*, Pisa, Università di Pisa, 1970: 88 y 130).

Otros *emblemas* del «viejo verde» (a la moderna...) eran el puerro y el ajo. Cfr., p. ej., L. Vélez de Guevara, *El catalán Serrallonga* (acto III) y Calderón, *Ni Amor se libra de amor* (acto III).

¹³ El anciano, elevado al trono de la isla por sus muchas virtudes, ha terminado siendo víctima de la lascivia. A partir de este dato, de una idea (para mí, enteramente equivocada) de los tiempos de composición del *Perisiles* y, sobre todo, de su acostumbrada fantasía, Blanca de los Ríos se atreve a reconocer, siquiera sea *en passant*, al «fénix de los ingenios españoles» en Policarpo, «anagrama casi perfecto de Lope Carpio» (cfr. *OD* de Tirso de Molina, I: 537).

no habrá monarca en el mundo que se me iguale. Es mi intención, hija, que tú se la digas y alcances de ella el sí que tanto me importa, que, a lo que creo, no se le hará muy dificultoso el darle, si con su discreción recompensa y contrapone mi autoridad a mis años y mi riqueza a los suyos. Bueno es ser reina; bueno es mandar; gusto dan las honras, y no todos los pasatiempos se cifran en los casamientos iguales. En albricias del sí que me has de traer de esta embajada que llevas, te mando una mejora¹⁴ en tu suerte que, si eres discreta, como lo eres, no has de acertar a desearla mejor. Mira: cuatro cosas ha de procurar tener y sustentar el hombre principal, y son buena mujer, buena casa, buen caballo y buenas armas. Las dos primeras, tan obligada está la mujer a procurarlas como el varón, y aun más, porque no ha de levantar la mujer al marido, sino el marido a la mujer. Las majestades, las grandezas altas, no las aniquilan los casamientos humildes, porque, en casándose, igualan consigo a sus mujeres¹⁵; así que séase Auristela quien fuere, que, siendo mi esposa, será reina, y su hermano Periandro mi [yerno], el cual, dándotelo yo por esposo, y honrándole con título de mi yerno^{d,16} vendrás tú también a ser estimada, tanto por ser su esposa, como por ser mi hija.

^d MI y todas las eds. posteriores: *cuñado*

La misma unanimidad se da en las trads., rota sólo por Dub (*my son-in-law*).

¹⁴ *mejora* = 'en los testamentos, es la manda especial que el padre hace a favor de alguno o algunos de sus hijos, además de la legítima que les toca: la cual sólo se puede extender al tercio y al remanente del quinto, en cuyo caso se llama mejora de tercio y quinto' (DA).

¹⁵ En LGi, Andrés dice casi las mismas palabras de Policarpo. Complementarias son las palabras de Dorotea a don Fernando (*Quijote*, I, 36). Como Martín de Riquer recuerda, en nota a este último pasaje, en las *Partidas* se afirma que la hidalguía la transmiten los nombres, no las mujeres. Pero es el caso que, muy pocas páginas atrás (precisamente en II, 4: 295), Clodio afirma lo contrario. ¿Equivocándose? La pregunta, formulada de este modo, es incorrecta. Como de costumbre, cada una de las criaturas de ficción habla *desde* su situación existencial. Cada una de ellas es, por lo tanto, *auténtica* siquiera *para sí*.

¹⁶ Ningún editor o pescador de «olvidos y vacilaciones» cervantinas se ha parado a indicar, al menos en nota, que, de casarse con Sinforosa, Pe-

—¿Pues cómo sabes tú, señor —dijo Sinforosa—, que no es Periandro casado y, ya que no lo sea, quiera serlo conmigo?

—De que no lo sea —respondió el rey— me lo da a entender el verle andar peregrinando por extrañas tierras, cosa que lo estorban los casamientos grandes; de que lo quiera ser tuyo me lo certifica y asegura su discreción, que es mucha, y caerá en la cuenta de lo que contigo gana; y, pues la hermosura de su hermana la hace ser reina, no será mucho que la tuya le haga tu esposo.

Con estas últimas palabras y con esta grande promesa, paladeó el rey la esperanza de Sinforosa y saboreóle el gusto de sus deseos y, así, sin ir contra los de su padre, prometió ser casamentera y admitió las albricias de lo que no tenía negociado¹⁷. Sólo le dijo que mirase lo que hacía en darle por esposo a Periandro, que, puesto que sus habilidades acreditaban su valor, todavía sería bueno no arrojarle sin que primero la experiencia y el trato de algunos días le asegurase. Y diera ella porque en aquel punto se le dieran por esposo todo el bien que acertara a desearse en este mundo, los siglos que tuviera de vida, que, las doncellas virtuosas y principales, uno dice la lengua y otro piensa el corazón.

Esto pasaron Policarpo y su hija, y en otra estancia se movió otra conversacion y plática entre Rutilio y Clodio. Era Clodio, como se ha visto en lo que de su vida y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de donde le nacía ser gentil maldiciente, que el tonto y simple ni sabe

riandro no será el *cuñado* sino el *yerno* de Policarpo. Nos hallamos, con toda probabilidad, ante un error «de autor», que, sin embargo, parece oportuno enmendar, tras la imprescindible aclaración.

¹⁷ S (C, 1907: 502) sostiene con buenos argumentos que C. ha forjado la historia del enamoramiento de Sinforosa sobre la del amor de Dido por Eneas. Dado, sin embargo, el carácter de la novela, no hay posibilidad de una conclusión natural de ese amor entre los dos jóvenes. Policarpo, la hermana de Sinforosa, sería un eco de la Ana virgiliana, etc. «In accordance with the curious taste of the day, the sentimental utterances of Dido on her situation are put into Policarpo's mouth.»

Sobre el parecido entre ciertas situaciones de la *Historia etiópica* y este libro II del *Persiles* trataron ya S (C, 1908) y, más recientemente, Stegmann (C, 1971: 62).

murmurar ni maldecir y, aunque no es bien decir bien mal, como ya otra vez se ha dicho¹⁸, con todo esto alaban al maldiciente discreto, que la agudeza maliciosa no hay conversación que no la ponga en punto y dé sabor, como la sal a los manjares, y, por lo menos, al maldiciente agudo, si le vituperan y condenan por perjudicial, no dejan de absolverle y alabarle por discreto. Este, pues, nuestro murmurador, a quien su lengua desterró de su patria en compañía de la torpe y viciosa Rosamunda, habiendo dado igual pena el rey de Inglaterra a su maliciosa lengua como a la torpeza de Rosamunda, hallándose solo con Rutilio, le dijo:

—Mira, Rutilio, necio es, y muy necio, el que, descubriendo un secreto a otro, le pide encarecidamente que le calle, porque le importa la vida en que lo que le dice no se sepa. Digo yo ahora: ven acá, descubridor de tus pensamientos y derramador de tus secretos¹⁹; si a ti, con importarte la vida, como dices, los descubres, al otro a quien se los dices, que no le importa nada el descubrirlos, ¿cómo quieres que los cierre y recoja debajo de la llave del silencio? ¿Qué mayor seguridad puedes tomar de que no se sepa lo que sabes sino no decillo? Todo esto sé, Rutilio, y, con todo esto, me salen a la lengua y a la boca ciertos pensamientos que rabian porque los ponga en voz y los arroje en las plazas antes que se me pudran en el pecho o reviente con ellos. Ven acá, Rutilio: ¿qué hace aquí este Arnaldo, siguiendo el cuerpo de Auristela como si fuese su misma sombra, dejando su reino a la discreción de su padre, viejo y quizá caduco, perdiéndose aquí, anegándose allí, llorando acá, suspirando acullá, lamentándose amargamente de la fortuna que él mismo se fabrica?²⁰. ¿Qué diremos desta Auristela y deste su hermano, mozos vagamundos, encubridores de su linaje, quizá por poner en duda si son o no principales? Que el que está ausente de su patria, donde nadie le conoce,

¹⁸ Cfr. I, 14 (220 y nota 11).

¹⁹ *derramador*. Ni *TL*, ni *DA*, ni *DRAE* registran el término en la acepción de 'el que publica o extiende algún suceso'.

²⁰ Cfr. I, 5 (153-154). Y, ahora, recuérdese el «Faber est suae quisque fortunae», que C. evoca, p. ej., en *LGi* o en *VdP* (IV, terc. 27).

bien puede darse los padres que quisiere y, con la discreción y artificio, parecer en sus costumbres que son hijos del sol y de la luna. No niego yo que no sea virtud digna de alabanza mejorarse cada uno, pero ha de ser sin perjuicio de tercero. El honor y la alabanza son premios de la virtud, que, siendo firme y sólida, se le deben, mas no se le debe a la ficticia y hipócrita. ¿Quién puede ser este luchador, este esgrimidor, este corredor y saltador, este Ganimedes²¹, este lindo²², este aquí vendido, acullá comprado, este Argos de esta ternera de Auristela²³, que apenas nos la deja mirar por brújula²⁴, que ni sabemos ni hemos podido saber deste par, tan sin par en hermosura, de dónde vienen ni a do van? Pero lo que más me fatiga de ellos es que, por los once cielos que dicen que hay²⁵, te juro, Rutilio, que no me puedo persuadir que sean hermanos y que, puesto que lo sean, no puedo juzgar bien de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedajes y mesones. Lo que gastan sale de las alforjas, saquillos y repuestos²⁶, llenos de pedazos de oro, de las bárbaras Ricla y Constanza. Bien veo que aquella cruz de diamantes y aquellas dos perlas que trae Auristela valen un gran tesoro, pero no son prendas que se cambian ni truecan por menudo. Pues pensar que siempre han de hallar reyes que los hospeden y príncipes que los favorezcan es hablar en lo escusado. Pues ¿qué diremos, Rutilio, ahora de la fantasía²⁷ de Transila y de la astrología de su padre: ella, que revienta de valien-

²¹ *Ganimedes*. Adolescente frigio. Prendado de su belleza, Júpiter lo raptó cuando se hallaba cazando en el monte Ida (recuérdese el v. 8 de la primera *Soledad* gongorina). Cfr., en el propio *Persiles*, III, 21 (630).

²² *lindo* = 'Decir el varón lindo absolutamente es llamarle afeminado' (Cov.). Por si fuera poco, Clodio acaba de aludir al efebo Ganimedes.

²³ Para *Argos* e *Io*, cfr. I, 21 (259 y nota 6).

²⁴ *mirar por brújula* = 'observar por el agujerito que sirve para precisar la puntería de la escopeta', 'ver con dificultad y como a hurtadillas'.

²⁵ *once cielos*. De acuerdo con la concepción tolemaica del universo, los correspondientes a la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno, las estrellas fijas, el llamado «cristalino», el «Primer móvil» y el Empíreo.

²⁶ *repuestos* = 'equipajes' (como declaran SA-RH), pero también —y mejor— 'sitios reservados, para guardar cosas de valor'.

²⁷ *fantasía* = 'presunción vana', 'soberbia', incluso 'quimera, locura'.

te y, él, que se precia de ser el mayor judicario del mundo? Yo apostaré que Ladislao, su esposo de Transila, tomara ahora estar en patria, en su casa y en su reposo, aunque pasara por el estatuto y condición de los de su tierra, y no verse en la ajena, a la discreción del que quisiere darles lo que han menester. ¿Y este nuestro bárbaro español, en cuya arrogancia debe estar cifrada la valentía del orbe? Yo pondré²⁸ que, si el cielo le lleva a su patria, que ha de hacer corrillos de gente, mostrando a su mujer y a sus hijos envueltos en sus pellejos, pintando la isla bárbara en un lienzo y señalando con una vara el lugar do estuvo encerrado quince años, la mazmorra de los prisioneros, la esperanza inútil y ridícula de los bárbaros y el incendio no pensado de la isla, bien así como hacen los que, libres de la esclavitud turquesca, con las cadenas al hombro, habiéndolas quitado de los pies, cuentan sus desventuras con lastimeras voces y humildes plegarias en tierra de cristianos²⁹. Pero esto pase, que, aunque parezca que cuentan imposibles, a mayores peligros está sujeta la condición humana, y los de un desterrado, por grandes que sean, pueden ser crederos.

—¿Adónde vas a parar, oh Clodio? —dijo Rutilio.

—Voy a parar —respondió Clodio— en decir de ti que mal podrás usar tu oficio en estas regiones, donde sus moradores no danzan ni tienen otros pasatiempos sino lo^e que les ofrece Baco, en sus tazas risueño y en sus bebidas lascivo³⁰; pararé también en mí, que, habiendo escapado de la muerte por la benignidad del cielo y por la cortesía de Ar-

^e V, P1, M4, M5, M6, B2, B3, B4, M9, M14, B6, B7, B8, M19: *sino los que les ofrece Baco*

²⁸ *poner* = 'apostar'.

²⁹ Era frecuente que los ex cautivos de turcos o berberiscos, como los protagonistas de cualquier otra aventura excepcional, procurasen sacar algún dinero de la narración en público de la misma. C. hará de manera que cuanto ahora dice Clodio se realice de algún modo a lo largo de la primera mitad del libro III del *Persiles*.

³⁰ Era —y es— proverbial la inclinación de los europeos del Norte a las bebidas alcohólicas. Cfr., p. ej., Baltasar Gracián, *El Criticón* (Parte III, crisis 2 y 8).

naldo, ni al cielo doy gracias ni a Arnaldo tampoco, antes querría procurar que, aunque fuese a costa de su desdicha, nosotros enmendásemos nuestra ventura. Entre los pobres pueden durar las amistades, porque la igualdad de la fortuna sirve de eslabonar los corazones, pero entre los ricos y los pobres no puede haber amistad duradera, por la desigualdad que hay entre la riqueza y la pobreza.

—Filósofo estás, Clodio —replicó Rutilio—, pero yo no puedo imaginar qué medio podremos tomar para mejorar, como dices, nuestra suerte, si ella comenzó a no ser buena desde nuestro nacimiento. Yo no soy tan letrado como tú, pero bien alcanzo que los que nacen de padres humildes, si no los ayuda demasíadamente el cielo, ellos por sí solos pocas veces se levantan adonde sean señalados con el dedo, si la virtud no les da la mano. Pero a ti ¿quién te la ha de dar, si la mayor que tienes es decir mal de la misma virtud? Y, a mí, ¿quién me ha de levantar, pues, cuando más lo procure, no podré subir más de lo que se alza una cabriola? Yo, danzador; tú, murmurador; yo, condenado a la horca en mi patria; tú, desterrado de la tuya por maldiciente: mira qué bien podremos esperar que nos mejore.

Suspendióse Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspensión dio fin a este capítulo el autor desta grande historia.

CAPÍTULO SEXTO DEL SEGUNDO LIBRO^a

Todos tenían con quien comunicar sus pensamientos: Policarpo, con su hija y, Clodio, con Rutilio; sólo el suspensoso Periandro los comunicaba consigo mismo, que le engendraron tantas las razones de Auristela, que no sabía a cuál acudir que le aliviase su pesadumbre.

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Declara Sinforosa a Auristela los amores de su padre*

—¡Válame Dios! ¿Qué es esto? —decía entre sí mismo—. ¿Ha perdido el juicio Auristela? ¡Ella, mi casamente-ra! ¿Cómo es posible que haya dado al olvido nuestros con-ciertos? ¿Qué tengo yo que ver con Sinforosa? ¿Qué reinos ni que riquezas me pueden a mí obligar a que deje a mi her-mana Sigismunda¹, si no es dejando de ser yo Persiles?^{b,2}

En pronunciando esta palabra, se mordió la lengua y miró a todas partes, a ver si alguno le escuchaba y, asegurán-dose que no, prosiguió diciendo:

—Sin duda, Auristela está celosa, que los celos se engen-dran, entre los que bien se quieren, del aire que pasa, del sol

^b M7, Par6, M13, M15: *Persiles*
NY, B5: *Pérsiles*

¹ Más atrás queda dicho que en *Clareo y Florisea* (XXV y XXIX) ocurre una *Aurismunda*. La interpretación por así decir vulgata de *Sigismunda* es 'boca de la victoria' o, sin más, 'vencedora'. (cfr., p. ej., Molho, B, 1994: 41), pero más plausible parecen la citada por Colahan (C, 1994: 33: 'la mano de la victoria', equivalente a 'la protección que lleva a la victoria') o bien 'que protege —a su pueblo— con la victoria'.

«Peregrina», más que otra cosa, resulta la propuesta por Peña Martín (13): «Sigismunda es también alto nombre por su etimología. Por su etimología latina, desde luego, que no coincide en absoluto con la verdadera visigóti-ca. / *Sigillum* es —entre otros significados— 'signo celeste'. / *Mundus*, 'limpio' y —en otra acepción, 'de primera calidad'. Limpia, inmejorable señal o signo —estrella— Sigismunda.»

² Según S-B (xxxvi), *Persiles* «pertenecer a un grupo de vocablos de forma análoga que tiene su abolengo en la novela caballeresca. Así, en *Amadís* se encuentran Sarquiles, Granfiles, Gastiles, y todos estos nombres parecen haberse formado a imitación del de Aquiles (llamado igualmente Arquiles)». Después de S-B, yo añadiré el *Argiles* y el *Orgiles* registrados en el *Espejo de príncipes y caballeros*.

Casaldurero (166) ve en el nombre una combinación de *Perseo* y *Aquiles*. En la misma insisten Colahan (C, 1994: 22-27) y Molho (B, 1994: 40-41), quien la evidencia incluso ya en la forma elegida para traducir al francés el nombre del personaje: ya no *Persiles*, sino *Persille*. (Acerca del *Per-silens*, el 'archisilencioso', propuesto como «auténtica» etimología, cfr. Peña Martín [C, 1988: 12].)

La revelación podrá parecer fuera de lugar algún lector. En realidad, todos estamos ya, desde hace mucho, «al cabo de la calle». Más importa llamar la atención sobre otro particular: la nueva complicación, la nueva caída en la ya recordada ambigüedad *lato sensu* —o... por absurdo— incestuosa, ya presente en I, 23 (270 y nota 2).

que toca y aun de la tierra que pisa. ¡Oh señora mía, mira lo que haces! No hagas agravio a tu valor ni a tu belleza, ni me quites a mí la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad y firmeza me va labrando una inestimable corona de verdadero amante. Hermosa, rica y bien nacida es Sinforosa, pero, en tu comparación, es fea, es pobre y de linaje humilde. Considera, señora, que el amor nace y se engendra en nuestros pechos o por elección o por destino: el que por destino, siempre está en su punto; el que por elección, puede crecer o menguar, según pueden menguar o crecer las causas que nos obligan y mueven a querernos³. Y, siendo esta verdad tan verdad como lo es, hallo que mi amor no tiene términos que le encierre ni palabras que le declare; casi puedo decir que desde las mantillas y fajas de mi niñez te quise bien, y aquí pongo yo la razón del destino; con la edad y con el uso de la razón fue creciendo en mí el conocimiento, y fueron creciendo en ti las partes que te hicieron amable⁴. Vilas, contemplélas, conocílas, grabélas en mi alma y de la tuya y la mía hice un compuesto tan uno y tan solo, que estoy por decir que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirlo. Deja, pues, bien mío, Sinforosas; no me ofrezcas ajenas hermosuras, ni me convides con imperios ni monarquías, ni dejes que suene en mis oídos el dulce nombre de hermano con que me llamas. Todo esto que estoy diciendo entre mí quisiera decírtelo a ti por los mismos términos con que lo voy fraguando en mi imaginación, pero no será posible, porque la luz de tus ojos, y más si me miran airados, ha de turbar mi vista y enmudecer mi lengua. Mejor será escribírtelo en un papel, porque las razones serán siempre unas y las podrás ver muchas veces, viendo siempre en ellas una verdad misma, una fe confirmada y un deseo loable y digno de ser creído; y, así, determino de escribirte.

³ Para amor por elección y por destino, cfr. I, 16 (227 y nota 11).

⁴ La afirmación de Periandro de que ama a Auristela «desde las mantillas y fajas de mi niñez» ha de entenderse como una mera hipérbole. En caso contrario, estaríamos ante una pequeña contradicción con cosas dichas —o por decir— a propósito de la cronología interna del *Persiles*. Cfr. IV, 12 (715-718).

Quietóse con esto algún tanto, pareciéndole que con más advertido discurso pondría su alma en la pluma que en la lengua. Dejemos escribiendo a Periandro y vamos a oír lo que dice Sinforosa a Auristela⁵. La cual Sinforosa, con deseo de saber lo que Periandro había respondido a Auristela, procuró verse con ella a solas y darle de camino noticia de la intención de su padre, creyendo que, apenas se la habría declarado, cuando alcanzase el sí de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas veces se desprecian las riquezas ni los señoríos, especialmente de las mujeres, que, por naturaleza, las más son codiciosas, como las más son altivas y soberbias. Cuando Auristela vio a Sinforosa, no le plugo mucho su llegada, porque no tenía qué responderle, por no haber visto más a Periandro; pero Sinforosa, antes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su padre⁶, imaginándose que, con aquellas nuevas que a Auristela llevaba, tan dignas de dar gusto, la tendría de su parte, en quien pensaba estar el todo de su buen suceso. Y, así, le dijo:

—Sin duda alguna, bellísima Auristela, que los cielos te quieren bien, porque me parece que quieren llover sobre ti venturas y más venturas. Mi padre, el rey, te adora, y conmigo te envía a decir que quiere ser tu esposo y, en albricias del sí que le has de dar, y yo se le he de llevar, me ha prometido a Periandro por esposo. Ya, señora, eres reina; ya Periandro es mío; ya las riquezas te sobran y, si tus gustos en las canas de mi padre no te sobraren, sobrarte han en los del mando y en los de los vasallos, que estarán continuo atentos a tu servicio. Mucho te he dicho, amiga y señora mía, y mucho has de hacer por mí, que de un gran valor no se puede esperar menos que un grande agradecimiento. Comience en nosotras a verse en el mundo dos cuñadas que se quie-

⁵ Por primera y única vez en el *Persiles*, C. recurre a un expediente narrativo frecuentísimo en los *libros de caballerías* y en los poemas caballerescos del renacimiento italiano. Recuérdese también *Quijote*, II, 44-53, con la casi sistemática pendulación entre el relato de lo acontecido en el «castillo» de los duques y en la «Ínsula Barataria».

⁶ Cfr. I, 5 (296 y nota 6).

ren bien y dos amigas que sin doblez se amen, que sí verán, si tu discreción no se olvida de sí misma. Y dime agora qué es lo que respondió tu hermano a lo que de mí le dijiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple sería el que no recibiese tus consejos como de un oráculo.

A lo que respondió Auristela:

—Mi hermano Periandro es agradecido, como principal caballero, y es discreto, como andante peregrino⁷: que el ver mucho y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres. Mis trabajos y los de mi hermano nos van leyendo⁸ en cuánto debemos estimar el sosiego y, pues que el que nos ofreces es tal, sin duda imagino que le habremos de admitir; pero hasta ahora no me ha respondido nada Periandro, ni sé de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza ni desmayarla. Da, ¡oh bella Sinforosa!, algún tiempo al tiempo y déjanos considerar el bien de tus promesas, porque, puestas en obra, sepamos estimarlas. Las obras que no se han de hacer más de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen; y el casamiento es una destas acciones y, así, es menester que se considere bien antes que se haga, puesto que los términos desta consideración lo doy por pasados y hallo que tú alcanzarás tus deseos y yo admitiré tus promesas y consejos. Y vete, hermana, y haz llamar de mi parte a Periandro, que quiero saber dél alegres nuevas que decirte y aconsejarme con él de lo que me conviene, como con hermano mayor, a quien debo tener respeto y obediencia.

Abrazóla Sinforosa y dejóla, por hacer venir a Periandro a que la viese. El cual, en este tiempo, encerrado y solo, había tomado la pluma y, de muchos principios que en un papel borró y tornó a escribir, quitó y añadió, en fin salió con uno que se dice decía desta manera:

⁷ *andante peregrino*. Para Antonio Vilanova (C, 1949: 109-111), esta figura constituye una etapa intermedia entre el *caballero andante* y el *caballero peregrino*.

⁸ *leyendo* = 'comentando un texto', 'enseñando'.

«No he osado fiar de mi lengua lo que de mi pluma, ni aun della fio algo, pues no puede escribir cosa que sea de momento el que por instantes está esperando la muerte. Ahora vengo a conocer que no todos los discretos saben aconsejar en todos los casos; aquellos, sí, que tienen experiencia en aquellos sobre quien les pide el consejo. Perdóname que no admito el tuyo, por parecerme o que no me conoces o que te has olvidado de ti misma. Vuelve, señora, en ti y no te haga una vana presunción celosa salir de los límites de la gravedad y peso de tu raro entendimiento. Considera quién eres y no se te olvide de quién yo soy, y verás en ti el término del valor que puede desearse y en mí el amor y la firmeza que puede imaginarse; y, firmándote en esta consideración^c discreta, no temas que ajenas hermosuras me enciendan, ni imagines que a tu incomparable virtud y belleza otra alguna se anteponga. Sigamos nuestro viaje, cumplamos nuestro voto⁹ y quédense aparte celos infructuosos y mal nacidas sospechas. La partida desta tierra solicitaré con toda diligencia y brevedad, porque me parece que, en salir della, saldré del infierno de mi tormento a la gloria de verte sin celos.»

Esto fue lo que escribió Periandro, y lo que dejó en limpio al cabo de haber hecho seis borradores. Y, doblando el papel, se fue a ver a Auristela, de cuya parte ya le habían llamado.

^c M1, M16, B11, M23: *cunsideración*

⁹ *nuestro voto*. Por primera vez se habla de una promesa que vincula a los dos protagonistas, no de la personal de Auristela. ¿Se trata de un descuido de C.? ¿Será más bien una afectuosa asunción del tal voto por parte del enamorado Periandro? Al final del *Persiles* (IV, 12: 717 y nota 12) encontramos una nueva —y más completa— explicación a estas palabras

CAPÍTULO SÉPTIMO DEL SEGUNDO LIBRO, DIVIDIDO EN DOS PARTES

[PRIMERA PARTE]^{a,1}

Rutilio y Clodio, aquellos dos que querían enmendar su humilde fortuna, confiados, el uno, de su ingenio y, el otro, de su poca vergüenza, se imaginaron merecedores, el uno, de Policarpa y, el otro, de Auristela. A Rutilio le contentó mucho la voz y el donaire de Policarpa y, a Clodio, la sin igual belleza de Auristela y andaban buscando ocasión como descubrir sus pensamientos sin que les viniese mal por declararlos, que es bien que tema un hombre bajo y humilde que se atreve a decir a una mujer principal lo que no había de atreverse a pensarlo siquiera; pero tal vez acontece que la desenvoltura de una poco honesta aunque principal

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

A partir de M5, todas las eds. suprimen *dividido en dos partes*, a excepción de M16, B11, M23, AH, las cuales (con la sola excepción de AH) añaden [*Primera Parte*]

M5 y seguidoras: *Donde Rutilio, enamorado de Policarpa, y Clodio, de Auristela, las escriben declarándole sus amores. Rutilio conoce ser atrevimiento y rompe su papel sin darle, pero Clodio determina dar el suyo*

¹ En C, 1968: 60, yo mismo escribía: «Molto probabilmente, la bizzarra divisione del capitolo in due parti (e c'è da chiedersi perché mai questi due, e non altri) costituisce un semplice errore materiale di C., a cui il proto avrebbe rimediato alla lesta mediante l'inserimento di un sottotitolo. Ma potrebbe darsi persino che l'autore abbia voluto inserire questa piccola innocente 'novità' nella non breve serie delle sorprese formali che il libro vuole offrire al lettore. Pensando a questa sia pur remota possibilità, restituisco al secondo libro del Persiles la divisione originale.» Lo mismo hice en B, 1971. En *PECP*, en cambio, me decidí a dar el paso y suprimir también yo lo que cada vez se me imponía más claramente como un descuido de C. (el *Persiles* —decía entonces: 128— no es, a fin de cuentas, el *Tristram Shandy*...). Ahora, a la vista del escrupuloso respeto (incluso en este detalle, del todo irrelevante) a la lección de M1 por parte de SA-RH, no quiero ser menos y también yo vuelvo —no sin cierta reserva mental— a mi primera elección.

señora da motivo a que un hombre humilde y bajo ponga en ella los ojos y le declare sus pensamientos. Ha de ser anejo a la mujer principal el ser grave, el ser compuesta y recatada, sin que por esto sea soberbia, desabrida y descuidada; tanto ha de parecer más humilde y más grave una mujer cuanto es más señora. Pero en estos dos caballeros y nuevos amantes no nacieron sus deseos de las desenvolturas y poca gravedad de sus señoras; pero, nazcan de do nacieren, Rutilio, en fin, escribió un papel a Policarpa, y Clodio a Auristela, del tenor que se sigue:

RUTILIO A POLICARPA

«Señora, yo soy extranjero y, aunque te diga grandezas de mi linaje, como no tengo testigos que las confirmen, quizá no hallarán crédito en tu pecho; aunque, para confirmación de que soy ilustre en linaje, basta que he tenido atrevimiento de decirte que te adoro. Mira qué pruebas quieres que haga para confirmarte en esta verdad, que a ti estará el pedir las y a mí el hacerlas; y, pues te quiero para esposa, imagina que deseo como quien soy y que merezco como deseo, que de altos espíritus es aspirar a las cosas altas. Dame siquiera con los ojos respuesta deste papel, que, en la blandura o rigor de tu vista, veré la sentencia de mi muerte o de mi vida.»

Cerró el papel Rutilio, con intención de dársele a Policarpa, arrimándose al parecer de los que dicen: «Díselo tú una vez, que no faltará^b quien se lo acuerde ciento»². Mostróse-

^b M1, B1, Par1, M2: *falta*
Todas las demás eds.: *faltar*

² Variante del más difundido «Díselo tú una vez, que el diablo se lo dirá ciento», registrado, p. ej., en M. de Santa Cruz, *Floresta española* (n. 494). M. Cabañas recuerda, en nota, que está «referido, según Hernán Núñez, sobre todo para hablar 'de los enamorados y otras cosas turpes'».

lo primero a Clodio, y Clodio le mostró a él otro que para Auristela tenía escrito, que es este que se sigue:

CLODIO A AURISTELA

«Unos entran en la red amorosa con el cebo de la hermosura; otros, con los del donaire y gentileza; otros, con los del valor que consideran en la persona a quien determinan rendir su voluntad; pero yo por diferente manera he puesto mi garganta a su yugo, mi cerviz a su coyunda, mi voluntad a sus fueros y mis pies a sus grillos, que ha sido por la de la lástima: que ¿cuál es el corazón de piedra que no la tendrá, hermosa señora, de verte vendida y comprada y en tan estrechos pasos puesta que has llegado al último de la vida por momentos? El yerro y despiadado acero ha amenazado tu garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la nieve tal vez te ha tenido yerta y, la hambre, enflaquecida y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mejillas y, finalmente, el agua te ha sorbido y vomitado; y estos trabajos no sé con qué fuerzas los llevas, pues no te las pueden dar las pocas de un rey vagamundo y que te sigue por solo el interés de gozarte, ni las de tu hermano (si lo es) son tantas que te puedan alentar en tus miserias. No fies, señora, de promesas remotas y arrímate a las esperanzas propincuas, y escoge un modo de vida que te asegure la que el cielo quisiere darte. Mozo soy, habilidad tengo para saber vivir en los mas últimos rincones de la tierra; yo daré traza cómo sacarte desta y librarte de las importunaciones de Arnaldo, y, sacándote deste Egipto, te llevaré a la tierra de promisión, que es España, o Francia, o Italia, ya que no puedo vivir en Inglaterra, dulce y amada patria mía. Y, sobre todo, me ofrezco a ser tu esposo y desde luego te aceto por mi esposa.»

Habiendo oído Rutilio el papel de Clodio, dijo:

—Verdaderamente, nosotros estamos faltos de juicio, pues nos queremos persuadir que podemos subir al cielo

sin alas, pues las que nos da nuestra pretensión son las de la hormiga³. Mira, Clodio: yo soy de parecer que rasguemos estos papeles, pues no nos ha forzado a escribirlos ninguna fuerza amorosa, sino una ociosa y baldía voluntad, porque el amor ni nace ni puede crecer si no es al arrimo de la esperanza y, faltando ella, falta él de todo punto. Pues ¿por qué queremos aventurarnos a perder, y no a ganar, en esta empresa? Que el declararla y el ver a nuestras gargantas arriado el cordel o el cuchillo ha de ser todo uno; demás que, por mostrarnos enamorados, habremos de parecer, sobre desagradecidos, traidores. ¿Tú no ves la distancia que hay de un maestro de danzar que enmendó su oficio con aprender el de platero a una hija de un rey, y la que hay de un desterrado murmurador a la que desecha y menosprecia reinos? Mordámonos la lengua y llegue nuestro arrepentimiento a do ha llegado nuestra necesidad. A lo menos, este mi papel se dará primero al fuego o al viento que a Policarpa.

—Haz tú lo que quisieres del tuyo —respondió Clodio—, que el mío, aunque no le dé a Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio; aunque temo que, si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de haber tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas las veces daña.

Estas razones pasaron entre los dos fingidos amantes y atrevidos y necios de veras. Llegóse, en fin, el punto de hablar a solas Periandro con Auristela y entró a verla, con intención de darle el papel que había escrito, pero, así como la vio, olvidándose de todos los discursos y disculpas que llevaba prevenidas, le dijo:

—Señora, mírame bien, que yo soy Periandro, que fui el que fue Persiles y soy el que tú quieres que sea Periandro. El nudo con que están atadas nuestras voluntades nadie le puede desatar, sino la muerte; y, siendo esto así, ¿de qué te sirve darme consejos tan contrarios a esta verdad? Por todos

³ A esta fatal consecuencia de la jactancia se alude, p. ej., en *La Celestina* (versos acrósticos preliminares). Cfr. también P. Mejía, *Silva* (Parte IV, 5) y el P. Pineda (diál. IV, secc. 7).

los cielos, y por ti misma, más hermosa que ellos, te ruego que no nombres más a Sinforosa, ni imagines que su belleza ni sus tesoros han de ser parte a que yo olvide las minas de tus virtudes y la hermosura incomparable tuya, así del cuerpo como del alma. Esta mía, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecí la vez primera que mis ojos te vieron, porque no hay cláusula que añadir a la obligación en que quedé de servirte el punto que en mis potencias se imprimió el conocimiento de tus virtudes. Procura, señora, tener salud, que yo procuraré la salida de esta tierra y dispondré lo mejor que pudiere nuestro viaje, que, aunque Roma es el cielo de la tierra⁴, no está puesta en el cielo⁵, y no habrá trabajos ni peligros que nos nieguen del todo el llegar a ella, puesto que los haya para dilatar el camino. Tente al tronco y a las ramas de tu mucho valor y no imagines que ha de haber en el mundo quien se le oponga.

En tanto que Periandro esto decía, le estaba mirando Auristela con ojos tiernos y con lágrimas de celos y compasión nacidas; pero, en fin, haciendo efeto en su alma las amorosas razones de Periandro, dio lugar a la verdad que en ellas venía encerrada y respondióle seis o ocho palabras, que fueron:

—Sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo; confiada, te pido que con brevedad salgamos desta tierra, que, en otra, quizá convaleceré de la enfermedad celosa que en este lecho me tiene.

—Si yo hubiera dado, señora —respondió Periandro—, alguna ocasión a tu enfermedad, llevara en paciencia tus quejas⁶ y en mis disculpas hallaras tú el remedio de tus lástimas; pero, como no te he ofendido, no tengo de qué dis-

⁴ Lo mismo viene a decir, Gracián en *El Criticón* (Parte II, crisis 2).

⁵ Nuestros peregrinos tendrán sobradas ocasiones para comprenderlo. Precisamente esta tensión entre símbolo religioso y realidad histórica constituye una de los mayores atractivos del libro IV del *Persiles*.

⁶ *Llevar en paciencia*. Hoy diríamos *con paciencia*, pero, en la época, esta construcción, a la latina (recuérdese, p. ej., Génesis 3, 19: «in sudore vultus tui vesceris panem») era la normal, como demuestran el comienzo de la *LG* y ciertos pasajes de *ELV* y *Quijote*, II, 13. Para más detalles, cfr. RM (IV: 273-274).

culparme. Por quien eres, te suplico que alegres los corazones de los que te conocen, y sea brevemente, pues, faltando la ocasión de tu enfermedad, no hay para qué nos mates con ella. Pondré en efeto lo que me mandas: saldremos desta tierra con la brevedad posible.

—¿Sabes cuánto te importa, Periandro? —respondió Aurstela—. Pues has de saber que me van lisonjeando promesas y apretando dádivas; y no como quiera, que, por lo menos⁷, me ofrecen este reino. Policarpo el rey quiere ser mi esposo; hámelo enviado a decir con Sinforosa, su hija, y ella, con el favor que piensa tener en mí siendo su madrastra, quiere que seas su esposo. Si esto puede ser, tú lo sabes y, si estamos en peligro, considéralo y, conforme a esto, aconsejate con tu discreción y busca el remedio que nuestra necesidad pide. Y perdóname, que la fuerza de las sospechas han sido las que me han forzado a ofenderte; pero estos yerros fácilmente los perdona el amor.

—Dél se dice —replicó Periandro— que no puede estar sin celos, los cuales, cuando de débiles y flacas ocasiones nacen, le hacen crecer, sirviendo de espuelas a la voluntad, que, de puro confiada, se entibia o, a lo menos, parece que se desmaya. Y, por lo que debes a tu buen entendimiento, te ruego que, de aquí adelante, me mires, no con mejores ojos, pues no los puede haber en el mundo tales como los tuyos, sino con voluntad más llana y menos puntuosa⁸, no levantando algún descuido mío, más pequeño que un grano de mostaza, a ser monte que llegue a los cielos⁹, llegando a los celos; y, en lo demás, con tu buen juicio entretén al rey y a Sinforosa, que no la ofenderás en fingir palabras que se encaminan a conseguir buenos deseos. Y queda en paz, no engendre en algún mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga plática.

Con esto la dejó Periandro y, al salir de la estancia, en-

⁷ *por lo menos* = 'nada menos'. Cfr. RM (I: 32 y 242; VII: 289).

⁸ *puntuosas* = 'orgullosas de su condición noble', 'con mucho pundonor', 'puntillosas'. Cfr. *Quijote*, II, 50.

⁹ Cfr. Mateo 13, 32-32; Marcos 4, 30-32; Lucas 13, 18-19.

contró con Clodio y Rutilio: Rutilio, acabando de romper el papel que había escrito a Policarpa y, Clodio, doblando el suyo para ponérselo en el seno; Rutilio, arrepentido de su loco pensamiento y, Clodio, satisfecho de su habilidad y ufano de su atrevimiento. Pero andará el tiempo y llegará el punto donde diera él por no haberle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas pueden partirse.

CAPÍTULO SÉPTIMO DEL SEGUNDO LIBRO

[SEGUNDA PARTE]^a

Andaba el rey Policarpo alborozado con sus amorosos pensamientos y deseoso además^{b,1} de saber la resolución de Auristela, tan confiado y tan seguro que había de corresponder a lo que deseaba, que ya consigo mismo trazaba las bodas, concertaba las fiestas, inventaba las galas y aun hacía mercedes en esperanza del venidero matrimonio. Pero, entre todos estos disinius, no tomaba el pulso a su edad, ni igualaba con discreción la disparidad que hay de diez y siete años a setenta; y, cuando fueran sesenta, es también grande la distancia. Ansí halagan y lisonjean los lascivos deseos

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: VIII

M16, B9, M17, M18, M21, BA2, B10, B11, B11, M23 añaden [Segunda Parte]

M5 y seguidoras: *De lo que pasó entre Sinforosa y Auristela. Resuelven todos los forasteros salir luego de la isla*

^b M1, Par1, B1, V, P1, L, Bru, M2, M3, P2, M4, M5, M6, B2, B3, B4, M7, M8, M9, NY, M10, M11, B5, Par7, M13, M14, M15, PECP, AH: *deseoso además de*

P2: *y muy desseoso de*

M16, B9, M17, M18, M21, BA2, M22, M23: *desseoso, además, de*

¹ *además*, en la época equivalía a 'mucho, excesivamente' *demasiado*. Cfr. PECP (128-129).

las voluntades; así engañan los gustos imaginados a los grandes entendimientos; así tiran y llevan tras sí las blandas imaginaciones a los que no se resisten en los encuentros amorosos.

Con diferentes pensamientos estaba Sinforosa, que no se aseguraba de su suerte, por ser cosa natural que quien mucho desea mucho teme y las cosas que podían poner alas a su esperanza, como eran su valor, su linaje y hermosura, esas mismas se las cortaban, por ser propio de los amantes rendidos pensar siempre que no tienen partes que merezcan ser amadas de los que bien quieren. Andan el amor y el temor tan apareados que, a doquiera que volváis la cara, los veréis juntos; y no es soberbio el amor, como algunos dicen, sino humilde, agradable y manso, y tanto, que suele perder de su derecho por no dar a quien bien quiere pesadumbre; y más, que, como todo amante tiene en sumo precio y estima la cosa que ama, huye de que de su parte nazca alguna ocasión de perderla. Todo esto, con mejores discursos que su padre, consideraba la bella Sinforosa y, entre temor y esperanza puesta, fue a ver a Auristela y a saber della lo que esperaba y temía. En fin se vio Sinforosa con Auristela, y sola, que era lo que ella más deseaba; y era tanto el deseo que tenía de saber las nuevas de su buena o mala andanza que, así como entró a verla, sin que la hablase palabra, se la puso a mirar ahincadamente, por ver si en los movimientos de su rostro le daba señales de su vida o muerte. Entendióla Auristela y, a media risa (quiero decir, con muestras alegres), le dijo:

—Llegaos, señora, que a la raíz del árbol de vuestra esperanza no ha puesto el temor segur para cortar. Bien es verdad que vuestro bien y el mío se han de dilatar algún tanto; pero, en fin, llegarán, porque, aunque hay inconvenientes que suelen impedir el cumplimiento de los justos deseos, no por eso ha de tener la des[es]peración^{c,2} fuerzas para no

^c M1: *desperación*

A partir de M3, todas las eds. leen *desesperación*

² Acepto la enmienda, tanto porque no me consta exista tal sustantivo (sí, en cambio, el adjetivo *desperado*, registrado en casi todos los diccionarios: *TL*, *DA*, *DCELC*), como porque el mismo C. lo desconoce, limitándose a usar, no pocas veces y en todas las acepciones, *desesperación* (cfr. *VC*).

esperarle. Mi hermano dice que el conocimiento que tiene de tu valor y hermosura no solamente le obliga, pero que le fuerza a quererte, y tiene a bien y a merced particular la que le haces en querer ser suya; pero, antes que venga a tan dichosa posesión, ha menester defraudar las esperanzas que el príncipe Arnaldo tiene de que yo he de ser su esposa, y sin duda lo fuera yo, si el serlo tú de mi hermano no lo estorbara: que has de saber, hermana mía, que así puedo yo vivir sin Periandro como puede vivir un cuerpo sin alma. Allí tengo de vivir donde él viviere: él es el espíritu que me mueve y el alma que me anima; y, siendo esto así, y él se casa en esta tierra contigo, ¿cómo podré yo vivir en la de Arnaldo, en ausencia de mi hermano? Para escusar este desmán que me amenaza, ordena que nos vamos con él a su reino, desde el cual le pediremos licencia para ir a Roma, a cumplir un voto cuyo cumplimiento nos sacó de nuestra tierra³; y está claro, como la experiencia me lo ha mostrado, que no ha de salir un punto de mi voluntad. Puestos, pues, en nuestra libertad, fácil cosa será dar la vuelta a esta isla, donde, burlando sus esperanzas, veamos el fin de las nuestras: yo, casándome con tu padre y, mi hermano, contigo.

A lo que respondió Sinforosa:

—No sé, hermana, con qué palabras podré encarecer la merced que me has hecho con las que me has dicho y, así, la dejaré en su punto, porque no sé cómo explicarlo; pero esto que ahora decirte quiero recíbelo antes por advertimiento que por consejo: ahora estás en esta tierra y en poder de mi padre, que te podrá y querrá defender de todo el mundo, y no será bien que se ponga en contingencia la seguridad de tu posesión. No le ha de ser posible a Arnaldo llevaros por fuerza a ti y a tu hermano, y hable de ser forzoso, si no querer, a lo menos, consentir lo que mi padre quiere, que le tiene en su reino y en su casa. Asegúrame tú, ¡oh hermana!, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor y esposo, que yo te daré llanas todas las di-

³ El voto *parece* implicar también a Periandro (como en II, 6: 312). y, como entonces, se puede explicar de manera por lo menos «suficiente».

ficultades e inconvenientes que para llegar a este efeto pueda poner Arnaldo.

A lo que respondió Auristela:

—Los varones prudentes por los casos pasados y por los presentes juzgan los que están por venir. A hacernos fuerza pública o secreta tu padre en nuestra detención, ha de irritar y despertar la cólera de Arnaldo, que en fin es rey poderoso (a lo menos, lo es más que tu padre) y los reyes burlados y engañados fácilmente se acomodan a vengarse; y, así, en lugar de haber recibido con nuestro parentesco gusto, recibiríades daño, trayéndoos la guerra a vuestras mismas casas. Y, si dijeres que este temor se ha de tener siempre, ora nos quedemos aquí, ora volvamos después, considerando que nunca los cielos aprietan tanto los males que no dejen alguna luz con que se descubra la de su remedio⁴, soy de parecer que nos vamos con Arnaldo, y que tú misma, con tu discreción y aviso, solicites nuestra partida: que en esto solicitarás y abreviarás nuestra vuelta, y aquí, si no en reinos tan grandes como los de Arnaldo, a lo menos en paz más segura, gozaré yo de la prudencia de tu padre y tú de la gentileza y bondad de mi hermano, sin que se dividan y aparten nuestras almas.

Oyendo las cuales razones, Sinforosa, loca de contento, se abalanzó a Auristela y le echó los brazos al cuello, mi-diéndole la boca y los ojos con sus hermosos labios.

En esto vieron entrar por la sala a los dos al parecer bárbaros, padre y hijo, y a Ricla y Constanza, y luego tras ellos entraron Mauricio, Ladislao y Transila, deseosos de ver y hablar a Auristela y saber en qué punto estaba su enfermedad, que los tenía a ellos sin salud. Despidióse Sinforosa, más alegre y más engañada que cuando había entrado, que los corazones enamorados creen con mucha facilidad aun las sombras de las promesas de su gusto. El anciano Mauricio, después de haber pasado con Auristela las ordinarias preguntas y respuestas que suelen pasar entre los enfermos y los que los visitan, dijo:

⁴ Recuérdese *Quijote*, I, 15: «Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas.»

—Si los pobres, aunque mendigos, suelen llevar con pesadumbre el verse desterrados o ausentes de su patria, donde no dejaron sino los terrones que los sustentaban, ¿qué sentirán los ausentes que dejaron en su tierra los bienes que de la fortuna pudieran prometerse? Digo esto, señora, porque mi edad, que con presurosos pasos me va acercando al último fin, me hace desear verme en mi patria, adonde mis amigos, mis parientes y mis hijos me cierren los ojos y me den el último vale. Este bien y merced conseguiremos todos cuantos aquí estamos, pues todos somos extranjeros y ausentes, y todos, a lo que creo, tenemos en nuestras patrias lo que no hallaremos en las ajenas, si tú, señora, quisieras solicitar nuestra partida o, a lo menos, teniendo por bien que nosotros la procuremos, puesto que no será posible el dejarte, porque tu generosa condición y rara hermosura, acompañada de la discreción, que admira, es la piedra imán de nuestras voluntades.

—A lo menos —dijo a esta sazón Antonio el padre—, de la mía y de las de mi mujer y hijos lo es, de suerte que primero dejaré la vida que dejar la compañía de la señora Auristela, si es que ella no se desdén de la nuestra.

—Yo os agradezco, señores —respondió Auristela—, el deseo que me habéis mostrado y, aunque no está en mi mano corresponder a él como debía, todavía haré que le pongan en efeto el príncipe Arnaldo y mi hermano Perianandro, sin que sea parte mi enfermedad (que ya es salud) a impedirle. En tanto, pues, que llega el felice día y punto de nuestra partida, ensanchad los corazones y no deis lugar que reine en ellos la malencolía, ni penséis en peligros venideros, que, pues el cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobrevengan nos llevará a nuestras dulces patrias, que los males que no tienen fuerzas para acabar la vida no la han de tener para acabar la paciencia.

Admirados quedaron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubrió su corazón piadoso y su discreción admirable. Entró en este instante el rey Policarpo, alegre sobremanera, porque ya había sabido de Sinforosa, su hija, las prometidas esperanzas del cumplimiento de sus entre castos y lascivos deseos, que los ímpetus amorosos que

suelen parecer en los ancianos se cubren y disfrazan con la capa de la hipocresía, que no hay hipócrita, si no es conocido por tal, que dañe a nadie sino a sí mismo, y los viejos, con la sombra del matrimonio, disimulan sus depravados apetitos. Entraron con el rey Arnaldo y Periandro, y dándole el parabién a Auristela de la mejoría, mandó el rey que, aquella noche, en señal de la merced que del cielo todos en la mejoría de Auristela habían recibido, se hiciesen luminarias en la ciudad y fiestas y regocijos ocho días continuos. Periandro lo agradeció como hermano de Auristela y, Arnaldo, como amante que pretendía ser su esposo.

Regocijábase Policarpo allá entre sí mismo en considerar cuán suavemente se iba engañando Arnaldo. El cual, admirado con la mejoría de Auristela, sin que supiese los disinius de Policarpo, buscaba modos de salir de su ciudad, pues tanto cuanto más se dilataba su partida tanto más, a su parecer, se alongaba el cumplimiento de su deseo. Mauricio, también deseoso de volver a su patria, acudió a su ciencia y halló en ella que grandes dificultades habían de impedir su partida; comunicólas con Arnaldo y Periandro, que ya habían sabido los intentos de Sinforosa y Policarpo, que les puso en mucho cuidado, por saber cierto, cuando^d el amoroso deseo se apodera de los pechos poderosos, suele romper por cualquiera dificultad, hasta llegar al fin de ellos; no se miran respetos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones y, así, no había para qué fiarse en las pocas o ninguna en que Policarpo les estaba. En resolución, quedaron los tres de acuerdo que Mauricio buscarse un bajel, de muchos que en el puerto estaban, que los llevase a Inglaterra secretamente, que para embarcarse no faltaría modo conveniente, y que, en este entretanto, no mostrase ninguno señales de que tenían noticia de los disinius de Policarpo. Todo esto se comunicó con Auristela, la cual aprobó su parecer y entró en nuevos cuidados de mirar por su salud y por la todos.

^d M7 y todas las eds. posteriores (con las excepciones de M16, M17, BA2, M23, PECP, AH) leen *cierto que quando*

CAPÍTULO OCTAVO^a
DEL SEGUNDO LIBRO

*Da Clodio el papel a Auristela; Antonio, el bárbaro,
le mata por yerro*

Dice la historia que llegó a tanto la insolencia o, por mejor decir, la desvergüenza de Clodio que tuvo atrevimiento de poner en las manos de Auristela el desvergonzado papel que la había escrito, engañada con que le dijo que eran unos versos devotos, dignos de ser leídos y estimados. Abrió Auristela el papel y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dio lugar al enojo para dejalle de leer hasta el cabo¹. Leyóle, en fin, y, volviéndole a cerrar, puestos los ojos en Clodio y no echando por ellos rayos de amorosa luz, como las más veces solía, sino centellas de rabioso fuego, le dijo:

—Quitátame de delante, hombre maldito y desvergonzado, que, si la culpa deste tu atrevido disparate entendiera que había nacido de algún descuido mío que menoscabara mi crédito y mi honra, en mí misma castigara tu atrevimiento; el cual no ha de quedar sin castigo, si ya entre tu locura y mi paciencia no se pone el tenerte lástima.

Quedó atónito Clodio, y diera él por no haberse atrevido la mitad de la vida, como ya se ha dicho; rodeáronle luego el alma mil temores, y no se daba más término de vida que lo que tardasen en saber su bellaquería Arnaldo o Periandro; y, sin replicar palabra, bajó los ojos, volvió las espaldas y dejó sola a Auristela, cuya imaginación ocupó un temor, no vano, sino muy puesto en razón, de que Clodio, desesperado, había de dar en traidor, aprovechándose de los

^a P2 lo presenta como V
M5 y seguidoras: IX

¹ En LIF, Tomás de Avendaño se decide a declarar su amor a la reservada Constanza con un expediente casi idéntico al de Clodio. Cfr. también, p. ej., Suárez de Figueroa, *El pasajero* (alivio VII).

intentos de Policarpo, si acaso a su noticia viniese, y determinó darla de aquel caso a Periandro y Arnaldo.

Sucedió en este tiempo que, estando Antonio el mozo solo en su aposento, entró a deshora una mujer en él, de hasta cuarenta años de edad (que, con el brío y donaire, debía de encubrir otros diez), vestida no al uso de aquella tierra, sino al de España; y, aunque Antonio no conocía de usos sino de los que había visto en los de la bárbara isla donde se había criado y nacido, bien conoció ser extranjera de aquella tierra. Levantóse Antonio a recibirla cortésmente, porque no era tan bárbaro que no fuese bien criado; sentáronse, y la dama (si en tantos años de edad es justo se le dé este nombre)², después de haber estado atenta mirando el rostro de Antonio, dijo:

—Parecerte ha novedad, ¡oh mancebo!, esta mi venida a verte, porque no debes de estar en uso de ser visitado de mujeres, habiéndote criado, según he sabido, en la isla bárbara, y no entre bárbaros, sino entre riscos y peñas, de las cuales, si, como sacaste la belleza y brío que tienes, has sacado también la dureza en las entrañas, la blandura de las mías temo que no me ha de ser de provecho. No te desvíes, sosiégate y no te alborotes, que no está hablando contigo algún monstruo ni persona que quiera decirte ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana. Mira que te hablo español, que es la lengua que tú sabes, cuya conformidad suele engendrar amistad entre los que no se conocen. Mi nombre es Zenotia^{b,3}; soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del reino de Granada, cono-

^b M11, M13, BA2, M23, AH (ahora y en todas las sucesivas reapariciones): *Cenotia*

² Escribe el P. Pineda, *Agricultura...* (diál. XXII, secc. 11): «También me parece que aquella palabra *dama* se disfrazó de la palabra dueña, y no se da sino a principales mujeres, y aun el uso español lo restringe a doncellas o mujeres que no hayan perdido la flor de su buen parecer, y señaladamente la emplea en las que quieren notar de hermosas.» Cov., por su parte, la define como 'señora moza y hermosa, discreta, callada y noble'.

³ *Zenotia*. En vano se buscará este nombre en un santoral católico, en una enciclopedia del mundo clásico o del Islam. Si no se trata, en cambio, de apodo (cfr. más abajo), C. dependerá de un texto para mí desconocido

cida por mi nombre en todos los de España, y aun entre otros muchos, porque mi habilidad no consiente que mi nombre se encubra, haciéndome conocida mis obras. Salí de mi patria habrá cuatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores que en aquel reino tienen del católico rebaño⁴; mi estirpe es agarena; mis ejercicios, los de Zoroastes^{c,5}, y en ellos soy única. ¿Ves este sol que nos alumbra? Pues si, para señal de lo que puedo, quieres que le quite los rayos y le asombre con nubes, pídemelo, que haré que a esta claridad suceda en un punto escura noche; o ya, si quisieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras o otras espantosas señales que nos representen la confusión del caos primero, pídelo, que tú quedarás satisfecho y yo acreditada. Has de saber ansimismo que en aquella ciudad de Alhama siempre ha habido alguna mujer de mi nombre, la cual, con el apellido de Zenotia, hereda esta ciencia⁶, que

^c A partir de M7, todas las eds. leen *Zoroastres*, con las excepciones de M16, B9, M17, M21, BA2, B10, B11, M23, *PECP*, AH.

o quizá se deba pensar en una banal errata, por *Zenobia* —nombre, en realidad, bien poco consonante con el personaje, tal y como se nos revelará dentro de un momento.

⁴ A. Castro escribe en «La ejemplaridad de las novelas cervantinas» (en *Hacia C.*, Madrid, Taurus, 1967: 469, nota 1): «Los delatores y calumniadores usados por la Inquisición española conservaban el antiguo nombre hebreo de *malsines*. Éstos son las *mastines* y *centinelas* a que alude C., y que el P. Juan de Mariana menciona al hablar de la Inquisición [...]. A la luz de este pasaje de la *Historia de España* hay que entender los textos de C.» No se le puede negar buena parte de razón. Con una salvedad. A mi parecer, los *mastines* de que ahora habla Zenotia no son sólo un simple disfraz del peyorativo *malsines*, sino también (y, quizá, *ante todo*) una alusión, formalmente correctísima y aun elogiosa, a la orden de los primeros Inquisidores, los dominicos o dominicanos, conocidos también como *Domini canes* (= 'los perros guardadores —los *mastines*... — del rebaño del Señor'). Rosal, p. ej., a. v. *perros*, declara: 'jeroglífico e insignia de Predicadores'. (El origen de tal emblema hay que buscarlo en un famoso sueño de la madre del fundador, santo Domingo de Guzmán.)

⁵ Cfr. *PECP* (129-130), con noticias sobre las variantes *Zoroastro*, *Zoroaster*, *Zoroastres*.

⁶ De auténticas «dinastías de brujas» nos habla Caro Baroja, *Las brujas y su mundo* (70 y 72). C. pudo oír hablar de ésta en Alhama, con ocasión de su viaje al reino de Granada en septiembre de 1594.

no nos enseña a ser hechiceras, como algunos nos llaman, sino a ser encantadoras y magas, nombres que nos vienen más al propio. Las que son hechiceras nunca hacen cosa que para alguna cosa sea de provecho: ejercitan sus burlerías con cosas al parecer de burlas, como son habas mordidas⁷, agujas sin puntas, alfileres sin cabeza y cabellos cortados en crecientes o menguantes de luna; usan de caracteres⁸ que no entienden y, si algo alcanzan tal vez de lo que pretenden, es, no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite, para mayor condenación suya, que el demonio las engañe. Pero nosotras, las que tenemos nombre de magas y de encantadoras, somos gente de mayor cuantía: tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yerbas, de las plantas, de las piedras, de las palabras, y, juntando lo activo a lo pasivo, parece que hacemos milagros y nos atrevemos a hacer cosas tan estupendas, que causan admiración a las gentes, de donde nace nuestra buena o mala fama: buena, si hacemos bien con nuestra habilidad; mala, si hacemos mal con ella. Pero, como la naturaleza parece que nos inclina antes al mal que al bien, no podemos tener tan a raya los deseos que no se deslicen a procurar el mal ajeno, que ¿quién quitará al airado y ofendido que no se vengue? ¿Quién, al amante desdeñado, que no quiera, si puede, reducir a ser querido del que le aborrece? Puesto que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto es ir contra el libre albe-

⁷ *habas mordidas*. Entre los «sortilegios adivinatorios», el más usado en la época, según cuenta José Deleito Piñuela, *La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe* (Madrid, Espasa-Calpe, 1963³: 278-281) era el de *echar las habas*: «El modo de echarlas consta en varios procesos inquisitoriales. Una encartada por hechicería, en 1633, [...], cuenta en su declaración 'que las dichas gitanas le enseñaron la suerte de las habas de esta manera'...» (278-279: con el fiel resumen de la operación, a partir de un documento mencionado por RM). «A veces, las fórmulas del conjuro eran verdaderas letanías» (279). Otro modo de sortilegio era mover (o bailar) el cedazo (280-281). Cfr. J. Caro Baroja, «La magia en Castilla durante los siglos XVI y XVII» (en *Del viejo folklore castellano*, Valladolid, Ámbito, 1988²: 66 y 94-96).

⁸ *carácteres*. Así se acentuaba en español clásico. C. lo usa en situación inequívoca (palabra final de endecasílabo) en *Quijote*, II, 35.

drío, no hay ciencia que lo pueda, ni virtud de yerbas que lo alcancen^{d,9}.

A todo esto que la española Zenotia decía, la estaba mirando Antonio, con deseo grande de saber qué suma tendría tan larga cuenta, pero la Zenotia prosiguió diciendo:

—Dígame, en fin, bárbaro discreto, que la persecución de los que llaman inquisidores en España me arrancó de mi patria: que, cuando se sale por fuerza della, antes se puede llamar arrancada que salida. Vine a esta isla por extraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, volviendo la cabeza atrás, pensando que me mordían las faldas los perros que aun hasta aquí temo. Dime presto a conocer al rey antecesor de Policarpo; hice algunas maravillas, con que dejé maravillado al pueblo; procuré hacer vendible mi ciencia, tan en mi provecho, que^e tengo juntos más de treinta mil escudos en oro¹⁰. Y, estando atenta a esta

^d L suprime todo el largo pasaje, donde la maga expone sus habilidades y poderes (41 líneas de M1), dando inmediatamente después de *en ellos soy única: A todo esto que la española Zenotia decía*

^e L: *mi ciencia (que la tengo mucha) tan en mi provecho, que*

⁹ Aunque Zenotia admite que la naturaleza inclina a los magos más al mal que al bien, sus palabras no invalidan la tradicional diferencia entre magia benéfica (ejercitada por los mismos sacerdotes, en las religiones no cristianas y... aun cristianas) y magia maléfica.

Una importante afirmación cierra el largo parlamento: nada pueden los hechizos contra el libre albedrío. Con ella, Zenotia revela la inanidad de sus operaciones. ¿Absurdo? Dan ganas de ceder a la tentación de explicarnos estos enigmas, como hace Liubímov, pensando en intervenciones *activas* de la censura, pero limitémosnos a recordar que nos encontramos ante una de las más «laberínticas» psicologías cervantinas.

¹⁰ La relación Zenotia / Policarpo (y su antecesor) es muy parecida a la de los «magos egipcios» / faraón; «adivinos, astrólogos, caldeos (*sic*)» / emperadores de Babilonia y, si se quiere un ejemplo sacado de la literatura, precisamente de una obra estrechamente ligada al *Persiles* (la *Historia etiópica*), la de «Cibeles, la tesalia / Ársace, esposa del sátrapa persa de Menfis» (VII). Esta misma relación de la morisca con el rey hace pensar, de nuevo, que la declaración de catolicismo hecha por Policarpo hace bien poco (cfr. II, 5: 300) no es lo que se dice «oportuna» y refuerza la sospecha —la mera hipótesis... — de que pueda no ser auténticamente cervantina. (Menos importancia tiene, en sí, el hecho, sólo a primera vista «curioso», de que, huyendo de los inquisidores, Zenotia haya ido a parar a la innominada isla de Policarpo. En realidad, la Inquisición no existía en *todos* los países «católicos».)

ganancia, he vivido castamente, sin procurar otro algún deleite, ni le procurara si mi buena o mi mala fortuna no te hubieran traído a esta tierra, que en tu mano está darme la suerte que quisieras. Si te parezco fea, yo haré de modo que me juzgues por hermosa¹¹; si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alarga tu deseo y ensancha los sacos de la codicia¹² y los senos¹³, y comienza desde luego a contar cuantos dineros acertares a desear. Para tu servicio sacaré las perlas que encubren las conchas del mar, rendiré y traeré a tus manos las aves que rompen el aire, haré que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra, haré que brote del abismo lo mas precioso que en el se encierra¹⁴; haréte invencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra; en fin, enmen-daré tu suerte de manera que seas siempre envidiado y no envidioso. Y, en cambio destos bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava, que, para ser tu esclava, no es menester que me tengas voluntad como para ser esposa y, como yo sea tuya, en cualquier modo que lo sea, viviré contenta. Comienza, pues, ¡oh generoso mancebo!, a mostrarte prudente, mostrándote agradecido. Mostrarte has prudente si, antes que me agradezcas estos deseos, quisieras hacer experiencia de mis obras. Y, en señal de que así lo harás, alégrame el alma ahora con darme alguna señal de paz, dándome a tocar tu valerosa mano¹⁵.

¹¹ Más cuerdamente obra la Alcina del *Orlando furioso* (VI y VII) o la maga navarra que, en *El Crotalón* (V-VII), de C. de Villalón, goza de un joven caballero porque se transforma en una hermosísima *dama* (al parecer, su propia sobrina).

¹² Alusión —por antífrasis— al conocido refrán «la codicia rompe el saco»?

¹³ *senos* = aquí, como en II, 6 (319), 'bolsillos, en el jubón'.

¹⁴ Primera aparición, en el *Persiles*, de lo que bien podría llamarse el topos «de la abundancia». Cfr. también II, 10 (341) y III, 21 (621).

¹⁵ Como tipo humano, Zenotia entra perfectamente en la tradición de la maga o la hechicera en la que la «atractiva figura de la jovencita se convierte a veces en la de la mujer madura que obra sacudida por un erotismo exasperado por la edad, la edad crítica de la sexualidad para los dos sexos» (J. Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*: 53-54).

Y, diciendo esto, se levantó para ir a abrazarle. Antonio, viendo lo cual, lleno de confusión, como si fuera la más retirada doncella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso a defenderle y, levantándose, fue a tomar su arco, que siempre o le traía consigo o le tenía junto a sí, y, poniendo en él una flecha, hasta veinte pasos desviado de la Zenotia, le encaró la flecha¹⁶. No le contentó mucho a la enamorada dama la postura amenazadora de muerte de Antonio y, por huir el golpe, desvió el cuerpo y pasó la flecha volando por junto a la garganta —en esto, más bárbaro Antonio de lo que parecía en su traje. Pero no fue el golpe de la flecha en vano, que a este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio, que le sirvió de blanco, y le pasó la boca y la lengua, y le dejó la vida en perpetuo silencio: castigo merecido

Muy importante es la alusión a la raza. En España, tenían fama de dedicarse a estas actividades precisamente las moriscas, las gitanas y, de nuevo, las judías. La hechicera morisca aparece también en *ELV*. Otros escritores de la época apuntan al prestigio mágico atribuido a las mujeres de esta casta (cfr. Herrero García, *Ideas...*: 584-588). Como se ve, se trata siempre de personas de algún modo «excluidas», «marginadas» o, por lo menos, difícilmente instaladas en la sociedad.

¿Creía o no C. en las brujas, las hechiceras, etc.? Recuérdense precisas negaciones de su poder, por lo que se refiere al libre albedrío, en *ELV*, *LEI* y *Quijote*, (I, 12). En el *Persiles*, el autor trata el tema con un talante distinto al que caracteriza *CdP*. En este último, la «reducción» del tema en clave de algún modo humorístico resulta evidente; en la *Historia septentrional*, en cambio, encontramos más bien el deseo de hacer creíble (en el plano narrativo) lo increíble, al tiempo que (en el plano de la ideología) se puede registrar una ostentada actitud de despego por parte del narrador. En una palabra: nos las habemos con un tema literario, explícitamente aconsejado por los tratadistas del poema heroico (Giraldi Cinzio, Tasso, el Pinciano...) en el que, sin embargo, C. entra con muchas —y evidentes— reservas.

Por lo que ha dicho (salí «habrá cuatro años»), Zenotia abandonaría España en 1553-1554. Fechas no particularmente indicativas pero, por lo menos, del todo verosímiles.

¹⁶ Combet (C, 1981: 114) habla de un auténtico *terror feminae* por parte de Antonio. Hasta aquí, por lo menos, así ha sido. Téngase en cuenta, de todos modos, que ni Rosamunda (por su edad) ni Zenotia (por declarada falta de belleza) constituyen lo que se dice *tentaciones* para un joven como Antonio. Quien, más adelante (cfr. III, 9 [522-523] y 15 [589-590]) no volverá a mostrarse de ninguna manera apocado ni, menos, «aterrorizado» por las mujeres.

a sus muchas culpas¹⁷. Volvió la Zenotia la cabeza, vio el mortal golpe que había hecho la flecha, temió la segunda y, sin aprovecharse de lo mucho que con su ciencia se prometía, llena confusión y de miedo, tropezando aquí y cayendo allí, salió del aposento, con intención de vengarse del cruel y desamorado mozo.

CAPÍTULO NUEVE DEL SEGUNDO LIBRO^a

No le quedó sabrosa la mano a Antonio del golpe que había hecho¹: que, aunque acertó errando, como no sabía las culpas de Clodio y había visto la de la Zenotia, quisiera haber sido mejor certero. Llegóse a Clodio, por ver si le quedaban algunas reliquias de vida, y vio que todas se las había llevado la muerte; cayó en la cuenta de su yerro y túvose verdaderamente por bárbaro. Entró en esto su padre y, viendo la sangre y el cuerpo muerto de Clodio, conoció por la flecha que aquel golpe había sido hecho por la mano de su hijo. Preguntóselo, y respondióle que sí; quiso saber la causa, y también se la dijo; admiróse el padre; lleno de indignación, le dijo:

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: X

De la enfermedad que sobrevino a Antonio el mozo

¹⁷ El final desastrado de Clodio es uno de los mejores ejemplos, en el *Persiles*, de la muerte *post errorem* de que habla A. Castro (C, 1925: 117-119). B. de los Ríos encuentra un parecido entre esta escena y la muerte de otro Clodio en *La república al revés* (cfr. OD de Tirso de Molina, I: 534). El argumento presentado consiste en que el «traidor» se interpone allí entre dos que luchan y acaba siendo él mismo muerto. Lo que, claro está, bien poco prueba.

¹ *quedar sabrosa la mano de un golpe* (o tiro, etc.) es fórmula bien documentada en la literatura del Siglo de Oro. Cfr., p. ej., Ercilla, *La Araucana* (VIII, oct. 45) y Lope de Vega, *Lo que ha de ser* (acto I). La fórmula se usaba también de manera figurada: cfr., p. ej., Gonzalo Jiménez de Quesada, *El Antijovio* (ed. dirigida por Manuel Torres Quintero, estudio preliminar de Manuel Ballesteros Gaibrois, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo: 475).

—Ven acá, bárbaro. Si a los que te aman y te quieren procuras quitar la vida, ¿que harás a los que te aborrecen? Si tanto presumes de casto y honesto, defiende tu castidad y honestidad con el sufrimiento, que los peligros semejantes no se remedian con las armas ni con esperar los encuentros, sino con huir de ellos. Bien parece que no sabes lo que le sucedió a aquel mancebo hebreo que dejó la capa en manos de la lasciva señora que le solicitaba². Dejaras tú, ignorante, esa tosca piel que traes vestida y ese arco, con que presumes vencer a la misma valentía; no le armaras contra la blandura de una mujer rendida, que, cuando lo está, rompe por cualquier inconveniente que a su deseo se oponga. Si con esta condición pasas adelante en el discurso de tu vida, por bárbaro serás tenido, hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo que ofendas a Dios en ningún modo, sino que reprehendas, y no castigues, a las que quisieran turbar tus honestos pensamientos; y aparéjate para más de una batalla, que la verdura de tus años y el gallardo brío de tu persona con muchas batallas te amenazan. Y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás y, sin alcanzar tus deseos, te alcanzará la muerte en ellos.

Escuchaba Antonio a su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonzoso como arrepentido. Y lo que le respondió fue:

—No mires^b, señor, lo que hice, y pésame de haberlo hecho; procuraré enmendarme de aquí adelante, de modo que no parezca bárbaro, por riguroso, ni lascivo, por manso. Dése orden de enterrar a Clodio y de hacerle la satisfacción más conveniente que ser pudiere.

Ya en esto había volado por el palacio la muerte de Clodio; pero no la causa^c de ella, porque la encubrió la enamo-

^b M7, M8, NY, M10, Par6, M11, M12, M13, M14, M15, B6, B7, B8, M19, M22: *no miré*

^c M1, B1, V, P1, Par1, Bru, M4: *pero la causa*

Todas las restantes eds.: *pero no la*

² Sólo *parece*, porque, en realidad, lo sabe, y su mismo padre es el único que puede habérselo enseñado: cfr. I, 19 (251-252 y nota 14).

rada Zenotia, diciendo sólo que, sin saber por qué, el bárbaro mozo le había muerto. Llegó esta nueva a los oídos de Auristela, que aún se tenía el papel de Clodio en las manos, con intención de mostrárselo a Periandro o a Arnaldo, para que castigasen su atrevimiento, pero, viendo que el cielo había tomado a su cargo el castigo, rompió el papel y no quiso que saliesen a luz las culpas de los muertos: consideración tan prudente como cristiana. Y, bien que Policarpo se alborotó con el suceso, teniéndose por ofendido de que nadie en su casa vengase sus injurias, no quiso averiguar el caso, sino remitióselo al príncipe Arnaldo. El cual, a ruego de Auristela y al de Transila, perdonó a Antonio y mandó enterrar a Clodio, sin averiguar la culpa de su muerte, creyendo ser verdad lo que Antonio decía, que por yerro le había muerto, sin descubrir los pensamientos de Zenotia, porque a él no le tuviesen de todo en todo por bárbaro.

Pasó el rumor del caso, enterraron a Clodio, quedó Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergara género de venganza alguna, así como albergaba en el de la Zenotia, que bebía, como dicen, los vientos imaginando cómo vengarse del cruel flechero³. El cual, de allí a dos días, se sintió mal dispuesto y cayó en la cama, con tanto descaecimiento que los médicos dijeron que se le acababa la vida, sin conocer de qué enfermedad. Lloraba Ricla, su madre, y su padre Antonio tenía de dolor el corazón consumido; no se podía alegrar Auristela ni Mauricio; Ladislao y Transila sentían la misma pesadumbre; viendo lo cual, Policarpo acudió a su consejera Zenotia y le rogó procurase algún remedio a la enfermedad de Antonio, la cual, por no conocerla los médicos, ellos no sabían hallarle. Ella le dio buenas esperanzas, asegurándole que de aquella enfermedad no

³ *beber los vientos*. La locución, tal y como resulta usada en este pasaje, corresponde formalmente a la definición de *DA* ('el deseo grande que tenemos de alguna cosa y la demasiada solicitud y diligencia que ponemos para alcanzarla'), pero se aleja no poco del uso de nuestros días, limitado —o casi— al campo de la pasión amorosa. Nada que me satisficiera he encontrado en los grandes diccionarios y repertorios, pero sí un testimonio muy tardío: nada menos que en Espronceda, *El diablo mundo* (V, cuadro 1), donde un «guapo» dice a otro: «Bebo los vientos / de pura cólera.»

moriría, pero que convenía dilatar algún tanto la cura. Creyóla Policarpo como si se lo dijera un oráculo.

De todos estos sucesos no le pesaba mucho a Sinforosa, viendo que por ellos se detendría la partida de Periandro, en cuya vista tenía librado el alivio de su corazón⁴: que, puesto que deseaba que se partiese, pues no podía volver si no se partía, tanto gusto le daba el verle que no quisiera que se partiera.

Llegó una sazón y coyuntura donde Policarpo y sus dos hijas, Arnaldo, Periandro y Auristela, Mauricio, Ladislao y Transila, y Rutilio (que después que escribió el billete a Policarpo, aunque le había roto, de arrepentido andaba triste y pensativo, bien así como el culpado que piensa que cuantos le miran son sabidores de su culpa), digo que la compañía de los ya nombrados se halló en la estancia del enfermo Antonio, a quien todos fueron a visitar, a pedimiento de Auristela, que ansí a él como a sus padres los estimaba y quería mucho, obligada del beneficio que el mozo bárbaro le había hecho cuando los sacó del fuego de la isla y la llevó al serrallo de su padre⁵. Y, más, que, como en las comunes desventuras se reconcilian los ánimos y se traban las amistades, por haber sido tantas las que en compañía de Ricla y de Constanza y de los dos Antonios había pasado, ya

⁴ C. recurre con cierta frecuencia a giros tomados del lenguaje especial del comercio, aplicándolas a la casuística del amor. RM (VI: 143-144) tiene una buena nota para la frase de *Quijote*, II, 36, «yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo». En el mismo *Persiles* volveremos a encontrar frases parecidas (cfr. IV, 4: 661). No se trata, por supuesto, de un uso «característico», sino más bien «general», de época. Cfr., p. ej., Lope de Vega, *La noche de San Juan* (acto II) y *La Dorotea* (acto I, esc. 2, 4 y 6).

⁵ *serrallo*. S-B van demasiado lejos cuando escriben: «En la acepción del persa *seray* = 'domicilio, casa, palacio'.» Con el valor de 'refugio' o, más exactamente, 'recinto' y hasta 'encierro' (que es el que tiene en el presente pasaje) más bien parece derivar del ital. *serraglio* (inicialmente, 'jaula de fieras'), a su vez derivado del latín **serraculum*, y éste de *serrare*. Ni se olvide que, en la Roma de los siglos XVI-XVII, el *ghetto* era conocido como el *serraglio dei giudei* (cfr. Attilio Milano, *Storia degli ebrei in Italia*, Turín, Einaudi, 1992²: 525-526) y que en Liorna había un *serrallo de esclavos* (cfr. D. Duque de Estrada, *Vida*: 301 b). Nada importa ahora que el persa *seray*, a través del turco, haya dado en italiano también *serraglio*.

no solamente por obligación, mas por elección y destino los amaba⁶.

Estando, pues, juntos, como se ha dicho, un día, Sinforosa rogó encarecidamente a Periandro les contase algunos sucesos de su vida; especialmente se holgaría de saber de dónde venía la primera vez que llegó a aquella isla, cuando ganó los premios de todos los juegos y fiestas que aquel día se hicieron, en memoria de haber sido el de la elección de su padre. A lo que Periandro respondió que sí haría, si se le permitiese comenzar el cuento de su historia, y no del mismo principio, porque éste no lo podía decir ni descubrir a nadie hasta verse en Roma con Auristela, su hermana⁷. Todos le dijeron que hiciese su gusto, que de cualquier cosa que él dijese le recibirían; y el que más contento sintió fue Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dijese, algo que descubriese quién era. Con este salvoconduto, Periandro dijo desta manera:

CAPÍTULO DÉCIMO DEL SEGUNDO LIBRO

Cuenta Periandro el suceso de su viaje^a

—El principio y preámbulo de mi historia, ya que queréis, señores, que os la cuente, quiero que sea éste: que nos contempléis a mi hermana y a mí, con una anciana ama

^a P2 lo llama VI y varía el comienzo del «resumen» de MI: *En que cuenta Periandro*

M5 y seguidoras: XI

⁶ Para *elección / destino*, cfr. I, 16 (226-227 y nota 11); II, 6 (309).

⁷ S (C, 1907: apéndice IV, sección 7) pone en relación esta cautela de Periandro con la decisión de Eneas, quien, en Cartago, ante la reina Dido, empieza la narración de sus trabajos con el décimo año de la guerra de Troya. (Claro es que Eneas, a diferencia de Periandro, nada tiene que «ocultar». Si Virgilio lo hace arrancar de las últimas escenas de la guerra es por no hacer interminable su relato —y por no ponerse en el apuro de mejorar la plana a Homero.)

suya, embarcados en una nave, cuyo dueño, en el lugar de^{b,1} parecer mercader, era un gran cosario. Las riberas de una isla barriamos; quiero decir que íbamos tan cerca de ella que distintamente conocíamos no solamente los árboles, pero sus diferencias. Mi hermana, cansada de haber andado algunos días por el mar, deseó salir a recrearse a la tierra; pidióselo al capitán y, como sus ruegos tienen siempre fuerza de mandamiento, consintió el capitán en el de su ruego y, en la pequeña barca de la nave, con solo un marinero, nos echó en tierra a mí y a mi hermana y a Cloelia, que éste era el nombre de su ama. Al tomar tierra, vio el marinero que un pequeño río por una pequeña boca entraba a dar al mar su tributo; hacíanle sombra por una y otra ribera gran cantidad de verdes y hojosos árboles, a quien servían de cristalinos espejos sus transparentes aguas. Rogámosle se entrase por el río, pues la amenidad del sitio nos convidaba. Hízolo así y comenzó a subir por el río arriba; y, habiendo perdido de vista la nave, soltando los remos, se detuvo y dijo: «Mirad, señores, del modo que habéis de hacer este viaje, y haced cuenta que esta pequeña barca que ahora os lleva es vuestro navío, porque no habéis de volver más al que en la mar os queda aguardando, si ya esta señora no quiere perder la honra y vos, que decís que sois su hermano, la vida.» Díjome, en fin, que el capitán del navío quería deshonar a mi hermana y darme a mí la muerte, y que atendiésemos a nuestro remedio, que él nos seguiría y acompañaría en todo lugar y en todo acontecimiento. Si nos turbamos con esta nueva, júzguelo el que estuviere acostumbrado a recibirlas malas de los bienes que espera. Agradecíle el aviso y ofrecíle la recompensa cuando nos viésemos en más felice estado. «Aun bien —dijo Cloelia—, que traigo conmigo las joyas de mi señora.» Y, aconsejándo-

^b Así M1, B1, L, Parl, Bru, M2, P2, M16, M17, M18, M21, Z, BA2, M23, AH; todas las demás eds.: *en el lugar*

¹ Aunque no he tenido ocasion de encontrarla en ningún diccionario o texto de la época, la construcción *en el lugar de* es, en realidad, verosímil. Cfr., en el propio *Persiles*, I, 5 (155): «donde, [en] el lugar de merced, dicen señoría».

nos los cuatro de lo que hacer debíamos, fue parecer del marinero que nos entrásemos el río adentro: quizá descubriríamos algún lugar que nos defendiese, si acaso los de la nave vienesen a buscarnos. «Mas no vendrán —dijo—, porque no hay gente en todas estas islas que no piense ser cosarios todos cuantos surcan estas riberas y, en viendo la nave o naves, luego toman las armas para defenderse; y, si no es con asaltos nocturnos y secretos, nunca salen medrados los cosarios.»

»Parecióme bien su consejo; tomé yo el un remo y ayúdeme a llevar el trabajo. Subimos por el río arriba y, habiendo andado como dos millas, llegó a nuestros oídos el son de muchos y varios instrumentos formado, y luego se nos ofreció a la vista una selva de árboles movibles que de la una ribera a la otra ligeramente cruzaban. Llegamos más cerca y conocimos ser barcas enramadas lo que parecían árboles y que el son le formaban los instrumentos que tañían los que en ellas iban. Apenas nos hubieron descubierto, cuando se vinieron a nosotros y rodearon nuestro barco por todas partes. Levantóse en pie mi hermana y, echándose sus hermosos cabellos a las espaldas, tomados por la frente con una cinta leonada² o listón que le dio su ama, hizo de sí casi divina^c e improvisa muestra³: que, como después supe,

^c L: hizo de sí muy agraciada

² *cinta leonada*. ¿De dónde saca Casaldauero que «el leonado es el emblema del señorío» (138)? Tal vez recuerde que, tradicionalmente, el león es considerado el «rey de los animales». En realidad, el leonado tenía otros —muy distintos— significados, dentro del sistema de correspondencias entre colores y sentimientos vigente en la época: precisamente de *tristeza* y, mejor aún, de *congoja*. Dejo de lado testimonios del siglo xv (D. de San Pedro) y primera mitad del xvi (Cristóbal de Castillejo), para ilustrar este pasaje con textos mucho más próximos a C. El *Romancero* de Durán (BAE, X y XVI) nos ofrece varios: cfr. los núms. 39, 43, 49, 71, 90, 233, 297... Cfr. también Lope de Vega, *La burgalesa de Lerma* (acto I) y Tirso de Molina, *La huerta de Juan Fernández* (acto II). Ahora parecerá menos «casual» que Auristela, en un momento de auténtica angustia, se haya adornado con una cinta de este concreto color, cuyo simbolismo sería enseguida captado por los lectores del *Persiles*. Mejor será olvidarse, en cambio, del «emblema del señorío», traído —literalmente... — por los pelos.

³ *casi divina e improvisa muestra*. Cfr. I, 3 (139) y 11 (199). Recuérdese Ariosto, *Orlando furioso* (c. I, oct. 52 b: «fadise bella et improvisa mostra»).

por tal la tuvieron todos los que en las barcas venían; los cuales, a voces, como dijo el marinero, que las entendía^d, decían: «¿Qué es esto? ¿Qué deidad^d es esta que viene a visitarnos y a dar el parabién al pescador Carino⁵ y a la sin par Selviana de sus felicísimas bodas?» Luego dieron cabo a nuestra barca⁶ y nos llevaron a desembarcar, no lejos del lugar donde nos habían encontrado.

»Apenas pusimos los pies en la ribera, cuando un escuadrón de pescadores (que así lo mostraban ser en su traje), nos rodearon, y uno por uno, llenos de admiración y reverencia, llegaron a besar las orillas del vestido de Auristela; la cual, a pesar del temor que la congojaba de las nuevas que la habían dado, se mostró a aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuvieron por divina. Poco desviados de la ribera, vimos un tálamo⁷ en gruesos troncos de sabina sustentado, cubierto de verde juncia y

^d L: *Nympha*

⁴ que las entendía. Es decir, que resultaban incomprensibles para los otros tres ocupantes de la barca. Dentro de un momento, sin embargo, veremos que el narrador supera el problema comunicativo por él mismo explícitamente planteado, y que ni Periandro ni Auristela tendrán la menor dificultad en entender y hacerse entender por los pescadores. Es natural. C. alude en un primer momento a la frontera lingüística, pero no puede dejar de pasar por encima de la misma, si quiere que el relato resulte soportable al lector. Así hizo en los capítulos de la isla bárbara, así en los de Golanda y así hará cada vez que la situación lo requiera. Estamos ante un problema más evidente que en la novela en el teatro (o en el cine). La solución es casi siempre la misma: un comienzo en que la mutua ininteligibilidad de gentes de dos pueblos distintos se hace notar y hasta funciona y, luego, rápido —convencional cuanto se quiera, pero inevitable— paso a la comprensión total.

⁵ Carino. C. recurre a este nombre ya en LG. Antes que él lo habían usado, por lo menos, Luciano (*Diálogo de las meretrices*) y Sannazaro (*Arcadia*, prosa VIII).

⁶ dar cabo = 'Dar cabo al bajel que no puede caminar con los demás y viene zorrero es echarle una maroma y traerle con ella a jorro' (Cov.).

⁷ tálamo = 'tabladillo de madera en que los novios solían recibir los parabienes y las dádivas de los convidados' (RM, ed. de RyC, Madrid, Impr. RABM, 1920, nota 20).

oloroso con diversas flores que servían de alcatifas⁸ al suelo; vimos ansimismo levantarse de unos asientos dos mujeres y dos hombres: ellas, mozas y, ellos, gallardos mancebos (la una, hermosa sobremanera y, la otra, fea sobremanera⁹; el uno, gallardo y gentil hombre y, el otro, no tanto) y todos cuatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el más gentil hombre dijo: «¡Oh tú, quienquiera que seas, que no puedes ser sino cosa del cielo! Mi hermano y yo, con el extremo a nuestras fuerzas posible, te agradecemos esta merced que nos haces honrando nuestras pobres y ya de hoy más ricas bodas. Ven, señora, y si, en lugar de los palacios de cristal que en el profundo mar dejas, como una de sus habitadoras, hallares en nuestros ranchos las paredes de conchas y los tejados de mimbres (o, por mejor decir, las paredes de mimbres y los tejados de conchas), hallarás, por lo menos, los deseos de oro y las voluntades de perlas para servirte. Y hago esta comparación, que parece impropia, porque no hallo cosa mejor que el oro ni más hermosa que las perlas.» Inclínose a abrazarle Auristela, confirmando con su gravedad, cortesía y hermosura, la opinión que della tenían. El pescador menos gallardo se apartó a dar orden a la demás turba a que levantasen las voces en alabanzas de la recién venida extranjera y que tocasen todos los instrumentos en señal del regocijo. Las dos pescadoras, fea y hermosa, con sumisión humilde, besaron las manos a Auristela, y ella las abrazó, cortés y amigablemente. El marinero, contentísimo del suceso, dio cuenta a los pescadores del navío que en el mar quedaba, diciéndoles que era de cosarios, de quien se temía que habían de venir por aquella doncella, que era una principal señora, hija de reyes: que, para mover los corazones a su defensa, le pareció ser necesario levantar este testi-

⁸ *alcatifa* = 'alfombra'.

⁹ Ya está aquí el inevitable contraste manierista. Las personas (las cosas, en general) o son hermosísimas o feísimas. Hoy nos parece una cosa obvia y, sin embargo, para llegar al término medio, a la «media tinta», ha tenido que pasar mucho tiempo, tanto a nivel de praxis como de teoría de la novela.

monio a mi hermana¹⁰. Apenas entendieron esto cuando dejaron los instrumentos regocijados y acudieron a los béli-cos, que tocaron «¡arma, arma!» por entrambas riberas.

»Llegó en esto la noche; recogímonos al mismo rancho de los desposados; pusieron centinelas hasta la misma boca del río; cebáronse las nasas, tendiéronse las redes y acomodáronse los anzuelos, todo con intención de regalar y servir a sus nuevos huéspedes. Y, por más honrarlos, los dos recién desposados no quisieron aquella noche pasarla con sus esposas, sino dejar los ranchos solos a ellas y a Auristela y a Cloelia, y que ellos, con sus amigos, conmigo y con el marinero, se las hiciese guarda y centinela. Y aunque sobraba la claridad del cielo, por la que ofrecía la de la creciente luna, y en la tierra ardían las hogueras que el nuevo regocijo había encendido, quisieron los desposados que cenásemos en el campo los varones y, dentro del rancho, las mujeres. Hízose así y fue la cena tan abundante, que pareció que la tierra se quiso aventajar al mar, y el mar a la tierra, en ofrecer, la una, sus carnes y, la otra, sus pescados¹¹.

»Acabada la cena, Carino me tomó por la mano y, paseándose conmigo por la ribera, después de haber dado muestras de tener apasionada el alma, con sollozos y con suspiros me dijo: «Por tener milagrosa esta tu llegada a tal sazón y tal coyuntura, que con ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto que mi mal ha de tener remedio mediante tu consejo y, así, aunque me tengas por loco y por hombre de mal conocimiento y de peor gusto, quiero que sepas que, de aquellas dos pescadoras que has visto, la una fea y la otra hermosa, a mí me ha cabido en suerte de que sea mi esposa la más bella, que tiene por nombre Selviana; pero no sé qué te diga, ni sé qué disculpa dar de la culpa que tengo ni del yerro que hago: yo adoro a Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte a hacer otra cosa. Con todo esto, te quiero decir una verdad, sin que me engañe en creerla: que, a

¹⁰ *testimonio* = 'falso testimonio'. Es forma frecuente en la época. Cfr. Lope de Vega, *El testimonio vengado*, y VC.

¹¹ Cfr. II, 8 (330).

los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la más hermosa mujer del mundo. Y hay más en esto: que de Solercio (que es el nombre del otro desposado)¹² tengo más de un barrunto que muere por Selviana. De modo que nuestras cuatro voluntades están trocadas¹³, y esto ha sido por querer todos cuatro obedecer a nuestros padres y a nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios; y no puedo yo pensar en qué razón se consiente que la carga que ha de durar toda la vida se la eche el hombre sobre sus hombros, no por el suyo, sino por el gusto ajeno. Y, aunque esta tarde habíamos de dar el consentimiento y el sí del cautiverio de nuestras voluntades, no por industria, sino por ordenación del cielo, que así lo quiero creer, se estorbó con vuestra venida. De modo que aún nos queda tiempo par enmendar nuestra ventura, y para esto te pido consejo, pues, como extranjero y no parcial de ninguno, sabrás aconsejarme; porque tengo determinado que, si no se descubre alguna senda que me lleve a mi remedio, de ausentarme destas riberas, y no parecer en ellas en tanto que la vida me durare, ora mis padres se enojen, o mis parientes me riñan, o mis amigos se enfaden.» Atentamente le estuve escuchando y, de improviso, me vino a la memoria su remedio y a la lengua estas mismas palabras: «No hay para qué te ausentes, amigo; a lo menos, no ha de ser antes que yo hable con mi hermana Auristela, que es aquella hermosísima doncella que has visto. Ella es tan discreta, que parece que tiene entendimiento divino, como tiene hermosura divina.»

»Con esto nos volvimos a los ranchos y yo conté a mi hermana todo lo que con el pescador había pasado, y ella halló en su discreción el modo como sacar verdaderas mis palabras y el contento de todos, y fue que, apartándose con Leoncia y Selviana a una parte, les dijo: «Sabed,

¹² *Solercio*. También registrado en *LG* (I).

¹³ El motivo de las *voluntades trocadas* tiene larga tradición en la literatura, sobre todo en la bucólica. No recuerdo más preñada expresión de esta «injusticia» de la suerte que el *mote* tradicional «Amor loco, ¡ay, amor loco!, / yo por vos, y vos por otro», glosado por Montemayor en la *Diana* (l. I: 126) y, un siglo más tarde, por Moreto, en la comedia titulada, precisamente, *Yo por vos y vos por otro*.

amigas (que de hoy más lo habéis de ser verdaderas mías) que, juntamente con este buen parecer que el cielo me ha dado, me dotó de un entendimiento perspicaz y agudo, de tal modo, que, viendo el rostro de una persona, le leo el alma y le adivino los pensamientos. Para prueba desta verdad, os presentaré a vosotras por testigos: tú, Leoncia, mueres por Carino, y tú, Selviana, por Solercio; la virginal vergüenza os tiene mudas, pero, por mi lengua, se romperá vuestro silencio y, por mi consejo (que, sin duda alguna, será admitido), se igualarán vuestros deseos. Callad y dejadme hacer, que o yo no tendré discreción o vosotras tendréis felice fin en vuestros deseos». Ellas, sin responder palabra, sino con besarla infinitas veces las manos, y abrazándola estrechamente, confirmaron ser verdad cuanto había dicho, especialmente en lo de sus trocadas aficiones.

»Pasóse la noche; vino el día, cuya alborada fue regocijadísima, porque con nuevos y verdes ramos parecieron adornadas las barcas de los pescadores; sonaron los instrumentos con nuevos y alegres sonos; alzaron las voces todos, con que se aumentó la alegría; salieron los desposados para irse a poner en el tálamo donde habían estado el día de antes; vistiéronse Selviana y Leoncia de nuevas ropas de boda. Mi hermana, de industria, se aderezó y compuso con los mismos vestidos que tenía y, con ponerse una cruz de diamantes sobre su hermosa frente y unas perlas en sus orejas (joyas de tanto valor, que hasta ahora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo veréis cuando os las enseñe), mostró ser imagen sobre el mortal curso levantada. Llevaba asidas de las manos a Selviana y a Leoncia y, puesta encima del teatro donde el tálamo estaba, llamó y hizo llegar junto a sí a Carino y a Solercio. Carino llegó temblando y confuso de no saber lo que yo había negociado y, estando ya el sacerdote a punto para darles las manos y hacer las católicas ceremonias que se usan, mi hermana hizo señales que la escuchasen¹⁴. Luego

¹⁴ ¿Estamos de veras en tierras católicas? ¿Se trata de un descuido de C.? ¿Hay que pensar, en fin, como Liubímopv, en intervenciones «activas» de la censura?

se extendió un mudo silencio por toda la gente, tan callado, que apenas los aires se movían. Viéndose, pues, prestar grato oído de todos, dijo en alta y sonora voz: «Esto quiere el cielo.» Y, tomando por la mano a Selviana, se la entregó a Solercio y, asiendo de la de Leoncia, se la dio a Carino. «Esto, señores —prosiguió mi hermana—, es, como ya he dicho, ordenación del cielo y gusto no accidental, sino propio destes venturosos desposados, como lo muestra la alegría de sus rostros y el sí que pronuncian sus lenguas.» Abrazáronse los cuatro, con cuya señal todos los circunstantes aprobaron su truco y confirmaron, como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento y belleza de mi hermana, pues así había trocado aquellos casi hechos casamientos con sólo mandarlo.

»Celebróse la fiesta, y luego salieron de entre las barcas del río cuatro despalmadas, vistosas por las diversas colores con que venían pintadas, y los remos, que eran seis de cada banda, ni más ni menos; las banderetas, que venían muchas por los filaretos¹⁵, ansimismo eran de varios colores; los doce remeros de cada una venían vestidos de blanquísimo y delgado lienzo, de aquel mismo modo que yo vine cuando entré la vez primera en esta isla¹⁶.

¹⁵ *filaretes*. SA-RA dan por buena la definición de DA, a todas luces inapropiada para esta y parecidas ocasiones ('red que se echa por los costados del navío, dentro de la cual se coloca alguna ropa para defensa de las balas enemigas'). Más persuasivo resulta DCECLC, (a. v. *fila*): «*filaret* 'la rebava que voreja els *corredors* de la barca' (San Pol, 1930), *els filarets* peça que protegeix les escotilles, aguanta el quarter i priva l'aigua d'entrar a dins' (L'Esca, 1937)». Contribuyen no poco a aclarar el sentido de este término dos testimonios de Lope de Vega (en *El peregrino en su patria*, IV: 350-351- y en *No son todos ruiseñores*, acto II) y otro de Tirso de Molina (en *Cigarrales de Toledo*, cigarral primero).

¹⁶ Hay un pequeño descuido, sin la menor importancia para el relato: en I, 22 (262), contándonos la llegada de la barca a la isla de Policarpo, el capitán de la nave luego volcada había dicho que «venían [los doce remeros] vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timón, que venía de encarnado, como marinero». Ahora bien, el joven que se adelanta a hablar al rey es precisamente «el que servía de timonero» (263-264): el mismo que enseguida ganará todas las pruebas y que, poco antes de despedirse, declarará llamarse Periandro (263).

Luego conocí que querían las barcas correr el palio¹⁷, que se mostraba puesto en el árbol de otra barca, desviada de las cuatro como tres carreras de caballo. Era el palio de tafetán verde listado de oro, vistoso y grande, pues alcanzaba a besar y aun a pasearse por las aguas. El rumor de la gente y el son de los instrumentos era tan grande que no se dejaba entender lo que mandaba el capitán del mar¹⁸, que en otra pintada barca venía. Apartáronse las enramadas barcas a una y otra parte del río, dejando un espacio llano en medio, por donde las cuatro competidoras barcas volasen, sin estorbar la vista a la infinita gente que desde el tálamo y desde ambas riberas estaba atenta a mirarlas. Y, estando ya los bogadores asidos de las manillas de los remos, descubiertos los brazos, donde se parecían los gruesos nervios, las anchas venas y los torcidos músculos, atendían la señal de la partida¹⁹, impacientes por la tardanza y fogosos, bien así como lo suele estar el generoso can de Irlanda, cuando su dueño no le quiere soltar de la trailla a hacer la presa que a la vista se le muestra²⁰.

»Llegó, en fin, la señal esperada y a un mismo tiempo

¹⁷ *correr el palio* = 'participar en carreras cuyo premio consiste, precisamente, en un *palio* o paño precioso'. Se trata de un claro italianismo, difundido en España por lo menos desde principios del siglo xvi (cfr. Terlingen y Cristóbal de Villalón, *El Crotalón*, I, con alusiones a 1525). Se decía también *correr la seda* (cfr. L. Zapata, *Carlo famoso*, XXXIV, oct. 74).

Cfr. también E. T. Cull (C, 1992: 205).

¹⁸ *capitán de mar* = 'comandante de marina o capitán del puerto' (Novo y Fernández Chicharro).

¹⁹ Cfr. I, 22 (262).

²⁰ Sobre el *buen lebré irlandés* ha reunido interesantes datos Herrero García (*Ideas...*: 340 y 499-500). Cfr. también, para todo el pasaje, *Eneida*, V, 136-138 (en la trad. de G. Hernández de Velasco: 213-222).

El nerviosismo del can de Irlanda que, todavía atraillado, quiere ya lanzarse sobre la presa, constituye un auténtico lugar común en la literatura de los siglos xvi y xvii. Cfr., p. ej., Ariosto, *Orlando furioso* (XXXIX, oct. 10) y Juan Rufo, *La Austriada* (III, oct. 8).

arrancaron todas cuatro varcas, que no por el agua, sino por el viento parecía que volaban. Una dellas, que llevaba por insignia un vendado Cupido, se adelantó de las demás casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja dio esperanza a todos cuantos la miraban de que ella sería la primera que llegase a ganar el deseado premio. Otra, que venía tras ella, iba alentando sus esperanzas, confiada en el tesón durísimo de sus remeros, pero, viendo que la primera en ningún modo desmayaba, estuvieron por soltar los remos sus bogadores. Pero son diferentes los fines y acontecimientos de las cosas de aquello que se imagina, porque, aunque es ley, que [en] los combates y contiendas, que ninguno^c de los que miran favorezca a ninguna de las partes con señales, con voces o con otro algún género que parezca que pueda servir de aviso al combatiente, viendo la gente de la ribera que la barca de la insignia de Cupido se aventajaba tanto a las demás, sin mirar a leyes, creyendo que ya la victoria era suya, dijeron a voces muchos: «¡Cupido vence; el Amor es invencible!» A cuyas voces, por escuchallas, parece que aflojaron un tanto los remeros del Amor. Aprovechóse de esta ocasión la segunda barca, que detrás de la del Amor venía, la cual traía por insignia al Interés, en figura de un gigante pequeño pero muy ricamente aderezado, y impelió los remos con tanta fuerza que llegó a igualarse el Interés con el Amor y, arrojándosele a un costado, le hizo pedazos todos los remos de la diestra banda, habiendo primero la del Interés recogido los suyos y pasado adelante, dejando burladas las esperanzas de los que primero habían cantado la victoria por el Amor, y volvieron a decir: «¡El Interés vence, el Interés vence!» La barca tercera traía por insignia a la Diligencia, en figura de una mujer desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que, a traer trompeta en las manos, antes pareciera

^c M1: *ley, que los combates y contiendas, que*

A partir de M5, todas las eds. (con las excepciones de M15, M17, Z, BA2, B10, B11, AH): *aunque es ley de los combates y contiendas que*
 Adopto la lección de M23 y PECP.

Fama que Diligencia²¹. Viendo el buen suceso del Interés, alentó su confianza y sus remeros se esforzaron de modo que llegaron a igualar con el Interés; pero, por el mal gobierno del timonero, se embarazó con las dos barcas primeras, de modo que los unos ni los otros remos fueron de provecho. Viendo lo cual la postrera, que traía por insignia a la Buena Fortuna, cuando estaba desmayada y casi para dejar la empresa, viendo el intrincado^{f,22} enredo de las demás barcas, desviándose algún tanto de ellas, por no caer en el mismo embarazo, apretó, como decirse suele, los puños y, deslizándose por un lado, pasó delante de todas. Cambiáronse los gritos de los que miraban, cuyas voces sirvieron de aliento a sus bogadores, que, embebidos en el gusto de verse mejorados, les parecía que, si los que quedaban atrás entonces les llevaran la misma ventaja, no dudaran de alcanzarlos ni de ganar el premio, como lo ganaron, más por ventura que

^f MI: *intricado*

A partir de M4, todas las eds. (con las excepciones de M11, M12, M13, M14, M16, B9, M17, M20, M23, PECP, AH) leen *intrincado*

²¹ La *Diligencia* deriva de la *Fama* descrita por Virgilio (*Eneida*, IV, 173-190). Para S (C, 1907: Apéndice VI, sección 13), C. sigue más de cerca a su traductor, G. Hernández de Velasco. Puede que tenga razón. Desde luego, C., en *LG* (VI, 554), insiste en esta representación: «Por tierras de las nuestras diferentes / lleva su nombre la parlara Fama, / con pasos prestos y alas diligentes.» En los autores de la época alterna la adhesión a la figuración directamente virgiliana (cfr. Calderón, *Hado y divisa de Leonido y Marfisa*, acto III): 387 a) con la mediada por Hernández de Velasco (J. de Castellanos, I, 118,3), y aun con otra más complicada, donde las plumas se ven acompañadas de lenguas: Calderón, *La hija del aire* (II Parte, acto II).

²² Según DCELC, en *Quijote*, I, 1, aparece un *entricado* y, luego, varios ejemplos de *intricado*. Ninguno, pues, de *intrincado*, como no aparece en *Ercilla* o *Virués*. Pero la realidad no es tan sencilla. En otras obras de C. (cfr. VC) y hasta en el mismo *Persiles* se hallarán testimonios de *intrincar* y derivados. Lo único cierto es que la forma etimológica va perdiendo terreno, frente a la «reforzada» por extensión de la *n* de la primera sílaba a la segunda; lo opinable consiste en saber a quién debemos atribuir la elección de una u otra forma: ¿al autor o al tipógrafo? Probablemente al tipógrafo, pero la duda justifica y aun exige que se respeten las oscilaciones de MI.

por ligereza²³. En fin, la Buena Fortuna fue la que la tuvo buena entonces, y la mía de ahora no lo sería si yo adelante pasase con el cuento de mis muchos y estraños sucesos. Y, así, os ruego, señores, dejemos esto en este punto, que esta noche le daré fin, si es posible que le puedan tener mis desventuras.

Esto dijo Periandro, a tiempo que al enfermo Antonio le tomó un terrible desmayo; viendo lo cual su padre, casi como adivino⁸ de dónde procedía, los dejó a todos y se fue, como después parecerá, a buscar a la Zenotia, con la cual le sucedió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO ONCE^a DEL SEGUNDO LIBRO

Paréceme que, si no se arrimara la paciencia al gusto que tenían Arnaldo y Policarpo de mirar a Auristela, y Sinforosa de ver a Periandro, ya la hubieran perdido escuchando su larga plática, de quien juzgaron Mauricio y Ladislao que había sido algo larga y traída no muy a propósito, pues, para contar sus desgracias propias, no había para qué contar los placeres ajenos. Con todo eso, les dio gusto y quedaron con

⁸ P2, M4, M5, M6, B2, B3, B4, M8, M9, M10, B5, B9: *adivino*
M17, Z, BA2, M21, M22, M10: *adivinó*

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *XII*

De cómo Zenotia deshizo los hechizos para que sanase Antonio el mozo; pero aconseja al rey Policarpo no deje salir de su reino a Arnaldo y los demás de su compañía

²³ En su transparente simbolismo, la regata tiene un indudable parecido con las danzas organizadas por el «beneficiado» para las bodas de Camacho el rico (*Quijote*, II, 20), como ya fue notado por Nicolás González Ruiz (A, 1943). El pasajero triunfo del Interés no deja de recordar ciertas palabras de LCC (acto II)

En un nivel puramente narrativo, C. sigue muy de cerca a Virgilio, *Eneida*, V, 104-285.

él esperando oír el fin de su historia, por el donaire siquiera y buen estilo con que Periandro la contaba¹.

Halló Antonio el padre a la Zenotia que buscaba en la cámara del rey por lo menos y, en viéndola, puesta una desenvainada daga en las manos, con cólera española y discurso ciego, arremetió a ella y, asiéndola del brazo izquierdo y levantando la daga en alto, la dijo^{b,2}:

—Dame, ioh hechicera!, a mi hijo vivo y sano, y luego; si no, haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado. Mira si tienes su vida envuelta en algún envoltorio de agujas sin ojos o de alfileres sin cabezas; mira, ioh pérfida!, si la tienes escondida en algún quicio de puerta o en alguna otra parte que sólo tú la sabes.

Pasmóse Zenotia, viendo que la amenazaba una daga desnuda en las manos de un español colérico³ y, temblando, le prometió de darle la vida y salud de su hijo y aun le prometiera de darle la salud de todo el mundo, si se la pidiera: de tal manera se le había entrado el temor en el alma. Y, así, le dijo:

—Suéltame, español, y envaina tu acero, que los que tiene tu hijo le han conducido al término en que está⁴; y, pues

^b M1: *arremetió a ella, dixiéndola, la assiò del braço yzquierdo, y leuantando la daga en alto, la dixo*

Adopto la lección de M4 y de todas las eds. posteriores, a excepción de M16, M17, M21, BA2, B10, B11, M23, AH.

¹ C. —dice Forcione (C, 1970: 200-201)— abandona la historia principal con perfecta consciencia de lo que hace: con el preciso designio de «provocar la discusión» entre los demás personajes acerca del relato de Periandro.

² En realidad, M1 presenta dos soluciones yuxtapuestas. Aun pensando que C. bien pudo escribir el presente pasaje precisamente como nos ha sido transmitido, es legítimo intervenir, aunque, por supuesto, dando una suficiente noticia en nota.

³ Por *cólera* «entendían nuestros antepasados una característica española, que hoy expresaríamos de distinto modo. Actualmente decimos nerviosidad, impulsividad o, simplemente, vehemencia» (Herrero García, *Ideas...*: 94).

⁴ Zeugma con retruécano a base de *acero* (= 'espada') y *aceros* (= 'bríos, fuerzas, ánimo'). Para esta última acepción, cfr., p. ej., V. Espinel, *Marcos de Obregón* (I, descanso VII) y Lope de Vega, *Fuenteovejuna* (acto I). El sustantivo se prestaba a usos traslaticios, en alguna ocasión muy eficaces. Cfr., p. ej., *LEn* (acto I) y Lope de Vega, *El acero de Madrid* (acto II).

sabes que las mujeres somos naturalmente vengativas, y más cuando nos llama a la venganza el desdén y el menosprecio, no te maravilles si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho. Aconséjale que se humane de aquí adelante con los rendidos y no menosprecie a los que piedad le pidieren, y vete en paz, que mañana estará tu hijo en disposición de levantarse bueno y sano.

—Cuando así no sea —respondió Antonio—, ni a mí me faltará industria para hallarte ni cólera para quitarte la vida.

Y, con esto, la dejó y ella quedó tan entregada al miedo que, olvidándose de todo agravio, sacó del quicio de una puerta los hechizos que había preparado para consumir la vida poco a poco del riguroso mozo, que con los de su donaire y gentileza la tenía rendida⁵. Apenas hubo sacado la Zenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta cuando salió la salud perdida de Antonio a plaza, cobrando en su rostro^c las primeras colores, los ojos vista alegre y las desmayadas fuerzas esforzado brío, de lo que recibieron general contento cuantos le conocían. Y, estando con él a solas, su padre le dijo:

—En todo cuanto quiero agora decirte, ¡oh hijo!, quiero advertirte que adviertas que se encaminan mis razones a aconsejarte que no ofendas a Dios en ninguna manera; y bien habrás echado de ver esto en quince o diez y seis años que ha que te enseñó la ley que mis padres me enseñaron⁶,

^c L: *que olvidándose de todo agravio, dio orden a la salud perdida de Antonio, cobrando en su rostro*

⁵ S-B (xxviii) encuentran cierto parecido entre esta situación y ciertas cosas contadas por Garcilaso «el Inca» a propósito de hombres y mujeres «que daban ponzoña, así para matar con ella o de espacio, como para sacar de juicio y atontar a los que querían, y por los afean en sus rostros y cuerpos (XIV)». Pero, a decir verdad, se trata de algo perfectamente tópico en la tradición española. Cfr., p. ej., Deleito Piñuelas, *La vida religiosa bajo el cuarto Felipe*, Madrid, Espasa-Calpe, 1963² (264).

⁶ *quince o dieciséis años*. Si Antonio «el padre» recaló en la isla bárbara en 1543 (tal vez mejor en 1544), estos años de edad de su hijo —por otra parte, queridamente imprecisos— no nos llevan más allá de 1559-1560. Ello constituirá, como veremos más adelante, un pequeño anacronismo, pero de ningún modo grave ni, menos, irreparable. (Cfr. III, 9: 520.)

que es la católica, la verdadera y en la que se han de salvar y se han salvado todos los que han entrado hasta aquí y han de entrar de aquí adelante en el reino de los cielos. Esta santa ley nos enseña que no estamos obligados a castigar a los que nos ofenden, sino a aconsejarlos la enmienda de sus delitos: que el castigo toca al juez y, la reprehensión a todos, como sea con las condiciones que después te diré. Cuando te convidaren a hacer ofensas que redunden en deservicio de Dios, no tienes para qué armar el arco, ni disparar flechas, ni decir injuriosas palabras, que, con no recibir el consejo y apartarte de la ocasión, quedarás vencedor en la pelea y libre y seguro de verte otra vez en el trance que ahora te has visto. La Zenotia te tenía hechizado y, con hechizos de tiempo señalado, poco a poco, en menos de diez días, perdieras la vida, si Dios^d y mi buena diligencia no lo hubiera estorbado. Y vente conmigo, porque alegres a todos tus amigos con tu vista y escuchemos los sucesos de Periandro, que los ha de acabar de contar esta noche.

Prometióle Antonio a su padre de poner en obra todos sus consejos, con el ayuda de Dios, a pesar de todas las persuaciones y lazos que contra su honestidad le armasen. La Zenotia, en esto, corrida, afrentada y lastimada de la soberbia desamorada del hijo y de la temeridad y cólera del padre, quiso por mano ajena vengar su agravio, sin privarse de la presencia de su desamorado bárbaro y, con este pensamiento y resuelta determinación, se fue al rey Policarpo y le dijo:

—Ya sabes, señor, cómo, después que vine a tu casa y a tu servicio, siempre he procurado no apartarme en él con la solicitud posible; sabes también, fiado en la verdad que de mí tienes conocida, que me tienes hecha archivo de tus secretos y sabes, como prudente, que, en los casos propios (y más si se ponen de por medio deseos amorosos) suelen errarse los discursos que al parecer van más acertados. Y por

^d L: *la Zenotia te tenía en este estado, y poco a poco perdieras la vida, si Dios y*

esto quería [decirte] que^e,⁷ en el que ahora tienes hecho de dejar ir libremente a Arnaldo y a toda su compañía, vas fuera de toda razón y de todo término. Dime: si no puedes presente rendir a Auristela, ¿cómo la rendirás ausente? Y ¿cómo querrá ella cumplir su palabra, volviendo a tomar por esposo a un varón anciano (que en efeto lo eres: que las verdades que uno conoce de sí mismo no nos pueden engañar), teniéndose ella de su mano a Periandro, que podría ser que no fuese su hermano, y a Arnaldo, príncipe mozo y que no la quiere para menos que para ser su esposa? No dejes, señor, que la ocasión que agora se te ofrece te vuelva la calva en lugar de la guedeja⁸; y puedes tomar ocasión de detenerlos de querer castigar la insolencia y atrevimiento que tuvo este monstruo bárbaro que viene en su compañía de matar en tu misma casa a aquel que dicen que se llamaba Clodio, que, si así haces, alcanzarás fama que alberga en tu pecho no el favor, sino la justicia.

Estaba escuchando Policarpo atentísimamente a la maliciosa Zenotia, que, con cada palabra que le decía, le atravesaba como si fuera con agudos clavos el corazón, y luego luego quisiera correr a poner en efeto sus consejos. Ya le parecía ver a Auristela en brazos de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amante; ya se la contemplaba con la corona en la cabeza del reino de Dina-

^e L: y assí, por esto quería, que

⁷ Con la excepción de L, la tradición es unánime. A pesar de lo cual considero imprescindible el añadido propuesto. Evidentemente, en lugar de *decirte* se podría conjeturar *mostrarte*, *hacerte ver*, etc.

SA-RA, explícitamente a partir de *PECP* (134), dicen que «también aquí parece faltar texto, sin que pueda suplirse con un mínimo de garantías: ¿decirte? ¿hacerte ver? ¿advertirte?» Pero ¿dónde vamos a encontrar esas garantías? Sin recurrir a la conjetura, más o menos plausible, no habría forma de llevar a cabo ciertas eds. Y, entre las enmiendas aceptadas por los dos estudiosos, no deja de haber alguna incluso menos «garantizada» que la presente.

⁸ La más completa pintura de la Ocasión se encontrará en Ausonio (*Epigrama XII*). Cfr. también Andrea Alciato, *Emblemata* (CXXI, "In Occasionem") y Ariosto, *Orlando furioso* (XXXVIII, oct. 47). Véase también J. T. Cull (C, 1992: 199, 200, 201).

marca, y que Arnaldo hacía burla de sus amorosos disinnios; en fin, la rabia de la endemoniada enfermedad de los celos se le apoderó del alma en tal manera, que estuvo por dar voces y pedir venganza de quien en ninguna cosa le había ofendido. Pero viendo la Zenotia cuán sazonado le tenía, y cuán pronto para ejecutar todo aquello que más le quisiese aconsejar, le dijo que se sosegase por entonces y que esperasen a que aquella noche acabase de contar Periandro su historia, porque el tiempo se le diese de pensar lo que más convenía. Agradecióselo Policarpo y ella, cruel y enamorada, daba trazas en su pensamiento cómo cumpliese el deseo del rey y el suyo.

Llegó en esto la noche; juntáronse a conversación como la vez pasada; volvió Periandro a repetir algunas palabras antes dichas, para que viniese con concierto a anudar el hilo de su historia, que la había dejado en el certamen de las barcas.

CAPÍTULO DOCE^a DEL SEGUNDO LIBRO

Prosigue Periandro su agradable historia y el robo de Auristela

La que con más gusto escuchaba a Periandro era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras como con las cadenas que salían de la boca de Hércules¹, tal era la gracia

^a P2 lo presenta como VII
M5 y seguidoras: XIII

¹ Como S-B indican, se trata de una alusión al *Hércules Ogmios* de los celtas, «descrito por Luciano en su opúsculo *Hércules* [...] El dios así figurado era el emblema de la elocuencia. C. pudo tomar noticia de *Le imagini de gli dei de gli antichi*, de Vincenzo Cartari (Venecia, 1556), donde consta la fatiga descrita por Luciano. [...] Pero lo más probable es que se enterara de ello C. por los famosos *Emblemas* de Alciato, traducidos por Bernardo Daza Pinciano (Lyón, 1549)».

y donaire con que Periandro contaba sus sucesos. Finalmente, los volvió anudar^b, como se ha dicho, prosiguiendo desta manera:

—Al Amor, al Interés y a la Diligencia dejó atrás la Buena Fortuna, que, sin ella, vale poco la diligencia, no es de provecho el interés ni el amor puede usar de sus fuerzas. La fiesta de mis pescadores, tan regocijada como pobre, excedió a las de los triunfos romanos, que, tal vez, en la llaneza y en la humildad suelen esconderse los regocijos más aventajados. Pero, como las venturas humanas estén por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudanza fácilmente se quiebran y desbaratan, como se quebraron las de mis pescadores y se retorcieron y fortificaron mis desgracias, aquella noche la pasamos todos en una isla pequeña que en la mitad del río se hacía, convidados del verde sitio y apacible lugar. Holgábanse los desposados, que, sin muestras de parecer que lo eran, con honestidad y diligencia de dar gusto a quien se le había dado tan grande poniéndolos en aquel deseado y venturoso estado, y así, ordenaron^{c,2} que en aquella isla del río se renovasen las fiestas y se

^b A partir de P2, todas las eds. (con las excepciones de M4, M16, M17, Z, BA1, BA2, B10, B11, S y AH) leen *volvió a anudar*

^c M13: *holgábanse los desposados, sin muestras de parecer que lo eran [...], y así ordenaron*

M16, M9, B9, B10, B11: *holgábanse los desposados, que sin dar muestras [...] ordenaron que*

² En *PECP* (135), sin poder ofrecer una base de veras científica a mi elección (mejor: a mi perplejidad), escribía que, «a fin de cuentas, lo más acertado consiste en dejar intacta la lección de M1, indicando, si acaso, la doble posibilidad de supresión: del *y así* o del primer *que* del pasaje». SARH, por su parte, declaran: «preferimos mantener el anacoluto, marcándolo con punto y coma, aunque es evidente que sobran ambas partículas, como señalan [AA] y Romero». Ahora bien, ya en 1974 Santiago de los Mozos («Enmiendas injustificadas en ediciones del *Quijote*», en *BRAE*, LIV, 1974: 105-202) había resuelto brillantemente el problema, mostrando, con la ayuda de persuasivos testimonios latinos y romances, que esta construcción, como otras semejantes de la obra maestra, son correctas y que, por tanto, es del todo impropio cualquier tipo de intervención del editor moderno.

continuasen por tres días. La sazón del tiempo, que era la del verano³; la comodidad del sitio, el resplandor de la luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los árboles, el olor de las flores, cada cosa destas de por sí y todas juntas, convidaba a tener por acertado el parecer de que allí estuviésemos el tiempo que las fiestas durasen.

»Pero, apenas nos habíamos reducido a la isla, cuando, de entre un pedazo de bosque que en ella estaba, salieron hasta cincuenta salteadores armados a la ligera, bien como aquellos que quieren robar y huir, todo a un mismo punto. Y, como los descuidados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuido, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, antes nos pusimos a mirar que acometer a los ladrones, los cuales, como hambrientos lobos, arremetieron al rebaño de las simples ovejas y se llevaron, si no en la boca, en los brazos, a mi hermana Auristela, a Cloelia, su ama, y a Selviana y a Leoncia, como si solamente vinieran a ofendellas, porque se dejaron muchas otras mujeres a quien la naturaleza había dotado de singular hermosura. Yo, a quien el extraño caso más colérico que suspenso me puso, me arrojé tras los salteadores, los seguí con los ojos y con las voces, afrentándolos (como si ellos fueran capaces de sentir afrentas), solamente para irritarlos a que mis injurias les moviesen a volver a tomar venganza de ellas, pero ellos, atentos a salir con su intento, o no oyeron, o no quisieron vengarse y, así, se desaparecieron. Y luego los desposados y yo, con algunos de los principales pescadores, nos juntamos, como suele decirse, a consejo, sobre qué haríamos para enmendar nuestro yerro y cobrar nuestras prendas. Uno dijo: «No es posible sino que alguna nave de salteadores está en la mar y en parte donde con facilidad ha echado esta gente en tierra, quizá sabidores de nuestra junta y de nuestras fiestas. Si esto es así, como sin duda lo imagino, el mejor remedio es que salgan algunos barcos de los nuestros y les ofrezcan todo el rescate que por la presa quisieran, sin detenerse

³ *verano*. Cfr. III, 9 (519 y nota 7).

en el tanto más cuanto^d, que las prendas de esposas hasta las mismas vidas de sus mismos esposos merecen en rescate.» «Yo seré —dije entonces— el que haré esa diligencia: que, para conmigo, tanto vale la prenda de mi hermana como si fuera la vida de todos los del mundo.» Lo mismo dijeron Carino y Solercio: ellos, llorando en público y, yo, muriendo en secreto.

»Cuando tomamos esta resolución comenzaba a anoche-
cer, pero, con todo eso, nos entramos en un barco los des-
posados y yo, con seis remeros; pero, cuando salimos al
mar descubierto, había acabado de cerrar la noche, por cuya
oscuridad no vimos bajel alguno. Determinamos de esperar
el venidero día, por ver si con la claridad descubríamos al-
gun navío, y quiso la suerte que descubriésemos dos: el
uno, que salía del abrigo de la tierra y, el otro, que venía a
tomarla. Conocí que el que dejaba la tierra era el mismo de
quien habíamos salido a la isla, así en las banderas como en
las velas, que venían cruzadas con una cruz roja; los que ve-
nían de fuera las traían verdes, y los unos y los otros eran
cosarios. Pues, como yo imaginé que el navío que salía de
la isla era el de los salteadores de la presa, hice poner en una
lanza una bandera blanca de seguro; vine arrimando al cos-
tado del navío, para tratar del rescate, llevando cuidado de
que no me prendiese. Asomóse el capitán al borde y, quan-
do quise alzar la voz para hablarle, puedo decir que me la
turbó y suspendió y cortó en la mitad del camino un espan-
toso trueno que formó el disparar de un tiro de artillería de
la nave de fuera, en señal que desafiaba a la batalla al navío
de tierra. Al mismo punto le fue respondido con otro no
menos poderoso y, en un instante, se comenzaron a caño-
near las dos naves, como si fueran de dos conocidos y irri-
tados enemigos⁴.

^d M1: *en el tanto más, quanto que*

B1, Par1, Bru, M2: *en el tanto más; quanto que*

M16, B9, M17, M18, Z, M21, BA1, BA2, B10, M23, S: *en el, tanto más
quanto que*

⁴ De semejantes combates de corsarios contra corsarios (o de mercade-
res contra mercaderes) nos habla Olao Magno, *Historia...* (X, 15).

»Desvióse nuestro barco de en mitad de la furia y, desde lejos, estuvimos mirando la batalla; y, habiendo jugado la artillería casi una hora, se aferraron los dos navíos con una no vista furia. Los del navío de fuera, o más venturosos o, por mejor decir, más valientes, saltaron en el navío de tierra y, en un instante, desembarazaron toda la cubierta, quitando la vida a sus enemigos, sin dejar a ninguno con ella. Viéndose, pues, libres de sus ofensores, se dieron a saquear el navío de las cosas más preciosas que tenía, que, por ser de cosarios, no era mucho, aunque en mi estimación eran las mejores del mundo, porque se llevaron de las primeras a mi hermana, a Selviana, a Leoncia y a Cloelia, con que enriquecieron su nave, pareciéndoles que en la hermosura de Auristela llevaban un precioso y nunca visto rescate.

»Quise llegar con mi barca a hablar con el capitán de los vencedores, pero, como mi ventura andaba siempre en los aires, uno de tierra sopló y hizo apartar el navío. No pude llegar a él, ni ofrecer imposibles por el rescate de la presa y, así, fue forzoso el volvernós, sin ninguna esperanza de cobrar nuestra pérdida. Y, por no ser otra la derrota que el navío llevaba que aquella que el viento le permitía, no podíamos por entonces juzgar el camino que haría, ni señal que nos diese a entender quiénes⁵ fuesen los vencedores, para juzgar siquiera, sabiendo su patria, las esperanzas de nuestro remedio. Él voló, en fin, por el mar adelante y nosotros, desmayados y tristes, nos entramos en el río, donde todos los barcos de los pescadores nos estaban esperando.

»No sé si os diga, señores, lo que es forzoso deciros: un cierto espíritu se entró entonces en mi pecho, que, sin mudarme el ser, me pareció que le tenía más que de hombre y, así, levantándome en pie sobre la barca, hice que la rodeasen todas las demás y estuviesen atentos a estas o otras semejantes razones que les dije: «La baja fortuna jamás se enmendó con la ociosidad ni con la pereza; en los ánimos en-

⁵ *quiénes*. Cfr. I, 3 (135 y nota 31). Si no me equivoco, éste es el primero que aparece en el *Persiles* (otros dos veremos en III, 1 [434 y 439]), y de los pocos, poquísimos, de todo el *corpus* cervantino, muy probablemente atribuibles, más que al autor, al tipógrafo.

cogidos nunca tuvo lugar la buena dicha; nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura⁶, y no hay alma que no sea capaz de levantarse a su asiento; los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los avaros mendigos. Esto os digo, ¡oh amigos míos!, para moveros y incitaros a que mejoréis vuestra suerte y a que dejéis el pobre ajuar de unas redes y de unos estrechos barcos y busquéis los tesoros que tiene en sí encerrados el generoso trabajo. Llamo generoso al trabajo del que se ocupa en cosas grandes. Si suda el cavador rompiendo la tierra y apenas saca premio que le sustente más que un día, sin ganar fama alguna, ¿por qué no tomará en lugar de la azada una lanza y, sin temor del sol ni de todas las inclemencias del cielo, procurará ganar con el sustento fama que le engrandezca sobre los demás hombres? La guerra, así como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes y los premios que por ella se alcanzan se pueden llamar ultramundanos. ¡Ea, pues, amigos, juventud valerosa! ¡Poned los ojos en aquel navío que se lleva las caras prendas de vuestros parientes, encerrándonos en estotro que en la ribera nos dejaron, casi, a lo que creo, por ordenación de cielo! Vamos tras él y hagámonos piratas, no codiciosos, como son los demás, sino justicieros, como lo seremos nosotros. A todos se nos entiende el arte de la marinería; bastimentos hallaremos en el navío, con todo lo necesario a la navegación, porque sus contrarios no le despojaron más que de las mujeres, y, si es grande el agravio que hemos recibido, grandísima es la ocasión que para vengarle se nos ofrece. Sígame, pues, el que quisiere, que yo os suplico y Carino y Solercio os lo ruegan, que bien sé que no me han de dejar en esta valerosa empresa.»

»Apenas hube acabado de decir estas razones, cuando se oyó un murmullo^{c,7} por todas las barcas, procedido de que

^c M23: *murmureo*

⁶ Cfr. II, 5 (304 y nota 20).

⁷ Aunque *DRAE* y *DCELC* registren sólo *murmureo*, la única acentuación verosímil en la época es *murmúreo* (de donde proceden *murmurio* y *murmullo*). Cfr. *PECP* (136-137). Pienso que *murmurio* (normal, según *DCELC*, en Cuba) depende directamente del italiano *mormorio* (cfr. *PECP: ibidem*).

unos con otros se aconsejaban de lo que harían, y entre todos salió una voz que dijo: «Embárcate, generoso huésped, y sé nuestro capitán y nuestra guía, que todos te seguiremos.» Esta tan improvisa resolución de todos me sirvió de felice auspicio y, por temer que la dilación de poner en obra mi buen pensamiento no les diese ocasión de madurar su discurso, me adelanté con mi barco, al cual siguieron otros casi cuarenta. Llegué a reconocer el navío; entré dentro, escudriñéle todo, miré lo que tenía y lo que le faltaba, y hallé todo lo que me pudo pedir el deseo que fuese necesario para el viaje. Aconsejéles que ninguno volviese a tierra, por quitar la ocasión de que el llanto de las mujeres y el de los queridos hijos no fuese parte para dejar de poner en efeto resolución tan gallarda. Todos lo hicieron así y desde allí se despidieron con la imaginación de sus padres, hijos y mujeres.

»¡Caso extraño, y que ha menester que la cortesía ayude a darle crédito!⁸ Ninguno volvió a tierra ni se acomodó de más vestidos de aquellos con que había entrado en el navío, en el cual, sin repartir los oficios, todos servían de marineros y de pilotos, excepto yo, que fui nombrado por capitán por gusto de todos. Y, encomendándome a Dios, comencé luego a ejercer mi oficio, y lo primero que mandé fue desembarazar el navío de los muertos que habían sido en la pasada refriega y limpiarle de la sangre de que estaba lleno. Ordené que se buscasen todas las armas, así ofensivas como defensivas, que en él había y, repartiéndolas entre todos, di a cada uno la que, a mi parecer, mejor le estaba. Requerí los bastimentos y, conforme a la gente, tanteé para cuántos días serían bastantes, poco más a menos⁹. Hecho esto, y hecha oración al cielo, suplicándole encaminase

^f Desde M7, todas las eds. (con las excepciones de M16, M23, AH) leen *más o menos*

⁸ Las fórmulas a base de *crédito* y *cortesía* son frecuentísimas en la literatura del Siglo de Oro. Cfr., p. ej., Fray Luis de León, *La perfecta casada* (en *OC castellanas*, ed. del P. Félix García, O.S.A., Madrid, BAC, 1959³: 295). En el mismo *Persiles*, C. volverá una y otra vez a variar lo que ahora acaba de poner en boca del protagonista: cfr. II, 20 (412); III, 6 (492) y 12 (570).

⁹ *poco más o menos*. Cfr. RM (V, 258 y 286; VI, 121) y LGi.

nuestro viaje y favoreciese nuestros tan honrados pensamientos, mandé izar las velas, que aún se estaban atadas a las entenas, y que las diéramos al viento, que, como se ha dicho, soplabla de la tierra, y, tan alegres como atrevidos, y tan atrevidos como confiados, comenzamos a navegar por la misma derrota que nos pareció que llevaba el navío de la presa.

»Veisme aquí, señores que me estáis escuchando, hecho pescador y casamentero, rico con mi querida hermana y pobre sin ella, robado de salteadores y subido al grado de capitán contra ellos, que las vueltas de mi fortuna no tienen un punto donde paren, ni términos que las encierren.

—No más —dijo a esta sazón Arnaldo—; no más, Periandro amigo, que, puesto que tú no te cansas de contar tus desgracias, a nosotros nos fatiga el oírlas, por ser tantas.

A lo que respondió Periandro:

—Yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama lugar, que es donde todas las cosas caben, y no hay ninguna fuera del lugar, y en mí le tienen todas las que son desgraciadas, aunque, por haber hallado a mi hermana Auristela, las juzgo por dichosas, que el mal que se acaba sin acabar la vida no lo es.

A esto dijo Transila:

—Yo por mí digo, Periandro, que no entiendo esa razón; sólo entiendo que le será muy grande si no cumplís el deseo que todos tenemos de saber los sucesos de vuestra historia, que me va pareciendo ser tales, que han de dar ocasión a muchas lenguas que la^{8,10} cuenten y muchas injurias^h plumas¹¹ que la escriban. Suspensa me tiene el veros

⁸ M1: *que las cuenten*

M7, M8, NY, M10, Par6, B6, B7, B8, B9, M19, B10: *que los cuenten*
Acepto la enmienda de S

^h M1: *injuriosas*

B5, M13: *ingeniosas*

¹⁰ La enmienda «homogeneizadora» de Carilla no persuade. Evidentemente, el *los* se refiere a *sucesos*.

¹¹ *ingeniosas* es una *lectio facillior*, de ningún modo persuasiva. Transila quiere decir que a contar la historia de Periandro, de veras extraordinaria, se atreverán muchas personas, las cuales, por no ser dignas de la empresa, acabarán *injuriándola* —o *injuriando* al protagonista.

capitán de salteadores (juzgué merecer este nombre vuestros pescadores valientes)ⁱ y estaré esperando, también suspenso, cuál fue la primera hazaña que hicistes y la aventura primera con que encontrastes.

—Esta noche, señora —respondió Periandro—, daré fin, si fuere posible, al cuento, que aun hasta agora se está en sus principios.

Quedando todos de acuerdo que aquella noche volviesen a la misma plática, por entonces dio fin Periandro a la suya.

CAPÍTULO TRECE^a DEL SEGUNDO LIBRO

Da cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar

La salud del enechizado Antonio volvió su gallardía a su primera entereza y, con ella, se volvieron a renovar en Zenobia sus mal nacidos deseos, los cuales también renovaron [en] su corazón^b los temores de verse de él ausente, que los desahuciados de tener en sus males remedio nunca acaban de desengañarse que lo están, en tanto que veen presente la causa de donde nacen. Y, así, procuraba, con todas las trazas que podía imaginar su agudo entendimiento, de que no saliesen de la ciudad ninguno de aquellos huéspedes y, así, volvió a aconsejar a Policarpo que en ninguna manera dejase sin castigo el atrevimiento del bárbaro homicida y que, por lo menos, ya que no le diese la pena conforme al delito, le debía prender y castigarle siquiera con amenazas, dan-

ⁱ M1: *salteadores, juzgué [...] valientes, y estaré*
M16, M22, AH, *salteadores, juzgué [...], y estaré*

^a P2 lo presenta como VIII.

M5 y seguidoras: XIV

^b M1: *renovaron su corazón*

A partir de M5 (con las excepciones de M16, M17, Z, BA1, B2), todas las eds. enmiendan.

do lugar que el favor se opusiese por entonces a la justicia, como tal vez se suele hacer en más importantes ocasiones. No la quiso tomar Policarpo en la que este consejo le ofrecía, diciendo a la Zenotia que era agraviar la autoridad del príncipe Arnaldo, que debajo de su amparo le traía, y enfadar a su querida Auristela, que como a su hermano le trataba y, más, que aquel delito fue accidental y forzoso y nacido más de desgracia que de malicia y, más, que no tenía parte que le pidiese¹ y que todos cuantos le conocían afirmaban que aquella pena era condigna de su culpa, por ser el mayor maldiciente que se conocía.

—¿Cómo es esto, señor —replicó la Zenotia—, que habiendo quedado el otro día entre nosotros de acuerdo de prenderle, con cuya ocasión la tomases de detener a Auristela, agora estás tan lejos de tomarle? Ellos se te irán; ella no volverá; tú llorarás entonces tu perplejidad y tu mal discurso, a tiempo cuando ni te aprovechen las lágrimas, ni enmendar^{c,2} en la imaginación lo que ahora con nombre de piadoso quieres hacer. Las culpas que comete el enamorado en razón de cumplir su deseo no lo son, en razón de que no es suyo ni es él el que las comete, sino el amor, que manda su voluntad. Rey eres y, de los reyes, las injusticias y rigores son bautizadas con nombre de severidad. Si prendes a este mozo, darás lugar a la justicia y, soltándole, a la misericordia y, en lo uno y en lo otro, confirmarás el nombre que tienes de bueno.

Desta manera aconsejaba la Zenotia a Policarpo, el cual, a solas y en todo lugar, iba y venía con el pensamiento en el caso, sin saber resolverse de qué modo podía detener a Auristela sin ofender a Arnaldo, de cuyo valor y poder era razón temiese; pero, en medio de estas consideraciones, y

^c M16, M17, B9, M18, M21, Z, BA2, M22, B10; B11: *las lágrimas ni puedas enmendar*

¹ *pedir* = 'constituirse parte en un proceso'.

² AA sigue, en el texto, la lección de M1, pero anota: «Hay que anteponer *puedas*.» Si bien se mira, el añadido es totalmente innecesario. *Enmendar* introduce una subordinada del *aprovechar* que antecede. No hay miedo de que al lector se le escape la clarísima relación.

en el de las que tenía Sinforosa (que, por no estar tan recatada ni tan cruel como la Zenotia, deseaba la partida de Periandro, por entrar en la esperanza de la vuelta), se llegó el término de que Periandro volviese a proseguir su historia, que la siguió en esta manera:

«Ligera volaba mi nave por donde el viento quería llevarla, sin que se le opusiese a su camino la voluntad de ninguno de los que íbamos en ella, dejando todos en el albedrío de la fortuna nuestro viaje, cuando, desde lo alto de la gavia, vimos caer a un marinero, que, antes que llegase a la cubierta del navío, quedó suspenso de un cordel que traía anudado a la garganta. Llegué con priesa y cortésele, con que estorbé no se le acortase la vida. Quedó como muerto, y estuvo fuera de sí casi dos horas, al cabo de las cuales volvió en sí y, preguntándole la causa de su desesperación, dijo: «Dos hijos tengo, el uno de tres y el otro de cuatro años, cuya madre no pasa de los veinte y dos y cuya pobreza pasa de lo posible, pues sólo se sustentaba del trabajo de estas manos. Y, estando yo ahora encima de aquella gavia, volví los ojos al lugar donde los dejaba y, casi como si alcanzara a verlos, los vi hincados de rodillas, las manos levantadas al cielo, rogando a Dios por la vida de su padre y llamándome con palabras tiernas; vi ansimismo llorar a su madre, dándome nombres de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginé con tan gran vehemencia que me fuerza a decir que lo vi, para no poner duda en ello. Y el ver que esta nave vuela y me aparta dellos, y que no sé dónde vamos, y la poca o ninguna obligación que me obligó a entrar en ella, me trastornó el sentido y la desesperación me puso este cordel en las manos, y yo le di a mi garganta, por acabar en un punto los siglos de pena que me amenazaba.»

»Este suceso movió a lástima a cuantos le escuchábamos y, habiéndole consolado y casi asegurado que presto daríamos la vuelta contentos y ricos, le pusimos dos hombres de guarda, que le estorbasen volver a poner en ejecución su mal intento, y así le dejamos; y yo, porque este suceso no despertase en la imaginación de alguno de los demás el querer imitarle, les dije que «la mayor cobardía del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo es señal que le

falta el ánimo para sufrir los males que teme. Y ¿qué mayor mal puede venir a un hombre que la muerte? Y, siendo esto así, no es locura el dilatarla: con la vida se enmiendan y mejoran las malas suertes y, con la muerte desesperada, no sólo no se acaban y se mejoran, pero se empeoran y comienzan de nuevo. Digo esto, compañeros míos, porque no os asombre el suceso que habéis visto deste nuestro desesperado, que aún hoy comenzamos a navegar y el ánimo me está diciendo que nos aguardan y esperan mil felices sucesos». Todos dieron la voz a uno para responder por todos, el cual desta manera dijo: «Valeroso capitán, en las cosas que mucho se consideran siempre se hallan muchas dificultades y, en los hechos valerosos que se acometen, alguna parte se ha de dar a la razón y muchas a la ventura³; y en la buena que hemos tenido en haberte elegido por nuestro capitán vamos seguros y confiados de alcanzar los buenos sucesos que dices. Quédense nuestras mujeres, quédense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos padres, visite la pobreza a todos, que los cielos, que sustentan los gusarapos del agua, tendrán cuidado de sustentar los hombres de la tierra⁴. Manda, señor, izar las velas; pon centinelas en las gavias, por ver si descubren en qué podamos mostrar que no temerarios, sino atrevidos, son los que aquí vamos a servirte.»

»Agradeciles la respuesta, hice izar todas las velas y, habiendo navegado aquel día, al amanecer del siguiente la centinela de la gavia mayor dijo a grandes voces: «¡Navío, navío!» Preguntáronle qué derrota llevaba y que de qué tamaño parecía. Respondió que era tan grande como el nuestro y que le teníamos por la proa. «Alto, pues —dije—, amigos; tomad las armas en las manos y mostrad con éstos, si son cosarios, el valor que os ha hecho dejar vuestras redes.» Hice luego cargar las velas y, en poco más de dos horas, descubrimos y alcanzamos el navío, al cual embestimos de gol-

³ *Virtus et fortuna*: toda la especulación del Renacimiento y el Manierismo acerca de la historia humana está encerrada en estas palabras, vistosamente correctivas del enfático voluntarismo que anima el «cada uno se forja su fortuna» (cfr. I, 5: 304 y nota 20).

⁴ Parece consciente reminiscencia de Mateo 6, 26 (o Lucas 12, 24).

pe y, sin hallar defensa alguna, saltaron en él más de cuarenta de mis soldados, que no tuvieron en quien ensangrentar las espadas, porque solamente traía algunos marineros y gente de servicio. Y, mirándolo bien todo, hallaron en un apartamiento, puestos en un cepo de hierro por la garganta, desviados uno de otro casi dos varas, a un hombre de muy buen parecer y a una mujer más que medianamente hermosa, y en otro aposento hallaron, tendido en un rico lecho, a un venerable anciano, de tanta autoridad, que obligó su presencia a que todos leuviésemos respeto. No se movió del lecho, porque no podía, pero, levantándose un poco, alzó la cabeza y dijo: «Envainad, señores, vuestras espadas, que en este navío no hallaréis ofensores en quien ejercitarlas y, si la necesidad os hace y fuerza a usar este oficio de buscar vuestra ventura a costa de las ajenas, a parte habéis llegado que os hará dichosos, no porque en este navío haya riquezas ni alhajas que os enriquezcan, sino porque yo voy en él, que soy Leopoldio^{d,5}, el rey de los dán[e]os»^{e,6}. Este nombre de rey me avivó el deseo de saber qué sucesos habían traído a un rey estar tan solo y tan sin defensa alguna. Lleguéme a él y preguntéle si era verdad lo que decía, porque, aunque su grave presencia prometía serlo, el poco aparato con que navegaba hacía poner en duda el creerle. «Manda, señor —respondió el anciano—, que esta gente se sosiegue y escúchame un poco, que en breves razones te contaré cosas grandes.» Sosegáronse mis compañeros y

^d M3, P2, Vall: *Leopoldo*

^e M1: *Danaos*

M5, M6, B2, B3, B4, AH: *dánaos*

Adopto la lección de *PECP*.

⁵ *Leopoldio*. No me constan otros testimonios de esta forma. Como *Leopoldo* (del germánico *leudi*, 'gente, pueblo', y *baltha*, 'audaz, valeroso'), equivale a 'audaz, valeroso en (su) pueblo'.

⁶ La primera intervención en el texto parece el resultado de un equívoco con los *dánaos* que, en Homero, junto con *aqueos*, están por 'todos los griegos'. La segunda es de la recuperación de una variante —para otros, una simple errata— registrada en el mismo *Persiles* (II, 21: 419). Por otra parte, *daneos*, llana, es congruente con el *Danea* —o *Dánaea*— de que deriva? Con algunas reservas, me decido a intervenir también yo, leyendo *dáneos*.

ellos y yo estuvimos atentos a lo que decir quería, que fue esto:

«El cielo me hizo rey del reino de Dánae^f, que heredé de mis padres, que también fueron reyes y lo heredaron de sus pasados, sin haberles introducido a serlo la tiranía ni otra negociación alguna⁷. Caséme en mi mocedad con una mujer mi igual; murióse, sin dejarme sucesión alguna. Corrió el tiempo, y muchos años me contuve en los límites de una honesta viudez, pero, al fin, por culpa mía (que, de los pecados que se cometen, nadie ha de echar la culpa a otro sino a sí mismo), digo que, por culpa mía, tropecé y caí en la de enamorarme de una dama de mi mujer, que, a ser ella la que debía, hoy fuera el día que fuera reina y no se viera atada y puesta en un cepo, como ya debéis de haber visto. Ésta, pues, pareciéndole [no] ser injusto⁸ anteponer los rizos de un criado mío a mis canas, se envolvió con él⁸ y no solamente tuvo gusto de quitarme la honra, sino que procuró, junto con ella, quitarme la vida, maquinando contra mi persona con tan estrañas trazas, con tales embustes y rodeos que, a no ser avisado con tiempo, mi cabeza estuviera fuera de mis hombros en una escarpia, al viento, y las suyas coronadas del reino de Dánae^h. Finalmente, yo descubrí sus intentos a tiempo cuando ellos también tuvieron noticia de que yo lo sabía. Una noche, en un pequeño navío que esta-

^f M1: *Danea*

M5, M6, B2, *PECP*, AH: *Dánae*

⁸ M1: *pareciéndole ser injusto*

V, P1, M3: *pareciéndole ser justo*

Adopto la enmienda de M11, M12, M13, M4, Vall, M15, B6, B7, B8, M16, B9, M17, M18, M19, Z, M21, BA1, BA2, M22, B10, B11, M23, S, *PECP*, AH.

^h Vid. f.

⁷ Cfr. estas palabras con el elogio de la monarquía electiva, en I, 22 (260-261). Una vez más, hay que recurrir al «perspectivismo cervantino» para explicarse esta «contradicción», sólo aparente, puesto que son dos, bien distintos, los personajes que expresan las encontradas opiniones.

⁸ *envolverse* = 'tener trato ilícito', 'amancebarse' (vulgarmente, hoy diríamos, continuando la misma metáfora, *liarse*). El verbo usado por C. tiene larga tradición en castellano. También se usaba *volverse* y *revolverse*.

ba con las velas en alto para partirse, por huir del castigo de su culpa y de la indignación de mi furia, se embarcaron. Súpelo, volé a la marina en las alas de mi cólera y hallé que habría veinte horas que habían dado las tuyas al viento; y yo, ciego del enojo y turbado con el deseo de la venganza, sin hacer algún prudente discurso, me embarqué en este navío y los seguí, no con autoridad y aparato de rey, sino como particular enemigo. Hallélos a cabo de diez días en una isla que llaman del Fuego⁹; cogílos, y descuidados^{i,10} y, puestos en ese cepo que habréis visto, los llevaba a Dánae^j para darles, por justicia y procesos fulminados¹¹, la debida pena a su delito. Ésta es pura verdad^{k,12}: los delincuentes ahí están, que, aunque no quieran, la acreditan; yo soy el rey de Dánae, que os prometo cien mil monedas de oro, no porque las traiga aquí, sino porque os doy mi palabra de ponéros las y enviaráros las donde quisiéredes, para cuya seguridad, si no basta mi palabra, llevadme con vosotros en vuestro navío y dejad que en este mío, ya vuestro, vaya alguno de los míos a Dánae y traiga este dinero donde le ordenáredes. Y no tengo más que deciros»¹³.

ⁱ M1, P1, P2: *cogílos y descuydados*

V, M3, M5, M6, B2, B3, B4, M7, NY, M13: *cogílos descuydados, y puestos*
M8, M9, M10, B5, Par6, M11, M12, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M19: *y cogílos descuydados y puestos*

^j Vid. f.

^k B1, M7, M9, M10, Par6, M11, M13, M14, M15, B6, B7, B8, M19: *es la pura*

⁹ *Isla del Fuego*. Según S-B (xiv-xv), podría «ser reminiscencia de ciertas *Ilhas do Fogo* que se hallan en el famoso mapamundi de Cantino (1502) al sur de Frislanda y al nordeste de Escocia». (Para *Frislanda*, cfr. *Persiles*, IV, 12: 712-714.)

¹⁰ La lección de M1 es correcta y clara. La intervención del editor puede aquí limitarse a la puntuación.

¹¹ *fulminar proceso* = 'hacerlo y sustanciarlo, hasta ponerlo en estado de sentencia' (Cov.).

¹² La intervención es del todo impropio. En la lengua de la época abundan expresiones similares, a base de *verdad*, sin artículo que preceda. Cfr., p. ej., Juan de Castellanos, *Elegías de ilustres varones de Indias* (en BAE, Parte III, "Historia de Antioquia", cap. VIII).

¹³ Según R. El Saffar (C, 1984: 147), la historia de Leopoldio ilumina o adelanta una posibilidad de desarrollo de la de Policarpo. Pero, evidentemente, las diferencias son también notables.

»Mirábanse mis compañeros unos a otros y diéronme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo, como capitán, lo podía y debía hacer. Con todo esto, quise tomar parecer con Carino y con Solercio y con algunos de los demás, porque no entendiesen que me quería alzar de hecho con el mando (que de su voluntad ellos tenían dado¹) y, así, la respuesta que di al rey fue decirle: «Señor, a los que aquí venimos no nos puso la necesidad las armas en las manos, ni ninguno otro deseo que de ambiciosos tenga semejanza. Buscando vamos ladrones, a castigar vamos salteadores y a destruir piratas. Y, pues tú estás tan lejos de persona deste género, segura está tu vida de nuestras armas; antes, si has menester que con ellas te sirvamos, ninguna cosa habrá que nos lo impida; y, aunque agradecemos la rica promesa de tu rescate, soltamos la promesa, que, pues no estás cautivo, no estás obligado al cumplimiento de ella. Sigue en paz tu camino y, en recompensa que vas de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste, te suplicamos perdones a tus ofensores, que la grandeza del rey algún tanto resplandece más en ser misericordiosos que justicieros.» Quisiérase humillar Leopoldio a mis pies, pero no lo consintió ni mi cortesía ni su enfermedad. Pedíle me diese alguna pólvora, si llevaba, y partiese con nosotros de sus bastimentos, lo cual se hizo al punto. Aconsejéle asimismo que, si no perdonaba a sus enemigos, los dejase en mi navío, que yo los pondría en parte donde no la tuviesen más de ofenderle. Dijo que sí haría, porque la presencia del ofensor suele renovar la injuria en el ofendido.

»Ordené que luego nos volviésemos a nuestro navío con la pólvora y bastimentos que el rey partió con nosotros y, queriendo pasar a los dos prisioneros, ya sueltos y libres del pesado cepo, no dio lugar un recio viento que de improviso se levantó, de modo que apartó los dos navíos, sin dejar que otra vez se juntasen. Desde el borde de mi nave me despedí del rey a voces y él, en los brazos de los suyos, salió de su lecho y se despidió de nosotros. Y yo me despido agora,

¹ M7, M11, M23: *ellos me tenían*

porque la segunda hazaña me fuerza a descansar para entrar en ella.

CAPÍTULO CATORCE DEL SEGUNDO LIBRO^a

A todos dio general gusto de oír el modo con que Periandro contaba su estraña peregrinación, si no fue a Mauricio, que, llegándose al oído de Transila, su hija, le dijo:

—Paréceme, Transila, que con menos palabras y más sucintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida; porque no había para qué detenerse en decirnos tan por estenso las fiestas de las barcas, ni aun los casamientos de los pescadores, porque los episodios, que para ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia. Pero yo, sin duda, creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio y la elegancia de sus palabras.

—Así debe de ser —respondió Transila—, pero lo que yo sé decir es que, ora se dilate o se sucinte en lo que dice, todo es bueno y todo da gusto.

Pero ninguno le recebía mayor, como ya creo que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que, cada palabra que Periandro decía, así le regalaba el alma, que la sacaba de sí misma¹. Los revueltos pensamientos de Policarpo no le dejaban estar muy atento a los razonamientos de Periandro y quisiera que no le quedara más que decir, porque le dejara

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: XV

Refiere lo que le pasó con Sulpicia, sobrina de Cratilo, rey de Lituania

¹ Forcione (C, 1970: 241) justifica con buenas razones las dilataciones del relato de Periandro, quien está tratando claramente de ganar tiempo, e insiste en el gusto de narrar, que lo salva ante algunos de sus oyentes, por más que un «aristotélico», como Mauricio, pueda criticarlo —con buenos argumentos— por su atentados contra la unidad de la fábula, por su excesiva complacencia en los episodios (194).

a él más que hacer, que las esperanzas propincuas de alcanzar el bien que se desea fatigan mucho más que las remotas y apartadas. Y era tanto el deseo que Sinforosa tenía de oír el fin de la historia de Periandro, que solicitó el volverse a juntar otro día, en el cual Periandro prosiguió su cuento en esta forma:

—Contemplad, señores, a mis marineros, compañeros y soldados, más ricos de fama que de oro, y a mí con algunas sospechas de que no les hubiese parecido bien mi liberalidad; y, puesto que nació tan de su voluntad como de la mía en la libertad de Leopoldio^b, como no son todas unas las condiciones de los hombres, bien podía yo temer no estuviesen todos contentos y que les pareciese que sería difícil recompensar la pérdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometió Leopoldio^c por su rescate. Y esta consideración me movió a decirles: «Amigos míos, nadie esté triste por la perdida ocasión de alcanzar el gran tesoro que nos ofreció el rey, porque os hago saber que una onza de buena fama vale más que una libra de perlas; y esto no lo puede saber sino el que comienza a gustar de la gloria que da el tener buen nombre. El pobre a quien la virtud enriquece suele llegar a ser famoso, como el rico, si es vicioso, puede venir y viene a ser infame; la liberalidad es una de las más agradables virtudes, de quien se engendra la buena fama, y es tan verdad esto, que no hay liberal mal puesto, como no hay avaro que no lo sea»².

»Más iba a decir, pareciéndome que me daban todos tan gratos oídos como mostraban sus alegres semblantes, cuando me quitó las palabras de la boca el descubrir un navío

^b M3, P2, Vall: *Leopoldo*

^c Vid. *b*.

² La serie de sentencias enunciadas por Periandro puede resultar hoy «excesiva». Está, de todos modos, en perfecto acuerdo con el tono general del *Persiles*, obra, en tantos sentidos, complacidamente «tridentina». Más aún: C., *muestra* así (= 'poniéndolo en evidencia') haber aprendido la lección de los teóricos, que aconsejan la abundancia en este campo.

que, no lejos del nuestro, a orza³, por delante de nosotros pasaba. Hice tocar a arma y dile caza⁴ con todas las velas tendidas, y en breve rato me le puse a tiro de cañón y, disparando uno sin bala, en señal de que amainase, lo hizo así, soltando las velas de alto abajo. Llegando más cerca, vi en él uno de los más estraños espectáculos del mundo: vi que, pendientes de las entenas y de las jarcias, venían mas de cuarenta hombres ahorcados. Admiróme el caso y, abordando con el navío, saltaron mis soldados en él, sin que nadie se lo defendiese. Hallaron la cubierta llena de sangre y de cuerpos de hombres semivivos: unos, con las cabezas partidas y, otros, con las manos cortadas; tal, vomitando sangre y, tal, vomitando el alma; éste, gimiendo dolorosamente y, aquél, gritando sin paciencia alguna. Esta mortandad y fracaso⁵ daba señales de haber sucedido sobremesa, porque los manjares nadaban entre la sangre y los vasos mezclados con ella guardaban el olor del vino. En fin, pisando muertos y hollando heridos, pasaron los míos adelante⁶ y, en el castillo de popa, hallaron puestas en escuadrón hasta doce hermosísimas mujeres y, delante dellas, una que mostraba ser su capitana, armada de un coselete blanco y tan terso y limpio que pudiera servir de espejo, a quererse mirar en él; traía puesta la gola, pero no las escarcelas ni los brazaletes; el morrión sí, que era de hechura de una enroscada sierpe, a quien adornaban infinitas y diversas piedras de colores varios. Tenía un venablo en las manos, tachonado de arriba abajo con clavos de oro, con una gran cuchilla, de agudo y luciente acero forjada, con que se mostraba tan briosa y tan

³ a orza (u orzando, o dando a orza) = 'poniendo la proa hacia donde sopla el viento, mediante un movimiento de timón y la colocación de las velas en la angulación adecuada'. Esta última operación se lleva a cabo con ayuda, precisamente, de la orza, cable situado en la entena, por el lado de barlovento.

⁴ dar caza = 'perseguir una embarcación a otra'. Ponerse en caza, por el contrario, equivalía a 'maniobrar una nave para huir'.

⁵ fracaso = en un principio, 'destrozo' (como fracasar = 'destrozar, 'hazer trizas', del italiano fracasso / fracassare); más tarde acabó prevaleciendo la acepción de 'desgracia'. Cfr. Terlingen.

⁶ Cfr. I, 4 (148). Todo el cuadro tiene bastante parecido (notado también por SA-RH) con el principio de la *Historia etiópica* (I, 12-13).

gallarda que bastó a detener su vista la furia de mis soldados, que con admirada atención se pusieron a mirarla⁷. Yo, que de mi nave la estaba mirando, por verla mejor pasé a su navío, a tiempo cuando ella estaba diciendo: «Bien creo, ¡oh soldados!, que os pone más admiración que miedo este pequeño escuadrón de mujeres que a la vista se os ofrece, el cual, después de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar en nosotras temor alguno. Embestid, si venís sedientos de sangre, y derramad la nuestra, quitándonos las vidas, que, como no nos quitéis las honras, las daremos por bien empleadas. Sulpicia es mi nombre⁸; sobrina soy de Cratilo, rey de Bituania^{d,9}; casóme mi tío con el gran Lampridio, tan famoso por linaje como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Íbamos los dos a ver al rey, mi tío, con la seguridad que nos podía ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicimos; pero la hermosura y el vino, que suelen trastornar los más vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria y en su lugar les puso los gustos de la lascivia. Anoche bebieron de modo que les sepultó en profundo sueño y algunos, medio dormidos, acudieron a poner las manos en mi esposo y, quitándole la vida, dieron principio

^d M2, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B9, M19, M22, B10: *Lituania*

⁷ S (C, 1907: apéndice VI, sección 11) señala en la joven un «cruce» de la Camila de Virgilio y la Cariclea de Heliodoro (según se aparece a los salteadores, al principio de la *Historia etiópica*). Discutible me parece, en cambio, que C. haya tenido presente la figura de Alvida, mujer pirata de quien nos habla Olao Magno, *Historia...* (V, c. 27), mientras que al propio S (ahora en compañía de B: cfr. xxiv) la imitación le parece fuera de duda. (Como a Wilson, en C, 1991: 186.) Forcione (C, 1970: 193) indica otros posibles modelos: Hipólita y Pentésilaea. En fin, Combet (C, 1981: 80) no deja de aludir a la armadura y a la «lanza fálca».

⁸ *Sulpicia*. El nombre (que remite a la *gens* de la antigua Roma) resulta documentado, p. ej., en varias composiciones durante mucho tiempo atribuidas a Tibulo ("De Sulpiciae elegia", "Sulpiciae elegidia").

⁹ *Cratilo*. Del griego *kratos*, 'poder, vigor'. Recuérdese el diálogo platónico así titulado.

Para *Bituania / Lituania*, cfr. II, 18 (396-397 y nota 5).

a su abominable intento. Pero, como es cosa natural defender cada uno su vida, nosotras, por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechándonos del poco tiento y borrachez con que nos acometían, y, con algunas armas que les quitamos y con cuatro criados que, libres del humo de Baco, nos acudieron, hicimos en ellos lo que muestran esos muertos que están sobre esa cubierta; y, pasando adelante con nuestra venganza, habemos hecho que esos árboles y esas entenas produzcan el fruto que de ellas veis pendiente¹⁰. Cuarenta son los ahorcados y, si fueran cuarenta mil, también murieran, porque su poca o ninguna defensa y nuestra cólera a toda esta crueldad, si por ventura lo es, se extendía. Riqueza traigo que poder repartir, aunque mejor diría que vosotros podáis tomar; sólo puedo añadir que os las entregaré de buena gana. Tomadlas, señores, y no toquéis en nuestras honras, pues con ellas antes quedaréis infames que ricos.»

»Parecíéronme tan bien las razones de Sulpicia, que, puesto que yo fuera verdadero cosario, me ablandara. Uno de mis pescadores dijo a este punto: «¡Que me maten si no se nos ofrece aquí hoy otro rey Leopoldio^c con quien nuestro valeroso capitán muestre su general condición!¹¹. ¡Ea, señor Periandro; vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos más de la gloria de haber vencido nuestros naturales apetitos.» «Así será —respondí yo—, pues vosotros, amigos, lo queréis; y entended que obras tales nunca las deja el cielo sin buena paga, como, a las que son malas, sin castigo. Despojad esos árboles de tan mal fruto y limpiad esa cubierta, y entregad a esas señoras, junto con la libertad, la voluntad de servir las.» Púsose en efeto mi mandamiento y, llena

^c Vid. *b*.

¹⁰ La imagen, con su complemento de poco más adelante, es bastante manida. Cfr., p. ej., Ercilla, *La Araucana* (XXVI, última oct.) y *Quijote* (II, 60).

¹¹ C. juéga con la doble acepción de *general* (superior a *capitán*) y, según parece legítimo deducir (aunque la acepción *no* se halle registrada en ningún diccionario y no me haya sido posible encontrar ningún testimonio de veras persuasivo), 'liberal, generoso'.

de admiración y de espanto, se me humilló Sulpicia, la cual, como persona que no acertaba a saber lo que le había sucedido, tampoco acertaba a responderme; y lo que hizo fue mandar a una de sus damas le hiciese traer los cofres de sus joyas y de sus dineros. Hízolo así la dama y, en un instante, como aparecidos o llovidos del cielo, me pusieron delante cuatro cofres llenos de joyas y dineros. Abriólos Sulpicia y hizo muestra de aquel tesoro a los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor, quizá, y aun sin quizá, cegó en algunos la intención que de ser liberales tenían: porque hay mucha diferencia de dar lo que se posee y se tiene en las manos a dar lo que está en esperanzas de poseerse. Sacó Sulpicia un rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venían engastadas, y diciendo: «Toma, capitán valeroso, esta prenda, rica no por otra cosa que por serlo la voluntad con que se te ofrece; dádiva es de una pobre viuda que ayer se vio en la cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y hoy se vee sujeta a la discreción destos soldados que te rodean, entre los cuales puedes repartir estos tesoros, que, según se dice, tienen fuerzas para quebrantar las peñas.» A lo que yo respondí: «Dádivas de tan gran señora se han de estimar como si fuesen mercedes.» Y, tomando el collar, me volví a mis soldados y les dije: «Esta joya es ya mía, soldados y amigos míos, y, así, puedo disponer de ella como cosa propia, cuyo precio, por ser, a mi parecer, inestimable, no conviene que se dé a uno solo. Tómeme y guárdele el que quisiere, que, en hallando quien le compre, se dividirá el precio entre todos, y quédese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frizando con el cielo.» A lo que uno respondió: «Quisiéramos, ¡oh buen capitán!, que no nos hubieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondíamos a la tuya. Vuelve el collar a Sulpicia; la fama que nos prometes no hay collar que la ciña ni límite que la contenga.» Quedé contentísimo de la respuesta de mis soldados y, Sulpicia, admirada de su poca codicia.

»Finalmente, ella me pidió que le diese doce soldados de los míos, que le sirviesen de guarda y de marineros

para llevar su nave a Bituania^f. Hízose así, contentísimos los doce que escogí, sólo por saber que iban a hacer bien. Proveyónos Sulpicia de generosos vinos y de muchas conservas, de que carecíamos. Soplabla el viento próspero para el viaje de Sulpicia y para el nuestro, que no llevaba determinado paradero. Despedímonos de ella; supo mi nombre y el de Carino y Solercio y, dándonos a los tres sus brazos, con los ojos abrazó a todos los demás (ella, llorando lágrimas de plazer y tristeza nacidas: de tristeza, por la muerte de su esposo; de alegría, por verse libre de las manos que pensó ser de salteadores), nos dividimos y apartamos.

«Olvidaba de deciros cómo volví el collar a Sulpicia, y ella le recibió a fuerza de mis importunaciones y casi tuvo a afrenta que le estimase yo en tan poco que se le volviese.

«Entré en consulta con los míos sobre qué derrota tomaríamos, y concluyóse que la que el viento llevase, pues por ella habían de caminar los demás navíos que por el mar navegasen; o, por lo menos, si el viento no hiciese a su propósito, harían bordos hasta que les viniese a cuento¹². Llegó en esto la noche, clara y serena, y yo, llamando a un pescador marinero que nos servía de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa y, con ojos atentos, me puse a mirar el cielo.

—Apostaré —dijo a esta sazón Mauricio a Transila, su hija— que se pone agora Periandro a describirnos toda la celeste esfera, como si importase mucho a lo que va contando el declaramos los movimientos del cielo. Yo, por mí, deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir de esta tierra no da lugar a que me entretenga ni ocupe en saber cuáles son fijas o cuáles erráticas estrellas¹³; cuanto

^f Vid. *d.*

¹² *hacer bordos* (como *dar bordos* o *dar bordadas*) = 'navegar tomando el viento alternativamente de una y otra banda'.

¹³ Por *estrellas erráticas* se entendía 'planetas', por moverse cada uno de ellos *en su cielo*. Eran en cambio consideradas *estrellas fijas* las que, «por mantener siempre ciertas distancias sensibles entre sí», parecen inmóviles.

más, que yo sé de sus movimientos más de lo que él me puede decir.

En tanto que Mauricio y Transila esto con sumisa^g voz hablaban, cobró aliento Periandro para proseguir su historia en esta forma:

CAPÍTULO QUINCE DEL SEGUNDO LIBRO^a

—Comenzaba a tomar posesión el sueño y el silencio de los sentidos de mis compañeros y yo me acomodaba a preguntar al que estaba conmigo muchas cosas de las necesarias para saber usar el arte de la marinería, cuando, de improviso, comenzaron a llover no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecía sino que el mar todo se había subido a la región del viento y, desde allí, se dejaba descolgar sobre el navío. Alborotámonos todos y, puestos en pie, mirando a todas partes, por unas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso en miedo y en admiración. En esto, el que estaba conmigo dijo: «Sin duda alguna, esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tienen más abajo de los ojos aquellos monstruosos pescados que se llaman *náufragos*; y, si esto es así, en gran peligro estamos de perdernos. Menester es disparar toda la artillería, con cuyo ruido se espantan.» En esto, vi alzar y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que, arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad de mascarle. «*Náufragos*

^g P2: *baxa*

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: XVI

Prosigue Periandro sus acontecimientos y cuenta un extraño suceso

son¹ —dijo el piloto—. [Disparemos] con balas o sin ellas^b, que el ruido, y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos.» Traía el miedo confusos y agazapados los marineros, que no osaban levantarse en pie por no ser arrebatados de aquellos vestiglos; con todo eso, se dieron prisa a disparar la artillería y a dar voces unos y acudir otros a la bomba para volver el agua al agua. Tendimos todas las velas y, como si huyéramos de alguna gruesa armada de enemigos, huimos el sobre estante peligro, que fue el mayor en que^c hasta entonces nos habíamos visto.

^b M1: *piloto, con balas*

Adopto la enmienda de M8, M9, M10, B5, PECP, AH: *piloto: disparemos con*

M13: *piloto, disparen con*

^c M1, B1, L, Parí, Bru, M2, P2, M4: *el mayor que hasta*
Todas las demás eds. enmiendan.

¹ Según S-B, C. podría depender en este caso de la *Opera breve* [de Olao Magno] *la quale demonstra e dichiara overo da il modo facile de intendere la charta over delle terre frigidissime di Settentrione, oltra il Mare Germanico...*, Venetia, Giovan Thomaso [...], 1539. Efectivamente, en el pie de un grabado de la misma, se habla de los «naufregii grandissimi, che seguono all'improvvisa in alcuni parti settentrionali». De Lollis, por su parte (C, 1924: 168-169), está seguro de que este monstruo marino no es otra cosa que el resultado de la contaminación entre el *Physiter* descrito por el propio Olao (*Historia...*, XXI, 6) y «la serpiente de Noruega» (XXI, 6). Lo mismo opina Ruffinatto. Para Nicolás Fernández Ruiz (A, 1943) y AM (VII: 427), se trata en cambio del *tiburón*, pero esta última identificación (derivada de DA, a. v. *náufrago*, 2ª acepción, donde se cita precisamente esta frase del *Persiles*) no convence en absoluto.

Acerca del nombre dado por C. a los monstruosos pescados, De Lollis piensa que ha sido «coniato alla lesta su quello di *norvagicus* che figura nel titolo dei sommari marginali del cap. XLIII di Olao», en la ed. latina, por supuesto: «Con che cadrebbe l'ipotesi di S-B (...) che il C. utilizzasse la traduzione italiana anziché l'originale» (168, nota 2). Intepretación más persuasiva es la de ciertos traductores alemanes, los cuales refieren implícitamente el *náufrago* de C. al *naufagus* latino, en su acepción activa (= 'que hace naufragar, que destroza las naves'; como en *Eneida*, III, 552-553). Así, Q-L traduce *Schiffbruchfischer*; Lei, Stu1 y Stu2, *Schiffbrecher*. También Carilla (A, 1971) recuerda en nota los elementos del compuesto: «Vale decir, peces que rompían las naves».

En mi opinión, C. no estropea ni entiende mal nada: lo que hace es limitarse a tomar en préstamo un término perfectamente verosímil de un autor todavía desconocido por nosotros, el cual tal vez hable por extenso de estos peces *náufragos* (o *pesci naufraghi* o *naufrazi pisces*).

»Otro día, al crepúsculo de la noche, nos hallamos en la ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros y, con disinio de hacer agua en ella, quisimos esperar el día sin apartarnos de su ribera. Amainamos las velas, arrojamus las áncoras y entregamos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomó posesión blanda y suavemente. En fin, nos desembarcamos todos y pisamos la amenísima ribera, cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro y de menudas perlas. Entrando más adentro, se nos ofrecieron a la vista prados cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser esmeraldas, en el cual verdor las tenían no cristalinas aguas, como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formados, que, cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecían. Descubrimos luego una selva de árboles de diferentes géneros, tan hermosos, que nos suspendieron las almas y alegraron los sentidos. De algunos pendían ramos de rubíes que parecían guindas, o guindas que parecían granos de rubíes; de otros pendían camuesas, cuyas mejillas la una era de rosa, la otra de finísimo topacio; en aquél se mostraban las peras, cuyo olor era de ámbar y cuyo color de los que forma el cielo^d cuando el sol se traspone. En resolución, todas las frutas de quien tenemos noticia estaban allí en su sazón, sin que las diferencias del año las estorbasen: todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre² y todo otoño agradable, con extremo increíble. Satisfacía a todos nuestros cinco sentidos lo que mirábamos: a los ojos, con la belleza y la hermosura; a los oídos, con el ruido manso de las fuentes y arroyos y con el son de los infinitos pajarillos, con no^{e,3} aprendidas voces

^d M1: *que forma en el cielo*

M4, M5, M6, B2, B3, B4, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19: *que forman en*

AH: *que se forma en*

^e B5, M13: *paxarillos, con no*

² Cfr. III, 9 (519).

³ El *que tras pajarillos* es superfluo. Como posible arranque de frase debido a C., debe ser recordado, pero en nota.

formado⁴, los cuales, saltando de árbol en árbol y de rama en rama, parecía que en aquel distrito tenían cautiva su libertad y que no querían ni acertaban a cobrarla; al olfato, con el olor que de sí despedían las yerbas, las flores y los frutos; al gusto, con la prueba que hicimos de la suavidad dellos; al tacto, con tenerlos en las manos⁵, con que nos parecía tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias y el oro del Tíbar⁶.

^f P1, M5, M6, B2, B3, B4: oro de Tíbar

⁴ con no aprendidas voces. Garcilaso escribe en la *Égloga II* (67-69): «Y las aves sin dueño, / con canto no aprendido / (...) hincen el aire de dulce armonía.» El segundo verso tuvo una gran fortuna entre nuestros poetas y prosistas. C., ferviente garcilacista, usa el sintagma, p. ej., en *VdP* (VI, terc. 80).

⁵ Más que de una enésima versión del *locus amoenus*, como yo mismo escribía (C, 1968, y B, 1971, remitiendo a Curtius, *Literatura europea...* (202-206), creo que aquí se trata de uno de los tantos *paraísos terrenales* documentados en la literatura occidental y, con particular insistencia, en la épica. Entre los *edenes* que parecen haber tenido una concreta eficacia sobre este pasaje del *Persiles* hay que citar el de Alcina (*Orlando furioso*, X, oct. 61-63) y el de Armida (*Jerusalén Libertada*, XVI, oct. 9-13). Pero C. podría haber tenido en cuenta también, p. ej., el de *La Araucana* (XXVI). Forcione (C, 1970: 238-239, nota 62) refiere este pasaje del *Persiles* al capítulo VI del *Adone* de Giovan Battista Marino (que, sin embargo, es posterior al libro de C.), porque allí se habla de un maravilloso jardín dividido en cinco partes, cada una de las cuales simboliza uno de los sentidos del hombre. (Sobre las restantes apariciones del *edén* en las restantes obras de C., cfr. Forcione: 212-245.)

⁶ Como se sabe, *oro de(l) Tíbar* no es más que una redundancia, debida a la progresiva pérdida de consciencia, por parte del hispanohablante de los siglos XVI y XVII, del significado del último término: el árabe *tibr*, equivalente a 'oro puro' o a 'oro en polvo'. El *DCELC* cita un pasaje de la *Celestina*; por mi parte, añadiré otro de la dedicatoria del *Homero romanceado*, hecha por Juan de Mena a Juan II de Castilla: «Vienen los de Siria, gente amarilla de escudriñar el tibar, que es oro fino en polvo, a vos presentar lo que escavan y trabajan» (cito de M. Menéndez Pelayo, *Biblioteca de traductores españoles*, Madrid, CSIC, tomo III: 155). En los diccionarios de los siglos XVII y XVIII, *tíbar* aparece confundido con "un río, que los árabes llaman *Etar*. También puede ser de Tíber, río de Roma, pues todos fueron tenidos por auríferos, unos más y otros menos" (Francisco del Rosal, *Diccionario etimológico* [ed. facsimil, al cuidado de Enrique Gómez Aguado], Madrid, CSIC, 1992).

C. usa *Tíbar* LCC (acto I), *PdU* (acto III) y *Quijote* (II, 38). En el *VdP* (IV, terc. 69) consta *Tíber*, que, si bien se mira, no pasa de ser una errata (así lo entiende, p. ej., RM, en su ed. crítica del poema).

—Pésame —dijo a esta sazón Ladislao a su suegro, Mauricio— que se haya muerto Clodio, que a fee que le había dado bien que decir Periandro en lo que va diciendo.

—Callad, señor —dijo Transila, su esposa—, que, por más que digáis, no podréis decir que no prosigue bien su cuento Periandro.

El cual, como se ha dicho, cuando algunas razones se entremetían de los circunstantes, tomaba aliento para proseguir en la suya, que, cuando son largas, aunque sean buenas, antes enfadan que alegran.

—No es nada lo que hasta aquí he dicho —prosiguió Periandro—, porque, a lo que resta por decir, falta entendimiento que lo perciba y aun cortesías que lo crean⁷. Volved, señores, los ojos y haced cuenta que veis salir del corazón de una peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiese engañar; digo que vimos salir de la abertura de la peña, primero, un suavísimo son, que hirió nuestros oídos y nos hizo estar atentos, de diversos instrumentos de música formado; luego salió un carro, que no sabré decir de qué materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota que escapaba de alguna gran borrasca⁸; tirábanla doce poderosísimos jímios, animales lascivos⁹. Sobre el carro venía una hermosísima dama, vestida de una rozagante ropa¹⁰ de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas¹¹. Venía arrima-

⁷ Cfr. II, 12 (359).

⁸ Sobre el *carro alegórico* (y cuanto sigue) habría mucho que decir. Limitándome ahora a los libros con casi absoluta certeza conocidos por C., puede ser útil recordar el que aparece en Antonio de Torquemada, *Coloquios satíricos* (ed. de M. Menéndez Pelayo, en *Orígenes de la novela*: NBAE, 7: Coloquio, «En que se tratan amores de un pastor de nombre Torcato», II Parte).

⁹ *jímios, animales lascivos*. AA remite a H. W. Johnson, *Apes and Apes Lore in the Middle Age and in the Renaissance*, en especial el capítulo IX. El mismo estudioso añade: «Es probable que la alegoría cervantina se inspirase en algún cuadro o grabado».

¹⁰ *rozagante* = 'que arrastra por el suelo' (del catalán *rossegant*). En la literatura de la época se encuentra también *rocegante* (cfr., p. ej., Alonso Fernández de Avellaneda, *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*: 26). Con el tiempo, el adjetivo ha ido adquiriendo acepciones muy apartadas de la originaria.

¹¹ *amarillas y amargas adelfas*. Esta flor —venenosa— es símbolo de la hermosura que acaba revelándose dañosa (Cfr. DHEE, acepción 2.^a, espe-

da a un bastón negro, y en él fija una tablachina o escudo, donde venían estas letras: *sensualidad*¹². Tras ella salieron otras muchas hermosas mujeres, con diferente instrumentos en las manos, formando una música ya alegre y ya triste, pero todas singularmente regocijadas. Todos mis compañeros y yo estábamos atónitos, como si fuéramos estatuas sin voz, de dura piedra formados. Llegóse a mi la Sensualidad y, con voz entre airada y suave, me dijo: «Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, a lo menos el gusto»¹³. Y, diciendo esto, pasó adelante y las doncellas de la música arrebataron (que así se puede decir) siete o ocho de mis marineros y se los llevaron consigo, y volvieron a entrarse, siguiendo a su señora, por la abertura de la peña.

»Volvíme yo entonces a los míos para preguntarles que les parecía de lo que habían visto; pero estorbólo otra voz o voces que llegaron a nuestros oídos, bien diferentes que las pasadas, porque eran más suaves y regaladas, y formábanlas un escuadrón de hermosísimas al parecer doncellas¹⁴ —y, según la guía que traían, éranlo sin duda, porque venía delante mi hermana Auristela, que, a no tocarme tanto, gastara algunas palabras en alabanza de su más que humana hermosura. ¿Qué me pidieran a mí entonces que no diera, en albricias de tan rico hallazgo? Que, a pedirme la vida, no la negara, si no fuera por no perder el bien tan sin pensarlo hallado. Traía mi hermana a sus dos lados dos doncellas, de las cuales la una me dijo: «La Continencia y la Pudicia, amigas y compañeras, acompañamos perpetuamente a la

cialmente a). Para el color amarillo, símbolo, a su vez, de la desesperación (como el *leonado* lo era de 'tristeza o congoja': cfr. II, 10: 338 y nota 2) bastará recordar, entre los romances recogidos por Durán, los núms. 95, 97, 118, 146, 162, 201...

¹² No es imposible que C. haya tenido presentes los carros triunfales que se presentan al enamorado Torcato en los citados *Coloquios satíricos* de Antonio de Torquemada: de la Fortuna, de la Muerte, del Tiempo y de la Crueldad, cada uno con sus atributos característicos.

Acerca de bastón de la Sensualidad, y sus connotaciones (o denotaciones) inevitablemente fálicas, cfr. Wilson (C, 1991: 75).

¹³ Cfr. estas palabras de la Sensualidad a Periandro con las de la Fortuna a Torcato, en los *Coloquios* de Torquemada.

¹⁴ *al parecer, doncellas*. Cfr. un socarrón pasaje de *VdP* (VI, terc. 52).

Castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela hoy ha querido disfrazarse, ni la dejaremos hasta que con dichoso fin le dé a sus trabajos y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma»¹⁵. Entonces yo, a tan felices nuevas atento y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo y extraño acontecimiento, por su grandeza y por novedad, mal seguro, alcé la voz, para mostrar con la lengua la gloria que en el alma tenía y, queriendo decir: «¡Oh únicas consoladoras de mi alma! ¡Oh ricas prendas, por mi bien halladas, dulces y alegres en este y en otro cualquier tiempo...!»¹⁶, fue tanto el ahínco que puse en decir esto, que rompí el sueño y la visión hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navío con todos los míos, sin que faltase alguno de ellos¹⁷.

¹⁵ *alma* = 'vivificadora o venerable'. Aplicado a Roma, es un auténtico lugar común con dos mil largos años de antigüedad. Particular complacencia en el adjetivo muestran los autores españoles del Renacimiento y del Barroco con experiencia romana. Recuérdese —uno por todos— a Francisco Delicado, en cuya *Lozana andaluza* abunda el *alma Roma* o la *alma ciudad*. Reaparecerá en el mismo *Persiles* (IV, 3: 655).

¹⁶ Nueva reminiscencia del conocido verso garcilaciano. Cfr. I, 4 (144 y nota 10).

¹⁷ Aquí, los pescadores que, de manera implícita, *ceden* a la Sensualidad pecan (siquiera sea en el sueño), mientras que los virtuosos resisten y se salvan. En esto se distingue el presente episodio del *Persiles* de otras parecidas escenas «paradisíacas», en que es precisamente el héroe (si bien no siempre solo) quien se deja vencer por el amor carnal, visto como simple y conveniente pausa, aunque al final se suela revelar culpable (recuérdese *Odisea*, *Orlando furioso*, *Jerusalén libertada*). No faltan, sin embargo, casos en que esa pausa tiene una finalidad positiva y se desarrolla incluso antes de la *gesta* que hará famosos a protagonistas y a simples compañeros de aventura (recuérdese *Los Argonautas*, de Apolonio de Rodas (I): Jasón y sus compañeros se detienen en la Isla de Lemnos, carente de hombres desde años atrás, de donde no zarpan hasta haber asegurado a sus pobladoras una suficiente sucesión). En otros casos, en fin (pienso en *Os lusíadas*, IX: episodio de la «isla de los amores»), la pausa erótica no sólo no está vista como culpa, sino que, inequívocamente, es presentada como un premio al valor de Vasco de Gama y de los suyos. En el *Persiles*, novela o poema en prosa de exaltación —al menos en sus protagonistas— del amor puro, casi asexuado, y de los ideales contrarreforristas, no puede sorprender la virtuosa «resistencia» del Periandro (para colmo, «relator interesado», que tiene a la propia Auristela entre sus oyentes...) y de la gran mayoría de los pescadores-corsarios.

Wilson (C, 1991: 67-73) relaciona agudamente el episodio de la «isla soñada» por Periandro nada menos que con la *Psychomachia* de Aurelio Prudencio.

A lo que dijo Constanza:

—¿Luego, señor Periandro, dormíades?

—Sí —respondió—, porque todos mis bienes son soñados¹⁸.

—En verdad —replicó Constanza—, que ya quería preguntar a mi señora Auristela adónde había estado el tiempo que no había parecido.

—De tal manera —respondió Auristela— ha contado su sueño mi hermano, que me iba haciendo dudar si era verdad o no lo que decía.

A lo que añadió Mauricio:

—Ésas son fuerzas de la imaginación, quien suelen representarse las cosas con tal vehemencia, que se aprehenden de la memoria, de manera que quedan en ella, siendo mentiras, como si fueran verdades.

A todo esto, callaba Arnaldo y consideraba los afectos y demostraciones con que Periandro contaba su historia, y de ninguno dellos podía sacar en limpio las sospechas que en su alma había infundido el ya muerto maldiciente Clodio de no ser Auristela y Periandro verdaderos hermanos. Con todo eso, dijo:

—Prosigue, Periandro, tu cuento sin repetir sueños, porque los ánimos trabajados siempre los engendran muchos y confusos, y porque la sin par Sinforosa¹⁹ está esperando que llegues a decir de dónde venías la primera vez que a esta isla llegaste, de donde saliste coronado de vencedor de las fiestas que por la elección de su padre cada año en ella se hacen.

—El gusto de lo que soñé —respondió Periandro— me hizo no advertir de cuán poco fruto son las digresiones en cualquiera narración, cuando ha de ser sucinta y no dilatada.

Callaba Policarpo, ocupando la vista en mirar a Auristela

¹⁸ A propósito del conjunto del episodio de la isla soñada, cfr. Wilson (C, 1991: 75 y ss.).

¹⁹ *la sin par Sinforosa*. Cfr. I, 2 (130 y nota 18). Aquí el *sin par* está en labios de Arnaldo y se agota en los términos de la pura cortesía.

y el pensamiento en pensar en ella y, así, para él importaba muy poco, o nada, que callase o que hablase Periandro. El cual, advertido ya de que algunos se cansaban de su larga plática, determinó de proseguirla abreviándola y siguiéndola en las menos palabras que pudiese y, así, dijo:

CAPÍTULO DIEZ Y SEIS^a DEL SEGUNDO LIBRO

Prosigue Periandro su historia

—Desperté del sueño, como he dicho; tomé consejo con mis compañeros qué derrota tomaríamos y salió decretado que por donde el viento nos llevase, que, pues íbamos en busca de cosarios, los cuales nunca navegan contra viento, era cierto el hallarlos. Y había llegado a tanto mi simpleza que pregunté a Carino y a Solercio si habían visto a sus esposas en compañía de mi hermana Auristela, cuando yo la vi soñando. Rieronse de mi pregunta y obligáronme, y aun forzaronme, a que les contase mi sueño.

»Dos meses anduvimos por el mar, sin que nos sucediese cosa de consideración alguna, puesto que le escombramos de más de sesenta navíos de cosarios¹, que, por serlo verdaderos, adjudicamos sus robos a nuestro navío y le llenamos de innumerables despojos, con que mis compañeros iban alegres y no les pesaba de haber trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaban sino lo robado.

»Sucedió, pues, que un porfiado viento nos salteó una noche, que, sin dar lugar a que amainásemos algún tanto o tem-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: XVII

¹ En dos meses, resulta a uno por día. ¿No se le ha ido la mano a C.? Pero también Periandro se muestra —y se mostrará— «poeta socarrón» en no pocos momentos de su relato.

plásemos las velas, en aquel término que las halló las tendió y acosó de modo que, como he dicho, más de un mes navegamos por una misma derrota; tanto que, tomando mi piloto el altura del polo donde nos tomó el viento, y tanteando las leguas que hacíamos por hora, y los días que habíamos navegado, hallamos ser cuatrocientas leguas, poco más o menos. Volvió el piloto a tomar la altura y vio que estaba debajo del Norte, en el paraje de Noruega², y, con voz grande y mayor tristeza, dijo: «Desdichados de nosotros, que, si el viento no nos concede a dar la vuelta para seguir otro camino, en éste se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar glacial (digo, en el mar helado)³ y, si aquí nos saltea el hielo, quedaremos empedrados en estas aguas.» Apenas hubo dicho esto, cuando sentimos que el navío tocaba por los lados y por la quilla como en movibles peñas, por donde se conoció que ya el mar se comenzaba a helar, cuyos montes de hielo, que por de dentro se formaban, impedían el movimiento del navío. Amainamos de golpe, porque, topando en ellos, no se abriese, y en todo aquel día y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente y se apretaron de modo que, cogiéndonos en medio, dejaron al navío engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo⁴. Casi como en

² Por cuanto se verá, más adelante, no es imaginable que Periandro se confunda al hablar de esta región —ni que se confunda el propio narrador. *Aquí* parece que por Noruega se debe entender la parte septentrional de la península Escandinava; cfr. Beltrán y Rózpide (C, 1924: 10 y 17).

³ S-B, aun siendo partidarios de la solución *Lituania*, no pueden dejar de indicar que el *mar congelado* figura en los mapas del tiempo precisamente al noroeste del actual reino de Noruega o junto a Groenlandia. Bernardo de Balbuena lo sitúa a la altura de Finmarquia (*Bernardo*: I, 52), como Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo* (Parte I, 13). Hay que reconocer, de todos modos, que con el golfo o seno Báltico lo identifican Ercilla, *Araucana* (c. XXVII, oct. 27) y Francesco Negri, *Viaggio settentrionale* (Padua, 1700, por la ed. de Enrico Falqui, Milán, «Alpes», 1929: 242-243).

⁴ En la I^a. ed. de la trad. italiana de la relación de los viajes de W. Barrents, escrita por Garrit de Veer (*Tre navigationi fatte dagli olandesi e zeelandesi al Settentrione della Noruegia, Moscovia e Tartaria*) se encuentra una lámina con la imagen de la nave de los exploradores encajada en el hielo, exactamente igual que la de Periandro.

Detrás de la Noruega (por el norte): ésa podría ser la clave de la localización de este episodio. Pero cfr. II, 18 (397 y nota 5).

un instante comenzó el hielo a entumecer los cuerpos y a entristecer nuestras almas y, haciendo el miedo su oficio, considerando el manifiesto peligro, no nos dimos más días de vida que los que pudiese sustentar el bastimento que en el navío hubiese; en el cual bastimento desde aquel punto se puso tasa y se repartió por orden, tan miserable y estrechamente, que desde luego comenzó a matarnos la hambre.

»Tendimos la vista por todas partes y no topamos con ella en cosa que pudiese alentar nuestra esperanza, si no fue con un bulto negro que, a nuestro parecer, estaría de nosotros seis o ocho millas, pero luego imaginamos que debía de ser algún navío a quien la común desgracia de hielo tenía aprisionado. Este peligro sobrepuja y se adelanta a los infinitos en que de perder la vida me he visto, porque un miedo dilatado y un temor no vencido fatiga más el alma que una repentina muerte: que en el acabar súbito se ahorran los miedos y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Ésta, pues, que nos amenazaba, tan hambrienta como larga, nos hizo tomar una resolución, si no desesperada, temeraria por lo menos, y fue que consideramos que, si los bastimentos se nos acababan, el morir de hambre era la más rabiosa muerte que puede caber en la imaginación humana y, así, determinamos de salirnos del navío y caminar por encima del yelo y ir a ver si, en el que se parecía, habría alguna cosa de que aprovecharnos, o ya de grado o ya por fuerza.

»Púsose en obra nuestro pensamiento y en un instante vieron las aguas sobre sí formado, con pies enjutos, un escuadrón pequeño, pero de valentísimos soldados; y, siendo yo la guía, resbalando, cayendo y levantando, llegamos al otro navío, que lo era casi tan grande como el nuestro. Había gente en él, que, puesta sobre el borde, adivinando la intención de nuestra venida, a voces comenzó uno a decirnos: «¿A qué venís, gente desesperada? ¿Qué buscáis? ¿Venís, por ventura^b, a apresurar nuestra muerte y a morir con

^b M1 y AH: *venturas*

Todas las demás eds. enmiendan.

nosotros? Volveos a vuestro navío y, si os faltan bastimentos, roed las jarcias y encerrad en vuestros estómagos los embreados leños, si es posible, porque pensar que os hemos de dar acogida será pensamiento vano y contra los preceptos de la caridad, que ha de comenzar de sí mismo. Dos meses dicen que suele durar este yelo que nos detiene; para quince días tenemos sustento; si es bien que le repartamos con vosotros, a vuestra consideración lo dejo.» A lo que yo le respondí: «En los apretados peligros, toda razón se atropella, no hay respeto que valga ni buen término que se guarde. Acogednos en vuestro navío de grado y juntaremos en él el bastimento que en el nuestro queda, y comámoslo amigablemente, antes que la precisa necesidad nos haga mover las armas y usar de la fuerza.» Esto le respondí yo, creyendo no decían verdad en la cantidad del bastimento que señalaban, pero ellos, viéndose superiores y aventajados en el puesto, no temieron nuestras amenazas ni admitieron nuestros ruegos, antes arremetieron a las armas y se pusieron en orden de defenderse. Los nuestros, a quien la desesperación, de valientes, hizo valentísimos, añadiendo a la temeridad nuevos bríos, arremetieron al navío y, casi sin recibir herida, le entraron y le ganaron, y alzóse una voz entre nosotros que a todos les quitásemos la vida, por ahorrar de balas^{c,5} y de estómagos por donde se fuese el bastimento que en el navío hallásemos. Yo fui de parecer contrario y, quizá por tenerle bueno, en esto nos socorrió el cielo, como después diré; aunque primero quiero deciros que este navío era el de los cosarios que habían robado a mi hermana y a las dos recién desposadas pescadoras. Apenas le hube reconocido, cuando dije a voces: «¿Adónde tenéis, ladrones, nuestras almas? ¿Adónde están las vidas que nos robastes? ¿Qué habéis hecho de mi hermana Auristela, y de las dos, Selviana y

^c M6, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M5, B6, B7, B8, B9, M19: *bocas*

⁵ La lección de M1 es aceptable y debe mantenerse. El narrador parece querer distinguir entre el ahorro de *balas* —pasando a cuchillo a la tripulación del navío recién conquistado— y de *bastimento*.

Leoncia, partes, mitades de los corazones de mis buenos amigos Carino y Solercio?» A lo que uno me respondió: «Esas mujeres pescadoras que dices las vendió nuestro capitán, que ya es muerto, a Arnaldo, príncipe de Dinamarca.»

—Así es la verdad —dijo a esta sazón Arnaldo—, que yo compré a Auristela y a Cloelia, su ama, y a otras dos hermosísimas doncellas⁶ de unos piratas que me las vendieron, y no por el precio que ellas merecían.

—¡Válame Dios —dijo Rutilio en esto—, y por qué rodeos y con qué eslabones se viene a engarzar la peregrina historia tuya, oh Periandro!

—Por lo que debes al deseo que todos tenemos de servirte —añadió Sinforosa—, que abrevies tu cuento, ¡oh historiador tan^{d,7} verdadero como gustoso!

—Sí haré —respondió Periandro—, si es posible que grandes cosas en breves términos puedan encerrarse.

CAPÍTULO DIEZ Y SIETE^a DEL SEGUNDO LIBRO

Toda esta tardanza del cuento de Periandro se declaraba tan en contrario del gusto de Policarpo que ni podía estar atento para escucharle ni le daba lugar a pensar madura-

^d M1: *historiador tan tan verdadero*

A partir de B1, todas las eds. leen *tan verdadero*

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: XVIII

Traición de Policarpo por consejo de Zenotia. Quitarle a él el reino sus vasallos y, a ella, la vida. Salen de la isla los huéspedes y van a parar a la isla de las Ermitas

⁶ Como ya puso de relieve Notter, una de las dos doncellas no sólo no era hermosísima sino que era «fea sobremanera» (II, 10: 341-342). Es curioso que a Osuna, pescador de *perlas* cervantinas, se le haya escapado ésta.

⁷ Es sólo aparente la semejanza entre este adverbio, duplicado por error, y otros que lo se usaban así normalmente, como *luego luego, ya ya, ahora ahora*, etcétera.

mente lo que debía hacer para quedarse con Auristela, sin perjuicio de la opinión que tenía de generoso y de verdadero. Ponderaba la calidad de sus huéspedes, entre los cuales se le ponía delante Arnaldo, príncipe de Dinamarca, no por elección, sino por herencia¹; descubría en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza y brío, algún gran personaje y, en la hermosura de Auristela, el de alguna gran señora. Quisiera buenamente lograr sus deseos a pie llano, sin rodeos ni invenciones, cubriendo toda dificultad y todo parecer contrario con el velo del matrimonio, que, puesto que su mucha edad no lo permitía, todavía podía disimularlo, porque en cualquier tiempo es mejor casarse que abrasarse². Acuciaba y solicitaba sus pensamientos los que solicitaban y aquejaban a la embaidora Zenotia, con la cual se concertó que, antes de dar otra audiencia a Periandro, se pusiese en efeto su disinio, que fue que, de allí a dos noches, tocasen un arma³ fingida en la ciudad y se pegase fuego al palacio por tres o cuatro partes, de modo que obligase a los que en él asistían a ponerse en cobro, donde era forzoso que interviniese la confusión y el alboroto, en medio del cual previno gente que robasen al bárbaro mozo Antonio y a la hermosa Auristela, y asimismo ordenó a Policarpa, su hija, que, conmovida de lástima cristiana, avisase a Arnaldo y a Periandro el peligro que les amenazaba, sin descubrirles el robo, sino mostrándoles el modo de salvarse, que era que acudiesen a la marina, donde en el puerto hallarían una saetía que los acogiese⁴.

Llegóse la noche y, a las tres horas della, comenzó el arma, que puso en confusión y alboroto a toda la gente de la ciudad. Comenzó a resplandecer el fuego, en cuyo

¹ Cfr. I, 22 (260-261) y II, 13 (366 y nota 7).

² «Melius est enim nubere quam uri» dice san Pablo en la 1.^a Epístola a los Corintios 8, 9. La misma frase (por otra parte, obvia) resulta recordada en Vian (B, 1966), Romero (C, 1968), AA y SA-RH.

³ Como *dar una alarma*.

⁴ *saetía* = 'cierto tipo de embarcación, con vela latina'. A primera vista, siendo típicamente mediterránea, parece poco apropiada para resitir el océano, pero la verdad es que los *mareantes* de la época se atrevían a hacerlo (cfr. Terlingen)

ardor se aumentaba el que Policarpo en su pecho tenía; acudió su hija, no alborotada, sino con reposo, a dar noticia a Arnaldo y a Periandro de los disinius de su traidor y enamorado padre, que se estendían a quedarse con Auristela y con el bárbaro mozo, sin quedar con indicios que le infamasen. Oyendo lo cual, Arnaldo y Periandro llamaron a Auristela, a Mauricio, Transila, Ladislao, a los bárbaros padre y hijo, a Ricla, a Constanza y a Rutilio y, agradeciendo a Policarpo su aviso, se hicieron todos un montón y, puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpo, hallaron paso desembarazado hasta el puerto⁵ y segura embarcación en la saetía, cuyo piloto y marineros estaban avisados y cohechados de Policarpo que, en el mismo punto que aquella gente que, al parecer huida, se embarcase^b, se hiciesen al mar y no parasen con ella hasta Inglaterra, o hasta otra parte más lejos de aquella isla.

Entre la confusa gritería y el continuo vocear «¡Alarma, alarma!»; entre los estallidos del fuego abrasador, que, como si supiera que tenía licencia del dueño de aquellos palacios para que los abrasase, andaba encubierto Policarpo, mirando si salía cierto el robo de Auristela, y asimismo solicitaba el de Antonio la hechicera Zenotia, pero, viendo que se habían embarcado todos, sin quedar ninguno, como la verdad se lo decía y el alma se lo pronosticaba, acudió a mandar que todos los baluartes y todos los navíos que estaban en el puerto disparasen la artillería contra el navío de los que en él huían, con lo cual de nuevo se aumentó el estruendo y el miedo discurrió por los ánimos de todos los

^b Bru, M5, M6, B2, B3, B4, M9, M22, *PECP*: *al parecer huia se embarcasse*.

⁵ S (C, 1907: 313), tras haber notado la reminiscencia de la *Eneida* (II, 796-800), indica que C. llega a repetir, casi inmutadas, locuciones de Hernández de Velasco: «“en montón confuso” escaparán los héroes virgilianos de la incendiada Troya [1503-1506]; los del *Persiles*, como acabamos de ver, “se hicieron todos un montón”».

moradores de la ciudad, que no sabían qué enemigos los asaltaban o qué intempestivos acontecimientos les acometían.

En esto, la enamorada Sinforosa, ignorante del caso, puso el remedio en sus pies y sus esperanzas^c en su inocencia y, con pasos desconcertados y temerosos, se subió a una alta torre de palacio, a su parecer parte segura del fuego que lo demás del palacio iba consumiendo. Acertó a encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contó, como si lo hubiera visto, la huida de sus huéspedes, cuyas nuevas quitaron el sentido a Sinforosa y en Policarpa pusieron el arrepentimiento de haberlas dado.

Amanecía en esto el alba⁶, risueña para todos los que con ella esperaban descubrir la causa o causas de la presente calamidad, y en el pecho de Policarpo anochecía la noche de la mayor tristeza que pudiera imaginarse. Mordíase las manos Zenotia y maldecía su engañadora ciencia y las promesas de sus malditos maestros. Sola Sinforosa se estaba aún en su desmayo y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuidarse de hacerle los remedios que ella podía para hacerla volver en su acuerdo. Volvió, en fin; tendió la vista por el mar, vio volar la saetía donde iba la mitad de su alma, o la mejor parte della, y, como si fuera otra engañada y nueva Dido que de otro fugitivo Eneas se quejaba, enviando suspiros al cielo, lágrimas a la tierra y voces al aire, dijo estas o otras semejantes razones:

—¡Oh hermoso huésped, venido por mí mal a estas riberas, no engañador, por cierto, que aún no he sido yo tan dichosa que me dijese palabras amorosas para engañarme!⁷. Amaina esas velas o témplalas algún tanto, para que se dila-

^c M1: *sus esperança*

Bru, M2, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M3, M14, Vall, M5, M19: *su esperança*

Adopto la lección de las demás eds.

⁶ Cfr *Eneida*, IV, 416-419, 584-590 (en la trad. de G. Hernández de Velasco: 823-828, 1176-1188).

⁷ Cfr. *Eneida*, IV, 323 (en la trad. de G. Hernández de Velasco: 630).

te el tiempo de que mis ojos vean ese navío, cuya vista, sólo porque vas en él, me consuela. Mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te alejas de quien te busca y das muestras de que aborreces a quien te adora. Hija soy de un rey, y me contento con ser esclava tuya; y, si no tengo hermosura que pueda satisfacer a tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacíos de los mejores que el amor tiene. No repares en que se abraza toda esta ciudad, que, si vuelves, habrá servido este incendio de luminarias por la alegría de tu vuelta. Riquezas tengo, acelerado fugitivo mío, y puestas en parte donde no las hallará el fuego aunque más las busque, porque las guarda el cielo para ti solo.

A esta sazón, volvió a hablar con su hermana, y le dijo:

—¿No te parece, hermana mía, que ha amainado algún tanto las velas? ¿No te parece que no camina tanto? ¡Ay, Dios! ¿Si se habrá arrepentido? ¡Ay, Dios! ¿Si la rémora de mi voluntad le detiene el navío?

—¡Ay, hermana! —respondió Policarpo—. No te engañes, que los deseos y los engaños suelen andar juntos. El navío vuela, sin que le detenga la rémora de tu voluntad, como tú dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros.

Salteólas en esto el rey, su padre, que quiso ver de la alta torre también, como su hija, no la mitad, sino toda su alma que se le ausentaba, aunque ya no se descubría.

Los hombres que tomaron a su cargo encender el fuego del palacio le tuvieron también de apagarle. Supieron los ciudadanos la causa del alboroto y el mal nacido deseo de su rey Policarpo, y los embustes y consejos de la hechicera Zenotia, y aquel mismo día le depusieron del reino y colgaron a Zenotia de una entena. Sinforosa y Policarpo fueron respetadas como quien eran y la ventura que tuvieron fue tal que correspondió a sus merecimientos, pero no en modo que Sinforosa alcanzase el fin felice de sus deseos, porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenía guardadas.

Los del navío, viéndose todos juntos y todos libres, no se hartaban de dar gracias al cielo de su buen suceso. De ellos supieron otra vez los traidores disinius de Policarpo, pero no les parecieron tan traidores que no hallase en ellos disculpa el haber sido por el amor forjados: disculpa bastante

de mayores yerros, que, cuando ocupa a un alma la pasión amorosa, no hay discurso con que acierte ni razón que no atropelle.

Haciales el tiempo claro y, aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo. Llevaban la mira de su viaje puesta en Inglaterra, adonde pensaban tomar el disinio que más les conviniese, y con tanto sosiego navegaban que no les sobresaltaba ningún recelo ni miedo de ningún suceso adverso.

Tres días duró la apacibilidad del mar y tres días sopló próspero el viento, hasta que, al cuarto, a poner del sol, se comenzó a turbar el viento y a desasosegarse el mar y el recelo de alguna gran borrasca comenzó a turbar a los marineros, que la inconstancia de nuestras vidas y la del mar simbolizan⁸ en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo. Pero quiso la buena suerte que, cuando les apretaba este temor, descubriesen cerca de sí una isla, que luego de los marineros fue conocida, y dijeron que se llamaba la de las Ermitas, de que no poco se alegraron, porque en ella sabían que estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos más de veinte navíos: tales, en fin, que pudieran servir de abrigados puertos⁹. Dijeron también

⁸ simbolizar = 'ser equivalente a'. Cfr. *VdP* (c. V, terc. 69).

⁹ Beltrán y Rózpide (C, 1924: 19) afirma que la idea de la escala en esta isla no se debe a la invención de C. «Los geógrafos de finales de la Edad Media ponían cenobitas o ermitaños en Groenlandia y hasta nuestros días ha llegado el nombre de Ermita aplicado a una de las bahías, con pequeñas islas, en el sur de Terranova, que parece ser la Estotilandia de Zeno.» Datos interesantes, pero que poco o nada ayudan a situar *esta* Isla de las Ermitas, si es que de veras C. pensó en una concreta, real. Mucho menos —por no decir nada— persuasiva me parece la opinión de W-C (36), según los cuales la isla de las Ermitas se hallaría en la parte occidental de Inglaterra, no lejos del Ulster irlandés.

Más iluminador me parece un autor por él conocido, Olao Magno, quien en la *Opera breve...* (párrafo A, a y c) habla de las «insule e e diocesi chiamate Farenisi. [...] Circa la entrata di queste isole sta sopra una ripa ecelsa, la quale li nocchieri chiamano monaco presidiario, perché è dentro al suo seno opportunissimo rimedio contro le tempeste» (cfr. también *Historia...*, II, 5: «D'una rupe, detta il Monaco marino»). ¿Será, pues, una de las islas Feroe la que C. llama de las *Ermitas*? A lo menos, vienen ganas de decir que uno de los pasajes de Olao podría haber constituido la base de la invención de esta isla del *Persiles*. Cosa que resultará aún más probable cuando se hayan leído las páginas que siguen.

que, en una de las ermitas, servía de ermitaño un caballero principal francés llamado Renato y, en la otra ermita, servía de ermitaña una señora francesa llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la más peregrina que se hubiese visto.

El deseo de saberla y el de repararse de la tormenta, si viñese, hizo a todos que encaminasen allá la proa. Hízose así, con tanto acertamiento que dieron luego con una de las calas, donde dieron fondo sin que nadie se lo impidiese y, estando informado Arnaldo de que en la isla no había otra persona alguna que la del ermitaño y ermitaña referidos, por dar contento a Auristela y a Transila, que fatigadas del mar venían, con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio y Periandro, mandó echar el esquife al agua y que saliesen todos a tierra a pasar la noche en sosiego, libres de los vaivenes del mar. Y, aunque se hizo así, fue parecer del bárbaro Antonio que él y su hijo y Ladislao y Rutilio se quedasen en el navío guardándole, pues la fee de sus marineros, poco experimentada, no les debía asegurar de modo que se fiasen dellos. Y, en efeto, los que se quedaron en el navío fueron los dos Antonios, padre y hijo, con todos los marineros, que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naves: mejor les huele la pez, la brea y la resina de sus navíos que a la demás gente las rosas, las flores y los amarantos de los jardines¹⁰.

A la sombra de una peña, los de la tierra se repararon del viento y, a la claridad de mucha lumbre que de ramas cortadas en un instante hicieron, se defendieron del frío, y ya, como acostumbrados a pasar muchas veces calamidades semejantes, pasaron la desta noche sin pesadumbre alguna; y más con el alivio que Periandro les causó con volver, por ruego de Transila, a proseguir su historia, que, puesto que él lo rehusaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao y Mauricio, ayudándoles Auristela, la ocasión y el tiempo, la hubo de proseguir en esta forma:

¹⁰ Cfr. Leo Spitzer, «*Rose et fleur*, synonymes par opposition hiérarchique», en *Romanische Literaturstudien*, Tübinga, Max Niemeyer Verlag, 1959 (810-831).

CAPÍTULO DIEZ Y OCHO^a
DEL SEGUNDO LIBRO

—Si es verdad, como lo es, ser dulcísima cosa contar en tranquilidad la tormenta y, en la paz presente los peligros de la pasada guerra y, en la salud, la enfermedad padecida¹, dulce me ha de ser a mí agora contar mis trabajos en este sosiego, que, puesto que no puedo decir que estoy libre de ellos, todavía, según^b han sido grandes y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso, por ser condición de la humana suerte que, cuando los bienes comienzan a crecer, parece que unos se van llamando a otros, y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente. Los trabajos que yo hasta aquí he padecido imagino que han llegado al último paradero de la miserable fortuna y que es forzoso que declinen: que, cuando en el extremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el último de todos, ha de seguirse la mudanza, no de mal a mal, sino de mal a bien, y de bien a más bien; y este en que estoy, teniendo a mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males y mis bienes, me asegura y promete que tengo de llegar a la cumbre de los más felices que acierte a desearme. Y, así, con este dichoso pensamiento, digo que quedé en la nave de mis contrarios ya rendidos, donde supe, como ya

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: XIX

Del buen acogimiento que hallaron en la isla de las Ermitas

^b M1: *dellos, todavía, según*

M6, M10, B5, M11, M12, M13, M14, M15, B6, B7, B8, M16, B9, M17, M18, M19, Z, M21, BA1, M22, BA2, B10, B11, M23, AH: *dellos todavía, según*

¹ Sentencia ricamente documentada en la tradición occidental. Un epítome de la historia de su fortuna en las letras grecolatinas nos lo ofrece Erasmo en los *Adagios* (chil. II, cent. III, 43), bajo el título *Iucundi acti labores....* C. la reiterará en el propio *Persiles*, dentro de pocas páginas (II, 19: 405).

he dicho, la venta que habían hecho de mi hermana y de las dos recién desposadas pescadoras, y de Cloelia, al príncipe Arnaldo, que aquí está presente.

»En tanto que los míos andaban escudriñando y tanteando los bastimentos que había en el empedrado navío, a deshora y de improviso, de la parte de tierra, descubrimos que sobre los hielos caminaba un escuadrón de armada gente, de más de cuatro mil personas formado². Dejónos más helados que el mismo mar vista semejante, aprestando las armas, más por muestra de ser hombres que con pensamiento de defenderse. Caminaban sobre solo un pie, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelían y resbalaban sobre el mar grandísimo trecho, y luego, volviendo a reiterar el golpe, tomaban a resbalar otra gran pieza de camino³ y, desta suerte, en un instante fueron con nosotros y nos rodearon por todas partes, y uno de ellos (que, como después supe, era el capitán de todos), llegándose cerca de nuestro navío, a trecho que pudo ser oído, asegurando la paz con un paño blanco que volteaba sobre el brazo, en lengua polaca⁴, con voz clara, dijo: «Cratilo, rey

² En II, 12 (359), se habla de casi *cuarenta barcos*; en II, 14 (373), de *cuarenta ahorcados*; ahora, de *más de cuatro mil personas*. Si, además, recordamos ciertos pasajes de, p. ej., *Quijote* (cfr. RM, II: 255; III: 355), llegaremos a la conclusión de que *cuatro*, con sus múltiplos, funciona en C. como un numeral 'indefinido'. Pero, claro, no sólo en C. y, en general, no sólo en su época.

³ Olao Magno habla por extenso de los distintos modos de esquiar de los septentrionales (cfr. *Historia...*: IV, 12). También Torquemada (*Jardín...*: 456-458). Pero este último —escriben S-B—, «que no hace sino copiar lo que ignoraba, se expresa con tan poca claridad, que C. no le debió de entender». Y añaden: «Además de esto, C. pudo ver en la ed. italiana de Olao Magno varios dibujos algo fantásticos, en que se presentaba al patinador con un pie en tierra y el otro en el aire, y de ahí que imaginase que aquellos maravillosos septentrionales 'caminaban con un solo pie'». Leif Sletsjõe (C, 1960) ha tratado de la posible correspondencia de este pasaje del *Persiles* con un concreto modo de esquiar o patinar, ahora caído en desuso en Escandinavia.

⁴ *en lengua polaca*. Estas palabras podría servir para apoyar la enmienda de *Bituania* en *Lituania*. Recuérdese, sin embargo, que el polaco hace de *lengua general* en esta parte del *Persiles* (cfr. I, 3: 137 y nota 3). C. puede haber imaginado que el polaco se hablaba o al menos se entendía *también* en zona septentrional de la península Escandinava.

de Bituania^{c,5} y señor destos mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada y sacar de ellos los navíos que del hielo estan detenidos, a lo menos la gente y la mercancía que tuvierén, por cuyo beneficio se paga con tomarla por suya. Si vosotros gustáredes de acetar este partido⁶ sin defenderos, gozaréis de las vidas y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningún modo. Miradlo y, si no, aparejaos a defenderos de nuestras armas, continuo^d vencedoras.»

^c M2, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B9, M19, M22, B10: *Lituania*

^d A partir de M7, todas las eds. (con las excepciones de M16, B9, M17, M18, M21, BA2, M22, M23, *PECP*, AH) leen *armas de continuo*

⁵ S-B (xv) afirman: «Debe de ser Lituania, que está en casi todos los mapas, aunque a veces ocupa lugares fantásticos.» No tan fantásticos, cabe decir. Lo que ocurre es que el territorio sometido a Rusia desde 1795 (y el que hoy constituye la II República independiente) es muchísimo más limitado que el gran Ducado —no Reino— del siglo xvi: un enorme estado cuyas fronteras, al este, iban más allá (por algunas partes, *bastante* más allá) del Dnieper, y confinaban con el gran Ducado de Moscú y el Khanato de Crimea; el límite sur estaba constituido por el Mar Negro; al suroeste y oeste limitaba con el Imperio Turco, el Principado de Moldavia, el reino de Polonia y el Mar Báltico; al norte, en fin, con los territorios orientales de la Orden Teutónica, ocupados en 1558 por los rusos (la Orden dejó oficialmente de existir también en esta región en 1561)

A primera vista, el *mar helado* de que se nos habla ya en II, 16 (385 y notas 4 y 5) no debería ser el Báltico, aunque cabe recordar, de nuevo, que en algunos mapas de la época se indican como heladas (mostrando personas que patinan o van a caballo sobre las aguas «cuajadas») las partes superiores del Báltico, entre Suecia y Finlandia y entre Finlandia y Estonia-Letonia, quizá también Lituania (la extensión de cuyas costas, en la realidad, era insignificante).

¿Será oportuno enmendar la lección de M1? Hacerlo comporta poner a este país en el mismo ámbito —fabuloso— de la Dinamarca y la Dania del propio *Persiles*, pero ello, en sí, no debe escandalizar ya al lector. (El Gran Ducado histórico mantenía desde finales del siglo xiv una especie de unión personal con Polonia, por lo que, en rigor, es impropio hablar en 1557-1558 de un *rey de Lituania*. En 1569, el tratado de Lublin sancionaba la unión formal de los dos estados, destinada a durar más de dos centurias). Todo sumado y ponderado, considero preferible conservar la —discutible— lección de la *princeps*, que permite una localización a su manera más lógica del tal “reino”.

⁶ *partido* = ‘convenio, trato, capitulación’. (*Darse a partido* = ‘capitular, rendirse bajo condiciones pactadas’.)

»Contentóme la brevedad y la resolución del que nos hablaba. Respondíle que me dejase tomar parecer con nosotros mismos, y fue el que mis pescadores me dieron decir que el fin de todos los males, y el mayor de ellos, era el acabar la vida, la cual se había de sustentar por todos los medios posibles, como no fuesen por los de la infamia; y que, pues en los partidos que nos ofrecían no intervenía ninguna y del perder la vida estábamos tan ciertos como dudosos de la defensa, sería bien rendimos y dar lugar a la mala fortuna que entonces nos perseguía, pues podría ser que nos guardase para mejor ocasión. Casi esta misma respuesta di al capitán del escuadrón y, al punto, más con apariencia de guerra que con muestras de paz, arremetieron al navío y en un instante le desvalijaron todo y trasladaron cuanto en él había, hasta la misma artillería y jarcias, a unos cueros de bueyes que sobre el hielo tendieron. Liándolos por encima, aseguraron poderlos llevar, tirándolos con cuerdas, sin que se perdiese cosa alguna. Robaron ansimismo lo que hallaron en el otro nuestro navío y, poniéndonos a nosotros sobre otras pieles, alzando una alegre vocería, nos tiraron y nos llevaron a tierra⁷, que debía de estar desde el lugar del navío como veinte millas. Paréceme a mí que debía de ser cosa de ver caminar tanta gente por cima de las aguas a pie enjuto, sin usar allí el cielo alguno de sus milagros⁸.

»En fin, aquella noche llegamos a la ribera, de la cual no salimos hasta otro día por la mañana, que la vimos coronada de infinito número de gente, que a ver la presa de los helados y yertos habían venido. Venía entre ellos, sobre un hermoso caballo, el rey Cratilo, que, por las insignias reales con que se adornaba, conocimos ser quien era; venía a su

⁷ De tales *trineos* habla con mucho detalle Olao Magno (*Historia...*: XVIII, 19). C. simplifica, como se ve, hasta el extremo, pero, de todos modos, la fuente es perfectamente reconocible. Cfr. también Torquemada, *Jardín...* (457-459).

⁸ Esta visión de millares de hombres que caminan sobre el agua —helada...— parece tomada de Olao Magno, quien, en su *Historia...* (XI, 1) habla de las luchas que llevan a cabo sobre el hielo no sólo partidas de corsarios, sino verdaderos ejércitos.

Para «milagro sólo aparente», cfr. II, 2 (281).

lado, asimismo a caballo, una hermosísima mujer, armada de unas armas blancas⁹, a quien no podían acabar de encubrir un velo negro con que venían cubiertas¹⁰. Llevóme tras sí la vista tanto su buen parecer como la gallardía del rey Cratilo y, mirándola con atención, conocí ser la hermosa Sulpicia, a quien la cortesía de mis compañeros pocos días había [había]^c dado la libertad que entonces gozaba¹¹. Acudió el rey a ver los rendidos y, llevándome el capitán asido de la mano, le dijo: «En este solo mancebo, ¡oh valeroso rey Cratilo!, me parece que te presento la más rica presa que en razón de persona humana hasta ahora humanos ojos han visto.» «¡Santos cielos! —dijo a esta sazón la hermosa Sulpicia, arrojándose del caballo al suelo— O yo no tengo vista en los ojos, o es éste mi libertador Periandro.» Y el decir esto y añudarme el cuello con sus brazos fue todo uno, cuyas estrañas y amorosas muestras obligaron tambien a Cratilo a que del caballo se arrojase y con las mismas señales de alegría me recibiese. Entonces la desmayada esperanza de algún buen suceso estaba lejos de los pechos de mis pescadores, pero, cobrando aliento en las muestras alegres con que vieron recebirme, les hizo brotar por los ojos el conten-

^c M1 y M4: *pocos días habían dado la libertad*

Adopto la lección de P2.

M8, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, M19: *pocos días ha habían*

AH: *pocos días había habían*

⁹ *armas blancas* = 'que no llevan empresa ni insignia alguna, y se daban a los que armaban caballeros, llamados por esta razón noveles'. Cfr. *Quijote*, I, 2.

¹⁰ Para el paralelo *Sulpicia / Camila, Hipólita, Pentésilaea*, cfr. II, 14 (372 y nota 7).

¹¹ Escriben SA-RH: «Desde luego, es reconstrucción muy del gusto cervantino, que se documentará fácilmente: 'algunas señoras principales encantadas, que *pocos días había* que en aquellos prados *habían* aparecido (*Quijote*, II, 23); 'capitán, que *pocos días había* que era muerto, y en la fuerza no *había* sino veinte soldados' ([E]AL, [p.]).»

Periandro dice *pocos días antes*, confundiendo. En realidad, entre el episodio de Sulpicia (abordaje, liberación, agradecimientos...) y la presente escena han pasado, por explícita indicación del mismo, *dos meses* (cfr. II, 16: 384). A Osuna (C, 1972: 82) no se le escapa el desliz.

to y, por las bocas, las gracias que dieron a Dios del no esperado beneficio: que ya le contaban, no por beneficio, sino por singular y conocida merced.

»Sulpicia dijo a Cratilo: «Este mancebo es un sujeto donde tiene su asiento la suma cortesía y su albergue la misma liberalidad y, aunque yo tengo hecha esta experiencia, quiero que tu discreción la acredite, sacando por su gallarda presencia —en esto bien se ve que hablaba como agradecida, y aun como engañada— en limpio esta verdad que te digo. Éste fue el que me dio libertad después de la muerte de mi marido; éste, el que no despreció mis tesoros, sino el que no los quiso; éste fue el que, después de recibidas mis dádivas, me las volvió mejoradas, con el deseo de dárme las mayores, si pudiera; éste fue, en fin, el que (o acomodándose, por mejor decir, haciendo acomodar a su gusto el de sus soldados), dándome doce que me acompañasen, me tiene ahora en tu presencia.» Yo, entonces (a lo que creo, rojo el rostro con las alabanzas, o ya aduladoras o demasiadas, que de mí oía), no supe más que hincarme de rodillas ante Cratilo, pidiéndole las manos, que no me las dio para besárselas, sino para levantarme del suelo.

»En este entretanto, los doce pescadores que habían venido en guarda de Sulpicia andaban entre la demás gente buscando a sus compañeros, abrazándose unos a otros, y, llenos de contento y regocijo, se contaban sus buenas y malas suertes: los del mar esageraban su hiel y, los de la tierra, sus riquezas. «A mí —decía el uno— me ha dado Sulpicia esta cadena de oro.» «A mí —decía otro—, esta joya, que vale por dos de esas cadenas.» «A mí —replicaba éste —me dio tanto dinero.» Y aquél repetía: «Más me ha dado a mí, en este solo anillo de diamantes, que a todos vosotros juntos.»

»A todas estas pláticas puso silencio un gran rumor que se levantó entre la gente, causado del que hacía un poderosísimo caballo bárbaro, a quien dos valientes¹² lacayos

¹² *valiente* = 'vigoroso, potente' (es la acepción primera, rigurosamente etimológica, de la palabra). Se aplicaba a todos los «reinos» de la Naturaleza. El mismo C. habla, p. ej., en *Quijote*, I, 23, de *un valiente alcornoque*.

traían del freno, sin poderse averiguar con él. Era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas, que sobremanera le hacían hermoso; venía en pelo, porque no consentía ensillarse [sino] del mismo rey^{f,13}; pero no le guardaba este respeto después de puesto encima, no siendo bastantes a detenerle mil montes de embarazos que ante él se pusieran, de lo que el rey estaba tan pesaroso, que diera una ciudad a quien sus malos siniestros¹⁴ le quitara. Todo esto me contó el rey breve y sucintamente, y yo me resolví con mayor brevedad a hacer lo que agora os diré¹⁵.

Aquí llegaba Periandro con su plática, cuando, a un lado de la peña donde estaban recogidos los del navío, oyó Arnaldo un ruido como de pasos de persona que hacia ellos se encaminaba. Levantóse en pie, puso mano a su espada y, con esforzado denuedo, estuvo esperando el suceso. Calló asimismo Periandro y las mujeres con miedo y, los varones, con ánimo, especialmente Periandro, atendían lo que sería. Y, a la escasa luz de la luna, que, cubierta de nubes, no dejaba verse, vieron que hacia ellos venían dos bultos, que no pudieran diferenciar lo que eran, si uno de ellos con voz clara no dijera:

—No os alborote, señores, quienquiera que seáis, nuestra improvisa llegada, pues sólo venimos a servirlos. Esta estan-

^f M1: *ensillarse del mismo*

Adopto la enmienda de M3, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, *PECP*, AH.

¹³ De la lección de M1 cabe deducir que el caballo «no se dejaba montar *ni siquiera* por el rey», pero de la frase siguiente resulta inequívoco el sentido de ésta: «no se dejaba montar *más que* por el rey».

¹⁴ *malos siniestros* = 'malas inclinaciones o instintos'. Cfr., p. ej., Fray Luis de León, *Los nombres de Cristo* (II, dedicatoria) y *Quijote*, I, 15. Por *tener malos siniestros* también se entendía 'izquierdear' o 'zurdear' (cfr. RM, V: 258-259).

¹⁵ Olao Magno, *Historia...* (XVII, 16), trata «de li cavalli svetici e gotici, per qual ragon siano tenuti meglio de gli altri, e perché si portino in paesi lontani». En él se afirma que el Gran Ducado de Lituania, por el contrario, los procudía «pequeños y flacos». ¿Un argumento más en favor de la conveniencia de mantener la lección *Bituania*? Tal vez.

cia que tenéis, desierta y sola, la podéis mejorar, si quisiéredes, en la nuestra, que en la cima desta montaña está puesta; luz y lumbre hallaréis en ella, y manjares que, si no delicados y costosos, son, por lo menos, necesarios y de gusto.

[Periandro] respondi[ó]⁸¹⁶:

—¿Sois, por ventura, Renato¹⁷ y Eusebia¹⁸, los limpios y verdaderos amantes en quien la fama ocupa sus lenguas, diciendo el bien que en ellos se encierra?

—Si dijérades los desdichados —respondió el bulto—, acertárades en ello; pero, en fin, nosotros somos los que decís y los que os ofrecimos con voluntad sincera el acogimiento que puede daros nuestra estrechez.

Arnaldo fue de parecer que se tomase el consejo que se les ofrecía, pues el rigor del tiempo que amenazaba les obligaba a ello. Levantáronse todos y, siguiendo a Renato y a Eusebia, que les sirvieron de guías, llegaron a la cumbre de una montañuela, donde vieron dos ermitas, más cómodas para pasar la vida en su pobreza que para alegrar la vista con su rico adorno. Entraron dentro y, en la que parecía algo mayor, hallaron luces, que de dos lámparas procedían, con que podían distinguir los ojos lo que dentro estaba, que era un altar con tres devotas imágenes: la una, del autor de la vida, ya muerto y crucificado; la otra, de la reina de los cielos y de la señora de la alegría, triste y puesta en pie del que tiene los pies sobre todo el mundo y, la otra, del amado discípulo que vio más, estando durmiendo, que vieron cuan-

⁸ M1: *yo le respondí*

Par6: *Periandro les respondió*

M15: *Periandro respondió*

¹⁶ Es curioso que ni AA ni Osuna (C, 1970) se den cuenta del descuido de C., quien sigue dando la voz a Periandro, sin recordar que ahora la tiene él mismo, en cuanto narrador.

¹⁷ *Renato*. El nombre «sienta bien» al recién llegado, que, en cierto sentido, 'volverá a nacer' dentro de bien poco.

¹⁸ *Eusebia*. También el nombre parece conscientemente elegido: derivado del griego *eúsevés*, equivale a '[mujer] temeros[a] de Dios, pi[a]'.

tos ojos tiene el cielo en sus estrellas¹⁹. Hincáronse de rodillas y, hecha la debida oración con devoto respeto, les llevó Renato a una estancia que estaba junto a la ermita, a quien se entraba por una puerta que junto al altar se hacía.

Finalmente, pues las menudencias no piden ni sufren relaciones largas²⁰, se dejarán de contar las que allí pasaron, así de la pobre cena como del estrecho regalo, que sólo se alargaba en la bondad de los ermitaños, de quien se notaron los pobres vestidos, la edad, que tocaba en los márgenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todavía resplandecían las muestras de haber sido rara en todo extremo. Auristela, Transila y Constanza²¹ se quedaron en aquella estancia, a quien sirvieron de camas secas espadañas, con otras yerbas, para dar gusto al olfato más que a otro sentido alguno^h. Los hombres se acomodaron en la ermita, en diferentes puestos, tan fríos como duros y tan duros como fríos.

Corrió el tiempo como suele; voló la noche y amaneció el día claro y sereno; descubrióse la mar, tan cortés y bien criada, que parecía que estaba convidando a que la gozasen, volviéndose a embarcar, y, sin duda alguna, se hiciera así si el piloto de la nave no subiera a decir que no se fiasen de las

^h M1: *para dar gusto al olfato, que*
P1: *para dar más gusto al olfato que*

Adopto la enmienda de M2, M3, M5, M6, B2, B3, B4, M7, M8, M9, NY, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19, M13, *PECP*, AH.

M16, M17, M19, Z, M21, BA1, BA2, M22: *para dar gusto al olfato más que*

¹⁹ Nótese el gusto manierista por los contrastes: el autor de la *vida, muerto*; la reina de los *cielos*, señora de la *alegría, triste*, con los pies sobre el *mundo*... El «discípulo amado» es, obviamente, san Juan, de cuyo Apocalipsis (12: que, a su vez, toma un motivo del Génesis, 3, 15) parece sacado el detalle de la mujer que apoya los pies sobre un dragón o diablo «dominador del mundo». Cfr., en el mismo *Persiles*, IV, 6 (672).

²⁰ Sobre la decisión de saltar otros menudencias —que pueden ser precisamente las cosas decisivas, en literatura...— cfr., en el mismo *Persiles*, III, 12 (563).

²¹ Osuna (C, 1972: 78) nota, justamente, que Ricla ha sido olvidada en esta enumeración.

muestras del tiempo, que, puesto que prometían serenidad tranquila, los efectos habían de ser muy contrarios. Salió con su parecer, pues todos se atuvieron a él: que, en el arte de la marinería, más sabe el más simple marinero que el mayor letrado del mundo. Dejaron sus herbosos lechos las damas y, los varones, sus duras piedras y salieron a ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña isla, que sólo podía bojar hasta doce millas, pero tan llena de árboles frutíferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yerbas verdes y tan olorosa por las flores, que, en un igual grado y a un mismo tiempo, podía satisfacer a todos cinco sentidos²².

Pocas horas se había entrado por el día, cuando los dos venerables ermitaños llamaron a sus huéspedes y, tendiendo dentro de la ermita verdes y secas espadañas, formaron sobre el suelo una agradable alfombra, quizá más vistosa que las que suelen adornar los palacios de los reyes. Luego tendieron sobre ella diversidad de frutas, así verdes como secas, y pan no tan reciente que no semejase bizcocho, coronando la mesa asimismo de vasos de corcho, con maestría labrados, de fríos y líquidos cristales llenos. El adorno, las frutas, las puras y limpias aguas, que, a pesar de la parda color de los corchos, mostraban su claridad, y la necesidad juntamente, obligó a todos, y aun les forzó, por mejor decir, a que alrededor de la mesa se sentasen. Hiciéronlo así y, después de la tan breve como sabrosa comida, Arnaldo suplicó a Renato que les contase su historia y la causa que a la estrechez de tan pobre vida le había conducido. El cual, como era caballero, a quien es aneja siempre la cortesía, sin que segunda vez se lo pidiesen, desta manera comenzó el cuento de su verdadera historia:

²² Casaldiero (161) nota la correspondencia entre el *edén* soñado por Periandro y este otro, realísimo. En ambos casos, el énfasis recae sobre los cinco sentidos. Sólo que la potencia metafórica se halla aquí por así decir invertida: en la la «isla soñada», los rubíes parecían flores, mientras que ahora son las flores las que parecen rubíes, etc.

CAPÍTULO DIEZ Y NUEVE^a
DEL SEGUNDO LIBRO

*Cuenta Renato la ocasión que tuvo para irse a la isla
de las Ermitas*

—Cuando los trabajos pasados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos que fue el pesar que se recibió en sufrirlos. Esto no podré decir de los míos, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta. Nací en Francia; engendraronme padres nobles, ricos y bien intencionados; criéme en los ejercicios de caballero. Medí mis pensamientos con mi estado, pero, con todo eso, me atreví a ponerlos en la señora Eusebia, dama de la reina en Francia, a quien sólo con los ojos la di a entender que la adoraba, y ella, o ya descuidada o no advertida, ni con sus ojos ni con su lengua me daba a entender que me entendía. Y, aunque el disfavor y los desdenes suelen matar al amor en sus principios, faltándole el arrimo de la esperanza, con quien suele crecer, en mí fue al contrario, porque del silencio de Eusebia tomaba alas mi esperanza con que subir hasta el cielo de merecerla¹. Pero la invidia o la demasiada curiosidad de Libsomi, caballero asimismo francés, no menos rico que noble, alcanzó a saber mis pensamientos y, sin ponerlos en el punto que debía, me tuvo más invidia que lástima, habiendo de ser al contrario, porque hay dos males en el amor que llegan a todo extremo: el uno es querer y no ser querido; el otro, querer y ser aborrecido, y a este mal no se iguala el de

^a P2 lo presenta como IX.
M5 y seguidoras: XX

¹ *subir hasta el cielo de merecerla*. Cfr. I, 21 (631). C. gustaba de poner esta frase (mínimamente variada) en boca de sus personajes enamorados: Cfr. *ELA* (acto III); *PdU* (acto II), *LEI*, *LDD* y *Quijote*, II, 38. Pero, por supuesto, es fórmula muy difundida en la época: cfr., p. ej., Tirso de Molina, *El vergonzoso en palacio* (acto II).

la ausencia ni el de los celos. En resolución, sin haber yo ofendido a Libsomi, un día se fue al rey y le dijo cómo yo tenía trato ilícito con Eusebia, en ofensa de la majestad real y contra la ley que debía guardar como caballero, cuya verdad la acreditaría con sus armas, porque no quería que le mostrase la pluma ni otros testigos, por no turbar la decencia de Eusebia, a quien una y mil veces acusaba de impúdica y mal intencionada.

»Con esta información alborotado, el rey me mandó llamar y me contó lo que Libsomi de mí le había contado; disculpé mi inocencia, volví por la honra de Eusebia y, por el más comedido medio que pude, desmentí a mi enemigo. Remitióse la prueba a las armas. No quiso el rey darnos campo en ninguna tierra de su reino, por no ir contra la ley católica, que los prohíbe². Diónosle una de las ciudades libres de Alemania³. Llegóse el día de la batalla; pareció en el puesto con las armas que se habían señalado, que eran espada y rodela, sin otro artificio alguno; hicieron los padrinos y los jueces las ceremonias que en tales casos se acostumbra; partiéronnos el sol y dejáronnos. Entré yo confiado y

² El Concilio de Trento decretó solemnemente, con el canon XIX de la sesión XXV, que «los emperadores, los reyes, los duques, los príncipes [...] y los señores temporales que concediesen terreno para duelo entre cristianos en sus tierras, sean por ello excomulgados». Cfr., p. ej., *Quijote*, II, 64. En España, estos «juicios de Dios» habían caído en desuso bastante antes de la decisión conciliar. (Una comedia de Calderón, *El postrer duelo de España*, se basa en el que tuvo lugar en Valladolid, en presencia del emperador, en 1522.) Los duelos públicos de que luego nos habla la literatura española tienen lugar en épocas lejanas o en el extranjero. España, además, como ya se ha dicho, adoptó muy pronto todas las decisiones tridentinas. En cambio en Francia la aceptación oficial de tales decretos de reforma de las costumbres no fue ni inmediata ni enteramente pacífica.

³ AA escribe: «O sea que no pertenecían al Imperio y que eran protestantes». Lo mismo vienen a decir W-C, Molho [B, 1994] y Ruffinatto [B, 1996]. Conviene precisar, por lo menos, que las *freie Reichsstädte* formaban parte del Sacro Imperio Romano Germánico, pero gozaban de un estatuto especial, en cuanto dependían *directamente* del Emperador, no de otros señores, eclesiásticos o seculares. En muchas de ellas, a partir —si no ya antes— de 1555, cuando los protestantes obtuvieron un estatuto para ellos satisfactorio, «se vivía con libertad de conciencia» (cfr. *Quijote*, II, 54), por lo que la prohibición del Concilio de Trento (que, de todos modos, es bastante más tardía) no tenía validez legal en sus territorios.

animoso, por saber indubitavelmente que llevaba la razón conmigo y la verdad de mi parte; de mi contrario bien sé yo que entró animoso y más soberbio y arrogante que seguro de su conciencia.

»¡Oh soberanos cielos! ¡Oh juicios de Dios inescrutables! Yo hice lo que pude; yo puse mis esperanzas en Dios y en la limpieza de mis no ejecutados deseos; sobre mí no tuvo poder el miedo, ni la debilidad de los brazos, ni la puntualidad de los movimientos y, con todo eso, y no saber^b decir el cómo, me hallé tendido en el suelo y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazándome de presta y inevitable muerte. «Aprieta —dije yo entonces—, ¡oh más venturoso que valiente vencedor mío!, esta punta de espada y sácame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo. No esperes a que me rinda, que no ha de confesar mi lengua la culpa que no tengo⁴. Pecados sí tengo yo que merecen mayores castigos, pero no quiero añadirles éste de levantarme testimonio a mí mismo⁵ y, así, más quiero morir con honra que vivir deshonorado.» «Si no te rindes, Renato —respondió mi contrario—, esta punta llegará hasta el cerebro y hará que con tu sangre firmes y confirmes mi verdad y tu pecado.»

»Llegaron en esto los jueces y tomáronme por muerto, y dieron a mi enemigo el lauro de la vitoria. Sacáronle del

^b Bru: *sabré*

⁴ Las palabras de Renato traen a la memoria las más conocidas —pero no más emocionantes— de *Quijote*, II, 64.

⁵ Otro «juicio de Dios», igualmente provocado por la calumnia (pero que, a última, no llega a tener lugar porque el ofensor reconoce su culpa), se hallará en *ELA* (acto III). Algo distinto en la motivación es el duelo público entre Timbrio y Pransiles en *LG* (III, 308-309 y 324-325). Ambos tienen lugar en Italia: en Novara y «en una tierra del duque de Gravina, en el reino de Nápoles», respectivamente. En *Quijote*, II, 57, se narra en fin el duelo con el lacayo Tosilos, donde el duque asume toda la responsabilidad legal y religiosa del hecho (farsesco, pero no para la mayoría de los que asisten al espectáculo).

C. podría haber tenido presente, para la historia de Renato y Eusebia, la de Leriano y Laureola, en la *Cárcel de amor*, de D. de San Pedro (147-188). Hay ciertas diferencias, desde luego, pero los puntos de contacto —algunos, sorprendentes— son mucho más numerosos.

campo en hombros de sus amigos y a mí me dejaron solo, en poder del quebranto y de la confusión, con más tristeza que heridas y no con tanto dolor como yo pensaba, pues no fue bastante a quitarme la vida, ya que no me la quitó la espada de mi enemigo.

»Recogieronme mis criados; volvíme a la patria. Ni en el camino ni en ella tenía atrevimiento para alzar los ojos al cielo, que me parecía que sobre sus párpados cargaba el peso de la deshonra y la pesadumbre de la infamia; de los amigos que me hablaban pensaba que me ofendían; el claro cielo para mí estaba cubierto de obscuras tinieblas; ni un corrillo acaso se hacía en las calles, de los vecinos del pueblo, de quien no pensase que sus pláticas no naciesen de mi deshonra. Finalmente, yo me hallé tan apretado de mis melancolías, pensamientos y confusas imaginaciones que, por salir dellas o, a lo menos, aliviarlas, o acabar con la vida, determiné salir de mi patria y, renunciando mi hacienda en otro hermano menor que tengo, en un navío, con algunos de mis criados, quise desterrarme y venir a estas setentrionales partes, a buscar lugar donde no me alcanzase la infamia de mi infame vencimiento y donde el silencio sepultase mi nombre.

»Hallé esta isla acaso; contentóme el sitio y, con el ayuda de mis criados, levanté esta ermita y encerréme en ella. Despedílos; diles orden que cada un año⁶ viniesen a verme, para que enterrasen mis huesos. El amor que me tenían, las promesas que les hice y los dones que les di les obligaron a cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar mandamientos. Fuéronse y dejáronme entregado a mi soledad, donde hallé tan buena compañía en estos árboles, en estas yerbas y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos y frescos arroyuelos, que de nuevo⁷ me tuve lástima a mí mismo

⁶ *cada un año*. Es la foma normal en la época. Escribe, p. ej., L. Zapata en la *Miscelánea* (ed. de Pascual Gayangos, tomo XI del *Memorial Histórico Español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1859: 458): «Y el que vino con su capa parda, bajó la escalera con ciento y cincuenta mil maravedís de renta cada un año.»

⁷ *de nuevo* = 'por primera vez', como bien indica AA. Cfr., además, R. Foulché-Delbosch, «Nuevamente, de nuevo», en *RH*, LXXV (1928): 508-520.

de no haber sido vencido muchos tiempos antes, pues con aquel trabajo hubiera venido antes al descanso de gozillos. ¡Oh soledad, alegre compañía de los tristes! ¡Oh silencio, voz agradable a los oídos, donde llegas sin que la adulación ni la lisonja te acompañen! ¡Oh, qué de cosas dijera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio! Pero estórbamelo el deciros, primero, cómo dentro de un año volvieron mis criados y trujeron consigo a mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña que veis presente, a quien mis criados dijeron en el término que yo quedaba, y ella, agradecida a mis deseos y condolidada de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme compañera en la pena y, embarcándose con ellos, dejó su patria y padres, sus regalos y sus riquezas, y lo más que dejó fue la honra, pues la dejó al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado⁸, pues con su huida confirmaba su yerro y el mío.

»Recebía como ella esperaba que yo la recibiese, y la soledad y la hermosura, que habían de encender nuestros comenzados deseos, hicieron el efecto contrario, merced al cielo y a la honestidad suya. Dímonos las manos de legítimos esposos⁹, enterramos el fuego en la nieve¹⁰ y, en paz y en amor, como dos estatuas movibles, ha que vivimos en este lugar casi diez años, en los cuales no se ha pasado ninguno en que mis criados no vuelvan a verme, proveyéndome de algunas cosas que en esta soledad es forzoso que me falten. Traen alguna vez consigo algún religioso que nos confiese. Tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar

⁸ *el vulgo, casi siempre engañado*. Cfr. Francisco de Trillo y Figueroa, prólogo a su *Neapolisea* (ed. de Antonio Gallego Morell, Madrid, CSIC, 1951: 436), con las más conocidas sentencias clásicas sobre el tema, en los antípodas del *vox populi, vox caeli*. Una nueva afirmación en este sentido se hallará en el propio *Persiles*, III, 9: 527.

⁹ *Dímonos las manos de legítimos esposos*. Era suficiente la promesa de los protagonistas para que el sacramento del matrimonio tuviera validez ante la Iglesia, que se limitaba a formalizarlo con la presencia de un sacerdote (cfr. I, 6: 166-167). Obvio es decir que los abusos fueron innumerables. El Concilio de Trento procuró sistematizar la caótica praxis, que, sin embargo, continuó durante mucho tiempo, en España y fuera de ella, no sólo en la realidad, sino también —¿o sobre todo?— en la literatura.

¹⁰ Cfr. I, 21 (259 y nota 7).

los divinos oficios; dormimos aparte, comemos juntos, hablamos del cielo, menospreciamos la tierra y, confiados en la misericordia de Dios, esperamos la vida eterna.

Con esto dio fin a su plática Renato y con esto dio ocasión a que todos los circunstantes se admirasen de su suceso, no porque les pareciese nuevo dar castigos el cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues se sabe que por una de dos causas vienen los que parecen males a las gentes: a los malos, por castigo y, a los buenos, por mejora. Y en el número de los buenos pusieron a Renato, con el cual gastaron algunas palabras de consuelo, y ni más ni menos con Eusebia, que se mostró prudente en los agradecimientos y consolada en su estado.

—¡Oh vida solitaria! —dijo a esta sazón Rutilio, que, sepultado en silencio, había estado escuchando la historia de Renato—. ¡Oh vida solitaria —dijo—, santa, libre y segura, que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones! ¡Quién te amara, quién te abrazara, quién te escogiera y quién, finalmente, te gozara!

—Dices bien —dijo Mauricio—, amigo Rutilio. Pero esas consideraciones han de caer sobre grandes sujetos, porque no nos ha de causar maravilla que un rústico pastor se retire a la soledad del campo, ni nos ha de admirar que un pobre, que en la ciudad muere de hambre, se recoja a la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir que los sustenta la ociosidad y la pereza, y no es pequeña pereza dejar yo el remedio de mis trabajos en las ajenas aunque misericordiosas manos. Si yo viera a un Aníbal^c,¹¹ cartaginés encerrado en una ermita, como vi a un

^c M5, M6, B2, B3, B4: *Anníbal*

De NY en adelante, *Aníbal*, con la sola excepción (programática) de M16.

¹¹ La acentuación prevalente de este sustantivo era, en la época, aguda: *Aníbal*, como *Amilcar* y *Asdrubal*. Cfr. *PECP* (148-151). No cabe duda de que, en el Siglo de Oro, se acentuó también *Aníbal*. De cualquier modo, la relativa escasez de testimonios (personalmente, conozco sólo dos: de Jerónimo de Alcocer y de Jerónimo de Arbolanche) me parece una prueba de la escasa difusión de la forma paroxítona. Las cosas cambian a finales del siglo XVIII.

Carlos V cerrado en un monasterio¹², suspendiérame y admirárame; pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira ni me suspende. Fuera va deste cuento Renato, que le trujeron a estas soledades no la pobreza, sino la fuerza que nació de su buen discurso. Aquí tiene en la carestía abundancia y, en la soledad, compañía, y el no tener más que perder le hace vivir más seguro.

A lo que añadió Periandro:

—Si, como tengo pocos, tuviera muchos años, en trances y ocasiones me ha puesto mi fortuna que tuviera por suma felicidad que la soledad me acompañara y en la sepultura del silencio se sepultara mi nombre, pero no me dejan resolver mis deseos ni mudar de vida la priesa que me da el caballo de Cratilo, en quien quedé de mi historia.

Todos se alegraron oyendo esto, por ver que quería Periandro volver a su tantas veces comenzado y no acabado cuento, que fue así:

CAPÍTULO VEINTE^a DEL SEGUNDO LIBRO

*Cuenta lo que le sucedió con el caballo
tan estimado de Cratilo como famoso*

—La grandeza, la ferocidad y la hermosura del caballo que os he descrito tenían tan enamorado a Cratilo y tan deseoso de verle manso como a mí de mostrar que deseaba

^a P2 lo presenta como X.
M5 y seguidoras: XXI

¹² Las varias abdicaciones de Carlos V tienen lugar entre los últimos meses de 1555 y los primeros de 1556, en Bruselas. Poco después, el emperador se embarca en Flushing hacia España. En febrero de 1557, está ya instalado en el monasterio de los jerónimos de Yuste. Este año, 1557, constituye, a mi parecer, el verdadero *terminus post quem* cabe establecer, con la precisión posible, la cronología interna del *Persiles*. Que Mauricio tenga ya noticia del retiro del emperador no debe sorprender, dada, por una parte, la gran resonancia europea del hecho y, por otra, el tiempo transcurrido (como veremos enseguida, tal vez más de un año) desde su llegada a la Vera placentina.

servirle, pareciéndome que el cielo me presentaba ocasión para hacerme agradable a los ojos de quien por señor tenía y a poder acreditar con algo las alabanzas que la hermosa Sulpicia de mí al rey había dicho. Y, así, no tan maduro como presuroso, fui donde estaba el caballo y subí en él sin poner el pie en el estribo, pues no le tenía, y arremetí con él, sin que el freno fuese parte para detenerle, y llegué a la punta de una peña que sobre la mar pendía y, apretándole de nuevo las piernas, con tan mal grado suyo como gusto mío, le hice volar por el aire y dar con entrambos en la profundidad del mar. Y, en la mitad del vuelo, me acordé que, pues el mar estaba helado, me había de hacer pedazos con el golpe y tuve mi muerte y la suya por cierta. Pero no fue así, porque el cielo, que para otras cosas que él sabe me debe de tener guardado¹, hizo que las piernas y brazos del poderoso caballo resistiesen el golpe, sin recibir yo otro daño que haberme sacudido de sí el caballo y echado a rodar, resbalando, por gran espacio. Ninguno hubo en la ribera que no pensase y creyese que yo quedaba muerto, pero, cuando me vieron levantar en pie, aunque tuvieron el suceso a milagro, juzgaron a locura mi atrevimiento.

Duro se le hizo a Mauricio el terrible salto del caballo tan sin lisión, que quisiera él, por lo menos, que se hubiera quebrado tres o cuatro piernas, porque no dejara Periandro tan a la cortesía de los que le escuchaban la creencia de tan desafortado salto, pero el crédito que todos tenían de Periandro les hizo no pasar adelante con la duda del no creerle, que, así como es pena del mentiroso que, cuando diga verdad, no se le crea, así es gloria del bien acreditado el ser creído cuando diga mentira². Y como no pudieron estorbar los pensamientos de Mauricio la plática de Periandro, prosiguió la suya, diciendo:

—Volví a la ribera con el caballo, volví asimismo a subir

¹ Cfr., p. ej., T. Tasso, *Jerusalén libertada* (IV, 52).

² Para el topos del «crédito por cortesía», cfr. I, 12 (360). Comentando este pasaje, Stegmann (C, 1971: 136) recuérdese a Fedro (*Fábulas*, I, 10, 1-2). A propósito del sentido de esta aventura, El Saffar (C, 1984: 149) habla de la doma de las propias pasiones.

en él y, por los mismos pasos que primero, le incité a saltar segunda vez, pero no fue posible, porque, puesto en la punta de la levantada peña, hizo tanta fuerza por no arrojarse, que puso las ancas en el suelo y rompió las riendas, quedándose clavado en la tierra. Cubrióse luego de un sudor de pies a cabeza, tan lleno de miedo, que le volvió de león en cordero³ y de animal indomable en generoso caballo, de manera que los muchachos se atrevieron a manosearle y los caballerizos del rey, enjaezándole, subieron en él y le corrieron con seguridad, y él mostro su ligereza y su bondad, hasta entonces jamás vista⁴, de lo que el rey quedó contentísimo y Sulpicia alegre, por ver que mis obras habían respondido a sus palabras.

»Tres meses estuvo en su rigor el yelo, y éstos se tardaron en acabar un navío que el rey tenía comenzado para correr en conveniente tiempo aquellos mares, limpiándolos de corsarios, enriqueciéndose con sus robos⁵. En este entretanto, le hice algunos servicios en la caza, donde me mostré sagaz y experimentado, y gran sufridor de trabajos, porque ningún ejercicio corresponde así al^b de la guerra como el de la

^b M1, B1, V, P1, L, Parl, M3, P2, M4, M16, M17, M18, M21, Z, BA2, M22: *en ningún ejercicio corresponde así al*

³ Son muy del gusto de la época estos contrastes. Para una situación muy parecida, cfr. cierto pasaje de *El castigo sin venganza*, de Lope de Vega (acto I).

⁴ La proeza de Periandro (real o inventada) recuerda muy de cerca la de Teágenes con el toro desmandado, en los sacrificios de Hidaspes (*Historia etiópica*: X, 408-413).

⁵ Escribe Osuna (C, 1972: 82): «Al quedar el barco de Periandro empedrado en las aguas a la altura de Noruega, el héroe afirma que 'dos meses dicen que suele durar este yelo' [II, 16: 387], aunque luego, aquí, resulta que 'tres meses estuvo en su rigor el yelo'. El *dicen* del texto salva la contradicción, es cierto, pero habría que aclararlo con toda rotundidad.» ¿Por qué? En primer lugar, —ya que estamos— la frase *dos meses dicen...* no son de Periandro, sino de uno de los pasajeros del otro navío «empedrado en las aguas» (aunque Periandro las refiera en su propio relato); en segundo, ¿qué derecho tiene Osuna para exigir tal *rotunda aclaración*? Precisamente esta falta de rigurosa coincidencia entre los dos datos (el *preventivo* y el *efectivo*) acerca de los meses de la estación de los hielos acentúa el perspectivismo, uno de los grandes valores cervantinos.

caza⁶, a quien es anejo el cansancio, la sed y la hambre, y aun, a veces, la muerte. La liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostró conmigo y con los míos estremada y la cortesía de Cratilo le corrió parejas. Los doce pescadores que trujo consigo Sulpicia estaban ya ricos y, los que conmigo se perdieron, estaban ganados⁷.

»Acabóse el navío; mandó el rey aderezarle y pertrecharle de todas las cosas necesarias largamente y luego me hizo capitán dél, a toda mi voluntad, sin obligarme a que hiciese cosa más de aquella que fuese de mi gusto. Y, después de haberle besado las manos por tan gran beneficio, le dije que me diese licencia de ir a buscar a mi hermana Auristela, de quien tenía noticia que estaba en poder del rey de Dinamarca. Cratilo me la dio para todo aquello que quisiese hacer, diciéndome que a más le tenía obligado mi buen término⁸, hablando como rey, a quien es anejo tanto el hacer mercedes como la afabilidad y, si se puede decir, la buena crianza. Ésta tuvo Sulpicia en todo extremo, acompañándola con la liberalidad, con la cual, ricos y contentos, yo y los míos nos embarcamos, sin que quedase ninguno.

»La primer derrota que tomamos fue a Dinamarca⁹, donde creí hallar a mi hermana, y lo que hallé fueron nuevas de que, de la ribera del mar, a ella y a otras doncellas las habían robado cosarios. Renováronse mis trabajos y comenzaron de nuevo mis lástimas, a quien acompañaron las de Carino y Solercio, los cuales creyeron que en la desgracia de mi hermana y en su prisión se debía de comprehender la de sus esposas.

—Sospecharon bien —dijo a esta sazón Arnaldo.

⁶ *la guerra [...] la caza*. Se trata de una frase tópica, abundantemente documentada en la literatura del Siglo de Oro. Cfr., p. ej., *Quijote*, II, 34, y Ruiz de Alarcón, *La crueldad por el honor* (acto I).

⁷ *perdidos [...] ganados*. Otro contraste manido hasta más no poder. Aquí baste recordar el epitafio de Grisóstomo, en *Quijote*, I, 14.

⁸ *buen término* = 'buen proceder, buena conducta'.

⁹ Si bien se mira, esta afirmación no invalida la opinión de que C. sitúa a su *Bituania* en el norte de la península Escandinava. Periandro y los suyos van *ante todo* a Dinamarca porque precisamente allí creen hallar a sus amadas prendas.

Y, prosiguiendo, Periandro dijo:

—Barrimos todos los mares, rodeamos todas o las más islas destes contornos¹⁰, preguntando siempre por nuevas de mi hermana, pareciéndome a mí (con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo) que la luz de su rostro no podía estar encubierta por ser oscuro el lugar donde estuviese y que la suma discreción suya había de ser el hilo que la sacase de cualquier laberinto. Prendimos cosarios, soltamos prisioneros, restituimos haciendas a sus dueños, alzámonos con las mal ganadas de otros y, con esto, colmando nuestro navío de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los míos volver a sus redes y a sus casas y a los brazos de sus hijos, imaginando Carino y Solercio ser posible hallar a sus esposas en su tierra, ya que en las ajenas no las hallaban.

»Antes desto llegamos a aquella isla, que, a lo que creo, se llama Scinta¹¹, donde supimos las fiestas de Policarpo, y a todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas. No pudo llegar nuestra nave, por ser el viento contrario, y, así, en traje de marineros bogadores, nos entramos en aquel barco luengo, como ya queda dicho¹². Allí gané los premios, allí fui coronado por vencedor de todas las contiendas y de allí tomó ocasión Sinforosa de desear saber quién yo era, como se vio por las diligencias que para ello hizo. Vuelto al navío, y resueltos los míos de dejarme, los rogué que me dejaran el barco, como en premio de los trabajos que con ellos había pasado. Dejéronmele, y aun me dejaron el navío, si yo le quisiera, diciéndome que, si me dejaban solo, no era otra la ocasión sino porque les parecía ser solo mi deseo, y tan imposible de alcanzarle como lo había mostrado la experiencia en las diligencias que habíamos hecho para conseguirle.

¹⁰ *Estos mares y las islas destes contornos* refuerzan cuanto dicho en la nota anterior. Tras la infructuosa visita a Dinamarca, Periandro y los suyos se han desplazado con toda evidencia al mar del Norte, donde el protagonista se halla de nuevo en el momento en que ha reanudado el relato de sus aventuras.

¹¹ *Scinta*. Cfr. I, 22 (263).

¹² *como ya queda dicho*. Descuido de C. (por cierto, no notado por Osuna). En realidad, no es Periandro quien informa a los otros personajes de su propia victoria en los juegos de Policarpo, etc., sino el capitán enviado en su busca por Sinforosa (cfr. I, 22: 262 y ss).

»En resolución, con seis pescadores que quisieron seguirme, llevados del premio que les di y del que les ofrecí, abrazando a mis amigos, me embarqué y puse la proa en la isla bárbara, de cuyos moradores sabía ya la costumbre y la falsa profecía que los tenía engañados, la cual no os refiero porque sé que la sabéis. Di al través en aquella isla; fui preso y llevado donde estaban los vivos enterrados; sacáronme otro día para ser sacrificado; sucedió la tormenta del mar; desbarataronse los leños que servían de barcas; salí al mar ancho en un pedazo dellas, con cadenas que me rodeaban el cuello y esposas que me ataban las manos; caí en las misericordias del príncipe Arnaldo, que está presente, por cuya orden entré en la isla para ser espía que investigase si estaba en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuese hermano de Auristela¹³. La cual otro día vino en traje de varón a ser sacrificada; conocíla, dolióme su dolor, previne su muerte con decir que era hembra, como ya lo había dicho Cloelia, su ama, que la acompañaba, y el modo como allí las dos vinieron ella lo dirá cuando quisiere. Lo que en la isla nos sucedió, ya lo sabéis; y con esto, y con lo que a mi hermana le queda por decir, quedaréis satisfechos de casi todo aquello que acertare a pedir os el deseo en la certeza de nuestros sucesos.

CAPÍTULO VENTIUNO^a DEL SEGUNDO LIBRO

No sé si tenga por cierto, de manera que ose afirmar, que Mauricio y algunos de los más oyentes se holgaron de que Periandro pusiese fin en su plática, porque, las más veces,

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: XXII

Llega Sinibaldo, hermano de Renato, con noticias favorables de Francia. Trata de volver a aquel reino con Renato y Eusebia. Llevan en su navío a Arnaldo, Mauricio, Transila y Ladislao, y en el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Ricla y Constanza. Rutilio se queda allí por ermitaño

¹³ A decir verdad, Arnaldo había sido informado por el propio Periandro de su —fingido— parentesco con la joven: cfr. I, 2 (132).

las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle con comenzar por entonces la historia de sus acontecimientos, que, puesto que habían sido pocos desde que fue robada de poder de Arnaldo hasta que Periandro la halló en la isla bárbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura; ni, aunque quisiera, tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorbara una nave que vieron venir por alta mar, encaminada a la isla, con todas las velas tendidas, de modo que en breve rato llegó a una de las calas de la isla y luego fue de Renato conocida. El cual dijo:

—Esta es, señores, la nave donde mis criados y mis amigos suelen visitarme algunas veces.

Ya en esto, hecha la zaloma¹ y arrojado el esquife al agua, se llenó de gente, que salió a la ribera, donde ya estaban para recibirle Renato y todos los que con él estaban. Hasta veinte serían los desembarcados, entre los cuales salió uno de gentil presencia, que mostró ser señor de todos los demás, el cual, apenas vio a Renato, cuando, con los brazos abiertos, se vino a él, diciéndole:

—Abrázame, hermano, en albricias de que te traigo las mejores nuevas que pudieras desear.

Abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo², a quien dijo:

—Ningunas nuevas me pueden ser más agradables, ¡oh hermano mío!, que ver tu presencia: que, puesto que, en el siniestro estado en que me veo, ninguna alegría sería bien que me alegrase, el verte pasa adelante y tiene excepción en la común regla de mi desgracia.

Sinibaldo se^b volvió luego a abrazar a Eusebia y le dijo:

^b M1, B1, L, Bru, M2: *le*

¹ *zaloma*. 'Es la canción que tienen los marineros cuando halan y tiran de un aparejo o cabo u otra cosa, en que uno canta, o zaloma, y los otros responden y tiran a una'. (*Vocabulario marítimo*, Sevilla, 1722.)

² *Sinibaldo*. Del germánico *sigin*, sin, forma secundaria de *sign*, 'victoria', o *sind*, 'camino, viaje', y *batha*, 'audaz, valeroso'. Pero el personaje no tiene ocasión de mostrar en la novela si el nombre lo «retrata» de veras o no.

—Dadme también vos los brazos, señora, que también me debéis las albricias de las nuevas que traigo, las cuales no será bien dilatarlas, porque no se dilate más vuestra pena. Sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad que, habiendo estado seis días antes que muriese sin habla, se la dio el cielo seis horas antes que despidiese el alma, en el cual espacio, con muestras de un grande arrepentimiento, confesó la culpa en que había caído de haberos acusado falsamente; confesó su envidia, declaró su malicia y, finalmente, hizo todas las demostraciones bastantes a manifestar su pecado. Puso en los secretos juicios de Dios el haber salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra y no sólo se contentó con decirlo, sino que quiso que quedase por instrumento público esta verdad. La cual sabida por el rey, también por público instrumento os volvió vuestra honra y os declaró, a ti, ¡oh hermano!, por vencedor y, a Eusebia, por honesta y limpia, y ordenó que fuédes buscados y que, hallados, os llevasen a su presencia, para recompensaros con su magnanimidad y grandeza las estrechezas en que os debéis de haber visto. Si éstas son nuevas dignas de que os den gusto, a vuestra buena consideración lo dejo.

—Son tales —dijo entonces Arnaldo—, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje ni posesión de no esperadas riquezas que las lleguen; porque la honra, perdida y vuelta a cobrar con extremo, no tiene bien alguno la tierra que se le iguale. Gocéisle luengos años, señor Renato, y gócele en vuestra compañía la sin par Eusebia, yedra de vuestro muro, olmo de vuestra yedra³, espejo de vuestro gusto y ejemplo de bondad y agradecimiento.

Este mismo parabién, aunque con palabras diferentes, les

³ Recuérdesse, Garcilaso, *Égloga I*, 135-138: «...viendo mi amada yedra / de mí arrancada, en otro muro asida, / y mi parra en otro olmo entretejida». Versos conocidísimos (baste decir que Camões los cita en castellano en su *Carta I*, escrita desde la India portuguesa y que el mismo C. se complace en repetir en varias de su obras: *Quijote*, I, 36; *VdP* (II, terc. 24) y, en el *Persiles*, III, 14 (584) y aun IV, 1 (638). Para la presencia del motivo en la emblemática de la época, cfr. J. T. Cull (C, 1992: 201-202).

dieron todos, y luego pasaron a preguntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba y en otras partes de la tierra, de quien ellos, por andar en el mar, tenían poca noticia. Sinibaldo respondió que de lo que más se trataba era de la calamidad en que estaba puesto por el rey de los dáneos^c, Leopoldio^d, el rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados que a Leopoldio^e favorecían⁴. Contó asimismo cómo se murmuraba que, por la ausencia de Arnaldo, príncipe heredero de Dinamarca, estaba su padre tan a pique de perderse; del cual príncipe decían que, cual mariposa, se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera⁵, tan no conocida por linaje, que no se sabía quién fuesen sus padres. Contó con esto guerras del de Transilvania, movimientos del Turco⁶, enemigo común del géne-

^c M5, M6, B2, B3, B4: *dánaos*

M9, M10, B5: *daneos*

^d M1, M3, P2, Vall: *Leopoldo*

^e Vid. *d.*

⁴ Como se ve —y ya dejé escrito en II, 13 (365 y nota 6)— *Dánaea*, en el *Persiles*, no es igual a *Dinamarca*. Molho (B, 1994) alude a ciertas guerras civiles combatidas en el último de los reinos citados. Tal vez tenga razón. Cabe pensar, también, que, aquí y ahora, *Dánaea* signifique *Suecia*. Es decir, un país ligado en 1557-1559 (en régimen de unión personal) al reino de Polonia y... en guerra contra Dinamarca de 1563 a 1570.

⁵ Cfr., p. ej., T. Tasso, *Jerusalén libertada* (IV, oct. 34).

⁶ Fernando de Habsburgo, en cuanto «rey de Hungría», intenta en varias ocasiones, entre 1552 y 1556, ocupar los territorios del joven Juan Sigismundo, hijo de Juan Zápolya, puesto bajo protección turca. Cuando, en 1551, el cardenal Martinuzzi entrega el país a Fernando y obliga al exilio a Juan Sigismundo, la primera consecuencia es, en 1552, una invasión turca «de castigo». Cuatro años más tarde, tras el asesinato de Martinuzzi y una nueva tentativa de Fernando, el propio sultán, Solimán «el Magnífico», comienza su última y terrible campaña, a la vez que impone la vuelta de Juan Sigismundo, con el título de príncipe o *voivoda* de Transilvania (1557).

De modo menos clamoroso, la guerra continúa, con alternos resultados, hasta 1562, año en que Fernando, ahora también emperador, firma una tregua que durará hasta el final de su vida (1564). Su sucesor, Maximiliano II, vuelve a comenzar las hostilidades en 1565, para no interrumpirlas hasta la nueva tregua de 1567.

Es importante recordar que, en la Dieta de Torda (1557), había quedado garantizada en Transilvania la libertad para las cuatro confesiones cristianas

ro humano⁷; dio nuevas de la gloriosa muerte de Carlos V⁸, rey de España y emperador romano, terror de los enemigos de la Iglesia y asombro de los secuaces de Mahoma. Dijo asimismo otras cosas más menudas, que unas alegraron y otras suspendieron y, las unas y las otras, dieron gusto a todos, si no fue al pensativo Arnaldo, que, desde el punto que oyó la opresión de su padre, puso los ojos en el suelo y la mano en la mejilla y, al cabo de un buen espacio que así estuvo, quitó los ojos de la tierra y, poniéndolos en el cielo, exclamando en voz alta, dijo:

presentes en el país: católica, luterana, calvinista y unitarista. No sólo: resulta sencillamente decisivo tener en cuenta que el protestantismo, en sus variadas formas, acaba constituyendo un modo de patriotismo en función antihabúrgica o, sencillamente, antialemana. Ello, entre otras causas, explica que los transilvanos acepten sin excesivas reservas el formal dominio turco...

A mi parecer, carece absolutamente de sentido identificar (como, sin embargo, yo mismo hice en B, 1971) al *transilvano* aquí nombrado con Sigismundo Báthory, *voivoda* a partir de 1588, quien, en 1594, invirtiendo las ya tradicionales alianzas, decide atacar a los turcos, apoyándose en el emperador. Tras una serie de notables victorias, de gran resonancia en la Europa católica, la fortuna le vuelve la espalda. En 1599, a cambio de un ducado en Silesia, acaba renunciando al principado a favor del propio Fernando II de Austria. En 1600 y 1602 intenta recuperar el poder, sin el menor éxito. No cesa, de todos modos, en sus propósitos, que lo inducen a recurrir, al final, incluso a los mismos turcos contra los que había luchado años atrás, a primera vista movido por muy altos ideales. Enemistado con casi todos, después de haber pensado trasladarse, primero, a Inglaterra y, al final, a la República de Venecia, acaba muriendo en 1613, en Praga. Sobre este emblemático personaje de la Europa centrooriental de *la fin de siècle* preparo desde hace años un largo estudio, que espero concluir dentro de poco.

⁷ *enemigo común*. La expresión acabaría convirtiéndose en un auténtico cliché, ya difícil de soportar para oídos sensibles. Cfr., p. ej., la burla de Lope de Vega en *La Gatomaquia* (silva VI).

⁸ Carlos V murió en Yuste, el 21 de septiembre de 1558. La fecha es aún más importante que la de su retiro, para la cronología interna del *Persiles*. Sin la menor exageración, cabe afirmar que ella constituye el eje en torno al cual se han de organizar los restantes datos temporales disponibles. En el momento en que se nos da esta noticia fundamental, podríamos estar todavía en diciembre de 1558, o ya en enero de 1559 (cfr. III, 2: 447). Ello quiere decir que la acción de la novela (presentada *in medias res*) habrá comenzado en la primavera —tal vez el estío— de 1557 y concluirá en julio-agosto de 1559. Carece por completo de sentido la ilación de Arthur A. Beringer (C, 1971: 6), según la cual la noticia de la muerte de Carlos V llega a la isla de las Ermitas en... 1575).

—¡Oh amor, oh honra, oh compasión paterna, y cómo me apretáis el alma! Perdóname, amor, que no porque me aparte te dejo; espérame, ¡oh honra!, que no porque tenga amor dejaré de seguirte; consuélate, ¡oh padre!, que ya vuelvo; esperadme, vasallos, que el amor nunca hizo ninguno cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor y el más bien enamorado del mundo. Para la sin par Auristela quiero ir a ganar lo que es mío^f y para poder merecer, por ser rey, lo que no merezco por ser amante: que el amante pobre, si la ventura a manos llenas no le favorece, casi no es posible que llegue a felice fin su deseo. Rey la quiero pretender, rey la he de servir, amante la he de adorar y si, con todo esto, no la pudiere merecer, culparé más a mi suerte que a su conocimiento.

Todos los circunstantes quedaron suspensos oyendo las razones de Arnaldo, pero el que más lo quedó de todos fue Sinibaldo, a quien Mauricio había dicho cómo aquél era el príncipe de Dinamarca y aquélla (mostrándole a Auristela) la prisionera que decían que le traía rendido. Puso algo más de propósito los ojos en Auristela Sinibaldo y luego juzgó a discreción la que en Arnaldo parecía locura, porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal que cautivaba los corazones de cuantos la miraban y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicieran¹⁰.

Es, pues, el caso que aquel mismo día se concertó que Renato y Eusebia se volviesen a Francia, llevando en su navío a Arnaldo, para dejalle en su reino; el cual quiso llevar consigo a Mauricio y a Transila, su hija, y a Ladislao, su yerno, y que, en el navío de la huida, prosiguiendo su viaje, fuesen a España Periandro, los dos Antonios, Auristela, Rícla y la hermosa Constanza.

^f M1: *lo que que es mío*

Todas las eds. leen *lo que es mío*, a excepción de M16, M17, M18, BA2, M21, B10, B11, que enmiendan *lo que sé que*

⁹ El añadido es totalmente innecesario y, —lo que es más— contradice el propósito de S-B y seguidores de mantener a ultranza la lección de M1, siempre que la evidencia no imponga una enmienda.

¹⁰ Cfr. II, 2 (285).

Rutilio, viendo este repartimiento, estuvo esperando a qué parte le echarían, pero, antes que la declarasen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicó le hiciese heredero de sus alhajas¹¹ y le dejase en aquella isla, siquiera para que no faltase en ella quien encendiese el farol que guiase a los perdidos navegantes, porque él quería acabar bien la vida, hasta entonces mala. Reforzaron todos su cristiana petición y el buen Renato, que era tan cristiano como liberal, le concedió todo cuanto pedía, diciéndole que quisiera que fueran de importancia las cosas que le dejaba, puesto que eran todas las necesarias para cultivar la tierra y pasar la vida humana; a lo que añadió Arnaldo que él le prometía, si se viese pacífico en su reino, de enviarle cada un año un bajel que le socorriese. A todos hizo señales de besar los pies Rutilio y todos le abrazaron, y los más dellos lloraron de ver la santa resolución del nuevo ermitaño: que, aunque la nuestra no se enmiende, siempre da gusto ver enmendar la ajena vida, si no es que llega a tanto la protervidad nuestra que querriamos ser el abismo que a otros abismos llamase.

Dos días tardaron en disponerse y acomodarse para seguir cada uno su viaje y, al punto de la partida, hubo cortes comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro y Auristela; y, aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro. Lloró Transila; no tuvo enjutos los ojos Mauricio ni lo estuvieron los de Ladislao; gimió Ricla, enternecióse Constanza, y su padre y su hermano también se mostraron tiernos. Andaba Rutilio de unos en otros, ya vestido con los hábitos de ermitaño de Renato, despidiéndose destos y de aquéllos, mezclando sollozos y lágrimas todo a un tiempo. Finalmente, convidándoles el sosegado tiempo y un viento que podía servir a diferentes viajes, se embarcaron y le dieron

¹¹ *alhajas* = 'muebles, enseres'. Como en III, 11 (556), y a diferencia, quizá, con II, 13 (365), donde más bien parece que equivalen, como hoy, a 'joyas'.

las velas, y Rutilio mil bendiciones, puesto en lo alto de las ermitas.

Y aquí dio fin a este segundo libro el autor desta peregrina historia¹².

¹² En cuanto 'curiosa, extraordinaria' y, a la vez, 'errante, vagante, *andante*'.

Libro tercero
de los trabajos de Persiles y Sigismunda.
Historia setentrional

EX LIBRIS



ARMAUIRUMQUE

CAPÍTULO PRIMERO DEL LIBRO TERCERO^a

Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar ni sosegar sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas¹, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden, que éste se tome, aquél se deje, uno se prosiga y otro se olvide, y el que más cerca anduviere de su sosiego, ése será el mejor, cuando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la ligereza que mostró Arnaldo en dejar en un punto el deseo que tanto tiempo había mostrado de servir a Auristela; pero no se puede decir que le dejó, sino que le entretuvo, en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderó de su alma. El cual deseo se le declaró Arnaldo a Periandro una noche antes de la partida, hablándole aparte en la isla de las Ermitas.

Allí le suplicó (que quien pide lo que ha menester no rue-

^a M5 y seguidoras: *Llegan a Portugal; desembarcan en Belén; pasan por tierra a Lisboa, de donde, al cabo de diez días, salen en traje de peregrinos*

¹ AA remite a su ed. de LG (IV), donde dice que ésta es una «idea de estirpe platónica, que se repite en el *Persiles*». Para Molho (B, 1994: 327, n. 1), la teoría del movimiento del alma «procède sans doute du *Phèdre* [2245 c. et sq.]». SA-RH por su parte, se limitan a repetir: «es tópico que ya apareció formulado exactamente igual en [LJG. Yo me atrevo a afirmar (remitiendo al II, 3: 289 y nota 4) que, en C., el concepto —y hasta la forma— de la frase es *directamente* agustiniano En aquel lugar está referida al amor humano; aquí, por el contrario, conserva su sentido originario. Leemos en el cit. pasaje de LG (IV, 440): «Pero viendo el Hacedor y Criador que es propia naturaleza del ánima nuestra estar en continuo movimiento y deseo, pues no puede ella parar sino en Dios, como en su propio centro.»

ga, sino suplica) que mirase por su hermana Auristela y que la guardase para reina de Dinamarca, y que, aunque la ventura no se le mostrase a él buena en cobrar su reino y en tan justa demanda perdiese la vida, se estimase Auristela por viuda de un príncipe y, como tal, supiese escoger esposo, puesto que ya él sabía, y muchas veces lo había dicho, que por sí sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecía ser señora del mayor reino del mundo, no que² del de Dinamarca. Periandro le respondió que le agradecía su buen deseo y que él tendría cuidado de mirar por ella como por cosa que tanto le tocaba y que tan bien le venía.

Ninguna destas razones dijo Periandro a Auristela, porque las alabanzas que se dan a la persona amada halas de decir el amante como propias y no como se dicen de persona ajena. No ha de enamorar el amante con las gracias de otro: tuyas han de ser las que mostrare a su dama³. Si no canta bien, no le traiga quien la cante; si no es demasiado gentil hombre, no se acompañe con Ganimedes y, finalmente, soy de parecer que las faltas que tuviere no las enmiende con ajenas sobras. Estos consejos no se dan a Periandro, que de los bienes de la naturaleza se llevaba la gala y, en los de la fortuna, era inferior a pocos.

En esto iban las naves, con un mismo viento, por diferentes caminos, que éste es uno de los que parecen misterios en el arte de la navegación⁴. Iban rompiendo, como digo, no

² Como. el italiano *nonché* (= 'no ya', 'no sólo', 'también').

³ Cfr., p. ej., J. de Montemayor, *Diana* (III: 233).

⁴ Acerca de esta actitud racionalista, tan cervantina, cfr. II, 2 (280-281) y 8 (327-329).

En el presente caso (como en II, 20: 422-423, donde la frase es casi idéntica), C. parece aludir a las naves llamadas en la época *redondas*, por su capacidad de maniobrar con cualquier tipo de viento, incluso frontalmente contrario (de ellas se habla, p. ej., en *Quijote*, I, 41). Este tipo de velamen contribuyó al notable desarrollo del arte de la navegación registrado a finales del siglo XVI y comienzos del XVII. (Cfr., p. ej., Salvatore Bono, *I corsari barbareschi*, Turín, ERI, 1964: 78-79). Referirse al mismo como a algo ya normal en 1559 no es cosa demasiado forzada (no comporta, pues, anacronismo al menos grave), sobre todo si se piensa que estamos en el Atlántico, cuna de la innovación técnica. Por supuesto, esta —posible— referencia no debilita de ningún modo mi tesis sobre los dos momentos fundamentales de la composición del *Persiles*.

claros cristales, sino azules. Mostrábase el mar colchado, porque el viento, tratándole con respeto, no se atrevía a tocarle a más de la superficie⁵ y la nave suavemente le besaba los labios y se dejaba resbalar por él con tanta ligereza que apenas parecía que le tocaba. Desta suerte, y con la misma tranquilidad y sosiego, navegaron diez y siete días, sin ser necesario subir, ni bajar, ni llegar a templar las velas, cuya felicidad en los que navegan, si no tuviese por descuentos el temor de borrascas venideras, no había^b gusto con que igualalle⁶. Al cabo destes o pocos más días, al amanecer de uno, dijo un grumete que desde la gavia mayor iba descubriendo la tierra:

—¡Albricias, señores! ¡Albricias pido, y albricias merezco! ¡Tierra, tierra! Aunque mejor diría: ¡Cielo, cielo!, porque, sin duda, estamos en el paraje de la famosa Lisboa⁷.

Cuyas nuevas sacaron de los ojos de todos tiernas y alegres lágrimas, especialmente de Ricla, de los dos Antonios,

^b M11, M12, M13, Vall, B6, B7, B8, M19, M23: *habría*

⁵ Cfr. *VdP* (III, terc. 5).

⁶ En la época de C. era normal la construcción ahora registrada. Cfr., en el mismo *Persiles*, III, (IV, 3: 653): «...donde, si vuestra llegada no los socorriera, bien sin provecho había sido la nuestra».

⁷ Osuna (C, 1972: 72) recuerda que, en [II, 7, 1.^a parte, 315], se habla «de España, o Francia, o Italia [...] si bien no menciona aquí ni en ningún sitio a Portugal, con que C. comenzó su recorrido europeo» y que, al separarse los personajes en la isla de las Ermitas, el autor indica a España como meta de Periandro y Auristela, los dos Antonios, Ricla y Constanza [II, 21: 421-422]. Para concluir: «Se insiste en no decir nada sobre Portugal, Francia sigue apareciendo todavía en brumas. [...] Al pisar Lisboa, sin embargo, el titubeo de C. parece desvanecerse [...] En este tira y afloja del *Persiles* es donde se percibe ese esfuerzo de selección y eliminación que es todo arte. Pero C. está improvisando enfrente del público, en la recámara» (73-74).

El estudioso tiene más que razón en sus últimas afirmaciones; algo menos —o ninguna— cuando critica la inesperada aparición de Portugal. C. no tenía por qué anunciarlo, puesto que España era sentida en la época como la vieja *Hispania*, abarcadora de *toda la Península*. Denunciar un descuido de C. porque éste no ha aludido antes a Portugal es equivalente a echar en cara a un autor del Siglo de Oro el hecho de que, sin haber hablado antes de Cataluña (y sí de España), hiciera desembarcar a sus héroes en Barcelona.

Para A. Martí (C, 1996: 696), Lisboa constituye un consciente «anti-Londres».

y de su hija Constanza, porque les pareció que ya habían llegado a la tierra de promisión que tanto deseaban. Echóle los brazos Antonio al cuello, diciéndole:

—Agora sabrás, bárbara mía, del modo que has de servir a Dios, con otra relación más copiosa, aunque no diferente, de la que yo te he hecho; agora verás los ricos templos en que es adorado; verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve y notarás cómo la caridad cristiana está en su punto. Aquí, en esta ciudad, verás cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen y, el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo⁸. Aquí el amor y la honestidad se dan las manos y se pasean juntos, la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía⁹. Todos sus moradores son agradables, son cortesés, son liberales y son enamorados, porque son discretos¹⁰. La ciudad es la mayor de Europa y la de mayo-

⁸ Los hospitales lisboetas (elogiados por C. de un modo que, a primera vista, podría parecer incluso sarcástico) o, por lo menos, del principal de ellos (el de la Misericordia, fundado en 1498, se ha de decir que gozaba(n) efectivamente de gran fama en toda la Península: cfr. Pedro de Medina, *Libro de las grandezas y cosas memorables de España* (1548; en *Obras de P. de M.*, ed. de Ángel González Palencia, Madrid, CSIC, 1944: 96 b-97 a); Luis Zapata, *Miscelánea* (57) y, naturalmente, frei Nicolau de Oliveira, *Livro das grandezas de Lisboa* (104 a 116, más 111 y ss.).

Por lo que se refiere a las indulgencias, no estoy tan seguro como A. Castro (C, 1925: 260-261) de que aquí hable C. con ciertas reservas mentales. Otras páginas de esta segunda parte del *Persiles* —escrita, con toda evidencia, mucho más tarde que la primera— restan fuerza, si no invalidan por completo, dicha opinión.

⁹ Si por fuerza queremos hablar de ironía, y con bases objetivas que lo justifiquen, éste es el momento. En la España de los siglos XVI y XVII los portugueses tenían fama de *cortesés*, pero también de *desvanecidos*, de *fantásticos* (en la acepción ilustrada en II, 5: 305), de *locamente soberbios*, etc. Cfr., en este sentido, Herrero García (*Ideas...*: para cortesía, 162 y ss.; para arrogancia, 154 y ss.).

¹⁰ *enamorado* = 'fino enamorado', pero también 'enamoradizo' y aun 'rioso'. Esta doble característica de los portugueses (sobre todo la primera, de la que ellos mismos eran —como son— conscientes y exaltadores) fue objeto de repetidas alusiones en la Edad de Oro de la cultura española. Buena documentación se encontrará en el libro de Herrero García (*Ideas...*: 70-71 y 167-178). Y la lista es alargable a voluntad. Cfr. el propio C., en *VdP* (IV, terc. 68-69).

res tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente y, desde ella, se reparten por el universo¹¹; su puerto es capaz, no sólo de naves que se puedan reducir a número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman; la hermosura de las mujeres admira y enamora¹²; la bizarria de los hombres pasma, como ellos dicen. Finalmente, ésta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo¹³.

—No digas más —dijo a esta sazón Periandro—; deja, Antonio, algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de decir todo: algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nuevo y, así, creciendo el gusto por puntos, vendrá a ser mayor en sus extremos.

Contentísima estaba Auristela de ver que se le acercaba la hora de poner pie en tierra firme, sin andar de puerto en puerto y de isla en isla, sujeta a la inconstancia del mar y a la movable voluntad de los vientos; y más cuando supo que desde allí a Roma podía ir a pie enjuto, sin embarcarse otra vez, si no quisiese.

Mediodía sería cuando llegaron a Sangián^{c,14}, donde se

^c M4, M5, M6, B2, B3, B4, M9: *San Gian*

¹¹ Con sus casi casi 100.000 habitantes (cfr. Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, Lisboa, Verbum, III [1990]: 224), Lisboa no era en 1558-1559 (ni en 1614-1616) la mayor ciudad de Europa, pero sí, sin duda, de la península Ibérica, como no se cansan de repetir los escritores de la época, sobre todo —claro está— los portugueses, para quienes era el colmo de los colmos. Cfr. el ya citado *Livro das grandezas de L.*, de frei Nicolau de Oliveira. Interesantes alusiones se encontrarán en Herrero García (*Ideas...*: 144-146).

¹² No es raro encontrar elogios de la belleza de las lisboetas, y de las portuguesas en general, en la literatura del Siglo de Oro. Tirso de Molina y Lope de Vega, p. ej., abundan en ellos.

¹³ En rigor, Antonio habla ahora tan sólo de la Lisboa por él conocida dieciséis años antes (cfr. I, 5: 157). El propio C. estuvo en la ciudad entre julio de 1581 y febrero de 1582, como bien recuerda AA.

¹⁴ *Sangián*. Se trata del fuerte de San Julián (*São Julião da Barra*, llamado en los siglos XVI-XVII *São Gião* y, en la documentación castellana de la época —cfr. Allen: 88, nota 63— *Sangian*, *San Jiaon*, *San Jiant*, *San Jiao*, *San Giaio* y *San Jian*, reforzado (no comenzado a construir, ni mucho menos) en tiempos del cardenal Don Enrique (1562-1568: cfr. Veríssimo Serrão, *op. cit.*, III: 62) y, luego, de Felipe II (I de Portugal). La actual planta es de 1598. Durante los sesenta años de unión con España, el fuerte estuvo ocupado por tropas «castellanas» de confianza, dado su gran valor estratégico.

registró el navío y donde el castellano del castillo y los que con él entraron en la nave se admiraron de la hermosura de Auristela, de la gallardía de Periandro, del traje bárbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Ricla y de la agradable belleza de Constanza. Supieron ser extranjeros y que iban peregrinando a Roma. Satisfizo Periandro a los marineros que los habían traído magníficamente, con el oro que sacó Ricla de la isla bárbara, ya vuelto en moneda corriente en la isla de Policarpo. Los marineros quisieron llegar a Lisboa a granjearlo con alguna mercancía¹⁵.

El castellano de Sangián envió al gobernador de Lisboa, que entonces era el arzobispo de Braga, por ausencia del rey, que no estaba en la ciudad¹⁶, de la nueva venida

¹⁵ *granjearlo* [el oro] *con alguna mercancía* = 'cambiarlo, trocarlo'. En esta acepción —y con este régimen— *granjear* no está recogido en ninguno de los diccionarios que conozco. Ignoro otros textos que la «autoricen».

¹⁶ AA da la lista de todos los arzobispos de la sede primada portuguesa entre 1559 y 1617 y piensa que la alusión debe de ser al beato fray Bartolomé de los Mártires, «por el simple hecho de que era arzobispo de Braga cuando C. estuvo en Portugal». SA-RA y Ruffinatto aceptan esta identificación.

Romero (B, 1971) y Allen (C, 1971: 94) hacen notar que el único arzobispo de Braga *también* virrey de Portugal (entre 1614 a 1615) fue fray Alejo de Meneses. El dato es, por supuesto, importante, pero... para la datación de la sola segunda parte del *Persiles*.

Si pensamos que, con un suficiente margen de probabilidad, Periandro, Auristela y sus acompañantes han llegado a Lisboa ya en 1559, está claro que C. puede haber atribuido legítimamente el cargo de *gobernador de la ciudad* —y, como veremos dentro de un momento, también del *reino*— a Fray Bartolomé de los Mártires o a su inmediato antecesor, el infante don Enrique (tío del rey; más tarde cardenal-arzobispo de Évora, regente del reino y él mismo rey). Es, en rigor, lo único que nos interesa, desde este punto de vista. En efecto, en dicho año era soberano de Portugal don Sebastián. Por ser éste menor de edad (había nacido en 1554), desde 1557 era regente su abuela, doña Catalina.

Ahora bien, sucede que —dentro de un momento, en el presente capítulo: 435— el *gobernador* se transformará en una cosa distinta: *visorrey*. Este simple hecho (probablemente, un simple descuido de C.) nos devuelve, sin más, a los años en que compone la obra. *Gobernador* es el sustituto del rey durante una ausencia o minoría de edad; *visorrey* o *virrey*, su representante permanente, cuando la ausencia es, por así decir, institucional: porque reside en otra ciudad u otro reino. De virreyes de Portugal no cabe en rigor hablar hasta 1583, después de la vuelta a Madrid

de los extranjeros y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constanza, que, con el traje de bárbara, no solamente no la encubría, pero la realzaba; exageróle asimismo la gallarda disposición de Periandro y, juntamente, la discreción de todos, que no bárbaros sino cortesanos parecían.

Llegó el navío a la ribera de la ciudad y, en la de Belén, se desembarcaron¹⁷, porque quiso Auristela, enamorada y devota de la fama de aquel santo monasterio¹⁸, visitarle pri-

de Felipe II y del nombramiento del archiduque Alberto de Austria como su representante (1583-1593). De 1593 a 1599, Portugal estará regido por cinco gobernadores. A comienzos de 1600 se vuelve al sistema de los virreyes: Cristóbal de Moura (1600-1603); don Alfonso Castelo Branco, obispo-conde de Coimbra (1603-1604); don Pedro de Castilho, obispo de Leiria (1605-1607) y, de nuevo, Cristóbal de Moura (1608-1612). Este último permanece durante quince meses en Madrid, manteniendo el título, hasta el momento de su muerte. En febrero de 1614 resulta nombrado virrey fray Alejo de Meneses, quien, en realidad, no se hará cargo del gobierno hasta comienzos de julio de 1614, para abandonarlo en junio de 1615, cuando le sucede el conde de Salinas y Marqués de Alenquer (pero, hasta su efectiva entrada en Portugal, en la Semana Santa de 1617, el virrey interino será don Miguel de Castro, arzobispo de Lisboa).

Fray Alejo, agustino, fue obispo de Goa (1595-1609) y, de 1607 a 1609, también virrey del Estado de la India. En 1609 regresó a Portugal, ya nombrado obispo de Guarda. Pasó más tarde a la sede primada de Braga. Tras el año de virrey en Lisboa, fue en Madrid consejero eclesiástico de Felipe III y, de julio de 1616 a su muerte, en 1617, presidente del Consejo de Portugal. Si no me equivoco, C. hace uso en esta ocasión, por vez primera, de lo que llamo la *doble cronología*. Con esta alusión (en cierto modo, parecida a la hecha al cardenal Sandoval y Rojas en el prólogo del propio *Persiles*) podría haber prestado un homenaje, quién sabe si de gratitud, a un prelado de cuya generosidad extraordinaria hablan todos los contemporáneos. Y, al mismo tiempo, podría habernos ofrecido un precioso indicio —ya lo he dicho— sobre la fecha de su vuelta a la redacción de la *Historia septentrional*: no antes de febrero de 1614, aunque lo más probable es que se trate ya de 1615.

¹⁷ De allí zarpaban las expediciones portuguesas hacia Ultramar. Cfr., p. ej., Camões, *Os lusíadas* (IV, oct. 87).

¹⁸ *aquel santo monasterio*. El ex convento de los Jerónimos, fundado por el rey don Manuel I en 1497, constituye el más importante monumento del estilo portugués del gótico tardío y primer renacimiento llamado precisamente *manuelino*.

mero y adorar en él al verdadero Dios libre y desembarazadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra¹⁹.

Había salido a la marina infinita gente, a ver los extranjeros desembarcados en Belén; corrieron allá todos por ver la novedad, que siempre se lleva tras sí los deseos y los ojos. Ya salía de Belén el nuevo escuadrón de la nueva hermosura: Ricla, medianamente hermosa, pero estremadamente a lo bárbaro vestida; Constanza, hermosísima y rodeada de pieles; Antonio el padre, brazos y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demás del cuerpo; Antonio el hijo iba del mismo modo, pero con el arco en la mano y la aljaba de las saetas a las espaldas; Periandro, con casaca de terciopelo verde y calzones de lo mismo, a lo marinero, un bonete estrecho y puntiagudo en la cabeza, que no le podía cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formaban; Auristela traía toda la gala del setentrion en el vestido, la más bizarra gallardía en el cuerpo y la mayor hermosura del mundo en el rostro. En efeto, todos juntos y cada uno de por sí, causaban espanto y maravilla a quien los miraba, pero sobre todos campeaba la sin par Auristela y el gallardo Periandro.

Llegaron por tierra a Lisboa, rodeados de plebeya y de cortesana gente; lleváronlos al gobernador, que, después de admirado de verlos, no se cansaba de preguntarles quiénes²⁰ eran, de dónde venían y adónde iban, a lo que respondió Periandro, que ya traía estudiada la respuesta que había de dar a semejantes preguntas, viendo que se la habían de hacer muchas veces. Cuando quería, o le parecía que conve-

¹⁹ *sin las torcidas ceremonias de su tierra*. Cfr. II, 1 (275-276). Recuerdese también la breve profesión de fe de Cloelia (I, 5: 161-162). A la vista de la presente frase, todo lo anterior empieza a tomar un sentido, que no hará más que robustecerse a lo largo de los libros III y IV: Auristela-Sigismunda es católica, pero nativa de un país donde *la Reforma* ha *torcido* la fe. Como el Ricaredo de *LEI*, va a Roma *también* para completar (o depurar) su formación espiritual, no *sólo* (y ésta es la gran novedad, la cosa *nunca* dicha antes: ¿por qué no prevista hasta... ahora?) a cumplir el voto. En principio, lo mismo se puede decir de Periandro-Persiles, aunque en él el motivo religioso aparece «mitigado», y sin duda más implícito que explícito.

²⁰ *quienes*. Cfr. II, 12 (357 y nota 5).

nía, relataba su historia a lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo que, satisfaciendo a los que le preguntaban, en breves razones cifraba, si no toda, a lo menos gran parte de su historia.

Mandólos el visorrey alojar en uno de los mejores alojamientos de la ciudad, que acertó a ser la casa de un magnífico caballero portugués, donde era tanta la gente que concurría para ver a Auristela, de quien sola había salido la fama de lo que había que ver en todos, que fue parecer de Periandro mudasen los trajes de bárbaros en los de peregrinos²¹, porque la novedad de los que traían era la causa principal de ser tan seguidos (que ya parecían perseguidos) del vulgo; además que, para el viaje que ellos llevaban de Roma, ninguno le^d venía más a cuento. Hízose así y, de allí a dos días, se vieron peregrinamente peregrinos.

Acaeció, pues, que, al salir un día de casa, un hombre portugués se arrojó a los pies de Periandro, llamándole por su nombre, y, abrazándole por las piernas, le dijo:

—¿Qué ventura es ésta, señor Periandro, que la des a esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu nombre, que uno soy de aquellos veinte que cobraron libertad en la abrasada isla bárbara, donde tú la tenías perdida; halléme a la muerte de Manuel de Sosa Cuitiño^e, el caballero portugués; apartéme de ti y de los tuyos en el hospedaje donde llegó Mauricio y Ladislao en busca de Transila, esposa del uno y hija del otro. Trújome la buena suerte a mi patria; conté aquí a sus parientes la enamorada muerte; creyéronla y, aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran, por tener casi en costumbre el morir de amores los portugueses. Un hermano suyo, que heredó su hacien-

^d M7, M11, M23: *les*

^e M2, M2: *Sousa Coytiño*

M3, M4, M5, M6, B2, B3, B4, NY, M10, M11, M22: *Sosa Coutiño*
M7, M8, M9, B5, M15, B6, B7, B8: *Sousa Coutiño*

²¹ En realidad, de *bárbaros* iban vestidos tan sólo los dos Antonios, Ricla y Constanza. Periandro y Auristela chocarían, si acaso, por sus «galas septentrionales», muy distintas a las de Portugal, pero no precisamente de salvajes.

da, ha hecho sus obsequias^{f22} y, en una capilla de su linaje, le puso en una piedra de mármol blanco, como si debajo della estuviera enterrado, un epitafio que quiero que vengaís a ver todos, así como estáis, porque creo que os ha de agradar, por discreto y por gracioso.

Por las palabras, bien conoció Periandro que aquel hombre decía verdad; pero, por el rostro, no se acordaba haberle visto en su vida. Con todo eso, se fueron al templo que decía y vieron la capilla y la losa, sobre la cual estaba escrito en lengua portuguesa este epitafio, que leyó casi en castellano²³ Antonio el padre, que decía así:

Aquí yace viva la memoria del ya muerto Manuel de Sosa Coitiño⁸, caballero portugués, que, a no ser portugués, aún fuera vivo. No murió a las manos de ningún castellano, sino a las de amor, que todo lo puede. Procura saber su vida y envidiarás su muerte, pasajero.

Vio Periandro que había tenido razón el portugués de alabarle el epitafio, en el escribir de los cuales tiene gran primor la nación portuguesa²⁴. Preguntó Auristela al portugués

^f M4, M5, M6, B2, B3, B4, M8, M9, M10, B5, M21, M22: *exequias*

⁸ M2, M21: *Sousa Coytiño*

M3, M4, M5, M6, B2, B3, B4, M7, M8, M9, B5, NY, M10, M11, M15, B6, B7, B8, M22: *Sosa Coutiño*

²² *obsequias* = 'exequias'. Por cruce de dos verbos latinos: *exequi* y *obsequi* (cfr. DCELC). Muy frecuente en el castellano clásico.

²³ *casi en castellano*. Tan parecida son las dos lenguas —todavía hoy, gráficamente— y, sobre todo, tan parecidas lo fueron antes de las revoluciones fonéticas por que una y otra pasaron entre la segunda mitad del siglo xvi y la primera del xvii.

²⁴ Buenos ejemplos de epitafios portugueses se pueden ver (como ya indican S-B) en las *Sales españolas* (por la 2.^a ed., al cuidado de Ramón Paz, BAE, CLXXVI: 161). Cfr. también uno —extraordinariamente malicioso— de Quevedo, registrado en las *Flores de poetas ilustres de España* (fol. 37 v^o). Y la tradición, desde luego, continúa. Cfr., p. ej., los reproducidos, en tono sarcástico, por Fialho de Almeida (*Os gatos*, Lisboa, Livraria Clássica, IV [1953]: 63-77). No sería justo, sin embargo, callar que el gusto por el epitafio —inoportunamente— «ingenioso» fue, en determinado momento, general

qué sentimiento había hecho la monja, dama del muerto, de la muerte de su amante; el cual la respondió que, dentro de pocos días que la supo, pasó desta a mejor vida, o ya por la estrechez de la que hacía siempre, o ya por el sentimiento del no pensado suceso.

Desde allí se fueron en casa de un famoso pintor, donde ordenó Periandro que, en un lienzo grande, le pintase todos los más principales casos de su historia. A un lado pintó la isla bárbara ardiendo en llamas y, allí junto, la isla de la prisión y, un poco más desviado, la balsa o enmaderamiento donde le halló Arnaldo cuando le llevó a su navío; en otra parte estaba la isla nevada, donde el enamorado portugués perdió la vida; luego, la nave que los soldados de Arnaldo taladraron; allí junto pintó la división del esquife y de la barca; allí se mostraba el desafío de los amantes de Taurisa y su muerte; acá estaban serrando por la quilla la nave que había servido de sepultura a Auristela y a los que con ella venían; acullá estaba la agradable isla donde vio en sueños Periandro los dos escuadrones de virtudes y vicios²⁵ y, allí junto, la nave donde los peces náufragos pescaron a los dos marineros y les dieron en su vientre sepultura²⁶. No se olvidó de que pintase verse empedrados en el mar helado, el asalto y combate del navío, ni el entregarse a Cratilo; pintó asimismo la temeraria carrera del poderoso caballo, cuyo espanto, de león, le hizo cordero²⁷: que, los tales, con un

en toda Europa. Los datos ofrecidos por Marcel Bataillon en «El villano en su rincón» (ahora en *Varia lección de clásicos españoles*, Madrid, Gredos, 1964: 350-351) son muy indicativos.

²⁵ ¿No es un poco demasiado insertar entre las *aventuras* lo que el propio Periandro reconoció haber sido sólo un sueño? (cfr. II, 14: 382-383).

²⁶ En realidad, el *náufrago* se tragó solamente a un marinero (cfr. II, 15: 376-377).

Dar sepultura en el vientre o ser el sepulcro vivo de algo (o alguien) comido constituye un auténtico lugar común de la época. Cfr., p. ej., Fernández de Oviedo, *Historia...* (XXIII, 15); Manuel de Faria y Sousa, *Fuente de Aganipe* (II, 134 vº: ya con evidente ironía). Sin olvidar al propio C., en *ERD*.

²⁷ C. está de veras satisfecho de la fórmula. Lo mismo, exactamente lo mismo, había escrito en II, 20 (413). Pero quizá sea más bien una prueba de que, tras un largo apartamiento del *Persiles*, se ha releído los últimos capítulos del libro II, para volver a «entonarse».

asombro se amansan. Pintó, como en resguño^{h,28} y en estrecho espacio, las fiestas de Policarpo, coronándose a sí mismo por vencedor en ellas²⁹. Resolutamente, no quedó paso principal en que no hiciese labor en su historia, que allí no pintase, hasta poner la ciudad de Lisboa y su desembarcación en el mismo traje en que habían venido. También se vio en el mismo lienzo arder la isla de Policarpo, a Clodio traspasado con la saeta de Antonio y a Zenotia colgada de una antena; pintóse también la isla de las Ermitas y a Rutilio con apariencias de santo. Este lienzo se hacía de unaⁱ recopilación que les escusaba de contar su historia por menudito, porque Antonio el mozo declaraba las pinturas y los sucesos cuando le apretaban a que los dijese³⁰. Pero en lo que

^h Así, M1, B1, V, P1, L, Par1, Bru, M16, M17, M13, S, *PECP*, AH. Todas las demás eds. leen *rasguño*

ⁱ M3, M13: *servía de una*

²⁸ Es verdad que *resguño* no aparece en ningún diccionario ni, personalmente, he tenido ocasión de encontrarlo en ningún texto de la época, pero se trata, de todos modos, de una forma verosímil. Santa Teresa de Jesús, p. ej., escribe *resgar* por *rasgar* (cfr. la *carta* núm. 154: 818 b). Debe notarse, sin embargo, que, mientras que el *resgar* de la santa es manuscrito, y autógrafo, el *resguño* de C. aparece tan sólo en esta página impresa de su obra póstuma. (Cfr. *VC*, con testimonios relativamente numerosos de *rasgar* y derivados, incluido *rasguño*.) Así las cosas, comprendo la decisión de los eds. que normalizan, pero, por escrúpulo, mantengo la lección de M1.

²⁹ Otro pequeño descuido —que *no* nota Osuna. Según lo narrado por el capitán en el I, 22 (267). Periandro «no se autocoronó»: fue Sinforosa la que se quitó la corona de flores «que adornaba su hermosísima cabeza, y la puso en la del gallardo mancebo». ¿O habrá que pensar en una galantería de Periandro, que prescinde de la figura de la princesa para no dar celos a Auristela?

³⁰ Otras enmiendas plausibles podrían ser *...este lienzo hacia de recopilación...* e incluso *...este lienzo se hizo de una recopilación...* De las dos correcciones hipotéticas (en realidad, innecesarias), la primera me parece más de acuerdo con el sentido de la intervención oral de Antonio el joven: es decir, con la decidida voluntad de eludir una formalización narrativa, de algún modo «literaria», de las pasadas aventuras de grupo o de algunos de sus miembros. Por las razones que fueren, el texto (la *recopilación*) podría resultar en determinadas circunstancias inconveniente e incluso comprometedora. No así la ilustración verbal del cuadro por parte de Antonio, sin duda cuidadosísimo de acomodar su relato al público concreto de cada uno de los *espectáculos* —no necesariamente simples «repeticiones» del *estre-*

más se aventajó el pintor famoso fue en el retrato de Auristela, en quien decían se había mostrado a saber pintar una hermosa figura, puesto que la dejaba agraviada, pues a la belleza de Auristela, si no era llevado de pensamiento divino, no había pincel humano que alcanzase.

Diez días estuvieron en Lisboa, todos los cuales gastaron en visitar los templos y en encaminar sus almas por la derecha senda de su salvación, al cabo de los cuales, con licencia del visorrey y con patentes verdaderas y firmes³¹ de quiénes³² eran y adónde iban, se despidieron del caballero portugués, su huésped, y del hermano del enamorado, Alberto, de quien recibieron grandes caricias y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla. Y esta partida fue menester ha-

no. La segunda de mis propuestas se presta más a la crítica, en términos puramente textuales. Si me detengo a ilustrarla es porque sirve para establecer un paralelo con otras obras del propio C. Partiendo de la base de que *este lienzo se hizo de una recopilación...*, damos en hipótesis por existente la primera formalización —escrita— de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* o, para ser más exactos, de su parte puramente *septentrional*. En otras palabras, de aquella *historia* (¿*history*?, ¿*story*?) que, como el mismo C. declara, entre bur-las y veras, no es parto de su fantasía, sino tan sólo una *traducción* de algo sucedido y escrito... por *otro autor* (cfr. II, 1: 275). Se trataría, pues, de algo parecido a la *relación* que Isabel, la protagonista de *LEI*, promete hacer de su propia vida a los «dos señores eclesiásticos» que se la piden para que la lea el arzobispo de Sevilla y que, en teoría, podría haber constituido el punto de partida, el texto guía de C., autor (¿de nuevo *segundo*?) de la novela ejemplar que conocemos. De todos modos, bien se trate de lienzo, con precisa exclusión del texto de algún modo literario (como creo preferible interpretar), bien se trate del lienzo y de la recopilación, esta historia de todo lo acaecido en la primera parte del *Persiles* (libros I y II) es a la segunda parte (libros III y IV) lo mismo, o casi, que el *Quijote* de 1605, como libro impreso y conocido —aunque no *per extensum*, por sus protagonistas— lo es al *Quijote* de 1615.

Hace más de ochenta años, S-B podían escribir: «Todavía subsiste en España esta costumbre». *El crimen de la Medinica*, de Valle-Inclán, es precisamente la ilustración de uno de dichos lienzos. No dejé de aludir a ella en C, 1968.

Acerca del uso de este lienzo en el *Persiles*, cfr. Mario Socrate (C, 1990: 709-716).

³¹ *patentes* = 'cartas de creencia o credenciales', 'salvoconducto'. Dados los abusos, los obispos debían proveer de estos documentos a los peregrinos, expuestos, si no los llevaban, a ser perseguidos como vagabundos e indeseables, sobre todo si eran extranjeros.

³² *quienes*. Cfr. II, 12 (357), y III, 1 (434).

cerla de noche, temerosos que, si de día la hicieran, la gente que les seguiría la estorbara, puesto que la mudanza del traje había hecho ya que amainase la admiración.

CAPÍTULO SEGUNDO DEL TERCER LIBRO

Peregrinos. Su viaje por España. Sucédennles nuevos y estraños casos

Pedían los tiernos años de Auristela y los más tiernos de Constanza, con los entreverados de Ricla, coches¹, estruendo y aparato para el largo viaje en que se ponían, pero la devoción de Auristela, que había prometido de ir a pie hasta Roma desde la parte do llegase en tierra firme², llevó tras sí las demás devociones y todos de un parecer, así varones como hembras, votaron el viaje a pie, añadiendo, si fuese necesario, mendigar de puerta en puerta³. Con esto cerró la del dar Ricla y Periandro se escusó de no disponer de la cruz de diamantes que Auristela traía, guardándola, con las inestimables perlas, para mejor ocasión. Solamente compraron un bagaje⁴ que sobrellevase las cargas que no pudieran

¹ *coches*. Su «introducción» en España corresponde a la segunda mitad del reinado de Carlos V. De ellos habla, p. ej., Sebastián de Horozco en la *Memoria de las fiestas de Toledo en 1555* [por la conversión de Inglaterra] (ed. de Santiago Álvarez Gamero, en *RH*, XXXI [1914]: 397). Su relativa «difusión» sí es algo más tardía. (Cfr. Juan I. Uriol Salcedo, *Historia de los caminos de España*, Madrid, AC, 1990, I: 194.) En principio, pues, C. no comete anacronismo; si nos empeñamos en afirmar que lo hace, hay que admitir la absoluta irrelavancia del mismo, visto desde 1614-1615.

² Justamente, Osuna (C, 1972: 73-74) nota que «esta cláusula del voto es nueva». Cfr. III, 1 (431), donde el ir por tierra es una posibilidad que se ofrece a Auristela, y nada más. (Sobre el tema volverá todavía C. en III, 12 [571], cayendo en una nueva contradicción.)

³ Nunca lo harán, por supuesto. Un solo peregrino de los muchos que encontraremos en el *Persiles* alude, de manera explícita, a la *obligatoriedad* de pedir limosna por el mero hecho de vestir el hábito (cfr. IV, 1: 641). Una «vividora», sin más, que sin duda se aprovechará de este —más bien teórico— *deber*, es la registrada en este mismo libro III, 6 (488-490).

⁴ *bagaje* = 'mula (o caballo) para conducir el equipaje'.

sufrir las espaldas; acomodáronse de bordones, que servían de arrimo y defensa y de vainas de unos agudos estoques. Con este cristiano y humilde aparato salieron de Lisboa, dejándola sola sin su belleza y pobre sin la riqueza de su discreción, como lo mostraron los infinitos corrillos de gente que en ella se hicieron, donde la fama no trataba de otra cosa sino del extremo de discreción y belleza de los peregrinos extranjeros.

Destá manera, acomodándose a sufrir el trabajo de hasta dos o tres leguas de camino cada día, llegaron a Badajoz, donde ya tenía el corregidor⁵ castellano nuevas de Lisboa cómo por allí habían de pasar los nuevos peregrinos. Los cuales, entrando en la ciudad, acertaron a alojarse en un mesón do se alojaba una compañía de famosos recitantes, los cuales aquella misma noche habían de dar la muestra⁶, para alcanzar la licencia de representar en público, en casa del corregidor. Pero, apenas vieron el rostro de Auristela y el de Constanza, cuando les sobresaltó lo que solía sobresaltar a todos aquellos que primeramente las veían, que era admiración y espanto; pero ninguno puso tan en punto el maravillarse como fue el ingenio de un poeta que de propósito

⁵ El *corregidor* era el representante de la autoridad real en el municipio castellano, presidente «nato» del cabildo, con el importantísimo añadido del poder judicial para causas que no fueran de competencia exclusiva de las Chancillerías o Audiencias. Cfr. Benjamín González Alonso, *El corregidor castellano (1348-1808)*, Madrid, Instituto de Estudios Administrativos, 1970.

⁶ *muestra* = 'ensayo general, ante la autoridad, para obtener el permiso de representar en público'. Cfr. N. D. Shergold, *A History of the Spanish Stage from the Medieval Times until the End of the Seventeenth Century*, Oxford, Oxford University Press, 1967: 480. A decir verdad, Shergold se refiere siempre al ensayo de los autos sacramentales, particularmente comprometidos, dada su sustancia teológica, pero parece obvio, sobre todo a la vista de estas palabras del *Persiles*, que la disposición fuera válida también para las normales comedias «de entretenimiento» (enseguida veremos que la que estos cómicos pretenden recitar está basada en una fábula mitológica). De la obligación de *la muestra* no encuentro en Shergold documentación precedente a 1576. Esto no quiere decir que no estuviera prevista ya antes (p. ej., en 1558-1559), aunque no se debe olvidar que el teatro español se desarrolla clamorosamente tan sólo más tarde, hacia finales del siglo. ¿Qué pensar, entonces? ¿Que C. ha caído en esta ocasión en otro anacronismo? Es lo más probable, pero precisando que de poco momento para el lector de 1617.

con los recitantes venía, así para enmendar y remendar comedias viejas como para hacerlas de nuevo⁷: ejercicio más ingenioso que honrado y más de trabajo que de provecho⁸. Pero la excelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que a todo lo no limpio aprovecha; es como el sol, que pasa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada; es habilidad que tanto vale cuanto se estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos y, al paso del deleite, lleva consigo la honestidad y el provecho⁹.

Digo, en fin, que este poeta, a quien la necesidad había hecho trocar los Parnasos con los mesones y las Castalias y las Aganipes¹⁰ con los charcos y arroyos de los caminos y ventas, fue el que más se admiró de la belleza de Auristela y, al momento, la marcó en su imaginación y la tuvo por más que buena para ser comedianta¹¹, sin reparar si sabía o no la lengua castellana. Contentóle el talle, diole gusto el brío y, en un instante, la vistió en su imaginación en hábito corto de varón; desnudóla luego y vistióla de ninfa, y casi al mismo punto la envistió de la majestad de reina, sin dejar traje de risa o de gravedad de que no la vistiese, y en todas se le representó grave, alegre, discreta, aguda y sobremanera

⁷ *de nuevo* = 'ex novo', hechas expresamente para la compañía. Cfr. II, 19 (408 y nota 7).

⁸ La compañía en cuestión debía de ser de cierto fuste, si llevaba su propio «arreglador de comedias antiguas», que era, además, «creador» por su cuenta. Desde luego, la figura del *refundidor* no era excepcional hacia 1615, pero sí parece anacrónica en el bienio 1558-1559.

⁹ Luisa Banal recuerda que «la caricatura del poetastro» remite a la —amplificada— presente en *CdP*. El elogio de la poesía, también puesto de relieve por la estudiosa italiana, había sido hecho, en términos parecidos, *LG* y *ELV*.

¹⁰ De estas famosas fuentes (más la *Cabalina*, llamada, más cultamente, *Hipocrene*) está llena la poesía grecorromana y, en general, las modernas, desde al Renacimiento a las últimas expresiones del Barroco. Cfr., p. ej., Fray Luis de León, «A don Pedro Portocarrero», y el propio C., en el «canto de Calíope» de *LG* (VI, 565).

¹¹ Las mujeres aparecen en la escena española relativamente tarde —después, desde luego, de 1558-1559. Según Shergold (*op. cit.*: 507-508), podrían haber empezado a actuar en torno a 1583-1584.

honesta: extremos que se acomodan mal en una farsanta hermosa¹².

¡Válame Dios, y con cuánta facilidad discurre el ingenio de un poeta y se arroja a romper por mil imposibles! ¡Sobre cuán flacos cimientos levanta grandes quimeras! Todo se lo halla hecho, todo fácil, todo llano y, esto, de manera que las esperanzas le sobran cuando la ventura le falta, como lo mostró este nuestro moderno poeta cuando vio descoger¹³ acaso¹⁴ el lienzo donde venían pintados los trabajos de Periandro. Allí se vio él en el mayor que en su vida se había visto, por venirle a la imaginación un grandísimo deseo de componer de todos ellos una comedia, pero no acertaba en qué nombre le pondría: si le llamaría comedia, o tragedia, o tragicomedia; porque, si sabía el principio, ignoraba el medio y el fin, pues aún todavía iban corriendo las vidas de Periandro y de Auristela, cuyos fines habían de poner nombre a lo que dellos se representase. Pero lo que más le fatigaba era pensar cómo podría encajar un lacayo consejero y gracioso en el mar, y entre tantas islas, fuego y nieves; y, con todo esto, no se desesperó de hacer la comedia y de encajar el tal lacayo, a pesar de todas las reglas de la poesía y a despecho del arte cómico¹⁵. Y, en tanto que en esto iba y venía,

¹² Cfr. *ELV*. A propósito del traje de varón (formalmente prohibido en 1587, pero en realidad cada vez más consentido y solicitado), recuérdese Lope de Vega, *Arte nuevo de hacer comedias* (vv. 282-283). Cfr. Carmen Bravo Villasante, *La mujer vestida de hombre en el teatro español. Siglos XVI y XVII* (Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1976²).

Parece que no era raro encontrar en la realidad a mujeres disfrazadas de hombre. Cfr., p. ej., De Lollis (C, 1924: 131, nota). Yo recordaré, por mi cuenta, que en la *Autobiografía* de san Ignacio de Loyola (en *OC*, ed. de Ignacio Iparraguirre, S. I., y Cándido Dalmaser, S. I., Madrid, BAE, 1963²: 108) se habla de una señora que de Barcelona iba a Gaeta en nave «con una hija que traía en hábito de muchacho» (en este sentido, cfr., en el propio *Persiles*, III, 12: 566 y nota 14).

¹³ *descoger* = 'extender', 'desplegar', 'soltar (el pelo)'.

¹⁴ *acaso* = 'casualmente'.

¹⁵ Enemigos del gracioso, más que de otros personajes de la *comedia española* también esterotipados ya hacia 1615, fueron los propugnadores de un teatro más ligado a la tradición grecolatina (entre los que hay que contar a C., cuya «conversión» a la fórmula lopiana es tardía y con no pocas reservas), dado que la introducción de esta figura comportaba, entre otras cosas,

tuvo lugar de hablar a Auristela y de proponerle su deseo y de aconsejarla cuán bien la estaría si se hiciese recitanta. Díjole que, a dos salidas al teatro, le lloverían minas de oro auestas, porque los príncipes de aquella edad eran como hechos de alquimia¹⁶, que, llegada al oro, es oro, y llegada al cobre, es cobre; pero que, por la mayor parte, rendían su voluntad a las ninfas de los teatros, a las diosas enteras y a las semideas¹⁷, a las reinas de estudio¹⁸ y a las fregonas de apariencia. Díjole que, si alguna fiesta real¹⁹ acertase a hacerse en su tiempo, que se diese por cubierta de faldellines

una «ruptura de continuidad», un «desnivel estilístico» difícilmente soportable para quien estaba formado en la poética de Aristóteles. (Si no me equivoco, el Pinciano es el único tratadista español que, desde una posición de convencido aristotelismo, exalta la figura del predecesor del gracioso —el *bobo* o *simple*— que, sin embargo, es algo no poco distinto al más tardío personaje.) Cfr. Charles David Ley, *El gracioso en el teatro de la Península* (siglos XVI-XVII), Madrid, Revista de Occidente, 1954, y Barbara Kinter, *Die Figur des Gracioso im Spanischen Theater des 17. Jahrhunderts*, Munich, Wilhem Fink Verlag, 1978.

¹⁶ *alquimia* = 'latón'.

¹⁷ Es decir, 'diosas propiamente dichas' y 'personajes históricos o legendarios divinizados'. (No es improbable que C. juegue aquí del vocablo, como en *Quijote*, I, cuando llama a Maritornes y la hija del ventero Palomeque *dos semidoncellas*.)

¹⁸ *de estudio* = 'artificiales', 'fingidas'. Cfr., p. ej., Francisco de Monteses, en su parodia de *El caballero de Olmedo* (acto I).

¹⁹ *fiesta real*. Shergold (*op. cit.*: 245-246) escribe que, en los años que siguen a la subida al trono de Felipe III y a su casamiento en Valencia, en 1599, hay referencias a representaciones privadas de obras teatrales por actores profesionales, ante el rey, la reina o miembros de la real familia. Hubo representaciones, en Aranjuez y en El Pardo, en 1602 y, en Valladolid, en 1603. Más adelante (250), anota que una importante innovación en el reinado de dicho soberano consistió en la representación de comedias por parte de damas y caballeros de la corte, o bien de pajes. Hacia 1612 se impone el *sarao*, que, a diferencia de la máscara, no incluye ningún elemento dramático (263). Lo que *nosotros* solemos entender por *fiestas reales*, a base de suntuosas representaciones llevadas a cabo por profesionales, son algo más tardías. Es evidente que C. no ha podido referirse a estas últimas. Las *suyas* serían, pues, algo distinto, cuyo contenido resulta difícil imaginar con precisión si pensamos en 1615, y mucho menos si nos trasladamos a 1558-1559. De todos modos, cfr. Teresa Ferrer Valls, *Nobleza y espectáculo teatral* (UNED, Universidad de Sevilla-Universitat de València, 1993: 191-196), donde se recuerda un fiesta real celebrada en 1570 en Burgos, con una dramatización del *Amadís*.

de oro²⁰, porque todas o las más libreas de los caballeros habían de venir a su casa, rendidas, a besarle los pies; representóle el gusto de los viajes y el llevarse tras sí dos o tres disfrazados caballeros, que la servirían tan de criados como de amantes²¹, y, sobre todo, encarecía y puso sobre las nubes la excelencia y la honra que le darían en encargarle las primeras figuras. En fin, le dijo que, si en alguna cosa se verificaba la verdad de un antiguo refrán castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra y provecho cabían en un saco²².

Auristela le respondió que no había entendido palabra de cuantas le había dicho, porque bien se veía que ignoraba la lengua castellana y que, puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenían puesta la mira en otros ejercicios, si no tan agradables, a lo menos más convenientes²³. Desesperóse el poeta con la resoluta respuesta de Auristela; miróse a los pies de su ignorancia y deshizo la rueda de su vanidad y locura²⁴.

Aquella noche fueron a dar la muestra en casa del corregidor, el cual, como hubiese sabido que la hermosa junta²⁵ peregrina estaba en la ciudad, los envió a buscar y a convidar viniesen a su casa a ver la comedia y a recibir en ella muestras del deseo que tenía de servirles, por las que de su valor le habían escrito de Lisboa. Acetólo Periandro, con

²⁰ *faldellines de oro*. Faldas bordadas con coronas, trencillas u otros motivos en oro. Cfr. Shergold (*op. cit.*: 515).

²¹ Cfr. José Deleito Piñuela, ...*También se divierte el pueblo* (Madrid, España-Calpe, 1966³: 38 y ss.) y Shergold (*op. cit.*: 514).

²² La —relativa— eficacia de la frase consiste en la inversión del proverbio (*honra y provecho no caben en un saco*: cfr. Correas). La formulación del mismo por el poeta equivale a poco menos que a «un imposible».

²³ No deja de ser curioso este entender y no entender el castellano de Auristela. Claro que tal vez no hacía falta ser un lince para *ver* lo que deseaba el poeta.

²⁴ *miróse a los pies [...] y deshizo la rueda*. Como el pavo real. C. emplea este símil en *CdP* y *Quijote*, II, 42. En el prólogo de *El peregrino en su patria*, Lope de Vega cita a Aristóteles como fuente y, en efecto, se hallará en la *Historia general de las aves*, atribuida al Estagirita, traducida («y añadida») por Diego de Funes, quien no deja de declarar que Ovidio habla de lo mismo en la *Elegía II*.

²⁵ *junta* = 'reunión', 'conjunción', 'confluencia'. Con cada una de estas acepciones irá apareciendo a lo largo de los libros III y IV.

parecer de Auristela y de Antonio el padre, a quien obedecían como a su mayor²⁶. Juntas estaban muchas damas de la ciudad con la corregidora cuando entraron Auristela, Ricla y Constanza, con Periandro y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que a sentir tales efectos les forzaba la sin par bizarria de los nuevos peregrinos. Los cuales, acrecentando con su humildad y buen parecer la benevolencia de los que los recibieron, dieron lugar a que les diesen casi el más honrado en la fiesta, que fue la representación de la fábula de Céfalos y de Procris, cuando ella, celosa más de lo que debía, y él, con menos discurso que fuera necesario, disparó el dardo que a ella le quitó la vida y a él el gusto para siempre²⁷. El verso tocó los extremos de bondad posibles, como compuesto, según se dijo, por Juan de Herrera de Gamboa, a quien por mal nombre llamaron «el Maganto», cuyo ingenio tocó asimismo las más altas rayas de la poética esfera²⁸.

Acabada la comedia, desmenuzaron las damas la hermo-

²⁶ *mayor* = 'superior, jefe'.

²⁷ Para la fábula de *Céfalo y Procris* (pero el español, desde hace siglos, suele simplificar en *Procris*), cfr. Ovidio, *Metamorfosis* (VI-VII). En el Siglo de Oro, cinco autores, por lo menos, trataron teatralmente el tema: Lope de Vega (*El Amor enamorado*), Calderón (en serio, en *Celos aun del aire matan*; paródicamente, en *Céfalo y Procris*), Vázquez Gardullo, Bidal y Salvador, Salazar y Torres. Para las versiones en verso narrativo, cfr. José María de Cossío, *Fábulas mitológicas en España* (Madrid, Espasa-Calpe, 1952: 881 y ss.).

²⁸ Nada sabemos de este poeta. Liubimov (B, 1961) lo identifica con Juan Antonio de Herrera, citado por C. en *VdP* (c. IV, terc. 131). Rothbauer (B, 1963) resuelve el problema anulándolo: para él, se trata de una invención de C. Lo mismo, pero con mayor riesgo, afirma Carilla (C, 1971). ¿Qué se puede decir, tras semejante *seguridad*? Con AA, pienso que tal vez dentro de no mucho tiempo podríamos tener noticia del «Maganto», gracias a la publicación de manuscritos poéticos, destinados a modificar profundamente la tradicional «construcción crítica» —por decirlo con palabras de Rodríguez Moñino— de la «realidad histórica» de la poesía española de la Edad de Oro.

Acerca del apodo del poeta, S-B se limitan a informar que, según Cov., *maganto* equivale a 'el que está flaco y deslucido'. Nada dicen DCELC ni BDELC de este término, que encuentro documentado, p. ej., en el *Ejemplar poético*, de Juan de la Cueva (epístola II, v. 527) y en *La pícaro Justina*, de F. López de Ubeda (Parte I, 1).

sura de Auristela parte por parte y hallaron todas un todo a quien dieron por nombre Perfección sin tacha²⁹, y los varones dijeron lo mismo de la gallardía de Periandro y, de recudida³⁰, se alabó también la belleza de Constanza y la bizarria de su hermano Antonio.

Tres días estuvieron en la ciudad, donde en ellos mostró el corregidor ser caballero liberal y tener la corregidora condición de reina, según fueron las dádivas y presentes³¹ que hizo a Auristela y a los demás peregrinos, los cuales, mostrándose agradecidos y obligados, prometieron de tener cuenta de darla de sus sucesos, de dondequiera que estuviesen.

Partidos, pues, de Badajoz, se encaminaron a Nuestra Señora de Guadalupe y, habiendo andado tres días, y en ellos cinco leguas, les tomó la noche en un monte, poblado de infinitas encinas y de otros rústicos árboles. Tenía suspenso el cielo el curso y sazón del tiempo en la balanza igual de los dos equinoccios³²; ni el calor fatigaba, ni el frío ofendía y, a necesidad, tan bien se podía pasar la noche en el campo como en el aldea; y, a esta causa, y por estar lejos un pueblo, quiso Auristela que se quedasen en unas majadas de

²⁹ La escena del *examen* del «hermoso escuadrón» por parte de los presentes en casa del corregidor recuerda inmediatamente el episodio, terminado con idéntico juicio, de las señoras que observan a Preciosa, en *LGi*. Sólo un poco distinta es la conclusión del que se encuentra en *LEI*, donde quienes juzgan a Isabel son nada menos que la reina de Inglaterra y sus damas.

³⁰ *de recudida*. AA recuerda que es «lo mismo que *resulta* (cfr. *DA*, a.v. *recudida*)» Con *DRAE*, yo añadiría 'de rebote' y, aún mejor, 'de camino'.

³¹ En el elogio de C. al corregidor y a la corregidora, AM (VII: 431) reconoce una «evidente cortesía a personas de carne y hueso». Podría tener razón. Una pesquisa en los libros de actas del Ayuntamiento de Badajoz podría echar luz sobre este punto del *Persiles* (cfr. III, 4 [468-469], con un caso muy semejante, a mi parecer resuelto positivamente). En 1601, p. ej., era corregidor de la ciudad extremeña «un caballero muy principal que se llamaba don Juan de Ávalos», quien aposentó a los miembros de la embajada del Sofí en su propia casa «y [l]os honró y regaló mucho» (*Relaciones de Juan de Persia*, ed. de Narciso Alonso Cortés, Madrid, RAE, 1946: 252).

³² *equinoccios*. Es decir, la acción transcurre en el mes de marzo, cerca (antes o después) del día 21. El dato es de gran importancia para la fijación de la cronología interna de los dos últimos libros del *Persiles*.

pastores boyeros que a los ojos se les ofrecieron. Hízose lo que Auristela quiso y, apenas habían entrado por el bosque docientos pasos, cuando se cerró la noche con tanta escuridad que los detuvo y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros, porque su resplandor les sirviese de norte para no errar el camino. Las tinieblas de la noche y un ruido que sintieron les detuvo el paso y hizo que Antonio el mozo se apercibiese de su arco, perpetuo compañero suyo. Llegó en esto un hombre a caballo, cuyo rostro no vieron, el cual les dijo:

—¿Sois desta tierra, buena gente?

—No, por cierto —respondió Periandro—, sino de bien lejos della; peregrinos extranjeros somos, que vamos a Roma y, primero, a Guadalupe.

—Sí, que también —dijo el de a caballo— hay en las extranjeras tierras caridad y cortesía; también hay almas compasivas dondequiera^a.

—¿Pues no? —respondió Antonio— Mirad, señor, quienquiera que seáis, si habéis menester algo de nosotros y veis cómo sale verdadera vuestra imaginación.

—Tomad —dijo, pues, el caballero—, tomad, señores, esta cadena de oro, que debe de valer docientos escudos, y tomad asimismo esta prenda, que no debe de tener precio (a lo menos, yo no se le hallo) y darle heis en la ciudad de Trujillo a uno de dos caballeros que en ella y en todo el mundo son bien conocidos. Llámase el uno don Francisco Pizarro y el otro don Juan de Orellana; ambos mozos, ambos libres, ambos ricos y ambos en todo extremo³³.

^a M1: *Si que también [...] donde quiera?*

M16, M17, M18, M21, BA2, M22, B10, B11: *¿Si que también [...] donde quiera?*

M23: *¿Sí, que bien [...] donde quiera?*

Todas las demás eds. dejan caer la interrogación.

PECP y AH introducen la coma tras *Sí*

³³ AM (VII: 431-433) escribe que «don Juan de Orellana, llamado Pizarro por parte de madre, caballero de Santiago, y don Francisco de Orellana eran hermanos, hijos de don Fernando de Orellana (habitante y regidor de Trujillo en 1607) y de doña Francisca Pizarro. Los Pizarros y los Orella-

Y, en esto, puso en las manos de Ricla (que, como mujer compasiva, se adelantó a tomarlo) una criatura que ya comenzaba a llorar, envuelta ni se supo por entonces si en ricos o en pobres paños.

—Y diréis a cualquiera dellos que la guarden, que presto sabrán quién es y las desdichas que a ser dichoso le habrán llevado, si llega a su presencia. Y perdonadme, que mis enemigos me siguen. Los cuales, si aquí llegaren y preguntaren si me habéis visto, diréis que no, pues os importa poco el decir esto, o, si ya os pareciera mejor, decid que por aquí pasaron tres o cuatro hombres de a caballo que iban diciendo: «¡A Portugal, a Portugal!» Y adiós quedad, que no puedo detenerme, que, puesto que el miedo pone espuelas, más agudas las pone la honra.

Y, arrimando las que traía al caballo, se apartó como un rayo dellos; pero, casi al mismo punto, volvió el caballero y dijo:

—No está bautizado.

Y tornó a seguir su camino.

Veis aquí a nuestros peregrinos: a Ricla, con la criatura en

nas habían emparentado en Trujillo, donde en estos años era alférez mayor don Juan Pizarro y regidor don Pedro de Orellana Bejarano, del que era hermano don Francisco Fernando de Cervantes y de la Cerda, uno y otro parientes de don Diego Pizarro de Hinojosa. Este parentesco de los Pizarros y de los Orellanas con los Cervantes de Extremadura induce a presumir que nuestro novelista debió de mantener con ellos relaciones amistosas y que una vez, y ciento, noveló hechos de la vida real».

No ha de sorprender la diversidad de los apellidos de los dos hermanos. En la España de los siglos XVI y XVII, los hijos podían escoger el del padre o el de la madre, según les cuadrara. Más aún: era posible (como recuerda RM, VI: 24-25) que cinco hijos de un mismo padre y de una misma madre llevaran *cada uno* apellidos diferentes.

Descartado como sencillamente absurdo (aunque así opinen Novo y Fernández Chicharro, Liubimov y Osuna [C, 1974]) que C. se esté aquí refiriendo al gran explorador y al conquistador del Perú, respectivamente, hay que decir que el indicio ofrece, como de costumbre en este libro III del *Persiles*, una doble posibilidad de lectura: por una parte sirve para situar la acción en un determinado momento (efectivamente, en 1558-1559 en Trujillo residían Orellanas y Pizarros), pero, por otra, ayuda a identificar, con un alto índice de acierto, el momento de la redacción de este capítulo. Como se verá en III, 5 (485).

los brazos; a Periandro, con la cadena al cuello; a Antonio el mozo, sin dejar de tener flechado el arco y, al padre, en postura de desenvainar el estoque que de bordón le servía³⁴; y a Auristela, confusa y atónita del extraño suceso y, a todos juntos, admirados del extraño acontecimiento. Cuya salida fue por entonces que aconsejó Auristela que, como mejor pudiesen, llegasen a la majada de los boyeros, donde podría ser hallasen remedios para sustentar aquella recién nacida criatura, que, por su pequeñez y la debilidad de su llanto, mostraba ser de pocas horas nacida. Hízose así y, apenas llegaron a la majada de los pastores, a costa de muchos tropezos y caídas, cuando, antes que los peregrinos les preguntasen si eran servidos de darles alojamiento aquella noche, llegó a la majada una mujer llorando, triste, pero no reciamente, porque mostraba en sus gemidos que se esforzaba a no dejar salir la voz del pecho. Venía medio desnuda, pero las ropas que la cubrían eran de rica y principal persona. La lumbre y luz de las hogueras, a pesar de la diligencia que ella hacía para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña y tan niña como hermosa, puesto que Ricla, que sabía más de edades, la juzgó por de diez y seis a diez y siete años³⁵. Preguntáronle los pastores si la seguía alguien o si tenía otra necesidad que pidiese presto remedio; a lo que respondió la dolorosa muchacha:

—Lo primero, señores, que habéis de hacer es ponerme debajo de la tierra; quiero decir, que me encubráis de modo que no me halle quien me buscare. Lo segundo, que me deis algún sustento, porque desmayos me van acabando la vida.

—Nuestra diligencia —dijo un pastor viejo— mostrará que tenemos caridad.

³⁴ Esos bordones, con estoque escondido, constituyen una parte casi inexcusable en el «equipo» del peregrino varón. Cfr., p. ej., Lope de Vega, *El peregrino en su patria* (I, 85, y V, 424), donde se trata de las graves penas en que podía incurrir quien usare un estoque más largo que «la marca» y con «punta buida».

³⁵ Con esos años, para la época, la desconocida no resultaba «tan niña».

Y, aguijando con presteza a un hueco de un árbol que en una valiente encina se hacía, puso en él algunas pieles blandas de ovejas y cabras que entre el ganado mayor^{b,36} se criaban; hizo un modo de lecho, bastante por entonces a suplir aquella necesidad precisa; tomó luego a la mujer en los brazos y encerróla en el hueco, adonde le dio lo que pudo, que fueron sopas en leche, y le dieran vino, si ella quisiera beberlo³⁷. Colgó luego delante del hueco otras pieles, como para enjugarse. Ricla, viendo hecho esto, habiendo conjeturado que aquélla, sin duda, debía de ser la madre de la criatura que ella tenía, se llegó al pastor caritativo, diciéndole:

—No pongáis, buen señor, término a vuestra caridad y usalda con esta criatura que tengo en los brazos, antes que perezca de hambre.

Y, en breves razones, le contó cómo se le habían dado. Respondióla el pastor a la intención, y no a sus razones, llamando a uno de los demás pastores, a quien mandó que, tomando aquella criatura, la llevase al aprisco de las cabras y hiciese de modo cómo de alguna dellas tomase el pecho. Apenas hubo hecho esto (y tan apenas que casi se oían los últimos acentos del llanto de la criatura), cuando llegaron a la majada un tropel de hombres a caballo, preguntando por la mujer desmayada y por el caballero de la criatura; pero, como no les dieron nuevas ni noticia de lo que pedían, pasaron con estraña priesa adelante, de que no poco se alegraron sus remediadores. Y aquella noche pasaron con más co-

^b M1: *muerto*

Adopto la enmienda de M7, M8, M9, NY, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M19, M23, *PECP*, AH.

³⁶ La enmienda me parece lo suficientemente fundada: en II, 2 (447-448), se ha dicho que los peregrinos llegan a la majada de unos *pastores boyeros*; en esta misma página hablará del *aprisco de las cabras*. (Otra alternativa interesante, aunque no confortada por los datos que autorizan la que acepto, consistiría en entender *criar* por 'curar, curtir' las pieles. En cuyo caso se podría mantener el *muerto* de M1.)

³⁷ Ruth Lee Kennedy nota, en «Sobre la relación de Tirso con C.» (en *BRAE*, LIX [1979]: 280, 283-284 y, sobre todo, 285-286) un fuerte parecido entre esta escena y otras de *La vida y muerte de Herodes* y *Todo es dar una cosa*. A propósito de esta última comedia, cfr. Osuna (C, 1974: 365-368).

modidad que los peregrinos pensaron y con más alegría de los ganaderos, por verse tan bien acompañados.

CAPÍTULO TERCERO DEL TERCER LIBRO

La doncella encerrada en el árbol: de quién era^a

Preñada estaba la encina (digámoslo así); preñadas estaban las nubes, cuya oscuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del árbol preguntaron, pero al compasivo pastor, que era mayoral del hato, ninguna cosa le pudo turbar para que dejase de acudir a proveer lo que fuese necesario al recebimiento de sus huéspedes. La criatura tomó los pechos de la cabra; la encerrada, el rústico sustento y, los peregrinos, el nuevo y agradable hospedaje. Quisieron todos saber luego qué causas habían traído allí a la lastimada y, al parecer, fugitiva y a la desamparada criatura, pero fue parecer de Auristela que no le preguntasen nada hasta el venidero día, porque los sobresaltos no suelen dar licencia a la lengua aun a que cuente venturas alegres, cuanto más desdichas tristes; y, puesto que el anciano pastor visitaba a menudo el árbol, no preguntaba nada al depósito que tenía, sino solamente por su salud; y fuele respondido que, aunque tenía mucha ocasión para no tenerla, le sobraría como ella se viese libre de los que la buscaban, que era su padre y hermanos.

Cubrióla y encubrióla el pastor y dejóla, y volvióse a los peregrinos, que aquella noche la pasaron con más claridad de las hogueras y fuegos de los pastores que con aquella que ella les concedía. Y, antes que el cansancio les obligase a entregar los sentidos al sueño, quedó concertado que el pastor

^a L: *de quién eran*

M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M16, B9, M17, M18, M19, M21, BA2, B10, B11, M22: *árbol da razón de quién era*

Adopto la puntuación de M23, PECP, AH.

que había llevado la criatura a procurar que las cabras fuesen sus amas la llevase y entregase a una hermana del anciano ganadero, que, casi dos leguas de allí, en una pequeña aldea vivía. Diéronle que llevase la cadena, con orden de darla a criar en la misma aldea, diciendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo así, con que se aseguraron y apercibieron a desmentir¹ las espías, si acaso volviesen, o viniesen otras de nuevo a buscar los perdidos; a lo menos, los que perdidos parecían.

En tratar desto y en satisfacer la hambre, y en un breve rato que se apoderó de sus ojos el sueño y de sus lenguas el silencio, se pasó el de la noche y se vino a más andar el día, alegre para todos, sino para la temerosa que, encerrada en el árbol, apenas osaba ver del sol la claridad hermosa. Con todo eso, habiendo puesto primero, cerca y lejos del rebaño, de trecho en trecho, centinelas que avisasen si alguna gente venía, la sacaron del árbol para que le diese el aire y para saber della lo que deseaban; y, con la luz del día, vieron que la de su rostro era admirable, de modo que puso en duda a cuál darían, della y de Constanza, después de Auristela, el segundo lugar de hermosa, porque dondequiera se llevó el primero Auristela, a quien no quiso dar igual la naturaleza. Muchas preguntas le hicieron y muchos ruegos precedieron antes, todos encaminados a que su suceso les contase, y ella, de puro cortés y agradecida, pidiendo licencia a su flaqueza, con aliento debilitado, así comenzó a decir:

—Puesto, señores, que, en lo que deciros quiero, tengo de descubrir faltas que me han de hacer perder el crédito de honrada, todavía quiero más parecer cortés por obedeceros que desagradecida por no contentaros². Mi nombre es Feliciano de la Voz; mi patria, una villa no lejos de este lugar;

¹ Julio Casares («Despistar», en *Cosas del lenguaje. Etimología, lexicología, semántica*, Madrid, Espasa-Calpe, 1961: 130-131) recuerda que *desmentir* es el verbo castizo español hoy sustituido por el galicismo, hoy generalmente usado.

² Frases parecidas, en boca de personajes femeninos en trance de revelar cosas siquiera a primera vista no del todo plausible se hallarán en *LG* (I, 214) y *Quijote* (I, 28).

mis padres son nobles mucho más que ricos y mi hermosura, en tanto que no ha estado tan marchita como agora, ha sido de algunos estimada y celebrada. Junto a la villa que me dio el cielo por patria vivía un hidalgo riquísimo, cuyo trato y cuyas muchas virtudes le hacían ser caballero en la opinión de las gentes. Éste tiene un hijo, que desde agora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hacienda, que es infinita. Vivía ansimismo en la misma aldea un caballero con otro hijo suyo, más nobles que ricos, en una tan honrada medianía, que ni los humillaba ni los ensoberbecía. Con este segundo mancebo noble ordenaron mi padre y dos hermanos que tengo de casarme, echando a las espaldas los ruegos con que me pedía por esposa el rico hidalgo; pero yo, a quien los cielos guardaban para esta desventura en que me veo y para otras en que pienso verme, me di por esposa al rico, y yo me le entregué^b por suya a hurto de mi padre y de mis hermanos, que madre no la tengo, por mayor desgracia mía³. Vímonos muchas veces solos y juntos, que, para semejantes casos, nunca la ocasión vuelve las espaldas, antes, en la mitad de las imposibilidades, ofrece su guedeja. Destas juntas y destos hurtos amorosos se acortó mi vestido y creció mi infamia⁴, si es que se puede llamar infamia la conversación de los desposados amantes⁵. En este tiempo, sin hacerme sabi-

^b M1: *me dio por esposo*

M8, M9, M10, B5, Par6, M11, M12, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M18, M19, M21: *y yo me le entregué por suya*

M13: *me dio por esposa*

Adopto la lección de PECP y AH.

³ Las últimas palabras de Feliciano no contradicen la afirmación hecha hace un momento de que sus padres *son nobles mucho más que ricos*. Entonces, la joven se refería a la condición de los *dos* progenitores, simplemente para dejar bien clara la propia.

⁴ S-B recuerdan el romance viejo de la infanta y el hijo del rey de Francia (en la colección de Durán, núm. 307): «Tiempo es, el caballero, / tiempo es de andar de aquí, / que ni puedo estar de pie / ni al emperador servir, / que me crece la barriga / y se me acorta el vestir...»

⁵ La protagonista de la LSC exclama: «En resolución, al cabo de pocos días me sentí preñada, y antes que mis vestidos manifestasen mis libertades, por no darles otro nombre...»

dora, concertaron mi padre^c y hermanos de casarme con el mozo noble⁶, con tanto deseo de efetuarlo que anoche le trajeron a casa, acompañado de dos cercanos parientes suyos, con propósito de que luego luego nos diésemos las manos. Sobresaltéme cuando vi entrar a Luis Antonio (que éste es el nombre del mancebo noble), y más me admiré cuando mi padre me dijo que me entrase en mi aposento y me aderezase algo más de lo ordinario, porque en aquel punto había de dar la mano de esposa a Luis Antonio. Dos días había que había entrado en los términos que la naturaleza pide en los partos y, con el sobresalto y no esperada nueva, quedé como muerta y, diciendo entraba a aderezarme a mi aposento, me arrojé en los brazos de una mi doncella, depositaria de mis secretos, a quien dije, hechos fuentes mis ojos: «¡Ay, Leonora mía, y cómo creo que es llegado el fin de mis días! Luis Alfonso está en esa antesala, esperando que yo salga a darle la mano de esposa. Mira tú qué trance riguroso, y la más apretada ocasión en que pueda verse una mujer desdichada. Pásame, hermana mía, si tienes con qué, este pecho; salga primero mi alma destas carnes que no la desvergüenza de mi atrevimiento. ¡Ay, amiga, que me muero, que se me acaba la vida!» Y, diciendo esto y dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendió a mi doncella y a mí me cegó el discurso de manera que, sin saber qué hacer, estuve esperando a que mi padre o mis hermanos entrasen y, en lugar de sacarme a desposar, me sacasen a la sepultura.

^c M1, M23, AH: *Mis padres*

Conversación [amorosa o carnal]. Era fórmula frecuente para aludir al 'trato íntimo entre hombre y mujer'.

⁶ *el mozo noble*. En rigor, los dos mancebos lo son, y la misma Feliciano lo ha admitido hace un momento. Como ya se ha dicho (cfr. I, 5: 154 y nota 15), la única diferencia entre caballero e hidalgo consistía en que el primero tenía, casi por definición, más caudales. A. de Torquemada (*Coloquios satíricos* «Coloquio que trata de la vanidad del mundo», Tercera parte) basa la diferencia en el hecho de haber sido o no armados caballeros por el rey o quien tenía potestad para hacerlo, pero al final no deja de identificar en la riqueza el evidente signo diferencial.

Aquí llegaba Feliciano de su cuento, cuando vieron que las centinelas que habían puesto para asegurarse hacían señal de que venía gente y, con diligencia no vista, el pastor anciano quería volver a depositar a Feliciano en el árbol, seguro asilo de su desgracia, pero, habiendo vuelto las centinelas a decir que se asegurasen, porque un tropel de gente que habían visto cruzaba por otro camino, todos se aseguraron y Feliciano de la Voz volvió a su cuento, diciendo:

—Considerad, señores, el apretado peligro en que me vi anoche: el desposado, en la sala, esperándome, y el adúltero (si así se puede decir), en un jardín de mi casa, atendiéndome para hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaba⁷ y de la venida de Luis Antonio; yo, sin sentido, por el no esperado suceso; mi doncella, turbada, con la criatura en los brazos; mi padre y hermanos, dándome prisa que saliese a los desdichados desposorios. Aprieto fue este que pudiera derribar a más gallardos entendimientos que el mío y oponerse a toda buena razón y buen discurso. No sé que os diga más, sino que sentí, estando sin sentido, que entró mi padre diciendo: «Acaba, muchacha; sal como quiera que estuvieres, que tu hermosura suplirá tu desnudez y te servirá de riquísimas galas.» Diole, a lo que creo, en esto a los oídos el llanto de la criatura, que mi doncella, a lo que imagino, debía de ir a poner en cobro o a dársela a Rosanio, que éste es el nombre del que yo quise escoger por esposo. Alborotóse mi padre y, con una vela en la mano, me miró el rostro y coligió, por mi semblante, mi sobresalto y mi desmayo; volvióle a herir en los oídos el eco del llanto de la criatura y, echando mano a la espada, fue siguiendo adonde la voz le llevaba. El resplandor del cuchillo me dio en la turbada vista y, el miedo, en la mitad del alma; y, como sea natural cosa el desear conservar la vida cada uno, del temor de perderla salió en mí el ánimo de remediarla, y, apenas hubo mi padre vuelto las espaldas, cuando yo, así como estaba, bajé por un caracol a unos aposentos bajos de mi casa, y de ellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo en no sé qué camino, y, finalmente, agui-

⁷ *estrecho* = 'estrechez, aprieto, apuro'.

jada del miedo y solicitada del temor, como si tuviera alas en los pies, caminé más de lo que prometía mi flaqueza. Mil veces estuve para arrojarme en el camino de algún ribazo, que me acabara con acabarme la vida, y otras tantas estuve por sentarme o tenderme en el suelo y dejarme hallar de quien me buscara, pero, alentándome la luz de vuestras cabañas, procuré llegar a ellas a buscar descanso a mi cansancio y, si no remedio, algún alivio a mi desdicha. Y, así, llegué como me vistes y, así, me hallo como me veo, merced a vuestra caridad y cortesía. Esto es, señores míos, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dejo al cielo y le remito, en la tierra, a vuestros buenos consejos⁸.

⁸ S-B hablan de la posible «reminiscencia de la primera novela de la primera década de [los *Hecatonmithi*, de Giraldis] Cinthio en la [historia los] amores de Feliciano de la Voz [...]: en el nacimiento del hijo y en la protección que se le otorga escondiéndola en un árbol». A mi parecer, lo único comparable en las historias de Lippa y de Feliciano es, el *error* inicial (*error*, para ser precisos, tan sólo por lo que se refiere a la primera, que la segunda, aunque «en secreto», es ya esposa de Rosanio). Todo lo demás es *muy* distinto. Lippa da a luz a un niño «in sulla riva di un fiume» y luego «lo lascia sopra un platano». El niño «è raccolto da pastori e nutrito, e fatto uomo, libera la madre di cattività, senza sapere ch'ella madre gli sia; poi, conosciutala, fa che il padre la prenda in moglie, e la pone in grazia de' suoi, e vivono insieme vita felice».

En clave alegórica, Casaldueiro (185) afirma que la fuga de Feliciano y de su amante «es la expulsión del paraíso, el accidentado nacimiento del hijo es la tragedia de la vida». Por su parte, Forcione (C, 1972: 128) relaciona la ocultación de la joven madre en el hueco de la encina con la transformación de la incestuosa Mirra en el árbol de su nombre. A partir de esta comparación, perfectamente legítima en los términos en que se halla formulada por primera vez, Wilson (C, 1981: 193; 1991: cap. IX, esp. 200-201, 215, 220-221) desarrolla un audaz paralelo, en principio muy estimulante, pero, a fin de cuentas (por lo menos, en mi opinión) no poco forzado, entre Feliciano, la Virgen María y la citada Mirra.

En el polo opuesto (es decir, en la corriente caracterizada por el esfuerzo de ligar indisolublemente la obra no tanto a la biografía de C. cuanto a acontecimientos de la época a él mediatamente referibles), AM (VII: 432-433) opina, sufragado por documentación de primera mano, que la historia de Feliciano podría constituir la transposición en clave literaria, «sin más reservas y limitaciones que las impuestas al autor por el natural 'respeto' y por la magia del arte», de un hecho realmente acontecido a «doña Feliciano de C. de Gaete y Barrantes de la Cerda y Mendoza (de los C. de Extremadura) [...] con don Pedro de Orellana, hijo de don Juan de Orellana». (Las capitulaciones matrimoniales fueron firmadas en Trujillo el 21 de mar-

Aquí dio fin a su plática la lastimada Feliciano de la Voz, con que puso en los oyentes admiración y lástima en un mismo grado. Periandro contó luego el hallazgo de la criatura, la dádiva de la cadena, con todo aquello que le había sucedido con el caballero que se la dio.

—¡Ay! —dijo Feliciano— ¿Si es por ventura esa prenda mía? ¿Y si es Rosanio el que la trajo?⁹. Y, si yo la viese, si no por el rostro, pues nunca le he visto, quizá por los paños en que viene envuelta sacaría a luz la verdad de las tinieblas de mi confusión; porque mi doncella, no apercibida, ¿en qué la podía envolver, sino en paños que estuviesen en el aposento, que fuesen de mí conocidos? Y, cuando esto no sea, quizá la sangre hará su oficio y, por ocultos sentimientos, le dará a entender lo que me toca.

A lo que respondió el pastor:

—La criatura está ya en mi aldea, en poder de una hermana y de una sobrina mía; yo haré que ellas mismas nos la traigan hoy aquí, donde podrás, hermosa Feliciano, hacer las experiencias que desees. En tanto, sosiega, señora, el espíritu, que mis pastores y este árbol servirán de nubes que se opondrán a los ojos que te busquen.

CAPÍTULO CUARTO DEL TERCERO LIBRO^a

—Paréceme, hermano mío —dijo Auristela a Periandro—, que los trabajos y los peligros no solamente tienen

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Quiere Feliciano acompañarlos en su peregrinación. Llegan a Guadalupe, habiéndoles acontecido en el camino un notable peligro*

zo de 1615.) No sólo. La tesis de AM ha sido en cierto modo confortada por la pieza de apoyo hallada y publicada por José López Navío («Un documento inédito sobre C.», en *ACer*, IX [1961-1962]: 247-252), en el que don Gaspar de Gaete y C. presenta como testigos que declaren a favor de su garante (don Juan Pizarro, hijo de don Francisco Pizarro, «vecino y alférez de la ciudad de Trujillo») a Miguel de C. y a don Andrés Rocha.

⁹ *Rosanio*. Palomo Roberto (C, 1938: 64) sugiere que el nombre deriva del *Rosiano* registrado en *Clareo y Florisea* (XV: 119).

jurisdicción en el mar, sino en toda la tierra, que las desgracias e infortunios así se encuentran sobre los levantados sobre los montes como con los escondidos en sus rincones. Esta que llaman fortuna (de quien yo he oído hablar algunas veces, de la cual se dice que quita y da los bienes cuando, como y a quien quiere) sin duda alguna debe de ser ciega y antojadiza, pues, a nuestro parecer, levanta los que habían de estar por el suelo y derriba los que están sobre los montes de la luna. No sé, hermano, lo que me voy diciendo, pero sé que quiero decir que no es mucho que nos admire ver a esta señora, que dice que se llama Feliciano de la Voz, que apenas la tiene para contar sus desgracias. Contéplola yo pocas horas ha, en su casa, acompañada de su padre, hermanos y criados, esperando poner con sagacidad remedio a sus arrojados deseos, y agora puedo decir que la veo escondida en lo hueco de un árbol, temiendo los mosquitos del aire y aun las lombrices de la tierra. Bien es verdad que la suya no es caída de príncipes, pero es un caso que puede servir de ejemplo a las recogidas doncellas que le quisieran dar bueno sus vidas¹. Todo esto me mueve a suplicarte, ¡oh hermano!, mires por mi honra, que, desde el punto que salí del poder de mi padre y del de tu madre, la deposité en tus manos; y, aunque la experiencia, con certidumbre grandísima, tiene acreditada tu bondad, así en la soledad de los desiertos como en la compañía de las ciudades, todavía temo que la mudanza de las horas no mude los que de suyo son fáciles pensamientos. A ti te va^{b,2};

^b M1: *a ti te va, mi honra*

M7, M8, M9, NY, M10, B5, M11, M12, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M22: *A ti te va en esto lo que sabes; mi honra*

¹ «Alusión —escriben S-B— al famoso libro *De casibus*, del Boccaccio, quizá la primera obra de éste popularizada en España. Los ocho primeros libros fueron traducidos por el canciller Pero López de Ayala; versión completada más tarde por Alonso García y publicada en Sevilla, en 1495, con el título de *Caída de príncipes*.

² ¿De dónde se sacó Sancha las palabras añadidas? ¿Por qué las consideraron inevitables, o por lo menos muy convenientes, los eds. sucesivos? En su 2.^a acepción, el verbo *ir*, según *DRAE*, equivale a 'venir bien o mal, acomodarse o no una cosa a otra'. Que es, precisamente, lo que Auristela está diciendo a Periandro.

mi honra es la tuya; un solo deseo nos gobierna y una misma esperanza nos sustenta; el camino en que nos hemos puesto es largo, pero no hay ninguno que no acabe, como no se le oponga la pereza y la ociosidad. Ya los cielos, a quien doy mil gracias por ello, nos ha[n] traído a España sin la compañía peligrosa de Arnaldo; ya podemos tender los pasos, seguros de naufragios, de tormentas y salteadores, porque, según la fama que, sobre todas las regiones del mundo, de pacífica y santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viaje.

—¡Oh hermana —respondió Periandro—, y cómo por puntos³ vas mostrando los estremados de tu discreción! Bien veo que temes como mujer y que te animas como discreta. Yo quisiera, por aquietar tus bien nacidos recelos, buscar nuevas experiencias^c que me acreditasen contigo⁴: que, puesto que las hechas pueden convertir^d el temor en esperanza y la esperanza en firme seguridad, y desde luego en posesión alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acreditaran. En el rancho destos pastores no nos queda qué hacer, ni en el caso de Feliciano podemos servir más que de compadecernos de ella; procuremos llevar esta criatura a Trujillo, como nos lo encargó el que con ella nos dio la cadena, al parecer, por paga.

En esto estaban los dos, cuando llegó el pastor anciano con su hermana y con la criatura, que había enviado por

^c M1, M5, M6, B2, B3, B4, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M16, B9, M17, M18, M19, M22, B10, B11, M23: *esperanças*

Adopto la enmienda de V, P1, M3, M13, *PECP*, AH.

^d M1: *convertir*

Adopto la enmienda de M5, M6, B2, B3, B4, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M16, B9, M17, M18, M19, M22, B10, B11, M23, *PECP*, AH.

³ *por puntos* = 'por instantes, por momentos', 'por segundos'. No sólo en lenguaje figurado, como en el presente caso, sino en acepción «propia» significa 'pequeña parte de tiempo'.

⁴ *tener hechas experiencias* ocurre, p. ej., en RyC: *hacer las experiencias que[se] desea[n]*, en el propio *Persiles* (II, 2: 458).

ella al aldea^{e,5} por ver si Feliciano la reconocía, como ella lo había pedido. Lleváronse, miróla y remiróla, quitóle las fajas, pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que había parido, ni aun (lo que más es de considerar) el natural cariño no le movía los pensamientos a reconocer el niño —que era varón el recién nacido⁶.

—No —decía Feliciano—, no son éstas las mantillas que mi doncella tenía diputadas para envolver lo que de mí naciese⁷, ni esta cadena —que se la enseñaron— la vi yo jamás en poder de Rosanio. De otra debe ser esta prenda, que no mía; que, a serlo, no fuera yo tan venturosa, teniéndola una vez perdida, tornar a cobrarla. Aunque yo oí decir muchas veces a Rosanio que tenía amigos en Trujillo, pero de ninguno me acuerdo el nombre.

Con todo eso, dijo el pastor que, pues el que dio la criatura mandó que la llevasen a Trujillo,

—...sospecho^{f,8} que el que la dio a estos peregrinos fue Rosanio; y, así, soy de parecer (si es que en ello os hago algún servicio), que mi hermana, con la criatura y con otros dos destos mis pastores, se ponga en camino de Trujillo, a ver si la reciben alguno de esos dos caballeros a quien va dirigida.

^e M1: *a la aldea*

A partir de B1, todas las eds. enmiendan *a la aldea*, con las excepciones de M16, M17, B10, B11, M22.

^f M1: *Con todo eso, sixo el pastor, que [...] Truxillo, sospecho, que*

M16, B9, M17, M18, M21, BA2, M22, B10, B11, M23, AH: —*Con todo eso —dixo el pastor— que*

⁵ A decir verdad, no hay argumentos de veras dirimientes en favor de una u otra lección (cfr. *PECP*: 158). Dicho lo cual, no tengo inconveniente en unirme a las antiguas, optando por el artículo femenino.

⁶ Al parecer, la «fuerza de la sangre», tan eficaz en la homónima novela ejemplar y en *LGi*, no lo es en este caso ni en *LSC* (cuando la protagonista amamanta a un recién nacido sin reconocer tampoco en él a su hijo).

⁷ Hay una pequeña contradicción entre lo que aquí leemos y lo afirmado por la propia Feliciano en III, 3 (458).

⁸ En realidad, el paso del lenguaje indirecto al directo ha tenido lugar antes. Sin alterar ningún elemento gramatical ni denunciar pretendidas «superfluidades» en la lección de M1, todo queda clarísimo interviniendo en la puntuación.

A lo que Feliciano respondió con sollozos y con arrojar-se a los pies del pastor, abrazándolos estrechamente: señales que la dieron de que aprobaba su parecer. Todos los peregrinos le aprobaron asimismo y, con darle la cadena, lo facilitaron todo.

Sobre una de las bestias del hato se acomodó la hermana del pastor, que estaba recién parida, como se ha dicho, con orden que se pasase por su aldea y dejase en cobro su criatura y, con la otra, se partiese a Trujillo, que los peregrinos, que iban a Guadalupe, con más espacio la seguirían⁹. Todo se hizo como lo pensaron, y luego, porque la necesidad del caso no admitía tardanza alguna. Feliciano callaba y, con silencio, se mostraba agradecida a los que tan de veras sus cosas tomaban a su cargo. Añadióse a todo esto que Feliciano, habiendo sabido cómo los peregrinos iban a Roma, aficionada a la hermosura y discreción de Auristela, a la cortesía de Periandro, a la amorosa conversación de Constanza y de Ricla, su madre, y al agradable trato de los dos Antonios, padre y hijo (que todo lo miró, notó y ponderó en aquel poco espacio que los había comunicado) y, lo principal, por

⁹ Osuna (C, 1972: 84), tras confundir a la criatura de Feliciano con la del hermano del pastor, escribe: «El lector no se entera por qué se haya hecho tal experimento, sobre el que no se le ha preparado ni sobre el cual se vuelve, ni tampoco por qué no le han presentado a Feliciano su verdadero hijo, a quien la pastora tiene también consigo en estos momentos. ¿Podría haber aquí unas páginas perdidas? Nada tendría de extraño, pues de la pastora se afirma 'que estaba recién parida, como se ha dicho'; no sabíamos que lo estuviera.»

Honradamente, creo que el estudioso tiene razón (¿cómo negar lo evidente?) en cuanto se refiere al descuido de un C. que escribe *como se ha dicho y... no ha dicho* nada respecto al reciente —y oportuno— parto de la hermana del pastor (cfr. III, 3: 458), pero sólo en esto. Que Feliciano no reconozca a su propio hijo constituye, en realidad, uno de esos eficaces *motivos ciegos* que, si no abundantísimos, tampoco son lo que se dice raros en el *Perisiles* ni —menos— en el conjunto de las obras de nuestro autor. Que la criatura presentada a Feliciano sea su hijo, no el de la hermana del pastor, está fuera de duda, si ponderamos el alcance de la orden recibida por ésta: *que pasase por su aldea y dejase en cobro su criatura y, con la otra, se partiese a Trujillo*. Para mí, al menos, resulta evidente que las frases subrayadas han de entenderse así: 'que pasase por su aldea, para dejar en manos seguras a su propio hijo y que, luego, siguiese viaje a Trujillo con la criatura que ya llevaba en brazos: precisamente, el hijo de Feliciano'.

volver las espaldas a la tierra donde quedaba enterrada su honra, pidió que consigo la llevasen como peregrina a Roma, que, pues había sido peregrina en culpas, quería procurar serlo en gracias, si el cielo se las concedía en que con ellos la llevasen. Apenas descubrió su pensamiento, cuando Auristela acudió a satisfacer su deseo, compasiva y deseosa de sacar a Feliciano de entre los sobresaltos y miedos que la perseguían. Sólo dificultó el ponerla en camino estando tan recién parida, y así se lo dijo, pero el anciano pastor dijo que no había más diferencia del parto de una mujer que del de una res y que, así como la res, sin otro regalo alguno, después de su parto, se quedaba a las inclemencias del cielo, así la mujer podía, sin otro regalo alguno, acudir a sus ejercicios, sino que el uso había introducido entre las mujeres los regalos y todas aquellas prevenciones que suelen hacer con las recién paridas.

—Yo seguro^{8,10} —dijo más— que, cuando Eva parió el primer hijo, que no se echó en el lecho, ni se guardó del aire, ni usó de los melindres que ahora se usan en los partos. Esforzaos, señora Feliciano, y seguid vuestro intento, que desde aquí le apruebo casi por santo, pues es tan cristiano.

A lo que añadió Auristela:

—No quedará por falta de hábito de peregrina, que mi cuidado me hizo hacer dos cuando hice éste, el cual daré yo a la señora Feliciano de la Voz, con condición que me diga

⁸ A partir de M4, todas las eds. (con excepción de M16, M17, M18, BA2, B10, B11, M23, PECP, AH) leen *Yo asseguro*

¹⁰ Según RM (X: 9-17) no hay que pensar en un presente del verbo *segurar* sino en una «locución elíptica del adjetivo» equivalente a *yo estoy seguro [de] que...* AA, en su ed. de LG (V, 380) aduce un texto de Feliciano de Silva («Bien segura soy yo que...»), afirmando que la «elusión de la elipsis» sirve como contraprueba del valor adjetival de *seguro*. A mi parecer, se debería profundizar en el tema, que todavía puede deparar alguna sorpresa. Cfr. PECP (159) donde, después de otras consideraciones, ofrezco dos testimonios de *seguro* antecedido de otro pronombre átono, en acusativo, registrados en la trad. de *El cortesano*, de Baldassare Castiglione, por Juan Boscán. No sólo. Antes, en la *Égloga de Plácido y Victoriana*, de Juan del Encina, una voz *femenina*, la de Eritea, exclama: «obraron mis bebedizos, / yo seguro / que donde entra mi conjuro / non son amores postizos».

qué misterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido.

—No me le ha dado —respondió Feliciana— mi linaje, sino el ser común opinión de todos cuantos me han oído cantar que tengo la mejor voz del mundo, tanto, que por excelencia me llaman comúnmente Feliciana de la Voz; y a no estar en tiempo más de gemir que de cantar, con facilidad os mostrara esta verdad, pero, si los tiempos se mejoran y dan lugar a que mis lágrimas se enjuguen, yo cantaré, si no canciones alegres, a lo menos endechas tristes que, cantándolas, encanten¹¹ y, llorándolas, alegren.

Por esto que Feliciana dijo, nació en todos un deseo de oírla cantar luego luego, pero no osaron rogárselo, porque, como ella había dicho, los tiempos no lo permitían.

Otro día se despojó Feliciana de los vestidos no necesarios que traía y se cubrió con los que le dio Auristela de peregrina; quitóse un collar de perlas y dos sortijas: que, si los adornos son parte para acreditar calidades, estas piezas pudieran acreditarla de rica y noble. Tomólas Ricla, como tesorera general de la hacienda de todos, y quedó Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela y tercera Constanza, aunque este parecer se dividió en pareceres y algunos le dieron el segundo lugar a Constanza, que el primero no hubo hermosura en aquella edad que a la de Auristela se le quitase. Apenas se vio Feliciana el nuevo hábito, cuando le nacieron alientos nuevos y deseos de ponerse en camino. Conoció esto Auristela y, con consentimiento de todos, despidiéndose del pastor caritativo y de los demás de la majada, se encaminaron a Cáceres, hurtando el cuerpo con su acostumbrado paso al cansancio; y, si alguna vez alguna de las mujeres le tenía, le suplía el bagaje donde iba el repuesto¹², o ya el margen de

¹¹ Variante del topos del «canto que encanta», basado no sólo en la repetición de *cantar* y su compuesto sino en la etimología de este último y del sustantivo *encanto*. Cfr. *Quijote*, I, 42, y II, 38, más *LEI*.

¹² *repuesto* = 'el lugar donde se guarda la plata y todo el servicio de una mesa, y donde se hacen los dulces y bebidas' (*DA*). Esta última acepción es la que ha sobrevivido, sobre todo con *repostería*.

algún arroyuelo o fuente do se sentaban, o la verdura de algún prado que a dulce reposo las convidaba. Y, así, andaban a una con ellos el reposo y el cansancio, junto con la pereza y la diligencia: la pereza, en caminar poco; la diligencia, en caminar siempre. Pero como, por la mayor parte, nunca los buenos deseos llegan a fin dichoso sin estorbos que los impidan, quiso el cielo que el de este hermoso escuadrón, que, aunque dividido en todos, era sólo uno en la intención, fuese impedido con el estorbo que agora oiréis¹³.

Dábales asiento la verde yerba de un deleitoso pradecillo; refrescábales los rostros el agua clara y dulce de un pequeño arroyuelo que por entre las yerbas corría; servíanles de muralla y de reparo muchas zarzas y cambronerías que casi por todas partes los rodeaba, sitio agradable y necesario para su descanso, cuando, de improviso, rompiendo por las intrincadas^{h,14} matas, vieron salir al verde sitio un mancebo vestido de camino¹⁵, con una espada hincada por las espal-

^h A partir de M4, todas las eds. (con excepción de M11, M13, M14, M16, B11, M23, *PECP*, AH) leen *intrincadas*

¹³ Ese *oiréis*, que hace años habría pasado inadvertido, interesará, junto con otros indicios, a los muchos que, justamente, se preocupan hoy por las reliquias de la oralidad en la literatura de los siglos XVI y XVII. Fundamental, en este sentido, es el *Cervantes conteur*, de M. Moner (Madrid, Casa de Velázquez, 1989).

¹⁴ *intrincadas*. Cfr. II, 10 (347 y nota 22).

¹⁵ *vestido de camino*. S-B (cfr. ed. de las *NE*, Madrid, Gráficas Reunidas, 1923: nota a II, 362-363), recordando que «los españoles, que vestían de costumbre trajes oscuros, se ponían en cambio vistosos cuando viajaban», transcriben la «prolija descripción» que de uno de tales trajes hace Miguel de Castro en su *Vida* (612-613). C. habla de esto también en *ELV*. De dicha curiosa costumbre había escrito muchos años atrás A. de Torquemada en los *Coloquios satíricos* (cito de Amezúa, ed. de *CE* y *CdP*, nota 12, pero cfr. la ed. de Menéndez Pelayo: 639 b).

En el teatro del Siglo de Oro, basta que un personaje aparezca en traje de color para indicar que está a punto de partir o que acaba de llegar de fuera. En algunos casos, la falta de dinero o el retraso en la llegada del equipaje imposibilita a los galanes el ponerse enseguida el imprescindible traje negro. Lo más oportuno para ellos, entonces, es no dejarse ver por los conocidos, por la gente «importante». Cfr., p. ej., *Las flores de don Juan*, de Lope de Vega (acto III) y *Dicha y desdicha del hombre*, de Calderón (acto II).

das, cuya punta le salía al pecho. Cayó de ojos¹⁶ y, al caer, dijo:

—¡Dios sea conmigo!

Y el fin desta palabra y el arrancársele el alma fue todo a un tiempo; y, aunque todos, con el estraño espectáculo, se levantaron alborotados, el que primero llegó a socorrerle fue Periandro y, por hallarle ya muerto, se atrevió sacar la espada¹⁷. Los dos Antonios saltaron las zarzas, por ver si verían quién hubiese sido el cruel y alevoso homicida: que, por ser la herida por las espaldas, se mostraba que traidoras manos la habían hecho. No vieron a nadie; volviéronse a los demás y la poca edad del muerto y su gallardo talle y parecer les acrecentó la lástima. Miráronle todo y halláronle, debajo de una ropilla de terciopelo pardo, sobre el jubón, puesta una cadena de cuatro vueltas de menudos eslabones de oro, de la cual pendía un devoto crucifijo, asimismo de oro; allá entre el jubón y la camisa le hallaron, dentro de una caja de ébano ricamente labrada, un hermosísimo retrato de mujer pintado en la lisa tabla, alrededor del cual, de menudísima y clara letra, vieron que traía escritos estos versos:

Yela, enciende, mira y habla.
¡Milagros de la hermosura,
que tenga vuestra figura
tanta fuerza en una tabla!

Por estos versos, conjeturó Periandro, que los leyó primero, que de causa amorosa debía de haber nacido su muerte. Miráronle las faldriqueras^{1,18} y escudriñáronle to-

¹ B3, B4, M9, M22: *faltriqueras*

¹⁶ *caer de ojos*. Que me conste, el modismo no está registrado en los diccionarios, junto a *caer de bruces*, *caer de hocicos*, etc. C. volverá usarlo en el *Persiles* (III, 6: 499).

¹⁷ Cfr. *Quijote*, II, 21 (palabras del beneficiado, a propósito de Basilio, aparentemente atravesado por un estoque). RM (V: 134) aduce una «explicación científica» de la época.

¹⁸ La «enmienda» es absolutamente gratuita, ya que la forma con *-dr* está bien documentada en C. y, en general, en la lengua de la época. Cfr. *PECP* (159-160).

doj,¹⁹ pero no hallaron cosa que les diese indicio de quién era. Y, estando haciendo este escrutinio, parecieron, como si fueran llovidos, cuatro hombres con ballestas armadas, por cuyas insignias conoció luego Antonio el padre que eran cuadrilleros de la Santa Hermandad²⁰; uno de los cuales dijo a voces:

—¡Teneos, ladrones, homicidas y salteadores! No le acabéis de despojar, que a tiempo sois venidos en que os llevaremos adonde paguéis vuestro pecado.

—¡Eso no, bellacos! —respondió Antonio el mozo— Aquí no hay ladrón ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son.

—Bien se os parece, por cierto —replicó el cuadrillero—. El hombre muerto, sus despojos en vuestro poder y su sangre en vuestras manos, que sirve de testigos [de] vuestra maldad^k. Ladrones sois, salteadores sois, homicidas sois; y, como tales ladrones, salteadores y homicidas, presto pagaréis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud cristiana con que procuráis encubrir vuestras maldades, vistiéndolos de peregrinos.

ⁱ M1: *todos*

Adopto la enmienda de M3, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M19, M22

^k M1, M16, M23, AH: *testigos vuestra*

Adopto la enmienda de M7 y las eds. posteriores.

¹⁹ Lo que interesa poner de relieve es que el registro fue *completo*, no que lo llevaran a cabo *todos* —cosa que, además, no resulta del contexto.

²⁰ La *Santa Hermandad* constituía un cuerpo de policía, esencialmente rural, creado por los Reyes Católicos en 1476. Sus estatutos fueron más de una vez modificados, pero la institución siguió existiendo hasta 1835. Los agentes ejecutivos de la Hermandad se llamaban *cuadrilleros* porque, en principio, iban armados de ballestas que disparaban un tipo de flechas llamadas *cuadrillos*. Las tentativas de crear un cuerpo similar en la Corona de Aragón no dieron resultado. En tiempos de C. —e incluso con anterioridad— la institución había perdido buena parte de su inicial prestigio. No es difícil —¡al contrario!— encontrar alusiones fuertemente polémicas a su respecto. Cfr., p. ej., M. Alemán, *Guzmán de Alfarache* (Parte I, I, 7) y el propio C., *Quijote*, I, 45. C., sin duda, se muestra aquí mucho más conformista.

A esto le dio respuesta Antonio el mozo con poner una flecha en su arco y pasarle con ella un brazo, puesto que quisiera pasarle de parte a parte el pecho. Los demás cuadrilleros, o escarmentados del golpe, o por hacer la prisión más al seguro, volvieron las espaldas y, entre huyendo y esperando, a grandes voces apellidaron²¹:

—¡Aquí de la Santa Hermandad! ¡Favor a la Santa Hermandad!

Y mostróse ser santa la Hermandad que apellidaban, porque en un instante, como por milagro, se juntaron más de veinte cuadrilleros, los cuales, encarando sus ballestas y sus saetas a los que no se defendían, los prendieron y aprisionaron, sin respetar la belleza de Auristela ni las demás peregrinas, y, con el cuerpo del muerto, los¹ llevaron a Cáceres, cuyo corregidor era un caballero del hábito de Santiago²².

¹ M1 y toda la tradición: *las*, con la excepción de M22, *PECP* y *AH*, cuya enmienda adopto.

²¹ *apellidar* = 'gritar convocando o pidiendo ayuda'.

²² Que C. atribuya al corregidor de Cáceres en 1559 la condición de caballero de la Orden de Santiago de ninguna manera compromete la verosimilitud del relato, incluso en el caso de que el dato no coincidiera con la realidad. Hecha esta elemental precisión, cabe especular con la posibilidad de que en la frase objeto de estas líneas se cele también una alusión a otro corregidor de la ciudad, en época mucho más tardía, tal vez en el momento en que el novelista compone estas páginas.

Para Tomás Martín Gil («Cervantes viajó por tierras extremeñas», en *Motivos extremeños* [Madrid, Escuelas Profesionales Sagrado Corazón de Jesús, 1968: 509]), en el caso de que C. se esté refiriendo al caballero que era corregidor de la ciudad cuando él mismo pasó por ella (allá por 1584), tendría que tratarse de don Juan Gabina, que desempeñó su cargo entre 1580 y 1585 y «fue el único en esta época que pertenecía a la Orden de Santiago».

Para quien, como yo mismo, piensa, en cambio, que la alusión, para tener un sentido (para ser descifrable por el lector de 1614-1616 o poco más tarde) ha de ir dirigida a un corregidor de época posterior, el único que ofrece esas «condiciones» resulta ser don Pedro de Ceballos y Escovedo, el cual gobernó Cáceres de 1611 a 1617. Puedo añadir otro dato. De la consulta del expediente abierto por la Orden (Archivo Histórico Nacional, Madrid, Órdenes Militares, Expediente 1947) resulta que el nombramiento fue criticado con acrimonia por un grupo de ciudadanos de Cáceres, quienes, en carta dirigida al Consejo de la misma, en septiembre de 1613, acusan al Corregidor de ser descendiente de *confesos* y, por parte materna, no

El cual, viendo el muerto y el cuadrillero herido y la información de los demás cuadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado a Periandro, con el parecer de su teniente, quisiera luego ponerlos a cuestión de tormento, puesto que Periandro se defendía con la verdad, mostrándole en su favor los papeles que para seguridad de su viaje y licencia de su camino había tomado en Lisboa. Mostróle asimismo el lienzo de la pintura de su suceso, que la relató y declaró muy bien Antonio el mozo, cuyas pruebas hicieron poner en opinión la ninguna culpa que los peregrinos tenían.

Ricla, la tesorera, que sabía muy poco o nada de la condición de escribanos y procuradores, ofreció a uno, de secreto, que andaba allí en público, dando muestras de ayudarles, no sé qué cantidad de dineros porque tomase a car-

noble. Ambas eran «carencias» en principio suficientes para invalidar la admisión. El Consejo confió las averiguaciones del caso a una comisión que, como solía suceder en estos casos, concluyó el asunto a favor de don Pedro.

Si, por vía de mera hipótesis, imaginamos que C. se está refiriendo *también* a él, ¿qué sentido puede tener recordarlo precisamente como caballero santiaguista, en un momento cualquiera *posterior a 1613* (con mucha probabilidad, ya en 1615), cuando el escándalo (pues escándalo, y grave, constituían estas cuestiones de limpieza de sangre) aún no podía haber sido olvidado? Por supuesto, es legítimo pensar en un superficial homenaje, parecido al que, según AM, el propio C. rinde, en III, 2 (448 y nota 33), al corregidor —y a la corregidora— de Badajoz. Y basta. Sin embargo, tampoco sería imposible que, por debajo del aparente «cumplido», nuestro socarrón narrador haya querido evocar la penosa cuestión de la carta de protesta, de la comisión investigadora, etc. Habría que suponer, en este caso, un choque, un poco feliz contacto del novelista con el caballero. De ninguna manera documentado, por lo menos hasta ahora, pero... tampoco enteramente gratuito para quien tiene cierta familiaridad con la época y, sobre todo, con una personalidad tan complicada como la de C. Al lado de tantos gestos de afecto, de admiración, de respeto, como me parece posible descubrir en los casos ya vistos (y en los no pocos que nos quedan por ver) de lo que he dado en llamar el *ejercicio de la doble cronología*, el presente «recuerdo» de don Pedro Ceballos y Escovedo *podría* constituir la excepción o, si se prefiere, el reverso de la medalla: en vez de la acostumbrada función conmemorativa o «cautivante» de estas alusiones, ésta *podría* asumir la (menos simpática, pero no menos eficaz) de la sutil denuncia o de la «pequeña venganza» por ¿una ofensa, un desdén, una simple «desatención»? Cfr. nota 28 del presente capítulo.

go su negocio. Lo echó a perder del todo, porque, en oliendo los sátrapas de la pluma²³ que tenían lana los peregrinos, quisieron trasquilarlos, como es uso y costumbre, hasta los huesos, y sin duda alguna fuera así, si las fuerzas de la inocencia no permitiera el cielo que sobrepujaran a las de la malicia²⁴. Fue el caso, pues, que un huésped o mesonero del lugar, habiendo visto el cuerpo muerto que habían traído, y reconociéndole muy bien, se fue al corregidor y le dijo:

—Señor, este hombre que han traído muerto los cuadrilleros ayer de mañana partió de mi casa, en compañía de otro, al parecer, caballero. Poco antes que se partiese, se encerró conmigo en mi aposento y, con recato, me dijo: «Señor huésped, por lo que debéis a ser cristiano os ruego que, si yo no vuelvo por aquí dentro de seis días, abráis este papel que os doy delante de la justicia.» Y, diciendo esto, me dio este que entrego a vuesa merced, donde imagino que debe de venir alguna cosa que toque a este tan extraño suceso.

Tomó el papel el corregidor y, abriéndole, vio que en él estaban escritas estas mismas razones:

«Yo, don Diego de Parraces²⁵, salí de la corte de su Majestad tal día —y venía puesto el día— en compañía de don Sebastián de Soranzo, mi pariente, que me pidió que le acompañase en cierto viaje donde le iba la honra y la vida. Yo, por no querer hacer verdaderas ciertas sospechas falsas

²³ *sátrapa*. Figuradamente, 'ladino, que sabe gobernarse con astucia e inteligencia en el comercio humano' (DA). Cfr., p. ej., Francisco de Luque Fajardo, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos* (I, 180).

²⁴ Con sátiras, más o menos sangrientas, contra los escribanos en la literatura de los siglos XVI y XVII, se podría componer un sabroso volumen. Destacarían en él, por su contundencia, las intervenciones de Mateo Alemán (*Guzmán*, Parte I, I, 1; Parte II, I, 8), de su continuador «abusivo» Mateo Luján (= Juan Martí: I, 8; III, 8 y 11), y de Quevedo, en el *Buscón*. C. se refiere a ellos en ELV y en CdP.

²⁵ *Parraces*. No parece ser apellido noble: brilla por su ausencia en la *Enciclopedia heráldica y Genealogía hispano americana*, de Alberto y Arturo García Caraffa (Madrid y Salamanca, 1919-1947). Refuerza mi suposición el hecho de que la criadita pretendida por el soldado y el sotasacristán, en LGC, se llame precisamente *Cristina de Parraces*. Parraces es un pueblo de la provincia de Segovia.

que de mí tenía, fiándome en mi inocencia, di lugar a su malicia, y acompañéle. Creo que me lleva a matar; si esto sucediera y mi cuerpo se hallare, sépase que me mataron a traición y que morí sin culpa.»

Y firmaba: «Don Diego de Parraces»²⁶.

Este papel, a toda diligencia, despachó el corregidor a Madrid, donde con la justicia se hicieron las diligencias posibles buscando al matador²⁷. El cual llegó a su casa la misma noche que le buscaban y, entreyendo el caso, sin apearse de la cabalgadura, volvió las riendas y nunca más pareció.

Quedóse el delito sin castigo, el muerto se quedó por muerto, quedaron libres los prisioneros y la cadena que tenía Ricla se deseslabonó para gastos de justicia. El retrato se quedó para gustos de los ojos del corregidor²⁸; satisfizose la herida del cuadrillero; volvió Antonio el mozo a relatar el lienzo y, dejando admirado al pueblo, y habiendo estado en todo este tiempo^m de las averiguaciones Feliciano de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se

^m M1 y siguientes, hasta M4: *en el todo*
De M5 en adelante: *en él todo*

²⁶ Allen (94) cree que la historia tiene un fundamento real, aunque reconoce la dificultad de averiguarlo. Yo creo que la clave podría estar en este Soranzo, miembro de una de las más ilustres familias del patriciado de la República Veneta. De ella salieron un dux o doge (Giovanni, reinante de 1312 a 1328), numerosos *procuratori di San Marco*, magistrados, *condottieri*, prelados, embajadores (Giuliano Soranzo, p. ej., lo fue ante la corte de Felipe III, «nei primi e felici anni del secolo XVII», según escribe A. Spagnolletti en *Principi italiani e Spagna nell'età barocca*: 45). Habría que indagar acerca de la presencia de Soranzos en la España de 1550-1560 y 1610-1615. Como se sabe, C. —y sus hermanas— estuvieron en relación con no pocos italianos residentes en Madrid, Sevilla y Valladolid.

²⁷ Osuna (C, 1970: 394) deduce de esta alusión a Madrid que «el cap. III —por lo menos— fue escrito después de 1606». Por supuesto. Lo que no impide que, para la cronología interna, se pueda seguir pensando que estamos en 1558-1559. Como se sabe, Felipe II trasladó la corte de Toledo a Madrid entre 1560 y 1561. Hay anacronismo, pero de escasa relevancia.

²⁸ Si bien se mira, el tal corregidor, que empieza amenazando con someter a los peregrinos a cuestión de tormento y acaba quedándose con el retrato, *no queda*, ni de lejos, *tan bien* como los corregidores de Badajoz. ¿Pura casualidad? Tal vez, pero... yo me permito insistir —si bien con todas las reservas del caso— en la pista enunciada en la nota 22 del presente capítulo.

partieron la vuelta de Guadalupe, cuyo camino entretuvieron tratando del caso extraño y deseando que sucediese ocasión donde se cumpliese el deseo que tenían de oír cantar a Feliciano. La cual sí cantara, pues no hay dolor que no se mitigue con el tiempo o se acabe con acabar la vida, pero, por guardar ella a su desgracia el decoro que a sí misma debía, sus cantos eran llores y, su voz, gemidos. Éstos se aplacaron un tanto con haber topado en el camino la hermana del compasivo pastor, que volvía de Trujillo, donde dijo que dejaba el niño en poder de don Francisco Pizarro y de don Juan de Orellana, los cuales habían conjeturado no poder ser de otro aquella criatura sino de su amigo Rosanio, según el lugar donde le hallaron, pues por todos aquellos contornos no tenían ellos algún conocido que aventurase a fiarse de ellos.

— Sea, en fin, lo que fuere —dijo la labradora—, dijeron ellosⁿ que «no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos el que se ha fiado de nosotros». Ansí que, señores, el niño queda en Trujillo en poder de los que he dicho; si algo me queda que hacer por serviros, aquí estoy con la cadena, que aún no me he deshecho de ella, pues la que me pone a la voluntad el ser yo cristiana me enlaza y me obliga a más que la de oro.

A lo que respondió Feliciano que la gozase muchos años, sin que se le ofreciese necesidad de deshacella, pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque, o se empeñan, para no quitarse²⁹, o se venden, para nunca volverlas a comprar. La labradora se despi-

ⁿ M1: *dixo la labradora: dixeron ellos*, que *dixo la labradora dixeron ellos*, que no

M5, M6, B2, B3, B4, M7, M8, M9, NY: *dixo la labradora*, y *dixeron ellos* que no

M11, M12, M14, M15, B6, B7, B8, M10: *dijo la labradora que dijeron ellos* que no

M13, Vall: *dixo la labradora*, que no

M16, B11: —*dixo la labradora, dixeron ellos*— que no

Adopto la puntuación de M17, BA2, M22, B10, M23, PECP, AH.

²⁹ *quitar(se)* = 'desempeñar(se), rescatar(se)'.

dió aquí; [l]e dieron mil encomiendas³⁰ para su hermano y los demás pastores y nuestros peregrinos llegaron poco a poco a las santísimas tierras de Guadalupe.

CAPÍTULO QUINTO DEL TERCERO LIBRO^a

Apenas hubieron puesto los pies los devotos peregrinos en una de las dos entradas que guían al valle que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe, cuando, con cada paso que daban, nacían en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse, pero allí llegó la admiración a su punto cuando vieron el grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas encierran la santísima imagen de la emperadora de los cielos; la santísima imagen, otra vez, que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus pasiones; la santísima imagen que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias. Entraron en su templo y, donde pensaron hallar por sus paredes, pendientes por adorno, las púrpuras de Tiro¹, los damascos de Siria, los brocados de Milán², hallaron en lugar suyo muletas que dejaron los cojos, ojos de cera que dejaron los ciegos, brazos que colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos, todos, después de ha-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Tiene fin en Guadalupe la desgracia de Feliciano y se vuelve contenta a su casa con su esposo, padre y hermano*

³⁰ *dar encomiendas*. Hoy diríamos 'dar recuerdos', 'mandar saludos'.

¹ Hablar de *púrpuras tirias* constituía un auténtico lugar común cuando se trataba de catalogar grandes riquezas suntuarias. Junto a los *brocados persas* (famosos en la tradición española tanto o más que los *milaneses*, de que se hablará enseguida) aparecen, p. ej., en *La buerta de Juan Fernández*, de Tirso de Molina (acto I).

² A Milán venían, en efecto, las más renombradas y ricas telas, no sólo los *brocados*. A propósito de éstos, cfr., p. ej., Deleito Piñuela, *La mujer, la moda y la casa* (Madrid, Espasa-Calpe, 1966³: 153).

ber caído en el suelo de las miserias, ya vivos, ya sanos, ya libres y ya contentos, merced a la larga misericordia de la madre de las misericordias, que en aquel pequeño lugar hace camppear a su benditísimo hijo con el escuadrón de sus infinitas misericordias.

De tal manera hizo^b aprehensión estos milagrosos adornos en los corazones de los devotos peregrinos³, que volvieron los ojos a todas las partes del templo y les parecía ver venir por el aire volando los cautivos, envueltos en sus cadenas, a colgarlas de las santas murallas y, a los enfermos, arrastrar las muletas y, a los muertos, mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el sacro templo no cabían: tan grande es la suma que las paredes ocupan⁴.

^b M7 y todas las eds. posteriores (con las excepciones de M16, M17, M18, M21, BA2, M22, B10, B11, M23, *PECP*, AH) leen *hicieron*

³ La enmienda es innecesaria. Para parecidas faltas de concordancia entre sujeto y verbo, cfr., p. ej., *PECP* (161).

⁴ S-B han dejado una buena nota sobre el templo de Guadalupe, basada sobre todo en la descripción que del mismo hace Bartolomé Villalba y Estaña, en un relato de 1557, no publicado hasta 1886. Aunque el parecido con la de C. es notable, aún más me lo parece otra de Pedro de Medina, *Libro de las grandezas de España* (LXX).

Parece que C. conoció personalmente el santuario. AM (VII: 434) fija la visita en 1582, al regreso de Portugal. Para el mismo biógrafo, la descripción cervantina es sencillamente portentosa. No me lo parece tanto, ni con mucho. En realidad, resulta incluso difícil aceptar que se trate de una auténtica *descripción*. Cuanto aquí se dice de Guadalupe se podría aplicar a cualquier otro gran santuario mariano, de España o de otro país mediterráneo. No sólo *se podría* aplicar: *ha sido* de veras aplicado, por el mismísimo C., en *ELV*, a la basílica de Loreto. Con tal parecido, que no es posible dejar de pensar en una especie de autoplagio. No me persuade la opinión de A. Castro (C, 1925: 359), acerca de la posible ironía de ambas «descripciones». (De veras, ¿no es ya pasarse ver ironía, siempre y por todas partes? Si no me equivoco, la dosis resulta sobrecargada por Mercedes Blanco [C, 1996: 632-633].)

Es interesante el cotejo de la descripción cervantina de Guadalupe con las que Lope hace de la iglesia de Montserrat y del propio Guadalupe en *El peregrino en su patria* (II, 159, y V, 447), respectivamente. Si bien se mira, lo que Lope describe, C. calla... y viceversa. Algo tan evidente como para hacer pensar en un querido distanciamiento —en una diferenciación perfectamente consciente, voluntaria— por parte del segundo.

Esta novedad, no vista hasta entonces de Periandro ni de Auristela ni, menos, de Ricla, de Constanza ni de Antonio, los tenía como asombrados y no se hartaban de mirar lo que veían ni de admirar lo que imaginaban; y, así, con devotas y cristianas muestras, hincados de rodillas, se pusieron a adorar a Dios sacramentado y a suplicar a su santísima Madre que, en crédito y honra de aquella imagen, fuese servida de mirar por ellos. Pero lo que más es de ponderar fue que, puesta de hinojos, y la manos puestas y junto al pecho⁵, la hermosa Feliciana de la Voz, lloviendo tiernas lágrimas, con sosegado semblante, sin mover los labios ni hacer otra demostración ni movimiento que diese señal de ser viva criatura, soltó la voz a los vientos y levantó el corazón al cielo, y cantó unos versos que ella sabía de memoria (los cuales dio después por escrito), con que suspendió los sentidos de cuantos la escuchaban, y acreditó las alabanzas que ella misma de su voz había dicho, y satisfizo de todo en todo los deseos que sus peregrinos tenían de escucharla.

Cuatro estancias⁶ había cantado cuando entraron por la puerta del templo unos forasteros, a quien la devoción y la costumbre puso luego de rodillas y la voz de Feliciana, que

^c M1: *hinojos, y las manos puestas y junto*
V, M3, M16, M17, M18, M21, BA2, B10, B11: *hinojos y las manos puestas junto*
B5, PECP: *y las manos junto al pecho*

⁵ Con razón, SA-RH consideran discutible la enmienda por mí defendida en PECP (161), indicando que «*las manos puestas* hace sentido (*Poner las manos*. Levantarlas y ponerlas extendidas y juntas, o cruzados y entretejidos los dedos unos con otros, delante del pecho, lo que regularmente se ejecuta para hacer oración, o para pedir misericordia' [DA]) y no exactamente el mismo que con la matización que sigue, por lo que la conjunción sirve para añadir una circunstancia más». La ilustración es pertinente y, por tanto, también yo conservo ahora la lección de M1. Añadiendo otro testimonio, a mi parecer oportuno, porque se halla registrado en una de las novelas más atentas al ejemplo del *Persiles*: el *Eustorgio y Clorilene*, de Enrique Suárez de Mendoza (Madrid, Juan González, 1629), donde se halla (VI, 629): «Fuele fácil al pintor [retratar a la protagonista], porque oía misa hincadas rodillas, las manos puestas y el manto sobre los hombros...»

⁶ *cuatro estancias*. Parece que, una vez más, se trata de un auténtico numeral 'indefinido' (cfr. II, 18: 396).

todavía cantaba, puso también en admiración; y uno de ellos, que de anciana edad parecía, volviéndose a otro que estaba a su lado, díjole^{d,7}:

—O aquella voz es de algún ángel de los confirmados en gracia o es de mi hija Feliciana de la Voz⁸.

—¿Quién lo duda? —respondió el otro— Ella es, y la que no será, si no yerra el golpe este mi brazo.

Y, diciendo esto, echó mano a una daga y, con descompasados pasos, perdido el color y turbado el sentido, se fue hacia donde Feliciana estaba. El venerable anciano se arrojó tras él y le abrazó por las espaldas, diciéndole:

—No es éste, ¡oh hijo!, teatro de miserias ni lugar de castigos. Da tiempo al tiempo, que, pues no se nos puede huir esta traidora, no te precipites y, pensando castigar el ajeno delito, te echas sobre ti la pena de la culpa propia.

Estas razones y alboroto selló la boca de Feliciana y alborotó a los peregrinos y a todos cuantos en el templo estaban, los cuales no fueron parte para que su padre y hermano de Feliciana no la sacasen del templo a la calle, donde, en un instante, se juntó casi toda la gente del pueblo con la justicia, que se la quitó a los que parecían más verdugos que hermano y padre⁹.

Estando en esta confusión, el padre dando voces por su hija y, su hermano, por su hermana y la justicia defendiénd-

^d M1: *a su lado, y díxole*

V, M3: *a su lado, le dixo*

Adopto la enmienda de P1, B2 todas las eds. posteriores, con la excepción de AH.

⁷ También sería aceptable leer *volvióse a otro, que estaba a su lado, y díjole*.

⁸ Como aquí a Feliciana, en *La desdicha de la voz*, de Calderón, la misma excepcionalidad de su arte «descubre» al instante —y en más de una difícil coyuntura— a Beatriz, la protagonista (cfr. actos I y II).

⁹ Osuna (C, 1972: 78-79) escribe: «La misma Feliciana de la Voz habla de dos hermanos [III, 3: 454], aunque, a lo largo de la historia, es evidente que no tiene más que uno». Cabe preguntarse: ¿por qué es *evidente*? ¿Es que el hecho de que Feliciana tenga al menos dos hermanos —pues la joven se ha indicado a ellos en plural— obliga *ipso facto* a C. a sacar ahora a ambos (o a todos los que fueren) a escena? ¿No le parece suficiente a Osuna que *uno* solo de ellos acompañe a su padre a Guadalupe?

dola hasta saber el caso, por una parte de la plaza entraron hasta seis de a caballo, que los dos de ellos fueron luego conocidos de todos, por ser el uno don Francisco Pizarro y el otro don Juan de Orellana. Los cuales, llegándose al tumulto de la gente (y, con ellos, otro caballero que con un velo de tafetán negro traía cubierto el rostro), preguntaron la causa de aquellas voces. Fueles respondido que no se sabía otra cosa sino que la justicia quería defender aquella peregrina, a quien querían matar dos hombres, que decían ser su hermano y su padre. Esto estaban oyendo don Francisco Pizarro y don Juan de Orellana cuando el caballero embozado, arrojándose del caballo abajo, sobre quien venía, poniendo mano a su espada y descubriéndose el rostro, se puso al lado de Feliciano y, a grandes voces, dijo:

—En mí, en mí debéis, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciano, vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte el casarse una doncella contra la voluntad de sus padres. Feliciano es mi esposa, y yo soy Rosanio, como veis, no de tan poca calidad que no merezca que me deis por concierto lo que yo supe escoger por industria. Noble soy, de cuya nobleza os podré presentar por testigos^{e,10}; riquezas tengo que la sustentan^f y no será bien que, lo que he ganado por ventura, me lo quite Luis Antonio por vuestro gusto. Y, si os parece que os he hecho ofensa de haber llegado a este punto de teneros por señores sin sabiduría vuestra, perdonadme, que las fuerzas poderosas de amor suelen turbar los ingenios más entendidos, y el veros yo tan inclina-

^e V, P1, M3, M11, M12, M13, M14, Vall, B6, B7, B8, B9, M19, M22, M23: *os podré presentar testigos*

^f M1: *riqueza tengo que la sustentan*

Las eds. anteriores a M5 leen *riqueza tengo que la sustenta*; a partir de M5, todas prefieren *riquezas que la sustenta*

¹⁰ La lección de M1 es correcta. Que Rosanio diga esto a sus futuros suegro y cuñado tiene muchísimo más alcance que como resulta de la supresión de *por*. Un testigo para tales pruebas se podía encontrar dondequiera. Presentar por tales precisamente a los que ahora se sienten sus enemigos quiere decir sentirse muy por encima de toda opinión contraria —si la hubiere. Cfr. *PECP* (161-162), con un testimonio de Torres Naharro.

dos a Luis Antonio me hizo no guardar el decoro que se os debía, de lo cual otra vez os pido perdón.

Mientras Rosanio esto decía, Feliciano estaba pegada con él, teniéndole asido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa, y toda triste y toda hermosa juntamente; pero, antes que su padre y hermano respondiesen palabra, don Francisco Pizarro se abrazó con su padre, y don Juan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos. Don Francisco dijo al padre:

—¿Dónde está vuestra discreción, señor don Pedro Tenorio? ¡Cómo! ¿Y es posible que vos mismo queráis fabricar vuestra ofensa? ¿No veis que estos agravios, antes que la pena, traen las disculpas consigo? ¿Qué tiene Rosanio que no merezca a Feliciano? O ¿qué le quedará a Feliciano de aquí adelante, si pierde a Rosanio?

Casi estas mismas o semejantes razones decía don Juan de Orellana a su hermano, añadiendo más, porque le dijo:

—Señor don Sancho, nunca la cólera prometió buen fin de sus ímpetus: ella es pasión del ánimo, y el ánimo apasionado pocas veces acierta en lo que emprende. Vuestra hermana supo escoger buen marido; tomar venganza de que no se guardaron las debidas ceremonias y respetos no será bien hecho, porque os pondréis a peligro de derribar y echar por tierra todo el edificio de vuestro sosiego. Mirad, señor don Sancho, que tengo una prenda vuestra en mi casa: un sobrino os tengo, que no le podréis negar si no os negáis a vos mismo, tanto es lo que os parece¹¹.

La respuesta que dio el padre a don Francisco fue llegarle a su hijo don Sancho y quitarle la daga de las manos, y luego fue a abrazar a Rosanio, el cual, dejándose derribar a los pies del que ya conoció ser su suegro, se los besó mil veces. Arrodillóse también ante su padre Feliciano, derramó lágrimas, envió suspiros, vinieron desmayos; la alegría dis-

¹¹ *un sobrino os tengo...* Creo que Molho (C, 1984) se equivoca cuando interpreta estas clarísimas líneas de una manera innecesariamente retorcida: «Ce soi-disant neveu par lequel on fait pression sur Don Sanche, ne serait-il pas plutôt un fils naturel, che qui le rendrait coupable d'une faute analogue à celle qu'a commise sa soeur?»

currió por todos los circunstantes; ganó fama de prudente el padre, de prudente el hijo y, los amigos, de discretos y bien hablados. Llevólos el corregidor a su casa; regalólos el prior del santo monasterio abundantísimamente; visitaron las reliquias los peregrinos, que son muchas, santísimas y ricas; confesaron sus culpas; recibieron los sacramentos. Y, en este tiempo, que fue el de tres días, envió don Francisco por el niño que le había llevado la labradora, que era el mismo que Rosanio dio a Periandro la noche que le dio la cadena; el cual era tan lindo, que el abuelo, puesta en olvido toda injuria, dijo viéndole:

—¡Que mil bienes haya la madre que te parió y el padre que te engendró!

Y, tomándole en sus brazos, tiernamente le bañó el rostro con lágrimas, y se las enjugó con besos, y las limpió con sus canas.

Pidió Auristela a Feliciano le diese el traslado de los versos que había cantado delante de la santísima imagen. La cual respondió que solamente había cantado cuatro estancias; y que todas eran doce, dignas de ponerse en la memoria. Y, así, las escribió, que eran éstas:

Antes que de la mente eterna fuera
saliesen [los] espíritus alados⁸,¹²
y antes que la veloz o tarda esfera
tuviese movimientos señalados,
y antes que aquella oscuridad primera
los cabellos del sol viese dorados,
fabricó para sí Dios una casa
de santísima y limpia y pura masa.

Los altos y fortísimos cimientos
sobre humildad profunda se fundaron

⁸ M1: *saliessen espíritus alados*

A partir de M4, todas las eds. enmiendan, con las solas excepciones de M16, M17, M18, BA2, M21, B10, B11.

¹² Escandir *saliessen espíritus alados* me parece más arbitrario que intervenir, añadiendo el artículo.

y, mientras más a la humildad atentos,
más la fábrica regia levantaron.
Pasó la tierra, pasó el mar; los vientos
atrás, como más bajos, se quedaron;
el fuego pasa y, con igual fortuna,
debajo de sus pies tiene la luna.

De fee son los pilares, de esperanza;
los muros desta fábrica bendita
ciñe la caridad, por quien se alcanza
duración, como Dios, siempre infinita;
su recreo se aumenta en su templanza;
su prudencia, los grados facilita
del bien que ha de gozar, por la grandeza
de su mucha justicia y fortaleza¹³.

Adornan este alcázar soberano
profundos pozos, perenales fuentes¹⁴,
huertos cerrados¹⁵, cuyo fruto sano,
es bendición y gloria de las gentes;
están a la siniestra y diestra mano
cipreses altos¹⁶, palmas eminentes¹⁷,
altos cedros¹⁸, clarísimos espejos¹⁹
que dan lumbre de gracia cerca y lejos.

¹³ Como se verá, todas las virtudes teologales y cardinales aparecen en apretado catálogo.

¹⁴ *perenales fuentes* = 'fuentes inagotables, perennes'. Constituye uno de los elementos indispensables del *locus amoenus* en la tradición española. En *El Crotalón* se llega a decir (XVIII) que cierta joven «estaba sentada entre dos muy perenales fuentes...»

De alguna manera, deriva del «*fons signatus*» y del «*puteus aquarum viventium*» del *Cantar de los Cantares* (6: 12 y 15). Cfr. Vosters, *Lope de Vega y la tradición occidental* (Madrid, Castalia, 1977: I, 155).

¹⁵ *huertos cerrados*. Recuérdese el «*hortus conclusus*» del *Cantar de los Cantares* 4, 12. Cfr. Vosters, *ibidem*.

¹⁶ Es el «*quasi cypressus in monte Syon*» (*Eclesiástico* 24, 17; Vosters, *ibidem*).

¹⁷ «*Quasi cedrus exaltata sum in Libano*» (*Eclesiástico* 24, 17; Vosters, *ibidem*).

¹⁸ «*Quasi palma exaltata sum in Cades*» (*Eclesiástico* 24, 18).

¹⁹ «*Et speculum sine macula Dei maiestatis*» (*Sabiduría* 7, 26).

El cinamomo²⁰, el plátano²¹ y la rosa de Jericó^{h,22} se halla en sus jardines, con aquella color, y aún más hermosa, de los más abrasados querubines²³. Del pecado la sombra tenebrosa ni llega ni se acerca a sus confines. Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo este edificio que hoy se muestra al suelo.

De Salomón el templo se nos muestra hoy con la perfección a Dios posible, donde no se oyó golpe que la diestra mano diese a la obra conveniente²⁴; hoy, haciendo de sí gloriosa muestra, salió la luz del sol inaccesible²⁵; hoy nuevo resplandor ha dado al día la clarísima estrella de María²⁶.

^h M1: *Hierico*

²⁰ *cinamomo*. Aquí se trata, claramente, del árbol, no de la sustancia aromática, tan citada en la Biblia («Sicut cinnamomum et balsamum aramati-zans odorem dedi» (Eclesiástico 24, 20). Aunque muchos escritores usaban la palabra, se estaba muy lejos de haber llegado a un acuerdo sobre el significado de la misma. El doctor Andrés Laguna, en su traducción y comentario a *Pedacio Dioscórides Anazarbeo, acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos* (Anvers, Juan Latio, 1555: 22-23) indica que «en otras lenguas le confunden con la canela ordinaria». En favor de la identidad de los dos árboles y aromas está, en cambio, sin la menor duda, Filippo Sassetti, quien no sólo se refiere a esto en una de sus cartas desde Goa, sino que dedica todo un tratado al «problema» (*Lettere indiane*: 175-195).

²¹ «Et quasi platanus exaltata sum iuxta aqua in plateis» (*Eclesiástico* 24, 19).

²² «Et quasi plantatio rosae Iericho» (*Eclesiástico* 24, 18; Vosters, *ibidem*). Se trata de una «planta que arroja en la cima un globo a manera de piña, compuesto de muchos ramitos parecidos a los de la biznaga, aunque más gruesos, los cuales al secarse se cierran y quedan de color de oro bajo, con la propiedad de abrirse puestos en agua, y volverse a cerrar cuando las apartan de ella» (DA). Solían ponérselas las mujeres en ocasión del parto.

²³ Para *abrasados querubines*, cfr. *Ezequiel*, 1: 4-14.

²⁴ Cfr. III Reyes 6, 7.

²⁵ «Quae est ista quae progreditur quasi aurora consurgens?» (*Cantar de los Cantares* 6, 9; Vosters, *ibidem*). Pero cfr. también *Eclesiástico* 24, 6: «Ego feci in caelis ut oreitur lumens indeficiens».

²⁶ «Stella maris» (S. Jerónimo: Vosters, *ibidem*).

Antes que el sol, la estrella hoy da su lumbré:
 prodigiosa señal, pero tan buena,
 que, sin guardar de agüeros la costumbre,
 deja el alma de gozo y bienes llena.
 Hoy la humildad se vio puesta en la cumbre;
 hoy comenzó a romperse la cadena
 del hierro antiguo y sale al mundo aquella
 prudentísima Ester, que el sol más bella²⁷.

Niña de Dios²⁸, por nuestro bien nacida,
 tierna, pero tan fuerte, que la frente,

²⁷ Rothbauer (B, 1963) nota que la relación con la Ester bíblica no tiene sentido. «Puesto que *Esther* significa también *estrella*, éste es el único modo de traducir el verso de manera verosímil». Admito esta valencia etimológica de la palabra, pero creo que no por ello se debe perder de vista la histórica o, por lo menos, tradicional: las dos están compresentes, las dos «funcionan» en el texto. Como *estrella*, obviamente, aun para quien carezca de la menor preparación bíblica, y como la más o menos legendaria emperatriz de Persia, para quienes (como casi todos, en la época de C.) supieran que Ester, salvadora del pueblo de Israel, ha sido desde muy pronto considerada por los exegetas cristianos una *figura* de María. Y, como tal, explotadísima por los poetas, cfr., p. ej., Lope de Vega, octavas a la Virgen del Pilar, en *El peregrino en su patria* (V, 440)

Vosters pone de relieve que los símbolos precedentes, «en su vasta mayoría, forman parte de un conjunto de 14 (o hasta 18) prefiguraciones marianas, conocidas en la historia de la piedad con el nombre de las 'Laudes Marianas' o 'Gozos' o 'Triunfos de la Virgen'. Componentes de invocaciones oriundas de himnos y letanías medievales, surgieron a finales del siglo xv en estampas francesas o alemanas. Muy rápidamente la tradición se trasladó a los Países Bajos y a España, donde bajo el nombre de 'Gozos de la Virgen', invadió libros de horas, breviarios, vidas de Cristo, tratados marianos y apareció en lienzos de la Inmaculada Concepción hechos por pintores tan famosos como Juan de Juanes, Francisco Pacheco y Ribera» (154-155). Acerca de plantas y árboles presentes en las octavas, Vosters recuerda que san Alberto Magno dedicó todo un libro a los presentes en el Huerto Místico [Lib. XII. de horto concluso. *AlbertoLaud*, 341-431]» (154, n. 212). Cfr. también P. Micozzi (C, 1996).

El curioso lector puede comparar las octavas cervantinas con dos composiciones marianas de Lope de Vega en *El peregrino en patria* (I, 89-91: canción «Virgen del mar, estrella tramontana...») y (II, 159-161: sonetos del peregrino alemán, el flamenco y el español).

²⁸ *Niña de Dios*. Juego, algo frío, a base de la bisemia de *niña* = 'hija' y 'pupila, o 'cosa querida como ninguna'.

en soberbia maldad endurecida,
quebrantasteis de la infernal serpiente;
brinco de Dios²⁹, de nuestra muerte vida,
pues vos fuistes el medio conveniente
que redujo a pacífica concordia
de Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz hoy se han juntado
en vos, Virgen santísima, y con gusto
el dulce beso de la paz se han dado,
arra y señal³⁰ del venidero Augusto^{i,31}.
Del claro amanecer del sol sagrado
sois la primera aurora; sois del justo
gloria; del pecador, firme esperanza;
de la borrasca antigua, la bonanza.

Sois la paloma que, *ab eterno*^{i,32}, fuistes
llamada desde el cielo; sois la esposa
que al sacro Verbo limpia carne distes,

ⁱ M1: *Agosto*

A partir de M3, todas las eds. enmiendan, con las excepciones de P2, M16, B9, M17, M19, M21, B10, B11, M23

^j L, M3, *BAE*, Rosell: *ab eterno*

B5: *ab aeterno*

B (Sopena, s.a.), M23, AH: *al eterno*

²⁹ *brinco* = 'dije, joyuela que las damas prenden de las tocas' y, por extensión, 'cosa preciosa', incluso figuradamente. El origen portugués de la palabra se evidencia en los diminutivos con que solían usarla los escritores de la época: *brinquillo*, desde luego (cfr. Tirso de Molina, *Don Gil de las calzas verdes*, acto I), pero también *brinquño* (cfr., p. ej., Diego Galán, *Trabajos...*: 52).

³⁰ *arra y señal*. Una vez más la *reduplicatio*: ambas palabras significan aquí la misma cosa.

³¹ El *Agosto* de M1 es una errata evidente. La rima, por sí sola, exige *Augusto*. Pero es que, además, C. tiene inequívocamente en la memoria la *Égloga IV* de Virgilio (*A Apolón*), «recuperada» por la exegesis cristiana como un texto que, a pesar de su procedencia pagana, ofrece una válida *figura* del Mesías. Para más detalles, cfr. *PECP* (162-163).

³² *ab eterno* (o *ab aeterno* e, incluso, *ab eterno*) = 'desde la eternidad'. Sorprenden tanto la enmienda como la explicación dada por SA-RH, los cuales recogen a pie de página la lección de M1, «por si tratase de una cons-

por quien de Adán la culpa fue dichosa;
sois el brazo de Dios que detuvistes
de Abrahán la cuchilla rigurosa
y, para el sacrificio verdadero,
nos distes el mansísimo cordero.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto
presto en sazón, por quien el alma espera
cambiar en ropa rozagante el luto
que la gran culpa le vistió primera.
De aquel inmenso y general tributo
la paga conveniente y verdadera
en vos se ha de fraguar; creed, señora,
que sois universal remediadora.

Ya en las empíreas sacrosantas salas³³
el paraninfo aligero³⁴ se apresta
o casi mueve las doradas alas
para venir con la embajada honesta:
que el olor de virtud que de ti exalas,
Virgen bendita, sirve de recuesta
y apremio a que se vea en ti muy presto
del gran poder de Dios echado el resto.

trucción latina en el original». Bien claro está que se trata de eso mismo. La locución, alternando con *ab initio* (y hasta *abinicio*) se aplicó en muchas ocasiones precisamente a la *purísima concepción de María*, «ya elegida para Madre del Dios humanado». Así hace el Marqués de Santillana, en la composición dedicada a la Virgen de Guadalupe, estr. 1, y en los *Gozos de María*. Sin olvidar, por muy buenos —y evidentes— motivos, al Lope del *Peregrino en su patria* (II, 159: primeros versos del ya aludido soneto del «peregrino alemán» a la Virgen de Montserrat, aunque, en realidad, se trata de un canto a la Inmaculada Concepción).

³³ El sintagma *empíreas salas* recurre con frecuencia en la época (cfr. p. ej., la canción que el Racionero Tejada dedica a la «Asunción» en las *Flores de poetas ilustres*, fol. 171 v^o). Con todo, es mucho más abundante el paralelo *etéreas salas*, presente, p. ej., en Lope de Vega (*La Filomena*, Parte II, vv. 752-753) y Calderón (*La vida es sueño*, acto I). Todos ellos —o al menos los primeros testimonios— podrían derivar de Virgilio, *Eneida*, VIII, 608-609.

³⁴ *paraninfo aligero*. En su acepción original, *paraninfo* equivale a 'mensajero —o mediador— de nupcias'. (El P. Pineda, *Agricultura...*, diál. XIV, secc. 38, escribe: «El nombre de ninfa, tan usurpado de los poetas, quiere decir desposada, y de aquí se llamó paraninfo al casamentero»). Cfr. *LCC* (acto III).

Éstos fueron los versos que comenzó a cantar Feliciana, y los que dio por escrito después, que fueron de Auristela más estimados que entendidos. En resolución, las paces de los desavenidos se hicieron; Feliciana, esposo, padre y hermano se volvieron a su lugar, dejando orden a don Francisco Pizarro y don Juan de Orellana les enviasen el niño. Pero no quiso Feliciana pasar el disgusto que da el esperar y, así, se le llevó consigo, con cuyo suceso quedaron todos alegres.

CAPÍTULO SEXTO DEL TERCERO LIBRO^a

Cuatro días se estuvieron los peregrinos en Guadalupe, en los cuales comenzaron a ver las grandezas de aquel santo monasterio; digo comenzaron porque de acabarlas de ver es imposible¹. Desde allí se fueron a Trujillo, adonde asimismo fueron agasajados de los dos nobles caballeros don Francisco Pizarro y don Juan de Orellana, y allí de nuevo refirieron el suceso de Feliciana y ponderaron, al par de su voz, su discreción y el buen proceder de su hermano y de su padre, exagerando Auristela los cortesés ofrecimientos que Feliciana le había hecho al tiempo de su partida.

La ida de Trujillo fue de allí a dos días, la vuelta de Talavera, donde hallaron que se preparaba para celebrar la gran fiesta de la Monda, que trae su origen de muchos años antes que Cristo naciese, reducida por los cristianos a tan buen punto y término que, si entonces se celebraba en honra de la diosa Venus por la gentilidad, ahora se celebra en

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Prosiguen su viaje. Encuentran una vieja peregrina y un polaco, que les cuenta su vida*

¹ comenzar [...] porque acabar.... Frase tópica, frecuente en la época, que reaparecerá en el propio *Persiles* (III, 19: 618).

honra y alabanza de la Virgen de las vírgines^{b,2}. Quisieran esperar a verla, pero, por no dar más espacio a su espacio, pasaron adelante y se quedaron sin satisfacer su deseo.

Seis leguas se habrían alongado de Talavera cuando delante de sí vieron que caminaba una peregrina, tan peregrina, que iba sola³, y escusóles el darla voces a que se detuviese el haberse ella sentado sobre la verde yerba de un pradecillo, o ya convidada del ameno sitio, o ya obligada del cansancio. Llegaron a ella y hallaron ser de tal talle, que nos obliga a describirle. La edad, al parecer, salía de los términos de la mocedad y tocaba en las márgenes de la vejez; el rostro daba en rostro⁴, porque la vista de un lince no alcanzara a verle las narices, porque no las tenía, sino tan chatas y llanas que con unas pinzas no le pudieran asir una brizna de ellas; los ojos les hacían sombra, porque más salían fuera de la cara que ella. El vestido era una es-

^b A partir de M4, todas las eds. traen *vírgenes*, con las solas excepciones de M6, M7, M15, M16, *PECP*, AH.

² En nota sobre la *fiesta de la Monda*, de Talavera, S-B han reunido datos muy interesantes. Aquí bastará recordar que fundamentalmente consistía (y consiste) en la presentación a la Virgen del Prado de *mondas*, es decir, grandes cirios de distintos colores, como los de Pascua, por parte de cada de las parroquias de la ciudad. Los festejos comenzaban el segundo día después de la Resurrección y acababan quince más tarde, pero los más significativos se desarrollaban entre «el jueves de la segunda semana después de Pascua» y el domingo. Cfr. también cuanto dice AA. Añadiré, por mi cuenta, que, en realidad, no se trata de una perduración cristianizada de culto a Venus, sino a Ceres (estamos ante una derivación de *mundus Cereri*), como demuestra J. Caro Baroja en «Mondas y møndidas» y en «La fiesta de San Juan en San Pedro Manrique» (en *Del viejo folklore castellano...*: 173-228 y 229-245, respectivamente).

La cronología interna del *Persiles* por mí propuesta a lo largo de estas páginas no resulta comprometida por las celebraciones talaveranas. Como es sabido, la Pascua es fiesta móvil. No es, si bien se mira, imprescindible precisar en qué día tuvieron lugar las de 1559. Lo que aquí importa es recordar que, poco después de la salida de los peregrinos de Badajoz, C. concreta el momento de la acción: finales de marzo, en torno al equinoccio de primavera (21 de dicho mes), día más, día menos (cfr. III, 2: 447).

³ Era usanza general de los peregrinos caminar en grupo (cfr., p. ej., *Quijote*, II, 54, y la nota que para ese cap. escribiera Clemencín). Sobre la biseimia de *peregrino*, cfr., en el propio *Persiles*, III, 1 (435).

⁴ *el rostro daba en rostro*. Socorrido —y, ya, muy desgastado— juego de palabras. *Dar en rostro* = 'llamar la atención', pero también 'causar enojo' y aun 'producir asco'.

clavina rota que le besaba los calcañares⁵, sobre la cual traía una muceta, la mitad guarnecida de cuero⁶, que, por roto y despedazado, no se podía distinguir si de cordobán o si de badana fuese⁷; ceñíase con un cordón de esparto, tan abultado y poderoso, que más parecía gúmena de galera que cordón de peregrina; las tocas eran bastas, pero limpias y blancas. Cubría-le la cabeza un sombrero viejo, sin cordón ni toquilla⁸, y, los pies, unos alpargates rotos; y ocupábale la mano un bordón hecho a manera de cayado, con una punta de acero al fin; pendíale del lado izquierdo una calabaza de más que mediana estatura y apesgábase⁹ el cuello un rosario, cuyos padrenuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla¹⁰. En efeto, toda ella era rota, y toda penitente, y (como después se echó de ver) toda de mala condición¹¹.

⁵ *esclavina* = 'vestidura de cuero o tela, que se ponen sobre el cuello y sobre los hombros los que van en romería, aunque se han usado más largas, a manera de capas'. (DRAE). Pero, en anteriores eds., el mismo diccionario decía: «...se han usado más largas, llegando hasta los pies». ¿A qué modalidad de *esclavina* se refiere exactamente aquí C.? ¿A un *sayo* o a una *capa* sobre la que lleva la *muceta* (= 'cierto género de capita que cubre hasta medio brazo')? Teniendo también en cuenta otro pasaje del propio *Per-siles* (IV, 4: 661), creo legítimo suponer que nuestros peregrinos de la novela póstuma visten, como el extraño personaje que ahora encuentran en el prado, una y otra prenda: la *esclavina*, larga, y la *muceta*, corta.

⁶ *guarnecida de cuero*. Efectivamente, la *muceta* de peregrinos (no, claro está, la de prelados, etc.), solía ser de cuero o ir forrada de él, para resguardar de la lluvia.

⁷ *cordobán* = 'fuerte cuero de macho cabrío, convenientemente adobado'; *badana* = 'cuero también adobado pero muy blando y de poca dura, no haciéndose aposta [...] De ordinario sirve para aforro de otros cueros' (Cov.).

⁸ *toquilla* = 'adorno, de gasa o de otro tejido, en la copa del sombrero, tanto femenino como masculino'.

⁹ *apesgar* = 'inclinarse por el peso'.

¹⁰ *el argolla*. S-B muestran que el fin del juego «consistía en meter unas bolas de madera por debajo de una horquilla, valiéndose de palas cóncavas». Había, pues, bastante parecido entre la *argolla* y el *croquet*. C. habla con cierto detenimiento de esta diversión de la época en *ERD* (acto III).

¹¹ Escribe Osuna (C, 1972: 75-76): «Aunque es cierto que estas dos últimas palabras podrían interpretarse de una forma muy amplia, parece sensato pensar que el escritor está esbozando ya un episodio posterior que nos revelará la 'mala condición' de la peregrina. No será ello así [...]. Lo anunciado, sencillamente, no se cumple. He aquí un personaje que no realiza su destino novelístico.»

Saludáronla en llegando y ella les volvió las saludes¹² con la voz que podía prometer la chatedad de sus narices, que fue más gangosa que suave¹³. Preguntáronla adónde iba y qué peregrinación era la suya y, diciendo y haciendo, convidados, como ella, del ameno sitio, se le sentaron a la redonda; dejaron pacer el bagaje (que les servía de recámara¹⁴, de despensa y botillería) y, satisfaciendo a la hambre, alegremente la convidaron, y ella, respondiendo a la pregunta que la habían hecho, dijo:

—Mi peregrinación es la que usan algunos peregrinos, quiero decir que siempre es la que más cerca les viene a cuento para disculpar su ociosidad y, así, me parece que será bien deciros que por ahora voy a la gran ciudad de Toledo, a visitar a la devota imagen del Sagrario¹⁵ y, desde allí, me iré al Niño de la Guardia¹⁶ y, dando una punta, como halcón noruego¹⁷, me entretendré con la Santa Verónica de Jaén¹⁸, hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo

¹² *las saludes* = 'los saludos'.

¹³ Acerca del gusto manierista del contraste belleza / fealdad absoluta, cfr. II, 10 (341-342).

¹⁴ *recámara* = 'ropero'. Como, p. ej., en A. de Torquemada, *Coloquios satíricos* («Coloquio que trata de la desorden que en este tiempo se tiene en los vestidos») o M. de Santa Cruz, *Floresta española* (n. 110).

¹⁵ La imagen de la patrona de Toledo a que se refiere la peregrina es de factura románica. La capilla, tan alabada en la época, fue comenzada en 1595 (el cardenal Sandoval y Rojas la había elegido para lugar de su enterramiento en 1660) e inaugurada en octubre de 1616 por el propio primado e inquisidor general. «Antes, a principios del año, debió de salir el poema de Valdivielso [titulado, precisamente, *Sagrario de Toledo*]» (cfr. Rafael Lainez Alcalá, *Don Bernardo de Sandoval y Rojas, 1546-1618*: 196-199).

¹⁶ Para la historia de «el niño de La Guardia» (1472), cfr. J. Caro Baroja, *Los judíos en la España moderna* (Madrid, Arión, 1961: I, 165-172). Sobre la «leyenda agiográfica» creada en torno al hecho escribió Lope de Vega la tragicomedia *El niño inocente de La Guardia* (llamada también *El santo niño de la Guardia* y *El segundo Cristo*).

¹⁷ *Dar una punta* = 'remontarse el ave de rapiña, para después caer, fulminantemente, sobre la presa'.

¹⁸ En la catedral de Jaén se custodia «la Santa Faz», una de las imágenes del rostro que, según antiguas tradiciones, quedó impreso en el paño con que la Verónica enjugó el sudor y la sangre a Cristo en el camino del calvario. (Otra hay en Roma y otra aún en Alicante.) Cfr., p. ej., Aurelio de Santos, *Los evangelios apócrifos*, Madrid, BAC, 1963: 497.

de abril, en cuyo día se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra¹⁹. Tal es, según he oído decir, que ni las pasadas fiestas de la gentilidad, a quien imita la de la Monda de Talavera, no le han hecho ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginación, donde la tengo fija, y pintáros la con palabras y ponéros la delante de la vista, para que, comprendiéndola, viéredes la mucha razón que tengo de alabáros la; pero ésta es carga para otro ingenio no tan estrecho como el mío. En el rico palacio de Madrid, morada de los reyes, en una galería, está retratada esta fiesta con la puntualidad posible: allí está el monte o, por mejor decir, peñasco, en cuya cima está el monasterio que deposita en sí una santa imagen llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de un llano libre y desembarazado, solo y señero²⁰ de otros montes ni peñas que le rodeen, cuya altura será de hasta un cuarto de legua, y cuyo circuito debe de ser de poco más de media. En este espacioso y ameno sitio tiene su asiento, siempre verde y apacible, por el humor que le comunican las aguas del río Jándula, que, de paso, como en reverencia, le besa las faldas. El lugar, la peña, la imagen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y lejos el solenne día que he dicho le hacen famoso en el mundo y célebre en España sobre cuantos lugares las más estendidas memorias se acuerdan²¹.

La «Santa Faz» se expone los Viernes Santos «y fiestas de Nuestra Señora de Agosto». Con toda evidencia, la peregrina se ha perdido la asistencia a la primera «manifestación» del venerado paño; para la segunda, le sobra tiempo. Al menos en principio, porque enseguida veremos que el relato no carece de incoherencias.

¹⁹ Otro caso de superlativo en grado positivo. Cfr. II, 1 (277).

²⁰ *solo y señero*. Nuevo caso de *reduplicatio*, frecuente en C.: cfr. *Quijote*, I, 11, (LGi) y, en el propio *Persiles*, IV, 11 (710).

²¹ Para una descripción de esta fiesta mariana, cfr. —como indican S-B— el *Panegírico historial de Nuestra Señora de la Cabeza*, de Manuel Salcedo

Suspensos quedaron los peregrinos de la relación de la nueva, aunque vieja, peregrina y casi les comenzó a bullir en el alma la gana de irse con ella a ver tantas maravillas, pero la que llevaban de acabar su camino no dio lugar a que nuevos deseos lo impidiesen.

—Desde allí —prosiguió la peregrina— no sé qué viaje será el mío, aunque sé que no me ha de faltar donde ocupe la ociosidad y entretenga el tiempo, como lo hacen, como ya he dicho, algunos peregrinos que se usan.

A lo que dijo Antonio el padre:

—Paréceme, señora peregrina, que os da en el rostro²² la peregrinación.

—Eso no —respondió ella—, que bien sé que es justa, santa y loable y que siempre la ha habido y la ha de haber en el mundo; pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hacen granjería de la santidad y ganancia infame de la virtud loable; con aquellos, digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres. Y no digo más, aunque pudiera.

En esto, por el camino real, que junto a ellos estaba, vieron venir un hombre a caballo, que, llegando a igualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles y hacerles cortesía, habiendo puesto la cabalgadura, como después pareció, la mano en un hoyo, dio consigo y con su dueño al través una gran caída. Acudieron todos luego a socorrer al caminante, que pensaron hallar muy mal parado. Arrendó Antonio el mozo la cabalgadura, que era un poderoso ma-

Olid. De la misma habla también —y bastante antes— Lope de Vega, en su *Tragedia del rey don Sebastián* (acto II), con algún error de detalle.

AM se pregunta (VII: 11-13) cuándo pudo visitar C. el cabezo (o la cabeza) y llega al conclusión que fue en abril de 1592. Personalmente, creo que la referencia al cuadro es más bien indicio de que el novelista no había visto nunca el santuario. ¿Y el cuadro? Que no sería muy difícil llegar hasta él parece desprenderse ya de las palabras de la peregrina. Amezáa (*Cervantes, creador de la novela corta española*, Madrid, CSIC, 1956: I, 76) piensa que pudo contemplarlo en una de las visitas que, con toda certeza, hizo al Alcázar, de vuelta a España tras el cautiverio en Argel, para pedir —sin éxito— un empleo adecuado a sus méritos.

²² dar en el rostro. Cfr. IV, 1 (638) con la fórmula más usual.

cho²³, y al dueño le abrigaron lo mejor que pudieron y le socorrieron con el remedio más ordinario que en tales casos se usa, que fue darle a beber un golpe de agua²⁴; y, hallando que su mal no era tanto como pensaban, le dijeron que bien podía volver a subir y a seguir su camino. El cual hombre les dijo:

—Quizá, señores peregrinos, ha permitido la suerte que yo haya caído en este llano, para poder levantarme de los riscos donde la imaginación me tiene puesta el alma. Yo, señores, aunque no queráis saberlo, quiero que sepáis²⁵ que soy extranjero y, de nación, polaco. Muchacho salí de mi tierra y vine a España, como a centro de los extranjeros y a madre común de las naciones²⁶; serví a españoles, aprendí la lengua castellana de la manera que veis que la hablo y, llevado del general deseo que todos tienen de ver tierras, vine

²³ *macho* = 'mulo'. Se viajaba mucho más en mulo (o mula) que a caballo en la España de los siglos XVI y XVII, en los que este tipo de ganado abundaba muchísimo, dada la demanda. Los extranjeros hallaban *chocante* esta predilección, sobre todo conociendo la bondad de los caballos andaluces. Sobre los peligros para la economía española que esta preferencia por mulas y mulos comportaba, cfr. Pedro Fernández de Navarrete, *Conservación de monarquías* (discurso XL).

²⁴ *un golpe de agua* = 'un trago'. No eran pocas las construcciones a base de *golpe*. En el mismo *Persiles* encontraremos *gran golpe de gente* (III, 13: 573); en la continuación del *Guzmán de Alfarache* por Mateo Luján (= Juan Martí), *golpe de dinero* (I, 6); en *El tercero de su afrenta*, de Antonio Martínez (acto III), *fiero golpe de enojos*....

²⁵ *aunque no queráis saberlo, quiero que sepáis que...* Cfr. LG (I. I: 117): «Artemidoro [...] comenzó luego a cantar unos versos [...], los cuales, aunque os dé pesadumbre oírlos, sólo porque hacen al caso [...] os los habré de decir, que son éstos...»

²⁶ En torno a 1600-1615, el catolicismo había recuperado buena parte de su potencia en Polonia. En los años en que parece legítimo situar la acción del *Persiles* y, más aún, en el momento en que el desconocido llegó a la península Ibérica (como se sabrá dentro de poco —III, 6: 496-497—, no antes de 1544), la tensión entre los grupos protestantes y la mayoría católica era todavía grande. Este entonces joven, católico, decidiría residir en el país que se presentaba como el paladín indiscutible de una visión precisamente «católica» del mundo y del cristianismo.

Que España fuera *madre de extranjeros* (a veces, con el complemento y *madrastra de sus propios hijos*) es un auténtico lugar común de la época. Herrero García (*Ideas...*: 72-73) ha reunido una curiosa documentación al respecto.

a Portugal a ver la gran ciudad de Lisboa y, la misma noche que entré en ella, me sucedió un caso que, si le creyereis, haréis mucho, y si no, no importa nada, puesto que la verdad ha de tener siempre su asiento, aunque sea en sí misma²⁷.

Admirados quedaron Periandro y Auristela y los demás compañeros de la improvisa y concertada narración del caído caminante y, con gusto de escucharle, le dijo Periandro que prosiguiese en lo que decir quería, que todos le darían crédito, porque todos eran cortesés y en las cosas del mundo experimentados. Alentado con esto, el caminante prosiguió diciendo:

—Digo que la primera noche que entré en Lisboa, yendo por una de sus principales calles o rúas, como ellos las llaman, por mejorar de posada (que no me había parecido bien una donde me había apeado), al pasar de un lugar estrecho y no muy limpio, un embozado portugués con quien encontré me desvió de sí con tanta fuerza que tuve necesidad de arrimarme al suelo. Despertó el agravio la cólera, remití mi venganza a mi espada, puse mano, púsola el portugués con gallardo brío y desenvoltura, y la ciega noche, y la fortuna, más ciega, a la luz de^c mi mejor suerte, sin saber yo adónde, encaminó la punta de mi espada a la vista de mi contrario; el cual, dando de espaldas, dio el cuerpo al suelo y el alma adónde Dios se sabe. Luego me representó el temor lo que había hecho; pasmémeme; puse en el huir mi remedio; quise huir, pero no sabía adónde; mas el rumor de la gente, que me pareció que acudía, me puso alas en los pies y, con pasos desconcertados, volví la calle abajo, buscando donde esconderme o adonde tener lugar de limpiar mi espada, porque, si la justicia me cogiese, no me hallase con manifiestos indicios de mi delito.

»Yendo, pues, así, ya del temor desmayado, vi una luz en una casa principal, y arrojéme a ella, sin saber con qué disnio. Hallé una sala baja abierta y muy bien aderezada; alar-

^c M14, M15, M18, M21, BA2: *fortuna, más ciega a la luz de*

²⁷ Idéntica frase ocurre en LG (l. III: 242).

gué el paso y entré en otra cuadra, también bien aderezada, y, llevado de la luz que en otra cuadra parecía, hallé en un rico lecho echada una señora que, alborotada, sentándose en él, me preguntó quién era, qué buscaba y adónde iba, y quién me había dado licencia de entrar hasta allí con tan poco respeto. Yo le respondí: «Señora, a tantas preguntas no os puedo responder sino sólo con deciros que soy un hombre extranjero, que, a lo que creo, dejó muerto a otro en esa calle, más por su desgracia y su soberbia que por mi culpa. Suplícoos, por Dios y por quien sois, que me escapéis del rigor de la justicia, que pienso que me viene siguiendo.» «¿Sois castellano?», me preguntó en su lengua portuguesa. «No, señora —le respondí yo—, sino forastero, y bien lejos de esta tierra.» «Pues aunque fuéades mil veces castellano —replicó ella—, os librara yo, si pudiera, y os libraré, si puedo²⁸. Subid por cima deste lecho y entraos debajo deste tapiz, y entraos en un hueco que aquí hallaréis; y no os mováis, que, si la justicia viniere, me tendrá respeto y creará lo que yo quisiere decirles.»

»Hice luego lo que me mandó: alcé el tapiz, hallé el hueco, estrechéme en él, recogí el aliento y comencé a encomendarme a Dios lo mejor que pude. Y, estando en esta confusa aflicción, entró un criado de casa, diciendo casi a gritos: «Señora, a mi señor don Duarte han muerto; aquí le traen pasado de una estocada de parte a parte por el ojo de-

²⁸ Acerca de la tradicional desconfianza, en ocasiones convertida en enemistad abierta e incluso en odio visceral, por parte de los portugueses hacia los castellanos existe una abundantísima documentación. Cuando la fuente es portuguesa, el tono suele ser perfectamente serio; cuando es «castellana», no es raro, ni mucho menos, que acabe en ironía y aun en sarcasmo. Cfr., p. ej., Jorge Ferreira de Vasconcelos, *Comédia Eufrosina* (acto I) y el *Sermón de Aljubarrota*, con las glosas por algunos atribuidas a Diego Hurtado de Mendoza. Herrero García (*Ideas...*: 130-144, 149 y ss.) presenta más datos del siglo XVII sobre el tema.

Según L. D. Stanley (B, 1854), las palabras de la señora son indicio de que cuando suceden los hechos Portugal está ya unido a España, con lo que tendríamos una clara ruptura de la secuencia cronológica. Pero la verdad es que semejante rencor hacia los castellanos es igualmente imaginable en 1558 y 1559. Y —como se ha visto, y se verá— toda la historia del polaco se presta a muy variadas conjeturas.

recho, y no se sabe el matador ni la ocasión de la pendencia, en la cual apenas se oyeron los golpes de las espadas. Solamente hay un muchacho que dice que vio entrar un hombre huyendo en esta casa». «Ése debe de ser el matador, sin duda —respondió la señora—, y no podrá escaparse. ¡Cuántas veces temía yo (¡ay, desdichada!) ver que traían a mi hijo sin vida, porque de su arrogante proceder no se podían esperar sino desgracias!»

»En esto, en hombros de otros cuatro entraron al muerto y le tendieron en el suelo, delante de los ojos de la afligida madre, la cual, con voz lamentable, comenzó a decir: «¡Ay, venganza, y cómo estás llamando a las puertas del alma! Pero no consiente que responda a tu gusto el que yo tengo de guardar mi palabra. ¡Ay, con todo esto, dolor, que me aprietas mucho!»

»Considerad, señores, cuál estaría mi corazón, oyendo las apretadas razones de la madre, a quien la presencia del muerto hijo me parecía a mí que le ponían en las manos^{d,29} mil géneros de muertes con que de mí se vengase, que bien estaba claro que había de imaginar que yo era el matador de su hijo. Pero ¿qué podía yo hacer entonces, sino callar y esperar en la misma desesperación? Y más cuando entró en el aposento la justicia, que, con comedimiento, dijo a la señora: «Guiados por la voz de un muchacho, que dice que se entró en esta casa el homicida deste caballero, nos hemos atrevido a entrar en ella.» Entonces yo abrí los oídos y estuve atento a las respuestas que daría la afligida madre; la cual respondió, llena el alma de generoso ánimo y de piedad cristiana: «Si ese tal hombre ha entrado en esta casa, no, a lo menos, en esta estancia; por allá le pueden buscar, aunque plegue a Dios que no le hallen, porque mal se remedia una muerte con otra, y más cuando las injurias no proceden

^d M5, M6, B2, M3, B4, M7, M9, NY, M10, B5, M13: *que le ponía en las manos*

²⁹ Estamos, una vez más, ante un caso de verbo en plural porque éste es el número del complemento directo, no ya —como parece natural, hoy— del sujeto.

de malicia.» Volvióse la justicia a buscar la casa y **volvieron** en mí los espíritus que me habían desamparado. Mandó la señora quitar delante de sí el cuerpo muerto del hijo y que le amortajasen y desde luego diesen orden en su sepultura; mandó asimismo que la dejaran sola, porque no estaba para recibir consuelos y pésames de infinitos que venían a dárseles, así de parientes como de amigos y conocidos. Hecho esto, llamó a una doncella suya, que, a lo que pareció, debió de ser de la que más se fiaba, y, habiéndola hablado al oído, la despidió mandándole cerrase tras sí la puerta. Ella lo hizo así y la señora, sentándose en el lecho, tentó el tapiz y, a lo que pienso, me puso las manos sobre el corazón, el cual, palpitando a priesa, daba indicios del temor que le cercaba. Ella, viendo lo cual, me dijo con baja y lastimada voz: «Hombre, quienquiera que seas, ya ves que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos y, finalmente, la vida que me sustentaba; pero, porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra a mi venganza; y, así, en cumplimiento de la promesa que te hice de librarte cuando aquí entraste, has de hacer lo que ahora te diré: ponte las manos en el rostro (porque, si yo me descuido en abrir los ojos, no me obligues a que te conozca) y sal de ese encerramiento, y sigue a una mi doncella que ahora vendrá aquí, la cual te pondrá en la calle y te dará cien escudos de oro, con que facilites tu remedio³⁰. No eres conocido, no tienes ningún indicio que te manifieste; sosiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delincuente.»

»En esto volvió la doncella; yo salí de tras del paño, cubierto el rostro con la mano y, en señal de agradecimiento, hincado de rodillas, besé el pie de la cama muchas veces y, luego, seguí los de la doncella, que, asimismo callando, me

³⁰ Las palabras de la dama son sin duda nobilísimas, pero ¿no pecan contra la verosimilitud? ¿No están, en algún sentido, lastradas por la «retórica de la magnanimidad»? En realidad, la señora *ha visto* al polaco hace bien poco (492-493). Habiéndose alborotado —como no podía por menos— ante la presencia de un desconocido que se ha introducido en su cuarto y que, para colmo, confiesa haber dado muerte a un hombre, ¿es creíble que *ya* no recuerde su rostro?

asíó del brazo y, por la puerta falsa de un jardín, a oscuras, me puso en la calle. En viéndome en ella, lo primero que hice fue limpiar la espada y, con sosegado paso, salí acaso a una calle principal, de donde reconocí mi posada y me entré en ella, como si por mí no hubiera pasado ni próspero suceso ni adverso. Contóme el huésped la desgracia del recién muerto caballero y así exageró la grandeza de su linaje como la arrogancia de su condición, de la cual se creía le^{e,31} habría granjeado algún enemigo secreto que a semejante término le hubiese conducido.

»Pasé aquella noche dando gracias a Dios de las recibidas mercedes y ponderando el valeroso y nunca visto ánimo cristiano y admirable proceder de doña Guiomar de Sosa, que así supe se llamaba mi bienhechora³². Salí por la mañana al río y hallé en él un barco lleno de gente que se iba a embarcar en una gran nave que en Sangián estaba de partida para las islas orientales; volvíme a mi posada, vendí a mi huésped la cabalgadura y, cerrando todos mis discursos en el puño, volví al río y al barco, y otro día me hallé en el gran navío fuera del puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se deseaba.

»Quince años he estado en las Indias, en los cuales, sir-

^e M1: *la*

Adopto la enmienda de M5 y todas las eds. posteriores, con las excepciones de M16, M17, M18, M19, BA2, M22, M23, S, AH.

³¹ Es evidente que aquí *no* se trata de uno de los tantos casos de *laísmo* registrados en las *príncipes* cervantinas, sobre todo en las de tardía datación.

³² S-B relacionan la historia del polaco con Giraldi Cinzio, *Hecatonmitibi*, VI, 6. AA, Vian, SA-RH y Ruffinatto dan por buena la fuente de este relato. Pero no se debe olvidar que el motivo forma parte del acerbo folclórico. Mucho antes de que se publicaran los *Hecatonmitibi* (1565), está presente, p. ej., en la *cantiga CCVII* de Alfonso el Sabio. A partir de textos latinos y castellanos, que personalmente desconozco, Cristóbal Lozano traza en 1651 una parecida «historia de perdón» en su *David perseguido*. ¿Y C.? ¿Pudo conocer el motivo escrito? ¿Lo tomó de la tradición oral? Es difícil decantarse por una u otra explicación. Si bien se piensa, un sermón, p. ej., pudo ser el vehículo difusor de esta «célula narrativa», luego desarrollada por el *raro inventor*.

viendo de soldado con valentísimos portugueses, me han sucedido cosas de que quizá pudieran hacer una gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes invencible nación portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes y venideros siglos³³. Allí granjeé algun oro y algunas perlas y cosas más de valor que de bulto, con las cuales, y con la ocasión de volverse mi general a Lisboa, volví a ella, y de allí me puse en camino para volverme a mi patria, determinando ver primero todas las mejores y más principales ciudades de España. Reducí a dineros mis riquezas y a pólizas los que me pareció ser necesario para mi camino, que fue el que primero intenté venir a Madrid, donde estaba recién venida la corte del gran Felipe Tercero³⁴; pero ya mi suerte, cansada de llevar la nave de mi ventura con próspero viento por el mar de la vida huma-

³³ La historia de las relaciones entre portugueses y españoles no está hecha tan sólo de suspicacias y desconfianzas. Por parte española, se encuentran numerosas pruebas de sincera admiración por el valor característico de nuestros vecinos (cfr., en este sentido, las recogidas por Herretero García, *Ideas...*: 143 y ss., 159 y ss.). Con relación a la extraordinarias proezas llevadas a cabo en las Indias Orientales, la admiración no era privativa de los «castellanos» (al fin y al cabo, parte interesada, desde cuando la Corona de Portugal pasó a formar parte de la monarquía hispánica, siquiera fuera sólo en régimen de unión personal). Cfr., p. ej., Giovanni Botero, *Relazioni universali* (Parte IV, 170) y P. Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo* (III, 14).

³⁴ En III, 4 (471, con nota 27) y 8 (513), C. da por cosa consabida la presencia de la corte en Madrid. En uno y otro caso, no cabe duda de que nuestro autor incurre en un objetivo —aunque tal vez no vistósimo— anacronismo, si de veras sitúa la acción en 1559. La frase que motiva estas líneas vuelve ahora la cuestión bastante más complicada.

A primera vista, por lo menos, el polaco no podría referirse más que al regreso de la corte de Felipe III a Madrid, tras los cinco años de establecimiento de la misma en Valladolid. Ahora bien, ¿qué finalidad puede tener el anclaje de la acción de este capítulo del *Persiles* —y aún de todo el libro III— precisamente en 1606? Para Novo y F. Chicharro (C, 1928: 15) todo se explica como «una mera distracción del autor, que determina la fecha en que escribió el episodio». Del mismo parecer es Osuna (C, 1970: 366-367): «Como esto aconteció en 1606, nada de lo escrito después de esta línea puede ser anterior a esa fecha; por supuesto, no podemos tomar en consideración el que esto pudiera ser un retoque o una interpolación, pues no habría investigación que resistiera este tipo de determinaciones gratuitas.»

na, quiso que diese en un bajío que la destrozase toda y, así, hizo que, en llegando una noche a Talavera, un lugar que no está lejos de aquí, me apeé en un mesón, que no me sirvió de mesón, sino de sepultura, pues en él hallé la de mi honra.

»¡Oh fuerzas poderosas de amor (de amor, digo, inconsiderado, presuroso, y lascivo, y mal intencionado), y con cuánta facilidad atropellas disinius buenos, intentos castos, proposiciones discretas! Digo, pues, que, estando en este mesón, entró en él acaso una doncella de hasta diez y seis años (a lo menos a mí no me pareció de más, puesto que después supe que tenía veinte y dos). Venía en cuerpo y en tranzado^{f,35}, vestida de paño, pero limpiísima, y, al pasar jun-

^f B2, B3, B4: *en traçado*
M9: *en trenzado*

El destinatario de esta última afirmación del estudioso (si bien se mira, menos «científica» de lo que parece) es, sin duda, Singleton, quien, a partir de su convicción de que *todo* el *Persiles* es anterior a la *Galatea*, explica la presencia de *Felipe Tercero* como una simple enmienda —o, mejor, ultracorrección— de alguien que, acaso en la misma imprenta, «puso al día» el manuscrito original, cambiando en *Tercero* el originario *Segundo* (343-344).

El lector habrá notado la escasa consonancia de mis opiniones con las del hispanista norteamericano. Añádase que la tradición es unánime: ni un solo editor —o traductor— se aleja de la lección de M1. A pesar de lo cual, debo reconocer que, *al menos en este caso*, el razonamiento de Singleton me parece aceptable y aun plausible. En efecto, leyendo *Felipe Segundo*, el pequeño —e irrelevante— anacronismo original subsiste, pero cae esa no funcional referencia a 1606, que, si bien se mira, resulta enteramente insolidaria con las numerosas fechas objetivas rastreables en la parte «latina» o «mediterránea» del *Persiles*, las cuales, en cambio, remiten, sin excepción, a 1614-1615 y aun 1616. (Dicho sea entre paréntesis: en la realidad, Felipe II está fuera de España cuando los peregrinos la atraviesan. Su vuelta a la Península tiene lugar en octubre de 1559. Es decir, poco después de cuando parece acabar la acción de la novela, en Roma.) Si no me equivoco, aquí C. pone en boca del polaco Ortel Banedre una frase unívoca, no susceptible de ser interpretada —como en otros casos, ya vistos o todavía por ver, a lo largo del libro III— en términos de *doble cronología*.

Que yo sepa, el único estudioso que *de algún modo* acepta la sugerencia de Singleton es Beringer (C, 1971: 8-9). A la interpretación «tradicional» (1606, y sólo eso) vuelven AA, Allen (C, 1971: 88), W-C, Molho (B, 1994), SA-RH y Ruffinatto (B, 1996).

³⁵ *en tranzado* = 'con el pelo recogido en trenzas, con cintas de colores'. *En tranzado*, como *en cabello*, equivale también a 'sin tocado', con la cabeza

to a mí, me pareció que olía a un prado lleno de flores por el mes de mayo, cuyo olor en mis sentidos dejó atrás las aromas de Arabia. Llegóse la cual a un mozo del mesón y, hablandole al oído, alzó una gran risa y, volviendo las espaldas, salió del mesón y se entró en una casa frontera. El mozo mesonero corrió tras ella y no la pudo alcanzar, si no fue con una cox que le dio en las espaldas, que la hizo entrar cayendo de ojos en su casa. Esto vio otra moza del mismo mesón y, llena de cólera, dijo al mozo: «¡Por Dios, Alonso, que lo haces mal; que no merece Luisa que la santigües a coces!»³⁶. «Como ésas le daré yo, si vivo —respondió el Alonso—. Calla, Martina amiga, que a estas mocitas sobresalientes no solamente es menester ponerles la mano, sino los pies y todo.» Y con esto nos dejó solos a mí y a Martina, a la cual le pregunté que qué Luisa era aquélla, y si era casada o no. «No es casada —respondió Martina—; pero serálo presto con este mozo Alonso que habéis visto y, en fe de los tratos que andan, entre los padres della y los dél, de esposa, se atreve Alonso a molella a coces todas las veces que se le antoja, aunque muy pocas son sin que ella las merezca, porque, si va a decir la verdad, señor huésped, la tal Luisa es algo atrevidilla y algún tanto libre y descompuesta. Harto se lo he dicho yo, mas no aprovecha: no dejará de seguir su gusto si la sacan los ojos. Pues, en verdad, en verdad, que una de las mejores dotes que puede llevar una doncella es la honestidad, que buen siglo haya la madre que me parió, que fue persona que no me dejó ver la calle ni aun por un agujero, cuanto más, salir al umbral de la puerta. Sabía bien, como ella decía, que la mujer y la gallina, etc.»³⁷. «Dígame, señora Martina —le repliqué yo—: ¿cómo de la estrechez de esse noviciado vino a hacer pro-

descubierta, «cosa que sólo entre las doncellas era común estilo» (RM, I: 318). La foma ocurre, p. ej., en la *Diana* de Jorge de Montemayor (VI: 349). Según Enrique Moreno Báez, se trata de un evidente lusitanismo (*trança* = 'trenza').

³⁶ *santiguar a coces*. Antes había ocurrido en *Quijote*, I, 21, y en *CdP*.

³⁷ El refrán completo reza «la mujer y la gallina, por andar se pierde aina» (es decir, 'pronto, enseguida'). Debe, pues, quedarse en casa y no correr riesgos «por el mundo».

fesión en la anchura de un mesón?» «Hay mucho que decir en eso», dijo Martina.» Y aun yo tuviera más que decir de estas menudencias, si el tiempo lo pidiera o el dolor que traigo en el alma lo permitiera.

CAPÍTULO SÉTIMO DEL TERCERO LIBRO^a

Con atención escuchaban los peregrinos el peregrino cuento del polaco^{b,1} y ya deseaban^c saber qué dolor traía en el alma, como sabían el que debía de tener en el cuerpo; a quien dijo Periandro:

—Contad, señor, lo que quisiéredes, y con las menudencias que quisiéredes, que muchas veces el contarlas suele acrecentar gravedad al cuento, que no parece mal estar en la mesa de un banquete, junto a un faisán bien aderezado, un plato de una fresca, verde y sabrosa ensalada². La salsa de los cuentos es la propiedad del lenguaje en cualquiera cosa que se diga. Así que, señor, seguid vuestra historia; contad de Alonso y de Martina^{d,3}; acocead a vuestro gusto a Luisa;

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Donde el polaco da fin a la narración de su historia*

^b M1: *el peregrino quando del polaco*

Adopto la enmienda de B2, B3, B4, M13.

^c M1: *ya dessean*

M13: *y deseaban*

^d M1: *Marina*

¹ Para SA-RH, que prefieren respetar a todo trance la lección de M1, ésta «no deja de ser inteligible: 'deseando ya saber, con ganas de saber ya'». Por supuesto, esto está clarísimo. Lo que resulta *muy* confuso es la acumulación de *peregrino*, *quando* y *polaco*. Todo sumado y ponderado, sigo creyendo que la enmienda se impone.

² La defensa de la variedad, incluso a nivel estilístico (con lo que se contradicen conscientemente ciertos dogmas de la poética aristotélica y horaciana) está expresada en términos ya tópicos. Cfr., p. ej., M. Alemán, prólogo «Al discreto lector» del *Guzmán* (Parte I).

³ A pesar de la unanimidad del *Martina* de los capítulos 6 y 7, y de la casi unanimidad del de este pasaje, me he sentido tentado —aunque,

casalda, o no la caséis; séase ella libre y desenvuelta como un cernícalo⁴, que el toque no está en sus desenvolturas sino en sus sucesos, según lo hallo yo en mi astrología.

—Digo, pues, señores —respondió el polaco—, que, usando de esa buena licencia, no me quedará cosa en el tintero que no la ponga en la plana de vuestro juicio. Con todo el que entonces tenía, que no debía de ser mucho, fui y vine una y muchas veces aquella noche a pensar en el donaire, en la gracia y en la desenvoltura de la sin par⁵, a mi parecer, ni sé si la llame vecina moza o conocida de mi huésped. Hice mil disignios, fabriqué mil torres de viento; caséme, tuve hijos y di dos higas al qué diran y, finalmente, me resolví de dejar el primer intento de mi jornada y quedarme en Talavera, casado con la diosa Venus, que no menos hermosa me pareció la muchacha, aunque acoceada por el mozo del mesonero. Pasóse aquella noche, tomé el pulso a mi gusto y halléle tal, que, a no casarme con ella, en poco espacio de tiempo había de perder, perdiendo el gusto, la vida, que ya había depositado en los ojos de mi labradora. Y, atropellando por todo género de inconvenientes, determiné de hablar a su padre, pidiéndosela por mujer. Enseñéle mis perlas, manifestéle mis dineros, díjele alabanzas de mi ingenio y de mi industria, no sólo para conservarlos, sino para aumentarlos y con estas razones y con el alarde

como se ve, no me haya decidido— a enmendar las precedentes apariciones del nombre propio en *Marina*. A ello me inducían —y... siguen induciendo— argumentos de coherencia estilística. En efecto, los nombres propios citados en estas páginas por el polaco son nombres por así decir *folclóricos*, connotados de una manera muy clara para el público natural de C. Alonso solían llamarse los «mozos»; *Luisa*, las «fregonas»; *Marina* (no *Martina*), las... «mozas de mesón» —o las «mulas falsas» (cfr. *PECP*: 167-170, con abundantes testimonios). Cada época tiene sus convenciones, incluso onomásticas. y C. sabe jugar siempre —eficacísimamente— con las de la suya. En el *Martina* de M1 podría haber influido también el nombre del polaco: *Martín* Banedre.

⁴ *desenvuelta como un cernícalo*. Cov. define esta ave de rapiña como una «especie de gavilán bastardo, cun que suelen entretenerse los muchachos haciéndoles venir a tomar la carne de la mano». Con lo que, precisamente, demuestran su *desenvoltura*.

⁵ *sin par*. Pero habla el interesado, no el narrador ni Periandro.

que le había hecho de mis bienes, vino más blando que un guante a condecender con mi deseo, y más cuando vio que yo no reparaba en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenía por pagado, contento y satisfecho deste concierto.

»Quedó Alonso despechado; Luisa, mi esposa, rostrituerta⁶, como lo dieron a entender los sucesos que de allí a quince días acontecieron, con dolor mío y vergüenza suya. Que fueron acomodarse mi esposa con algunas joyas y dineros míos, con los cuales, y con ayuda de Alonso, que le puso alas en la voluntad y en los pies, desapareció de Talavera, dejándome burlado y arrepentido y dando ocasión al pueblo a que de su inconstancia y bellaquería en corrillos hablasen. Hízome el agravio acudir a la venganza, pero no hallé en quien tomarla sino en mí propio, que con un lazo estuve mil veces por ahorcarme; pero la suerte (que quizá para satisfacerme de los agravios que me tiene hechos me guarda) ha ordenado que mis enemigos hayan parecido presos en la cárcel de Madrid, de donde he sido avisado que vaya a ponerles la demanda y a seguir mi justicia⁷. Y, así, voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra y, con quitarles las vidas, quitar de sobre mis hombros la pesada carga de su delito, que me trae aterrado y consumido.

»¡Vive Dios, que han de morir! ¡Vive Dios, que me he de vengar! ¡Vive Dios, que ha de saber el mundo que no sé disimular agravios, y más los que son tan dañosos que se entran hasta las medulas del alma! A Madrid voy. Ya estoy mejor de mi caída; no hay sino ponerme a caballo, y guárdense de mí hasta los mosquitos del aire, y no me lleguen a los oídos ni ruegos de frailes, ni llantos de personas devotas, ni promesas de bien intencionados corazones, ni dádivas de ricos, ni imperios ni mandamientos de grandes, ni toda la caterva⁸ que suele proceder a semejantes acciones, que mi

⁶ *rostrituerta* = 'despechada'.

⁷ *seguir* una causa judicial = 'tratar o manejar alguna dependencia o pleito, haciendo las conducentes diligencias para su logro' (DA).

⁸ *caterva*. Término todavía —por así decir— «neutro», como en latín clásico (cfr. Virgilio, *Eneida*, II, 40, 370-371; IV, 136; VII, 804; XI, 456, 478, 533), italiano y castellano, antes de tomar el matiz claramente peyorativo que hoy lo caracteriza (Cfr. RM: I, 23).

honra ha de andar sobre su delito como el aceite sobre el agua.

Y, diciendo esto, se iba a levantar muy ligero para volver a subir y a seguir su viaje. Viendo lo cual Periandro, asiéndole del brazo, le detuvo y le dijo:

—Vos, señor, ciego de vuestra cólera, no echáis de ver que vais a dilatar y a estender vuestra deshonra. Hasta agora no estáis más deshonorado de entre los que os conocen en Talavera, que deben de ser bien pocos, y agora vais a serlo de los que os conocerán en Madrid. Queréis ser como el labrador que crió la víbora serpiente⁹ en el seno todo el invierno y, por merced del cielo, cuando llegó el verano¹⁰, donde ella pudiera aprovecharse de su ponzoña, no la halló, porque se había ido; el cual, sin agradecer esta merced al cielo, quiso ir a buscar y volverla a anidar en su casa y en su seno, no mirando ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le está bien hallar¹¹, y a lo que comúnmente se dice, que, «al enemigo que huye, la puente de plata». Y el mayor que el hombre tiene suele decirse que es la mujer propia. Pero esto debe de ser en otras religiones que en la cristiana, entre las cuales los matrimonios son una manera de concierto y conveniencia, como lo es el de alquilar una casa o otra alguna heredad; pero, en la religión católica, el casamiento es sacramento que sólo se desata con la muerte o con otras cosas que son más duras que la misma

^e M13: *víbora o serpiente*

⁹ *víbora serpiente*. En favor de la lección de MI puedo aducir, al menos, un testimonio de José de Villaviciosa, en *La Mosquée* (VI, oct. 49): «A la serpiente víbora semeja / entre fieros leones africanos...» Algo más queda dicho en *PECP* (170-171), pero la aparente *reduplicatio* merecería un estudio específico. Lo más probable, a fin de cuentas, es que se deba leer *víbora o serpiente*. Como dice, p. ej., A. de Torquemada en los *Coloquios satíricos* («Coloquio pastoril»).

¹⁰ *verano*. Cfr. II, 15 (378).

¹¹ Se trata de una de las más conocidas fábulas esópicas, algo cambiada en la conclusión. Cfr. Erasmo, *Adagios* (chil. IV, cent. 2, n. 40. «Colubrum sinu fovere»). (En la reelaboración latina de Fedro, cfr. IV, 1: *Serpens. Misericordia nociva*.) Alusiones a la misma son muy frecuentes en la literatura de la época. Cfr. también E. T. Cull (C, 1992: 205).

muerte, las cuales pueden escusar la cohabitación de los dos casados, pero no deshacer el nudo con que ligados fueron. ¿Qué pensáis que os sucederá cuando la justicia os entregue a vuestros enemigos, atados y rendidos, encima de un teatro público, a la vista de infinitas gentes, y a vos, blandiendo el cuchillo encima del cadahalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos decís, vuestra honra?¹² ¿Qué os puede suceder, como digo, sino hacer más público vuestro agravio? Porque las venganzas castigan, pero no quitan las culpas; y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se están en pie, y siempre están vivas en las memorias de las gentes, a lo menos en tanto que vive el agraviado. Así que, señor, volved en vos y, dando lugar a la misericordia, no corráis tras la justicia. Y no os aconsejo por esto a que perdonéis a vuestra mujer, para volvella a vuestra casa, que a esto no hay ley que os obligue; lo que os aconsejo es que la dejéis, que es el mayor castigo que podréis darle.

¹² A partir de una noticia recogida por A. de Castro, S-B, por una parte, y AM, por otra (I, 466-470), refieren las palabras de Periandro a un hecho acontecido en Sevilla, en 1555, al que C. pudo muy bien haber asistido. Silvestre de Angulo, tabernero sevillano, probó ante el juez el adulterio de su mujer con un mulato. De acuerdo con la ley, los «culpables» fueron entregados al marido para que éste hiciese justicia. Fue levantado un cadalso en la plaza de San Francisco, sobre el que los reos, de rodillas, esperaban, los ojos vendados con el velo de la mujer, que el verdugo había cortado en dos mitades. Llegó Angulo, seguido de religiosos, los cuales, con el crucifijo en la mano, le pidieron perdón para los dos desgaciados. Las súplicas fueron inútiles. El tabernero sacó un chuchillo de una bota y empezó a herir, primero a la mujer, después al mulato, hasta que no los vio muertos. Entonces se quitó el sombrero ante la multitud y gritó, con aire triunfal: «¡Fuera cuernos!»

B. Joly (*Voyage*: 459-612) confirma esta bárbara disposición, pero Domínguez Ortiz (*Hechos y figuras del siglo XVIII...: 242-223*) habla del desfase —en nuestro caso, feliz— entre la realidad y la ley escrita. Ésta del castigo de los adúlteros, si bien seguía en pie, y constaba en la *Novísima compilación*, «había caído por completo en desuso. Incluso antes, su aplicación fue excepcional. Sólo recuerdo que una vez en el siglo XVII se intentara practicar esta bárbara ceremonia en Sevilla; el acto terminó con gran escándalo y la huida de los culpables, favorecida por los religiosos que los asistían y el pueblo».

Vivid lejos della, y viviréis¹³; lo que no haréis estando juntos, porque moriréis continuo. La ley del repudio fue muy usada entre los romanos¹⁴; y, puesto que sería mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso a la paciencia y poner en un punto estremado a la discreción, de la cual pocos se pueden fiar en esta vida, y más cuando la contrastan inconvenientes tantos y tan pesados¹⁵. Y, finalmente, quiero que consideréis que vais a hacer un pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca.

Atento estuvo a estas razones de Periandro el colérico polaco y, mirándole de hito en hito, respondió:

—Tú, señor, has hablado sobre tus años. Tu discreción se adelanta a tus días y, la madurez de tu ingenio, a tu verde edad¹⁶; un ángel te ha movido la lengua, con la cual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo si no es la de volverme a mi tierra, a dar gracias al cielo por la merced que me has hecho. Ayúdame a levantar, que, si la cólera me volvió las fuerzas, no es bien que me las quite mi bien considerada paciencia.

¹³ Cfr. *Guzmán de Alfarache* (Parte II, 6), *ELV* y *ECE*. A M. Bataillon, los ejemplos cervantinos le parecen recoger un eco «de la antigua sabiduría del Petrarca, [quien], destilando remedios 'contra próspera y adversa fortuna', no dejó de prever la deshonra familiar» («C. y el matrimonio cristiano», en *Varia lección de clásicos españoles*: 244).

¹⁴ Se trata, claro está, de *cosas consabidas*, para las que parece inútil buscar «una fuente». De todos modos, tal vez no sea impertinente recordar que por lo menos en dos libros que C. muestra haber conocido se habla, por extenso, de la cuestión. Me refiero al *De inventoribus rerum*, de Polidoro Vergilio (en el original o en trad. italiana o castellana) y a la *Silva de varia lección*, de Pero Mejía.

¹⁵ Otro caso de «desfase», ahora entre creencia religiosa y convención social, a diferencia del reseñado en la nota 13, y, esta vez, con ventaja, desgraciadamente, de la teoría sobre la praxis. El *Catecismo romano*, o de Pío V (primera ed. latina, Roma, 1566), base, según las normas del Concilio Tridentino, de la educación católica ya en la juventud de C., no deja de recordar (cfr. VIII, 22) las palabras de san Agustín (*De adulterio coniugale*, II, 6 y 9) para que el marido perdone a la mujer adúltera, quitando —como si dijéramos— fuerza al pasaje del libro de los Proverbios (18, 22), que —como ahora Periandro— llama necio al que la retiene.

¹⁶ Variante del topos del «*puer senex* (o *senilis*)» (cfr. Curtius, *Literatura europea...*: 141-142).

—Eso haremos todos de muy buena gana —dijo Antonio el padre.

Y, ayudándole a subir en el macho, abrazándoles a todos primero, dijo que quería volver a Talavera, a cosas que a su hacienda tocaban, y que, desde Lisboa, volvería por la mar a su patria. Díjoles su nombre, que se llamaba Ortel Banedre, que respondía en castellano Martín Banedre¹⁷, y, ofreciéndoseles de nuevo a su servicio, volvió las riendas hacia Talavera, dejando a todos admirados de sus sucesos y del buen donaire con que los había contado.

Aquella noche la pasaron los peregrinos en aquel mismo lugar y, de allí a dos días, en compañía de la antigua peregrina, llegaron a la Sagra de Toledo y a vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas¹⁸ y claro por sus líquidos cristales.

CAPÍTULO OCTAVO DEL TERCERO LIBRO^a

No es la fama del río Tajo^b tal que la cierren límites ni la ignoren las más remotas gentes del mundo: que a todos se estiende, y a todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle. Y, como es uso de los setentrionales ser toda la gente principal versada en la lengua latina y en los antiguos poetas, éralo asimismo Periandro, como uno de

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *De cómo los peregrinos llegaron a la villa de Ocaña y el agradable suceso que les avino en el camino*

^b M1: *Rajo*

¹⁷ Sobre la equivalencia entre el polaco *Ortel* y el español *Martín* nada dice M. Strzałkova en «La Pologne vue par C. et Estabanillo González» (*op. cit.*, 130).

¹⁸ *famoso por sus arenas*. Cfr. III, 8 (507-508 y nota 4).

los más principales de aquella nación¹. Y, así por esto como por haber mostrádole a la luz del mundo aquellos días las famosas obras del jamás alabado como se debe poeta Garcilaso de la Vega, y haberlas él visto, leído, mirado y admirado², así como vio al claro río dijo:

—No diremos:

«Aquí dio fin a su cantar Salicio»^c,

sino: «Aquí dio principio a su cantar Salicio; aquí sobrepujo en sus églogas a sí mismo; aquí resonó su zampoña, a cuyo son se detuvieron las aguas deste río, no se movieron las hojas de los árboles y, parándose los vientos, dieron lugar a que la admiración de su canto fuese de lengua en lengua y de gente en gentes por todas las de la tierra»³. ¡Oh

^c Ninguna ed. pone en evidencia el verso de Garcilaso.

¹ Cfr. Olao Magno, *Historia...*, XVI, 1 y 2.

² Novo y Fernández Chicharro (C, 1928) piensa que C. se refiere a la ed. *princeps* de las obras del «gran poeta castellano nuestro», aparecidas (junto con las de Juan Boscán), en Barcelona, 1543. Y, en efecto, «no son muchos quince años para que [...] haya llegado al Septentrión». Por su parte, Allen (95) cree que C. alude a una ed. de las solas obras de Garcilaso, casi contemporánea al momento en que, según él, fueron escritas estas páginas del *Persiles*: la de Salamanca, 1604. La hipótesis, en sí interesante, tiene el defecto de no explicar de algún modo la ruptura de la secuencia cronológica. Cabe pensar también que Periandro tuvo conocimiento, aún en su tierra, de la ed. de Amberes, 1556, o bien que, al desembarcar en Lisboa (e incluso después de su entrada en Castilla), ha tenido ocasión de hacerse con un ejemplar de la *última* ed. de las obras del poeta, aún unidas a las de su gran amigo catalán. Es decir, la citada de Amberes o, si se prefiere, la de Toledo, s.a. Esta ed. toledana (la primera aparecida en España después de la de Medina del Campo, 1554) es, con toda probabilidad, anterior a la de Amberes, 1569, donde, por fin, se lleva a cabo la separación de las poesías de los dos autores, cuya distinta magnitud era desde hacía tiempo evidente para cualquier entendido. Precisamente tal hecho, más el de hallarse Periandro ahora en la tierra de —y cantada por— Garcilaso, no en la de Boscán, justificaría que aquí no se hable en absoluto del segundo.

³ Garcilaso, en la recién evocada *Égloga I*, 197 y ss., describe los «efectos de la poesía sobre la naturaleza». A los poderes órficos de la palabra y de la música se refiere el mismo poeta en la canción *A la flor de Gnido* («Si de mi baja lira...»). El origen del topos parece identificable en Horacio, *Odas*, II, 12 («Quem virum aut heroe...»).

venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas...! ¡Qué digo yo doradas, antes de puro oro nacidas!⁴. Recoged a este pobre peregrino que, como desde lejos os adora, os piensa reverenciar de cerca.

Y, poniendo los ojos en la gran ciudad de Toledo, fue esto lo que dijo:

— ¡Oh peñascosa pesadumbre⁵, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos, para volver a resucitar su muerta gloria y a ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! ¡Salve, pues, oh ciudad santa, y da lugar que en ti le tengan estos que venimos a verte!

Esto dijo Periandro, que lo dijera mejor Antonio el padre, si tan bien como él lo supiera, porque las lecciones de los libros muchas veces hacen más cierta experiencia de las cosas que no la tienen los mismos que las han visto, a causa de que el que lee^d con atención repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada y, con esto, excede la lección a la vista.

Casi en este mismo instante resonó en sus oídos el son de infinitos y alegres instrumentos que por los valles que la ciudad rodean se extendían y vieron venir hacia donde ellos estaban escuadrones de doncellas, sobre el mismo

^d M1, B1, L, Bru, M2, P2, M4, M16, M17, BA2, B10, B11, M23: *vee*

⁴ Plinio, Juvenal, Séneca y Ausonio elogiaron ya las arenas pretendidamente auríferas del Tajo. En castellano, será curioso recordar el soneto XIX del Marqués de Santillana, antes de hablar de Garcilaso, toledano, que alude al «patrio, celebrado y rico Tajo» en el soneto XXIV, pero sobre todo en la *Égloga III*, 105-108. El propio C. se une al coro en el soneto en alabanza del Doctor Francisco Díaz, en *LG* (VI, 571), en *ECN* (acto I); en el prólogo de *Quijote*, I, y en *VdP* (VII, terc. 12).

⁵ Acerca de *pesadumbre* = 'mole', 'gran volumen, no siempre de gran peso' (en este caso, 'caserío de ciudad' e incluso 'ciudad'), cfr. Romero, *Estudios de lexicología hispánica. I. Usos figurados de «pesadumbre»*, Valladolid, Ceres, 1977: 21-32.

sol hermosas, vestidas a lo villano⁶, llenas de sartas y patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenían su lugar y asiento, con más gala que las perlas y el oro⁷, que aquella vez se hurtó de los pechos y se acogió a los cabellos, que todos eran luengos y rubios como el mismo oro. Venían, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnalda de olorosas flores. Campeó aquel día, y en ellas, antes la palmilla de Cuenca⁸ que el damasco de Milán⁹ y el raso de Florencia. Finalmente, la rusticidad de sus galas se aventajaba a las más ricas de la corte, porque, si en ellas se mostraba la honesta medianía, se descubría asimismo la estremada limpieza: todas eran flores, todas rosas, todas donaire y, todas juntas, componían un honesto movimiento, aunque de diferentes bailes formado, el cual movimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos ya referidos.

Alrededor de cada escuadrón andaban, por de fuera, de blanquísimo lienzo vestidos y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, o ya sus parientes, o ya sus conocidos, o ya vecinos de sus mismos lugares. Uno tocaba el tamboril y la flauta; otro, el salterio; éste, las sonajas y aquél, los albogues¹⁰; y de todos estos sonos redundaba uno solo, que alegraba con la concordancia, que es el fin de la

⁶ Con el traje típico de la comarca. Cfr. Tirso de Molina, *La villana de la Sagra* (acto I), como bien recuerdan W-C.

⁷ Las *sartas de corales* y las *patenas* ('placas con insignias devotas'), generalmente de plata, aparecen en innumerables textos de la literatura de la Edad de Oro como gala por antonomasia de las campesinas y aldeanas. Cfr., p. ej., *LG* (III: 226), *LGit*, *LCC* (acto II), y *Quijote*, II, 20.

⁸ *palmilla de Cuenca*. Paño robusto y resistente. Los colores más usados (por no decir los únicos) eran el verde y el azul. A ellos alude, p. ej., Góngora, en el romance «A las serranas del Júcar»

⁹ Cfr. III, 5 (473).

¹⁰ En *Quijote*, II, 67, el hidalgo explica a su escudero que *albogues* son «unas chapas a modo de candeleros de aljófár, que, dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un son que, si no muy agradable ni armónico, no descontenta y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborín». A partir de estas palabras, A. Salazar («Música, instrumentos y

música. Y, al pasar uno destos escuadrones o junta de bailadoras doncellas por delante de los peregrinos, uno que, a lo que después pareció, era el alcalde del pueblo¹¹, asió a una de aquellas doncellas del brazo y, mirándola muy bien de arriba abajo, con voz alterada y de mal talante, la dijo:

—¡Ah, Tozuelo, Tozuelo, y qué de poca vergüenza os acompaña! ¿Bailes son éstos para ser profanados? ¿Fiestas son éstas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? No sé yo cómo consienten los cielos semejantes maldades. Si esto ha sido con sabiduría de mi hija Clementa Cobeña¹², ¡por Dios que nos han de oír los sordos!

Apenas acabó de decir esta palabra el alcalde, cuando llegó otro alcalde¹³ y le dijo:

—Pedro Cobeño, si os oyesen los sordos, sería hacer milagros. Contentaos con que nosotros nos oigamos a nosotros y sepamos en qué os ha ofendido mi hijo Tozuelo; que, si él ha dilinquido contra vos, justicia soy yo que le podré y sabré castigar.

danzas en las obras de C.», en 174-175) escribe: «De entonces acá los moriscos han olvidado la definición aunque no el instrumento [nota 26: «En forma de cimbalillos de metal, se demonina *znoujdi* en Marruecos. Hay otras muchas variadas y denominaciones»] (...) [El] Dr. Curt Sachs, en su *Handbuch der Musikinstrumentenkunde* (Leipzig, 1930), piensa que en *albogue* o *al-buk* está implicada la misma raíz que ha dado en Alemania el vocablo *Becken* para los que hoy llamamos *platillos* o *címbalos*». Salazar, al referirse a los presentes en estas danzas de villanas de la Sagra (183), deduce que «deben pertenecer a la especie crotalística antes definida por don Quijote». Para mí, no cabe duda: lo único seguro es que éstos del *Persiles* han de ser interpretados precisamente así, en total coherencia con los de la obra maestra.

¹¹ ...era el alcalde... La tradición es unánime. Sin embargo, por lo que se dirá dentro de un momento, creo muy probable que C. haya escrito *era alcalde*

¹² *Clementa Cobeña*. En los siglos XVI y XVII era normal que las mujeres usaran el apellido «feminizado». Aquí tenemos la alternancia *Cobeño* / *Cobeña*; en *Quijote*, II, 54, encontramos *Ricote* / *Ricota* y, en 74, *Quijano* / *Quijana*. En este mismo libro III del *Persiles* encontraremos otros dos testimonios de tal costumbre: cfr. II, 19 (613) y 20 (622 y ss.).

¹³ *otro alealde*. La tradición es unánime, pero... no es imposible que C. haya escrito *el otro alcalde* (cfr. nota núm. 12). En efecto, el gobierno y la justicia ordinaria dependían, en los lugares de la Corona de Castilla, de los alcaldes. Éstos eran elegidos (en algunos casos, designados) siguiendo sistemas muy distintos. Su número dependía de la importancia del lugar. En no

A lo que respondió Cobeño:

—El delinquimiento ya se vee, pues, siendo varón, va vestido de hembra; y no de hembra como quiera, sino de doncella de Su Majestad, en sus fiestas¹⁴: porque veáis, alcalde Tozuelo, si es mocosa la culpa. Ténome que mi hija Cobeña anda por aquí, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querría que el diablo hiciese de las suyas y, sin nuestra sabiduría, los juntase sin las bendiciones de la Iglesia: que ya sabéis que estos casos hechos a hurtadillas por la mayor parte pararon en mal y dan de comer a los de la audiencia clerical, que es muy carera.

A esto respondió por Tozuelo una doncella labradora, de muchas que se pararon a oír la plática:

—Si va a decir la verdad, señores alcaldes, tan marida es

pocos casos había *dos*. (Cuando en el pueblo el número de hidalgos alcanzaba cierta cota, uno de los dos alcaldes, obligatoriamente, entendía en las causas de este grupo especial.) Cfr. III, 10 (553).

¹⁴ ¿A qué *majestad* y a qué *fiestas* se está refiriendo el alcalde? En principio, al rey o a la reina, y a un festejo celebrado con ocasión del cumpleaños o la onomástica de uno de los soberanos. Tales modos de celebración, organizados por los ayuntamientos o las corporaciones, eran muy frecuentes, como el propio C. recuerda en *PdU* (acto II). Si se acepta esta solución, no hay el menor problema de cronología interna: las *danzas* en cuestión podrían haber tenido lugar en cualquier momento del año. Ni valdría la pena de tratar de averiguar a qué concreta celebración, referida a Felipe II (y/o a Isabel de Valois) o bien a Felipe III (Margarita de Austria había muerto en 1611 y el rey no volvió a casarse).

Otro es el caso si, por el contrario, pensamos que aquí parece tratarse más bien de Dios: *Su Divina Majestad* o, sencillamente, *Su Majestad*, como tan a menudo resulta llamado en la época. Está bien documentada la costumbre de realizar *danzas de doncellas* en honor de la eucaristía en la fiesta del Corpus o, precisamente, «de Dios». Pero resulta que el Corpus se celebra sesenta días después de la Pascua de Resurrección, que, por lo recién contado, está a punto de llegar (cfr., en este mismo libro III, 6 [485-486], todo lo relativo a la «fiesta de la Monda» en Talavera), aún a comienzos —o, como mucho, a mediados— de abril (*rec. los* proyectos de la «peregrina peregrina», en el propio 6: 488-489). Para el Corpus, en una palabra, deben de faltar aún bastantes días. Lo más probable es que C. haya incurrido en uno de sus descuidos (a decir verdad, no notado por Osuna), tal vez indicio de una poco lograda fusión de dos segmentos pertenecientes a dos períodos de la redacción de esta parte del *Persiles*.

Mari Cobeña¹⁵ de Tozuelo, y él marido della, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre. Ella está encinta, y no está para danzar ni bailar. Cásenlos, y váyase el diablo para malo y, a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga¹⁶.

—¡Par Dios, hija —respondió Tozuelo—, vos decís muy bien! Entrambos son iguales; no es más cristiano viejo el uno que el otro¹⁷; las riquezas se pueden medir con una misma vara.

—Agora bien —replicó Cobeño—, llamen aquí a mi hija, que ella lo deslindará todo, que no es nada muda.

Vino Cobeña, que no estaba lejos, y lo primero que dijo fue:

—Ni yo he sido la primera ni seré la postrera que haya tropezado y caído en estos barrancos. Tozuelo es mi esposo y yo su esposa, y perdónenos Dios a entrambos, cuando nuestros padres no quisieren.

—Eso sí, hija —dijo su padre—: ¡la vergüenza por los cerros de Úbeda, antes que en la caras! Pero, pues esto está ya hecho, bien será que el alcalde Tozuelo se sirva de que este caso pase adelante, pues vosotros no le habéis querido dejar atrás.

—¡Pardiez —dijo la doncella primera—, que el señor alcalde Cobeño ha hablado como un viejo! Dense estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta agora, y queden para en uno, como lo manda la santa Iglesia nues-

¹⁵ *Mari Cobeña*. Hace un momento se la ha llamado *Clementa*, pero es sabido que todas las mujeres españolas tenían (y siguen teniendo, si están bautizadas), como primer nombre, *María*.

¹⁶ Se trata de una contaminación de dos refranes, que no dejaría de tener su efecto —de divertida sorpresa— en los lectores de la época. El primero está incompleto —y «dulcificado». Las versiones recogidas por Correas son: «Váyase el diablo para puto, y venga María a casa» y «Váyase el diablo para ruin, y venga a casa Martín.» La explicación del compilador es: «Que se deje lo que no se puede estorbar». El segundo proverbio aparece también en *Quijote*, I, 44, y II, 56, con semejante función.

¹⁷ AA recuerda que el tema de la *limpieza de sangre* era indisociable del tratamiento literario de los alcaldes villanos.

tra madre, y vamos con nuestro baile al olmo, que no se ha de estorbar nuestra fiesta por niñerías.

Vino Tozuelo con el parecer de la moza, diéronse las manos los donceles, acabóse el pleito y pasó el baile adelante: que, si con esta verdad se acabaran todos los pleitos, secas y peladas estuvieran las solícitas plumas de los escribanos¹⁸.

Quedaron Periandro, Auristela y los demás peregrinos contentísimos de haber visto la pendencia de los dos amantes y admirados de ver la hermosura de las labradoras doncellas, que parecía, todas a una mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza.

No quiso Periandro que entrasen en Toledo, porque así se lo pidió Antonio el padre, a quien aguijaba el deseo que tenía de ver a su patria¹⁹ y a sus padres, que no estaban lejos, diciendo que, para ver las grandezas de aquella ciudad, convenía más tiempo que el que su prisa les ofrecía. Por esta misma razón tampoco quisieron pasar por Madrid, donde a la sazón estaba la corte²⁰, temiendo algún estorbo que su camino les impidiese. Confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diciéndoles que andaban en la corte ciertos pequeños que tenían fama de ser hijos de grandes, que, aunque pájaros noveles, se abatían²¹ al señuelo de cualquiera mujer hermosa, de cualquiera calidad que fuese: que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosura²².

A lo que añadió Antonio el padre:

¹⁸ Osuna (1972: 84) no encuentra «muy inteligible» el episodio. La verdad sea dicha, no veo en qué consiste la dificultad o el enigma. C. ha variado aquí uno de los grandes temas del *Persiles*: el matrimonio y las múltiples maneras de llegar a él. Reconocido el mozo y descubierto el por qué del disfraz, todo concluirá, a la manera entremesil, con la continuación de la danza.

¹⁹ *patria* = 'ciudad o lugar natal'.

²⁰ Cfr. III, 4 (471), 6 (489 y 497), 7 (503).

²¹ *abatirse*. Es el término técnico para expresar la fulmínea bajada de las aves de rapiña sobre su presa.

²² Frases muy parecidas ocurren en *Quijote*, II, 23.

—Desa manera, será menester que usemos de la industria que usan las grullas cuando, mudando regiones, pasan por el monte Himavo^{e,23}, en el cual las están aguardando unas aves de rapiña para que les sirvan de pasto; pero ellas, previniendo este peligro, pasan de noche, y llevan una piedra cada una en la boca, para que les impida el canto y escusen de ser sentidas. Cuanto más, que la mejor industria que podemos tener es seguir la ribera deste famoso río y, dejando la ciudad a mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos a Ocaña y, desde allí, al Quintanar de la Orden²⁴, que es mi patria.

Viendo la peregrina el disignio del viaje que había hecho Antonio, dijo que ella quería seguir el suyo, que le venía más a cuento. La hermosa Ricla le dio dos monedas de oro en limosna y la peregrina se despidió de todos, cortés y agradecida.

Nuestros peregrinos pasaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de primavera, en un mismo punto les

^e M1: *Limavo*

M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19, B10, B11: *Limabo*

Adopto, como AH, la enmienda de *PECP*

²³ S-B ilustran la conseja demostrando que, según Plutarco, en los *Morales*, y Jerónimo de Huerta, en las notas a su traducción de Plinio, se atribuye a las ánades o ánsares —no a las grullas— al pasar por el monte *Tauro*. En C, 1968 y B, 1971 me limité a recoger lo anterior. Igual hace AA. En *PECP* (173-174) doy muchos más datos al respecto.

Muy sintéticamente, diré que C. no es el único que atribuye esta conseja a las grullas. Aunque siempre referido al monte *Tauro*, también lo hace Lope de Vega, en *La Arcadia* (I, fol. 34) y en la *Jerusalén conquistada* (XX, oct. 42, con nota).

Por lo que se refiere al monte *Imao* o *Imavo*, está claro que se trata de una «cordillera del Asia central, correspondiente a la cordillera del Tran-Shan o Montes Celestes. Estrabón y Plinio llaman *Imaus* la parte del Himalaya que va desde las fuentes del Ganges hasta él» (*Enciclopedia Espasa*, a.v. *Imaus*). Para la numerosa presencia de *Imao* o *Imavo* en la literatura española del Siglo de Oro, cfr. *PECP* (174-175). Cfr. también J. T. Cull (C, 1992: 203)

²⁴ el *Quintanar de la Orden* [de Santiago].

puso la admiración y la alegría. Vieron de iguales^{f,25} y estendidas calles, a quien servían de espaldas y arrimos los verdes y infinitos árboles, tan verdes, que las hacían parecer de finísimas esmeraldas; vieron la junta, los besos y abrazos que se daban los dos famosos ríos Henares y Tajo²⁶; contemplaron sus sierras de agua²⁷; admiraron el

^f A partir de M5, todas las eds. (con la excepción de B11, *PECP* y AH): *vieron iguales*

²⁵ A partir de construcciones del tipo *cuánto de, qué de, qué tanto, tanto de...*, bien documentadas en castellano durante siglos (cfr. *PECP*: 175-176), no me parece atrevido suponer la existencia, en el español clásico, de fórmulas como *vieron tantas de iguales y estendidas calles* / *vieron de iguales y estendidas calles...*

Como hipótesis, cabe pensar también en leer, en lugar del *de iguales* de M1, *desiguales* (= 'fuera de lo común, extraordinarias, únicas'). Cfr. IV, 4 (659). Lope de Vega, *El favor agradecido* (acto I: «aunque el caso es desigual...») y J. de Jáuregui, «Acaecimiento amoroso», donde, habiendo sorprendido a su amada bañándose, desnuda, exclama: «Yo, en tan alegre vista embebecido, / y en los tejidos ramos escondido, / al cielo con el alma agradecía / mi desigual ventura.»

²⁶ *Henares y Tajo*. En realidad, el Henares confluye en el *Jarama*, del que es tributario, antes de llegar a Toledo. AM (VII, 435) se explica el objetivo error pensando en un homenaje de C. al río que baña su ciudad natal. Más exactamente, Lupercio Leonardo de Argensola comienza su conocidísimo «capítulo» sobre Aranjuez diciendo: «Hay un lugar en la mitad de España, / en que Tajo a Jarama el nombre quita.» Y Lope de Vega, en *La hermosura de Angélica* (VII, oct. 6): «después, bajando por el monte abajo, / fue a ver la junta de Jarama y Tajo».

²⁷ Creo que el pasaje contiene un error latente, manifestado —como en otros casos— por las traducciones. Algunas de ellas saltan la frase entera (es el caso de Par3, Lon1, Lon3); las portuguesas (MBNL1 y 2) no nos sacan de dudas, ya que *serras de água* es potencialmente tan ambiguo como su correspondiente castellano; otras entienden *montañas* o *montes de agua* (Par2, Ven1, Par4, Lon2, Lud, Q-L, N, Mos, Mil1, Ven2, Par7, Ven3) o rizan el rizo interpretando *surtidores* (Zwi, Lei, Stu1 y Stu2); Mil2, en fin, trae *contemplaron le sue segherie mosse dalla forza dell'acqua*, seguida después por Berk: *They looked at the town's sawmills*.

Para llegar a esta conclusión no hacía falta más que tener presente una definición del *DA* e imaginarse que las corrientes del Jarama (no del Henares) y del Tajo, por mucha hipérbole que se le eche, no parece que sean tan impetuosas como para levantar, al encontrarse, tales masas de agua. Las cuales ocurren con frecuencia en la literatura de la Edad de Oro, pero *siempre* referidas al mar en tempestad. (cfr. *PECP*: 177).

concierto de sus jardines y de la diversidad de sus flores; vieron sus estanques, con más peces que arenas, y sus esquisitos frutales, que, por aliviar el peso a los árboles, tendían las ramas por el suelo. Finalmente, Periandro tuvo por verdadera la fama que deste sitio por todo el mundo se esparcía²⁸.

Desde allí fueron a la villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus padres vivían y se informó de otras cosas que le alegraron, como luego se dirá.

En B, 1971, me sorprendía no encontrar la menor alusión a dichas *sierras* (= 'serrerías') en las relaciones de viajes de extranjeros en España ni en autores de la época. Y sin embargo, a C. parece evidente que le impresionaron cuando las vio. Más tarde he hallado testimonios no poco curiosos y, el último, de cierta importancia para la datación del *Persiles* o, por lo menos, del libro III (cfr. *PECP*: 176-178).

Una puntual historia y descripción de la misma (construida entre 1588 y 1593) se hallará en Juan Antonio Álvarez Guindos y Baena, *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez* (Madrid, 1804: 222-223), con datos de Ambrosio de Morales, en su *Discurso de las antigüedades de los pueblos y ríos de España* (342). Sin duda, hablar de la tal *sierra* como existente ya en 1559 constituye en rigor un anacronismo, pero de escasa o nula relevancia, incluso para los lectores de M1.

²⁸ La ampliación del Bosque o parque de jardines de Aranjuez, mediante la agregación de las dehesas de Marchenilla, fue obra de Carlos V (cfr., p. ej., G. Fernández de Oviedo, *Batallas y quinquagenas*, ed. de AA, Salamanca, Diputación, 1989: 85 y 328). No constituye, pues, anacronismo hacer que los protagonistas del *Persiles* se extasien ante sus bellezas, entonces sobre todo —o casi tan sólo— naturales. El conjunto fue notablemente mejorado por Felipe II.

A partir, pues, de la segunda mitad del siglo XVI, como escribe Cov., «para encarecer la amenidad de un lugar de recreación decimos que es un Aranjuez». Del parangón de Aranjuez con el Edén fue fácil pasar al del Edén con Aranjuez: *El Aranjuez del alma* se titula un libro de Fray Juan de Tolosa, ocasión, por cierto, del recordado «capítulo» de Lupericio Leonardo Argensola. Tal acepción está registrada también en *ELV*. En el *ERV*, sin embargo, el delicioso lugar se presenta con un significado muy distinto: «—Dícenme que tenía ciertas fuentes / en las piernas y brazos. —La sin dicha / era un Aranjuez...»

CAPÍTULO NONO DEL TERCER LIBRO^a

Con los aires de su patria, se regocijaron los espíritus de Antonio y, con el visitar a Nuestra Señora de Esperanza^{b,1}, a todos se les alegró el alma. Ricla y sus dos hijos se alborotaron con el pensamiento de que habían de ver presto, ella, a sus suegros y, ellos, a sus abuelos, de quien ya se había informado Antonio que vivían, a pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les había causado. Supo asimismo cómo su contrario había heredado el estado de su padre y que había muerto en amistad de su padre de Antonio, a causa que, con infinitas pruebas, nacidas de la intrincada^{c,2} seta del duelo³, se había averiguado que no fue afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia pasaron fueron con la espada desnuda y la luz de las armas quita la fuerza a las palabras y, las que se dicen con las espadas desnudas, no afrentan, puesto que agravian y, así, el que quiere tomar venganza dellas no se ha de entender que satisface su afrenta, sino que castiga su agravio, como se mos-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Llegan al Quintanar de la Orden, donde sucede un notable caso. Halla Antonio el bárbaro a sus padres. Quédanse con ellos él y Ricla, su mujer, pero Antonio el mozo y Constanza prosiguen la peregrinación en compañía de Perianandro y Auristela*

^b B5, M22: *Señora de la Esperanza*

^c Bru, M11: *intrincada*

¹ Como *Nuestra Señora de Consolación*, en Utrera, o *de Bonanza*, en Sanlúcar de Barrameda, sin artículo determinativo. La *de Esperanza* se hallaba en el homónimo monasterio, de fundación real. Las obras duraron desde 1540 hasta bien entrado el siglo XVII. De la imagen (y del propio monasterio donde se veneraba, destruido por los soldados de Napoleón en 1808, tras la sangrienta batalla combatida en aquella zona) no dicen absolutamente nada Antonio Ponz, *Viaje de España* (Madrid, 1772-1794, 19 vols., I, 257-259, y XVI: 13-14) ni Alexandre de Laborde, *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne* (en *RH*, LXIV [1925]: 206).

² *intrincada*. Cfr. II, 10 (347 y nota 22).

³ *seta* = 'secta'. En el sentido latino de 'línea de conducta, doctrina, escuela filosófica o grupo religioso'.

trará en este ejemplo. Prosupongamos^{d,4} que yo digo una verdad manifiesta; respóndeme un desalumbrado que miento y mentiré todas las veces que lo dijere y, poniendo mano a la espada, sustenta aquella desmentida. Yo, que soy el desmentido, no tengo necesidad de volver por la verdad que dije, la cual no puede ser desmentida en ninguna manera, pero tengo necesidad de castigar el poco respeto que se me tuvo; de modo que el desmentido desta suerte puede entrar en campo con otro, sin que se le ponga por objeción que está afrentado y que no puede entrar en campo con nadie hasta que se satisfaga, porque, como tengo dicho, es grande la diferencia que hay entre agravio y afrenta⁵. En efecto, digo que supo Antonio la amistad de su padre y de su contrario, y que, pues ellos habían sido amigos, se habría bien mirado su causa.

Con estas buenas nuevas, con más sosiego y más contento, se puso otro día en camino con sus camaradas, a quien contó todo aquello que de su negocio sabía y que un hermano del que pensó ser su enemigo le había heredado y quedado en la misma amistad con su padre que su hermano el muerto. Fue parecer de Antonio que ninguno saliese

^d Como M1, Parl, B1, V, P1, L, Bru, P2.

A partir de M3, todas las eds. (con las excepciones de M16, M23, AH) leen *presupongamos*.

⁴ No hay por qué «enmendar» la lección de M1, ya que *prosупoner* es verbo castizo. Cfr., p. ej., en el *Espejo de príncipes y caballeros*, de D. Ortúñez de Calahorra (II, 56), y *Quijote*, I, 3; II, 49). Pero en M1 encontraremos también *presupuesto* (III, 21, 633), con lo que una vez más se plantea la duda de si una de las dos formas (¿cuál?) es de veras cervantina o sólo atribuible al tipógrafo.

⁵ La diferencia entre *agravio* y *afrenta* era grande, pero en este pasaje no resulta particularmente clara. Una preñada declaración de la misma nos la da Gaspar Lucas de Hidalgo en los *Diálogos de apacible entretetimiento* (diál. III, 3): «el que quiere dar golpes de afrenta a su enemigo, no se los da con la pesada espada, sino con la liviana caña». Sin necesidad de recurrir a áridos tratados sobre el duelo, cfr., entre otros textos literarios de la época, el decisivo del propio C., en *Quijote*, II, 32, más, otros de Lope de Vega, en *Los embustes de Celauro* (acto III) y *¡Ay, verdades, que en amor...!* (acto I). Especial interés tiene cierto pasaje de *Tanto hagas cuanto pagues* (acto III), un tiempo atribuido al propio Lope pero, en realidad, de autor incierto.

de su orden, porque pensaba darse a conocer a su padre, no de improviso, sino por algún rodeo que le aumentase el contento de hacerle conocido, advirtiéndole que tal vez mata una súbita alegría, como suele matar un imprevisto pesar⁶.

De allí a tres días llegaron, al crepúsculo de la noche, a su lugar y a la casa de su padre, el cual, con su madre, según después pareció, estaba sentado a la puerta de la calle, tomando, como dicen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del verano⁷. Llegaron todos juntos y el primero que habló fue Antonio, a su mismo padre:

—¿Hay, por ventura, señor, en este lugar hospital de peregrinos?⁸

—Según es cristiana la gente que le habita —respondió su padre—, todas las casas dél son hospital de peregrinos; y, cuando otra no hubiera, ésta mía, según su capacidad, sirviera por todas. Prendas tengo yo por esos mundos adelante que no sé si andarán agora buscando quien las acoja.

—¿Por ventura, señor —replicó Antonio—, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en él no viven un ape-

⁶ Para las bases históricas de tal afirmación, cfr. Edwin S. Morby, ed. de *La Dorotea* de Lope de Vega, Madrid, Castalia, 1958 (nota núm. 235 al acto IV, esc. 4).

⁷ Cfr. III, 8 (514-515). ¿Se trata de un descuido? Todo podría ser —y en este caso habría que pensar en una imperfecta soldadura de materiales elaborados en distintas épocas. Pero recuérdese que lo mismo había ocurrido ya en el propio *Persiles*, II, 15 (378), donde se habla de *primavera, verano y estío* y ocurrirá en *Quijote*, II, 53 (donde hallamos la serie completa de las aparentes cinco estaciones del año). Para una explicación puramente etimológica de los tres términos en cuestión, cfr. *DCELC*. En C., como en no pocos de sus contemporáneos, el verano resulta ser *todavía* un período intermedio entre la primavera propiamente dicha y el estío. De cualquier modo, cfr. Juan Vernet (nota de M. de Riquer al citado pasaje del *Quijote*), para quien el estío propiamente dicho podría equivaler a «*sama'un* (período de veinte días antes del 12 de julio y veinte días después, o sea más largo que la canícula) que se emplea en el norte de África».

⁸ *hospital de peregrinos*. Las *Relaciones topográficas de los pueblos de España*. (Reino de Toledo, [II, III y IV partes], ed. de Carmelo Viñas y Ramón Paz, Madrid, CSIC, 1963: 310-322), tan minuciosas, no registran ninguno en el Quintanar. Antonio pregunta con perfecto conocimiento de que no lo hay, o, por lo menos, de que no lo había quince o dieciséis años atrás, porque de este modo provocará la invitación de su propio padre y facilitará la escena de anagnórisis.

lido de unos hidalgos que se llaman Villaseñores?⁹. Dígolo porque he conocido yo un tal Villaseñor bien lejos desta tierra, que, si él estuviera en ésta, no nos faltara posada a mí ni a mis camaradas.

—Y ¿cómo se llamaba, hijo —dijo su madre—, ese Villaseñor que decís?

—Llamábase Antonio —replicó Antonio—; y su padre, según me acuerdo, me dijo se llamaba Diego de Villaseñor.

—¡Ay, señor —dijo la madre, levantándose de donde estaba—, que ese Antonio es mi hijo, que, por cierta desgracia, ha al pie de diez y seis años que falta desta tierra!¹⁰. Comprado le tengo a lágrimas, pesado a suspiros y granjeando con oraciones. ¡Plegue a Dios que mis ojos le vean antes que les cubra^e la noche de la eterna sombra!¹¹. Decidme —dijo—: ¿ha mucho que le vistes? ¿Ha mucho que le dejastes? ¿Tiene salud? ¿Piensa volver a su patria? ¿Acuérdase de sus padres, a quien podrá venir a ver, pues no hay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hicieron desterrar de su tierra?

Todas estas razones escuchaba el anciano padre de Antonio y, llamando a grandes voces a sus criados, les mandó encender luces y que metiesen dentro de casa a aquellos hon-

^e M1: *descubran*

A partir de M7, todas las eds. (con las excepciones de M16 y AH) leen *les cubra*

⁹ AM (VII, 438) dice haber tenido en sus manos la *ejecutoria* de los hidalgos Villaseñor, de veras residentes en el pueblo en la época de C. ¿Los conoció éste? Aparte las conjeturas del fantasioso biógrafo, el dato —el puro dato— revela una vez más la tendencia de nuestro autor a insertar en el tejido de la ficción elementos de la realidad objetiva.

Los hidalgos del Quintanar eran bastante numerosos: 35 casas de los «notorios» había en el último tercio del siglo XVI, de un total de 594 vecinos. (Cfr. *Relaciones...*, vol. cit. [314-318] y Manuel Fernández Álvarez, *La sociedad española del Siglo de Oro*, Madrid, Editora Nacional, 1983: 81).

¹⁰ Dato importante para la cronología interna del *Persiles*, del todo coherente con lo dicho en I, 5 (153 y nota 12).

¹¹ SA-RH: tienen razón al afirmar que la lección de M1 no deja de hacer sentido. Si acepto la sensata enmienda de M7 es porque tengo también presente otro pasaje del propio *Persiles* (I, 5 [162]) donde se nos cuenta que Cloelia «cerró los ojos en tenebrosa noche».

rados peregrinos; y, llegándose a su no conocido hijo, le abrazó estrechamente, diciéndole:

—Por vos solo, señor, sin que otras nuevas os hiciesen el aposento, os le diera yo en mi casa, llevado de la costumbre que tengo de agasajar en ella a todos cuantos peregrinos por aquí pasan; pero agora, con las regocijadas nuevas que me habéis dado, ensancharé la voluntad y sobrepujarán los servicios que os hiciere a mis mismas fuerzas.

En esto, ya los sirvientes habían encendido luces y guiado^f los peregrinos dentro de la casa y, en mitad de un gran patio que tenía, salieron dos hermosas y honestas doncellas, hermanas de Antonio, que habían nacido después de su ausencia, las cuales, viendo la hermosura de Auristela y la gallardía de Constanza, su sobrina, con el buen parecer de Ricla, su cuñada, no se hartaban de besarlas y de bendecirlas. Y, cuando esperaban que sus padres entrasen dentro de casa con el nuevo huésped, vieron entrar con ellos un confuso montón de gente que traían en hombros, sobre una silla sentado, un hombre como muerto, que luego supieron ser el conde que había heredado al enemigo que solía ser de su hermano^{g,12}. El alboroto de la gente, la confusión de sus padres, el cuidado de recibir los nuevos huéspedes las turbó de manera que no sabían a quién acudir, ni a quién preguntar la causa de aquel alboroto. Los padres de Antonio acudieron al conde, herido de una bala por las espaldas, en una^h revuelta que dosⁱ compañías de soldados,

^f M1: *guiando*

Adopto la enmienda de Bru, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19.

^g M1: *tío*

A partir de M4, todas las eds. (a excepción de M16, M17, M18, M21, BA2, M23, AH) leen *hermano*

^h M1: *espaldas, que en una*

Adopto la lección de B5, M16, M17, BA2, M22.

ⁱ M1: *rebuelta de dos*

Adopto la enmienda de PECP y AH.

¹² Estamos ante un caso de descuido parecido al *cuñado*, en vez de *yerno*, registrado en II, 5 (302).

que estaban en el pueblo alojadas¹³, habían tenido con los del lugar, y le habían pasado por las espaldas el pecho. El cual, viéndose herido, mandó a sus criados que le trujesen en casa de Diego de Villaseñor, su amigo, y el traerle fue a tiempo que comenzaba a hospedar a su hijo, a su nuera y a sus dos nietos, y a Periandro y a Auristela; la cual, asiendo de las manos a las hermanas de Antonio, les pidió que la quitasen de aquella confusión y la llevasen a algún aposento donde nadie la viese.

Hiciéronlo ellas así, siempre admirándose de nuevo de la sin par belleza de Auristela. Constanza, a quien la sangre del parentesco bullía en el alma, ni quería ni podía apartarse de sus tías, que todas eran de una misma edad y casi de una igual hermosura. Lo mismo le aconteció al mancebo Antonio, el cual, olvidado de los respetos de la buena crianza y de la obligación del hospedaje, se atrevió, honesto y regocijado, a abrazar a una de sus tías; viendo lo cual, un criado de casa le dijo:

ⁱ M1: *lugar, y le auian*

M7, M8, M9, NY, M10, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M18, M19, M21: *lugar, le habían*

¹³ El sistema de alojamientos fue siempre causa de roces y problemas entre los soldados y la población. Algunos pueblos, como Esquivias, estaban obligados a hospedarlos *por una sola noche* (cfr. *Relaciones...*, 1: 402); otros, como Ciruelos (309-311) se quejaban, con razón, de los continuos abusos. De acuerdo con la inicua legislación de la época, los nobles —desde el último hidalguelo para arriba— estaban oficialmente exentos de esta obligación del alojamiento. En este sentido, son muy interesantes las ironías que el Calderón de *El alcalde de Zalamea* (acto I) pone en boca de uno de sus personajes.

Hasta qué punto era temible para el pobre campesino la presencia de la tropa en el pueblo que habitaba nos lo dice, con gran eficacia, Jerónimo de Alcalá Yáñez en *El donado hablador* (Parte I, 2): «Contábales lo que vi a un buen labrador, que, arrojando la semilla de trigo, decía a voces: —Una para Dios, otra para nos y cien para los soldados.» También C. alude a tales condiciones en *ELV* y en *CdP*.

En tales condiciones, no puede sorprender que, de cuando en cuando, estallaran conflictos y refriegas. En el Archivo de Simancas (*Guerra antigua, Felipe II. Años 1556-1572*: legajo 67), quedan documentos de los ocurridos en 1558 en Daimiel (núms. 17 y 18) y en Albacete (núms. 128 y 129). De otro, no poco grave, nos habla el capitán Alonso de Contreras en su *Vida* (VII).

—¡Por vida del señor peregrino, que tenga quedas las manos, que el señor desta casa no es hombre de burlas; si no, a fee que se las haga tener quedas, a despecho de su desvergonzado atrevimiento!

—¡Por Dios, hermano —respondió Antonio—, que es muy poco lo que he hecho para lo que pienso hacer, si el cielo favorece mis deseos, que no son otros que servir a estas señoras y a todos los desta casa!

Ya en esto habían acomodado al conde herido en un rico lecho y llamado a dos cirujanos que le tomasen la sangre¹⁴ y mirasen la herida, los cuales declararon ser mortal, sin que por vía humana tuviese remedio alguno.

Estaba todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que, en escuadrón formado, se habían salido al campo y esperaban si fuesen acometidos del pueblo, dándoles la batalla. Valía poco para ponerlos en paz la solicitud y la prudencia de los capitanes, ni la diligencia cristiana de los sacerdotes y religiosos del pueblo¹⁵, el cual, por la mayor parte, se alborota de livianas ocasiones y crece, bien así como van creciendo las olas del mar de blando viento movidas, hasta que, tomando el regañón¹⁶ el blando soplo del céfiro, le mezcla con su huracán y las levanta al cielo. El cual, dándose prisa a entrar el día, la prudencia de los capitanes hizo marchar a sus soldados a otra parte y los del pueblo se quedaron en sus límites, a pesar del rigor y mal ánimo que contra los soldados tenían concebido.

En fin, por téminos y pausas espaciosas, con sobresaltos agudos, poco a poco vino Antonio a descubrirse a sus padres, haciéndole^{k,17} presente de sus nietos y de su nuera, cuya presencia sacó lagrimas de los ojos de los viejos, y la

^k Desde M5, todas las eds. (con la excepción de M16) leen *haciéndoles*

¹⁴ *tomar la sangre* = 'restañarla'.

¹⁵ En las *Relaciones histórico-geográfico-estadísticas (...) Reino de Toledo* nada se dice del número de sacerdotes presentes en el pueblo en 1575. M. Fernández Álvarez (*La sociedad española...*: 81) afirma que a finales de siglo eran 7. Y no había ningún convento de religiosos.

¹⁶ *regañón* = 'viento septentrión, por lo molesto y desabrido que es' (DA).

¹⁷ *haciéndole*. Es justo mantener el *le* de M1. Cfr. I, 9 (186 y nota 6).

belleza de Auristela y gallardía de Periandro les sacó el pasmo al rostro y la admiración a todos los sentidos.

Este placer, tan grande como imprevisto; esta llegada de sus hijos, tan no esperada, se la agrió, turbó y casi deshizo la desgracia del conde, que por momentos iba empeorando. Con todo eso, le hizo presente de sus hijos y de nuevo le hizo ofrecimiento de su casa y de cuanto en ella había que para su salud fuese conveniente, porque, aunque quisiera moverse y llevarle a la de su estado, no fuera posible: tales eran las pocas esperanzas que se tenían de su salud. No se quitaban de la cabecera del conde, obligadas de su natural condición, Auristela y Constanza, que, con la compasión cristiana y solicitud posible, eran sus enfermeras, puesto que iban contra el parecer de los cirujanos, que ordenaban le dejasen solo o, a lo menos, no acompañado de mujeres. Pero la disposición del cielo, que, con causas a nosotros secretas, ordena y dispone las cosas de la tierra, ordenó y quiso que el conde llegase al último de su vida y, un día¹ antes que della se despidiese¹⁸, cierto ya de que no podía vivir, llamó a Diego de Villaseñor y, quedándose con él solo, le dijo desta manera:

—Yo salí de mi casa con intención de ir a Roma este año, en el cual el Sumo Pontífice ha abierto las arcas del tesoro de la Iglesia y comunicádonos, como en Año Santo, las infinitas gracias que en él suelen ganarse¹⁹. Iba a la ligera, más

¹ M1 y toda la tradición: *que el Conde llegasse al último de su vida, y un día*

¹⁸ Para SA-RH, «evidentemente falta texto, pues la construcción no se explica recurriendo al zeugma (a no ser que el primer término [*¿día?*] vaya pospuesto). Creemos que falta un sustantivo como *trance* [ECE], *traspaso* [LG, I], *término* [LG, V], etc. El más frecuentemente empleado por C. en estos casos es *vale* (LG, I; ECE, *Poesías sueltas*, I-vi, etc.), que, además, cuadra perfectamente aquí con lo que sigue: *antes que della se despidiese*. Bien podría editarse, pues: *al último [vale] de su vida*». A mi parecer, la lección de la *princeps* es perfectamente inteligible, sobre todo si se tiene presente la definición, recogida en DA, de *estar a lo(s) últimos(s)* [claro está «instantes, momentos»] *de la vida*.

¹⁹ En más de un sentido, esta frase constituye el punto de inflexión, el momento en que la peregrinación a Roma (hasta aquí individual, o de grupo, por motivos personalísimos) se transforma en peregrinación colectiva,

como peregrino pobre que como caballero rico; entré en este pueblo; hallé trabada una pendencia, como ya, señor, habéis visto, entre los soldados que en él estaban alojados y entre los vecinos dél^m; mezcléme en ella y, por reparar las ajenas vidas, he venido a perder la mía, porque esta herida, (que a traición, si así se puede decir, me dieron), me la va quitando por momentos. No sé quién me la dio, porque las pendencias del vulgo traen consigo a la misma confusión. No me pesa de mi muerte, si no es por las que ha de costar, si por justicia o por venganza quisiere castigarse. Con todo esto, por hacer lo que en mí es y todo aquello que de mi parte puedo, como caballero y cristiano, digo que perdono a mi matador y a todos aquellos que con él tuvieron culpa; y es mi voluntad asimismo de mostrar que soy agradecido al bien que en vuestra casa me habéis hecho. Y la muestra

^m M1: *vezinos della*

Adopto la enmienda de M9, M11, M12, M13, M14, Vall, B6, B7, B8, M16, B9, M17, M18, M19, M21, BA2, M22, M23, *PECP*, AH.

teóricamente universal. De todos modos, por el momento, C. no se compromete demasiado: podría estar aludiendo a un año santo propiamente dicho, pero también a un jubileo extraordinario. En este lugar, las palabras en que el conde habla de indulgencias concedidas *como en año santo* resultan equívocas. El sintagma permite ser entendido como 'al igual que todos los demás años santos' o 'como si se tratase de un año santo'. Casaldueiro (167), y Osuna (C, 1970: 416), por los motivos que veremos en III, 13 (576 y nota 11), creen que se trata del año santo de 1600; Beringer prefiere el de 1575 (C, 1971: 4-7) y Rothbauer (B, 1963: 71) el de 1550. Por su parte, Allen (C, 1971: 95-96, 98) considera la cosa más probable que C. aluda en los dos lugares al año santo extraordinario de 1606. Yo me inclino a pensar en un jubileo extraordinario «imaginado», pero, desde luego, verosímil. En efecto, C., en uso de su libertad de artista, podría haber adelantado —poco más de un año— el extraordinario proclamado el 15 de noviembre de 1560, con motivo de la reanudación del Concilio de Trento, o bien ampliado el alcance del período de ayunos, penitencias... y grandes indulgencias promovido por Paulo IV para impetrar la concordia entre los príncipes cristianos, finalmente alcanzada con la «paz universal» publicada el 5 de abril de 1559 en Cateau-Cambrésis (cfr., p. ej., Gonzalo de Illescas, *Historia pontifical y católica*, Parte segunda, Salamanca, Vicente de Portonariis, 1573: 446 v. b).

En *El Peregrino en su patria*, de Lope de Vega (imprescindible término de comparación con el *Persiles*), no cabe duda de que el Jubileo (por otra parte no más que aludido, aunque ya lucrado por los protagonistas) es el de 1600 (I: 70).

que he de dar deste agradecimiento no será así como quiera, sino con el más alto extremo que pueda imaginarse. En esos dos baúles que ahí están, donde llevaba recogida mi recámara, creo que van hasta veinte mil ducados en oro²⁰ y en joyas, que no ocupan mucho lugar; y, si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierraⁿ las entrañas de Potosí, hiciera della lo mismo que desta hacer quiero²¹. Tomalda, señor, en vida, o haced que la tome la señora doña Constanza, vuestra nieta, que yo se lo doy en arras y para su dote. Y más, que le pienso dar esposo de mi mano, tal, que aunque presto quede viuda, quede viuda honradísima, juntamente con quedar doncella honrada. Llamadla aquí, y traed quien me despose con ella: que su valor, su cristiandad, su hermosura, merecían hacerla señora del universo. No os admire, señor, lo que oís; creed lo que os digo, que no será novedad disparatada casarse un título con una doncella hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hacer a una mujer famosa. Esto quiere el cielo, a esto me inclina mi voluntad; por lo que debéis al ser discreto, que no lo estorbe la vuestra. Id luego y, sin replicar palabra, traed quien me despose con vuestra nieta y quien haga las escrituras tan firmes (así de la entrega destas joyas y dineros, y de la mano que de esposo la he de dar) que no haya calumnia que la deshaga.

Pasmóse a estas razones Villaseñor y creyó, sin duda alguna, que el conde había perdido el juicio y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte, o se dicen grandes sentencias o se hacen grandes disparates; y, así, lo que le respondió fue:

ⁿ A partir de M5, todas las eds. (con las excepciones de M16, M17, M18, M21, B-A2, M22, B10, B11, *PECP*, AH) leen *encierran*

²⁰ *en oro*. Cfr. IV, 6 (673).

²¹ Es un caso más de verbo en singular, cuando va delante el sujeto. Cfr. III, 5 (474).

En el monte *Potosí*, en la actual República de Bolivia, fueron descubiertos en 1544 riquísimos filones de plata. Su nombre se convirtió enseguida en sinónimo de tesoro incalculable. Cfr., p. ej., Ercilla, *La Araucana* (XXVII, oct. 47) y Lope de Vega, *La noche de San Juan* (acto I).

—Señor, yo espero en Dios que tendréis salud y, entonces, con ojos más claros y sin que algún dolor os turbe los sentidos, podréis ver las riquezas que dais y la mujer que escogéis. Mi nieta no es vuestra igual o, a lo menos, no está en potencia propincua, sino muy remota, de merecer ser vuestra esposa²², y yo no soy tan codicioso que quiera comprar esta honra que queréis hacerme con lo que dirá el vulgo, casi siempre mal intencionado, del cual ya me parece que dice que os tuve en mi casa, que os trastorné el sentido y que, por vías de la solicitud codiciosa, os hice hacer esto.

—Diga lo que quisiere —dijo el conde—; que, si el vulgo siempre se engaña²³, también quedará engañado en lo que de vos pensare.

—Alto, pues —dijo Villaseñor—; no quiero ser tan ignorante que no quiera abrir a la buena suerte, que está llamando a las puertas de mi casa²⁴.

Y, con esto, se salió del aposento y comunicó lo que el conde le había dicho con su mujer, con sus nietos y con Periandro y Auristela, los cuales fueron de parecer que, sin perder punto, asiesen a la ocasión por los cabellos que les ofrecía y trujesen quien llevase al cabo aquel negocio. Hízose así y, en menos de dos horas, ya estaba Costanza desposada con el conde y los dineros y joyas en su posesión, con todas las circunstancias y revalidaciones que fueron posible

²² Cfr. P. Pineda, *Agricultura...*, (dial. 11, sec. 4). En última instancia, la diferencia entre el conde y la hijadalgo consistía, sobre todo —o solamente— en la riqueza. El riesgo, si acaso, consistía en que el titulado había de obtener un previo aviso del rey para casarse. El viejo Villaseñor y el propio conde saben muy bien a lo que se exponen. Valga un ejemplo: Jerónimo de Barrionuevo y Peralta escribe en sus *Avisos* relativos a 1657 (BAE, CCXXII: 66 b) que «Doña Mencía de Ávalos y Merino se llama la mujer con quien se ha casado el conde de Cabra en Lucena. Es vasalla suya, aunque hija de algo. Han ido a prenderle don Juan Golfín, oidor de Granada, y don Francisco de Cabra, alcalde de aquella Audiencia, y llevarle a León al convento, y a ella a un monasterio de monjas de Alcaudete. Desafióle el marqués de Priego, por haberse casado tan desigualmente; y respondió que era tan buena como él, y que otros habían escogido otras mujeres...»

²³ Cfr. II, 19 (409 y nota 8). Pero téngase en cuenta que, en las dos ocasiones, hablan personajes, y muy preocupados por la reacción popular.

²⁴ Una frase muy parecida ocurre en *Quijote*, II, 5.

hacerse. No hubo músicas en el desposorio, sino llantos y gemidos, porque la vida del conde se iba acabando por momentos.

Finalmente, otro día después del desposorio, recibidos todos los sacramentos, murió el conde en los brazos de su esposa, la condesa Costanza. La cual, cubriéndose la cabeza con un velo negro, hincada de rodillas y levantando los ojos al cielo, comenzó a decir:

—Yo hago voto...

Pero, apenas dijo esta palabra, cuando Auristela le dijo:

—¿Qué voto queréis hacer, señora?

—De ser monja —respondió la condesa.

—Sedlo, y no le hagáis —replicó Auristela—, que las obras de servir a Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcan que las mueven accidentes, y éste de la muerte de vuestro esposo quizá os hará prometer lo que después o no podréis o no querréis cumplir. Dejad en las manos de Dios y en las vuestras vuestra voluntad, que así vuestra discreción como la de vuestros padres y hermano^{o,25} os sabrá aconsejar y encaminar en lo que mejor os estuviere²⁶. Y dése agora orden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios, que quien os hizo condesa tan sin pensarlo os sabrá y querrá dar otro título que os honre y os engrandezca con más duración que el presente.

Rindióse a este parecer la condesa y, dando trazas al entierro del conde, llegó un su hermano menor, a quien ya habían ido las nuevas a Salamanca, donde estudiaba. Lloró la muerte de su hermano, pero enjugáronle^p presto las lágrimas.

^o M1: *hermanos*

^p A partir de M5, todas las eds. (con las excepciones de M16, B9, M17, M18, M21, BA2, M22, B10, B11, M23, *PECP*, AH) leen *enjugóle*

²⁵ Osuna (C, 1972: 79) nota que Constanza no tiene más hermano que Antonio. Puede tratarse, sin duda, de un descuido (tal vez consecuencia de la precedente confusión entre *tío* / *hermano*, cfr. III, 9: 522 y nota 13 del presente capítulo), pero también de una simple errata, que conviene enmendar, tras haberla indicado.

²⁶ Ahora el verbo está en plural y el sujeto, que viene al final, en singular. La falta de concordancia se explica por contaminación del complemento directo, más próximo. Cfr. III, 5 (474).

mas el gusto de la herencia del estado²⁷. Supo el hecho; abrazó a su cuñada; no contradijo a ninguna cosa; depositó a su hermano, para llevarle después a su lugar; partióse a la corte, para pedir justicia contra los matadores; anduvo el pleito; degollaron a los capitanes y castigaron muchos de los del pueblo; quedóse Costanza con las arras y el título de condesa. Apercibióse Periandro para seguir su viaje, a quien no quisieron acompañar Antonio el padre ni Ricla, su mujer, cansados de tantas peregrinaciones, que no cansaron a Antonio el hijo ni a la nueva condesa, que no fue posible dejar la compañía de Auristela ni de Periandro.

A todo esto, nunca había mostrado a su abuelo el lienzo donde venía pintada su historia. Enseñósele un día Antonio y dijo que faltaba allí de pintar los pasos por donde Auristela había venido a la isla bárbara, cuando se vieron ella y Periandro en los trocados trajes: ella, en el de varón y, él, en el de hembra, metamorfosis bien extraño. A lo que Auristela dijo que en poca razones lo diría. Que fue que, cuando la robaron los piratas de las riberas de Dinamarca, a ella, Cloelia y a las dos pescadoras, vinieron a una isla despoblada a repartir la presa entre ellos

—...y, no pudiéndose hacer el repartimiento con igualdad, uno de los más principales se contentó con que por su parte le diesen mi persona y aun añadió dádivas para igualar la demasía. Entré en su poder sola, sin tener quien en mi desventura me acompañase, que de las miserias suele ser alivio la compañía. Éste me vistió en hábitos de varón, temeroso que en los de mujer no me solicitase el viento. Muchos

²⁷ Cfr. I, 2 (127 y nota 12). En efecto, desde nuestro punto de vista, se hace algo duro de creer —si no es, claro está, «por cortesía»— que el capitán pirata contuviese sus declarados deseos dentro de límites presumiblemente muy estrechos. ¿Se trata, entonces, de una mixtificación del personaje? No tenemos derecho a pensarlo, dados los prestigios, reales y simbólicos, del mismo. Sí conviene decir, en cambio, que no sólo la literatura se complacía en esta clase de historias (literalmente *extraordinarias*, no inverosímiles, de por sí, *a radice*), sino que en la misma realidad de los siglos XVI y XVII podían darse casos parecidos al de Auristela. Entre piratas (claro está que no tan enamorados como el que se llevó a la joven por botín), antes que la lujuria podía estar la conveniencia. Y una presa *doncella* valía mucho más que otra ya *dueña*, tanto como objeto puesto a la venta que como obsequio interesado.

días anduve con él peregrinando por diversas partes y sirviéndole en todo aquello que a mi honestidad no ofendía; finalmente, un día llegamos a la isla bárbara, donde de improviso fuimos presos de los bárbaros, y él quedó muerto en la refriega de mi prisión y yo fui traída a la cueva de los prisioneros, donde hallé a mi amada Cloelia²⁸, que por otros no menos desventurados pasos allí había sido traída, la cual me contó la condición de los bárbaros, la vana superstición que guardaban y el asunto ridículo y falso de su profecía. Díjome asimismo que tenía barruntos de que mi hermano Periandro había estado en aquella sima, a quien no había podido hablar por la priesa que los bárbaros se daban a sacarle para ponerle en el sacrificio. Y que había querido acompañarle para certificarse de la verdad, pues se hallaba en hábitos de hombre; y que, así, rompiendo por las persuaciones de Cloelia, que se lo estorbaban, salió con su intento y se entregó de toda su voluntad para ser sacrificada de los bárbaros, persuadiéndose ser bien de una vez acabar la vida que no de tantas gustar la muerte, con traerla a peligro de perderla por momentos. Y que no tenía más que decir, pues sabían lo que desde aquel punto le había sucedido.

Bien quisiera el anciano Villaseñor que todo esto se añadiera al lienzo, pero todos fueron de parecer que, no solamente se añadiese⁹, sino que aun lo pintado se borrarse²⁹, porque tan grandes y tan no vistas cosas no eran para andar

⁹ B5, M11, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M16, M17, M18, M19, M21, BA2, M22, B10, B11, M23, AH: *que no solamente no se añadiese*

²⁸ C. no se toma la molestia de explicarnos por qué razón Cloelia, que no era precisamente joven (cfr. I, 1 [143 con nota 6] y II, 10 [336-337]) ni se nos dijo nunca que fuera hermosa, acaba en la *isla bárbara* y nada menos que como «mujer de confianza»: carcelera. No sólo. A pesar de que en I, 1 (118), se admita que Periandro estuvo dos días bajo su custodia, ahora parece que el «ama» de Auristela no tuvo más que «barruntos» de quién podía ser el prisionero.

²⁹ *no sólo se añadiese, sino...* La segunda negación es innecesaria. Tras *no sólo* o *no solamente* solía, en efecto, elidirse. Cfr. *PECP* (180-181), con testimonios de Lope de Vega y Calderón. Cfr. también la *Aprobación* de las *NE* cervantinas, firmada (para los reinos de la Corona de Aragón) por Alonso de Salas Barbadillo: «...no sólo hallo en él cosa escrita en ofensa de la religión cristiana y perjuicio de las buenas costumbres, antes bien.»

en lienzos débiles, sino en láminas de bronce escritas y en las memorias de las gentes grabadas. Con todo eso, quiso Villaseñor quedarse con el lienzo, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos y la sin igual hermosura y gallardía de Auristela y Periandro.

Algunos días se pasaron poniendo en orden su partida para Roma, deseosos de ver cumplidos los votos de su promesa³⁰; quedóse Antonio el padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo ni, menos, la nueva condesa, que, como queda dicho, la afición que a Auristela tenía la llevara, no solamente a Roma, sino al otro mundo, si para allá se pudiera hacer viaje en compañía. Llegóse el día de la partida, donde hubo tiernas lágrimas, y apretados abrazos, y dolientes suspiros, especialmente de Ricla, que, en ver partir a sus hijos, se le partía el alma. Echóles su bendición su abuelo a todos, que la bendición de los ancianos parece que tiene prerrogativa de mejorar los sucesos. Llevaron consigo a uno de los criados de casa, para que los sirviese en el camino, y, puestos en él, dejaron soledades³¹ en su casa y padres y en compañía entre alegre y triste siguieron su viaje.

CAPÍTULO DÉCIMO DEL TERCERO LIBRO^a

Las peregrinaciones largas siempre traen consigo diversos acontecimientos y, como la diversidad se compone de cosas diferentes, es forzoso que los casos lo sean. Bien nos lo

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *De lo que pasó con unos cautivos que encontraron*

³⁰ *los votos de su promesa*. Evidentemente, más que el (o los) específico(s) de Auristela y acaso el —nunca explícito— de Periandro, se trata de los hechos por los cuatro personajes que irán a Roma ahora *también* a ganar el jubileo.

³¹ *dejaron soledades* = 'dejaron añoranzas, nostalgias'. Recuérdese el portugués *saudades* y cfr. RM (I: 76-79).

muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniéndonos en duda dónde será bien anudarle; porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas y podrían pasar sin serlo y sin quedar menoscabada la historia. Acciones hay que, por grandes, deben de callarse y otras que, por bajas, no deben decirse, puesto que es excelencia de la historia que cualquiera cosa que en ella se escriba^b puede pasar, al sabor de la verdad que trae consigo; lo que no tiene la fábula, a quien conviene guisar sus acciones con tanta puntualidad y gusto, y con tanta verisimilitud, que, a despecho y pesar de la mentira, que hace disonancia en el entendimiento, forme una verdadera armonía.

Aprovechándome, pues, desta verdad, digo que el hermoso escuadrón de los peregrinos, prosiguiendo su viaje, llegó a un lugar, no muy pequeño ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo¹, y, en mitad de la plaza dél, por quien forzosamente habían de pasar, vieron mucha gente junta, todos atentos mirando y escuchando a dos mancebos que, en traje de recién rescatados de cautivos², estaban de-

^b M1, L, P2, M16, M17, M18, M21, BA2, M22, B10, B11, M23, S: *escrevía*

Adopto la enmienda de todas las restantes eds.

¹ ...*de cuyo nombre no me acuerdo*... La frase trae inmediatamente a la memoria la que da comienzo al *Quijote*. La diferencia, sin embargo, es grande. Aquí bien puede tratarse de una de las varias fórmulas objetivadoras empleadas por C. a lo largo de la novela, con la curiosa compresencia de *otra* intromisión del *yo* del narrador. Sería, por tanto, exagerado aplicarle las valencias que reconocen a la más conocida A. Castro (CCE: 65) y AA («Tres comienzos de novela»: 198-199) Del todo gratuito me parece, en fin, decir, como hace Novo y Fernández Chicharro, que este innominado pueblo de la Mancha es, «evidentemente, el del *Quijote*» (C, 1928: 15 y 21, nota). En realidad, resulta imposible conjeturar a qué distancia del Quintanar de la Orden se encuentran los peregrinos. Lo mismo puede ser a una jornada que a varias. Dentro de un poco (11: 546), C. *da a entender* que el pueblo está situado cerca (¿cuánto?) del lugar donde se bifurcan los caminos que llevan a Cartagena y a Valencia (es decir, en Chinchilla). Esto podría hacer pensar en La Roda, en la Gineta, en el propio Albacete. Pero se trata de hipótesis sin el menor apoyo objetivo y... sin la menor relevancia para el buen entendimiento del episodio.

² Cfr. *Quijote*, I, 38. A propósito del traje del ex cautivo, cfr. *Quijote*, I, 38, y LEI.

clarando las figuras de un pintado lienzo que tenían tendido en el suelo³. Parecía que se habían descargado de dos pesadas cadenas que tenían junto a sí, insignias y relatoras de su pasada^c desventura⁴; y uno dellos, que debía de ser de hasta venticuatro años, con voz clara y en todo extremo esperta lengua, crujendo de cuando en cuando un corbacho^{d,5} o, por mejor decir, azote que en la mano tenía, le sacudía de manera que penetraba los oídos y ponía los estallidos en el cielo, bien así como hace el cochero, que, castigando o amenazando sus caballos, hace resonar su látigo por los aires.

Entre los que la larga plática escuchaban estaban los dos alcaldes del pueblo⁶, ambos ancianos, pero no tanto el uno como el otro. Por donde comenzó su arenga el libre cautivo fue diciendo:

—Esta, señores, que aquí veis pintada, es la ciudad de Argel, gomía y tarasca⁷ de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de cosarios y amparo y refugio de la-

^c M9, M21, M22: *pasada*

^d MI: *carbacho*

³ Cfr. II, 5 (306); III, 1 (437-439), 4 (471) y 9 (530-531).

⁴ Los ex cautivos solían traerse a España este recuerdo de sus pasadas —y pesadas— desventuras. Algunos la depositaban en un santuario (cfr. *ERV* y, en el mismo *Persiles*, III, 5 [474]; otros *especulaban* con ella. Cfr., p. ej., Salvatore Bono, *I corsari barbareschi*: 83-84 y 217-219, 271 y 272.

⁵ *corbacho* = 'vergajo'. Con él golpeaba el cómitre a los cautivos que remaban en las galeras. Muchos de éstos los traían a España.

⁶ *los dos alcaldes del pueblo*. Cfr. III, 8 (510).

⁷ *gomía y tarasca*. Al menos en los siglos XVI y XVII, los dos términos significaban la misma cosa («La tarasca, que en mi tierra llaman gomía», se lee en *La pícaro Justina*, de López de Ubeda: II, parte III, 2). Con lo que nos encontramos ante un nuevo ejemplo de *reduplicatio* cervantina. Se trata de 'el dragón o la sierpe que se sacaba (y todavía se saca, en ciertos pueblos y aun ciudades) durante la procesión del Corpus. Puesto que este simulacro de monstruo se tragaba las monteras de los campesinos arrojadas a sus fauces por los maliciosos ciudadanos, ambos términos acabaron equivaliendo también a 'tragón, comilón'. Con el tiempo, la *tarasca* cambió de significado: dejó de ser dragón y se convirtió en la vieja ridícula que lo cabalgaba (cfr. Shergold, *A History of the Spanish Stage*: 495-497, y el art. del propio autor, en colaboración con John Varey, «La tarasca de Madrid. Un aspecto de la Procesión del Corpus durante los siglos XVI y XVII», en *Clavileño*, IV [1953], núm. 29: 18-28).

drones⁸, que, deste pequenuelo puerto que aquí va pintado, salen con sus bajeles a inquietar el mundo, pues se atreven a pasar el *plus ultra* de las columnas de Hércules⁹, y a acometer y robar las apartadas islas que, por estar rodeadas del inmenso mar Oceano, pensaban estar seguras, a lo menos de los bajeles turquescos¹⁰. Este bajel que aquí veis, reducido a pequeño, porque lo pide así la pintura, es una galeota de ventidós bancos, cuyo dueño y capitán es el turco que en la crujía va en pie con un brazo en la mano, que cortó a aquel cristiano que allí veis, para que le sirva de rebenque y azote a los demás cristianos que van amarrados a sus bancos¹¹, temeroso no le alcancen estas cuatro galeras que aquí veis, que le van entrando y dando caza. Aquel cautivo primero del primer banco, cuyo rostro le disfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del brazo muerto, soy yo, que servía de espalder en esta galeota¹²; y el otro que está junto a mí es este mi compañero, no tan sangriento, porque fue menos apaleado. Escuchad, señores, y estad atentos; quizá la aprehensión deste lastimero cuento os llevará a los oídos

⁸ *Argel [...] refugio de ladrones*. Es «definición» bien documentada, como muestra Herrero García (*Ideas...*: 535-536). Según Emilio Sola y José F. de la Peña (*C. y la Berbería*, Madrid, FCE, 1995: 23 y 27), en el último tercio del siglo XVI el número de cautivos presentes en Argel oscilaría entre los veinte y los veinticinco mil.

⁹ *Ne* —o *nec* o *non*— *plus ultra*, no sólo, como dice el personaje, *plus ultra*, que fue en cambio (inicialmente, en francés del Quinientos, *plus oultre*), el orgulloso mote de Carlos V, desde sus tiempos de príncipe heredero.

¹⁰ Bajelos turcos o argelinos habían atravesado Gibraltar en 1559 y 1561. De 1580 a 1620, cuando la piratería conoció su momento de mayor auge, estas excursiones al Atlántico fueron muy frecuentes. En 1617, llegaron a la isla de Madeira; en 1627, a Islandia, donde saquearon Reykiavik; en 1631, a las costas inglesas e irlandesas; en 1650, a Cornualles. Cfr. Fernand Braudel (*El Mediterráneo...*, 304-306), S. Bono (*I corsari...*: 151-152) y E. G. Friedman (*Spanish Captives in North Africa in the Early Modern Age* [13-20]).

¹¹ Cfr. Romero (C, 1997 a: 270-274), donde presento varios casos (¿o varias versiones de dos —y únicos— casos?), a partir de las noticias suministradas por el P. Diego de Haedo (pero mejor parece decir el Dr. Antonio de Sosa) en la *Topografía e historia general de Argel* (Valladolid, Diego Fernández de Córdoba y Oviedo, 1612, precisamente en el «Diálogo primero de la captividad» [división XII: fol. 123]).

¹² *espalder* = 'remero que iba de espaldas a la proa y marcaba el ritmo a los demás'.

las amenazadoras y vituperosas voces que ha dado este perro de Dragut¹³, que así se llamaba el arráez de la galeota, cosario tan famoso como cruel, y tan cruel como Fálaris^e, o Busiris, tiranos de Sicilia¹⁴. A lo menos, a mí me suena agora el *rospení*^{f,15}, el *manahora*^{g,16} y el *denimaniyoc*^{h,17}, que con coraje endiablado va diciendo, que todas éstas son palabras y razones turquescas, encaminadas a la deshonra y vituperio de los cautivos cristianos. Llámanlos de judíos, hombres de poco valor, de fee negra y de pensamientos viles y, para

^e M21: *Falaris*

Las restantes eds.: *Faralís*

^f M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8: *rospin*

^g M21: *manhora*

^h M7, M15: *denimamiyoz*

M8, M9, M10, B5: *denimaniroz*

M11, M12, M13, M14, Vall, M19: *de nimaniyoz*

B6, B7, B8: *de nimaniyos*

¹³ *Dragut* (*Turgut*, en turco, 'el orejudo') fue vencido y hecho prisionero por Andrea Doria. Pasó bastantes años en Génova, hasta que Yeredín Barbarroja lo rescató. A partir de entonces devastó las costas cristianas del Mediterráneo, haciendo temible su solo nombre. Conquistó Trípoli en 1551. Murió en el asedio de Malta, en 1565 (cfr., en el mismo *Persiles*, III, 12: 565 y nota 13). Son numerosos los romances —populares o artísticos— en que aparece aludido.

¹⁴ *Fálaris* es la acentuación adecuada. Los numerosos testimonios que conozco carecen, sin embargo, de la persuasividad que les presta el ritmo o la rima.

Cfr. Romero (C, 1997 a: 272-273), donde reproduzco sendos pasajes del cit. «Diálogo primero de la captividad» (división XIII, fol. 125) y de la *Topografía...* propiamente dicha (fol. 25 v^o), con explícita mención de estos dos personajes.

¹⁵ *rospení*. Según Julio Cortés, asesor, en esta circunstancia, de AA, equivale a 'prostituta'. Para Asim Tanis, profesor de lengua turca, mi compañero en la Facultad de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Venecia, es más exactamente 'hijo de puta' (cfr. *PECP*: 183).

¹⁶ *manahora*. «De momento —escribe AA— queda en el aire *manahora*». Ya (escribía en *PECP*: 183-184) no lo está, gracias al citado profesor Tanis, quien interpreta la palabra como 'mira', 'mira que', 'ojo', 'cuidado que'. El significado no puede ser más claro: 'mira que te j...', o algo muy parecido.

¹⁷ *denimaniyoc*. Según el profesor Tanis (cfr. *PECP*: 184), equivale a 'infiel, ateo, que no tiene religión'.

Cfr. Romero (C, 1997 a: 273-274), con un pasaje del cit. «Diálogo primero de la captividad» (división XVII, fol. 137), donde aparecen los tres términos turcos empleados por C., junto con otros parecidos, acompañados de una traducción sustancialmente justa de casi todos.

mayor horror y espanto, con los brazos muertos azotan los cuerpos vivos¹⁸.

Parece ser que uno de los dos alcaldes había estado cautivo en Argel mucho tiempo el cual, con baja voz, dijo a su compañero:

—Este cautivo, hasta ahora, parece que va diciendo verdad y que, en lo general, no es cautivo falso; pero yo le examinaré en lo particular, y veremos cómo da la cuerda¹⁹. Porque quiero que sepáis que yo iba dentro desta galeota y no me acuerdo de haberle conocido por espalder della, si no fue a un Alonso Moclín, natural de Vélez Málaga²⁰.

Y, volviéndose al cautivo, le dijo:

—Decidme, amigo, cuyas eran las galeras que os daban caza, y si conseguistes por ellas la libertad deseada.

—Las galeras —respondió el cautivo— eran de don Sancho de Leyva²¹; la libertad no la conseguimos, porque no

¹⁸ Malo, malísimo era el trato que a los galeotes cristianos daban los turcos, pero igual —y aun peor— era el que los cristianos daban a los turcos o, en general, a los *moros* e incluso a los propios *galeotes*. Cfr. el *Viaje de Turquía* (137). y Suárez de Figueroa, *El pasajero* (alivio IV). F. Braudel (*El Mediterráneo...*: II, 290-304) hace notar que las ciudades piratas abundaban. Por parte musulmana, las más importantes eran Valona, Durazzo, Trípoli, La Goleta, Bizerta, Argel, Tetuán, Larache y, más tarde, Salé; por parte cristiana, eran una especie de «Argeles cristianas» La Valetta (base de los Caballeros Jeroselimitanos, de San Juan o de Malta), Liorna y Pisa (de los Caballeros de San Esteban), Mesina, Palermo, Trápana, Palma de Mallorca, Valencia, Almería, Segna, Fiume.

¹⁹ *cómo da la cuerda* = 'cómo responde al interrogatorio' (literalmente, 'al tormento de cuerda' o *mancuenda*: cfr. nota núm. 27 de este mismo capítulo).

²⁰ *Alonso Moclín*. Quién sabe si un día, explorando archivos y fondos manuscritos de nuestras bibliotecas, no aparecerá este nombre y tendremos otro dato para la biografía cervantina. De la utilidad de tales pesquisas es prueba el artículo de Juan Martínez Ruiz «Cautivos precervantinos», en *RFE*, 1967: 203-236.

²¹ La familia Leyva cuenta con una larga serie de generales y almirantes entre los cuales al menos dos llevan precisamente el nombre de Sancho. De ninguna manera peca contra la verosimilitud que el joven ex cautivo hable aquí de un don Sancho de Leyva, inútilmente empeñado en *dar caza* a una galera mandada por Dragut, en un momento indeterminado, pero, sin duda, por lo que el mismo personaje nos dice, «situable» más o menos en 1556-1558.

nos alcanzaron. Tuvimosla después, porque nos alzamos con una galeota que desde Sargel²² iba a Argel cargada de trigo; venimos a Orán con ella y, desde allí, a Málaga²³, de donde mi compañero y yo nos pusimos en camino de Italia, con intención de servir a Su Majestad, que Dios guarde, en el ejercicio de la guerra²⁴.

Este don Sancho de Leyva era en 1555 general de las galeras de Nápoles y, si no estoy equivocado, siguió siéndolo hasta el verano de 1560, cuando, en la expedición contra Trípoli, concluida con el «desastre de los Gelves», cayó prisionero de los turcos, que, junto con otros caballeros, lo tuvieron prisionero en las famosas Siete Torres de Constantinopla, hasta su liberación, en 1562. Actuó en las expediciones al Peñón de Vélez de la Gomera, en 1563 y 1564. Al mando de las galeras de Nápoles, tomó parte en el famosísimo socorro de Malta (verano de 1565). En 1568 era capitán general de las galeras de España. Con las de Nápoles, participó dos años más tarde en la guerra contra los moriscos granadinos, evitando un desembarco turco.

C. debía tener bien presente la figura de este ilustre marino, en una de cuyas galeras se embarcó para España en 1575. Caída en poder de los moros, el nuevo cautivo asistió a la vana tentativa de salvamento llevada a cabo por el propio don Sancho, como bien recuerdan AM (II: 449, 453) y AA («La captura de C.»: en *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975: 277-333).

Lo que ni Astrana ni AA dicen (ni tenían por qué decir, en los citados lugares) es que en la época en que presumiblemente fue escrito este capítulo del *Persiles*, en las galeras de Nápoles servía otro don Sancho de Leyva, nieto del precedente, que en 1621 obtendría el título de Conde de Baños. Que C. podía tener interés en aludir a él (hablando formalmente de su abuelo) se comprende al leer en el *Viaje del Parnaso* (IV, terc. 119-120): «Preguntóme Mercurio: —¿No conoces /quién es este gallardo, este brioso? /Imagino que ya le reconoces. // —Bien —yo le respondí—, que es el famoso / gran don Sancho de Leyva, cuya espada / y pluma hará a Delio venturoso».

²² *Sargel* = Cerceli, llamada también Cherchel. Ocurre también en *Quijote*, I, 41, y en *ETA* (acto I). Cfr. Diego de Haedo, *Topografía...* («Diálogo segundo de los mártires»: fol. 155).

²³ Para forzados al remo que consiguen rebelarse y hacerse con la nave, huyendo luego en dirección a un puerto cristiano, cfr., p. ej. Haedo, *Topografía...* («Diálogo...» [fols 163 r^o y v^o, y 189 v^o y ss.], donde se trata de «alzamientos» ocurridos en 1562 y 1579, respectivamente), y D. Galán (*Cautiverio...*: 193-199). No se olvide, ya en campo literario, específicamente cervantino, el narrado en *EAL*.

²⁴ No porque la hubiera en Italia en el verano de 1559 (las últimas campañas de importancia, con sustancial participación de tropas españolas, habían sido las combatidas por el duque de Alba, en nombre de Felipe II, contra el papa Paulo IV, de agosto de 1556 a septiembre de 1557), sino porque la había (o, más exactamente, *podría haberla habido...*, como veremos dentro de muy poco) en Flandes.

—Decidme, amigos —replicó el alcalde—: ¿cautivastes juntos? ¿Llevaronos a Argel del primer boleo, o a otra parte de Berbería?

—No cautivamos juntos —respondió el otro cautivo—, porque yo cautivé junto a Alicante, en un navío de lanas que pasaba a Génova; mi compañero, en los Percheles de Málaga, adonde era pescador²⁵. Conocímonos en Tetuán, dentro en una mazmorra; hemos sido amigos y corrido una misma fortuna mucho tiempo²⁶ y para diez o doce cuartos que apenas nos han ofrecido de limosna sobre el lienzo, mucho nos aprieta el señor alcalde.

—No mucho, señor galán —replicó el alcalde—, que aún no están dadas todas las vueltas de la mancuera²⁷. Escúcheme y dígame cuántas puertas tiene Argel, y cuántas fuentes, y cuántos pozos de agua dulce²⁸.

— ¡La pregunta es boba! —respondió el primer cautivo—. Tantas puertas tiene como tiene casas, y tantas fuentes que yo no las sé, y tantos pozos que no los he visto, y los trabajos que yo en él he pasado me han quitado la memoria de mí mismo. Y si el señor alcalde quiere ir contra la caridad cristiana, recogeremos los cuartos y alzaremos la

Desde más o menos 1540, a causa de las crecientes dificultades que encontraba el transporte por el Atlántico, las tropas dirigidas a dichos estados se embarcaban en Barcelona, Alicante o Cartagena, para desembarcar en Génova, desde donde iban al Ducado de Milán y, por el llamado *pasillo* o *camino español*, alcanzaban la meta del viaje.

Acerca de la posibilidad de que C. se refiera al mismo tiempo a una situación de conflicto en la propia Italia o, más bien, en Flandes, cfr. la nota 35 de este mismo capítulo.

²⁵ Cfr. RM (IX: 155-164 [«Mapa de la picaresca»] y esp. 116-119).

²⁶ *correr fortuna juntos*. Propiamente, 'padecer juntos una tempestad marítima' (cfr. I, 19: 249 y nota 4); en sentido figurado, jugando con la otra valencia de *fortuna* (cfr., p. ej., Tirso de Molina, *La ninfa del cielo*, acto II), equivale a 'haber vivido juntos una misma serie de experiencias, no necesariamente siempre adversas'.

²⁷ *mancuerda* = 'tormento consistente en atar al supuesto reo con ligaduras que se iban apretando hasta que confesase o peligrase su vida' (DRAE).

²⁸ Cfr. C. Romero (C, 1997 a: 273-274), donde recuerdo las *nueve* puertas de la ciudad, las *doce mil doscientas casas* y los otros tantos pozos indicados por Haedo o Sosa (VI [fols. 4º vº b-5 b] y X [fols. 7 vº a-8 a]).

tienda y a Dios ahó, que tan buen pan hacen aquí como en Francia²⁹.

Entonces el alcalde llamó a un hombre de los que estaban allí en el corro, que al parecer servía de pregonero del lugar y tal vez de verdugo, cuando se ofrecía, y díjole:

—Gil Berrueco³⁰, id a la plaza³¹ y traedme los dos primeros asnos que topáredes, que, por vida del rey nuestro señor, que han de pasear en ellos estas calles estos dos señores cautivos³² que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres, contándonos mentiras y embelecocos, estando sanos como una manzana y con más fuerzas para tomar una azada en la mano que no un corbacho para dar estallidos en seco. Yo he estado en Argel cinco años esclavo³³ y sé que no me dais señas dél en ninguna cosa de cuantas habéis dicho.

—¡Cuerpo del mundo! —respondió el cautivo—. ¿Es posible que ha de querer el señor alcalde que seamos ricos

²⁹ El refrán se distancia un punto de la fórmula registrada por Correas (*Adiós, amo y ama, que tan buen pan hacen aquí como en Francia*), pero no tanto como para hablar de un trastrueque intencionado, humorístico, del tipo del *allí van reyes... [do quieren leyes: en realidad reza exactamente al revés]* de la mujer de Sancho, en *Quijote*, II, 5.

³⁰ *Gil Berrueco*. Nombre y apellido típicamente campesinos. Para Espinel (*Marcos de Obregón*, I, desc. 17), *Gil* es «nombre bajo»; para Quevedo (*Vida del Buscón*, II, 3) y Tirso de Molina (*Don Gil de las calzas verdes*, acto I), se trata de «nombre de villancico».

Berruecos y *Berrocales* abundan en la literatura —y, por supuesto, en la realidad— de la época. Baste citar a la *Teresa del Berrocal* de *Quijote*, I, 11, y a la *Berrueca* de II, 52.

³¹ Osuna (C, 1970: 79) recuerda que «la escena se desarrolla en la plaza» y se pregunta: «¿Cuántas plazas mayores tenía el pueblo?» La «contradicción cervantina» resulta curiosa, porque se presenta «en el episodio más realista de la novela». También Harrison (83) nota el descuido.

Personalmente, creo que todo puede explicarse pensando que la aparente segunda plaza no es más que el resultado de una confusión por parte del tipógrafo (más adelante repetida) con el *prado* comunal, o *ejido*, en el cual pueden estar paseando los tales regidores y es naturalísimo que se encuentren los asnos.

³² En asnos, y desnudos de medio cuerpo, recorrían «las acostumbradas [calles]» los sacados a la vergüenza pública, mientras el verdugo les iba propinando los azotes a que habían sido condenados (*dando el jubón*, en jerga).

³³ Como el propio C., que estuvo en Argel entre 1575 y 1580.

de memoria, siendo tan pobres de dineros, y que, por una niñería que no importa tres ardites, quiera quitar la honra a dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar a Su Majestad dos valientes soldados, que íbamos a esas Italías y a esos Flandes³⁴ a romper, a destrozar, a herir y a matar los enemigos de la santa fe católica que topáramos?³⁵ Porque, si va a decir verdad, que en fin es hija de Dios, quiero que sepa el señor alcalde que nosotros no somos cautivos, sino estudiantes de Salamanca, y, en la mitad y en lo mejor de nuestros estudios, nos vino gana de ver mundo y de saber a qué sabía la vida de la guerra, como sabíamos el gusto de la vida de la paz. Para facilitar y poner en obra este deseo, acertaron a pasar por allí unos cautivos, que tan bien lo debían de ser falsos como nosotros ahora³⁶; les compramos este lienzo y nos informamos de algunas co-

³⁴ Para estas formas plurales, cfr. Clemencín (nota 5 a *Quijote*, I, 51, donde también aparecen *las Italías*) y RM (III: 399).

³⁵ El levantamiento protestante contra la política religiosa de Felipe II no tuvo lugar hasta 1566. Sería exagerado hablar, antes de dicho año, de estado de guerra abierta. C., en este caso, comete, pues, un auténtico anacronismo. Lo disculpa, de todos modos, el hecho de que, a partir del estallido de la rebelión, las luchas, durante varias décadas, fueron casi continuas: hablar de Flandes o de los Países Bajos era, para un español de la época, pensar en una contienda infinita.

Si anacronismo hay con relación a 1559, no se puede decir lo mismo de los años en que, con toda evidencia, C. ha compuesto las presentes páginas. Teóricamente, la *Tregua de doce años* excluye acciones de guerra a partir de 1609, pero basta leer el catálogo de los *Documentos de las negociaciones de Flandes, Holanda y Bruselas* custodiados en el Archivo General de Simancas, para darse cuenta de que los momentos de auténtico peligro para el mantenimiento de la paz no faltaron nunca. Y, en 1613, la ya añosa cuestión de la sucesión del estado de Juliers provocó una tensión realmente grave (cfr., p. ej., Henri Pirenne, *Histoire de Belgique*, Bruselas, Lamertin, 1922-1932: IV, 246). El Marqués de Spinola y Mauricio de Nassau entraron en campaña con considerables fuerzas, aunque, por suerte, decididos a respetar la tregua: «Pendant deux ans, l'armée des Provinces Unies et l'armée espagnole manoevrèrent sans se rencontrer, se bornant à s'étendre sur le pays et à prendre possession de ses places fortes, sans guère s'inquieter des prétendants.»

³⁶ Los falsos cautivos no constituían una rareza en la España de la época. Aquí me limitaré a recordar sendos pasajes, comprensiblemente críticos, de Cristóbal Pérez de Herrera, *Amparo de pobres* (ed. de Michel Cavillac, Madrid, Espasa-Calpe, 1975: 34) y D. Galán, *Cautiverio...* (435-436).

sas de las de Argel, que nos pareció ser bastantes y necesarias para acreditar nuestro embeleco; vendimos nuestros libros y nuestras alhajas a menosprecio y, cargados con esta mercadería, hemos llegado hasta aquí. Pensamos pasar adelante, si es que el señor alcalde no manda otra cosa.

—Lo que pienso hacer es —replicó el alcalde— daros cada cien azotes³⁷ y, en lugar de la pica que vais a arrastrar en Flandes, poner os un remo en las manos, que le cimbréis en el agua en las galeras, con quien quizá haréis más servicio a Su Majestad que con la pica.

—¿Querráse —replicó el mozo hablador— mostrar agora el señor alcalde ser un legislador de Atenas y que la riguridad de su oficio llegue a los oídos de los señores del Consejo, donde, acreditándole con ellos, le tengan por severo y justiciero y le cometan³⁸ negocios de importancia, donde muestre su severidad y su justicia?³⁹ Pues sepa el señor alcalde que *summum ius, summa iniuria*⁴⁰.

—Mirad cómo habláis, hermano —replicó el segundo alcalde—, que aquí no hay justicia con lujuria⁴¹: que todos los alcaldes deste lugar han sido, son y serán limpios y castos como el pelo de la masa⁴²; y hablad menos, que os será sano⁴³.

¹ Como MI leen B1, V, Par, P1, L, Bru, M2, M3, P2, M16, M17, M18, M21, BA2, PECP, AH.

Todas las restantes eds. traen *daros a cada*

³⁷ *dando cada* = 'dando a cada uno'. Cfr. RM (III: 170) y DCELC (a. v. *cada*).

³⁸ *cometer*. Cultismo, muy usado en la época: 'encargar, comisionar'.

³⁹ Cfr., p. ej., doctor Villalobos, en sus *Problemas* (XXXVIII, glosa) y ELV.

⁴⁰ *summum ius, summa iniuria*. A partir del *Ius summum saepe summa est malitia* de Terencio (*Heautontimorímenos*, 796), y, sobre todo, ya en la forma aquí recogida, del *De officiis* de Cicerón (1, 10, 33), el aforismo tuvo una grandísima fortuna.

⁴¹ Buscar el efecto cómico a base de traducciones disparatadas de otras lenguas, y sobre todo del prestigioso latín, es expediente fácil pero muy frecuente en la literatura de la época. C. mismo recurre a él por lo menos en RyC, ELV, ERV y *Quijote* (p. ej., II, 71).

⁴² *como el pelo de la masa* = 'Frase usada por antítesis, que vale liso, llano y mondo (DA, que, quizá a falta de otros testimonios, recurre precisamente a éste del *Persiles*).

⁴³ *sano* = 'se toma también por lo mismo que seguro y sin riesgo' (DA).

Volvió en esto el pregonero y dijo:

—Señor alcalde, yo no he topado en la plaza asnos ningunos, sino a los dos regidores Berrueco y Crespo⁴⁴, que andan en ella paseándose.

—Por asnos os envié yo, majadero, que no por regidores; pero volved y traeldos acá, por sí o por no, que quiero que se hallen presentes al pronunciar desta sentencia, que ha de ser sin embargo⁴⁵ y no ha de quedar por falta de asnos: que, gracias sean dadas al cielo, hartos hay en este lugar.

—No le tendrá vuesa merced, señor alcalde, en el cielo —replicó el mozo— si pasa adelante con esa reguridad⁴⁶. Por quien Dios es, que vuesa merced considere que no hemos robado tanto que podemos dar a censo⁴⁷ ni fundar ningún mayorazgo⁴⁸; apenas granjeamos el mísero sustento con nuestra industria, que no deja de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales y jornaleros. Mis¹ padres⁴⁹ no nos ense-

^j M16, B9, M17, M18, M19, M21, BA2, M22, B10, B11, M23, S: *ser, sin embargo, y*

^k B1: *seguridad*

Todas las eds. enmiendan, con excepción de V, P1, L, Par1, Bru, M16, M17, B11, S.

^l B3, M8, M9, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19, M22: *Nuestros*

⁴⁴ *Crespo*. Como *Berrueco*, apellido popular. Recuérdesse al más famoso de todos: el villano Pedro Crespo, *Alcalde de Zalamea*.

⁴⁵ La coma añadida por algunos eds. después de *ser* sobra. No sólo: es «desviante». El alcalde dice, en lenguaje técnico, que la sentencia ha de tener lugar, «sin que nadie lo impida» y aun «sin apelación». Esta interpretación resulta confortada por un pasaje del romance núm. 992 de los recogidos por Durán («Con esto aplicó la oreja / a la voz del secretario / y oyó la injusta sentencia / sin apelación o embargo») o por otro de Quevedo, *Visita de los chistes*: «¿Has oído que yo ejecuto sin embargo?»

⁴⁶ En favor de la enmienda hay un argumento poderoso: pocas líneas más arriba, el mismo personaje ha empleado la forma con *-i*. En favor de la lección de M11 deponen otra *reguridad* registrada en LIF (cfr. VC), por no hablar de los numerosos casos de vocal átona —casi siempre pretónica— oscilante, de que hay no pocos ejemplos en el propio *Persiles*.

⁴⁷ *dar a censo* = 'prestar a interés fijo'.

⁴⁸ *fundar mayorazgo* = 'vincular ciertos bienes, de manera que su propiedad se perpetúe según determinados criterios'.

⁴⁹ Se trata de «los padres de cada uno» de los falsos ex cautivos, presentados por uno de ellos con el posesivo de la primera persona. Fórmula muy

ñaron oficio alguno y, así, nos es forzoso que remitamos a la industria lo que habíamos de remitir a las manos, si tuviéramos oficio. Castíguense los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la república, los ociosos y baldíos en ella, que no sirven de otra cosa que de acrecentar el número de los perdidos, y dejen a los míseros que van su camino derecho a servir a Su Majestad con la fuerza de sus brazos y con la agudeza de sus ingenios, porque no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra. Ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por extremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio, y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece⁵⁰.

Admirado estaba Periandro y todos los más de los circunstantes, así de las razones del mozo como de la velocidad con que hablaba. El cual, prosiguiendo, dijo:

—Espúlguenos el señor alcalde, mírenos, y remírenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, y, si en todo nuestro poder hallare seis reales, no sólo nos mande dar ciento, sino seis cuentos^{m,51} de azotes. Veamos, pues, si

^m M3, BA2, B10, S: *cientos*

corriente de la lengua coloquial, que no choca ni siquiera cuando el hablante (a diferencia de la presente situación) se está dirigiendo precisamente a su propio hermano.

⁵⁰ «Nunca las letras embotaron los fierros de la lanza», se dice que solía afirmar el Marqués de Santillana. La frase se demostró particularmente verdadera en los siglos XVI y XVII, cuando las continuas guerras sostenidas por España constituyeron una buena salida para los segundones que, en un primer momento, acaso habían emprendido la carrera de los estudios. Un «incidente» (un duelo, una incauta promesa de matrimonio) o bien el ansia de «quemar etapas» podían servir de estímulo para trasladarse a Italia, a Flan-des o adonde fuere. Luque Fajardo afirma en su *Fiel desengaño...* (I, 48) que «el pasarse de las letras a las armas es ordinaria mudanza de estudiantes».

⁵¹ Enmendar *cuentos* en *cientos* constituye una banalización imperdonable. *Seis cuentos* equivalen a 'seis millones'. Cifra absurdamente hiperbólica, que no deja de resultar eficaz en la autodefensa del estudiante.

la adquisición de tan pequeña cantidad de interés merece ser castigada con afrentas y martirizada con galeras; y, así, otra vez digo que el señor alcalde se remire en esto, no se arroje y precipite apasionadamente a hacer lo que, después de hecho, quizá le causará pesadumbre. Los jueces discretos castigan, pero no toman venganza de los delitos; los prudentes y los piadosos mezclan la equidad con la justicia y, entre el rigor y la clemencia, dan luz de su buen entendimiento.

—Por Dios—dijo el segundo alcalde—, que este mancebo ha hablado bien, aunque ha hablado mucho, y que no solamente no tengo de consentir que los azoten, sino que los tengo de llevar a mi casa y ayudarles para su camino, con condición que le lleven derecho, sin andar surcando la tierra de una en otras partes, porque, si así lo hiciesen, más parecerían viciosos que necesitados.

Ya el primer alcalde, manso y piadoso, blando y compasivo, dijo:

—No quiero que vayan a vuestra casa, sino a la mía, donde les quiero dar una lición de las cosas de Argel, tal, que de aquí adelante ninguno les coja en mal latín en cuanto a su fingida historia.

Los cautivos se lo agradecieron, los circunstantes alabaron su honrada determinación y los peregrinos recibieron contento del buen despacho del negocio. Volvióse el primer alcalde a Periandro y dijo:

—Vosotros, señores peregrinos, ¿traéis algún lienzo que enseñarnos? ¿Traéis otra historia que hacernos creer por verdadera, aunque la haya compuesto la misma mentira?

No respondió nada Periandro, porque vio que Antonio sacaba del seno las patentes, licencias y despachos que llevaban para seguir su viaje. El cual los puso en manos del alcalde, diciéndole:

—Por estos papeles podrá ver vuesa merced quién somos y adónde vamos; los cuales no era menester presentallos, porque ni pedimos limosna ni tenemos necesidad de pedi-lla y, así, como a caminantes libres nos podían dejar pasar libremente.

Tomó el alcalde los papeles y, porque no sabía leer, se los

dio a su compañero, que tampoco lo sabía⁵², y, así, pararon en manos del escribano, que, pasando los ojos por ellos brevemente, se los volvió a Antonio, diciendo:

—Aquí, señores alcaldes, tanto valor hay en la bondad destos peregrinos como hay grandeza en su hermosura. Si aquí quisieren hacer noche, mi casa les servirá de mesón y, mi voluntad, de alcázar donde se recojan.

Volvióle las gracias Periandro; quedáronse allí aquella noche, por ser algo tarde, donde fueron agasajados en casa del escribano con amor, con abundancia y con limpieza⁵³.

CAPÍTULO ONCE DEL TERCER LIBRO^a

Llegóse el día y, con él, los agradecimientos del hospedaje y, puestos en camino, al salir del lugar, toparon con los cautivos falsos, que dijeron que iban industriados del alcalde, de modo que de allí adelante no los podían coger en mentira acerca de las cosas de Argel.

— Que tal vez —dijo el uno: digo, el que hablaba más que el otro—, tal vez —dijo— se hurta con autoridad y aprobación de la justicia; quiero decir que, alguna vez, los malos ministros della se hacen a una con los delincuentes, para que todos coman¹.

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Donde se cuenta lo que les pasó en un lugar poblado de moriscos*

⁵² A. Castro (CCE: 114-115), a propósito de EAD, recuerda que «la cuestión del cristianismo añejo se complica con la arrogancia de los labriegos arrogantes, afianzados en su indiscutible cristianismo». En aquella ocasión, la elección favorece a un candidato de otro calibre. En este incógnito pueblo del *Persiles*, en cambio, los alcaldes son dos analfabetos: dos de aquellos que, precisamente porque no saben leer, no tienen miedo a las hogueras de la Santa Inquisición.

⁵³ Ya Casaldueiro (217-219) pone de relieve el carácter *entremesil* de este capítulo.

¹ Cfr. LIF.

Llegaron todos juntos donde un camino se dividía en dos: los cautivos tomaron el de Cartagena y los peregrinos el de Valencia². Los cuales, otro día^{b,3}, al salir de la aurora, que por los balcones del oriente se asomaba, barriendo el cielo de las estrellas y aderezando el camino por donde el sol había de hacer su acostumbrada carrera, Bartolomé (que así creo se llamaba el guiador del bagaje)⁴, viendo salir el sol tan alegre y regocijado, bordando las nubes de los cielos con diversas colores, de manera que no se podía ofrecer otra cosa más alegre y más hermosa a la vista, y^c con rústica discreción, dijo⁵:

—Verdad debió de decir el predicador que predicaba los días pasados en nuestro pueblo⁶ cuando dijo que los cielos

^b B5, M16, B11: *Valencia. Otro día*

^c A partir de M7, todas las eds. (a excepción de M23, *PECP*, AH) leen *vista, con*

² Tienen razón SA-RH: «El anacoluto no puede ser más forzado, pero así figura en [MI] y no vemos qué arreglan las soluciones propuestas [*PECP*: 186]».

³ La frase, ya tópica, parece ser de origen italiano y, en España, no anterior a 1560 (cfr. RM, I: 349). C. se muestra particularmente aficionado a ella. Está presente en *LCC* (acto III) y *Quijote*, I, 13, y II, 14 y 62. No siempre en tono irónico y paródico, como se suele decir. Su «conversión» a la nueva metáfora, sustitutiva de la milenaria «la Aurora deja el lecho de su marido, Titón», es, como se puede comprobar, tardía. La tradicional aparece aún en *LG* (I, 99). Cfr. María Rosa Lidá, «El amanecer mitológico en la poesía narrativa española» (en *RFH*, VIII [1946]: 77-100).

⁴ *Bartolomé*. Nótese la incisiva «fórmula objetivadora» (¿quién mejor que el autor puede saber cómo se llama un personaje de su invención?). En III, 7 (500 y nota 3), ha habido ocasión de hablar de nombres de mozos, criadas o fregonas y, en III, 10 (539 [con nota 30] y 542 [con nota 44]), de nombres y apellidos rústicos, campesinos. Sin el menor propósito de dar un alcance exagerado al dato, recordaré que el bufo destinatario de la *Elección VII* de Esteban Manuel de Villegas es precisamente *Bartolomé, su mozo de mulas* (vv. 229-231) y que *mozo* es también el *Bartolomé* presente en *La nueva victoria de don Gonzalo de Córdoba*, de Lope de Vega.

⁵ El predicador venido de fuera y el cura del lugar constituían la única fuente de cultura «literaria» para el aldeano de la época. También, por supuesto, el único expediente plausible a disposición del autor, cuando éste quiere atribuir al personaje rústico, o poco menos, cosas de cierto empaque. (Sancho Panza, p. ej., admite explícitamente que muchas de sus *discreciones* las ha aprendido del cura o de los predicadores.)

⁶ Son palabras del Salmo 18 («Caeli enarrant gloria Dei...»).

y la tierra anunciaban y declaraban las grandezas del Señor. Pardiez, que, si yo no conociera a Dios por lo que me han enseñado mis padres y los sacerdotes y ancianos de mi lugar, le viniera a rastrear y conocer viendo la inmensa grandeza destes cielos (que me dicen que son muchos o, a lo menos, que llegan a once)⁷, y por la grandeza deste sol que nos alumbra, que, con no parecer mayor que una rodela⁸, es muchas veces mayor que toda la tierra, y más, que, con ser tan grande, afirman que es tan ligero que camina en venticuatro horas más de trecientas mil leguas. La verdad que sea, yo no creo nada desto, pero dícenlo tantos hombres de bien que, aunque hago fuerza al entendimiento, lo creo. Pero de lo que más me admiro es que, debajo de nosotros, hay otras gentes, a quien llaman antípodas, sobre cuyas cabezas los que andamos acá arriba traemos puestos los pies, cosa que me parece imposible, que, para tan gran carga como la nuestra, fuera menester que tuvieran ellos las cabezas de bronce⁹.

Rióse Periandro de la rústica astrología del mozo y díjole:

—Buscar querría razones acomodadas, ¡oh Bartolomé!, para darte a entender el error en que estás y la verdadera postura del mundo, para lo cual era menester tomar muy de atrás sus principios; pero, acomodándome con tu ingenio, habré de coartar el mío y decirte sola una cosa, y es que quiero que entiendas por verdad infalible que la tierra es

⁷ Cfr. II, 5 (305 y nota 25).

⁸ Cfr. *Quijote*, II, 62.

⁹ En los primeros años del siglo XVII, cuando los grandes viajes de descubrimiento habían sido realizados en su casi totalidad, la evidencia de los antípodas se había ido naturalmente imponiendo, superando no pocas resistencias. Pocas pruebas más convincentes, en este sentido, que las páginas dedicadas al tema por el presbítero F. López de Gómara, casi al comienzo de la I Parte de su *Historia general de las Indias* (apartados «Que hay antípodas, y por qué se dicen así», «Dónde y cuáles son antípodas», «Que hay paso de nosotros a los antípodas, contra la común opinión de los filósofos») y por el P. Acosta, en la *Historia natural y moral de las Indias* (I, 7 y 8).

centro del cielo¹⁰. Llamo centro un punto indivisible a quien todas las líneas de su circunferencia van a parar. Tampoco me parece que has de entender esto y, así, dejando estos términos, quiero que te contentes con saber que toda la tierra tiene por alto el cielo, y en cualquier parte della donde los hombres estén han de estar cubiertos con el cielo; así que, como a nosotros el cielo que ves nos cubre, asimismo cubre a los antípodas que dicen, sin estorbo alguno y como naturalmente lo ordenó la Naturaleza, mayordoma del verdadero Dios¹¹, criador del cielo y de la tierra.

No se descontentó el mozo de oír las razones de Periandro, que también dieron gusto a Auristela, a la condesa y a su hermano. Con estas y otras cosas iba enseñando y entreteniendo el camino Periandro, cuando a sus espaldas llegó un carro, acompañado de seis arcabuceros a pie, y uno que venía a caballo, con una escopeta pendiente del arzón delantero, llegándose a Periandro, dijo:

¹⁰ La exposición de Periandro se encuentra enteramente de acuerdo con las «ideas adquiridas» de la época. En la cual existían, por supuesto, las de Copérnico, pero también un pensamiento científico modelado sobre la *ratio theologica* y sujeto a las presiones de la Iglesia Católica Romana. A. Castro tiene razón cuando (C, 1925: 103-104) critica a Savj-Lopez, quien escribe que C. «non è proprio un discepolo di Galileo Galilei». No lo fue C., pero no lo fueron tampoco muchos de los protagonistas de la cultura de su tiempo. Acerca de la difusión del copernicanismo en España, cfr., p. ej., Juan Vernet, *Astrología y astronomía en el Renacimiento* (Barcelona, Ariel, 1974: 134-149) y José María López Piñero, *El arte de navegar en la España del Renacimiento* (Barcelona, Labor, 1979: 47-61). Las repugnancias —más o menos sinceras, más o menos impuestas desde arriba— no eran exclusivas de los españoles, ni mucho menos.

No sería imposible (aunque a decir verdad, resulte literalmente improbable —indemostrable— por nuestra parte) que C. haya escrito hecho esta no pedida profesión de fe en el sistema ptolemaico como consecuencia más o menos inmediata de la cuestión suscitada por la denuncia de Galileo, hecha ante el Santo Oficio por el P. Lorini, el 20 de marzo de 1515, con la consiguiente condena del 25-26 de febrero de 1916, hecha pública el 5 de marzo. (Cfr., p. ej., Giorgio de Santillana, *Process to Galileo* [trad. it.: Milán, Mandadori, 1960]: 231-265, e Italo Mereu, *Storia dell'intolleranza in Europa. Sospettare e punire*, Milán, Mandadori, 1979: 327-359.) ¿Demasiado tarde para que llegara a sus oídos? Quizá, pero téngase en cuenta que de su posibilidad y aun «inevitabilidad» se hablaba desde hacía tiempo.

¹¹ La definición —registrada, p. ej., en LG (l. IV: 310)— está bien documentada en la literatura de la época. Cfr. Francisco Garrote Pérez, *La naturaleza en el pensamiento de C.* (Salamanca, Universidad de Salamanca, 1979: 14-15).

—Si, por ventura, señores peregrinos, lleváis en este re-
puesto alguna conserva de regalo¹² (que yo creo que sí
debéis de llevar, porque vuestra gallarda presencia más de
caballeros ricos que de pobres peregrinos os señala); si la lle-
váis, dádmela, para socorrer con ella a un desmayado mu-
chacho que va en aquel carro, condenado a galeras por dos
años, con otros doce soldados que, por haberse hallado en
la muerte de un conde los días pasados, van condenados al
remo, y sus capitanes, por más culpados, creo que están sen-
tenciados a degollar en la corte¹³.

No pudo tener a esta razón las lágrimas la hermosa Cos-
tanza, porque en ella se le representó la muerte de su breve
esposo¹⁴; pero, pudiendo más su cristiandad que el deseo
de su venganza, acudió al bagaje y sacó una caja de conser-
va y, acudiendo al carro, preguntó:

—¿Quién es aquí el desmayado?

A lo que respondió uno de los soldados:

—Allí va echado en aquel rincón, untado el rostro con el
sebo del timón del carro, porque no quiere que parezca her-
mosa la muerte cuando él se muera, que será bien presto,
según está pertinaz en no querer comer bocado.

A estas razones, alzó el rostro el untado mozo y, alzándo-
se de la frente un roto sombrero que toda se la cubría, se
mostró feo y sucio a los ojos de Constanza y, alargando la
mano par tomar la caja, la tomó, diciendo:

—¡Dios os lo pague, señora!

Volvió a encajar el sombrero y volvió a su melancolía y a
arrinconarse en el rincón donde esperaba la muerte.

¹² Sobre el valor «reconstituyente» de las *conservas*, cfr. I, 1 (122 y nota 14).

¹³ Osuna (C, 1972: 79) denuncia otro descuido de C.: «en el episodio de la revuelta de los soldados de Quintanar, se da en cierto momento el degüello de los capitanes como efectuado [III, 9: 529], aunque más tarde se nos dice que 'están sentenciados a degollar en la corte' [11: 549]». *In extremis*, podría salvar de su leve culpa al novelista el argumento —que Osuna no tiene en cuenta— de que en el primer pasaje evocado habla el narrador onminsciente (quien anticipa en pocas líneas acontecimientos desarrollados «realmente» en semanas o meses), mientras que ahora lo hace un simple personaje, sólo parcialmente informado de los hechos.

¹⁴ *breve esposo* = 'su esposo por breve tiempo'. Castillo Solórzano, escribe «su breve vuelta» en *El amor en la venganza* (cfr. *Tardes entretenidas*: 51).

Otras algunas razones pasaron los peregrinos con las guardas del carro, que se acabaron con apartarse por diferente caminos¹⁵.

De allí a algunos días^d, llegó nuestro hermoso escuadrón a un lugar de moriscos, que estaba puesto como una legua de la marina, en el reino de Valencia¹⁶. Hallaron en él, no mesón en que albergarse, sino todas las casas del lugar con agradable hospicio los convidaban; viendo lo cual Antonio, dijo:

—Yo no sé quién dice mal desta gente, que todos me parecen unos santos.

—Con palmas —dijo Periandro— recibieron al Señor en Jerusalén los mismos que, de allí a pocos días, le pusieron en una cruz. Agora bien, adiós y a la ventura, como decirse suele, acetemos el convite que nos hace este buen viejo, que con su casa nos convida.

Y era así verdad, que un anciano morisco, casi por fuerza, asiéndolos por las esclavinas¹⁷, los metió en casa y dio muestras de agasajarlos, no morisca, sino cristianamente. Salió a servirlos una hija suya, vestida en traje morisco y, en él, tan hermosa que las más gallardas cristianas tuvieran a ventura el parecerla: que, en las gracias que naturaleza reparte, tan bien suele favorecer a las bárbaras de Ci-

^d Bru, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M14, Vall, M15, B9, M19, M23: *allí algunos*

¹⁵ En III, 12 (567) nos enteramos de que los soldados iban a Cartagena. Los peregrinos, según se nos dijo más atrás (546), siguen el camino de Valencia. Es curioso que en ese último pasaje se hayan despedido de los falsos ex cautivos, que *también* se dirigen a Cartagena.

¹⁶ Como muchos pueblos del Reino de Valencia. Una legua, una milla siquiera, constituía una distancia «de seguridad» contra el riesgo de desembarcos de turcos o berberiscos.

Por lo que después se verá, este pueblo parece situado en la parte meridional del reino, en la comarca denominada precisamente *la Marina*, o (con un índice de probabilidad menor) en otra, más próxima a la capital, conocida como *la Ribera*. La población morisca de *la Marina* era, en efecto, muy densa (cfr. Joan Reglà, *Aproximació a la història del País Valencià*, Valencia, L'Estel, 1973: 113, mapa). Este hecho contradice a la historiografía y la geografía tradicional, que daba por cosa cierta una marcada preponderancia de los moriscos en las tierras de regadío.

¹⁷ *esclavinas*. Cfr. III, 6 (487 y nota 5).

tia¹⁸ como a las ciudadanas de Toledo¹⁹. Ésta, pues, hermosa y mora, en lengua aljamiada²⁰, asiendo a Costanza y a Auristela de las manos, se encerró con ellas en una sala baja y, estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente miró a todas partes, temerosa de ser escuchada, y, después que hubo asegurado el miedo que mostraba, las dijo:

—¡Ay, señoras, y cómo habéis venido como mansas y simples ovejas al matadero! ¿Veis este viejo, que, con vergüenza, digo que es mi padre? ¿Veisle tan agasajador vuestro? Pues sabed que no pretende otra cosa sino ser vuestro verdugo. Esta noche se han de llevar en peso, si así se puede decir, diez y seis bajeles de cosarios berberiscos a toda la gente de este lugar, con todas sus haciendas, sin dejar en él cosa que les mueva a volver a buscarla. Piensan estos desventurados que en Berbería está el gusto de sus cuerpos y la salvación de sus almas, sin advertir que, de muchos pueblos que allá se han pasado casi enteros, ninguno hay que dé otras nuevas sino de arrepentimiento, el cual les viene juntamente con las quejas de su daño²¹. Los moros de Berbería pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las cuales corren los moriscos de ésta y dan en los lazos de su desventura. Si queréis estorbar la vuestra y conservar la libertad en que vuestros padres os engendraron, salid luego de esta casa y acogedlos a la iglesia, que en ella hallaréis quien os ampare, que es el cura, que sólo él y el escribano son en este lugar cristianos viejos. Hallaréis también al jadraque^e Jarife²²,

^e M1: *xadraqe* (como en las sucesivas apariciones).

¹⁸ *Citia* = *Scitia* (o *Escitia*) septentrional, región frecuentemente evocada como paradigma de barbarie o de rusticidad y de frío extremado, frente a *Libia*, que lo era del calor insoportable.

¹⁹ *ciudadanas de Toledo*. Se las consideraba como las más hermosas, discretas y bien habladas de España (cfr. Herrero García, *Ideas...*: 117-125).

²⁰ *lengua aljamiada* (o *aljamía*) = 'lengua castellana (o catalana) hablada por los moros (y, más tarde, los moriscos)'. En rigor, para quienes hablan el árabe, 'cualquier otra, diferente' (cfr. Miquel de Epalza, *Los moriscos, antes y después de la expulsión*, Madrid, Mapfre, 1992: 49).

²¹ Cfr. nota 42 del presente capítulo.

²² El *DRAE*, desde su 18ª ed. (1956) es —si no me equivoco— el único vocabulario que recoge este término, haciéndolo derivar del árabe *badrat* y

que es un tío mío, moro sólo en el nombre y, en las obras, cristiano. Contaldes lo que pasa y decid que os lo dijo Rafala²³, que con esto seréis creídos y amparados; y no lo echéis en burla, si no queréis que las veras os desengañen a vuestra costa, que no hay mayor engaño que venir el desengaño tarde.

El susto, las acciones con que Rafala esto decía se asentó en las almas de Autistela y de Constanza, de manera que fue creída y no respondieron otra cosa que fuese más que agradecimientos. Llamaron luego a Periandro y Antonio y, contándoles lo que pasaba, sin tomar ocasión aparente, se salieron de la casa con todo lo que tenían. Bartolomé^f, que

^f M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M19: *A Bartolomé*

definiéndolo 'tratamiento de respeto y cortesía que se da entre musulmanes a los sultanes y príncipes'. Pero saltan a la vista tres dificultades: 1) que el resultado castellano habría debido ser *hadrate* o *hadraque*, no *xadraque*; 2) que del contexto no resulta que el tío de la joven morisca sea un noble; 3) que la palabra que sigue —*Xarife*— significa, como su variante *xerife*, 'descendiente de Mahoma por su hija Fátima, esposa de Alí', 'individuo de la dinastía reinante en Marruecos', 'jefe superior de la ciudad de La Meca, antes de la conquista de esta ciudad por Ben Seud' (*DRAE*). La definición, en una palabra, *no funciona*. Tampoco saca de apuros la nota de Ljubimov, quien lo interpreta como «personaje de las poblaciones moriscas, que corresponde al alcalde español, al *stárosta* [de las aldeas rusas]».

A través del AM (VII, 344-345, nota 2), tenemos noticia de que, según J. Espín Rael, C., «*xadraque* [...] parece ser el nombre de una profesión u oficio: es como si dijese 'el sacristán Jarife'». Esta simple conjetura resulta ahora sufragada por una opinión más científica. AA escribe, en efecto, que, para Brian Dutton, la etimología probable es el árabe *sidyaq*, del griego *hypodiákonos*, o sea, 'subdiácono', vale decir 'sacristán', dadas las circunstancias».

No deja de ser curioso que este sustantivo corresponda a un topónimo. Cfr. nota núm. 23.

²³ *Rafala*. Como nombre propio femenino, no aparece registrado ni siquiera en Ana Labarta, *La onomástica de los moriscos valencianos* (Madrid, CSIC, 1987). Claro que *Rafel* y *Rafela* son comunes, todavía hoy, en el reino, como variante popular de *Rafael* y *Rafaela*. Si el *Rafala* que nos ocupa no constituye otra variante del nombre del arcángel, podría pensarse que C. ha aplicado a la joven morisca uno de lugar, como ya hizo probablemente en el caso de *Ricla* (cfr. I, 5: 169 con nota 17) y, con toda seguridad, en el del *Ricote* registrado en *Quijote*, II, 54. (Cfr. Labarta: 121). Téngase en cuenta, además, que en el antiguo Reino de Valencia existen localidades denominadas precisamente *Ráfol*, *Rafel* y *Rafal*.

quisiera más descansar que mudar de posada, pesóle de la mudanza²⁴, pero, en efeto, obedeció a sus señores. Llegaron a la iglesia, donde fueron bien recibidos del cura y del jadraque, a quien contaron lo que Rafala les había dicho. El cura dijo:

—Muchos días ha, señores, que nos dan sobresalto con la venida de esos bajeles de Berbería y, aunque es costumbre suya hacer estas entradas, la tardanza de ésta me tenía ya algo descuidado. Entrad, hijos, que buena torre tenemos, y buenas y ferradas puertas la iglesia, que, si no es muy de propósito, no pueden ser derribadas ni abrasadas.

—¡Ay —dijo a esta sazón el jadraque—, si han de ver mis ojos, antes que se cierren, libre esta tierra destas espinas y malezas que la oprimen! ¡Ay, cuándo llegará el tiempo que tiene profetizado un abuelo mío, famoso en el astrología, donde se verá España de todas partes entera y maciza en la religión cristiana, que ella sola es el rincón del mundo donde está recogida y venerada la verdadera verdad de Cristo!^g. Morisco soy, señores, y ojalá que negarlo pudiera; pero no por esto dejo de ser cristiano, que las divinas gracias las da Dios a quien él es servido. El cual tiene por costumbre, como vosotros mejor sabéis, de hacer salir su sol sobre los buenos y los malos y llover sobre los justos y los injustos²⁵. Digo, pues, que este mi abuelo dejó dicho que, cerca de estos tiempos, reinaría en España un rey de la casa de Austria, en cuyo ánimo cabría la dificultosa resolución de desterrar los moriscos de ella, bien así como el que arroja de su seno la serpiente^h que le está royendo las entrañas, o bien así

^g L: *ay, quando llegará el tiempo en que se verá España de todas partes entera y maciza en la Religion Christiana, que ella es un rincon del mundo donde*

^h L: *los injustos. Ó quando veremos desterrados los moriscos de España, bien assí*

²⁴ AA remite a su ed. de LG (I, 35), recordando, justamente, que hay «elipsis de *a*, porque el dativo va representado en la oración por otro pronombre (*pesóle*)». Para más datos, relativos a obras de C. y de otros autores, cfr. PECP (186-187).

²⁵ Recuérdese Mateo (5, 45): «ut sitis filii patris vestri, qui in caelis est, qui solem suum oriri facit super boni et malos, et pluit super justos et injustos». C. evoca este mismo versículo en *Quijote*, I, 18, y II, 59, y en LGS (acto II).

como quien aparta la neguilla del trigo o escarda o arranca la mala yerba de los sembrados. Ven ya, ioh venturoso mozo y rey prudente!ⁱ, y pon en ejecución el gallardo decreto de este destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente y el de que no será bien [desterrar] la que en efeto está en ella bautizada²⁶; que, aunque éstos sean temores de consideración, el efeto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la experiencia, dentro de poco tiempo, que, con los nuevos cristianos viejos que esta tierra se poblare, se volverá a fertilizar y a poner en mucho mejor punto que agora tiene. Tendrán sus señores, si no tantos y tan humildes vasallos, serán los que tuvieren católicos^{j,27}, con cuyo amparo estarán estos caminos seguros y la paz podrá llevar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleven²⁸.

Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortaleciéronlas con los bancos de los asientos, subiéronse a la torre, alzaron una

ⁱ L: *Ven ya, ò venturoso Rey prudente*

^j Adopto la enmienda de M7 y todas las eds. posteriores, a excepción de M16, B9, M17, M19, M21, BA2, M22, M23, S, AH.

²⁶ Escriben SA-RH: «*bien desterrar* suplió Sancha y acepta Romero [PECP, 188], con lo que se mejora notablemente el sentido, sin que sea estrictamente necesario el añadido». Yo no consigo ver qué sentido hace la lección de M1. Si no el de Sancha, otro *añadido* es, a mi entender, de veras imprescindible.

²⁷ AA escribe, «*Serán*: Falta algo en esta oración, complemento de 'si no tantos'». SA-RH se hacen eco de estas palabras (a fin de cuentas, no muy claras) y sugieren: «Quizás podría completarse *si no tantos [sirvientes]*». Pero esta solución no resuelve el verdadero problema, que consiste en un violento giro de la frase, en una «corrección sobre la marcha» que enturbia un concepto en sí no difícil. Es inútil intentar una enmienda, pues ello comportaría una intervención de mayor cuantía. Prefiero dejar intacta la lección de M1, pero ofreciendo enseguida una versión más ordenada de lo que C. ha escrito algo enrevesadamente: *Tendrán sus señores no tantos y tan humildes vasallos, pero los que tuvieren serán católicos...*

²⁸ Sobre los efectos económicos de la expulsión de los moriscos y sobre la repoblación de los territorios en otros tiempos cultivados por ellos, que tan fácil le parece al jadraque, cfr. Joan Reglà, «L'expulsió dels moriscos...» (en *Aproximació...*: 119-127) y José Ramón Torres Morera, *Repoblación del Reino de Valencia... después de la expulsión de los moriscos* (Valencia, Publicaciones del Archivo Municipal, 1969).

escalera levadiza, llevóse el cura consigo el santísimo Sacramento en su relicario, proveyéronse de piedras, armaron dos escopetas; dejó el bagaje mondo y desnudo a la puerta de la iglesia Bartolomé el mozo y encerróse con sus amos; y todos, con ojo alerta y manos listas, y con ánimos determinados, estuvieron esperando el asalto de quien avisados estaban por la hija del morisco.

Pasó la media noche, que la midió por las estrellas el cura; tendía los ojos por todo el mar que desde allí se parecía y no había nube que con la luz de la luna se pareciese que no pensase sino que fuesen los bajeles turquescos y, aguijando a las campanas, comenzó a repicallas tan a priesa y tan recio, que todos aquellos valles y todas aquellas riberas retumbaban. A cuyo son los atajadores de aquellas marinas se juntaron y las corrieron todas²⁹; pero no aprovechó

²⁹ *atajadores* (o *corredores* —o *jinetes*— *de la costa*) = 'caballería encargada de vigilar y prevenir desembarcos de moros'. Aparecen también en *Quijote*, I, 41, y *LBA* (acto I).

A la vista de los resultados, absolutamente nulos, de la acción de los tales atajadores. ¿cabe hablar ahora de ironía cervantina? Tal vez, pero o mucho me equivoco o ello no quiere decir, *de ninguna manera*, que *todo* el capítulo sea una articulada crítica a los proyectos de expulsión de los moriscos (en 1559, claro está, puesto que en 1615 se trataba ya, sencillamente de un —terrible— suceso del pasado). A pesar de lo no poco que se ha dicho en el último cuarto de siglo sobre el tema. El C. que, en *Quijote*, II, 54, quiere y consigue ponerse en sintonía con el personaje Ricote, el vecino del innominado «lugar de la Mancha», es también el que (desde la perspectiva distanciada —y, literalmente, cínica— de Cipión) contempla, interpreta y aun diagnostica en *CdP*. ¿Y en el *Persiles*? También ahora, si no me equivoco, contempla, interpreta y aun diagnostica desde el punto de vista del «integrismo» (en este caso, católico) que suele llegar a ser todo convertido, y todavía más si pertenece a una minoría polémicamente «adversaria» a su nueva fe. Nótese que hablan siempre personajes, que el narrador no se compromete nunca de manea directa. Lo que hace, como todo gran creador, es desdoblarse: ofrecer una visión del mundo multiplicada, polipéptica.

Para los españoles no granadinos, valencianos y aragoneses, la cuestión morisca no tenía aún, en 1559, la *venenosidad* que acabaría adquiriendo a partir de la rebelión de la Alpujarra y su radical conclusión (1560-1570). Por supuesto, C. escribe mucho más tarde, pero el dato es de fundamental importancia para entender *este* capítulo del *Persiles*. Fue tan sólo después de la guerra de Granada y de la deportación de todos los moriscos de aquel reino

su diligencia para que los bajeles no llegasen a la ribera y echasen la gente en tierra. La del lugar, que los esperaban, cargados con sus más ricas y mejores alhajas (adonde fueron recibidos de los turcos con gran grande^k grita y algazara³⁰, al son de muchas dulzainas y de otros^l instrumentos, que, puesto que eran bélicos, eran regocijados) pegaron fuego al lugar y asimismo a las puertas de la iglesia, no para esperar a entrarla, sino por hacer el mal que pudiesen. Dejaron a Bartolomé a pie, porque le dejarretaron el bagaje; derribaron una cruz de piedra que estaba a la salida del pueblo; llamando^m a grandes voces el nombre de Mahoma, se entregaron a los turcos, ladrones pacíficos y deshonestos públicos. Desde la lengua del agua, como dicen³¹, comenzaron a sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza y la deshonra en que ponían a sus mujeres y a sus hijos.

Muchas veces, y quizá algunas no en vano, dispararon

^k Como M1 leen P1, Par1, P2, M4, M16, M17, BA2, M23, S, *PECP*, AH.

B1: *con gran grita*

^l M1: *d...ros* pero el ejemplar 12-32. 700 de la BN de Madrid trae inequívocamente *de otros*

^m M11, M12, M13, M14, Vall, M15, M19: *pueblo, y llamando*

Todas las eds. posteriores leen *de otros*, con las excepciones de M16, M17, M18, M21, M22, BA2, B10, B11, M23, S, que prefieren *diversos*

al resto de los de la Corona de Castilla cuando las cosas se cargaron de ansiedad, de verdadera angustia, para los unos y los otros. Los moriscos nunca llegaron a actuar de modo colectivo, «pero lo importante es que se llegara a creer, no sin fundamento, en la posibilidad de una sublevación» (Bernard Vincent, en el vol., escrito en colaboración con Antonio Domínguez Ortiz, *Historia de los moriscos* (Madrid, Alianza, 1993²: 63).

³⁰ C. usa con cierta frecuencia un adjetivo o adverbio reduplicado. *Grande grande*, o *gran grande*, no son, para colmo, raros, delante —como aquí— de sustantivo. En el *Palmerín de Olivia*, p. ej., ocurre «él vos fará tornar asentar en ella [= la silla real] con gran grande honra» (por la ed. de Giuseppe Di Stefano [Pisa, Università di Pisa, 1966]: 156).

³¹ *lengua del agua*. Ninguna mejor definición hallo que la ofrecida por Gaspar de Ávila en *El valeroso español y primero de su casa* (acto I): «Estando a la lengua, ahora, / del agua, si llaman lengua / a esos límites que forman / las aguas con las arenas...»

Antonio y Periandro las escopetas; muchas piedras arrojó Bartolomé, y todas a la parte donde había dejado el bagaje, y muchas flechas el jadraque, pero muchas más lágrimas echaron Auristela y Constanza, pidiendo a Dios, que presente tenían, que de tan manifiesto peligro los librase y ansimismo que no ofendiese el fuego a su templo. El cual no ardió, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro y porque fue poco el fuego que se les aplicó³².

Poco faltaba para llegar el día cuando los bajeles, cargados con la presa, se hicieron al mar³³, alzando regocijados lilíes³⁴ y tocando infinitos atabales y dulzainas, y en esto vieron venir dos personas corriendo hacia la iglesia (la una, de la parte de la marina y, la otra, de la de la tierra), que, llegando cerca, conoció el jadraque que la una era su sobrina Rafala, que, con una cruz de caña en las manos, venía diciendo a voces:

—¡Cristiana, cristiana y libre, y libre por la gracia y misericordia de Dios!

³² Interesa poner de relieve la nueva tentativa de C. de agotar en los límites de lo razonable lo que otro autor acaso habría atribuido a una *inmediata* intervención divina. A este propósito, cfr. II, 2 (280-281), y III, 14 (580-581).

³³ De desembarcos de turcos o berberiscos en la costa oriental española (concertados o no, como en el presente caso, con la población local, pero muy a menudo —casi siempre— valiéndose de la pericia topográfica de un morisco o de un renegado natural de la zona) hay una muy abundante documentación historiográfica y literaria. En este último ámbito, aquí bastará recordar ciertos pasajes del propio C. en *LG* (II), *LDD*, *LBA* (acto I) y *LGS* (acto I) y de Lope de Vega, p. ej. en *El Grao de Valencia* (acto III) y *El peregrino en su patria*. Sin olvidar un notable hecho acontecido en 1582, protagonizado por Hassan Bajá. Cfr. Romero (C, 1997 a: 275-276), donde reproduzco un pasaje («Epítome de los reyes de Argel», XXIII, sección 2: f. 89 r.^o y v.^o), que bien pudo ser tenido en cuenta por C. cuando redactaba estas páginas de su *Persiles*: al mando de las 22 galeras argelinas, después de haber tocado en Cadaqués, San Feliu de Guíxols y Pineda, en busca de las 12 galeras de Sicilia, acaban navegando la vuelta del río Altea, junto Alicante, en donde saltó en tierra Asán Bajá y «dio aviso a unos moriscos [que le habían escrito cuatro meses había, rogándole los viniese a tomar en sus haciendas y los pasase a Argel] que acudiesen a embarcarse todos con sus haciendas, y para facilitar esto les envió dos mil turcos escopeteros, que los saliesen a recibir y asegurasen los pasos. Hízose así, porque se embarcaron casi 2.000 moriscos entre hombres y mujeres...»

³⁴ *lilíes* (o *lelilíes*). Plural español del árabe *lā ilaha ill' Allāh* (= 'no hay divinidad sino Dios'). Según el *DRAE*, 'grita y vocería que hacen los moros cuando entran en combate y celebran sus fiestas y zambras'. Cfr. *Quijote*, II, 34.

La otra conocieron ser el escribano, que acaso aquella noche estaba fuera del lugar y, al son del arma de las campanas, venía a ver el suceso, que lloró, no por la pérdida de sus hijos y de su mujer, que allí no los tenía, sino por la de su casa, que halló robada y abrasada³⁵.

Dejaron entrar el día y que los bajeles se alargasen y que los atajadores tuviesen lugar de asegurar la costa, y entonces bajaron de la torre y abrieron la iglesia, donde entró Rafala, bañado con alegres lágrimas el rostro y acrecentando con su sobresalto su hermosura³⁶, hizo oración a las imágenesⁿ y luego se abrazó con su tío, besando primero las manos al cura. El escribano ni adoró ni besó las manos a nadie, porque le tenía ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hacienda. Pasó el sobresalto, volvieron los espíritus de los retraídos a su lugar y el jadraque, cobrando aliento nuevo, volviendo a pensar en la profecía de su abuelo, casi como lleno de celestial espíritu^o, dijo:

—¡Ea, mancebo generoso; ea, rey invencible! Atropella, rompe, desbarata todo género de inconvenientes y déjanos a España tersa, limpia y desembarazada desta mi mala casta, que tanto la asombra y menoscaba! ¡Ea, consejero tan prudente como ilustre, nuevo Atlante del peso de esta monarquía!³⁷. ¡Ayuda y facilita con tus consejos a esta necesi-

ⁿ B1, P1, L, M3: *imágenes*

^o L: *y el Xadraque, cobrando aliento nuevo, hablando con el rey, dixo*

³⁵ No era raro que precisamente cura y escribano (estos últimos, con cierta frecuencia, también agentes de la Inquisición) fueran los únicos cristianos viejos en los «lugares de moriscos» de los reinos de Valencia y Murcia. Cfr., p. ej., Florencio Flores Arroyuelo, *Los últimos moriscos (Valle de Ricote, 1614)* (Murcia, Academia Alfonso X el Sabio; 1989: 102-103).

³⁶ Cfr. I, 5 (162 y nota 43). A propósito del «prestigio» del llanto (con límites...), cfr., p. ej., Lope de Vega, *La Dorotea* (acto II, esc. 3) y *La Gatomaquia* (silva VI, vv. 110-114).

³⁷ Se trata, claro está, de don Francisco Gómez de Sandoval, Duque de Lerma, «privado» de Felipe III y jefe del fortísimo «grupo de poder» al que pertenecía uno de los dos más conocidos protectores de C. por estos años el Conde Lemos, don Pedro Fernández de Castro. El otro —el Cardenal don Bernardo Sandoval y Rojas— se había ido alejando progresivamente del mismo, a partir de 1660, para llegar a una ruptura definitiva en 1618 (cfr. R. Láinez Alcalá: 142, 148, 164 y ss., 167).

ria transigración; llénense estos mares de tus galeras, cargadas del inútil peso de la generación agarena; vayan arrojadas a las contrarias riberas las zarzas, las malezas y las otras yerbas que estorban el crecimiento de la fertilidad y abundancia cristiana! Que si los pocos hebreos que pasaron a Egipto multiplicaron tanto que en su salida se contaron más de seiscientas mil familias³⁸, ¿qué se podrá temer de éstos, que son más y viven más holgadamente? No los esquilmán las religiones³⁹, no los entresacan las Indias⁴⁰, no los quintan las guerras⁴¹; todos se casan, todos, o los más, engendran, de do se sigue y se infiere que su multiplicación y aumento ha de ser innumerable⁴². ¡Ea, pues, vuelvo a decir,

El Duque era *también* —y aun *antes*, en el tiempo— Marqués de Denia y, por lo tanto, señor natural de numerosísimos moriscos. En la decisión de expulsar a éstos de la Península (tomada el 9 de octubre de 1609) habría de vencer no pocas resistencias de índole personal —aunque luego, dadas las condiciones de la repoblación, supiera aprovecharse bien de las circunstancias (cfr. Domínguez Ortiz, *Hechos y figuras...*: 20-30) y, sobre todo, *Historia de los moriscos* (c. 8).

³⁸ *seiscientas mil familias*. El *Éxodo* (12, 37) dice en la versión *Vulgata*: «sexcenta fere milia peditum virorum, absque parvulis». Los exegetas modernos redimensionan decididamente tal número. Lo más probable es que se haya querido decir, con hipérbole épica, *seiscientas*. (Cfr. *Biblia comentada por profesores de Salamanca. I. Pentateuco*. A cargo de los PP. Alberto Colunga y Maximiano García Cordero, Madrid, BAC, 451).

³⁹ *las religiones* = 'las órdenes religiosas'.

⁴⁰ Sin duda, pero porque *no* se les permitía *pasar* a ellas.

⁴¹ *quintar* = 'elegir (o *entresacar*) uno de cada cinco, para destinarlo a la milicia o para ejecutarlo, en represalia a acciones del enemigo'.

⁴² En la repetición de la «profecía» hay algunas frases casi idénticas a otras del *CdP* (es claro que se trataba de lugares comunes, de amplia circulación en la época). Ciertamente parecido con estas palabras tienen las de Francisco de Luque Fajardo, en su *Fiel desengaño...* (II, 241).

El bando de expulsión de los moriscos preveía una serie de excepciones que pronto fueron derogadas. De 1609, pues, a 1614, esta *casta* minoritaria fue sistemáticamente expulsada no sólo del Reino de Valencia sino de todos los de España. Según Regla (*Aproximación...*: 106) el número total de los expulsados oscilan entre un mínimo de 300.000 y un máximo de 500.000. Todo sumado y ponderado, en el Reino de Valencia los expulsados habrán oscilado entre un máximo de 170.000 y un mínimo de 117.464. Puesto que la población total del reino era de unos 450.000 habitantes, la pérdida fue de un 22 a 30%.

vayan, vayan, señor, y deja la taza de tu reino resplandeciente como el sol y hermosa como el cielo!

Dos días estuvieron en aquel lugar los peregrinos, volviendo a enterarse en lo que les faltaba, y Bartolomé se aco-

Las consecuencias económicas de la expulsión resultan resumidas de este modo por Domínguez Ortiz (*Historia...*: 223): «nulas para las regiones más septentrionales, apreciables, pero limitadas a ciertas comarcas y capitales, en el resto de Castilla; despreciables para Cataluña; severas para Aragón, y de notable intensidad para el Reino de Valencia. En total, no el desastre que propaló la bibliografía del siglo XIX, pero sí un factor de mucho peso entre otros que hicieron de nuestro siglo XVII una centuria de recesión».

Notter (B, 1839, II: 111-113) es el primero, si no me equivoco, en hablar de una actitud crítica de C. en relación con el tema (a este propósito, cfr. Giorgio Barbini: C, 1985). Entre los postreros, por ahora, F. J. Flores Arroyuelo (*Los últimos moriscos*: 186-187) afirma que todo este pasaje es una parodia de los escritos apologeticos de la expulsión, y Roger Garaudy (*La poesía vivida*: 37-38), para quien la *profecía* del viejo morisco resulta introducida «con evidente ironía». No exageremos. Con demasiada frecuencia, el recurso a la *ironía* constituye el último —y, en no pocas ocasiones, inaceptable— argumento de quien no sabe cómo *demostrar* lo que desea *crear*. A pesar de las muy valiosas páginas de F. Márquez Villanueva (me refiero, claro está, a «El morisco Ricote o la hispánica razón de estado», en *Personajes y temas del Quijote*, Madrid, Taurus, 1975 [229-235], pero también a otras más recientes —siquiera en forma de libro impreso—, como «El problema historiográfico de los moriscos»: en especial 180-185) y a las de Emilio Sola (*C. y la Berbería*: 187-197), sigo pesando que, todo sumado y ponderado, nuestro autor no fue *enteramente* hostil a una medida que hoy nos parece sin duda alguna odiosa. Estamos encapsulados en la historia. Salir de ella, de sus condicionamientos, es mucho más difícil de lo que se suele creer. C. lo consiguió en no pocas ocasiones, pero no siempre. Si no me equivoco, una de estas ocasiones fue precisamente la que motiva la presente nota. En el *Persiles* habla, sí, el jadraque, desde su perspectiva de nuevo católico fanático (como Cipión, en *CdP*, y Ricote, en el *Quijote*, desde las suyas), pero, *de algún modo*, resuenan también ciertas antiguas y dolorosísimas tensiones del propio narrador. Que, para colmo, *no puede* permitirse «bromear» de ninguna manera con el Duque de Lerma, y el Conde de Lemos. ¡Buena era la ocasión para ironías, sobre todo para un C. en punto —o poco menos— de muerte! Si acaso, habría sido el momento de saltarse, *tout court*, el episodio de los moriscos, como se saltará el —casi inevitable— de los bandoleros catalanes. No lo hace, y sus razones —no todas admirablemente críticas— tendrá. ¿O es que también vamos a reconocer ironía en las palabras —para mí, bien poco oportunas— de la adulona dedicatoria del propio *Persiles* a don Pedro Fernández de Castro?

modó de bagaje⁴³. Los peregrinos agradecieron al cura su buen acogimiento y alabaron los buenos pensamientos del jadraque y, abrazando a Rafala, se despidieron de todos y siguieron su camino.

CAPÍTULO DOCE DEL TERCERO LIBRO^a

En el cual¹ se fueron entreteniendo en contar el pasado peligro, el buen ánimo del jadraque, la valentía del cura, el celo de Rafala, de la cual se les olvidó de saber cómo se había escapado de poder de los turcos que asaltaron la tierra; aunque bien consideraron que, con el alboroto, ella se habría escondido en parte que tuviese lugar después de volver a cumplir su deseo, que era de vivir y morir cristiana.

Cerca de Valencia llegaron, en la cual no quisieron entrar, por escusar las ocasiones del detenerse; pero no faltó quien les dijo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos y, finalmente, todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciu-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *En que se refiere un extraordinario suceso*

⁴³ Osuna (C, 1971: 7-9) afirma que «el narrador no nos ha explicado cómo consigue hacerse el mozo con otra mula». Sin duda, los fugitivos se han llevado —explícitamente— lo mejor que tenían, pero nada —absolutamente nada— impide imaginar que algún que otro mulo o mula haya quedado vivo, en el mismo pueblo...o en los alrededores. Ello explica el plazo de dos días dedicado a renovar lo que los peregrinos necesitan para su viaje.

¹ *En el cual...* Su antecedente es *camino*, última palabra del cap. anterior. Este extraño *incipit* es idéntico al de *Quijote*, I, 6, y muy parecido al conocidísimo del 4 («La del alba sería...», tras el «le dejó ir a la buen hora» con que se cierra el 3).

dades, no sólo de España, sino de toda Europa². Y principalmente les alabaron la hermosura de las mujeres y su estremada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable³. Determinaron de alargar sus jornadas, aunque fuese a costa de su cansancio, por llegar a Barcelona, adonde tenían noticia habían de tocar unas galeras en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Génova⁴. Y, al salir de Villarreal, hermosa y amenísima villa, de través, de entre una espesura de árboles, les salió al encuentro una zagala o pastora valenciana, vestida a lo del campo, limpia como el sol y hermosa como él y como la luna⁵; la cual, en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hacerles ceremonia de comedimiento alguno, dijo:

—Señores, ¿pedirlos he, o darlos he?

A lo que respondió Periandro:

—Hermosa zagala, si son celos, ni los pidas ni los des, porque, si los pides, menoscabas tu estimación y, si los das,

² Tampoco el elogio de Valencia es un prodigio de caracterización. C. se ha limitado a reunir cuatro lugares comunes, para salir del paso. El más apasionado y *vivido* que conozco se hallará en el *Guzmán de Alfarache* continuado por Mateo Luján (*id est*, el valenciano Juan Martí), III, 8. Aparte la limpieza de sus calles, en contraste con la suciedad de las de Madrid, los españoles extranjeros ponen de relieve, con una unanimidad que reduce el índice de error, la volteriedad y la alegre desenvoltura de sus habitantes. Cfr. Herrero García (*Ideas...*: 305-308).

³ Como insinúa Sebastián Juan Arbó (187) la estancia del escritor en Valencia, donde pasó dos meses al regreso de Argel, podría explicar la atracción por él sentida —o, por lo menos, aquí expresada— hacia la lengua local. Lengua que, junto a la portuguesa, es calificada de «melosa» por un personaje de *LGS* (acto II). No conozco otros elogios del valenciano expresados en tales términos por un castellano, en castellano. Varios del portugués, en obras de Lope de Vega, ha reunido Herrero García (*Ideas...*: 148).

⁴ C. olvida que Auristela, en Lisboa, había decidido no embarcarse más, al enterarse de que no era necesario para llegar a Roma (cfr. III, 1: 431) y, sobre todo, que (en el III, 2: 440) los peregrinos, para mayor devoción, habían determinado llegar a pie a la Ciudad Santa.

⁵ Cfr. RM (I, 338), donde se muestra con buenos testimonios el carácter «popular» del parecido elogio registrado en *Quijote*, I, 12.

tu crédito⁶; y si es que el que te ama tiene entendimiento, conociendo tu valor te estimará y querrá bien y, si no le tiene, ¿para qué quieres que te quiera?

—Bien has dicho —respondió la villana.

Y, diciendo adiós, volvió las espaldas y se entró en la espesura de los árboles, dejándolos admirados con su pregunta, con su presteza y con su hermosura.

Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia que merezcan escritura⁷, si no fue el ver desde lejos las santísimas montañas de Monse-rate, que adoraron con devoción cristiana, sin querer subir a ellas, por no detenerse⁸.

Llegaron a Barcelona a tiempo cuando llegaban a su playa cuatro galeras españolas que, disparando y haciendo salva a la ciudad con gruesa artillería, arrojaron cuatro esquifes al agua, el uno de ellos adornado con ricas alcatifas de Levante y cojines de carmesí⁹, en el cual venía, como después

⁶ *pedir celos* = 'exigir aclaraciones a propósito de celos'.

⁷ Resulta curioso que C. escriba esto después de haberse detenido, con la complacencia del «escritor de raza», a contarnos cosas siquiera a primera vista bien poco importantes, como lo es el encuentro con la pastora de Villareal. Pero precisamente de estas «cosas sin importancia» está en buena parte hecho el *Quijote*.

Cabe recordar, aunque sea de pasada, que el camino Valencia-Barcelona era sobremanera peligroso (y, por lo tanto, propicio a las aventuras), por estar infestado de bandoleros. Cfr., p. ej., Enrique Cook, *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia* (ed. de Alfredo Morel-Fatio y Antonio Rodríguez Villa, Madrid, Imprenta de Aribau y Cía., 1876, 179) y J. I. Uriol Salcedo, *Historia de los caminos de España* (I, 207-208).

⁸ Para Arturo Farinelli (*Poesía de Montserrat*, Barcelona, Bosch, 1940: 144), C. es uno de los «grandes cantores de la montaña sagrada castalana, pues se refiere a ella en *LDD* y en este pasaje del *Persiles*». Yo pienso que a nuestro autor le ocurrió lo que a sus personajes de la *novela ejemplar*: no visitó el Monasterio porque le convenía salir de España a toda prisa y el propósito de acercarse a él «cuando Dios fuese servido de volver[lo] con más sosiego a su patria» no se cumplió nunca. (Cfr. también A. G. de Amezáua, C., *creador de la novela corta española*: II, 351).

También debe tenerse en cuenta la posibilidad de que, habiendo tratado por extenso Lope de Vega del santuario en su *Peregrino* (II, 161-184), C. haya querido evitarlo. (En este sentido, cfr. también J. González Rovira, C, 1996: 243, nota 46.)

⁹ Cfr. I, 12 (201).

pareció, una hermosa mujer de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana y dos doncellas hermosas y honestamente aderezadas. Salió infinita gente de la ciudad, como es costumbre, así a ver las galeras como a la gente que de ellas desembarcaba, y la curiosidad de nuestros peregrinos llegó tan cerca de los esquifes que casi pudieran dar la mano a la dama que de ellos desembarcaba. La cual, poniendo los ojos en todos, especialmente en Constanza, después de haber desembarcado, dijo:

—Llegaos acá, hermosa peregrina, que os quiero llevar conmigo a la ciudad, donde pienso pagaros una deuda que os debo, de quien vos creo que tenéis poca noticia. Vengan asimismo vuestras camaradas, porque no ha de haber cosa que obligue a dejar tan buena compañía.

—La vuestra, a lo que se vee —respondió Constanza—, es de tanta importancia, que carecería de entendimiento quien no la acetase. Vamos donde quisiéredes, que mis camaradas me seguirán, que no están acostumbrados a dejarme.

Asió la señora de la mano a Constanza y, acompañada de muchos caballeros que salieron de la ciudad a recibirla y de otra gente principal de las galeras, se encaminaron a la ciudad, en cuyo espacio de camino Constanza no quitaba los ojos de ella, sin poder reducir a la memoria haberla visto en tiempo alguno. Aposentáronla en una casa principal, a ella y a las que con ella desembarcaron, y no fue posible que dejase ir a los peregrinos a otra parte; con los cuales, así como tuvo comodidad para ello, pasó esta plática:

—Sacaros quiero, señores, de la admiración en que, sin duda, os debe tener el ver que con particular cuidado procuro serviros y, así, os digo que a mí me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fue en una ciudad de Aragón, y cuyo hermano es don Bernardo Agustín¹⁰, cuatral-

¹⁰ Los *Agustines* constituían una noble familia aragonesa, con solar en Fraga y ramas en Zaragoza y Tragacete (cfr. García Caraffa, *Enciclopedia Heráldica y Genealógica hispanoamericana*). Un Jerónimo Agustín resulta amigo de Boscán y de Diego Hurtado de Mendoza, que lo cita en sus poesías; se me figura que es el mismo citado por L. Zapata en *Carlo famoso* (XLVI, oct. 56, y XLVII, 56-62), como capitán en la guerra sostenida contra Francia

bo¹¹ de estas galeras que están en la playa. Contarino de Arbolánchez¹², caballero del hábito de Alcántara, en ausencia de mi hermano y a hurto del recato de mis parientes, se enamoró de mí y yo, llevada de mi estrella o, por mejor decir, de mi fácil condición, viendo que no perdía nada en ello, con título de esposa le hice señor de mi persona y de mis pensamientos. Y el mismo día que le di la mano recibió él de la de Su Majestad una carta, en que le mandaba viniese luego al punto a conducir un tercio que bajaba de Lombardía a Génova, de infantería española, a la isla de Malta, sobre la cual se pensaba bajaba el Turco¹³. Obedeció Contari-

en el Rosellón (1542). Otro Jerónimo Agustín resulta ser comandante de un tercio de la Armada real en 1609 y se halla presente en la expulsión de los moriscos valencianos (cfr. Jaume Bleda, *Defensio fidei in causa neophytorum sive Morischorum Regni Valentiae...* [Valencia, Ioannem Grysostomum Garriz, 1610]: 590).

Nótese que, incluso en las clases altas, se usaba *feminizar* los apellidos.

¹¹ *cuatralbo* = 'jefe de una flotilla de cuatro galeras'. No era corriente que una galera se aventurara sola por el Mediterráneo, infestado de corsarios. C. se refiere a estas flotillas en *LDD* y en *Quijote*, II, 60.

¹² *Arbolánchez*. En la *Enciclopedia heráldica* de los hermanos García Caraffa leo que *Arbolancha* o *Arbolanche* es «linaje vizcaíno, con solar antiquísimo en Begoña». No sería improbable que la -z haya sido añadida por error o pensando en los tantos apellidos castellanos que concluyen con esta consonante. En *VdP* (VII, terc. 31 y, sobre todo, 60-61), C. habla —mal— de Jerónimo de Arbolanche (que él llama por dos veces Arbolanches), aragonés, autor del poema *Las Abidas*.

¹³ Desembarcos y razzías fueron siempre temidos en Malta, verano tras verano. Y no pocas veces las amenazas se volvieron realidad. Así ocurrió en 1545 (ataque de Barbarroja), en 1547 (de Dragut), 1548, 1550, 1551 (ataques combinados de Dragut y Solimán el Magnífico), 1554, 1560, 1563. Ningún grave pecado contra la coherencia cronológica interna supone, pues, que C. imagine uno —o el riesgo de uno— en 1559.

De cualquier modo, es probable que tenga también presente otro, el más grave de todos, ocurrido en 1565. Para la historia del terrible asalto, cfr., p. ej., Francisco Balbi de Correggio, *La verdadera relación de todo lo que en este año de 1565 ha sucedido...*; Jaime Salvá, *Historia de la Orden de Malta* (Madrid, Instituto de la Marina, 1944: 215-256) y Fernand Braudel, *El Mediterráneo...* (II, 485-501). Aquí me limitaré a recordar que España contribuyó decisivamente a la retirada de los atacantes. La importancia del *socorro de Malta* no fue siempre —ni por todos— reconocida sin reservas, pero los historiadores de nuestros días no escatiman elogios a la intervención del virrey de Sicilia, don García de Toledo. Si bien se mira, dicha empresa constituye el más importante triunfo de la cristiandad contra los turcos antes de Lepanto.

no con tanta puntualidad lo que se le mandaba que no quiso coger los frutos del matrimonio con sobresalto y, sin tener cuenta con mis lágrimas, el recibir la carta y el partirse todo fue uno. Parecióme que el cielo se había caído sobre mí y que entre él y la tierra me habían apretado el corazón y cogido el alma. Pocos días pasaron cuando, añadiendo yo imaginaciones a imaginaciones y deseos a deseos, vine a poner en efeto uno, cuyo cumplimiento, así como me quitó la honra por entonces, pudiera también quitarme la vida. Ausentéme de mi casa sin sabiduría de ninguno de ella y, en hábitos de hombre, que fueron los que tomé de un pajecillo¹⁴, asenté por criado de un atambor de una compañía que estaba en un lugar pienso que ocho leguas del mío. En pocos días toqué la caja tan bien como mi amo; aprendí a ser chocarrero¹⁵, como lo son los que usan tal oficio. Juntóse otra compañía con la nuestra y ambas a dos se encaminaron a Cartagena, a embarcarse en estas cuatro galeras de mi hermano, en las cuales fue mi disinio pasar a Italia a buscar a mi esposo, de cuya noble condición esperé que no afearía mi atrevimiento ni culparía mi deseo; el cual me tenía tan ciega, que no reparé en el peligro a que me ponía de ser conocida, si me embarcaba en las galeras de mi hermano. Mas como los pechos enamorados no hay inconvenientes que no atrope-

Como en otras ocasiones, C. podría estar aludiendo al mismo tiempo a un ataque a Malta considerado inminente cuando escribe esta página. En una nota a su ed. del *VdP*, RM comenta un pasaje del capítulo I (terc. 103: «De Malta el Gran Maestro, a quien secretas / espías dan aviso que en oriente / se aperciben las bárbaras saetas») recordando que, en efecto, existía este temor en 1613, como atestigua cierta *relación* recogida por Luis Cabrera de Córdoba (la núm. 64). El riesgo —añado, por mi cuenta— continuaba en el verano de 1614, puesto que en las mismas *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España de 1599 a 1614* (Madrid, Impr. de J. Martín Alegría: 548-549 y 593) de Cabrera se habla de determinadas maniobras de las galeras de Italia contra el Turco, como respuesta a un serio peligro.

¹⁵ Precisamente de este modo cuanta C. de Villalón que un capitán pasó a su joven amiga en nave en la expedición organizada por el cardenal Cisneros para la conquista de Orán (*El Crotalón*, VII). Cfr. también, en el propio *Persiles*, III, 2 (443 y nota 12).

¹⁶ *chocarrero* = 'gracioso, bufón', pero también (y, aquí, quizá sobre todo), 'fullero'. Cfr. Romero, «Los *chocarreros* de C.» (*Rassegna Iberistica*, 61 [1997]: 35-40).

llen, ni dificultades por quien no rompan, ni temores que se le opongan, toda escabrosidad hice llana, venciendo miedos y esperando aun en la misma desesperación; pero, como los sucesos de las cosas hacen mudar los primeros intentos en ellas, el mío, más mal pensado que fundado, me puso en el término que agora oiréis. Los soldados de las compañías de aquellos capitanes que os he dicho trabaron una cruel pendencia con la gente de un pueblo de la Mancha sobre los alojamientos, de la cual salió herido de muerte un caballero, que decían ser conde de no sé qué estado. Vino un pesquisidor de la corte, prendió los capitanes, descarreáronse^{b,16} los soldados y, con todo eso, prendió a algunos, y entre ellos a mí, desdichada, que ninguna culpa tenía; condenólos a galeras por dos años, al remo, y a mí también, como por añadidura, me tocó la misma suerte. En vano me lamenté de mi desventura, viendo cuán en vano se habían fabricado mis disinios. Quisiera darme la muerte, pero el temor de ir a otra peor vida me embotó el cuchillo en la mano y me quitó la soga del cuello; lo que hice fue enlodarme el rostro, afeándole cuanto pude, y encerréme en un carro, donde nos metieron, con intención de llorar tanto y de comer tan poco que las lágrimas y la hambre hiciesen lo que la soga y el hierro no habían hecho. Llegamos a Cartagena, donde aún no habían llegado las galeras; pusieronnos en Casa del Rey¹⁷ bien guardados, y allí estuvimos, no esperando sino temiendo nuestra desgracia. No sé, señores, si os acordaréis de un carro que topasteis junto a una venta¹⁸, en el cual esta hermosa peregrina —señalando a Constanza— socorrió con una caja de conserva a un desmayado delincuente.

^b P2 y, a partir de M7, todas las eds. (con las excepciones de M16, M17, M18, B10, B11, *PECP*, AH): *descarriáronse*

¹⁶ Aunque carezco de otros testimonios de *descarrear(se)*, la forma es verosímil, como derivado de *descarrear* (cfr. *DCELC*, a.v. *carro*) y *PECP* (189). No se olvide, por otra parte, el caso de *murmúreo/murmurio* (cfr. II, 12: 358 y nota 7).

¹⁷ «Estuvo la gente [recién alistada] recogida en la Casa del Rey que llaman, que es la casa de las municiones...» (Miguel de Castro, *Vida...*: 488 b).

¹⁸ Según Osuna (C, 1972: 79-80), esta alusión a la venta «nos podría indicar que C., antes de describir tal encuentro, había pensado darle este escenario, arrepintiéndose de ello, y no acordándose ahora, por una u otra razón».

—Sí acuerdo —respondió Constanza.

—Pues sabed que yo era —dijo la señora Ambrosia— el que socorristeis. Por entre las esteras del carro os miré a todos, y me admiré de todos, porque vuestra gallarda disposición no puede dejar de admirar, si se mira. En efeto, las galeras llegaron con la presa de un bergantín de moros, que las dos¹⁹ habían tomado en el camino; el mismo día aherraron en ellas a los soldados, desnudándolos del traje que traían y vistiéndoles el de remeros: transformación triste y dolorosa, pero llevadera, que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la hace fácil. Llegaron a mí para desnudarme; hizo el cómitre que me lavasen el rostro, porque yo no tenía aliento para levantar los brazos; miróme el barbero que limpia la chusma y dijo: «Pocas navajas gastaré yo con esta barba²⁰; no sé yo para qué nos envían acá a este muchacho de alfeñique, como si fuesen nuestras galeras de melcocha y sus remeros de alcorza. Y ¿qué culpas cometiste tú, rapaz, que mereciesen esta pena? Sin duda alguna, creo que el raudal y corriente de otros ajenos delitos te han conducido a este término.» Y, encaminando su plática al cómitre, le dijo: «En verdad, patrón, que me parece que sería bien dejar a que sirviese este muchacho en la popa a nuestro general con una manilla al pie, porque no vale para el remo dos ardites.» Estas pláticas, y la consideración de mi suceso, que parece que entonces se estremó en apretarme el alma, me apretó el corazón de manera que me desmayé y quedé como muerta. Dicen que volví en mí a cabo de cuatro horas, en el cual tiempo se me hicieron muchos remedios para que volviese; y lo que más sintiera yo, si tuviera

¹⁹ Osuna (C, 1972: 78) nota que la *cuatro* galeras de [566] se han convertido ahora en *dos*. Y el «hecho» le parece un descuido más de C. ¿Tiene razón? De ninguna manera. La flotilla mandada por el hermano de Ambrosia —*cuatralbo*— estaba efectivamente compuesta de *cuatro* galeras, pero la captura del «bergantín de moros» fue obra de *sólo dos* [de ellas]. Eso es todo.

²⁰ Parecida expresión, en parecida ocasión, ocurre, p. ej., en Lope de Vega, *El valiente Céspedes* (acto I): «Según miro, a la vislumbre, / poco dinero, a la cuenta, / habréis gastado en barberos.»

sentidos^{c21}, fue que debieron de enterarse que yo no era varón, sino hembra. Volví de mi parasismo y lo primero con quien topó la vista fue con los rostros de mi hermano y de mi esposo, que entre sus brazos me tenían. No sé yo cómo en aquel punto la sombra de la muerte no cubrió mis ojos; no sé yo cómo la lengua no se me pegó al paladar²²; sólo sé que no supe lo que me dije, aunque sentí que mi hermano dijo: «¿Qué traje es éste, hermana mía?» Y mi esposo dijo: «¿Qué mudanza es ésta, mitad de mi alma, que, si tu bondad no estuviera tan de parte de tu honra, yo hiciera luego que trocaras este traje con el de la mortaja?» «¿Vuestra esposa es ésta? —dijo mi hermano a mi esposo— Tan nuevo me parece este suceso, como me parece el de verla a ella en este traje. Verdad es que, si esto es verdad, bastante recompensa sería a la pena que me causa el ver así a mi hermana.» A este punto, habiendo yo recobrado parte de mis perdidos espíritus, me acuerdo que dije: «Hermano mío, yo soy Ambrosia Agustina, tu hermana, y soy ansimismo la esposa del señor Contarino de Arbolánchez. El amor y tu ausencia, ¡oh hermano!, me le dieron por marido, el cual, sin gozarme, me dejó; yo, atrevida, arrojada y mal considerada, en este traje que me veis le vine a buscar.»

»Y con esto les conté toda la historia que de mí habéis oído, y mi suerte, que por puntos se iba a más andar mejorando, hizo que me diesen crédito y me tuviesen lástima. Contáronme cómo a mi esposo le habían cautivado moros con una de dos chalupas donde se había embarcado para ir a Génova, y que el cobrar la libertad había sido el día antes, al anochecer, sin que le diese lugar el tiempo de haberse visto con mi hermano, sino al punto que me halló desmayada: suceso cuya novedad le podía quitar el crédito, pero todo es así como lo he dicho. En estas galeras pasaba esta

^c M1: *sentido* (pero, en el reclamo, *sentidos*).

Adopto la lección de B1, Bru, M4, M5, M6, B2, B3, B4.

²¹ Estamos ante un caso de «enmienda» o respeto a la lección de M1, absolutamente irrelevante. Puestos a elegir, también yo adopto la forma presente en el cuerpo del texto, no en el simple reclamo.

²² Cfr. I, 10 (192 y nota 7).

señora que viene conmigo y con estas sus dos nietas a Italia, donde su hijo, en Sicilia, tiene el patrimonio real a su cargo²³; vistiéronme estos que traigo, que son sus vestidos, y mi marido y mi hermano, alegres y contentos, nos han sacado hoy a tierra para espaciarnos y para que los muchos amigos que tienen en esta ciudad se alegren con ellos. Si vosotros, señores, vais a Roma, yo haré que mi hermano os ponga en el más cercano puerto de ella. La caja de conserva os la pagaré con llevaros en la mía²⁴ hasta adonde mejor os esté; y, cuando yo no pasara a Italia, en fee de mi ruego os llevará mi hermano. Ésta es, amigos míos, mi historia; si se os hiciere dura de creer, no me maravillaría, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo; y, pues que comúnmente se dice que el creer es cortesía, en la vuestra, que debe de ser mucha, deposito mi crédito²⁵.

Aquí dio fin la hermosa Agustina a su razonamiento, y aquí comenzó la admiración de los oyentes a subirse de punto; aquí comenzaron a desmenuzarse las circunstancias del caso, y también los abrazos de Constanza y Auristela que a la bella Ambrosia dieron. La cual, por ser así voluntad de su marido, hubo de volverse a su tierra, porque, por hermosa que sea, es embarazosa la compañía de la mujer en la guerra.

²³ Bien claro está que se trata del «administrador» de ese patrimonio, no ya del *virrey de Sicilia*, como en cambio ha entendido Allen (97-98). De cualquier modo, el estudioso hace consideraciones interesantes, a propósito del valor indiciario (cronológico) de estos datos ofrecidos como al desgaire por C. Quizá como —añado, por mi cuenta— en *Quijote*, II, 60, donde alude a una «doña Guiomar de Quiñones, mujer del regente de la Vicaría de Nápoles».

²⁴ *conserva*. El vocablo está usado en su acepción primera y en la especializada marinera (todavía viva en italiano). Hoy diríamos *ir* (o *viajar*) *en convoy*.

²⁵ Cfr. II, 12 (359 y nota 8). El abandono de su casa, por parte de Ambrosia Agustina, recuerda en los detalles el de Teodosia, una de las protagonistas de *LDD*, pero tiene también un estrecho parecido —por la motivación— con el de la otra, Leocadia, quien corre en busca del amado, que ha desaparecido sin haber tenido tiempo siquiera de «coger el fruto del matrimonio». Y, por supuesto, *Quijote*, I, 28. Cfr. Combet (C, 1981: 43).

Aquella noche se alteró el mar de modo que fue forzoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de continuo^d mal segura. Los cortesés catalanes, gente, enojada, terrible y, pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra y, por defenderlas entrambas, se adelantan a sí mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo²⁶, visitaron y regalaron todo lo posible a la señora Ambrosia Agustina, a quien dieron las gracias, después que volvieron su hermano y su esposo. Auristela, escarmentada con tantas experiencias como había hecho de las borrascas del mar, no quiso embarcarse en las galeras²⁷, sino irse por Francia, pues estaba pacífica²⁸. Ambrosia se volvió a Ara-

^d A partir de M5, todas las eds. (con las excepciones de M16, M17, M18, M21, BA2, B10, B11, PECP, AH) leen *continuo*

²⁶ Presentar a C. como «gran conocedor de la tierra catalana» (según dice A. Farinelli: cfr. nota 9 a este mismo capítulo) me parece una exageración. Debe recordarse, además, que *nada* de lo que nos ha dejado escrito acerca de la región supera los términos de lo —literalmente— *consabido* en la época (cfr. LDD y *Quijote*, II, 72)

La Cataluña de los siglos XVI y XVII (bien distinta de la moderna y, en no pocos aspectos, menos dinámica que la medieval) era prevalentemente agraria, no muy rica, bronca. Para los españoles de aquella época, decir *catalán* equivalía a pensar en un tipo belicoso, suspicaz, celoso, vengativo (cfr. Herrero García, *Ideas...*: 302-304 y 662). Lo de práctico e «industrioso» es posterior: de finales del XVII y, sobre todo, comienzos del XVIII (*ibidem*: 662).

²⁷ Evidentemente, hay contradicción entre lo dicho en III, 12 (562), aunque la decisión de Auristela es coherente con lo registrado en III, 1 (431).

²⁸ Para Allen (C, 1971: 98) el *pues estaba pacífica* «would undoubtedly be taken by contemporary readers as a reference to the peace of Vervins signed on May, 2, 1598». ¿Por qué esta paz, precisamente? Mucho más persuasivo me parece lo que el propio Allen dice a continuación acerca de la «Paz Universal» de Cateau-Cambrésis, que se le figura la *otra* alternativa de interpretación del pasaje. En efecto, la expedición del Duque de Guisa a Nápoles había provocado, al empezar 1557, una nueva guerra entre Francia (aliada con el Papa) y España (aliada con Inglaterra). Tras la batalla de San Quintín (agosto del mismo año), los franceses se baten a la defensiva. El año 1559 comienzan las negociaciones de paz, que por fin desembocan, el 2 de abril, en el aludido tratado.

¿Puede haber querido aludir C. *también* a otro momento de paz contemporáneo al momento en que redactaba estas páginas? No es imposible, desde luego. El 15 de marzo de 1614, el tratado de Sainte-Menehould había

gón, las galeras siguieron su viaje y los peregrinos el suyo, entrándose por Perpiñán en Francia.

CAPÍTULO TRECE DEL LIBRO TERCERO^a

Por la parte de Perpiñán¹ quiso tocar la primera de Francia nuestra escuadra, a quien dio que hablar el suceso de Ambrosia muchos días, en la cual fueron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros, y juntamente halló en el amor que a su esposo tenía perdón de su atrevimiento. En fin, ella se volvió, como queda dicho, a su patria; las galeras si-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Entran en Francia y dase cuenta de lo que les sucedió con un criado del duque de Nemurs*

puesto fin a —pero más justo sería decir «suspendido»— la guerra civil entre católicos y protestantes. En los años sucesivos, la paz fue respetada, aunque las tensiones continuaron. La desconfianza de los protestantes no hacía más que aumentar. Catalina de Médicis, aun encontrándose en una posición de fuerza, titubeaba. En tal estado de cosas, comenzaron laboriosas conversaciones entre ambas partes, destinadas a concluir en la paz de Loudun (mayo de 1615). No pasaría mucho tiempo sin que el pacto fuera vulnerado y el Príncipe de Condé detenido, con la consecuencia de desencadenar una nueva guerra civil. Pero C. no pudo conocer estos desarrollos de la situación. Lo único que aquí interesa recordar es que *tal vez* él quiso aludir aquí *también* a la nueva situación de paz interior francesa.

¹ *Perpiñán*, con todo el Rosellón, el Conflent y parte de la Cerdaña formó parte *de jure* del Principado de Cataluña hasta 1656, cuando, con la Paz de los Pirineos, España lo(s) cedió a Francia, pero, *de facto*, ésta lo(s) ocupaba ya desde 1641-1642.

Es curioso que C. no dedique una sola palabra al recorrido Barcelona-Perpiñán, a través de una zona infestada de bandoleros. Los estudios de J. Reglá (pienso, p. ej., en *Bandolers, pirates i hugonots*, Barcelona, Selecta, 1969, pero la problemática que los anima está ya presente en *Felipe II y Cataluña*, Barcelona, 1960), arrojaron en su tiempo mucha luz sobre las causas sociales y hasta religiosas del fenómeno. Cfr. también Xavier Torres, *Nyerros i cadells. Bàndols i bandolerisme a la Catalunya moderna (1590-1640)*, Barcelona, Quaderns Crema, 1993. En una obra como el *Persiles*, de declarada exaltación católica (y, de paso, de exaltación también de una España campeona del catolicismo, en la que, siquiera aparentemente, los disidentes —como los moriscos— *sobran*) muy bien pudo parecer al autor que no

guieron su viaje y el suyo nuestros peregrinos. Los cuales, llegando a Perpiñán, pararon en un mesón, a cuya gran puerta estaba puesta una mesa y, alrededor de ella, mucha gente, mirando jugar a dos hombres a los dados, sin que otro alguno jugase. Parecióles a los peregrinos ser novedad que mirasen tantos y jugasen tan pocos. Preguntó Periandro la causa y fuele respondido que, de los que jugaban, el perdidoso perdía la libertad y se hacía prenda del rey para bogar el remo^{b,2} seis meses y, el que ganaba, ganaba veinte ducados, que los ministros del rey habían dado al perdidoso para que probase en el juego su ventura. Uno de los dos que jugaba probó y no le supo bien, porque la perdió y, al momento, le pusieron en una cadena y, al que ganó, le quitaron la que, para seguridad de que no huiría, si perdía, le tenían puesta. ¡Miserable juego y miserable suerte, donde no son iguales la pérdida y la ganancia!³

Estando en esto, vieron llegar al mesón gran golpe de gente, entre la cual venía un hombre en cuerpo⁴, de gentil parecer, rodeado de cinco o seis criaturas de edad de cuatro a siete años⁵. Venía junto a él una mujer, amargamente llorando, con un lienzo de dineros en la mano; la cual, con lastimada voz, venía diciendo:

^b V, P1, M3, M5, M6, B2, B3, B4, M8, NY, Par6, M5: *al*

convenía hablar de asuntos poco claros, como sin duda lo era este de los bandoleros, en parte sospechosos de protestantismo. (Nuestros peregrinos son gente de categoría, pero que viaja de incógnito. Sólo así se explica que don Bernardo Agustín no haya conseguido para ellos del virrey una escolta o, por lo menos, una cédula que asegure protección en los parajes particularmente peligrosos.)

No se olvide, para acabar, que precisamente en la presencia de los bandoleros por esta zona rosellonesa había basado Lope de Vega al menos un importante lance del *Peregrino en su patria* (I, 77 y ss.).

² *bogar el remo*, y no *al remo*. Cfr., p. ej., *Quijote*, I, 41, y *PECP* (190).

³ Acerca de esta absurdo juego, y de los que voluntariamente se enrolaban como galeotes (los llamaban con formas más o menos próximas a la italiana *buonavoglia* = 'buena gana', 'de buen grado'), cfr. p. ej., Suárez de Figueroa, *El pasajero* (alivio IV).

⁴ *en cuerpo* = 'en jubón y calzas'.

⁵ Osuna (C, 1972: 83) observa, a propósito de tal número de niños y de tan poca diferencia de edad entre ellos: «Claro que pueden ser mellizos...»

—Tomad, señores, vuestros dineros y volvedme a mi marido, pues no el vicio sino la necesidad le hizo tomar este dinero; él no se ha jugado, sino vendido, porque quiere, a costa de su trabajo, sustentarme a mí y a sus hijos. ¡Amargo sustento y amarga comida para mí y para ellos!

—Callad, señora —dijo el hombre—, y gastad ese dinero, que yo le desquitaré con la fuerza de mis brazos, que todavía se amañarán antes a domeñar un remo que un azadón. No quise ponerme en aventura de perderlos, jugándolos, por no perder, juntamente con mi libertad, vuestro sustento.

Casi no dejaba oír el llanto de los muchachos esta dolorida plática que entre marido y mujer pasaba. Los ministros que le traían les dijeron que enjugasen las lágrimas, que, si lloraran cuantas habían en el mar, no serían bastantes a darle la libertad que había perdido. Prevalecían en su llanto los muchachos, diciendo a su padre:

—Señor, no nos deje, porque nos moriremos todos si se va.

El nuevo y extraño caso enterneció las entrañas de nuestros peregrinos, especialmente la de la tesorera Constanza, y todos se movieron a rogar a los ministros de aquel cargo fuesen contentos de tomar su dinero, haciendo cuenta que aquel hombre no había sido en el mundo y que les conmoviese a no dejar viuda a una mujer ni huérfanos a tantos niños. En fin, tanto supieron decir y tanto quisieron rogar que el dinero volvió a poder de sus dueños y la mujer cobró su marido y los niños a su padre. La hermosa Constanza, rica después de condesa, más cristiana que bárbara, con parecer de su hermano Antonio, dio a los pobres perdidos, con que se cobraron, cincuenta escudos de oro y, así, se volvieron tan contentos como libres, agradeciendo al cielo y a los peregrinos la tan no vista como no esperada limosna.

Otro día pisaron la tierra de Francia⁶ y, pasando por Lengadoc, entraron en la Provenza, donde en otro mesón ha-

⁶ *pisaron tierra de Francia*. El último lugar del Rosellón catalán es Sigean. A partir de este momento, Auristela y Periandro (sobre todo, este último) parecerán —y se comportarán como— auténticos españoles. ¿Por descuido de C.?

llaron tres damas francesas de tan estremada hermosura que, a no ser Auristela en el mundo, pudieran aspirar a la palma de la belleza. Parecían señoras de gran estado, según el aparato con que se servían; las cuales, viendo los peregrinos, así les admiró la gallardía de Periandro y de Antonio como la sin igual belleza de Auristela y de Costanza. Llegáronlas a sí y habláronlas con alegre rostro y cortés comedimiento; preguntáronlas quién eran en lengua castellana, porque conocieron ser españolas las peregrinas y, en Francia, ni varón ni mujer deja de aprender la lengua castellana⁷. En tanto que las señoras esperaban la respuesta de Auristela, a quien se encaminaban sus preguntas, se desvió Periandro a hablar con un criado que le pareció ser de las ilustres francesas; preguntóle quién eran y adónde iban y él le respondió diciendo:

—El duque de Nemurs, que es uno de los que llaman «de la sangre» en este reino⁸, es un caballero bizarro y muy discreto, pero muy amigo de su gusto; es recién heredado y ha propuesto de no casarse por ajena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de estado y de hacienda y aunque vaya contra el mandamiento de su rey, porque dice que los reyes bien pueden dar la mujer a quien quisieren de sus vasallos, pero no el gusto de recibilla. Con esta fantasía, locura o discreción, o como mejor debe llamarse, ha enviado a algunos criados suyos a diversas partes de Francia a buscar alguna mujer que, después de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que reparen en hacienda, porque él se contenta con que la dote sea su calidad y su hermosura⁹.

⁷ S-B recuerdan las palabras de Brantôme, Julián de Medrano y Carlos García acerca de la difusión de la lengua y de la moda española en Francia, que, de cualquier modo, no llegó nunca a justificar esta afirmación de C.

⁸ *príncipe de la sangre* = 'personaje de algún modo emparentado con la familia real francesa'.

⁹ André Lubac (C, 1951: 119-123) intenta la identificación de un Duque de Nemurs «modelo histórico» del personaje cervantino. Según él, podría tratarse de Jacobo de Saboya (1531-1588), príncipe de la sangre, «que dio prueba de independencia frente al rey en materia de matrimonio: no se quiso casar con la reina Isabel de Inglaterra, prefiriendo hacerlo con una dama a quien amaba». La hipótesis de Lubac es sin duda sugestiva. A decir verdad, la excentricidad de Jacobo debió de ser de veras proverbial, ya que todavía hoy halla lugar en algunas de sus breves biografías contenidas en enciclopedias generales.

Supo la de estas tres señoras y envióme a mí, que le sirvo, para que las viese y las hiciese retratar de un famoso pintor que envió conmigo. Todas tres son libres y todas de poca edad, como habéis visto; la mayor, que se llama Deleasir, es discreta en extremo, pero pobre; la mediana, que Belarmenia se llama, es bizarra y de gran donaire, y rica medianamente; la mas pequeña, cuyo nombre es Félix^c Flora¹⁰, hace gran ventaja a las dos en ser rica. Ellas también han sabido el deseo del duque y querrían, según a mí se me ha traslucido, ser cada una la venturosa de alcanzarle por esposo; y, con ocasión de ir a Roma a ganar el jubileo de este año, que es como el centésimo que se usaba¹¹, han salido de su tierra y quieren pasar por París y verse con el duque, fiadas en el quizá que trae consigo la buena esperanza¹². Pero después,

^c M1: *Feliz*

¹⁰ Para Colahan (C, 1994: 29), los tres nombres resultan referibles a los de las tres Gracias: *Deleasir* (aparentemente derivado del francés *de loisir*) correspondería a *Eufrosine* (= 'la gozosa'); *Belarmenia* (sin duda referible al latino *ermillum* o, sin más, al español *armiño*), a *Aglaiia* (= 'la resplandeciente'), *Feliz Flora*, en fin, a *Thalia* (= 'la floreciente').

A propósito de la última dama, convendría añadir enseguida que todos los editores (y aun los traductores) traen *Feliz*, pero yo mismo creo haber demostrado que la única acentuación plausible es *Félix*, (o, a la moderna, *Félix*). Cfr. Romero (C, 1997 c).

¹¹ En 1968 interpretaba este pasaje (equivocándome, pero no era el primero ni he sido, luego, el último) en el sentido de que *centésimo* estaba por *secular* y que, por tanto, se refería al de 1600. En 1971 ya corregía mi error: C. dice que es «como el centésimo que se usaba» porque el restaurador de la institución del *jubileo* (o, si se prefiere, el inventor del *año santo* en el sentido moderno), Bonifacio VIII, en 1300, decidió efectivamente que éste se realizase cada cien años y, porque, a pesar de las sucesivas reducciones del período a transcurrir entre uno y otro (cincuenta, en 1350, por decisión de Clemente VI; treinta y tres, como los que vivió Cristo, a partir de 1389, por voluntad de Urbano VI; veinticinco, en fin, desde 1470, por bula de Paulo II, en atención a la brevedad de la vida humana), esta solemnísimas fiesta del perdón universal se siguió llamando *centenaria* o *centésima*.

Como ya he dicho en otro lugar (cfr. III, 524-525 y nota 19), los papas proclamaron algunos jubileos extraordinarios: exactamente, diez, entre 1560 y 1612. C. muy bien ha podido imaginar que uno de ellos se celebró precisamente en 1559.

¹² No es tan absurdo como podría parecer a primera vista que estas tres damas hayan salido de sus casas con el pretexto de ir a Roma pero con la

señores peregrinos, que aquí entrastes, he determinado de llevar un presente a mi amo que borre del pensamiento todas y cualesquier esperanzas que estas señoras en el suyo hubieren fabricado, porque le pienso llevar el retrato de esta vuestra peregrina, única y general señora de la humana belleza. Y, si ella fuese tan principal como es hermosa, los criados de mi amo no tendrían más que hacer ni el duque más que desear. Decidme, por vida vuestra, señor, si es casada esta peregrina, cómo se llama y qué padres la engendraron.

A lo que, temblando, respondió Periandro:

—Su nombre es Auristela; su viaje, a Roma; sus padres, nunca ella los ha dicho y de que sea libre os aseguro, porque lo sé sin duda alguna. Pero hay otra cosa en ello: que es tan libre y tan señora de su voluntad que no la rendirá a ningún príncipe de la tierra, porque dice que la tiene rendida al que lo es del cielo. Y para enteraros en que sepáis ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano y el que sabe lo escondido de sus pensamientos; así que no os servirá de nada el retratalla, sino de alborotar el ánimo de vuestro señor, si acaso quisiese atropellar por el inconveniente de la baja de mis padres.

—Con todo eso —respondió el otro—, tengo de llevar su retrato, siquiera por curiosidad y porque se dilate por Francia este nuevo milagro de hermosura.

Con esto se despidieron y Periandro quiso partirse luego de aquel lugar, por no dársele al pintor para retratar a Auristela. Bartolomé volvió luego a aderezar el bagaje y a no estar bien con Periandro, por la priesa que daba a la partida. El criado del duque, viendo que Periandro quería partirse luego, se llegó a él y le dijo:

—Bien quisiera, señor, rogaros que os detuviéades un poco en este lugar, siquiera hasta la noche, porque mi pintor, con comodidad y de espacio, pudiera sacar el retrato del rostro de

intención de pasar primero por París. Estamos, como se nos acaba de decir, en el Languedoc. Las aspirantes al matrimonio con el duque de Nemurs pueden haber pensado atravesar parte de Provenza y, por Aviñón u Orange, llegar hasta Grenoble. Allí se bifurcan los caminos que llevan a Lyon y a París, de una parte, y al Piamonte, por otra. Cfr. III, 19 (614 y nota 8), donde todo queda, a mi parecer, lo suficientemente claro.

vuestra hermana, pero bien os podéis ir a la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho que, de sola una vez que la ha visto, la tiene tan aprehendida en la imaginación, que la pintará a sus solas tan bien como si siempre la estuviera mirando.

Maldijo Periandro entre sí la rara habilidad del pintor, pero no dejó por esto de partirse, despidiéndose luego de las tres gallardas francesas, que abrazaron a Auristela y a Constanza estrechamente y les ofrecieron de llevarlas hasta Roma en su compañía, si dello gustaban. Auristela se lo agradeció con las más corteses palabras que supo, diciéndoles que su voluntad obedecía a la de su hermano Periandro y que, así, no podían detenerse ella ni Constanza, pues Antonio, hermano de Constanza, y el suyo se iban. Y con esto se partieron y, de allí a seis días, llegaron a un lugar de la Provenza, donde les sucedió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO CATORCE DEL TERCERO LIBRO^a

La historia, la poesía y la pintura simbolizan entre sí y se parecen tanto que, cuando escribes historia, pintas y, cuando pintas, compones¹. No siempre va en un mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes y magníficas, ni la poesía conversa siempre por los cielos. Bajezas admite la historia; la pintura, hierbas y retamas en sus cuadros y, la poesía, tal vez se realza cantando cosas humildes. Esta

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *De los nuevos y nunca vistos peligros en que se vieron*

¹ Como recuerda AA, el punto de partida de esta afirmación es el horaciano *ut pictura poesis* (cfr. *Ars poetica*, v. 361). No me parece, en cambio, tan evidente su afirmación de que el concepto «estaba ya ampliamente superado» en C., como demostraría el proyecto del poeta encontrado en Badajoz por nuestro peregrinos de hacer una obra teatral basada en los acontecimientos narrados en el famoso lienzo «ilustrado» por Antonio el mozo (cfr. III, 2: 441-444). Para poder hablar con certeza de ello, en términos europeos, creo que se debe esperar a la genial redistribución de las artes (temporales y espaciales) llevada a cabo por Lessing en el *Laoconte*.

verdad nos la muestra bien Bartolomé, bagajero del escuadrón peregrino; el tal tal vez habla^{b,2} y es escuchado en nuestra historia. Éste, revolviendo en su imaginación el cuento del que vendió su libertad por sustentar a sus hijos, una vez dijo, hablando con Periandro:

—Grande debe de ser, señor, la fuerza que obliga a los padres a sustentar a sus hijos; si no, dígalo aquel hombre que no quiso jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar a su pobre familia. La libertad, según yo he oído decir, no debe de ser vendida por ningún dinero³, y éste la vendió por tan poco que lo llevaba la mujer en la mano. Acuérdome también de haber oído decir a mis mayores que, llevando a ahorcar a un hombre anciano, y ayudándole los sacerdotes a bien morir, les dijo: «Vuestas mercedes se sosieguen y déjenme morir de espacio, que, aunque es terrible este paso en que me veo, muchas veces me he visto en otros más terribles.» Preguntáronle cuáles eran. Respondióles que el amanecer Dios y el rodealle seis hijos pequeños pidiéndole pan y no teniéndolo para dárselo. «La cual necesidad me puso la ganzúa en la mano y fierros en los pies, con que facilité mis hurtos, no viciosos, sino necesitados». Estas razones llegaron a los oídos del señor que le había sentenciado al suplicio, que fueron parte para volver la justicia en misericordia y la culpa en gracia.

A lo que respondió Periandro:

—El hacer el padre por su hijo es hacer por sí mismo; porque mi hijo es otro yo, en el cual se dilata y se continúa el ser del padre y, así, como es cosa natural y forzosa el hacer cada uno por sí mismo, así lo es el hacer por sus hijos. Lo que no es tan natural ni tan forzoso hacer los hijos por

^b B1, P1, M3, M7, M8, M9, M10, NY, B5, Par6, M11, M12, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19, M22: *el qual tal ve*

P2, M5, M6, B2: *el tal vez*

² Las enmiendas propuestas son, en principio, aceptables (sobre todo la primera) pero también innecesarias. La única solución consiste en puntuar como M13.

³ AA recuerda que la misma sentencia, registrada en las fábulas esópicas, pero atribuida en el prólogo del *Quijote* a Horacio: («Non bene pro toto libertas venditur auro») está registrada en LG (VI, 604) y en el prólogo de *Quijote*, I. Añadiré, por mi cuenta, que vuelve a aparecer, glosada, en *Quijote*, II, 58.

los padres; porque el amor que el padre tiene a su hijo de-
ciende, y el decender es caminar sin trabajo; y el amor del
hijo con el padre aciende y sube, que es caminar cuesta arri-
ba, de donde ha nacido aquel refrán: «Un padre para cien
hijos, antes que cien hijos para un padre»⁴.

Con estas pláticas y otras entretenían el camino por
Francia, la cual es tan poblada, tan llana y apacible que a
cada paso se hallan casas de placer, adonde los señores de
ellas están casi todo el año, sin que se les dé algo por estar
en las villas ni en las ciudades⁵. A una de éstas llegaron
nuestros viandantes, que estaba un poco desviada del ca-
mino real. Era la hora de mediodía; herían los rayos del
sol derechamente a la tierra; entraba el calor, y la sombra
de una gran torre de la casa les convidó que allí esperasen
a pasar la siesta, que con calor riguroso amenazaba. El so-
lícito Bartolomé desembarazó el bagaje y, tendiendo un
tapete en el suelo, se sentaron todos a la redonda y de los
manjares, de quien tenía cuidado de hacer Bartolomé su
repuesto, satisficieron la hambre, que ya comenzaba a fa-
tigarles; pero, apenas habían alzado las manos para llevar-
lo a la boca, cuando, alzando Bartolomé los ojos, dijo a
grandes voces:

⁴ El mismo refrán —algo variado— ocurre, p. ej., en el P. Pineda, *Agricul-
tura...* (diál. XV, secc. 11). Cov. (a. v. *Abad*) tiene palabras casi idénticas
a las de C.

⁵ Francia, entonces más reducida que en nuestros días, era, en términos
absolutos, el país más poblado de Europa a finales del siglo XVI y casi todo
el XVII. Si recordamos las continuas quejas acerca de la despoblación de Es-
paña, se comprenderá el tono casi envidioso de estas palabras de C. —y de
tantos otros autores de la época. Pero todo, claro está, tiene su haz y su en-
vés. El alto índice demográfico de la Francia anterior a la revolución indus-
trial comportaba ciertas dificultades. La emigración —en buena parte a Es-
paña, país, entonces, de altos salarios— era relativamente importante.
(Acerca de la imagen que de estos franceses se formaban los españoles de la
época, cfr., p. ej., Miguel Herrero García, *Ideas...*: 385-404.)

Acerca de la preferencia de la nobleza por las residencias rurales (cosa ya
también muy diferente a España, donde los nobles iban abandonando los pa-
lacios que poseían en sus estados, para trasladarse a la corte), cfr., p. ej., T. Gar-
zoni, *La piazza universale di tutte le professioni del mondo* (discurso XIX, «Dei no-
bilisti overo Gentiluomini»: por la ed. de Paolo Cherchi y Beatrice Collina,
Turín, Einaudi, 1996: 312-313), y Tirso de Molina, *Amar por señas* (acto I).

—¡Apartaos, señores, que no sé quién baja volando del cielo, y no será bien que os coja debajo!

Alzaron todos la vista y vieron bajar por el aire una figura que, antes que distinguiesen lo que era, ya estaba en el suelo, junto casi a los pies de Periandro. La cual figura era de una mujer hermosísima que, habiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, sirviéndole de campana y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies y en el suelo sin daño alguno: cosa posible, sin ser milagro⁶. Dejóla el suceso atónita y espantada, como lo quedaron los que volar la habían visto; oyeron en la torre gritos, que los daba otra mujer abrazada con un hombre, que^c parecía que pugnaban por derribarse el uno al otro:

—¡Socorro, socorro! —decía la mujer—. ¡Socorro, señores, que este loco quiere despeñarme de aquí abajo!

La mujer voladora, vuelta algun tanto en sí, dijo:

—Si hay alguno que se atreva a subir por aquella puerta —señalándoles una que al pie de la torre estaba—, librará de peligro mortal a mis hijos y a otras gentes flacas que allí arriba están.

Periandro, impelido de la generosidad de su ánimo, se entró por la puerta y, a poco rato, le vieron en la cumbre de la torre abrazado con el hombre que mostraba ser loco, del cual, quitándole un cuchillo de las manos, procuraba defenderse; pero la suerte, que quería concluir con la tragedia de su vida⁷, ordenó que entrambos a dos viniesen al suelo, cayendo al pie la torre: el loco, pasado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano traía y, Periandro, vertiendo por los ojos, narices y boca cantidad de sangre, que, como

^c M1: *muger, que abraçada*

Adopto la enmienda de B3, M10, M12, M14, M22.

⁶ Nuevo ejemplo de «racionalización de un hecho a primera vista milagroso». Stegmann (C, 1971: 137) apunta como fuente probable de este episodio el mito de Iole, la cual, para escapar de Hércules, se arrojó de las murallas de Oijalias, pero fue salvada por sus vestidos, que se abrieron como los de la «mujer voladora» cervantina. Por mi cuenta, indicaré un pasaje de *Las lágrimas de Angélica*, de Luis Barahona de Soto (IV, oct. 67-70), sorprendentemente parecido al cervantino: Arsace cuenta, ante Angélica, un — fingido — suceso de su vida.

⁷ Cfr. I, 6 (164), y IV, 11 (709).

no tuvo vestidos anchos que le sustentasen, hizo el golpe su efeto y dejóle casi sin vida. Auristela, que así le vio, creyendo indubitavelmente que estaba muerto, se arrojó sobre él y, sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperaba a recoger en sí alguna reliquia, si del alma le hubiese quedado; pero, aunque le hubiera quedado⁸, no pudiera recibilla, porque los traspillados⁹ dientes le negaban la entrada. Constanza, dando lugar a la pasión, no le pudo dar a mover el paso para ir a socorrerla y quedóse en el mismo sitio donde la halló el golpe, pegada los pies al suelo, como si fueran de raíces, o como si ella fuera estatua de duro mármol formada. Antonio, su hermano, acudió a apartar los semivivos y a dividir los que ya pensaba ser cadáveres. Sólo Bartolomé fue el que mostró con los ojos el grave dolor que en el alma sentía, llorando amargamente.

Estando todos en la amarga aflicción que he dicho, sin que hasta entonces ninguna lengua hubiese publicado su sentimiento, vieron que hacia ellos venía un gran tropel de gente, la cual, desde el camino real, había visto el vuelo de los caídos y venían a ver el suceso; y era el tropel que venía las hermosas damas francesas Deleasir, Belarminia y Félix Flora. Luego como llegaron conocieron a Auristela y a Periandro, como a aquellos que, por su singular belleza, quedaban impresos en la imaginación del que una vez los miraba. Apenas la compasión les había hecho apearse, para socorrer, si fuese posible, la desventura que miraban, cuando

⁸ Que un familiar, deudo o persona amada recogiese en sus labios, con el último aliento, *el alma* de un moribundo es gesto piadoso bien documentado en las literaturas griega y latina. La fórmula aparece también con cierta frecuencia en la española del Siglo de Oro, sin que ello comporte, *ipso facto*, una adhesión a las ideas, p. ej., de Pietro Pomponazzi (como, para C., quiere Molho en B, 1994: 52, 55 y 65).

⁹ *traspillados* = 'cerrados muy apretadamente'. El *DRAE*, a. v. *traspillar*, trae sólo 'desfallecer, extenuarse', que no hace sentido con la frase cervantina. *Traspellar*, que sí lo hace, no resulta en cambio referido a *dientes*, sino únicamente a *libro, ventana, puerta*. C. usa el verbo en la misma acepción de ahora en *CdP*, donde se nos dice que la Cañizares tenía «denegridos los labios, traspillados dientes...». Con el mismo valor, AA aduce un pasaje de Céspedes y Meneses, en *El español Gerardo* (121 a). Añadiré, por mi cuenta, otros de Mateo Luján (es decir, Juan Martí), *Guzmán* (Parte II, II, 3).

fueron asaltados de seis o ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron. Este asalto puso en las manos de Antonio su arco y sus flechas, que siempre las tenía a punto, o ya para ofender o ya para defenderse. Uno de los armados, con descortés movimiento, asió a Félix Flora del brazo y la puso en el arzón delantero de su silla, y dijo, volviéndose a los demás compañeros:

—Esto es hecho; ésta me basta; demos la vuelta.

Antonio, que nunca se pagó de descortesías, pospuesto todo temor, puso una flecha en el arco, tendió cuanto pudo el brazo izquierdo y, con la derecha, estiró la cuerda hasta que llegó al diestro oído, de modo que las dos puntas y extremos del arco casi se juntaron¹⁰, y, tomando por blanco el robador de Félix Flora, disparó tan derechamente la flecha, que, sin tocar a Félix Flora sino en una parte del velo con que se cubría la cabeza, pasó al salteador el pecho de parte a parte. Acudió a su venganza uno de sus compañeros y, sin dar lugar a que otra vez Antonio el arco armase, le dio una herida en la cabeza, tal, que dio con él en el suelo más muerto que vivo. Visto lo cual de Constanza, dejó de ser estatua y corrió a socorrer a su hermano, que el parentesco calienta la sangre que suele helarse en la mayor amistad, y lo uno y lo otro son indicios y señales de demasiado amor.

Ya en esto habían salido de la casa gente armada y los criados de las tres damas, apercebidos de piedras (digo los que no tenían armas) se pusieron en defensa de su señora. Los salteadores, que vieron muerto a su capitán y que, según los defensores acudían, podían ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando ser locura aventurar las vidas por quien ya no podía premiarlas, volvieron las espaldas y dejaron el campo solo¹¹.

Hasta aquí, de esta batalla, pocos golpes de espada hemos oído, pocos bélicos instrumentos han sonado, el sentimiento que por los muertos suelen hacer los vivos no ha salido a romper los aires; las lenguas, en amargo silencio tie-

¹⁰ Cfr. I, 4 (145-146).

¹¹ Para S-B (xxx), el fallido rapto de Félix Flora recuerda el de Oriana por parte de Arcalaús, en el *Amadís de Gaula*, I, 35.

nen depositadas sus quejas; sólo algunos ayes entre roncós gemidos andan envueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela y Constanza, cada cual abrazada con su hermano, sin poder aprovecharse de las quejas con que se alivian los lastimados corazones. Pero, en fin, el cielo, que tenía determinado de no dejarlas morir tan a prisa y tan sin quejarse, les despegó las lenguas que al paladar pegadas tenían¹² y la de Auristela prorrumpió en razones semejantes:

—No sé yo, desdichada, cómo busco aliento en un muerto, o cómo, ya que le tuviese, puedo sentirle, si estoy tan sin él que ni sé si hablo ni si respiro. ¡Ay, hermano, y qué caída ha sido esta que así ha derribado mis esperanzas, como que la grandeza de vuestro linaje no se hubiera opuesto a vuestra desventura! Mas ¿cómo podía ella ser grande, si vos no lo fuéades? En los montes más levantados caen los rayos y, adonde hallan más resistencia, hacen más daño¹³. Monte érades vos, pero monte humilde que, con las sombras de vuestra industria y de vuestra discreción, os encubríades a los ojos de las gentes. Ventura íbades a buscar en la mía, pero la muerte ha atajado el paso, encaminando el mío a la sepultura. ¡Cuán cierta la tendrá la reina vuestra madre, cuando a sus oídos llegue vuestra no pensada muerte! ¡Ay de mí, otra vez sola, y en tierra ajena, bien así como verde yedra a quien ha faltado su verdadero arrimo!¹⁴.

Estas palabras de reina, de montes y grandezas tenían atentos los oídos de los circunstantes que les escuchaban, y aumentóles la admiración las que también decía Constanza, que en sus faldas tenía a su mal herido hermano, apre-

¹² Cfr. I, 10 (192 y nota 7) y III, 12 (569).

¹³ Recuérdesse Horacio, *Odas*, II, 10 («Ad Licinium») y autores con certeza conocidos por C., como T. Tasso (*Jerusalén libertada*, VII, oct. 9). A la difusión de este auténtico topos ha colaborado, y no poco, la literatura devota, con sus continuas referencias a la Biblia, en la que monte «se llama cualquier dignidad», como declara, p. ej., fray Francisco de Osuna en la *Ley de amor santo* (257-258).

¹⁴ Así, p. ej., Garcilaso, *Égloga I* (135-137). Para sus numerosos precedentes en las literaturas clásicas, cfr. la nota de Herrera (466-467).

tándole la herida y tomándole la sangre la compasiva Félix Flora, que, con un lienzo suyo, blandamente se la exprimía, obligada de haberla el herido librado de su deshonra:

—¡Ay, digo —decía—, amparo mío! ¿De qué ha servido haberme levantado la fortuna a título de señora, si me había de derribar al de desdichada? Volved, hermano, en vos, si queréis que yo vuelva en mí o, si no, haced, ¡oh piadosos cielos!, que una misma suerte nos cierre los ojos y una misma sepultura nos cubra los cuerpos: que el bien que sin pensar me había venido no podía traer otro descuento que la presteza de acabarse.

Con esto se quedó desmayada, y Auristela ni más ni menos, de modo que tan muertas parecían ellas, y aún más, que los heridos. La dama que cayó de la torre, causa principal de la caída de Periandro, mandó a sus criados (que ya habían venido muchos de la casa) que le llevasen al lecho del conde Domicio, su señor; mandó también llevar a Domicio, su marido, para dar orden en sepultarle. Bartolomé tomó en brazos a su señor Antonio; a Constanza se las dio^d Félix Flora y, a Auristela, Belarminia y Deleasir y, en escuadrón doloroso y con amargos pasos, se encaminaron a la casi real casa.

CAPÍTULO QUINCE DEL TERCERO LIBRO^a

Poco aprovechaban las discretas razones que las tres damas francesas daban a las dos lastimadas Constanza y Auristela, porque en las recientes desventuras no hallan lugar consolatorias persuasiones; el dolor y el desastre que de re-

^d A partir de M5, todas las eds. (con las excepciones de M16, M17, M21, BA2, B10, B11, PECP, AH) leen *los dio*

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Sanan de sus heridas Periandro y Antonio. Prosiguen todos su viaje en compañía de las tres damas francesas. Libra Antonio de un gran peligro a Feliz Flora*

pente sucede no de improvisto admite consolación alguna, por discreta que sea; la postema duele mientras no se ablanda, y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de abrirse y, así, mientras se llora, mientras se gime, mientras se tiene delante quien mueva al sentimiento a quejas y a suspiros, no es discreción demasiada acudir al remedio con agudas medicinas. Llore, pues, algún tanto más Auristela, gima algún espacio más Constanza y cierren entrambas los oídos a toda consolación, en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio, su esposo, que fue, según ella dijo a las damas francesas, que, antes que Domicio con ella se desposase, andaba enamorado de una parienta suya, la cual tuvo casi indubitables esperanzas de casarse con él.

—Salióle en blanco la suerte, para que ella —dijo Claricia— la tuviese siempre negra, porque, disimulando Lorena (que así se llamaba la parienta de Domicio) el enojo que había recibido del casamiento de mi esposo, dio en regalarle con muchos y diversos presentes, puesto que más bizarros y de buen parecer que costosos, entre los cuales le envió una vez, bien así como envió la falsa Deyanira la camisa a Hércules¹, digo que le envió unas camisas, ricas por el lienzo y, por la labor, vistosas. Apenas se puso una, cuando perdió los sentidos y estuvo dos días como muerto, puesto que luego se la quitaron, imaginando que una esclava de Lorena, que estaba en opinión de maga, la habría hechizado². Volvió a la vida mi esposo, pero con sentidos tan turbados y tan trocados, que ninguna acción hacía que no fuese de loco, y no de loco manso, sino de cruel, furioso y desatinado: tanto, que era necesario tenerle en cadenas.

¹ Para la camisa o túnica que, celosa por las palabras que le dijera el centauro Neso, Deyanira envió a Hércules, su marido, cfr. Ovidio, *Metamorfosis* (IX, 220 y ss.).

² Se confirma lo ya visto en II, 8 (330-331 y nota 15) y lo que verá en IV, 8 (691 y nota 3) a propósito de las minorías por este o aquel motivo «segregadas», consideradas inferiores, etc., que, recurriendo a la magia, subliman su complejo de frustración.

Para camisas maleficadas, cfr., p. ej., Deleito Piñuela, *La vida religiosa en España* (289), a propósito de Felipe IV.

Y que aquel día, estando ella en aquella torre, se había soltado el loco de las prisiones y, viniendo a la torre, la había echado por las ventanas abajo, a quien el cielo socorrió con la anchura de sus vestidos o, por mejor decir, con la acostumbrada misericordia de Dios, que mira por los inocentes. Dijo cómo aquel peregrino había subido a la torre a librar a una doncella a quien el loco quería derribar al suelo, tras la cual también despeñara a otros dos pequeños hijos que en la torre estaban, pero el suceso fue tan contrario que el conde y el peregrino se estrellaron en la dura tierra: el conde, herido de una mortal herida y, el peregrino, con un cuchillo en la mano, que, al parecer, se le había quitado a Domicio, cuya herida era tal, que no fuera menester servir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaba la caída.

En esto, Periandro estaba sin sentido en el lecho, adonde acudieron maestros³ a curarle y a concertarle los deslocados^{b,4} huesos; diéronle bebidas apropiadas al caso, halláronle pulsos y algún tanto de conocimiento de las personas que alrededor de sí tenía, especialmente de Auristela, a quien, con voz desmayada, que apenas podía entenderse, dijo:

—Hermana, yo muero en la fe católica cristiana y en la de quererte bien.

Y no habló ni pudo hablar más palabra por entonces. Tomaron la sangre a Antonio y, tentándole los cirujanos la herida, pidieron albricias a su hermana de que era más grande que mortal y de que presto tendría salud, con ayuda del cielo. Dióselas Félix Flora, adelantándose a Constanza, que se las iba a dar, y aun se las dio, y los cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos.

^b P2: *desencaxados*

M8, M10, NY, B5, Par6, Vall, B6, B7, B8, B9, M17, M18, M19, M21, BA2, M22, B10, M23: *dislocados*

³ *maestros* = 'médicos, cirujanos' u 'ortopédicos' (valga el anacronismo).

⁴ No se justifica el alejamiento de la lección de M1. Los casos de vocal átona —casi siempre pretónica— «oscilante» son todavía numerosos en la época —y, concretamente, en C.

Un mes o poco más estuvieron los enfermos curándose, sin querer dejarlos las señoras francesas: tanta fue la amistad que trabaron y el gusto que sintieron de la discreta conversación de Auristela y de Constanza y de los dos sus hermanos, especialmente Félix Flora, que no acertaba a quitarse de la cabecera de Antonio, amándole con un tan comedido amor, que no se extendía a más que a ser benevolencia⁵, y a ser como agradecimiento del bien que dél había recibido cuando su saeta la libró de las manos de Rubertino, que, según Félix Flora contaba, era un caballero, señor de un castillo que cerca de otro suyo ella tenía. El cual Rubertino, llevado no de perfecto sino de vicioso amor, había dado en seguirla y perseguirla y en rogarla le diese la mano de esposa; pero que ella, por mil esperiencias y por la fama, que pocas veces miente, había conocido ser Rubertino de áspera y cruel condición y de mudable y antojadiza voluntad [y^c] no había querido condescender^d con su demanda y que imaginaba que, acosado de sus desdenes, habría salido al camino a roballa y a hacer de ella por fuerza lo que la voluntad no había podido; pero que la flecha de Antonio había cortado todos sus crueles y mal fabricados disinios, y esto le movía a mostrarse agradecida.

Todo esto que Félix Flora dijo pasó así, sin faltar punto, y, cuando se llegó el de la sanidad de los enfermos y sus fuerzas comenzaron a dar muestras della, volvieron a renovarse sus deseos, a lo menos los de volver a su camino, y así lo pusieron por obra, acomodándose de todas las cosas necesarias, sin que, como está dicho, quisiesen las señoras francesas dejar a los peregrinos, a quien ya trataban con admiración y con respeto, porque las razones del llanto de Auristela les habían hecho concebir en sus ánimos que de-

^c M1: *voluntad*, no

Adopto la enmienda de M7, Par6, Vall, M15, M16, M17, M18, M21, BA2, M22, B10, B11, M23, *PECP*.

^d A partir de M7, todas las eds. (con las excepciones de M16 y AH) leen *conceder*

⁵ Cfr. II, 3 (290).

bían de ser grandes señores, que tal vez la majestad suele cubrirse de burriel y la grandeza vestirse de humildad. En efecto, con perplejos pensamientos los miraban: el pobre acompañamiento suyo les hacía tener en estima de condición mediana; el brío de sus personas y la belleza de sus rostros levantaba su calidad al cielo y, así, entre el sí y el no, andaba dudosa.

Ordenaron las damas francesas que fuesen todos a caballo, porque la caída de Periandro no consentía que se fiase de sus pies⁶. Félix Flora, agradecida al golpe de Antonio el bárbaro, no sabía quitarle de su lado y, tratando del atrevimiento de Rubertino, a quien dejaban muerto y enterrado, y de la estraña historia del conde Domicio, a quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juicio, le habían quitado la vida, y del vuelo milagroso de su mujer, más para ser admirado que creído, llegaron a un río que se vadeaba con algún trabajo. Periandro fue de parecer que se buscase la puente, pero todos los demás no vinieron en él y, bien así como cuando al represado rebaño de mansas ovejas, puestas en lugar estrecho, hace camino la una, a quien las demás al momento siguen, Belarminia se arrojó al agua, a quien todos siguieron⁷, sin quitarse del lado de Auristela Periandro, ni del de Félix Flora Antonio, llevando también junto a sí a su hermana Constanza. Ordenó, pues, la suerte, que no

⁶ De los caballos se hablará hasta el final del capítulo, pero nunca más después. ¿Por qué no hace falta repetirlo? ¿Por qué se le ha olvidado a C. que la promesa hecha por nuestros peregrinos de ir hasta Roma a pie volverá a ser valedera tras la completa recuperación de los heridos? En algunas ocasiones (p. ej., en IV, 2 [647] y, hasta cierto punto, 4 [656]), parece fuera de duda que van andando; en otras, resulta más difícil pensar que siguen yendo a pie. En resumidas cuentas: dada la ambigüedad del texto en este sentido, mejor será pensar en la solución «coherente», resistiendo a la fácil tentación de denunciar otro(s) pequeño(s) *olvido(s)* del autor.

⁷ AA remite a dos tercetos del *Purgatorio* dantesco (III, terc. 79-80). Es probable que C. haya leído, en italiano, la *Divina Commedia* y hasta que recuerde aquí precisamente ese conocido pasaje. Yo creo, sin embargo, que la clave no está tanto en la experiencia de la lectura total del gran poema, como en un préstamo de otros autores con toda probabilidad conocidos por el del *Persiles*. P. ej., el Tasso de los *Discorsi del poema eroico* (364), que reproduce precisamente estos versos, como no deja de notar Forcione (C, 1972: 102).

fuese buena la de Félix Flora, porque la corriente del agua le desvaneció la cabeza, de modo que, sin poder tenerse, dio consigo en mitad de la corriente; tras quien se abalanzó con no creída presteza el cortés Antonio y, sobre sus hombros, como a otra nueva Europa, la puso en la seca arena de la contraria ribera⁸. Ella, viendo el presto beneficio, le dijo:

—Muy cortés eres, español.

A quien Antonio respondió:

—Si mis cortesías no nacieran de tus peligros, estimáralas en algo, pero, como nacen de ellos, antes me descontentan que alegran.

Pasó, en fin, el, como he dicho otras veces, hermoso escuadrón y llegaron al anochecer a una casería que, junto con serlo, era mesón, en el cual se alojaron a toda su voluntad. Y lo que en él les sucedió nuevo estilo y nuevo capítulo pide.

CAPÍTULO DIEZ Y SEIS DEL TERCERO LIBRO^a

Cosas y casos¹ suceden en el mundo que, si la imaginación, antes de suceder, pudiera hacer que así sucedieran, no acertara a trazarlos y, así, muchos, por la raridad con que acontecen, pasan plaza de apócrifos y no son tenidos tan verdaderos como lo son. Y, así, es menester que les ayuden juramentos o, a lo menos, el buen crédito de quien los cuenta²; aunque digo que mejor sería no contarlos, según aconsejan aquellos antiguos versos castellanos que dicen:

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *De cómo encontraron con Luisa, la mujer del polaco, y lo que les contó un escudero de la condesa Ruperta*

⁸ Alusión al rapto de la virgen Europa por Júpiter, convertido en toro. Cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, II, 1458-1466.

¹ *Cosas y casos*. Como en *Quijote*, I, 7.

² Cfr. II, 12 (359). No estamos lejos del «traigo cosas nunca oídas», igualmente documentado en el *Persiles* (cfr. I, 7 [175, con nota 4] y 23 [272, con nota 7]).

Las cosas de admiración
no las digas ni las cuentas,
que no saben todas gentes
cómo son³.

La primera persona con quien encontró Constanza fue con una moza de gentil parecer, de hasta veinte y dos años, vestida a la española limpia y aseadamente; la cual, llegándose a Constanza, le dijo en lengua castellana:

—¡Bendito sea Dios, que veo gente, si no de mi tierra, a lo menos de mi nación, España! ¡Bendito sea Dios, digo otra vez, que oiré decir «vuesa merced», y no «señoría», hasta a^b los mozos de cocina!⁴.

—Desa manera —respondió Constanza—, vos, señora, española debéis de ser.

—¡Y cómo si lo soy! —respondió ella— Y aun de la mejor tierra de Castilla.

—¿De cuál? —replicó Constanza.

^b M1: *hasta los moços*

³ La estrofa —alterada en el tercer verso— pertenece a los *Proverbios morales* del Marqués de Santillana. A. Castro (C, 1925: 391-392) supone que nuestro autor debió de tomarla del *Jardín...* de Torquemada, que da esta lección y la refiere, explícitamente, a don Íñigo. Conviene recordar, de todos modos, que, desde hacía mucho tiempo, circulaba por así decir «folclorizada», «proverbializada», como lo demuestra no sólo la relativa frecuencia con que la encontramos en textos de los siglos XVI y XVII, sino también el hecho de que en otras ocasiones haya sido atribuida a otro «poeta antiguo castellano» distinto del Marqués o de que se la presente como un verdadero refrán. Alteración del texto y atribución a un incógnito poeta viejo S-B se señalan en *Guzmán el bravo*, novela de Lope de Vega. Yo indicaré, por mi cuenta, un caso de lección correcta de la copla, pero con atribución a otro poeta (Jorge Manrique), en la *Miscelánea* de Zapata (446). Cfr. también M. Bataillon en «El mexicano Gutiérrez de Santa Clara» (en *NRFH*, XV, 1961: 407-408).

⁴ La tradición es unánime. A pesar de lo cual, no dudo en proponer esta —pequeña— enmienda.

Estamos en Francia (donde los tratamientos no eran lo que se dice «aparatosos»), todavía no en Italia. Es, pues, probable que el narrador se haya descuidado por un momento. En Italia, en cambio, sí era frecuente llamar *señoría* poco menos que a cualquiera, en franco contraste con el bien articulado sistema español de cortesías (cfr. I, 5: 155-156, con notas 20 y 21).

—De Talavera de la Reina —respondió ella.

Apenas hubo dicho esto, cuando a Constanza le vinieron barruntos que debía de ser la esposa de Ortel Banedre el polaco, que, por adúltera, quedaba presa en Madrid; cuyo marido, persuadido de Periandro, la había dejado presa y ídose a su tierra⁵. Y en un instante fabricó en su imaginación un montón de cosas que, puestas en efeto, le sucedieron casi como las había pensado. Tomóla por la mano y fuese donde estaba Auristela, y, apartándola aparte con Periandro, les dijo:

—Señores, vosotros estáis dudosos de que si la ciencia que yo tengo de adivinar es falsa o verdadera. La cual ciencia no se acredita con decir las cosas que están por venir, porque sólo Dios las sabe y, si algún humano las acierta, es acaso, o por algunas premisas a quien la experiencia de otras semejantes tiene acreditadas⁶. Si yo os dijese cosas pasadas, que no hubiesen llegado ni pudiesen llegar a mi noticia, ¿qué diríades? ¿Queréislo ver? Esta buena hija que tenemos delante es de Talavera de la Reina, que se casó con un extranjero polaco, que se llamaba, si mal no me acuerdo, Ortel Banedre, a quien ella ofendió con alguna desenvoltura con un mozo de mesón que vivía frontero de su casa; la cual, llevada de sus ligeros pensamientos y en los brazos de sus pocos años, se salió de casa de sus padres con el referido mozo y fue presa en Madrid con el adúltero, donde debe de haber pasado muchos trabajos, así en la prisión como en el haber llegado hasta aquí, que quiero que ella nos los^c cuente, porque, aunque yo los adivine, ella nos los contará con más puntualidad y con más gracia.

—¡Ay, cielos santos! —dijo la moza—. Y ¿quién es esta señora que me ha leído mis pensamientos? ¿Quién es esta adivina que así sabe la desvergonzada historia de mi vida? Yo, señora, soy esa adúltera, soy esa presa y soy la condena-

^c M1: *las*

A partir de M7, todas las eds. leen *los*

⁵ Cfr. III, 6 (502-506).

⁶ El pasaje recuerda otro registrado en II, 10 (342-343), cuando también Auristela, apoyándose en los datos que le ha suministrado Periandro, hace creer a las pescadoras a punto de casarse que tiene dotes de adivina.

da a destierro de diez años, porque no tuve parte que me siguiese, y soy la que aquí estoy en poder de un soldado español que va a Italia, comiendo el pan con dolor y pasando la vida que por momentos me hace desear la muerte. Mi amigo el primero murió en la cárcel; éste, que no sé en qué número ponga, me socorrió en ella, de donde me sacó, y, como he dicho, me lleva por esos mundos, con gusto suyo y con pesar mío, que no soy tan tonta que no conozca el peligro en que traigo el alma en este vagamundo estado. Por quien Dios es, señores, pues sois españoles, pues sois cristianos y pues sois principales, según lo da a entender vuestra presencia, que me saquéis del poder deste español, que será como sacarme de las garras de los leones.

Admirados quedaron Periandro y Auristela de la discreción sagaz de Constanza y, concediendo con ella, la reforzaron y acreditaron, y aun se movieron a favorecer con todas sus fuerzas a la perdida moza; la cual dijo que el español soldado no iba siempre con ella, sino una jornada adelante o atrás, por deslumbrar a la justicia⁷.

—Todo eso está muy bien —dijo Periandro—, y aquí daremos traza en vuestro remedio, que la que ha sabido adivinar vuestra vida pasada también sabrá acomodaros en la venidera. Sed vos buena, que, sin el cimiento de la bondad, no se puede cargar ninguna cosa que lo parezca; no os desviéis por agora de nosotros, que vuestra edad y vuestro rostro son los mayores contrarios que podéis tener en las tierras estrañas.

Lloró la moza, enterneciéndose Constanza y Auristela mostró los mismos sentimientos, con que obligó a Periandro a que el remedio de la moza buscase. En esto estaban, cuando llegó Bartolomé y dijo:

⁷ *deslumbrar* = 'despistar'. Como *desmentir*: cfr. III, 3 (453 y nota 1).

La ley no toleraba amancebamientos. Yendo juntos, habrían tenido que exhibir en más de una ocasión la «fe de matrimonio». Pero cabe imaginar el fin de las dificultades de Luisa y su acompañante no bien se hubieran unido al *tercio* de este último: la joven bien habría podido encontrar un lugar entre las ramerías que constantemente acompañaban a los militares. Eran tantas que una disposición hubo de «limitarlas» a ocho para cada *cient* soldados. (Cfr. Deleito Piñuela, *El declinar de la Monarquía española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966: 207-208.)

—Señores, acudid a ver la más estraña visión que habréis visto en vuestra vida.

Dijo esto tan asustado y tan como espantado que, pensando ir a ver alguna maravilla estraña, le siguieron y, en un apartamento algo desviado de aquel donde estaban alojados los peregrinos y damas, vieron, por entre unas esteras, un aposento todo cubierto de luto, cuya lóbrega oscuridad no les dejó ver particularmente lo que en él había y, estándole así mirando, llegó un hombre anciano, todo asimismo cubierto de luto, el cual les dijo:

—Señores, de aquí a dos horas, que habrá entrado una de la noche, si gustáis de ver a la señora Ruperta sin que ella os vea, yo haré que la veáis, cuya vista os dará ocasión de que os admiréis, así de su condición como de su hermosura⁸.

—Señor —respondió Periandro—, este nuestro criado que aquí está nos convidó a que viniésemos a ver una maravilla, y hasta ahora no hemos visto otra que la de este aposento cubierto de luto, que no es maravilla ninguna.

—Si volvéis a la hora que digo —respondió el enlutado—, tendréis de qué maravillaros, porque habréis de saber que en este aposento se aloja la señora Ruperta, mujer que fue, apenas hace un año, del conde Lamberto de Escocia, cuyo matrimonio a él le costó la vida y, a ella, verse en términos de perderla cada paso, a causa que Claudino Rubicón⁹, caballero de los principales de Escocia, a quien las riquezas y el linaje hicieron soberbio y, la condición, algo enamorado^{d,10}, quiso bien a mi señora siendo doncella; de

^d M1, M2, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B9, M19, M23: *enamorado*

⁸ *Ruperta*. Como *Roberto*, -a, es nombre derivado de *Hrodeberht*, a su vez procedente del ant. alemán *broth*, 'fama', y *beraht*, 'resplandeciente'. Algo muy apropiado a lo que de la dama acaba de decir —y aún dirá— el escudero. (Nótese que el significado del nombre de su pobre marido está a todas luces con el de ella emparentado. *Lamberto*, en efecto, equivale a 'tierra [land] resplandeciente'.)

⁹ *Rubicón* (que, como todos los restantes nombres del episodio, bien poco escocés le parece a Harrison [C, 1991: 82], y no sólo a Harrison, por supuesto) ocurre en el *Orlando innamorato*, de Matteo Boiardo (Parte II, l. III, oct. 57-58).

¹⁰ Es decir, 'enamorado', 'dado a aventuras galantes', como se solía decir en la época, y como se sigue diciendo en buena parte de Hispanoamérica.

la cual, si no fue aborrecido, a lo menos fue desdeñado, como lo mostró el casarse con el conde mi señor. Esta presta resolución de mi señora la bautizó Rubicón en deshonor y menosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta no hubiera tenido padres que se lo mandaran y obligaciones precisas que le obligaran a ello, junto con ser más acertado ajustarse las edades entre los que se casan: que, si puede ser, siempre los años del esposo con el número de diez han de llevar ventaja a los de la mujer, o con algunos más, porque la vejez los alcance en un mismo tiempo¹¹. Era Rubicón varón viudo y que tenía hijo de casi veinte y un años, gentil hombre en extremo y de mejores condiciones que el padre; tanto, que si él se hubiera opuesto a la cátedra de mi señora¹², hoy viviera mi señor el conde y mi señora estuviera más alegre. Sucedió, pues, que, yendo mi señora Ruperta a holgar-se con su esposo a una villa suya¹³, acaso y sin pensar, en un despoblado, encontramos a Rubicón, con muchos criados suyos que le acompañaban. Vio a mi señora y su vista despertó el agravio que, a su parecer, se le había hecho, y fue de suerte que, en lugar del amor, nació la ira y, de la ira, el deseo de hacer pesar a mi señora; y, como las venganzas de los que bien se han querido sobrepujan a las ofensas hechas, Rubicón, despechado, impaciente y atrevido, desenvainando la espada, corrió al conde mi señor, que estaba inocente

¹¹ Que la diferencia de edad entre marido y mujer sea *notable* es cosa aconsejada desde hace milenios. Muchísimos autores españoles hablan de ello, pero variando el número de los años. Según Pero Mejía (*Silva*, Parte II, 14) Aristóteles aconseja nada menos que *veinte* de diferencia, mientras que Hesíodo y Jenofonte se inclinan por *dieciséis*, precisando aún más: la edad ideal para casarse es la de catorce años para la mujer y la de treinta para el hombre. Espinel, en el *Marcos de Obregón* (I, descanso V) insiste en los *dieciséis* años de diferencia. En fin, por una faja que va de los doce a los quince estaban, antes, el P. Pineda, *Agricultura...* (diál. XXII, secc. 27) y Suárez de Figueroa, *El pasajero* (alivio V).

¹² *oponerse a la cátedra de...* = 'si hubiera tomado parte en el concurso por oposición a la cátedra de...' El uso del lenguaje especial universitario aplicado —como el jurídico, p. ej.— al amor era cosa corriente en la época.

¹³ *villa*. En la acepción de 'casa de campo', propia del latín y del italiano, insólita en el castellano de los siglos XVI y XVII (cfr., p. ej., *DA*).

deste caso, sin que tuviese lugar de prevenirse del daño que no temía, y, envainándosela en el pecho, dijo: «Tú me pagarás lo que no me debes; y, si ésta es crueldad, mayor la usó tu esposa para conmigo, pues no una vez sola, sino cien mil, me quitan la vida sus desdenes.» A todo esto me hallé yo presente; oí las palabras y vi con mis ojos y tenté con las manos la herida; escuché los llantos de mi señora, que penetraron los cielos. Volvimos a dar sepultura al conde y, al enterrarle, por orden de mi señora, se le cortó la cabeza, que, en pocos días, con cosas que se le aplicaron, quedó descarnada y en solamente los huesos; mandóla mi señora poner en una caja de plata¹⁴, sobre la cual puestas sus manos, hizo este juramento... Pero olvidábaseme por decir cómo el cruel Rubicón, o ya por menosprecio, o ya por más crueldad, o quizá con la turbación descuidado, se dejó la espada envainada en el pecho de mi señor, cuya sangre aún hasta agora muestra estar casi reciente en ella. Digo, pues, que dijo estas palabras: «Yo, la desdichada Ruperta, a quien han dado los cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al cielo, puestas las manos sobre estas dolorosas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder y con mi industria, si bien aventurase en ello una y mil veces esta miserable vida que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me falten ruegos hechos a quien pueda favorecerme. Y, en tanto que no llegare a efeto este mi justo si no cristiano deseo, juro que mi vestido será negro, mis aposentos lóbregos, mis manteles tristes y mi compañía la misma soledad. A la mesa estarán presentes estas reliquias, que me atormenten el alma: esta cabeza, que me diga, sin lengua, que vengue su agravio; esta espada, [en] cuya no enjuta sangre me parece que veo a la que, alterando la mía, no me deje sosegar hasta vengarme.» Esto dicho, parece que templó sus continuas lágrimas y dio algun vado a sus dolientes suspiros. Hase puesto en camino de Roma para pedir en Italia a sus príncipes favor y ayuda contra el matador de su es-

¹⁴ Según María Rosa Lida (C, 1956: 161), la caja en que se conserva la cabeza del marido muerto deriva de la tradición artúrica.

poso¹⁵, que aún todavía la amenaza, quizá temeroso, que suele ofender un mosquito más de lo que puede favorecer un águila. Esto, señores, veréis, como he dicho, de aquí a dos horas y, si no os dejare admirados, o yo no habré sabido contarlos o vosotros tendréis el corazón de mármol.

Aquí dio fin a su plática el enlutado escudero y los peregrinos, sin ver a Ruperta, desde luego se comenzaron a admirar del caso.

CAPÍTULO DIEZ Y SIETE DEL TERCER LIBRO^a

La ira, según se dice, es una revolución de la sangre que está cerca del corazón¹, la cual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia y tal vez con la memoria; tiene por último fin y paradero suyo la venganza, que, como la tome el agraviado, sin razón o con ella, sosiega. Esto nos lo dará a entender la hermosa Ruperta, agraviada y airada, y con tanto deseo de vengarse de su contrario que, aunque sabía que era ya muerto², dilataba su cólera por todos sus de-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Del dichoso fin que tuvo el rencor de la condesa Ruperta*

¹⁵ ¿Por qué pedir ayuda precisamente a los príncipes de Italia, explicable si Ruperta, Lamberto y Claudino Rubicón fueran naturales de la península, pero no muy creíble si de veras se trata de escoceses? Por lo que más adelante se dirá (cfr. IV, 5: 666 y nota 8), lo más verosímil habría sido dirigirse al rey de Francia —a no ser que éste hubiera demostrado ya decantarse demasiado hacia la parte del matador. ¿Estamos ante otro descuido u olvido cervantino?

¹ «Aristides dice que no es otra cosa la ira sino un encendimiento de la sangre, y aun una alteración del corazón» (Guevara, *Epístolas familiares*: I, 135).

² La contradicción con lo dicho hace un momento es lampante. La única posibilidad de conciliar las dos frases consiste en pensar que el escudero no sabe todavía nada de la «reciente» muerte del enemigo de su señora, mientras que ésta podría haber conocido la noticia por otros canales. Pero muy pronto nos daremos cuenta de que ni siquiera este pequeño esfuerzo de imaginación —*en simpatía* con el autor— sirve de nada. Estamos ante un descuido de C.: uno más, que —claro está— no se le ha escapado a Osuna (C, 1972: 77).

cendientes, sin querer dejar, si pudiera, vivo ninguno de ellos: que la cólera de la mujer no tiene límite.

Llegóse la hora de que la fueron a ver los peregrinos, sin que ella los viese, y vieronla hermosa en todo extremo, con blanquísimas tocas que desde la cabeza casi le llegaban a los pies³, sentada delante de una mesa sobre la cual tenía la cabeza de su esposo en la caja de plata, la espada con que le habían quitado la vida y una camisa que ella se imaginaba que aún no estaba enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertaron su ira, la cual no tenía necesidad que nadie la despertase, porque nunca dormía. Levantóse en pie y, puesta la mano derecha sobre la cabeza del marido, comenzó a hacer y a revalidar el voto y juramento que dijo el enlutado escudero. Llovían lágrimas de sus ojos, bastantes a bañar las reliquias de su pasión; arrancaba suspiros del pecho, que condensaban el aire cerca y lejos; añadía al ordinario juramento razones que le agravaban y tal vez parecía que arrojaba por los ojos, no lágrimas, sino fuego y, por la boca, no suspiros, sino humo: tan sujeta la tenía su pasión y el deseo de vengarse.

¿Veisla llorar, veisla suspirar, veisla no estar en sí, veisla blandir la espada matadora, veisla besar la camisa ensangrentada y que rompe las palabras con sollozos? Pues esperad no más de hasta la mañana y veréis cosas que os den sujeta para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuviédes de vida.

En mitad de la fuga⁴ de su dolor estaba Ruperta, y casi en los umbrales de su gusto (porque, mientras se amenaza, descansa el amenazador), cuando se llegó a ella uno de sus cria-

³ En Castilla, por influjo árabe, el blanco fue el color del luto hasta 1497, año de la muerte del príncipe don Juan, hijo heredero de los Reyes Católicos (RM: VI, 152). Este color, de entonces en adelante, conservó su primitivo significado luctuoso tan sólo en las tocas de las *viudas*. Tales tocas comenzaron siendo muy largas (probablemente así lo eran todavía en 1559, siquiera en España), pero, a principios del siglo XVII, se fueron acortando. (Largas siguieron siendo las de las *dueñas*; las *casadas*, por lo menos en las ciudades, iban abandonando su uso.)

⁴ *fuga* = 'momento de mayor tensión, acme'. Como el ital. *foga*. SA-RH reproducen dos testimonios en el *Quijote*.

dos, como si se llegara una^b sombra negra, según venía cargado de luto, y, en mal pronunciadas palabras, le dijo:

—Señora, Croriano el galán, el hijo de tu enemigo, se acaba de apeara agora con algunos criados. Mira si quieres encubrirte, o si quieres que te conozca, o lo que sería^c bien que hagas, pues tienes lugar para pensarlo.

—Que no me conozca —respondió Ruperta—, y avisad a todos mis criados que por descuido no me nombren, ni por cuidado me descubran.

Y, esto diciendo, recogió sus prendas y mandó cerrar el aposento y que ninguno entrase a hablalla. Volviéronse los peregrinos al suyo, quedó ella sola y pensativa, y no sé cómo se supo que había hablado a solas estas o otras semejantes razones:

—Advierte, ¡oh Ruperta!, que los piadosos cielos te han traído a las manos, como simple víctima al sacrificio, al alma de tu enemigo: que los hijos, y más los únicos, pedazos del alma son de los padres. ¡Ea, Ruperta! Olvídate de que eres mujer y, si no quieres olvidarte desto, mira que eres mujer y agraviada. La sangre de tu marido te está dando voces y en aquella cabeza sin lengua te está diciendo: «¡Venganza, dulce esposa mía, que me mataron sin culpa!» Sí, que no espantó la braveza de Holofernes^d a la humildad de Judic^{e,5}. Verdad es que la causa suya fue muy diferente de la mía: ella castigó a un enemigo de Dios, y yo quiero castigar a un enemigo que no sé si lo es mío; a ella le puso el hierro en las manos el amor de su patria, y a mí me le pone el de mi esposo. Pero ¿para qué hago yo tan disparatadas comparaciones? ¿Qué tengo que hacer más sino cerrar los ojos y envainar el acero en el pecho deste mozo, que tanto será mi

^b M11: *llegara a una*

V, M3 y, a partir de M5, todas las eds.: *llegara una*

^c M13: *será*

^d M1: *Olofernes*

^e M4, M7, M8, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M17, M18, M19, M21, M22, B10, B11: *Judit*
M5, M6, B2, B3, B4, M9: *Judith*

⁵ Para la forma *Judic* cfr. *PECP* (193-194).

venganza mayor cuanto fuere menor su culpa? Alcance yo renombre de vengadora, y venga lo que viniere. Los deseos que se quieren cumplir no reparan en inconvenientes, aunque sean mortales; cumpla yo el mío, y tenga la salida por mi misma muerte.

Esto dicho, dio traza y orden en cómo aquella noche se encerrase en la estancia de Croriano, donde le dio fácil entrada un criado suyo, traidor por dádivas, aunque él no pensó sino que hacía un gran servicio a su amo, llevándole al lecho una tan hermosa mujer como Ruperta. La cual, puesta en parte donde no pudo ser vista ni sentida, ofreciendo su suerte al disponer del cielo, sepultada en maravilloso silencio⁶, estuvo esperando la hora de su contento, que le tenía puesto en la de la muerte de Croriano. Llevó para ser instrumento del cruel sacrificio un agudo cuchillo, que, por ser arma mañera⁷ y no embarazosa, le pareció ser más a propósito; llevó asimismo una lanterna bien cerrada, en la cual ardía una vela de cera; recogió los espíritus de manera que apenas osaba enviar la respiración al aire.

¿Qué no hace una mujer enojada? ¿Qué montes de dificultades no atropella en sus disignios? ¿Qué inormes⁸ crueldades no le parecen blandas y pacíficas? No más, porque lo que en este caso se podía decir es tanto que será mejor dejarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con que encarecerlo. Llegóse, en fin, la hora; acostóse Croriano; durmióse, con el cansancio del camino, y entregóse, sin pensamiento de su muerte, al de su reposo. Con atentos oídos estaba escu-

^f A partir de M4, todas eds. (con las excepciones de M16, M17, M19, BA2, M23, PECP, AH) leen *enormes*

⁶ Cfr. Alan S. Trueblood («El silencio del *Quijote*» y «Nota adicional sobre C. y el silencio», en *NRFH*, XII [1958]: 160-180 y XIII [1959]: 98-100, respectivamente) y Margherita Morreale («I 'silenzi' di C. visti dal saggista e dal filologo», en *Aspetti e problemi delle Letterature Iberiche. Studi offerti a Franco Meregalli*, a cura di Giuseppe Bellini, Roma, Bulzoni, 1981: 267-271).

⁷ *mañera* = 'fácilmente manejable'.

⁸ Se debe volver a a lección de M1. Mientras que otros autores de la época usan indistintamente las dos formas (pero tal vez hay que hablar más bien de arbitrio de los tipógrafos: cfr., p. ej., VLV), *enorme* no está registrada en ninguna de las *principes* cervantinas, mientras que *inorme* aparece varias veces.

chando Ruperta si daba alguna señal Croriano de que durmiese y, aseguráronla que dormía así el tiempo que había pasado desde que se acostó hasta entonces como algunos dilatados alientos, que no los dan sino los dormidos; viendo lo cual, sin santiguarse ni invocar ninguna deidad que la ayudase, abrió la lanterna, con que quedó claro el aposento, y miró dónde pondría los pies para que, sin tropezar, la llevasen al lecho.

¡Ea, bella matadora⁸!, dulce enojada, verdugo agradable, ejecuta tu ira, satisface tu enojo, borra y quita del mundo tu agravio, que delante tienes en quien puedes hacerlo! Pero mira, ¡oh hermosa Ruperta!, si quieres, que no mires a ese hermoso Cupido que vas ha descubrir, que se deshará en un punto toda la máquina de tus pensamientos. Llegó en fin y, temblándole la mano, descubrió el rostro de Croriano, que profundamente dormía, y halló en él la propiedad del escudo de Medusa, que la convirtió en mármol¹⁰: halló tanta hermosura, que fue bastante ha hacerle caer el cuchillo de la mano y a que diese lugar la consideración del enorme^h caso que cometer quería. Vio que la belleza de Croria-

⁸ M1: *La*

A partir de M4, todas las eds. (con las excepciones de M16, M17, M23, *PECP*, AH) leen *Ea*

^h A partir de M4, todas las eds. (con las excepciones de M16, M17, M19, BA2, M23, *PECP*, AH) leen *enorme*

⁹ En *PECP* (194-196) me esforcé en justificar la conservación del *La* de M1, aduciendo pruebas —a mi parecer, persuasivas— de la congruencia entre la fórmula vocativa con artículo, de regusto ya sin duda arcaizante, y el apóstrofe «heroico» del narrador a su personaje. Ahora, al cabo de casi veinte años, he acabado persudiéndome de que resulta preferible la mínima enmienda *Ea*. A ello me induce, por un lado, comprobar que, en el primer tercio del siglo XVII, tal vocativo con artículo presentaba ya una connotación pasadista demasiado fuerte, siendo por tanto susceptible de ser fácilmente corroído por los ácidos del humor (cfr., p. ej., Quevedo, *Poesía original*, núm. 769: «A los moros por dinero/ y a los cristianos de balde'. / ¿Quién es ésta que lo cumple? / Digásmelo tú, el romance») y, por otro, que en el propio *Persiles* hay al menos dos *Ea*, al comienzo de sendos apóstrofes precisamente «heroicos»: cfr. II, 12 (358), III, 11 (558) y en este mismo capítulo 17 (599).

¹⁰ SA-RH indican, justamente, un conocido pasaje de las *Metamorfosis* de Ovidio (IV, 1439-1447), relativo a la lucha de Perseo con las Gorgonas y al ardid utilizado por el héroe para librarse del efecto petrificador de la mirada de Medusa.

no, como hace el sol a la niebla, ahuyentaba las sombras de la muerte que darle quería y, en un instante, no le escogió para víctima del cruel sacrificio, sino para holocausto santo de su gusto.

—¡Ay —dijo entre sí—, generoso mancebo, y cuán mejor eres tú para ser mi esposo que para ser objeto de mi venganza! ¿Qué culpa tienes tú de la que cometió tu padre, y qué pena se ha de dar a quien no tiene culpa? Gózate, gózate, joven ilustre, y quédese en mi pecho mi venganza y mi crueldad encerrada, que, cuando se sepa, mejor nombre me dará el ser piadosa que vengativa.

Esto diciendo, ya turbada y arrepentida, se le cayó la linterna de las manos sobre el pecho de Croriano, que despertó con el ardor de la vela¹¹. Hallóse a oscuras; quiso Ruperta salirse de la estancia y no acertó; por donde dio voces Croriano, tomó su espada y saltó del lecho, y, andando por el aposento, topó con Ruperta, que, toda temblando, le dijo:

—No me mates, ¡oh Croriano!, puesto que soy una mujer que no ha una hora que quise y pude matarte, y ahora me veo en términos de rogarte que no me quites la vida.

En esto, entraron sus criados, al rumor, con luces, y vio Croriano y conoció a la bellísima viuda, como quien vee a la resplandeciente luna de nubes blancas rodeada.

—¿Qué es esto, señora Ruperta? —le dijo— ¿Son los pasos de la venganza los que hasta aquí os han traído, o queréis que os pague yo los desafueros que mi padre os hizo? Que este cuchillo que aquí veo ¿qué otra señal es sino de que habéis venido a ser verdugo de mi vida? Mi padre es ya

¹¹ S-B piensan que este episodio es una imitación del de Amor y Psiquis, en el *Asno de oro*, de Apuleyo. Para Casaldueiro, en cambio, cabe más bien referirlo al mito de Diana y Endimión (294). Por su parte, María Rosa Lida (C, 1958: 180) reconoce en el mismo un eco del *Partinuplés*, por lo que se refiere a la escena del durmiente despertado por la linterna (pero se debe decir que, en dicha novela, los papeles están invertidos, en relación con los otros testimonios: quien duerme es la mujer y, quien despierta, el hombre), mientras que toda la historia del repentino enamoramiento de la vengadora por su presunta víctima le resulta una clara elaboración de un episodio casi idéntico de las *Sergas de Esplandián*, de Ordóñez de Montalvo (C, 1956: 180).

muerto y los muertos no pueden dar satisfacción de los agravios que dejan hechos. Los vivos sí que pueden recompensarlos y, así, yo, que represento ahora la persona de mi padre, quiero recompensaros la ofensa que él os hizo lo mejor que pudiere y supiere. Pero dejadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si sois fantasma que aquí ha venido, o a matarme, o a engañarme, o a mejorar mi suerte.

—Empeórese la mía —respondió Ruperta—, si es que halla modo el cielo cómo empeorarla, si entré este día pasado en este mesón con alguna memoria tuya. Veniste tú a él; no te vi cuando entraste; oí tu nombre, el cual despertó mi cólera y me movió a la venganza; concerté con un criado tuyo que me encerrase esta noche en este aposento; hícele que callase, sellándole la boca con algunas dádivas; entré en él, apercebíme deste cuchillo y acrecenté el deseo de quitarte la vida; sentí que dormías; salí de donde estaba y, a la luz de una lanterna que conmigo traía, te descubrí y vi tu rostro, que me movió a respeto y a reverencia, de manera que los filos del cuchillo se embotaron, el deseo de mi venganza se deshizo, cayóseme la vela de las manos, despertóte su fuego, diste voces, quedé yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto. Yo no quiero más venganzas ni más memorias de agravios; vive en paz, que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya lo son el perdonarte la culpa que no tienes.

—Señora —respondió Croriano—, mi padre quiso casarse contigo; tú no quisiste; él, despechado, mató a tu esposo; murióse, llevando al otro mundo esta ofensa; yo he quedado, como parte tan suya, para hacer bien por su alma; si quieres que te entregue la mía, recíbeme por tu esposo, si ya, como he dicho, no eres fantasma que me engañas, que las grandes venturas que vienen de improviso siempre traen consigo alguna sospecha.

—Dame esos brazos —respondió Ruperta— y verás, señor, cómo este mi cuerpo no es fantástico y que el almaⁱ que en él te entrego es sencilla, pura y verdadera.

ⁱ L: *Este mi cuerpo, respondió Ruperta, no es fantástico, y el alma*

Testigos fueron destos abrazos y de las manos que por esposos se dieron los criados de Croriano^j, que habían entrado con las luces. Triunfó aquella noche la blanda paz desta dura guerra; volvióse el campo de la batalla en tálamo de desposorio; nació la paz de la ira; de la muerte, la vida y, del disgusto, el contento. Amaneció el día y halló a los recién desposados cada uno en los brazos del otro^{k,12}.

Levantáronse los peregrinos con deseo de saber qué habría hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estaban ya bien informados. Salió el rumor del nuevo desposorio y, haciendo de los cortesanos¹³, entraron a dar los parabienes a los novios y, al entrar en el aposento, vieron salir del de Ruperta el anciano escudero que su historia les había contado, cargado con la caja donde iba la calavera de su primero esposo, y con la camisa y espada que tantas veces había renovado las lágrimas de Ruperta, y dijo que lo llevaba adonde no renovasen otra vez en las glorias presentes pasadas desventuras; murmuró de la facilidad de Ruperta y, en general, de todas las mujeres y el menor vituperio que dellas dijo fue llamarlas antojadizas¹⁴.

Levantáronse los novios antes que entrasen los peregrinos; regocijáronse los criados, así de Ruperta como de Croriano, y volvióse aquel mesón en alcázar real, digno de tan

^j L: *Testigos fueron destos desposorios los criados de Croriano*

^k L: *y halló a los recién desposados en la cama*

¹² Para el conjunto de la historia de Ruperta y Cloriano, como prueba del eficaz uso del *ars dicendi*, cfr. Alberto Blecuá (C, 1985). Y, con actitud crítica adversa al episodio, El Saffar (C, 1984: 156-157).

¹³ *hacer de los cortesanos*. AA escribe: «*Hacer del* es italianismo sintáctico común en el castellano del siglo XVI, y que usa con mucha frecuencia C. en su primera novela (v. nota en [LG], I), pero cuyo uso se hace más infrecuente con el correr del tiempo, hasta llegar a esta rara ocasión.» No me parece que sea tan raro el recurso a la fórmula por parte del último C. —ni de otros escritores a él contemporáneos e incluso posteriores.

Hacer del fino y del constante está registrado en Calderón (*Cada uno de por sí*, acto II); *h. del forastero*, en Ruiz de Alarcón (*El semejante a sí mismo*, acto II); *h. del galán*, en Lope de Vega (*La bella malmaridada*, acto II); *h. del hacendado y h. del hombre*, en Gracián (*Oráculo manual*); *h. del valiente*, en Lope de Vega (*El caballero del milagro*, acto III), etc.

¹⁴ Cfr. I, 2 (126 y nota 11).

altos desposorios¹⁵. En fin, Periandro y Auristela, Constanza y Antonio, su hermano, hablaron a los desposados y se dieron parte de sus vidas: a lo menos, la que convenía que se diese.

CAPÍTULO DIEZ Y OCHO DEL TERCER LIBRO^a

En esto estaban, cuando entró por la puerta del mesón un hombre, cuya larga y blanca barba más de ochenta años le daba de edad. Venía vestido ni como peregrino ni como religioso, puesto que lo uno y lo otro parecía; traía la cabeza descubierta, rasa y calva en el medio y, por los lados, luengas y blanquísimas canas le pendían; sustentaba el agobiado cuerpo sobre un retorcido cayado, que de báculo le servía. En efeto, todo él y todas las partes representaban un venerable anciano, digno de todo respeto, al cual apenas hubo visto la dueña del mesón cuando, hincándose ante él de rodillas, le dijo:

—Contaré yo este día, padre Soldino, entre los venturosos de mi vida, pues he merecido verte en mi casa, que nunca vienes a ella sino para bien mío.

Y, volviéndose a los circunstantes, prosiguió diciendo:

—Este montón de nieve y esta estatua de mármol blanco que se mueve¹ que aquí veis, señores, es la del famoso

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Incendio en el mesón. Saca de él a todos un judiciario llamado Soldino. Lléalos a su cueva, donde les pronostica felices sucesos*

¹⁵ Los elogios a las hosterías y mesones franceses no faltan en la literatura española del Siglo de Oro, aunque, desde luego, su número no puede compararse al de los dedicados a sus equivalentes en Italia o en Flandes. Frente a la crítica, un poco inesperada, de Garcilaso (quien, sin embargo, reconoce haberlos alabado antes: cfr. *Epístola a Boscán*, vv. 66-80), cfr. las alabanzas registradas, p. ej., en el *Viaje de Turquía* (378) y en *Bellaco sois, Gómez*, de Tirso de Molina (acto I).

¹ Cfr. II, 19 (409).

Soldino, cuya fama no sólo en Francia sino en todas partes de la tierra se estiende.

—No me alabéis, buena señora —respondió el anciano—, que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira. No la entrada, sino la salida, hace a los hombres venturosos; la virtud que tiene por remate el vicio no es virtud, sino vicio. Pero, con todo esto, quiero acreditarme con vos en la opinión que de mí tenéis. Mirad hoy por vuestra casa, porque destas bodas y destos regocijos que en ella se preparan se ha de engendrar un fuego que casi toda la consuma.

A lo que dijo Croriano, hablando con Ruperta, su esposa:

—Éste sin duda debe de ser mágico o adivino, pues predice lo por venir.

Entreoyó esta razón el anciano y respondió:

—No soy mago ni adivino, sino judicial, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña a adivinar. Creedme, señores, por esta vez siquiera y dejad esta estancia, y vamos a la mía, que en una cercana selva que hay aquí, os dará^b, si no tan capaz, más seguro alojamiento.

Apenas hubo dicho esto, cuando entró Bartolomé, criado de Antonio, y dijo a voces:

—Señores, las cocinas se abrasan, porque, en la infinita leña que junto a ellas estaba, se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar².

Tras esta voz acudieron las de otros criados y comenzaron a acreditarlas los estallidos del fuego. La verdad, tan manifiesta, acreditó las palabras de Soldino; y, siendo en brazos Periandro a Auristela, sin querer ir primero a averiguar si el fuego se podía atajar o no, dijo a Soldino:

^b M1: *selva, que aquí os dará*

M7, M8, M9, NY, M10, Par6, B5, M11, M12, M13, M14, M15, B6, B7, B8, M19: *selva, que aquí está os dará*

Adopto las enmienda de M16, M17, M18, M21, BA2, M22, B10, B11, M23, PÉCP, AH.

² Es éste el tercer incendio de la novela, tras el de la «isla bárbara» y el de la ciudad de Policarpo.

—Señor, guíanos a tu estancia, que el peligro desta ya está manifiesto.

Lo mismo hizo Antonio con su hermana Constanza y con Félix Flora, la dama francesa, a quien siguieron Deleasir y Belarminia, y la moza arrepentida de Talavera se asió del cinto de Bartolomé y, él, del cabestro de su bagaje, y todos juntos, con los desposados y con la huéspeda, que conocía bien las adivinanzas de Soldino, le siguieron, aunque con tardo paso los guiaba. La demás gente del mesón, que no habían estado presentes a las razones de Soldino, quedaron ocupados en matar el fuego, pero presto su furor les dio a entender que trabajaban en vano, ardiendo la casa todo aquel día, que, a cogerles el fuego de noche, fuera milagro escapar alguno que contara su furia.

Llegaron en fin a la selva, donde hallaron una ermita no muy grande, dentro de la cual vieron una puerta que parecía serlo de una cueva oscura. Antes de entrar en la ermita, dijo Soldino a todos los que le habían seguido:

—Estos árboles, con su apacible sombra, servirán de dorados techos³, y la yerba deste amenísimo prado, si no de muy blancas, a lo menos de muy blandas camas^{c4}. Yo llevaré conmigo a mi cueva a estos señores, porque les conviene, y no porque los mejore en la estancia.

Y luego llamó a Periandro, a Auristela, a Constanza, a las tres damas francesas, a Ruperta, a Antonio y a Croriano, y, dejando otra mucha gente fuera, se encerró con éstos en la cueva, cerrando tras sí la puerta de la ermita y la de la cueva. Viéndose, pues, Bartolomé y la de Talavera no ser de los escogidos ni llamados de Soldino⁵, o ya de despecho, o ya llevados de su ligera condición, se concertaron los dos, viendo ser tan para en uno, de dejar, Bartolomé, a sus amos

^c M1, B1, P1, L, Parl, Bru, M2, M3, M16, M17, M18, M22, BA2, B10, B11, AH: *blandas, alomenos de muy blancas camas*

³ Cfr. I, 16 (226 y nota 6).

⁴ La lección de M1 está sin duda viciada. ¿Por descuido de C.? Podría ser, pero más bien parece que del tipógrafo.

⁵ AA recuerda justamente Mateo 20, 16 («Multi enim sunt vocati, pauci vero electi»).

y, la moza, a sus arrepentimientos y, así, aliviaron el bagaje de dos hábitos de peregrinos y, la moza a caballo y el galán a pie, dieron cantonada, ella, a sus compasivas señoras y, él, a sus honrados dueños, llevando en la intención de ir también a Roma, como iban todos.

Otra vez se ha dicho que no todas las acciones no^d verisímiles^{e,6} ni probables se han de contar en las historias, porque si no se les da crédito, pierden de su valor; pero al historiador no le conviene más de decir la verdad, parézcalo o no lo parezca. Con esta máxima, pues, el que escribió esta historia dice que Soldino, con todo aquel escuadrón de damas y caballeros, bajó por las gradas de la oscura cueva y, a menos de ochenta gradas, se descubrió el cielo luciente y claro y se vieron unos amenos y tendidos prados que entretenían la vista y alegraban las almas; y, haciendo Soldino rueda de los que con él habían bajado, les dijo:

—Señores, esto no es encantamento y esta cueva por donde aquí hemos venido no sirve sino de atajo para llegar desde allá arriba a este valle que veis, que una legua de aquí tiene más fácil, más llana y más apacible entrada. Yo levanté aquella ermita y, con mis brazos y con mi continuo trabajo, cavé la cueva y hice mío este valle, cuyas aguas y cu-

^d M1: *que todas las acciones no*

Adopto la lección de M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par1, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19, M23, *PECP*, AH.

^e M1, B1, L, Par1, P2, M16, M17, B10, B11, BA2, AH: *verisímeles*

⁶ En castellano están bien documentados *veristmil*, *verisímile* y *verostmil* (cfr. *PECP*: 197); no conozco, en cambio, un solo caso de la forma registrada en M1, que bien podría ser una simple errata.

Por lo que se refiere a la primera enmienda, hay que recordar ante todo la *otra vez* evocada ahora por el mismo C. (*Persiles*, III, 16: 590): «Cosas y casos suceden en el mundo que, si la imaginación, antes de suceder, pudiera hacer que así sucedieran...» Creo que la lectura de dicho pasaje, en su integridad, induce a intervenir en el que ahora nos ocupa, cambiando de lugar el *no*.

De todos modos, para la recta intelección de ambos fragmentos, se debe tener en cuenta la bisemia de *historia* (= 'history' y 'story' = 'narración de hechos ocurridos verdaderamente' y 'narración de hechos inventados, sujeta a la sola norma de la mimesis'), ya recordada en los *preliminares* (98 y nota 3).

yos frutos con prodigalidad me sustentan⁷. Aquí, huyendo de la guerra, hallé la paz; la hambre que en ese mundo de allá arriba (si así se puede decir) tenía halló aquí a la hartura; aquí, en lugar de los príncipes y monarcas que mandan el mundo, a quien yo servía, he hallado a estos árboles mudos, que, aunque altos y pomposos, son humildes; aquí no suena en mis oídos el desdén de los emperadores, el enfado de sus ministros; aquí no veo dama que me desdeñe ni criado que mal me sirva; aquí soy yo señor de mí mismo, aquí tengo mi alma en mi palma⁸ y aquí por vía recta encamino mis pensamientos y mis deseos al cielo. Aquí he dado fin al estudio de las matemáticas, he contemplado el curso de las estrellas y el movimiento del sol y de la luna; aquí he hallado causas para alegrarme y causas para entristecerme que aún están por venir, que serán tan ciertas, según yo pienso, que corren parejas con la misma verdad. Ahora ahora, como presente, veo quitar la cabeza a un valiente pirata un valeroso mancebo de la casa de Austria nacido⁹. ¡Oh, si le viédes como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias lunas, pelando sus luengas colas de caballos¹⁰, abrasando bajeles, despedazan-

⁷ André Lubac (C, 1951: 116), tras haber constatado la imprecisión del paisaje provenzal descrito por C., afirma que el de ahora recuerda una de las *causses* de Languedoc y Provenza, especialmente en la «région des Baux». La disposición de la cueva de Soldino no tiene nada de inverosímil: «on la retrouve même dans les environs de Montpellier, à la *Grotte des Demoiselles*».

Para El Saffar (C, 1984: 162-163), Soldino es figura central, clave, en el *Persiles*. Entre su cueva y la isla soñada existe una relación «evidente»: la del estado natural y el artificio humano.

⁸ *tener su alma en su palma*. Según DA, «modo proverbial de hablar, que vale tanto que decir que haga otro lo que quisiere y gustare con toda libertad y sin respecto a la conciencia, lo que también se suele explicar con *allá se lo haya*». Aquí, pues, está por 'hago lo que me parece'.

⁹ Se trata, claro está, de don Juan de Austria, vencedor, como generalísimo de la Liga, en Lepanto, el 7 de octubre de 1571. Como sugieren S-B, el *valiente pirata* aludido parece ser Alí Pachá.

¹⁰ Soldino alude a las colas de caballos blancos que, colocadas en la punta de un asta de lanza, tuvieron inicialmente entre los turcos el valor de una insignia solar. Más tarde indicaron el rango de ciertos dignatarios del imperio. Los había con derecho a ser precedidos por una, dos, tres de estas colas (*tuğ*, en plural *tuğlar*); el gran visir usaba cinco, el sultán, siete o nueve...

do cuerpos y quitando vidas! Pero, ¡ay de mí!, que me hace entristecer otro coronado joven^f, tendido en la seca arena¹¹, de mil moras lanzas atravesado, el uno nieto y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamás como se debe alabado, Carlos V, a quien yo serví muchos años, y sirviera hasta que la vida se acabara, si no lo estorbara el querer mudar la milicia mortal en la divina¹². Aquí estoy, donde sin libros, con sola la esperiencia que he adquirido con el tiempo de

^f L: *y el mouimiento del Sol y de la Luna. Pero ay de mí, que me haze entristezer un coronado jouen*

Para más detalles, e indicación de varios textos españoles de la Edad de Oro en que aparecen, cfr. Romero, «Las *luengas colas de caballos turcas*» (en *Ribe*, 62 [1997]: en prensa).

¹¹ Don Sebastián de Portugal, penúltimo rey de la casa de Avis, muerto a los veinticuatro años en el desastre de Alcázarquibir (1578). Para los españoles, que con razón consideraron la batalla de Lepanto como un momento exaltante de su historia, la derrota de don Sebastián, aun habiendo sido lamentada como desgracia propia, fue fácil que, con el paso de los años, se acabase presentando como un acontecimiento, en última análisis, positivo, *providencial*: al fin y al cabo, del mismo debía resultar, tras el breve paréntesis del reinado del Cardenal don Enrique, la unión ibérica. (Que muchos portugueses no pensaran exactamente así es cosa obvia, pero de ningún valor desde la perspectiva en que se coloca Soldino.)

¹² En las primeras frases de [605] se nos dijo que «la lengua barba» del anciano «más de ochenta años le daba de edad», pero puede tratarse de un cálculo «por el simple aspecto». Allen (C, 1971: 91-92) opina que el retiro de Soldino fue directa consecuencia del del emperador. Más o menos lo mismo repite Harrison (C, 1993: 280). Ahora bien, el personaje dice que sirvió muhos años a Carlos V, *y sirviera hasta que la vida se me acabara, si no lo estorbara el querer mudar la milicia mortal en la divina*. ¿Quién quiso mudar el tipo de milicia: el emperador o Soldino? A mi parecer, es legítimo contestar que Soldino, y muchos años antes de 1557, por razones —es obvio— de edad. Consecuencialmente, *y sirviera hasta que la vida se acabara* también debe ser referido al actual ermitaño y estudioso, no al emperador. Por lo que ahora ha dicho y por lo que dirá dentro de muy poco, el ahora viejo —tal vez muy viejo— Soldino puede, pues, haber servido a Carlos V durante largos años, a partir, p. ej., de sus primeras campañas contra Francia (1522), ya con cierta edad, tras haber sido soldado en los últimos años del reinado de Isabel la Católica, en los del gobierno de su viudo, Fernando, y en el brevisimo de Felipe I. El «desengaño» (el *skyo*) hubo de tener lugar bastante tiempo atrás. Tanto como para darle ocasión a labrar la ermita y la escalera, llevar a cabo sus estudios y... alcanzar la venerable ancianidad con que en estas páginas se nos presenta, ya a mediados de 1559.

mi soledad, te digo, ioh Croriano! (y en saber yo tu nombre sin haberte visto jamás me acredité contigo), que gozarás tu Ruperta largos años. Y a ti, Periandro, te aseguro buen suceso de tu peregrinación: tu hermana Auristela no lo será presto, y no porque ha de perder la vida con brevedad. A ti, ioh Constanza!: subirás de condesa a duquesa y, tu hermano Antonio, al grado que su valor merece. Estas señoras francesas, aunque no consigan los deseos que agora tienen, conseguirán otros que las honren y contenten. El haber pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres sin haberos visto jamás, las muertes que he dicho que he visto antes que vengan os podrán mover, si queréis, a creerme; y, más, cuando halléis ser verdad que vuestro mozo Bartolomé, con el bagaje y con la moza castellana, se ha ido y os ha dejado a pie. No le sigáis, porque no le alcanzaréis; la moza es más del suelo que del cielo y quiere seguir su inclinación, a despecho y pesar de vuestros consejos. Español soy, que me obliga a ser cortés y a ser verdadero; con la cortesía, os ofrezco cuanto estos prados me ofrecen y, con la verdad, a la experiencia de todo cuanto os he dicho. Si os maravillare de ver a un español en esta ajena tierra, advertid que hay sitios y lugares en el mundo saludables más que otros y este en que estamos lo es para mí más que ninguno. Las alquerías, caserías y lugares que hay en estos contornos las habitan gentes católicas y santas. Cuando conviene, recibo los sacramentos y busco lo que no pueden ofrecer los campos para pasar la humana vida. Ésta es la que tengo, de la cual pienso salir a la siempre duradera. Y, por agora, no más, sino vámonos arriba: daremos sustento a los cuerpos, como aquí abajo le hemos dado a las almas⁸.¹³

⁸ L suprime cuanto sigue a *cuerpos*

¹³ La frase (en cierto modo anunciada por unos versos del *Orlando furioso*, XXXII, oct. 82) se convirtió pronto en un auténtico cliché. Cfr., p. ej., P. Pineda, *Agricultura...* (diál. XXVI, secc. 22, y XXVII, 14) y Gaspar Lucas de Hidalgo, *Diálogos de apacible entretenimiento* (diál. III, c. 4).

CAPÍTULO DIEZ Y NUEVE
DEL TERCERO LIBRO^a

Aderezóse la pobre más que limpia comida, aunque fue muy limpia cosa, no muy nueva para los cuatro peregrinos, que se acordaron entonces de la isla bárbara y de la de las Ermitas, donde quedó Rutilio y adonde ellos comieron de los ya sazonados, y ya no, frutos de los árboles; también se les vino a la memoria la profecía falsa de los isleños y las muchas de Mauricio, con las moriscas del jadraque y, últimamente, las del español Soldino. Parecíales que andaban rodeados de adivinanzas y metidos hasta el alma en la judiciaria astrología, que, a no ser acreditada con la experiencia, con dificultad le dieran crédito^b.

Acabóse la breve comida; salió Soldino, con todos los que con él estaban, al camino para despedirse dellos y en él echaron menos a la moza castellana y a Bartolomé el del bagaje; cuya falta no dio poca pesadumbre a los cuatro, porque les faltaba el dinero y la repostería. Mostró congojarse Antonio y quiso adelantarse a buscarle, porque bien se imaginó que la moza le llevaba, o él llevaba a la moza, o, por mejor decir, el uno se llevaba al otro; pero Soldino le dijo que no tuviese pena ni se moviese a buscarlos, porque otro día volvería su criado, arrepentido del hurto, y entregaría cuanto había llevado. Creyeron y, así, no curó Antonio de buscarle y, más, que Félix Flora ofreció a Antonio de prestarle cuanto hubiese menester para su gusto y el de sus compañeros desde allí a Roma; a cuya liberal oferta se mostró Antonio agradecido lo posible y aun se ofreció de darle prenda que cupiese en el puño y en el valor pasase de cincuenta mil ducados: y esto fue pensando de darle una de las dos perlas de Auristela, que, con la cruz de diamantes, guardadas siempre consigo las traía. No se atrevió

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Salen de la cueva de Soldino, prosiguen su jornada, pasando por Milán, y llegan a Luca*

^b L suprime cuanto sigue a *astrología*

Félix Flora a creer la cantidad del valor de la prenda, pero atrevióse a volver a hacer el ofrecimiento hecho.

Estando en esto, vieron venir por el camino y pasar por delante dellos hasta ocho personas a caballo, entre las cuales iba una mujer sentada en un rico sillón¹ y sobre una mula², vestida de camino, toda de verde, hasta el sombrero, que, con ricas y varias plumas azotaba el aire, con un antifaz, así mismo verde, cubierto el rostro³. Pasaron por delante dellos y, con bajar la cabeza, sin hablar palabra alguna, los saludaron y pasaron de largo; los del camino tampoco hablaron palabra y al mismo modo les saludaron. Quedábase atrás uno de la compañía y, llegándose a ellos, pidió por cortesía un poco de agua; diéronse la y preguntáronle qué gente era la que iba delante, y qué dama la de lo verde⁴. A lo que el caminante respondió:

—El que allí va delante es el señor Alejandro Castrucho⁵, gentilhombre capuano y uno de los ricos varones⁶ no sólo de Capua, sino de todo el reino de Nápoles. La dama es su sobrina, la señora Isabela Castrucho, que nació en España, donde deja enterrado a su padre, por cuya muerte su tío la llena a casar a Capua y, a lo que yo creo, no muy contenta.

—Eso será —respondió el escudero enlutado de Rupert—, no porque va a casarse, sino porque el camino es largo: que yo para mí tengo que no hay mujer que no desee

¹ *sillón* = 'silla de montar construida de manera que una mujer pueda ir sentada en ella como en una silla común' (DRAE).

² Cfr. III, 6 (490-491 y nota 23).

³ Las señoras solían usar sombreros —precisamente adornados de plumas— en los viajes y casi sólo en ellos (cfr. Deleito Piñuela, *La mujer, la casa y la moda*: 170). Para preservarse del polvo y del sol —tradicionalmente mirado como enemigo, hasta hace bien poco— era muy frecuente que los viajeros, sobre todo —pero no sólo— las mujeres, llevaran *antifaces* o *maskarillas*.

Para la preferencia, en los viajes, por el color *verde*, cfr. I, 2 (132 y nota 24). Los vestidos de camino solían ser de colores más animados, en las mujeres; en los hombres, sencillamente, «de color», en contraste con el negro que, día tras día, vestían en las ciudades (III, 465 y nota 15).

⁴ Para Wilson (C, 1991: 221-245) el verde, en Isabela, es el símbolo de la fertilidad.

⁵ *Castrucho*. En realidad, *Castruccio*, en italiano, más que apellido, es nombre propio.

⁶ Un caso más de superlativo en forma positiva.

enterarse^{c,7} con la mitad que le falta, que es la del marido.

—No sé esas filosofías —respondió el caminante—; sólo sé que va triste, y la causa ella se la sabe; y adiós quedad, que es mucha la ventaja que mis dueños me llevan.

Y, picando apriesa, se les fue de la vista y ellos, despidiéndose de Soldino, le abrazaron y le dejaron.

Olvidábase de decir cómo Soldino había aconsejado a las damas francesas que siguiesen el camino derecho de Roma, sin torcerle para entrar en París, porque así les convenía. Este consejo fue para ellas como si se le dijera un oráculo y, así, con parecer de los peregrinos, determinaron de salir de Francia por el Delfinado y, atravesando el Piamonte y el Estado de Milán, ver a Florencia y luego a Roma⁸. Tanteado, pues, este camino, con propósito de alargar algún tanto más las jornadas que hasta allí, caminaron y, otro día, al romper del

^c M3, M6, M9, M10, B5, M23: *enterrarse*

⁷ AA no «enmienda», pero escribe en nota que «parece mejor *enterrarse*». ¿Por qué? Con toda probabilidad, C. recuerda en esta frase, siquiera de manera mediata, el mito platónico de los hombres creados como «esferas completas» y, en castigo de una rebelión, divididos por los dioses en «dos partes». Desde entonces, cada uno —o cada una— va buscando «su otra mitad»: *la media naranja*, que decimos en español (cfr. *Banquete*: en la trad. cit.: 575 a-577 b). Todo el libro de Wilson (C, 1991) gira, en realidad, en torno a este concepto (hoy por hoy, no precisamente nuevo) del mito de la nostalgia por la unidad originaria y del reconocimiento de una androginia fundamental en todo ser humano.

⁸ Los peregrinos deben de encontrarse cerca de Aviñón o de Orange. Es decir, en un punto en que *las damas francesas* (que inicialmente van camino de París) puedan cambiar de ruta sin dificultad. Éste era el itinerario seguido por los españoles, los cuales solían entrar en Italia por el Mont-Ginèvre o por el Mont-Cénis. Luego, para llegar a Roma, o seguían la costa, a lo largo de Liguria y la Toscana septentrional, desde donde, a lo largo de la Vía Casia, se entraba en el Estado Pontificio, o bien se bajaba a Plasencia, Parma, Florencia y, de nuevo, Siena. Por lo que que el narrador acaba de decir, nuestros peregrinos entran, en cambio en el Piamonte y, por Rivoli y Asti —o por Susa y Turín— llegarían a Milán.

En este sentido, cfr. Renato Stopani (*La Via Francigena. Una strada europea nell'Italia del Medioevo*, Firenze, Le Lettere, 1988, y *Guida ai percorsi della V-F in Emilia e Lombardia*, idént. ciudad y ed., 1996), sin olvidar el útil cuaderno *La V-F. Pellegrini, mercanti, monaci e guerrieri del Medioevo per un itinerario religioso, culturale e turistico*, a cura dell'Assessorato alla Cultura della Città di Moncalieri (Torino, Scriptorium, 1996).

alba, vieron venir hacia ellos al tenido por ladrón, Bartolomé el bagajero, detrás de su bagaje, y él vestido como peregrino. Todos gritaron cuando le conocieron y los más le preguntaron qué huida había sido la suya, qué traje aquél y qué vuelta aquélla. A lo que él, hincado de rodillas delante de Constanza, casi llorando, respondió a todos:

—Mi huida no se cómo fue; mi traje ya veis que es de peregrino; mi vuelta es a restituir lo que quizá, y aun sin quizá, en vuestras imaginaciones me tenía confirmado por ladrón. Aquí, señora Constanza, viene el bagaje, con todo aquello que en él estaba, excepto dos vestidos de peregrinos, que el uno es este que yo traigo y el otro queda haciendo romera a la ramera de Talavera⁹, que doy yo al diablo al amor y al bellaco que me lo enseñó. Y es lo peor que le conozco y determino ser soldado debajo de su bandera, porque no siento fuerzas que se opongan a las que hace el gusto con los que poco saben. Écheme vuesa merced su bendición y déjeme volver, que me espera Luisa, y advierta que vuelvo sin blanca, fiado en el donaire de mi moza más que en la ligereza de mis manos, que nunca fueron ladronas, ni lo serán, si Dios me guarda el juicio, si viviese mil siglos.

Muchas razones le dijo Periandro para estorbarle su mal propósito; muchas le dijo Auristela y muchas más Constanza y Antonio, pero todo fue, como dicen, dar voces al viento y predicar en desierto. Limpióse Bartolomé sus lágrimas, dejó su bagaje, volvió las espaldas y partió en un vuelo, dejando a todos admirados de su amor y de su simpleza. Antonio, viéndole partir tan de carrera, puso una flecha en su arco, que jamás la disparó en vano, con intención de atravesarle de parte a parte y sacarle del pecho el amor y la locura, mas Félix Flora, que pocas veces se le apartaba del lado, le trabó del arco, diciéndole:

Dentro de un momento habrá ocasión de tratar de un indicio —a mi parecer, indiscutible— de que ha habido una «corrección de ruta», precisamente *chemin faisant*.

⁹ *romera / ramera*. Retruécano tradicional, basado sin duda en el hecho de que las peregrinaciones o romerías ofrecían magníficas ocasiones «galantes». Cfr., p. ej., A. de Guevara (*Epístolas familiares*: I, 142) y fray Luis de León (*La perfecta casada*: 251).

—Déjale, Antonio, que harta mala ventura lleva en ir a poder y a sujetarse al yugo de una mujer loca.

—Bien dices, señora —respondió Antonio—, y, pues tú le das la vida, ¿quién ha de ser poderoso a quitársela?

Finalmente, muchos días caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada¹⁰. Entraron en Milán; admiróles la grandeza de la ciudad, su infinita riqueza, sus oros (que allí no solamente hay oro, sino oros); sus bélicas herrerías¹¹, que no parece sino que allí ha pasado las suyas Vulcano; la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus templos y, finalmente, la agudeza del ingenio de sus moradores¹².

Oyeron decir a un huésped suyo que lo más que había que ver en aquella ciudad era la Academia de los Entronados, que estaba adornada de eminentísimos académicos, cuyos sutiles entendimientos daban que hacer a la fama a todas horas y por todas las partes del mundo¹³. Dijo tam-

¹⁰ Cfr. III, 12 (563 y nota 7).

¹¹ *sus bélicas herrerías*. Las amas milanesas eran justamente famosas desde hacía mucho tiempo. Ya Juan de Mena, en el *Laberinto de Fortuna* (estr. 150) habla de «las ferrerías de los milaneses». María Rosa Lida (*Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, México, Colegio de México, 1950: 516) no duda de que la frase del *Persiles* deriva de este verso. No se olvide, sin embargo, que se trataba de un verdadero cliché, presente, p. ej., en el Marqués de Santillana, *Comedieta de Ponza* (estr. 77) y en la carta de «El auctor a un su amigo», que antecede a la *Celestina*.

¹² Algunos juicios de españoles sobre Milán se hallarán en Herrero García (*Ideas...*: 378-380). Ampliar esa escueta documentación es, por supuesto, facilísimo. Aquí me limitaré a indicar la *brava mina* de las novelas picarescas y el art. de Joseph H. Laurenti sobre los «Ricordi geografici d'Italia nei romanzi picareschi spagnoli del Secolo d'Oro», en *Estudios literarios de hispanistas americanos dedicados a Helmut Hatzfeld*, ed. de Josep M. Solà-Solé, Alessandro Crisafulli y Bruno Damiani, Barcelona, Eds. Hispam, 1974: 431-446. C. habla de la capital lombarda en *ELV*, por cierto que en términos muy parecidos, por lo retóricos y convencionales, a los empleados en esta página del *Persiles*.

¹³ S-B recuerdan que existía una famosa academia de este nombre (o de los *Atronados*, en italiano *degli Intronati*), pero no en Milán, sino en Siena, donde funcionó de 1525 a 1751. L. Banal (B, 1935) no hace más que insistir en denunciar la confusión de lugares. Como AA (que añade bibliografía sobre las academias españolas, y basta) o SA-RH (que no añaden nada). Para Ruffinatto, lo que aquí cuenta «non è tanto l'esatta ubicazione geografica dell'Accademia quanto piuttosto il valore emblematico di questa istitu-

bién que aquel día era de academia y que se había de disputar en ella si podía haber amor sin celos.

—Sí puede—dijo Periandro— y, para probar esta verdad, no es menester gastar mucho tiempo.

—Yo —replicó Auristela —no sé qué es amor, aunque sé lo que es querer bien.

A lo que dijo Belarminia:

—No entiendo ese modo de hablar, ni la diferencia que hay entre amor y querer bien.

zione». Es curioso que Osuna, cazador de «vacilaciones y olvidos cervantinos», deje escaparse el presente, de veras clamoroso. Y que se justifica (si es que de veras se justifica, de modo satisfactorio...) recurriendo a dos argumentos:

1) C. podría haber pensado en una academia milanesa (históricamente documentada o bien de su invención) en cuyo caso la presencia de *Entronados* en M1 no pasaría de ser una errata —o, mejor, una ultracorrección—, tal vez atribuible a quien revisara las pruebas del *Persiles*.

2) C. se refiere precisamente a la *Accademia degli Intronati* de Siena, porque, en un primer momento, estas páginas correspondían a un episodio *posterior* al paso de los peregrinos por Florencia. En efecto, yendo desde esta ciudad (cuya visita está prevista en el presente c. 19) a Roma, era natural —si bien no forzoso— pasar por Siena, cerca de la cual se tomaba la antiquísima y ya citada *Via Cassia*, todavía en uso, para llegar a la meta de la viaje.

La primera hipótesis no es del todo gratuita. C., de hecho, puede haberse inventado una academia, si bien es cosa averiguada que ninguna funcionaba por los años de 1558-1559. Si la hubo, en cambio, bastantes años más tarde, cuando probablemente redactaba estas páginas. Se llamaba *Accademia degli Irrequieti* (el nombre, como se ve, no se aleja mucho del registrado en M1). Fue fundada en 1594 y tuvo una vida no muy larga (cfr. Michele Maylander, *Storia delle Accademie letterarie d'Italia*, Bolonia, Cappelli, 1926-1930: III, 302-303).

La segunda hipótesis es aún más sugestiva, aunque —literalmente— sea indemostrable, por falta de pruebas fuera de discusión. Indicios no faltan, desde luego: Siena es, en el *Persiles*, la patria de Rutilio, y C. podría haber pensado en un primer momento en llevar a sus peregrinos adonde resultara natural alguna que otra alusión al *maestro de danzar*. Claro que también podría haber acabado descartándola, precisamente porque es ciudad de algún modo «connotada» en la novela y/o porque más tarde se dio cuenta de que a Rutilio podía referirse con mayor conveniencia en otro momento y lugar. Sin olvidar que, mientras la actitud proespañola de Luca era bien conocida (cfr. 618 y nota 16), en Siena ocurría exactamente lo contrario, después de las campañas del ejército imperial, que, en 1555, redujeron su población a 8.000 habitantes. En 1559, como consecuencia del tratado de Cateau-Cambrésis, la ciudad y su estado perdían su secular independencia, pasando a Cosme I de Médicis, Duque de Florencia —y, a partir de 1570, Gran Duque de Toscana.

—Ésta —replicó Auristela—: querer bien puede ser sin causa vehemente que os mueva la voluntad, como se puede querer a una criada que os sirve o a una estatua o pintura que bien os parece o que mucho os agrada; y éstas no dan celos, ni los pueden dar; pero aquello que dicen que se llama amor, que es una vehemente pasión del ánimo, como dicen, ya que no dé celos, puede dar temores que lleguen a quitar la vida, del cual temor a mí me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera¹⁴.

—Mucho has dicho, señora —respondió Periandro—, porque no hay ningún amante que esté en posesión de la cosa amada que no tema el perderla; no hay ventura tan firme que tal vez no dé vaivenes; no hay clavo tan fuerte que pueda detener la rueda de la fortuna y, si el deseo que nos lleva a acabar presto nuestro camino no lo estorbara, quizá mostrara yo hoy en la Academia que puede haber amor sin celos, pero no sin temores.

Cesó esta plática. Estuvieron cuatro días en Milán, en los cuales comenzaron a ver sus grandezas, porque acabarlas^d de ver no dieran tiempo cuatro años¹⁵. Partiéronse de allí y llegaron a Luca, ciudad pequeña pero hermosa y libre que, debajo de las alas del Imperio y de España, se descuella y mira esenta a las ciudades de los príncipes que la desean¹⁶.

^d M2 y, a partir de M4, todas las eds. (con las excepciones de M16, M17, BA2, M23, PECP, AH) leen *a acabarlas*

¹⁴ Como indica J. Palomo Roberto (C, 1938: 67-68), C. puede depender en la elección de este tema de Núñez de Reinoso, en cuyo *Clareo y Florisea* (c. XI) se celebra también una discusión cortesana sobre el tema. De cualquier modo, conviene tener en cuenta que se trata de un auténtico lugar común de la época. Cfr., p. ej., las variadas soluciones dadas a la cuestión por Lope de Vega en *La ley ejecutada* (acto I), *El saber puede dañar* (acto I) y *El verdadero amante* (acto I). Suárez de Figueroa, por su parte, afirma perentoriamente en *El pasajero* (alivio V) «no sólo hallarse amor sin celos, sino que de necesidad deba carecer de ellos el perfecto amor».

¹⁵ Una frase casi idéntica, que bien podríamos llamar topos de la «inmensidad del espectáculo contemplado», ocurrió ya en III, 6 (485), referido a Guadalupe. A propósito, precisamente, de Milán, cfr. Suárez de Figueroa, *El pasajero* (alivio I).

¹⁶ Osuna (C, 1972: 75) no deja de notar la incoherencia entre el itinerario expuesto en III, 19, y la ida de Milán a Luca («esta ciudad no se había men-

Allí, más que en otra parte ninguna, son bien vistos y recibidos los españoles, y es la causa que en ella no mandan ellos, sino ruegan y, como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar a mostrar su condición, tenuta por arrogante¹⁷.

cionado»), desde donde, por lugares de menor importancia, llegan a Roma. «Es —se pregunta— la prisa por acabar o un nuevo titubeo el que ha obligado al novelista a deshechar Florencia? ¿Por qué en *ELV* se dedican un par de líneas a esta ciudad? ¿Quizá no la conocía C.?» Es lo más probable, pero lo que ahora importa es explicarse el recorrido alternativo.

Luca era una república menor, feudo imperial (como tantos otros estados italianos), pero, a partir de Carlos V, protegida directa —y, en realidad solamente— por España. Será oportuno tener también presente que, en 1558-1559, los luqueses abrigaban serios temores de que los Médicis de Florencia pidieran a España la concesión de la República «in protezione, per sicurezza delle cose di Toscana».

Pero no sólo. La República tuvo diferencias con el Ducado de Módena a principios del siglo XVII. Se trataba de una cuestión añeja, ahora exasperada hasta el punto de que, en 1613, desembocó en guerra abierta. Una decisión del Emperador (el otro *protector*) hizo detener las operaciones, aunque a una auténtica paz no se llegaría hasta 1620. Por lo que se refiere a España, bastará recordar los frecuentes despachos sobre la situación, hoy conservados en el Archivo General de Simancas (*Papeles de Milán y Saboya*, legajo 1905, n. 46, fols. 15, 220-224, de 1614: «Intervención española para arreglar las diferencias [con Módena]; legajo 1905, n. 31, fols. 138, 167, 171, todos de 1614: «Protección a la República de Luca para arreglar sus diferencias contra el Duque de Módena»). No olvidemos que C. vivía en Madrid y que estas noticias corrían como la pólvora por los mentideros. A lo anterior hay que añadir la probabilidad de otro tipo de alusión: Luca mantuvo una actitud inequívocamente proespañola durante las campañas del Duque de Saboya en 1613.

Nuestros peregrinos habrán bajado de Milán a Piacenza. Luego, en vez de seguir el camino que los habría conducido a Siena, habrán tomado el alternativo que conduce a Luca (cfr. R. Stopani, *La Via Francigena*, lámina 12), también muy frecuentado, entre otros motivos para visitar el famoso *Volto Santo* (op. cit., láminas 26 y 27).

Fernando García Salinero («Teoría literaria de la ciudad en C.» [en *Papeles de Son Armadans*, n. CXXXIX [1967]: 24-25) nota e interpreta, a su manera, el parecido y las diferencias entre las frases dedicadas a Luca en el *Perfiles* y en *ELV*.

¹⁷ Sobre la arrogancia de los españoles, sobre los modos en que tal dimensión de su carácter se manifestaba en el extranjero, la literatura es obviamente abundantísima. Herrero García ha reunido datos de gran interés al respecto (*Ideas...*: 31 y ss., 78 y ss.). Aquí me limitaré a remitir a ciertas palabras de Suárez de Figueroa en *El pasajero* (alivio I). (Por cierto que esta obra está dedicada precisamente a la «Excelentísima República de Luca».)

Aquí aconteció a nuestros pasajeros una de las más estrañas aventuras que se han contado en todo el discurso deste libro.

CAPÍTULO VEINTE DEL TERCERO LIBRO^a

Las posadas de Luca son capaces para alojar una compañía de soldados; en una de las cuales se alojó nuestro escuadrón, siendo guiado de las guardas de las puertas de la ciudad, que se los entregaron al huésped por cuenta, porque a la mañana, o cuando se partiesen, la había de dar dellos. Al entrar, vio la señora Ruperta que salía un médico (que tal le pareció en el traje), diciendo a la huéspeda de la casa (que también le pareció no podía ser otra):

—Yo, señora, no me acabo de desengañar si esta doncella está loca o endemoniada y, por no errar, digo que está endemoniada y loca; y, con todo eso, tengo esperanza de su salud, si es que su tío no se da prisa a partirse.

—¡Ay, Jesús! —dijo Ruperta— Y ¿en casa de endemoniados y locos nos apeamos? En verdad en verdad que, si se toma mi parecer, no hemos de poner los pies dentro.

A lo que dijo la huéspeda:

—Sin escrúpulo puede vuesa señoría (que éste es el «merced» de Italia)¹ apearse, porque de cien leguas se podía venir a ver lo que está en esta posada.

Apeáronse todos y Auristela y Constanza, que habían oído las razones de la huéspeda, le preguntaron qué había en aquella posada que tanto encarecía el verla.

—Vénganse conmigo —respondió la huéspeda— y verán lo que verán y dirán lo que yo digo.

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *De lo que contó Isabela Castrucho acerca de haberse fingido endemoniada por los amores de Andrea Marulo*

¹ Cfr. I, 5 (154 y nota 20), y III, 16 (591).

Guió y siguiéronla donde vieron echada en un lecho dorado a una hermosísima muchacha, de edad, al parecer, de diez y seis o diez y siete años. Tenía los brazos aspadados y atados con unas vendas a los balaustres de la cabecera del lecho, como que le querían estorbar el moverlos a ninguna parte; dos mujeres, que debían de servirla de enfermeras, andaban buscándole las piernas para atárselas también, a lo que la enferma dijo:

—Basta que se me aten los brazos, que todo lo demás las ataduras de mi honestidad lo tiene ligado.

Y, volviéndose a las peregrinas, con levantada voz dijo:

—¡Figuras del cielo, ángeles de carne! Sin duda, creo que venís a darme salud, porque de tan hermosa presencia y de tan cristiana visita no se puede esperar otra cosa. Por lo que debéis a ser quien sois, que sois mucho, que mandéis que me desaten; que, con cuatro o cinco bocados que me dé en el brazo, quedaré harta y no me haré más mal, porque no estoy tan loca como parezco, ni el que me atormenta es tan cruel que dejará que me muera.

—¡Pobre de ti, sobrina —dijo un anciano que había entrado en el aposento—, y cuál te tiene ese que dices que no ha de dejar que te muerdas! Encomiéndate a Dios, Isabela, y procura comer, no de tus hermosas carnes, sino de lo que te diere este tu tío, que bien te quiere. Lo que cría el aire, lo que mantiene el agua, lo que sustenta la tierra te traeré: que tu mucha hacienda y mi voluntad mucha te lo ofrece todo².

La doliente moza respondió:

—Déjenme sola con estos ángeles; quizá mi enemigo, el demonio, huirá de mí, por no estar con ellos.

Y, señalando con la cabeza que se quedasen con ella Auristela, Constanza, Ruperta y Félix Flora, dijo que los demás se saliesen, como se hizo con voluntad y aun con ruegos de su anciano y lastimado tío; del cual supieron ser aquella la gentil dama de lo verde que, al salir de la cueva del sabio español, habían visto pasar por el camino, que el criado que

² Cfr. II, 10 (341).

se quedó atrás les dijo se llamaba Isabela Castrucha³ y que se iba a casar al reino de Nápoles.

Apenas se vio sola la enferma cuando, mirando a todas partes, dijo que mirasen si había otra persona en el aposento que aumentase el número de los que ella dijo que se quedasen. Mirólo Ruperta y escudriñólo todo, y aseguró no haber otra persona que ellos. Con esta seguridad, sentóse Isabela como pudo en el lecho y, dando muestras de que quería hablar de propósito, rompió la voz con un tan grande suspiro, que pareció que con él se le arrancaba el alma; el fin del cual fue tenderse otra vez en el lecho y quedar desmayada, con señales tan de muerte, que obligó a los circunstantes a dar voces pidiendo un poco de agua para bañar el rostro de Isabela, que a más andar se iba al otro mundo. Entró el mísero tío, llevando una cruz en la una mano y, en la otra, un hisopo bañado en agua bendita; entraron asimismo con él dos sacerdotes, que, creyendo ser el demonio quien la fatigaba, pocas veces se apartaban della; entró asimismo la huéspeda con el agua. Rociáronle el rostro y volvió en sí, diciendo:

—Escusadas son por agora estas prevenciones. Yo saldré presto, pero no ha de ser cuando vosotros quisiéredes, sino cuando a mí me parezca, que será cuando viniere a esta ciudad Andrea Marulo⁴, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero desta ciudad. El cual Andrea agora está estudiando en Salamanca, bien descuidado destos sucesos.

Todas estas razones acabaron de confirmar en los oyentes la opinión que tenían de estar Isabela endemoniada, por-

³ En II, 19 (613), el criado dice que la dama se llama Isabela *Castrucho*. Por eso, en C, 1968, yo enmendaba el *Castrucha* de este pasaje en *Castrucho* (o *Castruccio*). Equivocándome, porque también el italiano de los siglos XVI y XVII conocía la forma femenina de los apellidos. Ariosto, p. ej., habla en el *Orlando furioso* (XLVI, oct. 7) de las *Torelle*, las *Bentivoglie*, las *Visconte*, las *Palavigine*.

⁴ *Marulo*. El apellido no es, a decir verdad, característicamente luqués, ni siquiera toscano. Es posible (pero, a mi parecer, dista mucho de ser probable y —menos— probado) que C. haya aplicado a este personaje luqués el apellido de Michele Marullo (1453-1500), importante poeta en lengua latina, nacido en Constantinopla en 1453 y muerto cerca de Pisa en 1500.

que no podían pensar cómo pudiese saber ella Juan Bautista Marulo quién fuese, y su hijo Andrea; y no faltó quien fuese luego a decir al ya nombrado Juan Bautista Marulo lo que la bella endemoniada dél y de su hijo había dicho. Tornó a pedir que la dejaran sola con los que antes había escogido; dijéronle los sacerdotes los Evangelios y hicieron^b su gusto, llevándole todos de la señal que había dicho que daría^c cuando el demonio la dejase libre —que indubitablemente la juzgaron por endemoniada. Félix Flora hizo de nuevo la pesquisa de la estancia y, cerrando la puerta della, dijo a la enferma:

—Solos estamos; mira, señora, lo que quieres.

—Lo que quiero es —respondió Isabela— que me quiten estas ligaduras, que, aunque son blandas, me fatigan, porque me impiden.

Hiciéronlo así con mucha diligencia y, sentándose Isabela en el lecho, asió de la una mano a Auristela y de la otra a Ruperta, y hizo que Constanza y Félix Flora se sentasen junto a ella en el mismo lecho; y, así, apiñadas en un hermoso montón, con voz baja y lágrimas en los ojos, dijo:

—Yo, señoras, soy la infelice Isabela Castrucha, cuyos padres me dieron nobleza; la fortuna, hacienda y, los cielos, algún tanto de hermosura. Nacieron mis padres en Capua, pero engendraronme en España, donde nací y me crié en casa deste mi tío que aquí está, que en la corte del emperador la tenía⁵. ¡Válame Dios, y para qué tomo yo tan de atrás la corriente de mis desventuras! Estando, pues, yo en casa deste mi tío, ya huérfana de mis padres, que a él me dejaron encomendada y por tutor mío, llegó a la corte⁶ un mozo a

^b M1, B1, Par1, Bru, P2, M16, M17, BA2, B10, B11: *hazieron*

^c M1: *que aún dado, quedaría*

M5, M6, B2, M3, B4: *que aún dado quedaría*

Adopto la lección de M7 y todas las eds. posteriores, con la excepción de AH.

⁵ Es decir, en Toledo.

⁶ *llegó a la corte...* ¿Debemos seguir entendiendo Toledo o, por el contrario, hemos de pensar ya en Madrid, adonde Felipe II la había fijado en 1561, poco más de un año de haber llegado a la «imperial ciudad»? Por

quien yo vi en una iglesia, y le miré tan de propósito (y no os parezca esto, señoras, desenvoltura, que no parecerá, si consideráredes que soy mujer), digo que le miré en la iglesia de tal modo, que en casa no podía estar sin mirarle, porque quedó su presencia tan impresa en mi alma, que no la podía apartar de mi memoria⁷. Finalmente, no me faltaron medios para entender quién él era, y la calidad de su persona, y qué hacía en la corte, o dónde iba; y lo que saqué en limpio fue que se llamaba Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero desta ciudad, más noble que rico, y que iba a estudiar a Salamanca. En seis días que allí estuvo tuve orden de escribirle quién yo era, y la mucha hacienda que tenía, y que de mi hermosura se podía certificar viéndome en la iglesia. Escríbele asimismo que entendía que este mi tío me quería casar con un primo mío, porque la hacienda se quedase en casa, hombre no de mi gusto ni de mi condición, como es verdad; díjele asimismo que la ocasión en mí le ofrecía sus cabellos: que los tomase y que no diese lugar en no hacello al arrepentimiento, y que no tomase de mi facilidad ocasión para no estimarme. Respondió, después de haberme visto no sé cuántas veces en la iglesia, que por mi persona sola, sin los adornos de la nobleza y de la riqueza, me hiciera señora del mundo, si pudiera, y que me suplicaba durase firme algún tiempo en mi amor-

lo que se verá en III, 21 (628), se trata sin duda de esto último, aunque ello comporte un pequeño anacronismo —en último análisis, de importancia sólo relativa: cfr. III, 6 (497 y nota 34). Suponer que el tío de Isabela (al parecer, *hombre de negocios* más que *cortesano* propiamente dicho) habrá seguido al rey y a sus innumerables acompañantes no creo que exija particulares cavilaciones. Baste pensar que el propio C., en términos sociales infinitamente menos importante que otros muchos personajes del momento, consideró oportuno dejar Madrid por Valladolid, en 1601, con motivo del traslado de la capitalidad ordenado por Felipe III.

⁷ La asistencia a las ceremonias constituía, para una joven «de buena familia» de la época, la gran oportunidad para conocer, o dar citas, a un galán. El teatro, pero no sólo el teatro, del Siglo de Oro está lleno de alusiones a encuentros más o menos casuales o convenidos en la iglesia. Conscientes del abuso, predicadores y moralistas tronaron contra él, pero, mientras persistieron las circunstancias que lo hacían punto menos que inevitable, tales críticas fueron enteramente inútiles.

sa intención, a lo menos hasta que él dejase en Salamanca a un amigo suyo, que con él desta ciudad había partido a seguir el estudio. Respondíle que sí haría, porque en mí no era el amor importuno ni indiscreto, que presto nace y presto se muere. Dejóme entonces por honrado, pues no quiso faltar a su amigo, y con lágrimas, como enamorado, que yo se las vi verter, pasando por mi calle el día que se partió, sin dejarme, y yo me fui con él, sin partirme. Otro día (¿quién podrá creer esto? ¡Qué de rodeos tienen las desgracias para alcanzar más presto a los desdichados!), digo que otro día concertó mi tío que volviésemos a Italia y, sin poderme excusar ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso y la color me hacían sana (mi tío no quiso creer que de enferma, sino de mal contenta del casamiento), buscaba trazas para no partirme.

»En este tiempo le tuve para escribir a Andrea de lo que me había sucedido, y que era forzoso el partirme, pero que yo procuraría pasar por esta ciudad, donde pensaba fingirme endemoniada y dar lugar con esta traza a que él le tuviese de dejar a Salamanca y venir a Luca, adonde, a pesar de mi tío y aun de todo el mundo, sería mi esposo; así que en su diligencia estaba mi ventura, y aun la suya, si quería mostrarse agradecido. Si las cartas llegaron a sus manos (que sí debieron de llegar, porque los portes las hacen ciertas)⁸, antes de tres días ha de estar aquí. Yo, por mi parte, he hecho lo que he podido: una legión de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener una onza de amor en el alma, cuando la esperanza desde lejos la anda haciendo cocos⁹.

⁸ *los portes las hacen ciertas*. Puesto que el importe del correo lo pagaba el destinatario (si no estaban ya expresamente «franqueadas»), el hecho de que la persona encargada no se hubiera presentado a exigirlo a Isabela le permitía suponer que Andrea quedaba enterado de sus noticias. El sistema de correos *a porte debido* perduró en España hasta 1856, año en que pasó a ser obligatorio el procedimiento del *sello* de papel engomado, con que el estado cobraba previamente la carta. Cfr., p. ej., Eduardo Verdegay y Fisco-wich, *Historia del correo* (Madrid, Impr. de Ricardo Salas, 1894: 286).

⁹ *hacer cocos* = 'cocar', 'asustar' (Cov.: «...está tomado del sonido que hace la mona para espantar a los muchachos y ponerles miedo porque no le hagan mal»), pero también 'hacer muecas' y, por extensión, 'hacer gestos para llamar la atención' y aun 'señales de entendimiento'.

Ésta es, señoras mías, mi historia; ésta, mi locura; ésta, mi enfermedad. Mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan; paso hambre, porque espero hartura, pero, con todo eso, la desconfianza me persigue, porque, como dicen en Castilla, a los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca y la mano. Haced, señores, de modo que acreditéis mi mentira y fortalezcáis mis discursos, haciendo con mi tío que, puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos días; quizá permitirá el cielo que llegue el de mi contento con la venida de Andrea.

No habrá para qué preguntar si se admiraron o no los oyentes de la historia de Isabela, pues la historia misma se trae consigo la admiración, para ponerla en las almas de los que la escuchan. Ruperta, Auristela, Constanza y Félix Flora le ofrecieron de fortalecer sus disignios y de no partirse de aquel lugar hasta ver el fin dellos, pues, a buena razón, no podía tardar mucho.

CAPÍTULO VENTIUNO DEL TERCERO LIBRO^a

Priesa se daba la hermosa Isabela Castrucha a revalidar su demonio y priesa se daban las cuatro, ya sus amigas, a fortalecer su enfermedad, afirmando, con todas las razones que podían, de que verdaderamente era el demonio el que hablaba en su cuerpo: porque se vea quién es el amor, pues hace parecer endemoniados a los amantes.

Estando en esto, que sería casi al anochecer, volvió el médico a hacer la segunda visita y acaso trujo con él a Juan Bautista Marulo, padre de Andrea el enamorado, y, al entrar del aposento de la enferma, dijo:

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Llega Andrea Marulo, descúbrese la ficción de Isabela y quedan casados*

—Vea vuesa merced, señor Juan Bautista Marulo¹, la última desta doncella, y si merece que en su cuerpo de ángel se ande espaciando el demonio; pero una esperanza nos consuela, y es que nos ha dicho que presto saldrá de aquí, y dará por señal de su salida la venida del señor Andrea, vuestro hijo, que por instantes aguarda.

—Así me lo han dicho —respondió el señor Juan Bautista—, y holgaríame yo que cosas mías fuesen paraninfos de tan buenas nuevas.

—Gracias a Dios y a mi diligencia —dijo Isabela—, que, si no fuera por mí, él se estuviera agora quedo en Salamanca, haciendo lo que Dios se sabe. Créame el señor Juan Bautista, que está presente, que tiene un hijo más hermoso que santo y menos estudiante que galán, que mal hayan las galas y las atildaduras de los mancebos, que tanto daño hacen en la república, y mal hayan juntamente las espuelas que no son de rodaja, y los acicates que no son puntiagudos, y las mulas de alquiler que no se aventajan a las postas².

Con éstas fue ensartando otras razones equívocas, conviene a saber, de dos sentidos, que de una manera las entendían sus secretarías y de otra los demás circunstantes: ellas las interpretaban verdaderamente y, los demás, como desconcertados disparates³.

¹ Osuna (C, 1972: 80) tiene razón cuando pone de relieve que «al dirigirse el médico al padre de Andrea le llam[e] de *vuesa merced*, a pesar de ser ambos italianos y hablar en Italia». Más oportuno, en efecto, habría sido que se tratasen de *vuestra señoría*, sobre todo porque el propio narrador ha hecho esta precisión en III, 16 (591).

² Es decir, que no consiguen hacer *jornadas* más largas que las de las postas, cuyos caballos se cambiaban cada dos o tres leguas, permitiendo la continuación del viaje, mientras resistiera el viajero. (No era raro recorrer de este modo hasta 150/200 kms. Cfr. José I. Uriol Salcedo, *Historia de los caminos de España*, op. cit.: 183-184)

³ De este modo de hablar, probablemente tan viejo como la vida civilizada, trata «sistemáticamente» B. Castiglione en *Il Cortegiano* (II: varios caps.). Algunos ejemplos curiosos se encontrarán también en la *Floresta general española* de Francisco Asensio (Parte I, Clase VI, C. II, «de responder con equívocos»: por la ed. de Pablo Oyanguren, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1910: 279-281). En el propio C., es notable el diálogo que, en *LBA* (acto II), sostienen don Lope, Zahara y Halima.

—¿Dónde vistes vos, señora —dijo Marulo—, a mi hijo Andrea? ¿Fue en Madrid o en Salamanca?

—No fue sino en Illescas —dijo Isabela—, cogiendo guindas⁴

la mañana de San Juan,
al tiempo que alboreaba^{b,5};

mas, si va a decir verdad (que es milagro que yo la diga),
siempre le veo y siempre le tengo en el alma⁶.

^b Como en *PECP*, resalto los versos citados.

⁴ En las ya citadas *Relaciones histórico-topográficas... (Reino de Toledo, I parte, Madrid, CSIC, 1949: 493)*, se lee que Illescas «es tierra fructífera [...] cría en sí las mejores guindas de España y provéese de leña de viñas y de unas arboledas que tiene, que es la cosa más notable que hay en este reino, porque tiene de largo unas arboledas que cercan el lugar de casi una legua y un cuarto de legua de ancho, donde hay gran número de árboles muy espesos de guindas y diversos géneros de manzanos y ciruelos, y algunos cermefios». Del prestigio de tales frutos da idea, p. ej., un pasaje de la carta que Eugenio de Salazar escribió «sobre la vida en los navíos» (294 b).

⁵ Isabel Castrucho recuerda los primeros versos de un romance conocidísimo (cfr. Pérez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, Parte I, c. 9, o bien los núms. 1045 y 1136 de los recogidos por Durán).

⁶ A partir de cuanto Isabela acaba de decir, Allen (99) da por seguro un previo encuentro de los dos enamorados en Illescas. No sólo: sugiere que éste hubo de tener lugar en el viaje entre Toledo y Madrid y afirma que la evocación de Illescas sugiere la época de Carlos V. Por mi parte, creo que Isabela está ganando tiempo, despistando, «improvisando» en torno a la noche *mágica* de San Juan (que tal vez haya sido festejada no muchos días atrás) y basta —pero no es poco. Como conciliación del contraste entre la doble alusión a la corte, a Toledo y a Madrid, sinceramente me parece preferible la explicación ofrecida en III, 20 (623-624 y nota 6).

Combet (C, 1981: 55) cree que los amores de los dos jóvenes han llegado muy adelante en España. Molho, por su parte (B, 1994: 471), interpreta fantasiosamente: «C'est après avoir sacrifié au rite du feu qu'Isabelle et André sont montés, au point de l'aube, cueillir des guignes, qui sont fruits rouges dont la pulpe juteuse évoque le sang (l'équivalence 'guigne', 'cerise' / 'amour', femme amoureuse est assuré par le folklore). Dans ces fasceau de symboles, on aura reconnu la suite du discours équivoque d'Isabelle sur les éperons sans rosette et les broches non pointues. L'amour ayant été sans doute consommé, il n'est de solution que l'épousaille». (Cfr. también C, 1996: 678.)

—Aun bien —replicó Marulo— que esté mi hijo cogiendo guindas y no espulgándose, que es más propio de los estudiantes⁷.

—Los estudiantes que son caballeros —respondió Isabela, de pura fantasía—, pocas veces se espulgan, pero muchas se rascan: que estos animalejos que se usan en el mundo tan de ordinario son tan atrevidos que así se entran por las calzas de los príncipes como por las frazadas de los hospitales⁸.

—Todo lo sabes, malino —dijo el médico—; bien parece que eres viejo —y esto encaminando su razón al demonio que pensaba que tenía Isabela en el cuerpo.

Estando en esto, que no parece sino que el mismo Satanás lo ordenaba, entró el tío de Isabela con muestras de grandísima alegría, diciendo:

—¡Albricias, sobrina mía; albricias, hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Juan Bautista, que está presente! ¡Ea, dulce esperanza mía, cúmplenos la que nos has dado de que has de quedar libre en viéndole! ¡Ea, demonio maldito, *vade retro, exi foras*⁹, sin

⁷ Sarna, pulgas, piojos, etc., parecieron en la época, junto con el hambre, cosa poco menos que connatural a la condición estudiantil. El mismo C. tuvo ocasión de referirse a estas plagas, siquiera fuera de paso y como «en negativo», en *CdP*.

⁸ RM (V, 298) recuerda que, en años anteriores a C., llamar por su nombre a *estos animalejos* no era cosa contraria a la decencia. Las deplorables condiciones sanitarias hacían realidad cuanto aludido por Isabela. Más tarde, sin embargo, aunque la higiene no mejoró, la lengua cortesana comenzó a evitar nombrar ciertas cosas. Testimonio insuperable tanto de la reciente necesidad de la circunlocución como de la persistente difusión del «fenómeno» son los conocidos versos de santa Teresa, escritos con ocasión de la bendición de los hábitos de un grupo de monjitas: «Pues nos dais vestido nuevo, / rey celestial, / librad de la mala gente / este sayal». Donde *mala gente* no está por el mundo, el demonio, 'los malos', sino, más prosaicamente, por 'los piojos' (también conocidos como el *ganadillo*: cfr. P. Pineda, *Agricultura...* (diál. IV, secc. 3).

⁹ *vade retro, exi foras*. Para *vade retro*, cfr. Mateo 4, 10. Para *exi foras*, cfr. *Rituale romanum*, a. v. *exorcismus*. La frase completa es «Vicit leo de tribu Iuda, fugite partes adversas, fugite». La primera parte deriva del *Apocalipsis* 5, 5.

que lleves pensamiento de volver a esta estancia, por más barrida y escombrada que la veas!¹⁰.

—Venga, venga —replicó Isabel— ese putativo Ganimedes, ese contrahecho Adonis¹¹, y déme la mano de esposo, libre, sano y sin cautela; que yo le he estado aquí aguardando más firme que roca puesta a las ondas del mar, que la tocan, mas no la mueven.

Entró de camino Andrea Marulo, a quien ya en casa de su padre le habían dicho la enfermedad de la extranjera Isabel y de cómo le esperaba para darle por señal de la salida del demonio. El mozo, que era discreto y estaba prevenido, por las cartas que Isabel le envió a Salamanca, de lo que había de hacer si la alcanzaba en Luca, sin quitarse las espuelas acudió a la posada de Isabel y entró por su estancia como atontado y loco, diciendo:

—¡Afuera, afuera, afuera;
aparta, aparta, aparta;
que entra el valeroso Andrea,
cuadrillero...

mayor de todo el infierno, si es que no basta de una escuadra!^{c,12}.

^c Como en *PECP*, resalto los versos citados.

¹⁰ AA escribe: «Conjuros, barrer la casa y el demonio han andado siempre unidos desde hace mucho tiempo en las supersticiones populares, v. [RM], *Ensalmo y conjuros en España y América*, págs. 18-19». Todo está muy bien, pero, a mi parecer, a lo que las palabras del buen Carducho remiten *inmediatamente* no es otra cosa que a Mateo 12, 43-45: «Cum autem immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca arida, quaerens requie, et non invenit. Tunc dicit: Revertar in domum meum, unde exivi. Et veniens invenit eam vacantem, scopis mundatam, et ornatam. Tunc vadit, et assumit septem alios spiritus secum nequiores se, et intrantes habitant ibi et fiunt novissima hominis illius peiora prioribus.»

¹¹ *contrahecho* = 'artificial', 'imitado', 'falso'. Cfr., p. ej., *Quijote*, II, 58.

¹² Andrea Marulo inserta en su intervención unos versos de romance, que resalto. Ya S-B indican que C. recuerda en esta ocasión el citado por Pérez de Hita en las *Guerras civiles de Granada*, Parte I, c. 6): «Afuera, afuera, afuera, / aparta, aparta, aparta, / que entra el valeroso Muza, / cuadrillero en unas cañas.» Añadiré, por mi cuenta, que la alusión a estos cuatro primeros versos (los dos primeros, en realidad, no octosílabos, sino mera incrustación

Con este alboroto y voces, casi quedaron admirados los mismos que sabían la verdad del caso; tanto, que dijo el médico y aun su mismo padre:

—Tan demonio es éste como el que tiene Isabela.

Y su tío dijo:

—Esperábamos a este mancebo para nuestro bien y creo que ha venido para nuestro mal.

—Sosiégate, hijo, sosiégate —dijo su padre—, que parece que estás loco.

—¿No lo ha de estar —dijo Isabela—, si me vee a mí? ¿No soy yo, por ventura, el centro donde reposan sus pensamientos?¹³ ¿No soy yo el blanco donde asestan sus deseos?

—Sí, por cierto —dijo Andrea—; sí, que vos sois señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo y vida de mi muerte. Dadme la mano de ser mi esposa, señora mía, y sacadme de la esclavitud en que me veo a la libertad de verme debajo de vuestro yugo; dadme la mano, digo otra vez, bien mío, y alzadme de la humildad de ser Andrea Marulo a la alteza de ser esposo de Isabela Castrucho¹⁴. Vayan de aquí fuera los demonios que quisieren estorbar tan sabroso nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta.

—Tú dices bien, señor Andrea —replicó Isabela—, y, sin que aquí intervengan trazas, máquinas ni emblecos, dame esa mano de esposo y recíbeme por tuya.

Tendió la mano Andrea y, en aquel instante, alzó la voz Auristela y dijo:

—Bien se la puede dar, que para en uno son.

Pasmado y atónito, tendió también la mano su tío de Isabela y trabó de la de Andrea, y dijo:

—¿Qué es esto, señores? ¿Úsase en este pueblo que se case un diablo con otro?

—Que no —dijo el médico—, que esto debe de ser burlando, para que el diablo se vaya, porque no es posible que

del grito de aviso cuando llegaba a toda velocidad un caballo o un coche, pero también el de la guardia real, para abrir camino al soberano entre la multitud) es muy frecuente en la literatura de la época. Cfr. *PECP* (200-201).

¹³ Cfr. II, 3 (289, con nota 14) y III, 1 (427, con nota 1).

¹⁴ Cfr. II, 19 (405 y nota 1).

este caso que va sucediendo pueda ser prevenido por entendimiento humano.

—Con todo eso —dijo el tío de Isabela—, quiero saber de la boca de entrambos qué lugar le daremos a este casamiento: ¿el de la verdad o el de la burla?

—El de la verdad —respondió Isabela—; porque ni Andrea Marulo está loco ni yo endemoniada. Yo le quiero y escojo por mi esposo, si es que él me quiere y me escoje por su esposa.

—No loco ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal cual Dios ha sido servido de darme¹⁵.

Y, diciendo esto, tomó la mano de Isabela, ella le dio la suya y, con dos síes, quedaron indubitablemente casados¹⁶.

¹⁵ Cfr. el *Entremés famoso de la endemoniada*, de Quevedo, con el que este episodio coincide en no pocos puntos.

¹⁶ AA, refiriéndose al casamiento de Ruperta y Croriano, escribe: «Este matrimonio, como el de Isabela Castrucho y Andrea Marulo, son canónicamente irregulares en el momento postridentino, en lo que hace hincapié A. Castro [C, 1925: 349-352], pero son artísticamente impecables, por lo que no hay que ver en el novelista C. a un librepensador, cuando presenta al matrimonio como una gran aventura.» No me interesa discutir lo último; sí, en cambio, recordar —a propósito de lo primero: de lo *anticanónico*— que este adjetivo se puede aplicar a los dos matrimonios si pensamos en el momento en que C. ha escrito estas páginas, pero no (o por lo menos no de manera tan absoluta) si pensamos en la época en que la acción del *Persiles* se desarrolla: 1557-1559. En estos años, los decretos tridentinos estaban aún por venir. Allen (99), tras referirse también a Castro, indica que la única diferencia entre este matrimonio y otros del *Persiles* consiste en que, ahora, dos sacerdotes lo declararán dentro de un momento válido. Por mi parte, recordaré algo todavía más contrario a las disposiciones del Concilio de Trento, y perpetrado nada menos que por un fraile... que era también artista (para seguir hablando en los términos de AA): el casamiento *de burla*, que luego resulta declarado legal, en *Desde Toledo a Madrid*, de Tirso de Molina (acto III). Y lo mismo vuelve a ocurrir en *El amor médico*, del mismo autor (acto III). Al lado de estos últimos, el matrimonio *por industria* de Basilio y Quiteria (*Quijote*, II, 21) resulta más convincente ...y más *respectable*.

Una importancia a mi parecer desmesurada da a la aventura Wilson (C, 1991: 223-247). En fin, siento no poder seguir el razonamiento (sin duda estimulante, pero aventurado, por no decir gratuito) de Molho (C, 1994: 54): «Qu'on observe en outre que le marié s'appelle *Andrea*, c'est-à-dire *andros*, l'homme, et qu'Isabelle (Elisabeth, la mère absoute, donne naissance au Fils de l'Homme, dont le père s'appelle (pouvait-il en être autrement?) Giambattista, soit: Jean-Baptiste, ou le Précurseur. / Mais le plus étrange est que le

—¿Qué es esto? —dijo Castrucho— ¿Otra vez? ¡Aquí de Dios! ¡Cómo! ¿Y es posible que así se deshonren las canas deste viejo?

—No las puede deshonrar —dijo el padre de Andrea— ninguna cosa mía. Yo soy noble y, si no demasíadamente rico, no tan pobre que haya menester a nadie. No entro ni salgo en este negocio; sin mi sabiduría se han casado los muchachos: que, en los pechos enamorados, la discreción se adelanta a los años y si, las más veces, los mozos en sus acciones disparan^{d,17}, muchas aciertan y, cuando aciertan, aunque sea acaso, exceden con muchas ventajas a las más consideradas. Pero mírese, con todo eso, si lo que aquí ha pasado puede pasar adelante, porque, si se puede deshacer, las riquezas de Isabela no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo.

Dos sacerdotes, que se hallaron presentes, dijeron que era válido el matrimonio, supuesto que, si con parecer de locos le habían comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le habían confirmado.

—Y de nuevo le confirmamos —dijo Andrea.

Y lo mismo dijo Isabela. Oyendo lo cual su tío, se le cayeron las alas del corazón¹⁸ y la cabeza sobre el pecho y, dando un profundo suspiro, vuelto los ojos en blanco, dio muestras de haberle sobrevenido un mortal parasismo. Lleváronle sus criados al lecho, levantóse del suyo Isabela, llevóla Andrea a casa de su padre, como a su esposa, y, de allí a dos días,

^d M3: *disparatan*
M22: *disiparan*

Fils de l'Homme n'a pu être conçu que dans un ventre apparemment démoniaque, comme si miracle et démonomanie n'étaient qu'une seule et même chose.» (Cfr. también C, 1996: 679.)

¹⁷ C., sin duda, juega del vocablo, a base a *disparar* y *acertar*, pero se debe decir que *disparar*, y derivados, significaba también 'disparatar', y derivados. Cfr. PECP (201-202).

¹⁸ Cfr. RM (IV, 64): a propósito de un pasaje de *Quijote*, II, 7, recuerda otro de *LIF* y el hecho de que «el vulgo llama *alas del corazón* a las aurículas y supone, no tan hiperbólicamente como podría creerse, que algo tan grave como *caérsele las alas* causan en él pesares hondos».

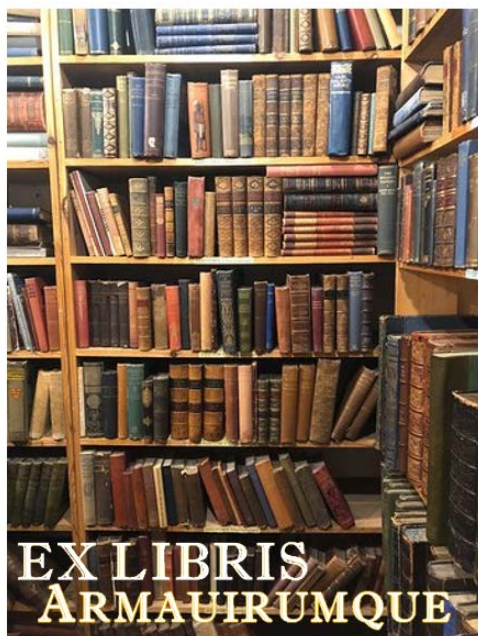
entraron por la puerta de una iglesia un niño, hermano de Andrea Marulo, a bautizar; Isabela y Andrea, a casarse, y a enterrar el cuerpo de su tío, porque se vean cuán extraños son los sucesos desta vida: unos a un mismo punto se bautizan, otros se casan y otros se entierran. Con todo eso, se puso luto Isabela, porque esta que llaman muerte mezcla los tálamos con las sepulturas y las galas con los lutos¹⁹.

Cuatro días más estuvieron en Luca nuestros peregrinos y la escuadra de nuestros pasajeros, que fueron regalados de los desposados y del noble Juan Bautista Marulo.

Y aquí dio fin nuestro autor al tercero libro desta historia.

¹⁹ Esta clamorosa «coincidencia» se encuentra también en *ELV*. La diferencia, si acaso, consiste en que en la *novela ejemplar* nos hallamos ante una simple *situación aforística* o *apostegmática*, mientras que en el *Persiles* tenemos una *verdadera situación dramática*. Cfr. además Heliodoro (II, 101, donde se habla de hachas de boda que sirven también al día siguiente para el entierro de la esposa) y Tirso de Molina, *No le arriendo la ganancia* y *La celosa de así misma* (cfr. R. Lee Kerfney, «Sobre la relación...»: 232). En su estado actual, el texto no puede ser leído más que de *una* manera. No dudo, sin embargo, que, más pronto o más tarde, alguien hipotizará una enmienda censoria (si bien se piensa, no imposible, aunque no sea «probable») y defenderá que el niño es *hijo* —no *hermano*— de Andrea. Cosa que, por supuesto, no han llegado a afirmar ni Combet ni Molho.

Libro cuarto
de los trabajos de Persiles y Sigismunda.
Historia setentrional



CAPÍTULO PRIMERO DEL CUARTO LIBRO^a

Disputóse entre nuestra peregrina escuadra, no una sino muchas veces, si el casamiento de Isabela Castrucha, con tantas máquinas fabricado, podía ser valedero; a lo que Periandro muchas veces dijo que sí, cuanto más, que no les tocaba a ellos la averiguación de aquel caso. Pero lo que a él le había descontentado era la junta del bautismo, casamiento y la sepultura^b, y la ignorancia del médico, que no atinó con la traza de Isabela ni con el peligro de su tío¹. Unas veces trataban en esto y, otras, en referir los peligros que por ellos habían pasado. Andaban Croriano y Ruperta, su esposa, atentísimos, inquirendo quién fuesen Periandro y Auristela, Antonio y Constanza; lo que no hacían por saber quién fuesen las tres damas francesas, que, desde el punto que las vieron, fueron dellos conocidas.

Con esto, a más que medianas jornadas, llegaron a Acquapendente, lugar cercano a Roma²; a la entrada de la cual villa, adelantándose un poco Periandro y Auristela de los de-

^a M5 y seguidoras: *Dase cuenta del razonamiento que pasó entre Periandro y Auristela*

^b M22: *bautismo, casamiento*

¹ Insistiendo en su interpretación, Molho (C, 1996: 679) afirma: «el racionalista Periandro conden[a] 'la ignorancia del médico' que no llegó a reconocer (tal vez tendría excusa) que Isabel estaba encinta».

² En italiano, *Acquapendente*. Pueblo situado en la actual provincia de Viterbo, etapa en el viaje de Siena a Roma, de la que —hoy— dista unos 150 kms, siguiendo en general el trazado de la antigua Vía Casia. Presente también en *LEI*.

más, sin temor que nadie los escuchase ni oyese, Periandro habló a Auristela desta manera:

—Bien sabes, ¡oh señora!, que las causas que nos movieron a salir de nuestra patria y a dejar nuestro regalo fueron tan justas como necesarias. Ya los aires de Roma nos dan en el rostro; ya las esperanzas que nos sustentan nos bullen en las almas; ya ya hago cuenta que me veo en la dulce posesión esperada. Mira, señora, que será bien que des una vuelta a tus pensamientos y, escudriñando tu voluntad, mires si estás en la entereza primera, o si lo estarás después de haber cumplido tu voto; de lo que yo no dudo, porque tu real sangre no se engendró entre promesas mentirosas ni entre dobladas trazas. De mí te sé decir, ¡oh hermosa Sigismunda!, que este Periandro que aquí ves es el Persiles que en la casa del rey, mi padre, viste; aquel, digo, que te dio palabra de ser tu esposo en los alcázares de su padre y te la cumplirá en los desiertos de Libia, si allí la contraria fortuna nos llevase³.

Íbale mirando Auristela atentísimamente, maravillada de que Periandro dudase de su fe; y, así, le dijo:

—Sola una voluntad, ¡oh Persiles!, he tenido en toda mi vida, y ésa habrá dos años⁴ que te la entregué, no forzada, sino de mi libre albedrío; la cual tan entera y firme está agora como el primer día que te hice señor della; la cual, si es posible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre los muchos trabajos que hemos pasado. De que tú estés firme en la tuya me mostraré tan agradecida que, en cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en posesión tus esperanzas. Pero, dime: ¿qué haremos, después que una misma coyunda nos ate y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Lejos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las ajenas, sin arrimo que sustente la yedra de nuestras incomodidades. No digo esto porque me falte el

³ El colmo, tópico, de la intolerabilidad, por calor, como Bactro o Scitia lo era del frío.

⁴ Con algún mes de añadido, ésta es efectivamente la duración de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*: uno año —más o menos— como «poema activo», como acción en el presente, y otro —más o menos— recuperado, a base de relatos de los dos protagonistas.

ánimo de sufrir todas las del mundo, como esté contigo, sino dígolo porque cualquiera necesidad tuya me ha de quitar la vida. Hasta aquí, o poco menos de hasta aquí, padecía mi alma en sí sola, pero, de aquí adelante, padeceré en ella y en la tuya; aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son más que una.

—Mira, señora —respondió Periandro—: como no es posible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dicen que cada uno es el artífice della, desde el principio hasta el cabo⁵, así, yo no puedo responderte agora lo que haremos después que la buena suerte nos ajunte. Rómpase agora el inconveniente de nuestra división, que, después de juntos, campos hay en la tierra que nos sustenten, y chozas que nos recojan, y hatos⁶ que nos encubran: que a gozarse dos almas que son una, como tú has dicho, no hay contentos con

^c M1: *años*

Adopto la enmienda de M7, M8, M9, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M21, BA1, *PECP*, AH.

⁵ En esta tercera aparición, el motivo resulta más limitado que en las dos precedentes ocasiones (cfr. II, 5 [304 y nota 20] y, sobre todo, 12 [358]). No se olvide, sin embargo, la circunstancia en que están escritas estas frases. A un paso de la tumba, de vuelta ya de todo, *este C.* no contradice a los anteriores *C.* (incluido, por supuesto, el de los dos primeros libros del *Persiles*), sino que los complementa con una sabiduría definitivamente desencantada.

⁶ *hatos*. Pero no en la acepción, propuesta por *DHLE*, de 'sitio(s) que fuera de las poblaciones eligen los pastores para comer y dormir durante su estada allí con el ganado', sino en la de 'vestidos'.

En el pasaje cervantino hay una nominación sistemática de cosas que sirven para *sustentarse, recogerse y...cubrirse*. Uno no *se cubre* en modo propio en un *hato* de pastores. A lo más, *se recoge*, con lo que tendríamos una *reduplicatio*, que, como en no pocas ocasiones, en el *Persiles* y en otras obras del autor, podría revelarse más aparente que real. En la literatura española de los siglos xv al xviii, *hato* —y *ato*— aparece(n) muy a menudo con el preciso significado de *vestido*. En *PECP* (203-205), doy no menos de doce testimonios (que hoy podría hacer llegar al doble), espaciando de Juan del Encina a Gregorio Francisco de Salas. En todos ellos domina un fuerte sabor a campo —y a clase menestral, en los de la última época. El término, en boca de Periandro, no disuena en absoluto, dado el contexto. La serie resulta, así, perfectamente plausible: *campos* que nos sustenten / *chozas* que nos recojan / *atos* que nos cubran (= 'vistan').

que igualarse, ni dorados techos⁷ que mejor nos alberguen. No faltará medio para que mi madre, la reina, sepa donde estamos, ni a ella le faltará industria para socorrernos; y, en tanto, esa cruz de diamantes que tienes y esas dos perlas inestimables comenzarán a darnos ayudas; sino que temo que, al deshacernos dellas, se ha de deshacer nuestra máquina, porque ¿cómo se ha de creer que prendas de tanto valor se encubran debajo de una esclavina?⁸

Y, por venir dándoles alcance la demás compañía, cesó su plática, que fue la primera que habían hablado en cosas de su gusto, porque la mucha honestidad de Auristela jamás dio ocasión a Periandro a que en secreto la hablase y, con este artificio y seguridad notable, pasaron la plaza de hermanos entre todos cuantos hasta allí los habían conocido; solamente en el desalmado y ya muerto Clodio pasó la malicia tan adelante que llegó a sospechar la verdad⁹.

Aquella noche llegaron una jornada antes de Roma y, en un mesón, adonde siempre les solía acontecer maravillas, les aconteció ésta, si es que así puede llamarse: estando todos sentados a una mesa, la cual la solicitud del huésped y la diligencia de sus criados tenían abundantemente proveída, de un aposento del mesón salió un gallardo peregrino con unas escribanías sobre el brazo izquierdo¹⁰ y un carta-

⁷ Cfr. I, 16 (226 y nota 6).

⁸ Debajo de ua esclavina (larga), a su vez cubierta con una muceta (corta). Cfr. III, 6 (486-487).

⁹ Osuna (1972: 80) escribe: «No es ello así, pues ya Cenotia había dicho a Policarpo, hablando de Periandro, 'que podía ser que no fuese su hermano' [II, 11: 352], e incluso el simple marinero que les propone la huida de la isla se dirige a Periandro acotando lo siguiente: 'vos, que *decís* que sois su hermano' [II, 10: 337]». Aparte el hecho de que esto último *no cuenta*, porque lo refiere el propio Periandro, seguro de no comprometerse en absoluto, sorprende que Osuna haya olvidado las más fundadas de las sospechas (la experimentada por Transila y Mauricio I, 23: 269-270), ante las palabras de Auristela, que «pierde el control» y deja entrever demasiado, a causa de los celos que le ha provocado Sinforosa, a través del relato del capitán, y ciertas dudas de Arnaldo (II, 3 [287], pero sobre todo todo 15 [383]).

¹⁰ El uso del plural es muy frecuente. Los niños, en la escuela, y los escribanos o los secretarios en el desarrollo de sus funciones, etc., las llevaban pendientes del cinturón o *cinta*. Cfr., p. ej., Castillo Solórzano, *El Proteo de Madrid* (en *Tardes entretenidas*: 141 y 170).

pacio en la mano y, habiendo hecho a todos la debida cortesía, en lengua castellana dijo:

—Este traje de peregrino que visto (el cual trae consigo la obligación de que pida limosna el que lo trae), me obliga a que os la pida¹¹, y tan aventajada y tan nueva que, sin darme joya alguna ni prendas que lo valgan, me habéis de hacer rico. Yo, señores, soy un hombre curioso: sobre la mitad de mi alma predomina Marte y, sobre la otra mitad, Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al ejercicio de la guerra y, algunos otros, y los mas maduros, en el de las letras¹²; en los de la guerra he alcanzado algún buen nombre y, por los de las letras, he sido algún tanto estimado; algunos libros he impreso, de los ignorantes no^d condenados por malos, ni de los discretos han dejado de ser tenidos por buenos. Y como la necesidad, según se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mío, que tiene un no sé qué de fantástico e inventivo, ha dado en una imaginación algo peregrina y nueva y es que, a costa ajena, quiero sacar un libro a luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ajeno y, el provecho, mío. El libro se ha de llamar *Flor de aforismos peregrinos*; conviene a saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: cuando, en el camino o en otra parte, topo alguna persona cuya apariencia^e muestre ser de ingenio y de prendas, le pido me escriba en este cartapacio algún dicho agudo, si es que le sabe, o alguna sentencia que lo parezca¹³, y, de esta manera, tengo apuntados más de trecientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mío, sino de su mismo autor, que lo firmó de su

^d M1, AH: *non*

^e M1: *esperiencia*

Adopto la lección de M7 y todas las eds. posteriores, a excepción de M16, M23, AH.

¹¹ Cfr. I, III, 2 (440 y nota 3).

¹² Así en todas las eds. El *en* parece debido a contaminación con el de la frase siguiente.

¹³ No está claro que se pueda discernir siempre la *experiencia* de una persona por su *apariencia*. A mi parecer (y al de varios precedentes editores), sí lo está en cambio que el peregrino se dirige a los que, precisamente por su aspecto, les atribuye la condición de «personas de ingenio y de prendas».

nombre después de haberlo dicho. Ésta es la limosna que pido y la que estimaré sobre todo el oro del mundo.

—Dadnos, señor español —respondió Periandro—, alguna muestra de lo que pedís, por quien nos guíemos, que, en lo demás, seréis servido como nuestros ingenios lo alcanzaren.

—Esta mañana —respondió el español— llegaron aquí, y pasaron de largo, un peregrino y una peregrina españoles, a los cuales, por ser españoles, declaré mi deseo, y ella me dijo que pusiese de mi mano (porque no sabía escribir) esta razón:

Más quiero ser mala con esperanza de ser buena, que buena con propósito de ser mala.

«Y díjome que firmase: La peregrina de Talavera. Tampoco sabía escribir el peregrino, y me dijo que escribiese:

*No hay carga más pesada que la mujer liviana*¹⁴.

»Y firmé por él: Bartolomé el Manchego. Deste modo son los aforismos que pido; y los que espero desta gallarda compañía serán tales que realcen a los demás y les sirvan de adorno y de esmalte.

—El caso está entendido —respondió Croriano—, y, por mí —tomando la pluma al peregrino y el cartapacio—, quiero comenzar a salir desta obligación y escribo:

*Más hermoso parece el soldado muerto en la batalla que sano en la huida*¹⁵.

¹⁴ El aforismo consta en la colección de Correas y en la *Floresta* de M. de Santa Cruz (n. 864). Cfr. también Maxime Chevalier, *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro* (Madrid, Gredos, 1975: 193-195).

¹⁵ La máxima aparece también en *Quijote*, II, prólogo. En este último lugar, C. la atribuye a Terencio. Los comentaristas clásicos se limitan a indicar que no se encuentra en el *corpus* del comediógrafo latino. Arturo Marasso (*C. La invención del «Quijote»*, Buenos Aires, Librería Hachette, 1954: 142) sospecha que hay un error de impresión y que se debe entender Tirteo, quien escribió: «Porque es hermoso que un valiente muera, caído en las primeras filas, luchando por su patria (*Elegía VI*, 1-2)». Si no es que C. se burla, amablemente, del lector (sobre todo, del que tenga pretensiones de erudito), como, cuando en el mismo prólogo cita —mal— a Horacio.

Y firmó: Croriano. Luego tomó la pluma Periandro y escribió:

*Dichoso es el soldado que, cuando está peleando, sabe que le está mirando su príncipe*¹⁶.

Y firmó. Sucedióle el bárbaro Antonio, y escribió:

La honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es más firme que las demás honras.

Y firmóse: Antonio el bárbaro.

Y como allí no había más hombres, rogó el peregrino que también aquellas damas escribiesen, y fue la primera que escribió Ruperta. Y dijo:

La hermosura que se acompaña con la honestidad es hermosa y, la que no, no es más de un buen parecer.

Y firmó. Segundóla Auristela y, tomando la pluma, dijo:

*La mejor dote que puede llevar la mujer principal es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta o la fortuna la deshace*¹⁷.

Y firmó. A quien siguió Constanza, escribiendo:

No por el suyo, sino por el parecer ajeno, ha de escoger la mujer el marido.

Y firmó. Félix Flora escribió también, y dijo:

A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa, pero a mucho más las fuerzas del gusto.

¹⁶ Cfr., p. ej., Lope de Vega, *La contienda de Diego de Paredes* (acto I).

¹⁷ La primera parte de este aforismo apareció ya, en labios de Martina (o Marina), en III, 6 (499 y nota 37).

Y firmó. Y siguiendo Belarminia, dijo:

*La mujer ha de ser como el armiño, dejándose antes prender que enlodarse*¹⁸.

Y firmó. La última que escribió fue la hermosa Deleasir, y dijo:

Sobre todas las acciones de esta vida tiene imperio la buena o la mala suerte, pero más sobre los casamientos.

Esto fue lo que escribieron nuestras damas y nuestros peregrinos, de lo que el español quedó agradecido y contento. Y, preguntándole Periandro, si sabía algún aforismo de memoria de los que tenía allí escritos, le dijese, a lo que respondió que sólo uno diría, que le había dado gran gusto por la firma del que lo había escrito, que decía:

*No desees y serás el más rico hombre del mundo*¹⁹.

Y la firma decía: «Diego de Ratos, corcovado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la Vieja, junto a Valladolid»²⁰.

¹⁸ El *armiño* «tiénese por símbolo de la pureza, pues, por no manchar su piel, se deja coger de los cazadores, y por eso se dijo el emblema: 'Antes morir que ensuciarse'» (DA). C. alude a esto también en *Quijote*, I, 32. RM (III: 42) da un autor a la empresa arriba citada (en latín, «Prius mori quam foedari»): Paulo Jovio, e indica la fuente de la empresa: Plinio. Convendrá recordar que C. no sigue, en este caso, a Olao Magno, quien formalmente desautoriza la creencia popular: cfr. *Historia.*, XVII, 15).

Colahan (C, 1994: 29) pone en justa relación el nombre de la firmante y el animal aludido en el aforismo.

¹⁹ Recuérdesse el «*Omnia mecum porto*», atribuido a Bías por Cicerón (*Paradoxa Stoicorum*, I, 1, 8) y el «*Omnia [...] bona mea mecum porto*» de Séneca (*Epist. ad Lucilio*), divulgados todavía más gracias al emblema n. XXXXVII de A. Alciato, titulado precisamente «*Omnia mea mecum porto*». Entre los textos españoles en que aparece (ya en la formulación cervantina, ya en la contraria: el rico ávido será siempre un desgraciado), cfr. *Celestina* (acto I), Alonso de Barros (*Proverbios morales*: 235-236) y Lope de Vega (*Las cuentas del Gran Capitán*, acto II).

²⁰ S-B (y, tras ellos, Luibimov, Rothbauer, W-C, Molho y Ruffinatto) suponen que C. ha podido aludir a una persona realmente existida con este *Diego de Ratos*, que, para ellos, sería nada menos que el escritor oculto bajo

—¡Por Dios —dijo Antonio—, que la firma está larga y tendida y que el aforismo es el más breve y compendioso que puede imaginarse! Porque está claro que lo que se desea es lo que falta y el que no desea, no tiene falta de nada y, así, será el más rico del mundo.

Algunos otros aforismos dijo el español, que hicieron sabrosa la conversación y la cena. Sentóse el peregrino con ellos y, en el discurso de la cena, dijo:

—No daré el privilegio de este mi libro a ningún librero en Madrid, si me da por él dos mil ducados; que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios de balde o, a lo menos, por tan poco precio que no le luzga^f al autor del libro²¹. Verdad es que tal vez suelen comprar un privilegio y imprimir un libro con quien piensan enriquecer, y pierden en él el trabajo y la hacienda; pero el de estos aforismos escrito se lleva en la frente la bondad y la ganancia²².

^f M7, M8, M9, NY, MI0, B5, Par6, M13, M14, M15, M18, M19, M21, M22: *luzcan*

Vall: *juzgan*

B10, B11: *juzga*

el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda. Todavía en el siglo XIX, Adolfo de Castro había pensado que se trataba de la contrafigura de Ruiz de Alarcón (su candidato a la autoría del *Quijote* de 1614: cfr. *Varias obras inéditas de C.*: 245 y ss.). Yo no creo que haya argumentos suficientes para afirmar que C. está atacando a su rival. En las líneas que siguen se verá que nuestro autor *no* se encarniza con el «zapatero de viejo» porque propone un aforismo que, sin duda, no es hijo de su minerva (en conciencia, ¿cómo habría podido hacerlo, si —como se ha visto— él mismo toma de la tradición culta los que atribuye a los otros personajes?), sino que se limita a ironizar sobre la innecesaria longitud de la firma, tras una sentencia tan breve y preñada.

²¹ Para la publicación de un libro en la España de la época, con la frecuente venta del *privilegio* a un librero (cfr. *preliminares*, 101 y nota 11). El rencor de C. para con este gremio se había manifestado ya en *ELV* y en *Quijote*, II, 62. Los *dos mil ducados* que el peregrino afirma pretender por su *Flor de aforismos* constituyen una suma hiperbolizada de propósito. Baste pensar que C., ya escritor famoso, autor del vendidísimo *Quijote* de 1605, recibió por el *privilegio* de las *NE* (con pérdida, pues, de otro cualquier derecho sobre ellas) mil seiscientos reales, correspondientes a... *ciento cuarenta y cinco ducados*.

²² Dada la costumbre de C., el peregrino de los aforismos muy bien podría ser el resultado de la «personajización» de un amigo —o enemigo.

CAPÍTULO SEGUNDO DEL CUARTO LIBRO^a

Bien podía intitular^{b,1} el libro del peregrino español *Historia peregrina sacada de diversos autores*, y dijera verdad, según habían sido y iban siendo los que la componían; y no les dio poco que reír la firma de Diego de Ratos, el zapatero de viejo, y aun también les dio que pensar el dicho de Bartolomé el manchego, que dijo que no había carga más pesada que la mujer liviana: señal que le debía de pesar ya la que llevaba en la moza de Talavera.

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Llegan a las cercanías de Roma y, en un bosque, encuentran a Arnaldo y al duque de Nemurs, heridos en desafío*

^b M1, Par1, B1, V, P1, L, Bru, P2, M4: intitular el libro del Peregrino

Adopto la enmienda de M3, M5, M6, B2, B3, B4.

A partir de M7, todas las eds. (a excepción de M16, B9, M17, M18, BA2, B10, B11, M12) leen intitularse el libro del peregrino

A. de Castro (*Varias obras...*: 235) piensa que nuestro novelista se está refiriendo a Cristóbal Pérez de Herrera; A. Marasso (C.: *La invención del «Quijote»*: 301-303) que a Juan Valladares de Valdelomar, autor de la *Flor de sentencias y lugares comunes*, y A. Sánchez (C, 1955: 220 y ss.) que este episodio es parodia de *ELV*.

Para Salvador Díaz de Benjumea, nuestro autor se revela en estas páginas del *Persiles* como el verdadero «inventor del álbum» (*apud* Leopoldo Rius, *Bibliografía crítica de las obras de C.*: III, 399-400). Lo mismo piensan Armando Cotarelo Vallador (C. lector: 104) y Amezúa (C., *creador de la novela corta española*: 433).

Según F. Márquez Villanueva (*Fuentes literarias cervantinas*, Madrid, Gredos, 1973: 170), «en el *Persiles* nos hace además la confidencia de que entre los propósitos inconclusos de su vejez quedó también el de un libro misceláneo...» Alguna duda cabe abrigar acerca de la genuinidad de este «propósito inconcluso». Que, si bien de modo algo distinto (es decir, a base de reunir bajo diferentes lemas una interesante colección de máximas o pensamientos sacados de las obras narrativas del propio C. —por lo que sólo le corresponde el primero de los títulos, de ninguna manera el segundo) ha visto la luz en 1994, al cuidado de Aldo Ruffinatto.

¹ Las dos enmiendas propuestas son sensatas, pero de ninguna manera necesarias.

En esto fueron hablando otro día que dejaron al español, moderno y nuevo autor de nuevos y esquisitos libros, y aquel mismo día vieron a Roma, alegrándoles las almas, de cuya alegría redundaba salud en los cuerpos. Alborozáronse los corazones de Periandro y de Auristela, viéndose tan cerca del fin de su deseo; los de Croriano y Ruperta, y los de las tres damas francesas, ansimismo, por el buen suceso que prometía el fin próspero de su viaje, entrando a la parte de este gusto los de Constanza y Antonio. Heríales el sol por cenit, a cuya causa, puesto que está más apartado de la tierra que en ninguna otra sazón del día, hiere con más calor y vehemencia; y, habiéndoles convidado una cercana selva que a su mano derecha se descubría, determinaron de pasar en ella el rigor de la siesta que les amenazaba, y aun quizá la noche, pues les quedaba lugar demasiado para entrar el día siguiente en Roma.

Hiciéronlo así y, mientras más entraban por la selva adelante, la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las hierbas salían, los arroyos que por ella cruzaban les iban confirmando en su mismo propósito. Tanto habían entrado en ella, cuando, volviendo los ojos, vieron que estaban ya encubiertos a los que por el real camino pasaban y, haciéndoles la variedad de los sitios variar en la imaginación cuál escogerían, según eran todos buenos y apacibles, alzó acaso los ojos Auristela y vio pendiente de la rama de un verde sauce un retrato, del grandor de una cuartilla de papel, pintado en una tabla, no más del rostro de una hermosísima mujer; y, reparando un poco en él, conoció claramente ser su rostro el del retrato y, admirada y suspensa, se le enseñó a Periandro.

A este mismo instante dijo Croriano que todas aquellas hierbas manaban sangre, y mostró los pies en caliente sangre teñidos. El retrato, que luego descolgó Periandro, y la sangre que mostraba Croriano los tuvo confusos a todos y en deseo de buscar así el dueño del retrato como el de la sangre. No podía pensar Auristela quién, dónde o cuándo pudiese haber sido sacado su rostro, ni se acordaba Periandro que el criado del duque de Nemurs le había dicho que el pintor que sacaba los de las tres francesas damas sacaría

también el de Auristela con no más de haberla visto, que, si de esto él se acordara, con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcanzaba.

El rastro que siguieron de la sangre llevó a Croriano y a Antonio, que le seguían, hasta ponerlos entre unos espesos árboles que allí cerca estaban, donde vieron, al pie de uno, un gallardo peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el corazón y todo lleno de sangre; vista que le^c turbó en gran manera, y más cuando, llegándose a él Croriano, le alzó el rostro, que sobre los pechos tenía derribado y lleno de sangre, y, limpiándosele con un lienzo, conoció, sin duda alguna, ser el herido el duque de Nemurs, que no bastó el diferente traje en que le hallaba para dejar de conocerle: tanta era la amistad que con él tenía². El duque herido (o, a lo menos, el que parecía ser el duque), sin abrir los ojos, que con la sangre los tenía cerrados, con mal pronunciadas palabras dijo:

—Bien hubieras hecho, ¡oh quienquiera que seas, enemigo mortal de mi descanso!³, si hubieras alzado un poco más la mano y dádome en mitad del corazón, que allí si que hallaras el retrato más vivo y más verdadero que el que me hiciste quitar del pecho y colgar en el árbol, porque no me sirviese de reliquias y de escudo en nuestra batalla.

Hallóse Constanza en este hallazgo y, como naturalmente era de condición tierna y compasiva, acudió a mirarle la herida y a tomarle la sangre, antes que a tener cuenta con las lastimosas palabras que decía. Casi otro tanto le sucedió

^c A partir de M7, todas las eds. leen *les*, con las solas excepciones de M17 y BA2, que prefieren *los*

² El duque de Nemurs es un príncipe de la sangre; Croriano, un noble escocés. Por supuesto, la amistad entre ambos es una libre invención cervantina, pero conviene decir que sufragada, vuelta verosímil por las objetivas condiciones históricas del momento en que parece desarrollarse la acción: en el verano de 1559. (Cfr. IV, 5: 666-667 y nota 8).

³ AA indica justamente que esta fórmula resulta documentada ya en la *Diana* de J. de Montemayor (I, 76) y que tuvo fortuna en la obra de C., «como que la usó dos veces en la *Galatea* y una en el *Quijote*».

a Periandro y a Auristela, porque la misma sangre les hizo pasar adelante a buscar el origen de donde procedía, y hallaron entre unos verdes y crecidos juncos tendido otro peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro, que descubierto y limpio tenía; y, así, sin tener necesidad de limpiársele ni de hacer diligencias para conocerle, conocieron ser el príncipe Arnaldo, que más desmayado que muerto estaba. La primera señal que dio de vida fue probarse a levantar, diciendo:

—No le llevarás, traidor, porque el retrato es mío, por ser el de mi alma; tú le has robado y, sin haberte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida.

Temblando estaba Auristela con la no pensada vista de Arnaldo y, aunque las obligaciones que le tenía la impelían a que a él se llegase, no osaba, por la presencia de Periandro; el cual, tan obligado como cortés, asió de las manos del príncipe y, con voz no muy alta, por no descubrir lo que quizá el príncipe querría que se callase, le dijo:

—Volved en vos, señor Arnaldo, y veréis que estáis en poder de vuestros mayores amigos y que no os tiene tan desamparado el cielo que no os podáis prometer mejora de vuestra suerte. Abrid los ojos, digo, y veréis a vuestro amigo Periandro y a vuestra obligada Auristela, tan deseosos de servirlos como siempre. Contadnos vuestra desgracia y todos vuestros sucesos, y prometeos de nosotros todo cuanto nuestra industria y fuerzas alcanzaren. Decidnos si estáis herido, y quién os hirió, y en qué parte, para que luego se procure vuestro remedio.

Abrió en esto los ojos Arnaldo y, conociendo a los dos que delante tenía, como pudo, que fue con mucho trabajo, se arrojó a los pies de Auristela, puesto que abrazado también a los de Periandro, que hasta en aquel punto guardó el decoro a la honestidad de Auristela; en la cual puestos los ojos, dijo:

—No es posible que no seas tú, señora, la verdadera Auristela, y no imagen suya, porque no tendría ningún espíritu licencia ni ánimo para ocultarse debajo de apariencia tan hermosa. Auristela eres, sin duda, y yo, también sin ella, soy aquel Arnaldo que siempre ha deseado servirte; en tu busca

vengo, porque, si no es parando en ti, que eres mi centro, no tendrá sosiego el alma mía⁴.

En el tiempo que esto pasaba ya habían dicho a Croriano y a los demás el hallazgo del otro peregrino, y que daba también señales de estar mal herido; oyendo lo cual Constanza, habiendo tomado ya la sangre al duque, acudió a ver lo que había menester el segundo herido; y, cuando conoció ser Arnaldo, quedó atónita y confusa y, supliendo su discreción su sobresalto, sin entrar en otras razones, le dijo le descubriese sus heridas, a lo que Arnaldo respondió con señalarle con la mano derecha el brazo izquierdo, señal de que allí tenía la herida. Desnudóle luego Constanza y hallósele por la parte superior atravesado de parte a parte; tomóle luego la sangre, que aún corría, y dijo a Periandro cómo el otro herido que allí estaba era el duque de Nemurs, y que convenía llevarlos al pueblo más cercano, donde fuesen curados, porque el mayor peligro que tenían era la falta de la sangre. Al oír Arnaldo el nombre del duque, se estremeció todo y dio lugar a que los fríos celos se entrasen hasta el alma por las calientes venas, casi vacías de sangre y, así, dijo, sin mirar lo que decía:

—Alguna diferencia hay de un duque a un rey; pero en el estado del uno ni del otro, ni aun en el de todos los monarcas del mundo, cabe el merecer a Auristela.

Y añadió^{d,5}:

—No me lleven adonde llevaren al duque, que la presencia de los agraviadores no ayuda nada a las enfermedades de los agraviados.

Dos criados traía consigo Arnaldo, y otros dos el duque, los cuales, por orden de sus señores, los habían dejado allí solos, y ellos se habían adelantado a un lugar allí cercano para tenerles aderezado alojamiento, cada uno de por sí, porque aún no se conocían.

—Miren también —dijo Arnaldo— si, en un árbol de es-

^d M1: *Y añadió y dixo*:

⁴ Cfr. II, 3 (289 y nota 4), y III, 1 (427).

⁵ La tradición, unánime, conserva lo que tiene todo el aspecto de descuido o, mejor de dos momentos de la redacción, inoportunamente mantenidos en la forma impresa.

tos que están aquí a la redonda, está pendiente un retrato de Auristela, sobre quien ha sido la batalla que entre mí y el duque hemos pasado. Quítese, déseme, porque me cuesta mucha sangre y de derecho es mío.

Casi esto mismo estaba diciendo el duque a Ruperta y a Croriano y a los demás que con él estaban; pero a todos satisfizo Periandro, diciendo que él le tenía en su poder como en depósito y que le volvería en mejor coyuntura a cuyo fuese.

—¿Es posible —dijo Arnaldo— que se puede poner en duda la verdad de que el retrato sea mío? ¿No sabe ya el cielo que, desde el punto que vi el original, le trasladé en mi alma? Pero téngale mi hermano Periandro, que en su poder no tendrán entrada los celos, las iras y las soberbias de sus pretensores. Y llévenme de aquí, que me desmayo.

Luego acomodaron en qué pudiesen ir los dos heridos, cuya vertida sangre, más que la profundidad de las heridas, les iba poco a poco quitando la vida; y, así, los llevaron al lugar donde sus criados les tenían el mejor alojamiento que pudieron. Y hasta entonces no había conocido el duque ser el príncipe Arnaldo su contrario.

CAPÍTULO TERCERO DEL CUARTO LIBRO^a

Invidiosas y corridas estaban las tres damas francesas de ver que en la opinión del duque estaba estimado el retrato de Auristela mucho más que ninguno de los suyos, que el criado que envió a retratarlas, como se ha dicho, les dijo que consigo los traía, entre otras joyas de mucha estima, pero que en el de Auristela idolatraba. Razones y desengaño que las lastimó las almas, que nunca las hermosas reci-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Entran en Roma y alójanse en casa de un judío llamado Manasés*

ben gusto, sino mortal pesadumbre, de que otras hermosuras igualen a las tuyas, ni aun que se les compare, porque la verdad, que comúnmente se dice, de que toda comparación es odiosa, en la de las bellezas viene a ser odiosísima, sin que amistades, parentescos, calidades y grandezas se opongan al rigor desta maldita envidia, que así puede llamarse la que encendía las comparadas hermosuras.

Dijo ansimismo que, viniendo el duque su señor desde París buscando a la peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se había sentado al pie de un árbol con el retrato en las manos (así hablaba con el muerto como con el original vivo) y que, estando así, había llegado el otro peregrino tan paso por las espaldas, que pudo bien oír lo que el duque con el retrato hablaba,

—...sin que yo y otro compañero mío lo pudiésemos estorbar, porque estábamos algo desviados. En fin, corrimos a advertir al duque que le escuchaban; volvió el duque la cabeza y vio al peregrino, el cual, sin hablar palabra, lo primero que hizo fue arremeter al retrato y quitársele de las manos al duque, que, como le cogió de sobresalto, no tuvo lugar de defenderle como él quisiera. Y lo que le dijo fue (a lo menos lo que yo pude entender): «Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrílegas manos la que en ellas tienes. Deja esa tabla, donde está pintada la hermosura del cielo, así porque no la mereces, como por ser ella mía.» «Eso no —respondió el otro peregrino—, y, si desta verdad no puedo darte testigos, remitiré su falta a los filos de mi estoque, que en este bordón traigo oculto. Yo sí que soy el verdadero posesor desta incomparable belleza, pues en tierras bien remotas de la que ahora estamos la compré con mis tesoros y la adoré con mi alma, y he servido a su original con mi solicitud y con mis trabajos.» El duque, entonces, volviéndose a nosotros^b, nos mandó con imperiosas razones los dejásemos solos y que viniésemos a este lugar, donde le esperásemos, sin tener osadía de volver solamente el rostro a mirarles. Lo mismo mandó el otro peregrino a

^b M1: *los otros*

A partir de M5, todas las eds. leen *nosotros*

los dos que con él llegaron, que, según parece, también son sus criados. Con todo esto, hurté algún tanto la obediencia a su mandamiento y la curiosidad me hizo volver los ojos, y vi que el otro peregrino colgaba el retrato de un árbol: no porque puntualmente lo viese, sino porque lo conjeturé, viendo que luego, desenvainado del bordón que tenía un estoque o, a lo menos, una arma que lo parecía, acometió a mi señor, el cual le salió a recibir con otro estoque que yo sé que en el bordón traía. Los criados de entrambos quisimos volver a despartir la contienda, pero yo fui de contrario parecer, diciéndoles que, pues era igual y entre dos solos, sin temor ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dejásemos y siguiésemos nuestro camino, pues en obedecerles no errábamos y, en el volver, quizá sí. Ahora, sea lo que fuere, pues no sé si el buen consejo o la cobardía nos emperizó los pies y nos ató las manos, o si la lumbre de los estoques, hasta entonces aún no sangrientos, nos cegó los ojos, que no acertábamos a ver el camino que había desde allí al lugar de la pendencia, sino el que había al de éste adonde ahora estamos. Llegamos aquí, hicimos el alojamiento con pri[e]sa^c y, con más animoso discurso, volvíamos a ver lo que había hecho la suerte de nuestros dueños; hallámoslos cual habéis visto, donde, si vuestra llegada no los socorriera, bien sin provecho había sido la nuestra².

Esto dijo el criado, y esto escucharon las damas, y esto sintieron de manera como si fueran amantes verdaderas del duque y, al mismo instante, se deshizo en la imagina-

^c M1, B1, V, P1, L, Bru, M2, M3, P2: *prissa*

Parl y, a partir de P2, todas las eds. leen *priessa* (o *priesa*), con las solas excepciones de M16, B9, M20, M23 y AH, que leen como la *princeps*.

¹ El *prisa* de M1 es forma «popular», con toda probabilidad no imputable a C., y menos en una obra como el *Persiles*. «El cambio fonético obedece a una tendencia muy amplia en el castellano [...], pero tropezó con porfiada resistencia, pues sólo se halla en A[lonso de] Palencia y en Nebr[ija]. C. no dejó imprimir más que *priessa* en el *Quijote* y todavía Cov. y DA, aun reconociendo la existencia de la otra, le niegan beligerancia literaria. La Academia se decidió a reconocer el triunfo de *prisa* ya en sus antiguas eds. (p. ej., en 1817)» (DCELC).

² Cfr., p. ej., III, 1 (429 y nota 6).

ción de cada una la quimera y máquina, si alguna había hecho o levantado, de casarse con el duque, que ninguna cosa quita o borra el amor más presto de la memoria que el desdén en los principios, de su nacimiento. Que el desdén, en los principios del amor, tiene la misma fuerza que tiene la hambre en la vida humana: a la hambre y al sueño se rinde la valentía y, al desdén, los más gustosos deseos. Verdad es que esto suele ser en los principios, que, después que el amor ha tomado larga y entera posesión del alma, los desdenes y desengaños le sirven de espuelas para que con más ligereza corra a poner en efeto sus pensamientos.

Curáronse los heridos y, dentro de ocho días, estuvieron para ponerse en camino y llegar a Roma, de donde habían venido cirujanos a verlos. En este tiempo supo el duque cómo su contrario era príncipe heredero del reino de Dinamarca y supo ansimismo la intención que tenía de escogerla por esposa. Esta verdad calificó en él sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Parecióle que la que era estimada para reina lo podía ser para duquesa, pero entre estos pensamientos, entre estos discursos y imaginaciones, se mezclaban los celos, de manera que le amargaban el gusto y le turbaban el sosiego.

En fin, se llegó el día de su partida y el duque y Arnaldo, cada uno por su parte, entró en Roma sin darse a conocer a nadie. Y los demás peregrinos de nuestra compañía, llegando a la vista della, desde un alto montecillo la descubrieron³ y, hincados de rodillas, como a cosa sacra la adoraron, cuando de entre ellos salió una voz de un peregrino que no conocieron, que, con lágrimas en los ojos, comenzó a decir desta manera:

³ Se trata del *Mons Malus* (o *Mons Marius* —el nombre que ha prevalecido—, o *Mons Gaudii*) de los cronistas medievales, como bien recuerda De Lollis (C, 1924: 157-158). Como es natural, en 1559, los peregrinos no habrían podido notar lo que, dentro de no muchos años, constituiría el espectáculo más característico de la ciudad: la cúpula de San Pedro, concluida tan sólo entre 1588-1590. Suárez de Figueroa (cuyo *Pasajero* está aprobado en 1613), sí puede aludir a ella (alivio I).

¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta
alma ciudad de Roma!⁴. A ti me inclino,
devoto, humilde y nuevo peregrino
a quien admira ver belleza tanta.

Tu vista, que a tu fama se adelanta,
al ingenio suspende, aunque divino,
de aquel que a verte y adorarte vino
con tierno afecto y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo, que contemplo
con la sangre de mártires mezclada,
es la reliquia universal del suelo.

No hay parte en ti que no sirva de ejemplo
de santidad, así como trazada
de la ciudad de Dios al gran modelo⁵.

Cuando acabó de decir este soneto, el peregrino se volvió a los circunstantes, diciendo:

—Habrá pocos años que llegó a esta santa ciudad un poeta español, enemigo mortal de sí mismo y deshonor de su nación, el cual hizo y compuso un soneto en vituperio desta insigne ciudad y de sus ilustres habitantes; pero la culpa de su lengua pagara su garganta, si le cogieran⁶. Yo, no como poeta, sino como cristiano, casi como

⁴ Cfr. II, 15 (382 y nota 15).

⁵ Todo el soneto recuerda lo que C. nos cuenta de la visita a Roma del protagonista de *ELV*. En el segundo terceto reafirma el concepto de *Roma, cielo de la tierra*, ya visto en II, 7, 1.^a (317).

⁶ José Lara Garrido lo ha publicado de manera impecable («Entre Paquino, Góngora y C. Texto y contextos de un soneto anónimo contestado en el *Persiles*», en *Hommage à Robert Jammes*, Toulouse, PUM, 1994: 643-654), recordando que Herrero García, el primero que consiguió identificarlo, lo atribuye al Conde de Villamediana. El famoso soneto, presente en varios ms. de la Biblioteca Nacional de Madrid, resulta siempre anónimo, «a excepción de [en el ms. 4044], donde figura entre un grupo de 'Poesías de don Francisco de Quevedo' (...). [P]uede considerarse como versión óptima la acogida en los *Sonetos varios* de Maldonado [20355, fol. 137 r]», que Lara Garrido toma como base de su edición: «Un santo padre electo a mojicones, / en

en descuento de su cargo, he compuesto el que habéis oído.

Rogóle Periandro que le repitiese, hízolo así, alabáronsele mucho, bajaron del recuesto, pasaron por los prados de Madama⁷, entraron en Roma por la puerta del Pópulo⁸, besando primero una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa. Antes de la cual llegaron dos judíos a uno de los criados de Croriano y le preguntaron si toda aquella escuadra de gente tenía estancia conocida y preparada donde alojarse; si no, que ellos se la darían tal, que pudiesen en ella alojarse príncipes⁹.

cuya creación votan lacayos, / de cuyas ceremonias los ensayos / causan espanto a todas las naciones, // sin religión trescientas religiones, / tres agujas asombro de los payos, / cuatro caballos que los partan rayos / porque no los adoren bujarrones, // un coliseo medio derribado, / duques de anillo, condes palatinos, / cortesanos comidos de carcoma, // tres calles solas para el desenfado, / putos y putas todas sus vecinas: / ésta es, en suma, la triunfante Roma.»

Soneto durísimo, sin duda, pero que no debe sorprender demasiado al lector con cierta cultura. En efecto, si, por un lado, hay toda una tradición positiva de Roma, *caput mundi* (y —ya lo hemos visto— «cielo de la tierra»), por otro existe la de Roma «sentina di peccati» (cfr. Petrarca, *Canzoniere*, CXXXVIII), o, sin más, *cauda mundi* (cfr. Pietro Aretino, *Pronostico per l'anno 1534* [en el vol. *Cortigiana*, y otras obras, ed. de Angelo Romano, Milán, Garzanti, 1989], 283 y 309-310). Como Lara Garrido, con otros datos, ilustra brillantemente en su artículo.

Leído el cual, resulta aún más «peregrina» la opinión de la Molho (B, 1994: 45 y 494-495), para quien el poeta autor del soneto *en vituperio* de Roma muy bien podría serlo también del soneto *en alabanza*.

⁷ En la ladera del propio Monte Mario se halla la «espléndida Villa Madama, con sus jardines, villa que se llamaba así por haber pertenecido a madama Margarita de Austria (1522-1586), hija natural de Carlos V, gobernadora de los Países Bajos, mujer en primeras nupcias de Alejandro de Médicis y después de Octavio Farnesio, duque de Parma. La villa, que es aún una de las joyas del Renacimiento, fue edificada por Julio Romano, según dibujos hechos por Rafael para el cardenal Julio de Médicis» (S-B).

⁸ Corresponde, más o menos, a la antigua *Porta Flaminia*. En el siglo x se llamó *Porta San Valentino* y, más tarde, *del Popolo*, por la iglesia de *Santa Maria del Popolo*, reconstruida, en la forma actual, como parroquia (*populus*) suburbana, por Pontelli, en tiempos de Sixto IV.

⁹ En 1559, hacía tan sólo cuatro años que los judíos romanos, a consecuencia de la bula *Cum nimis absurdum*, promulgada por Paulo IV el 14 de julio de 1555, se habían visto obligados a vivir en una sola calle, separada de las casas de los cristianos y provista de una sola puerta de entrada y de

—Porque habéis de saber, señor —dijeron—, que nosotros somos judíos. Yo me llamo Zabulón y, mi compañero, Abiud; tenemos por oficio adornar casas de todo lo necesario, según y como es la calidad del que quiere habitarlas, y allí llega su adorno donde llega el precio que se quiere pagar por ellas.

A lo que el criado respondió:

—Otro compañero mío desde ayer está en Roma, con intención que tenga preparado el alojamiento conforme a la calidad de mi amo y de todos aquellos que aquí vienen.

—Que me maten —dijo Abiud—, si no es éste el francés que ayer se contentó con la casa de nuestro compañero Manasés, que la tiene aderezada como casa real¹⁰.

—Vamos, pues, adelante —dijo el criado de Croriano—, que mi compañero debe de estar por aquí esperando a ser nuestra guía; y, cuando la casa que tuviere no fuere tal, nos encomendaremos a la que nos diere el señor Zabulón.

Con esto pasaron adelante y, a la entrada de la ciudad, vieron los judíos a Manasés, su compañero, y con él al criado de Croriano, por donde vinieron en conocimiento que la posada que los judíos habían pintado era la rica de Manasés y, así, alegres y contentos, guiaron a nuestros peregrinos, que estaba junto al arco de Portugal¹¹.

Apenas entraron las francesas damas en la ciudad, cuando se llevaron tras sí los ojos de casi todo el pueblo, que,

salida. «Si una calle no bastaba, se podían añadir otras, pero siempre cerradas.» Como otras ciudades italianas, Roma contaba a partir de ahora con un *ghetto* (Attilio Milano, *Storia degli ebrei in Italia*: 247-249). Entre esos judíos (unos tres mil, aproximadamente) había, como es sabido, no pocos de origen ibérico (237-238).

¹⁰ Basándose en estas frases, Osuna (C, 1972: 77) piensa que Croriano es, en efecto, francés y que, por tanto, estamos ante una nueva incoherencia de C. Pero, aparte el hecho indudable de la «relación especial» entre escoceses y franceses *todavía en 1559* (cfr. IV, 5: 666-667 y nota 8) nada impide que el marido de Ruperta tenga al menos *un criado francés*: el que se ha encargado de encontrarle casa en Roma.

¹¹ *arco de Portugal*. «Nombre popular del Arco de Marco Aurelio, mandado derribar por Alejandro VI en 1622 para ensanchar el Corso» (S-B).

por ser día de estación¹², estaba llena aquella calle de Nuestra Señora del Pópulo de infinita gente; pero la admiración, que comenzó a entrar poco a poco en los que a las damas francesas miraban, se acabó de entrar mucho a mucho en los corazones de los que vieron a la sin par Auristela y a la gallarda Constanza, que a su lado iba, bien así como van por iguales paralelos dos lucientes estrellas por el cielo. Tales iban, que dijo un romano que, a lo que se cree, debía de ser poeta:

—Yo apostaré que la diosa Venus, como en los tiempos pasados, vuelve a esta ciudad a ver las reliquias de su querido Eneas. Por Dios, que hace mal el señor gobernador¹³ de no mandar que se cubra el rostro desta movable imagen. ¿Quiere, por ventura, que los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan y que los necios idolatren?

Con estas alabanzas, tan hipérboles como no necesarias, pasa[ndo]^{d,14} adelante el gallardo escuadrón, llegó al alojamiento de Manasés, bastante para alojar a un poderoso príncipe y a un mediano ejército.

^d M1: *passa*

M5, M6, B2, B3, B4: *passó*

Adopto la enmienda de M7 y todas las eds. posteriores (con las excepciones de M16, B9, M17, M18, BA2, M23, AH, que vuelven a la de M1).

¹² *día de estación*. Es decir, de 'día de *visita* (premiada con particulares indulgencias) a la iglesia de Santa María del Pópulo'.

¹³ *Gobernador* era, en efecto, el título tradicional de la más alta autoridad municipal romana.

¹⁴ Este cambio abrupto de tiempo, en el período conclusivo de una página escrita con evidente complacencia retórica, no parece «de autor». Yo, por lo menos, no tengo presente otras parecidas construcciones cervantinas. Los testimonios ahora a mi alcance de «saltos» del indefinido o el imperfecto al presente de indicativo (y viceversa) en otros autores de la época (Bernal Díaz del Castillo, el P. Las Casas, el P. Rivadeneira...), a más de presentarse en contextos con mucha mayor complejidad sintáctica, demuestran tener una precisa función estilística, que *aquí* no consigo imaginar.

CAPÍTULO CUARTO DEL CUARTO LIBRO^a

Estendióse aquel mismo día la llegada de las damas francesas por toda la ciudad, con el gallardo escuadrón de los peregrinos; especialmente se divulgó la desigual¹ hermosura de Auristela, encareciéndola, si no como ella era, a lo menos cuanto podían las lenguas de los más discretos ingenios. Al momento se coronó la casa de los nuestros de mucha gente, que los llevaba la curiosidad y el deseo de ver tanta belleza junta, según se había publicado. Llegó esto a tanto extremo, que desde la calle pedían a voces se asomasen a las ventanas las damas y las peregrinas, que, reposando, no querían dejar verse. Especialmente clamaban por Auristela, pero no fue posible que se dejase ver ninguna dellas.

Entre la demás gente que llegó a la puerta, llegaron Arnaldo y el duque, con sus hábitos de peregrinos, y, apenas se hubo visto el uno al otro, cuando a entrambos les temblaron las piernas y les palpitaron los pechos. Conociólos Periandro desde la ventana, dijose a Croriano y los dos juntos bajaron a la calle, para estorbar en cuanto pudiesen la desgracia que podían temer de dos tan celosos amantes. Periandro se pasó con Arnaldo y, Croriano, con el duque. Y lo que Arnaldo dijo a Periandro fue:

—Uno de los cargos mayores que Auristela me tiene es el sufrimiento que tengo, consintiendo que este caballero francés, que dicen es el duque de Nemurs, esté como en posesión del retrato de Auristela, que, puesto que está en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mío. Mira, amigo Periandro: esta enfermedad que los amantes llaman celos (que la llamaran mejor desespera-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *De lo que pasó entre Arnaldo y Periandro y entre el duque de Nemurs y Croriano*

¹ 'Extraordinaria, incomparable'. Cfr. III, 8 (515).

ción rabiosa) entran a la parte con ella la invidia y el menosprecio y, cuando una vez se apodera del alma enamorada, no hay consideración que sosiegue ni remedio que la valga; y, aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efectos que hace son tan grandes que, por lo menos, quitan el seso y, por lo más menos, la vida: que mejor es al amante celoso el morir desesperado que vivir con celos. Y el que fuere amante verdadero no ha de tener atrevimiento para pedir celos a la cosa amada; y, puesto que llegue a tanta perfección que no los pida, no puede dejarlos de pedir a sí mismo, digo, a su misma ventura, de la cual es imposible vivir seguro, porque las cosas de mucho precio y valor tienen en continuo temor al que las posee o al que las ama de perderlas, y ésta es una pasión que no se aparta del alma enamorada, como accidente inseparable². Aconséjote, ¡oh amigo Periandro! (si es que puede dar consejo quien no le tiene para sí), que consideres que soy rey, y que quiero bien, y que por mil experiencias estás satisfecho y enterado de que cumpliré con las obras cuanto con palabras he prometido de recibir a la sin par Auristela, tu hermana, sin otra dote que la grande que ella tiene en su virtud y hermosura, y que no quiero averiguar la nobleza de su linaje, pues está claro que no había de negar naturaleza los bienes de la fortuna a quien tantos dio de sí misma. Nunca en humildes sujetos, o pocas veces, hace su asiento virtudes grandes, y la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma; y, para reducirme a un término, sólo te digo lo que otras veces te he dicho: que adoro Auristela³, ora sea de linaje del cielo, ora de los ínfimos de la tierra. Y, pues ya está en

² Cfr. III, 19 (617). En aquella ocasión la «sentencia» o «parecer» (contrario al expresado ahora por Arnaldo) lo daba Auristela. Como se ve, en ninguno de los dos casos se compromete el narrador, quien deja hablar a sus personajes, desde sus peculiares perspectivas.

³ *adoro Auristela*. Más que de un caso de acusativo personal no antecedido de *a* (frecuentes en la época), aquí se trata de uno más de *a* «embebida» en la *A*. En efecto, *adorar* exige una preposición: en la época, *a* o *en*.

Roma, adonde ella ha librado mis esperanzas⁴, sé tú, ¡oh hermano mío!, parte para que me las cumpla, que desde aquí parto mi corona y mi reino contigo; y no permitas que yo muera escarnido⁵ deste duque ni menospreciado de la que adoro.

A todas estas razones, ofrecimientos y promesas respondió Periandro diciendo:

—Si mi hermana tuviera culpa en las causas que este duque ha dado a tu enojo, si no la castigara, a lo menos, la riñera, que para ella fuera un gran castigo; pero como sé que no la tiene, no tengo qué responderte. En esto de haber librado tus esperanzas en su venida a esta ciudad, como no sé a do llegan las que te ha dado, no sé qué responderte. De los ofrecimientos que me haces y me has hecho, estoy tan agradecido como me obliga el ser tú el que los haces y yo a quien se hacen; porque, con humildad sea dicho, ¡oh valeroso Arnaldo!, quizá esta pobre muceta de peregrino sirve de nube, que, por pequeña que sea, suele quitar los rayos al sol⁶. Y por ahora sositégate, que ayer llegamos a Roma y no es posible que en tan breve espacio se hayan fabricado discursos, dado trazas y levantado quimeras que reduzgan^{b,7} nuestras acciones a los felices fines que deseamos. Huye en cuanto te fuere posible de encontrarte con el duque, porque un amante desdeñado y flaco de esperanzas suele tomar ocasión del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de lo que bien quiere.

Arnaldo le prometió que así lo haría y le ofreció prendas y dineros para sustentar la autoridad y el gasto, así el suyo como el de las damas francesas.

^b M7, M8, M9, NY, B5, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19, M21, M22, BA2, M23: *reduzcan*

⁴ Otro caso de «fórmula comercial» aplicada a la casuística del amor. Cfr. I, 9 (335 y nota 4).

⁵ *escarnir*. Convivia con el *escarnecer* que se acabó imponiendo. C. usa uno y otro (cfr. VC).

⁶ Cfr. J. de Valdivielso, *Vida, muerte y excelencias del glorioso patriarca San José* (XII, oct. 80).

⁷ *reduzgan*. Cfr. *luzga*, en IV, 1 (645).

Diferente fue la plática que tuvo Croriano con el duque, pues toda se resolvió en que había de cobrar el retrato de Auristela, o había de confesar Arnaldo no tener parte en él; pidió también a Croriano fuese intercesor con Auristela le recibiese por esposo, pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hacía ventaja ninguna de las más ilustres de Europa. En fin, él se mostró algo arrogante y algo celoso, como quien tan enamorado estaba. Croriano se lo ofreció ansimismo y quedó darle la respuesta que dijese Auristela al proponerle la ventura que se le ofrecía de recibirle por esposo.

CAPÍTULO QUINTO DEL CUARTO LIBRO^a

Desta manera los dos contrarios celosos y amantes, cuyas esperanzas tenían fundadas en el aire, se despidieron, el uno, de Periandro y, el otro, de Croriano, quedando ante todas cosas de reprimir sus ímpetus y disimular sus agravios, a lo menos hasta tanto que Auristela se declarase. De la cual cada uno esperaba que había de ser en su favor, pues al ofrecimiento de un reino y al de un estado tan rico como el del duque bien se podía pensar que había de titubear cualquier firmeza y mudarse el propósito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas y apetecerse la mejoría de los estados: especialmente suele ser este deseo más vivo en las mujeres. De todo esto estaba bien descuidada Auristela, pues todos sus pensamientos por entonces no se extendían a más que de enterarse en las verdades que a la salvación de su alma convenían, que, por haber nacido en partes tan remotas y en tierras adonde la verdadera fe católica no está en el punto tan perfecto como se requiere, tenía

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *De cómo por medio de Croriano fueron libres Bartolomé y la Talaverana, que estaban sentenciados a muerte*

necesidad de acrisolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro de Arnaldo, llegó a él un hombre español y le dijo:

—Según traigo las señas, si es que vuesa merced es español, para vuesa merced viene esta carta.

Púsole una en las manos, cerrada, cuyo sobreescrito decía: «Al ilustre señor Antonio de Villaseñor, por otro nombre llamado el bárbaro». Preguntóle Periandro que quién le había dado aquella carta. Respondióle el portador que un español que estaba preso en la cárcel que llaman Torre de Nona¹ y, por lo menos, condenado a ahorcar por homicida, él y otra su amiga, mujer hermosa, llamada la Talaverana. Conoció Periandro los nombres y casi adivinó sus culpas, y respondió:

—Esta carta no es para mí, sino para este peregrino que hacia acá viene.

Y fue porque en aquel instante llegó Antonio, a quien Periandro dio la carta. Y, apartándose los dos a una parte, la abrió y vio que así decía:

«Quien en mal anda, en mal para; de dos pies, aunque el uno esté sano, si el otro está cojo, tal vez cojea, que las malas compañías no pueden enseñar buenas costumbres. La que yo trabé con la Talaverana, que no debiera, me tiene a mí y a ella sentenciados de remate² para la horca. El hombre que la sacó de España la halló aquí, en Roma, en mi compañía; recibió pesadumbre dello; asentóle la mano en mi presencia y yo (que no soy amigo de burlas ni de recibir agravios, sino de quitarlos) volví por la moza y, a puros pa-

¹ «La Cárcel de *Tor di Nona* [...] se encontraba en la ribera izquierda del Tíber, inmediatamente a la derecha del puente de Sant'Angelo, mirando hacia el castillo del mismo nombre. La calle donde estaba se llama hoy *via Tor di Nona*. Hacia fines del siglo xv, la torre de Nona pertenecía a una hermandad Sancta Sanctorum y después se hizo cárcel, siendo durante mucho tiempo la prisión principal de Roma. Fue derribada en 1690» (S-B). C. alude a ella en *Quijote*, II, 41.

² *de remate* = 'sin remedio ni apelación posible'. En VC y VLV se hallarán testimonios que de algún modo (aunque siempre de manera sólo aproximada) ilustran este pasaje.

los, maté a su agraviador. Estando en la fuga de esta pendencia, llegó otro peregrino que, por el mismo estilo, comenzó a tomarme la medida de las espaldas. Dice la moza que conoció que el que me apaleaba era un su marido, de nación polaco, con quien se había casado en Talavera y, temiéndose que, en acabando conmigo, había de comenzar por ella, porque le tenía agraviado, no hizo más de echar mano a un cuchillo, de dos que traía consigo siempre en la vaina, y, llegándose a él, bonitamente se le clavó por los riñones, haciéndole tales heridas que no tuvieran necesidad de maestro. En efeto, el amigo a palos, y el marido a puñaladas, en un instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendiéronnos al mismo punto y trajéronnos a esta cárcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad; tomáronnos la confesión; confesamos nuestro delito, porque no le podíamos negar, y con esto ahorramos el tormento, que aquí llaman *tortura*^{b,3}. Sustancióse el proceso, dándose más pri[e]sa^{c,4} a ello de la que quisiéramos; ya está concluso, y nosotros sentenciados a destierro, sino que es desta vida para la otra.

»Digo, señor, que estamos sentenciados a ahorcar, de lo que está tan pesarosa la Talaverana que no lo puede llevar en paciencia; la cual besa a vuesa merced las manos, y a mi señora Constanza, y del señor Periandro, y a mi señora Auristela, y dice que ella se holgara de estar libre para ir a besárselas a vuestas mercedes a sus casas. Dice también que, si

^b M1: *tormento, que*

Par1, M8, M9, M10, B5, M11, M12, M13, M14, M16, M17, M18, M21, BA2, M22, B10, B11: *tormento que*

^c M1, Par1, B1, P1, L, Bru, M2, P2, M13, M16, B9, M23, A-H: *prissa*
Todas las demás eds., *priessa* o *priessa*

³ La coma después de *tormento* es, en mi opinión, necesaria, ya que, según parece, no se trata de una especificación (*un tipo* de tormento) sino de una equivalencia en otra lengua (= 'en italiano, lo llaman *tortura*'). Este último término se halla documentado en castellano desde el siglo XIII (cfr. *DCELC*). Ello no quiere decir, sin embargo, que haya sido usada sin interrupción, y a todos los niveles, hasta nuestros días. Me parece evidente que, en el Siglo de Oro, *tormento* se halla por todas partes, mientras que *tortura* es mucho más raro, casi exclusivamente «técnico». (Cfr. *PECP*: 208-209).

⁴ Cfr. IV, 3 (653 y nota 1).

la sin par Auristela pone haldas en cinta⁵ y quiere tomar a su cargo nuestra libertad, que le será fácil, porque ¿qué pedirá su grande hermosura que no lo alcance, aunque la pida a la dureza misma? Y añade más, y es que, si vuestas mercedes no pudieren alcanzar el perdón, a lo menos procuren alcanzar el lugar de la muerte y que, como ha de ser en Roma, sea en España; porque está informada la moza que aquí no llevan los ahorcados con la autoridad conveniente, porque van a pie y apenas los vee nadie; y, así, apenas hay quien les rece una avemaría⁶, especialmente si son españoles los que ahorcan⁷; y ella querría, si fuese posible, morir en su tierra y entre los suyos, donde no faltaría algún pariente que de compasión le cerrase los ojos. Yo también digo lo mismo, porque soy amigo de acomodarme a la razón, porque estoy tan mohíno en esta cárcel que, a trueco de escusar la pesadumbre que me dan las chinches en ella, tomaría por buen partido que me sacasen a ahorcar mañana. Y advierto a vuesa merced, señor mío, que los jueces desta tierra no desdicen nada de los de España: todos son corteses y amigos de dar y recibir cosas justas y que, cuando no hay parte que solicite la justicia, no dejan de llegarse a la misericordia; la cual, si reina en todos los valerosos pechos de vuestas mercedes, que sí debe de reinar, sujeto hay en nosotros en que se muestre, pues estamos en tierra ajena, presos en la cárcel, comidos de chinches y de otros animales inmundos, que son muchos, por pequeños, y enfadan como si fuesen grandes. Y, sobre todo, nos tienen ya en cueros y en la quin-

⁵ *poner haldas en cinta* = 'determinarse a hacer alguna cosa con mucha diligencia, tomada la semejanza de los que habían de caminar, que se enfadaban, como hacen ahora los religiosos que caminan a pie' (Cov.).

⁶ Efectivamente, bien acompañados —y no a pie, sino en asno o en carreta— hacían el trayecto de la cárcel al patíbulo los condenados a muerte en España. Cfr., p. ej., una de las cartas de Eugenio de Salazar (284 a) y F. de Rojas Zorrilla, *El Caín de Cataluña* (acto III).

⁷ Gálvez de Montalvo, en una carta al duque de Francavilla (luego conde de Salinas), fechada en Roma el 13 de julio de 1587 (cfr. S-B, ed. de LG, Madrid, Impr. de Bernardo Rodríguez, 1914: 318), dice que las cárceles estaban «llenas de españoles». Y conste que no se refiere a los resultados de una *redada* excepcional, de un acontecimiento político, etc. Era, sencillamente, lo *normal*.

ta esencia de la necesidad solicitadores, procuradores y escribanos, de quien Dios nuestro señor nos libre por su infinita bondad. Amén.

»Aguardando la respuesta quedamos, con tanto deseo de recibirla buena como le tienen los cigoñinos en la torre, esperando el sustento de sus madres.»

Y firmaba: «El desdichado Bartolomé Manchego».

En extremo dio la carta gusto a los dos que la habían leído, y en extremo les fatigó su aflicción, y luego, diciéndole al que la había llevado dijese al preso que se consolase y tuviese esperanza de su remedio, porque Auristela y todos ellos, con todo aquello que dádivas y promesas pudiesen, le procurarían; y al punto fabricaron las diligencias que habían de hacerse. La primera fue que Croriano hablase al embajador de Francia, que era su pariente y amigo⁸, para que no se eje-

⁸ Esta parentela y otras cosas, sólo a primera vista «chocantes», se explican recordando que, entre 1537 y 1561 (pero muy especialmente entre 1548 y 1559), las relaciones entre ambos países son tan estrechas que, en muchos sentidos, cabe hablar de un auténtico «protectorado» francés en Escocia, e incluso, durante tres años, de una prevista unión total y definitiva de los dos reinos.

La propensión de los Estuardo a apoyarse en Francia para poder contrarrestar la preponderancia inglesa en la Gran Bretaña había llevado a Jacobo V a casarse, primero, con Magdalena de Valois, hija de Francisco I y, tras la prematura muerte de ésta, con María, llamada en las historias ora de Lorena (por el estado) ora de Guisa (por la familia). María I Estuardo nace el 8 de diciembre de 1542, menos de un mes después de la tremenda derrota escocesa frente a los ingleses en Solway Moss y poquísimos días antes de la muerte de su padre (el 14).

Las campañas de Enrique VIII de Inglaterra contra el vecino del norte, en 1544, tienen como efecto un todavía mayor acercamiento de este último reino al de Francia. Una expedición francesa llega a Escocia el 30 de julio de 1547. La nueva victoria inglesa, en Pinkie Cleugh, acaba de hacer precipitar las cosas. El 27 de enero de 1548, el regente, Conde Arram, firma con Enrique II de Francia un tratado que contempla la entrega de las principales fortalezas del reino a los franceses (en efecto, en junio del mismo año desembarcarán 6.000 hombres) y el contextual traslado de la reina María a Francia (que se llevará a cabo en el mes de julio).

María de Lorena, en realidad asociada de algún modo al gobierno de Escocia desde por lo menos 1545, es nombrada única regente en 1551, precisamente cuando el partido francés empieza a perder fuerza, a causa, sobre todo, de su excesivo compromiso con la causa católica. En 1556-1558, du-

cutase la pena tan presto y diese lugar el tiempo a que le tuviesen los ruegos y las solicitudes. Determinó también Antonio de escribir otra carta, en respuesta de la suya, a Bartolomé, con que de nuevo se renovase el gusto que les había dado la suya; pero, comunicando este pensamiento con Auristela y con su hermana Constanza, fueron las dos de parecer que no se la escribiese, porque a los afligidos no se ha de añadir aflicción, y podría ser que tomasen las burlas por veras y se afligiesen con ellas. Lo que hicieron [fue] dejar^{d,9} todo

^d M1: *hizieron, dexar*

P2: *lo que hizieron; dexar*

A partir de M7, todas las eds. enmiendan *hizieron fue dexar*, con las excepciones de M16, M17, M18, BA2, M22, B10, B11, M23, PECP, AH, que vuelven a la lección de M1

rante la guerra que el Papado y Francia sostienen contra España e Inglaterra, Escocia se pone, sin embargo, al lado del país protector. No sólo: se apresura el matrimonio entre María y el delfín Francisco y se firman pactos (públicos y secretos), que, a fin de cuentas, prevén la *definitiva* unión de Escocia con Francia.

La muerte de María I de Inglaterra (esposa de Felipe II de España), el 17 de noviembre de este mismo año, complica aún más las cosas: María Estuardo es ahora autorizada pretendiente al trono inglés. Y, a causa del desgaciado incidente que cuesta la vida a Enrique II, en julio de 1559, se convierte también en reina consorte de Francia. Nuevas tropas francesas desembarcan en Escocia en noviembre de 1559, a pesar (o, si se prefiere, como consecuencia) de una auténtica rebelión nacional contra el país protector.

El «acto parlamentario» por el que Escocia se convierte en nación protestante tiene como consecuencia el tratado de Edimburgo (6 de julio de 1560), en virtud del cual las tropas inglesas abandonan el reino y las francesas empiezan a embarcarse. El 19 de junio de 1560 muere la regente, María de Lorena. Puesto que también Francisco II fallece inesperadamente el 3 de diciembre del mismo año, María Tudor decide volver al reino de que es titular, ahora sin la protección francesa, reconociendo el derecho de sus súbditos a mantener la religión protestante, pero garantizándose para ella misma el derecho de practicar en palacio la católica.

Con el embarque de la reina en Calais, el 14 de agosto de 1561, comienza otro período, notablemente distinto, de la difícil historia escocesa del siglo XVI.

⁹ La lección de M1 debe mantenerse, por más que hoy dé la sensación de que «falta algo». Cfr., p. ej., Lope de Rueda, *Comedia de los engaños* (acto III): «Señor, lo que a mi me parece, que, pues mi casa está tan cerca, la arrebatemos y la metamos en mi aposento.»

el cargo de aquella negociación sobre los hombros y diligencia de Croriano y en las de Ruperta, su esposa, que se lo rogó ahincadamente; y en seis días ya estaban en la calle Bartolomé y la Talaverana: que, adonde interviene el favor y las dádivas, se allanan los riscos y se deshacen las dificultades.

En este tiempo le tuvo Auristela de informarse de todo aquello que a ella le parecía que le faltaba por saber de la fe católica: a lo menos, de aquello que en su patria oscuramente se platicaba. Halló con quien comunicar su deseo por medio de los penitenciaros¹⁰, con quien hizo su confesión entera, verdadera y llana, y quedó enseñada y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales penitenciaros, en la mejor forma que pudieron, le declararon todos los principales y más convenientes misterios de nuestra fe. Comenzaron desde la invidia y soberbia de Lucifer, y de su caída con la tercera parte de las estrellas¹¹, que cayeron con él en

¹⁰ Aquí, se trata de los 'presbíteros nombrados en bula especial por el papa, para que reciban de los peregrinos que llegan a Roma, con motivo del Año Santo, la confesión de los pecados *reservados* normalmente al Sumo Pontífice'. En una bula publicada por Clemente VII para el de 1575 (*Bullarium sive Collectio diversorum constitutionum multiorum Pont. a Gregorio Magno Septimo usque ad. S. D. N. Sixtum Quintum*, Romae, apud Haeredes Antonii Blandii., 1586: 297), se lee: «Et ut omnes Christi fideles eiusdem plenissimae indulgentiae facilius capace Deo propicio efficiantur, habeantque ad quos in casibus nobis et Sedi Apostolicae reservatis, si illis irretiti forent, recurrere possint, deputabimus in dicta basilica Santi Petri minores penitenciaros, quibus eos in dictis casibus reservatis absolvenda plenam et liberam pro maiori Christi fidelium, qui ad nos non ita de facile recurrere possent, commoditate, et animarum suarum salute, per alias nostras litteras, prout in illis plenius continentur, concessimus facultatem.» En otra carta del mismo día (*op. cit.*: 298), Clemente VII disputa efectivamente a varios sacerdotes, de las principales *naciones* o *lenguas*.

Molho, que en B, 1994 (503-504), explica la intervención de los penitenciaros y la confesión general de Auristela como si «les obscures pratiques» de la catholicité septentrionale étaient en marge au regard de l'orthodoxie vaticane», en C, 1995 (11) interpreta la actividad de los teólogos como la de dos puros «técnicos de la fe», que hacen echar de menos el profundo cristianismo de Antonio y Ricla. No entiendo por qué, la verdad sea dicha.

¹¹ Para el número de los «ángeles caídos», cfr. S-B. La tradición, según dichos estudiosos, «procede de la historia del dragón bermejo del Apocalipsis (12, 4). Fray Francisco Ximénez (*La natura angelica*, ed. de 1527: I, XVI) se funda en un texto de san Juan para probar que el número de los ángeles no es infinito». En relación más directa con las palabras de C. me parece un pasaje de la *Ley de amor santo*, de fray Francisco de Osuna (254).

los abismos; caída que dejó vacas¹² y vacías las sillas del cielo, que las perdieron los ángeles malos por su necia culpa. Declaráronle el medio que Dios tuvo para llenar estos asientos, criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria que los ángeles malos perdieron. Discurrieron por la verdad de la creación del hombre y del mundo, y por el misterio sagrado y amoroso de la Encarnación, y, con razones sobre la razón misma, bosquejaron el profundísimo misterio de la Santísima Trinidad. Contaron cómo convino que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiciese hombre, para que, como hombre, Dios pagase por el hombre y Dios pudiese pagar como Dios; cuya unión hipostática sólo podía ser bastante para dejar a Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se había de satisfacer y el hombre, finito, por sí no podía, y Dios, en sí solo, era incapaz de padecer; pero, juntos los dos, llegó el caudal a ser infinito, y así lo fue la paga. Mostráronle la muerte de Cristo, los trabajos de su vida, desde que se mostró en el pesebre hasta que se puso en la cruz. Exageráronle la fuerza y eficacia de los sacramentos y señalaron con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la cual no hay abrir la senda del cielo, que suele cerrar el pecado. Mostráronle asimismo a Jesucristo, Dios vivo, sentado a la diestra del Padre, estando tan vivo y entero como en el cielo sacramentado en la tierra, cuya santísima presencia no la puede dividir ni apartar ausencia alguna, porque uno de los mayores atributos de Dios (que^e todos son iguales)¹³ es el estar en todo lugar, por potencia, por esencia y por presencia. Aseguráronle infaliblemente la venida deste Señor a juzgar el mundo sobre las nubes del cielo y, asimismo, la es-

^e M13: *Dios, aunque.*

¹² *vacas* = 'vacantes'.

¹³ *que todos son iguales...* No es improbable que se trate de una errata, por *aunque todos son iguales*, como en *Quijote*, II, 42. El modo abrupto de hacer la precisión (que, formalmente, contradice lo que se acaba de decir, a diferencia del citado pasaje) podría hacer pensar en un añadido de última hora, por parte del autor o... ¿de otra persona?

tabilidad y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas o, por mejor decir, las fuerzas del infierno. Trataron del poder del sumo Pontífice, visorrey de Dios en la tierra y llavero del cielo. Finalmente, no les quedó por decir cosa que vieron que convenía para darse a entender y para que Auristela y Periandro los entendiesen^f. Estas liciones así alegraron sus almas que las sacó de sí mismas y se las llevó a que paseasen los cielos, porque sólo en ellos pusieron sus pensamientos¹⁴.

^f P2: suprime cuanto sigue a *entendiessen*.

¹⁴ Por extensión y «compromiso», éste es el más importante de los *credos* de la novela. Tridentino, a mi parecer, en todos los sentidos. No sólo en la sustancia sino en la forma: es el *símbolo* de la Iglesia contrarreformista, que reafirma su poder sobre buena parte de la tierra. (No parece fuera de lugar recordar que, según el obispo don Pedro González de Mendoza, en sus *Memorias de lo sucedido en el Concilio de Trento* [en *Autobiografías y memorias*, ed. de Manuel Serrano y Sanz, NBAE, II: 122] cuando se decide la redacción del *Cathecismus romanus*, el *credo* queda confiado a los españoles, como gente segura en cosas de fe: 122). En cambio, según Carlos Alberto Moreyra (C, 1976), hay en éste «el reconocible bosquejo de una doctrina sobre la Trinidad «inevitabilmente heterodoxa» (160). «La idea de que Dios creó a un hombre como un medio es capital en la concepción de conocidos antitrinitarios de entonces: para ciertos socinianos, en efecto, Cristo es sólo un hombre a quien Dios creó y confirió sobrenatural poder y de quien se valió como medio para la creación del mundo. Cabría sospechar, con mucha lógica, que el pasaje que estudiamos pretende insinuar con disimulo ese concepto» (161, pero cfr. también 163 y 173). Con la conclusión de que «la historia eclesiástica al uso supone que las definiciones del Concilio de Trento terminaron con la confusión doctrinal, uniformando definitivamente las creencias en campo católico. La historiografía secreta de C. contradice este supuesto. Según ella hubo después de Trento, y aun en días del propio C., muchos cristianos que, siendo católicos por su adhesión al cuerpo de la Iglesia y al papado, adherían secretamente a la justicia imputada luterana, convencidos de que tenían de su parte —con el inevitable sigilo ante el vulgo— al papa mismo» (171-172). Nada más —ni nada menos.

Debe quedar claro algo que, a pesar de ser *obvio* (está dicho por C., en las tres últimas líneas del parrafo), ha sido recientemente interpretado de manera en mi opinión inaceptable: los penitenciarios absuelven y catequizan a Auristela (al parecer más necesitada de ello que Periandro), pero de ninguna manera excluyen a este último. Como en cambio afirma Molho (B, 1994 [48] y C, 1995: 20-21).

CAPÍTULO SEXTO DEL CUARTO LIBRO^a

Con otros ojos se miraron de allí adelante Auristela y Periandro; a lo menos, con otros ojos miraba Periandro a Auristela, pareciéndole que ya ella había cumplido el voto que la trajo a Roma, y que podía, libre y desembarazadamente, recibirle por esposo. Pero si, medio gentil, amaba Auristela la honestidad, después de catequizada la adoraba, no porque viese iba contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediesen antes o fuerzas o ruegos. También estaba mirando si por alguna parte le descubría el cielo alguna luz que le mostrase lo que había de hacer después de casada, porque pensar volver a su tierra lo tenía por temeridad y por disparate, a causa que el hermano de Periandro, que la tenía destinada para ser su esposa, quizá, viendo burladas sus esperanzas, tomaría en ella y en su hermano Periandro venganza de su agravio. Estos pensamientos y temores la traían algo flaca y algo pensativa.

Las damas francesas visitaron los templos y anduvieron las estaciones¹ con pompa y majestad, porque Croriano, como se ha dicho, era pariente del embajador de Francia y no les faltó cosa que para mostrar ilustre decoro fuese necesario, llevando siempre consigo Auristela^b y a Constanza. Y ninguna vez salían de casa que no las seguía casi la mitad del pueblo de Roma; y sucedió que, pasando un día por

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Contienda entre Arnaldo y el duque de Nemurs sobre la compra de un retrato de Auristela*

^b A partir de M7, todas las eds. leen *a Auristela*, con las solas excepciones de M16, M23 y AH.

¹ *anduvieron las estaciones*. Para obtener la indulgencia plenaria del Año Santo era necesario visitar en un mismo día las cuatro Basílicas Mayores de Roma: San Pedro, Santa María la Mayor, San Juan de Letrán y San Pablo Extramuros.

una calle que se llama Bancos², vieron en una pared della^c un retrato entero de pies a cabeza de una mujer que tenía una corona en la cabeza, aunque partida por medio la corona, y, a los pies, un mundo, sobre el cual estaba puesta³. Y, apenas la hubieron^d visto, cuando conocieron ser el rostro de Auristela, tan al vivo dibujado, que no les puso en duda de conocerla. Preguntó Auristela, admirada, cuyo era aquel retrato, y si se vendía acaso. Respondióle el dueño (que, según después se supo, era un famoso pintor) que él vendía aquel retrato, pero no sabía de quién fuese; sólo sabía que otro pintor, su amigo, se le había hecho copiar en Francia, el cual le había dicho ser de una doncella extranjera que en hábitos de peregrina pasaba a Roma.

—¿Qué significa —respondió Auristela— haberla pintado con corona en la cabeza y los pies sobre aquella esfera, y, más, estando la corona partida?

—Eso, señora —dijo el dueño—, son fantasías de pintores, o caprichos⁴, como los llaman. Quizá quieren decir que esta doncella merece llevar la corona de hermosura, que ella va hollando en aquel mundo; pero yo quiero decir que dice que vos, señora, sois su original, y que merecéis corona entera, y no mundo pintado, sino real y verdadero.

—¿Qué pedís por el retrato? —preguntó Constanza.

A lo que respondió el dueño:

—Dos peregrinos están aquí, que el uno dellos me ha ofrecido mil escudos de oro y el otro dice que no le dejará

^c M1: *pared bella un retrato*

P2, M5, B2, B3, B4: *pared un bello retrato*

Adopto la enmienda de M7, como hacen todas las eds. posteriores, con las excepciones de M16, M17, M18 y BA2, que vuelven a la de M1.

^d M1, B1, L, Par1, M2, M16, M17, BA2, B10, B11: *huuieran*

² Se trata de la *Via dei Banchi Vecchi*. C., recuerdan S-B, «está muy cerca del Tíber, cuya dirección sigue, y forma la continuación de la *Via del Banco di S. Spirito*, la cual desemboca en el Castel Sant'Angelo».

³ Cfr. II, 18 (402-403 y nota 19), donde se da el pasaje del Apocalipsis de san Juan a que con toda probabilidad se alude con estas palabras.

⁴ Italianismo, que, entre otras cosas, significó, relativamente pronto, 'idea nueva y extraña en una obra de arte'. En todo el Siglo de Oro estuvo limitado a este campo específico.

por ningún dinero. Yo no he concluido la venta, por parecerme que se están burlando, porque la esorbitancia del ofrecimiento me hace estar en duda.

—Pues no lo estéis —replicó Constanza—, que esos dos peregrinos, si son los que yo imagino, bien pueden doblar el precio y pagaros a toda vuestra satisfacción.

Las damas francesas, Ruperta, Croriano y Periandro, quedaron atónitos de ver la verdadera imagen del rostro de Auristela en el del retrato. Cayó la gente que el retrato miraba en que parecía al de Auristela y poco a poco comenzó a salir una voz, que todos y cada uno de por sí afirmaba:

—Este retrato que se vende es el mismo de esta peregrina que va en este coche. ¿Para qué queremos ver al traslado, sino al original?

Y, así, comenzaron a rodear el coche, que los caballos no podían ir adelante ni volver atrás, por lo cual dijo Periandro:

—Auristela, hermana, cúbrase el rostro con algún velo, porque tanta luz ciega y no nos deja ver por dónde caminamos.

Hízolo así Auristela y pasaron adelante, pero no por esto dejó de seguirlos mucha gente, que esperaban a que se quitase el velo para verla como deseaban^c. Apenas se hubo quitado de allí el coche, cuando se llegó al dueño del retrato Arnaldo, en sus hábitos de peregrino, y dijo:

—Yo soy el que os ofrecí los mil escudos por este retrato: si le queréis dar, traedle y venidos conmigo, que yo os los daré luego de oro en oro⁵.

A lo que otro peregrino, que era el duque de Nemurs, dijo:

—No reparéis, hermano, en precio, sino veníos conmigo

^c M1: *esperauan [...] desseaua*

Adopto la enmienda de B4, M13, M23, PECP, AH.

M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M19, M22: *esperaba [...] como deseaba*

⁵ *escudos de oro en oro* = 'al contado y en buena moneda de oro'. Una cantidad de cierta importancia *en oro* resultaba mucho más cómoda de transportar que *en plata* o —por supuesto...— *en vellón*.

y proponed en vuestra imaginación el que quisiéredes, que yo os le daré luego de contado.

—Señores —respondió el pintor—, concertaos los dos en cuál le ha de llevar, que yo no me desconcertaré en el precio, puesto que pienso que antes me habéis de pagar con el deseo que con la obra.

A estas pláticas estaba atenta mucha gente, esperando en qué había de parar aquella compra: porque ver ofrecer millaradas de ducados a dos, al parecer, pobres peregrinos parecían cosa de burla. En esto dijo el dueño:

—El que le quisiere, déme señal y guíe, que yo ya le desuelgo para llevárselo.

Oyendo lo cual, Arnaldo puso la mano en el seno y sacó una cadena de oro, con una joya de diamantes que de ella pendía, y dijo:

—Tomad esta cadena, que, con esta joya, vale más de dos mil escudos, y traedme el retrato.

—Ésta vale diez mil —dijo el duque, dándole una de diamantes al dueño del retrato—, y traédmele a mi casa.

—¡Santo Dios! —dijo uno de los circunstantes— ¿Qué retrato puede ser éste, qué hombres éstos y qué joyas éstas? Cosa de encantamento parece aquesta; por eso os aviso, hermano pintor, que deis un toque a la cadena⁶ y hagáis experiencia de la fineza de las piedras antes que deis vuestra hacienda, que podría ser que la cadena y las joyas fuesen falsas; porque el^f encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospechar⁷.

Enojáronse los príncipes, pero, por no echar más en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterase en la verdad del valor de las joyas. Andaba

^f A partir de M5, todas las eds. leen *del*, con las excepciones de M16, B9, M17, M18, M19, BA2, M22, M23, *PECP*, AH, que vuelven a la lección de M1.

⁶ *toque* = 'el examen o prueba que hacen los plateros y lapidarios de los quilates del oro y calidad de los metales' (*DA*).

⁷ La enmienda es innecesaria. Aquí no se trata tanto de «*cabe sospechar del encarecimiento*», cuanto, más bien, de que «el encarecimiento, en sí, es *sospechoso*».

revuelta toda la gente de Bancos: unos, admirando el retrato; otros, preguntando quién fuesen los peregrinos; otros, mirando las joyas y, todos, atentos, esperando en quién había de quedar con el retrato, porque les parecía que estaban de parecer los dos peregrinos de no dejarle por ningún precio. Díerale el dueño por mucho menos de lo que le ofrecían, si se le dejaran vender libremente. Pasó en esto por Bancos el gobernador de Roma, oyó el murmurio⁸ de la gente, preguntó la causa, vio el retrato y vio las joyas, y, pareciéndole ser prendas de más que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algún secreto, las hizo depositar y llevar el retrato a su casa, y prender a los peregrinos.

Quedóse el pintor confuso, viendo menoscabadas sus esperanzas y su hacienda en poder de la justicia, donde jamás entró alguna que, si saliese, fuese con aquel lustre con que había entrado. Acudió el pintor a buscar a Periandro y a contarle todo el suceso de la venta y del temor que tenía no se quedase el gobernador con el retrato, el cual, de un pintor que le había retratado en Portugal de su original, le había él comprado en Francia, cosa que le pareció a Periandro posible, por haber sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuvo en Lisboa. Con todo eso, le ofreció por él cien escudos, con que quedase a su riesgo el cobrar⁹. Contentóse el pintor y, aunque fue tan grande la baja de mil a ciento^{h,10}, le tuvo por bien vendido y mejor pagado¹¹.

⁸ Como MI leen B1, V, PI, L, Par1, Bru, M2, M4, M16, M17, M18, M21, BA2, M22, M23, PECP, AH. Todas las demás eds. traen *cobrarle*

^h M1: *de ciento a mil*

⁸ *murmurio*. Esta forma sufraga, *a posteriori*, cuanto dicho en II, 12 (358), a propósito de *murmúreo* y no *murmureo*.

⁹ *cobrar*. El añadido es innecesario, aunque resulte muy cómodo para deshacer un equívoco, no del todo teórico, para lectores poco avezados al español clásico. En efecto, aquí no se dice que el pintor haya de llevar a cabo alguna gestión para *recibir* (= 'cobrar') el cuadro, sino que Periandro se encarga de *cobrar* (= 'recobrar', 'recuperar') lo que ahora para en poder de la justicia.

¹⁰ *Se trata* de un descuido, tal vez de autor, que debe indicarse, pero en nota, tras haberlo enmendado.

¹¹ En relación con los precios ofrecidos al pintor por los príncipes y, ahora, por Periandro, para quedarse con el retrato de Auristela, cfr. las pa-

Aquella tarde, juntándose con otros españoles peregrinos, fue a andar las siete iglesias¹²; entre los cuales peregrinos acertó a encontrarse con el poeta que dijo el soneto al descubrirse Roma; conociéronse, y abrazáronse, y preguntáronse de sus vidas y sucesos. El poeta peregrino le dijo que el día antes le había sucedido una cosa digna de contarse por admirable, y fue que, habiendo tenido noticia de que un monseñor, clérigo de la Cámara¹³, curioso y rico, tenía un museo, el más extraordinario que había en el mundo, porque no tenía figuras de personas que efectivamente hubiesen sido ni entonces lo fuesen, sino unas tablas preparadas para pintarse en ellas los personajes ilustres que estaban por venir, especialmente los que habían de ser en los venideros siglos poetas famosos. Entre las cuales tablas había visto dos, que en el principio de ellas estaba escrito, en la una, «Torcuato Tasso» y, más abajo un poco, decía *Jerusalén libertada*; en la otra estaba escribo «Zárate» y, más abajo, *Cuz y Constantino*¹⁴.

labras que Francisco de Holanda, en los *Diálogos de Roma* (ed. de Manuel Mendes, Lisboa, Livraria Sá da Costa, 1955: 64-65) atribuye a Miguel Ángel, acerca del «valor comercial» de las pinturas italianas y de lo —poco— que los *españoles* (= «ibéricos») se mostraban dispuestos a dar por ellas.

¹² La *visita de las siete iglesias* constituía un circuito de unos diecinueve kms. Comenzaba en San Pedro y, continuando por San Juan de Letrán, San Pablo Extramuros, Santa María la Mayor, San Lorenzo y Santa Cruz en Jerusalén, terminaba en san Sebastián. (Esta última iglesia, situada en la Vía Apia, era sustituida a menudo por las dedicada San Esteban, en el Monte Celio.) La idea de tal peregrinación parece que se debe atribuir a san Felipe Neri, quien se cree la instituyó *en torno a 1559*. Pero más bien debe de tratarse de su institucionalización, porque yo encuentro en G. Fernández de Oviedo (*Batallas...*: 46: escritas, como es natural, antes de 1557, año de la muerte del autor) que ya se practicaba esta devoción hacia 1550. Se trataba, de cualquier modo, de eso: una simple *devoción*, no de un rito explícitamente considerado por las disposiciones papales relativas a la obtención de la indulgencia plenaria.

¹³ De la *cámara apostólica*.

¹⁴ En estas palabras parece legítimo captar la continua ascensión de Tasso, si no en el corazón de C. (que siempre parece estar más cerca de Ariosto) sí en la escala de valores *intelectuales* de nuestro novelista, ya pasado (decididamente o con un índice de reservas que es imposible precisar) a las filas de la Contrarreforma. Como persona, como tipo humano, Tasso podría constituir uno de los modelos de don Quijote (cfr. D. Eisenberg,

—Preguntéle al que me las enseñaba qué significaban aquellos nombres. Respondióme que se esperaba que presto se había de descubrir en la tierra la luz de un poeta, que se había de llamar Torcuato Tasso, el cual había de cantar Jerusalén recuperada con el más heroico y agradable plectro que hasta entonces ningún poeta hubiese cantado, y que casi luego le había de suceder un español llamado Francisco López Zárate¹⁵ cuya voz había de llenar las cuatro par-

ⁱ M1: *Duarte*

A partir de M5, todas las eds. enmiendan, a excepción de M16, M17, M18, M21, BA2, M22, M23, AH.

«Cervantes y Tasso, reexaminados», en *Estudios Cervantinos*, Barcelona, Sirmio, 1991: 13-57). El autor del *Aminta* ha condicionado alguna página de la obra maestra (I,12), como ha demostrado Joseph G. Fucilla (*Relaciones hispano-italianas*, Madrid, CSIC, 1953: 28-30). Formalmente, aunque sin la menor trascendencia, está presente también en *VdP* (V, terc. 29). El Tasso teórico del poema heroico ha influido, sin duda, en el *Persiles* (Forcione, C, 1970) ¿Y el de la *Jerusalén*? Fue confesado objeto de reelaboración dramática por parte del joven C. (la comedia, dada por perdida, muy bien podría ser la recuperada por Stefano Arata, «La conquista de Jerusalén, C. y la generación de 1580», en *Crítica*, 54 [1992]: 9-112) y, a mi parecer, matiza de algún modo no pocas de las páginas de la novela póstuma: del I al IV libro, por supuesto. Véase *infra*.

Singleton (C, 1945: 245) habla de la posibilidad de que el «anuncio profético» escrito a los pies de la tabla del maravilloso museo romano haya sido *auténtico*, en el sentido de que la *Liberata* estuviera todavía inédita cuando C. escribía *estas* páginas del *Persiles*. El poema —recuerda el estudioso norteamericano— estaba terminado ya en 1574 y fue objeto de numerosas controversias aun antes de su efectiva publicación, en 1581. Hablar del mismo en España, antes de esta fecha, no podía dejar de ser sensacional, de constituir en cierto modo una verdadera *profecía*... Lástima que la argumentación carezca de la menor verosimilitud. Sobre todo si pensamos en las fechas (de composición y de publicación) del *otro* poema anunciado en las tablas del museo. Véase *infra*.

¹⁵ No se sabe con certeza cuándo nació el logroñés Francisco López de Zárate. De todos modos, puesto que Nicolás Antonio indica que murió el 5 de marzo de 1658, con más de setenta años, resulta evidente la imposibilidad de que C. se refiera a él antes de 1580, cuando —según Singleton— el *Persiles* estaba ya compuesto por completo. Pero el estudioso se guarda bien de dedicar una sola palabra en su artículo a este nuevo —y clarísimo— indicio cronológico, que bastaría, por sí solo, para echar abajo su débil andamiaje.

Si C. se refiere a la *Jerusalén libertada* cuando está más que publicada, no por eso es menos cierto que su alusión a *La invención de la Cruz* podría parecer, a primera vista, una... *profecía*. Porque consta que el tal poema «ver-

tes de la tierra, y cuya armonía había de suspender los corazones de las gentes contando la invención de la Cruz de Cristo, con las guerras del emperador Constantino: poema verdaderamente heroico y religioso, y digno del nombre de poema.

A lo que respondió Periandro:

—Duro se me hace de creer que de tan atrás se tome el cargo de aderezar las tablas donde se hayan de pintar los que están por venir, que, en efeto, en esta ciudad, cabeza del mundo, están otras maravillas de mayor admiración. Y ¿habrá otras tablas aderezadas para más poetas venideros? —preguntó Periandro.

—Sí —respondió el peregrino—, pero no quise detenerme a leer los títulos, contentándome con los dos primeros; pero, así, a bulto, miré tantos, que me doy a entender que la edad cuando éstos vengan (que, según me dijo el que me guiaba, no puede tardar) ha de ser grandísima la cosecha de todo género de poetas. Encamínelo Dios como él fuere más servido.

—Por lo menos —respondió Periandro—, el año que es abundante de poesía suele serlo de hambre, porque dármele poeta y dártele he pobre, si ya la naturaleza no se adelanta a hacer milagros. Y síguese la consecuencia: hay muchos poetas, luego hay muchos pobres; hay muchos pobres, luego caro es el año.

En esto iban hablando el peregrino y Periandro cuando llegó a ellos Zabulón el judío y dijo a Periandro que aquella

daderamente heroico y religioso» no sólo estaba inédito en 1615 y aun en los primeros meses de 1616, últimos en que estos capítulos del *Persiles* pudieron ser escritos, sino que lo siguió estando durante muchos años, precisamente hasta 1648, si bien el privilegio había sido concedido ya en 1629. No cabe duda, sin embargo, de que el manuscrito del poema (o simples noticias de él) circulaban mucho antes, si, en 1617, el propio autor, en las octavas dedicadas a las *Fiestas en la traslación del Santísimo Sacramento a la Iglesia Mayor de Lerma*, celebradas el mismo año, escribe (oct. 68): «Si tal vez en honor de Constantino, / oh musa, merecí que me dictaras...» y, en nota marginal, añade: «Alude a su poema *La invención de la Cruz*.»

El *Duarte* de M1 es claramente una errata, no un descuido de C. El cual sabe perfectamente a quién se está refiriendo, por lo que ha escrito líneas más arriba.

tarde le quería llevar a ver a Hipólita la Ferraresa, que era una de las más hermosas mujeres de Roma y aun de toda Italia¹⁶. Respondióle Periandro que iría de muy buena gana, lo cual no le respondiera si, como le informó de la hermosura, le informara de la calidad de su persona; porque la alteza de la honestidad de Periandro no se abalanzaba ni abatía a cosas bajas, por hermosas que fuesen, que, en esto, la naturaleza había hecho iguales y formado en una misma turquesa a él y a Auristela. De la cual se recató para ir a ver a Hipólita, a quien el judío le llevó más por engaño que por voluntad: que tal vez la curiosidad haze tropezar y caer de ojos al más honesto recato.

CAPÍTULO SÉPTIMO DEL CUARTO LIBRO^a

Con la buena crianza, con los ricos ornamentos de la persona y con los aderezos y pompa de la casa se cubren muchas faltas, porque no es posible que la buena crianza ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el aderezo de la casa no

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *De un extraño caso y notable peligro en que se vio Periandro por malicia de una dama cortesana*

¹⁶ «Ya desde el nombre se indica que se trata de una cortesana», dicen SA-RH, a partir de las sargas de nombres y patronímicos presentes en *La lozana andaluza*. Tienen razón, pero sólo en parte. *Hipólita* se llamaron, por la misma época, insignes señoras italianas, varias de ellas, por cierto, recordadas en las novelas de Bandello: Ippolita Sforza e Bentivoglio —parte I, n. 1, 4, 54; Parte III, n. 9 y 37—; Sanseverina e Vimercata —III, 52...—. Dicho lo cual, no estará de más recordar que, una vez más, C. podría estar teniendo en cuenta la etimología. *Hippolytos*, en efecto, significa en griego «caballo a rienda suelta».

Sobre el prestigio que, en la historia del erotismo italiano, han tenido las ferraresas se podría escribir un grueso libro —pero tal vez ya ha sido escrito. Cfr. Brantôme, *Les femmes galantes* («Quatrième discours»). La bella casa y el refinamiento de Hipólita no constituyeron, desde luego, un caso único en la Italia renacentista —y, aunque menos, también manierista y barroca. Cfr., p. ej., Paul Larivaille, *La vie quotidienne des courtisanes en Italie au temps de la Renaissance, Rome et Venise. XV^e et XVI^e siècles* (Paris, Hachette, 1975).

contente. Todo esto tenía Hipólita, dama cortesana, que en riquezas podía competir con la antigua Flora¹ y, en cortesía, con la misma buena crianza. No era posible que fuese estimada en poco de quien la conocía, porque con la hermosura encantaba, con la riqueza se hacía estimar y, con la cortesía, si así se puede decir, se hacía adorar. Cuando el amor se viste de estas tres calidades, rompe los corazones de bronce, abre las bolsas de hierro y rinde las voluntades de mármol, y más si, a estas tres cosas, se les añade el engaño y la lisonja, atributos convenientes para las que quieren mostrar a la luz del mundo sus donaires. ¿Hay, por ventura, entendimiento tan agudo en el mundo que, estando mirando una de estas hermosas que pinto, dejando a una parte las de su belleza, se ponga a discurrir las de su humilde trato? La hermosura, en parte, ciega y, en parte, alumbra: tras la que ciega corre el gusto; tras la que alumbra, el pensar en la enmienda. Ninguna de estas cosas consideró Periandro al entrar en casa de Hipólita; pero como tal vez sobre descuidados cimientos suele levantar amor sus máquinas, ésta sin pensamiento alguno se fabricó, no sobre la voluntad de Periandro, sino en la de Hipólita, que, con estas damas que suelen llamar del vicio², no es menester trabajar mucho para dar con ellas donde se arrepientan sin arrepentirse.

Ya había visto Hipólita a Periandro en la calle, y ya le había hecho movimientos en el alma su bizarría, su gentileza y, sobre todo, el pensar que era español, de cuya condición

¹ AA recuerda las palabras del prólogo del *Quijote* de 1605, donde «el regocijado amigo que, si escribe 'de mujeres ramerar, ahí está el obispo de Mondoñedo [Fray Antonio de Guevara], que os prestará a Lania, Laida y Flora, cuya anotación os dará gran crédito'. Que Dios me la depare igual». Pero no añade nada. No habría estado mal indicar, siquiera, el lugar: cfr. *Epístolas familiares*, I, 435-438 («Letra para don Enrique Enríquez, en la cual el auctor cuenta la historia de tres enamoradas antiquísimas...», esp. 445-448). Y hasta de añadir otra fuente al alcance de C.: *Le imagini de i dei de gli antichi*, de Vincenzo Cartari (Venezia, 1556; por la ed. de Ginetta Auzzas, Federica Martignago, Manlio Pastore Strocchi y Paolo Rigo, Vincenza, Neri Pozza, 1996: 207-208).

² *damas*. Así se llamó desde muy pronto en castellano a las cortesanas italianas y, por extensión, también a las menos prestigiosas prostitutas. Recuérdese el título del *Dialogo delle cortigiane*, del Aretino, traducido al castellano en 1535 como *Coloquio de las damas*.

se prometía dádivas imposibles y concertados gustos; y estos pensamientos los había comunicado con Zabulón y rogándole se lo trajese a casa, la cual tenía tan aderezada, tan limpia y tan compuesta, que más parecía que esperaba ser tálamo de bodas que acogimiento de peregrinos.

Tenía la señora Hipólita (que con este nombre la llamaban en Roma, como si lo fuera) un amigo llamado Pirro Calabrés³, hombre acuchillador, impaciente, facinoroso^{b,4}, cuya hacienda libraba en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos y en los engaños de Hipólita, que muchas veces con ellos alcanzaba lo que quería, sin rendirse a nadie; pero en lo que más Pirro aumentaba su vida era en la diligencia de sus pies, que lo^c estimaba en más que las manos, y de lo que él más se preciaba era de traer siempre asombrada a Hipólita en cualquiera condición que se le mostrase, ora fuese amorosa, ora fuese áspera: que nunca les falta a estas palomas duendas⁵ milanos que las persigan ni pájaros que las despedacen. ¡Miserable trato de esta mundana y simple gente! Digo, pues, que este caballero (que no tenía de serlo más que el nombre) se halló en casa de Hipólita al tiempo que entraron en ella el judío y Periandro. Apartóle aparte Hipólita y díjole:

^b A partir de M5, todas las eds. (con las excepciones de M16, M17, M18, B11, M23, *PECP*, AH) leen *facineroso*

^c A partir de M7, todas las eds. (a excepción de M16, B9, M17, M18, M21, BA2, B10, B11, M23, *PECP*, AH) leen *los*

³ Como *Rutilio* (a partir del latín *rutilus*), así *Pirro* (a partir del griego *pyrrhos*), significa «rubio» o, mejor, «pelirrojo». En el caso del calabrés, C. podría haber sido perfectamente consciente de las connotaciones del nombre. Como en cierto —sólo cierto— sentido Hipólita, la Ferraresa, Pirro, [el] Calabrés, se presenta enseguida connotado: negativamente, al menos para los españoles de la época, entre quienes su región nativa tenía fama de criar «mala gente». Tan mala como que entre ella se contó el propio apóstol traidor a Jesús. A quien, además se le atribuía —precisamente— la característica de pelirrojo. Cfr. Joseph E. Gilet, «Traces of Judas' Legend in Spain» (en *RH*, LXV [1925]: 320-321).

⁴ *facinoroso*. Es la forma etimológica, única usada por C. y por tantos escritores de la época. A principios del siglo XVII, sin embargo, otros autores eminentes, entre los que se cuentan especialistas en lexicología, como Cov., emplean ya —y aun tan sólo— la forma con *-e*.

⁵ *duendas* = 'domésticas'.

—Vete con Dios, amigo, y llévate esta cadena de oro de camino, que este peregrino me envió con Zabulón esta mañana.

—Mira lo que haces, Hipólita —respondió Pirro—, que, a lo que se me trasluce, este peregrino es español; y soltar él de su mano, sin haber tocado la tuya, esta cadena, que debe de valer cien escudos, gran cosa me parece y mil temores me sobresaltan.

—Llévate tú, ¡oh Pirro!, la cadena y déjame a mí el cargo de sustentarla y de no volverla, a pesar de todas sus españolerías.

Tomó la cadena que le dio Hipólita Pirro, que para el efecto la había hecho comprar aquella mañana, y, sellándole la boca con ella, más que de paso le hizo salir de casa. Luego, Hipólita, libre y desembarazada de su corma, suelta de sus grillos, se llegó a Periandro y, sin desenfado y con donaire, lo primero que hizo fue echarle los brazos al cuello, diciéndole:

—En verdad, que tengo de ver si son tan valientes los españoles como tienen la fama.

Cuando Periandro vio aquella desenvoltura, creyó que toda la casa se le había caído a cuestras y, poniéndole la mano delante el pecho a Hipólita, la detuvo y la apartó de sí, y le dijo:

—Estos hábitos que visto, señora Hipólita, no permiten ser profanados o, a lo menos, yo no lo permitiré en ninguna manera; y los peregrinos, aunque sean españoles, no están obligados a ser valientes cuando no les importa. Pero mirad vos, señora, en qué queréis que muestre mi valor sin que a los dos perjudique, y seréis obedecida, sin replicaros en nada.

—Paréceme —respondió Hipólita—, señor peregrino, que así lo sois en el alma como en el cuerpo; pero, pues, según decís que haréis lo que os dijere, como a ninguno de los dos perjudique, entraos conmigo en esta cuadra, que os quiero enseñar una lonja⁶ y un camarín⁷ mío.

⁶ *lonja*. Del italiano *loggia*, en su sentido de 'galería'.

⁷ *camarín*. Para Rosal, inicialmente significó 'lugar donde las mujeres guardaban sus adornos'. Exactamente un siglo más tarde, Sobrino nos demuestra que ya se ha desplazado el énfasis de las mujeres, propietarias de los objetos, a la misma —valiosa— colección de éstos: 'cabinet, petite

A lo que respondió Periandro:

—Aunque soy español⁸, soy algún tanto medroso y más os temo a vos sola que a un ejército de enemigos. Haced que nos haga otro la guía y llevadme do quisiéredes.

Llamó Hipólita a dos doncellas suyas y a Zabulón el judío, que a todo se halló presente, y mandólas que guiasen a la lonja. Abrieron la sala y, a lo que después Periandro dijo, estaba la más bien aderezada que pudiese tener algún príncipe rico y curioso en el mundo. Parrasio, Polignoto, Apeles, Zeuxis^d y Timantes tenían allí lo perfecto de sus pinceles, comprado con los tesoros de Hipólita^{e,9}, acompañados de los del devoto Rafael de Urbino¹⁰ y de los del divino Micael Ángel¹¹: riquezas donde las de un

^d P2: *Angelico*

^e M1: *Hipolyta* (siempre así, a partir de este momento).

chambre où l'on serre tout ce qu'on a de curieux'. Por fin, *DA* lo define 'aposento o sala pequeña, retirada de la común habitación, donde se guardaban diferentes bujerías, barros, vidrios, porcelanas y otras alhajas curiosas y exquisitas'. En este último sentido, y en indisoluble relación con *lonja*, resulta usado por C.

⁸ *aunque sea español*. Ya se ha indicado en otra ocasión (cfr. III, 13: 574 y nota 6) que, a partir de la entrada en Francia, Periandro y Auristela se comportan como —y pasan, con gusto, por— españoles.

⁹ Incurre aquí C. en un pequeño error. En el siglo XVI no se conocían pinturas de estos artistas griegos. Lo único que se sabía de ellos era a través de las fuentes literarias. Se trata, de cualquier modo, de un caso objetivo de *error* que no constituye, por fuerza, un caso de *inverosimilitud*. Por otra parte, citar a estos artistas constituía un verdadero lugar común.

¹⁰ Que me conste, no es frecuente, y menos constante, el recurso a este adjetivo a para calificar a Rafael.

Acerca de la *devoción*, cfr. cuanto Francisco de Holanda pone en boca de Miguel Ángel en los *Diálogos da pintura* (18-21).

¹¹ Aquí sí que nos encontramos ante un auténtico epíteto. *Divino* llaman al gran artista florentino Ariosto (*Orlando furioso*, XXXIII, oct. 1-2), Pietro Aretino (*Lettere sull'arte*, II, 436: *apud* Mario Socrate, «Borrón e 'pittura di macchia'», en *Studi di Letteratura spagnola* [1966]: 14), Giorgio Vasari (*Le vite de' più eccellenti architetti, pittori et scultori...*, por la ed. de Luciano Belosi y Aldo Rossi, Turín, Einaudi, 1991: 881-882), Francisco de Holanda (*Diálogos...*: 23), etc. (Para *divino*, italianismo —del siglo XVI— si se refiere a un poeta o artista, cfr. Terlingen: 299-300).

Lo más probable es que los nombres de la doble serie de artistas —antiguos y modernos— citados en este pasaje del *Persiles*, si bien al alcance de

gran príncipe deben y pueden mostrarse. Los edificios reales, los alcázares soberbios, los templos magníficos y las pinturas valientes¹² son propias y verdaderas señales de la magnanimidad y riqueza de los príncipes; prendas, en efeto, contra quien el tiempo apresura sus alas y apresta su carrera, como a émulas suyas, que, a su despecho, están mostrando la magnificencia de los pasados siglos. ¡Oh Hipólita, sólo buena por esto! Si, entre tantos retratos que tienes, tuvieras uno de tu buen trato y dejaras en el suyo a Periandro, que, asombrado, atónito y confuso, andaba mirando en qué había de parar la abundancia que en la lonja veía en una limpísima mesa, que de cabo a cabo la tomaba la música que de diversos géneros de pájaros en^f riquísimas jaulas estaban, haciendo una confusa pero agradable armonía¹³. En fin, a él le pareció que todo cuanto había oído decir de los Huertos Hespéri-

^f M1 y toda la tradición: *música, que de diversos pájaros, que, en*

cualquiera con un mínimo de cultura, le fueran sugeridos a C. por las aludidas octavas del *Orlando furioso*, donde se encuentran *todos* ellos, y más. Si acaso, cabe decir que, de haber releído (o recordado) el texto enteramente, C. no habría dicho que Hipólita poseía obras de los citados artistas griegos.

Micael Ángelo es forma muy frecuente en el Siglo de Oro: así llaman a Buonarroti, p. ej., Antonio Pérez (carta LXII: en BAE, XIII, 519 a, pero yo tomo el dato de Mario Socrate, art. cit.: 25) y el P. Jerónimo de San José (*Genio de la historia*: 83; en Socrate, art. cit.: 27). Por otra parte, *Micael*, a la latina, era también nombre de españoles: recuérdese entre otros, a Micael de Carvajal, primer autor del *Auto de las cortes de la Muerte*, concluido por Luis Hurtado de Toledo, o a Micael de Solís Ovando, embajador de Malta y amigo de Lope de Vega.

¹² *pinturas valientes*. Referido a las artes, 'de valor', pero, sobre todo, 'osado, atrevido'. Cfr. Terlingen (106) y Mario Socrate, (art. cit.: 9, 10, 22, 26, 28, 31).

¹³ *armonía* no equivalía, sin más, a 'son placentero', regulado por sabias leyes, por lo que con mucha frecuencia se añadía un adjetivo que precisara lo que se pretendía indicar: algo positivo o negativo. La de las aves es tópica y, por supuesto, siempre positiva, pero ¿qué diremos, p. ej., de «la armonía de los grillos [de acero de los presos en la cárcel de Barcelona], de que nos habla Lope de Vega en *El peregrino en su patria*, (I, 95)?

des^{8,14}, de los de la maga Falerina¹⁵, de los pensiles famosos¹⁶, ni de todos los otros que por fama fuesen conocidos en el mundo, no llegaban al adorno de aquella sala y de aquella lonja. Pero, como él andaba con el corazón sobresaltado (que bien haya su honestidad, que se le aprensaba entre dos tablas), no se le mostraban las cosas como ellas eran, antes, cansado de ver cosas de tanto deleite y enfadado de ver que todas ellas se encaminaban contra su gusto, dando de mano a la cortesía, probó a salirse de la lonja¹⁷. Y se saliera, si Hipólita no se lo estorbara, de manera que le fue forzoso mostrar con las manos ásperas palabras algo

⁸ M1: *esperidelos*

M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M19 [*h*]esperídes

M13, M16, B9, M17, M18, M19, M21, BA2, M22, B10: [*h*]esperídeos
B10, M23, AH: *hesperídeos*

¹⁴ Me parece evidente que el *Esperidelos* de M1 es el resultado de la contaminación de *Esperides* y *de los* (los dos términos que siguen en el texto). *Hesperídeos* o *hesperídeos* son, desde luego, formas verosímiles, pero en español significarían, si acaso, un 'fruto carnoso', como las *hesperídeas* o *hesperídeas* constituyen el grupo botánico que reúne las diferentes especies de agrios: incluidas, por tanto, las naranjas, que, con toda probabilidad, son las 'manzanas de oro' del mito. *Espéride* (o *hespéride*) está documentado, como adjetivo, p. ej., en G. Fernández de Oviedo, Lope de Vega (cfr. *PECP*: 213-214) y Calderón (*Fieras afemina amor*, acto I). Pero hay más: el propio C. se refiere a los *Huertos Hespérides* en *LG* (VI, 542). De todos modos, cabría adoptar aquí la alternativa ofrecida por el propio Lope en la *Descripción de La tapada* (en *OS*, II, 482: «La manzana teñida en sangre y oro, / afrenta del hespérido tesoro») y en *El amor desatinado* (cito de *VLV*): «Muestra esta rosa del jardín hespérido, / a pesar de su yerba quiromántica.»

¹⁵ Para *Falerina* y *jardín de Orcaña*, cfr. Matteo Boiardo, *Orlando enamorado* (Parte II, de II, 66, a V, 24). *El jardín de Falerina* se titula una comedia de Calderón.

¹⁶ *pensiles famosos*. Es decir, los jardines elevados o colgantes de Babilonia, considerados una de las siete maravillas de la Antigüedad.

¹⁷ Combet (1981: 109-110) constata que Periandro demuestra una singular timidez con las mujeres, parecida, por otra parte, a la de Don Quijote, la de Ricaredo, etc. Tal vez tenga razón, pero, si bien se mira, a Periandro este tipo de reacciones le resuelta *impuesto* por su papel. No sé hasta qué punto se puede leer en clave de latencia homosexual, etc. (La verdad es que el tema se está convirtiendo en un *poncif* en más de un sentido —ya— casi intolerable, por lo «obvio».)

descortes¹⁸. Trabó de la esclavina de Periandro y, abriéndole el jubón, le descubrió la cruz de diamantes, que de tantos peligros hasta allí había escapado¹⁹, y así deslumbró la vista a Hipólita como el entendimiento; la cual, viendo que se le iba, a despecho de su blanda fuerza, dio en un pensamiento que, si le supiera revalidar y apoyar algún tanto mejor, no le fuera bien dello a Periandro. El cual, dejando la esclavina en poder de la nueva egipcia²⁰, sin sombrero, sin bordón, sin ceñidor ni esclavina²¹ se puso en la calle: que el vencimiento de tales batallas consiste más en el huir que en el esperar. Púsose ella asimismo a la ventana y, a grandes voces, comenzó a apellidar la gente de la calle, diciendo:

—¡Ténganme a ese ladrón, que, entrando en mi casa como humano, me ha robado una prenda divina que vale una ciudad!

Acertaron a estar en la calle dos de la guarda del Pontífice, que dicen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladrón, facilitaron su dudosa potestad y prendieron a Periandro; echáronle mano al pecho y, quitándole la cruz, le santiguaron con poca decencia: paga que da la justicia a los nuevos delincuentes, aunque no se les averigüe el delito. Viéndose, pues, Periandro puesto en cruz sin su cruz²², dijo

¹⁸ Cfr. Lope de Vega, *El villano en su rincón* (acto I): «Creo que os he de reñir / con las voces de las manos.»

¹⁹ Pasando de las manos de Cloelia (que las custodia en II, 10 [337: primera referencia a las mismas *en el desarrollo real de la historia*] a las de Auristela, en el momento de la muerte de su ama (I, 5: 161). Auristela las conserva, explícitamente, en III, 2 (440). Cuando Antonio el joven se refiere a la de ellas (III, 19: 612-613) no está muy claro si las conserva él o si siguen en poder de su propietaria. Cuando, por fin, en IV, 1 (640) Periandro habla de perlas y cruz, aunque repite que son de Auristela, no especifica quién las custodia en ese momento, aunque más bien parece ser ella. ¿Por qué lleva ahora esta valiosa joya el protagonista, si de veras quiere evitar «complicaciones» que podrían llevar a descubrir su verdadera identidad? No hay más remedio que pensar en la «conveniencia narrativa».

²⁰ Cfr. I, 19 (251-252 y nota 14), y II, 9 (333).

²¹ AA recuerda el parecido de esta falsa denuncia con el de la Castrucha, en *LGi*, y remite a M. Bataillon («La denuncia mentirosa...», en *Varia lección...*, Madrid, Gredos, 1964: 256, 259).

²² *puesto en cruz sin su cruz...* Un parecido juego de palabras (a decir verdad, no poco «frío» en ambos casos) ocurre en Guevara, *Epístolas familiares* (I, 32).

a los tudescos²³ en su misma lengua que él no era ladrón, sino persona principal, y que aquella cruz era suya, y que viesen que su riqueza no la podía hacer de Hipólita, y que les rogaba le llevasen ante el gobernador, que él esperaba con brevedad averiguar la verdad de aquel caso. Ofrecióles dineros y, con esto y con habelles hablado en su lengua, con que se reconcilian los ánimos que no se conocen²⁴, los tudescos no hicieron caso de Hipólita y, así, llevaron a Periandro delante del gobernador²⁵. Viendo lo cual Hipólita, se quitó de la ventana y, casi arañándose el rostro, dijo a sus criadas:

—¡Ay, hermanas, y qué necia he andado! A quien pensaba regalar, he lastimado; a quien pensaba servir, he ofendido; preso va por ladrón el que lo ha sido de mi alma. Mirad qué caricias, mirad qué halagos son hacer prender al libre y difamar^{h,26} al honrado.

Y luego les contó cómo llevaban preso al peregrino dos de la guarda del Papa. Mandó asimismo que la aderezasen luego el coche, que quería ir en su seguimiento y disculparle, porque no podía sufrir su corazón verse herir en las mismas niñas de sus ojos, y que antes quería parecer testimoñera²⁷ que cruel: que de la crueldad no tendría disculpa y,

^h M15, B6, B7, B8, M17, M19, M21, BA2, M22, B10: *difamar*

²³ *tudescos*. Se trata, claro está, de dos soldados de las compañías de uno de los cuerpos de guardia del papa, constituidas por Julio II a base de ciudadanos helvéticos de los cantones católicos y todavía hoy en servicio en el Estado Vaticano.

²⁴ Con parecidas palabras procuró Zenotia, la maga de Alhama de Granada, «propiciarse» el ánimo del joven Antonio en la corte de Policarpo (cfr. II, 8: 326).

²⁵ Hay una evidente relación entre el episodio de la «isla soñada» (II, 15: 378-379) y ésta. En aquélla, la Sensualidad decía a Periandro (381): «Costarte ha, mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, a lo menos el gusto». Hemos asistido a la prueba, a la *tentación*. Que el joven supera, pero que, efectivamente, no dejará de tener consecuencias sobre «su gusto».

²⁶ La forma con -s- no sólo era corriente sino quizá la más usual en la época. Así, DA, a.v. *difamar* se limita a remitir a *difamar*. Cfr. PECP (214).

²⁷ *testimoñera* = 'que levanta testimonios'. Es decir, 'falsos testimonios' (cfr. II, 19: 341 y nota 10).

del testimonio, sí, echando la culpa al amor, que por mil disparates descubre y manifiesta sus deseos y hace mal a quien bien quiere. Cuando ella llegó en casa del gobernador, le halló con la cruz en las manos, examinando a Periandro el caso^{i,28}; el cual, como vio a Hipólita, dijo al gobernador:

—Esta señora que aquí viene ha dicho que esa cruz que vuesa merced tiene yo se la he robado, y yo diré que es verdad cuando ella dijere de qué es la cruz, qué valor tiene y cuántos diamantes la componen; porque, si no es que se lo dicen los ángeles o alguno otro espíritu que lo sepa²⁹, ella no lo puede saber, porque no la ha visto sino en mi pecho, y una vez sola.

—¿Qué dice la señora Hipólita a esto? —dijo el gobernador.

Y esto cubriendo la cruz, porque no tomase las señas de ella. La cual respondió:

—Con decir que estoy enamorada, ciega y loca, quedará este peregrino disculpado y yo esperando la pena que el señor gobernador quisiere darme por mi amoroso delito.

Y le contó punto por punto lo que con Periandro le había pasado, de lo que se admiró el gobernador, antes del atrevimiento que del amor de Hipólita, que de semejantes sujetos son propios los lascivos disparates. Afeóle el caso, pidió a Periandro la perdonase, dióle por libre y volvióle la cruz, sin que en aquella causa se escribiese le-

ⁱ M7 y todas las eds. posteriores (con la excepción de *PECP*): *Periandro sobre el*

²⁸ El añadido de la preposición es innecesario. *Examinar a uno cuanto sabe* es fórmula registrada, p. ej., en Baltasar Enríquez Hiverno, *Thesaurus utriusque linguae hispanae et latinae* (1679: yo cito del *TL*). SA-RH consideran «bien curioso» el testimonio por mí presentado ya en *PECP* (214), puesto que, según ellos, «no está claro que sea ésa la construcción aquí empleada». Para mí, al menos, sigue estándolo ahora como en 1977.

²⁹ Periandro parece aludir con cautela, a, p. ej., un *demonio familiar*.

tra alguna, que no fue ventura poca. Quisiera saber el gobernador quién eran los peregrinos que habían dado las joyas en prendas del retrato de Auristela y asimismo quién era él y quién Auristela; a lo que respondió Periandro:

—El retrato es de Auristela, mi hermana; los peregrinos pueden tener joyas mucho más ricas; esta cruz es mía y, cuando me dé el tiempo lugar y la necesidad me fuerce, diré quién soy, que el decirlo agora no está en mi voluntad, sino en la de mi hermana. El retrato que vuesa merced tiene ya se le tengo comprado al pintor por precio conveniente, sin que en la compra hayan intervenido pujas^j, que se fundan más en rancor^{k,30} y en fantasía que en razón.

El gobernador dijo que él se quería quedar con él por el tanto³¹, por añadir con él a Roma cosa que aventajase a las de los más excelentes pintores que la hacían famosa.

—Yo se le doy a vuesa merced —respondió Periandro—, por parecerme que, en darle tal dueño, le doy la honra posible.

Agradecióselo el gobernador y aquel día dio por libres a Arnaldo y al duque y les volvió sus joyas, y él se quedó con el retrato, porque estaba puesto en razón que se había de quedar con algo³².

^j P2 suprime cuanto sigue a *pujas*

^k A partir de M4, todas las eds. leen *rencor*, con las solas excepciones de M16, M23, *PECP*, *AH*

³⁰ En las eds. *principes* cervantinas se halla registrada tanto la forma etimológica como la «moderna»: el VC ofrece cuatro testimonios de *rencor* y tres de *rencor*. El problema es saber si las oscilaciones son «de autor» o simplemente imputables al tipógrafo. No puede saberse con certeza cuál es la forma predilecta del autor del *Persiles*. En principio, cabría pensar que la etimológica, pero... recuérdese, en este mismo capítulo, el caso de *facinoroso* / *facineroso* (681) y la predilección de Cov. por la última.

³¹ *el tanto* = 'el equivalente' (a lo pagado por Periandro).

³² Cfr. III, 4 (471).

CAPÍTULO OCTAVO
DEL CUARTO LIBRO^a

Más confusa que arrepentida volvió Hipólita a su casa, pensativa además y además enamorada^{b,1}, que, aunque es verdad que, en los principios de los amores, los desdenes suelen ser parte para acabarlos, los que usó con ella Perianandro le avivaron más los deseos. Parecíale a ella que no había de ser tan de bronce un peregrino que no se ablandase con los regalos que pensaba hacerle; pero, hablando consigo, se dijo a sí misma:

—Si este peregrino fuera pobre, no trujera consigo cruz tan rica, cuyos muchos y ricos diamantes sirven de claro sobrescrito de su riqueza. De modo que la fuerza desta roca no se ha de tomar por hambre; otros ardides y mañas son menester para rendirla. ¿No sería posible que este mozo tuviese en otra parte ocupada el alma? ¿No sería posible que esta Auristela no fuese su hermana? ¿No sería posible que las finezas de los desdenes que usa conmigo los quisiese asentar y poner en cargo a Auristela?². ¡Válame Dios, que me parece que en este punto he hallado el de mi remedio! ¡Alto! ¡Muera Auristela! Descúbrase este encantamento; a lo menos, veamos el sentimiento que este montaraz cora-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Da cuenta Arnaldo de todo lo que le había sucedido desde que se apartó de Periandro y Auristela en la isla de las Ermitas*

^b M2 y, a partir de M7, todas las eds. hasta B5: *pensativa y además enamorada*

M4, M16, B9, M17, M18, BA2, M22, B10, B11: *pensativa, además, y además enamorada*

¹ La supresión del primer *además* no se justifica en absoluto. La puntuación de M16 y seguidoras puede inducir a un malentendido. Cfr. II, 7, 2.^a (319).

² *asentar y poner en cargo a Auristela* = 'abonar o poner en la cuenta de A.', diríamos hoy. Una vez más, fórmulas del lenguaje comercial aplicadas a la casuística amorosa. Cfr. II, 9 (335 con nota 4), y IV, 4 (660-661)

zón hace; pongamos siquiera en plática este disignio; enferme Auristela; quitemos su sol delante de los ojos de Perianandro; veamos si, faltando la hermosura, causa primera de adonde el amor nace, falta también el mismo amor, que podría ser que, dando yo lo que a éste le quitare quitándole a Auristela, viniese a reducirse a tener más blandos pensamientos. Por lo menos, probarlo tengo, ateniéndome a lo que se dice que no daña el tentar las cosas que descubren algún rastro de provecho.

Con estos pensamientos algo consolada, llegó a su casa, donde halló a Zabulón, con quien comunicó todo su disignio, confiada en que tenía una mujer de la mayor fama de hechicera que había en Roma³, pidiéndole (habiendo antes precedido dádivas y promesas) hiciese con ella, no que mudase la voluntad de Periandro, pues sabía que esto era imposible, sino que enfermase la salud de Auristela y, con limitado término, si fuese menester, le quitase la vida. Esto dijo Zabulón ser cosa fácil al poder y sabiduría de su mujer. Recibió no sé cuánto por primera paga y prometió que desde otro día comenzaría la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipólita satisfizo a Zabulón, sino amenazóle asimismo y, a un judío, dádivas o amenazas le hacen prometer y aun hacer imposibles⁴.

³ Que las judías de Roma fueran en gran parte «hechiceras» era creencia muy difundida. En la Roma imperial ya tenían fama de brujos y adivinos ellas...y ellos. La famosa bula papal de 1555 con que Paulo IV relegaba a los judíos romanos en el *ghetto* alude también a una pretendida actividad de los mismos como «brujos y encantadores» (cfr. A. Milano, *Storia degli ebrei...: op. cit.*, 254). Tal creencia se convirtió pronto incluso en tema literario. Cfr. J. Caro Baroja, *Las brujas y su mundo* (296).

⁴ Basándose en otra documentación, A. Castro (C, 1925: 304-307) admite la existencia de una actitud antisemita en C. Más tarde, al volver a tratar el tema en *CCE* (precisamente la obra en que con mayor convicción, tras *De la edad conflictiva*, habla de la condición de «cristiano nuevo» del autor del *Quijote*) escribe (87): «En 1925 [...] afirmé que C. era 'antisemita'; hoy diría, en lugar de eso, que C. expresó literariamente el punto de vista de los cristianos y también el de los judíos.» Tales palabras, publicadas al final de una honrada revisión de diferentes momentos «antihebreos» identificables en el *corpus* de nuestro autor (pero Castro no tiene en cuenta este del *Persiles*)

Periandro contó a Croriano, Ruperta, a Auristela y a las tres damas francesas, a Antonio y a Constanza su prisión, los amores de Hipólita y la dádiva que había hecho del retrato de Auristela al gobernador. No le contentó nada a Auristela los amores de la cortesana⁵, porque ya había oído decir que era una de las más hermosas mujeres de Roma, de las más libres, de las más ricas y más discretas, y las musarañas de los celos, aunque no sea más de una y sea más pequeña que un mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de un amante mayor que el monte Olimpo; y, cuando la honestidad ata la lengua de modo que no puede quejarse, da tormento al alma con las ligaduras del silencio, de modo que a cada paso anda buscando salidas para dejar la vida del cuerpo. Según otra vez se ha dicho, ninguno otro remedio tienen los celos que oír disculpas y, cuando éstas no se admiten, no hay que hacer caso de la vida, la cual perdiera Auristela mil veces antes que formar una queja de la fee de Periandro.

Aquella noche fue la primera vez que Bartolomé y la Talaverana fueron a visitar a sus señores, no libres, aunque ya lo estaban de la cárcel, sino atados con más duros grillos, que eran los del matrimonio, pues se habían casado, que la muerte del polaco puso en libertad a Luisa y a él le trujo su destino a venir peregrino a Roma. Antes de llegar a su patria, halló en Roma a quien no traía intención de buscar, acordándosele de los consejos que en España le había dado Periandro, pero no pudo estorbar su destino, aunque no le fabricó por su voluntad⁶.

están lejos de convencer al lector desprevenido. En *LBA* (acto III) y en *LGS* (acto I) se hallan, naturalmente, puestas en boca de cristianos (y cristianos fanáticos, vueltos aún más intolerantes por la experiencia del cautiverio) de humilde extracción. En el presente pasaje del *Persiles*, por el contrario, no es ya un personaje sino el propio narrador quien dice las frases hirientes. Aunque, por supuesto, siempre se puede afirmar que las mismas son como una prolongación del parlamento de Hipólita, la cual, así, resultaría la verdadera responsable de estas afirmaciones.

⁵ *no le contentó [...] los amores...* Un caso más de verbo en singular, delante del sujeto en plural. Cfr. III, 5 (474).

⁶ En contraste con otras férvidas afirmaciones de libre albedrío, aquí reaparece en «gélido determinismo» a que tuvo ocasión de referirse A. Castro (C, 1925: 342). Pero se debe añadir que tal *determinismo* (si es ésta la palabra

Aquella noche, asimismo, visitó Arnaldo a todas aquellas señoras y dio cuenta de algunas cosas que en el volver a buscarles, después que apaciguó la guerra de su patria, le habían sucedido. Contó cómo llegó a la isla de las Ermitas, donde no había hallado a Rutilio, sino a otro ermitaño en su lugar, que le dijo que Rutilio estaba en Roma; dijo asimismo que había tocado en la isla de los pescadores y hallado en ella, libres, sanas y contentas, a las desposadas y a los demás que con Periandro, según ellos dijeron, se habían embarcado. Contó cómo supo de oídas que Policarpa era muerta y Sinforosa no había querido casarse⁷; dijo cómo se tornaba a poblar la isla bárbara, confirmándose sus moradores en la creencia de su falsa profecía; advirtió cómo Mauricio y Ladislao, su yerno, con su hija Transila, habían dejado su patria y pasádose a vivir más pacíficamente a Inglaterra⁸. Dijo también cómo había estado con Leopoldio^c, rey de los

^c V, P1, M3, P2, M4, B3, B4: *Leopoldo*

justa) está presente también en el mayor poeta del libre albedrío de la España del Siglo de Oro, Calderón. El cual, si es verdad que no deja de insistir en que el sabio vence el poder de las estrellas, etc., también es capaz de poner en boca de un personaje perfectamente serio, en *El conde Lucanor* (acto III): «...y pues ninguno / resistir al hado puede...»

⁷ El narrador se descuidó (o, mejor, dio una información incompleta al lector) en II, 17 (392), cuando nos ofreció otras noticias sobre la pobre Policarpa.

⁸ Recuérdese que, en la isla nativa de Mauricio (próxima a Hibernia, que, en la novela de C., no es Irlanda) ciertas extrañas costumbres documentan un estado de civilización «no cristiano» o, por lo menos, sólo superficialmente condicionado por el cristianismo. Si pensamos que Mauricio, Transila y Ladislao van a establecerse en Inglaterra en determinado momento de 1558, la decisión no nos sorprende en absoluto, puesto que precisamente en ese año culmina el proceso de «vuelta a Roma» tenazmente dirigido por María Tudor («la católica», para los unos; «la sanguinaria», para los otros). La reina muere en noviembre, pero tan sólo en febrero de 1559, con la discusión en el Parlamento de la Ley de Uniformidad y de Supremacía, se inicia el retorno de Inglaterra, ahora guiada por Isabel I, al protestantismo «oficial». Con lo que la ida de los personajes a establecerse en ella no es tan descabellada como a primera vista podría parecer.

dáneos^{d,9}, después de acabada la guerra; el cual se había casado por dar sucesión a su reino, y que había perdonado a los dos traidores que llevaba presos cuando Periandro y sus pescadores le encontraron, de quien mostró estar muy agradecido, por el buen término y cortesía que con él tuvieron. Y, entre los nombres que le era forzoso nombrar en su discurso, tal vez tocaba con el de los padres de Periandro, y tal con los de Auristela, con que les sobresaltaba los corazones y les traía a la memoria así grandezas como desgracias. Dijo que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimación tenidos sus retratos; contó asimismo la fama que dejaban en Francia, en todo aquel camino, la hermosura de Constanza y de aquellas señoras damas francesas; dijo cómo Croriano había granjeado opinión de generoso y de discreto en haber escogido a la sin par Ruperta por esposa¹⁰; dijo asimismo cómo en Luca se hablaba mucho en la sagacidad de Isabela Castrucho y en los breves amores de Andrea Marulo, a quien con el demonio fingido trujo el cielo a vivir vida de ángeles. Contó cómo se tenía por milagro la caída de Periandro y cómo dejaba en el camino a un mancebo, peregrino poeta, que no quiso adelantarse con él por venirse despacio, componiendo una comedia de los sucesos de Periandro y Auristela, que los sabía de memoria por un lienzo que había visto en Portugal¹¹, donde se habían pintado, y que traía intención firmísima de casarse con Auristela, si ella quisiese.

^d M1: *daneos*

M5, M9: *dánaos*

A partir de M6, todas las eds. traen *danaos*, a excepción de B4, M13, M16, que vuelven a la lección de M1.

⁹ Cfr. II, 13 (365 con nota 6) y 21 (419).

¹⁰ *la sin par Ruperta*. No contradice en nada cuanto dicho en I, 2 (130 y nota 18), a propósito de este calificativo, auténtico epíteto —en el *Persiles*— de Auristela. En efecto, aquí habla el autor, pero indirectamente, puesto que refiere las palabras del cortés Arnaldo, en una visita «de cumplido».

¹¹ Osuna (C, 1972: 81) nota el evidente descuido: el poeta «corrector de comedias antiguas» había visto el lienzo con la historia de Periandro y Auristela en Badajoz, no en Portugal.

Agradecióle Auristela su buen propósito y aun desde allí le ofreció darle para un vestido, si acaso llegase roto, que un deseo de un buen poeta toda buena paga merece.

Dijo también que había estado en casa de la señora Constanza y Antonio, y que sus padres y abuelos estaban buenos, y sólo fatigados de la pena que tenían de no saber de la salud de sus hijos, deseando volviese la señora Constanza a ser esposa del conde, su cuñado, que quería seguir la discreta elección de su hermano, o ya por no dar los veinte mil ducados¹², o ya por el merecimiento de Constanza, que era lo más cierto, de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro y Auristela, que como a sus hermanos los querían.

Desta plática de Arnaldo^c se engendraron en los pechos de los oyentes nuevas sospechas de que Periandro y Auristela debían de ser grandes personajes, porque de tratar de casamientos de condes y de millaradas de ducados no podían nacer sino sospechas ilustres y grandes¹³. Contó también cómo había encontrado en Francia a Renato, al caballero francés vencido en la batalla contra derecho y libre y victorioso por la conciencia de su enemigo. En efeto, pocas cosas quedaron, de las muchas que en el galán progreso desta historia se han contado, en quien él se hubiese hallado,

^c M1 y toda la tradición: *Auristela*

¹² Osuna (C, 1972: 83) afirma que «la situación de los veinte mil ducados que el conde moribundo deja al casarse con [Constanza] [III, 9: 526], no queda clara, precisamente por lo que ahora dice C.» Tiene razón, pero ¿no resulta fácil explicarse todo pensando que el dinero que el conde llevaba en el baúl quedó secuestrado por el juez hasta la conclusión de la complicada causa: refriega entre la compañía «alojada» y los pueblerinos «alojadores», heridas mortales a un título de Castilla y posterior casamiento del mismo *in articulo mortis*, hecho que (como ya preveía el viejo hidalgo Villaseñor: cfr. 527) no habría dejado de dar que murmurar al vulgo, «casi siempre malintencionado»? Si concedemos esto —y no es mucho— a C., todo queda de veras más «claro»: el nuevo conde, con tal de no renunciar definitivamente a los veinte mil ducados, (que, en realidad, no habría perdido *todavía*) empieza a considerar la posibilidad de casarse con su cuñada, ya condesa.

¹³ *sospechas ilustres*. Una fórmula casi idéntica ocurre, p. ej., en Calderón, *Desdicha y dicha del hombre* (acto I).

pues, que allí no las volviese a traer a la memoria¹⁴, trayendo también la que tenía de quedarse con el retrato de Auristela, que tenía Periandro contra la voluntad del duque y contra la suya, puesto que dijo que, por no dar enojo a Periandro, disimularía su agravio.

—Ya le hubiera yo deshecho —respondió Periandro—, volviendo, señor Arnaldo, el retrato, si entendiera fuera vuestro. La ventura y su diligencia se le dieron al duque; vos se le quitastes por fuerza y, así, no tenéis de qué quejaros. Los amantes están obligados a no juzgar sus causas por la medida de sus deseos, que tal vez no los han de satisfacer, por acomodarse con la razón, que otra cosa les manda. Pero yo haré de manera que, no quedando vos, señor Arnaldo, contento^f, el duque quede satisfecho¹⁵ y será con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es más suyo que de otro alguno.

Satisfizole a Arnaldo el parecer de Periandro y ni más ni menos a Auristela. Con esto cesó la plática y, otro día por la mañana, comenzaron a obrar en Auristela los hechizos, los

^f A partir de M5, todas las eds. (a excepción de M16, B9, M17, M18, M21, BA2, M23, PECP, AH) enmiendan *que quedando vos, señor Arnaldo, contento*

¹⁴ Es evidente que al narrador le conviene, en el momento de pasar revista y reunir en un haz el rico material narrativo desparramado a lo largo de todo el libro III, que Arnaldo haya realizado un viaje a todas luces demasiado convencional. En lugar de bajar a Roma directamente, a través de Alemania y Austria, repite puntualmente todas y cada una de las etapas de su adorada Auristela, incluso las menos memorables, no se sabe bien guiado por quién o quiénes.

¹⁵ Las palabras de Periandro, tal y como se presentan en M1, podrían ser entendidas por Arnaldo como una prueba de la estima en que es tenida su indudable caballería, pero... también de manera aviesa, puesto que, en realidad, así él resulta doblemente perdedor: ante sí mismo y, sobre todo, ante el duque. Se comprende, pues, que varios eds. hayan procurado volver las cosas más claras, equilibrando el disgusto por la pérdida del retrato entre los dos pretendientes de Auristela. (Otra solución —inédita—, igualmente respetuosa de los «derechos» de ambos podría ser leer *...que no quedando vos, señor Arnaldo, descontento, el duque quede satisfecho...*) De cualquier modo, es con mucho preferible no intervenir en unas frases, a fin de cuentas, inteligibles.

venenos, los encantos y las malicias de la judía⁸,¹⁶ mujer de Zabulón¹⁷.

CAPÍTULO NONO DEL CUARTO LIBRO^a

No se atrevió la enfermedad a acometer rostro a rostro a la belleza de Auristela, temerosa no espantase tanto la hermosura la fealdad suya y, así, la acometió por las espaldas,

⁸ M1: *la Iulia*

Adopto la enmienda de M3, P2, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M13, Vall, B6, B7, B8, M19, M23, *PECP*.

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *En donde se cuenta la enfermedad de Auristela por los hechizos de la judía muger de Zabulón*

¹⁶ M1 trae *la Iulia*, como en el comienzo del capítulo 8, pero en todos los demás lugares *la Iudía*. Contra la opinión de SA-RH, no encuentro «inexplicable» que algunos eds. hayan enmendado el pretendido nombre de la mujer de Zabulón. A mi parecer, se trata más bien de un claro caso de restitución al bien documentado *Judía* (hoy escrito con minúscula, con lo que su forma se aleja de *Julia*). Como cualquiera nota enseguida, este último nombre nada tiene de hebreo y literalmente desentona al lado de los muy característicos de Zabulón y de sus compañeros: Manasés y Abiud (cfr. IV, 3: 657). C., siempre sensible al *aura*, a las connotaciones de los nombres propios (cfr. III, 7, 500 y nota 3), ¿habría caído aquí en una impropiedad tan fácilmente evitable?

Debe decirse, sin embargo, que entre las judías italianas estaba mucho menos difundido que entre los hombres el nombre bíblico (y el doble nombre: uno hebreo, seguido de otro «románico», por llamarlo de alguna manera). En general, los que se les aplicaron suelen denotar la «imagen» o el «auspicio» de una dote femenina: Bella, Costanza, Diamante, Dolce, Fiore, Gentile, Gioia, Grazia, Letizia, Pazienza, Perla, Regina, Rosa, Vertudiosa (Milano, *Storia degli ebrei in Italia*: 579).

¹⁷ De todo lo anterior —y de lo que seguirá— se deduce que *la judía* actúa sobre Auristela, con hechizos y «malicias» por el estilo, que, en teoría, tienen eficacia *a distancia*, sin exigir un contacto directo con la víctima. Nada, absolutamente nada de lo dicho en este libro IV hace pensar en una operación material de la judía, o de un enviado suyo, sobre la joven, del tipo de la presupuesta por los venenos. ¿Otra pequeña —mínima— distracción de C.? Lo parece, por lo menos.

dándole en ellas unos calosfríos^{b,1} al amanecer que no la dejaron levantar aquel día. Luego luego se le quitó la gana de comer y comenzó la viveza de sus ojos a amortiguarse y el desmayo, que con el tiempo suele llegar a los enfermos, [se] sembró^c en un punto por todos los sentidos de Auristela^{d,2}, haciendo el mismo efeto en los de Periandro, que luego se alborotaron y temieron todos los males posibles, especialmente lo que temen los poco venturosos. No había dos horas que estaba enferma y ya se le parecían cárdenas las encarnadas rosas de sus mejillas, verde el carmín de sus labios y topacios las perlas de sus dientes³; hasta los cabellos le pareció que habían mudado color, estrechándose^e las manos y casi mudado el asiento y encaje natural de su rostro. Y no por esto le parecía menos hermosa, porque no la miraba en el lecho que yacía, sino en el alma, donde la tenía retratada⁴. Llegaban a sus oídos (a lo menos, llegaron de allí a dos días) sus palabras, entre débiles acentos formadas y pronunciadas con turbada lengua.

^b M1, PECP, AH: *calosfríos*

L, Par1, M7, M8, M10, NY; B5, Par6, M11, M12, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19, B10, M23: *calofríos*
M17, M18, M21, BA2, M22: *escalofríos*

^c A partir de M7, hasta B8, incluida, más B9, M19, PECP: *se sembró*

^d M1: *Constança*

M11, M12, M13, M14, Vall, M15, M19, M22: *Auristela*

^e M1: *estrecháronse*

Adopto la enmienda de M7, M11, M13, M14, Vall, M18.

M8, NY, M10, B5, B6, B7, B8: *estrechándose*

¹ *calosfríos*. Según DCELC (que cita precisamente este pasaje del *Persiles*), «es una forma alterada del antiguo *calofrío*, con influjo de *escalofrío* y *escalofriante*».

² Parece evidente que el *Constanza* de M1 es un descuido de C., no del impresor, que, de cualquier modo, no hay por qué conservar el texto.

³ Aquí es efecto de la enfermedad y nada tiene de ridículo. Recuérdese en cambio, el desenvuelto romance que Altisidora canta en *Quijote*, II, 44, donde eso mismo *parece* una «calidad».

⁴ En *LEI*, novela —como bien se sabe— en tantos sentidos parecida al *Persiles*, la protagonista corre peligro de muerte a causa de operaciones de otra mala mujer (esta vez se trata de un tósigo, disimulado en una conserva).

Asustáronse las señoras francesas y el cuidado de atender a la salud de Auristela fue de tal modo que tuvieron necesidad de tenerle de sí mismas. Llamáronse médicos, escogiéronse los mejores: a lo menos, los de mejor fama, que la buena opinión califica la acertada medicina y, así, suele haber médicos venturosos como soldados bien afortunados; la buena suerte y la buena dicha (que todo es uno) tan bien puede llegar a la puerta del miserable en un saco de sayal como en un escaparate de plata⁵. Pero ni en plata ni en lana no llegaba ninguna a las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperaban los dos hermanos Antonio y Constanza. Esto era al revés en el duque, que, como el amor que tenía en el pecho se había engendrado de la hermosura de Auristela, así como la tal hermosura iba faltando en ella iba en él faltando el amor, el cual muchas raíces ha de haber echado en el alma para tener fuerzas de llegar hasta el margen de la sepultura con la cosa amada. Feísima es la muerte y quien más a ella se llega es la dolencia, y amar las cosas feas parece cosa sobrenatural y digna de tenerse por milagro.

Auristela, en fin, iba enflaqueciendo por momentos y quitando las esperanzas de su salud a cuantos la conocían. Sólo Periandro era el solo firme, sólo el enamorado, sólo aquel que con intrépido pecho se oponía a la contraria fortuna y a la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaba.

Quince días esperó el duque de Nemurs a ver si Auristela mejoraba y, en todos ellos, no hubo ninguno que a los médicos no consultase de la salud de Auristela, y ninguno se la aseguró, porque no sabían la causa precisa de su dolencia. Viendo lo cual el duque, y que las damas^f francesas no

^f M1: *duque, y las damas*

Adopto la enmienda de P2, M5, M6, B2, B3, B4, M9, M16, B9, M17, M18, M21, BA2, M22, B10, M11, M12, M13, *PECP*, AH.

⁵ *escaparate* = 'alhaja a manera de alacena o armario' (*DA*). Voz extranjera (el neerlandés *schraperad*), de muy reciente importación (cfr. *DCELC*). Tan reciente, que ningún vocabulario anterior al cit. *DA* la registra y que éste mismo la «autoriza» por medio del presente pasaje del *Persiles* y de otro, bastante más tardío, de Zabaleta. Más aún: ni siquiera en el riquísimo *VLV* está presente.

hacían dél caso alguno, viendo también que el ángel de luz de Auristela se había vuelto el de tinieblas⁶, fingiendo algunas causas que, si no del todo, en parte le disculpaban, un día, llegándose a Auristela en el lecho donde enferma estaba, delante de Periandro, le dijo:

—Pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dejado conseguir el deseo que tenía de recebirte por mi legítima esposa, antes que la desesperación me traiga a términos de perder el alma, como me ha traído en los de perder la vida, quiero por otro camino probar mi ventura, porque sé cierto que no tengo de tener ninguna buena aunque la procure; y, así, sucediéndome el mal que no procuro, vendré a perderme y a morir desdichado, y no desesperado. Mi madre me llama; tiéneme prevenida esposa; obedecerla quiero y entretener el tiempo del camino tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura y de tu enfermedad, y quiera Dios que no diga las de tu muerte.

Dieron sus ojos muestra de algunas lágrimas. No pudo responderle Auristela, o no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periandro; lo más que hizo fue poner la mano debajo de su almohada y sacar su retrato y volvérselo al duque, el cual le besó las manos por tan gran merced; pero, alargando la suya Periandro, se le tomó y le dijo:

—Si dello no disgustas, ¡oh gran señor!, por lo que bien quieres te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir una palabra que tengo dada, que, sin ser en perjuicio tuyo, será grandemente en el mío, si no lo cumplo.

Volviósele el duque, con grandes ofrecimientos de poner por él la hacienda, la vida y la honra, y más, si más pudiese, y desde allí se dividió de los dos hermanos, con pensamiento de no verlos más en Roma. Discreto amante y el primero, quizá, que haya sabido aprovecharse de las guedejas que la ocasión le ofrecía⁷.

⁶ Como indica AA, la comparación «se origina en Isaías 14, 12, referida a Lucifer».

⁷ Cfr. II, 11 (352 y nota 8).

Todas estas cosas pudieran despertar a Arnaldo para que considerara cuán menoscabadas estaban sus esperanzas y cuán a pique de acabar con toda la máquina de sus peregrinaciones, pues, como se ha dicho, la muerte casi había pisado las ropas a Auristela; y estuvo muy determinado de acompañar al duque⁸, si no en su camino, a lo menos en su propósito, volviéndose a Dinamarca, mas el amor y su generoso pecho no dieron lugar a que dejase a Periandro sin consuelo y a su hermana Auristela en los postreros límites de la vida, a quien visitó y de nuevo hizo ofrecimientos, con determinación de aguardar a que el tiempo mejorase los sucesos, a pesar de todas las sospechas que le sobrevenían.

CAPÍTULO DIEZ DEL CUARTO LIBRO^a

Contentísima estaba Hipólita de ver que las artes de la cruel judía^{b,1} tan en daño de la salud de Auristela se mostraban, porque en ocho días la pusieron tan otra de lo que ser solía que ya no la conocían sino por el órgano de la voz: cosa que tenía suspensos a los médicos y admirados a cuantos la conocían. Las señoras francesas atendían a su salud con tanto cuidado como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Félix Flora, que con particular afición la que-

⁸ M1, B1, L, Par1, Bru, M2, M4, M16, M17, M18, M21, BA2, M22, B10, B11, M23, AH: *conde*

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Cobra Auristela la salud, por haber la judía deshecho los hechizos, y propone a Periandro el intento de no casarse*

^b M1: *Iulia*

M3, M7, M8, M9, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8: *Iudia / judía*

⁸ Como en el caso de *Constanza*, por *Auristela* (cfr. nota 2 de este capítulo), el *conde* —por *duque*— de M1 es con toda probabilidad un descuido imputable al autor, no al tipógrafo.

¹ Cfr. IV, 8 (697 y nota 16).

ría. Llegó a tanto el mal de Auristela, que, no conteniéndose en los términos de su jurisdicción, pasó a la de sus vecinos y, como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontró fue con él, no porque el veneno y maleficios de la perversa judía obrasen en él derechamente y con particular asistencia o, como en Auristela, para quien estaban hechos, sino porque la pena que él sentía de la enfermedad de Auristela era tanta que causaba en él el mismo efecto que en Auristela y, así, se iba enflaqueciendo que comenzaron todos a dudar de la vida suya como de la de Auristela.

Viendo lo cual Hipólita, y que ella misma se mataba con los filos de su espada, adivinando con el dedo² de dónde procedía el mal de Periandro, procuró darle remedio dándole a Auristela. La cual, ya flaca, ya descolorida, parecía que estaba llamando su vida a las aldabas de las puertas de la muerte³; y, creyendo sin duda que por momentos la abrían, quiso abrir y preparar la salida a su alma por la carrera de los sacramentos, bien como ya instruida en la verdad católica; y, así, haciendo las diligencias necesarias, con la mayor devoción que pudo dio muestras de sus buenos pensamientos, acreditó la integridad de sus costumbres, dio señales de haber aprendido bien lo que en Roma la habían enseñado y, resignándose en las manos de Dios, sosegó su espíritu y puso en olvido reinos, regalos y grandezas.

Hipólita, pues, habiendo visto, como está ya dicho, que, muriéndose Auristela, moría también Periandro, acudió a la judía a pedirle que templase el rigor de los hechizos que consumían a Auristela, o los quitase del todo, que no quería ella ser inventora de quitar con un golpe solo tres vidas, pues, muriendo Auristela, moría Periandro y, muriendo Periandro, ella también quedaría sin vida. Hízolo así la judía, como si estuviera en su mano la salud o la enfermedad ajena, o como si no dependieran todos los males que llaman de pena de la voluntad de Dios, como no dependen los ma-

² *adivinar con el dedo* = 'frase familiar con que se indica la facilidad de acertar lo que está visible y patente' (DHLE, con testimonios de Pero Mejía, y C., LGi).

³ Cfr. una frase casi idéntica en I, 10 (193).

les de culpa; pero Dios, obligándole (si así se puede decir), por nuestros mismos pecados, para castigo dellos permite que pueda quitar la salud ajena esta que llaman hechicería, con que lo hacen las hechiceras. Sin duda ha él permitido, usando^c mezclas y venenos que con tiempo limitado quitan la vida a la persona que quiere, sin que tenga remedio de escusar este peligro, porque le ignora y no se sabe de dónde procede la causa de tan mortal efeto; así que, para guarecer destos males, la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medicina.

Comenzó, pues, Auristela a dejar de empeorar, que fue señal de su mejoría; comenzó el sol de su belleza a dar señales y vislumbres de que volvía a amanecer en el cielo de su rostro; volvieron a despuntar las rosas en sus mejillas y la alegría en sus ojos; ajuntáronse las sombras de su melancolía; volvió a enterarse el órgano suave de su voz; afinóse el carmín de sus labios; compitió^d con el marfil la blancura de sus dientes, que volvieron a ser perlas, como antes lo eran. En fin, en poco espacio de tiempo volvió a ser toda hermosa, toda bellísima, toda agradable y toda contenta, y estos mismos efetos redundaron en Periandro, y en las damas francesas, y en los demás, Croriano y Ruperta, Antonio y su hermana Constanza, cuya alegría o tristeza caminaba al paso de la de Auristela. La cual, dando gracias al cielo por la merced y regalos que le iba haciendo, así en la enfermedad como en la salud, un día llamó a Periandro y, estando solos, por cuidado y de industria, desta manera le dijo:

—Hermano mío, pues ha querido el cielo que con este nombre tan dulce y tan honesto ha dos años que te he nombrado⁴, sin dar licencia al gusto o al descuido para que

^c M7, M11: *sin duda, usando*

^d M1: *convirtió con el marfil*

Adopto la enmienda de M5, M6, B2, B3, B4, M9, M12, *PECP*, AH.

M7, M8, NY, M10, B5, Par6, M11, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M22: *convirtió en marfil*

⁴ Nótese la insistencia en la duración de todo lo contado en el *Persiles*, ya como presente de la historia (poco más de un año), ya como pasado inmediato (otro año, aproximadamente).

de otra suerte te llamase que tan honesta y tan agradable no fuese, querría que esta felicidad pasase adelante y que solos los términos de la vida la pusiesen término, que tanto es una ventura buena cuanto es duradera, y tanto es duradera cuanto es honesta. Nuestras almas, como tú bien sabes y como aquí me han enseñado, siempre están en continuo movimiento y no pueden parar sino en Dios, como en su centro⁵. En esta vida, los deseos son infinitos, y unos se encadenan de otros y se eslabonan, y van formando una cadena que tal vez llega al cielo y tal se sume en el infierno. Si te pareciera, hermano, que este lenguaje no es mío y que va fuera de la enseñanza que me han podido enseñar mis pocos años y mi remota crianza, advierte que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la experiencia y escrito mayores cosas⁶; principalmente ha puesto que en sólo conocer y ver a Dios está la suma gloria y todos los medios que para este fin se encaminan son los buenos, son los santos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad y el de la virginidad. Yo, a lo menos, así lo entiendo y, juntamente con entenderlo así, entiendo que el amor que me tienes es tan grande que querrás lo que yo quisiere. Heredera soy de un reino y ya tú sabes la causa porque mi querida madre me envió en casa de los reyes tus padres, por asegurarme de la grande guerra de que se temía; desta venida se causó el venirme^e

^e M1: *causó el de venirme*

M2: *causó en el venirme*

Adopto la enmienda de P2.

⁵ Cfr. II, 3 (289), y, sobre todo, III, 1 (427).

⁶ La fuente mediata es aquí Aristóteles (*De anima*, III, 4); la inmediata puede ser uno de los tantos textos escolásticos, un sermón, quizá una clase en el «estudio» de Madrid, dirigido por López de Hoyos, donde ocurriera la consabida sentencia *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, etc. La cual aparece también en *Quijote*, II, 46, precisamente en el romance que el hidalgo canta en respuesta al de Altisidora.

Muy curioso me parece un pasaje de LG (IV, 452) donde el prevalente platonismo (en la ocasión, el tema de la *reminiscencia*), se ve superado por «un mejor parecer» (el aristotélico), hecho propio por la Iglesia, en este sentido «pre-sensista».

yo contigo⁷, tan sujeta a tu voluntad que no he salido della un punto; tú has sido mi padre; tú, mi hermano; tú, mi sombra; tú, mi amparo y, finalmente, tú, mi ángel de guarda y, tú, mi enseñador y mi maestro⁸, pues me has traído a esta ciudad, donde he llegado a ser cristiana como debo. Querría agora, si fuese posible, irme al cielo sin rodeos, sin sobresaltos y sin cuidados, y esto no podrá ser si tú no me dejas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra y la voluntad de ser tu esposa. Déjame, señor, la palabra, que yo procuraré dejar la voluntad, aunque sea por fuerza, que, para alcanzar tan gran bien como es el cielo, todo cuanto hay en la tierra se ha de dejar, hasta los padres y los esposos. Yo no te quiero dejar por otro; por quien te dejo es por Dios⁹, que te dará a sí mismo, cuya recompensa infinitamente excede a que me dejes por él. Una hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza. Con ella te podrás casar y alcanzar el reino que a mí me toca, y con esto, haciendo felices mis deseos, no quedarán defraudados del todo los tu-

⁷ SA-RH escriben: «Hay que suplir un sustantivo mental *émotivo?* *èhecho?*, en consonancia con la causa anteriormente dada.» Tal vez tengan razón, pero, de aceptar esta sugerencia, yo me inclinaría por *efeto* / *efecto*. Si alguna ventaja tiene *el venirme* (que sigo prefiriendo) consiste en que comporta una intervención menos vistosa en el texto.

⁸ Carilla evoca, al comentar este pasaje, un conocido terceto dantesco (*Infierno*, I, vv. 85-87) e invita a cotejar otros «de la *Divina Commedia* en que Dante llama a Virgilio 'padre', 'duca', 'maestro', 'pedagogo', etc.». De él habla también C. en *ECEx.*, *ERD* y *CdP*.

⁹ Es imposible no recordar las palabras de Leonora Pereira a Manuel de Sosa Coitiño (cfr. I, 10: 195-196).

De un «voto de virginidad» de Auristela habla sólo Taurisa en I, 1 (126 y nota 10), pero allí mismo hubo ocasión de comentar que todo parece agotarse en los límites de una «honesta disimulación», para no ceder a las pretensiones de Amaldo. También quedó dicho que el lector tiene bien pronto ocasión de percatarse del descuido de C., quien olvida por completo dicha promesa. Ahora vemos claro que la única fundada, explícita, es la de matrimonio, hecha a Periandro. Dejar aclarada la objetiva inexistencia del voto de virginidad perpetua es muy importante, si se tiene en cuenta (como escribe Martí Alanís [C, 1983: 386] y recuerda González Rovira [C, 1996: 239, n. 35]) que los de este tipo difícilmente se dispensaban. (Auristela habría debido tratar de ello, si acaso, con los penitenciarios presentes en IV, 5 [668 y nota 10])

yos. ¿Qué inclinas la cabeza, hermano? ¿A qué pones los ojos en el suelo? ¿Desagradante estas razones? ¿Parécenle descaminados mis deseos? Dímelos, respóndeme; por lo menos, sepa yo tu voluntad; quizá templaré la mía y buscaré alguna salida a tu gusto que en algo con el mío se conforme.

Con grandísimo silencio estuvo escuchando Periandro a Auristela y, en un breve instante, formó en su imaginación millares de discursos, que todos venieron a parar en el peor que para él pudiera ser, porque imaginó que Auristela le aborrecía, porque aquel mudar de vida no era sino porque a él se le acabara la suya, pues bien debía saber que, en dejando ella de ser su esposa, él no tenía para qué vivir en el mundo. Y fue y vino con esta imaginación con tanto ahínco que, sin responder palabra a Auristela, se levantó de donde estaba sentado y, con ocasión de salir a recibir a Félix Flora y a la señora Constanza, que entraban en el aposento, se salió dél y dejó a Auristela, no sé si diga arrepentida, pero sé que quedó pensativa y confusa.

CAPÍTULO ONCE DEL CUARTO LIBRO^a

Las aguas en estrecho vaso encerradas, mientras más prisa se dan a salir, más despacio se derraman, porque las primeras, impelidas de la segundas, se detienen y unas a otras se niegan el paso hasta que hace camino la corriente y se desagua¹. Lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiento de un lastimado amante, que, acudiendo tal

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Sale Periandro despedido por la proposición de Auristela*

¹ La «observación» que introduce a la *moralidad*, típica de los principios de capítulo, es tradicional. Cfr., p. ej., *Orlando furioso* (XXIII, oct. 113).

vez todas juntas a la lengua, las unas a las otras impiden y no sabe el discurso con cuáles se dé primero a entender su imaginación; y, así, muchas veces, callando, dice más de lo que querría. Mostróse esto en la poca cortesía que hizo Periandro a los que entraron a ver a Auristela; el cual, lleno de discursos, preñado de conceptos, colmado de imaginaciones, desdeñado y desengañado, se salió del aposento de Auristela sin saber ni querer ni poder responder palabra alguna a las muchas que ella le había dicho.

Llegaron a ella Antonio y su hermana, y halláronla como persona que acababa de despertar de un pesado sueño, que entre sí estaba diciendo, con palabras distintas y claras:

—Mal hecho, pero ¿qué importa? ¿No es mejor que yo deje con tiempo los caminos torcidos y las dudosas sendas y tienda el paso por los atajos llanos, que con distinción clara nos están mostrando el felice paradero de nuestra jornada? Yo confieso que la compañía de Periandro no me ha de estorbar de ir al cielo; pero también siento que iré más presto sin ella. Sí, que más me debo yo a mí que no a otro, y al interese del cielo y de gloria se ha de posponer los del parentesco²; cuanto más, que yo no tengo ninguno con Periandro.

—Advierte —dijo a esta sazón Constanza—, hermana Auristela, que vas descubriendo cosas que podrían ser parte que, desterrando nuestras sospechas, a ti te dejasen confusa. Si no es tu hermano Periandro, mucha es la conversación que con él tienes y, si lo es, no hay para qué te escandalices de su compañía.

Acabó a esta sazón de volver en sí Auristela y, oyendo lo que Constanza le decía, quiso enmendar su descuido, pero no acertó, pues, para soldar una mentira, por muchas se

². *se ha de posponer*. AA anota: «Verbo en singular, sujeto en plural, v. *supra*, nota 257», donde se remite a Keniston, 36, 521. Pero la verdad es que aquí está en singular no porque el sujeto va detrás, sino porque se trata de un verbo de obligación, para colmo impersonalizado por el *se*: véase I, 23 (270: «pero en los ajenos, que no nos importa, ni por pensamiento....») y en unas líneas más abajo.

atropella^{b,3} y siempre queda la verdad en duda, aunque más viva la sospecha.

—No sé, hermana —dijo Auristela—, lo que me he dicho, ni sé si Periandro es mi hermano o si no; lo que te sabré decir es que es mi alma; por lo menos^c: por él vivo, por él respiro, por él me muevo y por él me sustento, conteniéndome, con todo esto, en los términos de la razón, sin dar lugar a ningún vario pensamiento ni a no guardar todo honesto decoro, bien así como le debe guardar una mujer principal a un tan principal hermano.

—No te entiendo, señora Auristela —la dijo a esta sazón Antonio—, pues de tus razones tanto alcanzo ser tu hermano Periandro como si no lo fuese. Dinos ya quién es, y quién eres, si es que puedes decillo; que, agora sea tu hermano o no lo sea, por lo menos no podéis negar ser principales⁴ y en nosotros (digo, en mí y en mi hermana Constanza) no está tan en niñez la experiencia que nos admire ningún caso que nos contares: que, puesto que ayer salimos de la isla bárbara, los trabajos que has visto que hemos pasado han sido nuestros maestros en muchas cosas y, por pequeña muestra que se nos dé, sacamos el hilo de los más arduos negocios, especialmente en los que son de amores, que parece que los tales consigo mismo traen la declaración. ¿Qué

^b M1: *atropellan*

Adopto la enmienda de M2, M3, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19.

^c M1: *que es mi alma por lo menos, por él*

M7: *es mi alma, por lo menos por él*

M11, M12, M14, Vall, M15, B10, B11, *PECP*: *que es mi alma: por lo menos, por él*

Adopto la puntuación de M16, M23, AH.

³ En este caso, resulta inútil hablar de verbo en plural porque en plural está el objeto directo. Ahora se trata de otra cosa: de un impersonal, que sólo a un nivel muy popular cabe poner en plural. En este sentido, cfr. el *importa* —no *importan*— de I, 23 (270 y nota 1)

⁴ Cfr. III, 14 (683 y ss.). Es verdad que, en aquella ocasión, Antonio estaba sin sentido y Constanza preocupada tan sólo por su hermano, pero «las tres damas francesas» no dejarían de contarles más tarde lo *mucho* revelado por Auristela en dicha situación, poco menos que límite.

mucho que Periandro no sea tu hermano, y qué mucho que tú seas su legítima^{d,5} esposa, y qué mucho, otra vez, que con honesto y casto decoro os hayáis mostrado hasta aquí limpiísimos al cielo y honestísimos a los ojos de los que os han visto? No todos los amores son precipitados ni atrevidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar a sus amadas sino con las potencias de su alma; y siendo esto así, señora mía, otra vez te suplico nos digas quién eres y quién es Periandro, el cual, según le vi salir de aquí, él lleva un volcán en los ojos y una mordaza en la lengua.

—¡Ay, desdichada —replicó Auristela—, y cuán mejor me hubiera sido que me hubiera entregado al silencio eterno, pues, callando, escusara la mordaza que dices que lleva en su lengua! Indiscretas somos las mujeres, mal sufridas y peor calladas. Mientras callé, en sosiego estuvo mi alma; hablé, y perdí; y, para acabarle de perder, y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepáis vosotros, pues el cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mío Periandro, ni menos es mi esposo ni mi amante; a lo menos, de aquellos que, corriendo por la carrera de su gusto, procuran parar sobre la honra de sus amadas. Hijo de rey es; hija y heredera de un reino soy; por la sangre, somos iguales; por el estado, alguna ventaja le hago; por la voluntad, ninguna; y, con todo esto, nuestras intenciones se responden y nuestros deseos con honestísimo efeto se están mirando; sola la ventura es la que turba y confunde nuestras intenciones y la que por fuerza hace que esperemos en ella. Y, porque el nudo que lleva a la garganta Periandro me aprieta la mía, no os quiero decir más por agora, señores, sino suplicaros me ayudéis a buscallo, que, pues él tuvo li-

^d Salvo Bru, M16, M17, M18, BA2, B11, M23, *PECP* y AH, todas las eds. leen *legítima*

⁵ *ligítimo*, -a son formas documentadas con grandísima frecuencia en el Siglo de Oro (incluso en autores que usan también, e intensamente, *legítimo*, -a y derivados), sobre todo cuando el adjetivo acompaña a *esposo*, -a, *matrimonio*, *heredero*, -a, y términos semejantes. Cfr. VC (con dos buenos testimonios del *Quijote*, precisamente de *ligítimo esposo* y de *ligítima esposa*), VLV, etc.

cencia para irse sin la mía, no querrá volver sin ser buscado.

—Levanta, pues —dijo Constanza—, y vamos a buscallo, que los lazos con que amor liga a los amantes no los deja alejar de lo que bien quieren. Ven, que presto le hallaremos, presto le verás y más presto llegarás a tu contento. Si quieres tener un poco los escrúpulos que te rodean, dales la mano y dala de esposa a Periandro, que, igualándolo contigo, pondrás silencio a cualquiera murmuración.

Levantóse Auristela y, en compañía de Félix Flora, Constanza y Antonio, salieron a buscar a Periandro⁶; y, como ya en la opinión de los tres era reina, con otros ojos la miraban y con otro respeto la servían.

Periandro, en tanto que era buscado, procuraba alejarse de quien le buscaba. Salió de Roma a pie y solo, si ya no se tiene por compañía la soledad amarga, los sucesos tristes y los continuos sollozos, que éstos y las continuas imaginaciones no le dejaban un punto.

—¡Ay —iba diciendo entre sí—, hermosísima Sigismunda, reina por naturaleza, bellísima por privilegio y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo y sobre manera agradable! Y cuán poco te costaba, ¡oh señora!, el tenerme por hermano, pues mis tratos y pensamientos jamás desmintieran la verdad de serlo, aunque la misma malicia lo quisiera averiguar, aunque en sus trazas se desvelara. Si quieres que te lleven al cielo sola y señora, sin que tus acciones dependan de otro que de Dios y de ti misma, sea en buena hora, pero quisiera que advirtieras que no sin escri-

⁶ Osuna (C, 1972: 83) escribe: «Cuando Auristela cae enferma en Roma, vienen a visitarla Feliz Flora y Constanza [IV, 10: 706], pero, en la página siguiente, ya en diferente capítulo, escribe C. que 'llegaron a ella Antonio y su hermana'; no sabemos de dónde ha salido Antonio. Hay que anotar, sin embargo, que luego queda claro que Auristela ha recibido la visita de todos tres [11: 707]». Lástima que el cazador de descuidos se haya descuidado ahora con exceso. Para empezar, Félix Flora y Constanza no *van* a visitar a Auristela, sino que *pasan* o *entran*, ya que todos estos personajes viven *en la misma casa*: la ricamente alhajada por el judío Manasés, «capaz para albergar a un poderoso príncipe y a un mediano ejército» (cfr. IV, 3 [658]). En estas condiciones de estrecha convivencia, no tiene *nada* de raro que a las dos damas se haya agregado Antonio para visitar a la enferma.

pulo de pecado puedes ponerte en el camino que desees. Sin ser homicida, dejaras, ¡oh señora!, a cargo del silencio y del engaño tus pensamientos y no me los declararás a tiempo que habías de arrancar con las raíces de mi amor mi alma; la cual, por ser tan tuya, te dejo a toda tu voluntad y de la mía me destierro. Quédate en paz, bien mío, y conoce que el mayor que te puedo hacer es dejarte.

Llegóse la noche en esto y, apartándose un poco del camino, que era el de Nápoles, oyó el sonido de un arroyo que por entre unos árboles corría, a la margen del cual, arrojándose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no dio treguas a sus suspiros.

CAPÍTULO DOCE^a DEL CUARTO LIBRO

Donde se dice quién eran Periandro y Auristela

Parece que el bien y el mal distan tan poco el uno del otro que son como dos líneas concurrentes, que, aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un punto. Sollozando estaba Periandro, en compañía del manso arroyuelo y de la clara luz de la noche; hacíanle los árboles compañía y un aire blando y fresco le enjugaba las lágrimas; llevábale la imaginación Auristela y, la esperanza de tener remedio de sus males, el viento, cuando llegó a sus oídos una voz extranjera, que, escuchándola con atención, vio que [era]^b en lenguaje de su patria, sin poder distinguir si murmuraba o si cantaba, y la curiosidad le llevó cerca y, cuando lo estuvo, oyó que eran dos personas las que no cantaban ni murmuraban, sino que en plática corriente estaban razonando. Pero lo que más le admiró fue que habla-

^a P2 lo presenta como II

^b M1: *vio que en*

M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, M19, M22: *vio que hablaba en*

Adopto la enmienda de PECP y AH.

sen en lengua de Noruega, estando tan apartados della. Acomodóse detrás de un árbol, de tal forma que él y el árbol hacían una misma sombra; recogió el aliento, y la primera razón que llegó a sus oídos fue:

—No tienes, señor, para qué persuadirme de que en dos mitades se parte^c el día entero de Noruega, porque yo he estado en ella algún tiempo, donde me llevaron mis desgracias, y sé que la mitad del año se lleva la noche y, la otra mitad, el día. El que sea esto así, yo lo sé; el porqué sea así, ignoro.

A lo que respondió^{d,1}:

—Si llegamos a Roma, con una esfera te haré tocar con la mano la causa dese maravilloso efeto, tan natural en aquel clima como lo es en éste ser el día y la noche de venticuatro horas². También te he dicho cómo en la última parte de Noruega, casi debajo del Polo Ártico, está la isla que se tiene por última en el mundo, a lo menos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, a quien Virgilio llamó Tule en aquellos versos que dicen, en el libro 1 *Georg.*:

... ac tua nautae
numina sola colant: tibi seruiat ultima Thule³.

Que Tule, en griego, es lo mismo que Tile en latín. Esta isla es tan grande, o poco menos, que Inglaterra, rica y abundante de todas las cosas necesarias para la vida huma-

^c M6, M17, Z, BA1, BA2, B10: *se aparte*
M9: *se aparta*

^d M13: *A lo que respondieron*

¹ No se ha dicho expresamente quién, pero la —relativa— proximidad de *señor* (al comienzo de la primera intervención en noruego oída por Perriandro) hace suficientemente clara la lección de M1.

² S-B indican que «con arreglo al sistema de Tolomeo, se colocaba entonces el clima décimonono alrededor del Norte» y explican la división del día y la noche con palabras del maestro Alejo de Venegas, *Primera parte de las diferencias de libros* (II, 43).

³ Vv. 29-30: «Y los nautas veneren / solamente tus númenes, y la última Tule se te rinda.»

na⁴. Más adelante, debajo del mismo norte, como trecientas leguas de Tile, está la isla llamada Frislanda, que habrá cuatrocientos años que se descubrió a los ojos de las gentes, tan grande que tiene nombre de reino, y no pequeño⁵. De

⁴ La identidad aquí propuesta por C. no tenía nada de nuevo, pero —conviene decirlo enseguida— tampoco era universalmente aceptada en la época. S-B recuerdan que, para Huerta, en las notas a Plinio, «es una isleta entre las Orcadas y Fare» y que, para otros, se trata de Mainland, una de las Shetland. Añadiré, por mi cuenta, que Tile o Tule no es Islandia para Ariosto (*Orlando furioso*, X, oct. 88), B. Bordone (*Libro di B.B.* nel quale si ragio na di tutte le isole del mondo [Venecia, Nicolò d'Aristotile, detto 'lo Zoppino', 1528] cuadernillo A, f. II r^o), López de Gómara (*Historia...*, 152); Lope de Vega, (cfr. índice de *La Arcadia*); Gracián (*El criticón*, Parte III, «crisi» 9), etc.

C. coincide, en esto como en no pocos otros casos, con A. de Torquemada, en cuyo *Jardín...* se hace referencia a «los de la isla de Thyle, que agora (según opinión de muchos) se llama Islanda...» (169).

⁵ A la vista de la fecha del «descubrimiento» de Frislanda, recordada por este mismo personaje en IV, 13 (720-721) («el año de mil y treientos y ochenta»), el *cuatrocientos* de este pasaje tiene la apariencia de ser un mero error material de lectura (por el probable *docientos* del original), imputable al tipógrafo más que a C.

La base inequívoca de las presentes líneas es la relación publicada por Nicolò Zeno «el Menor» en 1558, luego reimpresa en 1574, en la 2.^a ed. de las *Navigazioni e viaggi* de Ramusio. S-B recuerdan que, según Fred W. Lucas (*The Annals of the Voyages of the Brothers...*, Londres, 1898), Nicolò Zeno «el Menor» resucitó el nombre de Frislanda, presente en numerosas geografías, a pesar de su carácter poco fidedigno, «haciendo de la isla una combinación ficticia de Islanda y de las Feroe. Lucas ha descubierto casi todos los lugares que Zeno pone en Frislanda en otras islas de mapas más antiguos, como el de Olao Magno de 1529».

Cfr. ahora Giorgio Padoan, «Sulla relazione cinquecentesca dei viaggi nord-atlantici di Nicolò e Antonio Zen (1383-1403)», en *ISACCV*: 219-227.

En esta ocasión, lo único de veras importante es recordar que, cuando escribía la parte propiamente septentrional del *Persiles*, C. podía creer sin excesivas reservas en la existencia de la isla, con gran frecuencia registrada en cartas y tratados de gran autoridad, como el *Theatrum orbis terrarum*, de Abraham Ortelio, eds. de Amberes, 1574, 1579, 1584, 1592 y —en traducción castellana— 1612 (en ningún caso en el mapa general de Europa, pero sí en los dedicados a América y a Escandinavia, con el añadido de una página de texto, en que se traducen, casi a la letra, varias especies afamadas en la relación del viaje de los hermanos Zeno), el Ptolomeo italiano de 1576 y el Ptolomeo italiano de 1575 y el latino de 1596. Cabe, de todos modos, preguntarse si las cosas habían cambiado de manera sustancial entre 1615-1616. No estoy en condiciones de afirmarlo ni de negarlo. Aquí me limitaré a recordar que, según Novo y Fernández Chicharro (C, 1928: 25), Fris-

Tile es rey y señor Maximino^{e,6}, hijo de la reina Eustoquia⁷, cuyo padre no ha muchos meses que pasó desta a mejor vida, el cual dejó dos hijos, que el uno es Maximino que te he dicho, que es el heredero del reino, y, el otro, un generoso mozo llamado Persiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre todo extremo y querido de su madre sobre todo encarecimiento. Y no sé yo con cuál poderte encarecer las virtudes deste Persiles y, así, quédense en su punto, que no será bien que con mi corto ingenio las menoscabe: que, puesto que el amor que le tengo, por haber sido su ayo y criádole desde niño, me pudiera llevar a decir mucho, todavía será mejor callar, por no quedar corto.

Esto escuchaba Periandro y luego cayó en la cuenta que

^e A partir de M3, todas las eds. modernizan, siempre, *Maximino*, a excepción de M16, M17, B11, M23, AH.

landa está todavía presente, p. ej., en el mapa «del holandés Jansoon Blaeu, de 1605». C., de todos modos, podría no haber «puesto al día» su información para estos capítulos conclusivos de la novela, contentándose con la documentación recogida bastantes años antes. Cuando —como, no sin razón, sugiere Harrison (C, 1993: 53, 150, 160-161), podría haberlos escrito realmente, antes de ponerse a complicar la sencilla fábula con la larga serie de episodios.

⁶ El nombre del hermano de Periandro-Persiles podría proceder de Olao Magno, *Historia...* (V, 2 y XIII, 37), donde habla de un gigantesco «Maximino, emperador, hijo de godos».

Según Molho (B, 1994) «la haute sagesse, celle de la main droite et du soleil d'or, est du côté de Persille, tandis que les forces obscures, nées 'de la roue du soleil noir', agissent dans le farouche Magsimin, dont C. orthographie le nom en maintenant le g, ce dont l'effet est de restituer le radical *Mag*, signifiant de l'obscur magie septentrionale» (32 y —sobre el tema de un Maximino grande y temible mago— 48). Algo muy interesante, pero sólo si se mantiene la -g- de M1, que tiene todo el aire de ser una mala interpretación de la -x- de ms., por lo que yo no dudo en modernizar la forma del nombre, que así resulta coherente con, p. ej., el *máxima* registrado en el propio *Persiles* (III, 18: 608).

⁷ *Eustoquia*. El nombre, griego, compuesto de *eu*, 'bien' y del verbo *stocházestai* 'apuntar, dar en el blanco', (equivalente, por tanto, a 'sagaz, perspicaz, que sabe perseguir llevar cabo sus intentos') resulta atinadísimo para el personaje.

el que le alababa no podía ser otro que Serafido^{f,8}, un ayo suyo, y que, asimismo, el que le escuchaba era Rutilio, según la voz y las palabras que de cuando en cuando respondía. Si se admiró o no, a la buena consideración lo dejó; y, más, cuando Serafido, que era el mismo que había imaginado Periandro, oyó que dijo:

—Eusebia, reina de Frislanda, tenía dos hijas de estremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda (que la menor llamábase Eusebia, como su madre), donde naturaleza cifró toda la hermosura que por todas las partes de la tierra tiene repartida; a la cual, no sé yo con qué disignio, tomando ocasión de que la querían hacer guerra ciertos enemigos suyos, la envió a Tile, en poder de Eustoquia, para que, seguramente y sin los sobresaltos de la guerra, en su casa se criase, puesto que yo para mí tengo que no fue ésta la ocasión principal de envialla, sino para que el príncipe Maximino se enamorase della y la recibiese por su esposa⁹: que de

^f M1: *Serafido*

NY, M10, Par6, M11, M12, M13, Vall, M15, B6, B7, B8, M23, M24: *Seráfido*

⁸ A diferencia de *Persiles* (no *Pérsiles*: cfr. preliminares 97 y nota 2), falta «la prueba» que dirima la —mínima— cuestión de cómo pronunciaba C. el nombre de este personaje. La prevalencia en las eds. arriba citadas por *Seráfido* se explica pensando que, en español, lengua con prevalencia de vocablos paroxítonos, los proparoxítonos pueden parecer «prestigiosos». Hay, además, otro posible motivo: el de la «contaminación fonética» con algún sustantivo de veras esdrújulos, como, p. ej., *seráfico*. Personalmente, considero más acertado acentuar *Seráfido*, que recuerda de manera inmediata *fido* (= 'fiel, leal'), hoy anticuado, pero no en tiempos de C., quien lo usa al menos en una ocasión (cfr. VC y, para otros autores, DA).

⁹ Novo y Fernández Chicharro (C, 1928: 27-28) recuerda que «en el mencionado mapa [de N. Zeno] figuran Groenlandia, Islandia y Frislanda, así es que la confusión de nombres que sufriera C. también la padecían los cartógrafos de la época, y a causa de ello dudamos si Sigismunda sería natural de Groenlandia (que dista de Islandia, no las 300 leguas que calcula C., sino algo más de 500), o si, prescindiendo de ese vago indicio, debemos suponerla natural de las islas Feroe o, en fin, si, para los Zeni, Frislanda era Vinlandia (descubierta por los normandos en el siglo xi), y entonces llegaríamos a la temeraria hipótesis de que Sigismunda... era criolla americana precolombina (!)». La hipótesis ha sido de alguna manera sostenida muchos años más tarde por Scaramuzza Vidoni (C, 1995: 78-81).

las estremadas bellezas se puede esperar que vuelvan en cera los corazones de mármol y junten en uno los extremos que entre sí están más apartados. A lo menos, si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podrá averiguar la experiencia, porque sé que el príncipe Maximino muere por Sigismunda. La cual, a la sazón que llegó a Tile, no estaba en la isla Maximino, a quien su madre la reina envió el retrato de la doncella y la embajada de su madre, y él respondió que la regalasen y la guardasen para su esposa; respuesta que sirvió de flecha que atravesó las entrañas de mi hijo Persiles, que este nombre le adquirió la crianza que en él hice. Desde que la oyó, no supo oír cosas de su gusto, perdió los bríos de su juventud y, finalmente, encerró en el honesto silencio todas las acciones que le hacían memorable y bien querido de todos y, sobre todo, vino a perder la salud y a entregarse en los brazos de la desesperación de ella¹⁰. Visitáronle médicos; como no sabían la causa de su mal, no acertaban con su remedio: que, como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso y casi imposible entender la enfermedad que en ellas asiste. La madre, viendo morir a su hijo sin saber quién le mataba, una y muy muchas veces le preguntó le descubriese su dolencia, pues no era posible sino que él supiese la causa, pues sentía los efetos. Tanto pudieron estas persuaciones, tanto las solicitudes de la doliente madre que, vencida la pertinacia o la firmeza de Persiles, le vino a decir cómo él moría por Sigismunda y que tenía determinado de dejarse morir antes que ir contra el decoro que a su hermano se le debía; cuya declaración resucitó en la reina su muerta alegría y dio esperanzas a Persiles de remediarle, si bien se atropellase el gusto de Maximino, pues, por conservar la vida, mayores respetos se han de posponer que el enojo de un hermano. Finalmente, Eustoquia habló

¹¹ Cfr. II, 6 (309 y nota 4) donde Periandro dice que ha amado a Auristela desde «las fajas de la niñez». Con toda evidencia, hubo entonces apasionada hipérbole, ligada a la concepción del amor *por destino*. Periandro habría podido decir: «estaba escrito que yo había de amar a Auristela desde el momento en que naciera».

a Sigismunda, encareciéndole lo que se perdía en perder la vida Persiles, sujeto donde todas las gracias del mundo tenían su asiento, bien al revés del de Maximino, a quien la aspereza de sus costumbres en algún modo le hacían aborrecible. Levantóle en esto algo más testimonios de los que debiera y subió de punto, con los hipérboles que pudo, las bondades de Persiles¹¹.

»Sigismunda, muchacha sola y persuadida, lo que respondió fue que ella no tenía voluntad alguna, ni tenía otra consejera que la aconsejase sino a su misma honestidad; que, como ésta se guardase, dispusiesen a su voluntad della. Abrazóla la reina, contó su respuesta a Persiles y, entre los dos, concertaron que se ausentasen de la isla antes que su hermano viniese, a quien darían por disculpa, cuando no la hallase, que había hecho voto de venir a Roma a enterarse en ella de la fe católica, que en aquellas partes setentrionales andaba algo de quiebra¹², jurándole primero Persiles que en ninguna manera iría en dicho ni en hecho contra su honestidad¹³. Y, así, colmándoles de joyas y de consejos, los despidió la reina, la cual después me contó todo lo que hasta aquí te he contado.

»Dos años, poco más¹⁴, tardó en venir el príncipe Maximino a su reino, que anduvo ocupado en la guerra que

¹¹ Combet (C, 1981: 65-66) habla, no sin cierta razón, del egoísmo y la injusticia de Eustoquia. Y habla también de un padre (el de Periandro, pero igual podría decir del de Auristela...) borrado, humillado (257, 258).

Toda la historia del amor aparentemente imposible, resuelto por el amor materno, tiene *cierto* parecido con la —mucho más noble— de Antíoco, enamorado de Estratónica, la esposa de su padre, el rey Seleuco, quien, al darse cuenta de lo que ocurre, magnánimamente cede la joven a su hijo.

¹² Es la primera vez que se habla de una voto motivado, inicialmente, por la conveniencia de hallar un pretexto para la ausencia de los jóvenes y (lo que es tan o aún más importante) de un cristianismo septentrional «imperfecto», pero no por falta de información, sino por otros motivos, que el discreto lector de la época captaría enseguida: *la reforma protestante*.

¹³ Tal «precaución» no es precisamente nueva en la novela caballaresca ni en la bizantina, dos de los modelos *genéricos* del *Persiles*. Cfr., p. ej., la *Historia etiópica*, (IV, 168-169). Igual ocurre en *El peregrino en su patria* (IV, 259).

¹⁴ Estas palabras, y cuantas siguen, confortan los cálculos acerca de la duración del viaje de Periandro y Auristela y de cuanto narrado, de modo «activo» o «pasivo», en el *Persiles*.

siempre tenía con sus enemigos. Preguntó por Sigismunda y el no hallarla fue hallar su desasosiego; supo su viaje y al momento se partió en su busca, si bien confiado de la bondad de su hermano, temeroso pero de^{8,15} los celos, que por maravilla se apartan de los amantes. Como su madre supo su determinación, me llamó a parte y me encargó la salud, la vida y la honra de su hijo, y me mandó me adelantase a buscarle y a darle noticia de que su hermano le buscaba. Partiéndose el príncipe Maximino en dos gruesísimas naves y, entrando por el estrecho Hercúleo¹⁶, con diferentes tiempos y diversas borrascas, llegó a la isla de Tinacria y, desde allí, a la gran ciudad de Parténope¹⁷, y ahora queda no lejos de aquí, en un lugar llamado Terrachina, último de los de Nápoles y primero de los de Roma; queda enfermo, porque le ha cogido esto que llaman mutación, que le tiene a punto de muerte¹⁸.

⁸ M6: *hermano, temeroso, pero de*

M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19, Z, BA1, M22: *hermano, pero temeroso de*

¹⁵ Para SA-RA, «parece estar en lugar de 'empero', sin que resuelva nada alterar el orden, como anota AA». Desde luego que no. La lección de M1 debe mantenerse. Se trata de un *pero* «a la italiana» (en teoría —sólo en teoría— también «a la catalana»), documentado con frecuencia en la literatura de la época, tanto en la poesía (donde, sin duda, es más frecuente) como en la prosa: cfr. RM (III, 410), Terlingen (365), DCELC y, con nuevos datos, PÉCP (220-221).

¹⁶ *estrecho Hercúleo*. Por el de Gibraltar, en fórmula parecida a la registrada en III, 10 (534). En todo este parlamento de Serafido es evidente el gusto por la «magnificación de la realidad», muy semejante al que informa toda LG, donde, para decir, p. ej., que alguien nació en *Andalucía, a orillas del Guadalquivir*, se nos declarará que vio la luz del día en *Vandalia, en las márgenes del Betis*.

¹⁷ *Tinacria* [...] *Parténope*. Respectivamente, *Sicilia* (en rigor *Trinacria*, por su forma triangular, pero el castellano simplifica tradicionalmente en *Ti*) y *Nápoles* ('la ciudad de la ninfa Parténope').

¹⁸ En ELV se lee que Tomás, terminada la visita a Roma, «lleno de *agnusdei* y de cuentas, determinó irse a Nápoles y, por ser tiempo de mutación, malo y dañoso para todos los que en él entran o salen de Roma, como hayan entrado por tierra, se fue por mar a Nápoles». Y en *El pasajero*, de Suárez de Figueroa (alivio I): «La entrada por mutaciones (esto es, caniculares) suele producir muerte casi certísima; débese por esto evitar, si es

»Yo, desde Lisboa, donde me desembarqué, traigo noticia de Persiles y Sigismunda, porque no pueden ser otros una peregrina y un peregrino de quien la fama viene pregando tan grande estruendo de hermosura¹⁹ que, si no son Persiles y Sigismunda, deben de ser ángeles humanados.

—Si, como los nombras —respondió el que escuchaba a Serafido— Persiles y Sigismunda, los nombraras Periandro y Auristela, pudiera darte nueva certísima dellos, porque ha muchos días que los conozco, en cuya compañía he pasado muchos trabajos.

Y luego le comenzó a contar los de la isla bárbara, con otros algunos, en tanto que se venía el día, y en tanto que Periandro, porque allí no le hallasen, los dejó solos y volvió a buscar a Auristela, para contar la venida de su hermano y tomar consejo de lo que debían de hacer para huir de su indignación, teniendo a milagro haber sido informado en tan remoto lugar de aquel caso. Y, así, lleno de nuevos pensamientos, volvió a los ojos de su contrita Auristela, ya las^h esperanzas casi perdidas de alcanzar su deseo²⁰.

^h L: *Auristela, las*

M2, M3, M7, M8, M9, NY, M10, B5, Par6, M11, M12, M13, M14, Vall, M15, B6, B7, B8, B9, M19, M23, *PECP: Auristela y a las*

posible.» Se trataba del cambio o mutación del aire, particularmente sensible en una zona pantanosa como fue, hasta bien entrado el siglo xx, el Agro Romano o Pontino. Hasta qué punto caracterizaba a Roma la *mutación* (o *las mutaciones*) se comprende leyendo *El crítico* (Parte, I, crisis 11, y Parte III, crisis 11).

Para P. Mejía, *Silva...* (Parte I, 22), en Roma, Toledo y otros lugares que se hallan en el mismio paralelo, *los días caniculares* comienzan «a los veinte y uno de julio» y, para *DA*, «se numeran desde la entrada del Sol en el signo del León, hasta 24 de Agosto, aunque algunos los alargan hasta dos de Setiembre». Si se recuerda que Maximino ha enfermado días atrás, fácil es conjeturar que ahora estamos, precisamente, en los últimos de agosto o en los primeros de septiembre.

¹⁹ *estruendo* = 'aparato, pompa, ostentación, grandeza, magnificencia' (*DA*, que reproduce un pasaje del P. Mariana y este *del Persiles*). Cfr. III, 2 (440).

²⁰ Creo que SA-RH tienen razón al declarar que la enmienda por mí propuesta en *PECP* «[es] plausible, pero dista mucho de ser indiscutible, y el ya de [M1] no deja de encajar con la despedida que se acerca».

CAPÍTULO TRECE DEL CUARTO LIBRO^a

Entretiéndose el dolor y el sentimiento de las recién dadas heridas en la cólera y en la sangre caliente, que, después de fría, fatiga de manera que rinde la paciencia del que las sufre. Lo mismo acontece en las pasiones del alma, que, en dando el tiempo lugar y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida. Dijo su voluntad Auristela a Periandro, cumplió con su deseo y, satisfecha de haberle declarado, esperaba su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro. El cual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio¹, se salió de Roma y le sucedió lo que se ha contado. Conoció a Rutilio, el cual contó a su ayo Serafido toda la historia de la isla bárbara, con las sospechas que tenía de que Auristela y Periandro fuesen Sigismunda y Persiles; díjole asimismo que, sin duda, los hallarían en Roma, a quien, desde que los conoció, venían encaminados con la disimulación y cubierta de ser hermanos; preguntó muchísimas veces a Serafido la condición de las gentes de aquellas islas remotas de donde era rey Maximino y reina la sin par Auristela²; volvióle a repetir Serafido cómo la isla de Tile o Tule, que agora vulgarmente se llama Islanda, era la última de aquellos mares setentrionales,

—...puesto que un poco más adelante está otra isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubrió Nico-

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Vuelve Periandro hacia Roma con la noticia de venir su hermano Maximino. Llega también Serafido, su ayo, en compañía de Rutilio*

¹ Una vez más, C. recurre a expresiones propias del «lenguaje comercial». Cfr. II, 9 (335 y nota 4).

² Osuna (C, 1972: 84) pone de relieve la impropiedad de llamar *reina* a Auristela, puesto que sus padres aún están vivos, al menos a partir de lo hasta ahora dicho por Serafido.

las Zeno^{b,3}, veneciano, el año de mil y trescientos y ochenta, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entonces de los antiguos, de quien es reina Eusebia, madre de Sigismunda, que yo busco. Hay otra isla, asimismo poderosa y casi siempre llena de nieve, que se llama Groenlanda, a una punta de la cual está fundado un monasterio debajo del título de Santo Tomás, en el cual hay religiosos de cuatro naciones: españoles, franceses, toscanos y latinos⁴; enseñan sus lenguas a la gente principal de la isla, para que, en saliendo de ella, sean entendidos por do quiera que fueren. Está, como he dicho, la isla sepultada en nieve y, encima de una montañuela está una fuente, cosa maravillosa y digna de que se sepa, la cual derrama y vierte de sí tanta abundancia de agua, y tan caliente, que llega al mar y, por muy gran espacio dentro dél, no solamente le desnueva, pero le calienta, de modo que se recogen en aquella parte increíble infinidad de diversos pescados, de cuya pesca se mantiene el monasterio y toda la isla, que de allí saca sus rentas y provechos. Esta fuente engendra asimismo unas piedras conglutinadas, de las cuales se hace un betún pegajoso, con el cual se fabrican las casas como si fuesen de duro mármol. Otras cosas te pudiera decir —dijo Serafido a Rutilio— destas islas, que ponen en duda su crédito, pero, en efeto, son verdaderas⁵.

^b M1y toda la tradición (con las excepciones de *PECP* y *AH*): *Temo*

³ Evidentemente se trata de una errata, no de un descuido de C., quien debe de estar informado del nombre auténtico del «descubridor», aunque no lo cite por extenso, en IV, 12 (713 y nota 5).

⁴ ¿A quiénes se refiere entonces C. con *latinos*? A los religiosos —probablemente de la tierra, de la misma Groenlandia— con tan notables conocimientos de letras latinas como para poder enseñarlas a sus compatriotas, mientras que españoles, franceses e italianos se dedicarían a enseñar a los isleños las suyas respectivas. Como es sabido, con los adjetivos *latino* y/o *griego* se aludía en castellano clásico quien conocía bien uno y/u otro de dichos idiomas.

⁵ En Groenlandia (descubierta en el año 983 por Erik el Rojo, que asentó en ella una colonia a su manera floreciente) el cristianismo fue introducido en torno al año 1000.

«En 1261, la isla pasó a poder de Noruega, lo cual no la favoreció en nada. [...] Hacia fines del siglo XIV, Vestriboygd fue devastada por los *skrá-*

Todo esto, que no oyó Periandro, lo contó después Rutilio, que, ayudado de la noticia que dellas Periandro tenía, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecían.

Llegó en esto el día y hallóse Periandro junto a la iglesia y templo, magnífico y casi el mayor de la Europa, de San Pablo⁶, y vio venir hacia sí alguna gente, en montón, a caballo y a pie; y, llegando cerca, conoció que los que venían eran Auristela, Félix Flora, Constanza y Antonio, su hermano, y asimismo Hipólita, que, habiendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dejar a que otra llevase las albricias

linger (esquimales), y en 1418 fue destruida por los piratas ingleses. En vano mandaron allá, más tarde, los reyes de Dinamarca expediciones en busca de la desaparecida colonia groenlandesa, la cual andaba errante por la costa este. Los mismos exploradores [Davis (1585-87), Baffin (1616)] y los pescadores de ballenas que luego visitaron la costa oeste, no hallaron huella ninguna de civilización europea. Por fin, en 1721 se estableció una nueva colonia en las inmediaciones de Godhaab el misionero Hans Egede...» (*Enc. Espasa*).

Para S-B, «la idea de las fuentes termales en estas regiones pudo proceder de Olao, pero todo lo demás es simplemente absurdo».

En otra nota, los mismos estudiosos reproducen un fragmento de las anotaciones de Huerta a Plinio (VI, 34), donde se habla también de Grotland (= Groenlandia) y del monasterio de Santo Tomás. Con fines, como se puede imaginar, puramente ilustrativos, ya que tal «anotación» no vio la luz hasta 1624. S-B recuerdan también que «Pedro Ordóñez de Ceballos, en su *Viaje del mundo* [1614: III, 19] repite, entre otras consejas, la del monasterio de Santo Tomás».

A mi parecer, C. depende ahora, y bien claramente, de Nicolò Zeno (*Dello scoprimento delle isole Frislanda, Eslanda...*, en Ramusio, *Navigazioni...*, por la ed. cit., IV: 191-194).

⁶ Para Rothbauer (B, 1963: 73-74), el hecho de que estas últimas escenas del *Persiles* tengan lugar cerca de la basílica de San Pablo Extramuros tiene un evidente simbolismo. Periandro-Persiles y Auristela-Sigismunda son, como ya sabemos, dos cristianos nacidos en tierras de «herejes» (estamos —no se olvide— en 1559), que procuran afinar y corroborar su fe. (En realidad, esto se dice, una y otra vez, de Auristela; nunca, si bien se piensa, de Periandro, cuyo viaje parece tener una menor relevancia religiosa, e incluso agotarse en los términos de acompañar hasta Roma a la joven amada.) Es natural, pues, que la historia se concluya bajo la égida del apóstol de los gentiles. Más aún: Rothbauer recuerda que la misa de la *Domínica de Sexuagésima* es un misa de *catacúmenos*. En la epístola de esa día se lee un importante pasaje de san Pablo, *Epístola II a los Corintios* (11, 23-27), donde éste enumera sus padecimientos (o... *trabajos*) por Cristo.

de su hallazgo y, así, siguió los pasos de Auristela, encaminados por la noticia que dellos dio la mujer de Zabulón el judío, bien como aquella que tenía amistad con quien no la tiene con nadie. Llegó, en fin, Periandro al hermoso escuadrón, saludó a Auristela, notóle el semblante del rostro y halló más mansa su riguridad y más blandos sus ojos; contó luego públicamente lo que aquella noche le había pasado con Serafido, su ayo, y con Rutilio; dijo cómo su hermano, el príncipe Maximino, quedaba en Terrachina, enfermo de la mutación y con propósito de venirse a curar a Roma y, con autoridad disfrazada y nombre trocado, a buscarlos; pidió consejo a Auristela y a los demás de lo que haría, porque de la condición de su hermano el príncipe no podía esperar ningún blando acogimiento. Pasmóse Auristela con las no esperadas nuevas; desaparecieron en un punto así las esperanzas de guardar su integridad y buen propósito como de alcanzar por más llano camino la compañía de su querido Periandro.

Todos los demás circunstantes discurrieron en su imaginación qué consejo darían a Periandro, y la primera que salió con el suyo, aunque no se le pidieron, fue la rica y enamorada Hipólita, que le ofreció de llevarle a Nápoles con su hermana Auristela y gastar con ellos cien mil y más ducados que su hacienda valía. Oyó este ofrecimiento Pirro el Calabrés, que allí estaba, que fue lo mismo que oír la sentencia irremisible de su muerte, que en los rufianes no engendra celos el desdén, sino el interés; y, como éste se perdía con los cuidados de Hipólita, por momentos iba tomando la desesperación posesión de su alma, en la cual iba atesorando odio mortal contra Periandro, cuya gentileza y gallardía, aunque era tan grande como se ha dicho, a él le parecía mucho mayor, porque es propia condición del celoso parecerle magníficas y grandes las acciones de sus rivales.

Agradeció Periandro a Hipólita, pero no admitió, su generoso ofrecimiento. Los demás no tuvieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio y Serafido y, entrambos a dos, apenas hubieron visto a Periandro, cuando corrieron a echarse a sus pies, porque la mudanza del hábito no le pudo mudar la de su gentileza. Teníale abra-

zado Rutilio por la cintura y, Serafido, por el cuello; lloraba Rutilio de placer y, Serafido, de alegría.

Todos los circunstantes estaban atentos, mirando el extraño y gozoso recibimiento. Sólo en el corazón de Pirro andaba la melancolía atenazeándole con tenazas más ardiendo que si fueran de fuego. Y llegó a tanto extremo el dolor que sintió de ver engrandecido y honrado a Periandro que, sin mirar lo que hacía, o quizá mirándolo muy bien, metió mano a su espada y, por entre los brazos de Serafido, se la metió a Periandro por el hombro derecho, con tal furia y fuerza, que le salió la punta por el izquierdo, atravesándole, poco menos que al soslayo, de parte a parte. La primera que vio el golpe fue Hipólita y la primera que gritó fue su voz, diciendo:

—¡Ay, traidor, enemigo mortal mío, y cómo has quitado la vida a quien no merecía perderla para siempre!

Abrió los brazos Serafido, soltóle Rutilio, calientes ya en su derramada sangre, y cayó Periandro en los de Auristela; la cual, faltándole la voz a la garganta, el aliento a los suspiros y las lágrimas a los ojos, se le cayó la cabeza sobre el pecho y los brazos a una y a otra parte. Este golpe, más mortal en la apariencia que en el efeto, suspendió los ánimos de los circunstantes y les robó la color de los rostros, dibujándoles la muerte en ellos, que ya, por la falta de la sangre, a más andar se entraba por la vida de Periandro, cuya falta amenazaba a todos el último fin de sus días; a lo menos, Auristela la tenía entre los dientes y la quería escupir de los labios. Serafido y Antonio arremetieron a Pirro y, a despecho de su fiereza y fuerzas, le asieron y, con gente que se llegó, le enviaron a la prisión, y el gobernador, de allí a cuatro días, le mandó llevar a la horca por incorregible y asasino^{c7}; cuya muerte dio la vida a Hipólita, que vivió desde allí adelante.

^c M3: *asasino*

P2: *assassinio*

A partir de M4, todas las eds. leen *asesino*, con las solas excepciones de M16, B11, *PECP*, *AH*.

⁷ Cfr. *DCELC*, a. v.

CAPÍTULO CATORCE DEL CUARTO LIBRO^a

Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos que nadie se puede prometer en ellos un mínimo punto de firmeza. Auristela, arrepentida de haber declarado su pensamiento a Periandro, volvió a buscarle alegre, por pensar que en su mano y en su arrepentimiento estaba el volver a la parte que quisiese la voluntad de Periandro, porque se imaginaba ser ella el clavo de la rueda de su fortuna y la esfera del movimiento de sus deseos¹. Y no estaba engañada, pues ya los traía Periandro en disposición de no salir de los de Auristela. Pero imirad los engaños de la variable fortuna! Auristela, en tan pequeño instante como se ha visto, se vee otra de lo que antes era: pensaba reír, y está llorando; pensaba vivir, y ya se muere; creía gozar de la vista de Periandro, y ofrécese a los ojos la del príncipe Maximino, su hermano, que, con muchos coches y grande acompañamiento, entraba en Roma por aquel camino de Terrachina y, llevándole la vista el escuadrón de gente que rodeaba al herido Periandro, llegó su coche a verlo y salió a recebirle Serafido, diciéndole:

—¡Oh príncipe Maximino, y qué malas albricias espero de las nuevas que pienso darte! Este herido que ves en los brazos desta hermosa doncella es tu hermano Persiles, y ella es la sin par Sigismunda, hallada de tu diligencia a tiempo tan áspero y en sazón tan rigurosa que te han quitado la ocasión de regalarlos y te han puesto en la de llevarlos a la sepultura.

^a P2 no indica el comienzo del nuevo cap. e imprime el texto sin solución de continuidad.

M5 y seguidoras: *Llega Maximino, enfermo de la mutación; muere, dejando casados a Periandro y Auristela, conocidos ya por Persiles y Sigismunda*

¹ *la esfera del movimiento de sus deseos* = 'la órbita que siguen en su curso los deseos de Auristela'. Pero puede referirse al concepto agustiniano *Dios, centro de las almas*, una vez más pasado al campo del amor profano, como cuando apareció por vez primera en el *Persiles* (I, 3 [289]).

—No irán solos —respondió Maximino—, que yo les haré compañía, según vengo.

Y, sacando la cabeza fuera del coche, conoció a su hermano, aunque tinto y lleno de la sangre de la herida; conoció asimismo a Sigismunda por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto, que le turbó sus colores, no le afeó sus facciones. Hermosa era Sigismunda antes de su desgracia, pero hermosísima estaba después de haber caído en ella, que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza². Dejóse caer del coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela, sino la reina de Frislanda y, en su imaginación, también reina de Tile: que estas mudanzas tan estrañas caen debajo del poder de aquella que comúnmente es llamada fortuna, que no es otra cosa sino un firme disponer del cielo.

Habíase partido Maximino con intención de llegar a Roma a curarse con mejores médicos que los de Terrachina, los cuales le pronosticaron que, antes que en Roma entrase, le había de saltar la muerte, en esto más verdaderos y experimentados que en saber curarle; verdad es que el mal que causa la mutación pocos le saben curar. En efeto, frontero del templo de San Pablo, en mitad de la campaña rasa, la fea muerte salio al encuentro al gallardo Persiles y le derribó en tierra, y enterró³ a Maximino. El cual, viéndose a punto de muerte, con la mano derecha asió la izquierda de su hermano y se la llegó a los ojos, y con su izquierda le asió de la derecha y se la juntó con la de Sigismunda, y, con voz turbada y aliento mortal y cansado, dijo:

—De vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos míos, creo que entre vosotros está por saber esto. Aprieta, ¡oh hermano!, estos párpados y ciérrame estos ojos en perpetuo sueño, y con esotra mano aprieta la de Sigismunda y séllala con el sí que quiero que le des de esposo, y sean testigos de este casamiento la sangre que estás derramando y los amigos que te rodean. El reino de tus padres te queda;

² Para otras variantes del tipo del «dolor o los accidentes que acrecientan la belleza femenina»: cfr. I, 12 (209), y III, 11 (558).

³ *enterró* = 'echó por tierra'.

el de Sigismunda heredas; procura tener salud y góceslos años infinitos.

Estas palabras, tan tiernas, tan alegres y tan tristes, avivaron los espíritus de Persiles y, obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretándole la muerte, la mano^b le cerró los ojos y, con la lengua, entre triste y alegre, pronunció el sí y le dio de ser su esposo a Sigismunda. Hizo el sentimiento de la improvisa y dolorosa muerte su [efeto] en^c los presentes y comenzaron a ocupar los suspiros el aire y a regar las lágrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Maximino y lleváronle a San Pablo, y el medio vivo de Persiles, en el coche del muerto, le volvieron a curar a Roma, donde no hallaron a Belarminia ni a Deleasir, que se habían ya ido a Francia con el duque.

Mucho sintió Arnaldo el nuevo y extraño casamiento de Sigismunda; muchísimo le pesó de que se hubiesen mal logrado tantos años de servicio⁴, de buenas obras hechas en orden a gozar pacífico de su sin igual belleza; y lo que más le tarazaba el alma eran las no creídas razones del maldiciente Clodio, de quien él, a su despecho, hacía tan manifiesta prueba. Confuso, atónito y espantado, estuvo por irse, sin hablar palabra a Persiles y Sigismunda, mas, considerando ser reyes y la disculpa que tenían, y que sola esta ventura estaba guardada para él, determinó ir a verles, y así lo hizo⁵. Fue muy bien recebido y, para que del todo no pudiese estar quejoso, le ofrecieron a la infanta Eusebia para su esposa, hermana de Sigismunda, a quien él acetó de buena gana; y se fuera luego con ellos, si no fuera por pedir licencia a su padre, que, en los casamientos graves, y en to-

^b A partir de M7, todas las eds. (a excepción de M16, M17, M18, Z, M21, BA1, BA2, B10, B1) enmiendan *con la mano*

^c M1: *los presentes, y comenzaron*

M7 y todas las eds. posteriores (con las excepciones de M16, M17, M18, M21, BA1, BA2, M22, B10, B11, S) enmiendan *los presentes su efeto, y comenzaron*

⁴ *tantos años de servicio*. Hipérbole de enamorado.

⁵ Combet (C, 1981: 111-112) considera a Arnaldo como el doble de Maximino y no deja de hablar del complejo del hermano, con términos de Rank. Para Molho (B, 1994: 57-58), Arnaldo renuncia a la pasión y entra en la *stoá*.

dos, es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Asistió a la cura de la herida de su cuñado en esperanza y, dejándole sano, se fue a ver a su padre y prevenir fiestas para la entrada de su esposa.

Félix Flora determinó de casarse con Antonio el bárbaro, por no atreverse a vivir entre los parientes del que había muerto Antonio. Croriano y Ruperta, acabada su romería, se volvieron a Francia⁶, llevando bien que contar del suceso de la fingida Auristela. Bartolomé el Manchego y la castellana Luisa se fueron a Nápoles, donde se dice que acabaron mal, porque no vivieron bien⁷.

Persiles depositó a su hermano en San Pablo, recogió a todos sus criados, volvió a visitar los templos de Roma, acarió a Constanza, a quien Sigismunda dio la cruz de diamantes y la acompañó hasta dejarla casada con el conde su cuñado⁸ y, habiendo besado los pies al Pontífice⁹, sosegó su

⁶ ¿Que hay que entender por *se volvieron*? En el fondo, igual da pensar ahora que *regresan a su habitual país de residencia* en los últimos tiempos o bien que *vuelven a Francia, camino de Escocia*, de donde explícitamente proceden uno y otro personaje.

⁷ Cfr. *ERD* (acto III) «Quédate, Antonio, y advierte / que de la vida a la muerte / hay muy poca diferencia: / quien vive bien, muere bien; / quien vive mal, muere mal.»

⁸ El vaticinio de Soldino (cfr. III, 18: 611) queda incumplido en este punto. Osuna (C, 1972: 76) afirma que C. parece haber «vacilado», corrigiendo el plan original. Pero el cambio de idea no es de ahora: al mismo se alude ya en IV, 8 (695).

⁹ Como Tomás Rodaja, en *ELV*, y Ricaredo, en *LEI*. La ceremonia tenía lugar, normalmente, en audiencias públicas (Von Pastor, *Storia dei Papi*, Roma, Desclée e Cia, IX [1925]: 147, dice que Clemente VII dedicó cuatro horas diarias a las mismas durante el Año Santo de 1575).

Antonio Márquez (C, 1985: 13) muestra su desacuerdo con quienes, como Forcione, AA y otros, «cree[n] que la visión de Roma y del Papa es esencial, siguiendo las indicaciones socarronas y a destiempo que el narrador pone en boca de un personaje secundario al comienzo de la obra. Pero la peregrinación termina en San Pablo Extramuros, donde Persiles entierra a su hermano y adversario político, causa de la peregrinación de ambos. San Pedro no se menciona jamás. Y no es que C. no conociese Roma perfectamente, ni que tratase de dar con ello una solución paulina, es decir, erasmista o luterana al asunto. Es que la peregrinación como tal no le importaba nada y mucho menos su destino final en la Roma pontificia.»

Bien mirado y ponderado, todo lo anterior no deja de constituir una auténtica banalización de lo que el narrador o sus personajes declaran de manera no siempre socarrona, ni mucho menos. A mi parecer, la novela termina en San Pablo Extramuros

1) precisamente porque así resultan más evidentes las probables dimensiones paulinas de la novela;

2) porque todo lo que ocurre en este lugar, fuera de la ciudad, hubiera resultado de todo en todo forzado y aun inverosímil en el centro de la misma, y nada digamos en la zona de la basílica vaticana;

3) porque, en 1559, San Pablo Extramuros era, sin duda alguna, el más impresionante de los templos romanos. Impresionante sigue siéndolo aún hoy, por supuesto, cuando se lo puede comparar con el San Pedro de Bramante y Miguel Ángel, pero, en el momento en que al parecer se desarrolla la acción, el parangón era literalmente imposible a simple vista. En efecto, C. apenas habría podido hablar de la última iglesia, puesto que, en 1572-1575, cuando tuvo ocasión de verla, ésta se hallaba en uno de los períodos más intensos de las obras de su renovación *integral*: seguía en funciones media basílica constantiniana y medieval, mientras que la otra mitad, tapada por un alto muro, se iba —poco a poco— extendiendo y alzando. A la total demolición de la antigua no se llegó hasta 1605. En 1559 los trabajos estaban, pues, no poco atrasados. En conclusión: incluso desde un punto de vista puramente «monumental» (pero no sólo monumental...), convenía saltar por alto toda alusión a un iglesia «en transformación» y hacer de manera que el *Persiles* se cerrase, en su parte viva (de poema activo, en el presente de la acción) *precisamente* en San Pablo, iglesia completa, compacta, también ella próxima a restos grandiosos de la «otra» Roma: la republicana e imperial, a los que nuestro autor no se muestra de ninguna manera insensible.

¿Qué decir, en fin, acerca del índice de adhesión cervantino a la *peregrinación* de sus personajes? En mi comentario quedan notas acerca de la inflexión que, en el desarrollo de la novela, comporta la —tardía— introducción del *año santo*, de la peregrinación universal, etc. Pero, tardío o no, el tema está presente en el texto y es *decisivo* para su definitiva formulación.

Scaranmuzzza Vidoni (C, 1995: 91) considera muy significativo el silencio de C. «su un aspetto così macroscopico e tipico dell'epoca della Controriforma, quale era il suo poderoso apparato ecclesiastico». Es probable que, como opina la estudiosa, este silencio sea indicativo de la tendencia cervantina a una religiosidad íntima, poco vistosa (92), pero también —y quizá ante todo— permite ser interpretado en términos de respeto: de discreto distanciamiento de lo que, narrado, podría resultar incluso demasiado «reducido».

M. Blanco (C, 1996: 632) insiste en que «la búsqueda de Roma como patria de una fe íntegra por parte de los héroes es bastante inconsistente». Éstos se codean «no con eclesásticos o con devotos, sino con mecaderes judíos, cortesanas y rufianes. Ante las enseñanzas romanas, Persiles no manifiesta sino cortés indiferencia y deseos de casarse de una vez por todas». En realidad, los protagonistas (que —no se olvide— van de incógnito) se codean también —y sobre todo— con príncipes, señores de alto título, embajadores, etc. Que Periandro desee ante todo casarse es algo más que comprensible: cfr. la nota 11.

espíritu¹⁰ y cumplió su voto y vivió en compañía de su esposo Persiles hasta que bisnietos le alargaron los días, pues los vio en su larga y feliz posteridad¹¹.

Si aplicamos hasta el final la convención cronológica interna, conviene repetir que la acción del *Persiles* concluye en la canícula de 1559 o quizá un poco más adelante. Sin excesivos forzamientos. Ello no quiere decir que se hayan olvidado ciertos importantes acontecimientos de la *historia real*. El narrador nos dice —usando su derecho a la ucronía— que Sigismunda besó el pie al Pontífice. El comentarista debe añadir que Paulo IV moría precisamente el 18 de agosto de 1559 y que la sede quedó vacante durante meses, hasta la noche de Navidad, cuando fue elegido Pío IV. (En el verano de 1616 reinaba en cambio Paulo V, que ocupó el solio de 1605 a 1621.)

¹⁰ *sosegó su espíritu*. Recuérdese una vez más el agustiniano «inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te», tan aludido a lo largo del *Persiles* que, en más de un sentido, constituye su cifra. Desde luego, este no es el sosiego definitivo, pero sí un importante modo del mismo. Completada la catequesis, superada la crisis de escrúpulos que indujo a Auristela a reconocer en la vida monástica la vía más recta para ir al cielo y a anunciar a Periandro su decisión de no cumplirle la palabra dada, la ya reina de Islandia se dispone, serenamente, a llevar a cabo su misión de creyente: *instaurar todo en Cristo, pero no en la soledad, sino en el matrimonio*.

Es la solución más natural, tras la crisis de los capítulos precedentes. Como bien recuerda González Rovira (C, 1966: 118), con el casamiento de sus héroes, C. se aleja del Jerónimo de Contreras de la primera versión de la *Selva de aventuras* y, consecuencialmente, se acerca al de la segunda, así como al Lope de *El peregrino en su patria*. Menos me persuade otra afirmación del propio estudioso (239, nota 35): «Su matrimonio [de Auristela], celebrado en dichas circunstancias [por el peligro de la muerte del amado], asume, sin posibilidad de interpretarlo como matrimonio secreto, las disposiciones del Concilio de Trento sobre este tipo de ceremonias *in extremis*. Como indica Martí Alanís...» Pero cfr. IV, 10 (705 y nota 9), donde he procurado poner en mayor evidencia lo que en realidad está ya bastante claro en el texto: el tal voto *no* existió en el pasado ni llega a formalizarse en Roma, tras la grave enfermedad padecida por la joven.

¹¹ Teágenes y Cariclea, los protagonistas de la *Historia etiópica*, se casan en Méroe, capital del imperio y —no se olvide— «posada y manida a todas maneras de hombres sabios y enseñados» (IV, 159), como centro que es de espiritualidad y de teología. Cariclea, reintegrada a su patria, se convierte en sacerdotisa de la Luna, como Teágenes lo será del Sol. No está dicho de manera inequívoca —pero parece legítimo imaginar— que Persiles y Sigismunda llegan a la *perfección* de su amor y a la del cristianismo católico, *mediante el matrimonio*, precisamente en el punto en que, como ya ha sido recordado (II, 7: 317), «la tierra se une con el cielo». A pesar de los pesares.

FIN DE LOS TRABAJOS
DE PERSILES Y SIGISMUNDA

EN MADRID
Por Juan de la Cuesta.
Año M.DC.XVII



Cuando Persiles y Sigismunda vuelven a Islandia, el protestantismo está definitivamente arraigado en la isla (lo estaba, a decir la verdad, ya desde 1536-1540). No podemos saber si estos reyes inventados (en la realidad histórica, la soberanía la ejercía —entonces y hasta bien entrado el siglo xx— el de Dinamarca, decididamente protestante y propulsor de la reforma en la isla, como en Noruega y Suecia) están destinados por C. a *cam-
biar el curso de la historia* (en términos literalmente *ucrónicos*) o, más sencillamente, a conservar su ya depurado cristianismo de signo católico *en secreto*, de alguna manera como habrían de acostumbrarse a hacer Arnaldo en su propio reino, y Mauricio, Transila y Ladislao en la Inglaterra isabelina, a partir de 1559, como se ha dicho más atrás. O como, en la historia de veras, se comprometió a hacer (con precisas garantías para ella misma y el Parlamento) María Estuardo, a su vuelta a Escocia en 1561 (cfr. IV, 5: 666 y nota 8).

Colección Letras Hispánicas

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 385 *Teatro inédito de juventud*, FEDERICO GARCÍA LORCA.
Edición de Andrés Soria Olmedo (2.^a ed.).
- 386 *La voz a ti debida. Razón de Amor. Largo Lamento*,
PEDRO SALINAS.
Edición de Montserrat Escartín Gual (2.^a ed.).
- 387 *Ardicia*, JOSÉ-MIGUEL ULLÁN.
Edición de Miguel Casado.
- 388 *Mujer de verso en pecho*, GLORIA FUERTES.
Prólogo de Francisco Nieva (3.^a ed.).
- 389 *La Galatea*, MIGUEL DE CERVANTES.
Edición de Francisco López Estrada.
- 390 *Poesía española siglo XIX*.
Edición de Jorge Urrutia.
- 391 *El fondo del vaso*, FRANCISCO AYALA.
Edición de Nelson R. Orringer.
- 392 *Los ríos profundos*, JOSÉ MARÍA ARGUEDAS.
Edición de Ricardo González Vigil.
- 393 *Mortal y rosa*, FRANCISCO UMBRAL.
Edición de Miguel García Posada (3.^a ed.).
- 394 *Museo de la Novela de la Eterna*, MACEDONIO FERNÁNDEZ.
Edición de Fernando Rodríguez Lafuente.
- 395 *Oráculo manual y arte de prudencia*, BALTASAR GRACIÁN.
Edición de Emilio Blanco Gómez, (2.^a ed.).
- 396 *Diálogo de la dignidad del hombre*, FERNÁN PÉREZ
DE OLIVA.
Edición de M^a. Luisa Cerrón.
- 397 *Así que pasen cinco años, Leyenda del Tiempo*, FEDERICO
GARCÍA LORCA.
Edición de Margarita Ucelay (2.^a ed.).
- 398 *Abel Sánchez*, MIGUEL DE UNAMUNO.
Edición de Carlos Longhurst.
- 399 *El caballero de las botas azules*, ROSALÍA DE CASTRO.
Edición de Ana Rodríguez Fisher.
- 400 *Leyendas de Guatemala*, MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS.
Edición de Alejandro Luis Lanoël.

- 401 *Teatro muerto (Antología)*, RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.
Edición de Agustín Muñoz-Alonso López y Jesús Rubio Jiménez.
- 402 *Fray Gerundio de Campazas*, JOSÉ FRANCISCO DE ISLA.
Edición de Enrique Rodríguez Cepeda.
- 403 *Azul... Cantos de vida y esperanza*, RUBÉN DARÍO.
Edición de José María Martínez.
- 404 *Filosofía secreta*, JUAN PÉREZ DE MOYA.
Edición de Carlos Clavería.
- 405 *La señorita de Trevélez. ¡Que viene mi marido!*, CARLOS ARNICHES.
Edición de Andrés Amorós.
- 406 *La muerte de Artemio Cruz*, CARLOS FUENTES.
Edición de José Carlos González Boixo.
- 407 *El río que nos lleva*, JOSÉ LUIS SAMPEDRO.
Edición de José Mas.
- 408 *La Dorotea*, LOPE DE VEGA.
Edición de José Manuel Blecua.
- 409 *Cuentos fantásticos*, BENITO PÉREZ GALDÓS.
Edición de Alan E. Smith (2.^a ed.).
- 410 *Comentarios reales*, INCA GARCILASO DE LA VEGA.
Edición de Enrique Pupo-Walker.
- 411 *Floresta española*, MELCHOR DE SANTA CRUZ.
Edición de Maximiliano Cabañas Pérez.
- 412 *Doña María Pacheco, mujer de Padilla*, IGNACIO GARCÍA MALO.
Edición de Guillermo Carnero.
- 413 *Las fuerzas extrañas*, LEOPOLDO LUGONES.
Edición de Arturo García Ramos.
- 414 *Lazarillo español*, CIRO BAYO.
Edición de José Esteban.
- 415 *El príncipe constante*, PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.
Edición de Fernando Cantalapiedra.
- 416 *Antología poética*, RAMÓN DE CAMPOAMOR.
Edición de Víctor Montolí.
- 417 *El perro del hortelano*, LOPE DE VEGA.
Edición de Mauro Armiño (2.^a ed.).
- 418 *Mancuello y la perdiz*, CARLOS VILLAGRA MARSAL.
Edición de José Vicente Peiró.
- 419 *Los perros hambrientos*, CIRO ALEGRÍA.
Edición de Carlos Villanes.

- 420 *Muertes de perro*, FRANCISCO AYALA.
Edición de Nelson R. Orringer
- 421 *El Periquillo Sarniento*, JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ
DE LIZARDI.
Edición de Carmen Ruiz Barrionuevo
- 422 *Diario de "Metropolitano"*, CARLOS BARRAL.
Edición de Luis García Montero.
- 423 *El Señor Presidente*, MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS.
Edición de Alejandro Lanoël-d'Aussenac.
- 424 *Barranca abajo*, FLORENCIO SÁNCHEZ.
Edición de Rita Gnutzmann.
- 425 *Los pazos de Ulloa*, EMILIA PARDO BAZÁN.
Edición de M^a de los Ángeles Ayala.
- 426 *Doña Bárbara*, RÓMULO GALLEGOS.
Edición de Domingo Miliani.
- 427 *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, MIGUEL
DE CERVANTES.
Edición de Carlos Romero.
- 428 *¡Esta noche, gran velada! Castillos en el aire*,
FERMÍN CABAL.
Edición de Antonio José Domínguez.
- 429 *El labrador de más aire*, MIGUEL HERNÁNDEZ.
Edición de Mariano de Paco y Francisco Javier Díez
de Revenga.
- 430 *Cuentos*, RUBÉN DARÍO.
Edición de José María Martínez.
- 431 *Fábulas*, FÉLIX M. SAMANIEGO.
Edición de Alfonso Sotelo.
- 432 *Gramática parda*, JUAN GARCÍA HORTELANO.
Edición de Milagros Sánchez Arnosi.
- 433 *El mercurio*, JOSÉ MARÍA GUEL BENZU.
Edición de Ana Rodríguez Fischer.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Tragicomedia de don Cristóbal y la señá Rosita, FEDERICO
GARCÍA LORCA.
Edición de Christian De Paepe.